José Frèches

LA EMPERATRIZ DE LA SEDA

Lectulandia

Una novela de aventuras apasionantes que suponen el encuentro de Oriente con Occidente, el contraste de culturas y religiones, pero, La emperatriz de la seda es principalmente una novela de amor, donde se cruzan dos civilizaciones diferentes a través de la pasión que surge entre un monje budista y una joven cristiana. Es el nacimiento de un mundo sin fronteras, con la Ruta de la Seda como escenario.

Lectulandia

José Frèches

La emperatriz de la seda

ePub r1.0
Titivillus 06.11.16

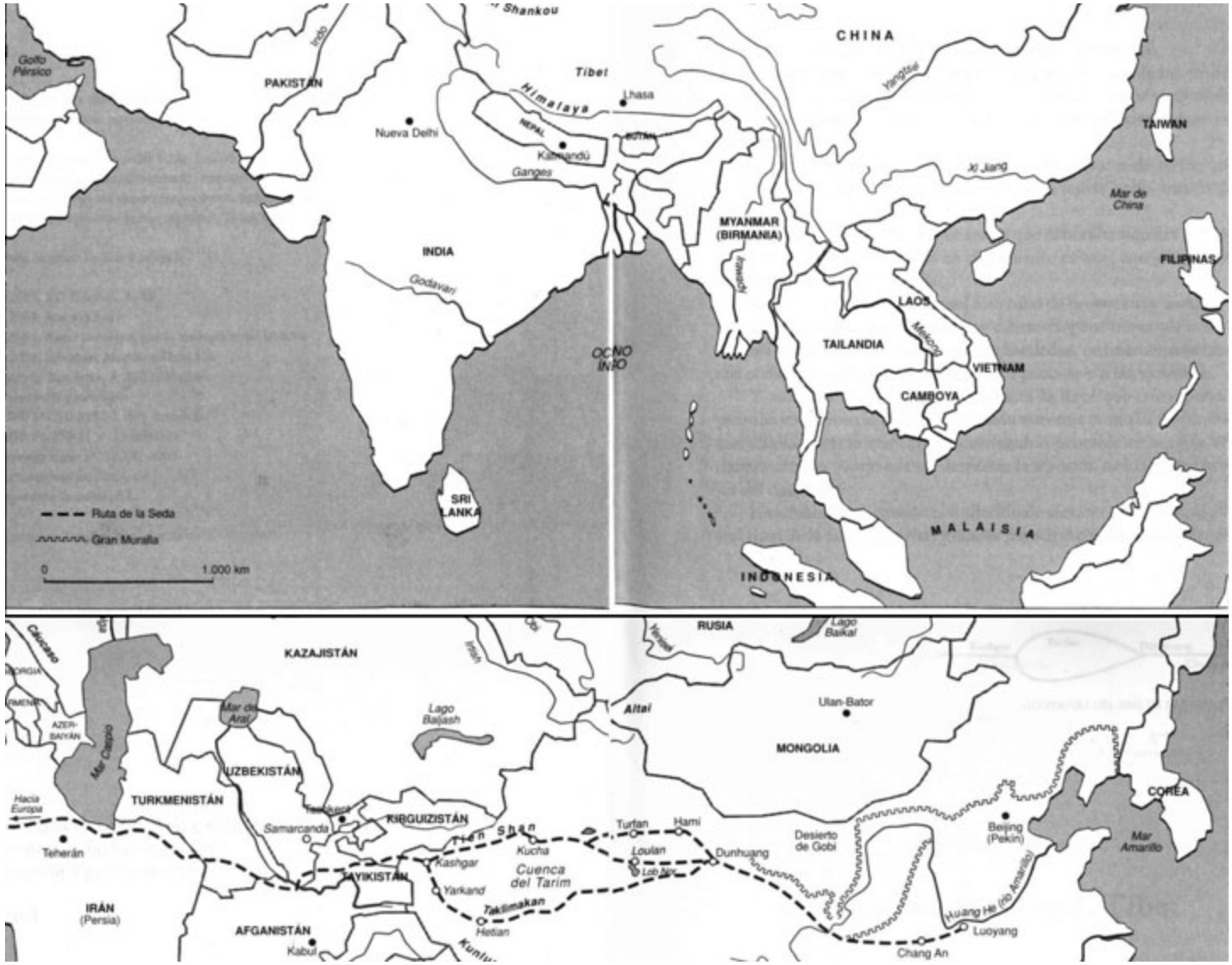
Título original: *L'impératrice de la soie*
José Frèches, 2005
Traducción: Roser Berdagué

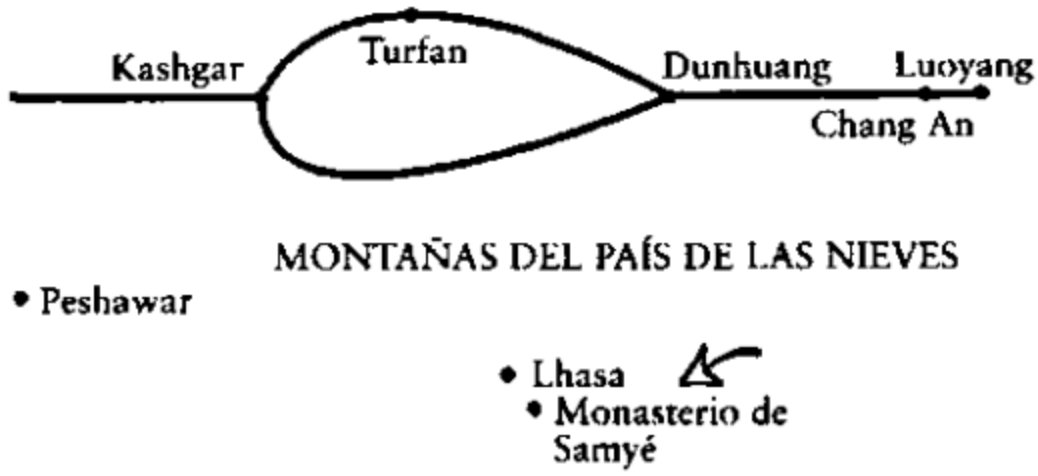
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Entre el que venció a mil millares de hombres en la guerra
y el que se venció a sí mismo
es más gran vencedor este último

BUDA


Golfo Pérsico
PAKISTÁN
Indo
Shankou
Tibet
Himalaya
Lhasa
Nueva Delhi
NEPAL
Kathmandú
BUTÁN
Ganges
CHINA
Yangtse
Xi Jiang
TAIWAN
Mar de China
FILIPINAS
INDIA
Godavari
MYANMAR (BIRMANIA)
Irawadi
LAOS
Mekong
TAILANDIA
VIETNAM
CAMBOYA
OCÉANO ÍNDICO
SRI LANKA
MALASIA
INDONESIA
Ruta de la Seda
Gran Muralla
0
1.000 km
Caucaso
KAZAJISTÁN
Irtish
RUSIA
Lago Baikal
Yenisei
Mar de Aral
Lago Balajash
Altai
Ulan-Bator
MONGOLIA
AZERBAYÁN
Mar Caspio
UZBEKISTÁN
TURKMENISTÁN
Hacia Europa
Teherán
Samarcanda
KIRGUIZISTÁN
TAYIKISTÁN
Kashgar
Yarkand
Tien Shan
Kucha
Cuenca del Tarim
Turfan
Hami
Loulan
Lob Nor
Dunhuang
Desierto de Gobi
Beijing (Pekín)
COREA
Mar Amarillo
Huang He (Río Amarillo)
Luoyang
Chang An
Takimakan
Hetian
IRÁN (Persia)
AFGANISTÁN
Kabul

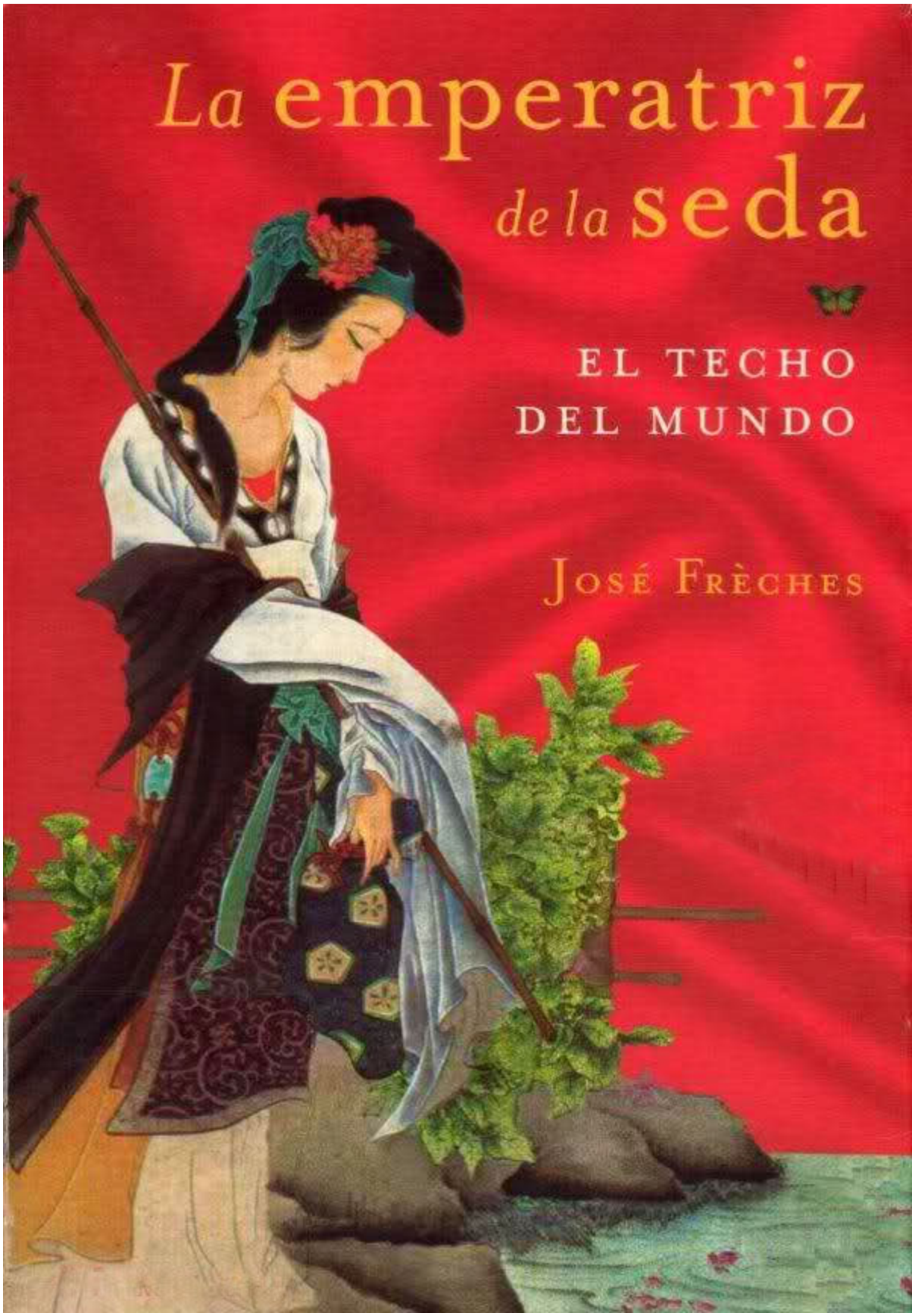

Kashgar
Turfan
Dunhuang
Luoyang
Chang An
MONTAÑAS DEL PAÍS DE LAS NIEVES
• Peshawar
• Lhasa
• Monasterio de Samyé

LIBRO I
EL TECHO DEL MUNDO

La emperatriz *de la* seda

EL TECHO DEL MUNDO

JOSÉ FRÈCHES



Prólogo

Monasterio de Samyé, Tíbet

¡La pequeña Manakunda coronaba por fin su objetivo!

Se sintió presa de suprema angustia cuando sus dedos finos y temblorosos rozaron el pesado puño de bronce retorcido cuyos dos extremos terminaban en cabezas de demonios deformadas en una mueca.

A punto estuvo la pobre monjita de desmayarse de terror ante la visión de aquellos monstruos, de los que jamás había estado tan cerca.

Era tan intenso el miedo que sentía que ni notaba siquiera el sudor que le resbalaba por la frente en el momento en que, con gesto torpe, acercó la llave a la cerradura.

Apretaba con tal fuerza aquel fino tubo de bronce cuyo remate era una minúscula corona formada por cuatro cráneos humanos unidos, no más grandes que un garbanzo, que sus dedos, ordinariamente blancos como el marfil, se cubrieron poco a poco de estrías violáceas.

Y aun suponiendo que aquélla fuera la llave que correspondía, pensaba entretanto la frágil Manakunda mientras tanteaba febrilmente con ella la enorme cerradura, ¿conseguiría penetrar en aquella verdadera cámara acorazada sin despertar la atención de los demás monjes del convento?

Habitualmente, cuando el frailecillo de servicio empujaba, al alba y al final de la tarde, aquellas grandes planchas de cedro juntadas por tachuelas tan fúlgidas como los ojos de Dâkini la Roja, la terrible diosa de colmillos vistos, bajo la bóveda del largo corredor resonaba un gigantesco maullido

antes de propagarse por todo el edificio, de tal modo que nadie podía ignorar, en Samyé, el momento de apertura y cierre.

Y por mucho que Manakunda se dijera que no era más que una puerta, no lograba dejar de imaginar que el inquietante chirrido procedía de alguna bestia desconocida, agazapada en la sombra de aquella biblioteca donde las monjitas no tenían derecho a entrar, una bestia que sería además de lo más horrible, dispuesta a dar cuenta de ella de un solo bocado.

Por eso, cuando pasaba por el pasillo pavimentado de pizarra de la biblioteca, ante la puerta claveteada de diabólicas tachuelas, hacía todo lo posible para alejarse de ella por miedo a que la mordieran aquellas quimeras.

Para eliminar aquella visión funesta, la joven monja hacía un gesto que tenía algo de cómico: se ajustaba la túnica, como para protegerse de los espíritus nefastos, y se apretaba el cinto un agujero más antes de apresurar el paso y, sin darse la vuelta, correr al exterior a respirar un poco de aire fresco.

Por lo general, bastaba con esto para tranquilizarla.

Ahora, sin embargo, era ella quien se disponía a abrir la siniestra puerta detrás de la cual —¿quién podía saberlo?— tal vez se ocultara aquella criatura.

¿No era locura, acaso, el gesto que estaba a punto de hacer con sus manos húmedas? ¿No era excesivamente peligroso por parte de una joven novicia de apenas dieciséis años, cuya única misión consistía en ordenar los ornamentos litúrgicos del monasterio de Samyé? ¿No iría tras su perdición?

¡Sólo ella, de momento, sabía de dónde sacaba las fuerzas necesarias para violar la regla y desafiar lo prohibido intentando penetrar en aquel sanctasanctórum sin saber siquiera si estaba en posesión de la llave adecuada!

Debido a las prisas, se había contentado cogiendo al azar, aquella misma mañana, la primera que le cayó en las manos del manojo del lama sTod Gling, quien no lo advirtió por estar en aquel momento dormido como un tronco.

Era, pues, en cierto modo, la llave del azar. E incluso, y sin exagerar, teniendo en cuenta las circunstancias, la llave del «todo o nada».

El corazón de Manakunda todavía latió con más fuerza cuando consiguió, por fin, introducirla en la cerradura. No tardó mucho en comprobar que, por desgracia, la elección no había sido acertada. La llave era demasiado corta y giró en el vacío dentro de un inmenso agujero donde hubieran cabido sobradamente dos dedos.

¿Por qué diablos no había cogido la llave más grande del manojo, aquélla con un demonio en un extremo que le había provocado una mueca y que nada en el mundo la habría inducido a tocar?

La llave de los libros reservados, la llave del lugar mejor guardado del monasterio, sólo podía ser la más voluminosa y la más turbadora, a semejanza de la cerradura.

La joven monja Manakunda se sentía tan fracasada y al mismo tiempo tan perpleja que se movía entre la indignación y una especie de morboso alivio.

Después de todo, tal vez Buda el Misericordioso había querido impedir la imperdonable transgresión de la regla del monasterio que se disponía a cometer.

La prohibición absoluta de penetrar en la biblioteca figuraba, junto con otras como la de comer carne o beber alcohol o mirar directamente a los ojos a un monje del sexo opuesto y hasta rozar sus ropas, entre los preceptos que el temible Ramahe sGampo, Superior del convento de Samyé, inculcaba todas las semanas a las jóvenes monjitas del noviciado.

Manakunda se había apercibido en seguida de que aquella prohibición se aplicaba tan sólo a las mujeres, ya que los novicios eran los encargados de seleccionar u ordenar los miles de rollos de papel o de seda que habían hecho famosa la reserva de libros del monasterio más antiguo del Tíbet. Una discriminación que no había dejado de sorprenderla o, mejor, de molestarla. Pero ¿qué podía hacer una monjita confiada a aquel monasterio por una familia feliz de desembarazarse de una boca que alimentar como no fuese callar y guardarse para sus adentros los sentimientos que le inspiraba aquella injusticia?

De momento, a Manakunda le indignaba no poder cumplir el acto de contrición y purificación que le había impuesto el propio Ramahe sGampo cuando, dos días antes, haciendo acopio de todas sus fuerzas, había tenido

la arrogancia de preguntarle en plena lección de meditación trascendental con una voz que el miedo hizo temblorosa:

—Bienaventurado maestro sGampo, me llamo Manakunda. He aquí mi pregunta: ¿qué acto podría purificar al más grande de los pecadores?

—¿Por qué la joven Manakunda siente la necesidad de hacerme esta pregunta? —había respondido con brusquedad, con su inimitable voz dulce y firme a la vez, salida de las profundidades de su garganta, el jefe de aquella importante comunidad de tres mil monjes y dos mil monjas, adeptos todos del budismo tántrico tal como se practicaba en el país de Bod, que era el nombre chino del Tíbet.

Entonces, desafiando los murmullos divertidos de la asistencia y con esa mezcla de desvergüenza y de pánico propia de los niños empeñados en obtener a cualquier precio una respuesta de un adulto, se había contentado con reiterar la pregunta a aquel hombre de cráneo cuidadosamente rapado cuyos rasgos, al igual que las otras novicias de segundo año, jamás había visto.

Adivinaba ahora que había sido una osadía acercarse al maestro, a su austeridad y, sobre todo, a aquella silueta de óvalo perfecto que se recortaba a contraluz en el único muro iluminado de la inmensa estancia sumida en la penumbra donde las novicias aprendían, bajo su estricta férula, los secretos de la «meditación sentada».

Difícilmente olvidaría las palabras que el viejo lama, henchido de sabiduría y experiencia, había pronunciado por la vía de la evidencia, casi en tono festivo, sin duda porque la pregunta le había parecido irreal y casi pasmosa.

¿Qué podía saber del pecado una monjita de dieciséis años, de conducta hasta entonces irreprochable, cuya aplicación y esmero en la ordenación de los cuencos de ofrenda, en alisar las crestas de las tocas de los bonzos encargados de las ceremonias y en servir a los oficiantes el té mezclado con mantequilla, leche y sal ya habían despertado la admiración de todos?

La respuesta del lama se había grabado en el corazón de Manakunda.

—Bastará a una pecadora como tú —le había contestado—, y vista tu joven edad el pecado no puede de ser muy pesado, que ponga por escrito las circunstancias de la falta cometida en la primera página de un *sutra*[1]

manifestando, por supuesto, su arrepentimiento. Sin duda que la inmensa compasión del Iluminado hará el resto. Puesto que cada lector del *sutra*, debido a la indispensable compasión que debe animarlo en relación con los demás, intercederá por el pecador que haya hecho aquel acto de confesión.

—Si he entendido bien, el pecador puede añadir su frase expiatoria en el frontispicio de un sermón cualquiera —prosiguió, incrédula, tan simple hubo de parecerle el método que le indicaba el maestro Ramahe sGampo.

Pero, adivinando la expresión contrariada del gran maestro, la joven había callado y no había dejado traslucir el alivio que sentía.

Aquella misma noche, tendida en el lecho estrecho y duro como un tablón que compartía con otra novicia, Manakunda se juró que cumpliría el acto de expiación que el venerable Ramahe sGampo, sin sospecharlo, le preconizaba.

Desde que, hacía ya dos años, ingresara en el noviciado de Samyé, había aprendido suficientes caracteres tibetanos para ser capaz de escribir las pocas líneas de su confesión.

Pero para limpiar la inmundicia que manchaba su espíritu y su cuerpo e impedir que su *karma*[2] la reencarnase mañana, por ejemplo, en ratón en una población infestada de gatos o en insecto al pie de un árbol poblado de mirlos, debía cometer otro pecado, por supuesto venial, y desafiar la prohibición de penetrar en la reserva de libros.

Pese a su juventud e inexperiencia de las cosas sagradas, Manakunda estaba convencida de que era algo que merecía la pena y que el acto expiatorio era mucho más importante que la violación de una regla monástica.

Pero ¿cómo lograría ahora penetrar en aquella reserva de libros cuya puerta permanecía obstinadamente cerrada?

Presa de angustia, la joven novicia contempló aterrada y asqueada aquella llave que ahora veía tan pequeña en la palma de su mano abierta al tiempo que contemplaba cómo se desvanecía cualquier posibilidad de interrumpir el terrible encadenamiento de su *karma*.

De hecho, todo su proyecto se vino abajo.

Llena de rabia, golpeó con el pie las pesadas planchas de cedro y poco faltó para que se le escapara un grito de dolor cuando el dedo gordo del pie

derecho chocó con la cabeza de una de aquellas horribles tachuelas.

Advirtió entonces que, con el golpe, se había movido uno de los tablones.

Con gesto febril, introdujo la mano en el intersticio que acababa de abrirse entre los batientes.

La puerta no estaba cerrada con llave.

¡Sólo podía tratarse de un inestimable regalo que hacía a Manakunda el Bienaventurado Buda!

Así pues, podría penetrar en el santo de los santos de los *sutras* y liberarse de unos recuerdos cuyos efluvios le impedían dormir e incluso pensar en otra cosa gran parte del tiempo desde aquel día funesto en que su vida y sobre todo su cuerpo vacilaron.

Con precauciones infinitas, empujó la pesada puerta procurando que sus goznes no emitiesen su inquietante chirrido habitual. Por milagro, no se oyó ruido alguno.

Manakunda, entonces, se sintió protegida por la gracia bienhechora de Avalokitesvara, ese *bodhisattva* y discípulo de Buda a quien los fieles eran incitados a orar porque gozaba fama de escuchar a los humildes y servir de intercesor suyo junto al Bienaventurado Buda bajo la simple condición de que fuesen sinceros.

El camino estaba despejado.

Podía penetrar en la reserva de los libros.

La estancia estaba suficientemente iluminada por los rayos de la luna para que la muchacha distinguiera las tres largas mesas de lectura y escritura colocadas en el centro, en las cuales los exegetas estudiaban los manuscritos y los monjes copistas los copiaban. En las estanterías situadas todo alrededor se amontonaban los miles de rollos que contenían los sermones del Iluminado y sus innúmeros comentarios.

En medio de la mesa central, entre dos cojines de seda, había un rollo más grande que los demás.

Manakunda se acercó a él como atraída por una fuerza.

Junto a su estuche de bambú lacado, enfundado en suntuosa seda roja, el manuscrito estaba desplegado en parte, preparado sin duda para que lo descifrara uno de los nueve monjes escribas del monasterio que pasaban sus

jornadas sentados delante de largas mesas, abanicados por novicios cuando el calor era agobiante, ocupados en traducir al tibetano o al chino los textos sánscritos de las Sagradas Escrituras del budismo cuyos manuscritos originales habían venido de la India, país de Buda.

Sabía que debía proceder con rapidez, so pena de tropezarse de manos a boca con uno de los monjes que transitase por el corredor en el curso de su ronda nocturna.

Aquel *sutra* medio desplegado parecía llamarla.

¡Sería en aquel papel inmaculado, fino como el marfil, no en otro sitio, donde escribiría su fatídica confesión, al lado mismo del espacio reservado a los colofones!

¡Qué alivio alcanzar su objetivo!

Bastaría que escribiese aquellas tres líneas con el pincel impregnado de tinta que llevaba disimulado en la manga para cumplir con su deber de humildad y contrición.

Entonces volvería a encaminar sus pasos hacia el camino recto de la misericordia de Buda, pasado ya aquel momento de extravío cuyo recuerdo no lograba borrar, siempre presto a surgir, como marcado con hierro candente en su cuerpo.

Pero hete aquí que sintió de nuevo, al coger entre sus manos aquel gran rollo de escrituras para colocarlo completamente plano en el borde de la mesa, aquella comezón en el vientre que anunciaba la conmoción de los sentidos causada siempre por el recuerdo de lo ocurrido.

Acababa de advertir que el *sutra* tenía el mismo diámetro y casi la misma forma, aunque más largo, evidentemente, que aquella enorme estaca de músculos y carne que el hombre había sacado del pantalón antes de introducírsela en la rajita que, bajo la ligera capa de vello, se abría en el fondo de sus muslos.

Toda la vida tendría que acordarse de aquel momento de éxtasis en que, después de acariciarla hasta enloquecerla de placer, la había penetrado murmurándole al oído que diese entrada en ella al mensaje divino del Iluminado.

La oleada de placer que entonces, pese a ella, la había inundado había sido tan intensa que a punto había estado de perder el conocimiento,

desvanecido el asco que hasta entonces le había provocado el hombre.

Todo había empezado con aquella comezón en el bajo vientre que ahora sentía de nuevo. El mismo extraño hormigueo.

Hacía poco más de dos meses, sesenta y cinco días para ser exactos —los había contado febrilmente—, que la fusión con el cuerpo de aquel hombre la había transformado haciéndole entrever a un tiempo los infinitos horizontes del placer y la negación insoportable de sí misma al verse poseída sin ella desearlo.

La joven monja Manakunda jamás había visto, antes de aquella famosa ceremonia nocturna, el sexo de un hombre en erección.

No sin temor, había descubierto aquella arma de formas suaves, puñal de punta redondeada, fina y rosada, erguido ante sus ojos cual una *cobra naga*[3] cuando la serpiente baila ante la flauta del encantador.

Había cerrado los ojos, aterrada, mientras el olor del incienso que llenaba el ambiente la embriagaba de forma progresiva hasta hacer que desapareciera toda noción del tiempo y del espacio.

Había sentido entonces que algo caliente le rozaba el vientre.

Y había comprendido que se trataba de aquel puñal de carne que el hombre asía entre sus manos y que ahora utilizaba como quien utiliza un estilete para escribir.

Esto era: el bastón de carne trazaba caracteres sánscritos en su vientre. Concentrándose en el movimiento al objeto de visualizarlo, comprobó que el hombre acababa de escribir en su vientre la palabra «bodhi». ¡La Iluminación-Despertar!

¿Acaso no era aquél el estadio que sólo alcanzaban los *bodhisattvas*, discípulos a los que sólo les faltaba un grado de santidad para convertirse en budas, es decir, para estar completamente Despiertos y prestos a entrar en el nirvana, lugar donde no existe el sufrimiento?

«Bodhi» era la palabra maravillosa que el puñal había inscrito en su carne como si, a juzgar por los estremecimientos que le ondulaban el vientre, las letras fueran de fuego. ¡El hombre, pues, la transformaría en *bodhisattva*! Para una joven monjita como ella, era una prebenda extraordinaria, un honor insigne y, como mínimo, una indecible suerte.

De algo estaba segura en cualquier caso: no podía tratarse más que de un bien inefable vinculado a los actos positivos realizados por los millares de criaturas que la habían precedido de las que ella se convertía en feliz beneficiaria.

El brebaje que aquel hombre —¿era de veras un hombre?— le había hecho beber, jarabe tibio y denso como la sangre, le había enturbiado hasta tal punto el espíritu que en el momento en que el bastón de carne le había parecido que estallaba en lo más profundo de su vientre había creído realmente que era el dedo del propio Bienaventurado Buda que la inundaba de placer.

No había establecido en un primer momento ninguna relación entre aquellas visiones y la poción que el hombre la había forzado a ingurgitar apretando contra sus labios la mitad de un cráneo humano colocado sobre una pequeña serpiente enroscada de plata.

No había sabido entender los gestos de aquel individuo cuyos ojos desorbitados no se cerraron hasta la madrugada. Parecía realizar una especie de ritual al invocar con voz ronca fórmulas extrañas y nombres sánscritos desconocidos mientras entraba y salía de su cuerpo igual que un animal salvaje hasta el agotamiento final en que se desplomó sobre ella y se sumió en profundo sueño.

Presa de violentas náuseas, escapó de sus brazos y corrió por el sendero que bajaba de la pequeña *estupa*[4] situada a unos centenares de metros más arriba del monasterio, en pleno derrumbamiento de piedras.

Allí sola, por fin, minúscula ante la inmensidad de los picos cubiertos de nieve, la pobre Manakunda devolvió el contenido de sus tripas.

Tras haber recuperado el ánimo, muerta de terror y trastornada por el efecto de aquella estaca de carne que se había movido en el interior de su cuerpo, le costó grandes trabajos atravesar sin caerse mil veces todo aquel cúmulo de piedras que separaba Samyé del lugar de culto donde había sido violada.

No fue hasta que atravesó la puerta del convento, abierta desde que se levantaba el día para dar refugio a los pobres y los hambrientos, cuando tuvo la sensación de haber sido víctima de abuso. Lo que ella había creído un bien no era, en realidad, más que la deshonra infame que, después de

haber subyugado su espíritu, le había infligido un hombre por la fuerza después de obligarla a respirar y a beber sustancias capaces de alterar su discernimiento.

Por desgracia no tenía a nadie a quien comunicar tan espantosa experiencia.

En el convento de Samyé todo el mundo estaba solo aun estando rodeado de gente. En aquellos lugares donde todos, desde el viejo monje casi centenario al joven novicio recién salido del seno de su familia, no hacían otra cosa que rezar, comer y dormir, estaba estrictamente prohibido quejarse.

Por otra parte, ¿de qué podía quejarse cuando allí se predicaba la abnegación personal y la abolición de cualquier deseo como únicos medios de acceder a la superación del sufrimiento físico y moral?

La monjita, al igual que las demás novicias, jamás había confiado a nadie cuáles podían ser las penas y angustias de una muchacha obligada a ser monja en un monasterio donde, más de seis meses al año, el frío era tan intenso que había que romper el hielo de los barreños de agua.

¿A quién, por tanto, contaría la prueba que acababa de sufrir? Tenía tanto miedo de que la expulsasen y tuviese que echarse a las carreteras como una mendiga…

La única persona compasiva que parecía formar parte de este mundo era el gentil lama sTod Gling.

Era el sacristán del convento y también el secretario del reverendo Ramahe sGampo.

Manakunda había tenido la suerte de que la pusiesen junto a aquel monje de mirada comprensiva, que se expresaba siempre con tanta dulzura.

Él había enseñado con amabilidad y paciencia a Manakunda cómo clasificar y ordenar los utensilios y ornamentos litúrgicos en los grandes armarios de la sacristía de la gran sala de oración.

Su relación estaba teñida de complicidad, pero de allí a pensar que podía confesárselo todo había un paso que Manakunda jamás se habría atrevido a dar.

La monjita tampoco había contado nada al lama sTod Gling y había preferido echarse a los pies de la gran estatua de leño del *bodhisattva*

compasivo Avalokitesvara, el más accesible a los humanos, aquel que daba la mano a los que sufrían, aquél a quien se podía pedir cualquier cosa, como que lloviera sobre los campos de trigo o que ayudara a las ovejas a parir corderos, sin temor a despertar su furia.

Se había sentido tan minúscula e inmunda bajo la imponente estatua de cedro cuyos ojos almendrados incrustados de lapislázuli con párpados cincelados en plata parecían observarla, pese a todo, sonrientes, que su vergüenza había sido inmensa, vergüenza de aquel deseo súbito e irreprimible que había sentido, pese a su repulsión primera, de seguir abrazando locamente a aquel hombre, tumbados en el suelo de la estancia llena de humo, rodeados por los cirios de cera roja que él había encendido todo alrededor a fin de invocar una práctica «mágica» y formar aquel «círculo cósmico perfecto» en el que pretendía que sus cabezas eran el «inefable centro» y sus miembros separados los «rayos divinos»…

Volvía a sentir la misma vergüenza cada noche viendo que le bastaba pensar de nuevo en aquella estaca de carne para sentir la misma oleada de placer cuya fuerza la hacía zozobrar.

La asociación que acababa de establecer entre el *sutra* sagrado que veía y el instrumento de aquel culpable placer volvió a provocar en ella, en aquel lugar prohibido, la embriaguez de sus sentidos.

A punto estuvo de dejarse caer boca arriba en la mesa y, para impedirlo, se agarró a una estantería. Algunos libros preciosos cayeron desplegados en el suelo.

Después de recogerlos apresuradamente procurando hacer el menor ruido posible, se esforzó en recuperarse.

Extendió después con todo cuidado un espacio equivalente a tres manos del texto sagrado a fin de inscribir en él la frase de expiación en el lugar menos visible.

Gracias a los rudimentos de sánscrito que aprendía cada día, pudo descifrar el título del *sutra* destinado a recoger su confesión: junto a una delicada miniatura que representaba al *bodhisattva* del Futuro, el Bienaventurado Maitreya, suntuosamente engalanado con la tiara y pendientes en las orejas, aparecía escrito con grandes letras *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura*.

Al lado mismo, unas líneas que le parecieron escritas en chino, debían de ser la traducción. Era incapaz de leerlas, ya que no había tenido oportunidad de aprender aquella lengua cuyo número de caracteres, según decían, superaba los diez mil.

No le quedaba más que armarse de valor.

Concentrada al máximo, inclinada como una vieja sobre el espacio virgen aún comprendido entre el título de la obra y las primeras frases del texto, escribió con gran aplicación las once palabras de su confesión procurando no rozar siquiera el nombre del hombre cuya estaca de músculo la había manchado con una mácula de la que no tardaría en verse libre.

A medida que iba realizando la labor de escritura, iba comprobando con arrobo que poco a poco su corazón se iba apaciguando.

Las solapadas olas de placer que la dejaban jadeante y llena de remordimiento se desvanecían.

Ahora veía con claridad la Pureza de aquella insondable Vacuidad, de aquel gran vacío consolador y salvador que anunciaba el título del maravilloso Libro sagrado colocado plano ante ella, adornado además con suntuosas figuras del Panteón búdico con las que lo había enriquecido un ilustrador.

¡Qué don extraordinario de la Santísima Providencia! Hete aquí que el *bodhisattva* compasivo había puesto en sus manos exactamente la *sutra* que necesitaba.

Manakunda tuvo la impresión de que despertaba de una pesadilla y de que recuperaba finalmente su ánimo después de las atroces semanas que acababa de vivir.

Cumplido aquel acto, era seguro que se borrarían aquellas letras de fuego que el hombre había escrito en su vientre. Muy pronto, la falsa ceremonia mágica mezclada con la lúgubre violación no sería más que un mal recuerdo.

Cuando salió de puntillas de la reserva de libros del convento de Samyé, Manakunda distaba mucho de sospechar que no había terminado ni de lejos con el recuerdo de la estaca de carne que la había violado.

No sabía, pobre monjita confiada por sus padres al monasterio budista más grande y más venerable del Tíbet con la intención de desembarazarse

de ella, que estaba encinta de algo más de dos meses.

I

PALACIO IMPERIAL DE CHANG AN,
CAPITAL DE LOS TANG, CHINA,
12 DE DICIEMBRE DE 655

Era mediodía exacto en la inmensa sala de Audiencias y Fiestas del palacio imperial de Chang An, capital de la dinastía china de los Tang.

En ese momento preciso en que el sol, de esencia Yang, culminaba en el cenit inundando con su luz el patio interior, de esencia Yin, situado delante de ella, los ojos de Wuzhao, enturbiados por las lágrimas, se cerraron de júbilo.

Los estandartes que ostentaban los símbolos de las cuatro direcciones, la Tortuga Negra para el norte, el Dragón Verde para el este, el Tigre Blanco para el oeste y el Pájaro Rojo para el sur, se levantaron cuando hizo su entrada el emperador.

En cuanto a la quinta dirección, la del centro, cuyo color era el amarillo, no tenía necesidad de estandarte ya que por algo iba totalmente vestido de seda de un tono dorado oscuro al entrar en la sala, inmediatamente después de aquella que se convertiría en su esposa oficial, el emperador de la China.

El amarillo era, además, el color de la Tierra, en la que reinaba aquél a quien también llamaban el «Hijo del Cielo».

Wuzhao había alcanzado finalmente su objetivo.

En aquel momento estaba sentada al lado del emperador Gaozong, en un trono apenas más pequeño que el de él.

La amplia túnica de seda cuyo uso se reservaba el soberano llevaba suntuosamente bordados los Doce Ornamentos: el cuervo de tres patas representaba el Sol; la liebre, majando el polvo de la inmortalidad, simbolizaba la Luna; la guirnalda de discos representaba las constelaciones; las montañas, donde residían los dioses y los sabios, evocaban el lugar donde se encontraba la Inmortalidad; el dragón, el faisán y el fénix, animales emblemáticos del poder imperial, significaban que el soberano era hábil y firme; pero estaba también el alga de la sabiduría, las llamas de la virtud, los granos de los cereales nutritivos, el hacha de la autoridad, sin olvidar el misterioso carácter Ya, al que nadie era capaz de dar el sentido exacto pero que nadie se atrevía a eliminar de la lista porque se remontaba a la época de los primeros soberanos legendarios de la China.

Tan pronto como se sentó Gaozong, con un sencillo movimiento de la cabeza indicó al jefe del protocolo que podía empezar la ceremonia.

—¡Gloria a Wuzhao, la nueva esposa del emperador Gaozong! —gritó a la multitud, que repitió la frase a coro, el heraldo que llevaba un enorme sable colgado del cinto.

Temiendo dejar entrever la emoción que la invadía, Wuzhao bajó la cabeza en el mismo momento en que el gran chambelán imperial, vestido de seda roja, colocaba sobre su cabeza la corona de emperatriz.

Era una corona de oro, a la que el orfebre había dado la forma de unas ramas entrelazadas sobre las que estaban posadas unas aves fénix con picos de esmalte y alas cuajadas de piedras preciosas. Estaban forjadas con tal delicadeza que parecían estar a punto de arrancar el vuelo.

—¡Prosternación y veneración! —gritó el mismo heraldo.

Toda la corte cayó de rodillas con crujido de sedas para rendir homenaje a aquella que, al casarse con el emperador de China, se convertía en la nueva soberana del país.

En primera fila de la concurrencia reunida para la ocasión estaban todos los nobles y poderosos que tenía la corte de Chang An.

Para la mayor parte de aquellos duques, generales del ejército y marqueses, engalanados de oro y plata, así como para las familias principescas allí reunidas, escoltadas por pajes que llevaban estandartes

multicolores con sus escudos, la ascensión al trono de aquella mujer suponía un verdadero escándalo.

Aquellos de entre los nobles que aprobaban la elección del emperador se habrían contado con los dedos de la mano.

Los demás, que sonreían a la nueva emperatriz felicitándose ruidosamente, no se quedaban cortos. Wuzhao sabía la verdad y por esto saboreaba con placer la humillación que infligía a todos aquellos cortesanos de noble alcurnia, obligados a doblar la rodilla ante ella aquel día que maldecían en secreto.

Detrás de los nobles veía a los altos funcionarios del imperio, a los directores generales, a los chambelanes, secretarios generales y demás grandes dignatarios de la administración imperial, a los que identificaba por sus túnicas negras con el cuello de armiño y los broches dorados que llevaban en el pecho, cuyo número reflejaba su posición jerárquica en la pirámide de los cargos públicos.

En la tercera fila estaban los eunucos, aquellos representantes del tercer sexo cuya intervención en los asuntos de Estado era tan importante. Eran los que se esforzaban en mover los hilos desde los bastidores sin aparecer nunca en el escenario.

Encaramados a unos chanclos de dorada suela que hacían ondulantes sus pasos, les sobresalía la cabeza por encima de las dos primeras filas, lo que permitía a Wuzhao observar con deleite, pese a estar lejos, la mímica de sus rostros maquillados. Wuzhao tenía buenas relaciones con la casta de aquellos hombres asexuados, salidos, como ella, de estratos sociales humildes. En la mayoría de los casos habían sido vendidos por sus padres a cambio de un puñado de *taels*[5] de bronce. Después, habían sido castrados en el hospital de los eunucos, de donde habían salido con sus «dos tesoros» metidos en una bolsita de cuero que estarían obligados a guardar a fin de que, por respeto a sus antepasados, pudieran ser enterrados «íntegros» cuando murieran.

Para ser eunuco bajo la dinastía de los Tang no bastaba con tener unos padres dispuestos a vender a su hijo al Estado ni con ser capaz de soportar física y psicológicamente la operación practicada sin la menor anestesia, sino que además había que ser inteligente.

E incluso, a ser posible, excepcionalmente bien dotado en el plano del intelecto.

Sabedora de que de esto dependía su supervivencia, la casta tenía un pundonor especial en seleccionar, a través de un concurso anual, tan sólo a muchachos particularmente despiertos a fin de que se les dispensara una enseñanza superior, tanto en materia lingüística como caligráfica, judicial y fiscal.

En los entresijos del poder supremo, donde por fin acababa de introducirse, Wuzhao sabía que le convenía estar en buenos términos con aquel estamento, cuya importancia se apoyaba sobre todo en el hecho de que ella tenía derecho a acceder a las dependencias más reservadas del palacio imperial.

Wuzhao sabía muy bien que le harían falta aliados.

Había conseguido entrar en el sanctasanctórum de la China por vía tortuosa, introduciendo el pie en el resquicio de la puerta del dormitorio del emperador.

Puesto que era en la cama donde aquella muchacha ambiciosa rayaba a mayor altura y donde había conseguido alcanzar su objetivo valiéndose de la astucia y de sus encantos.

Era indudable, sin embargo, que también descollaba en inteligencia y habilidad en cualquier circunstancia, sin olvidar además el sentido innato que poseía para evaluar justamente las relaciones de fuerza.

Pero no había alcanzado la victoria sin esfuerzo.

No hacía más que un mes que el emperador Gaozong había consentido finalmente en publicar el decreto mediante el cual su esposa legítima, la emperatriz Dama Wang, así como la primera concubina imperial, apodada Bella Pura, eran desposeídas del rango y privilegios que les imponía su condición alegando como causa la tentativa de envenenamiento del emperador.

Gracias a aquella doble jugada, la muchachita de rostro angelical, nariz respingona y labios pulposos, ojos almendrados con incomparables fulgores de esmeralda, se había vengado de un destino que hasta entonces nunca le había sido favorable.

¡De buena se había librado!

Pero no había dudado en pagar el precio correspondiente.

Ahora que unas cortesanas pertenecientes a las familias más nobles de la corte se esmeraban en arreglar los pliegues y cintas del inmenso manto de seda con bordados de mariposas multicolores con el que acababan de cubrirle la espalda, comenzaron a desfilar por su cabeza los episodios más impresionantes de su corta vida.

Sin manifestar la más mínima emoción, advirtió que los rodetes que adornaban el cetro de plata que habían puesto en sus manos y que ella apretaba con fuerza suficiente para fracturarse las falanges, se parecían como gotas de agua a las vértebras de la niñita que había tenido hacía dos años con el emperador Gaozong, vértebras que ella misma había machacado.

Nada detestaba tanto en el mundo como revivir aquel gesto atroz cumplido a manera de sacrificio tan ineluctable como indispensable para propulsarla al firmamento del poder.

En aquel entonces no era más que una simple concubina de quinta fila, poco más que una esclava, a la que el emperador llamaba de cuando en cuando obedeciendo a su antojo.

Aunque en 653 tuvo de él un niño, Lihong, aquello no favoreció gran cosa su condición.

De hecho, Bella Pura, una de las concubinas favoritas de Gaozong, mayor que Wuzhao, ya había dado un niño al emperador. Lizhong, que así se llamaba, había adquirido entretanto el título de príncipe heredero del imperio. Wuzhao, que soñaba con conseguir para su hijo la condición de príncipe heredero, comprendió que la única persona en quien podría ejercer realmente influencia era la emperatriz Wang en persona.

Allí no había medias tintas: o conseguía apartar a Dama Wang o acabaría sus días como las demás concubinas que envejecían en el gineceo, recluida y amargada, infantilizada de por vida en su condición de esclava de lujo.

Procuró, pues, durante meses, desacreditar a ojos de Gaozong a su esposa legítima, mujer de noble estirpe pero marcada por una mancha: la esterilidad.

Apenas unas horas después del nacimiento del segundo hijo que tuvo del emperador Gaozong, al ver que se trataba de una niña y que por tanto frustraba cualquier estrategia de tipo hereditario, Wuzhao decidió sacrificarla a la razón de Estado que ya entonces la atraía.

No se entretuvo sopesando los pros y los contras, lo que la indujo a negarse incluso a coger a la niña en brazos al objeto de no crear vínculos con ella.

Hasta ella misma se sorprendió de la decisión de la que había dado prueba teniendo en cuenta que adoraba a los niños.

Pero el recuerdo del asesinato precisamente cuando ya saboreaba la recompensa de aquel acto incalificable le demostraba de forma palpable que la herida era profunda y no se había cerrado. Buena prueba de ello era aquella especie de bota de fuego que sentía en el vientre, al igual que las gotitas de sudor que humedecían el reborde de terciopelo de la corona imperial.

Sintiéndose cada vez más trastornada frente a toda aquella gente que la odiaba y que, indudablemente, no sospechaban nada, la única manera de mantenerse firme era decirse, como tantas veces, que había obrado de aquel modo obligada por fuerzas superiores.

Para hacer un gesto así era forzoso verse empujada por el destino, ya que el ser humano no es más que un instrumento en sus manos y es él quien rige nuestros actos. Si tuvo la fuerza que le abrió los caminos del poder supremo era porque así lo había decidido Aquel de quien ella no era más que el cetro.

¡Siddharta Gautama, el Bienaventurado y el Despierto, del que ella era asidua devota!

¡Buda, cuya doctrina soñaba en convertir en la religión oficial del imperio más poblado del mundo!

Tocada con la preciosa tiara, sentada en el trono imperial delante del cual se prosternaban los jefes de los clanes y de las familias nobles, mirando de soslayo veía una vez más, con un nudo de angustia en el vientre, su horrible infanticidio hasta sus más mínimos detalles.

Aprovechó, pues, la visita de Dama Wang, que se había acercado a interesarse por la joven parturienta.

Fue en aquel momento, no en otro, cuando optó por cometer el crimen y propagar de inmediato el insidioso rumor. Todavía le parecía escuchar el crujido que produjo el cuello de la niña al estrangularla. Todavía sentía entre sus manos aquel cuerpecillo tibio, desarticulado ya y blando como el de un muñeco de trapo. Después, el sobresalto al oír el grito del emperador Gaozong al ver, al inclinarse sobre la cuna, que el bebé estaba muerto.

—¡Tu niña no se mueve! ¡Hay que llamar en seguida a un médico! —gritó Gaozong.

—¡Mi hijita ha muerto! ¡Qué gran desgracia me ha caído encima! —exclamó Wuzhao ante el emperador, todavía desorientado por el macabro descubrimiento cuando el médico, que acudió apresuradamente, no pudo hacer otra cosa que dar fe del fallecimiento.

La continuación había sido un juego de niños.

Le bastó fingir que la recién nacida estaba perfectamente sana cuando ella salió de la habitación para ir a que la peinaran y que la última persona que entró en ella fue la emperatriz Wang para que todas las sospechas recayeran sobre la esposa del emperador.

Todo estaba contra ella, desde su esterilidad hasta los celos que siempre le había inspirado Bella Pura. De allí a que viera en Wuzhao una rival todavía más joven y más hermosa, a punto de suplantar a la mencionada Bella Pura, no había más que un paso.

Ahora que Wuzhao había alcanzado su objetivo, volvía a sentir, por vez primera desde hacía meses, un cierto asco de sí misma. ¡Decididamente, el Bienaventurado no dudaba ante los medios cuando quería alcanzar unos fines!

Con el asesinato de su hijita, Wuzhao no superó sus penas.

Por supuesto que Dama Wang no se declaró vencida sin luchar. Sirviéndose de numerosos apoyos de los que se beneficiaba en la corte y de manera especial de los miembros de su clan, que desempeñaban altos cargos políticos y administrativos, no cesó de protestar de su buena fe ni de asegurar que ella no tenía nada que ver con el horrible asesinato del bebé de aquella concubina cuya reputación ya entonces era sulfurosa.

El emperador Gaozong, que detestaba arbitrar conflictos, y más cuando involucraban a mujeres de su propio medio, se dejó convencer. Se negó a

acusar a su esposa oficial, lo que para Wuzhao era insoportable debido a que ella seguía acusando a Dama Wang.

Las dos mujeres, sin embargo, al principio no eran rivales.

Fue Dama Wang quien impuso a Wuzhao en el seno del gineceo imperial cuando ella fue excluida de él al morir el gran emperador Taizong, de quien ella ya había sido una de sus más jóvenes amantes.

En aquel entonces, fue en defensa propia por lo que Wuzhao se reintegró al primer círculo de mujeres del emperador, debido a que, entretanto, la joven cortesana conoció la revelación que trastornaría su vida.

La iluminó la Verdad de Buda, de quien había pasado a ser ardiente devota.

Como el Gran Taizong se convirtió tardíamente al budismo, todas las concubinas del difunto emperador, después de su muerte, el 10 de julio de 649, fueron trasladadas al convento budista de Ganye, donde pasaron a ser monjas.

Wuzhao recordaría durante mucho tiempo la conmoción que le había producido el descubrimiento de aquella religión cuando llegó con sus desconsoladas congéneres a aquel edificio austero situado a una jornada de camino de la capital.

Ganye, que albergaba cerca de diez mil monjes y monjitas, era uno de los monasterios budistas más venerables del Imperio chino.

Había sido fundado hacía tres siglos, en la época en que el budismo comenzaba a tener derecho de ciudadanía en China gracias a monjes bilingües indios y *han*[6], animados por una fe a toda prueba y capaces, gracias a una agilidad intelectual fuera de lo común, de traducir al chino los *sutras* sánscritos del Bienaventurado Buda.

Aquellos monjes traductores tenían como modelo a Kumârajîva, un *kucheano* educado en Cachemira y en Kashgar[7] que se había instalado en Chang An a finales del siglo IV.

Gracias a su ciencia y a su inconmensurable sabiduría, aquel santo varón, después de haber traducido un centenar de *sutras*, consiguió convencer a la dinastía de los Qin Posteriores[8] de la legitimidad de la religión budista antes de ir a terminar sus días en aquel ilustre monasterio donde Wuzhao fue destinada.

Allí, la seductora cortesana, acostumbrada desde joven a las actitudes lascivas que dejaban entrever sus encantos más íntimos, la arpía capaz de despertar, con un simple movimiento de la lengua o el roce de un dedo, los ardores del emperador camino ya de la ancianidad, tuvo que raparse el cráneo, cubrírselo de ceniza y revestir el blanquecino sayal del luto.

Una monja gruesa con más de tres pelos en la barba la empujó al pie de una inmensa estatua de piedra ennegrecida por el humo de los cirios cuyo hermoso rostro de sonrisa compasiva representaba el del *bodhisattva* Avalokitesvara. Después, antes de encerrarla en la sala de oraciones, la matrona le había espetado en tono áspero:

—¡Y ahora, a rezar! Después de todo el mal que has hecho, no has terminado de pagar los malos *karma*s…

Y la pequeña Wuzhao, una vez sola, rompió a llorar hasta vaciar su cuerpo de lágrimas.

Sería poco decir que la muerte del emperador Taizong el Grande, el 10 de julio de 649, supuso un vuelco en su existencia.

Fue el propio Taizong quien descubrió a la hermosa Wuzhao, ya que aquel gran estratega militar era además un temible experto en mujeres capaz de adivinar sus encantos de una sola ojeada.

Wuzhao era la segunda hija de un modesto funcionario empleado en un oscuro despacho de contabilidad fiscal. Siendo muy joven, su pasión por los caballos y el talento de que había dado pruebas en la práctica ecuestre hicieron que se integrara en uno de los equipos femeninos de polo que, en ocasión de la fiesta de la Primavera, se exhibían delante de Taizong con el fin de distraerlo.

Como capitana de su equipo, Wuzhao pasó y volvió a pasar delante del viejo cabalgando en un caballo de negro y reluciente pelaje.

El público, deslumbrado ante tanta gracia e intrepidez, sólo tenía ojos para aquella amazona.

Subyugado por la insolente belleza de aquella muchacha cuyos encantos, bajo la túnica medio desabrochada, se revelaban a plena luz, el viejo ordenó que la instalaran de inmediato en el gineceo con el título de «quinta concubina imperial».

En el seno de una jerarquía extremadamente precisa, las concubinas de quinta fila se encargaban de aportar a la emperatriz los paños destinados a su aseo y el paramento de su cama, todo debidamente bordado con las enseñas y colores de la temporada, que el director del servicio de ropa guardaba en armarios perfumados con corteza de limón para protegerlos contra los ataques de la polilla.

Corría el año 638. Wuzhao pasó después unos once años languideciendo en el gineceo imperial de Chang An.

Allí, gracias a su sentido de la observación y a su viva inteligencia, comprendió de qué estaba hecha la comedia del poder, aquella representación teatral donde era preciso tener los primeros papeles si se quería sobrevivir, lo que en su caso significaba pasar de la condición de concubina a la de favorita.

No tardó en saber que sólo había un método que abría la esperanza de conseguirlo.

Había que hacerse notar por el emperador, gustarle y, sobre todo, seguir gustándole; procurar que se dignase poner los ojos sobre una y, a partir de entonces, sacar todo el partido posible pescándolo como un vulgar pececillo antes de darle tiempo a que se fijara en otra.

Éste era el único método que le permitía salir de la condición en que se encontraba y ascender un peldaño más en la escala de las consideraciones y honores. Con eso soñaban todas las muchachas, de las que el emperador disponía como se le antojaba.

Aquellos centenares de cortesanas, a cual más seductora, reducidas a la esclavitud pese a no faltarles nada, habrían estado dispuestas a pagar un precio elevado con tal de acercarse al soberano.

Las sedas en las que estaban cortadas sus túnicas no les pertenecían, como tampoco los aderezos con los que se adornaban la frente cuando, en grupos de cinco, eran presentadas al soberano entre dos audiencias por si deseaba pasar la noche con alguna de ellas.

Las concubinas imperiales recibían el trato de objetos preciosos, rarezas arqueológicas u otras gemas expuestas delicadamente en cojines de seda, tras ser engastadas en oro o plata, ante los ojos de un coleccionista hastiado.

El gineceo era una prisión lujosa de la que pocas conseguían escapar.

Mientras que la mayoría de muchachas que ingresaban en el gineceo consideraban una suerte aquella distinción, la jugadora de polo se juró que lo intentaría todo para escapar al destino de aquellas cortesanas cuya sombría existencia giraba en torno a la hipotética noche en que el emperador las invitaría a compartir su cama. Y además, deberían quedar encinta para seguir beneficiándose de los favores imperiales. Y después, ya embarazadas, esperar tener un hijo varón, ya que en caso contrario, a menos que poseyera encantos extraordinarios, la parturienta volvería a sumirse en el anonimato.

La joven Wu comprendió que necesitaría mucha suerte para obtener del viejo emperador Taizong algo más que un guiño o una palmadita en el culo, única gratificación que le concedía el anciano cuando ella se las ingeniaba para exponerse a sus ojos, cimbreante como una bailarina.

Puso, pues, los ojos en el príncipe heredero Lizhi, uno de los numerosos hijos del todopoderoso monarca cuyas fuerzas mermaban de día en día.

Y la suerte le sonrió.

Consiguió formar parte de las raras privilegiadas que ayudaban al futuro emperador Gaozong a lavarse las manos, tal como prescribía la etiqueta, cuando se dirigía al palacio para ver a su padre.

El innegable encanto de la joven concubina de quinta fila, el fulgor de sus ojos verdes y aquella especie de impertinencia que sugería tanto su naricilla respingona como los pezones enhiestos de sus pechos, que se adivinaban bajo la seda de su camisa de generoso escote, terminaron por enloquecer de deseo a Lizhi.

Con gran habilidad, la hermosa Wu no respondió jamás a las numerosas miradas que acostumbraba a dirigirle el príncipe heredero. Aunque era más bien avaro de aquellas visitas protocolarias, ahora no paraba de ir al palacio imperial para enjuagarse las manos en el cuenco de cobre que con tanta gracia sostenía la muchacha.

Un día que Lizhi salpicó a Wuzhao al sumergir con excesiva viveza las manos en el recipiente que ella sostenía en sus rodillas, la muchacha se contentó con murmurar con su voz aflautada, en respuesta a las excusas del príncipe heredero:

—¡No tiene importancia! Yo soy como una planta, el agua me hace bien.

—¡Ojalá que un día pueda regarte con mi rocío más íntimo! —le murmuró al oído el hijo de Taizong, excitado por el deseo de tenerla entre sus brazos.

La muerte súbita del emperador truncó, por desgracia, el principio de aquel idilio y Wuzhao ingresó, junto con las demás mujeres del gineceo, en la zona reservada a las monjitas del convento budista de Ganye.

Fue también de desesperación por lo que estalló en sollozos ante la estatua de piedra que representaba al *bodhisattva* Avalokitesvara, el de mirada compasiva, así que desapareció la gruesa monja barbuda.

Todas las esperanzas que alimentaba de conquistar al hijo, ya que no había podido conseguir al padre, se habían venido abajo.

Pasó de un resquicio de luz a la oscuridad total.

A fuerza de verter lágrimas, acabó por dormirse de agotamiento a los pies de la estatua ennegrecida por el humo de los cirios.

Hasta que la despertó una mano que se posó suavemente sobre su cabeza. Al abrir los ojos, descubrió, inclinado sobre ella, un rostro surcado de arrugas cuyos ojos, marcados por la edad, irradiaban una bondad infinita.

—¿Has dormido bien, hermanita?

Sin saber muy bien si estaba despierta o dormida, se levantó. El rostro arrugado era el de una vieja monjita vestida de azul. Tenía en las manos un rosario cuyas cuentas de ámbar desgranaba entre los dedos.

La anciana miró sonriente a aquella joven monjita de cráneo rapado como el suyo.

—¿Puedes decirme el nombre de esta estatua? —le preguntó Wu sentándose.

Señaló la silueta de piedra cuya sombra protectora se dibujaba como una inmensa hoja de banano, en el suelo del templo donde entraban los rayos de sol a través de altas ventanas.

—Su nombre indio es Avalokitesvara. Es un *bodhisattva* intercesor, accesible a todos nosotros, los pobres seres humanos. Su nombre chino es Guanyin. En la India lo representan bajo los rasgos de un hombre, mientras que aquí tiene aspecto de mujer.

—¿Es una diosa auxiliadora? Yo sólo había oído hablar de Buda.

—Acuérdate de Guanyin porque te ayudará siempre que sepas encontrar las palabras y los gestos adecuados para implorarle ayuda.

Wuzhao entonces miró de nuevo los ojos de la estatua de piedra y, pese a lo ennegrecidos, le pareció que la observaban con dulzura. Y en cuanto a la boca, que era estrecha y fina en el rostro amplio, le sonreía. El *bodhisattva* compasivo Guanyin parecía incluso susurrarle cosas agradables.

Y de pronto Wu se sintió otra muchacha.

Trastornada, experimentó un indecible bienestar y al mismo tiempo aquella paz interior que una cortesana deseosa de hacerse notar jamás habría conocido.

Así se inició su conversión, a través de aquel extraño apaciguamiento del incendio que abrasaba su corazón y su espíritu. Cuando se levantó, ayudada por la vieja monjita, Wuzhao se sintió inundada por aquel brillo que emergía de los ojos de Avalokitesvara-Guanyin.

Estaba convencida de que aquel *bodhisattva* se convertiría en aliado privilegiado suyo, algo así como un padre desinteresado y protector que sólo desease su bien.

Por primera vez desde aquel día en que Taizong la ingresó a la fuerza en el gineceo imperial, se sentía profundamente tranquila y serena.

Dadas las condiciones, tal vez no se había perdido todo.

¿Acaso no era una suerte poder entregarse a la oración, a la penitencia y a las buenas acciones y escapar al ciclo ineluctable de los renacimientos y de la vida terrena que hace desgraciados a los hombres a causa de su deseo insaciable de cosas materiales, por ser como animales sedientos que secan los charcos a fuerza de beber y acaban por morir de sed en medio de atroces sufrimientos?

Y así fue como, al salir del templo, donde la veló una noche entera la hermosa sonrisa del *bodhisattva* compasivo, justo en el momento en que volvía a entrar en la pequeña celda que compartía con otra antigua concubina, Wuzhao tuvo una revelación en forma de rayo que le traspasó el alma: ¡acababa de inundaría la Luz del Bienaventurado y su Santa Verdad!

Wuzhao incluso estaba segura de haberse convertido en la más piadosa y diligente de todas las novicias del monasterio de Ganye.

Esforzándose en seguir con constancia los preceptos de la vieja monjita, la pequeña concubina de quinta fila fue la primera en presentarse a los oficios y la última en abandonar el templo.

Capaz de permanecer inmóvil largas horas, sentada en la postura del loto ante la estatua que le había enviado la Iluminación, sentía que se le escapaba el espíritu y soñaba que se volvía ligera como una nube. Se veía flotando por encima del mundo de los hombres, a los que prometía dispensar toda su compasión. En momentos así habría sido capaz, a semejanza del Bienaventurado Buda en el curso de una de sus innumerables existencias anteriores, de dar sus hermosos ojos esmeralda al primer ciego que se hubiera presentado ante ella si por ventura el pobre diablo se los hubiera pedido. Y no hay duda de que Gautama, que habría guiado aquel gesto, los habría transformado, a la muerte del receptor, en magníficas piedras preciosas vendidas después por la familia del difunto para entregar todo aquel dinero a la beneficencia.

Así fue como, con el corazón henchido de alegría y la cabeza poblada de historias edificantes cuya heroína soñaba en convertirse, Wuzhao, con todo el júbilo que le producía haber sido elegida por la gracia del Bienaventurado, pensaba avanzar por el camino de la santidad que la conduciría al paraíso del nirvana, allí donde cesa todo dolor para los hombres porque *han* alcanzado esta Nada Sosegada en la que queda abolido cualquier deseo…

Como no toleraba el menor rastro de cabellos en su cráneo y era adepta a los ayunos frecuentes, Wuzhao, a quien las monjas apodaban ya «la santita», adoptó un aspecto andrógino que la rejuvenecía y la hacía aún más encantadora.

Por desgracia, aquella existencia de monja observante, que tanto la complacía, quedó truncada al cabo de unos meses.

Una mañana, el peluquero del monasterio que rapaba el cráneo de Wuzhao se negó a hacerlo.

—¡Tengo la orden de dejar que te crezca el pelo! —le respondió cuando Wu le preguntó el porqué de su actitud—. ¡Son órdenes del poder supremo!

—había añadido, inquieto, al ver que ella intentaba protestar.

—¡A mí no me atañen estas órdenes! ¡Yo soy budista y con esto lo he dicho todo!

Pero de nada le sirvieron sus protestas. El peluquero no cedió y, pasados dos meses, los cortos cabellos de la hermosa Wuzhao se habían convertido en una especie de aureola que circundaba su rostro angelical.

—¡Qué guapa estás! ¡Esa cabellera te queda de maravilla!

Apostrofada con aquellas palabras, la joven monjita vio truncada su sesión matinal de meditación por Dama Wang en persona. La emperatriz, acompañada de su secretario, irrumpió en su celda sin hacerse anunciar.

—Debes prepararte, mi querida niña, a volver al palacio imperial —le murmuró con sonrisa melosa Dama Wang, cuyo perfume de jazmín inundó el ambiente de la minúscula celda.

—¡Pero es que ahora mi vocación está aquí, en la luz del Santísimo Bienaventurado! —protestó Wuzhao.

—Que yo sepa, tú sigues siendo concubina imperial, aunque sea de quinta fila. Por esta razón, continúas siendo propiedad del emperador —le dijo Dama Wang con una voz ahora sibilina, pero tajante como la hoja de un sable, que dejaba traslucir el odio que le tenía.

Seguidamente había hecho una seña al secretario, quien, doblado en dos por su reverencia, se sacó un rollo de papel que llevaba escondido en la amplia manga.

—Es el decreto imperial que ordena tu reintegración al gineceo del palacio… ¡Te esperan esta noche! —remató Dama Wang.

Al borde de las lágrimas, consternada y apretando los puños de rabia, Wu se dio cuenta de que también ella odiaba a aquella emperatriz áspera cuya mirada reflejaba la inconmensurable altanería que le conferían sus nobles orígenes.

Wuzhao todavía no sabía que era la emperatriz quien había urdido su retorno a Chang An para contrarrestar la creciente influencia que ejercía Bella Pura en Gaozong, aquella rival suya y primera concubina.

Ésta era la razón de que, unas semanas antes, hubiera ordenado que impidiesen a Wuzhao que se rapara el cráneo.

Así pues, el 8 de febrero de 650, cuando se disponía a festejar sus veinticinco primaveras, Wuzhao abandonó por orden imperial el monasterio donde proyectaba pasar el resto de su vida sumida en la oración.

Por mediación de Dama Wang, interesada en eliminar cuanto antes a Bella Pura, la noche misma de su llegada a palacio Wuzhao se encontró en la cama de aquel que, después de la muerte de su padre, se había convertido en el emperador de China con el nombre de Gaozong.

—Wuzhao, me habían dicho que, con tu nuevo peinado, parecías una fierecilla, pero veo que todavía estás más hermosa de lo que imaginaba —exclamó el emperador, embriagado de felicidad, ciñéndole el talle así que se presentó ante él.

Aterrada al ver el cariz que tomaban los acontecimientos, Wuzhao se sintió oprimida contra su voluntad sobre el pecho velludo de aquél a quien durante tanto tiempo lavó las manos mientras movía las caderas y procuraba que él advirtiera, en el fondo de su escote, la suave redondez de sus pechos. Tras aquellos tesoros, por fin a su alcance, iban ahora las manos de aquel hombre que acababa de tumbarla en su lecho y le abría la camisa con dedos febriles.

Mientras el hombre apretaba su boca contra el vientre de la muchacha, Wu se puso a reflexionar.

Tenía opción entre dos actitudes.

Rebelarse o aceptar. Rechazar los abrazos del emperador comportaba que ella fuera capaz de oponerle una resistencia física pero, si tenía que haber lucha, las armas eran desiguales. Gaozong, cuyo aliento entrecortado y ruidoso sentía, ardiente, Wuzhao en el cuello, era un hombre tan grueso como atlético.

¿Qué podía hacer Wuzhao contra aquella masa de carne?

¿No era mejor decirse que no era más que la rama de un árbol arrastrada por la poderosa corriente de un río? ¿Y que ese río la conducía a su destino y que, de hecho, por sorprendentes —y a veces desapacibles— que fueran los acontecimientos que acababa de vivir no eran más que la manifestación de la voluntad del Bienaventurado?

Después de todo, ¿no era acaso una arrogancia haberse proyectado un futuro como simple monjita piadosa?

Aquel deseo de consagrar el resto de su existencia a actos benéficos para mejorar su *karma*, ¿no era, quizás, la manifestación de un desmesurado orgullo, nada conforme a lo que el Bienaventurado esperaba de ella?

¿Era así realmente como se alcanzaba la santidad, situándose en el lugar donde más seguro estaba uno de alcanzarla?

¿No seguía caminos más tortuosos la vía de la santidad? ¿No era la renunciación a sus ambiciones y la aceptación de las pruebas lo que terminaba por conducir a aquella superación, siempre imprevista, que era la antecámara de la Iluminación?

Mientras el bastón de jade de Gaozong iba y venía dentro de la gruta esmeralda de Wuzhao, la muchacha repasaba mentalmente las enseñanzas que había recogido de su estancia en Ganye.

Todas, sin excepción, la llevaban a aceptar aquella nueva prueba que se le presentaba bajo la forma de aquel hombre que, después de proferir un prolongado rugido, se derramó en ella.

Sí, ¿no era mejor aceptar todo aquello?

¿No se convertiría el ser humano, si se dejaba llevar por el impetuoso río de la vida, en instrumento favorito del Bienaventurado?

Era evidente que no había sido ella quien había escogido estar donde estaba, ni ahora ni ayer. Y sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más coherencia percibía en todo cuanto le había ocurrido desde la famosa partida de polo.

Desde que naciera y sin que ella tuviera conocimiento de ello, el propio Buda había guiado sus pasos…

Imbuida de aquella certidumbre que no tardó en volverse inquebrantable, Wuzhao decidió, mientras Gaozong roncaba ruidosamente como una bestia ahíta, que a partir de ahora se encaminaría directa hacia la meta de sus sueños.

Por tanto, no terminaría sus días como monja puesto que el Bienaventurado así lo había decidido.

Ahora pensaba convertirse en lo que, siendo niña, había soñado: emperatriz y —¿por qué no, más adelante?— emperador del Centro.

Así se cumpliría la profecía del adivino ciego solicitado por Taizong según la cual llegaría un día en que reinaría en China una mujer de nombre

Wu, la cual adoptaría el título de emperador. Acabó por olvidar esta predicción, de la que se burlaron todos en aquel entonces, pese a que fueron muchos los que, con una sonrisita, no dejaron de machacarle con ella los oídos.

—¡Este adivino tiene gracia! ¡Conque una mujer emperador de China que se llamará Wu! ¡Y vas a ser tú la interesada! —exclamaban ante ella en tono de burla con intención de tomarle el pelo y de hacerle perder los estribos.

Ahora que todo se estaba aclarando, les haría tragar sus sarcasmos.

¡Pues emperador de China sería!

De eso estaba segura.

Eso le deparaba el Bienaventurado.

¿Acaso no era éste el mejor medio para que el pueblo del imperio respetase los divinos preceptos que Buda había dispensado a los hombres antes de abandonar la tierra para desvanecerse en el nirvana?

A ella le parecía evidente.

Tendida al lado de Gaozong dormido, ya se veía convertida en capitana suprema de su pueblo. Ella favorecería a los monasterios y ordenaría la construcción de pagodas en los cuatro rincones del territorio. De este modo introduciría la paz civil entre las castas y decretaría una paz armada con las demás creencias cuyos adeptos no dejaban de proliferar: en primer lugar el taoísmo, esa primera religión de la China, basada en el Yin y el Yang, cuya fijación en la alquimia y la inmortalidad la fascinaban; y por supuesto el confucianismo, la moral social oficial que de religión sólo tenía el nombre y la atraía menos a causa de su excesivo respeto de las situaciones adquiridas de las que daban testimonio sus adeptos surgidos de los medios nobles y cultos. Pero estaban también las creencias llegadas del Asia central con las caravanas de mercaderes que traían mercancías preciosas, y al mismo tiempo ideas subversivas, como el nestorianismo y el maniqueísmo, cultos extraños procedentes de Occidente de los que se hablaba cada vez más con palabras encubiertas, sin olvidar tampoco el mazdeísmo y su dios Zoroastro, acerca del cual se decía que el santuario de Chang An, abierto por un mago singular, estaba siempre lleno de fieles.

Así que el budismo fuese instaurado como religión oficial, Wuzhao podría pedir finalmente a todos estos ricos mercaderes arrogantes y altivos, así como a las familias nobles que poseían miles de hectáreas de tierras cultivadas por esclavos, que diesen limosna a los pobres…

De aquella primera noche con Gaozong, en el curso de la cual ella decidió su destino, nos quedaríamos cortos si dijéramos que Wuzhao no guardó precisamente un recuerdo imperecedero…

El hijo de Taizong trabajó de tal manera su vientre que se habría dicho que su bastón de jade era la reja de un arado y, a consecuencia de esto, todo el cuerpo de Wuzhao quedó machacado. Temiendo desencadenar su cólera y reconfortada por las certidumbres que ahora tenía, se dejó hacer y hasta se esforzó en fingir satisfacción en el momento requerido.

Y después pasaron los meses. Y también los años, durante los cuales siguió acariciando aquel loco sueño de desempeñar el cargo supremo. Finalmente parió un hijo de Gaozong, su Lihong bien amado.

Sin embargo, no podía dejar de reconocer que tenía el horizonte cerrado por Dama Wang.

Era indispensable actuar para eliminar a la emperatriz. Las estratagemas sutiles que urdió fallaron todas. Era preciso concebir un acto mucho más radical y forzar el destino jugándose el todo por el todo.

Así fue como Wuzhao decidió que asesinaría a su niña y cargaría el crimen en Dama Wang.

Pero aquello no bastó, por desgracia, para eliminar a la odiosa emperatriz.

Tenía que inventar algo más diabólico aún.

Quiso el azar entonces que la propia madre de Dama Wang cometiese la inaudita torpeza de pedir a un brujo que echase un maleficio a Bella Pura, su eterna rival.

La noticia del suceso, en el que todos vieron la mano evidente de la emperatriz, se propagó con rapidez y se transformó en escándalo público.

A pesar de la oposición de los altos dignatarios del imperio, adictos siempre a la causa de Dama Wang, Gaozong decidió acogerse al decreto que la destituyó. Pero para hacer justicia total, las almas buenas que seguían apoyando secretamente a la emperatriz desposeída sugirieron al emperador

que abatiera con el mismo golpe a Bella Pura. De este modo nadie lo haría sospechoso de favoritismo, puesto que eliminaría de un solo golpe a su esposa y a su primera concubina, con respecto a las cuales, no sólo en la corte sino fuera de ella, todos estaban al corriente de la rivalidad inmemorial que las enfrentaba.

Por este motivo, en el considerando principal del decreto imperial que privó a las dos mujeres de sus posiciones respectivas se invocó el intento de envenenamiento contra la persona del emperador, crimen punible con la pena capital.

Se había secado apenas la tinta roja del enorme sello de Gaozong puesto al pie del texto cuando unos gendarmes fueron a buscar a las dos mujeres y las confinaron a una cámara situada en el fondo de aquella parte del palacio imperial reservada a los eunucos, cuya puerta cerraron con dos vueltas de llave.

Wuzhao, que no era ajena a aquella doble desgracia, estaba ahora convencida de una cosa: el Bienaventurado en persona había conseguido situarla en la primera casilla —la más favorable— de aquella especie de juego de la oca.

El soberano decidió convertirla en su esposa.

Así fue como, después de haber estado a punto de que la encerraran de por vida en el monasterio de Ganye, la oscura quinta concubina imperial del que fuera el emperador Taizong, al convertirse en esposa del emperador Gaozong de los Tang, accedió por fin al título de emperatriz.

En la sala de Audiencias y Fiestas, el incomparable esplendor que irradiaba la belleza de la nueva soberana hizo enmudecer muchas protestas secretas.

Había un hombre, y no de los menos importantes, que ponía peor cara que los otros.

Por mucho que se opuso con todas sus fuerzas a la ascensión de aquella que consideraba una usurpadora, fracasó en sus intentos.

Sin embargo, no era influencia ni prestigio lo que le faltaba.

Zhangsun Wuji, supremo comandante en jefe de los ejércitos, era el tío del emperador Gaozong. La hermana del general Zhangsun se había casado, de hecho, con el emperador Taizong el Grande, quien había confiado de

buen grado a aquel cuñado misiones militares de las que él había salido airoso, lo que había justificado su fulgurante carrera en el ejercicio de las armas e incluso le había valido, al final, el nombramiento de primer ministro. Aquel general austero y tradicionalista, además de respetuoso de la etiqueta, ya había considerado con mirada adversa la adopción por parte de la emperatriz Wang del hijo de Bella Pura, así como la designación de este último como príncipe heredero.

Para intentar ablandar a aquel tío receloso, Wuzhao convenció a Gaozong de que le hicieran los dos una visita.

—¡Qué hermoso tener tan bella descendencia! —susurró Wuzhao ante la numerosa progenitura del general.

Después Gaozong, tras ordenar a sus guardas que pusieran a los pies del personaje diez cestas llenas hasta los bordes de sedas preciosas y de alhajas, exclamó:

—Querido tío Zhang, al tomar a Wuzhao como esposa oficial, sólo deseo una cosa: tener hijos tan bellos como los vuestros. Si Dama Wang hubiera sido fecunda, es evidente que seguiría siendo emperatriz.

—Sobrino, por muy emperador de China que seas, jamás aprobaré tu conducta. Es contraria al código del honor tal como lo definió el Zhouli, el Código de los Rituales de tus venerables antepasados de la dinastía imperial de los Zhou —le respondió con aspereza el viejo general, que no se había dignado siquiera dirigir una mirada a Wuzhao.

Sintiéndose herida, convenció a su futuro esposo y se retiraron los dos, dejando delante de las cestas rebosantes de regalos a aquel tío inflexible y testarudo de quien ella supo a partir de aquel momento que era su enemigo irreductible. Desde aquel día comprendió que entre los dos jamás reinaría la paz.

No le quedaba otra salida que encontrar el medio para desembarazarse de aquel hombre.

Tenía que ser él o ella.

Mientras esperaba, no rehusó al placer de contemplar el rostro desfigurado por la contrariedad del viejo Zhang. Pese a la suntuosidad de su uniforme de comandante en jefe supremo de los ejércitos imperiales, cubierto de condecoraciones y cargado de oro, galas que vestía para festejar

la coronación, el general tenía una expresión lastimosa que destacaba singularmente entre las sonrisas de los millares de cortesanos que ahora la miraban con respeto y temor, como quien contempla a una divinidad.

¿Cuántos de entre ellos eran realmente sinceros y a cuántos les movía tan sólo el interés y la pasividad?

Pero Wuzhao no se dejaba engañar.

Sólo con la fuerza se conquistaba y retenía el poder.

A partir de este día, no tenía ningún derecho a equivocarse.

Aquélla era una esfera en la que no se regalaba nada.

A ella, que no había heredado nada a no ser por su fuerza de carácter y su valor, jamás le darían nada y, sobre todo, jamás le perdonarían nada.

Pero los combates no asustaban a la luchadora Wuzhao.

La joven emperatriz tenía treinta años pero no aparentaba ni siquiera veinte, hasta tal punto resplandecía su rostro por la satisfacción de haber alcanzado sus propósitos.

II

MONASTERIO DEL ÚNICO DHARMA,
PESHAWAR, INDIA

¡Buddhabadra ha vuelto! ¡Buddhabadra ha vuelto!

El rumor al principio fue creciendo.

Y después se le sumaron gritos de alegría de todas partes.

—¡Honor a Buddhabadra el Inestimable y bienvenido sea! ¡Honor a nuestro Inestimable Superior!

Con aire satisfecho, Puñal de la Ley, el primer acólito de Buddhabadra, contemplaba el horizonte de montañas amarillas cuyas cumbres dentadas se recortaban en el azul.

Se sentía aliviado y se decía que se había equivocado al inquietarse.

Su Superior era aquel hombre de palabra que se perdía en los tiempos.

Antes de salir de viaje, ¿no le había precisado que haría todo lo posible para estar de vuelta y presidir la «Pequeña Peregrinación»?

Y ésta, como todos los años, debía empezar al principio del mes siguiente, es decir, dentro de cuatro semanas exactamente.

Así pues, todo era normal y absolutamente conforme a todo lo acordado.

La salutación se propagó por los sombríos corredores del convento del Único Dharma[9] cual una larga alfombra de oraciones desplegada bajo los pies desnudos de aquellos que se la dirigían como a un verdadero dios.

Faltaba poco para que un millar salieran de sus celdas, unos tras otros, revestidos con sus túnicas anaranjadas. Todos se precipitaban por el camino

de ronda que coronaba las murallas del monasterio-fortaleza.

Desde allí, la vista del sendero que descendía de la colina situada junto a la cresta y que procedía en dirección al monasterio era totalmente despejada.

De hecho, todos creían distinguir, recortados a contraluz sobre el cielo que un dulce crepúsculo teñía de un color rosado, las siluetas de aquellos dos hombres intrépidos que debían de estar allí desde hacía casi tres semanas.

Hacía más de diez días que, incitados también por la inquietud, atisbaban febrilmente la llegada de su Inestimable Superior, que, además, no había partido solo.

Por primera vez se había llevado consigo un tesoro vivo: el elefante blanco del monasterio, un animal sagrado de un valor inestimable.

Pronto se cumplirían seis meses desde el día que se echó al camino con el elefante y su cornaca. Era el final del verano, antes de la aparición de las primeras nieves para que el paquidermo no encontrara demasiadas trabas en su avance.

El cornaca era un pobre analfabeto que apenas sabía expresarse en sánscrito, más hábil probablemente para ocuparse de un elefante que para recitar versículos de sermones o descifrar los *mudras*, esas posiciones de las manos del Bienaventurado, tan precisas como un lenguaje, que los escultores inmortalizaban en las paredes de los templos o en los muros de las cuevas.

Para trasladarse al País de las Nieves, bello nombre que los indios aplican al Tíbet, había que atravesar de uno a otro lado la cadena del Himalaya salvando cimas muy extremas cuyas murallas heladas eran tan altas que, a aquellos viajeros que osaban aventurarse por aquellos parajes, les evocaban indefectiblemente el monte Meru, la Montaña del Tesoro, la Montaña Cósmica más alta del mundo.

El periplo era tan difícil como largo.

Más de un intrépido viajero dejaba sus falanges o su nariz en aquellos caminos barridos todo el invierno por vientos helados y bordeados de precipicios tan abruptos que habría sido preciso caer en ellos para ver el fondo.

Y para salvar la piel, había que tener allá arriba un comportamiento de santo.

Circulaban, en efecto, mil historias acerca de la presencia en aquellas montañas de demonios y fantasmas marrulleros que atacaban a los caminantes y a los que sólo podía hacer retroceder la gran piedad de aquellos que, en nombre de su fe, osaban aventurarse por aquellos infiernos glaciales.

A su lado, los leopardos de las nieves, los osos y hasta los lobos que también poblaban aquellos inhóspitos caminos eran animales inofensivos.

No se atravesaba inopinadamente la gigantesca barrera natural que separaba mundos tan dispares como la China y la India.

¡Ya era hora de que volviera Buddhabadra!

La primavera que ya terminaba era fría y el corto verano pasaría pronto en aquellas alturas.

Entonces, el agua de los barreños rituales del monasterio del Único Dharma volvería a helarse de madrugada anunciando la llegada del invierno.

Cada día que pasase haría entonces más problemático el regreso de su respetado Superior, al que todos consideraban un padre espiritual.

El alivio y la alegría eran manifiestos en todos estos hombres que, cual centinelas que vigilasen desde lo alto de las murallas, escrutaban el horizonte.

La delgadez de sus cuerpos y los cráneos cuidadosamente rapados los hacían a todos curiosamente parecidos pese a la diferencia de edad que habría debido distinguirlos, puesto que había monjes que se acercaban a los cien años mientras que los novicios más jóvenes no llegaban a los catorce. Con las manos juntas, entre las cuales introducían la punta de la nariz, daban las gracias mentalmente en honor del esperado retorno.

A pesar de que eran muchos los que lo temían, ya que Buddhabadra era inflexible con sus novicios, todos admiraban la ciencia y el rigor de aquel hombre de corta talla que rozaba la cincuentena, un hombre de cuerpo seco y enjuto a causa de los ayunos y mortificaciones, de cejas negras como el carbón que encuadraban unos ojos ardientes como brasas y cuya oreja izquierda adornaba un anillo de plata retorcida.

Hacía veinte años que había sido elegido Gran Superior Inestimable y había llegado al monasterio a la edad de diez años. Procedente de una familia *gandhariana* de elevado linaje en la que se practicaba un budismo que pretendía ser el más «puro» y el más «ortodoxo», Buddhabadra encarnaba de maravilla la voluntad de su clan de mantener intacta la tradición nacida de los primeros discípulos del Bienaventurado.

Instalado apenas en sus nuevas funciones de jefe de la comunidad budista *gandhariana*, cuyo monasterio del Único Dharma era el centro religioso principal, Buddhabadra elevó a trece años la edad mínima a partir de la cual era posible que un adolescente accediera al noviciado.

Así pues, sería siempre el aspirante más joven el que aprendería más pronto los millares de páginas de texto que constituían el Canon budista, aquel conjunto de reglas y preceptos, acompañados de comentarios filosóficos, metafísicos y morales, que los discípulos del Iluminado comenzaron a establecer y a redactar después cuando Buda, hacia finales del siglo VI antes de nuestra era, abandonó su vida terrena.

Conocía igualmente hasta sus más mínimos detalles los miles de Jâtakas, esas maravillosas historias que seguían con minucioso detalle las existencias anteriores del Bienaventurado. Porque Buda había adoptado en vida las más diversas formas: domador del rey-dragón Gopâla (un *naga* gigante) que dejaba en los muros de la cueva el rastro de su sombra; ermitaño de los bosques, al avenirse a caer bajo las flechas de un rey cruel para defender a sus ancianos padres; príncipe, bajo la apariencia de Viçvantara, que poseía un elefante blanco capaz de provocar la lluvia.

Buddhabadra, por ser un budista orgulloso de sí mismo, era capaz de pasar horas recitando a niños maravillados de escucharlo historias encantadoras destinadas a conocer mejor al Bienaventurado y, sobre todo, a hacer que lo amaran mejor.

Estaba convencido de que su monasterio era el primer conservatorio de la verdadera doctrina budista del que se consideraba memoria esencial al mismo tiempo que principal garante de la ortodoxia.

También era temido y respetado por los monjes, sus discípulos, en quienes ejercía un ascendiente indiscutible sin que dudara en imponerles ayunos y largas permanencias de rodillas, prosternados delante de los

rostros andróginos de los budas y *bodhisattvas* que los escultores greco-budistas habían dejado grabados en la piedra.

El objetivo de su último viaje al País de las Nieves, al igual que los precedentes, se mantuvo en estricto secreto, hasta el punto de que el Superior del monasterio del Único Dharma no confió jamás a nadie el lugar exacto de su destino.

El primer acólito de Buddhabadra, Puñal de la Ley, era un monje muy respetado tanto por sus conocimientos de los cánones budistas como de la lengua parsi, aprendida en su infancia, y no sólo de ésta sino también del chino e incluso del tibetano.

Dicha característica le permitía acoger a los numerosos religiosos que llegaban en peregrinación desde aquellos países orientales con intención de visitar los lugares más sagrados del budismo y que pasaban obligatoriamente por aquel monasterio situado en la ruta de la India del Norte, donde había vivido el Bienaventurado.

Puñal de la Ley era, además, un monje obediente y leal.

Jamás se había atrevido a insinuar a Buddhabadra que no le gustaban sus tapujos en relación con sus viajes, aunque se guardaba muy bien de considerar que se trataba de una inexplicable falta de confianza. Se decía que Buddhabadra debía de tener una razón lo bastante importante para actuar de aquella manera tanto con respecto a él como a los demás miembros de la comunidad del Único Dharma.

Buddhabadra se contentaba siempre con dar la misma respuesta evasiva a los novicios que osaban preguntarle, con mayor atrevimiento que los monjes viejos, a qué zona exacta del Tíbet pensaba dirigirse:

—¡Voy al Techo del Mundo! ¡Un periplo sagrado!

¡El Techo del Mundo! ¡Nada menos que esto!

Era con intención que Buddhabadra utilizaba esta expresión en lugar de «País de las Nieves», como si así quisiera subrayar y garantizar la parte de misterio que rodeaba sus expediciones.

Las evasivas de su Venerable Superior no habían hecho más que aumentar la angustia de la comunidad huérfana al ver que Buddhabadra tardaba en volver de aquellas tierras lejanas a las que había partido montado a lomos del elefante blanco sagrado.

—¿No es un infierno el Techo del Mundo? ¿No dicen que el peor de los infiernos es aquel dónde reina un frío intenso?

¡Cuántas veces jóvenes novicios aterrados y preocupados a la vez habían hecho aquella pregunta a Puñal de la Ley!

—Debemos confiar en nuestro maestro Buddhabadra. Si no volviese significaría que el Bienaventurado quiere acogerlo en su seno, ¡el nirvana! —respondía el primer acólito con aire lo más impávido posible.

—¿Qué es exactamente el nirvana? ¿Un paraíso o la nada? —le preguntaban entonces ellos.

—Es ese estadio en que la conciencia del Santo se anonada en la paz de la Extinción poniendo así término al trágico encadenamiento de reencarnaciones que transforman el ser obligándolo a vivir, en medio del dolor, innumerables existencias bajo las formas más diversas. En caso de mal *karma*, por ejemplo, se encuentra en el cuerpo de una hormiga sobre la cual un niño se dispone a orinar o en la de un cerdo salvaje que es presa de los tigres.

—¿Qué hay que hacer para ser Santo?

—Lo primero es ser un buen novicio —respondía entonces riendo Puñal de la Ley, que tenía un humor muy vivo.

En realidad, no creía ni por asomo que el Bienaventurado Buda pusiese término al viaje de su Superior. Conocía demasiado bien su prudencia y su inteligencia. Desde que Puñal de la Ley estaba a su servicio, había visto partir y regresar tres veces a Buddhabadra, siempre en la fecha prevista.

A decir verdad, unos días antes de su cuarta partida, hacía de ello seis meses, el Superior había levantado ligeramente una esquina del velo en atención exclusiva a su acólito en lo tocante al objeto de su inminente periplo.

—Voy a defender los intereses de nuestra Iglesia del Pequeño Vehículo. Al Techo del Mundo, en el Tíbet o, si quieres, como lo llaman aquí, al País de las Nieves. Y créeme, teniendo en cuenta lo que he aprendido no hace mucho, no es asunto de poca monta, sobre todo desde las nuevas exigencias de mis amigos.

—¿De qué amigos hablas, Inestimable Superior?

Viendo que el interesado no le daba respuesta, Puñal de la Ley formuló una nueva pregunta.

—¿Por qué ir tan lejos? ¿Quién amenaza nuestros intereses? ¿Esos «amigos» que acabas de mencionar?

—¿A ti qué te parece? —preguntó, ligeramente molesto, Buddhabadra.

—¿Se trata, pues, del Gran Vehículo?

El Pequeño Vehículo o Hînayâna era el apelativo un tanto condescendiente que el budismo chino del Gran Vehículo o Mahâyâna daba al budismo indio.

Los *mahayanistas* chinos veían en la práctica del budismo indio primitivo una forma menos noble y más reducida que en la suya.

En lugar de reservar la salvación eterna sólo a los monjes y monjas que habían hecho sus votos, tal como prescribía el Hînayâna basándose en las palabras del Bienaventurado, los adeptos chinos del Mahâyâna habían optado por una postura más pragmática, origen del inmenso éxito popular de su religión en China. Después de innumerables controversias teológicas que dieron lugar a todo tipo de exégesis de los sermones de Buda, acabaron por admitir que los laicos, por poco que siguieran las prescripciones morales del Bienaventurado, también podían aspirar a la salvación.

Y así, su «Vehículo de acceso a la Liberación» era, según ellos, más «Grande» que el de los ocupantes del «Pequeño». Vehículo, quienes preferían atenerse al dogma del budismo primitivo según el cual la salvación se reservaba expresamente a los que aceptaban profesar los votos monásticos.

La rivalidad entre las dos Iglesias, a consecuencia de este hecho, era real y Puñal de la Ley comprendió perfectamente lo que ocultaban las enigmáticas palabras de Buddhabadra acerca de aquella Iglesia rival cuya extensión iba en aumento y que ya empezaba a amenazar sus intereses.

En cambio, el primer acólito permanecía en las tinieblas más oscuras con respecto al lugar preciso al que Buddhabadra quería retirarse para defenderlos.

—Me has dicho demasiado. Pero si supiera, por lo menos, a qué sitio vas, podría ayudarte —exclamó.

—Mi querido Puñal de la Ley, éste es uno de los secretos sobre los que pesa el juramento de que sólo serán compartidos con sus iguales. Es inútil que insistas. No puedo añadir nada más. Si voy lejos es porque tengo razones válidas para obrar de ese modo. Por mucho esfuerzo que me cueste, ya que me gusta poco la escalada y las noches glaciales…

Puñal de la Ley, desarmado por la violencia de las palabras, se excusó por el exceso de curiosidad.

A partir de ese momento se abstuvo de hacer preguntas indiscretas a Buddhabadra antes de su partida.

Para calmar su curiosidad le bastaba con pensar que los intereses superiores del Pequeño Vehículo coincidían con los del monasterio del Único Dharma y de su comunidad y, por consiguiente, nadie mejor situado que su Superior para defenderlos.

Por otra parte, como colaborador disciplinado que era, estaba decidido, para demostrarle que tenía en cuenta sus directrices, a no plantearle ninguna pregunta indiscreta cuando volviese a encontrarse en su presencia, lo que no podía tardar en producirse.

—¡Honor a Buddhabadra, el Inestimable Superior del Único Dharma!

En torno a Puñal de la Ley, que se precipitó al camino de ronda para ser testigo de la llegada de su Superior, se elevaba siempre el clamor de los monjes.

Ahora eran verdaderos gritos de júbilo que surgían de todas partes en honor del regreso del piadoso e intrépido budista, el héroe auténtico que no había dudado en desafiar los contrafuertes de las montañas más altas del universo, tan altas que llegaban hasta el mismo nirvana.

Bajo la luz ocre de un crepúsculo que las enrojecía, las crestas dentadas de las montañas que dominaban la población india de Peshawar parecían las alas de una inmensa ave rapaz que la tomase bajo su protección.

El monasterio del Único Dharma había sido construido hacía alrededor de once siglos, algo apartado de aquel hormiguero de comerciantes y peregrinos que era aquella ciudad a fin de dar cobijo al célebre relicario del emperador Kaniska. Su función estribaba en guardar aquel monumento entre los más sagrados del budismo indio.

La ciudad real de Peshawar, en tiempos de su esplendor, cuando era todavía la capital del Imperio *gandhariano* greco-bactro de los Kushana, contaba con no menos de mil monasterios.

Desde las terribles devastaciones que, un siglo y medio antes, alrededor de 530, había sufrido por parte de las tribus de los hunos *hefthalitas*, se había convertido en la sombra de lo que fuera en otro tiempo.

Millares de *estupas*, que ayer se elevaban en cada rincón de la calle, no eran más que montones informes de piedras que los niños iban cogiendo para hacer de los gorriones blanco de sus hondas.

En las puertas de los santuarios que no habían sido arrasados todavía se encontraban algunos rostros de budas y *bodhisattvas* que irradiaban gracia, esculpidos por los artistas greco-budistas que habían tenido uno de sus talleres más célebres en Peshawar.

La mayoría de aquellas figuras angelicales de suaves contornos que ponían de manifiesto la admirable elegancia de la estatuaria griega clásica y la espiritualidad que requería la representación del Iluminado habían sido arrancadas o tratadas con desconsiderados martillazos por los soldados de aquellos pueblos paganos.

De tanta desolación arquitectónica se salvaba tan sólo la imponente y orgullosa silueta del inmenso convento del Único Dharma, cuyos altos muros, levantados a media altura de una colina, eran visibles desde tan lejos que los peregrinos rara vez tenían necesidad de informarse para dirigirse allí y cumplir con sus devociones.

El Santísimo Convento del Único Dharma, en tiempos de los Kushana, había llegado a contar quince mil monjes.

Era una verdadera ciudad, con sus escuelas, sus panaderías, sus campos de juegos para los novicios, sus lavaderos hasta los que llegaba el agua desviada de los manantiales de las montañas y también sus vergeles, cuyos frutos impregnados de sol servían para preparar gigantescas bandejas de ofrendas que los peregrinos depositaban en procesión al pie del precioso relicario de Kaniska.

Alrededor del año 100 después de Cristo el emperador Kaniska, que reinaba en Kushana, un gran imperio que reunía una parte de la India del

Norte, la Bactriana y la cuenca del Tarim[10], mandó levantar aquel relicario votivo después de un maravilloso episodio.

Desde el valle del Ganges a las cumbres del Pamir se extendía entonces una constelación de territorios que los valerosos caballeros de la dinastía de los soberanos Kushana consiguieron conquistar y federar.

Durante una batida de caza, el emperador indo-escita Kaniska fue guiado milagrosamente por una liebre blanca hasta un joven pastor que apacentaba su rebaño en una verde pradera.

—¡Tú eres el rey Kaniska! —espetó el muchacho al atónito soberano.

—¿Cómo es que sabes mi nombre?

—No hago más que cumplir la predicción del Santísimo Buda: *Cuatrocientos años después de mi muerte reinará en este territorio un rey que se llamará Kaniska* —prosiguió el joven pastor con una sonrisa.

—¡Desde este día bendito me atendré a los preceptos del Bienaventurado! —exclamó el rey, que bajó con presteza de su caballo para prosternarse ante el muchacho.

De regreso a Peshawar, dio orden de que, en el lugar donde había escuchado la Santa Predicción, se levantara una inmensa *estupa* y posteriormente encargó al orfebre más famoso de la región, el griego Agésilas, la extraordinaria *estupa-relicario* que a partir de entonces llevaría su nombre.

Según los textos antiguos, no había nada lo bastante hermoso para fabricar el edículo en madera de sándalo con incrustaciones de plata sobre el cual el orfebre fijó la estatua conmemorativa del Bienaventurado, en oro macizo, con piedras raras y preciosas engastadas.

Ordenaba la tradición que dos diamantes de brillo incomparable, incrustados en los ojos, fuesen regalo del rey en aquella representación del Santo.

Se decía que los escogió entre mil gemas procedentes de botines de guerra, unas piedras gemelas tan grandes y tan puras que los bardos no cesaron nunca de ensalzar sus fulgores. En la epopeya del glorioso Kaniska se especificaba que confió aquellas piedras a Agésilas porque se suponía que conmemoraban un célebre episodio de las vidas anteriores de Buda: el

de la limosna de sus ojos que hizo a un pobre ciego quien, a causa de ello, recobró la vista.

Terminada la estatua, el piadoso emperador la mandó encerrar en una hornacina situada en lo alto de una torre, a más de cincuenta metros del suelo, cuyos pisos estaban marcados por *apsaras*[11] volantes esculpidas en la piedra. Se suponía que aquellas criaturas aladas velaban aquel inestimable tesoro al que sólo se podía llegar por medio de un andamio a fin de que nadie pudiera robarlo.

Ese mismo emperador Kaniska, como soberano budista animado por la fe ferviente de los nuevos convertidos, fue quien convocó en el Pendjab un concilio destinado a favorecer la expansión del budismo hacia los oasis del Asia central desde donde, posteriormente, se difundiría hasta la China.

Así pues, la estatua de oro y diamantes estuvo durante siglos al abrigo del mundo, guardada en el gigantesco relicario, hasta que fue robada por los hunos.

Desde entonces, lo que quedaba de las reliquias fue guardado en un cofrecillo de oro de forma piramidal, tan cuidadosamente cerrado que ningún monje se habría atrevido a abrirlo, pero que cada cinco años se sacaba de su receptáculo, en ocasión de la «Gran Peregrinación», a fin de que una inmensa muchedumbre procedente del norte de la India pudiese venerar dichas reliquias.

El relicario de Kaniska seguía siendo, en efecto, uno de los santuarios más gloriosos del budismo.

Se suponía que cada uno de los principales lugares de culto conservaría una de las reliquias santas del Bienaventurado. Una tradición antigua ordenaba que el monasterio del Único Dharma de Peshawar fuese el lugar donde se conservasen los ojos de Buda.

El renombre del lugar atraía a los peregrinos chinos, tibetanos, *kucheanos*, turfaneses y sogdianos.

Eran viajeros intrépidos que llegaban en general de aquellos oasis lujuriantes que convertirían una simple ruta en uno de los vectores de contacto entre las civilizaciones de Occidente y las de Asia.

A manera de etapas para los viajeros que atravesaban los desiertos hostiles, llevaban los nombres de Kashgar, Yarkand, Khotan, Kucha,

Turfan, Hami o incluso Dunhuang.

En aquellas rutas de peregrinación que iban desde China a los Santísimos Lugares de la existencia de Buda, uno sólo se topaba con devotos y monjes budistas que iban a predicar su doctrina a la China central.

Por aquellos caminos sembrados de piedras barridas por vientos ardientes o glaciales circulaba una mercancía más preciosa que ninguna.

Ya la descubrieron los romanos, quienes estaban dispuestos a arruinarse con tal de conseguirla, y era objeto de los cuidados más exquisitos por parte de los caravaneros que la transportaban. Aquellos fardos envueltos en tela grisácea, apilados en los lomos de camellos y caballos, no tenían mal aspecto. El hecho es que contenían una tela de tacto incomparable y colores irisados que a las mujeres les encantaba bordar, cuando caía en sus manos, con hilos de oro y plata.

Aquella tela daría nombre al itinerario: la Ruta de la Seda.

Uno de los últimos tramos de aquella ruta desembocaba a la altura misma de aquel puerto hacia el que se volvían siempre millares de ojos ávidos de ver destacarse en la cresta la silueta de su Inestimable Superior subido en el lomo del elefante sagrado del monasterio.

Que hubiese partido, por otra parte, montado en aquel paquidermo de ojos encarnados que tenía cerca de cincuenta años y cuyo color, único en su género, era la admiración de todos los peregrinos decía mucho sobre la importancia del viaje que Buddhabadra había realizado.

Una decisión que incluso había sido motivo de un pequeño amago de guerra entre Puñal de la Ley y su Superior.

Ya que en vano el primer acólito había intentado convencer a Buddhabadra de que no se llevara consigo, a través de los caminos del País de las Nieves, teniendo en cuenta que se anunciaba un invierno muy crudo, el vivo tesoro del monasterio. El monasterio del Único Dharma tenía seis elefantes más, aunque más jóvenes y, por consiguiente, más vigorosos que el viejo paquidermo sagrado, que los novicios lavaban y emperejilaban todos los días antes de alimentarlo con los frutos frescos y los pasteles ofrendados por los peregrinos.

El animal, venerado casi como una divinidad, tenía dos inmensos privilegios.

En ocasión de la Pequeña Peregrinación, que se celebraba una vez al año, el paquidermo, enjaezado de oro y plata, transportaba con gran pompa hasta el recinto del monasterio la minúscula caja que guardaba la Santa Pestaña del Bienaventurado, que el Superior del convento conservaba el resto del año en un armario bajo llave de su celda.

Pero el animal sagrado era el único que estaba autorizado a transportar en el lomo, en ocasión de la fiesta quinquenal de Kaniska, la de la Gran Peregrinación, el pequeño relicario de oro puro de forma piramidal que contenía la reliquia principal del monasterio del Único Dharma, los Ojos de Buda.

Con precauciones infinitas colocaban el cofrecillo picudo de oro puro dentro del palanquín instalado en el lomo del paquidermo blanco. Y entonces aquella montaña de carne blanca, que la harina que lo empolvaba todavía hacía más blanca, con los ojos maquillados como una cortesana vieja y los miembros engalanados de collares constelados de piedras preciosas, iniciaba su lento periplo ante la multitud de monjes y devotos que lo ovacionaban, mientras con paso majestuoso se dirigía al edificio principal del convento, situado en el fondo de una larga avenida bordeada de cipreses.

Sin que pareciera importarle la reliquia que transportaba, el paquidermo caminaba contoneándose como si aquel homenaje de los cientos de miles de fieles en éxtasis le estuviese dedicado a él.

Puñal de la Ley añoraba el regreso a Peshawar del viejo paquidermo blanquecino.

Se sentía feliz de reencontrarlo y se decía que se había equivocado también al poner en entredicho la elección de su Superior de llevárselo con él.

Por desgracia, la alegría de Puñal de la Ley había resultado de corta duración.

A fuerza de mirar la montaña por cuya ladera se suponía que ahora Buddhabadra descendería hasta llegar a la puerta septentrional de la

fortaleza-monasterio, su primer acólito no tardó en comprender que algo grave ocurría.

La silueta algo encogida que avanzaba por los vericuetos cuesta abajo sólo podía ser la del cornaca, un hombre regordete de cuerpo igual de ancho que largo, no la de Buddhabadra, tan ascética.

Y lo más importante era que, contrariamente a lo que había creído ver debido a una ilusión óptica provocada por el calor que irradiaban las piedras de la montaña en el paso del desfiladero, el hombre en cuestión iba solo.

Lo que Puñal de la Ley había tomado por el elefante sagrado no era, en realidad, más que una gran roca inmóvil.

No había, por desgracia, duda alguna.

Sólo regresaba el cornaca.

Ni Buddhabadra ni el elefante blanco volvían, aquel día, del País de las Nieves…

III

MONASTERIO DEL RECONOCIMIENTO DE LOS BENEFICIOS IMPERIALES, LUOYANG, CHINA

Cinco Prohibiciones, ¿podrías explicarme quién era, en realidad, el Bienaventurado Buda Gautama cuyos mandamientos no cesas de leer para que se nos graben en la memoria? Dicen que era amable pero, si he de dar crédito a lo que acabas de contarnos, pide a los novicios que se priven de todo lo bueno.

Estaba solo con su profesor, al final de la clase de doctrina, el encantador muchacho de apenas cinco años de edad que acababa de formular la ingenua pregunta y que estaba sentado en primera fila.

Era la suya la edad a partir de la cual los padres podían llevar a su hijo al noviciado de una comunidad del Gran Vehículo chino.

En el patio de la escuela budista, sus compañeros, alrededor de una veintena, todos nacidos el mismo año, jugaban a lanzar bolas de tierra seca dentro del aula.

—¡Cuidado con lo que hacéis! ¡Cinco Prohibiciones es fuerte como un tigre! ¡Os pegará un puntapié en el trasero! —gritó el alumno en cuyo cráneo perfectamente rasurado acababa de estrellarse una bola.

Inmediatamente, como una bandada de gorriones, todos los niños se dispersaron riendo y fueron a esconderse detrás de las columnas de la inmensa galería adornada con pinturas que reproducían los episodios más

edificantes de la vida de Buda, situada alrededor de la zona destinada a recreo.

¿Quién habría imaginado, observando su actitud traviesa y despreocupada y todas las diabluras que se permitían, que los mejores de aquellos niños estaban destinados a convertirse en maestros de *Dhyâna*[12], esa meditación que se practica sentado a la que los chinos dan el nombre de *Chan*[12a]?.

¡Meditar ante una pared lisa y vacía! Meditar y seguir meditando, preferentemente ante una pantalla desprovista de toda imagen, prominencia u otro elemento capaz de distraer la atención… Dejar que el vacío invada el espíritu para así alcanzar aquel estadio en el que ya no pueda existir el más pequeño razonamiento. Convertirse en planta o en piedra y esperar a que la Iluminación, de pronto, se presente como se presenta la ola en el mar…

Ésta era la receta infalible, mucho más eficaz que las fastidiosas recitaciones de los *sutras*, para llegar al estadio del Despertar, el de la conciencia absoluta de la Verdad tal como la descubrió el propio Buda bajo la higuera sagrada *pipal* en las afueras de Benarés después de haber recorrido los cuatro estadios de la Meditación.

Sin embargo, para llegar a este grado de concentración era preciso un largo aprendizaje, ya que se trataba de algún modo de desaprender a reflexionar y a olvidar todo lo que uno tiene en la cabeza. Es algo que implica numerosos esfuerzos, sobre todo cuando uno es un niño despreocupado, más inclinado a jugar que a alcanzar el vacío, a semejanza de aquellos niños un tanto distraídos y propensos a risas tontas con los que el monje Cinco Prohibiciones, a la salida del recreo, volvía a enfrentarse.

Como todo profesor, el joven monje Cinco Prohibiciones estaba sentado detrás de un escritorio instalado en una tarima.

Inclinado sobre un manuscrito en caracteres tibetanos cuyo sentido tenía grandes trabajos para descifrar, no oyó siquiera las risas y el alboroto de los alumnos provocados por un abejorro que uno de ellos hacía volar atado a un cordel.

Y sin embargo, corrían el riesgo de que, en el momento más impensado, irrumpiera en el aula el maestro de estudios provisto de su vara de castigo, ya que no era suficiente decir que no se podía jugar con la disciplina en el

noviciado del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang.

Aquella majestuosa ciudad encaramada en unas colinas cubiertas de bosque, situada a unos tres días de navegación al este de Chang An, la capital central de los Tang a la que estaba unida por un canal, se había convertido en centro principal de formación de los maestros del Chan, que era como llamaban en China a los maestros de *Dhyâna*.

Aquellos hombres enamorados de la sabiduría, capaces de permanecer días y noches enteras sentados en la postura del loto meditando en el movimiento de la Rueda de la Ley por la mano de Buda, o sea, en la quintaesencia de su Doctrina de la Salvación, se convertirían en puntas de lanza de aquel ejército de predicadores que, desde hacía varios siglos, se había lanzado al asalto de la China taoísta y confuciana que no tardó en ser sumergida por la inmensa oleada de fervor religioso procedente de la India y Asia central.

Después de haber aprendido de memoria miles de estrofas de *sutras* necesarias para el conocimiento de las divinas palabras de Gautama, los maestros de *Dhyâna* sabían explicar a los adeptos las maravillosas historias que relataban las innumerables existencias anteriores de Buda y atestiguaban sus bondades y la pertinencia de su doctrina.

Debían mostrarse particularmente persuasivos. En efecto, no se podían contentar con adherirse a esta doctrina en un plano intelectual. El propio Buda había dado ejemplo: había que adaptarse a ella por completo tanto en lo que se refería a los actos como al comportamiento.

Para vivir como un verdadero budista había que empezar por aceptar la sumisión a las doscientas cincuenta prohibiciones que figuran en el Vinaya, el código de buena conducta que permitía practicar las diez Virtudes Extremas[13]] que conducían al primer estadio del Despertar al que todavía se daba el nombre sánscrito de «bodhi».

Sólo entonces, imbuido de su postura correcta, el adepto conocería la Santa Verdad que conducía al cese del dolor, el mal absoluto que continuaba afligiendo a los hombres. La Santa Verdad se encontraba al final del camino de la Vía de los Ocho Miembros, a saber, la opinión correcta, la palabra correcta, la actividad corporal correcta, los medios de existencia correctos,

el esfuerzo correcto, la memoria o la atención correctas, la concentración correcta, que todo monje sincero e interesado en aplicar los preceptos enseñados por el Bienaventurado debía esforzarse en practicar.

Todos los muchachitos a los que el joven monje Cinco Prohibiciones enseñaba estos puntos de la doctrina habían sido rigurosamente seleccionados por su viveza y su inteligencia, pero también por su aptitud para clasificar, sin haberlas visto previamente, entre receptores diversos, todas ellas de la misma forma, dispuestas al azar sobre una mesa, las bandejas de ofrendas que dejaban los devotos, llenas de flores, frutas y galletas, delante de las estatuas de las pagodas.

Era la señal que indicaba que eran capaces de convertirse a su vez en maestros del Chan.

Habían sido elegidos entre los miles de niños que las familias pobres, a menudo llegadas de lugares lejanos, ofrecían cada mes al monasterio en la esperanza de que así les depararían una vida mejor al tiempo que les aliviarían el peso representado por las bocas que tenían que alimentar. Pero se trataba sobre todo de asegurar a estos niños que alcanzarían el nirvana, ya que Buda así lo había especificado: sólo los monjes que consagraban toda su vida a este objetivo podían pretender que se convertirían en Despiertos.

Al ver que su maestro no respondía a su pregunta, el niño, que sonreía abriendo totalmente su boquita desdentada, se acercó a él. Y después, tirando de la manga de su túnica de color azafrán, volvió a preguntarle:

—¿Era amable Buda?

Entonces, el monje Cinco Prohibiciones levantó finalmente la cabeza del rollo sobre el que la tenía inclinada y el tumulto que agitaba el aula cesó súbitamente. Sólo se oía el abejorro, que seguía con el hilo atado a la pata y volaba emitiendo un murmullo.

Cinco Prohibiciones tenía un rostro hermoso y enjuto, iluminado por unos grandes ojos negros, apenas oblicuos, que irradiaban vivacidad.

Había entrado en el monasterio a la misma edad que el muchachito que lo interrogaba, donde llamó en seguida la atención de su superior, Pureza del Vacío.

Dos años antes, a la edad de veinte años, había sido ordenado monje y había adoptado el nombre de Cinco Prohibiciones. El nombre significaba que poseía la facultad de no hacer nunca los Cinco Actos Nocivos que hacían renacer en el infierno a los desgraciados humanos que los habían cometido intencionadamente: el parricidio y el matricidio, el asesinato de un santo *arhant*[14] la herida del cuerpo de un Buda y el cisma en el seno de una comunidad monástica.

Cinco Prohibiciones tenía el cuerpo atlético y flexible de los monjes interesados en mantenerse en buena forma física al igual que su fuerza mental. Como buen adepto a las artes marciales, de un golpe seco de la mano podía romper un grueso tablón o, valiéndose tan sólo de la fuerza de sus brazos, torcer la hoja de acero de una espada. Le bastaba un simple movimiento del puño para derribar a un adversario en apariencia mucho más fuerte que él. Sabía proferir aquel grito paralizante que detenía en seco, como si acabase de recibir un puñetazo en el vientre, al que se abalanzaba sobre él armado de un puñal o una lanza. Era tal su flexibilidad que, sin la menor dificultad, cuando estaba sentado en la postura del loto, era capaz de anudar las piernas en torno al cuello como las asas de una cesta.

Sus cualidades físicas y mentales hacían de Cinco Prohibiciones un modelo admirado por todos los novicios que, a su vez, soñaban con hacer girar en el aire a los tres adversarios aguerridos que Cinco Prohibiciones, en ocasión de demostraciones, era capaz, mediante tres gestos instantáneos y precisos, de neutralizar simultáneamente.

—Buda era mucho más que amable, ¡era un verdadero santo! ¡Un gran arhant! Un maestro de *Dhyâna* ejemplar, como serás tú, pequeño, si trabajas de firme… —declaró con una sonrisa.

—¿Era tan fuerte como tú, teniendo en cuenta que puedes romper con el codo cinco ladrillos superpuestos?

—¡Mucho más fuerte aún! La fuerza y el resplandor del Bienaventurado Gautama Buda, cuando vivía, estaba en su cabeza. A su lado, no somos más que hormigas que pretenden ser elefantes. Nos queda mucho camino que recorrer, te lo aseguro… y aquí también me incluyo yo, para llegarle al tobillo —añadió desencadenando, entre la turbulenta asistencia, risas y exclamaciones de alegría.

Cinco Prohibiciones no tenía rival en lo tocante a transmitir a su auditorio, que todavía no sabía leer ni escribir, sirviéndose de fórmulas gráficas que adoptaban el cariz de cuentos para niños, la compleja y a veces esotérica austeridad del Canon budista.

No era cosa fácil de explicar tratándose de niños tan pequeños.

Les enseñaba, en efecto, que la *dukhâ* o dolor gobernaba el mundo, donde nada era permanente y todo estaba desprovisto de *atman*[15].

Atman significa en sánscrito «uno mismo» y servía para designar el principio de individualidad negado por Buda tanto en relación con los seres como con las cosas.

Para llegar a la Vía de la Liberación, es decir, escapar al ciclo perpetuo de los renacimientos, saliendo de forma definitiva del mundo del dolor, el hombre debía adaptarse a la moral que predicaba Buda.

Así, a fuerza de practicar los *karma*s correctos, aquellos actos intencionados cuyo efecto benéfico os acercaba a la Liberación, haría avanzar a través de la Vía de la Salvación.

¡Y desgraciados aquellos que no respetasen esta moral, ya que las penas en que incurrirían podían ser aterradoras!

Cuando describía a los niños los infiernos que esperaban a los pecadores y recalcitrantes, Cinco Prohibiciones provocaba invariablemente en ellos llantos y gritos de terror.

Las torturas infligidas a los condenados, culpables de grandes pecados, eran espantosas: algunos estaban enganchados a pesadas carretas y se veían obligados a caminar sobre brasas incandescentes; a otros se les forzaba a echarse de cabeza en una caldera de bronce hirviente o en un río de fuego donde se asaban como trozos de carne; otros más, apodados «espectros», frecuentaban la tierra y los intervalos situados entre los mundos, atenazados por el hambre y la sed porque tenían una boca pequeña como el ojo de una aguja, por lo que tenían que alimentarse de pequeñas inmundicias. No había menos de ocho infiernos calientes y ocho infiernos fríos, cada uno de ellos, para dar más cabida, rodeado de otros dos infiernos pequeños…

Uno de los infiernos calientes más atroces era aquel donde los condenados se arrancaban mutuamente la carne con zarpas metálicas, mientras que en otro unos elefantes de acero pisoteaban a sus víctimas.

En uno de los infiernos fríos, la carne de los condenados reventaba antes de cubrirse de llagas, mientras que en otro los labios de los penitentes se helaban y agrietaban, lo que les impedía comer.

Pero el más terrible de todos era el infierno de la Caldera de hierro, hasta cuyo fondo se tardaba treinta años como mínimo en llegar. Y una vez abajo, lo que le esperaba a uno era muchísimo peor que todo lo demás hasta el punto de resultar indescriptible. No existía descripción alguna, pues, de lo que allí había.

Por suerte para los fieles, y en particular para el joven auditorio de Cinco Prohibiciones, los episodios de la vida del Bienaventurado, así como los miles de existencias anteriores que había tenido, eran cuentos tan maravillosos que nadie se cansaba nunca de escucharlos.

—Pero, si tan fuerte y luminoso era, ¿por qué murió?

—No murió. El Tathâgata, «el que camina hacia la Verdad», se durmió al pie de un árbol en un bosquecillo de *galas*, no lejos de la casa del herrero Chunda, en la cual había comido por última vez, antes de entrar en la extinción completa y la suprema paz del nirvana —respondió un tanto molesto Cinco Prohibiciones al muchachito, que no estaba dispuesto a soltar prenda.

—Y ese Chunda, el herrero, ¿era tan amable como el Bienaventurado Buda? Los herreros fabrican espadas. ¿Cómo quieres que sea amable un hombre que fabrica espadas?

Cinco Prohibiciones levantó los ojos al cielo al enfrentarse a una pregunta tan incongruente como aquélla cuando un frailecillo sorprendentemente gordito, teniendo en cuenta los ayunos a los que todos estaban obligados, asomó la cabeza por la puerta de la clase.

—Nuestro Venerable Superior desea verte en seguida, ¡oh, Cinco Prohibiciones!

—¿De veras en seguida?

—Acabo de salir de su despacho. Pureza del Vacío no suele andarse con bromas… —respondió el frailecillo con la voz impregnada de angustia.

Cinco Prohibiciones sintió que se le encogía el corazón.

Tragó saliva y se puso a arrollar el *sutra* escrito en tibetano que acababa de desplegar y dejar plano sobre la mesa.

Era raro que el maestro Pureza del Vacío llamase a un profesor de aquel modo, obligándolo a dejar lo que estaba haciendo, sobre todo cuando se encontraba en plena actividad pedagógica.

El motivo tenía que ser grave.

Después de dejar la clase en manos del monje gordito, Cinco Prohibiciones, sin perder un segundo, se precipitó al despacho del Superior del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

Para llegar hasta él tenía que atravesar prácticamente todo el monasterio, recorrer las galerías cubiertas de pinturas de los infiernos y paraísos, pasar por los tres patios recubiertos de gravilla donde los monjes se entregaban a las artes marciales, acceder a la pagoda principal y subir la escalera de madera que permitía llegar al tercer piso, desde donde se tenía una impresionante vista de Luoyang que revelaba el mar azul de tejados formados por tejas barnizadas de elegantes curvas y aristas en forma de «cola de golondrina».

Allí, en una celda minúscula cuyos únicos muebles eran una simple mesa y un escabel, a dos pasos de la sala de oración reservada a los maestros del Chan, el Superior Pureza del Vacío presidía los destinos de su monasterio.

El maestro Pureza del Vacío impresionaba siempre por su prestancia algo altanera y la severidad de su mirada impasible a todos cuantos tenían oportunidad de acercársele.

Era su rostro, sobre todo, lo que intimidaba a los visitantes.

Estaba tan delgado que parecía una calavera.

Unas orejas inmensas, despegadas del cráneo y caídas como pámpanos enmarcaban el sutil ensamblaje de huecos y salientes óseos cubiertos por una piel diáfana y fina como el pergamino.

Todo en Pureza del Vacío hablaba de ascetismo y de inquebrantable fe budista, como si todo su cuerpo no fuese sino un himno vivo a la gloria de la Verdad de Buda: la delgadez esquelética de los brazos, que asomaban por las mangas del sayal marrón; las manos largas y nudosas como sarmientos, que desgranaban de continuo las ciento ocho cuentas del *mala*, el gran rosario de ámbar que permitía contar mejor los *mantras*, esas fórmulas rituales repetidas miles de veces al día.

Pero estaba sobre todo aquella manera suya reservada, aquella economía de gestos, aquella distancia que ponía entre él y las cosas, como si sólo perteneciera a medias a este mundo y estuviera volcado por entero a sus propósitos: hacer triunfar el budismo y, a través de él, salvar a los hombres de su condición trágica.

Parecía que el tiempo no pasaba por el jefe indiscutible de la Iglesia china del Gran Vehículo. Su vida ascética lo había preservado de todos los miasmas, de aquellas enfermedades y achaques que se ceban en los hombres a partir de cierta edad.

Un puñado de arroz viscoso al día y unos cuantos frutos secos acompañados de té verde le bastaban para mantener su cuerpo en estado de esplendorosa salud y cuantos lo habían conocido joven juraban que no había cambiado.

Y sin embargo, hacía más de cuarenta años que Pureza del Vacío dirigía la vida de aquella comunidad de diez mil monjes de los que se había convertido en jefe bajo la dinastía de los Sui, chinos de pura cepa que habían conseguido someter y unificar los reinos en parte bárbaros que les habían precedido antes de ser reemplazados por los Tang en 618.

Por esto era considerado uno de los principales forjadores de la expansión del budismo y de su inmenso éxito, sobre todo entre el pueblo. Respondiendo a su objetivo de afirmarse como una institución de pleno derecho, autónoma y libre de movimientos, el budismo chino, fabulosamente rico gracias a la intensa aportación de donaciones de tierras, acabó por crear cierta desconfianza por parte de las autoridades políticas. Él sabía muy bien qué suerte tienen reservada los poderes emergentes cuando se introducen en el terreno de los Estados autoritarios. Debido a esto, Pureza del Vacío mantenía unas relaciones complicadas con la corte de Chang An, en cuyo seno se agitaba el poderoso clan de los confucianos que miraba de contener la influencia creciente de aquella moral rival.

—Entra, Cinco Prohibiciones, tengo que hablar contigo —retumbó la voz carrasposa del Venerable Superior cuando su visitante llamó a la puerta de la habitación oscura donde él pasaba la mayor parte de las jornadas meditando y escribiendo exégesis de sermones.

Arrodillado delante del asceta, Cinco Prohibiciones le besó la muñeca en señal de respeto.

—¡Soy vuestro humilde servidor!

Siempre que se encontraba solo delante del maestro Pureza del Vacío le ocurría lo mismo: el joven monje, en general perfectamente tranquilo, perdía por completo los papeles.

Cierto es que el Venerable Superior tenía motivos para intimidar a los miembros más jóvenes de su comunidad, que no dejaban de ver en él a un ser de esencia divina, una especie de *bodhisattva* o por lo menos una especie de santo arhant, pese a no considerarlo todavía capaz de volar a través del espacio ni de caminar sobre las aguas.

—¿Cómo es tu avance por la Vía de la Verdad?

Siempre era así como Pureza del Vacío, interesado en verificar su estado espiritual, comenzaba sus conversaciones con sus discípulos.

Por algo todos los monjes chinos que habían profesado sus votos lo consideraban el garante principal de la pureza y ortodoxia del budismo Chan, el llamado Mahâyâna o Gran Vehículo.

Gracias a su conocimiento íntimo de los *sutras* pronunciados por Buda y a su capacidad dialéctica de extirpar sus fundamentos espirituales, se contaba entre los que habían hecho evolucionar el budismo hacia su estatuto de religión de vocación universal, abierta a todos los hombres y a todas las mujeres, a condición de que tuviesen buena voluntad.

Este reconocimiento y este respeto de los que era objeto obedecían al trabajo y a la labor tan ardua como indispensable a que se había entregado Pureza del Vacío desde el momento de su ordenación: reunir, seleccionar, comentar y conservar toda la doctrina budista en una especie de enciclopedia destinada a las generaciones futuras.

—Trabajo todos los días, entre las clases que imparto, para captar el sentido profundo del Sermón de la Sabiduría Suprema. Pero os mentiría si os dijese que entiendo todas las sutilezas… —respondió humildemente el monje.

La suma espiritual contenida en las veinticinco mil estrofas del célebre Sermón de la Sabiduría Suprema —en sánscrito, el *Prajnapa-ramita sutra* — servía de puente entre el budismo indio y el budismo chino.

—Se trata de un texto complejo y sutil. Por esto he querido siempre que mis valerosos soldados espirituales, de los que tú formas parte, lo conozcan al dedillo.

—Hago todo lo posible para fortalecer mi pensamiento de la misma manera que fortalezco mi cuerpo a través de las artes marciales.

—¡Necesitaremos de tu fuerza moral y espiritual! De las tres Iglesias, será el Gran Vehículo la que terminará por ganar por la mano a las demás… —murmuró Pureza del Vacío como quien habla consigo mismo.

Desde la extinción del Bienaventurado y la creación de la que se convertiría en su Iglesia habían transcurrido casi mil años. Poco a poco numerosas peripecias habían transformado el budismo en un conjunto heteróclito de creencias y prácticas del que emergieron tres grandes corrientes enzarzadas en una encarnizada competencia.

Estaba por un lado la vía ritualista del Pequeño Vehículo indio, religión reservada esencialmente a los monjes y, por otro, la vía moral, filosófica y espiritual, del Gran Vehículo chino. Todo los enfrentaba, salvo que sus adeptos veneraban el mismo Buda. No se trataba de un cisma en buena y debida forma que tuvo como resultado la constitución de aquellas ramas rivales, sino más bien de una sucesión de revaloraciones teológicas y aclimataciones a medios culturales nuevos, como el de la China, tan diferente al de la India, que cubrieron varios siglos.

—Maestro Pureza del Vacío, acabas de hablar de tres Iglesias y yo sólo conozco dos, nuestra Mahâyâna y el Hînayâna —se atrevió a rebatirle tímidamente Cinco Prohibiciones.

—¿No te he hablado de la vía mágica y esotérica? —dijo falsamente sorprendido Pureza del Vacío, que sabía demasiado bien que jamás había revelado a su discípulo aquella tercera forma del budismo de la que sólo se hablaba con palabras encubiertas.

—¡No tengo de ello ningún recuerdo!

—Se trata del budismo del país de Bod, el lamaísmo. Pronto tendrás ocasión de juzgar de viso…

Entre el budismo indio original, tal como lo practicaba el monasterio del Único Dharma de Peshawar, y el budismo chino, cuyo centro de irradiación principal era el convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales

de Luoyang, había otro, procedente también de la India, mucho más misterioso, conocido con el nombre de lamaísmo tibetano.

A aquella tercera gran corriente no eran ajenos la magia y el secreto, lo que explicaba que no se accediese a ella fácilmente. Había que trasladarse al país de Bod para descubrir, junto al panteón budista tradicional, unas divinidades gesticulantes y cornudas con terribles caninos que les asomaban entre los labios, unas guirnaldas de cráneos y unos osarios que contrastaban singularmente con las tranquilizadoras representaciones de los escultores indios y pintores chinos.

Sus adeptos recurrían a prácticas secretas y esotéricas, sólo accesibles a los iniciados, bastante raras vistas desde fuera y muy apartadas en cuanto a la forma de lo que preconizaban los ritos indios y chinos.

—¿Tengo que ir al Techo del Mundo? —preguntó Cinco Prohibiciones, a quien la respuesta de su superior había dejado estupefacto.

—Depende de ello la paz entre las tres Iglesias de Buda —declaró misteriosamente Pureza del Vacío.

Desde hacía lustros aquellas tres corrientes principales trataban de prevalecer unas sobre otras. Por otra parte, si uno estaba convencido de que sus ideas estaban bien fundadas, ¿no iba a tratar de imponerlas a los demás?

Pero Buda rechazaba la violencia y el uso de las armas y predicaba que el fin no justifica los medios.

Los budistas también habían tratado de acomodarse a este precepto que los practicantes de otras religiones, especialmente las monoteístas, que pese a todo preconizaban el amor al prójimo, tenían dificultades para respetar.

Por espacio de siglos, en aquella guerra pacífica a la que se entregaban, estaban permitidos todos los golpes siempre que no fuesen violentos.

Se libraban combates con gran acompañamiento de textos y hacían furor los torneos filosóficos, en tanto que las controversias doctrinales adquirían a veces las proporciones de luchas titánicas en las que cualquiera podía, por ejemplo, escupir a la cara de otro una frase sacada de un sermón en sánscrito cuya traducción en pali no era la más fiel o bien una apostilla redactada por un monje chino que tendría un sentido falso en la interpretación de la correspondiente palabra sánscrita. Eran por lo general los *hinayanistas*[16] indios, más a la defensiva como depositarios del

budismo primitivo, los que reprochaban a los traductores *kucheanos*, turfaneses o chinos la deformación del sentido de determinadas frases del Bienaventurado.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo se había instaurado una especie de tregua espiritual entre aquellas tres corrientes.

Todos se prohibían criticar o denigrar a los demás, es decir, meterse en casa ajena.

Las cosas ocurrían como si se hubiera firmado un pacto de no agresión entre los responsables de aquellas corrientes que los incitaba a vivir en buenos términos.

—Así pues, ¿está amenazada la paz entre las tres Iglesias? ¿Por qué no interviene Buda? —exclamó con ingenuidad Cinco Prohibiciones.

—Hablas a la ligera. ¡Nuestro terreno es el del Mahâyâna! Y felizmente, desde hace cuatro siglos no hace más que progresar, aunque debemos asegurarnos de que seguirá ocurriendo lo mismo durante los cuatro siguientes. ¡Los valores que defendemos son los buenos, Cinco Prohibiciones! —le espetó Pureza del Vacío con aire irritado.

Habría sido quedarse corto afirmar que el enorme trabajo de compilación, traducción y exégesis al que había consagrado su existencia el jefe de la Iglesia budista china comenzaba a dar sus frutos.

El Gran Vehículo no había cesado de extender su influencia sobre el territorio desde el momento de su introducción.

Los monjes prosélitos incluso se habían dirigido al norte y penetrado en el reino coreano de Cylla, donde habían realizado la proeza de interesar a la familia real coreana —una dinastía de guerreros sanguinarios— en aquella religión que, en cambio, predicaba la paz y la compasión. Otros hermanos predicadores ya habían atravesado el mar de China para difundir en el Japón la doctrina de la meditación y la búsqueda de la vacuidad, los dos pilares del budismo zen que correspondían maravillosamente a la mentalidad japonesa.

Gracias a la tenacidad de monjes y teólogos como Pureza del Vacío, sin prisa pero sin pausa, la corriente del Gran Vehículo iba camino de suplantar en todas partes a su rival. El Pequeño Vehículo comenzaba incluso a perder pie en la India ante la ofensiva de los cultos indios tradicionales provistos

del innumerable y eficacísimo cortejo de dioses benefactores o terribles, como Indra, Siva, Visnú y otros Brahma, sin olvidar los primeros asaltos del conquistador Islam, que no tardarían en dejarse sentir diezmando en la India del Norte lo que todavía quedaba del budismo primitivo.

—Os pido perdón. Me he expresado mal. Yo no tengo más que una familia, la del Gran Vehículo —farfulló el monje al ver que había metido la pata.

—Decididamente, mi querido Cinco Prohibiciones, no cambiarás nunca. Siempre que entras en mi despacho te presentas con el mismo aire asustado. ¡Se diría que mi irreprochable ayudante espera recibir una reprimenda! —exclamó con talante jovial el asceta *mahayanista* antes de darle una amistosa palmada en el hombro como invitándole a sentirse cómodo.

—Es cierto, maestro, que delante de vuestra persona me siento como un pobre insecto.

—Pues ya que lo dices, vas a llevarte esos huevos de insecto —prosiguió Pureza del Vacío mostrándole una cajita llena de unos minúsculos granos de un color oscuro.

—¿Huevos de insecto? ¡Jamás había visto cosa parecida!

—No me extraña, puesto que son huevos de oruga de bómbice[17], la mariposa del gusano de seda. Sólo los hay en los criaderos del Estado. Su comercio está estrictamente prohibido ya que, como bien sabes, la seda es un monopolio. ¡Y esto es una morera!

Y le indicó un arbolito, no más alto que una vara, plantado en una gran tinaja llena de tierra.

—¿O sea, que ahora nuestro monasterio tejerá la seda de sus pendones? —preguntó el monje sintiéndose menos intimidado al ver la familiaridad con que lo trataba Pureza del Vacío.

—No, pero éste podría ser el caso de otro… ¡Mira, coge una de esas lentes! En mi familia decían que los huevos del gusano de seda, diluidos en el té, son un excelente reconstituyente. Tal vez lo necesites —le soltó en tono enigmático.

—Soy vuestro humilde ayudante. ¡Vos estáis para mandar y yo para obedecer!

—Tu modestia y tu sabiduría te honran. Y sin embargo, si hoy te he hecho comparecer ante mí es porque creo en tus numerosas cualidades… porque lo que voy a pedirte no es nada fácil —declaró el maestro Pureza del Vacío, cuyo tono de voz había adquirido repentina gravedad antes de ponerse a pasear de un lado a otro de la habitación mientras desgranaba el rosario mala entre los dedos.

—Estoy presto a serviros dentro de lo que me permitan mis medios y, entre otras cosas, a viajar hasta el país de Bod.

Cinco Prohibiciones, que tomó asiento a indicación de Pureza del Vacío, observaba ahora a este último con atención extrema.

Veía los pómulos absolutamente lisos del viejo asceta. Eran de color marfil y parecían guijarros pulimentados por el agua de un río y de sus ojos de mirar infinitamente dulce se desprendía la insondable firmeza y la inmensa fuerza de las que parecía estar imbuido.

—Voy a pedirte, querido Cinco Prohibiciones, un considerable favor —dijo lentamente el Venerable Superior.

—¡Os escucho con toda la atención del mundo! —replicó Cinco Prohibiciones en un tono del que no estaba ausente el orgullo.

—Para la misión que voy a encomendarte necesitarás tanto tus cualidades físicas como tus cualidades morales, discreción y a la vez valentía.

Las idas y venidas del asceta eran ahora algo más rápidas.

—Desde mi regreso de Samyé, en el Tíbet, he reflexionado mucho… —espetó con actitud algo molesta el maestro de *Dhyâna* a su discípulo.

—Venerable maestro, no me sorprende. ¡Pasáis tantas horas al día en la postura del loto meditando las dulces palabras del Bienaventurado!

—¡No se trata de esto! Se trata de otra cosa… bastante más enojosa…

Cinco Prohibiciones miró fijamente a su maestro. Jamás lo había visto tan intranquilo.

—El hecho es que ya no tengo confianza… —prosiguió con voz sorda.

—¿Confianza en quién, venerable maestro? ¿Habláis de alguien que conocisteis en vuestro último viaje al país de Bod? —inquirió tímidamente Cinco Prohibiciones.

Pureza del Vacío se abstuvo de responder. Era evidente que no quería añadir nada más.

—Vayamos a lo esencial. Irás a Samyé y recuperarás el ejemplar del *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura* que dejé allí.

Cinco Prohibiciones no se atrevió a preguntar al Venerable Superior por qué no había traído aquel precioso rollo al regresar de su viaje seis meses antes con semblante más bien sombrío.

Como de costumbre, y a pesar de su avanzada edad, Pureza del Vacío había hecho el viaje acompañado tan sólo por el semental negro Derecho Delante a fin de participar, según comunicó misteriosamente a su comunidad, en la «importante reunión quinquenal destinada a mantener la concordia entre las Iglesias».

Cinco Prohibiciones, al igual que los demás monjes jóvenes, era demasiado discreto y respetuoso de los principios de sumisión a la autoridad del superior de su convento para tratar de averiguar más cosas acerca de aquellos viajes al País de las Nieves que el Superior de Luoyang hacía cada cinco años y cuyo motivo parecían conocer, en cambio, los monjes de más edad pese a negarse a revelarlo.

En ocasión del último periplo, nadie en el monasterio se había explayado en relación con los motivos acerca de los cuales Pureza del Vacío se había llevado el ejemplar del *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura*, el que estaba adornado con suntuosas miniaturas, obra de un monje que era a la vez pintor, copista y calígrafo, que apenas se habían secado.

Después de todo, ¿podía haber algo más natural para el autor de una obra que disponer a su antojo de la misma, incluso en el caso de un libro que había requerido dos años de trabajo duro por parte de un copista y de un ilustrador?

Ya que, para Pureza del Vacío, aquel texto era la obra de su vida y, en cierto modo, su testamento espiritual.

Había escrito la *Lógica de la Vacuidad Pura* después de años de compilaciones, estudios y reflexiones basándose en millares de textos originales en sánscrito de la biblioteca del monasterio de Dunhuang que los *mahayanistas* habían convertido en conservatorio de sus escritos religiosos. Al codificar de algún modo la superioridad de un acto fundamentado en la

meditación frente al Vacío a fin de alcanzar la Iluminación, había resumido todos los argumentos que, según él, convertían el Gran Vehículo en la religión más respetuosa del espíritu de la doctrina del Bienaventurado.

—Maestro Pureza del Vacío, ¿se trata del único ejemplar de vuestra suma? —osó preguntar Cinco Prohibiciones, tratando de valorar el grado de importancia de la misión que le confiaba su superior.

—Al principio redacté únicamente un ejemplar, pero me lo reclamaron muy pronto centenares de monjes bibliotecarios de los principales conventos *mahayanistas* de China. Tal era la demanda que consentí en hacer tres copias. No más, ya que conviene que la decisión de hacer copiar de nuevo un *sutra* la tomen aquellos que transmiten la palabra del Bienaventurado. ¡Es mucho más eficaz! Lo esencial consiste en conservar en lugar seguro la versión original, la que es digna de fe.

—¿Y dónde está el original de vuestro *sutra*, maestro Pureza del Vacío?

—En Dunhuang, en un lugar estrictamente secreto.

—¿En la Ruta de la Seda? —inquirió el monje.

—Exactamente. He encomendado a Centro de Gravedad, el Venerable Superior del convento de la Salvación y de la Compasión, que lo mantenga disimulado en su reserva de manuscritos.

—Pero ¿por qué está escondido en un lugar tan lejano, un oasis de la Ruta de la Seda, maestro Pureza del Vacío? —preguntó con todo el respeto que le fue posible Cinco Prohibiciones.

—¡Por razones de seguridad! Los manuscritos más preciosos de la biblioteca de este monasterio, situado en pleno desierto, se conservan en un escondrijo secreto excavado en un acantilado inaccesible. Y ruego que creas mis palabras si te digo que, para encontrar este lugar, hay que saber que existe… ¡y estar dotado, además, para la escalada! En lo que a mí concierne, dicho sea de paso, ya soy demasiado viejo para aventurarme con la escala de cuerda que me permitiría acceder a él. El original se encuentra en lugar definitivamente seguro, a disposición tan sólo de las generaciones futuras… —exclamó Pureza del Vacío en tono un tanto perentorio que no formaba parte de sus maneras habituales.

—El oasis de Dunhuang es célebre por sus acantilados que, según dicen, se asoman a él como desde un inmenso balcón. ¿Es verdad que los monjes

han excavado allí millares de cuevas adornadas con pinturas y esculturas?

—Así es, Dunhuang es pura maravilla. ¡Por algo lo llaman «las Mil Cuevas de los Diez Mil Budas»! —murmuró Pureza del Vacío con una sonrisa.

—Habéis hablado de tres copias…

—Las dos primeras están en manos de santos varones que predican la Vía de la Salvación, uno en el sur de la China, el país de los monos, y otro en las islas del Japón, donde no tardará en ser revelada a la población la Santa Verdad. Al santo no le quedará más remedio que hacerla traducir a la lengua autóctona. De ese modo convertiremos al Gran Vehículo a la población de este inmenso archipiélago de pescadores y guerreros.

—Así pues, maestro Pureza del Vacío, ¿es la tercera versión la que me encargáis que recupere en el país de Bod?

—Exactamente. La dejé en depósito en el monasterio de Samyé, pero pensándolo bien… no fue un acto prudente por mi parte. Necesito cuanto antes disponer de este tercer ejemplar.

—¿Acaso está en manos hostiles?

—Todavía no o eso espero por lo menos —respondió el viejo monje del Gran Vehículo cuya voz traicionaba cierta angustia.

De los tres ejemplares del *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura*, sin duda era el más suntuosamente adornado el que Pureza del Vacío se había llevado a Samyé.

Se presentaba en forma de un largo rollo de papel de arroz inmaculado encolado sobre seda, que quedaba al descubierto en pequeños tramos para recorrer las columnas repletas de ideogramas que Pureza del Vacío había dictado a un monje calígrafo especializado en el estilo de escritura de las «cancillerías» o *lishu*, utilizado por la administración en sus documentos oficiales, fácil de descifrar para los no letrados. Para evitar cualquier rasguño o mancha que pudiera sufrir un documento tan frágil durante el largo y peligroso viaje, hizo confeccionar por el ebanista del monasterio una caja oblonga formada por un trozo de viejo bambú vaciado y partido en dos cuyo interior estaba acolchado de seda.

En aquel estuche de una solidez a toda prueba fue cuidadosamente guardado el precioso rollo antes de ser colocado como la vaina de un sable

en la silla del semental Derecho Delante.

—Y cuando llegue al monasterio de Samyé, venerable maestro, ¿cómo encontraré el Santo Rollo?

—Cuando yo partí quedó depositado en la biblioteca del monasterio. Espero que siga allí.

—Pero ¿cómo lo reconoceré entre todos los demás libros?

—Su estuche de bambú es fácilmente identificable. Como sabes, los rollos acostumbran a estar colocados dentro de cajitas o sacos de seda. Hice forrar el interior de seda roja de extraordinaria calidad, bordada toda ella con aves fénix…

—¡Seda imperial! —exclamó Cinco Prohibiciones, que sabía que los bordados de aves fénix estaban reservados al emperador de China.

—Proviene de un retal que el emperador Taizong el Grande, en su incomparable generosidad, regaló a este monasterio antes de su muerte. El exterior de la caja está lacado. ¡No hay otro estuche de estas características! Lo reconocerías entre mil. Lo único que tendrás que comprobar, antes de llevártelo, es que no esté vacío… —murmuró Pureza del Vacío, que no disimulaba su inquietud.

Ahora, en la cabeza de Cinco Prohibiciones, se atropellaban las preguntas.

¿Qué razón imperiosa movía a Pureza del Vacío a encomendarle aquella misión? ¿A qué o a quién aludía al hablar de aquella confianza que había dejado de tener? ¿Qué había ocurrido para que se echase atrás como ahora hacía? ¿Cuál era su misión exacta al trasladarse, solo, a un país tan lejano como el de Bod con el único ejemplar disponible de su testamento espiritual?

El discípulo, halagado por un lado por la confianza que le demostraba su maestro, pero algo inquieto también por tal cantidad de enigmas, hubo de preguntarse si un joven monje, que prácticamente no había abandonado nunca el monasterio, sabría salir airoso de una misión tan ardua como aquélla.

¡Samyé!

¡Cuántas veces había oído hablar Cinco Prohibiciones de aquel monasterio mítico, situado a algunas jornadas de camino de Lhasa, la

capital de un reino sobre el cual se contaban toda suerte de cosas extrañas, comenzando por aquel rumor que circulaba acerca de lo que bebían sus habitantes durante el invierno: un té negro y ardiente, aderezado con mantequilla de yak rancia!

Y llegar a Lhasa desde Luoyang no era moco de pavo.

Había que emprender la Ruta de la Seda hacia el oeste y recorrer más de dos mil *li*[18] y después, a la altura del oasis de Hetian, célebre por su jade, girar hacia el sur y dirigirse en línea recta al macizo del Himalaya hacia donde se internaba la carretera, cada vez más sinuosa y escarpada.

Comenzaba entonces aquel camino que las dificultades convertían en iniciático. Se bordeaban ríos y arroyos impetuosos, se atravesaban altiplanicies desérticas sobre las cuales planeaban buitres hostiles, se subían innumerables montañas y de cuando en cuando se franqueaban tumultuosos torrentes mediante puentes suspendidos por cuerdas que amenazaban a cada momento con romperse.

Había que aceptar sobre todo, durante días y más días, que uno estaba solo frente a sí mismo y que no se tropezaría nunca con otro ser vivo.

Pureza del Vacío ya se había trasladado en cinco ocasiones al país de Bod y, por consiguiente, conocía bien los peligros y sorpresas que ocultaba el camino.

Por lo general no invertía menos de cuatro meses, a veces más cuando la nieve era abundante, para coronar aquella extraña peregrinación que era un viaje en el espacio a la vez que en el tiempo, hasta tal punto tenía la impresión, a medida que iba alejándose de la China central, de volver a los tiempos míticos.

En ocasión de su último viaje, todavía había sentido una impresión más fuerte de desorientación.

Desde los primeros días, al lado de Luoyang la rozagante, le había parecido que Chang An la cosmopolita todavía era más desmesurada que de costumbre.

Aquella inmensa ciudad desbordante de riquezas, donde se mezclaban todas las etnias del mundo conocido y donde se hablaban multitud de lenguas extrañas, se había convertido en el centro comercial más grande del

planeta. Allí convivían codo con codo en un ambiente pacífico miles de comerciantes y compradores llegados de todos lados.

La suntuosidad de las calles y tiendas rivalizaba con la de los edificios públicos que se suponía representaban el poder de la administración imperial china.

Pero lo que no dejaba nunca de sorprender a Pureza del Vacío cuando llegaba a la capital imperial era la extraordinaria sinfonía de olores que embalsamaban el ambiente.

Las sensaciones olfativas eran, en Chang An, mucho más intensas que en otros lugares. Allí se mezclaban toda suerte de olores, desde los pútridos que emanaba el barrio de los curtidores a los sutiles y embriagadores que se desprendían de los puestos de plantas y flores, sin olvidar tampoco las turbadoras esencias de los innumerables perfumistas.

En ocasión de su última visita, Pureza del Vacío dijo, sirviéndose tan sólo de su nariz, que allí había datos para reconstituir la geografía del mundo.

Todo lo que tenía Chang An de refinada y rica estaba presente en una nube de incienso y de perfumes. No eran solamente los templos —budistas, confucianos o taoístas— los que los consumían. Las cortesanas se perfumaban el cuerpo antes de hacer el amor y lo mismo hacían los letrados cuando recibían la visita de un colega, mientras que los médicos los dispersaban en el aire a base de fumigaciones bajo la nariz de los enfermos a guisa de remedios y sobre todo para ahuyentar los espíritus maléficos. En cuanto a los mercaderes, impregnaban con ellos sus mercancías para hacerlas más atractivas.

Pureza del Vacío aprovechó aquella tregua para seleccionar, junto al suministrador habitual del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, los inciensos más sutiles que encargaría el año siguiente y que el monasterio consumía en grandes cantidades.

Entraban en la composición de los inciensos plantas chinas como la canela, el alcanfor, el toronjil, el nardo, el terebinto y la gardenia. Había otros aromas vegetales que procedían de Arabia; el almizcle venía del Tíbet, de Sogdiana y del Gansu; la *onychia*, aquel opérculo de una concha de olor marino, se pescaba en el mar de la China. En cuanto al ámbar gris

de cachalote, uno de los productos más estimados conocido con el nombre de «saliva de dragón», era traído por los pescadores indios y transportado en barco a la China central.

La última vez que había abandonado la incomparable capital perfumada para emprender el camino de Lanzhou, población construida en las escarpas de un valle encajonado, situada a orillas del río Amarillo, Pureza del Vacío tuvo la impresión casi física de pasar de un lujo inaudito a la más severa austeridad, pero también de entrar en una especie de Edad Media tras haber saboreado las delicias de la era moderna.

En la franja de tierra que recorrían las caravanas no había más olores que el de los rebaños de ovejas y cabras que la recorrían o aquél, particularmente acre, de las plantas resinosas que crecían en tierras que de pronto se habían convertido en áridas y donde había que arrancar ramas para encender las hogueras del vivac.

En cuanto al incienso, que se respiraba en cada rincón de calle tanto en Chang An como en Luoyang, ya que en ambos sitios eran muy numerosas las pagodas, sólo volvería a encontrarlo en los santuarios budistas que, a manera de cuentas de un rosario sama, jalonaban la Ruta de la Seda, ya que había sido a través de ella como aquella religión había hecho la tan extraordinaria incursión que le había permitido llegar a la China central.

Cuanto más se avanzaba, más adentro penetraban las lenguas de desierto en las zonas pastorales y más extremo se hacía el clima, muy frío en invierno y ardiente en verano.

Pasado Lanzhou, se abría el célebre «corredor de Hexi», bordeado al este por la cadena de montañas Wushaoling y al oeste por el desierto de Gobi. La ruta de los caravaneros, que cubría más de dos mil *li*, desplegaba su estrecha cinta de arena comprimida jalonada de oasis, el primero de los cuales llevaba el nombre de Dunhuang.

Esta vez, debidamente espoleado por su amo, el semental Derecho Delante galopó más rápidamente aún que de costumbre para llegar a Dunhuang con dos días de anticipación sobre el tiempo previsto.

Así que llegó a la pequeña ciudad cuyos hormigueantes mercados permanecían abiertos toda la noche, Pureza del Vacío no se dio respiro hasta

llegar al monasterio de la Salvación y de la Compasión a fin de saludar a su amigo Centro de Gravedad.

Construido en el acantilado que cortaba el paso al desierto, a unos diez *li* del centro de la ciudad, era indudable que aquel monasterio era uno de los más grandes de los treinta y tres santuarios trogloditas con que contaba el oasis.

Al Superior del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang le urgía asegurarse a través de su colega que el ejemplar del *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura* seguía guardado en su sitio de la estantería de la «caverna de los libros».

—No te preocupes. He hecho emparedar la entrada de la cueva con adobe, de modo que hasta un merodeador experimentado pueda dudar de que detrás se oculta un escondrijo —exclamó Centro de Gravedad cuando Pureza del Vacío le pidió noticias del testamento que le había hecho llegar unos años antes.

—Espero no haberme equivocado cuando escogí tu monasterio para confiarle este ejemplar original. ¡No olvides que dudé entre seis monasterios!

—Vamos a acercarnos allí y así quedarás tranquilo —le propuso Centro de Gravedad.

Sumando el gesto a la palabra, después de dirigirse con este último al pie del acantilado donde se había excavado el escondrijo, el monje Centro de Gravedad hizo subir a Pureza del Vacío la estrecha escalera de cuerda que colgaba del acantilado a través de la cual se podía alcanzar la plataforma rocosa donde estaba situada la entrada de lo que él llamaba la «caverna de los libros del monasterio».

Ya tranquilo, el viejo asceta pudo comprobar, una vez allí, que su amigo decía la verdad: allí no se veía más que roca.

Centro de Gravedad le explicó con abundancia de detalles que el muro de ladrillos de tierra seca juntados con mortero se había recubierto con un revoque de color de piedra al que los obreros, provistos de pequeñas espátulas, habían dado el mismo aspecto de las rocas del acantilado. Aquellos morteros y revoques, fabricados por los albañiles del desierto, quienes los combinaban con cal, se volvían duros como la piedra y eran

capaces de resistir tanto los vientos violentos como las lluvias diluvianas que solían azotar aquellos parajes.

—Pero ¿cómo voy a comprobar que allí está el *sutra* que busco si todo está emparedado? —preguntó con acento febril Pureza del Vacío.

—¡Fíjate si es sencillo!

Bastó que Centro de Gravedad diera unos martillazos para abrir un agujero por el que podía deslizarse fácilmente un hombre.

Una vez hubo comprobado, con ayuda de una vela, que el ejemplar original del *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura* seguía en su sitio, metido en una sencilla caja de madera, Pureza del Vacío, sin esperar a más, reemprendió, ya tranquilo, el camino de regreso.

—Pero ¿dónde vas tan aprisa? —exclamó Centro de Gravedad, decepcionado ante las prisas de Pureza del Vacío.

—¡Al país de Bod!

—¿Acaso es el momento del «encuentro quinquenal destinado a mantener la concordia»? —preguntó con palabras encubiertas Centro de Gravedad.

—¡Ni más ni menos! ¡Cinco años pasan tan deprisa! —se contentó con responder el autor del precioso *sutra* antes de abrazar a su colega y de proseguir su camino con la misma presteza que había empleado para llegar hasta allí.

A partir de Dunhuang, los dos principales itinerarios de la Ruta de la Seda se separaban.

Para alcanzar los contrafuertes del macizo tibetano, emprendería el del sur, que bordeaba la zona meridional del desierto de Taklamakan, cuyas aterradoras tempestades de arena sorprendían a menudo a los viajeros que osaban aventurarse por aquellos andurriales, de los que por desgracia muy pocos salían con vida.

Pureza del Vacío también tuvo que hacer frente a aquel desierto engañoso cuyas colinas de formas dulces y regulares se desplegaban hasta el infinito a uno y otro lado de la pista llegando a hacer perder el sentido de la orientación al viajero más avezado. Sus vientos ardientes eran capaces de secar en dos horas a un hombre, tiempo justo para que pudiera encontrar una fuente. Le sobrevenía entonces la terrible muerte de sed, precedida de

esas alucinaciones que inducen al moribundo a creer que se baña en un lago cuando es en una tumba de arena donde una fuerza fenomenal va sepultándolo poco a poco.

Al llegar a las inmediaciones del oasis de Hetian, una de las regiones más ricas en jade del mundo, había que abandonar la Ruta de la Seda y emprender el camino directo hacia el sur.

Era un mundo diferente, más primitivo aún, el que se abría entonces ante los ojos del viajero.

Un mundo hecho de valles profundos por los que serpenteaban torrentes que bajaban de aquel gigantesco embudo natural que, mil *li* más al norte, formaba la cuenca del Tarim, universo irreal desde donde, a través de estrechos senderos bordeados de barrancos vertiginosos, bordeando los primeros lagos glaciares de superficie azulada y bruñida como un espejo, se llegaba finalmente a las altas altiplanicies formadas por los contrafuertes del Himalaya.

En el límite de aquellas inmensas terrazas naturales coronadas de nieves eternas se erguían las primeras cumbres de la cadena del Techo del Mundo.

Aquella visión provocaba siempre en Pureza del Vacío la misma conmoción indecible, muy parecida a la que experimentaba al final de sus meditaciones.

La conmoción de la Iluminación.

Alcanzadas las altas mesetas, se dejaba descubrir la incomparable montaña tibetana.

Hasta allí donde se perdía la vista, en medio de ubérrimas praderas hasta las que ninguna bestia salvaje iba jamás a importunar a sus animales, los pastores apacentaban tranquilamente sus yaks, sus vacas y sus *dzo*, estos últimos fruto del cruce de las dos primeras especies.

Aquí y allá se levantaban *estupas*, pequeñas manchas blancas en verdes laderas en cuyos tejados ondeaban aquellos estandartes multicolores que arrebataban la mirada.

Tan sólo el grito de las marmotas y el silbido de las aves rapaces que se lanzaban bruscamente en picado, cual proyectiles, sobre aquellos roedores de sedoso pelaje turbaban el silencio que reinaba en aquellas extensiones donde el hombre se sentía un ser minúsculo.

La majestad de los paisajes, su infinitud, aquella soledad en la que de pronto se sentía uno inmerso, iban transformando poco a poco la mirada dirigida a la naturaleza. Uno no podía dejar de imaginarla poblada de espíritus bienhechores y demonios vengadores, de ver en la forma sorprendente de una roca la marca dejada por la mano de un *bodhisattva* llegado hasta aquellos parajes para recogerse en el curso de una de sus mil existencias interiores y, en el vuelo planeado de un águila, la reencarnación de un ser cuyo *karma* no era malo puesto que era cazador y no presa…

En el curso de su último periplo, a medida que iba ganando altura, con respiración entrecortada y con Derecho Delante al lado para no fatigarlo inútilmente, Pureza del Vacío había sentido la extraña impresión de que sus piernas lo acercaban al Bienaventurado Buda…

Para un ferviente budista de su especie, gran maestro en meditación trascendental, la travesía del Tíbet era una prueba suplementaria de lo bien fundado de su filosofía y de su razón de vivir.

Había que tener el temple del Superior del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales para no abandonarse al desaliento, tan próximas parecían las cumbres, casi al alcance de la mano, cuando estaban tan lejos en realidad. Había que encadenar los puertos uno tras otro y a menudo recorrer valles y más valles antes de llegar finalmente al pie de la montaña cubierta de nieve hacia la cual se iba subiendo día tras día.

Y después de tantas caminatas agotadoras que dejaban los pies ensangrentados a fuerza de ir tropezando aquí y allá, cercado por picos y escarpas que casi tocaban el cielo cuyas formas asombrosas uno no se cansaba nunca de contemplar, todavía no se había llegado al límite de las penalidades.

Pero la meta ya estaba ahora a pocos pasos, detrás mismo de aquella cima cubierta de nieve que se erguía algo más alta que las demás, enhiesta a lo lejos. Pero como no era posible escalarla, había que rodearla.

Y en el país de Bod, el rodeo de una montaña, por pequeña que fuese, comportaba semanas.

Es decir, que la alegría del viajero era merecida cuando, después de haber superado el último puerto de montaña, aparecían de pronto, como grandes gemas sobre un cojín de terciopelo color esmeralda, los techos del

monasterio de Samyé en forma de campana invertida, suntuosamente dorados con pan de oro.

Cuando Pureza del Vacío vio el monasterio, experimentó un profundo alivio. La reunión que le esperaba era tan importante que, de no haber participado debido a algún impedimento o a algún accidente, el resultado habría sido catastrófico.

Sin embargo, la manera en que se desarrollaron los acontecimientos después de su llegada a Samyé fue tan decepcionante como placentero el periplo.

Haber recorrido tan largo camino y desafiado tantos peligros prácticamente para nada…

Y dado que Pureza del Vacío estimó que ya no era capaz de emprender un camino tan largo, pensó que el joven monje Cinco Prohibiciones poseía las cualidades necesarias para realizar la misma proeza.

No dudaba de que Cinco Prohibiciones, excelente deportista y, además, jinete consumado, no invertiría más tiempo que él en recorrer el camino.

—Llegarás a Samyé dentro de cuatro meses largos. Y después de poco más de ocho volverás a estar entre nosotros —espetó a su joven discípulo.

—Lo único que necesito es un buen mapa para no perderme, maestro Pureza del Vacío. Sólo conozco de nombre la Ruta de la Seda…

—Toma este documento. Es un itinerario en el que están señaladas las ciudades, pueblos, oasis y principales encrucijadas. Bastará con que lo sigas al pie de la letra —dijo el viejo asceta tendiéndole un libro cuyas hojas, plegadas en acordeón, estaban protegidas entre dos planchas de madera.

Seguidamente agitó una campanita de cobre cuyo mango tenía la forma de un tallo de bambú.

Inmediatamente apareció en el vano de la puerta la cabeza del monje Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo.

—¡Prepararás para Cinco Prohibiciones el semental Derecho Delante! —ordenó el Superior.

—Así se hará —respondió el monje inclinándose respetuosamente.

—Este caballo ya ha recorrido tres veces el camino del país de Bod. Va derecho como el rayo, avanzando con paso firme por tortuosos que sean los

senderos. Siempre he pensado que en este animal se había reencarnado el *karma* de un gran explorador… —añadió complacido Pureza del Vacío.

—Os agradezco que me prestéis a Derecho Delante, maestro Pureza del Vacío. Os aseguro que haré todo lo posible para complaceros —murmuró Cinco Prohibiciones.

—Lo sé y confío en ti. ¡Cuidado con las mujeres! Eres un chico guapo…

—¡Maestro, he hecho voto de castidad! —protestó Cinco Prohibiciones.

—Lo decía para hacerte rabiar —dijo Pureza del Vacío en tono de broma.

Cinco Defensas no pudo abstenerse de reír.

Era la primera vez que oía una broma de este género por parte de Pureza del Vacío. Veía en ella una prueba inestimable de confianza, igual de importante que la de haber puesto a su disposición a Derecho Delante, el semental de brillante pelaje.

—Cuida del caballo —recomendó Pureza del Vacío como si adivinase sus pensamientos.

—No os preocupéis porque cuidaré a Derecho Delante como si de un pariente se tratase.

Reluciente como si lo hubieran untado con aceite, objeto de los más exquisitos cuidados por parte de los monjes palafreneros del monasterio, aquel caballo era un regalo que había hecho a la comunidad budista el emperador Taizong en persona para conmemorar una de sus innumerables victorias sobre los pueblos calificados de bárbaros que estaban apostados en las fronteras del Imperio chino y que él iba anexionando uno tras otro a medida que iba extendiendo su influencia hacia el Asia central.

Era la montura particular del Venerable Superior, quien no dejaba en manos de nadie el cuidado de pasearla o de hacerla galopar por las colinas que rodeaban el convento.

No había duda de que, montado en aquel animal impetuoso y fuerte, un joven monje de su especie, que jamás había salido de la China central, conseguiría llegar al país de Bod. Y una vez allí, descubriría lo que era realmente aquel mundo acerca del cual circulaban tantas leyendas.

—Tus cualidades de atleta experto en lucha y adepto a las artes marciales es evidente que te serán de utilidad… —añadió Pureza del Vacío, que acababa de ponerse de pie y ahora había empezado a recorrer la celda, harto exigua, de un lado a otro.

La observación hizo salir al joven monje del torpor en que su fértil imaginación lo había sumido.

¡Era evidente que Pureza del Vacío no lo enviaba a dar un simple paseo!

—¿Y si en Samyé se niegan a entregarme el rollo? —se atrevió a decir Cinco Prohibiciones.

—¡Acabas de decirlo! No estoy seguro, tal como están las cosas, de que debas pedir permiso para llevártelo…

—Venerable maestro, os aseguro que haré lo imposible para hacerme con él, aunque para ello tenga que pasar por encima de diez monjes.

—Cuento contigo. ¡Necesito imperiosamente este *sutra*! —concluyó con voz grave el gran maestro de *Dhyâna*.

Ahora en los ojos de Cinco Prohibiciones resplandecían fulgores guerreros.

Estaba plenamente decidido a jugarse el todo por el todo y a recurrir tanto a la fuerza como a la astucia para cumplir con el acuerdo que le había encomendado su Venerable Superior.

Ante un entusiasmo tan sincero, el viejo asceta dejó de recorrer la estancia y sólo la rapidez con que sus dedos iban desgranando las cuentas de ámbar de su mala dejaba traslucir su emoción.

El momento era grave.

Faltó poco para que estrechara con todas sus fuerzas entre las suyas las manos de Cinco Prohibiciones.

Durante un breve instante tuvo incluso la tentación de informar algo más extensamente a su discípulo sobre el verdadero motivo que lo llevaba a pedirle que trajese aquel *sutra* a Luoyang.

Sin embargo, desvelar los entresijos del caso, aunque fuera a Cinco Prohibiciones, le parecía en extremo peligroso y sobre todo en extremo arriesgado para el propio interesado.

Mejor que el joven monje tuviera el espíritu completamente libre para cumplir esta misión y no sintiera sobre sus espaldas el peso excesivo de la

responsabilidad que el Venerable Superior le acababa de confiar.

¿No era, quizá, no decir nada a su discípulo la mejor manera de aliviar todo lo posible aquel peso?

Sin duda alguna… o eso por lo menos acabó por creer Pureza del Vacío.

Ya que, de haber querido verdaderamente proteger a Cinco Prohibiciones, no hubiera dejado de hablarle de una cuarta corriente religiosa, mucho más oscura y tortuosa que el lamaísmo, el Mahâyâna y el Hînayâna que había evocado ante él.

Se trataba de una religión muy particular, de la que sólo se hablaba con palabras encubiertas y sobreentendidos.

Sus ritos, objeto de todas las fantasías debido a su naturaleza erótica y sexual, apelaban a la unión de los cuerpos y al coito entre adeptos.

Por el hecho de derivar de la palabra sánscrita *tantra*, que significa «extensión» o «cadena del espíritu», el *tantrismo* aspiraba a dominar las energías espirituales y corporales, fuente inagotable cuando se conseguía combinarlas.

Así, en lugar de proscribir los placeres terrenales, no se abstenían de cultivarlos hasta sus más mínimos detalles, en especial el placer sexual, ya que su exaltación permitía un nivel de conciencia próxima al estadio del Despertar tal como lo había experimentado el propio Buda.

Nacida en la India, esta convergencia, un tanto sulfurosa para los moralistas, entre lo absoluto y la sexualidad, que ya existía con anterioridad al budismo, acabó por dejar rastro, unos siglos más tarde, en la religión del propio Gautama bajo la forma de budismo tántrico, una doctrina de aspectos esotéricos cuyas prácticas, aunque libres del pansexualismo del *tantrismo* indio propiamente dicho, se describían con extraordinario lujo de detalles en el *Sutra del Loto*, que era su texto emblemático.

Y Pureza del Vacío, que procuraba siempre decir lo menos posible, se guardó muy bien de hablar a Cinco Prohibiciones del curioso personaje, adepto del *tantrismo*, que era el origen de los problemas que lo habían llevado a solicitar la colaboración de Cinco Prohibiciones.

Como todos los poderosos y pese a ser uno de los más grandes exégetas de su tiempo y el jefe supremo del budismo chino, el Superior del

monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang desconfiaba de los demás.

No había comprendido que la verdadera sabiduría estaba reservada a aquéllos cuya confianza no es nunca objeto de mercadeo.

IV

OASIS DE DUNHUANG,
RUTA DE LA SEDA

Umara, ¿dónde te escondes, cariño? ¡Te he dicho cien veces que hay que meterse en casa así que se pone el sol!

La tarde, sin embargo, estaba todavía bastante clara mientras un magnífico sol de verano se ponía sobre las callejuelas y vergeles del oasis.

—¡Umara!, ¿quieres venir inmediatamente, si me haces el favor? Como no me contestes, voy a avisar a tu padre.

La voz era perentoria y la angustia manifiesta. Hacía casi una hora que se desgañitaba gritando aquel nombre.

Pero aquélla cuyo nombre era Umara hacía oídos sordos.

Umara era una jovencita que, a medida que iba haciéndose mayor, iba perdiendo aguante frente a la agobiante atención que le dedicaba aquella gobernanta constantemente inquieta.

Así que desaparecía de su vista, aquella mujer llamada Goléa, cuyas redondeces la asemejaban a una barrica de vino, iniciaba su búsqueda lanzando gritos destinados a conjurar su angustia.

Normalmente la muchacha, sumamente sensata y dócil, no queriendo alarmarla más de lo debido, reaccionaba sin tardanza a sus acuciantes llamadas.

Pero esta vez Umara optó por abstenerse de hacerlo.

Se encontraba en el lado opuesto a aquel del que procedía la voz, junto al muro de tierra seca que rodeaba el vergel del obispado, donde crecían

higueras y melocotoneros en impecables hileras, cada uno plantado en un hueco excavado en la arena a fin de asegurarle un riego eficaz.

Pero si Umara no contestaba era porque, en el vergel, no estaba sola.

Acababa de tener un encuentro interesante.

Y tratándose de una niña tan protegida del mundo como ella, acostumbrada a jugar sola en aquel inmenso parque cuando no se dedicaba a copiar y aprender los alfabetos siríaco y sánscrito, así como los tres mil caracteres chinos que permiten desenvolverse en esta lengua, bien podía por una vez dejar de doblegarse a las angustias de su omnipresente gobernanta.

Ocurrió por tanto que, mientras corría detrás de la pelota, la muchachita sorprendió, subido a un árbol, a un chico ocupado en morder con todos los dientes uno de aquellos olorosos melocotones, redondos y sonrosados como las mejillas de un recién nacido en invierno, que eran el orgullo de su padre, el jardinero.

—Pero ¿qué haces aquí, picarón? —espetó Umara al pillín.

A primera vista el chico iba tan sucio que a duras penas se distinguían los rasgos de su semblante, como no fuera su boca sonriente cuyos dientes blancos chorreaban zumo. Los ásperos cabellos del chico tenían un tinte grisáceo debido al polvo de arena que los cubría y los jirones de sus ropas no eran más que harapos.

Debía tratarse, sin duda, de uno de aquellos niños abandonados que merodeaban por los callejones de Dunhuang en busca de un cuenco de arroz o de una torta de trigo, esos niños que solían apostarse sobre todo en la entrada de los treinta y tres monasterios budistas con que contaba el oasis y en cuyos noviciados habían tratado de ingresarlos sus padres, siempre en vano porque la demanda superaba en todo momento la oferta…

—¿Cómo te llamas? Yo me llamo Umara —dijo ésta, a quien la deslumbrante sonrisa del niño, ocupado ahora en chupar el hueso del melocotón, le había hecho entrar ganas de conversar con él.

—En realidad no tengo nombre. En los oasis suelen llamarme *Bruma de Polvo*.

—¡*Bruma de Polvo*! ¡Vaya nombrecito *xiaoming* bonito!

—Bonito, sí, pero no tanto como tú. ¿Cuántos años tienes?

El cumplido había surgido de manera tan amable que la muchacha se ruborizó de placer.

—Voy a cumplir diecisiete. ¿Y tú?

—Yo hice trece años el año pasado. ¡Qué guapa eres! Hablas chino a la perfección, Umara —añadió el muchachito con gran desparpajo.

¡Era verdad que Umara era guapa!

Muchísimo más guapa que todas las chicas con las que *Bruma de Polvo* se había tropezado en su vida.

Y eso que había visto muchas y de todas las razas, además, y de todas las tallas, desde muchachitas delicadas a muy corpulentas, y también desde las más morenas, con cabellera de ébano, hasta las de cabello encendido, de crin llameante, hasta las muy rubias, con ojos finos como rendijas, o las de tez más blanca, ojos azules como el cielo, tan pronto diablas como ángeles, en aquella larga Ruta de la Seda y en los mercados de los oasis, donde la mayoría eran vendidas por sus familias a ricos mercaderes o hasta subastadas por guerreros que las retenían prisioneras y se desembarazaban después de su botín para vivir a todo tren.

Lo que más impresionó a *Bruma de Polvo* al acercarse a aquel rostro perfecto de piel fina y clara, labios de color carmín, carnosos como frutas, y maravillosa cabellera ensortijada, negra y brillante, parecida a la lana rizada de ciertos corderos que servía para confeccionar cuellos de abrigo, fueron los ojos de Umara.

Del ojo izquierdo, azul como las aguas de un lago, emanaba una gran dulzura, mientras que en el derecho se leía el arrebato, la pasión incluso, porque su iris marrón se encendía con los rayos dorados que irradiaba la pupila.

Era la primera vez que *Bruma de Polvo* contemplaba, en un mismo rostro, ojos de colores distintos, visión que lo trastornó por completo.

En el momento preciso en que se disponía a hacerle un cumplido, unos gritos estridentes que provenían del fondo del jardín se lo impidieron.

—¡Umara! ¡Umara! ¡Te he dicho que salgas inmediatamente de tu escondrijo! Está a punto de llegar tu profesor de chino y llegarás tarde a clase.

Era la gobernanta Goléa que se acercaba.

Umara podía distinguir su colosal silueta al final de la larga hilera de árboles frutales.

—Por lo menos te habrás enterado de por qué hablo chino. Mi padre quiere que practique las lenguas que se hablan aquí… el chino y también el sánscrito.

El muchacho soltó un silbido de admiración.

—El chino es mi lengua… ¡pero el sánscrito! ¿Es verdad que es completamente incomprensible? —murmuró.

—Vamos, querido *Bruma de Polvo*, ya estás yendo a tu casa… de lo contrario soltarán a los perros para que te persigan —le espetó la chica.

—¡No sé adónde ir! —protestó el niño.

Umara no supo qué responder ante el desvalimiento del niño cuyos ojos, de pronto, se volvieron mortalmente tristes bajo el casco de cabellos que el polvo había teñido de gris y dejado tiesos.

—Vuelve mañana a la misma hora. ¡Jugaremos a la pelota! —le bisbiseó antes de alejarse corriendo para ir a reunirse con su afligida gobernanta.

—Umara, ¡me has dado el peor susto de mi vida! Creía que te habían raptado unos bandoleros… ¡Ya me veía dando la horrible noticia a tu padre! Como hubiera tenido que esperar un poco más, el preceptor chino habría ido a quejarse a tu padre y…

Las frases de reproche se encadenaban sin la más mínima coherencia, lo que daba prueba de la angustia en que la había sumido la búsqueda.

—¡Ya no tengo cinco años! Cuando monto a caballo delante de papá y me alejo al galope, él me deja hacer. Me he subido a un árbol y me he quedado jugando. ¡Nada más! —refunfuñó tratando de desasirse de aquel enorme ser que casi la ahogaba, tal era la fuerza con que la estrechaba entre sus brazos.

—¡Tranquilízate, porque no pienso decir nada a tu padre!

—¡No tengo miedo! ¡Estoy en la edad del libre albedrío!

—Umara, las hijas deben respetar siempre a los padres.

Además, el padre de aquella espléndida criatura de bucles castaños, piel blanca como el marfil y ojos bicolores, que hablaba con fluidez lenguas tan distantes entre sí como el chino, el siríaco y el sánscrito, y sabía montar a

caballo como un jinete consumado a fuerza de acompañarlo en las exaltantes galopadas que sólo el desierto permitía, no era un hombre corriente.

En primer lugar era un hombre que amaba a su hija por encima de todo y que había querido darle una educación completa tanto en el plano intelectual como moral y físico.

Era por encima de todo el obispo Addai Aggai, dirigente espiritual de una minúscula comunidad cristiana que había tenido la insigne desfachatez de instalarse, hacía unos años, muy lejos de sus bases, en aquel oasis próximo de la China central: la Iglesia nestoriana de Dunhuang.

¿En virtud de qué azar —o tal vez de qué milagro— unos representantes de aquella Iglesia cristiana oriental no ortodoxa podían encontrarse a millares de kilómetros de su casa, a las puertas del imperio del Medio, en el último oasis de la Ruta de la Seda antes de aquél cuando se venía del Asia central?

La Iglesia nestoriana había sido creada hacía algo más de tres siglos por Nestorio, patriarca de Constantinopla, que negaba a Cristo su doble naturaleza de hombre y de Dios según la decretaba la Iglesia de Roma basándose en los Evangelios.

Para Nestorio, la Virgen, que no era más que una mujer, según precisaban las Escrituras, no podía haber engendrado en ningún caso un dios.

Aquella controversia, que mantenía obsesionados en la época a numerosos teólogos, no fue objeto de verdadero debate en ocasión del concilio de Nicea (325), en el curso del cual se reafirmó que María era la «madre de Dios».

La teoría nestoriana fue condenada por fin de forma oficial en 431 por el concilio de Éfeso, que, después de muchos debates, adoptó la tesis bastarda de Cirilo, el patriarca de Alejandría. Ésta tenía la ventaja de reconciliarlas todas: contrariamente a las afirmaciones de Nestorio, Cristo poseía la doble naturaleza, aunque cada una estaba en una sola persona o hipóstasis.

Los nestorianos habían perdido definitivamente la partida ante las autoridades eclesiásticas antes de verse arrojados a las tinieblas de la

herejía.

La comunidad nestoriana, que se proclamaba cristiana, se vio perseguida y no le quedó otro recurso que refugiarse en la Persia sasánida, en Mesopotamia, donde fue acogida favorablemente por las colonias judías ya implantadas en el lugar.

Su lengua litúrgica era el siríaco, rama del arameo, la lengua que hablaba Jesús, cuyo aprendizaje era particularmente difícil.

Sin embargo, pese a su expansión, el nestorianismo jamás llegó a alcanzar entre los sasánidas el estatuto de religión de Estado.

Las dos corrientes religiosas dominantes de la región persa eran el maniqueísmo y el zoroastrismo. Esta última, cuyos sacerdotes eran magos agrupados bajo la autoridad del Mago Supremo, llamado el Mobed de los Mobed, supo organizarse eficazmente para limitar la influencia de los nestorianos.

Éstos comprendieron entonces que más valía tratar de salir de Persia para ir a establecerse en el Asia central, donde coexistían prácticamente todas las religiones de la tierra en territorios cuyas autoridades políticas, pocas a propósito de estas sutilezas, se mostraban tolerantes.

A partir de finales del siglo V, los nestorianos se implantaron en Bactriana y poco a poco, gracias a la Ruta de la Seda, acabaron por llegar a las inmediaciones de la China.

De aquella larga marcha destinada a hacer partícipes a los demás de la verdad que poseían, de aquella cruzada pacífica con respecto a la cual se sabía que duraría siglos, los nestorianos decidieron que Dunhuang sería el principal y último puesto avanzado en la ruta de la China central.

Addai Aggai, su obispo, recibía su autoridad directamente del Katholikos, el obispo de Nisibis, pequeña ciudad persa donde la Iglesia nestoriana tenía establecida su sede.

Encargado por el Katholikos de inaugurar un monasterio en aquel oasis bajo protectorado y estatuto chino, cumplió de forma brillante aquella tarea.

Pocos meses después de su llegada al oasis, derrocaron los cimientos del convento y los primeros monjes nestorianos chinos comenzaron a formular sus votos ante los muros que apenas se levantaban del suelo. Así

pues, aunque no se disponía de una iglesia terminada, la comunidad nestoriana ya contaba con algunos miembros.

El obispo nestoriano tuvo la astucia de atraerse como neófitos a los mismos obreros que trabajaban en la construcción de la iglesia, en quienes un pago a toca teja apagaba cualquier posible escrúpulo de abandonar sus creencias originales.

El canal boca a oreja se había puesto en marcha y las monedas de plata que Addai Aggai hacía sonar todas las mañanas en las piedras de la obra atraían a diario a un número creciente de nuevos conversos.

Apasionado de las lenguas y bien dotado para hablarlas, don que por otra parte había transmitido a su hija, aparte del conocimiento del siríaco y el parto, que conocía a la perfección, el obispo Addai Aggai se puso a estudiar chino y sánscrito.

Dominaba igualmente las grandes lenguas de las dos extremidades de aquella extraordinaria cadena cultural, social, religiosa y económica entre pueblos de razas y creencias diferentes que era la Ruta de la Seda.

En cuanto a los nuevos adeptos, la mayoría de los cuales eran habitantes de la región que hablaban chino, el obispo tenía el pundonor de enseñarles los rudimentos del siríaco a fin de que por lo menos pudieran pronunciar después de él las palabras litúrgicas sacramentales utilizadas en ocasión de las ceremonias.

Bastaba para conferir a los cultos de su pequeña iglesia un fervor comunicativo. Addai Aggai organizaba prolongados rituales en el curso de los cuales se rendía culto al Dios Único y a Cristo, su hijo humano intercesor de los hombres y, al terminar los mismos, el obispo, consciente de que éste era un medio suplementario de conseguir neófitos, obsequiaba a su grey con pan ácimo relleno de cordero asado con hierbas que encantaba a todos.

El monasterio ya contaba con más de trescientos monjes cuando el obispo Addai, pocos días después del nacimiento de Umara, cuya madre no soportó el difícil parto, quedó viudo.

Goléa, la gobernanta que había venido de Persia con el matrimonio, hubo de encargarse entonces de la educación y cuidado de la niña recién nacida. Goléa era tan ancha como larga. Tan voluminosa era que los que

callejeaban por los barrios comerciales de Dunhuang donde se levantaba la iglesia nestoriana la llamaban, al verla, «la montaña».

Eran muchos los que, en esa región donde la sequía solía provocar hambres, atribuían poderes sobrenaturales a aquella enorme matrona cuyos senos caídos se parecían curiosamente a las gibas gemelas de los camellos. Decían algunos que tocar «la montaña» confería fuerza y otros que era capaz de provocar lluvias. La verdad es que en Dunhuang eran raras las personas gordas, ya que todo el mundo estaba acostumbrado a comidas que bastaban apenas para sobrevivir en el desierto de Gobi cuando decidían aventurarse en él.

Llamaban la atención algunos comerciantes sogdianos o ciertos caravaneros iraníes con los que uno se cruzaba entre la multitud de pastores y campesinos que acudían a vender sus corderos en los mercados y cuya delgadez movía a compasión, como era el caso de los monjes budistas de piel oscura y mejillas enjutas que mendigaban piadosamente la comida.

El obispo nestoriano, inconsolable desde la muerte de su esposa, además de estar muy obsesionado por los asuntos de su Iglesia cuya influencia soñaba con extender a la China, no se volvió a casar.

Addai Aggai consideraba a su hija única su bien más preciado.

La gobernanta, por su parte, tenía tendencia a seguir considerando a la muchacha, pese a que estaba a punto de cumplir los diecisiete años, como a aquella huerfanita que un día su padre puso solemnemente bajo su tutela obligándola a jurar que se ocuparía de ella como si fuera su propia hija y que velaría por ella como si fuera la niña de sus ojos.

Su incomparable y turbadora belleza la había convertido, para felicidad del obispo, en el retrato de su madre.

Pero tanta gracia y encanto reunidos en una sola persona también hacían de Umara un blanco excepcional para todos aquellos que tenían inquina a Addai Aggai.

El obispo estaba siempre alerta en relación con su hija bien amada. A menudo se despertaba en plena noche y se precipitaba, jadeante, a su habitación para comprobar que dormía en su cama: acababa de soñar que un comando había entrado subrepticiamente en la iglesia nestoriana y la había raptado…

En realidad, los nestorianos no sólo se habían ganado amigos en los oasis de la Ruta de la Seda donde habían decidido abrir sus iglesias sino que, además de los importantes subsidios que les enviaba Nisibis, guardaban instrumentos litúrgicos de oro y plata y ornamentos de tejidos preciosos bordados que todos los asistentes a las misas podían ver.

En la Ruta de la Seda, todo lo que brillaba podía convertirse en objeto de codicia.

Merodeaban por allí toda clase de bandidos, estafadores y bribones deseosos de ganar un dinero fácil.

Aquellos expertos en la extorsión de dinero preferían la técnica del rapto y liberación del rehén contra entrega de un rescate que la mucho más arriesgada del ataque frontal de la caja de un rico mercader o del saqueo de su caravana, especialmente si iba escoltada por guardias armados.

En la mayoría de casos, aquellas expediciones arriesgadas terminaban en un baño de sangre para sus instigadores. Ya que, en aquellos caminos acosados por bandoleros de altura, los comerciantes afortunados alquilaban mercenarios a precio de oro e incluso empleaban a verdaderas milicias privadas para que defendieran sus bienes y sus cargamentos preciosos.

Sin embargo, además de la exhibición de lujo del culto nestoriano, Addai Aggai tenía una razón mucho más importante para temer por la vida de su amada hija, una razón que de momento no habría revelado por nada en el mundo por miedo a despertar temores en la niña y, más que nada, a ponerla en peligro…

Todos los días que su Dios Único e Indivisible quería, el obispo nestoriano se decía que, en efecto, corría riesgos inmensos no sólo para sí mismo sino principalmente para Umara, sin olvidar al conjunto de la comunidad que tenía a su cargo, al entregarse a su actividad clandestina, ciertamente muy rentable pero que lo exponía a la terrible persecución de la administración de los Tang si, por desgracia, acababa por descubrirse.

Jamás había hablado de aquella actividad, por ejemplo, a Centro de Gravedad, jefe de la Iglesia budista de Dunhuang, con la que mantenía, en cambio, relaciones de buena vecindad que les llevaban a reunirse todos los meses para informarse de sus actividades respectivas y allanar las posibles

dificultades que pudieran surgir en cualquier momento entre dos Iglesias tan distanciadas tanto en el plano filosófico como práctico.

Y sin embargo, suspender aquella actividad, como había pensado algunas veces en que estaba a punto de dejarse vencer por la angustia, le resultaba rigurosamente imposible.

Porque habría supuesto la ruina de su pequeña comunidad.

De hecho, hacía mucho tiempo que no llegaba a Dunhuang dinero de Nisibis.

Terminada la construcción del monasterio, cesó todo envío de dinero desde la sede de la Iglesia nestoriana.

Había tenido, pues, que arreglárselas él solo y dar pruebas de imaginación, que en realidad no le faltaba, a fin de encontrar la solución apropiada para paliar la deficiencia de la sede central de la Iglesia.

Addai Aggai sabía de sobra que la falta de medios financieros significaba indefectiblemente la suspensión de nuevas vocaciones, la imposibilidad de seguir expansionándose en la China central y la trágica consecuencia del lastimoso retorno al redil, el repliegue del puesto avanzado nestoriano de Dunhuang hacia Persia.

Un resultado así habría supuesto el fracaso de la misión que el Katholikos le había confiado hacía quince años al encargarle que propagara en Asia el dogma de Nestorio.

Así fue como todo un sector de las actividades y contactos del obispo nestoriano de Dunhuang pasó a ser totalmente inconfesable, puesto que su revelación habría comportado los peores castigos tanto para sí mismo como para sus allegados y habría sido la sentencia de muerte de las veleidades expansionistas de su Iglesia.

A menudo se decía que había corrido excesivos riesgos y que había sido una locura de su parte lanzarse a aquella aventura.

Pero en la vida de un hombre surgen a veces necesidades imperiosas a las que es preciso hacer frente.

Y fue su actividad secreta, que pronto se hizo indispensable para la supervivencia del monasterio nestoriano, lo que obligó a Addai Aggai a adoptar una conducta que excedía la simple desconfianza.

Lo que ahora temía por encima de todo era la traición de alguno de sus monjes que, a cambio de unas monedas de plata, podía irse de la lengua con las autoridades chinas, que descargarían sus iras contra él. Por esto seleccionaba con todo cuidado, aun cuando nunca se podía estar seguro de nada, a aquellos que tenían acceso al inconfesable secreto.

Aquella inquietud permanente lo llevaba también a asegurarse varias veces al día, a través de la pobre Goléa, de que su hija adorada estaba perfectamente.

Umara, hija única y mimada, sufría de soledad debido al aislamiento en que vivía desde su infancia, al tiempo que la angustia manifestada por su padre pesaba más de día en día en sus frágiles hombros.

—¿Estás sola? Me ha parecido que hablabas con alguien… ¡Ya sabes que tu padre te tiene prohibido que hables con desconocidos! —se lamentó la gobernanta con expresión inquieta y desconfiada cogiéndole la mano.

Aquélla era la hora del día en que, alrededor de las dos mujeres, el vergel del obispo nestoriano emanaba con más fuerza su perfume.

—¿Dónde has visto u oído a alguien por aquí? ¡En ese jardín no hay nunca nadie!

El corazón de la joven latía con tal fuerza que parecía que iba a estallarle en el pecho.

Era la primera vez que Umara mentía a su nodriza.

¡Cuántas veces le habían dicho que mentir era uno de los pecados más grandes del mundo! ¡Y a él, nada menos, había sucumbido!

Lo había hecho sin reflexionar y sin plantearse pregunta alguna.

Jamás de los jamases habría denunciado a aquel muchachito de cabellos grisáceos y de sonrisa tan afable que le había llegado al corazón al decirle que ni siquiera sabía dónde dormiría aquella noche…

Estaba muriéndose de ganas de ver de nuevo al simpático ladrón de melocotones que a buen seguro se convertiría en un excelente y divertido compañero si accedía a jugar con ella a pelota.

El día siguiente, a la hora convenida, el muchacho estaba subido a la misma rama del melocotonero que el día anterior.

—¡Salud, *Bruma de Polvo*! ¡Eres puntual!

Umara estaba muy contenta de que hubiera hecho honor a su palabra.

—¡Buenos días, Umara! Espero que tu gobernanta no te riñera demasiado ayer noche.

—Tengo un padre que siempre está temiendo que me pueda ocurrir algo —se limitó a decir.

—Yo no tengo tantos problemas. No he tenido nunca padres… —murmuró con tristeza su nuevo compañero.

—¿Eres huérfano de padre y madre?

—Me abandonaron y tuve que aprender a arreglármelas por mi cuenta. En los mercados de Dunhuang siempre se encuentra algo que comer. Basta ser servicial con los comerciantes, ayudarles a montar el puesto o vigilárselo mientras van a orinar.

—Así que te vi me di cuenta de que eras un chico listo.

—¿A qué quieres jugar, Umara?

Ahora una gran sonrisa iluminaba el rostro redondo y liso de *Bruma de Polvo*, igual de sucio que el día anterior, con unos ojos negros y brillantes de astucia y una nariz ligeramente aplastada y de ventanas muy abiertas que denunciaban su origen asiático.

Por toda respuesta, Umara se sacó del bolsillo su pelotita redonda de cuero, rellena de tela, y la lanzó con todas sus fuerzas, lo más alto posible, en dirección al cielo. La trayectoria de la pelota la proyectó al otro lado del muro de tierra seca, que se vieron obligados a escalar, para lo cual el chico tuvo que auparla con las manos.

Era la primera vez que Umara saltaba de aquella manera subrepticia la tapia que servía de confín al vergel, salía del obispado y burlaba la autoridad de su padre.

Pero experimentó un sentimiento delicioso, mezcla sutil de satisfacción y miedo, que se transformó en incontenible euforia antes de adquirir el incomparable sabor que procura la transgresión cuando aquel que es dócil y respetuoso de las normas por naturaleza opta por la desobediencia.

—¡Jamás había saltado ese muro! —exclamó.

—Espero que no te traiga problemas —murmuró, preocupado, *Bruma de Polvo*.

Por toda respuesta, la chica enfiló un camino que se abría ante ella en dirección al norte de la ciudad. Echó a correr con grandes risas, cual un

joven animal encerrado en una jaula que saboreara de pronto la embriaguez de la libertad.

Bruma de Polvo se dejó arrastrar y se lanzó en su persecución a través de los puestos de los mercaderes que cortaban la avenida.

Bajo la mirada estupefacta de los comerciantes de mercancías preciosas procedentes de Occidente, tan preciadas que sólo podían comprarse con monedas de oro o retales de seda, las almendras, el jade, el polvo verde del sulfato de sosa, la púrpura extraída del múrice, la tintura de índigo y el narciso perfumado que se convertiría en flor fetiche que se intercambiaba, en China, en Año Nuevo, los dos se reían con tantas ganas que nadie osaba pedirles que dejasen de correr entre los puestos de venta.

Aquí y allá, en copelas de cobre, montoncitos de incienso y mirra embalsamaban el aire. Por un solo pellizco, habría sido preciso dar al mercader como mínimo dos hermosos corderitos vivos.

A punto estuvieron de arrollar a un vendedor de amianto, cuyas fibras, procedentes de Persia, tejidas como la lana, provocaban la admiración de los mirones.

—¿De qué animal proviene esta lana? —preguntaban ante aquel material singular de tacto tan curioso.

—¡Son pelos hilados de salamandra! Si te confeccionas una túnica con ellos, puedes atravesar sin problema todas las cortinas de fuego que se te antojen —explicó el persa en un chino impecable.

Mil veces estuvieron a punto de derribar pirámides de sandías, melocotones y uvas, y también de calabacines, acelgas y pepinos, dispuestas en el suelo, alrededor de las cuales se empujaba la multitud al tiempo que increpaba a aquellos dos locuelos que seguían persiguiéndose, riendo e hipando, igual que pilletes callejeros.

La libertad había dado alas a Umara.

Aun estando habituado a las callejuelas y plazoletas de Dunhuang, *Bruma de Polvo* tenía dificultades para alcanzar a Umara, tanto corría la chica.

Al final de la avenida bordeada de casas bajas, amontonadas unas sobre otras, de las que salían gritos de niños y olores de cocina, fueron a dar con un rebaño de cabras que la ocupaba en toda su anchura provocando balidos

asustados de los animales a los que unos perrazos enormes de pelo leonado impedían que se desperdigaran.

—¡Cuidado, Umara! Si no quieres caerte de bruces, tienes que saltar por encima —le gritó el muchacho, que se mondaba de risa.

Rodeado por las cabras, le demostró cómo había que proceder. Umara, menos aguerrida que él, terminó la carrera corriendo a gatas entre el rebaño, pero a la desbandada.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Pero sin tomarse la molestia de responderle, se levantó de un salto y siguió corriendo.

—¡A ver si me coges! —le gritó, ya lejos.

Aquella loca carrera convertida en persecución, tras haberlos arrastrado fuera de la ciudad, donde, sin advertirlo, ya habían dejado atrás las últimas calles, los llevó a un descampado desierto y pedregoso antes de conducirlos al pie de un acantilado delante del cual, incapaces de seguir adelante, se derrumbaron ya sin aliento.

—¡Al final te he atrapado! —le lanzó *Bruma de Polvo* besándole la mano.

—Si yo fuera un lagarto, no me habrías cogido y ahora estaría allá arriba.

Y le señaló la escarpa rocosa cuya cima, más retirada, no era visible desde el suelo.

—No soy un lagarto, pero veo aquí algo que resolverá el problema.

Por encima de sus cabezas colgaba una escalera de cuerda que a buen seguro permitiría acceder a una especie de plataforma en la que, retrocediendo unos pasos, se distinguía una barandilla de madera labrada.

—¡Fíjate en todas esas esculturas! Detrás de un balcón tan hermoso como éste tiene que haber un tesoro. ¿A que no trepas tan rápida como yo? —añadió el muchacho mientras sus manos sucias se agarraban ya al primer barrote de la escalera.

Ágil como un gato, contorsionándose y rectificando la postura, *Bruma de Polvo* consiguió trepar hasta lo alto en un santiamén.

—¿Ves qué fácil? Ven, te ayudo a subir…

El chico tendió la mano a la chica y consiguió que subiera.

Detrás de la balaustrada de madera labrada, fácil de salvar pasando la pierna por encima, la plataforma rocosa tenía unos cuatro pies de anchura. Formaba, a lo largo de la pared del desfiladero, una especie de balcón natural de una veintena de pies de longitud. Curiosamente, no se abría ninguna puerta ni ventana en la muralla, como si el balcón no tuviera otra función que permitir al visitante contemplar la sinuosidad de las dunas de arena del desierto que, vistas desde allí, se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

Unas cuantas piedras alfombraban el suelo de lo que parecía una terraza, entre los restos de un polvo grisáceo que recordaba el mortero.

—¡Jamás había visto el desierto desde tanta altura! ¡Tantas dunas juntas! ¡Qué hermosura! —exclamó Umara, maravillada.

—De allí vengo yo. Nací en Turfan, aunque, según me dijeron, mis padres eran chinos. Turfan es otro oasis. Más grande aún que el de Dunhuang. Está a meses de camino a pie desde aquí, en dirección oeste. Desde que perdí a mis padres, las dunas de arena forman parte de mi vida cotidiana —dijo el chico, pensativo de pronto.

—*Bruma de Polvo*… de Turfan.

—Me dejaron en manos de un tallador de jade, pero cuando tenía seis años me escapé. Me pegaba.

—¿Aprendiste a tallar el jade?

—Vi cómo lo pulían con la muela y con ayuda de abrasivos. Es un trabajo muy laborioso el de tallar la piedra de la inmortalidad.

—Mi padre dice siempre que sólo es inmortal el Dios Único.

—¡Estoy contento de estar aquí contigo!

Sonrió.

—¿Cómo se las arregla un niño de seis años para vivir solo cuando abandona a su familia adoptiva?

—¡Sobrevive! En invierno duerme en los establos, al calor de los animales. Por la mañana, cuando despierta, está mojado de tanto calor. En verano, le basta con tumbarse al pie de un árbol y dormir bajo las estrellas… —contó el chico en tono jovial.

Umara se dijo que aquel *Bruma de Polvo*, pese a sus maneras aparentemente delicadas, tenía el temple de los auténticos guerreros.

—¡Veo que harían falta miles de dunas para ahogar la alegría de vivir y la vitalidad del valiente *Bruma de Polvo*!

Era un bonito cumplido.

Tan bonito que de buen grado habría besado la boca carmesí de aquella que acababa de dirigírselo, como había visto que hacían los chicos mayores con las chicas en las plazas y mercados.

—Bien. Y ahora que estamos aquí, en el balcón, ¿qué hacemos? ¿Dónde está el famoso tesoro de que me hablabas? —preguntó Umara en tono jovial y alegre a su nuevo amigo.

—¡Un poco de paciencia! Seguro que la ascensión hasta aquí no ha sido inútil…

—Pues hablando de tesoros, lo único que veo aquí es una plataforma rocosa y unas piedras encima… —bromeó Umara.

—Esas piedras y ese mortero que ves en el suelo indican que aquí se ha levantado un muro para camuflar una entrada.

Con el índice curvado, ante los ojos pasmados de Umara, *Bruma de Polvo* fue golpeando la pared rocosa de la terraza de arriba abajo y de derecha a izquierda, siguiendo toda su superficie como si se tratase de una inmensa puerta cuya solidez pretendiera poner a prueba.

—Te aseguro, Umara, que esta parte de la roca está añadida. Detrás debe de haber un escondrijo —exclamó con acento de triunfo.

—¿Te refieres a que detrás de esta roca hay una cueva? —preguntó cada vez más aturullada la muchacha.

—Lo que he golpeado no es piedra, sino tierra seca pintada de manera engañosa, como si fuera roca. ¡Escucha con atención! —dijo el muchacho golpeando de nuevo la pared con el índice curvado.

Los golpes, en efecto, resonaban como si tocara un tambor.

—Estoy acostumbrado. Más de una vez he podido comer gracias a birlar manzanas a un campesino que, en invierno, cubre con una de esas paredes la entrada de una cueva excavada en la roca. Cuando en un muro de adobe hay una parte que suena a hueco, quiere decir que es fina como un papel. Lo prueban, además, todas esas piedras que hay en el suelo y esos restos de mortero. Seguro que no hace mucho que *han* venido aquí unos albañiles a tapiar una abertura —añadió cobrando aliento.

De un enérgico puntapié, abrió un boquete entre el borde de la falsa roca y el suelo de la terraza.

Ahora, en la piedra falsa se había abierto una gatera.

—¡Me dejas pasmada! —exclamó Umara batiendo palmas de alegría.

Tras agrandar el boquete lo suficiente para poder colarse por él —lo que era un juego de niños, tan delgada era la capa de adobe en aquel punto—, *Bruma de Polvo* se introdujo en el interior, seguido inmediatamente de Umara, muerta de curiosidad.

—¡Increíble! ¡Si parece una biblioteca! —exclamó, pasmado, el muchacho.

—Tienes razón… ¡Qué cosa tan extraña! —murmuró Umara, detrás mismo de él.

Difícilmente los ojos de ambos conseguirían olvidar el espectáculo que acababan de descubrir y que los había dejado estupefactos por igual.

En la penumbra de la cueva, iluminada tan sólo por el sol que entraba por la abertura, se veían innumerables rollos amontonados unos sobre otros hasta formar una compacta muralla.

Los había de todos tipos, grandes y pequeños, largos y cortos, apretujados como haces de leña en una leñera.

Bruma de Polvo consiguió extraer con grandes dificultades una brazada de aquellos rollos y, seguido por la chica, salió de nuevo al aire libre y los dejó en el suelo.

Eran cuatro.

A la luz del sol, tres eran blancos como el marfil y el último, más gastado, era amarillento como un cuerno viejo.

—¡Son manuscritos! —exclamó Umara, familiarizada con los rollos de textos en siríaco que su padre le hacía estudiar y comentar y que los tres monjes copistas del obispado traducían al chino con el fin de propagar más eficazmente la doctrina de Nestorio.

—¡Acabamos de descubrir unos archivos secretos! ¿No te parece, Umara, un magnífico tesoro? —preguntó el chinito, que acababa de salir con otra brazada de manuscritos.

Algunos estaban atados con cintas de seda, mientras que otros, adornados con suntuosas pinturas, estaban cuidadosamente guardados en

cilindros de bambú al objeto de asegurar su conservación.

Ante tal cúmulo de rarezas, los dos jóvenes no sabían dónde mirar.

Umara acababa de desplegar un suntuoso estandarte pintado, en el que los ropajes de una divinidad femenina formaban unas elegantes volutas blancas sobre un fondo carmín decorado con tres nubes negras bordeadas de oro.

—Parece que se trata de textos santos budistas. Una vez mi padre me enseñó algunos —dijo la muchacha.

—¿De quién serán?

—¡No tengo ni idea! Tal vez se trate de la biblioteca secreta de este convento troglodita que está en un lugar más alejado del desierto. Lo llaman el monasterio de la Compasión; mi padre conoce al director. Un día me dijo que la mayoría de monasterios budistas de la Ruta de la Seda tienen un escondrijo donde guardan sus tesoros para impedir que se los roben los bandidos.

—¡Pero yo aquí no veo más que libros raros! ¡No veo joyas de oro ni de plata!

—¿No has oído decir a menudo que las divinas palabras del Santo Buda son, para un budista, lo más precioso de este mundo? —murmuró Umara, que de pronto se había quedado pensativa.

—¡Es verdad! En casa del tallador de jade donde yo vivía había una estatuilla de Buda en una hornacina hueca de la pared de su habitación delante de la cual tenía encendida, tanto de noche como de día, una lamparilla de aceite.

Umara volvió a colocar con sumo cuidado el ornamentado rollo en su estuche.

—Jamás había visto un rollo tan bello como éste… pero creo que ya es hora de volver. Mi nodriza y mi padre estarán preguntándose dónde me he metido.

De hecho, el sol ya estaba alto y había recorrido gran parte de su curso. Tenían que regresar rápidamente a Dunhuang. Umara se percató de pronto de que su padre y su nodriza debían de estar terriblemente angustiados.

Hacía casi tres horas que ella y *Bruma de Polvo* habían saltado la tapia del vergel del obispado.

Bruma de Polvo se coló de nuevo en el escondrijo de libros para volver a colocar en su sitio los objetos preciosos que había sacado. Y después, viendo una piedra grande entre las que estaban desperdigadas por el suelo de la terraza, la hizo rodar hasta el pie del falso muro a fin de disimular la abertura a través de la cual habían penetrado en el escondrijo de los libros.

Al llegar ante la tapia del vergel, completamente extenuados después de una desenfrenada carrera, se despidieron envueltos en el aroma de los melocotoneros que embalsamaba el ambiente.

—Gracias a ti, por fin he descubierto Dunhuang y el inmenso desierto… —dijo Umara cogiendo la mano del chico.

—¿Te ha gustado nuestra escapatoria?

—¡Lo que más me ha gustado ha sido tu compañía, *Bruma de Polvo*! —respondió ella bajando los ojos.

Los ojos oscuros del chico brillaron de satisfacción en su rostro sucio al oír el cumplido.

—Y ahora tienes que jurarme que no dirás nada a nadie sobre el escondrijo de los manuscritos budistas —añadió ella.

—¡Será nuestro gran secreto! ¡Prometo que lo juro, Umara! ¡Ni vivo ni muerto! —exclamó el muchacho con voz apasionada.

Y entonces, los labios húmedos y cálidos de Umara rozaron los del chico.

¡Qué dulces y suaves eran sus labios!

Por primera vez en la vida y sin saber nada de los placeres de la carne, el chico notó una extraña comezón entre las piernas al tiempo que su sexo se iba endureciendo lentamente.

Con gran pesar, ayudó a Umara a escalar la tapia del vergel y, después de irse ella, desapareció.

Cuando compareció ante su padre, la chica no las tenía todas consigo.

La gruesa Goléa, desconsolada, se arrojó a sus pies y comenzó a palparle el cuerpo como para asegurarse de que estaba entera.

—¿Dónde has estado, Umara? —la increpó con severidad Addai Aggai.

—Estaba jugando a pelota y se me ha caído al otro lado de la tapia. O sea, que he tenido que saltarla para ir a recogerla. Ya no soy una niña

pequeña. ¡Me parece que sé comportarme! Se ha terminado eso de tratarme como si fuera una niña —farfulló con semblante hosco.

Vestido con su túnica inmaculada de lana en cuya parte delantera llevaba bordada la cruz nestoriana flanqueada por el alfa y la omega del alfabeto siríaco, Addai Aggai, tan pálido como sus ropas, montó de pronto en cólera.

—¿Sabes que es muy peligroso para ti abandonar el recinto del obispado sin que yo lo sepa? —gritó a su hija agarrándola violentamente por el brazo.

—¡No veo dónde está el peligro! ¡Ya no soy una niña pequeña! —remachó de nuevo la muchacha desasiéndose de sus manos, que le dejaron una marca roja en el brazo.

Umara se sentía ahora una muchacha independiente, casi rebelde, después de que *Bruma de Polvo* le hubiera revelado el sabor incomparable de la libertad y demostrado que no corría todos aquellos peligros con que la tenían amenazada después de aquélla su primera escapatoria de su jaula de oro.

—¡Me has hecho daño! —exclamó.

—¡Umara, si tu padre se preocupa tanto por ti, sus razones tendrá! De ahora en adelante, no vuelvas a las andadas —gimió Goléa.

—¿De qué razones hablas? —preguntó Umara, molesta, con los ojos llenos de lágrimas.

Cuando la gobernanta, todavía desesperada, se disponía a responder, Addai Aggai, con un gesto que no admitía réplica, la intimó a que guardara silencio.

Por nada del mundo habría revelado a su hija bien amada la naturaleza de la actividad clandestina que despertaba sus angustias en relación con su integridad.

El obispo nestoriano dio un paso en dirección a su hija y puso suavemente la mano sobre su frente antes de estrecharla entre sus brazos murmurando:

—¡Que el Dios Único te proteja, hija querida! ¡Que Cristo, el hombre modelo, hijo de María, te sirva de ejemplo!

Y entonces Umara, apretada contra él, sintió que volvía a ser aquella niña pequeña que, en realidad, no había dejado de ser nunca.

—¡Si supieras lo mucho que te quiero, querida mía! ¡No hagas esas cosas! ¡Por poco me matas de inquietud! —le dijo el obispo en un hilo de voz, experimentando ahora un alivio tan grande como la angustia que poco antes había sentido.

Umara no respondió.

Cerrados sus hermosos ojos, perdida la nariz entre los hilos de oro y plata de la cruz nestoriana de su padre, impregnada toda del calor de su cuerpo, soñaba ya con aquellas dunas del desierto de arena que se extendían hasta el infinito y que, desde el balcón que escondía los manuscritos, no se había cansado de contemplar.

¿Qué había después del desierto?

Otros oasis y otros mundos, otros vergeles seguramente mucho más grandes que el suyo, aquel vergel del que su padre no quería por nada del mundo que escapara.

Pensaba también en todos aquellos libros almacenados en la oscuridad, esperando que algunos ojos los leyeran. ¿Qué decían aquellos rollos budistas escritos y pintados? ¿Qué historias contarían? ¿Qué paisajes describirían? ¿Qué nuevos horizontes habrían abierto a aquellos que habían tenido la suerte de inclinarse sobre ellos?

¡A buen seguro que narraban fabulosas leyendas sobre mundos más lejanos y maravillosos aún que los situados al otro lado del desierto!

Bastaba con ver la delicadeza y preciosidad de sus caligrafías y la suntuosidad de sus pinturas. ¡Hablaban por sí solas!

¡Aquél sería su jardín secreto!

Cuando su padre la apartó con dulzura para ir a atender los cultos que debía celebrar, Umara se percató con satisfacción de lo poco que le había costado esconderle todo lo relacionado con la fabulosa cueva de los manuscritos que *Bruma de Polvo*, inopinadamente, le había descubierto.

Había dejado de ser aquella niña pequeña y sumisa que obedecía al dictado lo que le ordenaban su padre y su gobernanta. Se había hecho mayor y, como es normal en las muchachas de su edad, aspiraba a tener vida propia.

Así pues, el descubrimiento que había hecho sería su secreto.

Y por nada del mundo lo desvelaría, ni siquiera a su padre, que, sin embargo, la adoraba.

V

PALACIO IMPERIAL DE CHANG AN, CHINA, 8 DE ENERO DE 656

La entrevista que la emperatriz Wuzhao tendría con Pureza del Vacío revestía para ella la mayor importancia pese a que recaía en mal momento.

Desde que se había despertado padecía aquel espantoso dolor en el cráneo que la acometía como mínimo una vez por semana y que llegaba incluso a provocarle vómitos.

Sentía en las sienes la presión de unas tenazas de hierro que la oprimían hasta arrancarle gritos de dolor. La crisis podía prolongarse varios días seguidos y obligarla a guardar cama, inmóvil como una estatua, en la más absoluta oscuridad, hasta el punto de llevarla a preguntarse, presa del delirio en el que acababa por sumirse, si seguía viva, si estaba muerta o, peor aún, si la habían enterrado viva…

Esta mañana, pese a haber tomado un cuenco de té de los Ocho Tesoros a altísima temperatura, que normalmente tenía la virtud de calmarla, seguía teniendo la impresión de que la cabeza le estallaría de un momento a otro.

La emperatriz Wuzhao sufría migrañas y aquellas noches agitadas no favorecían en nada aquel mal que la afligía desde la infancia.

—¡Mudo, aparta este insecto del alcance de mis oídos! ¡Parece que me está aserrando las meninges! —gritó con los ojos entrecerrados, tal era su sufrimiento.

El llamado Mudo obedeció y colgó con presteza la jaula en un postigo de la puerta que se abría al jardincillo particular de la alcoba de la

emperatriz.

Desde que se había convertido en la esposa oficial de Gaozong, Wuzhao no iba nunca a sitio alguno sin que la acompañara su grillo particular.

El insecto estaba encerrado en una pequeña jaula esférica confeccionada con laminillas de bambú trenzadas que se encargaba siempre de transportar de un lado a otro el factótum a quien acababa de dirigirse.

Éste, un hombre impresionante que llevaba una cola de caballo nacida en la coronilla de un cráneo completamente rapado, era un turco-mongol de casi dos metros de altura cuya espectacular musculatura se marcaba en la ajustada túnica.

El guardaespaldas se había quedado sin lengua por habérsela cortado un coronel chino que lo hizo prisionero al final de uno de los conflictos periódicos que enfrentaban al ejército imperial de los Tang con aquella etnia cuyos combatientes sanguinarios, agrupados en las fronteras del imperio, intentaban por todos los medios franquear la Gran Muralla.

Wuzhao descubrió al Mudo cierto día que Gaozong la llevó a una visita de inspección del botín de guerra que el ejército de Occidente había traído a Chang An.

El botín, conquistado en encarnizada lucha, estaba expuesto en el patio central del cuartel a fin de que el emperador fuera el primero en escoger a su antojo entre el montón de armas, tinajas llenas de monedas de oro y plata y objetos preciosos dispuestos sobre alfombras de lana y seda de la mejor calidad. Atado con pesadas cadenas a un gigantesco tambor de bronce que, cuando lo fundieran, permitiría forjar decenas de millares de puntas de flechas, había un gigante de cráneo rapado que coronaba una cola de caballo y cuyos mostachos caídos, retorcidos y aceitosos, parecían serpientes prestas a morder a cuantos osaran acercársele.

—¿Quieres una joya o una tiara preciosa? —preguntó el emperador a Wuzhao acariciándole el talle.

—¡Lo único que me interesa es él! —respondió Wuzhao designando al turco-mongol que sobrepasaba como mínimo en tres cabezas al emperador.

—¡Pero, Majestad, ese monstruo masacró a nueve de nuestros soldados de tres sablazos! —protestó el comandante en jefe del ejército del Oeste, asustado ante el deseo que acababa de expresar Wuzhao—. Habríamos

podido matarlo, pero nos interesa su fuerza, aunque, para castigarlo, le cortamos la lengua. Así, por lo menos, dejó de insultarnos. Dicho esto, sólo me queda añadir que es extremadamente peligroso. Fijaos en las proporciones de sus músculos… Por eso lo tenemos atado a ese tambor… Es tan peligroso que dudé incluso de si debía o no perdonarle la vida. Por otra parte, disuadiría a cualquiera que quisiese aventurarse a acercársele —añadió el comandante.

Le señaló los brazos enormes del gigante turco-mongol constelados de tatuajes y cicatrices, gruesos como troncos de árbol, que asomaban por las mangas ahuecadas de la túnica, sobre la cual vestía un chaleco de malla de acero muy escotado.

Wuzhao se limitó a dirigir una mirada lánguida a su marido, acompañada de una mueca picara, ademán al que recurría siempre que quería conseguir sus fines y que consistía en asomar la lengua entre los labios, un gesto que tenía la virtud de despertar en la persona a la que estaba dedicado ciertos recuerdos muy precisos.

La estratagema provocó el efecto previsto: obtuvo lo que ella quería.

Cierto es que, la noche anterior, aquella misma lengua rosada y afilada de la hermosa Wu había sometido a la vara de jade de Gaozong a una serie de certeros mordiscos, succiones y otras zalamerías que consiguieron arrancar aullidos de placer al emperador cuando la boca de Wu apresó su apéndice y recogió el líquido blanquecino de indefinible sabor antes de murmurarle, para acabar de halagarlo y metérselo en el bolsillo, que era delicioso.

Fue suficiente para que el emperador de la China, que creía a pies juntillas en la sinceridad de aquella afirmación, se esponjara como un gallo. Y después, embriagado de deseo y anhelante de cobrar lo que él, entre risas y bromas, llamaba el «premio gordo», no quiso darse tregua y a fuerza de masajearlo y frotarlo contra el capullo de peonía de la sublime puerta de Wuzhao, su sexo se endureció de nuevo e hizo honor a su esposa por el salón de atrás, que ahora prefería con mucho al de delante.

Así ocurría siempre en todas las cohabitaciones nocturnas que la emperatriz permitía al emperador, su esposo.

Sabedora de que le convenía hacerse desear, so pena de incurrir en el hastío, se negaba obstinadamente a compartir su cama todas las noches con Gaozong.

Wuzhao había comprendido que los placeres que el emperador tanto anhelaba serían mucho más codiciados si no eran concedidos así que eran solicitados.

Convenía mantener la peladilla a cierta altura y hacerse rogar, lo que Gaozong ahora no dejaba de hacer a menudo.

Así que abandonaba el lecho, el emperador de la China ya pedía a su joven esposa una nueva cita y le suplicaba que, a ser posible, se la concediera para el día siguiente.

—¡Os enviaré una misiva sobre el particular dentro de muy poco! —le replicaba ella haciendo carantoñas antes de sacarlo a empujones de su alcoba, de la que él salía contrariado.

Por otra parte, para azuzar el deseo del emperador, procuraba mantenerlo siempre excitado, sirviéndose de la lengua en ocasión de un abrazo furtivo, rozándole la nuca y, siempre por sorpresa, en el momento más impensado de la jornada, recordándole como de paso, por si él lo olvidaba, hasta qué abismos de placer era capaz de arrastrarlo.

Eso fue lo que ocurrió delante del turco-mongol cuando Gaozong vio la punta del instrumento utilizado con tanta habilidad no hacía más que unas pocas horas y que le hizo sentir, entre las sábanas de seda, cómo se le endurecía el sexo y se enderezaba igual que una serpiente *naga*.

En el elocuente guiño que Wu acababa de hacerle quiso adivinar la prueba de que ésta sabría recompensarlo si por ventura decidía poner a aquel gigante a su servicio.

—¡Hoy los deseos de la emperatriz son órdenes para mí! ¡El hombre de la lengua cortada es suyo! —dijo con firmeza, sin titubeo alguno, dirigiéndose al general en jefe del ejército del Oeste, que se dobló en dos al hacerle una reverencia.

Y así fue como el Mudo entró al servicio de Wuzhao y pudo escapar a la funesta suerte que le reservaban los militares.

A partir de aquel momento, el gigante ya no dejó a sol ni a sombra a su ama.

Wuzhao no tardó en descubrir las ventajas que podía obtener de la presencia de aquel hombre de quien nadie desconfiaba por creer que, puesto que no tenía lengua, no repetiría a su dueña lo que pudieran decir de ella los demás.

Wuzhao le enseñó los rudimentos del chino corriente e inventó una lengua que les permitía comprenderse mutuamente. Pasados unos meses desde que se iniciara el curioso aprendizaje compuesto primordialmente de gestos, quedó establecida la comunicación entre la emperatriz y el turco-mongol. Era un lenguaje codificado, inaccesible a terceros, que les garantizaba una confidencialidad absoluta.

Y ya que el Mudo, dicho sea de paso, no era sordo, Wuzhao no se privaba de tender celadas a sus enemigos potenciales. Le bastaba con dejarlos en compañía del gigante de la lengua cortada. Así fue como fueron a parar a su escarcela gran número de inconfesables secretos, de lo que ella supo sacar gran provecho.

Wuzhao tenía un número incalculable de enemigos en la corte de Chang An, sobre todo en el seno del clan de los nobles y de las grandes familias, quienes le reprochaban que hubiera eliminado a su representante, la primera emperatriz, Dama Wang. Gracias al Mudo, pudo establecer la lista precisa de los mismos y saber exactamente qué decían a sus espaldas.

Si aquella mañana Wuzhao ordenó al Mudo que sacara al grillo de la habitación fue porque el incesante rasgueo del insecto, asociado al dolor de la migraña, le recordaba la horrible pesadilla que de cuando en cuando poblaba sus noches desde el día en que fue consagrada emperatriz de China…

La escena era invariablemente la misma.

Reencarnada en una minúscula hormiga a causa de un *karma* degradado por los esfuerzos desplegados para alejar a su rival, Wuzhao era perseguida por un enorme gatazo cuyos ojos le recordaban extrañamente los de la exemperatriz. Justo en el momento en que las aceradas zarpas del felino se aprestaban a hundirse en su pequeño y rollizo cuerpo, Wuzhao se despertaba nadando en sudor y lanzando gritos de terror.

Cuando se le presentaba la pesadilla en las noches en que el emperador Gaozong compartía su cama y éste, despertándose sobresaltado por el

alarido de terror que ella profería, le preguntaba qué le ocurría, Wuzhao se negaba obstinadamente a contarle aquel sueño que sólo había revelado al Mudo.

A decir verdad, hacía ocho días que el sueño aterrador no dejaba de importunarla, lo que coincidía con el hecho de haberse enterado, gracias a conversaciones escuchadas por el Mudo, que Dama Wang seguía encerrada en el palacio imperial, a pocos pasos de allí, junto con la concubina Bella Pura. Así pues, pese a su condena y a despecho de su destitución, las dos mujeres seguían cerca. Tenía, además, la desagradable impresión de que se mofaban de ella, lo que le producía una viva irritación.

No se atrevía, sin embargo, a hablar a Gaozong de aquella insoportable promiscuidad porque no sabía muy bien si la medida había sido dictada por él.

Sabía mejor que nadie que su marido era un hombre de carácter indeciso a quien le repugnaba intervenir en los conflictos personales, razón por la cual le costaba aceptar tanto la eliminación de su primera esposa legítima como la de su antigua favorita.

Sintiéndose incapaz de soportar por más tiempo las pesadillas nocturnas de las persecuciones del gato, resolvió terminar con aquella cohabitación deletérea. Mientras aquellas mujeres continuasen mofándose de ella de aquella manera, a dos pasos de su habitación, aquel maldito gato continuaría inquietando sus noches.

Lo que decidió en primer lugar fue consultar al mejor especialista del *karma* budista en la persona de Pureza del Vacío, el Venerable Superior del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, al que había hecho venir expresamente de Luoyang.

A través de su entrevista con el dirigente de la Iglesia china del Gran Vehículo contaba informarse de la evaluación de las consecuencias que tendría sobre su *karma* el acto que se aprestaba a cumplir para terminar con aquella atroz visión nocturna y eliminar definitivamente a su rival.

Al entrar en el saloncito donde ya la esperaba Pureza del Vacío, estancia situada en aquella zona del palacio imperial llamada «Gran Interior» donde sólo tenían entrada los invitados distinguidos, Wuzhao tenía tal dolor de

cabeza que sus ojos enrojecidos habrían podido hacer pensar a su interlocutor que acababa de llorar desconsoladamente.

A su llegada, el Superior, sentado delante de una mesita baja donde estaban dispuestos los Cuatro Tesoros de los Esparcimientos Elegantes que eran el laúd, los rollos de caligrafías adornados con cintas, los libros con los pinceles así como el damero, se levantó. Iba vestido con una túnica gris de lana burda cuyos amplios pliegues, ceñidos al talle con un cinturón de cuero negro, caían generosamente como los de una toga.

—Hace mucho tiempo que vuestro renombre de gran doctrinario del Mahâyâna ha rebasado los límites de Luoyang. Ésa es la razón de que me haya permitido venir a veros porque quiero hablaros de una cuestión delicada —expuso con voz suave la emperatriz, a guisa de bienvenida, a Pureza del Vacío.

—Si puedo ayudaros, lo haré con gusto —respondió el viejo monje, cuya silueta alta y delgada se recortaba ahora de espaldas delante de una ventana a la que se había acercado y desde la cual estaba contemplando un estanque de mármol, situado abajo, en el que serpenteaban unas carpas enormes con el cuerpo salpicado de manchas negras y blancas.

—¡Se trata de mi *karma*!

Pureza del Vacío se volvió.

—El Gran Vehículo es el aliado del imperio de China. Por consiguiente, mi presencia ante vos es normal. De todos modos, no sé si seré capaz de contestar todas vuestras preguntas, Majestad, y más tratándose de una cuestión relacionada con el *karma* —precisó el maestro cuyo rostro enjuto y cráneo cuidadosamente rapado ahora veía perfectamente.

El desapego con que Pureza del Vacío acababa de pronunciar aquellas palabras impresionó a Wuzhao, que, con un nudo en la garganta, optó finalmente por hacer la pregunta que le quemaba los labios.

—Maestro Pureza del Vacío, ¿qué ocurre con el *karma* de la persona que se ve obligada a obrar mal en nombre de un interés superior?

El maestro del Gran Vehículo, que observó a la emperatriz con atención, hizo una pausa momentánea antes de contestar.

—El budismo Chan no abomina de las paradojas. A veces los caminos de la Iluminación son tortuosos. Conocí a un monje muy viejo que no

dudaba en afirmar que, para recibir la Iluminación, a veces se hace necesario «desembarazarse definitivamente de Buda».

—Vuestra actitud me tranquiliza —respondió la emperatriz entre bromas y veras.

El gran maestro carraspeó para aclararse la voz mientras continuaba traspasándola con la mirada. Con aquellos ojos tan hermosos e inocentes, por lo menos en apariencia, parecía una adolescente.

En el saloncito donde ella lo había recibido, se había instalado el silencio, turbado apenas por el roce de las cuentas del rosario que el gran maestro de *Dhyâna* había empezado a desgranar.

Así procedía siempre para que brotara, según decía él, «la verdad de la boca de sus interlocutores»: les dejaba que se enfrentaran a sí mismos y aguardaba a que el silencio se hiciera ensordecedor para arrancarlos de su reserva.

En el caso de Wuzhao, no tardó en ocurrir.

—¡Busco la Iluminación! —exclamó, enfebrecida de pronto.

Pureza del Vacío, impasible, continuaba mirándola.

—Entre los que pretenden que la Iluminación cae «súbitamente» sobre la persona y los que preconizan unos ejercicios especiales que conduzcan «gradualmente» el espíritu hacia ella, no siempre he podido elegir de una forma tan clara —añadió entonces ella con voz vacilante como deseosa de llenar la conversación.

La emperatriz acababa de hacer alusión a la célebre querella entre lo que se llamaba el «repentismo» y el «gradualismo», que correspondían de hecho a dos formas opuestas de la práctica religiosa.

La primera se basaba en la meditación trascendental cuyo objetivo último consistía en hacer el vacío en la mente de aquel que meditaba a fin de provocar aquella chispa «súbita» que le abriría bruscamente las vías del Conocimiento, algo así como quien rasga un velo ante los ojos de alguien. La otra vía, emparentada con la practicada por los yoguis indios, consistía en hacer los ejercicios adecuados adoptando unas posturas precisas y en seguir unos rituales perfectamente codificados que, según se creía, eran por sí solos capaces, a fuerza de tesón y por tanto de forma progresiva (de ahí el

término «gradualismo»), de conducir el espíritu humano al estado del Despertar.

—La Iluminación se presenta siempre como la tempestad en el mar: justo en el momento en que no se espera. Y parece no llegar de parte alguna… Mi mejor compañero, el monje Huineng, acaba de escribir un sermón muy hermoso sobre el tema —replicó, un tanto molesto, el superior de Luoyang, que no veía muy bien adónde quería ir a parar Wuzhao.

—¿De qué sermón se trata?

—Del sermón del gran *Sutra del Estrado*. Revela en él las Cuatro Puertas Sublimes que abren el espíritu.

—¡Qué cosa tan maravillosa! ¡Cómo me gustaría que alguien me lo leyera!

La conversación continuaba dando rodeos y la emperatriz seguía andándose por las ramas.

—Huineng se ha inspirado bastante en mis sermones —dijo el *mahayanista*, que, ya fuera por simple coqueteo o por prudencia, no quería decir más.

—Pero ¿qué hay que hacer para abrir esas Cuatro Puertas, eminente maestro? —preguntó en un tono que revelaba un gran interés.

—Hay que hacer el vacío dentro de uno mismo. Se necesitan unos veinte años como mínimo para desembarazarse de toda la inmundicia que empuerca el espíritu —añadió en voz baja como hablando consigo mismo.

Que la emperatriz de China pudiese tener tal ignorancia del «repentismo», cuya escuela mayor era el convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, era algo que lo decepcionaba en gran manera.

Era como decir —y de ello levantaba acta al tiempo que se juraba ponerle remedio en un futuro— que la tesis esencial defendida gracias a él en el *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura* merecía ser mejor defendida.

Era evidente que la propia Wuzhao, a pesar de sus clamorosas manifestaciones de fe budista, anunciadas a bombo y platillo en cada cruce de caminos y en todos los rincones del imperio, a fin de que todo el mundo se enterase, ni siquiera había leído una sola línea que se refiriera a ella…

—Estoy en vísperas de cumplir un *karma* condenado por la moral en nombre de una causa justa. ¿Está bien? —preguntó reanudando así el hilo

de la conversación dejado en suspenso.

—¿De qué acto se trata exactamente? —preguntó el Venerable Superior de manera abrupta para obligar a que la emperatriz desvelara lo más hondo de sus pensamientos.

La emperatriz Wuzhao no se lo habría revelado por nada en el mundo.

No habría confesado, en efecto, que pensaba ordenar al Mudo que asesinase a Dama Wang y a Bella Pura, esperando así librarse de la pesadilla causante de sus espantosas migrañas.

—Digamos que se trataría de actos que me serían impuestos por el interés superior… de una causa que vos y yo tendríamos en común —farfulló la emperatriz atropelladamente.

—¿Puedo saber de qué causa se trata o qué interés superior compartimos? Vos reináis sobre un gran imperio, mientras que yo no soy más que un humilde director de conciencias —dijo él con un hilo de voz.

—No me he expresado bien. ¡Se trata de un interés superior de carácter particular! Un asunto que atañe a vuestra emperatriz y a su futuro, pero también a los millones de conciencias que tenéis a vuestro cargo.

Ver a la emperatriz dando tantos rodeos tenía mucho de irritante para Pureza del Vacío.

—Se trata, pues, de algo esencial —refunfuñó él.

—Que atañe también a vuestra Iglesia, de la que me mantendré incondicional devota sean cuales fueren las circunstancias.

—Es bueno que la emperatriz de China no ponga su fe en la Noble Verdad del Buda bajo su pañuelo de seda.

—Pero para esto es preciso que el *karma* de la emperatriz no se vea afectado de forma negativa por ese acto del que acaba de hablar al maestro Pureza del Vacío.

—Si he entendido bien, queréis que yo sea para vos algo así como un intercesor.

—Habéis entendido bien —respondió ella escuetamente.

—No ignoráis que cada uno es responsable de sus propios actos.

—Yo querría estar segura de seguir la Vía de la Verdad —exclamó Wuzhao, afligida de pronto.

—Si estimáis que vuestro objetivo último es legítimo y que se inscribe en la Vía de la Verdad, lo que hayáis hecho, si ha producido este efecto positivo, será considerado obligatoriamente un buen *karma*. Eso, por lo menos; nos enseña la teoría de la maduración de los actos —declaró con aire algo afectado el maestro de *Dhyâna*.

Al oír estas palabras, Wuzhao exhaló un profundo suspiro de alivio.

Pureza del Vacío acababa de pronunciar la frase que ella deseaba oír.

Situada de nuevo en el marco de la misión de esencia divina de la que se encontraba investida, la eliminación definitiva de su rival, que en el momento más impensado, mientras estuviera con vida, podía volver a recuperar su sitio, era un hecho que caía por su propio peso.

Así lo exigía la maduración de los actos: en el origen de todo *karma* había una intención, de la misma manera que todo *karma* era portador de su consecuencia.

Y el *karma* del asesinato de Dama Wang, puesto que a fin de cuentas tendría como efecto el triunfo de la Noble Verdad del Buda, no tendría de crimen más que el nombre. ¡Así de sencillo se presentaba todo!

Wuzhao, totalmente tranquilizada, lamentaba ahora haber hecho venir de tan lejos —Luoyang, la capital del Este, estaba situada a unos ochocientos *li* de Chang An— al maestro del Gran Vehículo sólo para formularle una pregunta cuya respuesta le parecía ahora tan evidente.

Pureza del Vacío, por su parte, seguía preguntándose por qué la esposa de Gaozong lo había hecho comparecer en su presencia haciendo que abandonara todo lo demás.

No había conseguido, puesto que distaba mucho de haberlo logrado, que le confesara la «verdad», cualquiera que ésta fuera…

—Me gustaría hacer una ofrenda a vuestro monasterio. Así por lo menos vuestro viaje no habrá sido en balde. ¡Tendréis lo que me pidáis! —espetó a Pureza del Vacío, como si así quisiera compensar el hecho de haberlo molestado inútilmente.

La dinastía de los Tang solía hacer ofrendas al clero budista que, por otra parte, no le regateaba su apoyo.

Pese a la oposición visceral de los confucianos al budismo y a su sistema monástico, a los que acusaban de competencia desleal, los maestros

del Gran Vehículo habían entendido muy bien que podían sacar muy buen partido de una alianza con el poder temporal imperial.

En vano habían luchado los confucianos para intentar mantener a raya su inexorable aumento de potencia en la sociedad china.

Faltó poco para que, en 626, por iniciativa de un celoso confuciano llamado Fuyi, se publicase un decreto del emperador Liyuan en virtud del cual hacía obligatorio el casamiento de los cien mil bonzos y monjitas que vivían en los grandes monasterios chinos del Mahâyâna. Sin embargo, la Iglesia budista, fuertemente implantada ya entonces en las altas esferas del Estado, consiguió hacer fracasar la maniobra.

La irradiación espiritual del Gran Vehículo iba acompañada de su potencia económica, gracias al dinero de los adeptos, cada vez más numerosos y más ricos, que drenaban los monasterios.

Los budistas estaban en trance de conseguir invertir en provecho propio la relación de fuerzas con un Estado, cada vez más dependiente, que temía que su Iglesia se arrogase el derecho de disponer del único poder que le faltaba: el temporal.

En esta dialéctica sutil entre el Imperio chino y el budismo, la lealtad de la Iglesia budista al régimen imperial tenía un precio monetario fuerte, en tanto que los Tang concedían medios financieros cada vez más importantes a los monasterios en forma de donaciones territoriales o mobiliarias.

—Es amable de vuestra parte la oferta que me hacéis. A decir verdad, nos falta seda para pintar los estandartes de la procesión. ¡Mis sacristanes no *han* conseguido encontrar ninguna pieza de seda en los mercados de Luoyang! —respondió con una sonrisa el Venerable Superior, aliviado al ver que la conversación discurría por un cauce más normal.

—¡Os será enviada el mes próximo! La emperatriz de China se compromete formalmente a que así sea —prometió ella antes de despedirse de su visitante.

Al volver a sus apartamentos, Wuzhao se juró que obtendría del emperador Gaozong el triple de la cantidad de seda que Pureza del Vacío necesitaba.

A juzgar por la sonrisa del viejo monje, aquella ofrenda era una buena manera de asegurarse el apoyo del jefe de la Iglesia budista china del Gran

Vehículo ya que ella sabía que, llegado el momento, podía serle de gran ayuda.

Así que volvió a su habitación, ordenó brevemente al Mudo que fuera al lugar donde se encontraban prisioneras sus dos antiguas rivales y las estrangulase con un cordón de seda rosa que ella le proporcionó.

El hombre asintió con el gesto como si de cumplir un encargo banal se tratase.

—Así que hayas cumplido con el encargo, no quiero ver ni un solo gato en ese palacio, comprendidas las zonas abiertas al gobierno destinadas a audiencias públicas. Creo que he hablado claro: ¡ni un solo gato! ¿Has oído, Mudo? —dijo con voz nerviosa, poco antes de que éste saliera para cumplir el espantoso encargo.

Quería tener la seguridad de haber eliminado definitivamente a Dama Wang por si se reencarnaba en un felino doméstico y ella en un ratón…

Entonces el Mudo, cuya inmensa boca, ahora toda sonrisas, desvelaba unos dientes impecables que la ausencia de lengua no podía ocultar, reprodujo el gesto mediante el cual, de un solo golpe seco, le permitía separar la cabeza del cuerpo de un animal.

Wuzhao lo observó con alivio mientras salía.

Por lo menos en aquel hombre tenía a un factótum nada tornadizo, obediente y fiel como un perro feroz a su amo.

Después, dejando vagar los pensamientos, se tendió en su inmensa cama. En lugar de aliviarse, su dolor de cabeza empeoraba por momentos.

Al cabo de un momento, incapaz de soportarlo por más tiempo, se levantó y se sentó en la postura del loto al tiempo que fijaba la mirada en la pared desnuda que tenía ante sus ojos.

Y con los ojos enfrentados a aquella nada que intentaba contemplar, se abismó en una oración al Bienaventurado.

Era la primera vez que se dirigía a él de aquel modo.

Le pidió que, en su compasión infinita, tuviese en cuenta los motivos que la habían empujado a obrar de aquel modo.

¡Tenía que ser ella o Dama Wang, de sobra debía de saberlo el Bienaventurado!

Y sin ella, ¿qué sería del budismo en el imperio del Medio, donde el taoísmo y el confucianismo se beneficiaban de tantas prebendas?

No sería el bendito de Gaozong quien tomase cartas en el asunto y defendiese el Chan de los incesantes ataques de los confucianos.

Si ella se había casado, había sido por el bien de la causa del Bienaventurado Buda.

Le suplicaba, pues, con todas sus fuerzas que pasase por alto el crimen que ella acababa de cometer y que tuviese en cuenta únicamente la razón superior que la había empujado a cometerlo.

Ahora, al mirar sus manos como para asegurarse de que no las tenía manchadas de sangre, no se sentía inquieta sino, por el contrario, confiada y tranquila.

Por otra parte, si Pureza del Vacío había entendido lo bien fundado de aquel *karma*, ¿iba a ser menos que él el Bienaventurado?

Con los ojos cerrados, Wuzhao se deslizó, encantada, en la meditación de la autopersuasión, como arrastrada hacia su destino por la corriente de un río impetuoso. Dejarse llevar, en un sueño, por aquellas aguas tumultuosas le tranquilizaba el espíritu.

Era su manera propia de hacer el vacío.

Seguía en aquella postura meditativa cuando aquella noche fue a reunirse con ella el emperador, muy excitado, fiel a la cita autorizada expresamente por ella.

—Necesito que Vuestra Majestad me procure un centenar de fardos de seda… —dijo ella haciéndole carantoñas y dedicándole sonrisas halagüeñas al tiempo que movía el trasero sin darle tiempo a pronunciar siquiera una palabra ni a rozarle el hombro.

El semblante risueño del emperador Gaozong se ensombreció.

—Pero ¡eso es una cantidad astronómica! No ignoráis que el imperio padece una cruel escasez de seda. La demanda exterior es tan grande que se *han* agotado todas nuestras reservas. Precisamente el Ministro de la Seda acaba de transmitirme a este propósito un informe muy alarmante —exclamó, contrariado al mismo tiempo de que ella no le abriera con más presteza sus muslos.

—No comprendo que pueda haber penuria de seda cuando tenemos millares de granjas que producen el bómbice, cuyo capullo sólo hay que devanar para obtener un hilo de una longitud que bastaría para cubrir la distancia que media entre el palacio de invierno y el de verano… —murmuró ella rozándole los labios con el dedo.

—Querida mía, llamad al Ministro de la Seda y veréis que no exagero —respondió Gaozong, que sólo tenía ojos para sus senos, que ella acababa de asomar por encima de su corselete tras habérselo desabrochado.

… cuando millares y millares de mujeres tienen un edredón bajo el cual basta con que pongan los huevos que ha puesto el gusano para que se abran —añadió deslizando una mano en el interior del pantalón del emperador, lo que hizo que éste se retorciera como una oruga en el pico de un pájaro.

—¡Veo que habéis aprendido bien la lección! —musitó él sin que ella supiera si estaba hablando de la cría del gusano de seda o de la tarea a la que se dedicaba su mano experta.

—… cuando nuestros inmensos bosques de moreras no esperan más que sus hojas alimenten esas larvas minúsculas que después se transformarán en orugas y tejerán un capullo con su baba.

Al oír la palabra baba, Gaozong levantó los ojos al cielo y su expresión manifestó con elocuencia lo que pensaba.

Cuando su vara de jade derramaba su licor dentro de ella, él decía siempre en tono de broma que la inundaba con su «baba de dragón»…

—¡Decidme que me daréis la seda!

Pero el emperador se abstuvo de responder y se limitó a zambullir la nariz entre los senos de su esposa oficial, la cual le dejó hacer, como tenía por costumbre, mientras su espíritu navegaba por otras latitudes.

—Es extraño, pero no noto el rocío de tu capullo de peonía —le dijo él como si la arrullase después de haber masajeado sus muslos y mientras iba acercándose a la meta que deseaba alcanzar.

Gaozong sólo tuteaba a sus esposas y concubinas cuando hacía el amor con ellas.

—¡No tiene importancia, Majestad! Lo que pasa es que duermo mal desde hace unas semanas… —le murmuró al oído abriendo generosamente las piernas.

El emperador no vio en los hermosos ojos verdes de Wuzhao el fulgor de una angustia que era incapaz de ocultar después de la orden que había dado al Mudo.

—¡No irás a decirme que este asunto de la seda te quita las ganas de hacer el amor! ¡Te aseguro que haré todo lo posible para procurártela! —dijo en un susurro el emperador de China con una voz que cada vez sonaba más turbada.

Era evidente que todas las mujeres eran iguales: despreocupadas como las libélulas, poco conscientes de las realidades económicas y menos aún de las restricciones que éstas provocaban.

Pero Gaozong, que estaba concentrado en el quehacer del momento e iba y venía dentro de Wuzhao como el pistón de una herrería, distaba mucho de sospechar que su demanda sería muy difícil de satisfacer.

Acababa de introducir el sexo en el de Wuzhao y ya había empezado a sentir las primeras oleadas de placer que nacían de la base de su espalda y le subían por dentro del cuerpo mientras notaba en el vientre los hormigueos que anunciaban aquella explosión final que le arrancaría un rugido tan estentóreo como el de una trompa.

El grito de placer del emperador atravesaría los gruesos muros del dormitorio de su esposa y resonaría en los pasillos del interior del palacio.

Nadie ignoraría entonces que Gaozong había gozado y que Wuzhao, cuya aura se vería entonces centuplicada, había sabido hacerlo gozar.

—Y dime, ¿qué uso piensas dar a la seda? —dijo él, al borde del éxtasis, con la voz entrecortada por la excitación.

—Me gustaría recompensar al convento de Luoyang. Me *han* dicho que allí es donde veneran mejor al Santísimo Buda… Dicen que su Superior, el maestro Pureza del Vacío, sabe de memoria todos los *sutras* del Gran Vehículo.

—¡Tu piedad me divierte! No olvides, querida Wu, que ya no eres una monja sino la emperatriz de China —bromeó el emperador entre dos espasmos de placer.

—¿Acaso el hecho de ser el soberano os autoriza a dudar de la existencia pasada del Bienaventurado y de los beneficios que procura a sus fieles? —le soltó ella en tono de desafío.

La respuesta de Gaozong fue un largo estertor, sonoro como si lo hubiera emitido una «flauta-pierna», ese cuerno confeccionado con un fémur humano cuya salida en forma de caracola, trabajada en cobre, amplificaba el sonido. Wuzhao había oído el son de aquel instrumento tocado por los lamas de la pagoda tibetana de Luoyang, donde a veces ella iba a ofrecer una flor de loto delante de la estatua de bronce de Guanyin.

En aquel momento no pudo evitar el desprecio que le inspiraba aquel hombre barrigudo, tendido a su lado junto a su cuerpo, perdida la cabeza entre la nube de seda de unas sábanas inmaculadas. Se dio cuenta de que tardaría poco tiempo en sentir asco de él, tan voraz de su persona que caía en la vulgaridad y sobre todo tan poco atento a lo que ella era realmente.

¿Qué iba a pedirle esta vez para hacerle pagar por su conducta?

¿Le exigiría que le entregara sin tardanza los cien cortes de seda?

Sabía que él haría todo cuanto estuviese en su mano para que el Ministro de la Seda se la proporcionase.

No, tenía que inventar otra cosa.

No debía aflojar ni un momento la tensión.

Estaba segura de que ésta era la manera de dominarlo, la forma de someterlo y de acabar conduciendo allí donde ella quería a aquel hombre que desde hacía tan poco tiempo reinaba en un país tan grande.

Con la muerte de sus dos rivales ella tendría ocasión de promover sus intenciones, de dar un paso más en dirección al poder supremo, no ya por poderes, como ocurría hoy mismo, sino convirtiéndose ella misma en el «emperador» de China.

¿No había llegado, tal vez, el momento ideal para exigir de Gaozong que nombrara al hijo de ambos, Lihong, príncipe heredero del trono, y no a Lizhong, el hijo que había tenido con Bella Pura, su odiada rival, lo que sería la mejor manera de cerrar el primer capítulo de la historia que acababa de escribir, la que terminaba con la eliminación de las dos mujeres que le habían cortado el paso con tanto encono?

Y al tiempo que fomentaba aquella última maniobra en beneficio de su hijo, no podía privarse de experimentar un cierto asco de sí misma.

¿Hasta dónde tendría que llegar ahora para alcanzar sus fines?

¿No se veía quizá arrastrada, muy a su pesar, a la realización de actos abyectos que le hacían correr el riesgo de conducirla al infierno de las más viles reencarnaciones, las más ridículas y, sobre todo, las más peligrosas, a partir de las cuales era prácticamente imposible alcanzar el nirvana? ¿Encarnaciones, por ejemplo, en larva o en insecto que serían presa de todos los roedores o incluso en ratones almizcleros de los que tanto gustaba solazarse la cobra real?

Con la mirada dirigida al techo de la habitación, agobiada por la boca abierta de Gaozong, que roncaba como un campanero y que parecía una enorme carpa que reclamara alimento, Wuzhao se sentía poseída de una irreprimible oleada de tristeza.

¿No sería, tal vez, demasiado peligroso aquel camino que su ambición desmesurada, su fe irracional y su paranoia le empujaban a seguir pese a tantas escarpaduras?

Para darse ánimos, revisó aquella profecía que un adivino ciego había hecho al gran emperador Taizong —¡qué diferente aquel hombre del gordo de su marido!— según la cual un día reinaría en la China una mujer que, según había especificado, llevaría un nombre que empezaba por Wu…

Acabó por tranquilizarse diciéndose que si el profeta de Taizong el Grande lo había anunciado así quería decir que estaba en buen camino. Después, tras rechazar el ataque jadeante de su pobre emperador que, medio dormido, intentó volver al asalto, se rindió al agotamiento.

El día siguiente, a última hora de la tarde, llegó hasta Wuzhao el rumor público informándola de que habían encontrado, en el reducto donde estaban encerradas, los cadáveres fríos de Dama Wang y de Bella Pura bañados en un charco de sangre coagulada.

Y entonces, ante la pared desnuda situada enfrente de su cama, se limitó a cerrar los ojos. Su plan se había desarrollado tal como había previsto. El Mudo era un factótum eficaz.

Cuando Gaozong, con rostro sombrío, le dio la noticia, Wuzhao rompió en sollozos y se retorció, desesperada, las manos.

Wuzhao era una actriz excepcional.

Temía por su propia vida —«¡asesinadas en el mismo palacio, oh, mi amado Gaozong!»—. Era evidente que no existía seguridad en parte alguna,

ni siquiera entre aquellos muros…

El emperador, consternado al ver a su esposa en tal estado de agitación, se esforzó en consolarla con el regalo de un soberbio aderezo de jade procedente del tesoro imperial.

—¿No te gusta ese aderezo? —le preguntó al ver que no desaparecía de su rostro su expresión afligida.

—¿Qué quieres que haga con un aderezo de jade?

—¡Di qué quieres entonces, querida mía!

—¡Deseo tanto que nuestro pequeño Lihong sea el príncipe heredero! —murmuró entre dos sollozos procurando ceñir lo más posible su cuerpo al del emperador.

Entonces, sin pararse siquiera a reflexionar, se brindó a satisfacer el deseo que ella acababa de expresarle y que no era otro que reemplazar a Lizhong, el hijo que había tenido con otra, por el que había tenido con ella.

Y así que obtuvo el consentimiento, se precipitó sobre Gaozong para desabrocharle el cinturón y concederle lo que él tanto deseaba, sin expresarlo abiertamente, dadas las circunstancias.

Cuando salió a la calle montada en su palanquín para enterarse de las noticias, comprobó que todo Chang An temblaba de pánico ante el anuncio de aquel terrible asesinato cometido en el seno mismo del palacio del emperador. Según el rumor, el asesino de las dos mujeres había llegado al extremo de amputarles la nariz y los pies.

De nuevo en su habitación, acodada en la ventana escuchando el canto de su grillo, que ahora no le provocaba migraña alguna, Wuzhao hubo de decirse que el Mudo tal vez se había extralimitado.

¿Qué ocurrencia había pasado por las mientes de aquel gigante privado de lengua?

No recordaba haber incitado al hombre a mutilar de aquel modo a sus dos víctimas.

¡Le había ordenado simplemente que usase el cordón de seda y nada más!

VI

MONASTERIO DE SAMYÉ, TÍBET

Cinco Prohibiciones ya no se encontraba lejos de su destino.

En efecto, ya divisaba el famoso puerto del que le había hablado Pureza del Vacío.

Veía incluso la oscura silueta de las *estupas* gemelas que se recortaban en el cielo como para señalar al viajero que su periplo estaba tocando a su fin.

En esa hora tardía de la jornada en que comenzaba a espesarse la oscuridad, Cinco Prohibiciones empezaba a no distinguir bien las cosas, si bien oía perfectamente cómo restallaban secamente los banderines de las plegarias, azotados por el viento violento.

Anunciaban la cercanía del monasterio.

Normalmente, a lo largo de los caminos sólo había *rlung-rta*[19], los «caballos de viento».

Ensartados en cuerdas a manera de guirnaldas, aquellos banderines rectangulares y multicolores totalmente recubiertos de *mantras*, así como de signos astrológicos estarcidos, hacían que las rachas de viento, que en este caso prestaban ayuda a los orantes, dispersasen a través del aire los beneficios de aquellas inscripciones.

En cambio, en las inmediaciones de las *estupas* o templos más importantes, formando una especie de barrera de honor, se erguían los majestuosos e imponentes *darchok*[19a] que se veían flotar en sus largos

pendones sujetos a mástiles, cubiertos de estrofas del *Sutra de la Punta del Pendón de la Victoria*.

A juzgar por su número creciente, no hay duda de que aquel camino ascendente y terriblemente tortuoso donde la luna, que acababa de asomar detrás de una cresta dentada, hacía relumbrar las piedras que lo cubrían, no tardaría mucho en conducir a Cinco Prohibiciones a la meta de su viaje.

Con un poco de suerte, llegaría al convento de Samyé antes incluso de que desapareciera el astro nocturno.

Ya había llegado al puerto, desde donde tenía una vista incomparable del monasterio más venerable del Tíbet.

Veía a cada lado las dos pequeñas *estupas* que parecían guardar el paso y lanzaban al cielo su «Joya de la Cumbre», aquel curioso botón de piedra que las remataba, símbolo de la realización de todos los deseos de los fieles.

Alrededor de las *estupas* gemelas del puerto de Samyé se habían levantado aquellos montoncitos de piedras blanqueadas con cal que representaban las divinidades guerreras de las montañas, sobre los cuales unos peregrinos, para amansarlas, habían dejado cabezas enteras de yaks y cabras montesas que poco a poco el viento había ido momificando.

Cinco Prohibiciones no sentía miedo alguno al pasar delante de aquellos osarios de animales porque su espíritu estaba en otro sitio, imaginando cómo conseguiría llevar a Luoyang el *sutra* escrito por su maestro.

Después de rebasar las *estupas* y rodear la gran roca, percibió finalmente el pálido cabrilleo de los tejados de oro del monasterio bajo la fría luz del astro nocturno.

A lo largo del camino que había recorrido desde Luoyang, ¡cuántos peligros había desafiado, cuántos precipicios salvado, cuántas pendientes abruptas subido y bajado, cuántos torrentes atravesado y cuántos aludes de piedras evitado, accidentes todos que el maestro Pureza del Vacío se había guardado de mencionarle, a buen seguro para no crearle temores inútiles!

Ya no le quedaba ni uno solo de los huevos de gusano de seda que Pureza del Vacío le había dado para hervirlos en agua por las virtudes reconstituyentes que tenía su decocción. Hacía tres días que había bebido la última gota de aquel brebaje capaz de infundirle coraje cuando la laxitud que le invadía era demasiado intensa.

Ahora que el viaje del joven monje tocaba a su fin se daba cuenta de la hazaña que acababa de realizar.

Hacía nada menos que ciento dos días que había abandonado el convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales y había pasado los dos tercios de los mismos en la más estricta soledad.

Los pocos hombres con los que se había cruzado en las altas altiplanicies eran pastores tibetanos que huían al verlo.

En aquellas alturas, donde hacía muchísimo tiempo que no crecían la cebada ni el alforfón, los únicos restos de vida estaban representados por los yaks, los *dzos*, los caballos salvajes, en su mayoría *hemíonos*[20], sobre los cuales planeaban incesantemente, por si acaso, águilas y buitres.

En cuanto a las innumerables marmotas que se atiborraban de potentila, la única planta comestible que crecía en aquellas laderas cubiertas de hierba cuya raíz harinosa había probado, convertida en puré, siguiendo el consejo de Pureza del Vacío, apenas se hacían notar a no ser por los silbidos que emitían así que percibían la presencia humana y corrían a refugiarse en sus madrigueras.

Con todo, como buen monje del Gran Vehículo, para el que regía la prohibición de consumir carne de un animal al que se hubiera privado de la vida, a pesar del hambre que a menudo lo atenazaba, Cinco Prohibiciones se abstuvo de capturar ninguna marmota para asarla, como había visto hacer a los pastores.

Lo que más le sorprendió, por encima de la majestad de las montañas de cumbres vertiginosas, regiones donde, según los tibetanos, vivía «la leona blanca de melena turquesa» que servía de emblema a sus oriflamas, fue ver cómo cambiaba a veces el paisaje a la vuelta de un camino, al pasar de un valle a otro, a la distancia de unos pocos pasos.

Pasaba, sin casi apercibirse de ello, de la frondosidad a la sequía, de un cielo azul de transparencia absoluta a la densidad húmeda de una bruma hostil.

Las nubes, en aquellas alturas, cual raudos trineos, recorrían el cielo a gran velocidad sumiendo de repente en la oscuridad y la lluvia al caminante, que no tardaba en temblar de frío después del sol esplendoroso bajo el cual, no hacía más que unos instantes, se asaba de calor.

Cinco Prohibiciones no había conocido jamás una yuxtaposición tal de mundos.

Que es como decir que se sentía muy solo, a semejanza de aquellos eremitas que se pasaban la vida meditando en cabañas perdidas en el corazón de las montañas, tan alejados del mundo real que los demás hombres acababan por olvidarse de su existencia.

La travesía del Tíbet parecía, pues, un recorrido iniciático del que nadie podía salir indemne.

Por suerte para Cinco Prohibiciones, el semental Derecho Delante demostró estar a la altura de su fama.

El infatigable y valeroso corcel, cuyos cascos parecían creados expresamente para recorrer aquellos escarpados senderos, se convirtió para él en compañero indispensable de viaje.

Montado en su reluciente lomo, después de bordear los bosques primitivos situados al sur del río Tsangpo, Cinco Prohibiciones remontó el curso superior del río Amarillo Huang He, rodeó el gran lago de Kokonor y atravesó después la «llanura del Norte», inmensa extensión pedregosa constelada de lagos salados y de campos de hierbas grasas que hacían las delicias de los rebaños de yaks.

Desde allí, para llegar al valle del Yarlung, había que seguir subiendo y bajando innumerables desfiladeros hasta llegar a aquel famoso y último paso desde donde descubría, maravillado, todo el esplendor de los tejados de oro del convento de Samyé, cuyo pináculo estaba adornado con la gigantesca Rueda dorada del Dharma, que simbolizaba la enseñanza del Buda.

Sostenida por dos ciervas colocadas frente a frente, se levantaba en el punto central de la arista del tejado del edificio principal.

Sus ocho rayos representaban las Vías del Noble Sendero: la vista y el pensamientos justos; la palabra y el esfuerzo justos; el alimento y la atención justos; la absorción y la acción justas. En cuanto a las ciervas que bloqueaban la Noble Rueda como si quisieran impedirle que girase, servían para recordar a los creyentes y a los visitantes del monasterio el parque de las Gacelas, no lejos de Benarés, donde el Bienaventurado había predicado sus primeras enseñanzas sobre el tema de las Cuatro Nobles Verdades: la

del Sufrimiento, la de sus causas, la de la forma de hacerlo cesar y, finalmente, la del Despertar.

El esplendor de Samyé, el más sagrado de todos los monasterios budistas del país de Bod, revelaba el inmenso fervor suscitado por la doctrina del Buda en un país cuya religión original era el Bon, llamada también «religión de los hombres», en oposición al budismo, al que se daba el nombre de «religión de los dioses». Este culto primitivo próximo al chamanismo estaba muy alejado de los preceptos de compasión, tolerancia y penitencia tal como los predicaba el budismo.

Según los adeptos del Bon, los bonpo, el mundo fue creado a partir del Huevo Primordial, cuya cáscara dio nacimiento a la Roca blanca de los «dioses de arriba», mientras que la clara se había transformado en Lago blanco de la concha femenina y de la yema habían surgido los dieciocho huevos que eran el origen de la creación de todos los seres.

Así pues, el panteón religioso tibetano primitivo estaba poblado por dioses extraños que frecuentaban la naturaleza y el suelo del país.

Los había con cabeza de buey, de cabra montés o de cordero y los había más aterradores incluso, como los de cabeza de demonio cornudo por cuya boca se escapaban llamas.

La comunicación con estos múltiples dioses sólo podía hacerse entrando en trance, a través de danzas que a veces se prolongaban dos días seguidos y que arrastraban hasta el borde de la locura, o cuando menos del agotamiento, a los fieles, los cuales se embadurnaban los labios con sangre de los animales sacrificados.

De aquellas muestras de salvajismo de las que no estaban excluidos los sacrificios humanos, el budismo tántrico, procedente de la India, que por otra parte no escatimaba la sangre, los éxtasis y menos aún los estados de trance, fue aboliendo la práctica poco a poco.

Aquel budismo, que bebía en las costumbres de las religiones indias primitivas, se basaba en la unión indisociable entre la divinidad y el oficiante, que éste se esforzaba en conseguir practicando los tres grandes rituales relativos al Agua, al Fuego y al Espíritu.

Aplicado a la religión budista, el *tantrismo* dio lugar a una mezcla originalísima cuyo segundo plano doctrinal figuraba en el célebre *Sutra del*

Loto, que los grandes monasterios del Tíbet conservaban como un preciado tesoro.

Considerado al principio por el Gran Vehículo como una secta habitada por adeptos desviados —e incluso sacrílegos—, el budismo tántrico encontró en la religión primitiva tibetana el aliado inesperado que le permitió, unos siglos más tarde, en aquella parte del mundo, convertirse en el compañero privilegiado del Mahâyâna.

Pero Cinco Prohibiciones, que no ignoraba, por haberlo oído de boca de Pureza del Vacío, que Samyé era uno de los santuarios más grandes de esta forma tibetana del budismo, sabía también que su Superior no lo había enviado allí para rezar sino para apoderarse de un manuscrito precioso.

Valía más, por tanto, llegar de incógnito a un lugar donde no lo aguardarían precisamente con los brazos abiertos.

Y decidió también que se cargaría de paciencia hasta el día siguiente por la mañana.

Y ya allí, se mezclaría con la inmensa turba de fieles que a buen seguro se agolparían en la puerta de entrada cargados de todo tipo de ofrendas: frutas, leche cuajada, flores de loto, bastoncillos de incienso o, los más ricos, telas preciosas o incluso dinero contante y sonante, ya que para poder asistir al culto y recibir la bendición de los monjes era indispensable, en cualquier monasterio, hacer un regalo destinado a asegurar la subsistencia de la comunidad.

Decidió, con todo, que se encargaría de localizar los sitios, a fin de que, el día siguiente, tuviera que perder el menor tiempo posible.

Ya a unos pocos metros del recinto, el joven monje de Luoyang saltó del caballo a fin de acercarse discretamente a pie.

Tras atar a Derecho Delante al tronco espinoso de un árbol, emprendió con grandes precauciones el camino que bajaba hasta lo que a primera vista parecía un porche de entrada.

Flanqueado por un recuadro plagado por toda una constelación de monstruos de piedra y aterradoras figuras cuyos cuerpos y rabos, entrelazados, formaban enmarañados follajes, se abría un imponente portón. Sus dos batientes claveteados estaban adornados de máscaras de demonios

de ojos malévolos y boca desbordante de dientes tan acerados que nadie habría osado acercarles la mano por miedo a recibir un mordisco.

Cinco Prohibiciones no tenía más que extender el brazo para poder tocar una de las planchas y comprobar con alivio que lo que veía no era un sueño y que por fin había alcanzado su objetivo cuando advirtió, estupefacto, que la imponente puerta cubierta de demonios asesinos estaba entreabierta.

La había rozado apenas con la yema de los dedos cuando una voz que parecía venir de ultratumba le produjo un sobresalto.

—¡Bienvenido a Samyé! ¿Cómo te llamas?

Amparada en la penumbra, detrás mismo de la puerta, una boca invisible le había hablado. El joven monje sintió que la sangre se le helaba en las venas. Tras asegurarse de que la voz no había salido de una de las máscaras de bronce, advirtió de repente detrás de la puerta, al abrigo de una columna que ocultaba su rostro, la silueta de un hombre recortada a contraluz.

A juzgar por la sombra que se proyectaba a sus pies, el desconocido llevaba la cabeza cubierta con un sombrero *horpa* de ala ancha parecido a los que llevaban ciertos pastores con los que se había topado de camino.

Aquella extraña aparición le hizo pensar en ciertos demonios más o menos cómicos que merodeaban por el país de Bod acerca de los cuales algunos novicios llegados de tierras sino-tibetanas le habían hablado en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales en momentos de confianza.

De prestar crédito a sus palabras, aquel país tan lejano y misterioso era un territorio aislado y a merced del salvajismo, algunos de cuyos habitantes todavía hacían sacrificios humanos y, por ello, una región frecuentada por todo tipo de espectros por la que no convenía moverse sin la protección del Buda.

En aquel entonces no había prestado atención a aquellas sandeces, pero ahora que se enfrentaba a lo que tenía todos los visos de ser una aparición nefasta, se acordó de las palabras de aquellos novicios que habían recorrido los caminos del Techo del Mundo: en el corazón de aquellos valles inaccesibles y de aquellas montañas tan altas cuyas cumbres apenas se vislumbraban no se dudaba en sacrificar a los viejos inútiles; cubrir de oro,

para complacer a los dioses, los rostros de los muertos; enterrar a los reyes junto con cinco o seis amigos suyos dándoles el nombre de «destinos comunes», aunque sin pedirles autorización, ya que por algo habían prestado juramento al rey «de vida y muerte»…

Cinco Prohibiciones, que había viajado hasta allí sin el menor temor, sintió crecer el miedo y se dijo que habría debido sospechar que el país de Bod no era un refugio para corazones tiernos.

¿Cómo había sido capaz, sabiendo todo esto, de acercarse tanto, sin protección alguna, a aquel maldito porche de entrada?

Pero no tuvo tiempo de seguir haciéndose preguntas, ya que la silueta acababa de abandonar la sombra para avanzar hacia él.

Al ver que se quitaba lentamente el sombrero y dejaba al descubierto el cráneo rapado de un monje, Cinco Prohibiciones exhaló un gran suspiro de alivio.

¡No era ningún demonio!

—¡Bienvenido! ¿Cómo te llamas?

El desconocido repitió la pregunta. Su voz era dulce y el tono más bien agradable.

—¡Soy el Tripitaka Cinco Prohibiciones! —respondió el joven monje sin reflexionar antes de darse tiempo a arrepentirse por haber revelado tan alegremente su identidad a un desconocido simplemente porque no era un diablo ni un espectro, ni siquiera una de aquellas divinidades guerreras que se escondían en los montones de piedras blancas que los tibetanos levantaban en los pasos entre montañas conocidos con el nombre de *btsan-mkhar*, «castillos de los guerreros»…

Cinco Prohibiciones incluso había utilizado el término Tripitaka o «Triple Cesta» con el que se designaban a sí mismos de buen grado los monjes del Gran Vehículo cuando encontraban a adeptos de otras corrientes budistas.

Lamentaba haber hablado con tanta precipitación.

Al tiempo que maldecía su irreflexiva insensatez, no le pasó por alto que el desconocido había tenido la habilidad de hablarle en chino, lo que había contribuido a que lo cogiera desprevenido.

¿En qué trampa acababa de caer? ¿No se habría alegrado con precipitación excesiva? La inquietud sustituyó a la sensación de alivio que acababa de sentir.

—¿De qué convento vienes? Apuesto a que has salido de un gran monasterio chino, uno de ésos en los que predican a millares de monjes la doctrina del Gran Vehículo… Chang An o tal vez Luoyang… —dijo el monje, que indicó con una sonrisa el relicario pectoral que los monjes del Mahâyâna tenían la costumbre de llevar.

Al bajar los ojos, Cinco Prohibiciones advirtió que el minúsculo amuleto de plata que representaba a un *bodhisattva* sentado, sumido en meditación, se le había deslizado fuera de la camisa y le colgaba sobre el pecho suspendido de una fina cadenita.

El joven monje hizo una mueca.

Frente a un individuo tan perspicaz como aquél, apoderarse subrepticiamente del *sutra* de Pureza del Vacío no iba a ser tarea fácil.

Volvió a observar al desconocido y vio que tenía en la mano un objeto de bronce de forma extraña parecido a las garras entrelazadas de un águila.

—No tengas miedo. Es mi *vajra-dorje* o, si lo prefieres, mi rayo-diamante. Aquí lo llamamos «señor de las piedras» porque simboliza la indestructibilidad y la iluminación. Si lo aprietas con fuerza, te ayuda a entrar en meditación…

Y seguidamente el desconocido dio media vuelta y volvió provisto de un hachón.

—¡No tengo miedo! Si he entendido bien, eres un religioso como yo… —farfulló Cinco Prohibiciones, que en aquel momento tenía la vista clavada en el rosario mala del desconocido, cada una de cuyas cuentas de cristal tenía grabada una calavera.

—Has dado en el clavo. Me llamo sTod Gling y soy lama. Parece que tienes miedo.

—Lo que pasa es que… esos objetos no son precisamente atractivos —dijo Cinco Prohibiciones, algo cohibido, señalando el rayo-diamante y el rosario.

No habría servido para otra cosa que para ofenderlo decir al lama que casi lo había tomado por un demonio.

—No te sorprendas. Por muy aterradores que te parezcan a primera vista nuestros objetos rituales, nuestros cultos son pacíficos. Cuando veas nuestras cuchillas rituales *kartrikâ*, utilizadas para machacar las *lingas* de los malos espíritus, no las temas tampoco. Ni tampoco el tridente ritual *trisûla* ni la espada ritual *khadga*…

—¿No se trata, aun así, de objetos muy cortantes y punzantes? —objetó el ayudante de Pureza del Vacío, cada vez más intranquilo.

—Las armas de nuestro culto son simbólicas. Sirven para cortar el mal y triturar a los malos espíritus. Que yo sepa, no eres ni una cosa ni otra. De todos modos, todavía no me has dicho de qué monasterio venías.

—Has pronunciado el nombre de la ciudad de Luoyang y has dado en el clavo —farfulló Cinco Prohibiciones.

—¡Aseguraría incluso que se trata del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales! —añadió en tono satisfecho el monje de cabeza rapada cuyo rostro por fin acababa de aparecer iluminado por la luz de la luna.

Cinco Prohibiciones tuvo un sobresalto. ¿Cómo era posible que aquel monje poseedor de tan terribles instrumentos pudiera saber tantísimas cosas?

Trató de mostrar aplomo mirándolo desde arriba, puesto que era mucho más alto que él.

De hecho, el monje no tenía tan mala catadura como eso. Su mirada era inteligente y dulce y tenía un no sé qué de cordial.

—¿Cómo es posible que adivines tantas cosas? —se arriesgó a decir Cinco Prohibiciones, incapaz de llevarle la contraria en nada.

—Tengo intuición, eso es todo.

Después de haberle dado una respuesta tan lacónica como aquélla, el monje hizo ademán a Cinco Prohibiciones para que entrara en el inmenso patio al que daba acceso el porche de entrada.

Estaba rodeado de muros de ladrillos sobre los que se levantaban imponentes bajorrelieves de bronce que representaban los Ocho Símbolos de Buen Augurio: la concha dextrógira que simbolizaba el sonido del *dharma*; el pendón de la victoria del *dharma* sobre las fuerzas del mal; el parasol destinado a proteger a los seres; los peces de oro, que testimoniaban

la ausencia de miedo a ahogarse en el océano del sufrimiento; la rueda de oro de la enseñanza del Buda; el nudo sin fin, símbolo de la unión entre la sabiduría y la compasión; el loto, que evocaba la liberación del cuerpo y del espíritu y, finalmente, el jarrón de los tesoros, lleno de lo bueno y lo bello.

—¡Incluso sé cuál es el objetivo de tu visita! Soy el ayudante de nuestro Venerado Superior Ramahe sGampo —añadió poniendo una mano en el hombro derecho de Cinco Prohibiciones para indicarle qué dirección debía seguir.

El enviado de Pureza del Vacío, estupefacto, tuvo la impresión de que la gravilla crujiente del patio iba a desaparecer bajo sus pies y que los Símbolos de Buen Augurio cuyas ocho formas ahora se le antojaron máscaras se mofaban de él a su paso.

¿Cómo era posible que aquel diablo de lama, cuyo nombre era, para colmo, imposible de pronunciar, estuviese al corriente del motivo de su presencia en Samyé?

¿De qué había servido llegar de incógnito al monasterio si lo recibían como si lo estuviesen esperando y no parecía sino que alguien lo hubiese denunciado?

Cada vez más aturullado, Cinco Prohibiciones se perdía en conjeturas.

¿Quién podía haber puesto a aquel monje tibetano al corriente de su viaje al país de Bod?

¡Menos mal que el religioso lo había recibido en el porche del monasterio con aquella mirada compasiva que había contribuido a tranquilizarlo!

Pero a lo mejor fingía bondad para mejor embaucarlo después…

También podía ser la reencarnación de un ser malévolo…

¿A qué trampa lo habían empujado? ¿Le habría revelado realmente Pureza del Vacío todo lo relativo a su misión y, especialmente, a su contexto? ¿No estaba convirtiéndose todo aquello en una especie de locura? El joven monje, entretanto, no imaginaba ni por asomo que su Venerable Superior lo hubiese embarcado en lo que estaba adquiriendo toda la apariencia de una celada y menos aún que hubiese advertido al Superior de Samyé de su llegada. Habría sido contrario al objeto mismo de la misión que le había confiado.

El pobre Cinco Prohibiciones, cada vez más perdido en un mar de dudas, miraba ahora con terror el afilado puñal que pendía del cinto del lama. La empuñadura del mismo estaba coronada por tres rostros de monstruos…

El joven monje ignoraba que todo lama llevaba su daga ritual *phurbu*, destinada a apuñalar a los espíritus maléficos que impedían al adepto alcanzar el Despertar y que estaban representados por los *lingas*, esas marionetas confeccionadas con materiales efímeros cuya destrucción equivalía a la redención y purificación de los «seres domesticados»…

Después de hacerle franquear, en el extremo del patio, una inmensa puerta flanqueada por unos dragones esculpidos cuyas fauces sostenían, asidos por unos aros de cobre, unos molinos de oraciones, el lama sTod Gling lo condujo a través de un dédalo de angostos pasillos con las paredes ennegrecidas por el humo de los cirios e impregnadas del mareante olor del incienso y de otro, indefinible, a cerrado.

Hasta el joven monje llegaba el murmullo amortiguado de las salmodias de *sutras* que penetraban en sus oídos desde las salas de oración pese al enorme grosor de los muros. De cuando en cuando el gong de un tambor puntuaba la oleada de fórmulas sacramentales de las que Cinco Prohibiciones no comprendía absolutamente nada, ya que eran pronunciadas por voces bajas y cavernosas que parecían proceder de ultratumba y que lo hacían estremecer como si fuera un niño al que alguien empuja hacia la oscuridad.

El ayudante de Pureza del Vacío no las tenía todas consigo cuando el lama, al llegar al extremo de un estrecho corredor, tiró de una cortinita de algodón fruncido impregnada de grasa de un color indefinible.

Detrás de la misma había un cuarto minúsculo ocupado por entero por un lecho sencillo.

Cinco Prohibiciones no pudo abstenerse de sentir un acceso de náuseas al ver el tambor arenero *damaru*, confeccionado con dos mitades de cráneos humanos unidos por el exterior y recubiertos de piel tensa que dominaban el centro de la mesita colocada en la cabecera de la cama. Los *damaru* más preciados eran los construidos con la mitad del cráneo de un muchacho y la otra mitad del de una joven. La unión de las dos mitades, una de varón y

otra de hembra, simbolizaba la perfección de esos objetos utilizados en el curso de rituales secretos utilizados para acompañar el rezo de textos del *chô*, técnica de meditación de origen indio llamada del «corte» y que tenía como objetivo cortar la adhesión al «yo».

—¡Hete aquí un sitio dónde podrás dormir! —soltó el lama dándole una manta.

Antes de que Cinco Prohibiciones hubiese tenido tiempo de interrogar al lama sTod Gling con respecto a aquel objeto aterrador, ya se había esfumado detrás de la cortina de seda.

Ahora pues, el joven monje volvía a estar solo en una celda del monasterio de Samyé.

De pronto se acordó de Derecho Delante y de que lo había dejado atado a un árbol de espino.

¿Qué sería del semental estrella del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales?

¡Había sido una verdadera locura dejarlo abandonado de aquel modo en plena noche!

Desde que había tomado la estúpida decisión de acudir al monasterio para practicar un reconocimiento, Cinco Prohibiciones no hacía más que acumular meteduras de pata y torpezas. No sólo había caído en la trampa que le había tendido el lama, quien le había sonsacado hábilmente su identidad, sino que había dejado olvidado el caballo a la intemperie cuando hacía un frío tan intenso que helaba las piedras.

¿Saldría y se ocuparía de poner al animal en lugar abrigado? ¡No, ni pensarlo! Tres veces como mínimo el lama había cerrado a doble llave las puertas que habían encontrado en aquel recorrido que le había obligado a seguir desde el porche hasta aquella celda.

Ahora se daba cuenta de que había caído en la trampa y se sentía furioso consigo mismo por haber revelado tantas cosas a aquel sTod Gling y haber eliminado, por tanto, cualquier posibilidad de conseguir sus propósitos…

¿Qué explicación daría a Pureza del Vacío, quien no podría hacer otra cosa que morderse las uñas al comprobar que había confiado en un estúpido como él, cuando compareciese ante su presencia y se viese obligado tal vez a anunciarle con toda franqueza que había perdido a Derecho Delante?

Sentía su espíritu recorrido por los más negros pensamientos. Estaba tan abatido y su fatiga era tan inmensa que acabó por echarse en el jergón y sumirse en un sueño profundo aunque agitado por sueños deprimentes de los que salía reencarnado en una libélula que una culebra verde se disponía a tragar con presteza tras haberla hipnotizado.

Posado en una hoja de nenúfar, Cinco Prohibiciones trataba en vano de emprender el vuelo para escapar al reptil cuando algo que se posó en su hombro lo arrancó brutalmente del sueño.

No se trataba de una culebra sino de la mano del lama sTod Gling, cuyos ojos lo contemplaban con dulzura.

—¡He tenido una pesadilla espantosa! Yo era una libélula a punto de ser devorada por una serpiente —farfulló el joven monje incorporándose.

Miró a través de la angosta ventana. Era noche cerrada.

—¡Es evidente! Estás bañado en sudor. Ahora tienes que levantarte. Has dormido cerca de tres horas. ¡Ya basta! —dijo el lama.

—¿Tan temprano empiezan aquí los cultos?

—No es a los cultos donde voy a llevarte. Tú y yo tenemos que hablar tranquilamente… —respondió el monje tibetano con aire de misterio.

A Cinco Prohibiciones no le llegaba la ropa al cuerpo.

Tenía la sensación de que su ánimo, por lo general tranquilo, comenzaba a zozobrar.

Ahora ya no le quedaba más que esperar lo peor. Incluso, ¿por qué no?, ver aparecer a los guardianes de las Cuatro Direcciones, llamados también los Cuatro Dioses-Reyes Lokapala. Apostados en las esquinas del monte Meru y armados hasta los dientes, cada uno con su atributo especial, los había reconocido varias veces en las pinturas de los pasadizos y galerías que había atravesado. Estaba plenamente seguro de que, dadas las circunstancias, no dudarían en abandonar las mismas y en abalanzarse sobre él antes de arrojarlo en un calabozo donde lo someterían a tortura para hacerlo hablar…

—Vayamos a un sitio donde nadie pueda oírnos. Tengo que hacerte una proposición —añadió el lama sTod Gling indicándole que le siguiese.

Después de recorrer un nuevo dédalo de pasadizos, subido y bajado tramos de escaleras, estrechas unas y más anchas otras, atravesado un gran

patio cubierto de gravilla y otro a continuación de tierra batida, fueron a parar a una sala de oración decorada con tal suntuosidad que Cinco Prohibiciones no pudo por menos de proferir un suspiro de admiración tan pronto como la hubo iluminado el lama al encender un gran candil de bronce.

En el fondo de aquella sala alfombrada de cojines de seda bordados con hilos de oro y plata y dispuestos para orar, vio un trono monumental instalado en una inmensa tarima semejante al escenario de un teatro.

Estaba parcialmente recubierto de brocado de seda ornado con el doble «diamante» o *vajra*, símbolo de indestructibilidad, sobre el cual se había bordado la cruz esvástica, símbolo de eternidad.

En la madera oscura del respaldo, que surgía de los pliegues de brocado como surge del suelo un vigoroso tronco de árbol, estaban esculpidas las seis *paramitas* o cualidades trascendentes que los fieles debían esforzarse en adquirir y practicar. Estaban representadas bajo la forma de los animales que las simbolizaban: el pájaro mítico Garuda, la generosidad (*hana*); el genio de las aguas Naga, la ética (*sila*); el monstruo acuático Nakara, la paciencia (*ksanti*); el enano gnomo, el esfuerzo (*virya*); el león, el conocimiento (*prajna*); el elefante, la meditación (*dhyâna*).

—¿Quién se sienta en esta silla? —preguntó Cinco Prohibiciones, deslumbrado ante tanta riqueza.

—Como uno de los tres jefes supremos de la Santa Iglesia budista tibetana, nuestro Venerado Superior Ramahe sGampo es el único que tiene derecho a ocupar ese trono.

Cinco Prohibiciones abrió mucho los ojos.

La gran sala de oración del convento de Samyé estaba decorada con mucha mayor riqueza que aquéllas en las que él recitaba sus *sutras* en Luoyang.

—Pero yo no te he traído aquí para que tus ojos se llenen de oro…

La voz del lama se hizo de pronto más grave, casi acuciante.

—En realidad, quiero proponerte un trato —dijo a Cinco Prohibiciones tendiéndole la mano abierta.

El joven monje vio en la palma de la mano del lama una llavecita de bronce que la llama de la lámpara de aceite que sostenía en la otra mano

hacía relucir con vivos reflejos.

En el extremo del tubo de la llave distinguió una cabeza de demonio, la misma que había llenado de pavor a la monjita Manakunda.

—Es la llave de la reserva de libros de este monasterio. El *Sutra de la Lógica* de la Vacuidad Pura está colocado sobre la primera mesa, muy cerca de la puerta de entrada.

Cinco Prohibiciones se quedó mudo.

—Pero ¿qué he hecho yo para que me abras de ese modo el camino? —tartamudeó dirigiéndose al lama y sintiendo un nudo en la garganta.

—Sospecho que Pureza del Vacío te ha enviado aquí para recuperarlo —respondió, lacónico.

Cinco Prohibiciones, que iba quedándose lívido por momentos, hubo de preguntarse cómo podía leer sTod Gling con tanta facilidad en el corazón de los hombres.

El lama le hizo un gesto para indicarle que se acercara.

—Podrás cogerlo. Sólo que voy a pedirte una cosa como contrapartida.

—¿Qué?

—Llevarás un paquete que voy a confiarte.

—¿Qué contiene el paquete?

—Su contenido es tan precioso como el *sutra* redactado por tu maestro… —concluyó con aire de misterio el lama, el rostro pegado a la oreja del joven monje como si acabara de hacerle partícipe del más inconfesable y terrible de los secretos.

Ahora le tocaba al lama sTod Gling revelar a su interlocutor que acababa de surgir en él una sensación de angustia. De sobra se notaba, sin embargo, que era así a juzgar por la precipitación con la que había hecho esta proposición a Cinco Prohibiciones y por la forma brusca y rápida con que se la había expuesto, como si el esfuerzo para proponerle aquel trato fuera infinito pero no tuviera más remedio que proceder de aquel modo.

—¿De qué clase de paquete preciado se trata? Espero que lo que me propones no sea nada prohibido… —murmuró Cinco Prohibiciones con voz temblorosa.

—Esto es algo que no puedo decirte. Podrás abrirlo así que salgas de aquí. No encierra nada peligroso.

—¡Necesito detalles! —gimió el joven monje.

—No insistas porque es inútil. Lo tomas o lo dejas. Tienes que decidirte ahora mismo. Si te niegas, volverás a Luoyang con las manos vacías.

El tono del lama era decidido. La dureza de su expresión revelaba su inquebrantable resolución.

Cinco Prohibiciones, sin añadir palabra, tomó, pues, la llave de bronce de la mano de sTod Gling.

—Estaba seguro de que aceptarías. Créeme, Cinco Prohibiciones, no haces mal negocio. Por una parte, cumplirás con tu misión en condiciones irreprochables. Por otra, al hacerme este favor, harás un acto positivo que no dejará de mejorar el balance de tus *karma*s…

Así que llegaron al pesado portón atrancado con candado que guardaba la reserva de libros y tan pronto como Cinco Prohibiciones lo hubo abierto sin esfuerzo alguno con la llave de la cabeza de demonio, el lama le preguntó:

—Me gustaría saber qué habrías hecho para penetrar aquí si yo no te hubiese facilitado la llave: ese lugar es tan hermético como una cámara acorazada.

El joven monje, que ya estaba empezando a recuperar el ánimo, le respondió con la misma moneda:

—¡Deja que me guarde mis secretos!

La respuesta de Cinco Prohibiciones se le había escapado. En realidad, era casi una mentira.

La verdad es que no tenía ni la menor idea de cómo se habría apoderado del *sutra* de Pureza del Vacío sin la llave del lama.

Se prometió que, así que pudiera, haría aquella observación a su maestro de *Dhyâna*.

¡Sus razones tenían que ser muy imperiosas para encargarle tan inopinadamente una misión tan delicada como aquélla! A menos que considerase que Cinco Prohibiciones estaba dotado de las cualidades intelectuales y físicas necesarias para introducirse en una reserva cerrada con dos vueltas de llave y de apoderarse después de uno de los libros más preciosos sin saber *a priori* dónde se encontraba entre los millares de rollos

que estaban allí encerrados y, finalmente, ser capaz de abandonar el monasterio de la misma manera subrepticia utilizada para entrar en él.

—¡Está allí, sobre la mesa! ¡Cógelo! —dijo el lama indicándole un estuche de bambú lacado.

Cinco Prohibiciones quiso abrir el estuche para comprobar que estaba forrado de seda roja. Así que hubo desplegado unas pulgadas del rollo y se hubo asegurado de que se trataba en efecto de la obra de su Venerable Superior, no pudo reprimir un suspiro de alivio.

No volvería a Luoyang con las manos vacías y Pureza del Vacío se sentiría orgulloso de su ayudante.

—¡Sígueme! Ahora que ya tienes el *sutra*, no me queda más que confiarte el famoso paquete del que te he hablado. Como verás, no es pesado…

—¡Ni siquiera eso! —bromeó el monje.

—Sí, de momento… —añadió misteriosamente el lama.

Desapareció unos momentos y volvió con una cesta cubierta con un paño que ostentaba la enseña del monasterio.

Así que tendió la cesta a Cinco Prohibiciones éste se apoderó de ella como quien ya no teme nada.

Aquella cesta de mimbre, parecida a las que se utilizan para guardar comida y se cuelgan de una viga para su mejor conservación, en realidad pesaba poco.

¿Qué debía de contener?

El joven monje miró de nuevo al lama.

En sus ojos oscuros de asceta, hundidos en lo profundo de las órbitas, no veía ya rastro de angustia ni la menor sombra de impaciencia, ni siquiera disimuladas, sino solamente aquella dulzura y aquella compasión que pocas horas antes, cuando el lama lo recibió en la entrada del monasterio, lo habían impresionado tanto.

Recordó entonces aquella frase que el maestro Pureza del Vacío gustaba de repetir a sus jóvenes novicios.

Era un resumen en pocas palabras que el gran maestro de *Dhyâna* ponía de manifiesto en el texto que figuraba escrito en aquel rollo que ahora Cinco Prohibiciones estrechaba contra su corazón:

Imaginad la compasión y la ternura con que el Bienaventurado Buda contemplaba a los seres humanos y haced después lo mismo que él. ¡Entonces os convertiréis un día en Buda!

Cinco Prohibiciones estaba ahora plenamente seguro: el lama sTod Gling era un hombre de bien a carta cabal y, si lo había dejado salir de la reserva de libros con el precioso *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura*, era signo evidente de la importancia que tenía el favor que le había pedido como contrapartida.

El joven monje, que tenía en la mano izquierda la caja oblonga que contenía el estuche sagrado y, en la otra, una cesta cubierta con un paño que se había guardado muy bien de levantar, se sentía investido de una importante misión, pese a estar muy lejos de imaginar hasta dónde podría llevarle…

En el momento preciso en que se disponía a franquear el porche del monasterio, el lama le hizo signo de que esperara.

Para enorme sorpresa de Cinco Prohibiciones, volvió llevando, sujeto con una traílla, un enorme perro amarillo de las dimensiones de un becerro a través de cuyas fauces abiertas dejaba ver unos impresionantes colmillos.

—¿Crees que necesitaré este animal? —le preguntó Cinco Prohibiciones fuertemente sorprendido.

—Es una perra guardiana. Lapika está adiestrada para guardar rebaños de yaks. No se arredra ante nada. No teme al lobo ni al oso ni al leopardo de las nieves.

—Pero no…

—Créeme, te será útil. ¿No es verdad, Lapika mía? —dijo el lama sTod Gling a la perra, que no paraba de menear el rabo, mientras la acariciaba.

—¡Muchas gracias! ¡Te lo agradezco infinitamente, lama compasivo! Con Lapika, mi viaje de regreso va a ser mucho más fácil. ¡Qué Buda, el Bienaventurado, te bendiga!

Pero al mismo tiempo, mientras se deshacía en palabras de agradecimiento y de saludo, acompañadas de numerosas reverencias, el discípulo de Pureza del Vacío se preguntó por qué le habría confiado el lama, junto con la cesta de provisiones, aquella enorme perra de amarilla pelambrera.

Para viajar hasta Samyé no le había faltado nada.

¿Acaso la naturaleza, incluso en aquellas alturas, no era una verdadera despensa, sobre todo para un budista frugal como él, acostumbrado a alimentarse de raíces?

¿Por qué iba a ser diferente del camino de ida el de regreso? ¿Habría más osos, más leopardos de las nieves y más lobos de Samyé a Luoyang que de Luoyang a Samyé?

—¡Que Buda haga lo propio contigo! ¡Tendrás necesidad de su Luz protectora! Pero tengo confianza. ¡Estoy seguro de que arribarás a buen puerto! —murmuró sTod Gling con la voz tan baja que a duras penas Cinco Prohibiciones oyó sus palabras.

Justo cuando el lama sTod Gling cerró detrás de él la pesada puerta del monasterio, Cinco Prohibiciones no sospechaba en qué punto de su viaje le esperaban las sorpresas, agradables unas y desagradables otras…

¡No había llegado al final de sus penas!

VII

OASIS DE TURFAN, RUTA DE LA SEDA

¡Oh, Bienaventurados Hijos de la Derecha, levantaos para dar las gracias al Santísimo Profeta Mani!

Ante aquellas palabras, la orquesta de arpas, laúdes, cítaras y flautas dejó bruscamente de sonar.

En medio del crucero, delante de la mesa de los Benditos, una especie de altar de mármol ovalado sobre el que estaban dispuestos varios platos rebosantes de tortas de trigo, vasitos y vino de uva, Cargamento de Quietud, en calidad de jefe de la Iglesia maniquea de Turfan, acababa de invitar a los fieles a agruparse alrededor de un enorme cirio encendido por uno de sus sirvientes llamado Punta de Luz.

Aquella piadosa asistencia, donde todos revestían una túnica blanca inmaculada, se disponía a celebrar el sacramento del banquete ritual reservado a los Elegidos.

Como ellos no eran más que Oyentes y éstos no estaban autorizados a asistir al Banquete Divino de los Elegidos, Cargamento de Quietud despidió a los tres hombres que habían dejado las fuentes cargadas de ofrendas al pie del altar.

Los huevos, las legumbres, las naranjas y los dátiles que habían traído representaban como mínimo un mes y medio de privaciones de las familias que habían hecho las ofrendas. Pero no por haber hecho aquellos regalos serían admitidas en el sanctasanctórum, allí donde tenía lugar la

quintaesencia de la ceremonia que Cargamento de Quietud se disponía a celebrar.

Puesto que, en la Iglesia maniquea, los únicos que tenían verdadero derecho de ciudadanía eran los individuos consagrados. Y éstos estaban divididos en dos categorías.

En lo alto de la pirámide estaban los Elegidos, que también se llamaban los Santos. Más abajo de los Elegidos estaban los Oyentes, entre ellos el joven Punta de Luz, que eran en cierto modo sus ayudantes y, llegado el momento, tenían vocación de entrar a su vez en el reducido círculo de los Elegidos.

Vestidos siempre de blanco y distanciados del mundo, estos últimos aceptaban consagrar su vida a aquella religión extraña fundada por el babilonio Mani alrededor del año 250 de la era cristiana.

Debido a su condición, los Elegidos debían aplicar la regla de los Tres Sellos: el Sello de la boca, absteniéndose de consumir carne, sangre o vino, así como cualquier otra bebida fermentada aparte de la utilizada en las ceremonias; el Sello de la mano, evitando cualquier acto capaz de ofender la «Cruz de Luz» de la Iglesia; y finalmente, la Cruz del seno, vetándose toda relación sexual y, más particularmente, excluyendo toda veleidad de procreación con una mujer.

En el seno de la Iglesia de Luz, ya que así se llamaba la Iglesia maniquea, había varios grados de Elegidos.

En los tres grados más altos se reunían los miembros del clero: sacerdotes, obispos y maestros, cuyo jefe supremo, el «Maestro de los maestros», de quien dependían los demás, tenía su sede en Babilonia, la ciudad donde vivió el profeta Mani.

Ya que Mani, al igual que Cristo, después de pasar la vida predicando y haciendo múltiples revelaciones a sus discípulos, murió en medio de atroces sufrimientos.

Recibió la gracia de la revelación cuando tenía cuatro años en un templo de Ctesifonte y había conseguido que su joven religión fuese predicada libremente en el Imperio iraní.

Pero las autoridades civiles, ante el éxito de sus sermones y el fervor religioso de las multitudes que seguían sus huellas, decidieron que había

que parar los pies a aquel profeta culpable e impedirle hacer aquellos discursos de día en día más sediciosos, por lo que lo condenaron a muerte después de un simulacro de proceso. Mani tenía entonces sesenta años y su religión ya se extendía por todo el Imperio parto.

La Pasión de aquél a quien también llamaban «el Iluminador» duró veintiséis días en la cárcel donde fue encerrado, cargado de cadenas, antes de morir de agotamiento. Fue decapitado después y su pobre cuerpo mutilado fue expuesto en la puerta de la ciudad de Bêlapat, en Susiana. Los fieles, movidos a piedad, recogieron lo que quedaba de aquel primer mártir de su propia religión.

Mani, pues, se había convertido, a ojos de sus adeptos, en el verdadero Sello de los Profetas, el que gozaba del insigne honor de cerrar la lista en la que podían encontrarse, por orden cronológico, personajes tan importantes como Adán, Zoroastro, Buda y Jesús.

Dentro de la jerarquía de los practicantes de aquella religión que, no sin dar muestras de generosidad, no dudaba en englobar todas las demás pero considerando que sólo ella era poseedora de la Verdad íntegra, el título más buscado era el de Perfecto, es decir, miembro de la comunidad de los seres regenerados, separados del mundo terrenal. Todos los que no tenían el rango de Perfectos se bautizaban como Débiles.

El maniqueísmo reposaba en el principio de la dualidad del Bien y del Mal, de la Luz y de la Noche, de la región del Norte (el Bien) y de la región del Sur (el Mal).

El Mal se materializaba en la existencia terrena, donde todas las desgracias de los hombres procedían del terrible «Príncipe de las Tinieblas». Cuando el alma humana se separaba de Dios para caer en la Tierra, estaba ineluctablemente ligada al Mal. Sólo existía Dios, el «Salvador-Salvado», para encaminarla por la vía del Bien. Y para encontrar a Dios, los hombres debían recibir su Luz Original tal como se le había revelado al profeta antes de consignar sus certidumbres en un Canon eclesiástico que reagrupaba siete libros, los más célebres de los cuales eran *El Libro de los Gigantes* y *Las Epístolas de Mani*.

Ese día, cuando se disponía a partir el pan y a repartir el vino entre los Elegidos, Cargamento de Quietud tenía dificultades para fijar su atención en

la bandejita de tortas de trigo así como en el suntuoso cáliz ornado de pedrería que acababa de traerle el joven Oyente Punta de Luz, expresamente autorizado en aquella circunstancia a asistir a la ceremonia.

Su semblante todavía era más sombrío cuando comenzó a escanciar el vino color rubí en los cubiletes dispuestos sobre el altar, antes de bendecirlos y de invitar a los demás Elegidos a congregarse a su alrededor y llevárselos a los labios.

El Maestro Perfecto estaba inquieto e incluso bastante molesto a consecuencia de las noticias recibidas antes precisamente de aquel oficio que, de pronto, le daba por celebrar de manera maquinal si bien procurando no aparentarlo.

Era realmente un terrible golpe de suerte, pensó en el mismo momento en que ofrecía al auditorio el relicario de marfil tallado en el colmillo de un elefante que guardaba en su interior un pedacito de piel del dedo índice izquierdo de Mani.

Todos los Perfectos, como un solo hombre, se echaron al suelo para venerar la santa reliquia, pronunciando cien veces el nombre de Mani hasta que los ecos de sus exclamaciones acabaron por dispersarse bajo la inmensa bóveda del santuario.

Cargamento de Quietud estaba tan turbado que olvidó prosternarse, lo que le valió ojeadas sorprendidas de parte de algunos de los hermanos más atrevidos.

Al volver a la sacristía, encontró a otro ayudante suyo, éste un sogdiano impúber de rostro atezado y cabellos negros y ensortijados, que le preguntó, ingenuo pero amable, si había algo que no marchaba como era debido.

—¡Mi pobre Ormul, si tú supieras! Punta de Luz y yo estamos a matar. Esta epidemia que se ha extendido por los criaderos de gusanos de seda supone para nosotros una verdadera catástrofe. De veras que no sé qué voy a decir al enviado del obispo Addai Aggai que me está esperando en mi despacho.

El Gran Perfecto maniqueo Cargamento de Quietud todavía parecía más pálido y macilento que de costumbre, ya que los largos ayunos a los que se obligaba —que los maniqueos llamaban el «ahogo del león», ya que según ellos era ese animal el que dormitaba en el fondo de su cuerpo y el que

había que domeñar a fuerza de abstenerse de comer— le habían conferido una especial lividez…

A decir verdad, a fuerza de «domeñar el león», Cargamento de Quietud parecía un árbol reseco cuyos pies se hubieran convertido en raíces y cuyas manos fueran las extremidades de las ramas muertas.

En cuanto a su semblante, reflejaba a la perfección el hombre rebosante de espiritualidad y misticismo que era el Maestro Perfecto.

Incrustados en el fondo de unas órbitas excavadas en la osamenta escuálida de su rostro, sus ojos ardientes, vibrantes testigos del misticismo cuyo fuego lo consumía, traspasaban cuantas miradas se aventuraban a hacerles frente.

Se cumplirían diez años el próximo en que Cargamento de Quietud había puesto la primera piedra de su iglesia maniquea de Turfan.

El esplendor arquitectónico del edificio que era a la vez lugar de culto y sede episcopal en la pequeña comunidad de los Perfectos y de los Elegidos revelaba de inmediato su dinamismo y su prosperidad.

El edificio de plano centrado y octogonal, construido enteramente a base de piedras de caliza roja arrancadas de la cadena de los Montes Flameantes que muchos viajeros tomaban por una muralla en llamas, hasta tal punto reflejaban el calor de los rayos solares, tenía la forma de un cáliz invertido cuyos muros huidos hacia el cielo estaban taladrados por inmensos ojos a través de los cuales se colaba la luz del día.

Justo en el centro del edificio, que dominaba cual si fuera un paraguas, una bóveda acanalada descansaba sobre una elegante sucesión de retorcidas columnas de pórfido.

Allí, bajo tan suntuosa cúpula de estructuras sutilmente aracnaideas, era donde el Gran Perfecto Cargamento de Quietud procedía a la celebración del culto de la Iglesia de Luz.

Alrededor del octógono, los claustros y las columnatas unían entre sí pabellones que servían de dormitorio, sala de estudios y refectorio de los Perfectos.

En medio de un jardincillo cuidado con esmero y constelado de rosales, adosado a la sinuosa tapia que aislaba la comunidad maniquea del resto de la población, se levantaba una elegante mansión privada de ladrillo rosa

cuyo porche de entrada estaba adornado con un friso que representaba la danza llamada de los «Cinco Leones» según se practicaba en la zona oeste, en las proximidades de la cuenca del río Tarim, oasis de Kucha.

Como este último, con el que por otra parte mantenía importantes relaciones comerciales, el oasis de Turfan ya era un importante lugar de paso en la Ruta de la Seda en el momento en que llegaron a él los maniqueos siguiendo el báculo de Cargamento de Quietud.

En el 626, el rey del oasis, que ostentaba entonces el título de «*yagbu*», envió a la corte del imperio de los Tang, en Chang An, un cinturón de oro adornado con más de «diez mil piedras preciosas».

El año siguiente el regalo fue una admirable trenza de oración fabricada con marfil trenzado, destinada, a manera de regalo de vasallaje, al emperador del Medio en persona por el propio *yagbu*. Había sido preciso, según contaban, que un artesano trabajara en ella más de tres años para trenzarla y tallar en laminillas más finas que juncos los tres colmillos de elefante necesarios para confeccionarla.

El oasis de Turfan, que ostentaba el sobrenombre de «Brillantísima Perla del Desierto», estaba situado a casi novecientos *li* al noroeste de Dunhuang, en el itinerario septentrional de la Ruta de la Seda, y seguía siendo protectorado chino.

Sus habitantes se ocupaban principalmente en el comercio del algodón, del alumbre y de la sal. Entre los numerosos puestos, sólo algunos mercaderes disponían de objetos de vidrio fabricados en Occidente que los chinos llamaban «*liuli*[21]» y que vendían tan sólo —aunque a precios exorbitantes— a cambio de trozos de seda preciosa.

Así, trocando el vidrio de los romanos por la seda de los chinos, juntaban los dos extremos de aquella cadena comercial a través de la cual, todavía durante siglos, se produciría un extraordinario intercambio entre dos mundos, Occidente y Oriente.

En medio de aquel rosario de oasis, en el que se pasaba de una civilización a otra a través de etapas distintas, a la manera del espectro de los colores de un arco iris, Turfan era digno del sobrenombre que llevaba.

La Perla del Desierto no era más que una simple etapa comercial. Era célebre también por su «Lago de Luna», situado a dos días de marcha de la

ciudad, pequeño mar de agua salobre que fascinaba a los viajeros por la costra de sal que bordeaba sus orillas, como si fueran de hielo, cuando aquél era un lugar donde, en verano, el calor era sofocante.

Para el viajero extenuado que llegaba al oasis de Turfan después de atravesar extensiones de arena donde las dunas se sucedían interminablemente, tanto para los ojos como para la boca constituía un verdadero regalo.

Los ricos mercaderes y los monjes budistas se habían procurado, a pesar del desierto, los medios materiales necesarios para la construcción de suntuosos edificios que dieran testimonio de su importancia económica o espiritual y que convertían la población en un verdadero conservatorio de la arquitectura religiosa.

En medio de tanta grandeza traducida en piedra y ladrillo, tan pronto desnudos como formando geometrías o bien cubiertos de estucos sabiamente esculpidos, el rojizo octógono de la Iglesia de Luz no desmerecía cuando el sol, al tiempo que calentaba sus piedras, lo encendía con el color de las brasas.

En el barrio comercial, las familias patricias no dudaban en exponer en la puerta de sus moradas tapices de seda y de excelente lana de vivos colores a manera de aderezos de piedras preciosas multicolores.

Delante de los monasterios budistas, provistos de pagodas de diversas alturas, se acumulaban, en jarrones de plata en forma de flor de loto, flores y frutas destinadas a ofrendas.

En las calles de aquella ciudad animada por el comercio y el tránsito, se oía hablar sogdiano, tokhariano, tibetano, sánscrito y, por supuesto, chino.

Al pie de inmensos palmerales, viñas y vergeles producían frutos cuyo renombre se extendía hasta la corte de los Tang. Su riego suponía un temible problema para las autoridades locales, que habían acabado por adoptar el sistema de los pozos «*karez*[21a]».

Dichos pozos recogían el agua de fusión de los glaciares de las montañas situadas a centenares de *li* del oasis, hasta donde llegaban mediante conducciones subterráneas excavadas por esclavos. Gracias a tan denodado trabajo, los habitantes de Turfan habían logrado arañar día tras día un poco de desierto para transformarlo en jardín.

Y así, a principios de todos los otoños, los primeros racimos de una uva firme y sin huesos, conocida con el nombre de «teta de yegua», era transportada por una caravana hasta la corte de los Tang.

Y por aquella uva, dorada como el ámbar y azucarada como el turrón de miel, se pirraba la nueva emperatriz Wuzhao.

Pero Turfan no sólo producía frutas y hortalizas.

La Perla del Desierto exportaba también, de forma totalmente ilegal, una mercancía todavía más preciada.

Ninguno de sus habitantes, sin embargo, salvo algunos Perfectos de la Iglesia de Mani y el joven Oyente Punta de Luz, lo sabía.

De hecho, aquella mercancía, teniendo en cuenta el estatuto jurídico que se le aplicaba en China y que se hacía extensivo a Turfan, por ser uno de sus protectorados, sólo podía producirse clandestinamente y con un despliegue de precauciones destinadas a evitar que se propalase el hecho.

Se trataba de un producto que fabricaba un minúsculo gusanillo negro que tenía el grosor de un hilo. Aquel gusanillo multiplicaba su peso en un mes por diez mil cambiando varias veces de envoltura hasta acabar adquiriendo un color grisáceo. Colocado después sobre montones de paja, atiborrado de hojas de morera, ya podía iniciar sus cuatro mudas sucesivas. Se convertía entonces en gusanillo hilandero, transformado así en extraordinaria fábrica gracias a unas glándulas que segregaban un filamento de fibrina recubierto de unas sericinas llamadas gres que servían para fabricar el capullo. Terminado éste, el gusano se transformaba en crisálida. Y entonces podía ocurrir una de dos cosas: o la crisálida había tenido tiempo de producir el líquido capaz de ablandar el gres, lo que iba a permitirle salir del capullo en forma de mariposa que se acoplaría de inmediato con un congénere, con lo que el hilo de seda, al romperse, sería inutilizable, o bien la crisálida moriría, escaldada, dentro del capullo, dejando entonces intacta la maravillosa sustancia filamentosa que podía llegar a superar un kilómetro de longitud.

Así pues, el hilo de seda sólo existía al precio de sacrificar la crisálida y la que se guardaba viva era para cubrir las necesidades de reproducción de los gusanos.

Se trataba de una seda de calidad incomparable. Cargamento de Quietud, después de largos meses de titubeos y a fuerza de mucho empeño, había conseguido hilarla.

Aquel hilo más fino que un cabello, tan blanco como el hielo de donde procedía el agua de los pozos *karez* y más brillante que un rayo de luna, se había convertido para el Maestro Perfecto maniqueo en el nervio de su guerra santa.

La idea de instalar un criadero de gusanos de la seda y una hilandería clandestina se le ocurrió al percatarse de los precios astronómicos exigidos por la administración china de la seda a los mercaderes que aspiraban a procurarse aquel bien precioso como el oro, la esmeralda y el diamante.

Plinio, el historiador romano, había escrito que la seda se obtenía «recogiendo la pelusa de las hojas después de echarles encima mucha agua»; el filósofo Séneca no se había privado de ensalzar aquel extraordinario material y se extasiaba ante la transparencia de las «togas de vidrio» y las vestiduras de seda vaporosa que llevaban ciertas damas riquísimas «de quienes no se habría podido jurar sinceramente que no iban desnudas», según decía.

Hacía, pues, casi ocho siglos que la seda se había convertido en objeto de una inmensa admiración y de un comercio tan lucrativo a lo largo de aquella Ruta a la que había terminado por dar nombre.

Hacía ocho años que Cargamento de Quietud había llegado a Turfan cuando imaginó el medio de hacer que la Iglesia de Luz pudiera aprovecharse de aquel enorme caudal de riquezas.

Ya empezaba a calcular la cantidad de medios que serían necesarios para la construcción de los edificios eclesiásticos que fueran dignos de las ambiciones de su Iglesia. Los subsidios enviados una vez al año por la sede de Babilonia bastaban apenas para alimentar a los Elegidos.

Era preciso, pues, que encontrara otra cosa.

La producción clandestina de hilo de seda suponía para la Iglesia de Luz la seguridad de poder levantar un templo que demostraría a las otras religiones practicadas en Turfan la potencia del maniqueísmo. La religión vencedora de aquella época era el budismo y el número de sus adeptos aumentaba de día en día. Pero era una religión que los maniqueos no

dudaban en considerar una vulgar herejía de la doctrina revelada por el Gran Profeta Mani, por entonces perdonable, ya que veían en éste al verdadero sucesor del Buda.

En la Ruta de la Seda, las creencias y las religiones se comparaban entre sí de forma parecida a los caballos de carreras y cada una procuraba tener las bazas necesarias para hacer avanzar a sus peones.

Era evidente que, para ganar, había que ser más fuerte que los demás, pero lo importante era demostrar que uno era el más fuerte. Por ello, en aquel certamen de poder, la ventaja estaba a favor del más rico y podía ofrecer a los recién convertidos las garantías económicas más solidas y, de manera especial, al que fuera capaz de exhibir los fastos de su poderío levantando los edificios más grandiosos al culto de sus dioses.

Así pues, la seda clandestina era, desde hacía dos años, para la Iglesia de Luz, la verdadera ganga que le había permitido levantar el espléndido edificio de piedras rojas que provocaba la admiración del mundo.

A fin de iniciarlo en el arte de la cría del bómbice y del vaciado del capullo, Cargamento de Quietud encargó a Punta de Luz una misión secreta: lo envió a Chang An con intención de que observara cómo procedían las hilanderías imperiales.

El atractivo físico de aquel joven Oyente, cuyos penetrantes ojos azules daba gozo mirar y cuyos negros cabellos recogidos en un moño brillaban como la seda, no era apenas nada comparado con su inteligencia, de haber sido posible medir ambas cosas con el mismo rasero.

Kucheano de origen, Punta de Luz, cuya familia se había convertido hacía dos generaciones al maniqueísmo, hablaba unos diez dialectos del Asia central y chapurreaba muy dignamente, a semejanza de la mayoría de sus congéneres del pequeño reino de Kucha, el sánscrito, el chino y también el tibetano.

Aquel joven tenía el temple de los que no se asustan ante la perspectiva de un largo viaje y, cuando se terciaba, hacía de intérprete del Gran Perfecto.

Así pues, no puso mala cara cuando Cargamento de Quietud lo expidió en misión ultrasecreta a la China central.

Una vez allí, el astuto Oyente, tras haber aprendido rápidamente los rudimentos más necesarios del chino, consiguió infiltrarse en el Templo del Hilo Infinito, la más grande de las hilanderías imperiales de la capital de los Tang. Seguidamente, obligado por la necesidad de la muy noble y discreta causa que servía, el joven sedujo a una hermosa obrera que respondía al dulce nombre de Luna de Jade. Y Luna de Jade, que se había enamorado perdidamente de Punta de Luz, se fue de la lengua. Después de unas cuantas noches tórridas pasadas en sus brazos, le dijo todo lo que Cargamento de Quietud deseaba saber: que había que sumergir el capullo en agua hirviendo para matar la crisálida, limpiarlo después a mano y cocerlo a cuarenta y ocho grados y finalmente devanar el hilo sin romperlo.

Así fue como el joven Punta de Luz volvió a Turfan llevando en el zurrón dos capullos y tres voraces orugas de *Bombyx mori*[22] pegadas a tres retoños de morera, y sobre todo una buena provisión de huevos cuyo transporte no corría ningún riesgo dado que todavía se encontraban en su periodo de reposo, que duraba diez meses terminada la puesta.

Pero además el Oyente informaría del procedimiento indispensable para la fabricación de aquella mercancía tan cara capaz de enloquecer a una mujer.

¡La seda!

No había materia más preciosa que ésta. Más preciosa aún que el oro, puesto que era mucho más rara que el metal amarillo e incluso que las especias, ya que éstas sólo precisan cultivarse, como tantas plantas aromáticas, o simplemente cogerlas cuando crecen en estado silvestre.

La seda era tan misteriosa como difícil de fabricar. ¿Cómo era posible que unas simples larvas fueran capaces de transformarse en obreras tan dotadas y sutiles y que fabricasen un hilo de longitud tan inaudita?

Y sobre todo, la seda era tan suave al tacto y luminosa a la vista que, en la China central, su país de origen, se decía que había sido el mítico Emperador Amarillo quien, después de haber inventado miles de años antes no sólo la escritura y las matemáticas, sino también la medicina y los palillos para comer, había hecho a su pueblo el suntuoso regalo del arte de fabricar y tejer la seda…

Esa tela, más fina que la piel de una mujer, hacía que éstas perdieran la cabeza por ella.

Circulaban innumerables historias sobre sublimes princesas sogdianas o bactrianas dispuestas a ceder a las proposiciones de mercaderes chinos hirsutos que hedían a macho cabrío a cambio de un retal de tan exquisita tela, material que adoraban y con el que les encantaba cubrirse el pecho y envolvérselo en aquella nube de dulzura… o sobre reinas parsis, tan ávidas como desprovistas de escrúpulos, que incluso habían sido capaces de trocar a una de sus hijas por un reino enemigo con tal de procurarse, además, una pequeña cantidad de aquella seda.

Punta de Luz, entretanto, no se había contentado con informar a Turfan de los ingredientes y la receta de aquel plato tan particular.

Al regresar tenía la cabeza llena de un recuerdo tan delicioso como imperecedero y, sin embargo, inconfesable, especialmente al Perfecto Cargamento de Quietud.

Era un secreto tan íntimo que descartaba la posibilidad de compartirlo con nadie, en el seno de la Iglesia de Luz, debido a su condición de Oyente con vocación de ser un día Perfecto, circunstancia que le imponía la castidad y la obligación de no tocar jamás, ni siquiera rozarla, la piel de una mujer.

Así pues, cuando el Perfecto le preguntó cómo se había procurado los capullos, los huevos y las moreras, se guardó muy bien de hablarle de Luna de Jade.

—He tenido suerte, eso es todo. Me ha protegido Mani. Tenía el Bien a mi lado y el Mal estaba ausente —se contentó con responder.

—Dado el buen resultado de tu gestión, voy a encargarte del resto de las operaciones. ¡Que el Gran Mani te guarde con su Divina Luz! —exclamó Cargamento de Quietud cuando Punta de Luz terminó de darle cuenta de su estancia en la capital de los Tang y le explicó con todo lujo de detalles todas las etapas comprendidas entre el huevo y la crisálida.

—En Chang An hacen devanar los capullos exclusivamente por mano de mujeres. Los chinos creen que hay que ser de esencia Yin para realizar correctamente esta operación. ¿Qué tengo que hacer ahora? —terminó por preguntar, algo molesto, Punta de Luz a su maestro.

En realidad, salvo en el santuario principal, ninguna mujer estaba autorizada a penetrar en el seno del recinto de la Iglesia de Luz, por lo que Punta de Luz se dijo que tal vez había llegado el momento de hacer que viniera a Turfan la bella chinita que había tenido que dejar.

—¿Las manos de un Perfecto valen menos que las de una mujer? Yo te indicaré a tres Perfectos en quienes tengo la máxima confianza y que podrán desempeñar a la perfección esta tarea —le replicó con aire severo el Maestro Perfecto a su joven Oyente.

Punta de Luz, apenado y decepcionado, no pudo hacer otra cosa que inclinar la cabeza.

Cargamento de Quietud no era hombre capaz de dejarse manipular fácilmente, sobre todo tratándose de un asunto tan importante para él, ya que estaba en juego el porvenir de la causa a la que había consagrado su vida y su persona.

Después de sopesar atentamente los pros y los contras, Cargamento de Quietud decidió que la Iglesia de Luz de Turfan se ceñiría a la producción de capullos y a devanar el hilo de seda dejando a otros, más competentes, la tarea de proceder a tejerlo.

En efecto, esta labor requería tecnologías específicas, telares, barreños para el teñido y tendederos para el secado, cosas todas que exigían espacio y que no era posible instalar discretamente en los invernaderos que la Iglesia de Luz poseía en Turfan, a un tiro de piedra de su santuario, donde pensaba instalar el criadero de gusanos.

Tenía, pues, la necesidad absoluta de encontrar una salida al hilo de seda y llegar a un acuerdo con un socio fiable, el cual se encargaría de hilar y teñir el producto acabado antes de expedirlo al circuito comercial.

Pero si la primera fase del plan había sido fácil de realizar gracias a la eficacia de Punta de Luz, la segunda se reveló delicada.

El socio que buscaba debía ser, efectivamente, tan fiable como discreto, lo que equivalía a decir un pájaro raro.

Aparte de competente en el plano técnico, a fin de que la calidad de la tela estuviese a la altura de la calidad del hilo, tenía que ser persona de fiar, puesto que en caso de doble juego y de que se propalase el rumor de la

producción clandestina, pondría en peligro la misma existencia de la Iglesia de Luz de Turfan.

Cargamento de Quietud, por tanto, debía andarse con grandes precauciones.

Después de haber examinado el problema por todos lados, el Maestro Perfecto de la Iglesia de Luz terminó por convencerse de que lo más pertinente era buscar un comparsa para quien el tejido y la salida de la seda revistiesen el mismo grado de necesidad e importancia: era preciso que, para uno y otro, el asunto fuese una auténtica cuestión de supervivencia y que sus respectivas suertes, en este asunto, estuviesen indefectiblemente unidas.

Esto suponía, en realidad, que el socio debía estar en una situación comparable a la de la Iglesia de Luz, una situación de áspera lucha por la propia supervivencia en un medio hostil y un compromiso en el difícil combate de una propagación religiosa que no se podía dar por sentada.

Y vistas las cosas desde este ángulo, ¿no era en el este, preferentemente, donde había que buscar, zona de aquellas Iglesias misioneras que habían conseguido implantarse en los oasis de Hami o de Dunhuang?

Sin duda que esto tendría la ventaja de permitir que la mercancía saliese más fácilmente hacia la China, es decir, hacia el punto de partida del comercio de la seda, el mismo seno de su mercado principal.

Una vez allí, bastaría con arreglárselas para conseguir que en las piezas perversas se estampase el sello oficial de la administración sericícola y entonces la mercancía ya podría salir hacia la otra dirección, siguiendo la Ruta de la Seda, pero provista del precioso pasaporte que borraría de forma definitiva su origen clandestino.

Después de haberse informado debidamente, Cargamento de Quietud llegó a la conclusión de que el socio ideal sería el obispo nestoriano de Dunhuang, Addai Aggai.

No había duda de que, pactando con el nestoriano, el maniqueo se privaba por adelantado de toda rivalidad frontal con la Iglesia siria, cuyo avance en dirección a la China era, en aquella época, algo más impetuoso que el suyo.

La sede de Babilonia anhelaba ardientemente que Cargamento de Quietud, en aquella carrera de fondo hacia la China en la que estaban enzarzadas las dos Iglesias, hiciera morder el polvo a aquella rival nestoriana que los monjes budistas, poco familiarizados con aquellas religiones que ya calificaban de «occidentalizantes», tenían marcada tendencia a confundir con la Iglesia maniquea.

Pero no tenía opción.

En Babilonia no era posible juzgar las reales necesidades de los que estaban en la parte delantera, a los que se permitía más o menos que salieran del atolladero.

Fue, pues, él por sí solo, sin dignarse pedir su parecer a sus propias jerarquías religiosas, quien tomó la decisión de ponerse en contacto con Addai Aggai.

Después de todo, ¿no era mejor estar en buenos términos con los nestorianos, evitar rivalidades inútiles, agotando sus fuerzas respectivas, reforzándose hasta «el asalto final», momento en que los maniqueos serían lo bastante poderosos para obtener del poder imperial chino la autorización oficial para fundar una iglesia en su capital central de Chang An o, en caso de no ser posible, en la capital oriental de Luoyang? Entonces cada uno podría recuperar su libertad frente al otro.

Addai Aggai consideró al principio con desconfianza a Cargamento de Quietud cuando fue a Dunhuang para proponerle aquella alianza.

—Mi gestión es la prueba de mi total buena fe. ¡En estos parajes, no somos más que lagunas frente al mar del budismo! —se quejó Cargamento de Quietud.

—En resumen, lo que me proponéis es que hagamos juntos un trecho del camino… —le replicó el nestoriano con aire soñoliento.

—Nuestras Iglesias respectivas, pese a conservar sus creencias, sólo conseguirán beneficios. Gracias al dinero de la seda, vos y yo ganaremos unos años preciosos…

—¿Cuáles podrían ser las condiciones de este acuerdo?

Al oír aquellas palabras, Cargamento de Quietud comprendió que tenía ganada la partida.

—Os propongo que vayamos a medias en todo, tanto en los costes como en las ganancias —se apresuró a responder.

Y a partir del momento en que se selló el pacto entre las dos Iglesias, sus jefes de fila sólo tuvieron razones para felicitarse.

La complementariedad se reveló perfecta entre maniqueos y nestorianos.

La seda clandestina era de tan alta calidad que, dada la penuria de la situación, no tuvo ninguna dificultad para introducirse en el mercado chino. Los trozos de tela llegaban a Chang An envueltos en fardos de grosero algodón y, desde allí, gracias a la comunicación boca a oreja, sin dejar en saco roto el señuelo de la ganancia, no tardaban en situarse en las estanterías de los mercaderes del barrio de la seda. El dinero entraba a paletadas y, para gran satisfacción de Addai Aggai y de Cargamento de Quietud, buena parte del mismo iba a parar a Dunhuang y a Turfan.

Esto indica que aquella epidemia que impedía al bómbice emerger de su larva era francamente adversa para los dos aliados momentáneos. Desde hacía dos meses no se había podido tejer en Turfan ni una sola pulgada de hilo de seda. Addai Aggai, por su parte, falto de suministros, estaba rematando existencias. No tardaría en finalizar el suministro clandestino de trozos de tela y entonces se vendría abajo toda la hilandería, aparte de que se incurriría en el riesgo de provocar la divulgación del hecho.

—Ordena venir a Punta de Luz. Quiero que asista a mi entrevista con el enviado de Addai Aggai —anunció Cargamento de Quietud a Ormul, terminados los preparativos de la sacristía.

El Maestro Perfecto estaba particularmente nervioso e inquieto cuando hizo su entrada en el despacho donde ya lo estaba esperando el joven Oyente Punta de Luz acompañado del nestoriano. Para matar el tiempo, los dos hombres estaban probando la solidez de un hilo de seda inmaculado, arrollado en una bobina que Punta de Luz había ido a buscar al taller de la hilandería.

—¡Oh, Diakonos!, ¿cómo está mi eminente colega, el obispo nestoriano Addai Aggai? —dijo en tono de falsa jovialidad Cargamento de Quietud.

Con aquella elegancia que acompañaba el menor de sus gestos, acababa de rozar los dos puños de aquel Diakonos, un hombre de baja estatura y piel

curtida por el sol que ostentaba la cruz nestoriana sobre un manto amarilleado por el polvo de la arena y que acababa de doblar la rodilla ante él en señal de consideración y respeto.

—Gracias a Dios, Addai Aggai está en buen estado de salud y os envía sus más afectuosos saludos al tiempo que desea una excelente marcha a la Iglesia de Luz. Sin embargo, está inquieto y estoy seguro de que no *han* de sorprenderos las razones de su inquietud —dijo Diakonos yendo directamente al grano.

—Punta de Luz es testigo de los hechos. ¡Lástima y tres veces lástima! La epidemia que afecta a nuestros queridos gusanos de la seda ha sido tan súbita como asoladora. Los insectos se quedan resecos y renegridos, no son ya aquellos bellísimos gusanos blanquecinos que segregaban la preciosa sustancia que tanta falta nos hace… ¡Hace quince días que no tejen un solo capullo! —exclamó el Maestro Perfecto.

Toda su jovialidad lo había abandonado, ya no trataba de disimular siquiera su consternación a Diakonos.

—Sospechábamos que había surgido algún problema, pero de aquí a imaginar una catástrofe de tales dimensiones hay un gran trecho —reconoció, desorientado, Diakonos.

—Esta mañana ha muerto el último bómbice y ya no dispongo de crisálidas en fase de transformación en mariposas destinadas a fecundarse —añadió, cabizbajo y con voz temblorosa, Punta de Luz.

El joven *kucheano* no se atrevía siquiera a afrontar la mirada de Cargamento de Quietud.

—¡Me estás anunciando un verdadero desastre! ¡Y yo que me figuraba que siempre dispondríamos de capullos aptos para la reproducción! —se lamentó Cargamento de Quietud.

—He comprobado que estas últimas crisálidas tampoco habían resistido los estragos de la epidemia —murmuró Punta de Luz.

—¿Significa esto que todos nuestros esfuerzos se van a pique y que, en el inmenso Imperio chino, ya no volveremos a ver una sola pieza de seda producida en Turfan y tejida en Dunhuang? —preguntó Diakonos, no sin imprimir cierto énfasis a la frase y en un tono a la vez desesperado y grandilocuente.

—Como nos quedemos sin gusanos, me temo que vamos a necesitar como mínimo diez meses antes de volver a disponer de hilo, es decir, el tiempo necesario para asegurarnos de que los huevos que están en reposo se encuentran en buen estado, lo cual no comprobaremos hasta el momento de su eclosión y después de haber procedido a un ligero calentamiento en la estufa apropiada… —gimió Cargamento de Quietud.

—Maestro Perfecto… el hecho es que, desde esta mañana, ya no se trata de un problema de calidad de los huevos.

—¿Qué quieres decir con esto? —exclamó el Perfecto, enloquecido por la angustia.

—La verdad es que… ¡en fin!… que en todo el criadero no queda un solo insecto vivo. Las larvas están duras como vainas de habichuela, los gusanos no se mueven y los huevos parecen granos de arena negruzcos cuando, en condiciones normales, pasan del amarillo al gris después de la puesta y siguen de este color durante todo el periodo de reposo —declaró el Oyente con voz monocorde.

—Si lo he entendido bien, los huevos también están muertos —bisbiseó Diakonos, aterrado.

El Maestro Perfecto, de ordinario parco de gestos e inmóvil como las estatuas de los bajorrelieves de estuco que adornaban su iglesia, se sentía tan desvalido que comenzó a retorcerse las manos como un joven Oyente a quien, por error, hubiesen impuesto un periodo de ayuno de cuarenta días reservado a los Elegidos veteranos.

—El obispo Addai Aggai contaba con importantes entradas de dinero a final de año. Nuestras reservas actuales de hilo nos permitirán aguantar tres meses, no más. Un tiempo insuficiente para permitirnos realizar nuestro proyecto de establecimiento de un puesto avanzado nestoriano —le murmuró Diakonos.

—¡Un puesto avanzado de la Iglesia nestoriana! ¡Veo que Addai Aggai no pierde el tiempo! ¿Y dónde pensaba instalarse tu impaciente obispo? —preguntó Cargamento de Quietud, intrigado ante aquella especie de confesión que acababa de hacerle el enviado del nestoriano.

—Justo antes de la Puerta de Jade…

Jiayuguan, la Puerta de Jade, situada al este de Dunhuang en la ruta de Chang An, era considerada, tal como indicaba su nombre, el «portal» oficial que daba entrada al Imperio chino.

Situada idealmente en la Gran Muralla, a modo de lugar de paso por el que transitaban hombres, religiones, ideas, seda, objetos de vidrio, alfombras preciosas y especias, desde la dinastía de los Han[23],

Jiayuguan hacía las veces de puesto fronterizo oficial en el imperio del Medio.

Era una plaza fuerte rodeada de murallas almenadas y flanqueada de altas torres de vigía desde las cuales no podía escapar al ojo acerado de los guardianes que estaban apostados en ella día y noche ningún indicio, por ínfimo que fuera, de tránsito animal, humano o de mercancías que emprendiera el camino de la Ruta de la Seda.

La plaza fuerte, en efecto, impedía el paso formado por el corredor de Hexi, que, en aquel lugar, se estrechaba de manera singular. Era un lugar donde se habían instalado importantes contingentes de aduaneros que se encargaban de registrar las caravanas que, en todos los casos y cualquiera que fuera el sentido de la marcha, debían pagar un derecho de peaje.

Si uno, por razones evidentes, quería evitar pasar por la Puerta de Jade, como era el caso de los transportistas de la seda clandestina de Cargamento de Quietud y de Addai Aggai, era preciso que, antes de llegar, girara hacia el norte y siguiera avanzando a lo largo de los contrafuertes negruzcos de los montes Mazong de la Crin de Caballo, cuyas paredes de pizarra azulada eran tan resbaladizas en épocas de lluvia que había que esperar el regreso del sol para seguir camino adelante sin romperse la crisma.

Además del hecho de acercar un poco más el nestorianismo al centro de gravedad del poder chino, Addai Aggai había pensado acertadamente que la implantación de una iglesia nestoriana en la Ruta de la Seda, un poco antes del puesto fronterizo, contribuiría a facilitar aquellas expediciones peligrosas y haría menos delicada la travesía de los macizos del Mazong.

Después de dos días de marcha por un sendero pedregoso recorrido por los rebaños, uno acababa por encontrarse en otro ramal de la Gran Muralla, que, en aquel punto, se reducía a un murete de tierra seca apenas superior a la altura de un hombre, en un flanco del cual se habían dibujado unas

junturas que pretendían crear la ilusión de que había sido construido con ladrillos.

A uno y otro lado del muro-frontera, más simbólico que operativo en un paraje tan desértico como aquél, donde no tenía ninguna utilidad, puesto que allí lo único que se podía repartir era piedras y arena, había rebaños de corderos y cabras que pastaban tranquilamente y cuya única actividad aparente era pastoril.

Pero no eran sólo los pastores que lo escalaban y lo cruzaban, según sus necesidades, un pie en el imperio y el otro fuera de él, quienes sabían que aquel paso desviado también era utilizado por los contrabandistas de todo pelo. Numerosos bandidos, empujados por su deseo de afrontar a los temibles demonios que, según decían, lo poblaban y que el viento del desierto de Gobi tal vez impelía hasta allí, merodeaban también por aquellas montañas hostiles y observaban los convoyes clandestinos de mercancías.

El pequeño convoy de nestorianos que transportaban hasta la China central la seda hilada por los maniqueos iba armado hasta los dientes.

Llegar a la Muralla de falso ladrillo significaba que habían burlado la Puerta de Jade, por lo que entonces soltaban un primer suspiro de alivio.

Y sin embargo, todo estaba por conseguir.

Todavía tenían que caminar tres días y evitar cuidadosamente las patrullas de la policía china que acosaban a los traficantes hasta encontrar finalmente la Ruta de la Seda y, desde allí, volver a situarse en la hilera continua de caravanas, cada vez más numerosas a medida que iban acercándose a la capital de los Tang.

—Antes de la Puerta de Jade… —dijo, pensativo, Cargamento de Quietud, después de lo cual añadió—: La idea de Addai Aggai no está nada mal, en efecto.

—Convendréis conmigo que, dadas las circunstancias, tanto para nosotros, los de Dunhuang, como para vosotros, los de Turfan, la epidemia mortal de los bómbices ha sobrevenido en el momento más inoportuno —se lamentó Diakonos.

—Por desgracia, de momento no tengo ninguna solución a mano —concluyó el Perfecto con una expresión que iba ensombreciéndose por

momentos.

Como no se restableciera prontamente aquel lucrativo tráfico, aquellos años iban a ser, para las dos Iglesias, de pérdidas, agotamiento de reclutamientos y, sobre todo, imposibilidad de progresar en su cruzada religiosa, sin olvidar las cuentas que uno y otro deberían presentar a sus autoridades respectivas cuando les anunciasen el fracaso de la misión que les habían confiado.

El comercio clandestino de la seda seguía siendo la indispensable piedra angular de los edificios y de los sueños que habían alimentado tanto Cargamento de Quietud como Addai Aggai.

—¡Di a Addai Aggai que me comprometo, en nombre del propio Profeta Mani, a hacer lo imposible para salir de la desastrosa situación en la que nos encontramos! —murmuró Cargamento de Quietud al enviado especial del obispo nestoriano—. ¡Ah, me olvidaba! —prosiguió—. He mandado preparar el vino de misa habitual para tu obispo.

E indicó un barrilete de madera reluciente cuya tapadera estaba sellada con cera.

—Punta de Luz —ordenó—, ayuda a Diakonos a llevarlo, por favor, ya que es muy pesado.

Cuando el joven Oyente volvió al despacho del Gran Perfecto, lo encontró paseándose de un lado a otro mientras mordisqueba, nervioso, la pluma de ave que utilizaba para escribir.

—¡No veo más que una solución, mi querido Punta de Luz! Y es que vuelvas a Chang An… y traigas un puñado de capullos y de larvas. ¿Tú qué dices?

—¡No hay problema! ¡El camino es fácil cuando ya se ha recorrido una vez! Sé dónde no me será difícil encontrar lo que necesitamos —respondió, entusiasmado, el joven *kucheano*.

Cargamento de Quietud, al fijarse en el rostro radiante de Punta de Luz, bendijo la suerte de disponer de un Oyente valeroso y lleno de ímpetu como aquél, que no sólo no se arredraba ante la peligrosa misión de ir a buscar los preciados insectos a Chang An, sino que incluso se sentía poseído de una contagiosa alegría.

—¿Cuándo salgo? ¿No será mejor partir cuanto antes?

—Sí, cuanto antes.

—¡Desde mañana mismo estaré a punto!

—Aprovecharás para informarte discretamente de las condiciones exactas en que *han* puesto en el mercado nuestra producción de seda nuestros amigos nestorianos… Hace mucho tiempo que tengo ganas de saberlo —añadió Cargamento de Quietud con cierto aire de desconfianza.

—Parece que tenéis alguna duda… ¿Qué teméis? ¿Que los nestorianos hagan de las suyas?

—¡Chang An está tan lejos!

—¿O sea, que Addai Aggai no os ha explicado nunca cómo se las arreglaba para introducir la mercancía en el circuito comercial?

El Perfecto hizo entonces un ademán al joven Oyente para indicarle que se acercase como si se dispusiese a hacerle una confidencia íntima.

—Tengo allí un dispositivo de vigilancia.

—¿Para vuestro uso exclusivo?

—¡Por supuesto!

—¿Ésa es, pues, la confianza que tenéis en Addai Aggai…?

—¡Una cosa es confiar y otra muy diferente no estar sobre aviso! Nosotros, maniqueos, sabemos muy bien que el Bien y el Mal, en todas partes y en todo momento, libran de continuo un combate de gigantes.

—¿Teméis una mala pasada?

—Todo es posible. Lo que está en juego es, desde el punto de vista financiero, enorme. Por esto he decidido que, transcurridos ya unos meses, comprobaría que nuestro socio no abusa de nosotros en lo que se refiere a facturación y a márgenes.

—Y por eso tenéis a un hombre destacado en Chang An…

—Digamos que ésta es la única manera de estar seguros de que todo funciona como es debido. También es una manera eficaz de asegurarse de que la red comercial, tal como la tiene proyectada Addai Aggai, no cuenta con espías chinos infiltrados. Si ése fuera el caso, es evidente que yo sería el primero en poner en guardia a mi colega nestoriano.

—Por tanto, si él quisiese haceros el juego, ya os habríais enterado. —Normalmente, su responsable me envía noticias tres veces al año. ¡Pero ya hace más de un mes que habría debido recibirlas!

—Y esto os inquieta…

—No es su costumbre… —concluyó, pensativo, Cargamento de Quietud, cuya angustia era ahora perceptible.

—¿Queréis, pues, que me informe de esas noticias que debía enviaros el corresponsal?

—Deberás conducirte con extrema prudencia. Temo que las autoridades puedan servirse de este chico como cebo y no me gustaría en absoluto que tú fueses la víctima. ¡Sería catastrófico!

—¿Cómo se llama?

—¡Mejor que no lo sepas!

—En ese caso, ¿cómo voy a reconocerlo?

Cargamento de Quietud sacó un hilo de seda roja del bolsillo y se lo ató alrededor de la muñeca izquierda.

—Éste es el signo de reconocimiento de nuestra red de Chang An. Si no se ponen en contacto contigo, hay muchas probabilidades de que la red haya dejado de funcionar…

—¡Parece un amuleto de la suerte! —exclamó de manera un tanto ingenua el *kucheano*.

—Lo único que puede traernos suerte es la Luz de Mani, el Gran Profeta —replicó, algo contrariado, Cargamento de Quietud, con quien no se podía bromear con respecto a ciertas cosas.

—¡Podéis contar conmigo! —trató de recuperar terreno Punta de Luz—. ¡Extremaré la prudencia!

—Nunca se peca de exceso a la hora de desconfiar, Punta de Luz. Y recuerda que un maniqueo sólo debe confiar en otro maniqueo. ¡Suplicaré todos los días a Mani que se digne protegerte! —concluyó el Perfecto abriéndole los brazos.

Para el joven Oyente, que había respondido a aquel abrazo incipiente arrojándose con efusión en los brazos que se le ofrecían, por fin había llegado el día de suerte tan esperado.

Hacía meses que buscaba la manera de salir de Turfan para ir al encuentro de la amante que, hacía ya dos años, había abandonado en el Templo del Hilo Infinito.

Había tratado de hacerse fuerte frente al recuerdo de la experta lengua de la joven obrera lamiéndole el vientre y el sexo, pero todo había sido inútil: ni los ayunos, ni la lucha contra Oyentes tan combativos como él, ni tampoco las horas que había pasado tendido sobre el vientre en las frías losas del santuario de la Iglesia de Luz suplicando a Mani que lo librara de aquel recuerdo que no cesaba de atormentarlo. Aquella muchacha había dejado en su cuerpo un rastro que parecía indeleble.

Cuanto más tiempo pasaba y más echaba de menos sus sutiles caricias, más noches sin sueño pasaba imaginando que la chica se reuniría con él, en el exiguo jergón donde languidecía.

Sin ella, se marchitaba.

¡Luna de Jade!

Y sin embargo, había hecho todo cuanto estaba en su mano para olvidar el nombre de aquella muchacha que olía a menta y a flor de azahar, aromas que impregnaban su sexo cuidadosamente depilado, aquella muchacha capaz de hacer el amor como una acróbata, adoptando posturas siempre más voluptuosas y sorprendentes que desembocaban en éxtasis cuya intensidad no hacía sino aumentar y con unos dedos tan expertos que, de madrugada, rozándole simplemente la piel del vientre, sabía despertar sus sentidos pese a haberse estado amando toda la noche.

No podía estar lejos de ella por más tiempo.

Era una planta abocada a la muerte por falta de riego.

Aquella sed lo había ayudado poco a poco a vencer el miedo de desobedecer las reglas que la Iglesia de Luz imponía a sus Oyentes.

El punto de no retorno se había presentado hacía unos meses, mientras seguía invocando a Mani, bajo la cúpula acanalada del inmenso santuario octogonal.

De pronto se había convencido de que la vida era corta y de que no había nada que pudiera reemplazar las curiosas sensaciones procuradas por los placeres carnales cuando llegaban al paroxismo y dos seres se fusionaban hasta el punto de confundirse en uno solo. Entendía mal, a decir verdad, por qué los maniqueos desconfiaban tanto del amor.

Jamás se había sentido tan bien, tan tranquilo y contento, como en brazos de Luna de Jade, después de aquellos abrazos en los que cada uno

daba al otro lo mejor que poseía.

Entonces, tras salir del edificio octogonal, Punta de Luz se dirigió al invernadero de las moreras y, una vez allí, le bastó con poner los bómbices junto a una lámpara, unos después de otros, para dejarlos secos y duros como judías.

Bastaron pocas semanas para que todos quedaran eliminados.

Detrás de la misteriosa epidemia había, pues, un acto alevoso y muy meditado del joven *kucheano*, quien había alcanzado de ese modo su objetivo, ya que le permitiría ir en busca de la mujer que le era imprescindible y que, sin dudarlo ni un segundo, lo estaría esperando en Chang An.

Al día siguiente, al salir de Turfan, seguro de sí mismo y con la mirada puesta en el futuro, cabalgando directo hacia su destino y deseoso de encontrarse muy pronto en brazos de Luna de Jade, Punta de Luz ya no se acordaba siquiera de aquel extraño episodio que había vivido durante su entrevista con Cargamento de Quietud, justo después de que éste le atara el hilo rojo en la muñeca.

Había tenido lugar delante del invernadero de las moreras, donde había ido para ocuparse de los preparativos de su partida.

Al salir y sin haberlo hecho aposta, había topado violentamente con un desconocido que, a consecuencia del topetazo, se había derrumbado y se había abierto la ceja. Lo había hecho entrar en el invernadero para lavarle la herida, que sangraba abundantemente.

El hombre, de rostro enjuto, tez oscura y con un aro de plata en la oreja izquierda, tenía todo el aire de un asceta indio.

Era evidente que tenía habilidad para hacer hablar a los demás. Pese a todo, había revelado su identidad a Punta de Luz: se llamaba Buddhabadra, era indio y oriundo de Peshawar. Punta de Luz, sin pensar en otra cosa que en la perspectiva de reunirse con Luna de Jade, sólo lo había escuchado con un oído.

Seguidamente Buddhabadra había tirado de la lengua al Oyente sobre las causas de la enfermedad que aquejaba a los gusanos de la seda, y él, sin sospechar otra cosa y deseoso de hacerse perdonar por haberlo atropellado, le contó con detalle y sin la menor reticencia cómo se criaban los insectos,

cómo se les dejaba que tejieran sus capullos antes de sumergirlos en agua hirviendo y demás detalles hasta que pronunció aquella frase enigmática a la que Punta de Luz no prestó atención, tan absorto estaba pensando en las esbeltas piernas de Luna de Jade.

—Volveré dentro de unas semanas. Cuando los insectos ya estén curados. Y cuando no tengas que lamentar el encuentro que acabas de tener… A condición, por supuesto, de que no comentes esto con nadie.

Por la cuenta que le traía, no lo había hablado con nadie.

Pero lo había hecho menos para responder a los deseos de aquel hombre que para sacarse de la cabeza aquel encuentro fortuito.

VIII

EN LAS MONTAÑAS DEL PAÍS DE LAS NIEVES

—¿O sea, que es un monito?

El hombre que acababa de hacer aquella pregunta a Cinco Prohibiciones se expresaba en muy mal chino, aunque lo bastante comprensible para que el joven monje levantase los ojos al cielo.

Cuando, hacía unos pocos momentos, en pleno camino, había encontrado a aquel individuo de curiosa catadura rompiendo una gruesa rama contra su pecho y después torciendo una caña sobre el vientre, tirante como la piel de un tambor, y a continuación, apartándose a un lado, se había apoyado en la empuñadura de dos puñales hincados en el suelo, todo evidentemente para impresionarlo, Cinco Prohibiciones había comprendido que tenía que habérselas con un *ma-ni-pa*.

Los *ma-ni-pa*, como se lo había explicado Pureza del Vacío cuando enseñaba a sus novicios los arcanos del budismo tal como se practicaba en el país de Bod, eran aquellos religiosos cuya función consistía en recorrer los caminos ejerciendo su poder, que consistía en recitar la célebre fórmula ritual —o *mantra*— del *bodhisattva* compasivo Avalokitesvara: ¡*Om! ¡Mani padme hum!*, o sea, «¡*Om*! ¡La joya está en el loto!», fórmula de virtudes tan beneficiosas que ya se ensalzaba en los Upanisads, aquellos textos sagrados escritos alrededor de setecientos años antes de Cristo, calificándola de «tallo al que están unidas todas las hojas».

Para definir el Om, la sílaba más sagrada de la India antigua, se decía que era a un tiempo el arco que propulsaba la flecha del *atman* hacia el blanco del absoluto *bramán*, así como el «sonido» del absoluto silencio.

Este fonema divino era el resultado de cuatro «cuartos» reunidos y fusionados: los dos primeros, la «O» de Om, representaban la ascensión del fuego luminoso universal, así como la de las aguas cósmicas; el tercero, la «M», era el símbolo de esta fusión creadora que los budistas habían adoptado; el cuarto, representado por el punto o *bindu*, que coronaba la forma de la sílaba, simbolizaba el absoluto o *bramán*.

El uso del Om fue recuperado por los budistas para convertirlo en apóstrofe sagrado con el que se solían iniciar los *mantras*.

Los *mantras* eran aquellas fórmulas sagradas procedentes de las religiones antiguas de la India que se suponía traducían las vibraciones fundadoras del universo contenidas en el poder cósmico o *shak-ti*. Para los budistas, esas sonoridades divinas fueron pronunciadas por el propio Buda. Eran la forma oral de su Verdad Revelada. Su repetición incesante permitía que los adeptos se acercasen a pequeños pasos a la Santidad.

Así pues, los *ma-ni-pa* iban de pueblo en pueblo recitando, sin darse tregua, aquella fórmula sacramental: *¡Om! ¡Mani padme hum!*, lo que les valía el reconocimiento de la población en forma de pequeñas ofrendas que les bastaban sobradamente para su supervivencia.

La «joya contenida en el loto» representaba los cuatro sentimientos ilimitados de los que daba prueba Avalokitesvara, el *bodhisattva* mediador entre los hombres y Buda: el amor, la compasión, la alegría y la ecuanimidad.

Avalokitesvara era la divinidad a la que se aconsejaba dirigirse preferentemente para que la acumulación de gestos meritorios comportase la más alta retribución posible de los actos cumplidos. Era un principio que permitía, después de la muerte, la reencarnación —o transmigración— en los seis «estados potenciales» según figuran en la Rueda del Mundo, gigantesca Rueda de la Fortuna, desde el más grato al más horrible: dioses, titanes, hombres, animales, fantasmas hambrientos o infiernos.

Éste es el motivo de que numerosos *ma-ni-pa* se apostasen en las calles para recitar el *mantra* sagrado, al tiempo que desplegaban pinturas en las

que aparecía la divinidad provista de cuatro brazos y con las dos piernas cruzadas en la postura del *vajra*, la misma en la que se unía la compasión con la vacuidad, con una piel de cierva sobre los hombros en recuerdo de ese animal de legendaria bondad cuya compañía complacía a Buda.

En el Tíbet eran numerosos los *ma-ni-pa*, tanto en los mercados como en los caminos, remunerados en secreto por los monasterios para que les contaran los castigos que habían sufrido en el infierno antes de salir de él vivos, todo para convencer a las gentes de que les convenía convertirse al budismo si no querían estar a merced de una terrible suerte.

Algunos describían, con una precisión tan increíble que obligaba a abrir los ojos de espanto al auditorio, la forma de las divinidades, inquietantes unas y compasivas otras, que se podían encontrar durante el *bar-do*, ese delicado periodo intermedio que se abre entre la muerte y la siguiente vida, al final de una reencarnación.

Era durante el bar-do, por otra parte, cuando era más necesaria la compasión y la ayuda de Avalokitesvara el Compasivo.

En aquel periodo intermedio, en efecto, era cuando el muerto se convertía en un ser extremadamente frágil, susceptible de transmigrar hacia el incomparable estatuto divino o, por el contrario, hacia las terribles llamas del infierno. Correspondía a parientes y allegados de aquella alma que iba en busca de un lugar donde dejarse caer mostrar todo un despliegue de atenciones en forma de plegarias y ofrendas según unos ritos particulares, muchos de cuyos aspectos el *tantrismo* tibetano había sacado del *sivaísmo* indio y del yoga, a fin de hacer que la Rueda del Mundo se parase en una buena casilla…

¡Menos mal que los *ma-ni-pa* estaban sobre aviso!

Para manifestar el alcance de sus poderes sobrenaturales, los *ma-ni-pa* practicaban ejercicios de fuerza y de dominio del dolor procedentes del yoga indio a la manera de los que aquel individuo mugriento e hirsuto acababa de demostrar ante los ojos pasmados de Cinco Prohibiciones.

El *ma-ni-pa* con quien el joven monje había topado a la vuelta de aquel camino angosto bordeado de glaciares inmaculados e insondables barrancos había realizado, además, otra proeza.

Consistía en traspasarse las mejillas con una larga aguja de hierro sin abandonar su deslumbrante sonrisa, al tiempo que saludaba a *Cinco Prohibiciones*.

—¿*Ma-ni-pa*? —preguntó Cinco Prohibiciones al hombre cuando retiraba, como si nada, el fino alambre con el que acababa de atravesarse el rostro de parte a parte.

Los largos cabellos hirsutos del *ma-ni-pa*, pese a la venda roja con la que se ceñía la frente, se mezclaban con los pelos grasientos de la piel de yak que le cubría los hombros. Llevaba unos calzones que el barro había transformado en botas altas, ya que se confundían con sus polainas atadas con lazos.

En aquel confuso caos de pelos, polvo y mugre, brillaban unos ojos de gato con reflejos verdes de jade que eclipsaban un tanto el desastre que era su boca de dientes negruzcos, podridos por la afición a mascar tallos de regaliz.

Era indudable que el hombre tenía aire malicioso.

—¡Om! ¡Tú lo has dicho, soy un *ma-ni-pa*! ¡Om! ¡Mani padme hum! —respondió a modo de asentimiento.

Y seguidamente se acercó a la cesta que el lama sTod Gling había confiado a Cinco Prohibiciones y que éste había atado a la grupa de Derecho Delante.

Pero la enorme perra amarilla Lapika, toda colmillos, se abalanzó ladrando sobre él. Bastó, sin embargo, que el *ma-ni-pa* efectuara un simple pase de manos por encima de las fauces abiertas del animal, pronto a despedazarle la mano, para que éste profiriera un gemido como si acabasen de propinarle un bastonazo en el hocico y, con el rabo caído, se echara a los pies del semental.

—¡Sé cómo detener a un perro! —comentó sin darse ninguna importancia el *ma-ni-pa*, antes de inclinarse sobre la cesta de mimbre, lo que comportó en él un movimiento de retroceso.

Fue entonces cuando hizo aquella pregunta a Cinco Prohibiciones en relación con el monito que acababa de descubrir en el capacho.

—¡No, no es un mono! Es una niña. Y el de su lado es un niño. ¡Ni uno ni otro son animales! —se apresuró a responder el joven enviado de Pureza

del Vacío.

Era la primera vez que Cinco Prohibiciones se tropezaba con alma humana desde que abandonara el monasterio de Samyé dos días antes.

Hasta entonces, con las prisas por llevar su precioso *sutra* a Pureza del Vacío, no había hecho más que avanzar lo más rápido posible obligándose a caminar, con el semental Derecho Delante, desde la salida del sol hasta la puesta.

Únicamente se detenía para arrimar a los dos bebés, así que los oía llorar de hambre, a las ubres de la perra amarilla, que los trató desde el primer día con tanto amor como si fueran sus cachorrillos.

La repentina aparición de aquel *ma-ni-pa* de ojos de gato había hecho resurgir la sorpresa, por no decir el susto, en el espíritu de Cinco Prohibiciones, como cuando había descubierto cuál era el contenido de la cesta que le había confiado el lama sTod Gling.

En un primer momento Cinco Prohibiciones, al igual que el monje errante, había creído que el lama sTod Gling le había entregado un bebé y un mono.

Franqueado apenas el porche del monasterio con la cesta colgada de un brazo y el estuche con el libro sagrado debajo del otro, seguido de Lapika, que no parecía ni mucho menos asustada, Cinco Prohibiciones se precipitó hacia el árbol espinoso donde había dejado su caballo.

Derecho Delante seguía en su sitio, fiel a su deber, atado allí donde él lo había dejado.

Cinco Prohibiciones tuvo una alegría tan grande al verlo como grande era el alivio que sentía al ver que no había dilapidado, por puro atolondramiento, el patrimonio del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

El caballo, por su parte, a juzgar por su manera de engallarse primero y de relinchar después, pareció sentir una satisfacción equivalente a la de su joven amo. La presencia de Lapika a su lado no pareció turbar en modo alguno al receloso semental, que no rechistó cuando se le acercó para husmearlo.

Al llegar junto al caballo, Cinco Prohibiciones, queriendo acariciarle el cuello, dejó en el suelo, seguramente con excesiva precipitación, la cesta de

mimbre que le había confiado el lama sTod Gling.

Fue entonces cuando el joven monje oyó unos lloriqueos que le provocaron un sobresalto.

Al principio creyó que se trataba de la presencia de un animal que, agazapado en la sombra, se disponía a abalanzarse sobre él.

Poniéndose al acecho, dio una vuelta alrededor del inquieto caballo, que de repente había bajado las orejas.

Era indudable que aquellos lloros procedían de la cesta de mimbre que le había entregado el lama. Lapika, en cambio, no había proferido el más mínimo gruñido.

Cinco Prohibiciones sintió la oleada de una inmensa angustia. La mano le temblaba como una hoja de arce agitada por el viento de otoño cuando, con precauciones infinitas, esperando vagamente lo que descubriría en él, levantó el vaporoso tejido de seda que cubría el capacho.

Dos niños pequeños, cuidadosamente fajados de cabeza a pies, estaban tendidos uno al lado del otro sobre una manta y mostraban únicamente las cabezas, que se desgañitaban al unísono.

La impresión que se llevó Cinco Prohibiciones fue tan grande que poco faltó para que tropezara con una de las patas anteriores de Derecho Delante.

¿Era esto, pues, lo que le había confiado el lama sTod Gling?: ¡aquellos dos bebés que, al parecer, no tenían más que unos pocos días de vida!

El joven monje, que no había tocado en su vida la piel de un niño de pecho, no se consideraba con vocación de cuidador de niños y menos de tan corta edad.

Contempló el pataleo que acababa de organizarse en el capacho que tenía a sus pies y se sintió tan torpe como una gallina con unas tijeras…

Entretanto, aprovechando el desasosiego que acababa de hacer presa en su nuevo amo, el cual había soltado además la traílla con que la sujetaba, la perra amarilla Lapika se precipitó hacia la cesta y se puso a dar lengüetazos a las naricitas de los pequeños como si intentara apaciguarlos y el hecho es que debieron de reconocerla, puesto que su llanto cesó como por ensalmo.

Saliendo de su consternación, Cinco Prohibiciones comprendió por qué el monje había insistido tanto en que lo acompañase la perra: los dos bebés estaban familiarizados con el can.

Cinco Prohibiciones permaneció absorto, inmóvil como una estatua, un cuarto de hora largo, ocupado en reflexionar sobre la nueva situación.

Era evidente que había encontrado lo que Pureza del Vacío le había encargado pero, además, acababa de heredar dos bebés y no sabía qué haría con ellos.

Su primera reacción fue decirse que se desharía de ellos al precio que fuera, por lo que volvería al monasterio y los dejaría delante del porche.

Se volvió maquinalmente para ver si la puerta del monasterio de Samyé seguía abierta.

Pero estaba herméticamente cerrada.

¿Tendría el valor de abandonar a los dos pequeños y de dejarlos a la intemperie, al pie de la tapia del convento, donde corrían el riesgo de ser víctimas de los perros errabundos?

La perspectiva dibujó en el rostro del monje una mueca de disgusto. ¿Cómo iba a desentenderse de aquellos niños que no le habían hecho ningún daño y no tenían ninguna culpa, pobres inocentes, de lo ocurrido?

Se odió casi por haberse atrevido a pensar tal cosa, una decisión tan extraña a la obligación de mostrarse compasivo con los demás que todo budista debe respetar.

Pensándolo bien, aquel sorprendente regalo no era más que la contrapartida que le había permitido retirar sin problemas el *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura* de la reserva de libros de Samyé.

Tenía que ser forzosamente imperiosa la razón que había movido al lama sTod Gling a confiarle aquellos dos pequeños.

En cuanto a la perra amarilla que también le había endosado, ahora veía muy claramente que su misión era amamantar a los niños.

Mientras acababa de convencerse de que no le quedaba más remedio que llevarse a los niños, Cinco Prohibiciones veía cada vez más claro que se había convertido en depositario de una especie de rareza e incluso que el lama sTod Gling le había confiado una misión.

Adivinaba que el lama no había tenido más salida que proceder de aquel modo y que a buen seguro aquellos dos bebés, por razones que se le escapaban, no tenían sitio en el monasterio de Samyé.

¿De dónde habían salido? ¿Quiénes podían ser sus padres? ¿Por qué razón se encontraban en un convento dónde monjas y monjes hacían voto de castidad y donde, por tanto, estaban rigurosamente prohibidas las relaciones sexuales entre religiosos, hasta el punto de encontrarse catalogadas entre las transgresiones más terribles, capaces de causar la expulsión de los interesados? ¿Por qué aquel lama sTod Gling se había encargado de confiárselos nada menos que a él, alguien a quien sólo conocía desde hacía unas horas, tras adivinar —he aquí otro hecho inexplicable— que había ido a Samyé para llevarse el *sutra* depositado en el monasterio por Pureza del Vacío?

En la cabeza del joven monje bullían preguntas y conjeturas de todo tipo.

Delante del semental Derecho Delante, con el capacho a sus pies, donde los dos bebés, gracias a los eficaces lametazos de Lapika, se habían vuelto a dormir, Cinco Prohibiciones había tenido la desagradable impresión de encontrarse ante un gigantesco enigma del que no disponía siquiera del más mínimo elemento.

Consciente de que tenía pocos caminos que elegir, el joven monje no tardó en adoptar el que pensaba seguir.

Pensó, pues, que volvería a Luoyang con el *sutra* y los bebés por añadidura y que fuese el Venerable Pureza del Vacío quien se encargase de decidir la suerte de aquellos niños, llamados a su vez a profesar las órdenes.

Estimaba que no sería injuriar la regla del Bienaventurado, o eso le hacía creer su gran ingenuidad, hacer en aquel caso la excepción de rebajar la edad de ingreso en el noviciado.

Para el incorregible optimista que seguía siendo debido a su edad y a su carácter, todo iría a mejor.

Dadas las circunstancias, de momento no había que hacer otra cosa que sujetar aquella cesta con los pequeños dentro en el lomo de Derecho Delante y el estuche del *sutra* en la silla del semental antes de partir sin exigir más explicaciones.

El enviado de Pureza del Vacío estaba tan absorto en sus pensamientos que franqueó, en sentido contrario, el paso de las dos *estupas* sin prestar atención siquiera a los «caballos de viento» que, sin embargo, restallaban

con más fuerza que la víspera a causa de las ráfagas de una violenta tempestad.

Tras una hora de marcha sostenida, volvió a arreciar con fuerza renovada el llanto que salía de la cesta.

Los niños debían de tener hambre.

La gran perra amarilla Lapika, pegada a las piernas de Cinco Prohibiciones, no paraba de lamentarse.

Le palpó las ubres y vio que estaban repletas de leche, por lo que bajó la cesta de la grupa del caballo y la dejó delicadamente en el suelo.

Después, con gesto torpe por miedo a lastimarlos, retiró las ropas que cubrían a los bebés antes de colocarlos, con precauciones infinitas, contra el vientre de la perra que, echada en el suelo, se dejó hacer y lanzó gruñidos de satisfacción cuando las boquitas se pegaron golosamente a sus ubres.

Como era noche cerrada, Cinco Prohibiciones no vio en un primer momento nada extraño en los dos bebés mientras asistía al enternecedor espectáculo de verlos mamar de la perra.

Fue en el momento de retirarlos, ahítos, de la perra cuando Cinco Prohibiciones, además de advertir que se trataba de un niño y una niña, hubo de percatarse con gran sobresalto de la terrible mácula que cubría la mitad exacta del rostro de esta última.

Su cara, dividida en dos mitades siguiendo la arista de la nariz, presentaba una zona perfectamente lisa y clara, mientras que la otra mitad, en cambio, estaba ocupada por una mancha roja recubierta de una ligera pelusa que partía de la punta de la barbilla y subía hasta la raíz de los cabellos.

Contemplada de perfil por el lado normal, no se observaba nada especial en su semblante, como no fuera una carita encantadora; vista, en cambio, desde el lado peludo, la mitad de aquel rostro era tan insólito debido a los pelos y a la tonalidad rojiza de la piel que hacía pensar en una raza desconocida de mono.

En cuanto al resto, el cuerpecillo de la niña, gordezuelo y sonrosado, fruncido aún como los de los recién nacidos, al igual que el del niño, no presentaba ninguna otra anomalía.

¡Había heredado una parejita, pero era indudable que la niña era un monstruo!

El frío era tan intenso que Cinco Prohibiciones, con las prisas para abrigar a los dos pequeños, no dedicó mucho tiempo a observar aquel fenómeno que de momento lo dejó sin aliento.

Por curioso que parezca, pasado el primer momento de sorpresa, el joven monje advirtió que no había sentido repulsión alguna al contemplar aquella carita tan extraña como bella y hasta le pareció que aquel curioso particularismo la asemejaba a una de esas máscaras bicolores, roja y blanca, que algunos actores de teatro de feria usaban en Luoyang en días de fiesta.

Los rasgos de la niña, de finura exquisita, no quedaban rebajados ni un ápice con la anárquica pilosidad ya que, debajo de ella, la tez tenía el aspecto y el color de las frambuesas maduras.

Sería quedarse corto afirmar que la niña, pese al defecto que la aquejaba, era hermosa.

Su encantadora naricilla, ligeramente respingona, dominaba una boca de dibujo perfecto, mientras que sus ojos risueños, redondos como canicas, miraron fijamente a Cinco Prohibiciones cuando éste la cogió en brazos para devolverla al abrigo de la cesta.

Al contemplar a aquellos niños que se había jurado transportar sanos y salvos a Luoyang, ahora de nuevo uno junto a otro como dos marmotas en su madriguera, Cinco Prohibiciones no tardó en experimentar la sensación de que, a partir de aquel momento, los sentía un poco suyos.

También pensó que, lastrado de aquel modo, necesitaría más tiempo para volver a Luoyang que el empleado para trasladarse a Samyé.

Para satisfacer a los bebés, igual de voraces los dos, había que pararse aproximadamente cada cuatro horas.

Precisamente era lo que debía hacer ahora, ante las narices del *ma-ni-pa*, ya que los dos pequeños habían empezado a reclamar alimento.

—¡Om! ¡Esa perra se ha convertido en la tata de los Gemelos Celestiales! —murmuró, fascinado ante el espectáculo del can echado en tierra a cuyo vientre Cinco Prohibiciones acababa de arrimar al niño y la niña.

En el Tíbet llamaban tata a la «tía paterna» y su obligación consistía en suplir a la madre si ésta se veía impedida de cuidar de sus hijos.

Así que terminaron de mamar, Cinco Prohibiciones apartó a los gemelos de aquélla «tía paterna» de larga pelambrera leonada, que comenzó a lamer copiosamente los pies del monje errante.

Juzgó, pues, que era una buena señal.

La actitud de la perra no llevaba a engaño. Más bien tranquilizaba en cuanto a las intenciones pacíficas de aquel que acababa de tomar por un monito a aquella niña con la mitad del rostro de seda y la otra mitad teñido de rojo.

—¡Son, como mínimo, semidioses! ¡Tienes suerte de poseer este tesoro! —le soltó el *ma-ni-pa*.

—Me he dado cuenta de que los llamabas Gemelos Celestiales. ¿Por qué les das ese nombre? —preguntó, algo sorprendido, el joven monje, que acababa de soltar a Derecho Delante para que ramoneara en un angosto tapiz de hierba llena de pinchos que se extendía al otro lado del camino.

—¡Veo que no conoces los orígenes del pueblo tibetano! —exclamó el monje errabundo elevando los ojos al cielo.

—¡Ponme tú al corriente! —le replicó, molesto, Cinco Prohibiciones.

Los rudimentos de tibetano que le permitían sostener una conversación con aquel monje errante no le permitían, sin embargo, conocer las leyendas relacionadas con sus propios orígenes, según las contaba aquel pueblo.

El *ma-ni-pa* le indicó con el gesto que se sentara a su lado en un montículo rocoso desde donde se divisaban unas pirámides cubiertas de nieve, tan imponentes que parecían alcanzar el cielo.

Y allí, ante aquellas montañas sagradas que sostenían el Techo del Mundo, acompañándose de un gesto y una mímica elocuentes por demás, comenzó a hablarle de sus convicciones y del respeto que le inspiraba aquella historia: la de los primeros hombres del país de Bod.

—Nuestro antepasado original nació de un Mono y de una Diabla de las Rocas. Sucedió en los bosques del Gran Sur, donde hay tal espesura de árboles que los rayos del sol no llegan jamás a penetrarlos. Sus hijos tenían la cara roja y peluda… ¡exactamente como esa niña! El *bodhisattva* Avalokitesvara, movido a piedad, los transformó en hombres y mujeres de

aspecto normal y concedió a aquellas criaturas, que se morían de hambre y de sed en verano y de frío en invierno, las «cinco clases de granos»: mostaza, alforfón, sésamo, arroz y guisantes. Y así fue como nacieron las generaciones de las que procedemos nosotros, tanto unos como otros, los que vivimos en el país de Bod.

Y dicho esto se prosternó por tres veces delante de los niños juntando las manos a la altura de la frente.

—Así pues, si debo creer en tus palabras, esos niños serían la reencarnación de aquella pareja original, ¿verdad? —preguntó Cinco Prohibiciones, impresionado por aquellas palabras.

—¡Exacto! Es más, ¡totalmente exacto! Aunque en ese caso la niña tiene el aspecto de un mono y el niño el de un hombre. ¡Prueba de que la Rueda de la Ley sigue girando! ¡Y así es! Esos niños no pueden ser otra cosa que la reencarnación de nuestros semidioses originales —respondió el monje errante con aire casi triunfal y una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes gastados y negruzcos.

Frente a él, Cinco Prohibiciones, cada vez más desconcertado, comenzó a buscar mentalmente un texto sagrado del Gran Vehículo en el que fuera posible apoyarse para explicar aquella increíble particularidad que afectaba la mitad del rostro de la niña.

Contemplando las cumbres, cuya blancura inmaculada le hacía pensar en el nirvana, recordó de pronto la historia de aquel monito que, a fuerza de ayunar como un asceta, se dejó morir de hambre a orillas del Ganges en tiempos del reinado del rey-poeta Harsha, poco antes del nacimiento del Buda, en un lugar sagrado llamado Prayâga.

Todos los monjes del Gran Vehículo que volvían de su peregrinación siguiendo las huellas de Buda contaban la edificante historia de aquel primate: el simpático monito se había comportado como un devoto de los más piadosos. Se rendía un culto particular a su memoria, que llamaba la atención de todos los viajeros que pasaban por Prayâga: los que acudían a venerar el alma del primate debían, a guisa de devoción, agarrararse con brazos y piernas a unas pértigas enormes hincadas en el lecho del río antes de extender el cuerpo en sentido horizontal, igual que una bandera sujeta al

asta, al tiempo que seguían intensamente con la mirada el curso del sol a través del cielo desde la aurora hasta el crepúsculo.

La niña podía ser, en efecto, la reencarnación de aquel mono asceta que anunció con su comportamiento la llegada del Buda a la tierra.

Pero ahora Cinco Prohibiciones acababa de acordarse de otra historia: la de un monito rojo que acudió a ofrecer a Buda, no lejos de Mathura, un cuenco de miel silvestre. Con el júbilo que sintió al ver que el Bienaventurado aceptaba su ofrenda, el animal dio un paso en falso y se mató al golpearse la cabeza con una piedra. Movido a piedad, el Bienaventurado se ocupó de que el generoso animal llegara a buen fin, por lo que lo reencarnó de inmediato en el cuerpo de un santo, transformando así aquel terrible accidente en hecho positivo.

Ahora bien, habían existido otros momentos, en el curso de sus innúmeras vidas anteriores, en que los monos habían desempeñado una función en la vida del Bienaventurado, por ejemplo llevándole, lleno hasta los bordes, su cuenco de las limosnas, después de habérselo robado.

Entre Buda y los monos existía una larga historia.

Sentado en una piedra al lado del monje errabundo, Cinco Prohibiciones, a medida que rememoraba aquellas anécdotas relatadas por las Sagradas Escrituras, no podía evitar cierta inquietud ante aquellos bebés. Ahora estaban dormidos, ahítos de leche y saciados, sus caritas cubiertas por el paño de la cesta, junto a la cual se había tumbado Lapika, como dando a entender que no había que desconfiar de aquellos pequeños seres.

—Tendré que partir. ¡El camino es largo! —dijo finalmente Cinco Prohibiciones.

—¡Om! ¿Dónde piensas llegar? Debes ser consciente de que esos Gemelos Celestiales que transportas son una reencarnación de la pareja fundadora de este país. ¡Om! ¡Mani padme hum! —profirió el *ma-ni-pa* cayendo de rodillas cuando el joven monje sujetó la preciosa cesta a la grupa del caballo.

—Tengo que llevar a estos niños a mi casa, hasta la China central. Los cuidaré con gran dedicación. ¡No te inquietes por eso! —acabó por decir Cinco Prohibiciones, que trataba de afirmar el capacho poniendo la máxima atención en la operación.

—¡El camino es peligroso! ¡Muy peligroso, diría yo! Está infestado de bandoleros y ladrones. Los peores cortan los dedos de sus víctimas, hacen collares con ellos y se los cuelgan del cuello —añadió con voz temblorosa el monje errante.

Sus ojos desorbitados reflejaban el miedo que le inspiraba la descripción de aquellas «guirnaldas sagradas» que algunas bandas armadas que merodeaban por el país de Bod, más sanguinarias que otras, llevaban con gran desenvoltura colgadas del cuello.

Cinco Prohibiciones no entendió a qué aludía su interlocutor. Pureza del Vacío no le había hablado jamás de aquellos bandidos del Tíbet.

—¿Estás seguro de que no confundes a esos bandoleros con los ascetas indios que recorren los caminos enteramente desnudos (ellos dicen que van vestidos de azul) y llevan colgados del cuello rosarios de cráneos humanos? Veneran a un dios capaz tanto de lo peor como de lo mejor al que llaman Siva —le replicó Cinco Prohibiciones.

—Jamás he oído hablar de esos hombres desnudos de la India. En cuanto a esos hombres de los que te he hablado, créeme, mejor no topárselos si uno recorre solo los caminos del país de Bod.

—¿Estás hablando de bandoleros llegados de otros lugares que frecuentan esas montañas en busca de presas fáciles?

—¡Om! ¡Exacto! No son nunca tibetanos los que capturan a los viajeros y los convierten en rehenes. Nosotros somos gente tranquila y pacífica —respondió el *ma-ni-pa* ajustándose los calzones.

—¡Igual que yo, adepto del Gran Vehículo! Pese a lo cual, soy un apasionado de las artes marciales.

—Cuídate, no te digo más. ¡Esos dos pequeños semidioses no merecen ser vendidos en un mercado de esclavos!

—En tal caso, ¿no dispones de un *mantra* o, mejor, de un talismán capaz de evitarme un encuentro desagradable?

El rostro del *ma-ni-pa* se iluminó.

—¿Conoces la diferencia que existe entre las Dos Verdades? —preguntó al joven monje, que ya se aprestaba a seguir su camino.

Cinco Prohibiciones negó con un gesto de la cabeza.

—Está eso que llamamos la Verdad Absoluta, reservada a los iniciados, a los que saben practicar la «doctrina profunda». Y está la Verdad Relativa, que es la accesible a todos los demás. ¿En qué espacio de Verdad te alineas tú? —le dijo, suspicaz de pronto, el *ma-ni-pa*.

Derecho Delante, dispuesto a partir, comenzó a relinchar, lo que obligó a Cinco Prohibiciones a ceñirse contra su cuerpo para tranquilizarlo.

—No he aprendido nunca a practicar vuestra «doctrina profunda». Lo único que sé de vuestros cultos son los rudimentos que me enseñó mi profesor durante mi noviciado. En las estancias donde oráis, no reconocería siquiera la cuarta parte de las divinidades que ocupan los muros. ¡Todos esos demonios dan la impresión de estar paseándose por el infierno! —confesó Cinco Prohibiciones, molesto ante la impaciencia del semental.

Con esas palabras aludía, pese a reservarse el nombre del lugar de donde procedía, a lo que había visto en Samyé cuando el lama sTod Gling le hizo recorrer el dédalo de pasadizos que conducían a su celda.

Estatuas enmascaradas que, con sus múltiples brazos y piernas, parecían soles que vomitasen llamas por sus horribles fauces, ataviadas con guirnaldas de cráneos humanos colgadas del cuello, además de los Lokapala, aquellos «Cuatro Guardianes de los puntos cardinales» de rostros amenazadores que reflejaban un odio feroz, a los que sólo le habían quedado ánimos para dirigirles una mirada asustada mientras seguía al lama a través de corredores y salas de oración del monasterio… Ahora todo aquello afloraba a la superficie de su espíritu.

—¡Nuestros ritos son complejos, pero también justos! Se acercan a la Verdad —se limitó a responder el monje errante.

—Yo no soy más que un modesto adepto del *Dhyâna*, esa rama de la religión budista que en China llamamos «Chan» cuya base es la meditación trascendental —prosiguió Cinco Prohibiciones como excusándose por haber hablado demasiado.

—¡En ese caso no eres apto para llegar a la Verdad Absoluta! —exclamó medio en broma el *ma-ni-pa*.

—¡Nosotros, los del Gran Vehículo, nos contentamos con la búsqueda de la Vacuidad! —le espetó Cinco Prohibiciones, algo molesto, antes de

añadir—: Con gusto seguiría hablando contigo, pero el tiempo apremia. ¡Debo ponerme en marcha!

—Así pues, no me queda más que desearte el mejor viaje posible y lo mismo a los Gemelos Celestiales. También a mí me llama el deber. ¡Tengo una misión que cumplir! —exclamó el *ma-ni-pa* antes de hacer una especie de pirueta y de echar a correr, como huyendo, ante los ojos un tanto atónitos de Cinco Prohibiciones.

El enviado de Pureza del Vacío lo contempló mientras corría y se perdía a lo lejos al tiempo que él retenía, agarrándola por el cuello, a la perra amarilla transformada en furia, la cual había abandonado un momento la custodia del capacho y con gusto se habría lanzado en persecución de aquella mancha informe e hirsuta, recubierta de pelo, semejante a un monstruoso yak humano o a un fugitivo.

Entonces, pese a la distancia, Cinco Prohibiciones pudo oír perfectamente lo que el hombre, que se había detenido y acababa de volverse, le gritaba:

—¡Ocúpate de los Gemelos Celestiales! ¡Serán adeptos a la Verdad Absoluta! ¡Cuidado con los bandidos! ¡Om! ¡Mani padme hum!

—¡Gracias por el consejo! Si nos atacan, sabré defenderme. ¡Adiós, *ma-ni-pa*! —le gritó a su vez Cinco Prohibiciones rodeándose la boca con las manos a manera de megáfono para hacerse oír.

Apenas había pronunciado la frase cuando, no sin estupefacción, vio que el *ma-ni-pa*, en lugar de proseguir su camino, se dirigía hacia él a toda prisa.

De pronto tuvo miedo.

Por algo había descubierto un comportamiento extraño a aquel personaje estrafalario.

¿Qué querría de él aquel monje errante lanzándose así de pronto hacia él a toda velocidad? ¿Odiaba de repente a los niños? ¿A qué misión había hecho discreta alusión antes de partir?

Por lo que pudiera ser, comprobó que los dobles nudos de la cuerda que sujetaba la cesta a la silla de Derecho Delante estaban bien apretados. Y se tentó el cinto para asegurarse de que seguía en su sitio el puñal que llevaba oculto entre los pliegues de la ropa.

El monje errante, ahora, estaba muy cerca. Hasta notaba el olor ácido de la piel grasienta del yak.

Pero Cinco Prohibiciones, llevándose la mano al cinto, dispuesto a sacar de su escondrijo la cortante hoja de su puñal, comprobó no sin alivio que el *ma-ni-pa* le sonreía con toda su boca desdentada.

—Había olvidado una solución eficaz para lo que te queda del viaje, ¿por qué no pones a esos niños-dioses bajo la protección divina de la «Cosa Preciosa»? ¡Sus virtudes son incomparables!

—¿Para eso has vuelto? ¿A qué «cosa» te refieres?

—¡Om! ¡Mani padme hum! ¡Adiós! Acuérdate de pedir la protección de la «Cosa Preciosa» y no quedarás descontento.

Y entonces, a medida que el monje errante, aullando a las montañas su fórmula ritual, iba perdiéndose de nuevo en el camino, esta vez para desaparecer en él, minúscula mancha negra engullida por el caos mineral, el eco de su ensalmo, repetido indefinidamente, acabó perdiéndose en los infinitos espacios de las montañas inmaculadas cuyas cimas se elevaban hacia el cielo.

IX

EN LAS MONTAÑAS DEL PAÍS DE LAS NIEVES

Finalmente, el Divino Bienaventurado había provisto a ello.

¡Alabado fuera!

¡Estaba en el buen camino!

Así eran los actos de gracia que Buddhabadra formulaba a la atención de aquel que había terminado por manifestarse y de quien tanta necesidad tenía: el Bienaventurado Buda.

Ya era hora, porque le dolía mucho el tobillo izquierdo y a duras penas podía avanzar.

Por eso Buddhabadra habría abrazado de mil amores aquella piedra elevada groseramente tallada que servía de mojón en la que aparecían grabadas una flecha y el nombre de Samyé para indicar al viajero la dirección del monasterio.

Hacía dos semanas que el Superior del Único Dharma de Peshawar vagaba por la montaña sin llegar a encontrar el camino del monasterio más venerable del País de las Nieves.

La aparición de aquel mojón en aquella encrucijada donde coincidían no menos de tres caminos señalaba el final de un increíble vagabundeo de casi tres meses durante el cual había estado a punto de perder la vida.

Era una marcha que había empezado inmediatamente después de su partida de Samyé, al verse obligado a abandonar a su elefante blanco en la tormenta de nieve después de enviar al cornaca al primer albergue que

encontraron pretextando que debía reservar en él la plaza del elefante y esperarlo.

Y lamentablemente, a partir de entonces no había ocurrido nada de lo previsto.

Sin embargo, contemplando con satisfacción el mojón salvador, Buddhabadra se dijo que no debía lamentar por nada en el mundo las numerosas peripecias que había vivido.

Ahora que disponía de perspectiva suficiente, incluso estaba convencido de que, en medio de su desgracia, se había ahorrado serios contratiempos en el momento en que, después de un periodo de estabilidad y de paz, se inauguraba una nueva era de rivalidad y de conquista entre las corrientes del budismo.

¡Y pensar que Buddhabadra había necesitado un increíble concurso de circunstancias para advertir la inutilidad de la estafa que, a fuerza de persuasión y diplomacia, le había obligado a aceptar Pureza del Vacío, el Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales!

Desde que, hacía unos meses, un descubrimiento abrumador que había hecho en Peshawar, catastrófico para la credibilidad de su monasterio y desconcertante para sí mismo, ya que acababa por hacerle dudar de todo, comprendida la realidad de la existencia terrena de Buda, las cosas se habían ido encadenando de mal en peor como las cuentas de un rosario maléfico.

La única solución consistía entonces en invertir la situación haciendo que lo negativo se transformase en positivo. Había quien llamaba a esto «hacer algo nuevo de lo viejo», en tanto que otros, adeptos a las artes marciales, decían que era «volver contra él las fuerzas de un enemigo».

Pero Buddhabadra, nada descontento de sí mismo, con la pierna dolorida pero la moral siempre en alto, situado delante del mojón, podía afirmar de sí mismo que no salía tan mal parado como eso del asunto.

Puesto que él venía de lejos.

Lo que le había explicado, a manera de demostración irrefutable en apoyo de sus palabras, aquel hombrecillo que fue a consultar en el centro de la ciudad de Peshawar era tan dramático que no había tenido valor para revelárselo a nadie, ni siquiera a su acólito, Puñal de la Ley.

Así fue como se condenó a no compartir con nadie aquel secreto, por elevado que fuese el precio que le costase…

¡Y pensar que había creído obrar bien al ir a ver a aquel hombrecillo sobre el cual se había informado debidamente y acerca de quién le habían asegurado que era uno de los mejores especialistas en su género!

Ya que lo más pasmoso era aquella intuición que lo había empujado a hacer aquel gesto, como si dudase de que allí había algo que fallaba y que convenía, ahora que sus dos colegas lo intimaban a obedecer, saber a qué atenerse.

Lo que sintió, después de su breve incursión en la ciudad y tras haberse encerrado bajo doble llave en su celda, al abrigo de miradas indiscretas, estaba mucho más allá de la rebelión. Era una mezcla de desesperación e incomprensión total que lo llevó incluso a lamentar amargamente haber solicitado el parecer del hombrecillo.

Cuando creía disipar sus dudas, hete aquí que el Superior de Peshawar acababa de desencadenar un verdadero cataclismo.

Durante tres días y tres noches, atenazado por la angustia, Buddhabadra estuvo dando vueltas y más vueltas al problema en todos los sentidos antes de rendirse a la evidencia: no había más remedio que seguir comportándose y actuando como antes ya que, en el monasterio del Único Dharma, todos debían seguir ignorando lo que él había sabido, so pena de arrastrar a toda la comunidad a un torbellino destructor.

Fue, pues, con gran aflicción, avergonzado de mentir así a todo el mundo, como se vio obligado a partir hacia Samyé como si se tratase de algo carente de importancia, aunque procurando hacerse acompañar por el elefante blanco.

Para evitarse problemas, por si debido a alguna circunstancia extraordinaria Ramahe sGampo y Pureza del Vacío descubrían el pastel, llegó al extremo de llevarse la Santa Pestaña de Buda, encerrada en un corazón de madera de sándalo, que contenía también lo que sus compañeros le habían intimado a que les ofreciera…

Con la precipitación, mientras se entretenía con los preparativos del viaje, pensó que aquel pelo minúsculo, bastante difícil de localizar en el

interior del oloroso relicario, podría servirle de sustituto si, por desgracia, salía a relucir la verdad.

De todos modos, se arrepentía de continuo de haber privado a su monasterio de la reliquia utilizada para la Peregrinación, ya que faltaban muy pocos días para que se celebrara.

Convencido, sin embargo, de que la astucia y la habilidad de su fiel Puñal de la Ley sabrían librar a la comunidad de aquel mal paso provisional, no dudó un solo momento al considerar todo lo que estaba en juego.

¡Ya que lo que allí se debatía era ni más ni menos que el porvenir del convento del Único Dharma!

Buddhabadra, pues, estaba convencido de que no tenía donde elegir.

Nos quedaríamos cortos si dijéramos que los episodios siguientes de aquel terrible asunto, cuyo resultado podía llegar a ser tan extremadamente trágico, confirmaron sus temores.

Lo que siguió, en efecto, estaba muy mal engarzado, comenzando por la reunión fallida, en Samyé, donde se encontraron tres, con Pureza del Vacío y Ramahe sGampo, cuando habrían debido ser cuatro.

La ausencia del cuarto ladrón, el único que no estuvo presente en el acto, juez y parte a la vez, ya que era testigo y fiador, impidió el cónclave a pesar de estar previsto desde hacía cinco años.

Buddhabadra, desesperado y mohíno, vio entonces que su desplazamiento a Samyé, desafiando mil peligros, franqueando un número incalculable de puertos y caminando meses enteros a través de la ventisca y la nieve por los inciertos caminos del País de las Nieves, había sido inútil.

Al final de aquel cónclave abortado, mientras bebían un cuenco de té, sentados en un banco de uno de los inmensos patios alrededor de los cuales se articulaban los edificios del monasterio de Samyé, su conversación, anodina al principio, se orientó rápidamente hacia temas mucho más esenciales.

—¡Busco la manera de procurar recursos suplementarios al monasterio del Único Dharma! —confesó ingenuamente, o por lo menos lo juzgó así a partir de ese momento, Buddhabadra a Pureza del Vacío.

—¿No os bastan los dones de los peregrinos? ¿No es cierto que vuestras peregrinaciones, según se dice, atraen a millares de devotos?

—Las entradas de dinero son ahora insuficientes debido a que ha crecido mucho el número de nuestros monjes. En la India, las autoridades civiles no nos dan nada.

—En China, el comercio de la seda es lo que permite a las autoridades mostrarse algo generosas con nosotros… pero desgraciadamente en proporciones mucho más modestas de lo que imaginas…

—Dicen que la seda es la mercancía más cara.

—¡Y sobre todo la que permite al Estado recaudar impuestos más cuantiosos!

Sumido en sus pensamientos, en medio del patio donde los jóvenes novicios, formados en hileras impecables, se aprestaban a dirigirse a sus rezos, Buddhabadra tuvo una idea susceptible de solucionar todos los problemas que surgirían del trágico descubrimiento que había hecho en Peshawar.

Y sintiéndose en un ambiente de confianza, se apresuró a hacer partícipe de la idea a Pureza del Vacío:

—Saldríamos de apuros si encontrásemos el medio de fabricar seda en Peshawar.

—Para producir hilo de seda basta con disponer de gusanos y de moreras, sin olvidar tampoco un buen manual. Créeme si te digo que es más fácil de lo que parece.

—¿Dónde podríamos procurárnoslo todo?

—La ley china castiga con la muerte a aquellos que se dedican al tráfico de seda y también a los elementos que permiten fabricarla. La venta de moreras y gusanos está estrictamente controlada por una policía especial que depende de la administración de la seda…

—¿Podrías tú proporcionármelos?

Ante aquella proposición que así, de repente, Buddhabadra acababa de formularle de manera tan abrupta, Pureza del Vacío se sobresaltó al creer haberlo ofendido.

—¡Me juzgarás un caradura! —añadió precipitadamente, consciente de que tal vez se había excedido.

Pero para gran sorpresa suya, el Superior *mahayanista*, lejos de montar en cólera, le respondió en el mismo tono:

—Todo trato comercial comporta un precio. ¿Cuál sería tu contrapartida?

—¡Hazme una propuesta!

—Me pides nada menos que conculque la ley de mi país y que haga una cosa que, de llegar a conocimiento de las autoridades, pondría al Gran Vehículo en situación muy embarazosa. ¡Ya puedes adivinar qué voy a pedirte a cambio! —concluyó Pureza del Vacío con expresión impasible.

¡Hacer algo nuevo con lo viejo!

¡Volver contra él las fuerzas del enemigo!

Propiamente hablando, se trataba de un verdadero milagro.

Al final de aquella reunión lúgubre que había terminado apenas comenzada, Pureza del Vacío —¡nada menos que él!— propuso a Buddhabadra aquella martingala que le permitiría salir de una sola tacada de todas sus cuitas.

—Sé muy bien en qué estás pensando. Y esto me viene que ni pintado. Estoy pronto a satisfacerte… si me procuras las liendres y las plantas —le respondió Buddhabadra con voz temblorosa al tiempo que sentía una inmensa vergüenza ante tal cantidad de mentiras y engaños.

Si Pureza del Vacío descubría el pastel, no podría por menos —y razón le sobraría para ello— de considerar a su colega de Peshawar un estafador y un embustero de lo más vulgar…

¡A qué cosas se veía abocado uno cuando era el jefe de una Iglesia enfrentada a situaciones dramáticas para favorecer el interés y la credibilidad de la misma!

Así pues, la vergüenza no había ahogado los impulsos de Buddhabadra.

Y por otra parte, desde que había descubierto que el Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang lo había engañado —¡y de qué manera!—, ya no sentía el más mínimo remordimiento en relación con él.

Todo esto demostraba que, a partir de ahora, cada uno actuaba en beneficio exclusivo de su Iglesia y se libraba a una lucha en que todos los golpes serían, como hacía poco tiempo, permitidos.

Pero cuando estaba sentado en compañía de su colega del Gran Vehículo en un banco de piedra del patio principal del convento de Samyé, Buddhabadra no sospechaba que Pureza del Vacío lo manipulaba hasta ese punto. Por esto no hubo nada que le impidiera arrojarse a sus brazos, abrazarlo efusivamente y dar rienda suelta a su alegría.

Pero de pronto sintió una última oleada de arrepentimiento en lo más hondo de sus entrañas.

—¿Y si te propusiera la Santa Pestaña a cambio? Es fácil de transportar, pasa inadvertida y es una reliquia discreta —exclamó en el tono más jovial posible.

—Puede ser discreta, sin duda, pero… ¿cómo diría yo?… ¡sería banal! ¡Son muchos los monasterios que poseen una Santa Pestaña del Bienaventurado! —le replicó Pureza del Vacío.

Pero Buddhabadra seguía dudando porque no llegaba a eliminar todos los escrúpulos que le asaltaban.

—Basta con que dentro de tres meses me lleves a Luoyang el objeto de nuestro acuerdo. Así tendrás tiempo sobrado de reflexionar.

—¿Y si no respeto mi palabra? —farfulló Buddhabadra, sorprendido y algo desorientado ante tanta magnanimidad.

—Estoy dispuesto a dejar aquí en depósito mi *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura* y tú te encargarás de traérmela. ¡Así te verás obligado a venir a Luoyang! —le propuso Pureza del Vacío.

Entonces, enfrentado a tanta insistencia, el Superior de Peshawar abandonó sus escrúpulos. Así pues, los dos religiosos llegaron a un acuerdo en este punto.

—Tengo confianza en ti. Tres meses es un plazo perfecto. Justo el tiempo que necesito para conseguir lo que te he prometido. ¡Avisaré en seguida a Ramahe sGampo! —añadió, visiblemente feliz, el *mahayanista*.

—¡Estamos unidos como nunca! —exclamó Buddhabadra.

¡Huevos del gusano de la seda y moreras!

Esto era lo que Pureza del Vacío se había empeñado en procurarle a cambio de lo que seguía encerrado en la cajita de madera de sándalo en forma de corazón guardada en el bolsillo a pesar de todas las desventuras pasadas…

Desde entonces, circunstancias fortuitas que daban testimonio del apoyo que el propio Bienaventurado debía conceder a su manera de defender los intereses tan amenazados de su Iglesia habían permitido a Buddhabadra que comprendiera el apresuramiento de Pureza del Vacío.

¡Cuándo creía haber engañado a ese último, había faltado poco para que ocurriera lo contrario!

En realidad, una vez cerrado aquel trato inesperado, lo único que debía hacer Buddhabadra era dejar que el imbécil de cornaca que lo acompañaba, que apenas si servía para cepillar a los paquidermos, creyera que volvían a Peshawar habiendo cumplido su misión.

Pese a que era la enésima vez que revivía aquel triste episodio, sentía el corazón en un puño cuando pensaba que había abandonado al elefante blanco allí donde se cruzaba el camino que llevaba a Kashgar después de haber hecho que el cornaca se adelantara con la excusa de preparar su instalación en la posada.

El animal, que padecía terribles grietas en las patas y que cada vez tenía más dificultades para avanzar, no habría podido seguirlo hasta el final.

Con el corazón destrozado, pues, se decía para sus adentros que había obrado a favor del interés superior de toda la comunidad abandonando a su suerte, en plena tormenta de nieve, a aquel paquidermo sagrado que tanto quería.

—Debes insistirle al hospedero: el elefante tiene que dormir al abrigo. Si no aparezco a los dos días de tu llegada al albergue, será señal de que la tempestad me ha retrasado… Pagarás por adelantado la instalación del elefante blanco en el establo y saldrás hacia Peshawar, donde llegarás antes que yo, y así podrás tranquilizar a mis hermanos que me están esperando y que ya deben de estar haciéndose mala sangre. Así que llegues, les dirás simplemente que me he retrasado un poco —ordenó al cornaca en medio de una ventolera glacial e insoportable en el cruce de caminos donde el de Samyé se unía a la ruta de los pasos del Pamir.

Sabía que dejaría a su comunidad sumida en la aflicción y el miedo cuando los monjes viesen que, después del regreso del cornaca, tardaba tanto en volver. Pese a todo, estaba convencido de haber tomado la decisión más conveniente.

La única manera de escapar a las terribles consecuencias de lo que había descubierto en Peshawar consistía en llevar a la práctica el inesperado acuerdo que había tomado con Pureza del Vacío y cuya conclusión significaba el milagroso final de los problemas que desde hacía meses inquietaban sus noches.

Y para conseguirlo convenía que Buddhabadra estuviera solo, se sintiera enteramente libre de hechos y gestos y no tuviera que presentar cuentas a nadie más que a sí mismo.

Así, aunque afligido, Buddhabadra no se volvió siquiera cuando dejó abandonado en la montaña nevada, que no tardaría en convertirse en su tumba, a aquel animal soberbio cuya presencia en Samyé resultaba indispensable para salvar las apariencias.

Buddhabadra, entretanto, se había jurado que, así que estuviera de vuelta a Peshawar, ordenaría que se hicieran batidas en los bosques del norte de la India para ver de encontrar a otro elefante blanco adulto tan impresionante y vigoroso como aquel pobre animal al que, bien a su pesar, había condenado.

En libertad, por fin, de movimiento se detuvo en el primer albergue que encontró de camino para resguardarse de la tempestad, que había redoblado en intensidad.

Ya al abrigo, se dijo que lo mejor que podía hacer era seguir hasta Samyé y quedarse allí hasta que terminara el invierno.

Sin la presencia más bien engorrosa del elefante, poco acostumbrado a las laderas cubiertas de nieve, pasaría una octava junto al Reverendo Ramahe sGampo.

Y así que mejorase el tiempo, partiría hacia Luoyang provisto del *sutra* precioso de Pureza del Vacío.

¡Qué prisa tenía, en aquel momento, de proceder al intercambio convenido!

Ya imaginaba que tenía en las manos la maceta de arcilla en la que crecería la planta cuyas hojas brillantes, dispuestas en parrillas, alimentarían, en Peshawar, los gusanos que saldrían de las liendres que Pureza del Vacío le facilitaría. A cambio se desembarazaría de aquel bello

corazón de sándalo y de ese modo podría volver aquella página dolorosa que se había abierto unos meses antes.

Y gracias a aquel brote frágil y a aquellos pequeñísimos huevos, más pequeños aún que los granos de pimienta, dispondría de los medios necesarios para evitar a su monasterio una catástrofe tan terrible como ineluctable…

A pesar del lamentable abandono del paquidermo sagrado, pues, la situación tendría buen fin… ¡Lástima de aquella maldita ventisca que soplaba a ráfagas y traía consigo masas de nieve que imposibilitaban la orientación de aquel que cometía la imprudencia de aventurarse a afrontar la tempestad!

Y allí fue donde empezaron los problemas, a partir del momento en que, con las prisas para volver a Samyé, Buddhabadra creyó que se producía una calma y abandonó el albergue para ponerse a caminar a través de la montaña.

Allí se enteraría por propia experiencia de que, en plena tormenta de nieve, cuando el sol y las montañas se hacen invisibles, se pierde por completo el sentido de la orientación.

Entonces había muchas probabilidades de tomar el norte por el sur.

Y algo de eso fue lo que le ocurrió al pobre Buddhabadra.

No sólo había equivocado la ruta de Samyé, sino que también abandonó el tramo meridional de la Ruta de la Seda, por lo que, contrariamente a lo esperado, se había dirigido al norte, en la dirección de Kucha, en lugar de ir hacia el sur, o sea, hacia el Tíbet, que era donde se encontraba Samyé.

Sin apercibirse de ello, desorientado a causa de la fatiga y la nieve incesante, perdió la noción del tiempo tras perder la del espacio, lo que hizo que poco a poco fuera alejándose del macizo del Himalaya y se encontrara a medio camino entre Hetian y el sur de la cuenca del Tarim, un lugar helado donde se fatigó en vano tratando de dar con el camino.

Después de ocho días de ir avanzando a tientas, convencido en todo momento de que acabaría por encontrar el famoso mojón que indicaba la dirección de Samyé, se encontró falto de víveres. A su cuerpo entumecido le costaba mucho trabajo seguir avanzando, su fatiga era tan inmensa que ni

siquiera sentía la quemazón del viento glacial en su rostro medio oculto por la capucha.

Al final cayó derrumbado en la nieve.

Pero en medio de sus desgracias había ocurrido un verdadero milagro que le abrió un periodo fasto.

En realidad, de no haberlo recogido aquella cuadrilla de actores ambulantes, que lo descubrieron medio muerto de frío junto a una choza abandonada en la que, en su estado de semiinconsciencia, tal vez intentó refugiarse, no hay duda de que su periplo habría terminado allí, bajo el espeso manto de nieve que ya había empezado a cubrir su cuerpo.

Cuando despertó, envuelto en una manta que hedía a yak, mientras una muchacha con ojos de garduña trataba de hacerle engullir un cuenco de sopa caliente, creyó en un primer momento que se había reencarnado en otra persona.

—¿Dónde estoy? —fue lo primero que preguntó, en un hilo de voz, tras haber tragado el cuenco de sopa que la muchacha le había ofrecido.

La desconocida no debía de hablar sánscrito. Se contentaba, pues, con mirarlo con rostro sonriente y haciendo los gestos que lo habían salvado. Pasados unos momentos, ante su mímica, acabó por comprender lo que le había ocurrido. Y cuando la chica le puso delante un espejo de bronce pulimentado, se percató, al ver sus mejillas enjutas y requemadas por el frío y el tono azulado de la punta de su nariz helada, que se había librado de una y buena.

Después se le acercó un hombre de más edad.

Buddhabadra, aturullado, no entendió palabra de lo que le dijo aquel hombre que resultaría ser el director de la tropa de actores, salvo que su rostro rubicundo riendo a carcajada limpia y su actitud al palpar todo el cuerpo del Superior de Peshawar y al darle unas palmadas en las mejillas le reveló muy a las claras que se alegraba de la recuperación de aquel que había estado a punto de morir de frío.

A pesar de su extrema fatiga, su primer reflejo, tan pronto como se quedó solo, fue comprobar si la caja en forma de corazón estaba en su sitio, dentro del petate de sus cosas que tenía a su lado.

También lo que guardaba la caja, por fortuna, estaba dentro. ¡Sólo le habría faltado que le hubiesen robado el corazón de madera de sándalo!

Era evidente que aquellos cómicos ambulantes eran personas honradas que no tenían ningún interés en curiosear sus cosas.

Lo único que apremiaba ahora a Buddhabadra era volver a Samyé. Descubrió, sin embargo, que el convoy emprendería la ruta hacia el norte, en dirección al oasis de Turfan, donde, al iniciarse la primavera, la compañía de actores tenía la costumbre de presentar su espectáculo a un reyezuelo de las inmediaciones de la «Perla Brillante de la Ruta de la Seda», que así se llamaba la ciudad donde éste moraba.

Estaba demasiado agotado para abandonar por las buenas a sus nuevos compañeros de viaje, tan solícitos y atentos en todo momento, y que era evidente que le tenían simpatía.

Así pues, Buddhabadra llevó un mes y medio la vida de aquellos saltimbanquis que alegraban el corazón de las gentes con sus marionetas, sus sombras chinescas y otros malabarismos a cambio de un poco de comida y de un lugar abrigado en cualquier rincón del granero.

Pero al llegar a Turfan, los remordimientos, que no dejaban de atormentar al Superior del Único Dharma de Peshawar, hicieron que abandonara al pequeño grupo de comediantes.

A medida que iba recuperando fuerzas, iba sopesando las consecuencias probables de su retraso.

Dentro de unos días, en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, Pureza del Vacío comenzaría a impacientarse, ya que habrían transcurrido tres meses largos desde su salida de Samyé.

Y además, empezaba a imaginar, angustiado, además de la inquietud y la contrariedad del *mahayanista*, los perjuicios que su ausencia comportaría a los términos del pacto establecido.

Como todo pacto, también aquél se basaba en la confianza.

¿Qué confianza podría tenerle cuando Pureza del Vacío se convenciera de que Buddhabadra había faltado a su palabra?

Si quería evitar una terrible catástrofe, había llegado el momento de decidir qué había que hacer para salvar al precio que fuera el acuerdo que

habían cerrado unas semanas antes en un banco de piedra del patio principal del monasterio de Samyé.

La cuestión era fácil de resumir.

¿Debía pasar de nuevo por aquel monasterio para llevar a Pureza del Vacío el precioso *sutra* o, por el contrario, sería mejor aprovechar, ya que se encontraba en Turfan, para ir directamente a Luoyang?

Le habían dicho que eran necesarios veinte días de marcha a pie para llegar al oasis de Hami y diez más, siempre que no se rezagara, para ir hasta el de las Mil Grutas. Por consiguiente, había que contar que le faltaban dos meses largos para llegar a Luoyang a partir del lugar donde ahora se encontraba.

Por el contrario, si tenía que volver a Samyé y enfilar el itinerario meridional de la Ruta de la Seda, tendría que contar más del doble de tiempo.

¡Cuatro meses más! ¡Siete meses en lugar de tres! Era evidente que era demasiado tiempo para Pureza del Vacío, a quien le sobraría incluso para hacerse atrás en su palabra.

Buddhabadra se encontraba ante un asunto muy embrollado.

Ninguna de las dos salidas le parecía satisfactoria.

Ya que, en los dos casos, a ojos de Pureza del Vacío pasaría por una persona incapaz de hacer honor a sus compromisos.

Por mucho que se dijera que lo importante para este último era el contenido de la caja en forma de corazón, no conseguía imaginar qué ocurriría si se presentaba ante él sin el precioso *sutra* que tanto estimaba.

Pureza del Vacío era receloso y no dejaría de pedirle cuentas y exigirle detalles con respecto a las circunstancias que le habían impedido hacer lo prometido.

Así pues, Buddhabadra se vería obligado a volver a toda prisa a Samyé y después a salir de allí lo más rápidamente posible hacia Luoyang mientras rogaba al Bienaventurado que Pureza del Vacío no cambiara de parecer.

La perspectiva de un viaje tan largo no lo seducía especialmente, sobre todo después del terrible contratiempo que acababa de vivir, pese a que el invierno terminaría pronto y transformaría la nieve en barro y torrentes en la montaña que debería atravesar de nuevo.

Pero no tenía otra opción.

Buddhabadra había soñado tanto con aquella seda salvadora, incluso cuando se sentía tan débil que apenas si podía moverse, zarandeado dentro de la carreta de la compañía de cómicos ambulantes, que ya no le quedaban fuerzas para imaginar que se quedaba sin gusanos ni moreras.

Gracias a la seda dispondría de lo necesario para hacer del Único Dharma, cuya riqueza equivalía a la de un gran reino, el foco que sacaría adelante al Pequeño Vehículo; podría dar un impulso decisivo a sus monjes predicadores, a los que enviaría por millares a través de los caminos de la India para así recuperar el terreno que su doctrina perdía todos los días, de forma inexorable, ante el resurgimiento de la religión india antigua.

Sin moverse de delante del mojón, como si éste fuera una imagen piadosa ante la cual estuviera rezando, el Superior del Único Dharma no podía pensar en otra cosa que no fuera la suerte que había tenido después de tantos episodios funestos.

Era un hecho que no había necesitado torturarse indefinidamente las meninges para decidir si debía pasar o no de nuevo por Samyé. El azar o la suerte, a menos que no fuera el propio Bienaventurado, habían elegido por él.

De no ser así, ¿cómo habría sido posible que, en Turfan, topara de manos a boca con el responsable de aquel criadero clandestino de gusanos de la seda con quién después trabó amistad?

Recordaría mucho tiempo su estupefacción al entrar en conversación con aquel joven de expresión afable con quien había chocado violentamente a la salida de un cobertizo, lo que había provocado su caída y que se abriera una ceja.

Lo primero que había hecho el torpe muchacho había sido deshacerse en excusas y, a continuación, invitarlo a entrar en el cobertizo para aplicarle una compresa en la herida, que sangraba en abundancia.

—¡Parece un invernadero! —comentó Buddhabadra.

—Es un criadero de gusanos de la seda —respondió con una sonrisa el muchacho, que hablaba sánscrito con la suficiente fluidez para hacerse comprender por el Venerable Superior del Único Dharma de Peshawar.

—¡Y yo que me figuraba que los chinos tenían el monopolio de la fabricación de la seda! —Buddhabadra no pudo evitar el comentario.

—¡En Turfan hay de todo! —respondió el joven.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Punta de Luz y la verdad es que mis insectos están muy enfermos.

Bastaron pocos instantes para que Punta de Luz convenciera a Buddhabadra de que el pacto acordado con Pureza del Vacío era leonino. Cabía preguntarse incluso si el Superior del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales no habría tratado de engañarlo al insistirle en que la seda sólo se producía en la China y en ningún otro sitio más…

No valía la pena, en todo caso, deslomarse yendo a la China central a buscar los ingredientes de la receta que permitirían fabricar la seda cuando bastaba con ir a ver al amable Punta de Luz así que consiguiese la curación de los gusanos.

Ésta fue, por otra parte, la propuesta que se apresuró a hacer a aquel muchacho que, para gran satisfacción suya, no se le puso de espaldas.

Buddhabadra estaba convencido de que, llegado el momento, no se negaría a confiarle, por supuesto a cambio de dinero contante y sonante, los huevos y los brotes de morera que Pureza del Vacío se había comprometido a procurarle.

Al salir del cobertizo donde se fabricaba la seda que aquel joven, cuya sonrisa evocaba tan bien el agradable nombre de Punta de Luz que llevaba, le invitó a visitar a fondo para hacerse perdonar que por su culpa se hubiera abierto una ceja, Buddhabadra se sentía absolutamente sereno.

¡Si no se hubiera equivocado de camino, si no hubiera ido a Turfan, donde gracias a un milagro había topado con Punta de Luz, habría ido al otro extremo del mundo a buscar lo que tal vez podía encontrar aquí!

Fue así como comenzó a pensar que el Superior de Luoyang quizás había intentado engañarlo.

En efecto, en aquel invernadero que no tenía tan mal aspecto como eso, había lo necesario para producir gran cantidad de preciosa seda.

Delante de unas aberturas que les procuraban la mejor insolación posible, plantados en centenares de macetas de arcilla, había brotes de

morera cuyas hojas, una vez arrancadas y dispuestas en parrillas, servían de alimento a los gusanos de la seda.

Una parte del cobertizo estaba destinada al almacenamiento de los capullos, colocados cuidadosamente en estanterías. En un espacio adyacente se habían instalado unos grandes trébedes de bronce, debajo de los cuales, a juzgar por la presencia de montículos de ceniza, debía de encenderse fuego.

Punta de Luz le detalló, sin hacerse de rogar en modo alguno, cómo se escaldaban los capullos en aquellas marmitas y cómo se devanaban después.

Buddhabadra comprendió, pues, en muy poco tiempo todos los aspectos de aquel delicado proceso que iba desde el huevo al hilo de seda, después de lo cual sólo había que tejerlo… al tiempo que comprendió también que el Pequeño Vehículo ya no tenía necesidad del Grande.

¡La seda! Pero sobre todo, ¡el dinero de la seda!

Allí estaba la salvación de su decadente Iglesia.

El Inestimable Superior de Peshawar estaba exultante de alegría.

Hete aquí que las circunstancias le permitían librarse de la sujeción de aquellos acuerdos secretos que tanto para él como para su Iglesia suponían más inconvenientes que ventajas.

Desde hacía muchos años y pese a la pretendida tregua que ahora lamentaba amargamente haber garantizado, eran innumerables las afrentas que el Gran Vehículo hacía sufrir al Pequeño procurándose con habilidad el apoyo de los ricos.

Atenuando el rigor de su doctrina y abriendo de ese modo la Vía de la Salvación a los laicos en lugar de reservarla a los monjes, en contra de lo que exigía el propio Bienaventurado, el Mahâyâna no había dejado un momento de poner palos a las ruedas del Hînayâna.

Liberado ahora gracias a la certidumbre de disponer de seda, Buddhabadra podría hacerles pagar un elevado precio por todos aquellos años de traiciones…

Entregado por completo a su sueño de venganza frente a todos aquéllos cuya fe se había debilitado hasta tal punto que ya nadie sabía muy bien en

qué creía ni a quién rezaba, casi se había sentido investido de una misión divina al salir de Turfan.

Después de aquel tiempo de sumisión y silencio, ¿no era urgente rebelarse y reanudar la ofensiva contra los *mahayanistas*, aquellos sepultureros del budismo original?

Sin embargo, para salir airoso de una misión tan ambiciosa, era preciso utilizar los mismos métodos, tanto económicos como doctrinales, que habían asegurado el éxito fulgurante del Mahâyâna en China, ante el cual los emperadores Tang habían acabado por inclinarse hasta el punto de que ya se decía que ésta se había convertido en su religión oficial.

El Gran Vehículo debía esta expansión a los libros, a los escritos que no había dejado de copiar y distribuir en múltiples ejemplares por todo el territorio.

Buddhabadra había decidido también que volvería a Samyé para recuperar el *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura*. Teniendo en cuenta las directrices que Pureza del Vacío había dejado a Ramahe sGampo, no tropezaría con ninguna dificultad.

¡Sería un signo más que mostraría que el Pequeño Vehículo ya no estaba dispuesto a hacer la más mínima concesión al Gran Vehículo! Desde su llegada a Peshawar estaba pensando en hacerlo traducir al sánscrito tras modificar los pasajes más discutibles y en difundirlo después por toda la India, no sin antes asimilarlo personalmente, lo que haría de él un prestigioso filósofo.

Buddhabadra ya saboreaba las circunstancias de su regreso a Peshawar.

Sería recibido como un héroe victorioso, provisto de la panoplia completa de las armas que faltaban al Pequeño Vehículo a fin de recobrar el lustre que la desatada expansión del Gran Vehículo le había restado: por una parte, el dinero obtenido gracias a la seda; por otra, la doctrina, más flexible y tolerante con respecto a los laicos gracias a la importante acción de Pureza del Vacío…

¡Ni que decir tiene que su satisfacción era grande ahora que se encontraba delante de aquel mojón de piedra que le demostraba que estaba en el buen camino!

Según la inscripción grabada al pie de la piedra eminente, Samyé estaba a sólo seis días de camino andando a buen paso.

Volvía a caer una espesa nevada y el sol acababa de desaparecer de pronto detrás de las crestas blancas, lo que auguraba la rápida llegada de nubes nocturnas. La temperatura tardaría muy poco en bajar unos quince grados, obligando a todo cuerpo humano, por aguerrido que fuera, a poner en marcha recursos desesperados para sobrevivir en medio de tanto frío.

En aquel mismo momento Buddhabadra descubrió, a media altura de la ladera, encima mismo del camino que estaba recorriendo, un agujero que tenía todas las trazas de ser la entrada de una cueva.

Decidió, pues, que sería mejor detenerse allí mismo y, en caso de que en la cueva no hubiera nadie, arrebujarse en su manta de pelo de yak hasta que amaneciera para dejar reposar el tobillo dolorido.

Al penetrar con grandes precauciones en el antro a fin de comprobar que no se hubiera ya resguardado en él algún animal, notó de inmediato olor a hongos y advirtió que los muros rezumaban humedad. Era señal de que allí no pasaría frío.

Extenuado después de toda la jornada de marcha y feliz de saber que el final estaba cerca, Buddhabadra no tardó en dormirse.

Al día siguiente, cuando despertó, el tobillo le dolía tanto que a punto estuvo de lanzar un alarido al hacer el intento, vano por otra parte, de ponerse de pie.

El sol, ya alto, iluminaba lo suficiente el interior de la cueva para dejarle ver, sentado a su lado con la espalda apoyada en el muro de roca, a un hombre cuyo rostro, de rasgos conocidos, lo observaba con aire burlón.

Estupefacto, Buddhabadra reconoció a aquél cuya ausencia a la reunión de Samyé lo había inducido a proponer a Pureza del Vacío un trato del que había estado a punto de convertirse en víctima.

—¡Nube Loca! ¿Qué haces aquí? ¡Pureza del Vacío y yo estuvimos esperándote y no viniste! ¿Dónde estabas? —preguntó Buddhabadra fuera de sí.

El hombre llamado Nube Loca tenía un aspecto que encajaba con su nombre e inquietaba siempre a todos cuantos lo veían por vez primera.

Uno no podía dejar de sorprenderse ante los gigantescos aros de bronce que le colgaban de las orejas alargándolas de forma exagerada y dando a su rostro macilento y huesudo, con el cráneo rapado, el aspecto de un jarrón provisto de dos asas.

De aquel individuo reconocible entre mil emanaba una violencia y una energía reprimidas, pero casi palpables.

—Fuera hacía frío. Como tú, he encontrado aquí dentro un refugio donde pasar la noche.

—Te he preguntado por qué no estuviste allí donde debías estar el día convenido —le gritó el Superior de Peshawar.

—¡Ah, sí! ¡El cónclave! Seguramente… porque me perdí. O tal vez… no… es eso… que me perdí. Y cuando lo advertí, ya era demasiado tarde. Llegué a Samyé justo cuando acababais de salir. Me refiero a Pureza del Vacío y a ti… Fíjate que sigo llevando el mandala —dijo hablando con voz entrecortada Nube Loca, como si se sintiera incómodo.

Acababa de sacarse del bolsillo un pañuelo de seda negra ribeteado de rojo, una de cuyas caras estaba adornada de suntuosos dibujos, que agitó ante las narices de Buddhabadra.

—¡Te esperamos tres días! Después nos vimos obligados a levantar el campamento. ¡Es la primera vez en tres decenios que veo cosa parecida! ¡Saboteaste nuestro concilio! —le replicó secamente.

—Lo lamento… Si hubierais tenido un poco de paciencia, se habría podido celebrar la reunión —protestó Nube Loca, que ahora tenía los ojos perdidos en el vacío como si estuviera ausente.

—¡Era importantísimo! Tú rompiste el pacto, Nube Loca, ¿no te das cuenta? ¡Nosotros confiábamos en ti! —le espetó el Superior del Único Dharma de Peshawar, que a duras penas conseguía dominar la cólera.

Desmoronado contra la roca, Nube Loca parecía desvalido ante la dura reprimenda de su interlocutor.

Debía de sentirse culpable, ¿por qué, si no, habría adoptado aquel aire de perro apaleado cuando era de los que no se echaban atrás cuando había que levantar la voz y hasta el brazo contra todo aquel que le llevaba la contraria?

Tras sacarla con rapidez de un minúsculo pastillero de bronce, tragó una pastilla oscura cuyos efectos no tardaron en dejarse ver.

—Dime, Buddhabadra, ¿se puede saber qué estás haciendo en la ruta de Samyé? ¿No acabas de decirme que te fuiste de allí junto con Pureza del Vacío? —lo increpó de pronto con aire desconfiado, como si acabase de decidir de pronto pasar a la ofensiva.

Buddhabadra, confuso a su vez, acarició los largos pelos de la manta con la que se cubría las piernas.

Por nada en el mundo habría confesado a Nube Loca que, después de haberse perdido, había ido hasta Turfan, donde había conocido a un simpático criador de bómbices que se había prestado a entrar en negocios con él, antes de volver a Samyé para apoderarse del precioso *sutra* de Pureza del Vacío.

—He olvidado un manuscrito, pero tengo miedo de subir allá arriba porque me duele muchísimo el tobillo —se lamentó.

—¿De qué manuscrito hablas? Vas, vuelves… todo esto no tiene pies ni cabeza, ¿me tomas por idiota? —le gritó Nube Loca, ya que era evidente que la píldora había desencadenado su agresividad.

Sus ojos enrojecidos tenían un brillo inquietante y en la comisura de los labios le había asomado un hilillo de baba.

—Si quieres que te diga la verdad, Nube Loca —le dijo Buddhabadra como hablando medio en broma—, es preciso que sepas que Pureza del Vacío ha tratado de tomarnos el pelo.

—¡No me sorprende tratándose de un monje del Gran Vehículo! A fuerza de sutilezas, acaba por engañar a cualquiera…

Buddhabadra, algo más tranquilo al ver que Nube Loca, pese a su actitud extraña, parecía darle la razón, le preguntó a quemarropa:

—¿De qué Iglesia te sientes más próximo?

—En primer lugar, del Pequeño Vehículo y, en segundo, del lamaísmo tibetano.

—¿Y del Mahâyâna?

—¡Mucho menos! ¡Creen tan poco en los ritos! Para ellos, basta con sentarse y entregarse a una buena meditación y aquí se acaba la historia. En cuanto a su fascinación por la vacuidad, de veras que es algo impresionante.

A mi modo de ver, no es ésta la manera de practicar una religión en la forma debida…

La franqueza de la respuesta hizo pensar al Superior de Peshawar que podía abrirse un poco más.

—¿Qué te parecería una alianza entre nosotros dos? Pureza del Vacío y Ramahe sGampo no tienen necesidad de nadie… —le replicó con brusquedad.

—¡Podría ser eficaz! ¿Qué me estás proponiendo exactamente, Buddhabadra?

—De hecho, voy a Samyé para recuperar el *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura* que Pureza del Vacío dejó allí. Sólo que la lesión que sufro va a retrasar…

—¿O sea, que no crees en los concilios?

—Después de la paz armada, viene la guerra —exclamó con pasión Buddhabadra, quien reprimió una mueca de dolor provocado por el tobillo.

—Pero ¿no despertarás las sospechas de Ramahe sGampo al volver a Samyé para reclamar el manuscrito de Pureza del Vacío? Siempre he creído que ese par estaban conchabados.

—Ramahe sGampo sabe que debo volver para recoger el *sutra*.

—Comprendo…

—También espera, quiero advertírtelo, que le devuelvas lo que te confió… Tal vez podrías matar dos pájaros de un tiro: le llevas lo que es suyo y recoges el *sutra* de Pureza del Vacío —añadió Buddhabadra, más insistente de pronto, señalando el pañuelo de seda bordeado de rojo que Nube Loca, después de doblarlo de nuevo, había dejado sobre su petate.

—¡Ni soñarlo! No se lo devolveré nunca. ¡Lo mío es mío! Queda descartado que yo suba allá arriba —soltó Nube Loca antes de engullir otra píldora.

La respuesta, francamente desagradable, incitó a Buddhabadra a tratar de levantarse.

—¡Bien! ¡Será preciso que vaya yo!

Pero el dolor le arrancó un grito al tratar de ponerse de pie.

—Toma una, te calmará el dolor —le propuso Nube Loca.

Le tendió una de aquellas píldoras negras y Buddhabadra no se hizo de rogar.

Tenía un sabor insoportablemente amargo, pero en seguida le procuró una curiosa sensación de bienestar.

Su efecto fue inmediato. A los pocos instantes sintió nacer en su interior una confianza hacia aquel individuo del que hacía tan poco rato desconfiaba.

—Si queremos debilitar el Gran Vehículo, hay que empezar por eliminar todos sus textos doctrinales emblemáticos que, traducidos y difundidos en gran número, se utilizan para su difusión. El *sutra* de Pureza del Vacío es uno entre ellos, ni más ni menos. Así que lo recupere, pienso quemarlo. Quiero ser totalmente transparente contigo, Nube Loca. Lo que más me preocupa es que ese tobillo va a impedirme llegar a Samyé —dijo con voz lastimera tragando saliva.

Bajo los efectos de lo que parecía una droga, Buddhabadra se sentía predispuesto a contárselo todo por poco que el otro se prestase a escucharlo.

Pero era evidente que a este último aquello le tenía sin cuidado. Escrutó el camino con la mirada.

—¡Ten confianza, Buddhabadra! Veo, en el camino, dirigiéndose hacia nosotros, a alguien que, con un poco de suerte y a cambio de unas monedas, nos permitirá solucionar este asunto —aseguró Nube Loca, que acababa de recuperar su sonrisa socarrona.

En cuanto al Superior de Peshawar, que parecía flotar en una nube y apenas notaba ya el dolor del tobillo, observaba alternativamente las paredes de la cueva teñidas de una tonalidad rosada y el techo de la misma que había virado de pronto hacia el azul, en tanto que del rostro de Nube Loca habían desaparecido todos los rasgos inquietantes, así como los tics que hasta entonces lo turbaban.

¡Pobre Buddhabadra, que había perdido toda lucidez y no se daba cuenta de que acababa de arrojarse en las fauces del lobo!

X

PALACIO IMPERIAL DE CHANG AN,
CHINA, l8 DE FEBRERO DE 656

Majestad, es espantoso! No sólo estamos faltos de seda, sino que creo, además, que hay quien aprovecha la ocasión para dedicarse, a vuestras augustas espaldas, a un lucrativo tráfico clandestino —gimió el Ministro de la Seda, Virtud de Fuera.

Temblando de miedo y doblado en dos para reverenciar al emperador Gaozong, el hombre estaba pálido como un muerto.

La ceja derecha del emperador se levantó casi imperceptiblemente.

Era el signo, conocido de todos cuantos tenían el privilegio de poder acercársele, de que deseaba saber más sobre lo que se le decía.

Así pues, el Ministro de la Seda se despejó la garganta, tragó saliva tres veces y, con voz más áspera que la cuerda de cáñamo utilizada para atar los pies de los prisioneros, se adelantó con paso torpe hacia el soberano. Sentado en un sillón de ébano *wumu*, ante el cual un sirviente acababa de instalar un cuenco sobre un trébede, lleno hasta los bordes de pistachos y semillas de girasol, el emperador de China quedó a la espera de la delicada explicación que había motivado la petición urgente de audiencia.

—Pues… ve…rá… Vuestra Ma…jestad…

—¡Rápido! ¡Al grano, mi querido Virtud de Fuera, al grano! ¡Más rápido! Si he accedido a verte ha sido porque mis colaboradores me *han* asegurado que el motivo era más que justificado, pero te prevengo que no

tengo la más mínima intención de perder el tiempo —le espetó el emperador metiéndose un pistacho en la boca.

Con el pie derecho daba golpes cadenciosos en los bajos del sillón, signo inequívoco de que el nerviosismo del emperador estaba aumentando por momentos.

Virtud de Fuera se disponía ya a carraspear por enésima vez antes de reunir fuerzas suficientes para recitar la exposición que pensaba hacer, aprendida de memoria, cuando un delicioso perfume de flores de azahar invadió de repente el despacho, lo que tuvo como efecto inmediato la distensión del ambiente al tiempo que se oía el canto estridente de un grillo.

—¿Vos aquí, amada mía? ¿Tan pronto levantada? ¡Qué sorpresa y qué alegría! —exclamó, jubiloso, Gaozong.

Wuzhao, seguida del Mudo, que llevaba en la mano la minúscula jaula de bambú con el grillo dentro, acababa de hacer entrada de forma inopinada en el gabinete de trabajo de su esposo.

Más atrás, a unos pasos de distancia, seguía una nodriza que llevaba a Lihong dormido en sus brazos, un bulto envuelto en seda rosa, el hijo que, tres años antes, la emperatriz había tenido de Gaozong cuando no era más que su concubina.

—¿Os importuno, acaso, mi querido esposo? —preguntó, adoptando una postura favorecedora.

—¡En absoluto!

—No voy a entreteneros. Había prometido a Lihong que lo llevaría a la ciudad para que viera el mercado de pájaros y, al pasar por delante de vuestro despacho, se me ha ocurrido entrar a saludaros.

—Estaba hablando con Virtud de Fuera de un asunto que os interesa, mi dulce Wuzhao… Hablamos de trapos… ¡trapos de seda! —bromeó el emperador, orgulloso de sus palabras, antes de indicarle con el ademán que se acomodara en el diván situado delante de su mesa de trabajo.

—La seda es la mayor riqueza del imperio de la China. ¡Una materia celestial que le ha dado renombre más allá de las montañas y de los mares! —respondió ella, comedida y con los ojos bajos, en actitud modesta.

—Ocurre que… Majestad, la situación es gravísima… ¡Creo que hay tráfico de seda falsa en el imperio! —dijo, finalmente, el ministro antes de

derrumbarse en la sillita que el emperador mandaba colocar siempre delante de él para poder observar a placer la mímica de sus interlocutores.

Virtud de Fuera, empapado en sudor, tenía apretado en la mano, crispada por el miedo, un retal de seda que no se había atrevido a desdoblar delante del soberano y que éste no había visto siquiera.

—¿Quieres decir que hay quien ha encontrado un medio de tejer seda sin recurrir a la hermosa oruga que se alimenta de hojas de morera? —le preguntó Gaozong, con aire divertido, echando una ojeada a su esposa.

No sentía más que desprecio por su ministro, aquel ser tembloroso que sudaba a mares y no paraba un momento de hablar como un mentecato.

—¡No es esto, Majestad! Me he explicado mal. Lo que pasa es que estamos completamente seguros de que hay, en alguna parte, un taller clandestino de producción de seda —consiguió articular, por fin, el hombre entre dos gemidos.

«Decididamente, ese desgraciado de Virtud de Fuera todavía es más imbécil de lo que parece», pensó Gaozong.

—¡Pero esto es imposible! —le replicó—. La administración tiene el monopolio establecido por un decreto que se promulga periódicamente a fin de que nadie pueda ignorarlo. Sin ir más lejos, el mes pasado le puse el sello… Y todas nuestras manufacturas sericícolas están vigiladas… Verdaderamente, Virtud de Fuera, vergüenza debería darte molestar al emperador de China para contarle estas memeces. Suerte que la emperatriz está presente porque, de lo contrario, saldrías de aquí a golpe de caña de bambú en el culo.

Ya iba a ordenar a su chambelán que retirase de su presencia a aquel idiota profundo cuando Wuzhao tomó la palabra, no sin antes haber indicado a la nodriza, en cuyos brazos acababa de despertarse el niño, que saliese de la estancia.

—¡Majestad, parece que este ministro tiene conocimiento de algunos detalles en apoyo de sus afirmaciones! —murmuró a su esposo, indicándole con la mirada la pieza de seda doblada que Virtud de Fuera no había dejado de manosear febrilmente.

Wuzhao tenía una actitud preocupada y atenta a la vez.

—En efecto, Majestad, lamento anunciaros que se ha violado el monopolio del imperio. ¡Aquí está la prueba! —exclamó entonces el ministro.

Y Virtud de Fuera depositó respetuosamente delante del emperador el retal de seda que acababa de desdoblar y que se desplegó en el aire cual nube vaporosa.

El tejido carmesí centelleó como el cristal al desplegarse sobre la madera de «flor amarilla de peral» *huanghuali* con incrustaciones de sándalo púrpura *zitan* de que estaba hecha la mesa de trabajo del emperador de China.

—¡Aquí tenéis, Majestad, nuestra última incautación! ¡Esta tela no lleva número de identificación ni sello administrativo alguno! ¡Es terrible! —añadió con plañidero acento.

Entonces, lleno de furia, el emperador se apoderó con gesto brusco de la tela carmesí y, por curioso que parezca, se lo llevó a la nariz como queriendo aspirar su olor.

No había ninguna duda: la materia era seda. Y de la mejor calidad: un moaré ondulante, rojo como el sol poniente, con imperceptibles aves fénix estilizadas bordadas con hilo de oro retorcido más fino que un cabello.

—¡Una tela magnífica! ¡A la altura de la que produce la manufactura del Templo del Hilo Infinito! —exclamó Wuzhao.

—¡Es lo que más me inquieta! ¡Es terrible lo que nos ocurre! ¡Una verdadera calamidad! —murmuró, cada vez más pálido, Virtud de Fuera, que ya esperaba que Gaozong descargase sobre él los rayos de sus iras.

—«¡Es terrible! ¡Es terrible!». ¿O sea, que eso es todo lo que sabes decir? Pues mejor que me digas de dónde has sacado ese retal de seda —preguntó secamente el emperador.

—Se lo hemos incautado a un comerciante del centro de la ciudad en el curso de una redada de uno de nuestros inspectores. Nosotros comprobamos periódicamente las existencias de los comerciantes de sedas y, teniendo en cuenta la penuria actual, nos pareció sospechosa la actividad de su minúscula tienda, siempre abastecida de género. Cuando mis hombres procedieron a interrogarlo en relación con la procedencia de esta muestra

desprovista de sello oficial, el comerciante dio unas explicaciones muy embrolladas…

—¿Cómo se llama este individuo? ¿Cómo se llama la tienda? ¿Se le encontraron otras muestras clandestinas? —vociferó, fuera de sí, Gaozong.

—Mis hombres se apoderaron del primer trozo de tela que encontraron en la tienda de este comerciante. No me dio tiempo a tomar nota de su patronímico ni de sus coordenadas. Lo único que sé es que tiene una tienda en la calle de los Pájaros Nocturnos, barrio de los sederos. Pero, Majestad, si lo deseáis, puedo procurarme la dirección exacta y hacer que os la traigan tan pronto como llegue a mi despacho.

—¿Se trata de un comerciante chino o de un extranjero?

—Según el informe de mi brigada de intervención, tiene nombre chino, Majestad. ¡Un compatriota! ¡Es verdaderamente terrible! —farfulló Virtud de Fuera, furioso al percatarse de que no conseguía dominarse en presencia de Gaozong.

No sólo era incapaz de mentir o cuando menos de adornar las cosas presentándolas de modo que repercutiesen a favor suyo, sino que empeoraba la situación al revelar las lagunas que presentaba la organización de su ministerio a medida que iba desgranando los detalles de aquella lamentable historia.

—¿Qué opina la emperatriz Wuzhao de este desgraciado asunto? —preguntó el emperador Gaozong, quien de pronto pareció más tranquilo, volviéndose hacia su esposa oficial.

—Majestad, es un caso que resulta muy difícil de creer. Cabría pensar que la policía de este país sirve cuando menos para hacer que se respete la ley. Ahora bien, que yo sepa, el monopolio de la seda es de orden legislativo —exclamó Wuzhao.

—¡Mi esposa está en lo cierto! Si este tráfico de seda adquiriese mayor vuelo, sería gravísimo, ya que revelaría una situación de profunda delicuescencia de nuestros servicios de control del orden público —dijo, molesto, el soberano, mientras sus dedos de la mano derecha tamborileaban nerviosamente sobre la bruñida superficie de su larga mesa de trabajo.

—Desde el momento que me hicieron llegar este retal sospechoso, Majestad, solicité que me dierais audiencia. Ninguna de las personas que

están a mi servicio puede hacerse sospechosa de haber tratado de disimular este asunto… —farfulló Virtud de Fuera intentando por lo menos garantizar su lealtad al emperador.

—¡Mis colaboradores se *han* guardado muy bien de advertirme de eso que tú deseabas comunicarme! —le gritó, furioso, Gaozong.

—¡Siempre ocurre lo mismo! No hay nadie que quiera dar una mala noticia —dijo la emperatriz, a quien Virtud de Fuera dirigió una mirada de reconocimiento.

—¡Pues hay que poner en marcha un informe! ¡Quiero saberlo todo! ¡Y deprisa! —rugió el emperador de China descargando con violencia el puño cerrado en la mesa de «flor amarilla de peral».

—Si queréis, Majestad, yo puedo ocuparme del asunto. Creo que es de la máxima importancia… —se interpuso Wuzhao ante el pasmo del Ministro de la Seda.

La emperatriz miraba a su esposo con sonrisa serena.

Al acercarse a Gaozong, le rozó la trenza de manera negligente, pero a la vez sin el menor recato a pesar de la presencia del ministro, en el punto mismo donde, perfectamente trenzada y engrasada, arrancaba de la piel ligeramente granulosa de su cuero cabelludo, que a diario todo el escuadrón de barberos imperiales rasuraba cuidadosamente.

Virtud de Fuera, el Ministro de la Seda, consiguió disimular a duras penas el efecto que había provocado en él la proposición surrealista de la emperatriz, y más cuando Gaozong, contra lo que cabía esperar, aparentó aceptarla como si se le hubiera ocurrido a él.

Ningún funcionario de alto rango recordaba que una esposa imperial hubiese tenido nunca la osadía de inmiscuirse en asuntos tan delicados como el control de la buena administración del país o de sus servicios policiales.

Correspondía por lo general hacer este tipo de informes al centenar de agentes del Gran Censorado Imperial, todos ellos cuidadosamente elegidos y a los que sólo podía destituir el emperador, a quien prestaban un juramento especial de fidelidad.

El Gran Censorado, que dependía directamente de la Cancillería, estaba dirigido desde hacía lustros por el sombrío prefecto Li Jingye, uno de los

funcionarios más temidos de todo el imperio.

Al pobre Ministro de la Seda, cuyo rostro reflejaba la creciente desolación que le causaba el hecho de que el emperador de China se aviniese a confiar una cuestión tan delicada como aquélla a una mujer, por muy esposa oficial suya que fuera, aquel asunto le parecía como poco algo inaudito, pese a que decía mucho sobre la influencia que ejercía sobre él la hermosa Wuzhao.

Virtud de Fuera ya se imaginaba la amargura que sentiría el Gran Censor, quien se consideraba el garante último de la buena marcha de la administración imperial, cuando se enterase de aquella pasmosa noticia…

—Tratándose de un asunto tan delicado, necesito un informe exhaustivo. ¡Está en juego la credibilidad del Estado! Ordeno, pues, que sea llevado a cabo por la emperatriz en persona —anunció el emperador mirando directamente a los ojos a su ministro.

—Majestad, os agradezco infinitamente la confianza que me demostráis. ¡Removeré cielo y tierra si hace falta hasta que se haga la luz sobre un asunto tan inaudito como éste! —exclamó Wuzhao apoderándose del retal de seda y echándoselo sobre los hombros, donde lucía muy bien.

—Virtud de Fuera, encárgate de pedir a la Cancillería que preparen un edicto mediante el cual confío esta investigación a la emperatriz Wuzhao.

—¡Así se hará, Venerado Príncipe! ¡Ahora mismo! —murmuró, anonadado, el Ministro de la Seda, Virtud de Fuera, antes de abandonar, caminando para atrás, tal como mandaba la etiqueta, el gabinete de trabajo del emperador de China.

Así que hubo salido, tan trastornado estaba por la entrevista que su primera reacción consistió en precipitarse al Censorado Imperial.

La dirección de los servicios del prefecto Li ocupaba todo el primer piso de la Puerta del Oeste del palacio imperial de Chang An, aquella donde el emperador podía recibir, aparte de las audiencias oficiales, a los que no tenían acceso a las zonas estrictamente privadas de la morada del Hijo del Cielo, la parte que se llamaba palacio interior o «Gran Interior» y que constituía el sector más secreto, puesto que estaba reservado tan sólo al uso del emperador y de su familia inmediata.

Al atravesar los innumerables patios pavimentados, a los que se accedía a través de monumentales escalinatas con balaustradas de mármol blanco rematadas por fauces de dragón que escupían llamaradas, Virtud de Fuera no las tenía todas consigo.

Estaba tan ajeno a todo que a punto estuvo de volcar una de las cuatro tinajas, situadas en medio del patio exterior de la Sala de la Armonía Preservada, que representaban los cuatro puntos cardinales y albergaban cuatro naranjos mandarinos centenarios custodiados por tres jardineros vestidos de uniforme de gala.

—¡Cuidado, señor ministro, vigilad dónde ponéis los pies! ¡Este árbol es un tesoro nacional! —exclamó uno que, gracias a haberse adelantado, pudo evitar la catástrofe.

Como hubiera dañado aquel arbusto esmirriado, apenas más alto que una peonía enana y con frutos del tamaño del ojo de un gato, de hecho un botín de guerra de los más ilustres, traído de las provincias anexionadas al sur por obra del tatarabuelo del emperador Gaozong, es indudable que a Virtud de Fuera se le habría caído el pelo.

—¡Perdonad, pero llevo prisa! Y además, apenas he tocado la tinaja ésa —exclamó Virtud de Fuera saliendo de estampida.

Para trasladarse del palacio interior a la Puerta del Oeste, desde donde podía oírse la algarabía de la inmensa ciudad, en cuyas calles circulaba una compacta multitud que impedía avanzar a los porteadores de los palanquines y les obligaba a vociferar, había que atravesar doce edificios. Los más suntuosos, el palacio de la Pureza Celestial Qianqing y el palacio de la Tranquilidad Terrena Kunning, estaban custodiados de día y de noche por hombres armados que vigilaban los objetos y muebles preciosos acumulados en aquellas salas donde el emperador de China era objeto de homenaje por parte de las delegaciones de países, pueblos y ciudades que aspiraban a conseguir la protección de la gloriosa dinastía Tang.

Virtud de Fuera llegó, por fin, sin aliento, ante los dos grandes pebeteros de bronce que flanqueaban el portón del inmenso edificio. Éste, de forma octogonal, servía a la vez de templo Fengxian, destinado al culto de los antepasados de la familia imperial, y de porche de entrada del palacio de la corte, que los habitantes de Chang An llamaban respetuosamente «la

Grande y Venerable Puerta del Oeste». Una vez allí, el ministro Virtud de Fuera se vio zarandeado sin miramientos por los centinelas, que querían impedirle que subiera al piso superior, donde tenía su sede el Censorado Imperial.

—El prefecto Li Jingye ha dado órdenes expresas: ¡nadie puede subir al piso de arriba sin estar provisto de una autorización expresa! —exclamó el guardia que lo agarró justo en el momento en que se aprestaba a colarse escaleras arriba.

—¡Pero yo soy el Ministro de la Seda! ¿Desde cuándo un miembro del gobierno tiene necesidad de una autorización especial para acceder al Gran Censorado? —gritó tratando de desasirse, contrariado ante tal exceso de celo.

—¡Tengo la obligación de hacer cumplir el reglamento! En cuanto a lo demás, yo no soy quien para responderos. ¡Sigo las órdenes del prefecto Li! —le espetó el esbirro indicando a sus colegas que le echaran una mano.

—¿Se puede saber qué es todo este jolgorio? —tronó una voz procedente del elegante balcón de mármol situado en el primer piso del edificio cuyo esplendor arquitectónico contribuía a realzar.

Detrás de la historiada barandilla acababa de hacer aparición la imponente silueta del prefecto y Gran Censor Imperial Li, vestido totalmente de moaré negro, provocando con ello que aquellos esbirros, con expresión de miedo, se pusiesen firmes.

Era evidente que nadie se andaba con bromas ante la autoridad del prefecto Li.

—¡Virtud de Fuera! Pero ¿qué haces aquí, hombre? ¡Tienes suerte de haberme encontrado! ¡Hoy habría debido estar en provincias! —anunció con voz tonante, antes de añadir con acento estentóreo—: ¡Haced pasar al Ministro de la Seda al despacho del Gran Censor!

Como siempre que entraba en aquel despacho, Virtud de Fuera se sintió intimidado.

La larga túnica negra abotonada hasta el cuello que vestía siempre el prefecto Li, apenas adornada en invierno con un cuello de marta cibelina, exenta de aquellas enseñas tan rutilantes como inútiles que pirraban

generalmente a los altos funcionarios de su categoría, era la imagen de su carácter y de su fama: austero e implacable.

Situado bajo la tutela directa del soberano y obedeciendo sólo su autoridad, encargado del examen y vigilancia de todas las cosas que no funcionaban como era debido en el imperio de los Tang, el jefe del Censorado era, por todas esas cosas, el alto funcionario más temido por sus iguales.

Así que entró, Virtud de Fuera observó que el Gran Censor, como tenía por costumbre, manoseaba el pomo de marfil en forma de doble esfera que remataba el bastón de bambú del que no se separaba nunca.

Con voz inexpresiva, el ministro lo puso al corriente de la entrevista que acababa de celebrar con Gaozong en presencia de la emperatriz Wuzhao.

—¡Eso que me has contado me parece increíble! ¿Estás seguro de que el emperador no bromeaba? ¡Cómo va a confiar una investigación de tal importancia a ésa mujerzuela! ¡Es algo inaudito! —exclamó el prefecto Li.

—¡Por desgracia es así! Nuestro emperador no tiene un no para su nueva esposa. A mí me ha dejado pasmado. Incluso me ha ordenado que mandara preparar el edicto en la Alta Cancillería Imperial…

—¡Una decisión escandalosa! ¡Una afrenta intolerable no sólo para el Gran Censorado, que ella desautoriza, sino también para toda la administración imperial! Que yo sepa, la emperatriz no es funcionaria. ¿Con qué derecho va a encargarse una zorra como ella de tramitar por cuenta propia este asunto y de llevar a cabo la correspondiente investigación? —exclamó el Gran Censor, que ahora había pasado a darse golpecitos en la palma de la mano con el bastón.

—Comparto tu indignación, pero ¿qué podemos hacer? ¿Acaso nuestro emperador no es nuestro jefe? Él manda en todos los servicios del Estado. Y éste es un asunto en el que me siento tan desautorizado como tú —gimió el Ministro de la Seda, quien estaba hecho un verdadero lío.

—Comprendo tus temores. Y dicho esto, debo añadir que yo no tengo nada que reprocharte en lo que se refiere al asunto del tráfico de seda, que por otra parte no me sorprende lo más mínimo. Al contrario, tú no has hecho más que cumplir con tu deber al ir a informar al emperador de China —agregó el prefecto Li.

—Parece que no te sorprende la existencia de este mercado paralelo —prosiguió Virtud de Fuera, que volvía a sentir un nudo en la garganta y miraba, estupefacto, al Gran Censor.

—Debes saber, en efecto, que yo dispongo de redes propias para mis averiguaciones. En el puesto que ocupo, me pagan para que me entere de todo… —declaró este último con sonrisa enigmática.

—Pues en lo que a mí se refiere, hago lo que puedo al frente de mi administración. Están controladas todas las entradas y salidas de materias primas. Ordeno rondas de inspección diarias en las manufacturas imperiales. ¡Es terrible! —gimió el ministro.

—¡Veamos! El Gran Censorado estará en condiciones de decirlo llegado el momento, así que haya hecho las averiguaciones oportunas en el área de tus servicios.

—¡Todas estas sospechas acabarán por destruirme! Si el jefe del Gran Censorado me regatea su confianza hasta ese punto quiere decir que estoy acabado —murmuró, cada vez más desmoralizado, el pobre Virtud de Fuera.

—¡Conviértete en mi aliado y las investigaciones del Gran Censorado Imperial harán la vista gorda en lo que a ti se refiere!

—¿No basta acaso mi presencia aquí para probaros la estima en que os tengo? —exclamó, dándole el vos de pronto, hasta ese punto se sentía trastornado Virtud de Fuera.

—Esto me gusta más. Quiero que sepas que tengo necesidad de ti. Solo, me sería imposible salvar al Estado de la ruina en que Gaozong, sometido a la influencia nefasta de Wuzhao, está a punto de arrastrarnos. Confucio lo dejó escrito: aquel que no prevea lo que pasará a la larga fracasará a la corta.

—¿Sería impertinencia por mi parte preguntaros cuál es la identidad de las personas con las que contáis para evitar al imperio del Medio su trayectoria descendente actual?

Virtud de Fuera, ateniéndose a Confucio, se había cuadrado delante de aquel sombrío prefecto, las manos hundidas en las mangas de sus brazos cruzados, procurando mantener la postura más respetuosa posible.

—Los que entienden de eso nos llaman «la vieja guardia». Al principio no éramos muchos los escandalizados al ver subir al trono a esa usurpadora. Entre ellos también estaba el antiguo Primer Ministro, el general Zhang. Pero cada día que pasa recibimos refuerzos. ¡Ahora tú! Si quieres conseguir cosas importantes en la vida, es preciso contar con mucha gente —sentenció cínicamente el prefecto Li.

—¡Contad con mi diligencia, mi devoción y, por supuesto, mi absoluta discreción! —dijo en un hilo de voz el Ministro de la Seda.

Trataba por todos los medios de escapar a una investigación del Gran Censorado. Aparte de que habría sido considerada por sus iguales la peor de las infamias, también habría sido la sentencia de muerte de su carrera ministerial.

Convencido, en cualquier caso, de que ésta ya se encontraba sobradamente comprometida por el descubrimiento del tráfico de seda, pensó también que no tenía mucho que perder alineándose bajo el estandarte del Gran Censor Imperial, que no dudaba en proclamar a los cuatro vientos su oposición a Wuzhao.

—En cuanto a esa persona que nuestro emperador ha tomado por esposa, deberemos encontrar la manera de que no nos siga perjudicando —declaró el prefecto Li dando un violento golpe con el bastón en las losas de mármol blanco.

Su rostro cuadrado y macizo, con aquellas cejas espesas caídas sobre las rendijas que tenía por ojos, que acentuaban aún más la dureza del personaje, había adquirido la inmovilidad hierática de una estatua de bronce, pese a que todo él respiraba odio.

Aquel hombre poseía un temple de acero y concentraba todas sus creencias en Confucio y en el desdén a los budistas, a los que acusaba de desviar el dinero público con sus peticiones de ofrendas imperiales. No escondió nunca su reprobación absoluta a Gaozong cuando éste repudió a Dama Wang para instalar en su sitio a «aquella aventurera» que sólo le inspiraba desprecio.

El emperador había recibido en diversas ocasiones al prefecto Li para tratar de ablandarlo, puesto que no quería enemistarse con uno de los personajes más importantes del régimen, uno de los depositarios de la

ideología confuciana, hecha de fidelidad y respeto al orden establecido y basada en unos principios de acuerdo con los cuales toda la pirámide de las relaciones sociales del imperio del Medio seguía, pese a todo, funcionando.

Pero había obrado con tal torpeza que, en cambio, había conseguido avivar algo más su hostilidad hacia aquella mujer cuyo mayor defecto, a sus ojos, era aquel lamentable tropismo suyo en dirección al Gran Vehículo, al que no cesaba de manifestar su benevolencia.

—Entretanto no puedo hacer más que lo que me ha pedido Gaozong, que es ir a la Cancillería y hacer redactar ese edicto en virtud del cual Su Majestad encarga a Wuzhao que lleve la investigación del tráfico de seda en el imperio. Y como desobedezca, dentro de poco hasta me van a faltar los pies para poder caminar… —murmuró tímidamente Virtud de Fuera.

—¡Y la nariz para respirar! Es hora de que informe a mis amigos de lo que se está tramando en este país, ya que de lo contrario todo el Imperio chino corre el riesgo de perder el alma. Si el emperador Taizong el Grande pudiera ver a qué *han* reducido algunos su obra, se estremecería dentro de su cenotafio —masculló con rabia el jefe del Gran Censorado.

—Pero ¿acaso no estamos obligados a obedecer a nuestro jefe supremo? ¿Qué hacéis con el juramento confuciano de fidelidad que prestamos al emperador así que entramos en funciones? —se atrevió, finalmente, a preguntarle con expresión pesarosa el ministro.

—Pues pongo en él mis posaderas como las pongo en ese sillón de palo de rosa. Estamos obligados a serle fieles, salvo si se demuestra que ha perdido la cabeza. ¡Presta crédito a la voz de mi experiencia, así como a la de mi criterio porque eso le ha ocurrido a Gaozong! Si el jefe del Gran Censorado no estuviese aquí para asegurar la supervivencia y la continuidad del Estado, dentro de muy poco no quedaría nada del glorioso edificio levantado por la sangre de los soldados que el Gran Taizong supo conducir a la victoria. Las cosas están así: su indigno sucesor sería capaz de subastar, si esa mujer se lo pidiese, la piel del león que el príncipe de Samarcanda regaló a su padre.

—¿Un león vivo? —se atrevió a preguntar, estupefacto, Virtud de Fuera.

—¡No iba a ser un león de papel! Todavía me acuerdo de los rugidos de aquel animal de flamígera melena que el emperador Taizong mandó instalar

en una jaula, que colocó en el patio de la Paz y la Tranquilidad, al pie mismo de la Campana-Tambor. ¡Se oían sus rugidos desde varios li a la redonda y puedes estar seguro de que el pueblo temblaba al oírlos! No había quien no temiese que, en caso de infracción, podía terminar devorado por la fiera y, si quieres saber mi opinión, te diré que las leyes del imperio se respetaban entonces más que ahora. En aquellos tiempos, el augusto emperador de la China era una cosa muy diferente —sentenció el austero prefecto Li volviendo a hacer resonar las losas de mármol con la contera de hierro de su bastón de marfil.

—¿Cuándo murió ese león de Samarcanda?

—Así que murió Taizong el Grande. Unos imbéciles le echaron unas albóndigas envenenadas. Aquel día vi claro que Gaozong no estaba hecho de la misma madera que su ilustre padre.

Cuando el ministro Virtud de Fuera abandonó el suntuoso pabellón octogonal de la Puerta del Oeste, estaba tan turbado por las frases subversivas del prefecto Li y por la facilidad con la que, pese a todos sus escrúpulos de funcionario obediente, había aceptado alinearse bajo su estandarte que no advirtió siquiera que, refugiada en la sombra de la columnata, una silueta lo estaba espiando.

Lo habían seguido.

No se habría podido decir que, en el palacio imperial de Chang An, reinase la confianza.

XI

MONASTERIO DE SAMYÉ, TÍBET

—¿Querrá este monasterio hacerme la merced de dejarme dormir en el interior? ¡Hace tanto frío ahí fuera!

—¿Quién hay? ¿Quién llama a la puerta? Yo no abro más que a quienes me revelan su identidad.

El lama sTod Gling era el único monje, exceptuando por supuesto su Superior, el Reverendo Ramahe sGampo, que tenía la llave de entrada del monasterio de Samyé.

Y el deseo que acababa de manifestar el *ma-ni-pa* no era más que un vulgar pretexto.

Envuelto de cabeza a pies con la piel de yak, el monje errante, gracias al calor de su respiración, podía hacer frente a temperaturas mucho más bajas que las anunciadas para la noche próxima por un cielo crepuscular exento de nubes en el que ya empezaban a centellear algunas estrellas.

No hacía una simple peregrinación al santo monasterio como la que ya realizaba una o dos veces al año cuando sus vagabundeos por los caminos del Tíbet lo llevaban hasta las inmediaciones de aquel lugar venerable.

—Se prepara una tormenta de nieve y vengo a pedir hospitalidad. Como me quede a la intemperie, corro el riesgo de que mañana me encuentren convertido en estatua de bronce… ¡No soy más que un pobre e inofensivo *ma-ni-pa*!

El lama sTod Gling, arropado como un niño de teta con su doble túnica, por mucho que estirara el cuello detrás de la reja que amparaba la abertura

cuyo postigo acababa de abrir, no conseguía poner rostro a aquella voz que venía de arriba, un ser al que no le importaba bromear pese a que la noche se anunciaba terriblemente glacial a juzgar por las ráfagas del cierzo, ásperas como latigazos, que le herían las mejillas.

La voz parecía extraña, como salida de ultratumba. Venía de algún rincón del porche donde el individuo que hablaba debía de ocultarse, probablemente detrás de algún saliente.

¿Y si se trataba de una trampa?

El lama sTod Gling, de ordinario tan tranquilo, comprobó con disgusto que estaba dejándose dominar por el miedo.

En términos generales, el religioso no temía a los demonios.

Ni a los del *tantrismo* budista, que habitaban los infiernos, ni a los otros, mucho más nefastos, del bonpo. Pero aunque no creyera en aquella «religión de los hombres», no tenía ningún deseo de ver surgir de las tinieblas a uno de aquellos seres con fauces de dragón capaces de devorar, de un dentellazo, a un niño.

Sólo a un demonio temía el lama sTod Gling.

No era el más temible, ni el más aterrador, ni aquél a quien le pendía más la lengua, el que tenía los ojos más desorbitados o los dientes más acerados, sino el del «pájaro que podía parir», el demonio del murciélago.

Desde sus más tiernos años, cuando los había observado, aterrado, volando en remolinos a centenares por encima de su cabeza en el establo donde sus padres le obligaban a dormir para vigilar mejor el rebaño de yaks que poseían, el lama sTod Gling temía a los murciélagos como a la peste.

En su fantasmagoría infantil, se había inventado una historia propia en relación con aquellos mamíferos voladores: bajo el envoltorio de la engañosa suavidad de su pelaje, eran la reencarnación de un demonio en extremo malévolo (¡bastaba considerar que chupaban la sangre del cuello de los niños mientras dormían!…).

Y a pesar de sus largos años de formación budista *tántrica*, el lama continuaba creyendo a pies juntillas en la existencia de aquel demonio reencarnado. Veía, pues, en el timbre cavernoso de aquella voz de ultratumba, teñida además de un humor macabro, la señal inequívoca de que se trataba de aquel demonio, escondido en algún rincón del porche,

presto a plantarse de un salto en su hombro y, ya allí, hundir sus caninos acerados en la base de su cuello para chuparle la sangre, como hacen las comadrejas con las gallinas.

Se tanteó los bolsillos para ver si encontraba alguno de aquellos bollos secos con que era costumbre apedrear las estatuas de los demonios cuando se celebraban ciertos exorcismos rituales.

Desgraciadamente, debía de haberse comido, sin advertirlo siquiera, su último «bollo-arma», puesto que sus dedos febriles sólo encontraron unas pocas migas en el bolsillo interior de la bolsa que llevaba colgada del cinto.

Se sentía, pues, particularmente desvalido cuando, ya desesperado, optó por dirigirse al demonio murciélago que lo acechaba en la sombra del porche exterior.

—¡Cómo no te dejes ver, no pienso abrirte! —le gritó con voz temblorosa—. ¡Peor para ti si mañana por la mañana te encuentran con la nariz y los dedos congelados!

—¿Y si os dijera que, no hace más que cuatro días, me crucé con un ladrón que había robado del monasterio de Samyé uno de sus tesoros más preciados?

—No te comprendo… —le replicó con voz monocorde el lama sTod Gling, que ya empezaba a decirse que aquel demonio estaba excediéndose.

—Dos niños, uno de los cuales parece un mono… ¿os dice algo esto? La cesta no llevaba tan sólo la enseña de vuestro monasterio, sino que tenía la forma característica de la flor de loto abierta de las cestas utilizadas en las ofrendas para recoger los dones de los devotos más generosos… Las numeran para evitar que ciertas mercancías se evaporen antes de llegar al templo. Si mi memoria no me engaña, ésa llevaba el número diecisiete…

—No sé qué estás insinuando —articuló lo mejor que pudo el lama, que había notado que de pronto le flaqueaban las piernas.

—Entonces, si no queréis abrir, me veré en la obligación de ir a informar de la noticia… Iré tal vez a uno de esos albergues para jinetes, donde no irá a parar a oídos de un sordo ni de alguien de corazón tierno… Ese monje *mahayanista* que transporta a los dos bebés tiene realmente aspecto de atleta, pero ¿de qué va a servirle delante de cinco o seis

malandrines fuertemente armados que estarán esperándole a la primera vuelta del camino y que caerán sobre él sin el menor aviso?

Imposible que un discurso tan sensato y preciso como aquél saliese de la boca de un demonio murciélago.

Fuera había un hombre que se había cruzado con el monje Cinco Prohibiciones.

Era probable que el desconocido supiese demasiado para no llevar a la práctica su amenaza en caso de no obtener satisfacción.

El lama sTod Gling se sentía a la vez aliviado e inquieto cuando abrió la pesada puerta del monasterio justo en el momento en que el individuo, ya seguro de poder entrar, salió del rincón donde se ocultaba.

—Querría que me recibiera el Venerable Superior de este convento… —fue lo primero que dijo el *ma-ni-pa*.

El hedor a macho cabrío que emanaba era tan intenso que el lama sTod Gling se echó involuntariamente para atrás ante tan pestilente efluvio y a punto estuvo de tropezar con el peldaño de piedra de la puerta.

—Pero es que ahora el Venerable Ramahe sGampo duerme el sueño de los justos. Antes de que salga el sol irá al templo. Tengo orden de no despertarlo, como no sea por circunstancias excepcionales. Por otra parte, un *ma-ni-pa* como tú debería conocer las reglas de un gran monasterio como éste.

—Exijo ver al Reverendo sGampo ahora mismo. ¡De lo contrario me pondré a gritar y armaré un escándalo!

Pasando de la amenaza a los hechos, el *ma-ni-pa* dio tres sonoros golpes en el gran tambor de oración que tenía delante, en el primer patio del monasterio.

—¿Sigo con el ruido? —preguntó a sTod Gling agarrándolo por el brazo de un simple movimiento del puño e impidiéndole que le quitara de las manos el mazo curvado que se utilizaba para golpear el tambor suspendido.

Y además, el *ma-ni-pa* continuó el gesto obligando al lama a doblar la rodilla entre muecas de dolor.

—Conozco el arte de las llaves que inmovilizan los impulsos más rápidos de brazos y piernas y provocan la parálisis del adversario —susurró

el *ma-ni-pa* al oído del lama, quien recibió en pleno rostro una nube de esputos de saliva de fétido olor.

—Lama sTod Gling, ¿necesitáis ayuda? —gritó bruscamente una voz cavernosa surgida de las tinieblas del fondo del patio.

La alta estatura del Reverendo Ramahe sGampo se erguía ahora ante los dos hombres, atónitos por la repentina aparición, en medio del espacio barrido por los vientos glaciales que transformaban los copos de nieve en bolas que iban rodando, erráticas, sobre la gravilla que cubría el pavimento.

El patrón del monasterio de Samyé llevaba una larga túnica de color ciruela madura, cortada por un amplio cinto azafrán que acentuaba el hieratismo de su silueta erguida y elegante, sorprendentemente juvenil para su avanzada edad.

La talla de Ramahe sGampo superaba los criterios habituales. Tenía que bajar la cabeza para cruzar todas las puertas de Samyé. En los sinuosos y largos pasillos del inmenso convento se rumoreaba —puesto que Ramahe sGampo odiaba que se hablase de esas cosas en su presencia— que aquí se evidenciaba el signo indiscutible de la esencia divina que poseía el Venerable Superior. Pero lo que más impresionaba y llenaba de estupor a sus interlocutores al descubrir el rostro del prelado eran aquellos ojos suyos casi fosforescentes que parecían mirar cuando en realidad no veían, puesto que estaban desprovistos de pupila y de iris y eran blancos como la leche de yak.

Ramahe sGampo era ciego de nacimiento.

Por esto sólo se desplazaba con la mano en el hombro de un niño.

Éste, vestido con una túnica del mismo color que la del Reverendo, se confundía hasta tal punto con la silueta de su amo que el *ma-ni-pa* no advirtió siquiera su presencia. Por esto, cuando el niño estornudó y el monje errante descubrió su cabecita coronada por una cabellera revuelta entre los pliegues de la túnica del Reverendo Maestro, se sobresaltó de tal manera que golpeó con el brazo el tambor colgado con cadenas y éste resonó de nuevo.

—¡Om! Reverendo Maestro, ¿permitiréis que bese la orla de vuestra túnica? Sería para mí un insigne honor. ¡Vuestra fama de sabio y de santo ha rebasado los muros de vuestro monasterio! ¡Om! ¡Mani padme hum! —

dijo en tono obsequioso a Ramahe sGampo, sujetando con la mano el tambor para impedir que siguiera vibrando.

—La persona que tengo delante no puede ser más que un *ma-ni-pa*. ¡Un *ma-ni-pa* que toca el tambor, además! —respondió el Venerable.

—¿Cómo lo sabéis? —dejó escapar el monje errante.

—«¡Om! ¡Mani padme hum!». Por esa frase tan sencilla. ¿Cómo no iba a reconocer, al oírla, a un monje errante de tu especie? Y también sé por el olor que emana que va cubierto con un manto de pelo de yak… —murmuró como quien es capaz de describir con detalle a su interlocutor de pies a cabeza.

Pese al frío, tan intenso que parecía palpable, y pese también a la negrura de la noche, tan densa que se habría necesitado un cuchillo para cortarla, y pese al viento, cuyo rabioso mugido revelaba su intensidad, bastaba el hedor de la capa del *ma-ni-pa* para que el viejo lama ciego pudiese determinar las características de su interlocutor.

—Niño, ¿puedes conducirnos al interior? Aquí hace un frío glacial —prosiguió la dulce voz de Ramahe sGampo.

A los pocos instantes se encontraban los tres cómodamente instalados alrededor de un brasero en el salón particular del Venerable Superior mientras el niño les servía un cuenco de té hirviendo donde el lama sTod Gling había tenido la precaución de verter una cucharada de manteca de yak.

En el otro extremo de la habitación, en una mesilla baja, habían puesto la «ofrenda de buen augurio» que un lama tenía derecho a ofrecer a su divinidad preferida, es decir, sobre una piel con manchas de leopardo de las nieves, había una bandeja de plata que contenía trigo con la espiga y el tallo adornados, así como dos jarras y dos cuencos llenos hasta el borde de cerveza, en los que la espuma formaba un curioso collar.

—Antes de llegar aquí me he cruzado de camino con un monje chino que seguramente se había hospedado, hace unos días, en vuestro monasterio —dijo el *ma-ni-pa* dispuesto a entrar en materia.

Pensando que así llenaría de manera eficaz la conversación y sin saber muy bien cómo podía abordar la cuestión del precioso *sutra* que dos hombres que había encontrado de camino le habían pedido que fuese a

recuperar a Samyé, el monje errante atacó a Ramahe sGampo por la vía directa sin advertir que estaba metiendo la pata y que corría el riesgo de poner al lama sTod Gling en situación comprometida.

Parecía que el corazón iba a salírsele del pecho. Jamás, ni un segundo siquiera, había imaginado la posibilidad de tener que afrontar una situación como aquélla.

La imprevista llegada de aquel *ma-ni-pa*, unida a la necesidad urgente de dar a conocer su encuentro fortuito con Cinco Prohibiciones, alteraba por completo sus planes.

Hasta entonces no había dicho una palabra al Superior de Samyé acerca del gesto que se había visto obligado a hacer al confiar a Cinco Prohibiciones a aquellos dos bebés que ya no podía seguir escondiendo por más tiempo en el monasterio.

De sobra estaba al corriente de la inteligencia y perspicacia de Ramahe sGampo para decidir de inmediato que lo más sencillo era confesárselo todo. No se sentía obligado a revelarle su secreto como si se tratase de un crimen a consecuencia de las habladurías desconsideradas de aquel monje errante.

Así pues, hizo de tripas corazón y dijo:

—Maestro Venerado, antes que nada es preciso que sepáis que el enviado de Pureza del Vacío, el Tripitaka Cinco Prohibiciones, no se ha llevado únicamente de Samyé el rollo del *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura* que el maestro de *Dhyâna* de Luoyang había dejado aquí en depósito —murmuró al oído de Ramahe sGampo.

—¿Cómo sabías que lo había dejado aquí? —le dijo, sorprendido, este último.

—Yo estaba detrás de vos, mi Venerable, cuando os lo dijo —explicó, también en un susurro, el lama llevándoselo aparte para evitar que el *ma-ni-pa* oyese la conversación.

Éste, por otra parte, olía tan mal que lo mejor era mantenerlo a distancia respetable si uno quería ahorrarse molestias.

—¿Qué otra cosa se llevó, pues? Yo me figuraba que el enviado de Pureza del Vacío se había contentado con llevarse el ejemplar del *sutra* de su maestro.

A fin de implorarle perdón por adelantado por haberle ocultado lo que ahora se veía obligado a contarle, el lama puso la gran mano abierta del Reverendo sobre su cráneo.

—Maestro venerado, he confiado unos gemelos al enviado de Pureza del Vacío: un varón y una hembra. Lo he hecho a plena conciencia y espíritu. Como esas buenas acciones recomendadas por el Bienaventurado para obtener un buen *karma*. No tenía más remedio. Me sentía totalmente obligado, aunque sólo fuera en interés de aquellos niños. Lo único que lamento desde el fondo de mi corazón es no habéroslo dicho antes. Os aseguro, sin embargo, por la Noble Verdad del Bienaventurado, que si se hubiera presentado la ocasión, lo habría hecho sin vacilar.

—¿Te refieres a esos pequeños seres? —dijo en un murmullo la voz cavernosa de Ramahe sGampo.

—¡Sí! ¡Exacto! ¡A los dos bebés, mi Reverendo Maestro! ¡Unos bebés de pocos días!

—Pero, que yo sepa, aquí en Samyé no hay ningún niño de corta edad. Todos los monjes y monjitas respetan escrupulosamente las Cinco Prohibiciones. ¡Todos se mantienen castos y puros!

—¡Todos salvo una persona, mi Venerable Reverendo! —murmuró el lama.

Durante aquel conciliábulo, el *ma-ni-pa* había tratado de apaciguar el hambre atiborrándose de galletas de harina de maíz cubiertas por la mano caritativa de un novicio de una capa de miel oscura como laca que ahora le chorreaba por las comisuras de los labios mientras el niño sobre cuyo hombro el Superior ciego apoyaba la mano seguía llenándole el cuenco de té con manteca de yak.

—¿Qué significa esto de todos salvo una persona? —preguntó con voz atronadora Ramahe sGampo.

—¡Pues lo que le digo, mi Reverendo Maestro! Se trata de una novicia, la pobre Manakunda. Pero no es a ella a quien hay que arrojar la piedra. El sexo de un hombre, Reverendo, abusó del cuerpo de esta monja.

—¿Manakunda? ¿Que en Samyé *han* abusado de ella? Lama sTod Gling, espero que midas el alcance de tus palabras.

—Esa joven novicia, que se encarga del arreglo de los ornamentos litúrgicos, quedó encinta. ¡Fue víctima de una violación, la pobre!

El *ma-ni-pa*, que acababa de terminar las galletas de maíz, se les acercó de nuevo.

—¡Lleva a ese monje errante a la cocina y sírvele una sopa caliente! —ordenó entonces el Superior al novicio.

El *ma-ni-pa*, a quien le faltaba mucho para quedar saciado, no se hizo de rogar, siguió al joven monje y los dejó solos.

—Así podremos hablar con más tranquilidad de un asunto tan delicado como éste… Ahora comprendo por qué esta joven me pidió que le describiera un ritual de perdón —añadió el Superior ciego con aire meditabundo.

—¿Un ritual de perdón, Reverendo? —inquirió, sorprendido, el lama sTod Gling.

—¡Exactamente! Pero teniendo en cuenta lo que acabas de decirme, lo que le dije entonces no expiaba en modo alguno la magnitud de su problema. Le queda mucho a la pobre para expiar ese pecado… Mañana, así que amanezca, la harás comparecer ante mí y me veré obligado a excluirla de nuestra comunidad.

—Lo que pasa, mi Reverendo Maestro, es que la pobre Manakunda murió al dar a luz a los gemelos que, debido también a esa circunstancia, tuve que confiar al Tripitaka Cinco Prohibiciones.

Ramahe sGampo parecía totalmente sorprendido y hasta desorientado al oír las noticias que el lama acababa de revelarle.

—¡Qué horrible es todo esto! ¿Por qué no me lo dijiste? Habríamos llamado a una comadrona o a uno de nuestros monjes que saben curar las llagas y luxaciones con sus masajes y pomadas. ¿No te has acordado de la compasión que debe sentir todo budista hacia su prójimo, aunque se trate del pecador más grande del mundo?

El Superior ciego de Samyé parecía sinceramente desolado, por lo que el lama sTod Gling, viéndole capaz de saltarse la inflexibilidad de la regla de la comunidad monástica para ceder, en tan penosa circunstancia, a la humanidad y a la tolerancia, lamentó no haberle abierto antes su corazón.

—Hice lo que pude por ella, Reverendo, en nombre precisamente de la compasión a la que creía estar obligado. La muchacha, muerta de vergüenza, se refugió en uno de los apriscos de Samyé… el que está situado antes del puerto, donde yo la instalé. Por nada del mundo habría querido que se enterasen de que estaba encinta…

—Así pues, ¿estabas al corriente?

—Sólo a mí me lo dijo. Unos días antes, cuando quise saber por qué estaba tan pálida y le costaba tanto caminar, se arrojó en mis brazos y, llorando desesperadamente, pareció incapaz de explicarme los motivos de su llanto. Pero a fuerza de insistir, acabó por contármelo todo. De todos modos, sobraban las explicaciones. Bastaba con ver su vientre: enorme y duro como una calabaza cuando ciñó su cuerpo contra el mío al abrazarse a mí llorando, lo que hizo que comprendiera que estaba encinta. Le propuse entonces que se instalase en aquella cabaña de pastores, a distancia de la comunidad, a fin de que pudiera parir con tranquilidad. Al cabo de diez días dio a luz a un niño y una niña.

—Obraste bien, sTod Gling. Yo que tú habría hecho lo mismo, con la única diferencia de que habría dado cuenta de todo a mi superior…

—El mismo día del parto, poco antes de perder el conocimiento, me hizo jurar que pondría a su hijo en buenas manos si a ella le ocurría algo y sobre todo que no revelaría la desgracia que le había ocurrido a ningún monje. La verdad es que la pobre muchacha estaba aterrada sólo de pensar que en Samyé pudiera saberse que había transgredido una de nuestras Santas Prohibiciones. Quería abandonar la región, viajar muy lejos, ir a China, según decía, y allí rehacer su vida.

—¿A la China central?

—¡A Luoyang, exactamente! Me describió esta ciudad como un cúmulo de riquezas y maravillas. Me pregunté por qué se referiría a Luoyang en aquellos términos. Sin duda había oído a algún viajero contar aquellas cosas de aquella región.

—¡No hay duda de que Luoyang es una ciudad santa donde el Gran Vehículo dispone de un monasterio más grande que una ciudad!

—Lo sé, Venerable Reverendo: el convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, del que es Inestimable Superior el maestro Pureza

del Vacío.

—Espero que éste no sea el motivo que te ha inducido a confiar los niños al enviado de Pureza del Vacío…

—No me quedaba otra alternativa. El tiempo apremiaba. La inopinada llegada de Cinco Prohibiciones fue una oportunidad que no quise desaprovechar. Aquel monje respiraba bondad e inteligencia. Así que lo vi, su mirada me inspiró confianza y estimé que aquélla era una buena ocasión para cumplir con mi palabra.

—Lamento no haber saludado a Cinco Prohibiciones cuando pasó por aquí. ¿O sea, que se llevó el *sutra* y, encima, a los dos niños?

—Más o menos. Se lo di todo hecho: podía llevarse el *sutra* con la condición de hacerse cargo de una cesta en la que puse a los dos bebés.

—¡Vaya desfachatez la tuya! Este *sutra* precioso pertenecía a Pureza del Vacío y él mismo nos lo había dejado en depósito. Dado que Buddhabadra no había venido a recogerlo, Cinco Prohibiciones estaba en su derecho de exigirnos su entrega sin tener que hacer nada como contrapartida. Le habría bastado con venir a verme. Después de hacerle unas cuantas preguntas sobre la doctrina del Gran Vehículo que me habrían permitido comprobar que era realmente el enviado especial de Pureza del Vacío, le habría abierto de par en par y sin vacilación alguna la puerta de la biblioteca.

—No puedo por menos de daros la razón, Venerable Superior.

—En tal caso, ¿por qué no me has avisado de su llegada?

—Encuentro legítima vuestra sorpresa, por lo que vuestra indignación conmigo sería justa, Reverendo Maestro, si no existieran los niños. Vuestro humilde servidor no tenía otra opción: ¡debía encontrar una solución! Pasé una semana espantosa yendo del monasterio a la choza de los pastores, donde los pequeños ya empezaban a notar el frío.

—¿Se sentían enfermos?

—No es eso exactamente. De todos modos, os mentiría si os dijese que no formaban una pareja muy curiosa.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó el Superior, algo sorprendido.

—¡Pues eso! En el momento del parto, primero llegó un niño, que yo recogí en un paño. Era una maravilla de niño. Tenía los ojitos abiertos y

miraba el cielo con una sonrisa. Cuando ya me figuraba que todo había terminado y mientras estaba terminando de secarlo, oí unos lloros que salían del vientre de la madre, lo que me reveló que iba a llegar otro niño. Y cuando ya había secado y fajado al segundo niño, al inclinarme sobre el rostro lívido de Manakunda, me di cuenta de que ésta había dejado de respirar.

—Ya entiendo que, viendo que la pobre pecadora había muerto, decidiste que urgía confiar los gemelos a alguien.

—¡No es esto sólo, Reverendo!

La voz del lama sTod Gling se había hecho de pronto más perentoria.

—¿Había algo más?

—Si el primer bebé, el niño, tenía un aspecto normal, el segundo, que era una niña, tenía la mitad de la cara cubierta de vello como si fuera una monita.

—¡Jamás había oído cosa parecida!

—Fue tal el sobresalto que tuve que por poco me pongo a gritar. En un primer momento, Maestro Venerado, pensé que me encontraba delante de dos reencarnaciones divinas. Caí de rodillas y me prosterné delante de los dos niños.

—¿En qué divinidades pensaste? —le preguntó el anciano ciego, turbado ante la repentina aceleración de los acontecimientos.

—En la pareja fundadora de todos los habitantes del país de Bod, el *bodhisattva* Avalokitesvara el Compasivo y la diabla Dama Tara. Me di cuenta inmediata de que aquel rostro medio humano y medio animal de la niña era la prueba irrefutable…

—¿Estás seguro de que no se trataba de una de esas malformaciones que a veces inflige la naturaleza como, en mi caso, la ausencia de visión?

—¡Me dejaría cortar la mano antes de negar que Manakunda, mi Venerable Superior, dio a luz dos criaturas de esencia divina! —protestó el lama sTod Gling.

—¡Sabes muy bien que la diabla Dama Tara no pertenece al panteón de nuestras divinidades! ¡Dama Tara es una criatura de la «religión de los hombres», el bonpo, practicada por todos aquellos que no tienen la suerte de seguir las enseñanzas de un lama! —añadió el Superior, que pareció sólo

a medias convencido de las afirmaciones un tanto deshilvanadas que el otro le exponía.

—¡Parece que dudáis de lo que os digo y esto me entristece! ¿Cómo explicáis, pues, que uno de aquellos dos niños tenga la mitad de la cara simiesca? Os lo puedo jurar, Venerable Ramahe sGampo: pese a que los rasgos del rostro de la pequeña eran de una extrema finura, la mitad del mismo era la propia de un monito —prosiguió el lama levantando ligeramente el tono de voz como para reafirmar sus palabras.

—¡Seguro! ¡Palabra de *ma-ni-pa*! Este lama dice la verdad. Todo un lado del rostro de la niña parece el de un mono de los bosques. ¡Lo he podido comprobar con mis propios ojos! ¡Om! —exclamó con aire triunfal el monje errante.

Habiendo regresado discretamente de la cocina con el novicio, no se había perdido nada de la perorata del lama sTod Gling.

Sostenía en las manos otro plato de bollos de miel negra y se chupaba ruidosamente y con fruición los dedos, que tenía embadurnados.

Detrás de él, el jovencísimo monje llevaba uno de aquellos cuencos de cerveza de «la ofrenda de buen augurio», sobre el cual se abalanzó con ardor así que hubo terminado de comer, con gula exagerada, los bollos antedichos.

Aquel intermedio permitió a sTod Gling recuperar la calma.

Ahora que ya lo había revelado todo a Ramahe sGampo, podría ajustar cuentas con aquel monje errante y charlatán.

—Ese monje se ha cruzado con Cinco Prohibiciones en la ruta de la montaña… Y amenaza con avisar a los bandoleros de la existencia del convoy sagrado —comunicó a Ramahe sGampo mirando de hito en hito al *ma-ni-pa*.

—¡Una acción malvada en extremo! No hay duda de que el autor de ella se reencarnaría en una de esas orugas tan apreciadas por los gorriones que no pueden permanecer más de una hora sobre la hoja de un árbol —declaró súbitamente la voz cavernosa de Ramahe sGampo.

—¡Oh, no… eso es falso! Si tuviera que pelearme para defender a aquel monje y a aquellos niños-dioses, lo haría con gusto y con todas mis fuerzas

—dijo atropelladamente el monje errante con voz temblorosa, como si la advertencia del Superior lo hubiese traspasado cual un rayo.

De pronto, como si la cerveza del cuenco que había engullido con tanta precipitación le hubiera sentado mal, comenzó a hipar.

Los blancos ojos del Venerable Superior del convento de Samyé parecían sermonear al monje errante. Y tras aproximar su rostro tan cerca del suyo que sus narices se rozaron, Ramahe sGampo le dijo hablando con voz lenta:

—¡Bien, *ma-ni-pa*, voy a tomar tus palabras al pie de la letra!

—Mi Respetado y Venerado Maestro, cumpliré vuestro precepto como si fuera una orden dictada por mi propio padre.

—Alcanzarás de camino a ese monje y a los dos niños que lleva. Y cuando los hayas alcanzado, harás todo cuanto esté en tu mano para ayudarlos y acompañarlos hasta Luoyang. Una vez allí, irás a ver a mi colega Pureza del Vacío, Superior del gran convento *mahayanista* del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales. Así que le hayas presentado los homenajes de Ramahe sGampo, le anunciarás mi inminente visita —dijo con voz tonante el Superior ciego.

—¿Pensáis ir a Luoyang? —preguntó, extraordinariamente sorprendido, el lama sTod Gling.

Era la primera vez que el Superior de Samyé hablaba de un proyecto como aquél.

Debido a su ceguera, apenas veía nada y los raros desplazamientos que se permitía jamás rebasaban las fronteras del país de Bod.

—Si obedezco vuestras santas directrices, ¿cumpliré con un *karma* que me acercará al paraíso? —sugirió el *ma-ni-pa* dándoselas de entendido.

—Sin duda alguna. Y de manera tan eficaz como si dedicases varios años a hacer girar los molinos de oraciones o varios siglos a hacer bufonadas por los caminos del Tíbet.

Prescindiendo del talante susceptible del Superior ciego, que tenía bien cimentada su fama de sabiduría y santidad, su tono grave y severo sólo podía tranquilizar al *ma-ni-pa* sobre los beneficios que podría obtener actuando de acuerdo con las órdenes del viejo monje de ojos blancos.

—¿De veras? ¿Conseguiré por fin el paraíso de los *bodhisattvas*? —osó aún preguntar volviéndose esta vez hacia el lama sTod Gling.

—¿Crees que el Venerable Superior de Samyé es capaz de mentir? —exclamó el lama, indignado.

—Haz lo que te he pedido y créeme, *ma-ni-pa*, si te digo que serás recompensado —añadió Ramahe sGampo.

Había pronunciado la última frase con una dulzura tan infinita que todavía la hizo más convincente, a pesar de que seguía siendo una orden e incluso una orden sin apelación posible.

El *ma-ni-pa*, por otra parte, que acababa de echarse a los pies del Venerable para besar la orla de su túnica en señal de lealtad y sumisión, lo sabía de sobra.

—Venerable Maestro, cumpliré lo que me pides sin que mi camino se desvíe una sola pulgada.

Era evidente que Ramahe sGampo había dominado al monje vagabundo.

—Es hora de acostarse. ¡La noche no ha terminado! Conducirás a ese monje a su dormitorio. Seguro que esta noche hasta las piedras se helarán. Dormir a la intemperie sería una locura —añadió el Superior de Samyé acompañando sus palabras con un bostezo.

—¡Sígueme! —dijo el lama sTod Gling al monje errante.

Seguidamente lo acompañó a una inmensa estancia sumamente recalentada en la que se percibía un intenso olor a barro, donde le indicó que podía dormir en un estrecho jergón.

A pesar de la total oscuridad que reinaba en el dormitorio, unos sonoros ronquidos amplificados por el alto techo abovedado le revelaron la presencia de otros viajeros que, como él, se beneficiaban de la hospitalidad del convento de Samyé y pasaban la noche al abrigo.

—Es un dormitorio de peregrinos. Esta noche está casi vacío. Mañana esperamos una nueva hornada. ¡De momento estarás tranquilo! ¡Qué pases una buena noche!

—Antes de que te vayas, quiero que sepas que, en principio, he venido aquí para recuperar un precioso *sutra* cuyo nombre es *Lógica de la Vacuidad Pura* —confesó tímidamente el *ma-ni-pa*.

Todavía bajo la impresión del sermón que acababa de hacerle el Superior ciego, decidió de una vez por todas, con esa convicción ardiente tan propia de los recién convertidos, que no volvería a mentir.

—Hace mucho que ese *sutra* ya no está aquí. Si es a eso a lo que has venido, tu viaje ha sido en balde —le replicó sTod Gling antes de desaparecer cerrando de un portazo.

¿Qué diría, pues, el *ma-ni-pa* a los dos hombres que lo habían enviado a Samyé, los cuales le habían prometido una importante suma de dinero de la que ya tenía una cuarta parte en el bolsillo?

Se trataba, en efecto, de una misión precisa que le habían encomendado unos socios comanditarios que, dicho sea de paso, y sobre todo uno de ellos, no tenían aire de tomarse las cosas a broma…

¿Creerían en sus palabras cuando volviera y, con la boca pequeña, les anunciara que el precioso *sutra* que tanto les interesaba había desaparecido?

Y por otra parte, ¿debía dar crédito a la afirmación perentoria de aquel lama que aseguraba que el documento en cuestión ya no estaba en el monasterio?

Ya empezaba a lamentar no poder transformarse en *apsara*, aquella criatura angelical que, según decían, era capaz de volar y atravesar los muros de piedra más gruesos.

Sólo un *apsara* volador habría podido, aquella noche, penetrar en la biblioteca del convento y comprobar si en ella se guardaba o no el famoso *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura*.

En aquellos momentos sus poderes de *ma-ni-pa* habían dejado de serle de utilidad…

¡Cómo le habría gustado salir airoso de aquel embrollo en el que había tenido la desgracia de meterse al aceptar la propuesta de aquellos hombres!

En aquella habitación que las estufas atiborradas hasta arriba de carbones candentes transformaban en horno, empapando de sudor el exiguo jergón destinado a viajeros de paso, rodeado de roncadores indiferentes a su suerte, el *ma-ni-pa* sentía crecer en su interior una sorda inquietud.

Lo único que deseaba era que el torpor que sentía bastase para inducirle el sueño y que la noche fuese buena consejera.

Cuando, pese a su voluntad, el monje quedó dormido como un tronco, lo hizo con la sospecha de que sus problemas comenzarían realmente si regresaba con las manos vacías.

Así pues, sólo se sorprendió a medias cuando su propia voz lo despertó vociferando y, sobresaltado y bañado en sudor de pies a cabeza, se sintió turbado en plena noche por una horrible pesadilla en el curso de la cual el más violento de los dos hombres que le habían hecho el encargo, después de castigarlo con una tanda de latigazos, le hundió en el vientre un puñal de hoja brillante que se sacó del cinto.

—¡Silencio! ¡No dejas dormir a la gente!

Con los gritos había despertado a los que dormían.

Temiendo haber sido víctima de un robo, se tentó maquinalmente el bolsillo.

Las monedas de plata que le habían dado los socios comanditarios estaban en su sitio. Jamás había visto tanto dinero junto, a buen seguro que le bastaría para atracarse a fondo, durante toda una semana, mañana, mediodía y noche, en una buena posada.

Era por culpa de aquellas monedas por lo que ahora se veía metido en aquella trampa de la que no sabía cómo saldría, a menos de no enfrentarse con aquellos dos hombres.

Pero ¿qué pensarían de él cuando comprobasen que, por no decir algo peor, los había engañado?

Y sobre todo, ¿cuál sería la reacción del más violento, el de mirada inquietante, aquel que salió de pronto de una cueva del flanco de la montaña y lo llamó?

—En la cueva hay un hombre a quien le duele mucho la pierna. Un *ma-ni-pa* compasivo como tú tiene poder para aliviar el dolor. Si aceptas, no lo lamentarás. ¡Om! —había exclamado el desconocido hablando en lengua tibetana aproximada.

Reprimiendo su desconfianza, se acercó a la cueva.

En su interior, cubierto por una piel de yak, había un hombre tumbado con el tobillo tumefacto, dolorido e hinchado. Al parecer, padecía una luxación, sobre la cual le hizo algunos pases.

—Me has aliviado, ¡gracias! —le dijo el hombre, que tenía aspecto agotado, en voz baja.

Pasando de una cosa a otra, los dos desconocidos, que se presentaron como jefes de Iglesias budistas, se enzarzaron en conversación con él.

El que estaba herido se llamaba Buddhabadra y dijo que era el auténtico jefe espiritual de la Iglesia budista del Pequeño Vehículo, ya que era el Superior del convento del Único Dharma de la ciudad india de Peshawar. Por su parte, el otro, no sin grandilocuencia, proclamó misteriosamente que él era «Nube Loca, garante de la paz entre las Iglesias».

El monje errante no se atrevió a hacer más preguntas a los dos personajes —el aplomo que demostraban lo intimidaba en cierto modo y lo disuadía de hacer averiguaciones— ni a interesarse tampoco por su presencia, en verdad sorprendente, en aquella anfractuosidad rocosa en pleno corazón del Himalaya.

En cuanto a lo demás, lo que hizo que aceptara la improbable proposición que le hizo Nube Loca fue pura y simplemente el señuelo de la ganancia…

Ya que, en efecto, el que se llamaba Buddhabadra, que era el más normal y civilizado de los dos, hizo tintinear ante las narices del asombrado *ma-ni-pa* un puñado de monedas de plata.

¡Muchas, en verdad!

O en todo caso, muchas más de las que el pobre *ma-ni-pa* había visto en su vida.

Al fin y al cabo, a cambio de aquellas monedas no era mucho lo que le pedían: bastaba con que fuera a buscar a Samyé un *sutra* que llevaba el extraño nombre de *Lógica de la Vacuidad Pura*.

Una vez allí, bastaría con que dijese a los monjes que lo enviaba Buddhabadra para que las autoridades del monasterio pusiesen el manuscrito en sus manos. Eso, por lo menos, le aseguró Nube Loca.

Pese a lo curioso del encargo, en realidad demasiado halagüeño para ser honrado, no dudó en aceptar, ya que haría de él un hombre rico.

Ahora, sin embargo, tenía la impresión de que aquellas monedas, que no dejaba un momento de manosear, estaban al rojo vivo y le quemaban los dedos.

¡Qué ingenuo había sido!

Ahora lamentaba amargamente haber actuado por simple interés, como un vulgar vendedor ambulante, de una manera tan indigna de un *ma-ni-pa*.

Pero no podía echar las culpas más que a sí mismo al considerar que había caído en una trampa tan vulgar como aquélla.

Fue entonces cuando, en la oscuridad de la fétida habitación donde ahora languidecía, vio aparecer de pronto, rodeado de un nimbo de luz, el rostro del Bienaventurado Buda.

—¿Qué debo hacer ahora, Venerado Gautama? —le imploró.

El Despierto lo miró con una sonrisa dulce y benévola en el rostro.

Reiteró la pregunta.

Los ojos de Buda lo miraban con gran compasión, pero su boca, que había revelado la Verdad a los hombres, permanecía obstinadamente cerrada.

Entonces el *ma-ni-pa* pensó de nuevo en la orden de Ramahe sGampo.

Entre el impecable *karma* al que lo había invitado el Superior ciego incitándolo a hacer aquel viaje que lo convertiría casi en santo y su regreso con las manos vacías ante los dos hombres, no le costó mucho elegir.

Y tanto peor si se arriesgaba a pasar por un traidor y un estafador a ojos de aquellos hombres, que ya se arreglarían, sobre todo el que tenía aquella mirada de loco sanguinario, para hacer llover sobre él toda suerte de castigos y maleficios.

Pero por fortuna el Bienaventurado Buda velaba por él.

Por algo había dispuesto que se cruzase con el convoy de los gemelos divinos que ahora se apresuraría a alcanzar a fin de ponerse a su servicio.

Consciente de que su vida acababa de sufrir un vuelco, el agotamiento acabó por vencerlo y se durmió.

XII

MANUFACTURA DEL TEMPLO DEL HILO INFINITO, CHANG AN, CHINA

Tan pronto como descubrió el rostro juvenil de su querido Punta de Luz, con su sonrisa afable de siempre, Luna de Jade, rebosante de felicidad y dejándose llevar por la sorpresa, pese a la mirada sombría de la obrera destinada a la vigilancia del taller, no pudo abstenerse de correr hacia él y derrumbarse en sus brazos.

En la hilandería imperial de seda más grande de Chang An, llamada Templo del Hilo Infinito, era la hora de la pausa que se hacía a media jornada; en realidad, el único momento en que los obreros tenían derecho a comer una sopa de arroz y hortalizas que unas cantineras distribuían en unas carretas.

La hilandería imperial ocupaba un edificio tan inmenso que habrían sido necesarias no menos de dos horas a los curiosos que quisiesen aventurarse a recorrerla, si bien no era aquélla una empresa recomendable.

Situada algo apartada de la capital de los Tang, aquella fábrica contaba con casi diez mil empleados, sobre todo obreras.

En efecto, sólo los dedos finos y ágiles de las manos de mujeres podían proceder a las fases necesarias para la transformación del tenue hilo de seda que resultaba de devanar los capullos en soberbios trozos de tela cuyos suaves colores y extraordinario brillo justificaban el precio exorbitante de aquel material que enloquecía a todas las elegantes de los países

occidentales desde los tiempos de Alejandro Magno, época en la que se decía que lo producían los «Sères», pueblo cuyo nombre, tanto en latín como en griego, significaba «seda».

Teniendo en cuenta la preciosa calidad de la materia tratada, el Templo del Hilo Infinito era, sin lugar a dudas, si se exceptuaba por supuesto el palacio imperial desde donde reinaba Gaozong, uno de los edificios oficiales mejor guardados de la capital de los Tang.

Se penetraba en él a través de un porche único donde unos esbirros armados escudriñaban los rostros de las obreras y comprobaban atentamente todas las mercancías que entraban y salían antes de etiquetarlas debidamente con un número de orden que unos cancilleres de tercer grado consignaban en grandes registros. De este modo la administración imperial de la seda conocía prácticamente sin el más mínimo error tanto el número de paquetes de capullos de seda que habían entrado un determinado día en la fábrica como el de las piezas de seda ya acabadas y prontas a ser distribuidas en el mercado que habían salido.

En el interior de la hilandería también eran objeto de minuciosos controles todas las etapas necesarias para la fabricación de las piezas de seda.

Pese a esto, Punta de Luz pudo penetrar sin problemas en aquel verdadero santo de los santos de la seda de los Tang.

—¡Punta de Luz! ¡Qué alegría verte después de todo este tiempo!

Bastó que el joven maniqueo se presentara ante el funcionario encargado de la vigilancia de los registros para que este último lo recibiese con los brazos abiertos al tiempo que ordenaba con la mirada a los tres esbirros que impedían el paso que lo dejasen entrar en el Templo del Hilo Infinito.

Aquella fábrica increíble estaba compuesta de una serie de inmensas salas, cada una de ellas especializada en una determinada fase de la transformación de la preciosa materia, entre las cuales no era la menos sorprendente el proceso del teñido de la seda, que era donde trabajaba Luna de Jade.

Unos gigantescos depósitos excavados en el suelo, llenos de centelleantes líquidos —amarillo dorado, rojo bermellón, azul turquesa,

verde esmeralda, blanco inmaculado y negro ala de cuervo— esperaban que las manos de las obreras sumergiesen en ellos el ovillo de hilo de seda que sostenían colgado de un largo bichero.

Junto a la pared del fondo del taller estaban ordenadamente colocadas en unos estantes las jarras que contenían los pigmentos utilizados en el tinte: carbón de leña para el negro, albayalde para el blanco, azurita o índigo para el azul, malaquita para el verde, ocre y oropimente para el amarillo y, por descontado, cinabrio para el rojo, que, para impresionar los ánimos, se designaba también con el nombre de «sangre de mono *gibón xingxing*».

Para infundir más vida al color carmín también se le podía añadir «mineral púrpura» o «sangre de dragón», que en realidad era una sustancia segregada por el insecto arborícola *lac*[24], o bien púrpura de múrice, ese precioso molusco mediterráneo que llegaba a la China a través de la Ruta de la Seda en reducidísimas cantidades y a precios prohibitivos.

Las losas que cubrían el pavimento de la sala de tintado brillaban con la constelación de las gotas de los multicolores líquidos que caían de los ovillos al ser trasladados en unas carretas a la sala de secado.

Punta de Luz no tardó mucho en localizar a Luna de Jade.

Habían transcurrido dos años desde la última vez que se habían visto, pero la chica no había cambiado.

Tan bella y grácil como siempre, en aquel momento se disponía a sumergir un ovillo de seda en una cuba llena de bermellón, pero dejó lo que tenía entre manos para precipitarse a su encuentro.

—¡Creía que no volvería a verte más! —exclamó, jadeante, acercando los labios al oído de Punta de Luz, quien volvió a sentir, así que notó el roce en el cuello, la misma turbación que dos años antes cuando la chica se acurrucaba contra él después de hacer el amor.

—¡Seguramente me maldijiste! ¡Me comporté contigo como un verdadero patán!

—¡Te fuiste sin ni siquiera decirme adiós!

—No podía hacer otra cosa. ¡Si supieras cómo he sufrido por ello! Pero si no me importases, no habría vuelto… —dijo ahogando un sollozo.

—Es difícil hablar aquí —dijo la chica indicándole la mirada severa y el ceño cada vez más fruncido de la encargada cuya autoridad, sin embargo, había desafiado para arrojarse en sus brazos.

—Tenía tantas ganas de verte que he preferido venir en seguida en lugar de esperar a que salieras del trabajo.

—Todo este tiempo, siempre que pensaba en tus manos sobre mi cuerpo toda yo me estremecía —dijo la muchacha con aquella sorprendente franqueza y libertad que había demostrado siempre al hablar de ese tipo de cosas.

—¡Y yo, cuántas veces he soñado que estaba entre tus brazos y, cuando me despertaba, tenía el sexo tan duro que me dolía! ¡Si supieras qué ganas tengo de estar a solas contigo!

—Tendré que perdonarte…

—¡Estoy dispuesto a hacer lo que sea para volver a conquistar tu corazón!

—¡Oyéndote hablar así, siento agitarse mi valle de rosas! —dijo con voz trémula.

Lejos de sentirse indignada, la hermosa obrerita parecía encantada al ver reaparecer de manera tan milagrosa a un amante a quien había enseñado, dos años antes, los gestos, posturas y palabras que conducían los cuerpos al infalible objetivo del goce compartido.

Luna de Jade parecía hecha para el amor carnal, en cuya ciencia y práctica había iniciado a Punta de Luz.

Lo que más le gustaba era sentir cómo subía en su interior aquella ola de placer que empezaba a expandirse desde el vientre, se tensaba y vibraba después como un tambor de lluvia, hasta el momento inefable en que del fondo de su caverna de oro brotaba el rocío mientras le acariciaban largamente la entrada…

Punta de Luz, por su parte, que ya veía apuntar por encima de la ligera camisa los pezones duros de la muchacha, no podía apartar de sus pensamientos aquellos abrazos a los que se había habituado de tal modo que tener que volver a Turfan, junto a su obispo, una vez cumplida su misión, supuso para él un verdadero desgarramiento.

Había tenido que convencerse de que su desobediencia le habría valido con toda seguridad el fuego del infierno de haber continuado amándose como dos tórtolos, para que, llorando lágrimas de sangre, aceptase por fin abandonar Chang An provisto de la preciosa mercancía que había ido a buscar.

Si en aquel momento sólo hubiese prestado oído a sus sentidos, sin duda no habría permanecido junto a aquélla cuyo cuerpo respondía de maravilla y sin reserva alguna a todas las solicitaciones que ella le había enseñado a prodigar, por raras y extravagantes que fueran.

Había sido Luna de Jade quien había hecho descubrir a Punta de Luz los sortilegios a los que podía llevar el abrazo amoroso cuando uno accedía a dotarlo de refinamiento y conocía las recetas que permitían que el placer y el deseo se alimentaran mutuamente hasta formar aquella unión y armonía insuperables entre el cuerpo del hombre y el de la mujer fusionándose como se fusionan en la música dos instrumentos perfectamente afinados.

Luna de Jade debía aquel conocimiento íntimo de su cuerpo a su condición y a su historia.

Había nacido, apenas hacía veinte años, en el seno de una familia pobre que vivía en un pueblecito del norte de la China situado en una zona conquistada recientemente por los Tang cuya población había sido trasladada casi por completo a Chang An como botín de guerra.

Debido a su agilidad manual, fue destinada a los doce años a la hilandería del Templo del Hilo Infinito después de haber sido raptada del seno de su familia.

Se había formado, pues, en la escuela de la vida, la más eficaz si uno sabe salir de ella bien librado, pero también la más dura…

Aquella joven obrera, con un cuerpo de seductoras formas que no lograban ocultar las camisas casi transparentes que llevaban las obreras a causa de las elevadas temperaturas que reinaban en los talleres donde se escaldaban los capullos, se había convertido en presa codiciada por los hombres que trabajaban en la hilandería.

Objeto del deseo de los obreros, no tardó en comprender a qué se exponía si rechazaba sus insinuaciones teniendo en cuenta que no tenía padre ni madre que la defendieran.

En consecuencia, tomar la delantera al precio que fuese y seducir a los más convenientes por encima de los más zafios era el único método que le permitía sobrevivir.

Esto hizo que se convirtiera en experta en el amor y que todos supieran que había que andarse con pies de plomo si se le faltaba al respeto.

Así fue como, apenas descubrió su rostro a la salida del Templo del Hilo Infinito, mezclado con todo el tropel de hombres de mirada concupiscente que acechaban todos los días a las obreras, puso los ojos en Punta de Luz.

La chica quedó seducida por su candor y su inteligencia, mucho más incitantes que las miradas lúbricas y preñadas de sobreentendidos de los otros hombres.

El joven Oyente era virgen como un ángel puro y estaba libre de segundas intenciones cuando por primera vez, en la alcoba de su exiguo alojamiento, ella se apoderó con toda delicadeza de su vara de jade y la acarició larga y pausadamente con la lengua tras haberla humedecido.

Falto de referencias, después de aquel delicioso aperitivo, Punta de Luz se dejó guiar por la joven cuya experiencia en la gimnasia amorosa, aprendida en época temprana de su vida, resultó ser de extraordinaria eficacia.

En dos tiempos y tres movimientos, lo sedujo y se lo hizo suyo.

Lo primero que hizo fue invitarlo a disfrutar de las delicias de lo que ella llamaba sus «tres preciosos orificios»: la boca, la cueva dorada y la puerta de atrás, provocando en su amante unos espasmos de placer que no hicieron sino aumentar cuando terminó de rendirle honores de las tres maneras diferentes.

Cuando el joven *kucheano* abandonó Chang An para ir a Turfan no ignoraba nada de la amplia enciclopedia de placeres carnales que Luna de Jade le había enseñado gracias a incesantes trabajos prácticos en el curso de los cuales exaltó hasta tal punto sus sentidos que era capaz de amarla una noche entera sin darse tregua.

A su regreso pasó muy malos ratos intentando prescindir del cuerpo de su amante, de sus formas suaves, de sus recovecos húmedos y cálidos y de sus orificios intercambiables y dispensadores de placer.

Y como todo Oyente con vocación de Perfecto, se vio obligado a someterse de nuevo a la regla de una intransigente castidad.

Privado de amor durante tan largos meses, fue con glotonería y no sin cierta fiebre que Punta de Luz aspiraba ahora el olor a especias que emanaba la cabellera de Luna de Jade.

¡Qué dulce le parecía ahora transgredir el ayuno de los sentidos al que su condición de Oyente lo tenía obligado desde hacía tanto tiempo!

En brazos de Luna de Jade se sentía renacer y convertirse en un hombre distinto.

Allí estaba el verdadero Punta de Luz, el cuerpo ceñido contra el de aquella chinita a la que abrazaba al tiempo que le murmuraba palabras tiernas sin prestar atención a las miradas intencionadas que les dirigían las obreras, las cuales seguían ocupadas en sus trabajos de teñido ante la actitud cada vez más exasperada de la encargada.

—¡Si supieras cómo te deseo! Sólo verte me escuece la punta de la vara de jade! —dijo él a su vez a la muchacha antes de empujarla a un rincón de la sala y de oprimir golosamente su lengua contra la de la chica.

—¡Cómo ha tardado en pasar el tiempo desde que te fuiste!… Creía que no te importaba…

—Pero, mi pequeña Luna de Jade, ya tendré ocasión de contarte por qué debía llevar cuanto antes los capullos de seda al lugar de donde venía —dijo Punta de Luz soltando un gemido.

—¿Por qué no me llevaste contigo? Habríamos seguido amándonos. Dos años es mucho tiempo… Habría podido olvidarte —protestó la chica.

—¡Era completamente imposible! En el sitio donde vivo, creo que ya te lo dije, llevo una vida de monje y la regla de mi Iglesia me prohíbe hasta mirar a las mujeres y, más aún, tocarlas —le dijo, movido por la emoción, Punta de Luz.

—Entonces, ¿qué hace aquí un religioso que ha hecho voto de castidad? —le preguntó ella con mirada triste.

—Todavía no me *han* ordenado Perfecto. Estoy autorizado a recuperar, cuando quiera, mi anterior estado laico. Te echaba tanto de menos que no he podido por menos de volver a tu lado.

—¡No te creo! ¡Debe de haber algo más!

—¡Chica, es hora de que vuelvas a tu trabajo! —gritó la voz áspera de la encargada.

—Te esperaré a la salida, amor mío… Me muero de ganas de estar en la cama contigo… —le susurró al oído Punta de Luz.

—¿Cómo sabe, mi monje extranjero, que sigo libre después de tanto tiempo? —preguntó la muchacha medio en broma.

—No hay más que ver cómo se te *han* puesto los pezones, mi querida Luna. Los conozco muy bien. Los he notado, duros como piedras, así que los *han* tocado mis dedos… Espero, pues, que si me perdonas, tal vez esos pezones volverán a ser míos —le espetó no sin antes desafiar la mirada dominante de la encargada, que estaba dando a entender que la broma ya duraba demasiado.

Al final de la jornada volvió a encontrarse con la hermosa Luna de Jade en la escalinata del Templo del Hilo Infinito, una más en la larga cola de obreros sometidos a registro por los encargados de la vigilancia, que palpaban bolsillos y abrían capachos para asegurarse de que nadie se llevaba ni un solo hilo de seda.

Había dos hombres que hacían la corte asidua a la que había sido su única amante.

—¡Veo que tienes tanto éxito como siempre! —le espetó el joven *kucheano*.

—Cada tarde lo mismo… Todos los hombres de la hilandería me persiguen.

—¡No se puede negar que estás más guapa que nunca!

—¡Sé qué tengo que hacer para sacármelos de encima! Los de más edad no se atreven a acercárseme. Si hubiera decidido abrir un burdel, ahora sería rica —bromeó.

—¡Habría sido una lástima para mí! He corrido muchos riesgos para venir a verte.

—Los hombres dicen siempre lo mismo cuando quieren que una mujer los perdone.

—He destruido por completo el criadero de gusanos de seda de mi autoridad eclesiástica… Por eso me *han* enviado aquí: para que hiciera la misma operación de hace dos años.

—¿Quieres decir con esto que también te irás sin avisar y me abandonarás? Si es así, mejor que me lo digas en seguida y todo quedará más claro para los dos —protestó ella.

—¡Te juro que esto no volverá a ocurrir! Esta vez vendrás conmigo.

—¿Y si me niego?

—¡Te quiero! Ahora que estoy de nuevo a tu lado me doy cuenta de la inconsciencia e inanidad de mi actitud al dejarte simplemente para obedecer la regla de mi religión.

La muchacha se quedó en silencio.

Alrededor de las dos la calle había quedado vacía. Delante del porche de la fábrica no había un solo obrero ni una sola obrera.

—¿Y yo qué haré allí? No tengo ganas de terminar mi vida como una monja.

—En la Iglesia de la Luz no hay monjas ni, menos aún, sacerdotisas.

—¡Razón de más! No tengo vocación de criada de sacerdote.

—¡Nosotros nos casaremos, Luna de Jade! ¡Serás mi mujer!

—Si quieres —dijo la muchacha con semblante pensativo—, volveremos a hablar más tarde de todo esto.

—¿Dónde me llevas ahora? —le preguntó él entonces en tono jovial enlazándole el talle.

—Tengo una habitación sobre la tienda de un comerciante de seda, en la calle de los Pájaros Nocturnos, barrio de los sederos… Me la facilita a cambio de pequeños favores. En Chang An los alojamientos son muy caros… Todas las noches me encargo de ordenarle la sedería. El hombre se llama Rojo Vivo. Coloco las piezas de tela en los estantes unas sobre otras, después de haberlas doblado cuidadosamente…

—¡Hace un buen negocio!

—No tiene necesidad de dinero. Desde hace un tiempo su negocio va viento en popa, lo que no ocurría al principio, cuando se avino a alquilarme la habitación. De pronto ha puesto *parquet* en la tienda. Ya verás, es pequeña, pero cómoda.

—¡Iré donde tú digas, amor mío!

—Prométeme, en ese caso, que no me abandonarás nunca.

—¡Te lo juro en nombre del profeta Maní! —exclamó tendiéndole los brazos, en los que ella se refugió.

El empedrado de los animados callejones del barrio comerciante de Chang An estaba como siempre: brillante como si fuera de seda debido al roce de los miles y miles de pasos de mirones y comerciantes que transitaban hasta una hora avanzada de la noche cuando los dos se acercaron, cogidos de la mano, a los escaparates de las tiendas, iluminados con farolillos de papel, igual que en pleno día.

Con un placer inmenso, Punta de Luz reencontró el ambiente incomparable de aquellas calles abarrotadas de gente, iluminadas por la suave luz de los *caideng*, faroles multicolores decorados con pagodas, paisajes o dragones e incluso frutos de bergamota, cuyo sobrenombre de «mano de Buda» o *foshougan* provenía de su forma multidigital tan parecida a una mano tendida a la espera de dinero.

El esplendor de la capital de los Tang superaba, en aquellos tiempos, el de cualquier gran ciudad del mundo.

También era la primera por el ímpetu de su comercio.

En efecto, en Chang An todo, o casi todo, se podía comprar o vender.

Esta ciudad sólo había necesitado algunos decenios para convertirse en la vitrina de lo que todo el planeta producía de más raro y precioso.

Punta de Luz pudo comprobar que, en los dos años que había durado su ausencia, todo se había transformado y era todavía más rico y suntuoso que antes.

El dinero fluía en abundancia, como el agua de los torrentes cuando se fundían las nieves.

Ante sus ojos maravillados se intercambiaban monedas chinas, tibetanas, indias, sogdianas e incluso parsis por marfil, incienso, ámbar, esmeraldas, rubíes y sobre todo seda, cuya penuria no parecía haber llegado aún a las tiendas de venta al por menor, las cuales estaban llenas de ella a rebosar.

Pasaron por delante de puestos increíbles donde se vendían mercancías mucho más exóticas.

Allí, en medio de todo un revoltillo en el que sólo podía moverse un comerciante de altos vuelos, consciente de ofrecer lo más precioso de este

mundo, había conchas de tortuga marina, tinajas de vino de uva, cuerno de rinoceronte, colmillos y piel de elefante procedente de Champa[25], dientes de leopardo y de tigre, pieles de marmota himalaya, de tigre blanco de Siberia o de oso de las nieves, que se compraban por su peso en oro.

Si Punta de Luz hubiera tenido dinero suficiente, habría podido procurarse especias y aromas de todo tipo, así como incienso procedente de la India, donde lo llamaban *gandha*, con el que se acompañaban los regalos que se hacían a los poderosos y a los nobles y cuyos efluvios embalsamaban las salas de oración de los monasterios.

También se encontraba áloe procedente de Malaisia, conocido con el nombre de *agaru*, el extracto aromático del cual estaba muy de moda, por no hablar del alcanfor, utilizado para fabricar ungüentos contra el dolor y todo tipo de reumatismos.

Algo más lejos, el olfato refinado del kucheano reconoció el olor de la esencia de benjuí y también los de la mirra, el estoraque, el polvo de ajo, el aceite de jazmín y de pachulí, un perfume con el que Luna de Jade le gustaba embadurnarse el vientre, pero igualmente el de la esencia de rosa y aquélla, mucho más extraña y rara, del ámbar gris del cachalote, que se dejaba macerar largo tiempo en alcohol.

—¡El único remedio que autoriza mi Iglesia es la oración! —bromeó el joven Oyente maniqueo al pasar por delante de una larga mesa en la que el comerciante había expuesto sus pequeños cuencos con polvo de teriaca, cardamomo, raíz de cúrcuma, algarroba, testículos secos de castor, raíces de ginseng y aleta de tiburón cortada a tiras.

En el centro de las mercancías expuestas, una botellita llena de un líquido amarillento que ostentaba la etiqueta «bilis de pitón» daba pie al charlatán para ensalzar los innumerables méritos de aquella rarísima sustancia de precio prohibitivo ante la cual se agolpaba un grupo de hombres de edad madura, que la contemplaban embelesados, visiblemente ávidos de potenciar su vigor sexual.

En las tiendas dedicadas a la medicina y a la alquimia, que ocupaban un barrio entero de Chang An, detrás mismo del de los sederos, se encerraba toda la farmacopea disponible.

Ahora era la calle de los joyeros y talladores de piedras preciosas la que desfilaba bajo los ojos de Punta de Luz y de Luna de Jade, deslumbrados por el brillo de las gemas expuestas en inmensas bandejas de bronce ante las cuales se movían, inquietos, los vendedores provistos de pequeñas balanzas.

—¡Mi jade es más duro! ¡El mío es más auténtico! ¡Mi jade te aportará diez mil años de felicidad! ¡Estos diamantes son tan puros como el hálito Qi! —se oía gritar aquí y allá.

—¡Venid a catar mis frutos de jade! ¡Son de los árboles que crecen en las Islas Inmortales! —gritaba un viejo desdentado.

—¡Jamás había oído hablar de esas islas! —confesó Punta de Luz.

—Cuentan que flotan en el océano montadas a lomos de tres tortugas gigantes. En estos territorios celestiales de los árboles penden frutos de jade que, si uno los cata, vive diez mil años —le explicó la chica.

—¿Me llevarás allá?

—¿Por qué no, si sabes ganártelo? ¡Primero quiero ver cómo te portas! —dijo en tono de broma la muchacha.

—¡Eso es semilla de mineral de hierro y de piedra lunar! —proclamaba otro mercader que mostraba con orgullo sus bloques de lapislázuli y sus ópalos a punto de ser tallados y de adornar los collares y broches preciosos que las damas de la corte se disputarían.

—Ese cristal de roca, puesto al sol, enciende todo cuanto se le pone debajo. Yo lo he visto... —precisó Luna de Jade a Punta de Luz, que sopesaba un bloque convexo de cristal que podía utilizarse como una lente.

—¡Procede de Cachemira! ¡De la India del Buda Sakyamuni! Allí lo llaman *agnimani*, es decir, joya de fuego —añadió el mercader que lo ofrecía, cuya piel mate y nariz aguileña denunciaban su origen indio.

—Tengo la impresión de que ahora se ofrecen más rarezas que cuando vine por primera vez —afirmó Punta de Luz.

—En Chang An todo es posible si tienes dinero. Tanto lo bueno como lo malo... —murmuró la joven obrera, que se había quedado seria de pronto.

Por fin habían llegado a la calle de los Pájaros Nocturnos.

A su alrededor, bajo la iluminación de los caideng, en los puestos y tiendas ya no se veían cascadas de sedas multicolores, marañas de pesados

cordones dorados, revoltillos de moarés entremezclados unos con otros y zigzagueo de resplandecientes damascos.

—¡Qué hermosura! ¡Qué suerte tienes de vivir aquí!

—Pues si no fuera por la penuria, habría diez veces más de lo que hay.

—¿De qué penuria hablas, Luna de Jade?

La chica soltó una carcajada.

—¡Se nota que acabas de llegar! ¡En Chang An no se habla de otra cosa!

—¿Hasta ese punto está China falta de seda?

—Según dicen, la demanda de seda es tan acusada en las regiones occidentales que la producción de las manufacturas imperiales apenas basta para cubrirla. El director del Templo del Hilo Infinito ha explicado vagamente el problema a nuestros contramaestres... por eso, según rumores que corren por la fábrica, nos harán aumentar las cadencias.

A Punta de Luz, cuya excitación aumentaba a medida que iban acercándose a la habitación de Luna de Jade, no le pasó por alto el brillo de los dientes deslumbrantes de blancura que la chica desvelaba cada vez que reía o profería una exclamación.

Dentro de poco su lengua rozaría aquel auténtico collar de perlas que ornaba la boca de su amante.

Al llegar a una tienda cuya enseña de hierro forjado representaba una mariposa, la chica le indicó que la siguiera al interior.

—Ese mercader de seda se viste con muestras de sus telas. Por favor, haz como si no te dieras cuenta. Es un individuo particularmente susceptible. Es mi patrono pero es bastante desconfiado —le dijo al oído Luna de Jade así que entraron en la tienda.

—¿Luna de Jade ha pasado un buen día? —preguntó un hombre gordito que apareció de improviso detrás de un mostrador y cuya absurda vestimenta hacía que no pasara inadvertido.

Llevaba una túnica de seda realizada con multitud de retales de tela cuadrados cosidos entre sí, lo que permitía que los clientes pudieran apreciar de una simple ojeada la variedad y riqueza de sus existencias.

Punta de Luz comprobó que el rostro del hombre, redondo como una calabaza y más bien rubicundo, acababa de quedarse lívido de pronto al ver

que su huéspeda iba acompañada...

—¿Puedo saber el nombre de ese joven?

La voz del comerciante regordete tenía un regusto agrio.

—¡Ejem! Es un primo lejano que acaba de llegar del campo. No tiene donde dormir en Chang An. Le dejaré que duerma en mi habitación uno o dos días, ni uno más. Se llama Ojo de Buey —respondió la chinita con gran aplomo.

—¡Buenos días, Ojo de Buey! ¡Bienvenido a La Mariposa de Seda! ¿De qué provincia vienes? ¿A qué se dedican tus padres?

—¡Ejem! ¡Soy de la parte oeste! ¡Eso es! —balbuceó Punta de Luz.

—Sus padres se dedican a criar corderos en el Gansu. Nació allí —se apresuró a añadir Luna de Jade.

—¡Es curioso que le hayan puesto por nombre Ojo de Buey si crían corderos! —exclamó el mercader con mirada cada vez más desconfiada, observando al joven Oyente de pies a cabeza.

—Su abuelo era propietario de un rebaño de vacas. ¡Ésa es la explicación! —replicó Luna de Jade, que no estaba dispuesta a que el mercader en cuestión prosiguiera indefinidamente el interrogatorio.

—¡Ya comprendo! —soltó éste con fingida amabilidad antes de añadir, con una sonrisa y después de un guiño de connivencia a Punta de Luz, quien quedó estupefacto ante un cambio tan brusco de tono—: ¡Bienvenido, Ojo de Buey! No hay problema si quieres quedarte más tiempo.

Lo que había ocurrido en realidad era que el comerciante de sedas acababa de descubrir el fino hilo de seda rojo que Cargamento de Quietud había atado en la muñeca izquierda de Punta de Luz.

—Gracias, señor, es usted muy amable —balbuceó mientras la joven lo dirigía hacia su habitación.

Al llegar a la minúscula habitación ocupada casi por entero por una estrecha cama, Luna de Jade cerró cuidadosamente la puerta con doble vuelta de llave.

—¡Al fin solos! ¡Ya era hora! —exclamó Punta de Luz, a quien, sintiendo aproximarse el momento en que se convertiría en presa a merced de su amada, le parecía ahora que tenía fiebre.

—¡Perdóname por lo de Ojo de Buey! Pero es el primer nombre que se me ha ocurrido —exclamó Luna de Jade arrojándosele al cuello y abrazándolo con dulzura.

—¿Se puede saber cómo se llama esa bola de grasa desconfiada y engalanada como un loro?

—Rojo Vivo. Ése es su sobrenombre xiaoming. Su tienda es famosa en Chang An. En ella se encuentra el mejor moaré de seda de color «sangre de mono gibón». Como tiene esa voz aflautada, hay quien dice que es eunuco.

—¡Lo parece!

—Pues te aseguro que no lo es... Un día que estaba borracho, tuve que ponerle en su sitio...

—Me he dado cuenta de las miradas libidinosas que te echaba.

—En el barrio de los sederos llaman lobo blanco al comerciante de seda Rojo Vivo debido a lo mucho que le gustan las chicas.

—Al principio parecía hostil, pero ¿no has visto que ha cambiado de pronto? ¡Es curioso! Primero me observaba con desconfianza de pies a cabeza como si yo fuera un animal de feria y después parecía que iba a abrazarme como si fuéramos viejos amigos. He llegado a pensar que le gustaba... —exclamó Punta de Luz no sin cierto asco.

—¡Pues ahora me toca a mí acogerte entre mis brazos! —dijo Luna de Jade con un contoneo del cuerpo que era preludio de la danza lasciva con la que quería gratificar a Punta de Luz al despojarse de sus ropas prenda tras prenda.

¡Qué hermosa era, allí, medio desnuda delante de él!

¡Y qué bien sabía ocultar su juego aquella Luna de Jade ambigua y ambivalente, ángel y demonio a la vez, cuyos ojos lanzaban verdes fulgores, límpidos como el agua de un lago, tan inocentes y tan ingenuos, mientras su boca, roja y carnosa, revelaba la voracidad y la glotonería que la habitaba!

Su rostro de rasgos puros, semejante al de una diosa, armonizaba a la perfección con su cuerpo escultural de formas perfectas, desprovisto de toda pilosidad. Y cuando se movía, todo cambiaba en ella, la diosa se convertía en diabla y la inocencia daba paso a todo tipo de sobreentendidos.

Luna de Jade era la encarnación misma de esa difusa mezcla de pureza y vicio en todos sus excesos cuando se trataba de amor.

—¡Eres aún más bella de lo que yo te recordaba! Deja que te acaricie los muslos... ¡Qué dulzura, tu piel es más fina que la seda!

—Pues lo que encontrarás en el fondo del valle de las rosas todavía es más suave... y más cálido. ¡Sí, amor mío, aquí donde has puesto la mano! ¡Ah, qué bien!

—Tengo miedo de que Rojo Vivo nos oiga —dijo él profiriendo un gemido.

—¡Tienes razón! Por una vez haremos el amor sin aullar de placer.

Luna de Jade, apretando los labios para impedir que se oyeran sus gritos y suspiros, acababa de sentarse a horcajadas sobre el vientre de Punta de Luz, a quien había ordenado que se tendiera sobre el lecho. Después de desatar los calzones de su amante, había iniciado una maliciosa exploración de su torso y de su vientre con su lengua puntiaguda y flexible, que iba y venía sobre su piel como el pincel que traza la caligrafía sobre el rollo de papel.

El reconocimiento de sus cuerpos se prolongó a lo largo de buena parte de la noche.

La flexibilidad acrobática de Luna de Jade le permitía las posturas más incongruentes y a la vez más adecuadas tanto para la obtención de su propio placer como para el de su pareja, que no debía hacer otra cosa que dejarse guiar por los sabios arabescos de sus piernas y sus brazos, flexibles como lianas.

Había levantado las piernas a la altura de los hombros de Punta de Luz para que él pudiera lamer a placer su trémulo botón de peonía que, desnudo como un gusano de seda, se asomaba, sonrosado, a la entrada de su dulce rajita íntima mientras ella, con la lengua, chupaba febrilmente su bastón de jade.

El pobre Punta de Luz, cada vez más embriagado de deseo, reprimiendo el grito para no despertar la curiosidad del gordo Rojo Vivo, no sabía ya dónde poner los labios.

Si la esperaba en un sitio, hete aquí que ella lo sorprendía ofreciéndole la boca, o simplemente un dedo, en el extremo opuesto.

Tras hacer que se tumbara de nuevo boca arriba, comenzó a presionar delicadamente la base del apéndice enhiesto de su compañero, lo dejó después y lo presionó de nuevo y así varias veces sucesivas hasta que advirtió que comenzaba a escalar la cumbre del placer.

Ya no podía más. El último manejo de la chica lo había llevado al límite de la excitación. Se vio obligada entonces a taparle la boca con la mano para impedir que Punta de Luz gritara en el momento en que su vara de jade se veía agitada por una serie de espasmos, preludio de la explosión final.

Con todo, mediante una presión hábil de los dedos, consiguió dominarla in extremis.

—¡Me matarás de tanto desearte! ¡Deja que me corra dentro de ti! No me importa dónde... —consiguió decir él finalmente, la nariz hundida en el valle de rosas inmaculado y mondo de la chica.

Ella se puso entonces boca abajo dejándole elegir cuál de sus dos puertas íntimas prefería, si la de delante o la de atrás.

Negándose a optar por una sola de las dos fórmulas igualmente placenteras, dirigió su vara de jade de forma alternativa y sucesiva primero dentro de una y después dentro de otra hasta llegar al agotamiento y desplomarse sobre la chica, totalmente saciado.

—Primero es el deseo, le sigue el placer y después viene la tristeza —murmuró la muchacha mientras su vientre se movía, ondulante, como la vela de una barca movida por la brisa.

—¿Por qué dices que después viene la tristeza?

—¿Qué te parece?

—Habla con más claridad, amor mío.

—Porque siento pena cuando te vas. He vivido muy triste estos dos años, ¿sabes? —le susurró acurrucándose en sus brazos como un cachorrillo.

—No olvides que me he convertido en saboteador de la peor especie, mi querida Luna de Jade, ¡todo por tu amor!

—Entre tu Iglesia y yo, ¿a cuál eliges?

—¿No te basta con que haya vuelto?

Punta de Luz se había sentado frente a ella y tenía las manos de la chica entre las suyas. Al igual que las otras veces, después de hacer el amor

todavía estaba más guapa que antes.

—Ahora mismo, cuando me has jurado que no me abandonarías, has invocado a Mani. Háblame de este dios —lo conminó la chica con voz sorda y teñida de gravedad.

—Mani no es ningún dios. Es el Gran Profeta de mi religión. La religión de la Iglesia de Luz. Hace muchísimo tiempo el profeta Mani vivió en una ciudad que entonces llamaban Babilonia.

—¿Y dónde sitúas tú a ese Mani en relación con el Bienaventurado Buda? ¿Sobre él, debajo de él o a su lado? El único nombre que se me ocurre cuando se habla de un ser que no es ni dios del todo ni hombre del todo es Buda.

—Tú hablas de otro, Luna de Jade. A nuestros adeptos venidos de China les hablamos de nuestro profeta Mani como del «Buda de Luz». Mi maestro, el Perfecto Cargamento de Quietud, me enseñó que el Buda Sakyamuni, llamado el Bienaventurado, cuyas reliquias se veneran en numerosos templos de China central, así como el Venerable Lao-Tsé, que reveló la existencia de la Gran Vía del Tao, eran ambos precursores o, si lo prefieres, avatares de nuestro profeta Mani, que se contentó con sucederlos...

—¿Y Confucio?

—¿Sabes de Confucio? —preguntó, sorprendido, Punta de Luz a su joven amante.

—¿Por qué va a tener prohibido una joven obrera del Templo del Hilo Infinito conocer la filosofía de Confucio? —le replicó ella, herida en lo más vivo—. El director de la fábrica reúne todas las semanas a sus obreros para hablarles de la moral de Confucio.

—¡Perdona mi torpeza, Luna de Jade! La culpa de mi confusión la tiene la fatiga... —balbuceó, consciente de haber metido la pata.

—¿En qué lugar se sitúa tu Mani en relación con Confucio, cuyo culto se celebra no lejos de aquí, en un inmenso templo frecuentado esencialmente por letrados y funcionarios? —reiteró ella en tono ligeramente burlón.

—Al igual que a todos los demás profetas, arhantes, bodhisattvas y benefactores de la humanidad, también consideramos a nuestro maestro

Confucio un precursor del Gran Mani. La religión de la Luz abraza a todas las demás al igual que una madre abraza a todos sus hijos.

Luna de Jade guardó silencio.

Más seria de pronto, volvió a sentarse y contempló con ternura a aquel joven amante que creía haber perdido, llegado de tan lejos para verla de nuevo y que le contaba aquella historia de un profeta que al parecer había suplantado a todos los demás pese a los méritos extraordinarios que éstos pudieran tener...

Así pues, cada religión predicaba para sí y, cuando se trataba de implantarse, sus seguidores no dudaban, por el bien de la causa, en anexionarse las divinidades de los demás, como si la conquista religiosa fuera siempre más un asunto de persuasión, es decir, de seducción, que de lucha frontal.

—¿Podré aprender algún día a honrar a ese Gran Mani y a su religión luminosa? —preguntó ella, en cierto modo divertida por aquella propensión de su amante, que recitaba la lección aprendida de Cargamento de Quietud, con el fin de demostrarle que el maniqueísmo estaba en el origen de todas las demás creencias.

—Los brazos de Mani son inmensos y acogen a todos aquellos que quieren conocerlos. Para Mani existe el Bien y el Mal.

—Según Confucio, hay que rechazar siempre los extremos. Todo es cuestión de equilibrio y de «justo medio» o cuando menos eso oí siempre de los labios de nuestro director. Alterna la lectura de los escritos de Confucio con la de las *Primaveras y Otoños de Lubuwei*[26].

Es una antología de los principales pensadores chinos... —explicó ella.

—¡Veo que se preocupan mucho de la cultura de la clase obrera!

—Nuestros superiores quieren que los obreros que se ocupan de la seda sean virtuosos. Tal vez temen el despilfarro... Y además, nuestro director es un antiguo letrado reconvertido.

—Según nuestras Escrituras maniqueas, lo que está entre dos cosas, el «justo medio» si quieres, no existe. Nosotros creemos en el Bien y en el Mal, en el Fuego y en el Hielo, en el Infierno y en el Paraíso.

—¡Es algo difícil de admitir! La paleta de los colores no se reduce simplemente al blanco y al negro.

—Pero es el caso del Yin y el Yang...

—¡El Yin y el Yang no es lo mismo que el Bien y el Mal!

—¿Tú cómo los definirías?

—Tú eres el Yang y yo soy el Yin. Somos complementarios y nuestra unión es fuente de plenitud. ¿Te parece bien?

Punta de Luz, aunque pasmado ante las facultades intelectuales que descubría en su joven amante, testimonio evidente de su madurez al igual que de su cultura, no pudo reprimirse y se acercó de nuevo a ella para acariciar los grumosos pezones de sus recios senos.

Ahora descubría, por si no lo hubiera sabido antes, que Luna de Jade no sólo poseía belleza sino, además, inteligencia. Era una flor única ante la cual un día había tenido la suerte de pararse antes de seguir camino adelante como un joven inconsciente.

¡Y pensar que no hacía más de dos años que la había abandonado sin ni siquiera decirle adiós!

Cuando uno se tropezaba con una rareza como aquélla, había que ser estúpido para no aprovechar la suerte inaudita que representaba.

—¡Luna de Jade, te amo! ¡No te abandonaré nunca! —bisbiseó el joven kucheano.

Cuando hizo aquella promesa en la habitacioncita situada sobre la tienda de Mariposa de Seda, Punta de Luz estaba lejos de imaginar hasta dónde le llevaría.

XIII

OASIS DE DUNHUANG, RUTA DE LA SEDA

Oculta detrás de la columna, Umara los observaba, petrificada de horror.

Era la primera vez que asistía a una escena tan extraña como aquélla, una especie de diálogo de sordos.

Sentado en una piedra esculpida que representaba al Bienaventurado debajo de la higuera del Despertar, Buddhabadra contemplaba las manchas azules del cielo que, como esmaltes engastados en piedra, asomaban a través de las aberturas del techo medio desvencijado del edificio hasta donde lo había arrastrado, a su pesar, Nube Loca.

Hacía más de ocho días que a Buddhabadra no le dolía el tobillo, por lo que esperaba que pronto se separaría de aquel que, desde que se habían conocido hacía pocas semanas, no lo dejaba ni a sol ni a sombra y se comportaba con él como un carcelero.

Por otra parte, lo había empujado sin miramiento alguno a entrar en aquella pagoda en ruinas, construida en la colina que dominaba la Ruta de la Seda, pero ligeramente apartada de ella, no lejos del oasis de Dunhuang. Ya se vislumbraban, más allá de las dunas barridas por los vientos, las manchas verdes de los huertos y vergeles que se extendían detrás de los arrabales.

¡Dunhuang!

A partir del momento en que, cuando el dolor del tobillo ya se hizo soportable, pudieron abandonar la gruta donde Buddhabadra se había refugiado, necesitaron veintiocho días apenas para llegar hasta allí.

¡Fue mucho lo que corrieron!

Nube Loca había negociado con aspereza una ventajosa tarifa de viaje con un caravanero que transportaba cuerdas de cáñamo por cuenta de un comerciante al por mayor de Chang An.

De golpe y porrazo, el Superior de Peshawar, sumido en dulce somnolencia, había viajado en el interior de una carreta bastante cómoda pero bamboleante, tirada por poderosos caballos de tiro, mientras Nube Loca, a todas luces infatigable gracias a las píldoras negras de las que se atiborraba durante el día, caminaba a su lado.

Cuando hicieron alto en Turfan, allí donde debía encontrarse con el joven *kucheano* Punta de Luz para recuperar lo indispensable para la fabricación de la seda, el tobillo de Buddhabadra seguía impidiéndole dar un solo paso. Pese a que había insistido a su compañero, éste se había negado terminantemente a abandonar la caravana para detenerse en aquel oasis.

—En Turfan no hay nada interesante. Es a Dunhuang y nada más que a Dunhuang donde hay que dirigirse. Dicen que los monjes *han* excavado diez mil cuevas en los acantilados. Ahora somos aliados y de ahora en adelante iremos juntos hasta el final —se contentó con afirmar Nube Loca con aire misterioso cuando Buddhabadra le insinuó que podían hacer una parada.

—¿Por qué estás empeñado en ir a Dunhuang? —inquirió tímidamente el superior de Peshawar.

—¡Tengo mis razones! —respondió Nube Loca en un tono que no admitía réplica.

Quedaba descartado que Buddhabadra intentase explicar a Nube Loca los motivos que lo inducían a hacer un alto ya que, desde que tenía tratos con él, el Superior de Peshawar temía las reacciones imprevisibles e incontroladas de su compañero de viaje.

Aquel hombre era capaz de pasar, en el espacio de pocos segundos, de la calma propia de un asceta en fase de meditación a la violencia inaudita de una fiera sedienta de sangre.

Por otra parte, las píldoras negras que ingurgitaba ante la menor contrariedad todavía acentuaban el carácter ciclotímico de su

comportamiento. Consciente de que aquel tipo de remedios, aparte de los efectos que podían tener sobre los órganos sensoriales, generaban hábitos poco propicios a la lucidez y al libre albedrío, Buddhabadra se había negado a volver a tomarlas.

Lamentaba amargamente haberse abandonado a ciertas confidencias que, al parecer, habían dado a entender a su antojadizo compañero que estaban conchabados.

¿A qué extremos podía llevarlo aquel individuo tan inquietante como extraño?

Ésta era exactamente la pregunta que se hacía cuando Nube Loca le anunció inopinadamente que había llegado el momento de abandonar la caravana de fardos de cáñamo.

—Dunhuang está cerca. Ya he pagado lo que correspondía al caravanero. Ahora que ya puedes caminar, mejor hacer el camino a pie. ¡O sea, que baja de la carreta y deprisa!…

El tono era conminatorio y Nube Loca ya tenía en la mano la maleta de cuero con la que viajaba.

Así pues, Buddhabadra obedeció.

De hecho, no tenía otra opción: su tobillo no estaba curado del todo y era indudable que, si intentaba huir, no iría muy lejos.

¿Qué podía hacer entretanto, frente a un hombre de mirada tan implacable como aquél y que no cesaba un momento de vigilarlo como si no se fiara de él?

Acababa de recoger sus preciosas alforjas cuando Nube Loca lo arrastró hasta una colina que tuvieron que escalar, donde se levantaba la pagoda en ruinas, en cuyo interior lo empujó antes de que su tobillo dolorido lo obligase a sentarse precipitadamente en la piedra esculpida que representaba al Buda, bajo el árbol del Despertar de Bodh-Gayâ.

—Es preciso que ahora hablemos tú y yo —exclamó Nube Loca tras engullir otra píldora—. Tienes que decirme la verdad. ¿Qué ocurrió exactamente después de aquella reunión que no llegó a celebrarse? Lo que tú me has contado no me parece muy claro.

—¡Con la de veces que te lo he contado! Me fui de Samyé al mismo tiempo que Pureza del Vacío. Después acompañé al cornaca hasta el camino

principal que permite acceder a la meseta del Pamir y, una vez allí, dejé que se fuera.

—¿Y el elefante?

—Abandoné al elefante. Tenía unas grietas tan profundas en las patas que cabía la mano en ellas. Después volví sobre mis pasos. ¡Eso es todo! ¿No te parece claro? —respondió, algo angustiado, Buddhabadra, que se preguntó si Nube Loca se habría enterado del contratiempo providencial que lo llevó al descubrimiento del invernadero de moreras de Turfan.

Nube Loca pareció consternado por vez primera ante lo que Buddhabadra acababa de decirle, como si anteriormente se hubiera encontrado en un estado psíquico que le hubiera impedido comprender lo que, sin embargo, el Superior de Peshawar ya le había contado un montón de veces.

—En lo que a mí toca, jamás habría podido sacrificar, como has hecho tú, un elefante blanco sagrado, aun tratándose de una causa justa —exclamó con voz de trueno para gran estupefacción de Buddhabadra.

—¡Si tú supieras, Nube Loca! Todos los días le rezo al Bienaventurado Buda para que me perdone. Cuando abandoné el animal en plena tormenta de nieve, lloré amargamente. Supongo que se quedaría entumecido y que murió de frío. ¡Por lo menos no sufrió!

—Pero ¿has pensado en el alma reencarnada en aquel animal?

Si no hacía más que unos segundos que soltaba eructos, ahora, en cambio, Nube Loca tenía un aire realmente afligido.

—¡Más de una vez lo he pensado! De todos modos, este animal fue sacrificado por una causa noble y su alma se reencarnará en un estado que lo aproximará al nivel de *bodhisattva* —respondió Buddhabadra.

—¡Ojalá sea verdad! De todos modos, habrías podido confiar el elefante blanco al cornaca en lugar de abandonarlo en plena nieve —añadió Nube Loca.

—¡Te lo repito! No habría podido caminar un solo día más por caminos helados a causa de las horribles grietas que tenía en las patas.

—¿Qué pensarán en Peshawar cuando vean que vuelves sin el cornaca?

¿A qué venía esa preocupación de su compañero por lo que pudiese pensar la comunidad del Único Dharma? No había duda de que Nube Loca

trataba de poner a prueba su buena fe.

Buddhabadra juzgó prudente responderle que muy probablemente se figurarían que había muerto y que dejarían de esperarlo, añadiendo que era mejor así, sin advertir que sus palabras daban de él la imagen de un hombre falto de escrúpulos, un hombre cínico, lo que no correspondía a la realidad.

—¡No hay nada tan insoportable como la espera! —concluyó Nube Loca con aire de persona experimentada.

—Deja que nos tomemos tiempo. Cuando yo regrese, se pondrán tan contentos de verme como desesperados estuvieron al pensar que ya no volvería…

—¡En verdad que es… mejor que te crean muerto! —murmuró Nube Loca en un tono que hizo estremecer a Buddhabadra—. ¿Estás totalmente seguro de que tu elefante blanco ha muerto? —prosiguió con viveza—. Oí decir en la India que estos animales están dotados de una memoria extraordinaria y que esa especie de paquidermos es capaz de vengarse, sobre todo contra los que atenían contra su integridad. No creo que Ganesha, el Señor de las Aberturas, que adoptó en parte su forma apropiándose de su cabeza, esté muy satisfecho de tu gesto…

—¿Qué tiene que ver Ganesha con todo esto? —inquirió el *hinayanista*, para quien el dios con cabeza de elefante formaba parte del panteón de pacotilla al que los adeptos del hinduismo eran tan fieles.

—El Señor de las Aberturas tiene salidas para todo. No me extrañaría nada que se las hubiese arreglado para prestarle ayuda.

—Me guardé muy bien de decir al cornaca que el primer albergue antes de llegar al paso de las Puertas de Hierro[27] se encontraba, tirando por lo bajo, a diez días de caminata. Insistí mucho en la dificultad de atravesar ciertos pasos con un elefante poco habituado al frío, ya que se corría el riesgo de resbalar sobre una placa de hielo en el momento más impensado o de caer en un precipicio, para que en Peshawar no piensen que tal vez hemos tenido esa desgracia. Puedes tener la seguridad de que, cuando él cuente todo esto, la comunidad temerá por mi vida. Y harán de mí un santo mártir. O sea, que, cuando vuelva, me tomarán por un aparecido.

Así que calló, Buddhabadra se quedó anonadado ante la indecencia de aquel discurso que tan poco tenía que ver con él.

¿Hasta dónde podía llevar el miedo a un hombre?, se preguntó al tiempo que advertía que se estaba embrollando.

—¡Eres más imprudente de lo que yo pensaba! ¿No tienes miedo de que, a fuerza de recurrir tanto a la mentira, acabes ardiendo en las llamas del infierno?

—¿No voy a esperar de un aliado otra cosa que reproches? ¿Acaso no te he dicho ya que me temblaba la mano de vergüenza cuando até al desgraciado elefante blanco al tronco de un abeto, como si estuviese sacrificándolo al Bienaventurado? —balbuceó con voz inexpresiva.

—¡Eso me gusta más! —le espetó Nube Loca, viendo que había dado en el blanco, antes de añadir—: No ignoras que el Bienaventurado tiene prohibido a los monjes que maten animales. ¡Y eso que no hablo de elefantes sagrados, en cuyo lomo se colocan sus Santas Reliquias en el curso de las procesiones!

La moral del Superior de Peshawar, que ahora tenía el rostro bañado en sudor, parecía cada vez más afectada por las objeciones de Nube Loca, que trataba evidentemente de acorralarlo en sus últimas trincheras.

Buddhabadra vio que debía frenar de forma taxativa aquel proceso iniciado, que en cualquier momento podía degenerar.

—Nube Loca, lamento tenerte que hacer, también yo, una pregunta. ¿Por qué no te presentaste a la reunión de Samyé?

—¡Tenía mis razones!

—Al abstenerte de participar, no sólo nos impediste celebrarla, puesto que Ramahe sGampo no disponía de su prueba ritual, sino que ahora que me propones que me alíe contigo, me reprochas que haya dejado morir un paquidermo, sin tener en cuenta que no tuve más remedio que dejarlo morir. ¿Qué lógica hay en todo esto?

La mirada irritada que le dirigió Nube Loca decía mucho sobre la profunda inquietud que le provocaban las palabras sinceras del adepto del Pequeño Vehículo.

—¡Yo venero los elefantes blancos! Los considero animales celestiales. Si ese paquidermo ha sobrevivido, corres el riesgo de que se vengue de ti —concluyó con voz atronadora Nube Loca.

—Pues, si llega el momento, le diré que su sacrificio era necesario en interés supremo del Hînayâna y del *tantrismo* indio —murmuró Buddhabadra.

Se sentía a un tiempo vacío y lleno de remordimientos cada vez que recordaba al paquidermo inmovilizado en la nieve.

—Deja que te exponga mi presentimiento, Buddhabadra: ¡el elefante blanco sobrevivirá! Veo su enorme cuerpo blanquecino que se aleja del tronco del árbol y se refugia en una cueva —dijo su compañero con los ojos cerrados, como si estuviera leyendo el futuro.

—Yo creo incluso que un día tendrás ocasión de encontrarlo —le espetó Buddhabadra, que no creía una sola palabra de lo que el otro decía, pero quería atenuar la cólera sorda que percibía en su interlocutor.

—¡Pues voy a ser el más feliz de los hombres! Si llega ese día, me sentiré igual a un dios.

Nube Loca abrió los ojos y engulló otra píldora antes de levantarse como movido por un resorte.

—¿Por qué te yergues de esa manera? Pareces un *naga* ante su presa —exclamó el monje *hinayanista* echando una mirada a su alrededor como si temiese la irrupción de un intruso en la ruinosa pagoda.

—¡Considero el *tantrismo* superior a todas las demás doctrinas santas! ¡No puede existir religión budista sin esencia *tántrica*! Dime, Buddhabadra, qué piensas del *tantrismo* —eructó Nube Loca, los labios cubiertos de baba, ante la mirada consternada de su compañero.

Aquellas peroratas solían ser preludio de monólogos que podían durar horas.

—¡No respondes!

—¿De qué me serviría decir lo mismo que tú, pero refiriéndome al Hînayâna, que es mi religión? Cada uno, si está convencido de sus legítimas creencias, tiene la obligación de predicar lo que cree —farfulló el Superior de Peshawar en tono cansado.

—Oigo hablar continuamente de los supuestos progresos del Gran Vehículo, al que se ha entregado totalmente, según dicen, la China central. ¿Qué sabes de ese asunto?

—Los monjes predicadores del Gran Vehículo continúan su avance hacia el este. Dicen que la Corea Cylla y las islas niponas están a punto de lanzarse en brazos de Guanyin la Donante de Niños[28].

—Dentro de algunos años, si tu Iglesia sigue en actitud de descansen armas, tal vez no sea más que una pequeña secta —murmuró Nube Loca antes de volver a sentarse en la misma piedra que su compañero.

Acababa de volver a cerrar los ojos ante un Buddhabadra cada vez más perplejo e inquieto frente a un comportamiento tan errático.

—Mañana, en una nube blanca, atravesaré las «Terrazas del Cielo» y entraré en el inmenso territorio chino cuya conquista pienso emprender —divagó Nube Loca—. Dicen que la emperatriz de China es una budista ferviente… ¡Quién sabe, a lo mejor un día se convierte en mi aliada!

Al evocar las «Terrazas del Cielo», el adepto del *tantrismo*, consagrado a su sueño de conquista espiritual del territorio chino, hacía alusión a los montes Tian Tai, que se levantaban en la parte meridional del país, allí donde la secta budista epónima, creada por el monje Zhi Yi hacía cien años, había empezado a propalar la doctrina trascendental de la liberación personal, accesible a todos los individuos y no reservada tan sólo a los monjes, según la cual «en cada partícula de polvo está contenido el universo entero». El célebre *Sutra del Loto de la Buena Ley*, el texto más importante del Mahâyâna, con el que Pureza del Vacío quiso rivalizar escribiendo el de la *Lógica de la Vacuidad Pura*, constituía la esencia de esta doctrina.

Buddhabadra abrió los ojos de par en par.

Tenía la impresión de que el cuerpo de Nube Loca se había elevado imperceptiblemente por encima del suelo mientras hablaba.

Se pellizcó en el brazo: ¡no, su compañero no flotaba en el aire!

No había sido más que una ilusión, pero también la prueba de que aquel hombre estaba dotado de una capacidad de persuasión fuera de lo común.

—¡Al parecer conoces bien la doctrina del Mahâyâna! —se contentó con decir Buddhabadra, que seguía sin recuperar el ánimo.

Pero Nube Loca apenas si hizo caso del cumplido.

—Nuestra alianza comenzó por una vulgar estafa… —le dijo en un tono que dejaba traslucir la amenaza implícita.

—¿Por qué lo dices? —murmuró Buddhabadra, a quien el miedo hacía ahora castañear los dientes.

—Siento la cabeza confusa desde que ese maldito *ma-ni-pa* ha dejado de dar signos de vida. Tú me habías prometido, sin embargo, que cumpliría con su misión…

Hete aquí que la paranoia de Nube Loca casi lo llevaba a sospechar que el Superior de Peshawar estaba conchabado con el hirsuto *ma-ni-pa*, cuando había sido él mismo quien le había propuesto el trato.

—Mi decepción fue tan grande como la tuya. Ese *ma-ni-pa* no podía tener un aire más falso. Uno y otro hemos pecado por exceso de ingenuidad. Afortunadamente, no nos ha llevado a la ruina —explicó Buddhabadra esforzándose en parecer natural cuando en realidad estaba aterrado.

—Pero ¡qué importancia tiene todo esto! Mañana, si todo ocurre tal como está previsto, recuperaremos el ejemplar original de ese texto.

Buddhabadra acababa de comprender, lleno de estupefacción, por qué Nube Loca lo había arrastrado hasta allí.

En varias ocasiones, durante sus famosas reuniones, Pureza del Vacío había tenido oportunidad de servirse de aquel escondrijo de libros del monasterio de la Salvación y la Compasión, una hondonada excavada en la roca donde había mandado depositar el ejemplar original del *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura*.

En cuanto a la voluntad de su enigmático compañero, consistente en apoderarse del ejemplar original de la obra, Buddhabadra ignoraba por completo sus razones.

—Si he entendido bien, piensas ir a ver al Superior y pedirle que te lo entregue, ¿no es así? —preguntó, alarmado, el Superior de Peshawar.

—¡Tú irás conmigo! Los aliados deben ayudarse mutuamente.

Buddhabadra, incapaz de decidir si Nube Loca bromeaba o no, se miraba, azorado, la punta de los pies.

¡Había que reconocer que ese Nube Loca llevaba un nombre que no podía encajarle mejor!, no pudo por menos de pensar.

Al mismo tiempo, la irritación que embargaba a este último había ido en aumento.

Ahora se movía, nervioso, de un lado a otro delante del Superior de Peshawar y sus gestos eran bruscos.

Este último intentó una última maniobra para tratar de ablandarlo y de evitar que lo enviara a un fracaso seguro.

—Admiro el optimismo de una fe tan firme como la tuya… y no puedo hacer otra cosa que agradecerte la confianza que me manifiestas… pero dudo mucho que este Superior se avenga a desprenderse del legado de Pureza del Vacío.

—¡En tal caso habrá que actuar prescindiendo de él!

—No me extrañaría que ese escondrijo de libros del monasterio de la Salvación y de la Compasión esté tan estrictamente guardado como una prisión.

—¡Sabía que tendrías miedo de ir conmigo!

Nube Loca tenía todo el aire de una fiera al acecho y su forma de cerrar los puños hablaba muy a las claras de la violencia que reprimía.

—Es una lástima —se lamentó el desgraciado Buddhabadra—, pero no tengo poder para atravesar las paredes.

—Cometes un error al rechazar mis píldoras. ¡Te pondrían un poco más optimista!

Cuantos más esfuerzos hacía el Superior del monasterio del Único Dharma para hacer entrar en razón a su interlocutor, más furioso se ponía este último.

Se hacía urgente interrumpir la escalada y abandonar la situación en aquel punto para dejarle proseguir, solo, su camino.

Pero una cosa era decidirse a huir y otra muy diferente llevar el proyecto a buen puerto… en un lugar tan aislado como aquél, sin contar con la ayuda de nadie, frente a un individuo tan desequilibrado como aquél y que, por otra parte, tenía la agilidad de un gato.

Buddhabadra tenía la impresión de haber caído en una abominable trampa y de haberse convertido en el juguete de un loco.

¿A quién podía pedir socorro?

¿Quién le ayudaría en aquella pagoda abandonada en pleno desierto?

En realidad, ni Buddhabadra ni Nube Loca habían advertido que no estaban solos en la pagoda en ruinas.

Umara, la muchacha cristiana nestoriana, hija única adorada del obispo Addai Aggai, perfectamente escondida detrás de una columna de la sala de oración con el techo desvencijado, no había perdido palabra de la conversación surrealista de aquellos dos hombres, indios sin duda alguna, puesto que se expresaban en sánscrito.

¡Cómo lamentaba, la pobre muchacha, haberse aventurado hasta allí!

¿Por qué diablos había entrado en aquella pagoda abandonada hasta la que *Bruma de Polvo* la había llevado la víspera, con intención de admirar de nuevo aquellas figuras evanescentes de *apsaras* con las que un pintor, seguramente excelente colorista, había adornado en otro tiempo aquellos muros?

¿Qué ocurrencia había tenido al venir, sola, a aquel lugar desierto, donde la habían sorprendido aquellos dos hombres al borde de la disputa?

¡Menos mal que no habían advertido su presencia!

Así que los había visto penetrar en el templo abandonado, se había escondido.

Ahora, el que se llamaba Nube Loca se había apoyado en una columna, cada vez más furioso y amenazador, como si fuese a abalanzarse sobre el otro. Después se había soltado el moño que le coronaba el cráneo y se lo estaba rehaciendo con ayuda de un peine de bronce cuyas púas puntiagudas brillaban como puntas de flecha.

Fascinada por el espectáculo de aquellos dos individuos surgidos de la nada y abocados a la ruptura, Umara pudo comprobar igualmente que eran dos hombres muy diferentes.

El más alto, Nube Loca, que acababa de sacarse la camisa, tenía un temperamento que se acomodaba a su extraño nombre.

También era el más delgado de los dos. Tenía unos lóbulos de las orejas desmesuradamente largos debido a los pesados aros de bronce que llevaba colgados y que parecían las asas de una jarra. También tenía los senos perforados y adornados con una fíbula de bronce en la que había una minúscula cabeza de león.

Se le marcaban los huesos en la piel de su cuerpo de asceta, recorrido por profundas cicatrices de escarificaciones rituales.

Cuando Umara observó aquellas marcas negras en la piel oscura de Nube Loca, no vio en un primer momento que se trataba de palabras. Pasado un rato, a fuerza de fijarse en aquellos signos tan curiosos, vio aparecer, con enorme estupefacción, la palabra sánscrita «tantra» en el vientre del personaje.

Incrédula, se restregó los ojos y miró de nuevo aquellas letras que, esta vez, mejor iluminadas, se perfilaron más claramente y formaron aquella palabra cuyo sentido no conocía.

A diferencia de su compañero, el hombre que llevaba la palabra «tantra» en el vientre no tenía el cráneo totalmente rapado sino que, en medio del occipucio, dejaba que le creciera una larga mata de cabellos con los que acababa de hacerse un apretado moño, lo que contribuía a tensar su piel hacia arriba y acentuaba la finura de sus rasgos que el contrapeso de los pesados aros que llevaba colgados de las orejas tiraba a su vez hacia abajo. El resultado era un curioso alargamiento del rostro, que acentuaba el amplio y perpetuo movimiento que agitaba sus aletas nasales, a la manera de esos yoguis indios que se entregan a ejercicios respiratorios antes de atravesarse la lengua o de hacerse, como si tal cosa, grandes cortes en el abdomen a golpe de sable.

Emanaba de Nube Loca una gran cantidad de energía negativa que contribuía a asustar a la joven cristiana.

Buddhabadra, a diferencia de Nube Loca, no le infundía miedo alguno.

No sólo era de menor talla, sino que tenía una piel mucho más clara y en cuanto a su torso, que su túnica de monje dejaba parcialmente al descubierto, no presentaba rastro de quemaduras ni de escarificaciones rituales.

Procedía, a buen seguro, de una Iglesia mucho más civilizada y menos fantasiosa que la de su compañero.

Buddhabadra le parecía tan sensato y reflexivo como violento e imprevisible se le antojaba Nube Loca… y hasta dado a terribles pulsiones morbosas e incluso asesinas.

—Nube Loca, te lo ruego, pongamos punto final a esta conversación y hagamos las paces. El objetivo que perseguimos merece una acción más madura y reflexiva. Mañana reflexionaremos sobre el asunto. ¿Quieres que

vayamos a reposar a un albergue? —preguntó Buddhabadra, decidido a separarse aquella misma noche de Nube Loca.

Pero éste no respondió. Volvía a estar extrañamente tranquilo.

—Dime, Buddhabadra, ¿qué piensas hacer con la «Cosa Preciosa entre Todas»? Supongo que la llevas encima… —soltó como no dando importancia a sus palabras.

—¿Por qué la voy a llevar encima? —inquirió, angustiado de pronto, Buddhabadra.

—¡Porque eres un ser dócil y obediente!… —murmuró su interlocutor con sonrisa asesina y voraz.

Umara vio que, a medida que Nube Loca iba hablando, el rostro de Buddhabadra se iba demudando.

Para éste, las palabras de Nube Loca eran un indicio más de lo que este último podía estar tramando.

El objetivo que perseguía el tántrico estaba clarísimo: iba simplemente detrás del contenido del cofrecillo de madera preciosa en forma de corazón que Buddhabadra guardaba en el fondo de las alforjas que tenía a sus pies.

El Superior de Peshawar, lívido, se dio cuenta de que Nube Loca poseía una memoria excelente y una gran intuición…

De otro modo, ¿cómo habría sospechado que Buddhabadra llevaba encima la «Cosa Preciosa entre Todas», como la designaban a veces en Peshawar?

¿Cómo habría citado, si no, el nombre de aquel objeto deseado que era la causa de todos los tormentos de Buddhabadra?

¿No era el *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura* aquello de lo que Nube Loca quería apoderarse? Si tal era el plan del tántrico, importaba frustrarlo al precio que fuera.

Quedaba totalmente descartada la posibilidad de confiar aquella caja a Nube Loca, ya que lo más probable, de hacerlo, habría sido no volver a verla nunca más.

—¡Pues… no sé qué decirte! —balbuceó el Superior de Peshawar soltando una serie de frases inconexas sin pies ni cabeza—. Te aseguro que no sé qué haré con la «Cosa Preciosa entre Todas». ¡Tenemos que hablarlo! No soy el único que decide en este asunto. También de esto podemos hablar

mañana. ¡Tengo la barriga vacía! ¿No crees que va siendo hora de comer algo?

Se había empeñado en ganar tiempo y en dejar la conversación en suspenso y por eso procuraba que Nube Loca cambiara de tema.

Este último desprendió una bolsita que llevaba colgada del cinto y comenzó a agitarla como quien agita un incensario ante la mirada confusa de su compañero.

—¡Eso es lo que espera el Reverendo Ramahe sGampo desde hace meses… y lo que dista mucho de tener! —exclamó con voz arrebatada.

—¡Efectivamente!… —suspiró, anonadado, Buddhabadra.

—Pues ya me estás dando la «Cosa Preciosa entre Todas» —ordenó secamente Nube Loca.

—¿Qué quieres hacer con ella? Yo no soy más que el depositario. Tengo prohibido hacer con ella lo que se me antoje. Y además, no debería estar aquí.

—Vas a dármela y en seguida. Sueño con hacer un ritual que asociará los emblemas de las tres Iglesias Budistas. Lo llamaré el Ritual de la Fusión y de la Reconciliación —declaró en tono teatral.

Sin dejar, en realidad, que decidiera Buddhabadra, cuyo rostro reflejaba ahora una mueca de contrariedad, Nube Loca introdujo la mano en el zurrón que el otro tenía apretado contra el pecho y sacó de su interior un corazón de madera de sándalo no más grande que dos palmas de la mano juntas. La cerradura de cobre que relucía en el centro de la tapadera alveolada demostraba que debía de tratarse, en realidad, de una pequeña caja de caudales.

Umara vio después que abría la bolsa de cuero que se había desprendido del cinto y que sacaba de su interior un retal de seda cuadrado que desplegó en el suelo.

—Ese estuche es nuevo —observó Nube Loca—. ¿Tienes la llave de ese corazón?

—¡La he perdido!

—¡Embustero! —vociferó Nube Loca sacándose del cinto un puñal con el que amenazó a su compañero, que ahora estaba bañado en sudor.

Buddhabadra, entonces, con mano temblorosa le tendió lo que le había pedido.

—¡Ten cuidado! El corazón contiene también la Santa Pestaña del Bienaventurado. Es tan tenue que, como abras bruscamente la caja, se te caerá y la perderemos para siempre —balbuceó el Superior de Peshawar.

—¡Olvidas que ya he tenido ese santo pelo en las manos! —respondió secamente Nube Loca.

Umara, demasiado lejos de la escena, escondida detrás de la columna, no podía ver qué valoraba el silbido de admiración que soltó el hombre del «tantra en el vientre», inclinado ahora sobre la cajita cuya tapadera acababa de levantar, por otra parte sin tomar especiales precauciones, tras hacer girar la llave en la cerradura.

—¡Son tan hermosos como dicen! En cuanto a la Santa Pestaña, ni rastro —exclamó.

—¡Habrá volado! ¡Basta con un suspiro! ¡Qué gran desgracia! —gimió, consternado, su compañero.

Entretanto, Nube Loca, que no parecía muy impresionado ante la pérdida de la Pestaña del Bienaventurado, envolvió la «Cosa Preciosa entre Todas» en el pañuelo de seda antes de volver a colocarlo todo dentro del corazón de madera de sándalo.

—¡Esto sella nuestra indefectible alianza! —añadió—. Nos encargaremos de llevarlo alternativamente, un día tú y otro yo.

—¡No estoy de acuerdo! ¡Ya has perdido la Pestaña, esa santa reliquia que era propiedad de mi convento desde hacía siglos y que millones de peregrinos procedentes de toda la India *han* tenido el honor de venerar! ¡He dejado de tener confianza en ti! —exclamó, indignado, Buddhabadra, mientras el otro, sordo a sus protestas, se apresuraba a guardar el corazón en su petate de cuero, que había dejado algo más lejos, en el suelo.

—Si la Santa Pestaña es insustituible en tu Pequeña Peregrinación, ¿cómo te las arreglarás sin ella? —le replicó Nube Loca en tono burlón.

Buddhabadra se guardó muy bien de responderle.

Nada en el mundo le habría hecho confesar que se arrancaba una de sus propias pestañas para las necesidades de la causa, es decir, en ocasión de la

Pequeña Peregrinación de Peshawar, cuando la Santa Pestaña no estaba disponible…

Entonces Nube Loca, bajo la mirada pasmada de su compañero, que lógicamente no se atrevió a protestar, hizo el mismo gesto: se arrancó una pestaña y, con gesto teatral, la dejó en la caja.

Umara no entendía nada de aquellos extraños manejos que estaban ocurriendo ante sus ojos, como tampoco las argucias que se habían cruzado los dos hombres ni aquella curiosa manera de hablar sobre todas aquellas cosas tan raras.

Pero lo que siguió a continuación fue todavía más alucinante.

Tras haber obligado a que Buddhabadra ingiriera a la fuerza dos de las pequeñas píldoras oscuras, Nube Loca lo agarró violentamente por el cuello de la túnica antes de dirigirle nuevas invectivas y amenazarlo otra vez con su puñal conminándolo en términos incoherentes a que participara en uno de sus rituales tántricos.

—¡Quieres convertirme al *tantrismo*! ¿Co… cómo voy a rechazar una pro… proposición cuando me la hace mi a… mi a… mi aliado? —acabó por articular Buddhabadra después de que el otro lo sacudiera como quien sacude el tronco de un árbol para que suelte sus frutos.

Detrás del consentimiento aparente, Umara percibía con toda claridad que, como una cabra temerosa delante del tigre a punto de devorarla, Buddhabadra estaba atrapado en una monstruosa celada de la que se sentía incapaz de escapar.

Entonces, ante los ojos atónitos de la joven cristiana, el hombre del moño prieto y de las orejas alargadas se sacó de debajo del manto una botella de bronce que, después de pasearla lentamente por debajo de la nariz de Buddhabadra, se la introdujo sin más contemplaciones en la boca.

—¡No tengo sed! Ya beberemos después… en el albergue —protestó éste inútilmente.

—¡Bebe, te digo! ¡Y rápido! —gritó el hombre del «tantra» en el vientre.

Y apretando el cuello del Superior de Peshawar haciendo una llave con el brazo, no tuvo ninguna dificultad para obligarle a ingurgitar un buen trago.

Umara estaba convencida de que Nube Loca acababa de hacer tragar por la fuerza a Buddhabadra, que deglutía con grandes dificultades, un trago de *bhang*, que no era otra cosa que una mezcla de leche y de zumo de adormidera y de cannabis. Era un brebaje cuya fórmula le habían revelado en el Tíbet, donde se prescribía esta bebida a los adeptos de las artes marciales a fin de que pudieran practicar sus combates a una altura en que la falta de oxígeno provocaba frecuentes síncopes.

—¡Qué amargo! ¡Siento fuego en las entrañas! ¿Por qué haces esto? —lo increpó el Superior de Peshawar.

—¡Ya verás! ¡Dentro de poco volarás! ¡No te sentirás el cuerpo! Entonces podrá comenzar el inefable ritual.

La joven nestoriana se dio cuenta, por la postura de Buddhabadra, el cual se había desplomado y estaba de rodillas, que ya había empezado a sentir los primeros efectos de aquella misteriosa bebida.

En efecto, ahora completamente sosegado, dejaba que Nube Loca, que se reía de forma cada vez más estentórea, le vertiera en la boca chorro tras chorro de líquido, que se le derramaba por las comisuras de los labios en regueros que parecían arroyos de montaña cuando se funden las nieves.

—¡Estoy perdiendo las referencias! ¿Qué me has dado a beber? —gimió.

Su rostro, pálido como el de un muerto, reflejaba tan honda desesperación que daba pena verlo.

—Pura y simplemente una decocción de las plantas habituales preconizada por el *Libro del Gran Sol*. Es la única manera de dejarse poseer totalmente por el espíritu divino y de obtener una inolvidable y eficaz *Avésa*[29]…

—Así pues… ¿tienes la intención de… de hacer de mí un… un médium? —consiguió articular el pobre Buddhabadra, que ya no era más que la sombra de sí mismo cuando consiguió levantarse con grandes penas y trabajos.

Umara observaba con horror los ojos del religioso, finas hendiduras horizontales apenas, reveladoras de que el pobre desgraciado se encontraba al borde del síncope.

—Este brebaje no tardará en darte la impresión de que tus pies no tocan el suelo… Estarás en estado de levitación *laghiman*. ¿No te parece la cualidad que adorna a los mejores médiums?

—¡No sé si ocurrirá tal cosa, pero la cabeza me da vueltas! ¡Esa pérdida de la Santa Pestaña me está perjudicando! —gimió el monje del Pequeño Vehículo, que, para no caer, acababa de asirse al cuello del hombre del «tantra».

Umara no imaginaba que Nube Loca hubiera hecho ingurgitar al pobre Buddhabadra tal cantidad de sustancias alucinógenas que ya sólo estuviera a medias en este mundo.

Con todo, advertía que el hombre, privado de todo medio de defensa, se había convertido en un objeto inerte y aquiescente de un ritual bárbaro del que ella era testigo involuntario e impotente, magnetizada por el horror de aquella escena que tenía la desgracia de presenciar.

¡Se acordaría mucho tiempo de aquella ceremonia terrible que se había sellado con sangre!

El tántrico empezó por agarrar salvajemente a su víctima, ahora jadeante, y tras afirmar violentamente al hombre contra el suelo, con el pretexto de que esto le ayudaría a «despegar», le apretó la garganta impidiéndole respirar.

Umara comprendió en el acto que aquel improbable combate no tendría nada que ver con aquellas peleas salpicadas de arañazos, llaves y alguna que otra estrangulación, pero que terminaban siempre con la inmovilización en tierra del vencido y sin efusión de sangre, como tantas había presenciado en Dunhuang en los días de fiesta, cuando se enfrentaban los pueblos de los oasis valiéndose de sus jóvenes más belicosos.

Daba pena ver el rostro de Buddhabadra, más violáceo y abotargado por momentos, al borde casi de la apoplejía, pero que no parecía impresionar en modo alguno a su verdugo.

Drogado hasta la médula, los ojos inyectados en sangre y brillantes como rubíes, éste se ensañaba con su víctima propinándole puntapiés a la cabeza cada vez más violentos.

Umara presenció cómo su rostro, y a continuación el cuello, se teñía de rojo hasta que sus rasgos dejaron de ser reconocibles, desfigurados por los

golpes redoblados del hombre del moño, que, como una verdadera fiera, no cejaba de ensañarse en él.

La joven cristiana, a quien el asco revolvía el estómago, se arrepentía ahora de haber burlado la prohibición paterna y de haber escapado de casa para descubrir el ancho mundo. Encontraba demasiado alto el precio de aquellos pocos gramos de libertad robada.

Emboscada en las sombras de las columnatas del templo en ruinas, hacía dos horas que se había convertido en prisionera.

Hasta que de pronto hubo de morderse la lengua para no gritar.

De un violento puñetazo, Nube Loca, a horcajadas sobre el vientre de Buddhabadra, acababa de llevarse por delante buena parte de la mandíbula superior del pobre desgraciado, cuyos dientes le habían salido disparados de la boca abierta como si fueran proyectiles.

Todavía inconsciente, Nube Loca no había dudado en agarrar a su víctima por la cintura y en izarla después por encima de su cabeza como si fuera un saco de arroz antes de empezar a girar en un curioso movimiento de vals lento, cuyo ritmo fue acelerándose bruscamente hasta que los dos hombres formaron, a ojos de Umara, un único bloque compacto. Igual que la corola de una flor, el vuelo de la túnica del monje indio se abrió alrededor de Nube Loca a medida que la velocidad iba en aumento.

—¡Tengo la impresión de que vuelas! ¡Se está cumpliendo el ritual! ¡Prepárate, Buddhabadra, porque la liberación está cerca! —gritó el adepto al *tantrismo*.

Y después soltó el cuerpo inerte del Superior de Peshawar, que cayó pesadamente en el suelo como un pelele desarticulado.

Y a continuación, ante los ojos de Umara que apenas creían lo que veían, Nube Loca entró en una especie de trance.

Su cuerpo, sacudido por espasmos, se quedó rígido de pronto como un tablón y seguidamente pisoteó a su víctima con tal fuerza que la pequeña cristiana ya no sintió más que una necesidad urgente: desaparecer cuanto antes de allí, ya que estaba completamente segura de que, como aquel loco sanguinario la descubriese, también la mataría.

¡Huir lo más lejos posible! ¡No quería hacer otra cosa!

Abandonar cuanto antes aquel lugar maldito, volver al obispado, echarse en los brazos protectores de su padre y tratar de olvidar para siempre lo que había visto.

Queriendo calcular la distancia que la separaba de la puerta del templo, Umara se volvió con infinitas precauciones y vio que le bastarían unos pocos pasos para franquear la puerta de la pagoda y ganar el exterior.

Entonces se encontraría fuera del alcance del asesino.

¡Pero hete aquí que la desgracia estaba cerca!

Justo en el momento en que iba a echar a correr, el asesino, enloquecido, con una fuerza que el estado de trance en que se hallaba parecía multiplicar, profirió un rugido parecido al de un león mientras todo un diluvio de piedras se abatía sobre ella, obligándola a una finta para buscar refugio en un rincón de la sala que la librara de quedar sepultada.

Con el corazón pronto a estallarle en el pecho y figurándose que sobre la pagoda se había abatido un rayo, acabó por comprender lo que acababa de ocurrir.

Tras asir a su víctima por última vez como si de un vulgar paquete se tratara, el hombre, presa del trance, lo proyectó contra una de las columnas de madera que todavía eran sostén del inmenso arquitrabe formado por el techo de cedro de la pagoda.

Con la violencia del impacto, la columna se había venido abajo y provocado a su vez la fractura de una viga maestra, desencadenando la brusca dislocación de los enormes sillares de piedra que formaban el techo de la sala y su desmoronamiento.

En la pagoda, ahora más ruinosa que antes, no se podía ver nada a causa de la nube opaca de polvo.

Cuando se disipó por fin, Umara comprobó, consternada, que la entrada del templo había quedado obstruida por un enorme montón de piedras.

La salida que ella imaginaba no era, por tanto, practicable.

El único medio para escapar de aquella trampa infernal consistía en atravesar el espacio donde Buddhabadra seguía siendo machacado por Nube Loca y llegar al otro extremo donde se levantaba una pared con una ventana a través de la cual tal vez podría escapar.

Llegar hasta aquella especie de tragaluz era, con todo, empresa peligrosa, ya que el suplicio del monje de Peshawar proseguía sin descanso bajo los denodados golpes de su verdugo, quien se preocupaba muy poco del hundimiento del techo, ocupado como estaba rompiéndole uno por uno los huesos del cuerpo con morbosa meticulosidad.

—¡Ya sólo te queda el sacrificio del *boma* y todo habrá terminado para ti! Después ya podrás ir al cielo —exclamó entonces Nube Loca, con espumarajos de baba en los labios, inclinado sobre lo que la muchacha creía un cadáver.

En aquel momento la joven cristiana nestoriana tuvo que apoyarse contra el muro para no desfallecer.

Acababa de oír un murmullo atroz, una especie de extraño lamento, que salía de la boca de aquel que creía muerto.

—¡No irás a prender fuego en mis ropas!

Era Buddhabadra, cuyas palabras quejumbrosas y casi inaudibles, aunque muy reales, revelaban que en él seguía persistiendo un último aliento.

Pese a sus horribles heridas, que el brebaje de Nube Loca hacía menos insoportables, al pobre Superior de Peshawar todavía le quedaban fuerzas para manifestar el miedo pánico de tener que soportar el rito de la purificación a través del fuego tántrico, cuyo nombre acababa de pronunciar Nube Loca y que había sido suficiente para desatar lo que le quedase de lengua.

—¡No notarás nada! ¡No tengas miedo! Como la *apsara*, imaginarás que vuelas —gritó Nube Loca apurando de un solo trago el líquido de la botella.

Y aquel hombre de espíritu perturbado que tenía el cuerpo cubierto de cicatrices que parecían frases y la piel del cráneo tirante hacia la coronilla como si un ave de presa se la apresase con sus garras, volvió a blandir el puñal por encima del pecho de su víctima.

Y de un solo golpe, rasgando el aire ante los ojos alucinados de la pobre Umara, la hoja del puñal del hombre que tenía el tantra en el vientre se hundió salvajemente en su víctima.

Primero una vez y otra vez después.

Sin que pudiera evitarlo, la hija del obispo se encontró contando el número de golpes descargados por Nube Loca.

—¡Satkarmani! ¡Satkarmani! —profería, extático, en el preciso momento en que su brazo se abatía, por sexta vez, sobre el torso de Buddhabadra.

Terminada la atroz tarea, el monje *hinayanista* apenas si tuvo fuerzas para murmurar, antes de expirar y a pesar de la sangre que le brotaba de la boca, mientras el arma de su horrible compadre le atravesaba el corazón:

—¡Me muero! ¡Maldito seas, Nube Loca! Rompiste nuestro pacto al perder la Pestaña del Bienaventurado. Que esos dos actos reduzcan a la nada la posibilidad de que te salves un día. ¡Ojalá renazcas en el más frío de los infiernos!

Umara no podía saber que Satkarmani era el nombre que se aplicaba a las Seis Acciones Mágicas: hechizar, apaciguar, inmovilizar, matar, desangrar y purificar, que constituían la base del ritual tántrico *krura* al que acababa de entregarse Nube Loca y que había terminado de manera tan trágica debido a la locura de su autor, provocando la muerte de su víctima, ahora cadáver a sus pies.

—¡Por fin la *kundalinî*[30] atravesará los setenta y dos mil centros de mi cuerpo sutil! —vociferó el asesino tántrico, que se encontraba en el ápice paroxístico de su crisis de epilepsia.

Y entonces, el lúgubre trance en que se había sumido y que le había hecho cometer lo irreparable pareció transmutarse de golpe en éxtasis.

—Por fin podré apoderarme de la *kundalinî* de Buddhabadra a manos llenas. Y así él verá que el *tantrismo* es superior al Hînayâna —añadió con voz ronca hablando consigo mismo.

Después de abrirle la caja torácica con el puñal que había utilizado para matarlo y de levantarle las costillas como si fueran una mera tapadera y, finalmente, de hurgar en la herida y extirpar de ella una bola sanguinolenta que debía de ser el corazón, se la llevó a los labios con aire triunfal como si el órgano vital del Superior del convento del Único Dharma de Peshawar fuera una esponja y él desease empaparse de su sangre.

Ante aquel gesto tan terrible, Umara, testigo mudo de aquella danza macabra que había terminado con la extracción de aquel corazón palpitante

aún y chorreando sangre, sintió un furioso impulso de vomitar.

Pero consiguió reprimirse, ya que tenía miedo de llamar la atención del sanguinario adepto del *tantrismo*.

¡Ojalá que hubiera podido desaparecer bajo tierra y no haber presenciado jamás aquella escena!

¡Huir cuanto antes! Desaparecer de aquel lugar maldito: ésta era su única obsesión.

La única salida que le permitiría evadirse de aquel infierno era el tragaluz que se abría en la pared opuesta al lugar donde se encontraba.

Allí, al pie de aquella abertura a través de la cual ya percibía el cielo anaranjado del crepúsculo, yacía el cadáver de la víctima que Nube Loca había dejado por fin en paz antes de desplomarse contra la pared medio desmoronada, debajo mismo de la estrecha ventana a la que, gracias a los desprendimientos del techo, se podía acceder ahora sin ayuda de escalera.

Huir a través de aquel tragaluz suponía, pues, acercarse al asesino cuyos ojos extáticos y desorbitados estaban dirigidos hacia ella.

¿La miraba, quizá?

La palabra «tantra» grabada en su vientre le parecía ahora escrita con letras de fuego.

La joven nestoriana, bañada en sudor, ya imaginaba incluso que Nube Loca le hacía ademán de que se acercara y después, al ver que ella no le obedecía, se levantaba bruscamente y se lanzaba en persecución suya. Entonces, entregada a una loca carrera, era probable que tropezase con una piedra y que él aprovechase la ocasión para inmovilizarla en el suelo antes de someterla a la misma suerte que había tenido aquel pobre Buddhabadra, cuya caja torácica, espantosa arca de tesoros, aunque no de objetos preciosos sino de vísceras violáceas, ya empezaba a apestar.

Ya estaban zumbando dos o tres moscas, que revoloteaban alrededor del cadáver despanzurrado disputándoselo furiosamente, hasta que acabaron por reconciliarse y evolucionar juntas en extraño *ballet* antes de posarse con suma delicadeza sobre tramos de arterias truncadas de las que la sangre, en fase de coagulación, apenas manaba ya.

De pronto, un ruido inopinado la arrancó del torpor en que la había sumido aquel morboso y fascinante espectáculo.

Era Nube Loca, que se había puesto a roncar.

Dio entonces un paso acechando al mismo tiempo la reacción del interesado.

La total ausencia de una reacción de cualquier tipo, ni siquiera el estremecimiento de un párpado, la llevó a pensar que seguramente el asesino de Buddhabadra, el hombre cuyo rostro estaba tenso porque el moño tiraba de la piel para arriba y los pesados aros de bronce que llevaba colgados de las orejas para abajo, se había quedado dormido.

Se plantaría a su lado en tres saltos y, una vez allí, no tendría más que izarse hasta el tragaluz aprovechando los escombros como si de un estribo se tratara.

Y por fin saldría fuera.

Jadeante, avanzó de puntillas para hacer el menor ruido posible, abriéndose paso entre los cascotes que cubrían el suelo.

El cadáver de Buddhabadra, visto de cerca, todavía causaba más espanto.

Su cuerpo medio desnudo y cubierto de cardenales tenía muy poco de humano y más bien le daba cierto parecido a esos budas que, a fuerza de ascetismo, se quedan puramente en la piel y los huesos, tal como los representaban, en los bajorrelieves votivos, los cinceles de los escultores de Gandhara.

Los ojos vidriosos de la víctima, cuyas pestañas impregnadas de polvo resaltaban extrañamente la dulzura de su mirada, parecían mirar con atención el techo despanzurrado de la pagoda.

La joven se estremeció. Acababa de percibir, debajo de la pierna del cadáver, un enorme escorpión negro que reptó por su cuerpo mientras una nube de moscas azules abandonaba zumbando los restos del exterior de la caja torácica del Superior del convento del Único Dharma de Peshawar para lanzarse a explorar los recovecos internos del cadáver.

Dio tres pasos más.

La tranquilizaban a medias los ronquidos que seguían escapándose de la boca, abierta de par en par, de Nube Loca.

Un hombre capaz de todo tipo de disimulos como él tal vez había detectado su presencia y ahora fingía dormir antes de abalanzarse sobre

ella.

Con un nudo en el estómago, prieto como cuerda de cáñamo, la muchacha se encaramó con infinitas precauciones sobre el montón de escombros arrimados al muro.

Y al llegar arriba, comprobó aterrada que todavía le faltaban unos cuantos centímetros para poder izarse hasta el borde de la ventana.

Aterrada y con el corazón a punto de saltársele del pecho, contempló, a sus pies, la parte superior del moño de Nube Loca y su movimiento oscilante arriba y abajo al ritmo de sus ronquidos.

Descubrió entonces la maleta de cuero colocada en el centro de aquel espacio donde acababa de consumarse el asesinato ritual.

Gracias a aquel aditamento suplementario, seguro que alcanzaría el borde de la ventana.

Bajó, cautelosa como un gato, decidida a hacerse con aquel objeto que le permitiría escapar.

Pero justo en el momento en que asía la maleta, oyó un ruido alarmante.

Creyendo que se trataba de otro desmoronamiento, cerró los ojos.

Al volver a abrirlos, casi no se atrevía a mirar por miedo a lo que pudiera ver.

Comprendió entonces que el ruido salía de la maleta, que se había abierto bruscamente al agarrar el asa dejando escapar de su interior la cajita en forma de corazón.

Desesperada, Umara miró en dirección a Nube Loca.

Había dejado de roncar. Petrificada, ya esperaba que abriese un ojo y otro después antes de despertarse del todo y que a continuación le saltase al cuello como una fiera y se la zampase de un bocado.

Aquellos instantes durante los cuales escrutó el menor movimiento del hombre del moño se le antojaron siglos.

Con movimiento maquinal, deslizó debajo del cinturón bordado con que se ceñía el vestido la cajita en forma de corazón que acababa de recoger del suelo a fin de no dejar indicio alguno de su paso y después, arreglándoselas para levantar la maleta, corrió a esconderse detrás de una columna.

Debía de haber ocurrido un milagro, puesto que proseguían los ronquidos y el llamado Nube Loca parecía haberse quedado de nuevo como

un tronco.

Tenía que ser entonces o nunca.

Con el corazón que parecía querer salírsele del pecho, sosteniendo la maleta en brazos para no arrastrarla sobre las piedras, la joven nestoriana hizo una profunda aspiración y se dirigió hacia los cascotes que estaban debajo de la ventana.

Al llegar a lo alto del montón, dejó la caja encima y, tras encaramarse en ella, consiguió izarse, ayudándose con los brazos, haciendo un último esfuerzo y con toda la energía que presta la desesperación, hasta el reborde de la ventana, mientras la maleta de cuero, proyectada hacia abajo por sus pies, resbalaba estrepitosamente sobre el montón de escombros y hacía que el hombre del moño se despertara sobresaltado.

No tenía ni un segundo que perder. Nube Loca, con el rostro desencajado, parecía preguntarse qué ocurría, se levantaba con grandes trabajos e inclinaba el cuerpo sobre la maleta abierta.

Umara cerró los ojos y saltó al vacío.

Para sorpresa suya, cayó sobre algo suave y cálido.

La arena del desierto, fina y suave al tacto, que las tempestades habían arrinconado contra la base del muro de la pagoda, había actuado de eficaz amortiguador de su caída. Ya era libre y estaba cubierta de un polvillo que los rayos del sol poniente llenaban de dorados reflejos.

Después, como un animal perseguido por cazadores, echó a correr como una loca.

La arena caliente y suave hacía más lenta su carrera.

En la línea dentada y temblorosa del horizonte, los resplandores rasantes del astro solar irisaban la cresta de las olas que formaban las dunas del desierto de Gobi.

La pagoda en ruinas no tardó en quedar lejos y Umara reconoció las primeras casas de tierra batida de Dunhuang, a cuyo alrededor, al atardecer, se congregaban las cabras y las ovejas a la espera de que las ordeñasen.

No le quedaban más que tres calles para la bifurcación y en seguida encontraría el grupo de casas en medio del cual se habían construido los edificios del obispado nestoriano.

Viéndose libre, se detuvo con la respiración entrecortada debajo de la arcada de un porche a fin de reponerse un poco.

Había quedado blanca de polvo y le dolía la rodilla izquierda. Vio que se había arañado con el reborde del tragaluz y que tenía la ropa en desorden debido al gran esfuerzo que había hecho.

Nada grave, de hecho, frente a todo lo que había arriesgado.

De todos modos, no podía volver a su casa en aquel estado.

Después de sacudirse la ropa, al ajustarse el cinturón sus manos toparon con la cajita de madera preciosa que ya no recordaba haber guardado en su interior cuando, con la maleta abierta, se había dispuesto a alcanzar el tragaluz.

La cogió delicadamente y la puso sobre sus rodillas.

Percibía el aroma de la madera de sándalo.

Los clavos y herrajes de bronce que ornaban la caja brillaban como si manos diligentes se hubiesen esmerado en restregar aquella misteriosa cajita que, sin saber muy bien por qué, se había llevado.

Tratando de adivinar qué contenía, la agitó junto al oído.

Oyó unos golpes apagados que indicaban que contenía varios objetos seguramente envueltos antes de ser encerrados en el cofrecillo de madera aromosa.

Ya iba a levantarse para dirigirse tranquilamente camino de su casa, donde su padre y la gobernanta Goléa ya debían de estar inquietos esperándola, cuando, sin saber por qué, sintió la necesidad de abrir la caja.

Recordaba muy bien que Nube Loca la había guardado en la maleta sin cerrarla con llave. Hacía las veces de cerradura una simple varilla de bronce ensartada a través de dos ojetes. Bastó deslizaría suavemente por ellos para entreabrir la tapadera.

Reconoció al momento el retal de seda que debía de envolver lo que aquellos hombres habían llamado la «Cosa Preciosa entre Todas».

Desenvolvió el paquetito con gran cautela.

Lo que entonces vieron sus ojos era tan nuevo para ella y a la vez tan inesperado, algo casi mágico, que su primer impulso fue volver a colocarlo todo en la cajita de madera de sándalo y cerrar rápidamente la tapadera.

Era indudable que aquello que tenía en sus manos era lo bastante precioso para haber provocado la muerte de un hombre…

Sabía muy bien que, en virtud de pura inadvertencia, había pasado a ser depositaria de un secreto seguramente terrible y aún seguía perdiéndose en conjeturas cuando llegó por fin al obispado, donde ya la estaba esperando, desolada, su gobernanta en la puerta.

—¡Umara! ¿Dónde has estado? Te hemos estado buscando toda la mañana. ¡Estaba loca de inquietud! —exclamó la gorda Goléa lanzándose sobre ella así que percibió la silueta de la muchacha enfilando la calle.

—No pasa nada, sólo que he salido de paseo y me he perdido… en el desierto. Entonces he decidido echar una siesta debajo de una palmera datilera… ¡y aquí estoy!

—¡Menos mal que no le he dicho nada a tu padre!… Ha ido dos días de caza. Como hubieras tardado un poco más, me habría visto en la obligación de decírselo a tu padre cuando llegue y no te digo cómo se habría puesto.

—¡Pues aquí me tienes sana y salva, querida Goléa! ¿No es esto lo esencial? —se contentó con responder la chica, pese a que su rostro demudado cuadraba muy poco con sus palabras.

—¡Pareces cansada! ¡El sol del desierto no te sienta bien! —farfulló la gobernanta.

Por prudencia y a costa de su sinceridad, Umara se guardó muy bien de añadir nada más.

Había decidido que no daría más informaciones sobre aquella escapatoria suya que había estado a punto de tener mal final y menos aún sobre el extraordinario contenido de la cajita cuya procedencia su padre habría querido averiguar si ella se la hubiese enseñado.

Por lo demás, lo que habían visto sus ojos era algo tan inaudito que no pensaba revelárselo a su padre, puesto que sabía que sólo habría servido para aumentar su inquietud.

Como hija que era de un importante dignatario nestoriano, Umara sabía mejor que nadie qué valor tenía el secreto para los adeptos de aquel culto en fase de transformación, acostumbrados a las persecuciones y a guardar secretos.

Tenían prohibido incluso recitar delante de infieles las simples fórmulas rituales en lengua siríaca, articuladas confusamente en voz baja durante aquellas interminables ceremonias sobre las que flotaban densas nubes de incienso, así como confesar nunca a nadie que ellos se llamaban mutuamente «asirios» y que aceptaban el delicado concepto de «hipóstasis única de Cristo», en la que se reunían sus dos naturalezas, divina y humana, independientes entre sí, ya que éste era el fundamento de la religión «diofisita», condenada como herejía porque, según la misma, la Virgen María no podía ser calificada de «Teotokos» (que ha parido un Dios) sino más bien de «Cristotokos» (que ha parido a Cristo)…

Como digna hija de su padre, pues, la joven cristiana había decidido que no revelaría nada a nadie, ni siquiera a éste.

¿No era ésta, por lo demás, la manera adecuada de protegerlo?

Aquella misma noche, sola en su habitación, abrió de nuevo la caja y, a la luz de una vela, sus ojos volvieron a maravillarse de lo que vieron.

Sin duda era demasiado joven y carecía de la instrucción suficiente para comprender el sentido de aquello que acababa de exponer sobre el trozo de tela adornada con complejos motivos que servía de envoltorio a aquellas piedras cuyo brillo, pese a la penumbra de la estancia, la deslumbraba.

De lo que estaba segura, sin embargo, era de que aquello tenía un valor inestimable.

La única persona a quien pensaba abrirle su corazón era *Bruma de Polvo*, con quien ya compartía, después de múltiples encuentros, pequeños secretos inconfesables.

Él era la única persona en quien podía confiar.

¿Sabría, quizá, un día alguna cosa más acerca de aquel misterioso tesoro?

Entretanto, ¿dónde guardaría aquella cajita que custodiaba tan curioso contenido?

¿Cuál sería el lugar donde la escondería para que nadie, jamás, pudiese encontrarla?

XIV

EN LAS MONTAÑAS DEL PAÍS DE LAS NIEVES

Estaban atados uno con otro por cuerdas que les segaban las muñecas.

Sería su primera noche como prisioneros.

La gran hoguera que crepitaba ante sus ojos no llegaría a calentarles el corazón.

Como pobre consuelo, los bebés dormían con los puños cerrados en su capacho y Lapika estaba tumbada a sus pies, jadeante, las orejas medio caídas y la pelambrera deslucida.

Al iniciarse los problemas, ni Cinco Prohibiciones ni el *ma-ni-pa* advirtieron lo que se les venía encima, ni tampoco vieron llegar a los hombres que se echaron salvajemente sobre ellos.

Todo había ocurrido muy deprisa en aquella emboscada que no había durado más que unos segundos.

En el recodo de un camino, delante de un bosquecillo con gran espesura de abetos, por el camino escarpado a través del cual avanzaban lentamente, apenas habían tenido tiempo de verlos cuando la cuadrilla de jinetes se lanzó, entre alaridos, sobre ellos.

Cinco Prohibiciones, que procuró proteger sobre todo a los pequeños, los cuales ni siquiera se despertaron con el asalto, quedó cercado al momento y después, junto con el *ma-ni-pa*, inmovilizado en el suelo sin tener siquiera tiempo de sacar una flecha del carcaj. Sosteniendo el capacho con firmeza, no había recurrido a la práctica de las artes marciales en lo

tocante a ataque y defensa, que normalmente le habrían permitido hacer frente por sí solo a tres atacantes.

La perra Lapika se había abalanzado sobre el caballo del primer asaltante y había conseguido derribarlo en tierra antes de ensañarse a fondo en el animal, al que le había perforado el cuello con los colmillos. Los demás componentes de la escolta habían tenido que aunar esfuerzos para librarse de la enorme perra, a la que habían molido a palos. Habían necesitado cinco minutos largos para apartar a la perra del caballo muerto, ya que ponía en juego todo su coraje para defender a los dos niños, a los que consideraba como sus propios hijos.

Habían caído en una emboscada tendida por bandidos.

El jefe de aquellos bandoleros no hablaba chino ni tibetano.

Sus cabellos ensortijados y su color atezado hacían pensar en un origen occidental.

Parecía proceder de uno de aquellos lugares lejanos a los que iba a desembocar el último tramo de la Ruta de la Seda llamado por los numerosos viajeros que llegaban de aquellos parajes la «llanura de mil fuentes» o también el «país de las palomas», debido a las aves ornamentales de barro cocido que adornaban los caballetes de los tejados.

De esos países míticos, situados muy al oeste, sobre los cuales circulaban toda suerte de leyendas, los mercaderes traían melocotones y uva impregnados de azúcar que hacían las delicias de los niños y de las cortesanas y también un fieltro de lana tan duro que algunos cuerpos del ejército lo utilizaban, por su resistencia a las flechas, como útil y eficaz escudo.

El hombre de los cabellos ensortijados y la piel atezada les ordenó que se mantuvieran junto a un gran peñasco, en lo alto del cual se había encaramado uno de los servidores para montar la guardia.

Seguidamente, el servidor que hablaba chino anunció a Cinco Prohibiciones y al *ma-ni-pa*, que su jefe le había ordenado que le sirviera de intérprete.

Así fue como descubrieron que habían sido capturados por un capitán parsi de nombre Majib.

Cinco Prohibiciones no sabía nada de los parsis, cuyas hermosas alfombras llegaban a la China central, donde mercaderes especializados las vendían a gente muy rica pero no se veían nunca en los monasterios budistas.

Cinco Prohibiciones ignoraba qué misterio hacía que un pequeño grupo parsi pudiese encontrarse en el macizo himalayo, tan lejos de sus propias tierras.

A juzgar por la alegría de los hombres barbudos que los maniataron y que seguidamente procedieron al inventario de lo que transportaban, era indudable que su captura suponía para ellos una gran hazaña.

Fue lo que le confirmó el intérprete, pese a ser avaro de palabras, cuando lo interrogó a este respecto:

—El jefe Majib se siente feliz de haberos capturado. Hace ya un mes que merodeamos por esos fríos parajes y sólo cazamos pájaros, que comemos asados. Todos los caminos de montaña se parecen…

—¡Di al jefe Majib que estamos muy honrados de haberlo conocido! —respondió sobriamente Cinco Prohibiciones, mientras el interesado, tras haberse entregado a una inspección minuciosa de su cargamento, se detenía delante del capacho donde pataleaban los dos bebés, a quienes el alboroto había acabado por despertar…

—Pregunta el jefe Majib si los dos niños son hermanos.

—Así es. Es más, son gemelos —le replicó el joven monje del Gran Vehículo, que no comprendía qué perseguía el jefe parsi con aquella pregunta y menos aún el aire de suficiencia y satisfacción que adoptó cuando el intérprete le tradujo la respuesta de Cinco Prohibiciones.

Era evidente que aquellos bandidos se habían equivocado, hubo de decirse Cinco Prohibiciones, cuya intuición se confirmó con la proposición que el jefe Majib no tardó en hacerle por medio de su intérprete.

—El jefe Majib dice que si nos ayudáis a encontrar la Ruta de la Seda, salvaréis la vida.

—Respóndele que sabemos por dónde hay que pasar para encontrarla —se apresuró a responderle el joven *mahayanista*, que no las tenía todas consigo.

Siguieron caminando de aquel modo hasta la noche, atados entre sí por medio de una cuerda arrollada a las piernas igual que se ata a los esclavos, y fueron ellos los que, por orden de sus carceleros, tuvieron que encender la hoguera, pese a su agotamiento, en la que ahora se calentaban las manos.

El intérprete que actuaba de guardián se había amodorrado.

Así pues, podían hablar aunque en voz baja.

—¿Crees que querían matarnos? —murmuró el *ma-ni-pa*, a su compañero.

—Tienen necesidad de nosotros para salir del país de Bod. Ésta es nuestra mejor protección. La mirada de ese Majib no me dice nada bueno. Tiene todo el aire de ser cruel e implacable…

—¿Te has fijado en su sonrisa al descubrir a los niños cuando ha levantado el paño del capacho? ¡Parecía un ogro ante un buen banquete!

—¡Menos mal que no se les ha ocurrido matar a Lapika, en el momento de la emboscada, cuando se ha abalanzado sobre ellos, toda colmillos y dispuesta a pegarles dentellada! Dado el interés que el Majib ese siente por los niños, no me extraña que haya ordenado a sus hombres que no se ensañaran con la perra —murmuró Cinco Prohibiciones al monje errante mientras empujaba con la punta del pie en dirección a las llamas una gruesa rama para azuzar la hoguera.

—Y sin embargo, no debía saber que el animal era su nodriza. Mira a esos pequeños, ¡qué encanto de críos! Uno apretado contra el otro igual que las marmotas. ¡Más les vale!

—Estabas en lo cierto, ¡oh, *ma-ni-pa*!, cuando nos cruzamos por primera vez y me recomendaste que no me fiara de los bandidos que merodeaban por los caminos —reconoció Cinco Prohibiciones mirando, consternado, al monje errante.

—Estoy seguro de que saldremos de ésta. Desde esta mañana ruego al Bienaventurado que nos tenga bajo su protección divina, que no aparte de nosotros la mirada de la «Cosa Preciosa» —afirmó el otro en tono casi jovial, los negros dientes al descubierto debido a la sonrisa con la que pretendía infundir ánimo a Cinco Prohibiciones, en cuya compañía estaba desde hacía casi dos meses.

Desde que estaba con él, el monje errante experimentaba por el joven ayudante de Pureza del Vacío, cuyas cualidades humanas había descubierto, un indiscutible afecto.

Pese a todo, su improbable compañerismo, teniendo en cuenta las circunstancias que habían concurrido, igual habría podido derivar a peor.

De hecho, tras haberse separado en Samyé del lama sTod Gling y de Ramahe sGampo, el *ma-ni-pa*, se había apresurado a poner en práctica la recomendación del Venerable Superior de acompañar a Cinco Prohibiciones hasta Luoyang si quería alcanzar un buen *karma*, lo que podía mejorar sus posibilidades de reencarnación satisfactoria en una existencia futura.

Siguiendo las órdenes de Ramahe sGampo, pues, se procuró algunas posibilidades suplementarias de alcanzar, a través de una decena de reencarnaciones sucesivas en lugar de varios millares de ellas, las puertas del paraíso de la Extinción, el nirvana, ese lugar donde el ser se disuelve en la Nada y escapa al Dolor del Mundo.

Considerándolo bien, se trataba de una verdadera oportunidad, precisamente la más insigne, otorgada personalmente por Buda, o sea, que tenía que asirla con las dos manos y, sobre todo, no dejarla escapar.

En cuanto a los dos desconocidos que iban tras el *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura*, la perspectiva de presentarse ante ellos con actitud titubeante lo seducía tan poco que dio al primer mendigo que se cruzó en su camino todo el dinero que le habían entregado.

De pronto, sin la menor intención, se apresuró a alcanzar a Cinco Prohibiciones en su camino.

Avanzaba con gran rapidez mientras rogaba a Buda que le concediera el favor de encontrar el convoy de los dos niños semidioses, esperando que el joven monje no hubiese tomado uno de los innumerables atajos seguidos por algunos viajeros que no conocían muy bien la montaña y que, las más de las veces, acababan en el fondo de un precipicio.

Por fortuna, al cabo de dos días de marchas forzadas a paso de carga, acabó por descubrir, en un nevero bordeado por la placa azulada de un gigantesco glaciar suspendido peligrosamente sobre su figura, la mancha que formaban Cinco Prohibiciones y el semental Derecho Delante.

Dados la época y el lugar, en medio de tanta frialdad y de toda aquella inmensidad helada donde no había rastro humano, la aparición de aquel hombre acompañado de un caballo le infundió tranquilidad, puesto que sólo podía tratarse del convoy de los Gemelos Celestiales.

La noche anterior, sin ir más lejos, todavía había soñado que se encontraba en la lamentable situación de dar cuenta a Nube Loca y a Buddhabadra de su desgraciada empresa y de la imposibilidad de retirar de la biblioteca el *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura*.

Le costaba olvidar la mirada inyectada de sangre, cargada de odio y turbada, del supuesto adepto del *tantrismo*, cuyo espectro seguía inquietando sus noches y murmurándole al oído que era un inútil y que en lo único que podía encarnarse era en un insecto.

En realidad, el *ma-ni-pa*, temía sobre todo que, bajo la apariencia de Nube Loca, se ocultase un chamán.

Los chamanes, que los monjes errantes temían como a la peste porque les hacían la competencia, eran a la «religión de los hombres» lo que los *ma-ni-pa*, a la religión del Bienaventurado.

Eran muchos los que frecuentaban aquellos caminos que, al igual que para esos últimos, eran su territorio predilecto.

Muchos los consideraban brujos de esencia divina y pocos veían en ellos a vulgares charlatanes. Se decía que eran capaces de transformarse en bestias feroces o en monos, de lanzar una cuerda hacia el cielo y subir por ella como si estuviera colgada de un árbol o incluso de caminar sobre brasas sin preocuparse por las plantas de los pies.

La gente del pueblo los llamaba a menudo para que sanaran a un viejo o a un niño enfermo, ayudasen a un yak a parir o simplemente hicieran llover después de un periodo de sequía particularmente largo que transformaba los pastos en laderas pedregosas donde ni siquiera las cabras encontraban dónde ramonear.

Bastaba por lo general dar una moneda a un chamán del bonpo para conseguir sus favores, mientras que no se creía que un *ma-ni-pa*, concediera los suyos si no era a cambio del divino *mantra* de Avalokitesvara: ¡Om! ¡Mani padme hum!

Aquella rivalidad entre chamanes y *ma-ni-pa*, no era más que la cara visible de la lucha feroz librada, en el país de Bod, entre el budismo, religión importada, y las creencias originales del bonpo, que sus habitantes, incluso cuando se convertían a la Noble Verdad de Gautama el Buda, seguían practicando, pese a ser una costumbre mal vista por los lamas.

En su infancia, uno de ellos, que le había enseñado a leer y a escribir, no cesaba de contarle historias terribles sobre chamanes que llegaban a desviar a los adeptos del budismo de la Vía de la Noble Verdad embaucándolos con el disfraz de una apariencia anodina.

Con inmenso alivio, en el momento en que por fin atrapó a Cinco Prohibiciones, el *ma-ni-pa*, aún bajo los efectos de la pesadilla que continuaba obsesionándolo, había comprobado que la capacidad perturbadora de Nube Loca no había bastado para impedirle alcanzar sus fines.

Curiosamente, incluso se había sentido reconocido con Cinco Prohibiciones.

—¿No me reconoces? ¡He venido a ayudarte! —le gritó así que descubrió al joven monje *mahayanista* que caminaba delante del semental Derecho Delante, a cuya grupa estaba fuertemente sujeto el capacho con los Gemelos Celestiales dentro.

Pero Cinco Prohibiciones, que al parecer no oyó la llamada del *ma-ni-pa*, había continuado avanzando, totalmente absorto, dado que el frío hacía el hielo más duro y resbaladizo que en el viaje de ida.

El pequeño convoy, tras dejar el gran nevero, se disponía a recorrer un angosto paso que bordeaba una especie de grieta cuya hendedura azulada revelaba su insondable profundidad.

—¡Cinco Prohibiciones, espera! ¡Ten cuidado con el hielo! ¡Ese paso es muy peligroso! —gritó de nuevo con voz jadeante el monje errabundo.

El joven monje, sorprendido de verse interpelado de aquel modo, acabó por volverse.

Pero con las prisas por alcanzarlo, el *ma-ni-pa*, dio un paso en falso que provocó un desgraciado resbalón sobre una placa de nieve dura como la piedra. Su cuerpo se proyectó entonces hacia delante y Cinco Prohibiciones tuvo que recurrir a la agilidad y la destreza de un gato, así como a la fuerza

del practicante de las artes marciales internas, para sujetar al *ma-ni-pa*, por el cuello de la capa de piel de yak e impedir que cayera en las entrañas de la hendedura que se abría bajo sus pies.

En el momento en que se vio caer en el pozo, el monje errante profirió un grito de terror tan estridente que hasta las aves rapaces que planeaban sobre el nevero remontaron bruscamente el vuelo mucho más arriba, igual que hojas de árbol impelidas hacia el cielo por una violenta ráfaga de viento.

—Pero ¿qué diantre haces aquí, *ma-ni-pa*? Te creía más lejos —le preguntó, pasmado, Cinco Prohibiciones al descubrir la identidad de la criatura a la que acababa de evitar una muerte cierta.

—Me has salvado la vida. De no haber sido por ti, mi cuerpo ahora sería prisionero de esa tumba de hielo…

—Dicen que el hielo conserva… —bromeó el ayudante de Pureza del Vacío.

—¡Prefiero que sea la vida la que me conserve!

—No has contestado mi pregunta. ¿Qué haces aquí?

—Pensé que no estarías tan solo si te acompañaba durante un trecho del viaje. Los caminos son peligrosos y difíciles. Conozco bien los que llevan a la llanura. Los dos niños sagrados pueden ser objeto de codicia. Mi voluntad es ayudarte.

El tono del *ma-ni-pa*, revelaba sinceridad y hablaba en favor suyo.

—Si quieres caminar a mi lado, tendrás que ayudarme a llevar el capacho de los niños. El pobre Derecho Delante está que no puede con tanto peso y, cuando la pendiente es acusada y el suelo está helado, corre el riesgo de romperse la crisma en cualquier momento —dijo el joven, que tenía motivos sobrados para desconfiar del monje errante después de lo que le había dicho unos días antes en un inopinado encuentro.

—Si aceptas, me harás un inmenso favor. Conozco a *ma-ni-pas* capaces de recitar diez mil veces seguidas la fórmula ¡Om! ¡Mani padme hum! En realidad, para poder cumplir tal proeza, deben abusar, hasta acabar con la cabeza nublada, de ciertas raíces de unos árboles que, según se dice, suprimen el sueño… Dicho esto, estoy dispuesto a hacerlo por ti, si quieres —explicó el monje errabundo, como tratando de justificarse.

Quería complacer por todos los medios a Cinco Prohibiciones al objeto de propiciarse sus favores y evitar que lo reprendieran, hasta ese punto le parecía indispensable acceder a los deseos de Ramahe sGampo.

Por esto, cuando Cinco Prohibiciones le respondió amablemente: «¿Por qué no? Así por lo menos seremos dos los que cuidaremos de esos bebés que, para mí, son Gemelos Celestiales», no disimuló su alegría, como *ma-ni-pa*, más acostumbrado a desplantes de soldados que quebrantaban el destierro o de salteadores borrachos adeptos al bonpo —a cuyos ojos el budismo, con todos sus budas y sus *bodhisattvas*, tan numerosos que no recordaba el nombre siquiera, no era más que un montón de supersticiones— que al agradecimiento de adeptos sinceros que creían realmente en los beneficios de sus fórmulas rituales.

—Vengo directamente de Samyé, donde me *han* instado vivamente a que te prestara ayuda —se apresuró a confiar al joven monje, al mismo tiempo que volvían a emprender la marcha.

—¿Te refieres a ese lama sTod Gling?

—Más bien a su Superior, el reverendo Ramahe sGampo. Quería que te ayudase a que condujeses a buen puerto a los pequeños Gemelos Celestiales.

—Parece que conoces bien ese monasterio. ¿Vas allí a menudo?

—Tenlo por seguro, he residido en él por lo menos tres o cuatro veces. La primera vez fue para practicar la ofrenda *bsang* de las fumigaciones[31].

—¡No sé nada de ese ritual!

—Consiste en hacer quemar delante de la estatua del *bodhisattva* compasivo, Avalokitesvara, unas ramas de enebro seco cortadas obligatoriamente con la mano izquierda, la del corazón. En Samyé, una vez al año, al principio de la primavera, se invita a todos los *ma-ni-pa*, que lo desean a practicar la ceremonia del «vuelo sobre la cuerda», por la que trepan como monos. Ese cabo de cuero trenzado, llamado *mu* o «cuerda para escalar el cielo», tiene varias decenas de *tchang*[32] de longitud y se tiende entre lo alto de la torre más alta del convento y un poste hincado en el suelo. Los *ma-ni-pa*, entonces, con la cabeza por delante y el pecho protegido con una plancha de madera, lo bajan como si se arrastrasen sobre

él a velocidad vertiginosa, «igual que un vuelo de golondrinas sobre la superficie de un lago», como dicen los bardos…

—¡Cuántas cosas extraordinarias ocurren en Samyé! —bromeó Cinco Prohibiciones, a quien las cosas que contaba aquel monje errante, tan interesado en complacerle, habían acabado por divertirle.

—Y esto no es todo. Todos los días quince de la primera luna, los monjes del convento de Samyé levantan unos andamiajes de varios pisos de los que cuelgan miles de farolillos y colocan en ellos unas figuritas confeccionadas con harina y manteca de yak que representan personalidades célebres, dragones, pájaros o diferentes cuadrúpedos. Si estoy allí, a veces me piden que los pinte de todos los colores —añadió el *ma-ni-pa*, contento de tener algo de que presumir.

—¡Pues eres un monje errante con multitud de dotes!

—Todavía no soy de los que *han* visto el León de las Nieves..: pero supongo que día llegará en que lo vea. Dicen aquí que el León Blanco, ese animal divino que figura en nuestras oriflamas, aparece en Samyé cada diez años. Espero tener un día la ventura de contemplar esa bestia fabulosa e igualmente a su hembra, la leona blanca de melena turquesa, cuya «leche es el agua turquesa de los glaciares de nuestras montañas». Se asegura que esos dos animales tutelares del país de Bod traen suerte a los que saben invocarlos.

—¿Te parece que los necesitaremos?

—Tratándose de llevar a su destino a los Gemelos Celestiales, vale la pena recurrir a todas las protecciones eficaces posibles.

Un candor y una buena fe como aquéllas terminaron por fundir el hielo con que se protegía Cinco Prohibiciones, aliviado finalmente al disponer de un nuevo aliado para un viaje de retorno que se anunciaba más peliagudo que la ida debido a la presencia de los bebés.

Deseoso de demostrar al joven monje que había procedido bien al aceptar sus servicios, el *ma-ni-pa*, no tardó mucho en hacerse indispensable.

Primero en levantarse por la mañana y último en acostarse por la noche, después de que el fuego que había encendido para que el monje cambiara y lavara a los pequeños estuviera perfectamente avivado delante de la entrada

de la tienda al objeto de calentarla, había tenido el pundonor de mostrarse un compañero ideal, siempre disponible, eficaz y útil.

Buen conocedor de la flora de las montañas, dedicaba mucho tiempo a recoger raíces comestibles y plantas que se suponía prevenían grietas y congelaciones, procurando al mismo tiempo localizar huevos de faisana, que freía después, para deleite del paladar de Cinco Prohibiciones, en manteca de yak y arándanos secos y machacados a manera de jalea.

Consciente de que el ayudante de Pureza del Vacío era una mina de informaciones sobre todas las formas del budismo, había aprovechado para interrogarlo, como discípulo deseoso de completar sus conocimientos, no ya sólo sobre el Gran Vehículo sino también sobre el Pequeño, sin olvidar el *tantrismo* indio.

—Conozco un poco la doctrina del Hînayâna… He oído decir que su enseñanza está reservada a los monjes que ya poseen instrucción. ¿Es verdad, Cinco Prohibiciones?

Y Cinco Prohibiciones, por los caminos escarpados del país de Bod, frente a cumbres de altura vertiginosa que propiciaban la meditación trascendental, no se resistía a exponerle aspectos de la doctrina particularmente arduos, como por ejemplo el concepto de Vacío, en relación con el cual la controversia alcanzaba su apogeo entre el Hînayâna y el Mahâyâna.

Pasados unos días, el avance difícil por senderos helados se había transformado en divertido espectáculo debido al bombardeo de preguntas al que el monje errante sometía al ayudante de Pureza del Vacío, que se prestaba a él de buen grado.

—¡Om! ¿Cuál es la diferencia entre el *tantrismo* indio y el budista?

Y Cinco Prohibiciones se avenía amablemente a explicar, entre dos paradas durante las cuales había que alimentar a los gemelos acercando sus boquitas a las ubres de Lapika, las cesiones pero también las diferencias que existían entre el *tantrismo* original indio y la manera como esta práctica ritual, fundada en el control del cuerpo y del espíritu, había sido asimilada por determinados adeptos budistas para crear lo que ya se llamaba el budismo tántrico.

A medida que avanzaba la relación con aquel monje tan sabio, el *ma-ni-pa*, se metamorfoseaba a ojos vistas.

Ya no era aquella criatura hirsuta de antes, aspirante a artista de la prestidigitación y del circo para admiración de un auditorio, sino que ahora se afeitaba todos los días, lo que no dejaba de ser meritorio estando como estaban a cuatro mil metros de altura, durmiendo a la intemperie o en anfractuosidades de las rocas y disponiendo para lavarse sólo del agua helada de los torrentes.

Su transformación física, que le confería un aspecto mucho más civilizado, daba testimonio, en realidad, de la evolución mental que aquella nueva compañía desencadenaba en él. Para sorpresa suya, aquel viaje, que poco a poco se había convertido en iniciático, lo ayudaba a forjar la famosa llave de acceso a la sabiduría del Bienaventurado, de la que todos, aquí y allá, se hacían lenguas, pero que nadie, incluido Cinco Prohibiciones, jamás le había dejado entrever.

Ya no tendría que recorrer incansablemente los caminos de montaña, como lo hacía desde sus más tiernos años, recitando su fórmula ritual a cambio de un cuenco de arroz, ya no estaría expuesto a los insultos de algunos pastores que no dudaban en azuzar a sus perros para que hincaran sus poderosos colmillos en las carnes del monje errante, ya que dejaría de serlo y de ser alguien que, a fuerza de pasar hambre y frío, llegaba a dudar de la existencia incluso de su *bodhisattva*, cuya compasión era tan escasa que parecía circunscribirse al pasado o al futuro, nunca al presente…

Todos los días bendecía a Buda por haber hecho que se encontrara, en el camino del monasterio, con Cinco Prohibiciones y con la parejita de niños santos, uno de los cuales tenía aquella curiosa carita de mono.

—¡Jamás te agradeceré bastante que me dispenses, como haces, tus tesoros de ciencia religiosa! —acabó por decir una mañana a Cinco Prohibiciones.

—De aquí a Luoyang, al ritmo que llevas, serás más sabio que yo.

—La Ruta de la Seda no es lo bastante larga para que alcance siquiera a llegarte al tobillo… —protestó el *ma-ni-pa*, que ahora profesaba una admiración sin límites hacia el ayudante de Pureza del Vacío.

En otra ocasión, comprobando hasta qué punto el monje errante se sentía sumiso y temiendo abusar de aquella verdadera influencia que le confería su aura, intentó que se sintiera a gusto.

—El día que juzgues oportuno abandonar mi camino y consideres que serías más útil en el Tíbet ayudando a los pobres a encontrar el camino de la Liberación, no dudes en decírmelo. ¡No me ofenderé!

—Que consigas llevar a Luoyang a esos niños divinos, ¡oh, Cinco Prohibiciones!, ha pasado a convertirse en mi único objetivo. A menos que quieras desentenderte de mí… —protestó el interesado con viveza y con los ojos llenos de lágrimas.

Cinco Prohibiciones no se atrevió a insistir.

Otro día, dejando a un lado la exégesis de ciertos *sutras* búdicos particularmente arduos, la conversación giró en torno a la Ruta de la Seda.

—En ella se intercambian mercancías, libros, ideas y creencias. Está jalonada de mercados y templos —explicó Cinco Prohibiciones.

—¿Templos budistas?

—¡No sólo budistas! Hay templos donde se venera a un Dios único al que llaman Cristo. En otros se da culto a un profeta llamado Mani y los adeptos del mismo creen que ese Cristo se reencarnó en su cuerpo.

—¿Ese Cristo es un lama que venera un *bodhisattva* particular?

—Según mi maestro Pureza del Vacío, ese Cristo, al que también llaman Jesús, vendría a ser una forma particular del *bodhisattva* compasivo Avalokitesvara, el que defiende la causa de las almas merecedoras cuyo *mantra* divino tú has aprendido a recitar indefinidamente a manera de oración.

—¡Om! ¡Es increíble!

—En el camino hacia Hetian, en un mercado de artículos comestibles, oí a un monje muy curioso, que llevaba una cruz en el pecho, contar la vida de Cristo, el cual, según pretendía, había muerto crucificado, con los brazos y los pies clavados en un madero.

El *ma-ni-pa*, miró a Cinco Prohibiciones con aire asustado.

Jamás, ni siquiera al referirse al infierno frío del Avici, el más terrible de todos, había oído hablar de un castigo tan espantoso, un castigo que ni

uno solo de los adeptos del yoga indio, encallecidos en las peores mortificaciones, soportaría.

—Es más —añadió Cinco Prohibiciones, respondiendo a lo que había dicho el monje—, la crucifixión no fue voluntaria, sino el castigo al que fue condenado.

—Hace de eso dos veranos, no lejos de Lhasa, asistí al espectáculo de un asceta indio que se atravesaba el cuerpo con un sable después de ingurgitar un brebaje confeccionado con un pellizco de unos polvos que vertía después en un vaso de bronce.

—¡En todas partes hay locos! Afortunadamente, Gautama enseñó a sus adeptos la inanidad de las mortificaciones corporales…

—¡Lo que tú dices es oro! El hombre del que te hablo decía llamarse Nube Roja. Tenía los cabellos tan largos que le cubrían el rostro. Después de agitar el brebaje, se lo bebió de un trago. Y entonces todos los músculos del cuerpo se le quedaron tan rígidos y duros como si fueran de madera. Y totalmente insensibles, además. Te lo aseguro. Después, sentado en la posición del loto, con la punta afilada de su puñal, se abrió con precisión maníaca el bajo vientre. Vi la sangre que perlaba la superficie de su piel cobriza en la que entonces aparecieron, como en la página de un libro, unos extraños dibujos.

—¡Qué horror! —exclamó Cinco Prohibiciones mientras Lapika, inquieta, se precipitaba sobre él y lo olisqueaba.

El *ma-ni-pa*, imperturbable, continuó exponiendo su historia, sin sospechar ni de lejos que hablaba de Nube Loca, si bien los curiosos deformaban su nombre al pronunciarlo, aunque aquel día no pudo verle el rostro porque el hombre se había soltado el moño… lo que había impedido reconocerlo cuando, en la ruta de Samyé, lo llamó desde la entrada de la cueva.

—Algunos mirones decían incluso que ese tal Nube Roja acababa de escribirse la palabra «tantra» en el vientre con esas letras oscuras que dan la impresión de que la sangre se ha coagulado milagrosamente en lugar de derramarse.

Cinco Prohibiciones decidió que harían un alto para que Lapika pudiera dar de mamar a los bebés, que estaban llorando de hambre.

—Dicen que los yoguis indios aprenden las técnicas de control del dolor y saben retener la sangre dentro del cuerpo incluso tratándose de heridas profundas… ¡Las fuerzas del espíritu son inconmensurables! Jamás olvidaré el cuerpo de este asceta, rígido como un tablón, cuando entró en levitación. La planta de sus pies no parecía estar en contacto con el suelo y, en cambio, si te agachabas y querías pasar un dedo por debajo, te dabas cuenta de que tenía los pies posados en tierra —añadió el monje errabundo, tan absorto que ni siquiera se dio cuenta de que su compañero se había parado, y prosiguió caminando, imperturbable, contando sus recuerdos de *ma-ni-pa*.

Tras una semana de marcha, los dos hombres tenían la impresión de conocerse desde hacía lustros y cada día que pasaba el *ma-ni-pa*, se sentía algo más incitado a felicitarse de haber obedecido a Ramahe sGampo en tanto que Cinco Prohibiciones daba las gracias a Buda por haber puesto en su camino a un compañero de viaje tan valioso.

La emboscada en la que acababan de caer era, por consiguiente, la primera nube en un cielo que hasta entonces había sido de un azul inmaculado.

En un primer momento habían tenido mucho miedo, sobre todo en la confusión que siguió al ataque de la perra, que trataba de defender el capacho con los dos pequeños.

Y después, una vez apartada Lapika, se recuperó progresivamente la calma. En la primera parada, Cinco Prohibiciones aprovechó un alto para tranquilizar a la perra, que ahora seguía al grupo a distancia y se precipitó, como si tal cosa, a lamerle las manos y a dejarse acariciar así que él la llamó con un silbido.

Aquella misma noche el capitán de los bandoleros mandó instalar el campamento un poco apartado del camino, debajo de una barrera rocosa que se erguía sobre ellos a impresionante altura.

Al pie de aquella muralla de piedra, ante el fuego del vivac a punto ya de extinguirse, intercambiaron en voz baja sus impresiones de la jornada.

—Cinco Prohibiciones, no te lo he dicho todo —le soltó de pronto el *ma-ni-pa*.

El otro se quedó en silencio, como si hubiera decidido que lo dejaría llegar solo hasta el final de la confidencia y no lo forzaría en nada.

—Mira, la primera vez que nos encontramos yo me dirigía a Samyé, enviado por dos hombres a quienes debía llevar un manuscrito precioso.

—¿Qué hombres eran ésos?

—Dos religiosos indios. El primero se llamaba Buddhabadra y, según decía, era monje del Pequeño Vehículo. El segundo se llamaba Nube Loca. ¡Tenía ojos rojos!

—Su nombre se parece al del yogui del que me has hablado, el que era capaz de atravesarse el cuerpo con cuchillos… —observó Cinco Prohibiciones, a quien las palabras del *ma-ni-pa*, no parecían haber impresionado.

—¡No se me había ocurrido! Ahora que lo dices, me acuerdo de que aquel hombre tenía el mismo porte —murmuró el monje errante con aire pensativo.

—Háblame mejor de lo que hiciste en Samyé.

—Al llegar pude comprobar que el libro no estaba.

—¿Qué título tenía?

—Era una frase complicada… sobre la Vacuidad Pura o algo así.

—¿Y después qué pasó?

—El Venerable Superior Ramahe sGampo, al saber que yo te había encontrado de camino, me dejó entrever que me convenía, en lo tocante a mi *karma*, prestarte ayuda.

—¿O sea, que me has buscado para hacer una buena acción? ¡Pues me parece estupendo! —exclamó con aire divertido el joven chino.

—¡Exactamente!

—¡Me siento orgulloso!

—El honor es mío.

—Dejémonos de vanos cumplidos, mi querido *ma-ni-pa* —le soltó el ayudante de Pureza del Vacío poniéndole un brazo en el hombro.

—Tenía que decírtelo, Cinco Prohibiciones. ¡Ya está hecho! Ya que debemos afrontar juntos una nueva prueba, no podía soportar la idea de escondértelo. ¡Te aprecio demasiado!

—Has de saber que yo tengo ese manuscrito que buscas. Precisamente Pureza del Vacío me envió a Samyé para recogerlo… —confesó entonces Cinco Prohibiciones mostrando al *ma-ni-pa*, la caja oblonga que seguía atada de través en la silla de Derecho Delante.

Ahora que ya se lo habían dicho todo delante de la hoguera que ya iba extinguiéndose, el joven monje del Mahâyâna planteó una última pregunta a su compañero:

—Cuéntame un poco qué es esa «Cosa Preciosa» a la que aludiste en mi presencia cuando nos conocimos.

—Si utilicé aquella expresión fue sólo para impresionarte. Se la oí en varias ocasiones en sus sermones a Ramahe sGampo, el Superior del monasterio de Samyé. Hablaba sin cesar de la «Cosa Preciosa» y también de la «Cosa Preciosa entre Todas»…

—¿A qué se refería?

—Permíteme que te confiese que, por desgracia, no tengo ninguna certeza en relación con esta cuestión, ya que sólo entendía a medias las descripciones de naturaleza esotérica que hacía el Superior de Samyé al referirse a la «Cosa Preciosa entre Todas».

—Un asunto muy misterioso…

Ya era noche cerrada y el fuego se había apagado por completo.

—Quiero rezar al Bienaventurado para que nos libre de las garras de estos bandidos que nos tienen prisioneros. Te deseo buenas noches. ¡Om!

—*Ma-ni-pa* eres para mí un verdadero regalo del Bienaventurado. No sé qué habría sido de mí sin ti, cargado con esos dos pequeños, teniendo que afrontar el camino de regreso que, al parecer, sobre todo desde esta mañana, parece muchísimo más peligroso que el viaje de ida. Estoy seguro de que, siendo dos, nos saldremos con la nuestra y eso era lo que quería decirte —concluyó Cinco Prohibiciones en un tono impregnado de gravedad que denunciaba la viva inquietud que sentía.

—A pesar de todos esos bandidos, de todos esos mercados de ladrones y de todas las iglesias donde se celebran esos extraños cultos de los que me has hablado, no temo la Ruta de la Seda, ni siquiera transportando un cargamento tan precioso como el nuestro, con tal de que nos respaldemos mutuamente. ¡Om!

Cuando, pese a todo, consiguió dormirse en medio de aquel frío, vencido por la fatiga, el cuerpo apretado contra el del *ma-ni-pa*, una mano sobre el capacho para asegurarse de que nadie tocaría los Gemelos Celestiales, Cinco Prohibiciones, aun siendo prisionero de una cuadrilla de bandidos persas cuyas intenciones ignoraba, se sentía un poco más tranquilo: por lo menos, en medio de la desgracia, había encontrado a un nuevo amigo.

Lo cual no era poco.

XV

MONASTERIO DEL ÚNICO DHARMA, PESHAWAR, INDIA

En su estrecho jergón, Puñal de la Ley, primer acólito de Buddhabadra, se disponía a afrontar una enésima noche sin dormir.

Estaba cansado de tranquilizar a los monjes y novicios del monasterio, que se lamentaban a lo largo del día de la ausencia de su Inestimable Superior.

—¡No regresará del Techo del Mundo! ¡Seguro que no! Nuestro Venerable Superior, Buddhabadra, estaba tan cerca, allá arriba, del nirvana que el Buda, en la infinita compasión que siente por aquellos que tienen Fe, nos lo ha quitado para tenerlo a su lado —se decían unos a otros llorando lágrimas ardientes.

Así fue como la angustia fue ganando terreno de forma progresiva. Uno de los monjes, particularmente persuasivo, pasaba gran parte del tiempo sembrando la inquietud en el seno de la comunidad, con lo que acabó por minar completamente la moral a fuerza de urdir las hipótesis más negras en relación con la suerte de Buddhabadra.

El religioso que hacía el papel de Casandra llevaba el bello nombre de Joya de la Doctrina y, desde que Buddhabadra había preferido Puñal de la Ley a él y le había otorgado la designación de primer acólito, odiaba a ese rival que ocupaba, indebidamente según él, un puesto que le correspondía a él.

Joya de la Doctrina, pues, sentía un placer malévolo propalando falsos rumores y motivos de alarma entre sus colegas de religión cuya angustia, frente a la prolongada ausencia de su jefe, no cesaba de ir en aumento.

Ya podía el primer acólito explicarles que se trataba únicamente de un simple retraso ocasionado por los rigores invernales, ya que cada vez tenía más dificultades para calmar las angustias de los monjes, en especial las que sentían los novicios más jóvenes del monasterio del Único Dharma, para quienes Buddhabadra era un verdadero padre.

Cuantos más días pasaban, más insoportable y difícil de justificar ante los monjes se hacía la espera.

Hacía ya tres semanas largas que el cornaca había regresado, solo, al convento de Peshawar.

El hecho de que aquel hombre hubiera regresado indemne sin ir acompañado del animal sagrado precisamente cuando sus funciones le prohibían que lo abandonase era lo que más inquietaba al primer acólito, que acababa perdiéndose en conjeturas, aunque procurando pasarlas por alto por miedo a preocupar todavía más a su comunidad.

¿Qué había ocurrido, en realidad, en el viaje de regreso? ¿Por qué había abandonado el cornaca el cuidado de su elefante? Y sobre todo, ¿qué había sido del pobre Buddhabadra? ¿Estaba herido? ¿Muerto, tal vez? ¿Yacía su cuerpo en el fondo de algún precipicio o en la cama de un hospital? ¿Lo habría hecho prisionero una banda de malhechores preocupados por obtener un rescate?

Nada, en efecto, en aquel viaje aparentemente fallido, concordaba con el carácter de Buddhabadra y el deseo de perfección que ponía en todas sus cosas.

El Superior de Peshawar, que además era un excelente caminante y un montañero aguerrido, conocía muy bien las temibles trampas del camino del País de las Nieves, que había recorrido en diversas ocasiones.

Pese a que Puñal de la Ley había interrogado al cornaca durante horas, éste se había contentado respondiéndole con los mismos imperturbables borborigmos, explicando que su maestro le había pedido que lo esperase en el albergue más próximo y que, una vez allí, tras una agotadora caminata de varios días, no lo había visto llegar.

—¡Montaña tragar elefante sagrado! ¡Montaña tragar elefante inmaculado! Tormenta de nieve tragar Superior Buddhabadra… ¡Yo merecer castigo muy grande! —repetía incansablemente el cornaca.

Agobiado por la pérdida del animal mítico que él debía guardar, no hacía más que hablar de que lo habían engullido, como si la montaña fuera un monstruo que se había tragado de un bocado animal y hombre y que ésta fuera la razón de que no hubiesen regresado.

—¿Y por qué abandonaste a Buddhabadra y al elefante blanco en la nieve?

A esta pregunta, formulada cien veces, el cornaca respondía invariablemente doblando el espinazo y echándose a sollozar.

—¡Él hacerme marchar! ¡Yo obedecer, yo portarme mal! ¡Yo no deber abandonar animal sagrado! ¡Yo fallado! ¡Yo merecer gran castigo! ¡Yo fallado diez mil veces! ¡Montaña mala! ¡Montaña tragar todo!

Renunciando, pues, a saber más cosas sobre las circunstancias que habían llevado a que los caminos del cornaca y de Buddhabadra se separasen, Puñal de la Ley quiso informarse por lo menos del destino preciso del Superior, cuyo primer acólito lo ignoraba todo, salvo que se trataba del Tíbet.

—¡Yo no saber! ¡Yo no comprender nombres de ciudades! ¡Yo sólo cuidar de elefante blanco! ¡Yo fallar diez mil veces!

Todo era inútil: cada interrogatorio de aquel cornaca tan obtuso como inculto terminaba con sollozos de desesperación y sin la menor posibilidad de sonsacarle la más mínima información sobre el misterioso viaje de la persona a quien había acompañado.

Lo que equivale a decir que la situación se hacía difícil para Puñal de la Ley, cuyo corazón desbordaba angustia.

Para el convento del Único Dharma de Peshawar, la pérdida del animal sagrado de piel blanquecina, salpicada de manchas de color rosa y de ojos rojos que eran la admiración de todos los que veían un elefante albino por vez primera en su vida, era una catástrofe como mínimo igual a la pérdida de su Muy Venerable Superior.

Los verdaderos elefantes blancos, animales excepcionales, eran extremadamente raros.

Pocos de ellos llegaban a la edad adulta. Ahora bien, tan sólo aquellos animales que habían terminado su crecimiento eran dignos de llevar en el lomo las santas reliquias, por lo que nadie sabía si los dos elefantes albinos del convento del Único Dharma, el mayor de los cuales todavía no había cumplido los diez años, conseguirían doblar aquel cabo después del cual se convertían en animales-dioses.

Entretanto, pues, la pérdida del blanco paquidermo adulto abandonado por el cornaca suponía una catástrofe para la comunidad.

Con los ojos clavados en el techo de su celda, atormentado por todas las desgracias que parecían abatirse sobre su convento y le impedían conciliar el sueño, Puñal de la Ley lamentaba amargamente haber dejado partir a Buddhabadra con el animal sagrado.

La hipótesis de su desaparición, que iba haciéndose paulatinamente más plausible, auguraba un porvenir de los más sombríos tanto para él como para sus congéneres en el momento en que ya se anunciaba el «Año Santo».

En efecto, dentro de poco más de un año tendría lugar la procesión de la Gran Peregrinación que inauguraba unas festividades quinquenales que no duraban menos de doce meses y que, durante todo un año, hacían del monasterio del Único Dharma uno de los dos faros del budismo indio.

Puñal de la Ley temía más que nada en el mundo aquel acontecimiento.

¿Qué ocurriría si el pequeño relicario de oro puro en forma de pirámide que guardaba aquella santa reliquia más célebre que ninguna, de los Ojos de Buda, que unos albañiles, recurriendo a infinitas precauciones, sacaban cada cinco años, derribado el muro que custodiaba la hornacina en lo alto de la *estupa* gigante, no podía ser paseado ante la multitud de peregrinos que llegaban desde todos los lugares de la India del Norte sólo para contemplarlo?

¿Cuál sería la reacción de aquellos cientos de miles de fieles que habían caminado días enteros para viajar a Peshawar cuando comprobasen que habían viajado para nada y que aquella famosa procesión que duraba desde la mañana a la noche durante una semana entera y permitía a la muchedumbre honrar la «Cosa Preciosa» o, como la llamaban algunos peregrinos, la «Cosa Preciosa entre Todas», no se celebraba?

¿Cómo se las arreglaría, en ausencia de Buddhabadra, de quien no era más que el acólito, para encontrar aquellas palabras capaces de calmar su cólera?

¡Era del todo imposible que otro animal que no fuese el elefante blanco del monasterio transportase la Santa Reliquia! Aquélla era una obligación ritual imperativa a la que no se podía renunciar.

Si no había elefante blanco, no había procesión con el relicario de la Reliquia de Buda. Y si no había procesión, no había Gran Peregrinación. Y en ausencia de ésta, era todo el Año Santo lo que estaba en peligro.

Un Año Santo que igual habría podido llamarse «Año Fasto», puesto que las ofrendas de los millones de fieles permitían al monasterio del Único Dharma llenar las arcas y cubrir las necesidades de cinco años… hasta que se celebrase el siguiente.

Aquellos fieles, a menudo muy pobres, animados por una fe ferviente, invertían todas sus economías en la consecución del *karma* esencial y benéfico que constituía la peregrinación quinquenal al relicario de Kaniska, con el que terminaba el viaje sagrado realizado por los devotos más meritorios a los lugares más venerables del budismo.

¿Qué historia se vería obligado a inventar Puñal de la Ley para explicarles que la Santa Reliquia contenida en la pirámide de oro puro permanecería, esta vez, emparedada dentro de la *estupa* gigante, al abrigo de las miradas?

Su decepción estaría a la altura de su fervor, hasta el punto de que nadie podía presagiar cuál sería la amargura o la violencia de la reacción de tantos millares de hombres, mujeres y niños, al percatarse finalmente de que no tendría lugar el santo ritual y de que se habían desplazado para nada.

Para los devotos budistas, las peregrinaciones eran una buena ocasión de comunicar con la Noble Verdad del Bienaventurado, de quien no siempre captaban el sentido, los conceptos de no violencia, de dolor universal y de falta de permanencia de las cosas y los seres que chocaban un poco con las mentalidades tradicionales.

Así, algunos entraban en la cueva de Nagarahâra, en cuyo muro Buda, tras haber domeñado al rey-dragón Gopâla, había dejado el rastro de su sombra. Otros se trasladaban a los Muy Santos Lugares del budismo: a

Kapilavastu, donde nació Gautama; a Bodh-Gayâ, donde tuvo el Despertar, bajo la higuera sagrada; a Kuçinagara, donde se había extinguido al acceder al Parinirvana…

Todavía incapaz de conciliar el sueño, Puñal de la Ley ya imaginaba el escándalo cuando, como un reguero de pólvora, por toda la India del Norte se propagaría el rumor de que el monasterio del Único Dharma estaba incapacitado de organizar la ceremonia de la Gran Peregrinación con el relicario de Kaniska, de la que él estaba encargado.

No hay duda de que sería un terrible golpe para la fama de que gozaba su comunidad y que no tardaría en repercutir sobre la cantidad de ofrendas que ésta recibía. No veía cómo los monjes podían continuar consagrándose al culto sin aquel recurso indispensable para su supervivencia.

Bañado en sudor en el estrecho jergón donde yacía, Puñal de la Ley ya se imaginaba que asistía al irremediable ocaso de aquel convento que, sin embargo, ahora era considerado uno de los más importantes de la India.

Odiaba a Buddhabadra por haberlo metido en aquel apuro. Que no hubiera valorado las consecuencias de la ausencia del animal sagrado en el momento en que se acercaban los primeros preparativos de la Gran Peregrinación era algo que no le cabía en la cabeza.

Se acordaba muy bien de todo: Buddhabadra le había asegurado, antes de viajar al País de las Nieves, que su periplo no duraría más de cinco meses lunares.

Ahora bien, pronto terminaría el sexto mes.

A fuerza de perderse en conjeturas sobre aquella Gran Peregrinación que se inauguraría dentro de trece meses, Puñal de la Ley acabó por amodorrarse, como si aquel acontecimiento, que todavía quedaba algo lejos, pero que se había convertido en verdadera obsesión, hubiese conseguido adormecerlo.

Le pareció escuchar una voz melosa que no podía ser otra que la de Buddhabadra, ante quien se disponía a hacer una escena, que le murmuraba: «La Gran Peregrinación comenzará dentro de algo más de un año… La Gran Peregrinación comenzará dentro de algo más de un año… Dentro de algo más de un año… Dentro de algo más…», cuando de pronto se irguió en la cama como movido por un resorte.

¡La Pequeña Peregrinación!

A fuerza de sentirse obnubilado por la Gran Peregrinación y el inicio del Año Santo, se había olvidado de la Pequeña.

Encendió una vela y se precipitó sobre su calendario litúrgico. Exacto: faltaban menos de treinta días para que empezara la Pequeña Peregrinación.

¡Pobre Pequeña Peregrinación si Buddhabadra no regresaba a tiempo para presidirla!

Contrariamente a la Gran Peregrinación, que se celebraba cada cinco años y se desarrollaba al exterior del monasterio, la Pequeña tenía lugar en el interior del mismo al inicio de cada primavera.

Por espacio de tres días, el elefante blanco sagrado —¡siempre el elefante!—, precedido por monjes servidores que lo abanicaban con grandes soplillos de plumas inmaculadas y desplegaban bajo sus gigantescas patas alfombras de preciosa lana, transportaba en procesión alrededor del templo central del convento del Único Dharma, sin salir del recinto del monasterio, la cajita de madera de sándalo en forma de corazón que contenía la Santa Pestaña.

A un mes de distancia del acontecimiento, era demasiado tarde para anular las ceremonias, cualquiera que fuese el pretexto que se adujera.

Faltaban quince días apenas para que una multitud abigarrada y alegre de devotos de la Pequeña Peregrinación, preparándose para una fiesta que duraría tres días y tres noches, empezase a invadir las inmediaciones del monasterio de Peshawar y a instalar sus tiendas. Pronto las colinas vecinas se convertirían en un gigantesco poblado compuesto de casas de lona donde vivirían y se solazarían los peregrinos.

Si quería evitar una catástrofe, Puñal de la Ley, cuyo cuerpo descarnado de asceta estaba empapado en sudor, debía actuar con la máxima celeridad como primer acólito que era y, dada su condición, garante de los intereses del monasterio del Único Dharma en ausencia de su Superior.

Decidió sentarse en su jergón en la postura del loto para ver de refrenar las insoportables angustias que el tumulto que reinaba en su espíritu volcaba en su alma como las aguas de un impetuoso torrente.

Pasado un momento, a fuerza de concentrarse, advirtió que el inicio de un camino, capaz de desembocar en solución aceptable para todos,

comenzaba a esbozarse en sus pensamientos.

La organización de la Pequeña Peregrinación era más simple que la de la Grande.

Lo primero era encontrar un sustituto del animal sagrado, inventar un pretexto para explicar su ausencia, buscar otro portador de la Pestaña de Buda; en pocas palabras, organizar una nueva estrategia destinada a refrenar el furor de la multitud cuando se percatase de la ausencia del elefante mítico, particularmente admirado por los niños, que acudían en gran número a la procesión.

¿Y si decidiese llevar él mismo aquella cajita de madera de sándalo? Tal vez estuviera allí la solución, puesto que los rituales que codificaban la organización de la Pequeña Peregrinación no implicaban la presencia obligatoria de un elefante macho albino…

Revestido con sus mejores ropajes de ceremonia, con sus calzones holgados y su chaleco escarlata, tobillos y muñecas ceñidos por pesados brazaletes de oro, ojos resaltados con pintura negra para acentuar su fulgor, tocado con una tiara adornada con esmeraldas engastadas… ¿no tendría, acaso, una impresionante presencia?

Le bastaría entonces revelar la verdad a los devotos, aunque fuese dorándola, sólo para convertirla en una bella historia: el elefante blanco había ido de viaje al País de las Nieves, por ejemplo para blanquearse todavía más la piel. En ausencia de Buddhabadra, que se había empeñado en acompañar al animal sagrado a las altas montañas, tan próximas al nirvana que siempre costaba mucho abandonarlas, había correspondido a su primer acólito la labor de oficiante.

¡Era una historia perfectamente creíble y, por otra parte, no carecía de encanto!

Puñal de la Ley procuraría acallar las protestas, de las que seguramente Joya de la Doctrina no se privaría cuando él anunciase su decisión a los monjes de la comunidad. ¡La suerte estaría echada!

A Puñal de la Ley, aliviado por haber dado con la solución, no le quedaba otra cosa que asegurarse de que el corazón de sándalo seguía en el armario herméticamente cerrado de la cámara del Inestimable Superior del Único Dharma. Lo comprobaría mañana mismo.

Volvió a acostarse.

Pero se sentía acosado por una duda insidiosa que, a manera de lacerante cantinela, impedía que su espíritu encontrara la paz. Si no la disipaba en seguida, era evidente que no pegaría ojo en toda la noche.

Lo mejor era que, dadas las condiciones, procurase tranquilizarse.

Se levantó, pues, salió de su celda y, tras comprobar que en el pasillo no había nadie, se dirigió con andar precavido a la habitación de Buddhabadra.

Estaba a pocos pasos de la suya.

La puerta de la celda del Inestimable Superior, que también le servía de despacho, no estaba nunca cerrada, por lo que no tuvo ninguna dificultad para entrar. Reconoció al momento el particular olor que flotaba en ella, mezcla de incienso y mirra que Buddhabadra quemaba en permanencia en su hornillo de bronce mientras rezaba y meditaba.

Puñal de la Ley, impaciente por acostarse, se fue directo al armario, un mueble macizo y oscuro como un elefante, que ocupaba todo un lienzo de pared.

Intentó sin éxito introducir la llavecita de bronce encajada en la hermosa cerradura que representaba a dos *nagas* enfrentadas y unía los dos batientes de la puerta. Pero, por mucho que la hizo girar en los dos sentidos, no parecía corresponder a la cerradura, que se negó obstinadamente a ceder.

¡Buddhabadra se había ido dejando el armario herméticamente cerrado con doble vuelta de llave!

¡Pero él se había propuesto abrir, y rápido, aquel maldito armario!

Sin poder contenerse por más tiempo, Puñal de la Ley, que ya empezaba a maldecir para sus adentros a su Superior, corrió a buscar en la reserva de herramientas una de aquellas gruesas mazas con las que los monjes fragmentaban las piedras cuando restauraban el camino desfondado que llevaba al convento del Único Dharma, excesivamente pisoteado por peregrinos y visitantes del monasterio.

Cobrando aliento, descargó con todas sus fuerzas la maza contra la cerradura, lo que hizo que la mitad de la misma se dislocase y dejase bamboleantes los dos vanos de la puerta.

Por fin tenía abierto ante sus ojos el armario elefantíaco de Buddhabadra.

Faltó poco para que, con la impresión, cayera de espaldas.

Su único estante estaba vacío.

¡Ni rastro del corazón de sándalo!

Lívido de estupor, como si el pavimento de la celda acabase de hundirse repentinamente bajo sus pies, Puñal de la Ley acababa de comprender que Buddhabadra se había ido al País de las Nieves llevándose la Santa Pestaña de Buda… lo que terminó de sumirlo en un insondable atolladero.

El día siguiente por la mañana, tras una breve noche transcurrida dando vueltas y revueltas a todas las hipótesis posibles, Puñal de la Ley tomó una decisión: partiría sin dilación, acompañado del cornaca, en busca del elefante blanco y de Buddhabadra.

En cuanto a la Pequeña Peregrinación, tal como estaban las cosas, la única forma de evitar un tumulto consistía en que un ebanista de Peshawar fabricara deprisa y corriendo una réplica de la caja en forma de corazón que se había llevado Buddhabadra.

Y si había que meter una pestaña dentro, Puñal de la Ley se la arrancaría.

Sabía que no sería un acto meritorio, pero ¿tenía acaso otra solución?

El primer acólito distaba mucho de sospechar que Buddhabadra actuaba exactamente de la misma manera cuando, debido a imperiosas razones, no podía disponer de aquella reliquia… puesto que, en ausencia de la misma, era imposible organizar la Pequeña Peregrinación.

Entretanto, lo mejor para Puñal de la Ley, buen alumno de su maestro aun sin saberlo, consistía en actuar con rapidez y en el mayor secreto, sin lo cual Joya de la Doctrina, que pasaba el tiempo espiando sus menores actos y gestos, aprovecharía la ocasión para desacreditarlo y hacerlo pasar por un vulgar falsificador.

Aquella misma tarde Puñal de la Ley se dirigió apresuradamente al barrio de los ebanistas de Peshawar.

Se avanzaba difícilmente por las calles cubiertas de serrín, tan atiborradas de gente estaban y de tablones y troncos, alrededor de los cuales se agitaban hombres de todas las edades, armados de formones y gubias.

—¿Cuánto tiempo necesitas para tallar en esa madera de sándalo un corazón del tamaño de la palma de mi mano? —preguntó a un viejo

artesano que estaba terminando un cofrecillo de maquillaje de la misma madera.

—¡Todo depende de lo que estés dispuesto a pagar!

—No importa el precio.

—En ese caso, estará terminado mañana por la noche.

—Habrá que alisar la madera. No quiero que parezca nuevo —precisó Puñal de la Ley antes de salir.

Al día siguiente colocaba en el estante del armario de Buddhabadra la réplica casi exacta del corazón de sándalo que el artesano confeccionó en el plazo convenido. Seguidamente, sirviéndose de unas minúsculas pinzas, se arrancó una pestaña que depositó en el interior del estuche antes de anunciar a Joya de la Doctrina que partía en busca de Buddhabadra y del elefante sagrado.

—¿Y la Pequeña Peregrinación? ¿Quién la organizará? —le espetó su rival.

—Calculo que para entonces ya estaremos de vuelta. En caso contrario, uno de los monjes debería encargarse de presentar a la multitud de peregrinos la reliquia de la Santa Pestaña. ¡No ignoras que la presencia del elefante sagrado no es obligatoria! —le replicó Puñal de la Ley, dejándolo con la palabra en la boca debido a que lo acuciaban las ganas de partir cuanto antes.

El cornaca seguía durmiendo cuando, así que amaneció, el primer acólito lo zarandeó sin contemplaciones con intención de despertarlo.

—¡Levántate, cornaca! ¡Vamos al País de las Nieves a buscar al elefante blanco que tú debías custodiar! Recorreremos exactamente el camino a la inversa que seguiste para llegar hasta aquí.

—¡Pero invierno muy duro! ¡Muy peligroso! ¡Montaña muy cruel!

—¿Vas a dejar que tu animal se muera de frío?

—¡Quizá nosotros desaparecer también! —protestó inútilmente el cornaca antes de decidirse a preparar sus cosas para la marcha.

—¡Un cornaca debería sentirse feliz de ir en busca de un elefante sagrado que se ha extraviado en la nieve!

Al evocar aquel drama, el cornaca empezó primero a gemir y seguidamente a lloriquear cada vez con más energía hasta que Puñal de la

Ley se vio obligado a reprenderle para que callara de una vez.

—¡Armas demasiado ruido! ¡No olvides que alrededor de nosotros hay casi diez mil monjes y novicios que duermen! —masculló el primer acólito, a quien todas aquellas dificultades, para las cuales no estaba preparado, ponían irascible pese a ser, en realidad, un hombre de carácter habitualmente cordial.

Después, sin demasiados miramientos, empujó al quejumbroso cornaca hacia el pabellón destinado a los elefantes.

El edificio, identificable por la altura de sus puertas, que permitían a los paquidermos atravesarlas cómodamente incluso enjaezados con una nacela, estaba situado en lugar aparte del inmenso patio donde algunos novicios distinguidos ya habían iniciado sus ejercicios matinales de flexibilidad y respiración.

Cuando entraron había unos cuantos sirvientes que estaban ocupados cepillando y alimentando a los animales a fin de prepararlos para el transporte de troncos, bloques de piedra y otras cargas pesadas, lo que constituía el lote cotidiano de su trabajo.

Puñal de la Ley indicó a uno de los palafreneros el animal más joven. Era un elefantito de buen tamaño y con una mirada risueña que daba testimonio de su vitalidad.

—Respetado primer acólito, Sing-sing es un animal inestable. ¡Incluso violento! —susurró, acompañándose de una reverencia, el palafrenero de expresión marrullera que se ocupaba del animal y acababa de aprovisionarlo de forraje.

—Es el elefante de aire más montañero. Lo necesito para ir a buscar incienso al otro lado del puerto. Necesito incienso para la Pequeña Peregrinación. Tardaré dos días en estar de vuelta —declaró Puñal de la Ley, que no parecía deseoso de entrar en detalles.

—¡A Sing-sing tiene que verlo el veterinario! Lleva semanas rascándose por la noche con la trompa. La última vez que le pasó esto a otro animal, acabó con un ataque de locura y no paró hasta arrojarse al fondo de un precipicio —intervino alguien con voz agridulce.

Puñal de la Ley se volvió.

Se trataba del monje Cesta de Ofrendas, responsable de los elefantes del convento de Peshawar, un personaje más bien antipático al que nunca había apreciado.

—Es un hecho que Sing-sing tiene sangre ardiente. Cuando se pone nervioso, siempre termina mal —asintió el palafrenero levantándose los bajos de la camisa.

Mostró una enorme cicatriz que le recorría el tórax en una zona donde las costillas debieron de experimentar, en algún momento, un profundo hundimiento.

—¡Sing-sing puede ser violento como un tigre! ¡Ese hombre sabe algo al respecto! —insistió, apoyando sus palabras con una amarga sonrisa, el monje responsable de los elefantes del Único Dharma.

—Falta menos de una semana para la Pequeña Peregrinación y aún no tenemos la mitad del incienso y de los cirios que nos hacen falta para contentar a la afluencia de devotos. ¿Sabes a cuánto ascendería la pérdida de los ingresos para el Único Dharma si no pudiésemos suministrarles lo necesario para cumplir sus rituales? —replicó el primer acólito de Buddhabadra imponiendo silencio al monje, que dio media vuelta sin pedir más explicaciones.

Sing-sing se dejó enjaezar sin problemas por el cornaca, que conocía a la perfección el lenguaje particular, compuesto de gestos y onomatopeyas, con que un hombre se hace obedecer a través del gesto o la mirada por paquidermos educados con este fin desde su nacimiento.

Los primeros rayos de sol bañaban las cimas cubiertas de nieve de las montañas con una dulce luminosidad rosada cuando abandonaron Peshawar, los dos montados en Sing-sing, el cornaca en el cuello y Puñal de la Ley en la nacela destinada al transporte.

—¡Deberemos atravesar los mismos pasos y seguir exactamente los mismos caminos que Buddhabadra y el elefante sagrado! —ordenó el primer acólito.

—¡Yo recordar hasta más pequeña roca! ¡No problema! ¡Querer borrar mi culpa! —farfulló el cornaca, sin añadir nada más.

—Quiero que lleguemos cuanto antes al albergue donde el Superior Buddhabadra te pidió que lo esperases cuando lo dejaste abandonado con el

elefante blanco.

—Yo no decidir abandonar Buddhabadra y elefante. Él ordenarme a mí adelantarme.

—Espero que reconocerás el sitio. Cuanto antes lleguemos, mejor.

Al pronunciar aquellas palabras, Puñal de la Ley no sospechaba las dificultades que encontraría, junto con el cornaca, antes de llegar al sitio donde éste había perdido la pista del Superior y del viejo paquidermo. Parecía, sin embargo, que el general Invierno había capitaneado todo su ejército para hacer que se enfrentaran a todos los obstáculos posibles.

El corazón de Puñal de la Ley se encogió cuando, después del paso de Shîbar, se encontraron delante del acantilado de Bâmiyân en el que se habían excavado las gigantescas estatuas del Bienaventurado Buda.

La más alta, pintada de vivos colores, miraba con tal fijeza a los viajeros, pese a encontrarse tan lejos, que no era preciso acercarse para comprobar que los observaba con benevolencia, como si quisiera acogerlos con su dulce sonrisa. A juzgar por los andamios utilizados por los escultores y pintores, que todavía no se habían desmontado, la otra debía de haber sido terminada hacía muy poco tiempo.

Con gran dolor por su parte, Puñal de la Ley, temeroso de perder el tiempo pero también de despertar sospechas, decidió que no visitaría a la pequeña comunidad monástica que estaba bajo la tutela del convento del Único Dharma y que, desde hacía más de tres siglos, se encargaba de embellecer aquel extraordinario acantilado hasta el punto de hacer de él uno de los santuarios más visitados de la región.

A medida que avanzaban, los naranjales y palmerales iban cediendo paso a los campos de arroz y caña de azúcar, después al trigo y a la cebada, a los que sucedían ahora landas desnudas por las que sólo pastaban cabras.

Después, de golpe, la naturaleza pareció agotarse.

Sólo contrafuertes del Himalaya barridos por vientos glaciales que transformaban las rocas en gemas cristalinas y los árboles en desgarbadas estatuas cubiertas de escarcha que conferían al paisaje una extraña suntuosidad con la que parecían querer ocultar al viajero la hostilidad de las condiciones climáticas.

Por los tortuosos senderos transformados en pistas de patinaje que serpenteaban a casi cinco mil metros de altura a través de las altas mesetas del Pamir, el pobre elefante Sing-sing, normalmente animoso en terrenos escarpados, sólo conseguía avanzar con grandes dificultades.

A fin de facilitarle las cosas, el cornaca le había destrabado las patas, que de ordinario llevaba unidas con una pesada cadena de bronce.

Pese a esto, el animal había sufrido más de lo que cabe imaginar después de atravesar el primer paso, desde donde se perdía súbitamente de vista la llanura donde se levantaba la ciudad de Peshawar, para penetrar en la montaña hostil, con sus mesetas y sus puertos cada vez más altos, por no hablar de sus senderos angostos bordeados de abismos tan profundos que el vértigo no os abandonaba un momento al recorrerlos.

En los alrededores sólo crecían espinosos árboles esmirriados y, como remate, manchas de hierbas aceradas y cubiertas de púas de las que, aquí y allá, emergían brotes multicolores de ranúnculos de los glaciares.

En aquellas alturas, avanzar era un sufrimiento para un organismo como el de Puñal de la Ley, poco habituado a la escasez de oxígeno.

Un alto en Kashgar sirvió de útil y benéfico paréntesis a un inicio de viaje tan extenuante como aquél.

La ciudad no era sólo uno de los centros comerciales más importantes de la Ruta de la Seda, sino también su epicentro, debido a estar situada en la línea divisoria de influencias entre el este y el oeste. Estaba habitada por los *uïgurs*, pueblo descendiente de los turcos llegado un siglo antes de los montes Altai, acerca del cual decía la leyenda que era el fruto de la unión de una loba y un muchacho.

Construida en medio de vergeles y viñas que una insolación casi permanente preservaba de las heladas, a aquella próspera ciudad la rodeaba una gruesa muralla de barro seco que le daba el aspecto de una fortaleza.

Unos años antes, Kashgar, a la que los chinos llamaban Kashi, había solicitado la protección de los Tang, quienes se la concedieron de buen grado debido a la competencia ecuestre de los *uïgurs*. Éstos eran, en efecto, excelentes domadores de los caballitos de las estepas, animales dotados de particular vivacidad, que constituían el grueso de la caballería de los ejércitos imperiales. Aquellos «caballos dragones», que se tenían por el

fruto del cruce entre dragones refugiados en el fondo de lagos de altura y jumentos salvajes, eran muy apreciados por las autoridades chinas.

En un albergue provisto de cuadras en las que fue posible instalar al elefante Sing-sing, Puñal de la Ley y el cornaca repusieron fuerzas. Durmieron por fin en lugar abrigado y se hospedaron en el albergue tres días enteros, donde se regalaron con fideos acompañados de cordero adobado, plato favorito de los *uïgurs*, que regaron con té a la menta muy caliente.

Cuando se vieron obligados a partir de nuevo y a volver a las alturas tras aquellos días deliciosos pasados junto al fuego de la chimenea, se les hizo presente otra vez el invierno y soportaron con grandes dificultades el frío cortante que les arañaba el rostro.

Guiado por el cornaca, que sabía reconocer el camino a pesar de las cantidades de nieve amontonada, Puñal de la Ley sólo tenía una urgencia: llegar al lugar donde Buddhabadra había ordenado que aquél se adelantara sin el elefante blanco sagrado.

Curiosamente, aunque era muy consciente de que el menor paso en falso podía provocar un resbalón incontrolado que los precipitaría al abismo, Puñal de la Ley seguía lleno de esperanzas y estaba casi seguro de encontrarlos vivos, tal vez refugiados en alguna cueva excavada en la montaña.

La extrema fatiga que sentía hacía que se difuminara la noción del tiempo, aunque acababa por provocar una extraña euforia poco afín a las circunstancias, mientras que la única ventaja del invierno, en aquellos caminos por los que penaban, consistía en ahuyentar a los salteadores de caminos hacia las rutas más frecuentadas, que eran las que atravesaban la llanura.

En cuanto a los demás peligros que les acechaban, entre ellos la noche, con los lobos y los leopardos de las nieves merodeando en torno a las hogueras que había que alimentar constantemente, a Puñal de la Ley le preocupaban muy poco. Puesto que había partido en busca de su Superior y del animal sagrado, estaba seguro de realizar un buen *karma*, que era lo esencial para un piadoso monje *hinayanista* como él.

Sing-sing, en cambio, en quien la altura parecía haber consumido toda la energía, se mostraba cada vez más miedoso.

El paquidermo, conocido de ordinario por sus antojos, sus actitudes de defensa y sus terribles embestidas, avanzaba con grandes trabajos, incluso acicateado por los pellizcos del gancho-arpón al que el cornaca se veía obligado a recurrir de continuo. El alimento que le suministraban era a todas luces insuficiente, pese a que las reservas de avena con que Puñal de la Ley lo había cargado antes de la partida iban mermando de día en día. Se había hecho necesario complementar las raciones con hierbas y raíces, para recolectar las cuales había que dedicar mucho tiempo a despejar la tierra de la nieve que la cubría.

Después de tres semanas de caminata agotadora en que los días, cada vez más cortos, oscurecidos por las brumas que tapaban el sol, sucedían indefinidamente a noches en que uno de los dos estaba siempre en vela, llegaron por fin, casi sin tenerse de pie, ante el puerto donde estaba situado el famoso albergue.

—¡Allí está! Detrás mismo del puerto. Allí el albergue donde yo esperar Superior de Peshawar y él no venir.

—Quiero llegar cuanto antes para que Sing-sing pueda cobijarse —dijo Puñal de la Ley señalando al elefante, que ya abultaba la mitad.

Su piel fláccida y arrugada, como el rostro de algunas montañesas tibetanas, daba la impresión de que iba vestido con ropa que le quedaba grande.

El primer indicio del albergue que descubrió el primer acólito fue la enseña, consistente en un caldero de sopa colgado de un mástil con unas cadenas. Como un extraño animal, surgió de la capa nevada que cubría el edificio, construido en el flanco de la montaña y confundido con ella.

A medida que se acercaba, comenzó a distinguir las ventanas en forma de aspilleras y una puerta baja, la única, por la que debían de entrar y salir los raros clientes que se aventuraban hasta allí.

Se acercó a la puerta y llamó.

La mirada del posadero, así que abrió la puerta, reveló su sorpresa al descubrir un paquidermo.

—El elefante tendrá que entrar por detrás —dijo expresándose en mal indio.

—¿El cornaca puede dormir con el animal? —preguntó Puñal de la Ley.

—¡Por supuesto! Además, tenemos heno. El precio es una moneda de plata por medida… Un elefante como el tuyo necesita como mínimo cuatro medidas por comida —respondió el hombre, que ya se había repuesto de la sorpresa y demostraba con su comportamiento que, incluso en los confines del Himalaya y a casi cinco mil metros de altura, podían hacerse pingües ganancias y un comerciante era siempre un comerciante.

—De acuerdo. La única condición es que habrá que meterlo en un lugar aislado de la cuadra. Si este elefante se impacienta, puede ser peligroso.

—¡Hay tres caballos dentro! Conviene que no les haga ningún daño. ¿Qué dirían los clientes?

—El cornaca dormirá con él —concluyó Puñal de la Ley deslizando dos monedas de plata en la mano del posadero.

Después, tras engullir un cuenco de sopa muy caliente, no tardó en derrumbarse, vencido por la fatiga y presa de las náuseas provocadas por el mal de montaña, en el catre del dormitorio colectivo. Durmió toda la noche sin soñar en ningún momento.

El día siguiente por la mañana, el primer acólito, fresco y bien dispuesto, se apresuró a ir en busca del cornaca, que ya lo estaba esperando, con el rostro desencajado, en la puerta de la cuadra.

—¿Se ha portado bien Sing-sing esta noche?

Pero así que hizo la pregunta, vio por la expresión del cornaca que algo no funcionaba como era debido.

—Elefante no dormir, llorar toda la noche. Sing-sing enfermo. Patas de delante no estar bien —le informó el cornaca con un suspiro.

Puñal de la Ley, lleno de inquietud, se precipitó al fondo del establo.

El paquidermo estaba tumbado en la paja de su compartimento.

Observó que, debajo de las patas delanteras, tenía unas grietas infectadas provocadas por el frío y se le habían formado dos regueros sanguinolentos y purulentos de muy mal aspecto.

Así que advirtió la presencia de los dos hombres, la pobre bestia intentó levantarse, pero profirió un bramido de dolor que lo obligó a desplomarse

pesadamente en el suelo y a balancear la cabeza.

—¡Hacer falta pomada! Sin pomada, elefante no andar —murmuró el cornaca con voz temblorosa.

—Pero ¿de dónde quieres que saque pomada cicatrizante en plena tormenta de nieve? —refunfuñó Puñal de la Ley.

Tras haberse informado, comprobaron que en el albergue no había nadie que dispusiera del ungüento indispensable para tratar las llagas de Sing-sing.

—El elefante puede morir. ¿Dónde puedo comprar este medicamento? —preguntó Puñal de la Ley al posadero.

La respuesta que le dio no fue nada tranquilizadora.

Si quería conseguir el ungüento salvador, tendría que ir al gran mercado de hierbas medicinales de Hetian, etapa principal de la Ruta de la Seda, ya que allí había unas minas de jade que atraían a millares de obreros y comerciantes. Esto suponía que había que bajar los contrafuertes del Himalaya en dirección norte y caminar hacia los desiertos de Asia central que, en aquella zona, bordeaban el tramo meridional de la Ruta.

En cuanto al primer chamán local, que al parecer curaba yaks y dzo y que en su vida debía de haber visto un paquidermo, vivía, según el posadero, en un pueblo situado a más de diez días de camino.

Por consiguiente, el acólito de Buddhabadra no tardó en decidir que era más prudente esperar, sin moverse del albergue, la curación de las horribles heridas del animal.

Creía que se trataría de un contratiempo que tardaría pocos días en solucionarse, sin sospechar que aquella espera obligada sería más larga de lo previsto, como si el elefante Sing-sing sintiera un placer malévolo en impedir que el periplo se llevase a cabo.

Desgraciadamente, las heridas del animal seguían abiertas.

A todos los viajeros, aventureros o salteadores que, en número de diez diarios, llamaban a la puerta del albergue empujados por el cierzo, Puñal de la Ley formulaba la misma pregunta, cada vez en tono más febril a medida que iba pasando el tiempo:

—¿Habéis encontrado, vivo o muerto, en la zona del puerto, a un elefante blanco? ¿Habéis visto a un hombre en compañía de este elefante?

¿Un individuo de piel oscura con un aro de plata en la oreja izquierda?

Pero la respuesta era invariablemente la misma:

—¡No!

No había, en las inmediaciones de aquel maldito albergue, ni el menor rastro del paquidermo sagrado ni de Buddhabadra.

A pesar de que, dadas las circunstancias, era de temer lo peor, Puñal de la Ley, ni por asomo desalentado y cada vez más impaciente, ahora sólo esperaba una cosa: que el elefante Sing-sing estuviera por fin en condiciones de ponerse de pie.

Lo que acabó por ocurrir una hermosa mañana, después de una espera que ya empezaba a minar la moral de acero de la que, hasta entonces, Puñal de la Ley había dado prueba.

Fue después de una noche terrible de luna llena en que el frío fue tan intenso que helaba las orejas de todo aquel que salía sin gorro para ir a orinar.

Como todas las mañanas, Puñal de la Ley acudió a informarse de la cicatrización de las llagas de Sing-sing.

La sonrisa del cornaca le reveló inmediatamente que la situación había mejorado.

Con grandes precauciones, consiguieron sacar al animal de la cuadra, hecho que ocurría por primera vez desde que estaban allí. Sing-sing podía andar aunque fuera cojeando un poco, pero sin protestar ni dar la impresión de sufrir en exceso…

—Dentro de pocos días, cuando Sing-sing haya dejado de cojear, podremos partir —afirmó, satisfecho, Puñal de la Ley.

—¡Sing-sing no curado aún! —exclamó el cornaca con un suspiro.

Irritado ante el empecinamiento de aquel hombre, el primer acólito de Buddhabadra estuvo a punto de levantarle la mano.

Ya llevaban veinte días bloqueados en el albergue viendo caer la nieve.

El cornaca, con aire pesaroso, le indicó que se acercara a observar las heridas que, aunque menos purulentas, seguían penetrando profundamente en la planta de las enormes patas del elefante.

Como las cosas siguiesen así, a Puñal de la Ley no le quedaría dinero para pagar el forraje que el posadero, aprovechando la oportunidad, seguía

vendiéndole a un precio exorbitante.

Puñal de la Ley, consciente de que la dolencia del elefante corría el riesgo de degenerar en catástrofe, todavía ignoraba que la llegada inopinada, dos días más tarde, de un curioso grupo, no sólo resolvería su problema sino que daría un nuevo sesgo, no imaginado hasta entonces, a su periplo. Sería mucho más arriesgado y peligroso, por supuesto, pero de veras extraordinario…

XVI

BARRIO DE LA SEDA, CHANG AN,
CHINA, 2 DE ABRIL DE 656

En la calle de los Pájaros Nocturnos, atestada ya a primera hora de la mañana de chalanes, carretillas y sillas de mano, no podía pasar inadvertida la llegada del Mudo.

El gigante, encargado de llevar la jaula del grillo de la emperatriz Wuzhao, cual un barco cuya quilla hendiera el océano, dominaba la multitud a la que sobrepasaba todo un codo en altura. Los viandantes se apartaban rápidamente a su paso y se hacían pequeños cuando el turco-mongol se abría camino entre la muchedumbre, que dejaba de reír y proferir juramentos así que lo descubría.

Verdad es que en Chang An el Mudo no tenía necesidad de presentación, ya que circulaban los peores rumores en relación con aquel factótum de la emperatriz.

Las circunstancias que habían permitido que Wuzhao se adjudicara los servicios de aquel prisionero de guerra, célebre por su fuerza, crueldad y ardor combativo, lo habían convertido en mito vivo.

Para los enemigos de la emperatriz, no era más que su odioso cómplice, el que secundaba sus más bajos manejos y, de manera especial, el que había eliminado a Dama Wang, la antigua esposa de Gaozong. Para los demás, que eran la mayoría de los comerciantes de seda de la calle de los Pájaros Nocturnos, y más particularmente esta mañana, su presencia anunciaba

sobre todo una serie de contratiempos en cadena tan desagradables como imprevisibles…

Así pues, cuando Rojo Vivo vio aparecer al gigante en la puerta de su tienda, no le regateó la sonrisa a la que estaba obligado todo buen comerciante cuando entraba un cliente en su tienda, sino que en este caso y dadas las circunstancias, la sonrisa le salió bastante falsa.

Por fortuna lo habían puesto sobre aviso de la llegada del Mudo, ya que hacía media hora que en el cuartito donde Rojo Vivo recibía ceremoniosamente a su clientela había hecho irrupción un muchachito para anunciarle el hecho.

Acababa de bendecir la tienda como hacía todas las mañanas, desde el suelo hasta el techo recitando fórmulas budistas, taoístas y confucianas —¡había que asegurarse al máximo!— y tocado todas las cosas y rincones, como quien saca el polvo, con una banderola de seda que llevaba dibujado el carácter «Fu», símbolo de la prosperidad, y seguidamente había quemado un poco de incienso, ya que ésta era su manera de honrar a su primer cliente del día.

En las paredes de la tienda, rigurosamente ordenada la noche anterior por Luna de Jade, las piezas de seda colocadas en los estantes de madera preciosa, clasificadas por colores y grosores, exhibían todas las tonalidades del arco iris y convertían el comercio de Rojo Vivo en maravilloso estuche de las suntuosas sedas que se disputaba la clientela.

—Mi padre quiere que sepas que el guardaespaldas de la emperatriz Wu está inspeccionando todas las tiendas de la calle de los Pájaros Nocturnos —exclamó, sin aliento, el muchachito, que a punto estuvo de volcar la bandeja en la que el comerciante ya había dispuesto la tetera y los cuencos preparados para su primer cliente por considerar que ésta era una maniobra que le traía un día de buena suerte.

—¿Ha pasado por casa de tu padre?

—¡Ha pasado muchísimo rato examinando toda nuestra mercancía! Comprueba los sellos oficiales. Papá dice que parece un verdadero inspector de policía.

—¡Da las gracias a tu padre! —se apresuró a decir Rojo Vivo al muchachito cuando éste ya se iba a todo correr.

A Rojo Vivo le faltó tiempo para encaramarse de un salto a un escabel y apoderarse de un montón de piezas de suntuosa seda bermellón que tenía en uno de los estantes superiores.

Y rápidamente, con el corazón alborotado, las escondió con presteza debajo de la mesa donde tenía preparada la bandeja que el muchachito había estado a punto de volcar al entrar como una tromba en la tienda.

Justo en el momento en que Rojo Vivo ya se estaba diciendo, aliviado, que no había nada que temer puesto que había hecho desaparecer la mercancía clandestina que poseía, apareció súbitamente en la puerta una silueta alta como un armario, que ocupaba toda la abertura y se perfilaba a contraluz.

Al mismo tiempo, sumió en inquietante y lúgubre penumbra la lujosa tienda que ostentaba la enseña de La Mariposa de Seda.

Lo primero que hizo el comerciante Rojo Vivo, procurando al mismo tiempo conservar la calma, fue invitar, con voz entrecortada, a aquel individuo cuyos rasgos apenas distinguía a que tomara un té.

El de la lengua cortada rechazó la invitación con un gesto antes de proceder a una inspección minuciosa de las multicolores piezas de seda colocadas en las estanterías.

El hombre procedía con método y comenzaba por desplegar cada pieza a fin de verificar que llevase en un lado, colgado de un hilo, el minúsculo sello de plomo de la administración de la seda. Aquel cilindro, debidamente numerado, atestiguaba que la mercancía había sido examinada por la oficina de control y no sólo garantizaba su calidad sino también su origen, ya que en él también figuraba obligatoriamente el nombre de la fábrica donde se había tejido.

Terminada la comprobación, las manos enormes del Mudo, hechas más para estrangular que para otra cosa, colocaban de nuevo las piezas de seda en una estantería de la pared opuesta, donde se fueron amontonando poco a poco el centenar de piezas de seda que constituían las existencias de Rojo Vivo.

La inspección estaba ya tocando a su fin y el comerciante a punto de terminar con sus jadeos cuando un gran ruido hizo estremecer las estanterías.

Era Luna de Jade, que se reía como una loca y bajaba la escalerilla de su habitación perseguida por Punta de Luz.

Incapaz de frenar el ímpetu, la muchacha había chocado con la mesa y la había volcado, dejando al descubierto en el suelo la mancha roja de las piezas de seda clandestina. Rojo Vivo, trastornado, no pudo reprimir un grito de angustia mientras los dos jóvenes se deshacían en excusas.

—¡Lo siento, Rojo Vivo! No ha sido aposta. Pero es que se me está haciendo tarde. Si hay cosas que ordenar, lo hago esta noche así que llegue —prometió Luna de Jade, contrita apenas.

—¡Ha sido culpa mía! Estaba jugando con ella. Espero que no me cojas ojeriza por ello, Rojo Vivo —añadió Punta de Luz antes de asir la mano a su amante y de arrastrarla a la calle, donde se los tragó la multitud.

El pobre Rojo Vivo no había tenido presencia de ánimo suficiente para contestar, puesto que aquello que más le inquietaba era la mirada de desconfianza del gigante de la lengua cortada, que fue recogiendo una por una las piezas de seda roja antes de colocarlas, planas, sobre la mesa, que levantó con una sola mano.

Como es evidente, ninguna de las piezas llevaba el sello en forma de cilindro.

«¡Malo! ¡Malo!», creyó desentrañar Rojo Vivo en el borborigmo que salió de la boca del Mudo.

La expresión del hombre reflejaba crueldad y satisfacción, lo que no dejaba ninguna duda con respecto a sus intenciones.

Había comprendido que se trataba de seda clandestina.

Instantes después, un batallón de soldados evacuaba la calle y el gigante empujaba violentamente a Rojo Vivo fuera de La Mariposa de Seda y lo hacía subir a un palanquín, cuya puerta cerraba con golpe seco y atrancaba con doble vuelta de llave.

Emparedado en aquella caja, zarandeado por la rápida marcha de los porteadores sobre cuyas espaldas oía restallar el látigo del Mudo, Rojo Vivo, aterrado, se preguntaba a qué horrible castigo lo conducirían.

¡Cómo lamentaba ahora haber aceptado la proposición del hombre que, por la mitad del precio de compra oficial, le había cedido aquellas piezas de seda clandestina de calidad excepcional que él revendía a la misma tarifa

que la seda provista de sellos! A partir de aquel momento los beneficios de La Mariposa de Seda habían experimentado una verdadera explosión, hasta el punto de que el comerciante vendedor de seda, minimizando los riesgos de un fraude tan lucrativo como aquél, llegó a la conclusión de que el negocio valía la pena.

Por otra parte, lo tranquilizaba el secretismo de que se rodeaban los miembros de la red que le proporcionaban la mercancía. Así por ejemplo, su suministrador, que no parecía un Han sino que hablaba correctamente el chino, se había negado siempre a revelarle su identidad. Aquel vendedor clandestino era vigilado por otro individuo que llevaba un pequeño cordón de seda roja atado a la muñeca igual que el del joven que compartía la habitación de Luna de Jade.

Había sido, además, en la esperanza de saber más cosas acerca de aquella notable organización clandestina y sobre todo de la procedencia de aquella seda fabulosa que Rojo Vivo había aceptado sin cortapisas, pensando que su llegada tal vez no fuera fortuita, a aquel muchacho llamado Punta de Luz, cuando en circunstancias normales se habría mostrado circunspecto con el desconocido.

Mientras el palanquín avanzaba por las calles de Chang An, atestadas de gente, camino de un destino que podía ser el cadalso, recordaba, como si fuera ayer, las circunstancias en las que había cerrado el trato con aquel desconocido.

Apenas hacía dos años que una noche, cuando ya se disponía a cerrar la tienda, se presentó ante él un desconocido que llevaba en la mano un saco de lona del que sacó una magnífica muestra de moaré bermellón.

—¿Qué cantidad tienes de esa clase? —no pudo privarse de preguntarle Rojo Vivo ante una tela de calidad tan exquisita.

—Toda la que quieras. Y también amarilla…

—Pero no está estampillada —observó el comerciante, sorprendido, tras desplegar la muestra sobre el mostrador.

—¡Un *tael* de oro las dos piezas! ¡Lo tomas o lo dejas! —le había soltado el hombre.

—¿Es seda de contrabando?

—¿A ti qué te parece? —le había replicado, con acento levemente irónico, el desconocido.

—Pero es que si la administración de la seda descubre que vendo mercancía clandestina, se me cae el pelo, sin contar además con que me cierran de inmediato la tienda.

—De todos modos, al ritmo que van las cosas, la seda que producen las manufacturas imperiales se reservará para los grandes almacenes del Estado. Sabes muy bien que el año que viene ya no vendrá un solo cliente a tu casa por la simple razón de que no tendrás una sola pulgada de mercancía en existencia.

—¡Sí, demasiado lo sé! —gimió Rojo Vivo, que acababa de pasarse el día entero tratando de convencer a la clientela de que escogiesen unos colores y unos materiales que no les interesaban lo más mínimo.

Acogotado, en cierto modo, por la fuerza persuasiva de aquel curioso vendedor clandestino, Rojo Vivo prosiguió el examen de la muestra de seda.

Era la primera vez que el comerciante tenía en sus manos una de aquellas muestras de seda clandestina que, según los rumores que circulaban, delataba su existencia en los mercados paralelos. Revelaba una técnica irreprochable de parte de aquellos que la habían tejido y no tenía nada que envidiar a la de las más grandes hilanderías imperiales.

Desplegada la tela sobre la mesa de la tienda, el experto que era Rojo Vivo no pudo por menos de reconocer la finura de la fibra y la alta calidad del hilo de la muestra de moaré bermellón, características ambas que la situaban por encima de la que se encontraba en el barrio de los sederos de Chang An.

En efecto, la penuria de seda ya empezaba a castigar seriamente a los comerciantes de su categoría, que veían cómo sus existencias se iban reduciendo de día en día. Ya no se encontraban algunos de los colores más buscados, en especial el rojo y el amarillo, es decir, los asociados al sur y al centro, al Fuego y a la Tierra, a los pulmones y al corazón, a lo amargo y a lo dulce, los que más enamoraban a las elegantes.

Por otra parte, el amarillo era el color del imperio y todos los que estaban interesados en agradar a Gaozong, sin llegar a vestirse enteramente

de dicho color, lo que habría supuesto una falta de respeto, procuraban llevar en las recepciones oficiales, a manera de testimonio de lealtad, un fajín y un cinto de tonalidad dorada.

Y precisamente el moaré, esa seda de reflejos irisados que parecía la superficie de un lago iluminado por los rayos del sol, era el que más escaseaba en la tienda de Rojo Vivo. Aunque todo el mundo pedía moaré, ningún comerciante de sedas podía proporcionarlo.

Era desesperante.

Como continuase aquella penuria, habría que cerrar La Mariposa de Seda.

Así pues, cuando el desconocido, después de haberle dejado examinar a placer su mercancía, le preguntó: «Entonces, ¿qué te parece?», lo único que pudo responderle fue:

—¡Realmente esta seda es de primera calidad!

—Será la suerte del pequeño comercio si no quiere que los grandes almacenes públicos lo hundan de manera definitiva. Te la dejo porque tengo confianza en ti. Mañana volveré a pasar por aquí. Así tendrás tiempo de reflexionar. Si esta vez no hacemos negocio, no por esto voy a molestarme contigo. Así podré hacer feliz a otro —añadió el desconocido con una sonrisa antes de desaparecer.

Era evidente que le habían enseñado a manejar los argumentos susceptibles de influir en pequeños comerciantes del tipo de Rojo Vivo.

Éste, vivamente impresionado, pasó toda la noche dando vueltas a los pros y a los contras.

No tardó en perfilarse en sus pensamientos aquel dilema tan simple: podía optar entre correr unos riesgos o proceder al cierre de su negocio… La relación del precio de compra de la seda clandestina con el de la reventa de la misma acabó de convencerlo de que había que arriesgar el todo por el todo.

Pese a no tenerlas todas consigo, optó por negociar con el desconocido, de lo cual hubo de felicitarse al ver que el moaré clandestino le aportaba, en apenas tres meses, lo que antes ganaba en un año. Le bastaría con tener prudencia al tratar con algunos clientes escrupulosos, ya que la mayoría,

menos quisquillosos, comprarían la mercancía sin preocuparse de la ausencia del sello-cilindro.

También se dijo para sus adentros que, tan pronto como hubiera conseguido hacer fortuna, cerraría definitivamente la tienda a fin de no correr riesgos inútiles.

Tanto en el plano comercial como financiero, la estratagema había funcionado incluso muy por encima de sus esperanzas.

El individuo se presentaba cada quince días para recoger el pedido y hacer la entrega de las piezas que le encargaba Rojo Vivo, quien las despachaba con el máximo sigilo, al precio del mercado oficial, a clientes seducidos por los rumores que circulaban de boca a oreja.

De cuando en cuando, otro individuo, portador de un brazalete de seda roja, iba a visitarlo para asegurarse, según sus propias palabras, de «que el precio fijado era el correcto».

Tenía todo el aire de un inspector y al parecer su función consistía en asegurarse del buen funcionamiento de la red clandestina de venta de seda. Esto no dejaba de tranquilizar a Rojo Vivo, quien llevaba colgada siempre del cinto una bolsa de cuero que por la noche estaba llena a rebosar de *taels* de bronce, plata y oro…

La tienda que ostentaba la enseña de La Mariposa de la Seda era desvalijada de sus piezas de moaré tanto por las damas elegantes como por los devotos, que las trocaban por oraciones en los monasterios.

Además, cuando el Mudo procedió a la inspección de la tienda de Rojo Vivo, sólo le quedaban cuatro piezas de seda bermellón en venta. Todas las demás, las amarillas y las verde jade, hacía ya mucho tiempo que se habían agotado, por lo que esperaba con impaciencia la entrega de seda prevista para el día siguiente.

Ni que decir tiene que ahora se sentía víctima de la mala suerte, después de aquella maldita irrupción de Luna de Jade con aquel primo suyo que llevaba el brazalete de hilo rojo, acerca de quien ahora ya no suponía —¡y razones no le faltaban!— que formase parte de la red clandestina.

Encerrado en el palanquín, Rojo Vivo maldecía su codicia, ya que por culpa de ella se había puesto al margen de la ley y ahora aquello podía costarle los pies o la cabeza cuando, de pronto, una sacudida brusca y un

golpe sordo le dieron a entender que los porteadores acababan de pararse y de dejar el palanquín en el suelo.

Se abrió con estrépito la puerta de la caja portátil y la enorme mano del Mudo sacó de ella al aterrado Rojo Vivo.

Aunque deslumbrado por el sol, no tardó en advertir que se encontraba en el centro del patio de la Tranquilidad Terrestre Kunning del palacio imperial de Gaozong, rodeado de guardias armados con las alabardas apuntando hacia él, como si se dispusieran a traspasarlo con ellas.

¡Pensar que lo llevaban al cadalso y en realidad lo habían llevado al palacio imperial!

No se atrevía a preguntar al Mudo dónde lo conducía cuando éste, sin contemplaciones de ningún tipo, lo empujó delante de él a través de un dédalo de galerías hasta una majestuosa puerta que se cerró tras ellos.

Acto seguido, el gigante privado de lengua lo derribó en tierra de un violento empujón.

El pobre Rojo Vivo entonces, al borde ya del síncope, seguro de que había llegado su última hora y de que la espada del verdugo no tardaría en abatirse sobre él, hizo una profunda aspiración y cerró los ojos con fuerza.

Pasados unos instantes, viendo que ninguna espada le rebanaba el pescuezo, sintió renacer la esperanza.

Cuando por fin abrió los ojos, vio que tenía la nariz sumergida en la lanosa dulzura de una suntuosa alfombra persa en la que reposaban lo que parecían dos preciosas chinelas de seda bordadas con hilo de oro.

¡Era evidente que el Mudo lo había arrojado a los pies de una mujer!

Entonces, con prudencia infinita, levantó lentamente la cabeza y fue subiendo con la mirada a través de la túnica recamada que se elevaba por encima de las pantuflas bordadas. Era la túnica de una mujer elegante, cortada de una pieza de seda de color naranja en la que se habían bordado unos racimos de uva con perlas por granos. Un poco más arriba vio la hebilla de un cinturón en la que brillaba una esmeralda del tamaño de un huevo de paloma, antes de que su mirada se demorase en la blusa, en cuyo escote asomaban unos senos firmes y redondos que los ojos se resistían a abandonar.

Y cuando, finalmente, llegó al rostro de la mujer, que era la dueña de aquellos pechos tan perfectos como generosos, Rojo Vivo se levantó de golpe, como alelado y despavorido, temblándole todo el cuerpo, consciente de la presunción en la que había incurrido y ahora ya mirando, sin vergüenza alguna, a la Primera Dama de la China en persona.

Pero la emperatriz Wu, lejos de tratarlo con rigor, por curioso que pueda parecer, le sonrió.

Vista de cerca, era más bella aún que lo que contaban las leyendas que circulaban sobre ella.

Por mucho que Rojo Vivo se esforzara, no conseguía apartar los ojos de sus pechos, redondos y apetecibles, perfectamente visibles a través del tul de su blusa entreabierta. En el hueco que formaban sus pechos brillaba un colgante de oro puro en forma de ave fénix, esmaltado y adornado con minúsculas esmeraldas, admirable reproducción del símbolo imperial y con él jugaban sus manos de dedos finos como plumas.

Turbado por aquella sublime visión que por un instante casi le había hecho olvidar las razones de su presencia en aquel lugar, Rojo Vivo no pudo evitar bajar de nuevo la cabeza delante de Wuzhao en señal de respeto.

Cuando ella lo autorizó a levantarla, comprobó que el Mudo había desaparecido.

Se encontraban, pues, solos en la habitación, uno enfrente del otro.

El comerciante en sedas olía el incomparable perfume de la soberana, una mezcla sutil de pimienta y jazmín que ella se hacía venir de Persia y que, para mortificación de las demás elegantes, nadie más que ella estaba autorizado a usar.

Cuando se respiraba por primera vez, aquella fragancia se subía a la cabeza y dejaba un rastro imborrable. Era como la firma de un poema único para gloria exclusiva de aquella mujer. Y cuando flotaba en el aire de los jardines de palacio la estela de jazmín especiado con pimienta, todos, fueran cortesanos, eunucos o ministros, sabían que Wuzhao no andaba lejos y que lo mejor que podían hacer era estar disponibles…

La soberana se sentó ahora en un diván.

En el momento en que cruzó las piernas, mientras clavaba en los del comerciante sus hermosos ojos verde esmeralda, Rojo Vivo vislumbró, en

el espacio de tiempo que dura un relámpago, asomado en el borde de la abertura de su túnica de color naranja, el botón de peonía de la emperatriz, allí mismo donde terminaba su valle de rosas, cuidadosamente depilado.

Sin dar crédito a lo que le revelaban sus ojos, se sintió estremecer.

Si tomaba tan pocas precauciones con él, ¿no sería aquello, quizá, señal de su pronta muerte, puesto que jamás tendría ocasión de revelar a nadie la perversidad de aquella mujer que no había dudado en dejarle entrever la quintaesencia de su sublime intimidad?

La fama de Wuzhao, en este sentido, no era exagerada.

Así pues, el pobre negociante en sedas estaba tan convencido de que no saldría vivo del palacio imperial que a punto estuvo de caer tumbado de espaldas al oír que la hermosa Wuzhao le preguntaba a bocajarro:

—¿Querrías suministrarme treinta piezas de seda clandestina? Amarilla y roja. De la misma calidad que ésta.

Sobre la mesilla de laca negra, colocada delante del diván de la emperatriz de China, había tres o cuatro piezas de seda que había dejado allí el ministro de la Seda, Virtud de Fuera, idénticas a las que Rojo Vivo había estado despachando clandestinamente hasta aquella misma mañana.

Naturalmente, creyó encontrarse ante una trampa.

¡Era evidente que la temible Wuzhao estaba tratando de confundirlo!

—¡Ma… Ma… Majestad! ¡Pero esto es un delito contra el Estado! ¡Comporta la pena de muerte! Yo no soy más que un pobre hombre que se ha permitido burlar la ley y que lamenta amargamente su conducta. Me declaro humildemente culpable ante Vuestra Altísima Señoría. Si se digna perdonarme, le juro que no recaeré en la falta —farfulló el hombre echándose a sus pies.

El bajo de la túnica de Wuzhao olía a jazmín y a pimienta. Al levantar la cabeza, Rojo Vivo no pudo refrenarse de imaginar el botón de peonía que a buen seguro palpitaba debajo de la túnica abierta, pero se apresuró a desterrar la imagen de sus pensamientos.

No era momento de abandonarse cuando, tal vez, todavía tenía ocasión de salvar el pellejo. Algo le decía que aquella mujer, sola ante él y cuyo perfume embriagador ahora respiraba, no lo había hecho conducir hasta el corazón mismo del palacio imperial para condenarlo a muerte.

¿Qué quería, entonces?

A lo mejor aquella emperatriz dotada de tan tentadores encantos sólo trataba de conseguir información sobre la red de tráfico de seda y de aplicarle aquel adagio que dice: crimen confesado, a medias perdonado.

La justicia de los Tang solía practicar ese método cuando, una vez al mes, instaba a confesiones colectivas reservadas a los criminales de Estado ante la Puerta del Oeste del palacio imperial de Chang An. Allí se apelotonaba la multitud, sobre todo porque se trataba siempre de nobles y personajes poderosos, poco acostumbrados a sufrir humillaciones públicas, enviados al cadalso o a la picota tras haberse acusado de torpezas que en general no habían cometido, pensando así escapar a la muerte…

En cuyo caso, aquel pobre Rojo Vivo, cuyo estado de ánimo se movía entre el miedo y la esperanza, estaba metido en un buen lío.

La respuesta de Wuzhao puso fin a su incertidumbre.

—¡Pobre imbécil! ¿No te das cuenta de que estoy hablando en serio? ¿Por qué crees que te he hecho comparecer ante mí? ¿Por qué voy a denunciarte si la verdad es que tengo necesidad de la seda que tú tienes? —le espetó la emperatriz soltando una carcajada.

Rojo Vivo se pellizcó como para asegurarse de que no soñaba: que la tan temida emperatriz de China estuviese dispuesta a comprar seda clandestina a un pequeño comerciante como él, al igual que una cualquiera de sus clientas enamorada del moaré rojo o amarillo, era como mínimo asombroso.

Los ojos almendrados de la soberana lo miraban sonriendo. Su benevolencia no parecía fingida.

En el óvalo puro de aquel rostro de rasgos perfectos, enmarcados por dos aros de oro que llevaba colgados de las orejas en los que el orfebre había engarzado dos pájaros a punto de arrancar el vuelo, a juego con el del colgante alojado entre sus senos, Rojo Vivo no advirtió duplicidad, sino tan sólo una especie de satisfacción.

La hermosa Wuzhao era aliada suya y si acaso había allí trampa, debía de ser más inapreciable, como decía el poema, que el rastro que deja una libélula en el pétalo de una rosa.

—¡Majestad, estoy a vuestras órdenes! La semana que viene estaré en condiciones de proporcionaros las piezas de moaré rojo y amarillo, pero será con la condición de salir libre de aquí y poder disfrutar tranquilamente de mi negocio. De no ser así, no veo cómo podría complaceros —gimió Rojo Vivo.

—¡Qué tontería! ¡Pues claro que saldrás libre de aquí! E incluso voy a pagarte por adelantado. Muy pronto ya no necesitarás más clienta que yo —añadió arrojándole una bolsita de cuero que él cazó al vuelo.

Pesaba mucho, debía de estar bien repleta de *taels* de oro y plata.

—¿Y cómo haré llegar a Su Altísima Majestad esta preciosa mercancía? —preguntó, obsequioso, recuperando sus maneras de comerciante.

—¡Mudo, tráeme el grillo! ¡Quiero escuchar el canto de mi grillo! —exclamó entonces Wuzhao antes de ordenar al gigante, que acababa de entrar en la sala, que dejara la jaula en forma de bola, confeccionada con láminas de bambú, sobre la mesilla.

Siempre ordenaba lo mismo cuando le entraban los dolores de cabeza: necesitaba oír el canto del insecto.

Éste, como buen cortesano, emitió al momento su característico rasgueo.

Entonces ella, con gesto cansado, indicó al Mudo que le sirviera un vaso de agua en la que echó un pellizco de unos polvos que tomó de la bandeja de plata que el turco-mongol privado de lengua le acercó.

—¡Lo único que me alivia los dolores de cabeza es este insecto y estos polvos! —dijo al comerciante a guisa de explicación.

—¡Hermoso grillo! Y armoniosa la música que emite. Lo que quisiera preguntaros ahora es quién será nuestro trujamán… —osó decir Rojo Vivo, a quien prestaba alas la confianza que le mostraba Wuzhao.

—El Mudo se encargará de recoger la mercancía —le respondió la emperatriz con aspereza, como si le interesara no demostrar excesiva confianza con el comerciante delante del gigante.

Hablando con Wuzhao, no era nunca el interlocutor quien elegía el terreno de la conversación.

Siempre le correspondía a ella la iniciativa y más de uno, creyendo haber ganado la partida, se llevaba un desengaño cuando la hábil

manipuladora, que dominaba el arte de engañar a su gente, se las arreglaba para cambiar bruscamente de actitud.

—¡No digas nada! ¿Me has entendido? El que se encarga de mi grillo hará de lanzadera entre tú y yo. Espero que habrás comprendido —añadió la emperatriz.

—Pero es que, Majestad… este hombre no pasa inadvertido —consiguió balbucear.

—Este hombre, el Mudo, sólo tiene una dueña: la emperatriz Wuzhao. ¡Él goza de toda mi confianza! Cada vez que vaya a verte se pondrá una capucha de diferente color y de ese modo tendremos ganada la partida —le espetó en un tono que no admitía réplica.

Mientras el Mudo, divertido y halagado, aprobaba la fórmula, parecía que Rojo Vivo ya no sabía con qué pie bailar. Temiendo haber molestado a la emperatriz, buscaba la manera de recuperar el terreno perdido.

—Me parece bien, Majestad. Vuestros deseos sólo pueden ser órdenes.

Rojo Vivo observó al Mudo, siempre igualmente imperturbable, que con el dedo índice, adornado con una gruesa sortija de plata, acariciaba suavemente el lomo del grillo a través de los barrotes de la jaula.

Rozó un momento su espíritu la idea de que tal vez él se había convertido también en grillo o en juguete de la emperatriz y de que el Mudo, con una ligera presión del dedo, podía aplastarlo.

—¿Por qué crees que le llaman Mudo? A partir de ahora estamos los tres unidos por un pacto de silencio. Y créeme, Rojo Vivo, si te digo que es fácil de respetar porque basta, para persuadirse de ello, reflexionar en las consecuencias que tendría violarlo… —concluyó ella, esta vez en tono festivo, con una gran carcajada.

Y en aquel momento los dientes deslumbrantes de la emperatriz, que parecían las perlas finas de un collar, se le antojaron a Rojo Vivo no sólo tan terriblemente afilados, sino también tan carniceros, que le costó mucho trabajo reprimir un estremecimiento.

XVII

EN LAS MONTAÑAS DEL PAIS DE LAS NIEVES

No he entendido bien el nombre de este país del que viene tu amo —murmuró Cinco Prohibiciones al joven parsi, tocado con un turbante de brocado, que les hacía de intérprete.

Estaban sentados muy juntos, el monje *mahayanista* en la postura del loto, la enorme perra Lapika, con el pelo siempre alborotado, a sus pies, junto a la cesta de los bebés, delante de una hoguera atizada por el joven guardián, mientras todos los demás, comprendido el *ma-ni-pa*, dormían a pierna suelta.

El capitán de los bandoleros había ordenado que separaran al monje errante de Cinco Prohibiciones y que ataran a este último con el joven bandolero bilingüe. Hacía ya diez días que viajaban de esa manera, atados con una cuerda que les impedía separarse.

Pese a su condición de prisionero, el ayudante de Pureza del Vacío había conseguido ganarse la confianza de aquel muchacho de rostro afable que debía de tener más o menos su misma edad y cuyo nombre era Ulik.

De todos los parsis, ninguno de los cuales hablaba chino, Ulik era el único con quien podía hablar.

—Nosotros venimos de Persia, de donde los musulmanes echaron recientemente a los sasánidas, pertenecientes a nuestra misma raza. Aunque quizás no lo parezca, nuestro jefe Majib tiene ascendencia real. Hace unos años que su tío Yazdgard, antiguo soberano del país, tuvo que abandonar la

capital al frente de los soldados que le permanecieron fieles para refugiarse en el desierto. Majib era uno de sus oficiales.

Los gruñidos que emitió uno de los parsis, que dormía con la boca abierta no lejos de ellos, les hicieron comprender que podía despertarse.

Cinco Prohibiciones hizo una señal a su compañero para que hablara en voz más baja.

—¿Qué reprochaban los «musulmanes» a tu rey expulsándolo de ese modo? —le susurró mientras acariciaba la larga pelambrera de la enorme perra amarilla.

—Siguen los preceptos de su profeta, un tal Mahoma, que les pide que conviertan a todos los pueblos a la religión del Dios Único. Los parsis, cuyos gobiernos *han* tolerado siempre varias religiones, ya no están en olor de santidad en su propia Persia.

—¿De qué religiones estás hablando, Ulik? —preguntó Cinco Prohibiciones, cuyos ojos amables y vivos resplandecían de curiosidad.

—En Shiraz conviven todos los cultos: los del Dios único, nestorianos y jacobitas, pero también los discípulos de San Marún, sin olvidar los de un tal Jesús de Nazaret, del profeta Mani o de Zurvan, una secta de adoradores del fuego que se pasan el día entero asando carne. Los más numerosos, llamados *mazdeanos*, entre los cuales nos contamos mi jefe y yo, eran los discípulos de Zaratustra, el aliado de los hombres que consiguió terminar con la lucha implacable entre Ormuz, el Dios de la Luz Alta, y Ahrimán, el de las Tinieblas de Abajo. Nuestro jefe Majib posee, además, las facultades de mago. En parsi los llamamos «mogmart».

Cinco Prohibiciones, como es lógico, no había oído hablar jamás de los *mogmarts* o *mogpats*, que eran los dirigentes del clero de la religión sasánida.

—¿Qué poder tienen esos magos *mazdeanos*?

—Un *mogmart* tiene varias facultades. Puede realizar el *sacrificio del fuego Varhân*[33], el más alto, en un altar cuyos pies tienen la forma de patas de león; un *mogmart* sabe matar, siempre en el mismo altar, con ayuda del cuchillo de los sacrificios de hoja curva, toros y machos cabríos, asnos y cerdos; los *mogmarts* más instruidos también dominan el arte de mandar en

el agua de la tierra: son tan capaces tanto de secar una fuente como de aumentar su caudal, a tenor del humor que tengan.

—¿Es de éstos Majib?

—Sí. Ha alcanzado el grado más alto de la jerarquía, el de «*maugpat*», maestro de los magos. Si fuera necesario, por tanto, podría mandar en el agua de la tierra.

—Nosotros, los monjes budistas, no poseemos esta clase de poderes —suspiró Cinco Prohibiciones.

—Por eso cuando el jefe Majib afirma que «tiene salida para todo», no miente —concluyó el joven parsi con una sonrisa.

—Es la primera vez que oigo hablar de esta religión que tú llamas mazdeísmo. El profesor que me formó en el estudio comparado de las religiones tal vez ignoraba su existencia —exclamó Cinco Prohibiciones, a quien las palabras del parsi no dejaban de intrigar.

En el noviciado de Luoyang se enseñaba a los niños que desconfiasen como de la peste de las costumbres mágicas, de elixires de longevidad, de quirománticos, astrólogos y geománticos, así como de la religión taoísta, en la que los budistas veían un rival mucho más serio y temible que el confucianismo, pese a que la moral social de este último estaba mucho más próxima de la suya.

—Nuestras divinidades corresponden a los meses del año. Masye y Masyane, la primera pareja de forma humana creada por Ormuz el Gentil, engendró a su vez gemelos. Pero Ahrimán el Malvado empujó a sus padres a devorar a sus hijos, ya que se las había ingeniado para hacer deliciosa su carne. Y así, Masye se comió al niño y Masyane a la niña hasta que el Dios de la Luz Alta eliminó el buen sabor de la carne de su progenitura para evitar que sus padres, glotones en exceso, volvieran a devorarla.

—¡Qué espantoso es esto, Ulik! —murmuró el ayudante de Pureza del Vacío.

—Pues no es otra cosa que la lucha del Bien y del Mal que gobierna nuestro mundo.

—Oigo que los pequeños se mueven. Tus lúgubres historias los habrán asustado —bromeó el joven *mahayanista*.

Podían oír el delicioso y característico rumor que salía de la cuna de los gemelos.

Cinco Prohibiciones indicó a Ulik con el gesto que le siguiera, ya que la cuerda que lo unía a este último impedía decírselo de otro modo.

Acompañados de la inevitable Lapika, siempre al acecho y atenta a la más mínima protesta de sus protegidos, se inclinaron sobre el capacho, al que el joven monje imprimió un ligero balanceo al tiempo que entonaba una cantinela que tuvo la virtud de dormir rápidamente a sus ocupantes.

—Si entiendo bien tu religión, reconoce un Dios del Bien y un Dios del Mal… —dijo con un suspiro Cinco Prohibiciones cuando volvieron a sentarse ante la hoguera del campamento.

—Lo más lamentable es cómo procede Ahrimán el Malo, ya que se dedica a destruir sistemáticamente todas las buenas acciones de Ormuz el Bueno. ¡Él ha hecho al hombre mortal! —murmuró Ulik.

—En el hombre lo mejor se codea con lo peor, pero la ignorancia lo impulsa a cometer los actos más nefandos…

Cinco Prohibiciones, en quien la percepción del mundo era fruto de la enseñanza de la palabra de Buda, tenía dificultades para entender por qué Ulik podía referirse, en el caso del Bien y del Mal, a una lucha implacable entre dos dioses que se comportaban como si los seres humanos fuesen simples juguetes desprovistos de libre albedrío.

—¡Cómo me gustaría que de tu boca saliera la verdad! —dijo Ulik con un suspiro.

—Pero ¿qué hacéis vosotros tan lejos de Persia, recorriendo los caminos del Techo del Mundo, en vez de ayudar al tío de tu jefe a recuperar el poder de Shiraz?

—¡Majib nos ha hecho jurar que guardaríamos el mayor secreto!

—Así pues, ¿vuestro secreto sería inconfesable? —preguntó, sorprendido, Cinco Prohibiciones.

—Tienes razón. ¡No veo el motivo para no revelarlo! En realidad, trabajamos para el hijo del antiguo soberano destituido. Hace tres años que el viejo rey Yazdgard murió en el exilio. Cuando los árabes ocuparon la capital, la corte sasánida se refugió en un minúsculo oasis a orillas del río

Amu, en los confines de un desierto donde el sol es capaz de acabar en pocas horas con la vida del caminante imprudente.

—¿Y qué hace aquí lo que queda de la corte?

—Espera días mejores. Ese sitio es tan pobre y tan árido que nadie nos echará de él. Pero el príncipe heredero Feiruz, nuestro jefe supremo, está falto de todo, hasta el punto de que su ejército cuenta tan sólo con un puñado de hombres. Lo que equivale a decir que, dado el actual estado de sus finanzas, no puede lanzarse a ninguna empresa importante…

—¿Quiere esto decir que vosotros os encargáis de reclutar soldados por cuenta del príncipe Feiruz para que recupere el poder? —inquirió Cinco Prohibiciones, que seguía sin comprender por qué los había capturado Majib en las condiciones en que se encontraba.

—Veo que lo has entendido. Nuestro príncipe heredero necesita mucho dinero para expulsar a los árabes de Persia. ¡Por eso andamos buscando la manera de hacernos con el hilo de seda! Los tres telares que nos permitirían tejer alfombras, recuperados en su huida por el rey Yazdgard, están en condiciones de funcionar pero, debido a la falta de materia prima, duermen en un cobertizo. Antes de la ocupación de Shiraz, las alfombras de seda eran tan caras que hicieron la fortuna de la ciudad. En la actualidad, el mejor tejedor de Persia vive junto al príncipe heredero Feiruz y está esperando con impaciencia nuestro regreso.

—Yo sólo sabía que se tejía seda, no alfombras. Seguramente se precisa una gran habilidad…

—Al artesano del que te hablo, que debe de estar esperando que no entremos con las manos vacías, le llaman entre nosotros «el hombre de los dedos de oro». Según pretende el jefe Majib, cada una de sus alfombras valdría el contenido en oro de una gran tinaja llena hasta los bordes, o sea, lo suficiente para regenerar el tesoro de guerra que necesita el hijo de Yazdgard, lo que le permitiría vengar a su difunto padre.

—¡Jamás he oído decir que haya seda en el país de Bod! A menos que hayas decidido pedir al «hombre de los dedos de oro», como tú lo llamas, que confeccione alfombras con pelos de yak… —dijo soltando una carcajada el ayudante de Pureza del Vacío.

—He visto una o dos en granjas de montaña y dudo que se pueda pagar mucho dinero por ellas —respondió el parsi antes de quedarse callado como si se sintiera incómodo.

Era evidente que la ocurrencia de Cinco Prohibiciones le había hecho muy poca gracia. El silencio se prolongaba, turbado apenas por los ronquidos de Lapika.

—En realidad, nosotros no deberíamos estar aquí. Si nos encontramos en las proximidades del Techo del Mundo es pura y simplemente porque nos hemos perdido —acabó por soltarle a regañadientes.

—¿Bromeas? ¡Creo que me tomas por un alma bendita! —exclamó, con aire contrariado, Cinco Prohibiciones.

—¡Ni pensarlo!

—¿Es que el jefe Majib no conoce los caminos?

—Pasado Kashgar, exactamente en la encrucijada de Hetian, ese lujuriante oasis donde al decir de los poetas de Shiraz crece la piedra de jade como una planta en el lecho de los torrentes, giramos hacia la derecha en lugar de seguir el camino en línea recta hacia levante.

—¡Parece increíble!

—Majib se empeña en pasar inadvertido y se niega a preguntar el camino y debido a esto, sin darse cuenta, nos hizo ascender las primeras laderas de los montes Kunlun y, al caer la noche, nos dimos cuenta de que nos habíamos perdido… Desde entonces vamos errantes por esa montaña que nos ha engullido.

—¿Qué dice el jefe Majib sobre sus fallos de orientación?

—Nuestro jefe no tiene un carácter fácil. Es testarudo y es fácil que se eche a gritar. Hasta el momento nadie se ha atrevido aún a manifestar ninguna duda con respecto a la dirección que debemos tomar.

—¡Y de pronto os tropezasteis con nosotros!

El intérprete se limitó a sonreír.

—Si uno quiere hilo de seda, tiene que ir forzosamente a la China central —prosiguió Cinco Prohibiciones—. En Luoyang, la ciudad donde está mi monasterio, hay como mínimo ocho manufacturas imperiales donde se fabrica seda y donde se arrolla el hilo de los capullos en bobinas que se guardan amontonadas en gigantescos almacenes rigurosamente custodiados

por soldados armados. Pero nadie está autorizado a comprar ese hilo sin estar provisto de un permiso de la administración de la seda. ¿Cómo piensa enfocarlo Majib?

—Yo no sé nada. Lo que sí sé y con toda seguridad es que no tenemos necesidad de llegar a la China central. Eso nos ha asegurado Majib. Además, es la única confidencia que nos ha hecho. En cuanto al lugar específico al que calcula trasladarse, sólo habla de él por alusiones, como si estuviera totalmente empeñado en preservar el nombre. Por otra parte, cuando abandonamos el oasis del río Amu, los que nos reclutaron se negaron categóricamente a revelarnos a qué lugar nos dirigíamos. ¡Ni que fuera un secreto de Estado! —refunfuñó el joven parsi.

—En tal caso, ¿por qué tu jefe Majib nos retiene como prisioneros si no podemos serle de ninguna utilidad?

—Erais presa fácil y, en cierto modo, una ganga, el primer grupo que encontrábamos de camino desde hacía días y más días. Y desde que el mulo cargado con los víveres cayó en un precipicio, estábamos hambrientos.

—¡Pero si nosotros no llevábamos comida apenas, ya no digamos dinero!

—Tal vez Majib tenía otra idea.

—¿Qué puede hacer con un *ma-ni-pa* y un monje del Gran Vehículo? ¿Por qué no nos suelta? Que coja los escasos objetos de valor que llevo encima, por ejemplo el puñal y la silla de mi semental, y que siga el camino que no habría debido abandonar nunca. De ese modo yo podría continuar el mío, junto con los dos bebés y el *ma-ni-pa*. Todas estas trabas pesan lo suyo.

Cinco Prohibiciones indicó al joven parsi, acantonado de nuevo en un incómodo silencio, las ataduras que los unían.

Ulik comenzó a atizar el fuego con gran aplicación y el crepitar de las llamas acabó por despertar al *ma-ni-pa*, atado a un tronco de árbol con una cuerda algo más larga que le permitió acercarse.

—¿No dormís? —preguntó acompañando sus palabras de un bostezo.

—Estábamos hablando de diferentes cosas —dijo el joven parsi.

—No irás a decirme que tienes planes con respecto al semental Derecho Delante —inquirió, angustiado, Cinco Prohibiciones, a quien no habían

convencido del todo las explicaciones de Ulik.

—¡No, en absoluto!

—¡Habla claro, Ulik! No veo qué otra cosa podría quitarme Majib.

—¡Lo que interesa al jefe son ellos! —soltó al fin Ulik con un estremecimiento.

El intérprete señaló el montón de ropa con que Cinco Prohibiciones había cubierto el capacho donde volvían a dormir como unos angelitos los dos pequeños.

—¿Los niños? ¿Qué le interesa de mis niños a tu jefe Majib? —preguntó Cinco Prohibiciones, extremadamente sorprendido.

El joven parsi dudaba de hablar y, cada vez más incómodo, observaba cómo crepitaba el fuego.

—¡Quiero saberlo! Ahora ya lo has dicho: ¿por qué le interesan mis niños? —repitió el monje del Gran Vehículo.

Su compañero, que no las tenía todas consigo, le hizo señal de que se acercara.

Cinco Prohibiciones sintió, en la oreja, el calor del jadeo entrecortado del joven intérprete parsi.

—En la tribu del jefe Majib hay algunos sacerdotes que creen que de la unión de un hermano y una hermana, a semejanza de lo que ocurrió con los hijos de Masye y Masyane, de los que se originan todas las razas, nacen semidioses… En Persia hay muchísimas fratrías, sobre todo de gemelos, en las que hay matrimonios, por instigación de sus padres.

El rostro de Cinco Prohibiciones, por lo general impenetrable, expresó una gran consternación.

—¿Quieres… quieres decir que Majib tiene intención de casar a esos dos niños?

—Ésta ha sido la única razón que ha impedido hasta ahora que os rebanasen la cabeza.

—¿Será innoble ese individuo?

—Para él, ese niño y esa niña de rostro peludo como el de un mono tienen un inestimable valor. El jefe Majib está convencido de que la descendencia que provenga de esta pareja será divina. En este aspecto valen

una fortuna… —concluyó precipitadamente el parsi, sacándose un peso de encima al liberarse de tan gran secreto.

Al ver el semblante descompuesto de Cinco Prohibiciones, el *ma-ni-pa* preguntó de qué hablaban.

—En el Tíbet esos niños son considerados semidioses. Como ese Majib tocase uno solo de sus cabellos, la venganza de su madre, la todopoderosa Diabla de las Rocas, sería terrible —exclamó, enloquecido de rabia, cuando Cinco Prohibiciones lo puso al corriente del caso.

De no haber estado atado a un árbol con una cuerda, el monje errante no hubiera dudado en descargar un golpe sobre el joven par-si y de hecho incluso llegó a levantar la mano.

—¡Calma, *ma-ni-pa*! Aquí soy un simple intérprete y nada más. Si tienes que hacer alguna reconvención, házsela al jefe Majib cuando se despierte. Majib es más agradable de lo que parece. Y cuando le ronda alguna idea, rara vez cambia de parecer —replicó Ulik, a quien le había gustado muy poco la agresividad de la que acababa de dar prueba el tibetano.

Al comprobar la contrariedad del intérprete, Cinco Prohibiciones hizo una seña al *ma-ni-pa* conminándolo a que se callara y volviera a sentarse. Ahora comprendía mejor la insistencia con que el jefe parsi había querido asegurarse, inmediatamente después de su captura, de que los dos hermanos eran niño y niña.

Era evidente que no le interesaba otra cosa.

Cinco Prohibiciones no se explicaba de otra manera la ausencia total de curiosidad del jefe Majib en relación con la caja oblonga en la que había guardado el ejemplar del *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura*, cuyo contenido se había negado obstinadamente a revelar a Ulik cuando éste había tratado de interrogarlo al respecto.

La extraordinaria atención que dispensaba a los niños y la manera que tenía de cambiarlos de lado e incluso de sopesarlos a partir mismo de la primera parada, por no hablar de examinarlos en todos sus detalles, constituía una prueba más.

Lo que él, ingenuamente, había tomado por curiosidad ante el extraordinario sistema piloso facial de la niña, es decir, por una forma de

benevolencia con respecto a aquellos dos seres indefensos, correspondía en todo a lo que Ulik acababa de revelar sobre las intenciones del jefe parsi.

Lo que quería Majib era apoderarse de aquellos gemelos, llevarlos a su oasis y revenderlos después a un buen precio a otro *mazdeano* que, con los años, los casaría por la fuerza.

¡Ni más ni menos que esto!

La idea de que aquellas dos criaturas inocentes, que no reclamaban nada a nadie, pudieran, en virtud de una creencia bárbara, formar una pareja monstruosa y parir hijos a su vez era algo que lo sublevaba.

Aquí no contaba para nada la filiación divina de los niños. A diferencia del *ma-ni-pa*, en aquellos niños que su compañero ya llamaba los Gemelos Celestiales, veía unos seres humanos en pequeño, cualquiera que fuera su origen, merecedores de que los trataran como tales.

Además, en China, en cualquier caso, estaban prohibidos los matrimonios en las fratrías, ya que eran tildados de incestuosos. Que Cinco Prohibiciones supiera, en ningún texto budista se toleraban las uniones de este tipo.

Trastornado hasta lo más profundo del alma, el joven *mahayanista* contemplaba con ojos tristes las llamas rojizas de la hoguera que ahora crepitaban débilmente, señal inequívoca de que el fuego no tardaría en extinguirse.

Le recordaba el fuego del Avici, el más temible de los infiernos por ser el octavo y último, aquel del que jamás regresaba alma alguna. Era un infierno que sin duda merecía el jefe Majib si conseguía llevar a cabo aquel horrible designio que Ulik, por fortuna, le había desvelado cuando todavía estaba a tiempo de reaccionar.

Ya que, así que se hubo desvanecido su indignación, Cinco Prohibiciones comenzó a reflexionar sobre lo que convenía hacer para evitar que un proyecto tan funesto como aquél se hiciera realidad.

Y sacó la conclusión de que la única solución era huir con los dos niños cuanto antes.

Pero para esto había que tener un plan, ya que tanto él como el *ma-ni-pa* estaban atados por las piernas de día y de noche, sometidos a la estrecha vigilancia de los hombres del jefe parsi.

—Gracias, Ulik, por tu franqueza —se limitó a decir el intérprete al darle las buenas noches.

El *ma-ni-pa* entonces acercó la cabeza a la suya a fin de que pudieran hablarse sin molestar a nadie, lo que hacían en tibetano, lengua incomprensible para el intérprete, que por otra parte ya estaba dormido.

—No creo una palabra de esta historia de casamientos entre hermanos. ¡Ese Ulik nos toma por imbéciles! —susurró el monje errante.

—No veo por qué tendría que engañarnos… De todos modos, me parece que deberíamos considerar seriamente la posibilidad de escapar.

—¡En eso estoy de acuerdo contigo! ¿Tú qué propones?

—Un *ma-ni-pa* como tú seguro que tiene recursos.

—Si hubiera en algún sitio un mandala del *bodhisattva* Manjusri, el que disipa las tinieblas, me concentraría delante de su imagen divina y esto me ayudaría a aconsejarte una solución…

—¡Buenas noches! —le replicó precipitadamente Cinco Prohibiciones, que acababa de percibir ruido, haciéndole señal de que se callara.

Un momento después olió en la nuca el aliento pestilente del jefe Majib, que se había acercado a comprobar que sus prisioneros seguían atados antes de ir a echar una ojeada al capacho de los pequeños.

Burlar a un hombre tan desconfiado como aquél seguro que no iba a ser fácil.

A partir del día siguiente, aprovechando un momento de distracción de Majib, que había ido a reprender a unos participantes del convoy a los que a juzgar por el tono de voz estaba cubriendo de injurias, Cinco Prohibiciones llevó aparte al *ma-ni-pa*.

—Ayer noche no pudimos hablar con tranquilidad. Si he entendido bien, estás pronto a seguirme si me apodero del capacho y consigo escapar.

—¡Por supuesto! Pero para que esto sea posible tendrían que dejar de vigilarnos día y noche como hasta ahora. No tienes más que mirar la cuerda que nos traba. Ni siquiera disponemos de algo con que cortarla.

—El Majib ese no dejará que nos larguemos así como así y menos llevándonos a los niños a los que ha decidido casar. Esto no es óbice, sin embargo, para que no huyamos.

—Poniendo todas las posibilidades de nuestra parte…

—Me alegra comprobar que tú y yo estamos completamente de acuerdo.

—No actuar equivaldría a condenar a esos dos inocentes a una vida atroz. Sería, para nosotros, un *karma* muy malo…

—Oye, desde ayer el jefe no desampara ni un momento el capacho de los niños sagrados. Incluso lo ha instalado en la grupa de su propio mulo. Y no deja que nadie se ocupe de ellos —observó, contrariado, el *mahayanista*.

Por orden de Majib, que desconfiaba de aquellas conversaciones suyas, se les acercaron dos parsis dispuestos a hacerlos callar.

Continuaron la marcha separados y, durante los días que siguieron, observados por los ojos fríos y desconfiados del jefe Majib, evitaron hablarse para no despertar sospechas.

Las condiciones meteorológicas, por otra parte, tampoco favorecían aquel tipo de conciliábulos.

En efecto, en el país de Bod, en medio de un hormigueo de copos que revoloteaban cual mariposas, la nieve comenzaba a caer cada vez más densa.

Pronto haría una semana que hombres y animales, la cabeza gacha, avanzaban penosamente por el camino sin ver apenas nada a más de dos pasos. Con respiración entrecortada y las sienes tensas y doloridas a causa de la altitud, iban poniendo un pie delante del otro lo mejor que podían procurando economizar las pocas energías que les quedaban. Hasta la perra Lapika, pese a estar habituada a la nieve y al hielo, sufría tanto como los hombres.

El día octavo, el viento glacial que se había levantado con gran violencia acabó por barrer las nubes algodonosas que cubrían el cielo.

El joven monje, maravillado, ya pudo contemplar las cimas erizadas de hielo de la cadena montañosa que, a través de sucesivos peldaños, se iba elevando hasta el Techo del Mundo.

En cuanto al resto del convoy, tras tantos días de lucha, ansiando encontrar un refugio y agotados todos sus componentes por los vientos y la nieve que acababan de afrontar, a la vuelta del camino le esperaba una grata sorpresa.

Tenían un albergue a la vista, anunciado con la enseña en forma de caldero colgado de unas cadenas.

Destacaba agradablemente ante los ojos de todos los viajeros, anhelantes de dormir en una cama de verdad, sobre la espesa capa de nieve que cubría el tejado del edificio.

—El jefe Majib quiere que os diga que esta noche vamos a dormir aquí. Le gusta este albergue —anunció Ulik.

—¡Qué suerte! Por fin podré afeitarme el cráneo con agua caliente! —soltó, riendo, el *ma-ni-pa*.

—Tienes razón. ¡Lo mismo haré yo! Hace semanas que me afeito la cabeza con agua fría y ya empieza a despellejárseme —añadió Cinco Prohibiciones.

Tras acercarse al *ma-ni-pa* y a Cinco Prohibiciones, Majib ordenó a sus hombres que retiraran las cuerdas que los tenían prisioneros.

—¡No quiere despertar sospechas! Por eso nos quita las ataduras —soltó el *ma-ni-pa* a Cinco Prohibiciones, lo que fue confirmado por Ulik cuando el joven *mahayanista* le preguntó los motivos.

—¡Gracias, Ulik, por tu franqueza! —le murmuró Cinco Prohibiciones.

—Yo también he reflexionado y soy contrario a la idea de casar hermano con hermana —murmuró el joven parsi con aire de complicidad.

—¿Estás dispuesto a ayudarnos a escapar? —le lanzó, lleno de esperanzas, el ayudante de Pureza del Vacío.

—¿Por qué no?

Libre de movimientos por fin, Cinco Prohibiciones se sintió satisfecho de aquel comienzo de alianza, lo que aprovechó para acercarse a acariciar el cuello del semental Derecho Delante, que el jefe Majib había atado al tronco de un árbol en un lugar algo más alejado del camino.

El gran caballo negro, feliz de volver a ver a su amo, emitió un prolongado relincho y a continuación se encabritó un poco en «señal de respeto y reconocimiento», como se decía en China.

—Ulik es nuestro aliado. Hay que aprovechar la ocasión y huir del albergue con los niños mientras duermen los parsis —dijo en un hilo de voz el ayudante de Pureza del Vacío al *ma-ni-pa*, que le pisaba los talones.

Y de pronto indicó con un gesto subrepticio al monje errante que se callara.

En efecto, el intérprete se dirigía hacia ellos, lívido y con el semblante descompuesto.

—Me temo que el jefe Majib sospecha algo. Quiere que os advierta que, como intentéis escapar del albergue, os dará muerte con su puñal. Y os aseguro que no bromea —gimió retorciéndose las manos.

—¡Comunícale que no estoy loco! Dale esta respuesta de mi parte, Ulik. ¡Anda, ve! ¡Es importante! —insistió Cinco Prohibiciones viendo a Ulik algo reticente.

—¡Está bien, ya voy! —acabó por decir en un murmullo este último.

El posadero, delante de la puerta, comenzó por informarse con acritud de la solvencia de aquella comitiva de pobres diablos que parecían salidos de un infierno helado, tal era su deplorable aspecto.

—Esto no es un monasterio budista donde se distribuye comida a los peregrinos, sino un albergue donde hay que pagar. Prefiero advertírselo antes que otra cosa a todos los viajeros que se presentan. ¿Lleváis dinero?

Ulik tradujo las palabras a Majib, quien replicó secamente con algunas frases.

—El jefe Majib me pide que negocies una tarifa adecuada con el posadero y que procures que se acomode a sus disponibilidades —dijo Ulik, algo molesto, dirigiéndose a Cinco Prohibiciones.

El monje se acercó al hombre de expresión desagradable que, a lo que parecía, ya se disponía a cerrar la puerta en las narices tanto a él como a todos los demás.

—¿Sabes que te expones al infierno, hombre de poca fe? ¿Por qué hablas tan mal de los monasterios budistas? ¡Ojalá que no te veas en la necesidad de pedirles hospitalidad! —le soltó Cinco Prohibiciones con energía.

—¡No entiendo por qué me dices esto! —balbuceó el posadero, un tanto inquieto.

—Los budistas practican siempre la hospitalidad. No dicen lo que has dicho tú sobre la comprensión de los monjes. A menos que seas un descreído…

—Voy dos veces al año al convento de la Iluminación de Hetian y ofrezco cirios —se apresuró a farfullar el hombre.

—En ese caso tienes que tratar de otra manera a unos viajeros que te solicitan cobijo después de muchos días de camino y de haber pasado frío.

—¿Quién eres, pues, para hablarme de ese modo? —preguntó el posadero con voz débil.

—Soy el Tripitaka Cinco Prohibiciones, ayudante del Director del convento *mahayanista* más grande de China. ¡Puedes estar seguro de que creo lo que digo!

Clavó los ojos en los del posadero para convencerlo de que hablaba con toda la seriedad del mundo.

—Olvida mis palabras. He hablado sin pensar. ¿Cuánto estáis dispuestos a pagar? ¡Seguro que nos ponemos de acuerdo!

Cinco Prohibiciones se vació los bolsillos y le entregó sus dos últimos *taels*.

—Es todo lo que tengo. Lo que falta, que lo pague tu compasión.

—¡De acuerdo! —gimió el interesado.

—Di a tu jefe Majib que este hombre va a alojarnos por una módica tarifa —anunció, satisfecho, Cinco Prohibiciones.

—Espero que ese perrazo enorme no asuste a los elefantes.

El posadero indicó a Lapika, que se mantenía a pocos pasos detrás de su amo, pronta a saltar, como si quisiera protegerlo de la maldad de aquél.

—No hay nada que temer por ese lado. Lapika me obedece simplemente con el gesto o la mirada. Dormirá a mis pies —prometió, al tiempo que se decía para sus adentros que el posadero tenía un sentido del humor muy curioso.

¡Mira que hablar de elefantes en pleno invierno, en el país de Bod, en aquellas alturas azotadas por vientos helados!

—¿Cuántos días va a albergarnos? —preguntó entonces, a través de Ulik, el jefe Majib.

Cinco Prohibiciones transmitió la pregunta.

El posadero se limitó a hacer una mueca a guisa de respuesta.

Al ver esto, el joven monje se acercó a Ulik y respondió con una gran mentira:

—Puede albergarnos tres noches y dos días.

Consideró que era un periodo razonable para preparar su huida en las mejores condiciones posibles.

—El jefe Majib dice que eres un hombre hábil. Está contento de ti —le murmuró el intérprete, que acababa de hacer la traducción a su jefe.

—Disponemos de dos días y tres noches para actuar —murmuró al *ma-ni-pa* Cinco Prohibiciones cuando éste, cargado con la cesta de los pequeños que Majib le había entregado, ya subía la escalera de tablones que permitía acceder al dormitorio de los viajeros, situado en el piso superior.

—¡Es poco! —murmuró el *ma-ni-pa*.

—¡Pues no hay más! —replicó, enfadado, Cinco Prohibiciones.

En un rincón del dormitorio instalaron a los dos bebés junto a las ubres de Lapika y después, así que estuvieron saciados, tras cambiarlos y devolverlos a su cesta, se desnudaron.

Los dos hombres llevaban semanas durmiendo sobre las piedras de la tierra helada.

—¡Estoy tan agotado que ni hambre tengo! —dijo el *ma-ni-pa* echándose en la paja del enorme jergón que atravesaba la habitación de un lado a otro.

—¡Lo mismo que yo! Tengo mucho sueño que recuperar —añadió el monje con un bostezo antes de quedarse dormido con la mano en la cesta de los niños.

Cinco Prohibiciones apenas había empezado a soñar con el hermoso rostro del Bienaventurado Buda, con su Despertar bajo la higuera sagrada, con su Ascensión al Cielo, cuando lo despertó una ligera presión en el cuello.

Al principio creyó que se trataba de un animal intruso, lo que hizo que se enderezara al momento como movido por un resorte.

Se trataba simplemente de Ulik, que le daba unos golpecitos en la espalda para arrancarlo del sueño.

—El jefe Majib dice que el semental Derecho Delante no quiere entrar en la cuadra. Quiere que vengas.

El joven monje, pese al dulce torpor que lo había invadido, se vistió deprisa y corriendo y acompañó a Ulik abajo para ver de qué se trataba.

Delante de la cuadra, con las patas separadas, los cascos hundidos en la nieve, era evidente que el semental negro del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales estaba haciendo de las suyas.

La puerta de la cuadra, hundida a coces, daba testimonio de la violencia y fuerza del animal. Alrededor del semental, que echaba espumarajos por la boca y parecía enloquecido, algunos parsis se aprestaban inútilmente a dominarlo.

Cinco Prohibiciones observó, junto a ellos, la presencia de otros dos personajes, de piel mucho más oscura, que celebraban un conciliábulo. Debía de tratarse de indios ya que percibió que, aunque hablaban en voz baja, se expresaban en sánscrito. Uno llevaba la larga túnica plisada de color anaranjado propia de los monjes budistas del Pequeño Vehículo y sobre los hombros, debido al frío, se había echado un grueso chal de sayal oscuro.

—¡El caballo tiene miedo del elefante! Así que lo acercas a la puerta, se encabrita y empieza a pegar coces. ¡Imposible hacerlo entrar! Al verlo así, el elefante también se pone nervioso y se enfurece. ¡Mi Sing-sing corre el riesgo de volver a lastimarse! —exclamó, dirigiéndose a Majib, el que no iba vestido de color anaranjado de los dos hombres de tez oscura.

Cinco Prohibiciones observó que llevaba colgado del cinto de cuero de la túnica un gancho-arpón de cornaca.

El otro, el monje del Pequeño Vehículo, debía de conocer algunas palabras de parsi, ya que se dirigía a sus captores sin recurrir al intérprete.

—Ese monje dice al amo Majib que su elefante puede ser peligroso cuando se pone nervioso —explicó Ulik a Cinco Prohibiciones.

—¿Cómo es que hablas nuestra lengua? —le preguntó Cinco Prohibiciones en sánscrito.

Intrigado, el monje de la túnica anaranjada lo escrutó con la mirada y respondió:

—La aprendí siendo niño. Soy oriundo de una provincia india que durante un tiempo estuvo invadida por los parsis. En mi familia era costumbre aprender lenguas extranjeras. También puedo escribir un millar de caracteres chinos, así como pronunciarlos.

Pese a las circunstancias, el hombre que había adivinado al instante, por su porte, sus ojos oblicuos y su piel clara, los orígenes chinos de Cinco Prohibiciones, pareció dar prueba de un gran dominio de sí mismo.

Su mirada, desprovista de toda agresividad, esbozó incluso una sonrisa de circunstancias.

Todo lo cual incitó al joven monje a saber más.

—¿Cómo te llamas?

—¡Puñal de la Ley! ¿Y tú?

—Yo, Cinco Prohibiciones. Pertenezco al budismo del Gran Vehículo, pero tengo un gran respeto por el Pequeño Vehículo.

La conversación de los dos hombres se paró en aquel punto ya que, en la penumbra de la cuadra, la agitación había alcanzado su nivel máximo.

Cinco Prohibiciones, con gran prudencia, introdujo la cabeza.

En el fondo de un establo, vio la trompa del paquidermo arrollada sobre sí misma en señal de defensa y de hostilidad emitiendo un lúgubre silbido.

—¡Sing-sing está poniéndose más nervioso por momentos! Como se encolerice más, derribará el muro de la cuadra a cabezazos. ¡Es preciso que calmes a tu caballo! —exclamó en chino y a continuación de nuevo en parsi Puñal de la Ley.

Cinco Prohibiciones se acercó al caballo, que, con movimientos de las orejas, ojos desorbitados y sacando humo por los ollares, era la imagen de la desesperación.

A continuación puso la mano en la testuz del animal.

—¡Dejadme! —dijo, dirigiéndose a los dos bandoleros parsis que lo sujetaban firmemente para impedir que se alejara.

Acariciándole el cuello, se inclinó sobre la oreja del animal y le repitió varias veces en un dulce murmullo:

—¡Derecho Delante, guapo, cálmate! ¡Todo irá bien! ¡Estoy aquí!

El semental lanzó un bufido y se quedó tranquilo como un cordero, feliz de haber encontrado a su amo, mientras en el interior del edificio el elefante continuaba manifestando ruidosamente que no estaba de acuerdo con lo que ocurría.

—Ese monje, entre otras cualidades, tiene la de saber hablar a los caballos —dijo el *ma-ni-pa* a Ulik con intención de que tradujera sus

palabras.

Para el monje errante, que se había reunido con ellos en la era que daba entrada a la cuadra, era una forma de impresionar a aquel mundo, que también le permitía manifestar el orgullo y admiración sinceras que sentía por el joven *mahayanista*, cuyos conocimientos y talento estaban a la altura de sus cualidades humanas.

De la concurrencia de parsis, fascinados ante la aparente facilidad con que Cinco Prohibiciones había conseguido calmar al furioso semental, se levantaron murmullos de aquiescencia.

Bajo la mirada desconcertada del jefe Majib, el monje *mahayanista* empuñó las riendas de Derecho Delante, que iba siguiéndolo dócilmente, y lo hizo entrar lentamente en la cuadra hasta situarlo delante del establo del elefante Sing-sing, que seguía agitándose de forma amenazadora.

El paquidermo, al que la proximidad del caballo enfurecía particularmente, dirigió hacia él las puntas de sus colmillos, afilados como puñales.

Frente a él, Derecho Delante no parecía resignado a convertirse en su víctima. Sus palpitantes ollares y los estremecimientos de sus belfos revelaban su voluntad de defenderse.

Presintiendo un enfrentamiento mortal, el cornaca se precipitó con su gancho-arpón, preparado para cualquier eventualidad, temiendo más que nada el choque de aquellas dos bestias que el miedo podía convertir en incontrolables.

Cinco Prohibiciones, entonces, comenzó a recitar con voz lenta, en chino clásico, las frases con las que empezaba el *Sutra del Sosiego*, un texto que Pureza del Vacío le había hecho aprender y que se leía a los enfermos graves cuando la fiebre los hacía delirar:

Sosiega tu corazón y tu alma y todo irá bien…

Después, con infinitas precauciones y los ojos entrecerrados, repitió incansablemente, cada vez más aprisa, las tres primeras estrofas del texto sagrado y acercó con gran suavidad la trompa de Sing-sing a la crin de Derecho Delante hasta que se tocaron.

Así que se rozaron, los dos animales se estremecieron primero y se calmaron bruscamente después, como si aquel contacto directo hubiese eliminado en ellos todo miedo y agresividad.

Unos instantes más tarde, el irascible Sing-sing se dejó acariciar por Cinco Prohibiciones y movió las orejas a manera de abanico en señal de satisfacción.

En la cuadra reinaba ahora un profundo silencio.

—¡El monje que habla a los caballos también sabe calmar a los elefantes! —se les oía decir aquí y allá por lo bajo.

—Está visto que en tu arco hay más de una cuerda. A lo mejor incluso sabes cuidar a este elefante que está enfermo y no llega a curarse del todo —exclamó Puñal de la Ley indicando a Cinco Prohibiciones las patas del pobre animal.

—Veré qué puedo hacer, pero te prevengo que no soy veterinario —respondió el ayudante de Pureza del Vacío antes de examinar con gran atención la parte inferior de las extremidades delanteras del elefante Sing-sing.

Las heridas profundas y violáceas distaban mucho de haberse cicatrizado.

—¡Elefante sufrir mucho! ¡Nieve y hielo, no es bueno! —se arriesgó a manifestar el cornaca.

—¿Tú qué crees? ¿Puede caminar ese animal en el estado en que se encuentra? —preguntó a Cinco Prohibiciones el acólito de Buddhabadra.

—En mi opinión, estas heridas se abrirán más si el animal camina en la nieve. Incluso pueden infectarse y entonces la fiebre lo matará.

—¿Puedes curarlo, Cinco Prohibiciones? ¡Parece que sabes mucho de animales! Hace casi tres semanas que nos encontramos inmovilizados en este maldito albergue de montaña y tenemos precisión de partir.

—Tengo un ungüento que vale para las grietas, un tarro de una pomada cicatrizante muy eficaz que me dio mi Superior… Podríamos tratar de aplicársela a las patas y después vendárselas. ¿Qué dices?

—Me parece una excelente idea. La piel humana es más frágil que la de los elefantes, pero las dos son el envoltorio carnal de almas reencarnadas…

Cinco Prohibiciones se fue derecho a su dormitorio, de donde volvió con un tarro de arcilla. Estaba tapado con un tarugo de madera que, al retirarlo, liberó un intenso olor a alcanfor y a canela.

—Si dos noches después de su aplicación se *han* cerrado las heridas, se podrá pensar en reemprender la marcha —dijo el joven monje del Gran Vehículo.

—¡No sé cómo darte las gracias! —murmuró Puñal de la Ley a Cinco Prohibiciones cuando, unos momentos más tarde, volvieron a encontrarse en el dormitorio común del largo granero, aquel espacio bajo de techo donde se apelotonaban los clientes del albergue mientras los parsis estaban de francachela en el comedor.

La perra Lapika seguía custodiando la cesta de los dos bebés.

—Eres un monje budista como yo aunque no pertenezcamos a la misma Iglesia. ¡Los demás nos reconocen por nuestros cráneos rapados y nuestras ropas de sayal! ¡Siendo gentes de la misma extracción, tenemos esta obligación!

—Verdad es que, por encima de nuestras diferencias, veneramos al mismo Buda y creemos en su Santa Vía. De todos modos, me has hecho un gran favor.

—Nuestras Iglesias son hermanas. Nuestro gran maestro de *Dhyâna*, el *kucheano* Kumârajîva, fundador del Gran Vehículo, antes de ser llamado a la corte de China por el propio emperador era traductor de *sutras* indios del Pequeño Vehículo, del que era adepto.

—En la India, mi monasterio recibe a numerosos monjes del Gran Vehículo que hacen la santa peregrinación siguiendo las huellas de Buda.

—¿Me acogerás, quizá, un día? ¿Cómo se llama tu convento?

—El Único Dharma. Mi comunidad es la guardiana del Gran Relicario de Kaniska, que custodia los Santísimos Ojos de Buda.

—Yo vengo del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, en la China central.

—Dicen que es el monasterio más grande de China. ¿Son quietistas o repentistas?

—Nuestro director, el Muy Venerable Superior Pureza del Vacío, es un vibrante partidario de la Iluminación Súbita, la inexplicable. Es aquélla

cuya búsqueda es, a fin de cuentas, inútil porque se produce por sí sola, gracias únicamente a la fuerza del distanciamiento y de la meditación, cuando la cabeza se vacía de cualquier pensamiento o reflexión.

Los dos religiosos permanecieron en silencio hasta que Cinco Prohibiciones acabó por decir:

—¿Puedo pedirte un gran favor, Puñal de la Ley? Pero ya te digo por adelantado que no se trata en modo alguno de la contrapartida de lo que he hecho por Sing-sing. Y en caso de que te niegues, no te lo tendré en cuenta.

—Me esforzaré en hacerte ese favor, Cinco Prohibiciones, en la medida de mis modestos medios, teniendo en cuenta sobre todo las dimensiones de la espina que acabas de extraerme del pie o, mejor dicho, de la pata de mi paquidermo.

—¡Tienes que ayudarnos a huir! El jefe parsi Majib nos tiene prisioneros a mí y al *ma-ni-pa* desde que nos capturó cuando íbamos de camino —le dijo en un hilo de voz.

—Ya me temía algo así de ese hombre… ¡Salteadores de caminos! Generalmente se contentan con desvalijar a los viajeros, ¿por qué os retiene, pues?

—Es soldado y quiere reunir dinero para un tío suyo, un antiguo soberano persa deseoso de formar un ejército y recuperar su poder.

—Sigo sin comprender qué tiene que ver vuestra captura con ese plan suyo.

—Debo hablarte del botín con que cuenta.

Cinco Prohibiciones mostró entonces a Puñal de la Ley la cesta donde dormían los dos niños.

—Tengo el encargo de llevar a esos dos niños a Luoyang —añadió levantando la ropa debajo de la cual dormían los pequeños.

Puñal de la Ley no pudo evitar un sobresalto al ver la carita peluda de la niña.

—Contra lo que puedas pensar, esa niña no es un simio, pese a que tiene la mitad de la cara afectada por el vello.

—¡Jamás había visto cosa igual! ¡Lo extraño es que sea tan hermosa a pesar de ese defecto! —murmuró el acólito del Inestimable Superior Buddhabadra.

—El niño que duerme a su lado es su hermano. Son gemelos…

—Entre los míos, más de uno afirmaría que ese bebé desciende de Hanuman el mono, el devoto servidor de Rama[34]. Una niña así tiene que acabar en un templo y ser venerada como una Diosa.

—¡Importa poco que provenga de Hanuman el indio o de la Diabla de las Rocas la Tibetana o simplemente del acoplamiento de un hombre y una mujer! Lo seguro es que ahora debo proteger a esos niños contra el proyecto de ese jefe parsi, que tiene intención de venderlos en un mercado de Persia para que los casen.

—¡Me parece una vileza! Ya había oído decir que, en otro tiempo, los parsis fomentaban los casamientos entre hermanos con intención de honrar la memoria de la primera pareja fundadora. Pero no me podía imaginar que esta costumbre se hubiera perpetuado.

—No hay duda de que el jefe Majib espera sacar un buen precio. Y a buen seguro que debe de pensar que el sistema piloso de la niña puede decuplar su valor…

—Comprendo que tengas tanta prisa de librarte de sus garras.

—Este hombre es extremadamente desconfiado. Nos hace viajar con los pies atados. Sólo nos desató cuando llegamos al albergue y lo hizo para no despertar sospechas. Pero desde entonces no ha dejado de vigilarme por el rabillo del ojo…

—Pero ¿qué pueden hacer unos persas en busca de fortuna en este rincón perdido de la altiplanicie tibetana?

—Se *han* perdido en estos caminos de montaña. Según su intérprete, buscan el hilo de seda que les permitirá reiniciar la fabricación de sus preciosos tapices, que venden por muchísimo dinero.

—Verdad es que las alfombras de seda que se tejen en Shiraz o en Ispahan valen inmensas cantidades de oro. Si supieras qué precios asombrosos paga el convento del Único Dharma por las que se colocan en el lomo de los elefantes sagrados que pasean las santas reliquias antes de enjaezarlos con sus nacelas, te parecería increíble —murmuró el monje del Pequeño Vehículo.

—Entonces Ulik no me ha mentido. Por otra parte, creo que su intérprete es fiable —le soltó haciendo una señal al *ma-ni-pa* y a Puñal de la

Ley para indicarles que se callaran.

Se oyó ruido en la escalera que conducía al granero.

Eran los parsis que, uno detrás de otro, silbando y regoldando a quien más mejor, subían a acostarse.

Detrás de todos apareció la silueta maciza del jefe Majib.

Antes de acostarse, comprobó que todos sus hombres estuvieran en cama y después fue a verificar si los dos bebés seguían durmiendo en la cesta, aunque no sin antes echar una ojeada a Cinco Prohibiciones con la que indicaba sobradamente la desconfianza que le inspiraba.

—¡Fijaos, no parece sino que el parsi vela por sus pequeños como si fueran el más precioso de sus tesoros! —masculló el *ma-ni-pa*.

Al poco rato oyeron los sonoros ronquidos del jefe desde el otro extremo del dormitorio, por lo que continuaron la conversación en voz baja.

—Huir de aquí con dos niños tan pequeños supone un difícil riesgo y una cuidadosa preparación —murmuró, preocupado, Puñal de la Ley.

—No tengo otra alternativa. En cualquier caso, no voy a dejar que un parsi los venda como esclavos y que con el tiempo los obligue a procrear. Creo que esos pobres inocentes se merecen una suerte más halagüeña —le respondió febrilmente Cinco Prohibiciones.

—Comparto tu rebeldía. Actuando de ese modo cumplirás un extraordinario *karma* que te acercará un poco más al estadio de *bodhisattva*.

—¡No es eso lo que persigo! Lo que yo busco es ser justo y mantener mi palabra. Prometí al lama tibetano que me los confió que llevaría a esos dos niños hasta Luoyang.

—¡El jefe Majib ordena a los que hablan al otro lado de la sala que se callen! ¡No lo dejan dormir! —gritó la voz de Ulik en tono malhumorado.

El jefe Majib, que dormía sólo con un ojo, le había pedido que averiguara qué ocurría en el otro extremo del dormitorio y que pusiera fin a la conversación.

—Está claro que nuestro plan va a ser difícil de llevar a cabo. Este hombre no disminuirá en ningún momento su presión —murmuró el *ma-ni-pa* antes de dirigir una mirada irritada al jefe parsi y de desear seguidamente buenas noches a Puñal de la Ley y a Cinco Prohibiciones.

Antes de dormirse, Cinco Prohibiciones contuvo un momento la respiración, la dominó y, así que se sintió completamente tranquilizado, fijó la mirada en el techo sobre su cabeza.

Abstrayéndose de las vigas y viguetas del suelo de la buhardilla, situada encima mismo del dormitorio, donde el posadero guardaba las reservas de alimento para el invierno, practicó la meditación trascendental.

Por lo general tenía algunas dificultades para hacer el vacío en su interior y prefería la práctica de ejercicios de artes marciales para alcanzar el estado de conciencia apropiado que permitía la concentración del espíritu.

¡Pero acababa de ocurrir un verdadero milagro!

Sintió, en efecto, que entraba en la fase de meditación sin el más mínimo esfuerzo.

Lo que veían sus ojos no era más que una superficie negra, totalmente plana, una especie de nada insondable y sutil en la que su espíritu podía penetrar con gran delectación.

Por primera vez, Cinco Prohibiciones sentía el increíble sosiego que provocaba la llamada del vacío, sobre el cual le había hablado tantas veces en las sesiones de meditación su gran maestro de *Dhyâna*, pero que hasta aquel día no había experimentado nunca plenamente.

Ahora su espíritu flotaba en el espacio, consciente de su existencia, pero no de su apariencia.

El joven monje no pensaba en nada y sus ojos tampoco veían nada.

En cuanto a su espíritu, finalmente libre y tranquilo, liberado de cualquier contingencia, ya no creía en nada, ¡ni siquiera en Buda!

Ahora Cinco Prohibiciones entendía mejor lo que quería decir su maestro Pureza del Vacío cuando intentaba explicar a su discípulo que la meditación Chan era tan radical que podía conducir a algunos de sus practicantes particularmente místicos y audaces a negar incluso la existencia de Buda en nombre de aquel vacío purificador que era el único que permitía al espíritu humano evadirse del filón de dolor en el que lo había encerrado el ciclo infinito de los renacimientos.

Cinco Prohibiciones, lleno de felicidad, se contentaba con saborear la pureza del vacío, esta sutil y turbadora evanescencia que su maestro había

descrito tan bien en el *sutra* guardado en la caja oblonga que ahora tenía a sus pies.

Entonces pudo llegar finalmente a ese concepto del «*anatman*», el principio del «no-yo» tal como el Bienaventurado Buda lo había enseñado a sus primeros discípulos, un principio que le había costado concebir hasta entonces por el simple hecho de que le costaba aceptar que en el universo no hubiera nada que fuera duradero ni existiera aparte del «yo».

Fue una suerte, pues, que aquella noche Cinco Prohibiciones, envuelto en el vacío como un niño de teta en sus pañales, se durmiera.

El día siguiente por la mañana encontró a Puñal de la Ley y al *ma-ni-pa*, que acababan de beber un cuenco de sopa de coles hirviente, mientras los parsis, que seguramente ya habían desayunado, se entrenaban en el lanzamiento de flechas en el patio del albergue.

—¡Buenos días, Cinco Prohibiciones! ¿Has pasado una buena noche? —preguntó el primer acólito de Buddhabadra.

—¡Hacía dos meses que no dormía tanto!

—He reflexionado sobre lo que me dijiste ayer noche. La única manera de ayudarte a salir de todo esto es que yo me vaya con vosotros. Esto nos permitirá elegir el momento propicio. ¡Huir en plena montaña sería una locura! Ese jefe Majib te vigila como el águila a la marmota cuando ésta sale de su madriguera para aventurarse en la pradera…

—¿Sería mucho pedir que cambiases de ruta, Puñal de la Ley, teniendo en cuenta que te haría perder un tiempo precioso?

—De no haber sido por ti, el elefante Sing-sing probablemente habría muerto de una infección. Y en cuanto al rumbo del viaje, la verdad es que no tengo una meta precisa. Podríamos hacer juntos una parte del camino.

—¡No irás a decirme que te has perdido! ¿Cómo es posible llegar hasta aquí sin tener una meta precisa? —preguntó, sorprendido, Cinco Prohibiciones.

—Voy en busca de mi Muy Inestimable Superior Buddhabadra y de su elefante blanco sagrado. Debían reunirse con el cornaca en este albergue hace más de dos meses. Yo los esperaba en Peshawar, pero el cornaca llegó solo. Entonces decidí venir aquí, pero me temo que volveré con las manos vacías.

—¡Te compadezco! ¿Crees que perecieron en la nieve?

—No lo sé. El único que debe tener idea de lo que pasó realmente es el Bienaventurado, dondequiera que esté —murmuró el monje del Pequeño Vehículo con las lágrimas en los ojos.

—¡Lo lamento por ti! Tu suerte no es más envidiable que la mía… —murmuró Cinco Prohibiciones, trastornado al oír tan terrible confidencia.

—¿Será que Buddhabadra se dirigió hacia el este? Por lo que pude entender de su conversación durante el desayuno gracias a los rudimentos de parsi que aún conservo, ésa es la dirección que quieren emprender tus secuestradores…

—Cuando lo interrogué, Ulik me aseguró que no era a China, aunque no me dio el nombre del destino de su viaje.

—No me sorprende… Pude comprobar que su jefe se abstenía de pronunciar el nombre de esta ciudad. Para falsear más las pistas, habla siempre del «oasis del desierto».

—¿Cuáles son los oasis de la parte oriental de la Ruta de la Seda? —preguntó entonces el adepto del Hînayâna.

—Son muy numerosos. Partiendo de Chang An, después de la Puerta de Jade, se encuentra primero Dunhuang y después, en el tramo septentrional, Hami, Turfan y Kucha, mientras que en el tramo meridional está Ruoqiang, Yutian y Hetian. En Kashgar, que nosotros llamamos Kashi en chino, se juntan las dos ramas de la ruta.

—¿Cómo se puede saber hacia dónde decidió dirigirse ese parsi entre las numerosas etapas? —se lamentó el *ma-ni-pa*, a quien Cinco Prohibiciones había traducido la pregunta de Puñal de la Ley, así como su propia respuesta.

—¡No importa! ¡Ya veremos! Habrá que esperar. Tendrá la obligación de acompañarnos. Y entretanto, en la primera ocasión, ya habremos escapado —le aseguró, esperanzado, el ayudante de Pureza del Vacío.

Pese a los escasos resultados de su lamentable periplo, Puñal de la Ley, convencido de que se disponía a vivir una experiencia fructífera y decisiva, parecía feliz.

Aunque pertenecientes a obediencias budistas diferentes, sabía que siempre valían mucho más dos monjes que uno solo frente a posibles

imprevistos y a la adversidad.

Las interminables jornadas de espera, sitiado por la nieve y las heridas de Sing-sing en el albergue de montaña en compañía de aquel cornaca incapaz de hilar tres palabras seguidas; la terrible sensación de inutilidad y de desaliento que había empezado a sentir ante la desaforada búsqueda del elefante blanco y de Buddhabadra en el inmenso desierto blanco del macizo del Techo del Mundo; los remordimientos, cada vez más intensos, que no cesaban de corroerlo, por haber abandonado a su suerte a los monjes del convento de Peshawar justo cuando iba a iniciarse la Pequeña Peregrinación… todo aquello había quedado borrado súbitamente gracias a Cinco Prohibiciones.

Aquella sensación de libertad y de sosiego que el primer acólito de Buddhabadra había sentido a partir del primer contacto con aquel monje, un simple gesto del cual había bastado para devolver la salud a su paquidermo, acabaron de convencerle de que formaban una pareja complementaria.

La amabilidad y comprensión de que daba pruebas Cinco Prohibiciones en todo momento eran muy oportunas.

Puñal de la Ley tenía necesidad de aquel contacto y de aquella amistad naciente, que presentía intensa.

La búsqueda de Buddhabadra podía ser aún larga y penosa.

Aquella sensación de peligro, de riesgo y hasta de extrañeza que sentía desde su partida seguramente indicaban que su Inestimable Superior le había escondido muchas cosas que ahora le complicaban extraordinariamente la tarea.

Cuando uno se encontraba, como él, en trance de perder uno tras otro sus puntos de referencia, lo que más falta le hacía era la comprensión de los demás, sobre todo si era tan amable e inteligente como aquel joven monje del Gran Vehículo.

Y si el camino de Cinco Prohibiciones se había cruzado de aquel modo con el suyo, Puñal de la Ley, que no creía en el azar, estaba convencido de que aquel empujoncito sólo podía venirle del Cielo, de un *bodhisattva* que lo apreciaba o del *apsara* que velaba por él e incluso —¿por qué no?— del propio Buda.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí, Puñal de la Ley. ¡No lo olvidaré! —afirmó Cinco Prohibiciones.

Los dos monjes se levantaron entonces al mismo tiempo y después, por respeto, se hicieron una inclinación reverente hasta que sus frentes se tocaron.

Después de lo cual, sin cederse la palabra, comenzaron a recitar las fórmulas rituales mediante las cuales era costumbre ofrecer la jornada que empezaba a la voluntad del Bienaventurado, suplicándole al mismo tiempo que alejase todo lo posible las tentaciones que acechaban al hombre y lo sumían en el insoportable dolor de los dolores insatisfechos.

Cada uno, tranquilizado por la bondad y la complicidad que veía en aquel momento en la mirada del otro, hubo de decirse que por lo menos, entre monjes budistas, era posible entenderse.

Y teniendo en cuenta lo que les esperaba, esa complicidad era particularmente tranquilizadora.

XVIII

PALACIO DEL GENERAL ZHANG,
CHANG AN, CHINA, 5 DE ABRIL DE 656

Los dos hombres, sentados uno frente a otro en elegantes sillones de ébano, lucían los atributos de su elevado rango: una larga espada curva con el puño de jade, que indicaba que se trataba de un general del imperio, el grado más alto del ejército, uno de ellos; y un sable más corto cuya guarnición de bronce ostentaba una esmeralda incrustada, el otro, que era prefecto.

—¿Os percatáis, mi general, de que la tal Wuzhao estaba prácticamente desnuda en la cama cuando el Mudo, acompañado siempre de su horripilante grillo, me hizo pasar a su camarín? —exclamó con voz tonante el prefecto Li, manoseando, nervioso, la empuñadura del sable.

—¡Vaya con los aires que se da la zorra! Atreverse a recibir en cueros a un alto funcionario como vos… —exclamó, indignado, el viejo general Zhang, que masticaba una almendra tostada.

En la mirada del Gran Censor acababa de centellear un fulgor de lubricidad.

—¡Eso digo yo! Esa arpía sabe utilizar sus encantos. Como yo hubiera tenido veinte años menos… —dijo.

—¡Sí, os hubierais rendido! ¡Decidlo claramente! Confesad francamente que tiene hermosos pechos —exclamó medio en broma el general.

El general Zhang, después de haber sido un ilustre comandante de victoriosas campañas, había sido elegido por el gran emperador Taizong para desempeñar el cargo de Primer Ministro, autoridad que había ejercido por espacio de largos años antes de que Gaozong lo depusiera.

Herido al ver que Dama Wang era repudiada, el militar retirado se puso al frente del clan de los enemigos irreductibles de Wuzhao, protegido por el inmenso prestigio que se le reconocía en el imperio por sus gloriosos hechos de armas, tan beneficiosos para Taizong el Grande.

—¡Verdad es que los pezones de la emperatriz eran rosados como el nácar! Esa mujer debe de ser tan cruel como hermosa. Llevaba una túnica abierta de arriba abajo, así que cuando se sentó delante de mí y cruzó, con toda intención, las piernas, se las arregló para dejarme ver hasta lo más profundo de su valle de rosas, que más parecía el sendero del jardín interior de un templo budista, tan perfectamente desherbado estaba —precisó, decididamente elocuente, el prefecto Li, a quien la visión del botón de peonía de Wuzhao había dejado un recuerdo indeleble a pesar del odio que profesaba a aquella mujer.

—En lo que a mí concierne, jamás he tenido esa suerte. Es evidente que la emperatriz me detesta tanto como yo la desprecio a ella… ¡No se fía de mí! Dicen en la ciudad que para el emperador Gaozong sus pezones son tan dulces como frambuesas. En cuanto a su valle de rosas, seguro que le encanta pasear la lengua por él. También se murmura que esa mujer ponzoñosa no tiene igual a la hora de chuparle el bastón de jade ni de dejarse penetrar por el patio de atrás. ¡Práctica vil de la que, al decir de los eunucos, que lo comentan con miradas de reojo, Gaozong no se cansa nunca! El hecho es que esa mujer tiene al pobre emperador a su merced. Y ya que está obsesionado con esa esposa tan descarada, os aseguro que ese chico no llegará lejos. ¡Menudo imbécil! Esa mujer no tardará en gobernar el imperio y reemplazar en todo al emperador. Dondequiera que se encuentre el difunto Taizong el Grande, si acaso ve todo esto, seguro que está hecho una furia. ¡No tardará en dilapidar su rico patrimonio! —refunfuñó el antiguo Primer Ministro del emperador más grande de la dinastía de los Tang, quien dio a su reino un brillo equivalente al que ocho siglos antes le diera el primer emperador Qin Shi Huangdi.

—¡Es preciso reconocer que la emperatriz tiene un cuerpo soberbio! El arma con que retiene a su marido es realmente temible… —exclamó el prefecto Li, excitado por la cruda descripción de los favores que Wuzhao otorgaba a Gaozong.

—Si estamos aquí es para hablar de lo que ella os dijo, no de los encantos que esconde entre sus muslos —lo interrumpió el viejo general.

—De acuerdo, mi general. Debo deciros que la conversación no tardó en adquirir un sesgo muy curioso. Desde el principio hasta el fin no cesó de sonsacarme en relación con esa historia de la seda clandestina como si éste fuera el único asunto que le interesaba. Quería tirarme de la lengua y enterarse de todo lo que yo sabía al respecto, aunque no pronunció ni una sola vez el nombre del Ministro de la Seda, Virtud de Fuera…

—Sin duda os preguntó si la Oficina de los Rumores del Gran Censorado tenía alguna noticia sobre ciertas anomalías en relación con este particular, ¿no es verdad?

—Efectivamente. Pero yo aparenté sorpresa lo mejor que pude. A riesgo de que me tomara por idiota, ni por un momento pensé en contarle lo que ya sabemos desde hace meses y menos aún el plan que he emprendido hace poco tiempo con mis agentes más fiables para tratar de desenmascarar a los autores de ese tráfico que es la comidilla de la ciudad. Por otra parte, cuando Wuzhao comprobó que yo parecía estar en la higuera, teníais que haber visto la satisfacción que sintió. ¡Había que verla, mi general!

—Os repito lo dicho: esta mujer teme que el Gran Censorado meta las narices en ese tráfico e identifique a los autores. Me dejaría cortar la mano si la emperatriz Wuzhao no está conchabada con esos traficantes de seda —no dudó en afirmar, con aire triunfante, el viejo general.

Por fin creía contar con lo necesario para acabar con la usurpadora.

—No estoy aún tan seguro como vos, mi general, para afirmarlo. Pero de lo que estoy persuadido es de que ese tráfico no le disgusta en absoluto. Ignoro aún la razón. Sin embargo, gracias a los medios con que cuenta el Gran Censorado para sus investigaciones, acabaré averiguándolo —dijo el prefecto Li, prudente siempre.

Por su condición de alto funcionario en ejercicio, no disfrutaba del aura ni de la libertad de palabra del viejo Primer Ministro retirado y, por encima

de todo, dado que se sentía deseoso de proseguir su brillante carrera administrativa, no quería que este último supusiera que podía mostrarse parcial en el ejercicio de sus funciones de Gran Censor.

—¿Dispone el Gran Censorado de alguna pista?

En el semblante del prefecto Li apareció la sombra de cierto malestar.

—Hace unas semanas, a raíz de la «denuncia-indulto» de un delito, hago vigilar con gran discreción a los individuos que llevan en la muñeca un hilo fino de seda roja. Parece que allí donde van, hay seda clandestina con toda seguridad.

—¿Serían, pues, esos hombres los que se dedican a ese comercio ilícito?

—Todavía es pronto para saberlo. Según algunos de mis agentes, forman parte de la red comercial propiamente dicha. Según otros, se encargan de la labor de vigilancia.

—Todo esto me parece muy complicado… —farfulló, con aire dubitativo, el viejo general.

—Pues es lo que hay. La investigación es delicada, ya que los miembros de esta red, suponiendo que exista, son en extremo desconfiados…

—¿Sabe algo de ese comercio paralelo el Ministro de la Seda?

—Sin duda. Él mismo me lo vino a comunicar, asustado como un niño, poco después de su entrevista con Gaozong, por supuesto en presencia de la inevitable Wuzhao. No había tenido más remedio que revelar al soberano la existencia del mercado paralelo al estimar que era muy peligroso para su seguridad no informarle de un asunto cuyas proporciones eran tales que, tarde o temprano, llegaría a oídos del emperador.

—¡Es evidente que hace años que se habla del asunto en la capital!

—Tráfico clandestino de seda lo ha habido siempre, aunque nunca de tales proporciones.

—En verdad que Gaozong será siempre el último en ser informado de las irregularidades que ocurren ante sus propios ojos. En cuanto a ese imbécil de Virtud de Fuera, que fue a contar en altos lugares sus pequeñas desgracias, haría mejor vigilando el sector que tiene a su cargo. En serio que ese hombre es el peor Ministro de la Seda que hemos tenido desde el principio de la dinastía de los Tang —dictaminó el viejo militar.

—¡Y además, imprudente, mi general! Sin duda que Wuzhao hizo seguir a Virtud de Fuera hasta la puerta de mi despacho cuando me vino a ver. ¿Cómo explicar, de otro modo, que a los dos días la emperatriz me convocara, si yo en mi vida había tenido tratos con ella?

—Esa mujer espía por cuenta propia, eso es seguro. Viniendo de ella, todo es posible.

—Probablemente tengáis razón, mi general.

—En tal caso, ¿el Gran Censorado no debería hacer una redada en vuestra «red del hilo rojo»? El Gran Taizong solía decir que el éxito de una ofensiva radica siempre en la sorpresa…

—Así que salí del camarín de la emperatriz, ordené a mis dos mejores brigadas especiales que iniciaran pesquisas en el barrio de los sederos y peinaran una por una con peine espeso todas las tiendas… —soltó el prefecto Li, espantando con violencia una mosca gorda que no hacía más que volar alrededor de su rostro, después de lo cual lanzó un escupitajo en la gran escupidera de cobre que un servidor había colocado entre los dos hombres.

Acababan de traer una bandeja de madera lacada en la que había un cuenco verdeceladón con cortezas de naranja confitadas con jengibre.

El anciano general, glotón como un gato, ofreció aquella deliciosa golosina a su invitado, quien no se hizo de rogar.

—¡Servíos, mi querido Gran Censor, esto suaviza la garganta!

—¡Infinitas gracias, mi general! ¡Tentáis mi lado más débil! —murmuró respetuosamente el prefecto Li.

—¿Y qué habéis descubierto de interesante en el barrio de los sederos?

—¡Un cadáver! —consiguió articular el prefecto Li, que acababa de ingurgitar una enorme corteza confitada y ahora el azúcar le chorreaba barbilla abajo.

—¿Ya estamos así? —soltó no sin ironía el antiguo héroe de las guerras de conquista del gran emperador Taizong, que era dado al humor de tipo frío.

—Se trata de un tal Rojo Vivo, propietario de una tiendecita con la enseña de La Mariposa de la Seda. ¡Mis hombres encontraron su cuerpo sin vida, despanzurrado, detrás de la puerta de su comercio!

—¿Qué relación existe entre el cadáver de ese tal Rojo Vivo y el tráfico de seda clandestina?

—Cerca de la mitad de las existencias almacenadas en la tienda propiedad de ese hombre carecían del sello oficial. Ese modesto comerciante defraudaba a gran escala. ¡Figuraos, mi general, que en su tienda había incluso moaré bermellón y amarillo!

—¿Moaré bermellón y amarillo? ¡Es increíble! Hace tres meses que mis hijas me lo reclaman para su uso particular y hasta ahora me ha sido imposible localizar en el mercado el menor retal de esa tela.

—¡No es preciso que os lo diga, mi general! Como bien dice el proverbio: las naranjas pequeñas, las de peor aspecto, son más jugosas que las grandes.

—Los asesinatos por despanzurramiento no son cosa corriente —observó con absoluta indiferencia el viejo general, quien acababa de hacer un ademán a un servidor para indicarle que les sirviese otra ración de cortezas confitadas.

—El cuerpo de Rojo Vivo estaba desnudo y nadaba en un charco de sangre. El asesino había hecho gala de una brutalidad inaudita y es muy probable que consumara el delito a golpe de sable. Mis hombres me aseguraron que los intestinos estaban desparramados por todo el suelo de la tienda, a semejanza de esos pies de pebeteros a los que algunos artesanos broncistas dan forma de dragones inextricablemente revueltos —detalló el prefecto antes de volver a expectorar en la escupidera.

—¡Qué salvajada! —pronunció por fin, pensativo de pronto, el viejo general Zhang.

—¡Mis hombres se quedaron atónitos!

—¿Sacaron algo del interrogatorio de los vecinos? Supongo que vuestros hombres se ocuparían de este extremo.

—Contamos con un solo elemento, pero vos mismo, mi general, convendréis en afirmar que no es negligible[35]: según los dimes y diretes de algunos testigos, unos días antes del asesinato, el mencionado Rojo Vivo recibió la visita del Mudo, el gigante, quien después de haber registrado a fondo su tienda lo hizo subir a un palanquín y se lo llevó nadie sabe adónde…

—¿Creéis que la perdida de Wuzhao en persona recibió a ese individuo?

El antiguo Primer Ministro del imperio de los Tang, a quien la revelación del prefecto Li había hecho saltar de su asiento como accionado por una ballesta, estaba exultante como un niño al que acabasen de premiar con el juguete más deseado.

—No puedo asegurarlo, pero vos no ignoráis que el terreno que es competencia del Gran Censorado se detiene a la entrada del palacio imperial pese a que sus despachos están situados en el primer piso de su puerta principal —dijo el prefecto Li.

—¡Por desgracia! ¡Y tres veces por desgracia! —lo fulminó el viejo.

—Con todo, no desespero de llegar a saberlo. Espero coger desprevenido, ya sea en la ciudad o en otro lugar, en una pelea o violando el toque de queda, a algún servidor de palacio dispuesto a irse de la lengua cuando yo le diga que cerraré los ojos a cambio de una declaración por su parte… ¡Es increíble lo eficaces que pueden ser en materia de información las «denuncias-indulto» de delitos! Siempre que no se haga un uso abusivo de las mismas, esto por descontado… —murmuró con aire de sabérselas todas el prefecto Li, que acababa de levantarse a su vez para acercarse al viejo general.

—Es evidente que este asunto puede complicarse. Si resultase que Wuzhao no se contenta con estar implicada en la trama de la seda clandestina y fuese la causante de ese crimen odioso, es evidente que sería muy grave… El que guarda tales secretos podría temer entonces por su vida —dijo en un murmullo al Gran Censor antes de empezar a recorrer, nervioso, su despacho de un lado a otro.

—¿Eso creéis? —preguntó este último, mientras su rostro palidecía de pronto.

—¡Amigo mío, uno no recibe impunemente un regalo del Cielo como éste! Para todos aquellos que tienen prisa por que cese esta lamentable comedia del poder, éste sería un signo nefasto en el mandato celestial de Gaozong. Entonces el emperador estaría en peligro mientras no se desembarazase de esa mujer. Pero aquella Wuzhao tiene salidas para todo… No hay duda de que, para evitar ese resultado, la usurpadora sería capaz de recurrir a todos los medios —dijo finalmente antes de volver a sentarse.

—¿Qué debo hacer dada la situación, mi general?

—Seguid con vuestras investigaciones y estad muy atento. Redoblad la prudencia en el aspecto general, pero llegad al final —le espetó el antiguo Primer Ministro antes de añadir—: El Gran Censor que libre definitivamente al imperio de esa zorra sólo tendrá que subir unos pocos escalones para convertirse en ministro de alto rango, a lo mejor en el más alto de todos…

—Esto os permitirá entender, mi general, por qué no pienso abandonar esta investigación —le replicó el prefecto Li, alentado por las últimas palabras.

—Mantenedme al corriente de la evolución de los acontecimientos, si tenéis la bondad, a ser posible todos los días, y tened muy presente que el futuro es vuestro —dijo el viejo general al Gran Censor cuando este último ya se disponía a marchar.

Convencido de que había sonado la hora de la revancha, el viejo, ahora lleno de felicidad, ya se imaginaba el rostro demudado de Gaozong al anunciarle que tal vez su mujer sería inculpada de participación en un crimen de Estado.

Aquél sería el final de aquella insoportable usurpación que era la designación de Wu como esposa oficial del emperador de la China, puesto jamás admitido por los miembros de las «familias nobles» de las que el general Zhang, pese a su edad, era infatigable portavoz.

El asunto era de tal gravedad que incluso podía comprometer la solidez del mandato que el Cielo había confiado a su Hijo, ya que desde hacía miles de años así llamaban al emperador de la China.

Como buen confuciano, el general Zhang tenía la costumbre de explicar que igual que el Cielo otorgaba su mandato a un soberano, un buen día podía decidir retirárselo si su beneficiario no era digno de él.

—¿Habéis pensado en hacer vigilar la tienda de La Mariposa de la Seda por si a los asesinos del tendero les da por volver al lugar del crimen? —espetó al Gran Censor en el momento en que éste franqueaba el umbral de la puerta de su despacho.

—Tengo a dos centinelas disfrazados de vendedores ambulantes delante mismo de la puerta de entrada —puntualizó el prefecto Li antes de

despedirse definitivamente.

Para ir desde la casa del Primer Ministro Zhang a las oficinas del Gran Censorado, situadas en el palacio imperial, había que atravesar lo que en Chang An ya se designaba con el nombre de barrio elegante de la Pureza Celestial, donde las casas de los patricios se levantaban en medio de jardines en los que abundaban las plantas raras.

Encerrado en su palanquín, que los porteadores, obedeciendo las órdenes recibidas, transportaban con la mayor presteza posible, el prefecto Li no dirigió siquiera una mirada a aquellos palacios opulentos, rodeados de jardines tapiados por los que sólo asomaban las frondas más lujuriantes, en los que vivían todos los nobles y altos funcionarios con que contaba la capital de los Tang.

Estaba absorto pensando en la conversación que acababa de sostener con aquel viejo militar de talante un tanto agrio.

Acababa de salir del despacho del general Zhang y ya se sentía dividido entre la satisfacción y la inquietud.

Como era lógico, convertirse en gran ministro del imperio era el sueño de cualquier alto funcionario. Y en este sentido, al sugerirle que aquel sueño no era imposible, el antiguo Primer Ministro del emperador Taizong había pulsado una de sus cuerdas más sensibles.

Sin embargo, ¿acaso no lo inducía a desempeñar un papel demasiado arriesgado al comprometerlo a atacar directamente a la propia Wuzhao?

Y por otra parte, ¿era razonable aliarse a la causa de la nobleza hereditaria del imperio, que desde hacía lustros iba perdiendo privilegios de forma inexorable, empujada por la presión de los altos funcionarios, elegidos por concurso, que ya constituían una casta estatal mucho más poderosa?

¿Acaso al general Zhang no lo cegaba el odio cuando no veía en Wuzhao más que una vulgar usurpadora desprovista de escrúpulos, cuando a ojos del pueblo humilde, y de manera especial de los devotos budistas, más numerosos de día en día, se les presentaba aquella antigua monja salida del convento de Ganye por la gracia del propio emperador como si fuera un modelo a seguir y hasta una especie de icono digno de respeto?

Al llegar a su despacho, el Gran Censor no tuvo ocasión de seguir sopesando los pros y los contras de la actitud que le convenía adoptar.

En efecto, delante de la puerta lo esperaba el jefe de las brigadas especiales con expresión consternada junto a otros tres hombres que parecían avergonzados.

—¿Qué ocurre? —les espetó el prefecto Li—. No parece sino que el cielo se ha desmoronado sobre vuestras cabezas.

—Señor prefecto, hemos perdido la pista del chico y la chica que el comerciante en sedas asesinado alojaba en el primer piso de su tienda —gimió el jefe de las brigadas especiales.

—¡Pero yo había dado órdenes estrictas para que mantuviesen una vigilancia continuada delante de La Mariposa de la Seda! —gritó, fuera de sí, el Gran Censor Imperial.

—¡La vigilancia se mantuvo, señor prefecto! ¡Pero los dos tortolitos volaron sin que pudiéramos evitarlo! Desde ayer por la noche no *han* vuelto a aparecer por la tienda de la víctima. ¡Y que me devore el dragón ahora mismo sí en eso tengo alguna culpa!

—¡Sois unos inútiles! Para vuestro olfato, un grano de mostaza es como la infinita inmensidad donde reina la divina Soberana de las Nieves Azules[36]. ¡Que el dragón os devore a todos! Encargo este caso de asesinato a ocho hombres de mis dos mejores brigadas especiales y ni siquiera saben vigilar correctamente a dos sospechosos importantes. Si esa pareja no se ha dejado ver el pelo es signo evidente de que está liada con el tráfico de seda y sobre todo que se ha enterado de que la vigiláis —vomitó el jefe del Gran Censorado, que seguía con sus idas y venidas a través de su inmenso despacho circular, ante las miradas de sus hombres, impecablemente cuadrados, que con la cabeza gacha evidenciaban la vergüenza que sentían.

—No cabe duda, señor prefecto, eso indica que alguien que quiere protegerlos les ha pasado el aviso —se atrevió a opinar el jefe, aunque con el cogote todavía más torcido que los demás.

—¡Pues precisamente para evitar esto te pagábamos todos los meses… por lo menos hasta ahora! ¿Quieres decirme para qué sirves, si me haces el

favor? —remachó el prefecto a aquel inconsciente, que no se daba cuenta de que con sus palabras no hacía más que agravar aún más su situación.

El interesado, de corpulencia atlética, temblaba ahora como una hoja sólo pensar en el castigo que le esperaba.

A su lado, sus hombres tampoco las tenían todas consigo.

El prefecto Li tenía fama de intransigente, pero también de cruel, cualidades que por otra parte explicaban que desempeñara aquel cargo que confería a su titular las más altas funciones en lo tocante a vigilancia y control de la administración imperial.

A menudo se murmuraba en los círculos bien informados de Chang An que «aquel Li», como se le solía designar, representaba por sí solo «los ojos y oídos» del emperador Gaozong.

En efecto, el Gran Censorado cubría la función de una verdadera policía secreta al servicio del emperador.

Su eficacia se apoyaba en la lealtad de sus agentes, quienes debido a su función tenían conocimiento de secretos de Estado y asistían a actos que no debían revelar jamás.

De aquel ejército en la sombra, obligado a ser mudo como una carpa, su jefe, el temible Li, había adoptado el terror como forma básica de mando.

Por consiguiente, sus miembros temían por encima de todo las sanciones con las que gratificaba a aquellos que descubría en flagrante delito de inobservancia de su deber. La amputación del pie era el castigo más benigno. Y además, llevaba implícita la exclusión de aquella administración privilegiada. En tal situación, al interesado no le quedaba más remedio que esperar que en el palacio imperial quedase vacante algún puesto de conserje o de guardián-portero. Ya que, para tener la seguridad de que no abandonarían jamás su trabajo, los conserjes y guardianes-porteros imperiales eran elegidos obligatoriamente entre los soldados mutilados de guerra, los que se habían quedado con una sola pierna o habían sido condenados a amputación, debido a lo cual se habían visto privados de uno o de los dos pies.

—¿Qué se sabe, pues, de esos dos jóvenes que se *han* evaporado? —gritó el jefe del Gran Censorado lanzando, furioso, su sable curvado sobre

su mesa, de impecable superficie, que quedó mellada con grosero descalabro.

—Sobre el muchacho, nada en concreto. Ya hacía tiempo que no vivía allí. No nos habían señalado su presencia en ningún momento con anterioridad. Al inspector administrativo del barrio ni siquiera le dio tiempo de tomar nota de su identidad ni de verificarla.

—¿Y la chica? ¿Quién es esa chica? —eructó el prefecto Li.

—Se llama Luna de Jade y trabaja en la fábrica del Templo del Hilo Infinito. Eso dice, por lo menos, el inspector administrativo y os juro que no sé nada más en estos momentos… —consiguió articular el jefe de las brigadas especiales con voz temblorosa.

—Pues bien, ¿a qué esperas para enviar una brigada a la manufactura de seda dónde trabaja? ¿A que te crezcan las zarpas hasta que sean más largas que las de un tigre? —vociferó con voz tonante el amo de la Gran Auditoría.

—Mi señor prefecto, esta misma mañana he enviado a tres hombres a la manufactura imperial para que procediesen a interrogar a la interesada.

—¿Cuándo tendré el resultado de su gestión?

—Así que vuelvan, señor prefecto, yo mismo vendré a daros cuenta oralmente de sus informaciones. A menos que queráis un informe escrito, en cuyo caso habría que contar medio día más.

De hecho, todos los informes relacionados con asuntos considerados delicados que transmitían los jefes de brigada al prefecto Li, de acuerdo con el reglamento interior del Gran Censorado, debían ser redactados por escrito. De ese modo todo el mundo se hacía plenamente responsable de lo que comunicaba, ¡y pobres aquellos que se equivocasen y llevasen aquella temible administración policial por un camino sin salida y la dejasen en mal lugar porque serían castigados sin piedad por el Gran Censor!

—¡Me río de tus informes escritos! Quiero la información así que eches el guante a la Luna de Jade ésa.

El respiro momentáneo que, después de aquella lamentable sesión, creía poderse tomar así que salió de la presencia del prefecto Li fue de corta duración.

No había dado tres pasos en la calle cuando oyó que éste lo interpelaba:

—Acabo de decidir que iré contigo. Hablaremos con los hombres que tienes en el Templo del Hilo Infinito. Así estaremos en primera fila cuando se proceda al interrogatorio de la obrera —dijo el prefecto.

Al jefe de las brigadas especiales le pareció que el suelo se hundía bajo sus pies y a punto estuvo de desmayarse.

El Gran Censor Imperial, uno de los funcionarios más altos de la jerarquía administrativa, jamás procedía a hacer inspecciones personales sobre el terreno y menos tratándose de una fábrica de seda como era el caso.

¿Qué escondía esta decisión, como no fuera una gran desconfianza no sólo con respecto a él, sino también con respecto a sus hombres?

Presintiendo que el asunto del tráfico de seda estaba adquiriendo las proporciones inauditas de un escándalo de Estado y que podía ocasionar perjuicios colaterales importantes, ya se veía expulsado de las brigadas especiales y terminando su carrera en el mejor de los casos en algún rincón del Gran Censorado y, en el peor, fuera del mismo, tras un puntapié en el culo por incompetencia y, por tanto, sumido en la vergüenza.

En el refectorio donde estaban sentados, delante de un caldero de sopa humeante, los hombres de la brigada especial, que jugaban tranquilamente a las damas, apenas podían dar crédito a sus ojos cuando vieron que irrumpía en él mismo, su jefe acompañado del prefecto Li.

Al ver al prefecto, todos quedaron en silencio, ordenaron precipitadamente las fichas y hundieron la nariz en el cuenco de sopa.

—¡Eh, vosotros, a ponerse el brazal! Vamos a salir con el señor prefecto para reunirnos con vuestros compañeros del Templo del Hilo Infinito —ordenó su jefe, que disimulaba con trabajo el temblor de su voz.

Los tres agentes fueron a buscar al vestidor el brazal de tela blanca en el que figuraban caligrafiados los caracteres «grande» y «oficina» que servían para definir el trabajo que realizaban.

Era un brazal que despertaba el terror de las gentes.

No sólo era un salvoconducto que permitía a los agentes de aquella policía secreta transitar con mayor rapidez a través de los puestos de vigilancia y barreras de control, sino que era sobre todo un paso de libre circulación que les evitaba hacer cola, a semejanza de los ciudadanos de a pie que una administración puntillosa y especialmente codiciosa de

impuestos no dudaba en hacer esperar horas y horas para extraerles, valiéndose de innúmeros pretextos, unos derechos de tránsito.

Por lo general bastaba con exhibir aquella lúgubre estrella blanca para que, atemorizada, la multitud que invadía permanentemente las calles de Chang An les abriese paso.

Ese día, entre aquella multitud compacta como un mar humano, el palanquín del prefecto Li, identificable gracias a aquellos caracteres —«grande» y «oficina»—, en este caso dorados, que exhibían sus puertas lacadas de negro, resultó ser un talismán mucho más eficaz aún que los brazales de los agentes que lo escoltaban al trote.

En efecto, sólo verlo, toda la calle quedó desierta en toda su anchura y todo el mundo se precipitó en silencio hacia las calles adyacentes por miedo a hacerse notar.

Apenas invirtieron una hora en un trayecto que un convoy normal habría tardado más del triple de tiempo en recorrer para llegar, pasando por calles desiertas, a la inmensa fábrica de la manufactura real de seda, pese a estar situada en la parte norte de la ciudad, lo que obligaba a atravesarla de un lado a otro viniendo del palacio imperial.

El prefecto Li, al salir de su palanquín como un diablo de la caja, empujó sin miramientos al inspector de guardia y a los controladores encargados de las comprobaciones necesarias tanto en materia de identidad del personal como del etiquetaje de las mercancías que entraban y salían del Templo del Hilo Infinito.

—¡Prefecto Li del Gran Censorado! —exclamó colocándose delante del inspector.

—¡Y yo el maestro Confucio! —replicó este último, que no había creído una sola palabra.

Para empeorar más las cosas, el inspector trató incluso de oponerse por la fuerza a aquel intruso que pretendía introducirse en el edificio apropiándose de una identidad falsa, ¡como si el temible prefecto Li no tuviera otra cosa mejor que hacer que perder el tiempo visitando hilanderías dónde se fabricaba seda!

—¡Qué insolencia la tuya! ¡Eso te costará caro! —le espetó el prefecto Li ordenando con la mirada a sus hombres que cerraran la boca del

desgraciado inspector.

Instantes después, el cuerpo del pobre hombre, molido a golpes, estaba derrumbado en los escalones que conducían a la gran puerta de la fábrica, mientras el director de la hilandería, consternado, se retorcía las manos y deshacía en excusas y los guardianes encargados del control de mercancías y personas, temblando de miedo, se apartaban en señal de respeto para dejar paso a los hombres del fatídico brazal.

Ante los ojos del pequeño equipo del Gran Censorado, al frente del cual estaba su jefe, se desplegaban ahora las calles de aquella verdadera ciudad industrial que era la más grande manufactura imperial de seda, célebre en todas las provincias chinas por la calidad y abundancia de su producción.

Verdadero santuario de la fabricación de moarés, fallas, brocados y satenes de seda, tan suaves al tacto que ponían la carne de gallina a cuantas y a cuantos se vestían con ellos, el Templo del Hilo Infinito llevaba dignamente el nombre que ostentaba.

En los callejones por los que estaban diseminados los talleres dedicados al devanado, tinte, hilado y tejido del precioso hilo, las ruedas de bronce de las carretas, empujadas por tintoreros, hilanderos y tejedores, habían abierto unas profundas roderas paralelas que, acentuando la perspectiva, aumentaban el sentimiento de inmensidad que sentía el visitante ante aquella extraña megalópolis y aquel hormiguero de obreros totalmente consagrados a la elaboración de aquella mercancía tan rara que, desde Europa al Japón, la gente se arrancaba de las manos.

Las calles del templo dedicado a lo que entonces se designaba con el bello nombre de «tejido brillante» o también de «tesoro sutil» estaban, en aquel sector dedicado al devanado, bordeadas de inmensos edificios de los que se escapaban las fumarolas del vapor que flotaba por encima del agua hirviendo en la que las obreras sumergían los capullos para impedir que los insectos los perforasen, lo que habría comportado el daño irreparable del hilo.

Algo más lejos, en la zona donde se efectuaba la tinción, se podía vislumbrar a través de las bajas ventanas el resplandor rojizo de las llamas de los hornos ante los cuales el tejido, recién salido de la cuba, era sometido

al secado de acuerdo con la mayor o menor intensidad de color que se deseaba.

El ruido ensordecedor que se escapaba de los talleres, las idas y venidas incesantes de los obreros, la circulación de las carretas, la ininterrumpida carga y descarga, todo se sumaba a aquella actividad febril hasta que el alboroto acababa por provocar vértigo a los visitantes que, al igual que el prefecto Li, recorrían por vez primera el Templo del Hilo Infinito.

—¿Sabes en qué taller trabaja esa tal Luna de Jade? —preguntó al jefe de brigada el prefecto Li, impaciente por echar el guante a la muchacha.

—¡No, por desgracia! Tendré que informarme preguntando al contramaestre —respondió el hombre.

Acababa de descubrir a un individuo que, a la manera de un oficial, estaba ocupado haciendo avanzar al paso una pequeña brigada de obreros y obreras.

—¿Has visto pasar a unos hombres con un brazal como el mío?

—Se dirigían al segundo bloque, aquel donde se procede a la tinción.

—¿No es verdad que allí trabaja una tal Luna de Jade? —inquirió entonces el prefecto Li justo en el momento en que aparecían los tres agentes enviados aquella misma mañana por el jefe de brigada, enzarzados en conversación con una guapa obrera.

—Di a tus hombres que se dejen de zalamerías —ordenó, furioso, el Gran Censor a su jefe, que se precipitó hacia ellos para preguntarles si habían podido localizar a la muchacha china que habían ido a detener.

—Señor Gran Censor, mis hombres me aseguran que Luna de Jade se encuentra en su puesto de trabajo —exclamó el jefe de brigada un tanto aliviado.

—¡Que nos lleven allí más que aprisa!

Se dirigieron con gran celeridad a una de las salas donde los manufactureros procedían a las delicadas operaciones que permitían que la seda adquiriera sus increíbles reflejos tornasolados.

Al entrar al frente de sus hombres como quien se dispone a librar un terrible combate, el prefecto Li no pudo reprimir un movimiento de distanciamiento ante aquellas densas oleadas de vapores, acres y sofocantes, que se escapaban de las cubas, en las que, a la manera de una extraña sopa,

hervían mezclas de vegetales, moluscos y minerales, cuyo secreto poseían únicamente los maestros tintoreros desde hacía milenios, cuando el Emperador Amarillo de los tiempos míticos, en su inmensa bondad, se dignó transmitirlo a los hombres.

En el fondo del taller, el encargado de la vigilancia de las obreras y obreros estaba arreglándose las uñas, sentado en una mesita desnuda de papeles, en medio de la cual destacaba su pipa de cazoleta, instrumento indispensable para distraer su aburrimiento.

Así que el jefe del taller volvía la espalda, hacía varias chupadas rápidas a la pipa para proseguir después, con mirada perdida y cabeza turbia, lo que de vigilancia de las operaciones de tinción sólo tenía el nombre.

—Busco a Luna de Jade. ¿Dónde está? Te conviene informarme, de lo contrario te veo mal —le espetó el prefecto Li.

El tipo, que volvía a ocuparse de su pipa y que todavía estaba bajo los efectos de la última chupada que había aspirado, observó con mirada extraviada a aquel fulano, a buen seguro colado también por los encantos de aquella chica por la que tantos que andaban de coronilla por ella acudían a él a indagar datos —como si él pudiera suministrarlos— sobre cuál podía ser la mejor manera de enfocar la estrategia encaminada a seducirla.

—Me parece que Luna de Jade ya tiene el corazón ocupado —dijo el encargado con un suspiro.

—Oye, desgraciado, ¿es que no me entiendes o qué te pasa? Te he preguntado dónde está la Luna de Jade ésa. ¡Anda, tráemela! Si no respondes al Gran Censor Imperial, ¡ten cuidado con tus pies! —refunfuñó este último con gesto tajante.

—¿Cómo puedo estar seguro de que tengo que habérmelas con un personaje tan importante? —se atrevió a preguntar, incómodo de pronto, el vigilante.

—Oye, imbécil, te conviene hablar, de lo contrario te verás metido en graves problemas. ¡Y pensar que, para que toméis buen ejemplo, me esfuerzo en que leáis a Confucio en el texto original! —se lamentó una voz plañidera que salía de detrás de él.

Al oír aquellas palabras, el encargado de la vigilancia se volvió.

Volvía a ser el director de la fábrica, que había acabado por unirse a toda la caterva de agentes de las brigadas especiales del prefecto Li.

—¡Soy el jefe del Gran Censorado! —exclamó entonces el prefecto, después de haber pedido a sus hombres que mostraran al conjunto de los trabajadores presentes la parte del brazo donde llevaban anudado el brazal.

—Mi señor, os pido mil excusas. Jamás habría pensado que tendría ocasión de conocer, en este taller, a una persona de vuestro rango —tartamudeó el encargado, consciente de que acababa de incurrir en una metedura de pata que podía llevarlo directamente a ocupar el puesto de conserje de un inmueble público.

Temblando como una hoja, se levantó precipitadamente, dio una vuelta alrededor de la mesilla, se colocó delante de la misma y se cuadró de manera tan desgarbada como lamentable.

—¿Dónde está esa tal Luna de Jade? Me *han* dicho que trabaja bajo tu supervisión en ese mismo sitio, el taller de tinción —repitió, fuera de sí, el prefecto.

—Lo más extraño… es que no se ha presentado al llamarla —se lamentó el vigilante, que ya tenía la frente perlada por gruesas gotas de sudor.

—¡Conque Luna de Jade se ha desvanecido! ¡Pero esto no es posible! ¿Vino ayer? —aulló el muy alto funcionario.

—¡Sí! Precisamente esa chica es una de las obreras con dedos de hada que se cuentan entre las más válidas de ese taller. ¡No falta nunca! Desde que trabaja aquí, jamás ha estado enferma —respondió una tintorera algo mayor que las demás que al parecer también hacía las veces de supervisora.

La matrona, que llevaba los brazos desnudos, teñidos de rojo por la tintura de color bermellón, no parecía sino que llevaba guantes de moaré y en aquel momento no tenía aspecto de estar descontenta por haber puesto en situación embarazosa con sus palabras al detestable guardián del taller.

—¡La situación está tomando mal cariz! Nos encontramos ante una red aparentemente muy bien organizada… y que disfruta burlándose de nosotros. Es del todo necesario que echemos el guante a esos dos jóvenes. En estos momentos me interesan sobremanera… Voy a hacerme cargo

personalmente de las investigaciones —refunfuñó, furioso, el patrón del Gran Censorado antes de dar media vuelta.

El rostro del jefe de la brigada especial, que reflejaba la intolerable afrenta que se veía obligado a sufrir en presencia de sus hombres, quedó lívido como el cadáver en que se convertiría al día siguiente, en que aparecería colgado de la rama de un árbol.

XIX

OASIS DE DUNHUANG, RUTA DE LA SEDA

La joven cristiana nestoriana estaba observando los bruscos movimientos de un pequeño lagarto pegado al techo.

Se sentía feliz.

El proyecto que pensaba realizar, aparte de que sacaría de apuros a su padre, justificaba *a posteriori* su silencio con respecto al asesinato de que había sido testigo, así como al corazón de sándalo que había ido a parar a sus manos de manera fortuita.

En la estrecha cama de su habitación de paredes blancas encaladas, Umara reflexionaba sobre la memorable jornada que acababa de vivir.

Era indudable que aquel día contaría el doble para ella.

Experimentaba una mezcla de sentimientos en la que había felicidad, irritación, pero también inquietud.

Por un lado acababa de comprender que ahora se encontraba en igualdad de condiciones con el obispo Addai Aggai en lo referente a secretos inconfesados.

Y por otro, aunque eso no lo sabía aún, había conocido a alguien que tendría un papel decisivo en el resto de su existencia.

La primera comprobación contribuía a aliviar su conciencia de hija sumisa que hasta entonces no había ocultado nada a su padre.

Empezó por no decirle nada del descubrimiento inopinado de aquel escondrijo de libros del convento de la Compasión, excavado en una

oquedad del peñasco, que se le había revelado cuando iba en compañía de aquel muchacho llamado *Bruma de Polvo*.

¿Cómo habría podido confesarle una escapatoria como aquélla sabiendo que su padre habría imaginado que había estado a punto de romperse mil veces la crisma? Aunque fuera retrospectivamente, Addai Aggai habría temblado como su hija no podía imaginar siquiera.

En cuanto al espantoso asesinato del que había faltado poco para que también se convirtiera en víctima cuando, de hecho, no había sido más que involuntario testigo, todavía podía hablarle menos a su padre, ya que la revelación le habría comportado una conmoción más violenta aún.

Así pues, no tardó mucho en decidir que, aunque sólo fuera por pocos días, pensaba guardarse el terrible secreto, si no por otra cosa para darse tiempo a encontrar las palabras adecuadas para contarlo.

Pero las palabras tardaban en acudir y, como suele ocurrir con todo secreto íntimo que uno tarda en confesar, Umara fue descubriendo que, cuantos más días pasaban, más prisionera de él se sentía.

Por consiguiente, no dijo una palabra a su padre de aquel extraordinario hallazgo de la cajita de sándalo en forma de corazón.

En realidad, de regreso a Dunhuang, cuando levantó la tapadera de la misma, lo que vio en su interior le pareció algo hasta tal punto único e inaudito que apenas si se atrevió a tocarlo.

Se contentó, pues, con contemplarlo, como hipnotizada, y volvió a cerrarla en seguida.

Más que miedo a la angustia, a la decepción o a la cólera de su padre cuando descubriera que su hija había eludido su férrea tutela, contaba la profunda intuición, por otra parte inexplicable, que motivaba el silencio absoluto en el que Umara se había encerrado haciendo que se estableciera con respecto a él una distancia que no había existido nunca con anterioridad. Se había impuesto igualmente la íntima convicción de que debía preservar aquel secreto por encima de todo, pese a que no habría sabido explicarse las razones aun sabiéndolas imperiosas.

Interesada en penetrar el enigma, destinó horas a compulsar de la manera más discreta posible algunos libros de la biblioteca del obispado.

Pero todo fue en vano: en ninguno se mencionaba lo que ella había descubierto en el pequeño corazón de madera.

Sólo a *Bruma de Polvo* decidió abrirse, pasados unos días, con respecto a lo que había dicho por inadvertencia, según le comunicó, sobre la pagoda en ruinas con los *apsaras* de estuco.

El joven chino había insistido tanto que Umara, rendida por agotamiento, se avino a abrir la caja.

—¡Lo que hay dentro seguramente vale una fortuna! —exclamó el chico, maravillado.

—¡Júrame que guardarás el secreto!

—Deberíamos esconderlo en sitio seguro, ¡podríamos guardarlo en el escondrijo de los libros! —añadió con ojos abiertos como platos después de lo que acababan de ver.

De momento se había contentado con disimular la caja debajo de la cama.

—Tienes razón. Mañana nos acercamos al peñasco y escondemos la caja en la cueva emparedada. Allí no la buscará nadie.

Con el corazón alborotado por miedo a que alguien los siguiera, se dirigieron a toda prisa al sitio convenido.

—Métela al fondo de todo, debajo de aquel montón, no vaya a ser que uno de los monjes-bibliotecarios del monasterio de la Salvación y la Compasión la descubra si le da por hacer un inventario —le recomendó la chica, preocupada por garantizar la máxima seguridad posible al hallazgo.

—Aunque pienso que, con todo el dinero que tienen acumulado, seguro que esos monjes serían capaces de pagar muy caro lo que contiene el corazón de sándalo —bromeó su joven camarada.

—¿Por qué lo dices?

—No hay comerciante budista que haga buenos negocios en el mercado de Dunhuang que se olvide de ir a llevar su óbolo a Centro de Gravedad, el superior de ese monasterio. ¡Y hasta yo mismo, si me lo tropiezo de camino, no es raro que reciba también alguna moneda! —dijo, con aire entendido, *Bruma de Polvo* a Umara deslizando el corazón de sándalo detrás de una hilera de *sutras*, prácticamente inaccesible, en el extremo opuesto al agujero que servía de entrada al escondrijo.

Habría sido necesario vaciar por completo la cueva para ponerle la mano encima.

Desde el día que había escondido el corazón de sándalo en la cueva de los libros cada día que pasaba hacía más improbable que pudiera revelar aquel secreto a su padre, lo que contribuía a inquietar más a Umara.

Sin embargo, cuando la joven cristiana nestoriana descubrió que Addai Aggai se dedicaba a la actividad clandestina del hilado de la seda, se desvanecieron todos los sentimientos de culpabilidad que había sentido hasta entonces: ¡estaban en la misma situación!

En realidad, por prudencia y para proteger a su hija, el obispo se había guardado de explicarle que, gracias a tejer el hilo de seda que les proporcionaban los maniqueos de Turfan, los nestorianos de Dunhuang financiaban el desarrollo de sus actividades religiosas.

Las únicas personas de su círculo que gozaban de su confianza eran la gorda Goléa, a quien había hecho jurar que no diría nunca nada y, por supuesto, Diakonos, el diácono nestoriano que dirigía el hilado clandestino.

Se trataba, en efecto, de una auténtica organización industrial la que había creado Addai Aggai para transformar en irisado tejido de seda las bobinas de hilo que llegaban de Turfan a lomos de camello, escondidas entre la paja.

El obispo y el diácono habían tomado las máximas precauciones para hacer lo más disimulada posible la fabricación del precioso tejido de seda, importado después de forma fraudulenta a la China central en fardos envueltos con grosera tela de cáñamo.

Al objeto de preservarla de miradas indiscretas, Addai Aggai había instalado la hilandería clandestina en pleno desierto, a toda una jornada de marcha del oasis de Dunhuang.

Para trasladarse al lugar en cuestión, había que enfilar la Ruta de la Seda en dirección oeste y abandonarla rápidamente después desviándose hacia la derecha en dirección norte, un lugar indicado con unas zarzas espinosas, delante de las cuales y para no equivocarse había mandado juntar un montón de piedras.

A partir de allí uno se encaminaba hacia una imponente cadena de colinas rocosas que interceptaban el horizonte del desierto.

Para llegar hasta aquellas ubres de suaves perfiles había que atravesar una llanura árida de aspecto mineral en la que prosperaban únicamente algunas matas de hierba grisácea y punzante como si en ella crecieran flechas. Tras subir y bajar de nuevo la colina, se llegaba por fin al lugar donde se encontraba instalada la hilandería clandestina del nestoriano, al fondo de una cañada de la que brotaban, entre dos piedras, las claras aguas de una fuente que no se secaba jamás.

Habría sido difícil distinguir el pequeño edificio desde lejos.

Sus muros bajos y sinuosos se confundían de tal modo con la pared rocosa arrimada a la cual se había construido la hilandería que había que conocer de antemano su existencia para distinguirla.

Detrás mismo de la cañada, ligeramente más abajo de la fábrica, en una lengua de tierra regada por el agua del arroyo, se extendía un amplio terreno laborable.

Una parte del mismo era una huerta de los monjes obreros, mientras que la zona restante estaba dedicada a la cría de aves de corral.

Se había creado, pues, un autoabastecimiento que permitía al personal de la fábrica, al que Addai Aggai había hecho jurar secreto absoluto, sobrevivir en pleno desierto sin depender de aprovisionamientos que habrían despertado sospechas entre los habitantes de Dunhuang.

Para mayor seguridad y de ese modo garantizar el silencio absoluto de los obreros, el obispo les había obligado a hacer voto de ermitaños, en virtud del cual se obligaban a no abandonar jamás la pequeña cañada del desierto. Incluso había conseguido inculcar a aquellos hombres la idea de que, gracias a usar los dedos en los telares, cualquier infracción de su condición de ermitaños equivalía a un pecado mortal que se podía castigar con el infierno, en tanto que el respeto a la misma, teniendo en cuenta la causa que servía, les garantizaba, por el contrario, el paraíso sin purgatorio.

Cuando un monje nestoriano se avenía a trabajar en la hilandería clandestina de Addai Aggai, no salía de ella más que muerto, a semejanza de Simeón el Estilita, el ermitaño sirio que pasó el resto de su vida encaramado a una columna de piedra, como daban testimonio de ello los montículos de piedras, dispersos aquí y allá en las colinas que rodeaban la

fábrica, debajo de los cuales estaban enterrados los obreros nestorianos fallecidos.

El obispo procuraba no despertar nunca la menor sospecha cuando se dirigía a su hilandería clandestina.

Así que abandonaba la Ruta de la Seda, en aquel punto donde crecían las zarzas espinosas, para internarse en el desierto pedregoso, Addai Aggai se aseguraba siempre de que nadie lo siguiera ni lo observara. Solía ausentarse dos días seguidos, dando como pretexto una cacería con halcón, único placer que, por otra parte, se permitía. Por este motivo el padre de Umara partía siempre acompañado del ave, provista de la debida caperuza y aferrada al puño enguantado de cuero al que estaba sujeta con una cadenilla y, montado a caballo, una vez al mes, se disponía a supervisar la buena marcha de las operaciones de tinte y tejido de la preciosa tela.

En aquel pequeño edificio tan bien camuflado, entre la veintena de monjes que se afanaban desde la mañana a la noche obedientes a la batuta de Diakonos, había tres nestorianos procedentes del barrio de los tejedores de Shiraz, cuyas habilidades, transmitidas de padres a hijos, permitían a la minúscula hilandería del desierto la producción de una seda de calidad comparable a la de las fábricas más grandes de la China central.

Entre las delicadas operaciones sucesivas a las que se entregaban los monjes, la más difícil era sin duda la obtención de colores uniformes y regulares para el teñido.

Era, en efecto, de la calidad de éstas de lo que dependía el esplendor de la seda, que debía rivalizar con la seda china para poder competir con ella en el mercado local.

A fin de igualarla en perfección, el propio Addai Aggai se vio obligado a convertirse en maestro tintorero.

Para ello empezó por informarse entre los comerciantes sederos acerca de los secretos de la fabricación de aquel tejido.

En este caso, aquellos hombres no fueron avaros en confidencias, ya que de hecho eran parte esencial de sus normas comerciales.

Compraban, además, en el mercado de Dunhuang, los ingredientes de origen vegetal o mineral que servían para confeccionar los colores que más se apreciaban en China: el bermellón, por el que se pirraban las cortesanas;

el amarillo, que recordaba el imperio; el negro, que hacía resaltar maravillosamente los bordados de oro y plata; el verde jade, que simbolizaba la inmortalidad.

Después de múltiples tanteos y con la ayuda de Diakonos, el obispo consiguió, a fuerza de perseverancia, captar el poder colorante de aquellas materias que había que machacar, mezclar, cocer a veces o bien dejar reposar en suspensión en agua, antes de obtener el tinte propiamente dicho en el que se sumergía la seda.

Todas las operaciones industriales, desde el hilado hasta el tejido pasando por el tinte, exigían enormes cantidades de agua.

Sin contar con la fuente habría sido imposible instalar la pequeña fábrica.

Por esto Addai Aggai no cesaba de dar gracias a su Dios Indivisible por haber permitido que, en aquella cañada sobre la cual se abatía permanentemente el sol, surgiera una fuente inagotable, en pleno desierto, de la que manaba agua abundante.

Aquella mañana, sin embargo, al partir hacia la supuesta cacería con halcón, el obispo nestoriano se sentía inquieto.

Si Umara había podido penetrar el secreto de su padre fue porque éste, contrariamente a sus costumbres, decidió visitar la hilandería clandestina pese a que no hacía más que una semana que la había inspeccionado, todo por la insólita reducción del rendimiento de aquella fuente que le era indispensable.

Al parecer, se había producido una situación insólita.

Poco antes de la última visita del obispo, Diakonos, que todas las mañanas, antes de la aurora, acudía a hacer sus abluciones, tuvo la desagradable sorpresa de comprobar que, por primera vez desde la construcción de la hilandería, un menguado hilillo de agua reemplazaba el chorro impetuoso y potente que brotaba de ordinario de la fuente incluso en pleno verano.

El día siguiente, el diácono nestoriano observó que el caudal todavía se había debilitado y aún fue debilitándose hasta que ya fue tan pobre que el agua ya no llegó a la fábrica ni siquiera a través de la estrecha zanja dispuesta al efecto.

La penuria de hilo de seda ocasionada por la epidemia que había diezmado los bómbices de los maniqueos de Turfan, provocando con ello la reducción del abastecimiento de la hilandería nestoriana, limitaba de momento las dramáticas consecuencias de la disminución del régimen. Era indudable, sin embargo, que tan pronto como se recuperara el nivel de actividad normal, aquella sequía tendría unos efectos desastrosos sobre la calidad del tejido que allí se fabricaba y en especial sobre el teñido del mismo.

Diakonos, extremadamente inquieto, se apresuró a poner al corriente de la cuestión a Addai Aggai, quien se precipitó a la cañada.

Desde que le habían dado la mala noticia, no podía apartar de sus pensamientos aquel hilo de agua, sin el cual era imposible producir la más mínima cantidad de hilo de seda.

El obispo nestoriano esperaba ardientemente que se tratase de un problema coyuntural y que el caudal de la fuente no tardaría en recuperar su régimen normal.

Desde su regreso pasaba las noches haciendo cábalas y calculando las consecuencias que podía tener el cierre de la fábrica del desierto.

A partir del día siguiente de su regreso, encendió no menos de treinta cirios y ordenó a sus diáconos, sin explicarles el motivo, que invocasen al Dios Indivisible con una intención particular.

Por su parte, él celebraría una misa, mañana y noche, para que la fuente recuperase el vigor de antaño.

Acababa de cumplirse una semana desde que había ido a verificar personalmente el desastre, por lo que quería saber si sus actos habían tenido algún resultado. Por eso esta mañana, finalizados todos los rituales con que iniciaba la jornada, el padre de Umara decidió acercarse sin prisas a la fábrica.

Aquella brusca cacería con la que disfrazó su partida como tenía por costumbre intrigó a la muchacha.

Aprovechando la confusión que reinaba en los establos del obispado, donde su padre dio rienda suelta a la cólera reprochando a los palafreneros su falta de diligencia, la muchacha montó en su brioso caballo y se lanzó tras él sin que, por supuesto, Addai Aggai lo notase.

Por la manera en que Addai Aggai azotaba a su montura, Umara comprendió al momento que las cosas no andaban como era debido.

En el curso del trayecto, el obispo estaba tan obsesionado con la posibilidad de que se hubiera secado la fuente, que olvidó la presencia del halcón encapuchado, el cual, sorprendido de que su amo no lo soltara como de costumbre cuando hacía ya dos horas que habían dejado atrás el oasis, empezó a tirar de la cadenilla profiriendo al mismo tiempo penetrantes gritos.

Umara comprobó, no sin cierta repugnancia ante lo salvaje del espectáculo al que asistía por vez primera, que para calmar a su ave de presa, no tardó en soltarla y permitió que saliera volando y se abalanzara, después, como una piedra sobre una bandada de tordos. El ave rapaz terminó con una docena de pajarillos, a los que destrozó con el pico y las garras en medio de una confusa nube de plumas antes de picotearles cruelmente los ojos y el hígado acompañando el hecho de gritos de placer.

El corazón le desbordaba del pecho mientras esperaba que, en el momento más impensado, el obispo podía volverse y advertir que lo había seguido. Estaba preparada para confesarle que, en ese caso, había obrado así porque estaba inquieta.

Pero no tuvo necesidad de explicar a su padre las razones de su presencia.

Así que el ave rapaz volvió al puño de su dueño, Addai Aggai dio por terminada la cacería.

Con prisas para llegar a la fábrica, no se volvió ni una vez siquiera y cabalgó a galope tendido por la Ruta de la Seda antes de desviarse hacia la derecha y seguir después en línea recta a través del pedregoso desierto.

Entonces Umara, resguardada detrás del gran peñasco donde había escondido a su caballo, descubrió el secreto de su padre.

No tardó en descubrir también el edificio y, con los ojos abiertos de par en par, comprobó que Diakonos salía precipitadamente para dar la bienvenida a Addai Aggai.

Entonces se encaramó a la roca para distinguir mejor lo que pasaba.

Diakonos tenía cara de pocos amigos cuando apareció para saludar al obispo nestoriano en el umbral de la hilandería.

—¡Monseñor, las cosas van de mal en peor! ¡Los maniqueos ya no tienen capullos y nosotros estamos sin una gota de agua! La fuente sólo mana por la mañana y la noche y, aun entonces, a horas variables. Durante el día está totalmente seca. ¡Una verdadera catástrofe! El tinte ya ha formado en las cubas una capa inutilizable.

—¿Cuánto hilo de seda tienes en el almacén? —preguntó el obispo.

—¡Me queda para dos semanas! Ahora importa poco la cantidad de hilo disponible. Sin agua corriente, la fábrica está paralizada, monseñor.

Fue la primera vez que Umara vio una mueca en el rostro de Addai Aggai.

Sin la fuente, toda la producción de seda clandestina, cuya puesta en marcha le había costado tantos afanes, se venía abajo de golpe.

—Desde que la fuente se limita a lanzar escupitajos, los monjes obreros están desesperados. Creen que se trata de un castigo divino. Los más jóvenes no paran de llorar. ¡Ya no sé qué decirles! ¡Menos mal que habéis decidido venir hoy! —gimió Diakonos.

—¿Y cómo crees tú que puedo tranquilizarlos? Carezco de poder para hacer que una fuente vuelva a manar —refunfuñó Addai Aggai, muy alterado.

—Las hortalizas de la huerta no tardarán en quedar más secas que la paja y, en cuanto a las aves de corral, ha muerto la mitad… Como siga así, tendré que repatriar todo el efectivo de la fábrica al obispado —añadió Diakonos al borde del llanto.

—¡Vamos a ver ese desastre! —concluyó con voz infinitamente cansada Addai Aggai.

Umara, a quien le parecía que el corazón iba a salírsele del pecho, siguió a su padre disimulándose detrás de las rocas cuando, en compañía de Diakonos, éste emprendió el camino tortuoso que se perdía más abajo de la hilandería clandestina en dirección a las dos enormes piedras entre las cuales brotaba antes un chorro de agua viva.

—¡Vaya catástrofe! Nuestra fuente, para emplear tus palabras, ha dejado de escupir agua. ¡Ya no hay fuente! —exclamó su padre en tono desesperado así que descubrió que, en lugar del punto donde brotaba el

agua, sólo había un agujero a través del cual el agua, como por ensalmo, antes salía de la nada en aquel desierto de piedras.

Umara vio entonces que su padre se agachaba y pegaba un ojo en el agujero y después se levantaba bruscamente y, azorado, hundía un brazo en la húmeda oquedad, como si la llegada del agua dependiera de un hilo y bastara con tirar de él.

Contrariado, se irguió después y, demudado, exclamó:

—¡En el fondo de ese agujero no hay ni una sola gota de agua! Y créeme si te digo que no es por falta de oraciones. Hace tres días que en la iglesia resuenan cánticos de súplica implorando a Dios que nos devuelva el agua.

—Monseñor, os juro que, ayer, sin ir más lejos, todavía salía del agujero un hilillo de agua…

—Temo que no tenemos opción. ¡Quiero volver a Dunhuang cuanto antes! Allí podré ponerme en contacto con un chamán capaz de dar órdenes al agua que circula bajo tierra —exclamó el obispo con aire tan perplejo y caminando de un lado a otro delante de su diácono que a Umara le pareció que había envejecido diez años.

—Monseñor, y yo que creía que los brujos chamanes sólo eran capaces de mandar a la lluvia y a las nubes… —le espetó este último.

—Si dudas de la eficacia de los brujos, ¿qué propones? En lo que a mí concierne, me parece que lo único que puede sacarnos de ese avispero es la magia *chamánica*.

—¿La magia no está proscrita por la Iglesia nestoriana como una herejía satánica?

Parecía como si el pobre Diakonos se estuviera poniendo más inquieto por momentos.

La postura de su obispo satisfacía muy poco a aquel nestoriano austero y rigorista.

—Mi querido Diakonos, hay momentos en que, como suele decirse, hay que «quemar cualquier madera». Si se suspende nuestra producción de seda, auguro un mal futuro a nuestra Iglesia en su larga marcha hacia la China central, ¿comprendes? Los budistas se nos tragarán de un bocado e incluso corremos el riesgo de que nos persigan.

La réplica, de una claridad límpida, sonó como un latigazo en la cara del monje encargado de la dirección de la hilandería clandestina.

Que el obispo nestoriano Addai Aggai en persona, aquella autoridad eclesiástica de conducta habitualmente tan puntillosa, capaz de tirar de las orejas a su grey a la menor disidencia teológica y de pasar horas enteras interrogando a sus fieles sobre las sutilezas de la unicidad de Dios y el carácter particular de la maternidad de la Virgen María, se viese ahora obligado a recurrir a los chamanes brujos hablaba elocuentemente sobre la urgencia de devolver a la fuente seca su antiguo vigor.

Umara quedó tan consternada como Diakonos ante las palabras de su padre, quien, no contento con pasearse de un lado a otro, ahora se retorcía nerviosamente las manos.

Fue con gran alarma como Umara observó el rostro descompuesto de su padre cuando, con paso rápido y cabeza gacha, volvió a subir a la fábrica, delante de cuya puerta ya lo esperaba su caballo de oscura capa, recorrida por estrías de blanca espuma debido al sudor generado por su desenfrenado galope.

Con el halcón encapuchado en el puño, Addai Aggai lo aferró sin decir palabra.

—Monseñor, ¿no queréis saludar a los monjes obreros antes de partir? Eso los tranquilizaría además de subirles un poco la moral… —le propuso, aunque inútilmente, Diakonos.

—¡De veras que no tengo tiempo! Diles que he vuelto a Dunhuang para ver de encontrar la manera de devolver el vigor a esa maldita fuente —respondió, tajante, el obispo antes de partir al galope.

Como conocía bien el camino de regreso a Dunhuang, la joven cristiana nestoriana dejó que su padre se le adelantara un buen trecho.

Imaginaba la angustia que debía de sentir su padre durante el trayecto de regreso después del triste espectáculo de aquel agujero en la tierra del que ya no manaba una sola gota de agua.

¡O sea, que su padre fabricaba seda en pleno desierto!

En un primer momento le había parecido imposible.

Por mucho que Umara conociera el valor de aquella mercancía, no comprendía la razón que había empujado a su padre a lanzarse a aquella

actividad ni el secreto con que la rodeaba al instalar aquella hilandería en el desierto.

El descubrimiento de aquella actividad clandestina en el momento en que se reprochaba íntimamente haberle escondido sus propios secretos, pasada ya la irritación que el hecho le había provocado, sirvió para atenuar sobre todo sus propios remordimientos.

Mientras ella cabalgaba, su padre, cuyo abatimiento no dejaba de crecer a medida que avanzaba al galope, se esforzaba en vano en vislumbrar una solución al terrible problema al que se veía abocado.

En efecto, Addai Aggai estaba atenazado por la duda.

Recurrir a un chamán brujo, hipótesis que había planteado a su diácono Diakonos, era más fácil de decir que de hacer.

En primer lugar, no conocía a ninguno de aquellos «*fangshi*», como se les llamaba en la China central, de quienes se decía que podían hablar con los vientos y convocar los hálitos Qi positivos, lo que les permitía, gracias a los pases apropiados, que pariese una búfala o que a un recién nacido se le quitasen las fiebres.

Y por otra parte, tampoco se veía recorriendo el mercado de Dunhuang, plantándose en una esquina y, con las manos a manera de bocina, convocando a gritos a alguien capaz de dar órdenes a las fuentes que manan de la tierra.

Tanto su función como su fama le impedían tal cosa.

Entretanto, seguía pensando que el chamanismo era la forma más depravada del paganismo, contra el que había emprendido una verdadera cruzada desde que implantara su Iglesia en Dunhuang.

Un obispo nestoriano no podía consentir que se dijera, so pena de pasar por un charlatán, que utilizaba los servicios de un chamán.

Y admitiendo que Addai Aggai decidiera, a falta de algo mejor, correr ese riesgo, el chamán debería ser lo bastante discreto para no revelar, cuando volviera el agua, el secreto de la hilandería clandestina.

¡Era mucho soñar!

La desazón que sentía el obispo le había hecho soltar la brida del caballo, que ahora galopaba, errabundo, mientras el halcón, siempre a punto de caer con las sacudidas de la montura, se agarraba como podía a su puño.

Umara no quería abandonar a su padre a merced de aquella inquietud ahora tan visible.

Así que el corcel, sediento y deseoso de volver al establo, llegó por fin a la Ruta de la Seda, transitada animadamente por las caravanas, Umara se las arregló para tomar la delantera a su padre aprovechando la mayor lentitud del abundante tráfico y se coló por detrás de una de las colinas que bordeaban el camino.

Y a la vuelta del recodo siguiente, apareció delante de él como si viniese de Dunhuang a galope tendido.

Sumido en lúgubres pensamientos, Addai Aggai, guiado por su caballo, no reparó siquiera en que ante él había aparecido su hija.

—¡Papá, me figuraba que estabas en la cacería con halcón!

—Pero ¿qué haces aquí, Umara? ¡Sola y a caballo en la Ruta de la Seda! ¿Es verdad o estoy soñando? —exclamó su padre, tan sorprendido que ni siquiera tuvo arrestos para reñirla por haber burlado sus consignas.

—He salido a pasear. Tenía necesidad de pensar y de galopar un poquito.

—¡Qué imprudente eres, Umara! Aquí, las…

—¡Papá, algo grave ha tenido que ocurrir para que vuelvas tan pronto de tu partida de caza! —le preguntó hábilmente, con toda la ingenuidad que pudo aparentar.

Interrumpiéndolo con intención de llevarlo hacia otro terreno, esperaba que de ese modo quizá la haría partícipe de sus preocupaciones.

Sin dar tiempo al obispo a dar una respuesta, de una comitiva que se detuvo en el camino empedrado delante de ellos, cerca ya de la ciudad, se destacó un hombre que lo interpeló:

—¡Buenos días! ¿Queda lejos el oasis de Dunhuang?

El rostro del hombre, tocado con un turbante de brocado liado al estilo persa, tenía una expresión afable.

—Llegaréis a él antes de la puesta de sol. Basta con que sigáis el camino en línea recta —respondió maquinalmente Addai Aggai.

Detrás de él le seguían dos hombres atados por una pierna a un ronzal que asía un guardián montado a caballo. A su lado había un enorme perrazo amarillo de la raza capaz de defender los rebaños de los ataques de osos y

lobos. Algo más apartados esperaban unos jinetes, todos con el mismo tocado. A juzgar por su prestancia y las dimensiones de su cimitarra, uno de los dos era el jefe. En el centro del grupo armado había un monje con el cráneo rapado, vestido con la túnica de color azafrán propia de los budistas.

Pero lo más notable de todo y lo que más atrajo la atención de Umara, que parecía fascinada, así como la de Addai Aggai, a pesar de las preocupaciones que lo atormentaban, fue el elefante cuya imponente y maciza silueta, como si fuera una gigantesca estatua, abría la marcha del curioso cortejo.

Al lado del animal, un cornaca se ocupaba con diligencia de curarle las patas.

Era la primera vez en la vida que la joven Umara veía un paquidermo. Por ello se acercó, boquiabierta, a contemplar aquel animal de tan curiosas formas.

¡Qué suave y extraño a la vez le pareció aquel curioso monstruo de piel gris, cubierta de pliegues, con aquellas pestañas curvas que recordaban los ojos embadurnados de *khol*[36a] de las mujeres que acompañaban a los mercaderes occidentales y con aquellos colmillos lisos y amarillentos que, cual sables desenfundados de sus vainas, flanqueaban aquella increíble nariz, larga y flexible, que según pudo comprobar el animal utilizaba como si fuera un brazo!

—¿Cómo se llama? —preguntó Umara, maravillada, primero en chino, después en siríaco y finalmente en sánscrito, al cornaca.

—Elefante Sing-sing —respondió éste.

Volviendo sobre sus pasos para reunirse con su padre, Umara miró furtivamente a los dos hombres atados por una pierna.

El joven la miró y le sonrió y la chica pensó de inmediato que aquel muchacho poseía algo que lo hacía indefiniblemente seductor.

Y procurando que Addai Aggai no lo advirtiera, le dedicó a su vez la más encantadora de sus sonrisas.

Aquel tejemaneje se prolongó mucho más allá de las conveniencias entre un chico y una chica a los que nadie había presentado.

Umara no conseguía apartar los ojos de los del apuesto desconocido hasta que el guardia montado a caballo decidió poner término a la muda

conversación tirando de la cuerda con la que estaba atado a su compañero.

—¿Conocéis un sitio dónde se avinieran a darnos cobijo y sobre todo que aceptasen también al elefante que nos acompaña en el viaje? —preguntó a Addai Aggai el mismo joven jinete del turbante que acababa de traducir aquella pregunta formulada por el jefe de la cimitarra.

—En la ciudad antigua hay un pequeño albergue muy poco frecuentado. Es el único cuyo patrón admite camellos. No creo que se negase a alojar a vuestro elefante.

—¿Podríais darnos la dirección y el nombre del establecimiento?

—Se llama simplemente Hotel de los Viajeros y está situado en el mismo centro de la ciudad, en el viejo barrio del gran mercado cubierto. ¡Decid al patrón que vais de parte del obispo nestoriano de Dunhuang! Si queréis llegar antes, puedo acompañaros. Vivimos al lado mismo —le informó amablemente el padre de Umara.

Mientras cabalgaban juntos al frente del resto de la comitiva, en compañía de Umara, el obispo nestoriano no tardó en enzarzarse en una conversación con el jefe de los parsis, cuyo dialecto persa tenía suficientes puntos en común con su propia lengua de origen para poder sostener una conversación, aunque sucinta.

Así pues, se presentaron mutuamente sin tropezar con el obstáculo de la lengua, lo que contribuyó a eliminar la desconfianza que habitualmente sentía Majib.

Muy pronto, el obispo nestoriano, que se sentía en la gloria, comprendió todo el partido que podía sacar de aquel encuentro inopinado.

Aquel jefe Majib era nada menos que un «mogmart».

¡Cuántas cosas habían contado a Addai Aggai cuando era niño acerca de los poderes sobrenaturales de los *mogmarts*, aquellos extraordinarios brujos zoroastrianos!

¿No decían acaso que, entre otras proezas, eran capaces de prender fuego tan sólo con la mirada y de secuestrar niños y llevárselos por los aires como las águilas se llevan a los corderos y cabritos asiéndolos con las garras?

—¿No entra en tus poderes, como mago *mazdeano mogmart*, el de dar órdenes al agua de la tierra? —le espetó, como quien no dice nada, tras

haberlo interrogado sobre sus orígenes.

—En mi juventud aprendí algunos pases con este fin, pero ha pasado tanto tiempo que ya no puedo garantizar nada con respecto a su eficacia —respondió el jefe parsi, en quien la actitud intempestiva del obispo había despertado suspicacias.

Umara apenas podía creer lo que veían sus ojos: su padre acababa de conocer al jefe parsi Majib y ya estaba pidiéndole que lo ayudase y revelándole de paso el secreto que ella acababa de descubrir.

—¿Querrías sacarme de apuros? Tengo una fábrica que se alimenta de un manantial de agua viva que al parecer se ha secado, con lo que su funcionamiento ahora es impracticable. Las consecuencias son desastrosas para mí. Si consiguieses que volviera a brotar el agua del suelo, te pagaría muchísimo dinero… —añadió el obispo clavando los ojos en los del jefe parsi.

Sin duda que Addai Aggai había pensado que, recurriendo a un extranjero que no hablaba las lenguas locales, se evitaría los contratiempos que podía comportarle procurarse los buenos oficios de un chamán brujo *fangshi*, de cuya discreción jamás habría podido estar seguro.

—¿Qué produce tu fábrica? —inquirió Majib.

—Júrame que no se lo dirás a nadie.

—¡Te lo juro!

—Pues produce hilo de seda. Si no tenemos agua, es imposible cualquier operación, ya se trate de hilado, teñido o tejido —respondió ingenuamente el obispo sin valorar el alcance de sus palabras.

Como no valoró, por otra parte, el fulgor que brilló de pronto en la mirada del jefe parsi y que, por contra, Umara captó al momento.

Pero aquel brillo insólito que percibió en los ojos del tal Majib seguía sin revelarle nada cuando, terminada la jornada, dio las buenas noches a su padre y se retiró a su habitación.

¿Cómo iba a figurarse, la intuitiva cristiana nestoriana, que Majib acababa de descubrir, gracias a la mayor de las casualidades, lo que hacía años que, en Persia, aquellos que le habían dado el poder trataban de averiguar: el nombre del oasis de la Ruta de la Seda dónde unos hombres habían sido lo bastante locos o lo bastante audaces para desafiar a la Gran

China fabricando una seda de una calidad equivalente a la de las más célebres hilanderías del imperio del Medio?

Las raras muestras llegadas a Persia procedentes de aquel taller clandestino demostraban la competencia excepcional de sus artesanos, que no tardaron en convertirse en leyenda, pero que nadie, pese a todos los esfuerzos puestos a colación por la realeza parsi en el exilio, había conseguido identificar.

Aquella hazaña, pues, que el jefe Majib estaba a punto de realizar explicaba la profunda alegría interior que Umara había detectado.

Según lo convenido, este último había demostrado un gran interés en acompañar a los persas al Hotel de los Viajeros.

Su entrada en Dunhuang, debido a la presencia del paquidermo, no había pasado inadvertida y habían atravesado los callejones del barrio antiguo rodeados de toda una caterva de niños.

Así que dejaron que los viajeros se instalaran en el albergue, el guapo joven al que el jefe parsi, sobremanera eufórico, permitió que le retiraran las trabas que entorpecían sus movimientos se acercó en seguida a Umara para saludarla.

A la chica le habría gustado hablar con él, pero no se atrevió. En cuanto a él, no le dio tiempo, ya que el joven intérprete se le acercó corriendo, le tiró de la manga y le pidió que ayudase a descargar bultos. La orden hizo que se precipitara hacia una cesta sujeta a la grupa de un brioso caballo negro, la soltase y la entrase, con mil precauciones, al interior del hotel.

—¡Buenas noches, padre! Espero que me digáis un día por qué fabricáis seda en pleno desierto —le murmuró Umara justo cuando Addai Aggai le ponía los labios en la frente deseándole buenas noches.

—¡Es por una buena causa, querida mía! Más adelante te lo explicaré. Ahora debo celebrar el último culto. A buen seguro que mis monjes ya me esperan en la iglesia —le susurró, extenuado por aquella jornada fértil en emociones que ya tocaba a su fin.

Umara seguía con la mirada fija en el lagarto, inmóvil en el techo de su habitación.

¿Cómo era posible que su padre hubiera hecho tales confidencias a un persa desconocido?

¡A qué extremos lo llevaba la desesperación que sentía!

Por fortuna Umara había urdido un plan que le permitiría ayudar a aquel ser al que respetaba profundamente y amaba con toda su alma, pese a no comprender siempre sus motivaciones como jefe de la Iglesia, ya que las veía más próximas a las de un capitán de ejército que de un pastor de almas…

Umara cerró los ojos.

Y de pronto se le apareció el bello rostro de aquel joven prisionero con quien se había cruzado y que le había sonreído.

¿Quién era?

Por su aspecto, era chino.

Pero, de serlo, ¿qué hacía en aquella cuadrilla de parsis?

¿Acaso era su esclavo?

Aunque en su espíritu se agolpaba toda una gran confusión de preguntas, experimentó una extraordinaria sensación de alivio.

Era evidente que aquel encuentro, más aún que el del elefante Sing-sing, era un acontecimiento positivo que debía poner en el activo de aquella jornada memorable.

¿Tendría ocasión de ver de nuevo a aquel guapo chino cuyos ojos le habían revelado tantas cosas?

Lo deseaba tan ardientemente que, antes de dormirse, rezó a su Dios para que así ocurriera.

En cuanto al pobre Addai Aggai, que, arrodillado entre sus monjes, creía haber tenido una inmensa suerte al tropezar con aquel *mogmart* capaz de devolver la vida a las fuentes secas, estaba lejos de sospechar que, al revelar al jefe de los parsis su intervención en la producción de seda clandestina de Dunhuang, no sólo le había hecho un gran servicio sino que acababa de convertirse, a pesar de sí mismo, en su blanco providencial.

XX

OASIS DE TURFAN, RUTA DE LA SEDA

Desde hacía una semana, el comportamiento de Cargamento de Quietud no hacía honor a su nombre.

El Perfecto maniqueo apenas si conseguía esconder su nerviosismo a sus más allegados, a quienes la tirantez de sus rasgos revelaba los insomnios que sufría que, ya de madrugada, lo dejaban completamente exhausto.

Ya que, después de cada noche, sólo levantarse debía practicar el primer rito de la jornada, que era el del Himno a la Luz, entonado delante de la pintura del ábside de la iglesia que representaba al Gran Profeta Mani delante de un cónclave de Iluminadores, en compañía de los demás Perfectos, todos revestidos con la túnica blanca inmaculada. Después comían juntos un puñado de dátiles bendecidos y a continuación bebían un sorbo de agua lustral que un sacristán sacaba con un cacillo de plata de una inmensa cuba de bronce del baptisterio donde había permanecido toda una noche.

Pronto se cumplirían siete días y siete noches desde que el jefe de la Iglesia de Luz de Turfan esperaba la visita semestral de su discreto visitador sin que éste, debido a extrañas circunstancias, se presentara.

Ahora bien, era la primera vez que se producía tal retraso.

Por lo común, el hombre que Cargamento de Quietud conminaba a presentarse secretamente ante él era puntual.

El día señalado, por lo general a una hora más bien tardía, llegaba a la Iglesia de Luz montado en su camello, ataviado con las ropas de un mercader chino itinerante cargado de productos medicinales que respondía al nombre de Aguja Verde.

Con la excusa de dispensarle su consulta médica habitual, tan pronto como se apeaba de su montura con el rostro cubierto con un pañuelo so pretexto de protegerse del viento de arena, el falso mercader de plantas se encerraba bajo doble llave con Cargamento de Quietud en el despacho del Perfecto.

Y allí, a resguardo de oídos y miradas indiscretas, los dos hombres intercambiaban sus secretos sin testigo alguno.

Para mayor abundamiento y a fin de dar aún más el pego, el farmacéutico ambulante se presentaba seguido de una mula cargada de fardos de hierbas secas, polvos diversos y raíces, además de diferentes partes del cuerpo de diversos animales, como colas de lagarto, hígados de tortuga marina pulverizados y hasta testículos de tigre macerados en vinagre, así como patas de oso ahumadas con madera quemada y mudas de áspid de las arenas, en resumen, todo cuanto la farmacopea china consideraba en materia de remedios, reforzantes y tonificantes procedentes tanto de la flora como de la fauna locales y que la Ruta de la Seda se encargaba de difundir hasta los más lejanos parajes.

Aquel disfraz no era más que un camuflaje para que el viajero pudiera pasar inadvertido a través de los cinco puestos de fielato que la administración de los Tang había situado hábilmente entre Chang An, la capital, y Turfan, el último gran oasis que seguía siendo todavía un protectorado chino.

Puesto que Aguja Verde, cuyo nombre era falso, tenía tanto de mercader de hierbas medicinales como Cargamento de Quietud de monje budista.

El hombre que tardaba en presentarse y cuya espera estaba impacientando tanto al Maestro Perfecto era un joven *uïgur* llamado Torlak a quien lo mísero de su condición había empujado a convertirse, hacía unos años, al maniqueísmo.

Profesaba a Cargamento de Quietud un inmenso reconocimiento por haberlo recogido, casi muerto de sed, cuando fue a llamar a la puerta de la

Iglesia de Luz de Turfan en una época en que ésta no era más que una capilla de madera en cuyo interior un reducido puñado de fieles rendían culto a Mani. Su fidelidad y devoción hicieron que Torlak fuese elegido por el Maestro Perfecto para desempeñar el cargo de agente secreto de la Iglesia de Luz en Chang An.

El *uïgur* gozaba, además, del privilegio, a semejanza de sus congéneres salidos de aquel pueblo de la estepa que los chinos habían convertido en vasallos suyos, de expresarse perfectamente en la lengua de los colonizadores.

Y fue con el nombre de Aguja Verde, que conservó, como Cargamento de Quietud lo envió a la capital de la China central, después de la primera estancia de Punta de Luz.

Su agilidad, su malicia e incluso la marrullería de la que era capaz habían hecho de Aguja Verde —cuyos rasgos, entre ellos los ojos oblicuos, le permitían sobradamente pasar inadvertido en el medio chino— una pieza esencial del dispositivo de Cargamento de Quietud en su estrategia de implantación del maniqueísmo en China central.

Pero la presencia secreta del joven *uïgur* en Chang An no tenía, por supuesto, más que miras intelectuales y religiosas.

Pese a que al principio Aguja Verde se centró sobre todo en la labor de apostolado de su misión en China central, Cargamento de Quietud le encargó muy pronto que vigilase la forma como los nestorianos daban salida a la preciosa mercancía que se tejía en Dunhuang.

En la atribución de papeles establecida por Cargamento de Quietud y Addai Aggai, la comercialización de la seda clandestina y su distribución en el mercado interior chino era responsabilidad exclusiva de la Iglesia nestoriana.

Consciente del hecho de que el contacto directo con el mercado y la clientela final confería a su socio un papel mucho más importante que el suyo y casi un derecho de vida y muerte sobre su propia actividad de producción de hilo de seda, Cargamento de Quietud había procurado asegurarse —de forma permanente y recurrente— de que Addai Aggai era un socio leal tanto en el plano de la transparencia de los márgenes que

aplicaba a la reventa de la mercancía como en lo tocante a guardar secreto absoluto sobre la procedencia de la misma.

Se trataba, pues, para el agente secreto maniqueo, de comprobar que la administración china seguía ignorando el intríngulis de aquel tráfico de seda donde los actores, desde un extremo al otro de la cadena, ponían su vida en constante riesgo.

Aquel sector particularmente temporal de la misión de Aguja Verde llevaba en el código el nombre de «Hilo Rojo».

Hacía algunos meses que aquella actividad lo mantenía ocupado prácticamente todo el tiempo.

A petición del Perfecto, el *uïgur* se había lanzado a un trabajo de hormiga consistente en reclutar hombres y mujeres a sueldo dentro del marco de una organización piramidal de pisos estancos que garantizaban el anonimato de sus responsables jerárquicos hasta el punto de que Aguja Verde era el único que conocía la identidad de todos los miembros y al mismo tiempo era el destinatario final y único de la totalidad de las informaciones recogidas por su red de espionaje.

Los agentes de la red del Hilo Rojo cobraban a destajo en dinero contante y sonante, proporcionado por Cargamento de Quietud a Aguja Verde.

El trabajo, que era de la máxima precisión, les era asignado por un «oficial de trato», especie de superior jerárquico cuya identidad real les era desconocida.

El único signo distintivo de los miembros de aquella cofradía era aquel fino hilo de seda roja atado a la muñeca, a guisa de brazalete, tan sutil y discreto que pasaba inadvertido a ojos de todos cuantos ignoraban su existencia y significado.

Asentada sobre la base de una retribución impecable de sus «agentes» mercenarios, la red del Hilo Rojo costaba muy cara a Cargamento de Quietud, si bien éste sabía muy bien que era el precio que debía pagar si quería continuar produciendo seda clandestina sin riesgo de castigo devastador para su Iglesia de Luz.

Cada seis meses, cuando volvía a Turfan para pasar cuentas con Cargamento de Quietud sobre su trabajo de supervisión de los nestorianos y

para tranquilizarlo con respecto a la confidencialidad del circuito utilizado, el Perfecto maniqueo ponía en manos del *uïgur* la fuerte suma de dinero necesaria para cubrir el pago del semestre siguiente.

Cargamento de Quietud comprobaba, alarmado, que la suma de dinero aumentaba tras cada uno de los viajes de Aguja Verde, hasta el punto de que ya representaba una parte nada negligible del producto de la venta del hilo de seda.

Pero se trataba del precio que costaba la seguridad de la Iglesia de Luz y de manera especial su independencia con respecto a la rival nestoriana en aquel contexto de tregua armada a la que conducía la alianza táctica entre los dos jefes religiosos.

Al frágil equilibrio de las relaciones entre las dos Iglesias y al carácter particularmente delicado e incluso sensible del trabajo que Aguja Verde efectuaba en Chang An venía a sumarse ahora el trágico problema de la enfermedad del criadero de gusanos.

Todo esto explicaba por qué el retraso del joven *uïgur* seguía angustiando al Maestro Perfecto.

Si la red del Hilo Rojo también se venía abajo, la catástrofe sería absoluta para la Iglesia maniquea, que acabaría por ignorar totalmente el destino de la seda clandestina, cuya salida al mercado chino los nestorianos aseguraban.

Así pues, cuando un frailecillo fue corriendo a anunciar al Gran Perfecto la llegada a la Iglesia de Luz de aquel que esperaba con tal impaciencia, Cargamento de Quietud no se abstuvo de abrazar efusivamente al jovencito, quien se sorprendió ante tan inopinada expansión.

Cuando el jefe de la Iglesia maniquea se precipitó al patio de honor para ir a su encuentro, unos Oyentes ya estaban descargando los fardos de los camellos que acompañaban al falso médico chino ambulante.

Aguja Verde, que bajo las anchas mangas de su túnica de lana llevaba atado a la muñeca derecha un finísimo hilo de seda roja, parecía muy fatigado a causa del viaje.

Los rasgos de su rostro lampiño, de ojos muy oblicuos, denotaban un gran cansancio.

El Maestro Perfecto detectó de inmediato en su mirada, habitualmente risueña, que algo no funcionaba.

—Aguja Verde, ¿por qué este retraso? ¿No te das cuenta de que por poco me mata la inquietud? ¡No sabía qué pensar! ¡Hace una semana que te espero! —fue lo primero que soltó al agente secreto *uïgur* después de conducirlo a su despacho.

—En la capital de los Tang las cosas se *han* puesto difíciles. El tráfico de seda prohibida ha llegado a oídos de las autoridades. El emperador Gaozong en persona está al corriente de la situación y ha ordenado que se investigue el caso. He procurado proceder con la máxima rapidez, pero he tenido que redoblar la prudencia a fin de no despertar sospechas… —afirmó el *uïgur*.

Agotado después del penoso viaje que acababa de realizar a lomos de un camello, se desplomó en un sillón delante de Cargamento de Quietud.

—¿Y qué ha pasado con la red del Hilo Rojo? ¿Está desarticulada? —preguntó, angustiado, el Maestro Perfecto.

—De momento sigue funcionando. Nuestra organización, pese a ser extremadamente cara, es muy eficaz debido a su estructura estanca. Cada eslabón ignora el siguiente y, aunque desapareciera uno, la red seguiría funcionando de forma imperturbable.

—¡Es un hecho que todo se sostiene sobre tus hombros, mi querido Torlak! Cuando te envié allí, sabía que había elegido bien. Y dicho esto, todavía tienes que ser más prudente —dijo Cargamento de Quietud con un suspiro, como quitándose un peso de encima.

—Procuro hacer las cosas lo mejor que sé…

—Ya lo sé, ya lo sé. Por eso confío en ti.

El joven *uïgur* permaneció en silencio con expresión impenetrable.

—¿Hay que prevenir a los nestorianos de la nueva situación?

—Si no están al corriente, acabarán por enterarse.

—Fíjate bien en lo que te digo, Torlak, esa penuria de hilo de seda se produce, en realidad, en momento oportuno. Si la mercancía clandestina se suspende durante unos meses, quizás las autoridades centrales se figurarán que *han* puesto término a su comercio, lo que permitirá proseguirlo sin que

nos persigan cuando sea conveniente —añadió Cargamento de Quietud, que trataba de tranquilizarse ante aquella avalancha de malas noticias.

El *uïgur*, que ahora estaba algo crispado, acababa de mojar sus labios en el cubilete de agua perfumada con flor de azahar que Cargamento de Quietud había ordenado que le sirviera un diácono.

—¡No dices nada! ¿Hay algo que no te parece bien? —preguntó Cargamento de Quietud, bastante inquieto.

—Punta de Luz ha llegado a Chang An. ¡Habrías podido advertirme! Lo he sabido a través de mi red. ¡Menos mal que funciona! —exclamó, con acento sombrío, el *uïgur*.

—Decidí enviarlo después de tu última estancia aquí. ¿Cómo querías que te avisase? Su única misión consiste en traer gusanos y moreras —protestó el Perfecto, un tanto molesto.

—Se ha encaprichado de una obrera de la hilandería imperial. Es una tal Luna de Jade. Se quieren como dos tórtolos —observó, despechado, Aguja Verde.

Al oír aquellas palabras, Cargamento de Quietud tuvo un estremecimiento al tiempo que su rostro expresaba una mezcla de indignación y sorpresa.

—¡Pero ese chico está loco! ¡Ha perdido la cabeza! ¡Corremos el riesgo de que nos ponga a todos en peligro! —exclamó con voz tonante, antes de añadir, pálido de ira—: De todos modos, un Oyente de la Iglesia de Luz no tiene derecho a copular con quien se le antoje. ¡Punta de Luz está jugando con el fuego del infierno!

—Es muy peligroso sobre todo para la confidencialidad de nuestras actividades… En la hilandería imperial todo acaba por saberse…

—¿Te parece que ese imbécil llegará al extremo de vender el secreto a esa Luna de Jade? Como es de suponer, yo no le he dicho nada sobre ti ni sobre tus actividades.

—Pero lleva un hilo rojo en la muñeca. Me lo dijo el oficial de trato. Llegó incluso a figurarse que formaba parte de los nuestros…

—Estoy enterado. Me pareció bien atárselo antes de partir. Pensé que esto podía evitarle contratiempos. Lo necesito sano y salvo… Si lo hubiera

sabido, me habría abstenido. ¡Qué error tan grande cometí confiando en ese muchacho!

—Entretanto, podría provocar daños considerables… —murmuró entonces Aguja Verde, no sin intención pérfida.

—¿Lo has visto? ¿Has hablado con él? ¿Cómo te presentaste ante él? Lo esencial es que no adivine nunca lo que haces allá abajo. Aquí todos se figuran que recorres la Ruta de la Seda para comprar y vender medicamentos para uso de nuestra gente —exclamó, cada vez más inquieto, Cargamento de Quietud.

—Me he guardado muy mucho de ponerme en contacto con él. Siguiendo vuestras directrices tanto allí como en todas partes, sólo actúo a través de un intermediario. Me indicaron su presencia en Chang An gracias a la relación de uno de mis agentes, que es el propietario de una tienda que ostenta la enseña de La Mariposa de la Seda. Debido a esta revelación, hice que vigilaran a vuestro Oyente a través de la red del Hilo Rojo. ¡Espero haber actuado como es debido! —explicó Aguja Verde con aire satisfecho y reservado a la vez.

—¡Yo que tú habría hecho exactamente lo mismo! Envié a Punta de Luz a Chang An para que trajese capullos de gusanos de la seda vivos. La epidemia ha diezmado nuestros criaderos. ¡De aquí ya no sale una sola pulgada de hilo de bómbice! En cuanto al incalificable comportamiento de ese joven Oyente, debo decir que me ha decepcionado profundamente. ¡Ese muchacho ha puesto en grave peligro su Iglesia! —repitió el Perfecto, que lamentaba haberle otorgado su confianza tan a la ligera.

—¡Luna de Jade le dio albergue en una habitación que ella ocupaba en el altillo de un contacto de mi agente! Una tienda que, además, los nestorianos utilizaban para dar salida a piezas de seda clandestina. Pero lo más curioso del caso es que todo esto era pura coincidencia.

—¡En realidad, una coincidencia aterradora! Pero una cosa, Torlak, veo que hablas de todas estas cosas en pasado. ¿Es que ha ocurrido alguna desgracia? —preguntó Cargamento de Quietud.

—No hay duda de que ese mercader que lleva el nombre de Rojo Vivo es el traidor que reveló la existencia de la hilandería clandestina a las autoridades chinas. Un buen día, un gigante turco-mongol que tiene la

lengua cortada y a quien se le conoce porque es el factótum nada menos que de la emperatriz Wuzhao vino a buscarlo para llevarlo por la fuerza al palacio imperial después de haber registrado a fondo su tienda. El perillán salió con vida del lance aquella misma noche y volvió a su tienda como si nada hubiera ocurrido…

—¿Crees que lo despacharon así como así? —preguntó Cargamento de Quietud con voz temblorosa.

—Jamás se sale vivo del palacio imperial de la capital de la China central cuando se acude allí convocado por una autoridad suprema y te atrapan en el momento de violar la ley del Estado. Si ese mercader pudo salvar la vida fue a cambio de unas revelaciones…

—En consecuencia, te viste obligado a proceder a su eliminación…

—¡No tenía otra alternativa! Siempre me habíais dicho que había que separar los eslabones de la red del Hilo Rojo antes de que se debilitasen…

—¿Y qué hiciste?

—En Chang An hay varios albergues donde basta con dar un *tael* de plata a un indigente junto con el nombre y la dirección de la persona perseguida para que se cumpla el contrato a partir del día siguiente mismo. En cuanto a este particular, me extendí hasta un *tael* de oro para asegurarme de que el encargo no se haría a medias…

—Ya comprendo… ¿Y qué hiciste para preservar, en todo este asunto, a Punta de Luz y a Luna de Jade? ¿Acaso no se habían metido en la boca del lobo?

—Tras la eliminación de Rojo Vivo, los servicios secretos imperiales del Gran Censorado sometieron a vigilancia su tienda. Yo tuve entonces que tomar la delantera e hice que les advirtieran del peligro que corrían antes de protegerlos a los dos poniéndolos al abrigo en casa de un miembro de la red del Hilo Rojo, advirtiendo a éste de la prohibición expresa de dejarlos ir de un lado a otro sin autorización expresa mía. Ésta fue la razón de que se retrasara mi salida de Chang An.

—¡Obraste muy bien! Las circunstancias exigen, en efecto, que nos rodeemos de un máximo de precauciones… El insensato de Punta de Luz habría podido poner en peligro toda nuestra organización si le daba por exhibirse en la ciudad cuando la policía china estaba pisándole los talones.

Pero dime una cosa, Torlak, ¿es de fiar la persona que alberga a esos jóvenes?

—Se trata de un pintor-calígrafo chino de pura cepa. Pese a su talento, como no pertenece a la Academia imperial de pintura y caligrafía, consigue sobrevivir con penas y trabajos. Esto hace que este hombre sea fiable, ya que necesita los emolumentos que le proporciona nuestra organización para alimentar a su numerosa familia.

—¿Cómo se llama?

—En Chang An lo conocen sobre todo por su nombre de pintor-calígrafo: Pincel Rápido. ¡No hay quien le iguale en lo que se refiere a llenar, con gesto gracioso, una hoja blanca con un poema antiguo! También pinta flores y caballos con igual virtuosismo —precisó Aguja Verde, a quien al parecer impresionaba visiblemente la maestría del mencionado Pincel Rápido.

—Espero que tu Pincel Rápido sea más fiable que nuestro Punta de Luz… —le espetó, sin bromear lo más mínimo, Cargamento de Quietud, cuya expresión seguía siendo sombría.

—Pincel Rápido es un gran artista. Pasa horas enteras delante de hojas blancas copiando estrofas poéticas antiguas que ornamenta con escenas y paisajes. ¡No veo por qué traicionaría un secreto que le permite dedicarse con toda tranquilidad a su gran pasión!

—¡Me encantaría que tuvieras razón!… —suspiró el Perfecto antes de añadir lo siguiente—: Pero ¿qué encuentra Punta de Luz en esa Luna de Jade para renegar de los juramentos religiosos a los que se ha comprometido?

—¡No tengo ni la más mínima idea! De todos modos, he podido comprobar, aunque sea de una manera indirecta, que está profundamente enamorado de ella. Ese par de tórtolos se conocieron en ocasión de la primera estancia en Chang An de ese muchacho. Según Pincel Rápido, no para de decirle que ha regresado porque la ama.

—El muy bribón, se guardó mucho de confesarme que se había enamorado de una china cuando le pedí que volviera allá. Yo no sospechaba ni de lejos la oportunidad que le ofrecía.

—La chica tiene fama tanto de guapa como de emprendedora.

—Me la imagino perfectamente. Una de esas mujeres diabólicas que igual podrían ser bailarinas que cantantes, acróbatas o incluso cortesanas.

—En el Templo del Hilo Infinito dicen que es una criatura de costumbres más bien ligeras… —precisó, no sin acritud, Aguja Verde.

—Teniendo en cuenta todos esos detalles, lo mejor sería que regresases sin esperar más… ¿Cuánto dinero necesitas esta vez? —preguntó súbitamente Cargamento de Quietud.

—Para hacer frente a todos los gastos del semestre que viene, necesito, tirando por lo bajo, dos medidas de monedas de plata… ¡Sólo el coste de la pensión de los dos jóvenes en casa del calígrafo Pincel Rápido ya representa un *tael* por dos personas y por día! ¡No es moco de pavo! —farfulló Aguja Verde.

Tras comprobar que la puerta de su despacho estaba bien cerrada, el Maestro Perfecto se acercó a abrir los dos batientes del macizo armario claveteado con tachuelas de bronce, arrimado al muro detrás de su mesa de trabajo.

Al abrirlo pudo comprobar con desaliento que las reservas monetarias de la Iglesia de Luz, desde la dramática penuria de hilo de seda ocurrida como consecuencia de la enfermedad de los gusanos, habían disminuido seriamente.

—Cuando te haya entregado lo que voy a darte, apenas me quedará nada. ¡Ojalá se reanude pronto la producción de hilo de seda! —murmuró al coger de un estante una caja llena de monedas de plata y oro.

—¡Sé que os he pedido mucho dinero y os pido perdón por adelantado!

—¡No es preciso que te excuses! No es momento de andarse con regateos. Es necesario que la red del Hilo Rojo siga funcionando perfectamente, ya que de lo contrario nos esperan graves peligros.

—Tenéis razón. No es momento de romper una cadena que hemos forjado a costa de tantos trabajos…

—En este sentido, ¿podemos estar seguros de la lealtad de los nestorianos? ¿No van a dejarnos en la estacada, si las circunstancias lo requieren, para salvar la piel? —preguntó el Perfecto guardando de nuevo en el armario la caja del dinero prácticamente vacía.

—No se puede estar seguro de nada… Cuando las cosas van mal, es fácil que cada uno quiera actuar por su cuenta y riesgo…

Cargamento de Quietud miró fijamente a Aguja Verde.

Después de la traición de Punta de Luz, todo reposaba sobre los hombros de aquel *uïgur*… Ya se felicitaba de la intuición que había tenido al enviar a Chang An a ese agente secreto. Sin su presencia, era seguro que las autoridades chinas habrían desmontado totalmente la hilandería de seda clandestina.

—¿Querrás cenar conmigo? El cocinero ha preparado unas tortas de trigo y un excelente potaje de verduras —añadió Cargamento de Quietud.

—Os lo agradezco de todo corazón, pero prefiero partir en seguida dada la situación. Me parece lo más prudente.

—Por lo general, siempre que me visitas compartimos la cena, una vez celebrado el último oficio. Tu presencia a mi lado, ante el altar de la Luz Pura, me permitiría suplicar a Mani que protegiera a su discípulo —exclamó el jefe maniqueo.

—Os prometo que la próxima vez, dentro de seis meses, partiremos juntos el pan y asistiré al oficio nocturno.

—Permíteme, por lo menos, ungir tu frente con una gota de óleo sacramental a fin de proteger tu viaje de regreso. La Iglesia de Luz ahora tendrá más necesidad de ti que nunca —le dijo en un hilo de voz Cargamento de Quietud.

El *uïgur* se arrodilló ante él y el Maestro Perfecto, cogiendo una botella de vidrio donde se guardaba el Santo Crisma, vertió una gota en su dedo pulgar y ungió con ella la frente del *uïgur* haciendo la señal de la cruz mientras éste permanecía con los ojos cerrados.

—En nombre de la cruz en la que Mani sufrió y murió recibe, Torlak, la bendición de Cargamento de Quietud.

—¿Qué debo hacer con Punta de Luz y Luna de Jade? —preguntó de pronto Torlak cuando su maestro ya colocaba el tapón con todo cuidado en la botella del santo óleo.

—¡Tienen que dejar de verse! Ponte en contacto con Punta de Luz y le dices de mi parte que su conducta es incalificable y que debe volver cuanto

antes a Turfan con los huevos de los gusanos y los capullos según lo acordado.

—¿Pensáis perdonarle las irregularidades de su conducta? —preguntó el *uïgur*.

—Sin capullos ni gusanos la Iglesia de Luz corre un peligro mortal. Dile que, si me trae lo prometido, cabe la posibilidad de que lo perdone.

—¿Y en cuanto a su amante? —preguntó Torlak, que parecía algo decepcionado ante la inesperada clemencia de Cargamento de Quietud.

—Le dirás que los Oyentes pueden ser eximidos de los votos de castidad. Y que estoy dispuesto a casarlos según el rito de la Luz. ¡Pero Punta de Luz debe volver aquí con los capullos! —añadió en tono febril el Gran Perfecto, dispuesto a todas las concesiones con tal de recuperar los minúsculos gusanos capaces de digerir hojas de morera y transformarlas en preciosos capullos.

—Y si se niega a obedecer y decide optar por los hermosos ojos de su amada y quedarse en Chang An, ¿deberé considerarlos simplemente como eslabones débiles de nuestra red? —objetó entonces Aguja Verde.

Al oír esas palabras el rostro de Cargamento de Quietud pareció cerrarse.

—Nuestra norma de conducta, dicho sea de paso, no debe sufrir ninguna excepción. Espero que no sea preciso llegar a esos extremos —le soltó con el corazón encogido.

En opinión de Aguja Verde, el tono empleado por Cargamento de Quietud no dejaba lugar a dudas y puede decirse que sólo esperaba aquella frase con la que el Perfecto de Turfan acababa de autorizarlo expresamente a proceder, en caso necesario, a la eliminación de los dos amantes que ponían en peligro la existencia de la red del Hilo Rojo.

Tras saludar al Perfecto, el falso médico chino se dirigió, satisfecho, al patio de honor dispuesto a partir en seguida con sus camellos.

No sin hacer votos para que la gracia del Profeta acompañase a Torlak el *uïgur* en su viaje de regreso, Cargamento de Quietud se secó una lágrima al verlo partir, antes de volver al Templo de Luz, donde se sumió voluptuosamente en la oración y las invocaciones al Misericordioso Mani.

¡Si el Gran Perfecto, que si de algo pecaba era de demasiado crédulo, hubiera sabido que la razón de las prisas que tenía Aguja Verde por volver a Chang An, al igual que las de su tardía llegada a Turfan, llevaba precisamente el nombre de Luna de Jade, muchacha que deseaba, sin duda no se habría abandonado a tantas letanías y acciones de gracias destinadas a proteger al condenado tunante!

En realidad, lo que había olvidado decir el joven *uïgur* a su socio comanditario —y razones no le faltaban— era que había tenido ocasión de admirar enteramente desnuda a la joven amante de Punta de Luz detrás de la falsa ventana del discreto camarín donde el mirón recalcitrante que era Pincel Rápido instalaba a muchachas contratadas para que posaran como modelos al natural. Después las dejaba solas, pero no sin antes administrarles un brebaje que les hacía perder todo comedimiento en los arrebatos amorosos a los que las arrastraba un joven que el pintor mirón introducía en la alcoba.

A veces llegaba a juntar a dos o tres chicas y se solazaba viéndolas retozar escondido detrás del tabique.

Así disfrutaba Pincel Rápido del atrevido espectáculo de los amores promiscuos haciendo como que sacaba inspiración de aquellas imágenes.

En aquella estancia secreta donde todo incitaba al amor, desde las formas lascivas de los asientos tapizados de terciopelo hasta las pinturas del techo, que representaban todo tipo de acoplamientos de animales de pluma, pelo o escama, dispuestos alrededor del pájaro mítico Biyiniao, que sólo podía volar en pareja, ya que tanto el macho como la hembra sólo disponían de un ala, Aguja Verde había cobijado a los dos jóvenes amantes.

Éstos, como es natural, ignoraban que eran espiados cuando se entregaban a sus juegos.

Una noche que fue a comprobar a casa de Pincel Rápido que todo funcionaba de forma adecuada, el pintor-calígrafo, cuyos ojos despedían un brillo lúbrico, lo llevó a la falsa ventana desde la cual se complacía en contemplar con gran delectación las evoluciones de sus cobayas.

—Pero ¿cómo es posible verlos como si los tuviera delante? —preguntó, estupefacto, el *uïgur*.

—Si te acercas a la pared, verás que en realidad es una lona oscura y engrasada perforada con millares de minúsculos agujeros. La lona está pintada por el otro lado con una escena que representa un paisaje de montañas y ríos que es obra mía… de manera que los interesados no se dan cuenta de nada —le explicó con aire triunfal Pincel Rápido.

En lo tocante a paisajes, Aguja Verde difícilmente olvidaría el espectáculo que había contemplado, maravillado… ya que se trataba de Luna de Jade y de Punta de Luz haciendo el amor.

Estupefacto y un tanto cohibido, el *uïgur* comprobó que Punta de Luz disfrutaba sin restricción alguna del cuerpo sublime de su joven amante, cuya increíble flexibilidad constituía, sin duda alguna, una de sus innegables cualidades.

Eran unas imágenes fascinantes y seductoras que no dejaban de perseguirlo, incluso en sueños.

Todos los sentidos de Aguja Verde se trastornaban al ver con qué ardor y pasión se contorsionaba aquella muchacha hasta el punto de asir el capullo de la vara de jade de su compañero haciendo que al mismo tiempo se solazara en los pastos que cubrían su valle de rosas.

En cuanto a Pincel Rápido, tan excitado estaba ante la visión de aquel acoplamiento que, sin el menor recato, no se contuvo y buscó el placer solitario en presencia de Aguja Verde.

El agente secreto de Cargamento de Quietud, que se había esforzado en mantenerse casto desde que éste le hiciera profesar, al igual que a Punta de Luz, sus primeros votos de Oyente, se dijo que era testigo de una escena que nada tenía de decorosa.

Incluso trató de disfrazarse y de hacer como que sentía una especie de repugnancia ante tan sorprendente gimnasia amorosa, ritmada por sonoras exclamaciones y mutuos halagos de la joven pareja que, entregada de lleno a la busca del placer compartido, no podía sospechar ni de lejos que estaba siendo observada.

Pero Torlak no tardó en rendirse y tuvo que admitir, dada la situación, que todo aquello lo excitaba tanto por lo menos como a Pincel Rápido.

De golpe y porrazo, con los ojos clavados en aquellos dos cuerpos tan fuertemente encajados, el *uïgur*, cuyo sexo se había endurecido tanto que le

producía dolor, se vio inundado por una ola de placer tan intensa que le fue imposible contrarrestarla.

Durante mucho tiempo se acordaría de la sensación que le había producido aquel deseo irreprimible y delicioso que le subió por dentro y desde el bajo vientre ascendió hasta su vara de jade y, tras unas rítmicas sacudidas, provocó el chorro violento y cálido de su licor íntimo, que le quedó en la mano.

Los jóvenes dejaron finalmente de hacer el amor y se durmieron uno en brazos del otro, derrumbados sobre uno de los estrafalarios divanes del camarín de Pincel Rápido.

Cuanto más contemplaba a la joven obrera, más sublime a Torlak le parecía su cuerpo, desde la punta de sus pies menudos hasta la de sus sedosos cabellos, pasando por su adorable ombligo, en el que llevaba ensartado un curioso aro de oro, por no hablar además de la rajita íntima que se abría entre sus torneados muslos, lisa y lampiña como la mejilla de un niño de pecho.

No cabía duda de que Luna de Jade era un verdadero tesoro y el *uïgur* no veía por qué Punta de Luz había de tener derecho a él y él, en cambio, no.

De pronto, corriendo como un loco, acudía todos los días a casa del pintor-calígrafo, poseído siempre del mismo deseo y penetrado de igual ardor.

Tan malsana maniobra se prolongó una semana entera y, en el curso de la misma, pudo asistir a las curiosas expansiones a las que se entregaban los dos amantes, convencidos de encontrarse al abrigo de las miradas del mundo.

En cuanto al insaciable Pincel Rápido, aquellas sesiones fueron para él una ocasión única de emborronar cantidad de cuadernos con dibujos eróticos acompañados de las caligrafías de pequeños poemas a cual más osado.

—¡Jamás había visto una muchacha más ingeniosa que ésta! ¡Tu compañero no tiene ocasión de aburrirse! ¡De buena gana me pondría en su sitio! —concluyó una noche Pincel Rápido al ver que Luna de Jade se había puesto a horcajadas sobre el torso de Punta de Luz, una postura más

complicada aún que las demás y que permitía al interesado deslizar la lengua hasta el interior del valle de las rosas de su amante y el índice por su puerta trasera, al tiempo que ella le lamía la vara de jade con su insaciable lengua.

—¡Y yo! —acabó por confesar el *uïgur*.

—¡Esa mujer es un guerrero de las justas de amor! Llega a un punto donde vicio y virtud se confunden —añadió el pintor mirón, que ya se disponía a gozar una vez más.

De esas visiones indiscretas y cotidianas sería poco decir que Aguja Verde no salía indemne.

Estaba hasta tal punto obsesionado por el cuerpo flexible y sensual de Luna de Jade, suave amasijo de músculos capaz de las posturas más audaces, torneado y liso como un mango en sazón, fruta que Punta de Luz devoraba con tanto refinamiento y tanto placer que el *uïgur* sentía unos celos tan intensos y definitivos de aquel *kucheano* que lo convirtieron en rival profundamente odiado.

Ahora sobre sus noches planeaba la imagen de la muchacha y, cuando se despertaba, en plena noche, creyendo tenerla en sus brazos, se encontraba con que en lugar del talle de la amante de Punta de Luz, lo que abrazaba torpemente, despechado, herido y apenado, no era más que la almohada.

¡Tener a Luna de Jade sólo para él!

¡Poseer y saborear aquel fruto prohibido, mango azucarado con ligero regusto a alcohol, de incomparable sabor!

Esto era todo lo que interesaba actualmente a Aguja Verde y por eso retrasaba tanto su partida a Turfan, donde lo esperaba, sin embargo, Cargamento de Quietud.

Ya que, en aquella búsqueda obsesiva, el *uïgur* ya empezaba a imaginar un subterfugio para tratar de acercarse finalmente al objeto de sus tormentos.

Ahora tenía un único deseo: tocar aquel cuerpo flexible de salvaje sensualidad.

Ahora tenía una única premura: sustituir a Punta de Luz y hacer el amor con la hermosa Luna de Jade…

Con esta idea en la cabeza, planeó que sobornaría al calígrafo Pincel Rápido, cuyas necesidades financieras eran importantes debido a tener que remunerar a las jóvenes modelos que precisaba.

Al proponer que le doblaría la cantidad que ya le satisfacía por el albergue de los dos jóvenes, Aguja Verde contaba con que el pintor-calígrafo se avendría a separarlos y a dejar a su disposición a Luna de Jade, aunque sólo fuera una noche, en el camarín de la falsa ventana.

Entonces no tendría más que introducirse subrepticiamente en el mismo y gozar de los múltiples encantos que aquella joven dispensaba a su amante.

Obnubilado por aquel sueño tan loco como ingenuo, esperaba que, en el curso de aquella noche, poseería a Luna de Jade en la cámara secreta, como tantas veces había hecho Punta de Luz desde hacía semanas.

Ya se veía disfrutando de ella después de haberle trabajado el vientre con su vara de jade y no, como hasta entonces, sólo con la imaginación.

Ya no se contentaría viendo cómo hacía el amor con su amante sino que, a semejanza de este último, la poseería de veras.

Tocaría su piel y por fin la haría suya.

Y de ese modo se vengaría de él.

No olvidaría, de paso, decir a Pincel Rápido que le mostrase después los dibujos y croquis de los tórridos jugueteos a los que se entregaría con la joven, ya que el pintor no renunciaría a su voracidad habitual y sin duda alguna tampoco dejaría de ejecutarlos en aquel caso.

Ésta era la razón que había movido a Aguja Verde a reclamar una fuerte suma de dinero a Cargamento de Quietud, convencido como estaba de que Pincel Rápido valoraría el trato en un precio muy elevado.

Seguro ahora del buen resultado de sus planes, Aguja Verde, moviéndose para adelante y para atrás y de un lado a otro con el avance del camello, al que no dejaba de hostigar para apresurar la marcha, pensaba con delectación en Luna de Jade, que tendría muy pronto a su alcance.

No tardaría en vengarse de Punta de Luz, quien pasaba los días en brazos de su amante mientras él pasaba los suyos de forma mucho menos grata y su curso se eternizaba a lo largo de aquella interminable Ruta de la Seda, sobre todo desde que se había levantado el viento cargado de arena,

que no dejaba respiro apenas al viajero, incapaz incluso de mantener abiertos los ojos a causa de las fuertes ráfagas.

¡Qué ingenuo había sido!

Ahora que los granos de arena, proyectados con fuerza por los hálitos ardientes que barrían el desierto, le acribillaban el rostro como minúsculas centellas, el *uïgur* empezó a odiar a aquel rival que Cargamento de Quietud había enviado a buscar capullos a Chang An y que, en lugar de esto, renegando de todos sus compromisos religiosos, se solazaba con los encantos de aquella joven mientras él, esclavo del deber, se esforzaba en hacer funcionar, con peligro de su vida, una red secreta en un medio hostil.

Cuanto más pensaba en ello, más inquina tenía a Cargamento de Quietud por haber demostrado tal falta de discernimiento con respecto a aquel *kucheano* que llevaba ahora una vida principesca y se mofaba de aquel modo de las reglas de la Iglesia de Luz.

Por fortuna, sin embargo, no tardaría en ser reparada aquella injusticia.

Habría una mejor distribución de papeles, ya que faltaban pocos días para que Luna de Jade fuera suya para siempre.

En lo tocante a Punta de Luz, pasaría a convertirse oportunamente en uno de los eslabones débiles de la red del Hilo Rojo… que el Perfecto maniqueo Cargamento de Quietud había autorizado expresamente a eliminar en caso necesario…

XXI

OASIS DE TURFAN, RUTA DE LA SEDA

Frente a la inmensidad del desierto de arena, se sentían solos en el mundo y, a juzgar por el sabor del otro que sentía cada uno en la propia boca después del largo primer beso que se dieron, tenían la prueba: habían nacido uno para el otro.

—¡Te amo! —murmuró Umara sin vacilar.

—También yo te amo —respondió Cinco Prohibiciones.

Ya se lo habían dicho todo, porque en realidad todo había ido muy deprisa.

Por eso valoraban la increíble suerte que habían tenido el día en que se cruzaron sus caminos.

De hecho, no había nada que aparentemente predispusiera a aquellos jóvenes a aquel amor.

Ella era cristiana y siria, mientras que él era un monje budista chino y hasta entonces habían vivido a tantos miles de li una de otro unas vidas tan dispares que su presencia, en el mismo momento, en aquel peñasco de la Ruta de la Seda, hacía muy pocos días, no podía obedecer a un mero azar.

¿Era fruto de la Providencia, del Destino o de la Vía de Buda?

Se trataba sin duda de una combinación de las tres cosas, conforme en cualquier caso a la idea que se hacía cada uno de la suerte.

Así que se encontraron frente a frente en aquella plataforma rocosa que formaba el peñasco al retroceder, desde el cual la visión del desierto de arena, como contemplada desde un balcón natural, permitía admirar las

ondulantes dunas hasta que se perdían de vista, se enamoraron perdidamente.

Fue un instante en que por un lado sólo estaba Cinco Prohibiciones y, por el otro, Umara. No había nadie más en el mundo.

Rebosante de emoción, había reconocido de inmediato a la seductora joven que había cruzado su mirada con la suya cuando estaba sujeto al *ma-ni-pa* en la Ruta de la Seda, poco antes de la llegada de los parsis a Dunhuang.

Ahora, al tener a la muchacha tan cerca, veía por vez primera que sus ojos eran de diferente color ya que, pese al iris dorado que los asemejaba a pequeños soles, un ojo tendía a una tonalidad verdosa y el otro era azulado.

La vez anterior habían estado demasiado separados para que él pudiera reparar en aquella rareza con que la naturaleza había dotado la mirada de Umara, una peculiaridad que él no había sospechado siquiera.

Maravillado, pudo comprobar que el color de sus ojos los convertía a la vez en contrarios y complementarios, a la manera del Yin y del Yang. La fusión del Yin y del Yang tenía por resultado la Gran Armonía tal como la preconizaba el taoísmo, la religión primitiva china contra la cual el budismo había tenido la habilidad de no chocar.

Por su parte, los ojos bicolores de Umara, cuando su mirada se cruzó con la de Cinco Prohibiciones, reflejaron una sorpresa exenta totalmente de temor.

La muchacha todavía lo encontraba más guapo ahora que lo tenía cerca que cuando lo había visto, tres días antes, en la Ruta de la Seda, atado como un esclavo, a pesar de lo cual le había sonreído con gran afabilidad.

Entonces, al unísono, los dos habían experimentado aquel sentimiento indefinible de los seres nacidos uno para el otro en el momento en que adquieren conciencia de esa realidad, cuando la fuerza que los atrae mutuamente se hace tan fuerte que, sin que se den cuenta, se enamoran uno de otro.

Al descubrir la razón del sentimiento que los embarga, en un primer momento sienten miedo, ya que advierten que, a ojos de los demás, y sobre todo teniendo en cuenta las conveniencias, se trata de una verdadera locura.

Pero el amor loco, el amor inmediato, el amor que hiere como el rayo es un sentimiento real que agarra por el cuello a sus víctimas.

Y éstas, felices de tener la oportunidad de haberse tropezado con él, aceptan las consecuencias que, al desafiar los riesgos de lo desconocido, las llevan a cortar los lazos que las unen con todos aquellos que, aun siendo allegados suyos, podrían convertirse en obstáculo y les hacen violar los códigos que, por desgracia con demasiada frecuencia, entorpecen las relaciones humanas…

Por eso los que están locamente enamorados gozan de absoluta libertad.

Ya que la libertad es para ellos una cuestión de supervivencia.

Entre Umara y Cinco Prohibiciones se produjo un grandioso enamoramiento que los atacó sin avisar y lo trastocó todo.

En aquel balcón de roca, así que su mirada se cruzó con la de la muchacha, Cinco Prohibiciones sintió una especie de hormigueo en el corazón que le recorrió el torso y terminó en las extremidades llenándolo de jubilosa excitación.

La muchacha que contemplara por vez primera en las inmediaciones de Dunhuang le pareció entonces todavía más bella, su cabellera más abundante y rizada, su piel más blanca y más suave.

A su lado, las estatuas de mármol blanco de Guanyin, aquella forma femenina del *bodhisattva* Avalokitesvara que los devotos podían contemplar en las salas de oración del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, eran absolutamente inexpresivas.

Estaba tan cerca de su pecho que olía su perfume, mezcla de jazmín y madreselva.

El joven monje *mahayanista*, por su parte, descubrió por vez primera en su vida qué era sentirse atraído por una mujer y comprobó con sorpresa que de pronto se le endurecía el sexo, igual que le había ocurrido algunas veces a la salida del sol, cuando el maestro de novicios del convento de Luoyang lo despertaba vertiéndole un cuenco de agua fría en la cabeza, antes de la primera meditación con la que empezaba invariablemente la jornada de los monjes-discípulos del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

Al percatarse de la profunda turbación que agitaba su espíritu, comprendía mejor las palabras que empleaba su maestro Pureza del Vacío, unas palabras que hasta entonces le habían parecido oscuras cuando explicaba a sus discípulos qué era la Iluminación, a la que debía conducir la práctica de la meditación del Chan.

—¡Sed ligeros, sed huecos! Imaginad que sois esas ramitas que caen de los árboles y se quedan tiradas en el camino, a merced del viento cuando se levanta. ¡Convertíos en esas ramitas! Dejad que el soplo del viento os lleve. ¡Sed ligeros! Debéis despojar vuestro espíritu de cualquier pensamiento, de toda voluntad de ir a cualquier sitio, de ir allá, de llegar hasta allí, de conseguir una determinada cosa, puesto que no sois vosotros los que iréis hacia la Iluminación sino ésta la que se acercará a vosotros, la que os sorprenderá y os envolverá. ¡Decide ella, no vosotros! —acostumbraba a murmurar el viejo asceta.

Cinco Prohibiciones se veía obligado a admitir que no entendía nada de tan paradójicas palabras.

¿Cómo iba a negar hasta ese punto la eficacia de los ejercicios de concentración y meditación trascendental, a los que uno estaba obligado a dedicar horas enteras y, a la más mínima distracción, recibía un golpe de regla en la espalda?

Las palabras de Pureza del Vacío le habían parecido siempre un enigma hasta el punto de provocarle a veces un gran desaliento cuando, a fuerza de recibir tantos golpes, sentía la espalda tan dolorida que, cuando llegaba la noche, tenía trabajo para conciliar el sueño en el estrecho jergón que compartía con otro novicio en aquel dormitorio atiborrado del convento de Luoyang.

Y hete aquí que ahora, delante de aquella muchacha, las palabras del gran maestro de *Dhyâna* adquirían, a ojos de Cinco Prohibiciones, todo su sentido.

Acababa de descubrir de pronto qué significaba «dejarse sorprender».

Lo que le ocurría no lo había buscado.

Se había dejado sorprender por la inefable belleza de aquella criatura surgida de la nada que parecía estarlo esperando desde siempre en aquel balcón natural, en lo alto de aquella escalera de cuerda que le había dado

por subir, convencido de que la vista de las dunas de arena del desierto de Gobi sería, desde aquella altura, realmente magnífica.

Precisamente cuando su cuerpo de atleta curtido en las artes marciales se afianzaba en el suelo del peñasco, Cinco Prohibiciones se sintió iluminado súbitamente por el encanto y la belleza de aquel rostro realmente espléndido.

Pocas horas antes, cuando estaba convenciendo a Puñal de la Ley de que lo acompañara al monasterio de la Salvación y la Compasión, Cinco Prohibiciones estaba a mil millas de imaginar que tendría un encuentro que trastornaría de forma definitiva su existencia.

En cuanto a Umara, cuando aquella mañana, para intentar despejarse, salió a galopar por el desierto en su fogoso caballito acompañada de *Bruma de Polvo*, a quien tenía pegado detrás de su cuerpo y que la agarraba por el talle, la cristiana nestoriana sabía muy bien que aquella carrera a galope tendido los llevaría al peñasco donde se encontraba el escondrijo de los libros…

Un lugar que se había convertido para ella —ahora lo sabía— en una obsesión que no compartiría jamás con su padre Addai Aggai.

En lo tocante a su único compañero, el joven *Bruma de Polvo*, por quien sentía verdadera adoración, era demasiado joven para que le inspirara otra cosa que una tierna amistad.

Cuando el apuesto desconocido le anunció que se llamaba Cinco Prohibiciones, le pareció que acababa de recibir un puñetazo en el estómago.

Pero no fue una sensación molesta y, menos aún, dolorosa.

Fue, por el contrario, placentera e intensa, muy agradable incluso, que le corrió a través de los pechos, de los labios y del bajo vientre, haciéndole adquirir por vez primera conciencia de su cuerpo de muchacha de formas ya plenamente desarrolladas, una sensación extraña en la que más tarde reconocería aquel deseo y también aquella plenitud que la llenaría cuando estuviese en sus brazos.

Era sobre todo una sensación tranquilizadora después de los dramáticos acontecimientos que acababa de vivir y que iban sucediéndose ineluctablemente como las cuentas de un rosario maléfico.

Por inexplicable que pareciera, Umara tenía la impresión de conocer desde siempre a aquel muchacho que llevaba el cráneo cuidadosamente rasurado, un detalle que le confería un aspecto tan juvenil, y que además le infundía la sensación de estar hecha para él.

De no haber sido por la reserva que le había inculcado su padre, a la que se atenía desesperadamente, se habría arrojado en sus brazos, tanto deseaba acariciarlo y tocarlo.

Se sentía atraída de forma irresistible por el cuerpo esbelto de aquel monje *mahayanista*, pese a que no veía nada de él, escondido debajo de la amplia túnica de sayal de la que únicamente emergían un hombro fino y un brazo musculoso. Ignorante por completo de las cosas del amor, presentía sin embargo todo lo que Cinco Prohibiciones podía hacerle sentir cuando la acariciasen sus manos elegantes y la besasen sus tentadores labios…

Profundamente turbada, se contentó con tenderle la mano aprovechando un peldaño de roca que había que salvar para llegar hasta el borde de aquel balcón de piedra desde el cual se descubría el infinito horizonte mineral que se desplegaba sin trabas ante sus ojos.

Tras haberse presentado, Cinco Prohibiciones preguntó a la chica cómo se llamaba.

—¡Umara! —respondió ella con una sonrisa.

Al oír aquellas tres sílabas, dulces a sus oídos cual notas musicales, unas sílabas que quedarían grabadas para siempre en su corazón, Cinco Prohibiciones se sintió invadido a su vez por una desconocida turbación.

—¿A qué te dedicas en la vida? —quiso saber la encantadora muchacha, de cuya mirada no conseguía apartar la suya.

Habiéndolo cogido desprevenido, declaró cuál era su función en tono protocolario y casi monocorde, tal como le habían instruido que hiciera en parecidas circunstancias:

—Soy monje budista, ayudante del maestro Pureza del Vacío, el Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, perteneciente a la Iglesia del Gran Vehículo…

—¡No pareces monje! En la Ruta de la Seda vi que estabas atado.

—¡Me tienen prisionero! —farfulló aunque, temeroso de turbarla, no se sentía inclinado a ponerla al corriente de las desgracias que lo afectaban.

La chica le sonrió. ¡Estaba para comérsela!

—¿Y tú, qué haces aquí? —añadió él, empeñado en no hablar de nada referente a su persona.

—Nada especial… Estaba paseándome. Ese sitio me gusta mucho. Desde aquí se tiene una magnífica vista del desierto. ¡Me gustas! —exclamó de pronto hablando con toda franqueza a Cinco Prohibiciones, cohibido ante la espontaneidad de una muchacha de apariencia más bien reservada.

Puesto que fue ella, la nestoriana, educada en los principios morales más estrictos y a quien su padre había enseñado que jamás debía mirar a un hombre a la cara, la que dio el primer paso, obrando de una manera natural, como si se tratase de la cosa más corriente del mundo.

Y él, ante aquella descarga amorosa irreprimible que no se esperaba, no se hizo atrás.

Enfrente del desierto, la muchacha se arrojó ardorosamente en sus brazos y, después, unió la boca a la suya, él abrió los labios y ella introdujo la lengua, primero sin la menor reticencia y después con delectación.

Y aquel monje, que tenía prohibido rozar siquiera la piel de una mujer, descubrió que sabía abrazarla…

Era el amor loco y se había abatido sobre ellos como el rayo.

Para él fue la Iluminación tal como la recibió Buda en el pueblo indio de Bodh-Gayâ, debajo de la higuera sagrada ante la cual se prosternaban todos los días millares de fieles.

Para ella fue la Revelación tal como la conoció Cristo en el huerto de los Olivos mientras dormían los apóstoles.

Cada uno tenía sus propias creencias, pero el amor era él mismo…

Un amor recíproco.

Un amor verdadero.

¡El Amor, en suma!

Abrazados y solos en el mundo, disfrutando de la libertad de sus gestos, Umara y Cinco Prohibiciones ya tenían conciencia de formar un todo único.

El destino había querido que se reencontraran sin testigos en aquel peñasco pese a que tanto uno como la otra habían llegado a él debidamente escoltados.

Al pie del peñasco, contra el cual estaba arrimada la escalera de cuerda, Puñal de la Ley y el *ma-ni-pa* jugaban tranquilamente a los dados mientras esperaban a que bajara Cinco Prohibiciones, el cual había decidido subir hasta lo alto de la roca presintiendo que desde allí se divisaría un paisaje que valía la pena contemplar.

En cuanto a *Bruma de Polvo*, que había acompañado a Umara en aquella escapatoria, se veía a lo lejos su silueta moviéndose por la cumbre de una colina en busca de saltamontes gigantes.

Nadie sabía, pues, que se habían encontrado delante del escondrijo de libros del monasterio de la Salvación y la Compasión.

¡Estaba todo encadenándose de forma tan rápida para el ayudante de Pureza del Vacío desde aquella mañana!

—¿Habéis dormido bien? —preguntó amablemente Ulik a Puñal de la Ley y a Cinco Prohibiciones así que vio entrar a los dos hombres en el refectorio del albergue enclavado en la ciudad antigua donde el jefe Majib, por consejo de Addai Aggai, había instalado a su cuadrilla hacía dos días.

—Él muy mal. Se ha pasado toda la noche vomitando. Sufre del estómago y necesita medicamentos. ¿No me autorizarías a ir al mercado para poder comprárselos? —respondió Cinco Prohibiciones señalándole el vientre de Puñal de la Ley, que éste, gracias a los adecuados ejercicios de respiración, había hinchado como un odre.

Éste era, en efecto, el plan que habían urdido: pretextar aquel dolor de vientre y, con la excusa de ir a buscar medicamentos, llamar a la puerta de Centro de Gravedad, el superior del convento de la Salvación y de la Compasión, para pedirle, valiéndose del nombre de Pureza del Vacío, que les ayudara a escapar de las garras de aquellos parsis que los tenían secuestrados junto con los niños celestiales.

El intérprete parsi tradujo al jefe Majib, que acababa de comerse una torta de cebada tostada rellena de compota azucarada de habichuelas, la petición del monje Cinco Prohibiciones.

Los dos compadres tuvieron la satisfacción de ver que el parsi aceptaba la propuesta.

—El jefe Majib os da permiso, pero precisa que, si os interesa encontrar a los dos pequeños en buen estado de salud, deberéis volver al albergue

antes de la puesta de sol.

—Seguro que estamos de vuelta antes de que anochezca —aseguró el joven monje.

—¿Puedo acompañaros? —le suplicó el *ma-ni-pa*, que temía por la vida de Cinco Prohibiciones y que no habría permitido por nada en el mundo que partiera sin él.

Cinco Prohibiciones había interrogado al jefe Majib con la mirada y éste, con el aire despreocupado de quien no desconfiaba de nada, asintió.

Satisfecho al comprobar que el subterfugio que había urdido funcionaba por encima incluso de sus esperanzas, Cinco Prohibiciones arrastró a su compañero del Pequeño Vehículo hacia la entrada del hotel, aunque no sin antes dar instrucciones a una criada con respecto a cómo había que colocar a los pequeños, cuando tuvieran hambre, junto a las ubres de la perra Lapika.

Ensillaron, pues, a toda prisa los caballos, ya que les faltaba tiempo para partir. Los ollares temblorosos del semental Derecho Delante, feliz de que su amo volviera a montarlo, se estremecían de placer.

Fuera, el sol radiante que hacía relucir el pavimento gastado de los callejones, donde los mercaderes ambulantes de frutos secos y confitados ya empezaban a instalar sus puestos, terminó de calentar el corazón del joven monje. El comienzo de la jornada dejaba augurar que su plan tenía probabilidades de dar resultado.

No había duda de que Centro de Gravedad, que dirigía un convento extremadamente próspero, dispondría de medios para ayudarles a liberarse de las garras de Majib el persa.

—¡Vaya personaje innoble ese jefe parsi! ¡Mira que amenazarte con atacar a los niños! ¡Es verdaderamente escandaloso! —exclamó el *ma-ni-pa* en el momento en que, tras abandonar el centro de Dunhuang, pusieron los caballos al trote corto.

—¡Ese hombre me toma por un idiota! Si piensa venderlos cuando llegue a Persia, que se guarde muy bien de tocar uno solo de sus cabellos —exclamó el joven *mahayanista*.

—¡Ojalá que vaya a parar al infierno frío antes de hora! —remachó el tibetano.

—No te preocupes porque su *karma* lo ha de llevar directamente al sitio que le corresponde… —concluyó, casi indiferente, Cinco Prohibiciones, que ya se veía libre de sus secuestradores.

—¡Estoy totalmente de acuerdo contigo! El persa ese renacerá convertido en el más terrible de los Avici —se contentó con observar Puñal de la Ley, a quien se le había desinflado de golpe el estómago así que se encontraron en los callejones atiborrados de público de la ciudad-oasis.

—¿Qué opinas de mi plan? —le preguntó el ayudante de Pureza del Vacío mientras cabalgaban uno al lado del otro.

—Cuando des a conocer la situación a Centro de Gravedad, tendrá el deber de ayudarte. En la India, un monje del Pequeño Vehículo no debe abandonar nunca a uno de sus colegas cuando se encuentra metido en problemas. Supongo que en China ocurrirá lo mismo entre los miembros del Gran Vehículo.

Tranquilizado por aquellas palabras, Cinco Prohibiciones no se cansaba de dar gracias al *bodhisattva* intercesor Guanyin por haber puesto en su camino, después del *ma-ni-pa*, a Puñal de la Ley.

Veía en este hecho la mano del propio Bienaventurado y la señal de que la misión que le había encargado Pureza del Vacío no dejaba indiferente a Buda.

Con la intervención de dos personas, y ahora con la de tres, la tarea consistente en llevar a Luoyang a los Gemelos Celestiales sería casi un juego de niños.

Reconfortado ahora que rozaba apenas con las pantorrillas el lustroso vientre de Derecho Delante, pronto a lanzarse al galope con la rapidez de una flecha, dejaba que subiera en su interior la dulce euforia que le proporcionaba el sentimiento de libertad que aquella jornada robada a los parsis le daba ocasión de saborear, en compañía de sus nuevos amigos, después de tan larga cautividad.

No dudaba ni un solo momento de que Centro de Gravedad se mostraría comprensivo con él.

Le explicaría que, enviado a Samyé por Pureza del Vacío para recuperar el *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura*, había tropezado con un lama que, a cambio de la entrega del libro santo, le había confiado la custodia de

dos niños de pecho, uno de los cuales presentaba una pilosidad que le afectaba la mitad del rostro, lo que era prueba, como mínimo, de su origen semidivino. Después lo pondría al corriente de las circunstancias en que su comitiva había caído prisionera de los parsis, cuyo jefe pretendía vender a los niños para casarlos cuando fuesen mayores.

—Señora, ¿sabéis dónde está el gran monasterio budista? —preguntó con toda cortesía a una matrona que tenía la piel de la cara arrugada como una ciruela seca.

La vieja vendía buñuelos en el rincón de una plazoleta sobre cuyo pavimento se extendía la abigarrada alfombra de un mercado de hortalizas.

—¿Cuál? Aquí hay más de treinta monasterios y, además, pertenecen a las dos obediencias, es decir, al Pequeño Vehículo y al Grande.

—Busco un convento del Gran Vehículo que tiene una biblioteca en una cueva de la montaña. Debe de estar situado cerca de un peñasco. No creo que haya muchos como éste —precisó Cinco Prohibiciones en los términos más amables que pudo adoptar, al tiempo que con el ademán indicaba a la matrona que le apartara unos buñuelos fritos y se los envolviera.

—¿Un monasterio del Gran Vehículo que está cerca de un peñasco? Pues, en efecto, por aquí sólo hay uno. Y es fácil de encontrar. Seguid este camino y, cuando dejéis atrás las calles de la población, debéis continuar recto a través del desierto de Gobi. El monasterio troglodita de la Salvación y de la Compasión está excavado en un peñasco alto de gres rosa que, en el sitio donde digo, cubre el horizonte.

La matrona, cuya mirada se iluminó de pronto, había reconocido sin dificultad la calidad de su cliente por el color y la forma características de su túnica de sayal.

Y con un guiño de connivencia, le tendió un paquete con tres buñuelos, uno para cada uno.

—¿Cuánto os debo, señora vendedora de buñuelos?

—Nada. Veo que eres bonzo y eso es algo que te da derecho a mendigar. Acércame el cuenco de las limosnas.

—Pero ¿y si yo quisiera pagaros? Me parece que no tenéis muchos clientes…

—¡Ni hablar! ¿Qué son tres buñuelos comparados con el paso que ese *karma*, por minúsculo que sea, me permite dar camino del paraíso? Prométeme, a cambio, que rezarás por mí… —murmuró la piadosa vendedora implorando su bendición.

Aquellos deliciosos buñuelos, sabrosos al máximo, como pudieron comprobar al darles el primer bocado, ¿no eran también un signo que auguraba que la jornada empezaba bajo los mejores auspicios?

Pues bien, todo el resto de aquel día extraordinario fue encadenándose para el *mahayanista* como si discurriera sobre un engranaje perfectamente lubrificado hasta el momento en que se topó con el amor de su vida.

Y tal como le había anunciado la anciana vendedora, así que dejaron atrás las últimas casas de Dunhuang, apareció, cubriendo parte del horizonte, aquel peñasco de gres rosa de que le había hablado, iluminado ya por los rayos bajos del sol matinal, como si fuera un enorme dragón que se hubiera instalado tranquilamente en aquel lugar para exponer al calor las escamas del lomo.

—Todavía no he tenido oportunidad de viajar hasta la China central, pero supongo que la Gran Muralla que la circunda es como mínimo tan alta como ésta —murmuró Puñal de la Ley, maravillado ante el espectáculo.

—Desengáñate, la Gran Muralla decepciona siempre cuando se contempla por vez primera. Dista mucho de ser infranqueable. El primer emperador, Qin Shi Huangdi, sacrificó, sin embargo, un millón de esclavos para construirla. Contrariamente a lo que creía aquel terrible tirano, los hombres no llegarán a rivalizar nunca con la naturaleza… —le respondió Cinco Prohibiciones.

Bajo sus ojos se extendía ahora un desierto de cascajo, plano como un lago, en medio del cual se erguían, cual divinidades tutelares a las que se hubiera confiado el alimento de viajeros extraviados, unas cuantas palmeras datileras desmedradas cuya presencia daba testimonio de jirones de antiguos oasis, abandonados hacía centenares de años, en provecho del nuevo asentamiento de Dunhuang.

Como si obedeciera a una llamada de Umara, Cinco Prohibiciones acicateaba a sus compañeros para que extremaran al máximo la velocidad de los caballos.

Por esto galopaban, a pleno sol, con tal brío que el acólito de Buddhabadra, poco acostumbrado a montar a caballo, suplicó finalmente al ayudante de Pureza del Vacío que se detuviera.

Éste obedeció al momento, entre otras cosas porque la capa de sus monturas, empapada de espuma y sudor, revelaba el esfuerzo que habían desplegado hasta aquel momento. Se pararon junto a la única palmera datilera que todavía quedaba en pie, entre zarzas espinosas que salpicaban la morosidad mineral del desierto.

Al pie de aquel árbol de la Compasión cuyos frutos bastaban para sobrevivir había aún algunos dátiles caídos. Gracias a una circunstancia extraordinaria, en aquellos lugares donde la flora y la fauna se limitaban a medrar, los roedores del desierto, presa a su vez de áspides y escorpiones, se habían olvidado de devorarlos. El sol había confitado los dátiles extrayéndoles todo el azúcar, con lo que la piel ya había empezado a cuartearse. Los compartieron con los caballos.

—¡Tienes cara de cansado! Toma esos dátiles. Dice el proverbio que «al viajero aguerrido le bastan tres dátiles y un sorbo de agua». ¡Seguro que a ti también! —exclamó Cinco Prohibiciones tendiendo uno de los frutos a Puñal de la Ley.

Éste, sentado en el tronco del datilero, lo saboreó como si fuera un bombón de miel.

—¡Tú galopas muy rápido, pero yo no soy un deportista como tú! En Peshawar me paso gran parte del tiempo rezando encerrado en el convento. El único ejercicio que hago consiste en ir de la celda al aula donde doy clase a los novicios y les enseño los rudimentos del chino y del parsi y después de ésta a la sala de oración. Hacía dos años que no montaba a caballo. En este aspecto, disto mucho de ser tu igual.

—¡Tranquilízate! Tu cuerpo, como el mío, no se alimenta de carne. Por consiguiente, no tiene grasa y es flexible. Necesita poco para criar músculo. Dentro de poco, así que te hayas acostumbrado, seguro que galopas tan rápido como yo.

—Nosotros, como ascetas que somos, debemos cultivar tanto nuestra fuerza física como nuestra fuerza mental.

—Exactamente. Buda conquistó a su mujer porque había resultado ganador en un concurso de tiro al arco.

—¡Lo sé! La escena incluso está representada en uno de los bajorrelieves de piedra más hermosos que adornan el patio principal de mi convento de Peshawar. En él se ve a Siddharta, suntuosamente engalanado con sus vestiduras de *ksatrya*[37], midiéndose con otros jóvenes, entre ellos el siniestro traidor Devâdatta, con el fin de obtener la mano de la bella Yashodâra.

—Siempre me he preguntado, con respecto a este punto, por qué debió abandonar el Bienaventurado a una mujer tan hermosa que, además, le dio un hijo y decidió dejar a los suyos y partir en busca de la Verdad —añadió Cinco Prohibiciones, atreviéndose por vez primera a manifestar abiertamente aquella duda que se había guardado hasta entonces.

—También yo me he hecho muchas veces esta misma pregunta.

—Para mí seguirá siendo un enigma.

—A buen seguro que Gautama debía de tener sus razones, además de querer revelar a los hombres las Cuatro Nobles Verdades que les permitirían escapar al dolor del mundo.

—No puedo creer que nuestro mundo sólo esté gobernado por la *dukhâ*[38], Puñal de la Ley. La felicidad existe. Cuando, en el país de Bod, veía un águila planeando majestuosamente bajo el sol sobre un centelleante glaciar, me sentía un hombre feliz.

—Pensándolo bien, supongo que Gautama era viudo cuando decidió separarse de los suyos —le susurró Puñal de la Ley, que también revelaba por vez primera esa convicción suya a un tercero.

—Así pues, ¿crees que la pobre Yashodâra ya no estaba en este mundo cuando Gautama se fue de su casa?

—El Bienaventurado debía de amar tanto a su esposa que, de tenerla a su lado, jamás la habría abandonado.

—Pero ¿existen pruebas?

—Ni una sola. Todo lo que cuenta el *Vinayapitaka*[39] sobre su vida habla de su Gran Partida, antes del Despertar, pero no dice una sola palabra de lo que ocurrió a su mujer cuando él se fue de su casa de Kapilavastu.

¡Quizás pienses que me tomo demasiadas libertades, pero me cuesta imaginar a Buda como un espíritu puro o un ser etéreo!

—Sin duda tienes razón. El Bienaventurado debía de ser una persona muy sensible. Si no hubiera estado enamorado de Yashodâra, seguramente no se habría casado con ella. ¿Llegarías al extremo de relacionar la Gran Partida con la desesperación inmensa que sintió al morir su esposa? —inquirió Cinco Prohibiciones, a quien desde su ingreso en el noviciado siempre había intrigado la personalidad de Buda.

¿Quién era, pues, aquel indio salido de la casta de los guerreros, convertido en poco tiempo en apóstol de la no violencia, cuya audacia lo llevó a predicar unas ideas que chocaban en este punto con las de sus contemporáneos?

¿Quién era aquel individuo que, hacía más de mil años, había tenido el valor de situar a sus congéneres en el centro del mundo, dando una explicación global de éste que ponía el acento sobre las causas del malestar y el sufrimiento de los hombres?

Con toda seguridad, debajo de un personaje así se escondía un enigma.

Así pues, era un hombre excepcional que había arrastrado a numerosos discípulos, convencidos de la verdad de sus santas palabras, los cuales no habían tardado en formar la Samgha, aquella comunidad de monjes y monjas que, después de la muerte del Bienaventurado, se dedicaron a difundir su Buena Nueva en el mundo.

Y ésta debió de ser la que los hombres esperaban, puesto que se difundió en China, donde se convirtió en la inmensa Iglesia del Gran Vehículo, con millones de adeptos y monjes, e iba camino de convertirse en la religión oficial del imperio.

¿En virtud de qué rara alquimia una simple aventura humana se convertía, con el paso de los siglos, en institución eclesiástica, dotada de un clero poderoso y poseedora de considerables bienes inmobiliarios que hacían de ella, inmediatamente detrás del Estado, un poder económico y temporal con el que era preciso contar?

Cinco Prohibiciones se planteaba a menudo esta pregunta sin encontrarle una respuesta precisa. Tan sólo comprobaba que si las fuerzas del espíritu eran siempre, en el momento de salida, más poderosas que las

demás, también acababan, quizás porque los hombres seguían siendo siempre hombres, por encarnarse en los atributos de los poderes temporales, lo que las llevaba a la banalización cuando no a una irrelevancia inexorable.

Puñal de la Ley lo arrancó de sus meditaciones.

—¡Cinco Prohibiciones, mira!

Ante ellos, en pleno centro de la zona pedregosa a través de la cual se disponían a cabalgar de nuevo, acababa de salir de su madriguera una mangosta acompañada de sus tres cachorros. Ese depredador de la cobra y del áspid iba de caza y se disponía a desalojar de las piedras planas recalentadas por el sol la víbora cornuda, medio adormecida, que tal vez se ocultaba debajo.

—¡Pensemos en las almas que se *han* reencarnado en esos bichos! Siempre que mi Superior, el Inestimable Buddhabadra, veía una rata o un ratoncillo, decía esto mismo.

—¡Piensas en él a menudo!

—¡Me gustaría tanto encontrar su rastro! —suspiró tristemente el monje de Peshawar.

—El Bienaventurado lo decide todo.

—Es curioso lo que me ha ocurrido contigo, eso de que la confianza y la complicidad hayan surgido inmediatamente, pese a que nuestras Iglesias sean antagónicas. Aunque no debería expresarme de esta manera, es verdad: ¡tengo la seguridad de que me traerás suerte! —murmuró Puñal de la Ley.

Y entonces, al lado de los caballos, cubiertos todavía de espuma, empeñados aún en arrebatar al desierto las últimas briznas cortantes de hierba que habían dejado las lluvias, los dos jóvenes monjes cayeron, emocionados, uno en brazos del otro antes de volver a enfilar el estrecho camino que llevaba al pie del peñasco y que medio borraban las piedras.

—¡Jamás he visto un elefante blanco! ¡Ese que has perdido debía de ser un animal extraordinario! —exclamó el *ma-ni-pa*, a quien Cinco Prohibiciones había resumido amablemente las palabras de Puñal de la Ley.

—El hecho es que mi Superior, el Inestimable monje Buddhabadra, salió de viaje hacia el Tíbet con el paquidermo y todavía no ha regresado. El elefante blanco es el único que puede transportar en el lomo, en ocasión

de nuestras grandes peregrinaciones, las santas reliquias que custodia el monasterio del Único Dharma.

—Comprendo que estés inquieto —dijo el ayudante de Pureza del Vacío.

—La desaparición del animal sagrado supone una catástrofe para mi convento… Por eso decidí de golpe salir en su busca. Y por eso estoy aquí, ante ti. ¡Ahora ya lo sabes todo! —concluyó con una sonrisa Puñal de la Ley.

—Hablas en pasado. ¿Lo haces porque las santas reliquias *han* desaparecido al igual que ese animal fabuloso? —preguntó el joven monje.

—El Tripitaka Cinco Prohibiciones tiene un espíritu realmente sutil. No necesita mucho para encontrar ilación en las cosas —murmuró, admirado, aunque sin extenderse demasiado, Puñal de la Ley.

—¡No temas! Te prometo que no diré nada a nadie. No tengo ninguna intención de perjudicar la buena fama de que goza tu convento.

Habían vuelto a montar a caballo y ahora proseguían su camino al trote, uno al lado del otro.

—En el momento en que estamos hablando, allá abajo ha terminado ya lo que nosotros llamamos la «Pequeña Peregrinación» —comentó con un suspiro Puñal de la Ley.

—¿Y cómo se las *han* arreglado sin las reliquias y sin el elefante?

—Por fortuna el monasterio dispone de otros paquidermos que también están habilitados para transportar los Santos Restos en el lomo a pesar de que su color sea adocenado, siempre por supuesto que no franqueen el muro que rodea el recinto. En cuanto a las reliquias, las de la Pequeña Peregrinación estaban guardadas en una cajita de madera de sándalo en forma de corazón de la que mandé hacer una copia. Sé que no existen razones para vanagloriarse por ello, pero no me quedaba otra opción…

—¿Me estás diciendo que tus correligionarios se *han* contentado con exponer a los devotos un relicario falso y, encima, vacío?

—¡La necesidad obliga, mi querido Tripitaka Cinco Prohibiciones! Estoy seguro de que tú, en mi lugar, habrías hecho lo mismo.

—¡Pero eso es una estafa!

—¿Cómo se iba a explicar a tantos millares de fieles, la mayoría venidos de muy lejos, apelotonados en los patios del monasterio del Único Dharma, nerviosos por la larga espera y fatigados tras haber estado tanto tiempo de pie, que no podrían tocar siquiera el rabo de los elefantes engalanados a la manera de las divinidades simplemente porque las santas reliquias de la Pequeña Peregrinación habían desaparecido, sin desencadenar su indignación?

—Lo comprendo. Lo más probable es que yo, compungido y tragándome la vergüenza, actuara de la misma manera…

—¡Júrame ahora mismo que no revelarás todo esto a nadie! —le suplicó Puñal de la Ley.

—Si ha de servir para tranquilizarte y como muestra de confianza, también yo voy a confiarte un secreto: ¡aunque he leído y releído el *Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura* que mi superior me pidió que fuera a buscar a Samyé, no comprendo nada de ese texto!

—En Peshawar, Buddhabadra nos explicó que las sumas filosófico-religiosas escritas por los grandes maestros de *Dhyâna* eran siempre tan complejas que había que tener un gran entrenamiento mental para captar su sentido.

—Debo confesarte que se trata de un texto de tal profundidad y complejidad que su sentido me escapa por completo. En más de una ocasión, cuando Pureza del Vacío me interrogaba en este sentido con la vara en la mano, pronto siempre a descargarla en el hombro de su lamentable alumno, me vi obligado a mentirle…

—No eres el primero ni el último monje budista a quien le ha ocurrido lo mismo. Si ha de servirte de consuelo, te confesaré a mi vez que algunos sermones del Suttâ-Nipâta, la antología del *Depósito de los sermones*, me parecen totalmente herméticos. Sin embargo, a fuerza de repetirlos, he acabado por sabérmelos de memoria…

—El maestro Pureza del Vacío dice que se necesitan como mínimo veinte años para captar todas las sutilezas espirituales de los *sutras* más importantes. Él mismo tardó como mínimo ocho años en escribir lo que considera su testamento espiritual.

Ahora se encontraban lo bastante cerca del peñasco de gres rosa para ver que estaba dividido en dos partes.

La primera, situada algo a la izquierda, parecía lisa, salvo por una especie de saledizo que la recorría de parte a parte y que formaba como un balcón natural.

La otra, mucho más imponente, ligeramente más retirada que la primera y separada de ésta por una plataforma rocosa, formaba una gigantesca escalera mineral que había que subir para acceder a un cornisamento donde unos laureles denunciaban la existencia de alguna fuente o arroyo.

La abrupta pared vertical del segundo peñasco, en la que se apoyaba el cornisamento de la plataforma rocosa, estaba perforada por múltiples agujeros igual que una camisa vieja.

—Puñal de la Ley, mira esas ventanas y esas puertas excavadas en el vientre de la montaña. El monasterio de la Salvación y de la Compasión parece el antro de un dragón. ¡Felices los monjes! Seguro que no tienen ni mucho frío en invierno ni mucho calor en verano —exclamó Cinco Prohibiciones, impresionado ante el espectáculo de aquel edificio cuya fama estaba muy bien cimentada y que albergaba no menos de tres mil religiosos.

—La vista del desierto de Gobi desde este balcón natural debe de ser realmente espléndida —murmuró Puñal de la Ley, que se volvió a contemplar el mar de arena cuyas dunas se extendían, cual olas, hasta perderse de vista.

—Antes de ir a llamar a la puerta del convento de Centro de Gravedad, podríamos acercarnos a él —sugirió Cinco Prohibiciones—. Tenemos a nuestra disposición todo el tiempo del mundo y no deben de ser más de las diez porque el sol todavía está bajo.

Cinco Prohibiciones no pensaba ni por asomo que una frase tan simple como aquélla sellaría su destino.

—¡Ve tú solo! Yo tengo vértigo. En Peshawar, disfruto de una dispensa que me permite abstenerme de subir a la hornacina más alta del relicario del rey Kaniska —le respondió con una sonrisa el coadjutor de Buddhabadra.

El *ma-ni-pa* entonces propuso a este último que se quedase a jugar a los dados con él al pie del peñasco en cuya cima, momentos más tarde, Cinco

Prohibiciones se toparía frente a frente con la muchacha nestoriana.

En cuanto a la hermosa Umara, el encadenamiento de hechos que aquel mismo día la condujeron al peñasco donde se encontraba el escondrijo de los libros fue igualmente inexorable.

—¡Umara, pareces triste! Se suele decir que cuando una chica que normalmente está alegre se encuentra triste es porque está enamorada —le dijo *Bruma de Polvo* cuando, como tenían por costumbre, volvieron a encontrarse, después de la salida del sol, en el vergel del obispado.

—Hoy estoy de vacaciones. Mis profesores de chino y de sánscrito *han* ido a los cultos. ¿Y si fuésemos a cabalgar a las dunas de arena?

—¿Qué dirá tu padre?

—Desde hace unos días mi padre me da permiso para salir sin vigilancia. Está absorto en otros asuntos. Y además, el otro día, cuando fingí que venía de Dunhuang, pudo comprobar que me desenvuelvo bien montando a caballo.

—¿Y Goléa? ¿No se preocupará?

—Ya soy mayor. Papá ha comprendido que, a mi edad, sólo tengo que informarle a él de mis actos. Si no viviésemos en Dunhuang, ahora yo ya estaría casada con un hombre que me habría hecho madre de varios hijos.

—¡Pero vivimos en Dunhuang! Y el único capaz de amarte en este oasis soy yo, Umara —dijo el muchacho en tono de broma.

—¿Crees que el contenido de ese corazoncito de sándalo vale mucho dinero? —le preguntó Umara a quemarropa.

—¡Sin duda! Debe de costar tantísimo que, en Dunhuang, sólo un gran monasterio budista como el de la Salvación y la Compasión sería capaz de reunir la cantidad —respondió, de forma perentoria, el joven chino, deseoso de darse importancia ante la muchacha cuya belleza y encanto lo dejaban cada vez menos indiferente.

—¡No me hables de ese monasterio!

—¿Por qué lo dices?

—Por nada especial —se apresuró a responder Umara, con expresión sombría, antes de añadir, forzándose a sonreír—: He avisado a Goléa de que salía a pasear hasta la hora de comer. Espérame en el próximo cruce de

caminos y montarás en la grupa de mi caballo. Ya estás acostumbrado y, por lo menos de momento, no pesas mucho.

Y así fue como se lanzaron, a galope tendido, con la cabellera al viento y profiriendo gritos de júbilo, hacia las dunas de arena.

La galopada los llevó, como otras veces, al pie del peñasco donde se encontraba el escondrijo de los libros que, desde su descubrimiento, se había convertido en su lugar de cita favorito.

En el momento de subir la escala de cuerda, *Bruma de Polvo* exclamó:

—Umara, ¿te enfadarás si voy a buscar saltamontes gigantes a aquellas colinas? ¡Desde aquí los veo saltar!

—¿Qué haces con los saltamontes, *Bruma de Polvo*?

—Los ensarto en unos espetones, los aso y me los zampo. ¡No sabes cómo me gustan cuando están bien crujientes!

—Los saltamontes asados me dan asco… Y lo mismo los escorpiones y demás insectos con que se deleitan los mercaderes chinos en los figones donde los despachan.

—¿Me dejas el caballo?

—¡Claro que sí, *Bruma de Polvo*! Un día serás un gran jinete…

Así pues, Umara subió sola hacia su destino, valiéndose de la escalera de cuerda, y se situó en lo alto un poco antes que Cinco Prohibiciones.

¡Y fue como si unos arroyos que hasta entonces hubiesen corrido paralelos se convirtiesen de pronto en los afluentes de un gran río de abundante caudal!

Ahora, con las caras muy juntas, a medida que los besos iban haciéndose más osados, iban viajando los dos de maravilla en maravilla.

Apenas si oyó la voz del *ma-ni-pa*, que resonó en sordina en sus oídos cuando Cinco Prohibiciones acababa de colar la mano por la abertura de la blusa de Umara.

—Tendré que bajar. Mis compañeros van a ponerse nerviosos… —le susurró.

—¡No quiero que te vayas! ¡Estamos tan bien aquí, los dos juntos!

—¿Has venido sola?

—Me ha acompañado ese muchacho que está cazando saltamontes. Es mi único amigo.

La muchacha le indicó una colina pedregosa en la que Cinco Prohibiciones distinguió la minúscula silueta de *Bruma de Polvo* moviéndose a gatas de aquí para allá y bloqueando con las manos el paso a los insectos.

—¿Dónde vives, Umara? —le preguntó Cinco Prohibiciones después de un último beso.

—El obispado nestoriano se encuentra a tres calles de distancia del albergue que mi padre os recomendó.

—¡Me gustaría volver a verte! —exclamó con voz suplicante.

—¡A mí también!

—¡Júrame, Umara, que volveremos a vernos!

—¡Te lo juro, Cinco Prohibiciones! ¡Piensa que lo deseo tanto como tú! Esta noche me encontrarás delante de la tapia de nuestro vergel así que se levante la luna.

—¡Júrame, Umara, que llegará un día en que ya nada pueda separarnos!

Al oír aquellas palabras, la chica se quedó un momento en silencio antes de murmurar en voz baja:

—¡Yo, como tú, desde hoy no haré más que esperar ese día!

Cuando se separaron y ella dejó que Cinco Prohibiciones bajara, solo, para reunirse con sus compañeros fingiendo que allá arriba no había ocurrido nada, sabían los dos que aquel juramento no había caído en saco roto.

—Pero ¿se puede saber dónde estabas, Cinco Prohibiciones? ¡Ya estaba empezando a impacientarme! —preguntó Puñal de la Ley a su compañero, así que éste posó los pies en tierra firme.

—La vista que se divisa desde arriba es tan hermosa que no me decidía a privarme de ella.

—¡Se está haciendo tarde! ¿Te parece que tendremos tiempo de ir a llamar a la puerta de ese monasterio de la Salvación y de la Compasión? —añadió, con el ceño fruncido, el primer acólito de Buddhabadra.

—Creo que no tienes mucha prisa de que vaya…

—Cinco Prohibiciones, no me atrevía a decírtelo, pero yo que tú no iría. No olvides que no conoces a ese tal Centro de Gravedad. No estoy seguro de que entienda lo que te ha pasado… Corres el riesgo de que tu historia le

parezca sospechosa, porque la verdad es que es asombrosa: los Gemelos Celestiales, la emboscada de los parsis, por no hablar además del *sutra* de Pureza del Vacío. ¡Son muchas cosas!… —murmuró, con aire preocupado, Puñal de la Ley, en cuyo rostro se reflejaba una evidente ansiedad.

—Estoy de acuerdo contigo. ¡Corro el riesgo de que me tome por un vulgar impostor! —comentó Cinco Prohibiciones en voz baja ya que, como buen monje *mahayanista* ante el superior de un monasterio, aunque no fuera el suyo, no se veía contando más que la verdad a Centro de Gravedad.

Dadas las circunstancias, también le sería imposible dejar en silencio su encuentro con Umara.

Ahora bien, de momento no pensaba hablar de aquello con nadie por miedo a que la divulgación de los hechos pudiera perjudicar a la joven cristiana nestoriana.

—Me parece que convendrá esperar un poco antes de ir a ese monasterio.

Las cosas se habían encadenado con excesiva rapidez. Acababa de adquirir conciencia de que era absolutamente necesario darse un poco de tiempo para examinar lo que convenía hacer. Por otra parte, no le costaba recurrir a una mentira piadosa.

—¡La decisión me parece juiciosa! Ahora que conocemos el camino, siempre estamos a tiempo de volver si cambias de parecer —exclamó, aliviado, Puñal de la Ley.

El monje de Peshawar parecía encantado de la decisión.

—Así por lo menos llegaremos al albergue antes de la hora fatídica y sin correr el riesgo de que Majib sospeche nada —añadió Cinco Prohibiciones estallando en una carcajada no ya sólo para aparentar seguridad, sino también porque aquel encuentro lo había llenado de profunda felicidad…

¿Cómo habría podido explicar a un igual de Pureza del Vacío, aparentando un mínimo de decencia, que lo ayudase a huir de Dunhuang no ya sólo con los dos niños celestiales sino también con la hija del obispo nestoriano de la ciudad?

Ya que ahora para él había una cosa que estaba muy clara: no pensaba zafarse de sus raptores a menos que Umara participase en la aventura.

Por muy monje budista que fuera, ya no se veía consagrando hasta el mínimo de sus actos al Bienaventurado Buda y prosiguiendo la vida sin Umara.

Después de aquellos primeros besos, tenía la impresión de que formaba un todo con ella.

Mientras acicateaba a Derecho Delante a fin de que galopase más deprisa, empujado por las prisas de reunirse con la chica en el vergel del obispado, no tenía en modo alguno la impresión de traicionar a nadie al obrar de aquella manera.

¿No era acaso la Iluminación del amor lo que había sentido delante de Umara?

Era la primera vez que dejaba hablar a su corazón, a semejanza de Gautama el Buda cuando se enamoró de la hermosa Yashodâra, gracias a lo cual pudo salir vencedor sin gran trabajo en el concurso de tiro al arco ante las barbas de todos los pretendientes de la muchacha cuando hasta entonces, para disgusto de su padre, había sido un lamentable arquero.

¡El Amor presta alas incluso a quien no sabe volar!

Comprendió entonces que, antes del encuentro con Umara, que se había convertido para él en el ser que amaba, la compasión, o sea, la razón de su corazón se había traducido en todos sus actos.

A partir de ahora, sería el corazón de su corazón —y no sólo su razón— el que guiaría su conducta.

Era un hecho que la Santa Vía de la Liberación podía emprender caminos mucho más sorprendentes que los previstos.

Puesto que el amor que le inspiraba Umara, lejos de impedirle llevar a cabo la misión que se había propuesto, le prestaba un valor y una energía como jamás había conocido.

Ahora más que nunca sabía que cumpliría la promesa que había hecho a Pureza del Vacío en lo que tocaba a llevar a Luoyang su precioso *sutra*.

Ahora más que nunca cumpliría con el deber que había contraído con Ramahe sGampo al no abandonar a los pequeños Gemelos Celestiales al destino funesto que les reservaba el jefe Majib.

Entretanto, la única prisa que tenía era que, así que se levantara la luna, se reuniría con Umara para estrechar de nuevo entre sus brazos a la que se

había convertido, en un instante y sin ningún género de duda, en la mujer de su vida.

Y se sentía muy feliz, tan feliz como ella.

Personajes principales

DAddai Aggai: obispo, dirigente de la Iglesia nestoriana de Dunhuang.

Buddhabadra: Superior del monasterio del Único Dharma en Peshawar (India), jefe de la iglesia budista del Pequeño Vehículo; hace un misterioso viaje a Samyé (Tíbet) y desaparece después.

Bruma de Polvo: huérfano chino, amigo de Umara.

Cargamento de Quietud: llamado el Maestro Perfecto, jefe de la Iglesia maniquea de Turfan.

Centro de Gravedad: superior del convento de la Salvación y de la Compasión (Dunhuang).

Cinco Prohibiciones: monje del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang (China), enviado por su Superior a Samyé (Tíbet) y finalmente responsable de los Gemelos Celestiales.

Cesta de Ofrendas: monje responsable de los elefantes del convento de Peshawar.

Dama Wang: primera esposa oficial de Gaozong, destituida en beneficio de Wuzhao.

Diakonos: hombre de confianza de Addai Aggai, encargado de la hilandería clandestina.

Gaozong: llamado Lizhi mientras es príncipe heredero, hijo de Taizong, emperador de China.

DGoléa, llamada la «Montaña», gobernanta de Umara.

Bella Pura: primera concubina imperial, eliminada por Wuzhao.

Joya de la Doctrina: monje rival de Puñal de la Ley.

Lama sTod Gling: secretario del Reverendo Ramahe sGampo.

El ma-ni-pa: monje errante amigo de Cinco Prohibiciones.

El Mudo: esclavo turco-mongol de Wuzhao y ejecutor de sus viles acciones.

Los Gemelos Celestiales: niña y niño criados por Umara. La niña tiene la mitad del rostro cubierto de vello.

Li Jingye: prefecto, Gran Censor Imperial.

Lihong: hijo de Wuzhao y Gaozong, llamado príncipe heredero en sustitución de Lizhong.

Lizhong: hijo de Bella Pura y Gaozong.

Luna de Jade: obrera china del Templo del Hilo Infinito, enamorada de Punta de Luz.

Majib: capitán de una cuadrilla de bandoleros parsis.

Manakunda: joven monjita del convento de Samyé que murió al dar a luz a los Gemelos Celestiales.

Nube Loca: indio adepto del *tantrismo* y de las drogas y asesino.

Ormul: oyente de la Iglesia maniquea de Turfan.

Pincel Rápido: calígrafo y pintor chino de pura cepa, perteneciente a la red del Hilo Rojo.

Puñal de la Ley: primer acólito de Buddhabadra; sale en su busca.

Punta de Luz: oyente de la Iglesia maniquea de Turfan, encargado de la cría clandestina de gusanos de seda, enamorado de Luna de Jade.

Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo: monje de Luoyang.

Pureza del Vacío: superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang (China), jefe de la iglesia budista del Gran Vehículo.

Ramahe sGampo: superior del convento budista de Samyé (Tíbet); ciego.

Rojo Vivo: propietario de la tienda La Mariposa de la Seda, encubridor del negocio de seda clandestina.

Taizong: llamado el Grande, padre de Gaozong, emperador de China.

Torlak: apodado Aguja Verde, joven *uïgur* convertido al maniqueísmo y responsable de la red del Hilo Rojo.

Ulik: intérprete entre Cinco Prohibiciones y la cuadrilla de bandoleros parsis.

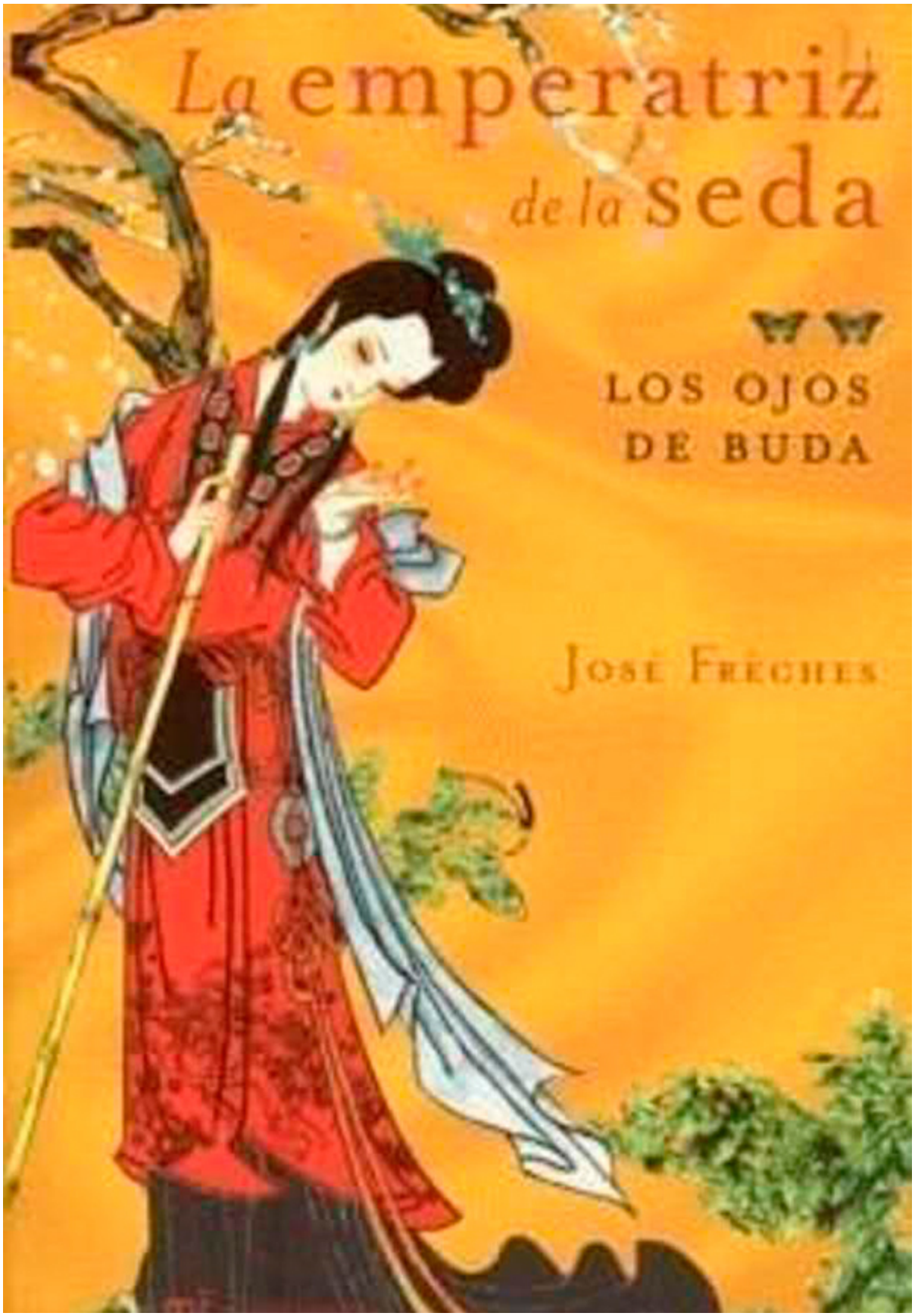
Umara: hija del obispo nestoriano Addai Aggai.

Virtud de Fuera: Ministro de la Seda.

Wuzhao: quinta concubina imperial y después esposa oficial del emperador Gaozong.

Zhangsun Wuji: tío de Gaozong, general, comandante en jefe supremo de los ejércitos, antiguo Primer Ministro.

LIBRO II
LOS OJOS DE BUDA


La emperatriz
de la seda
LOS OJOS
DE BUDA
José Frèches

XXII

DOMICILIO DE PINCEL RÁPIDO,
CHANG AN, CAPITAL DE LOS TANG,
CHINA

Inmóvil como una estatua, Aguja Verde, ebrio de ira, apretó los puños.

El fracaso era hiriente y arruinaba de golpe todas las esperanzas que había acariciado a lo largo de la Ruta de la Seda con ocasión de su regreso a Chang An.

¿Debía hacerla papilla allí mismo, arañarla hasta hacerle sangre y arrancarle la lengua o esperar el regreso de Punta de Luz y hacerlo ante sus ojos?

Era la primera vez que trataba de aquella manera a aquel agente secreto, un *uïgur* con un físico tan chino como él, infiltrado en Chang An por cuenta de la Iglesia maniquea.

La bofetada había herido con tal violencia su mejilla, cuando esperaba que una chica fácil como aquélla aceptase sus besos y hasta le gustasen, que tiró la mesilla y volcó las copelas de licor de arroz medio vacías colocadas sobre la misma. Pero más que el bofetón, hubo de dolerle la frase que le escupió una Luna de Jade ultrajada, que vulneró de lleno su ego:

—¡Puerco! ¡Yo lo amo a él, no a ti!

Por fortuna para él, aquella lamentable tentativa no tuvo testigos.

El gesto y la palabra, más dolorosa aún que el primero, tuvieron sólo por escenario el pequeño camarín secreto que cobijaba los ejercicios amorosos desbocados de Luna de Jade y de su joven amante Punta de Luz.

De acuerdo con su plan, Aguja Verde había obtenido del pintor Pincel Rápido que hiciera salir a Punta de Luz so pretexto de que unos visitantes importantes querían conocerlo.

Este último, que no sospechó ni por asomo en qué celada había caído, obedeció dócilmente.

Así pues, Luna de Jade quedó sola en la alcoba secreta a merced del *uïgur*, que irrumpió en ella cuando la muchacha, con los muslos abiertos, se depilaba con esmero su raja íntima.

Desde que los amantes habían descubierto que aquella operación potenciaba el placer de sus expansiones amorosas, procedía a la misma cuantas veces le parecía oportuno, así que veía brotar el más leve vello en su valle de rosas.

De ordinario, terminada tan sutil obra de jardinería, embadurnaba a placer con un ungüento la divina puerta al objeto de evitar irritaciones, ocasión en que, bajo la mirada a la vez delicuescente y febril de Punta de Luz, no se privaba de concederse un nuevo orgasmo, lo que tenía la virtud de enervar aún más a Aguja Verde, apostado detrás de la falsa ventana.

Así que advirtió que un extraño acababa de penetrar en la habitación, Luna de Jade, asustada como una doncella, se precipitó a coger un chal de seda recamado de bordados con el que se apresuró a cubrirse.

Pero seguía estando medio desnuda, ya que el tenue tejido no ocultaba lo esencial de sus sublimes encantos.

—¡Salid inmediatamente de aquí si no queréis que llame a mi marido! —protestó la joven obrera, aterrada ante tan inopinada intromisión.

¡Aquella desvergonzada tenía la osadía de referirse a Punta de Luz como su marido!

Ebrio de celos, Aguja Verde, cuyo sexo había aumentado tanto que no le cabía en los calzones y le dolía sobremanera, avanzó hacia ella de manera casi mecánica, como el caballo atraído por el pienso que el palafrenero le ofrece en un cuenco.

—¡No os acerquéis, Aguja Verde, que grito!

—¡No tengas miedo… Luna de Jade! Qué hermosa eres… Yo te lo haré igual de bien que Punta de Luz… Tengo cualidades que no sospechas —balbuceó.

—Creía que, si os avinisteis a escondernos a mí y a Punta de Luz, era porque nos apreciabais y lo hacíais por la supuesta red del Hilo Rojo.

—¡No sólo te aprecio sino que te deseo! —dejó que se le escapara, abandonando ya cualquier reserva ante la joven, casi desnuda, que tenía ante él.

—¡No os autorizo a tocarme! —le gritó ella retrocediendo con viveza cuando él, sin poder aguantar más, intentó abrazarla.

Pero ella, ágil y rápida, consiguió liberarse.

—¡Cuándo estás con Punta de Luz no eres tan esquiva! —le echó en cara, tratando torpemente de agarrarle la muñeca.

—¿Y tú qué sabes, asqueroso? —le espetó la chica, jadeante y furiosa.

—¿Y si te dijera que, mientras hacéis el amor, hay quien os mira?

—¡Eso es imposible!

—¡Ven, acércate a esa tela y comprobarás que está perforada por miles de agujeros que permiten ver a través de ellos! Has de saber, pues, que yo estaba ahí detrás —soltó, designando el falso paisaje que ocupaba todo un lienzo de pared del camarín secreto.

Pero ante aquella mujer a la que deseaba desde hacía tanto tiempo y que ahora finalmente tenía a su alcance había perdido por completo todo control. Entonces, arremetiendo contra la cascada y las montañas pintadas por Pincel Rápido, abrió un agujero en la pintura con el puño, que, al retirarlo, dejó un enorme agujero a través de cuyos jirones apareció el cuarto secreto.

—¡Pero esto es innoble! ¡Nos han espiado! ¡Esa organización vuestra del Hilo Rojo no es más que una vulgar red de mirones! Ojalá que Punta de Luz me hubiera escuchado cuando le aconsejé que desconfiara de vosotros —exclamó la chica al descubrir, detrás del paisaje hecho jirones, el reducto desde el cual Aguja Verde solía observarla.

Estaba tan enfurecida que todavía parecía más hermosa. Él sentía que iba derritiéndose ante ella, igual que el niño que contempla el escaparate de un pastelero.

—Si el Hilo Rojo no os hubiera dado cobijo, estaríais ahora pudriéndoos en las mazmorras del Gran Censorado. ¡Deja que te abrace, Luna de Jade, y saldrás de aquí! ¡Dime qué quieres y lo tendrás!

—¡Eso jamás! ¡No eres más que un cerdo y me das asco! ¡No me toques!

—Pero ¿por qué él sí y yo no? —gimió con extraña voz de falsete.

Fue entonces cuando le dio el bofetón, acompañado de la frase asesina.

¡O sea, que ella sólo amaba a aquel maldito Punta de Luz!

Aguja Verde apretaba con tal fuerza los puños que las manos se le quedaron blancas como el marfil.

—Contemplaba a Luna de Jade, a quien ahora tenía enfrente, y entreveía el brillo del aro que le perforaba el ombligo. Y pese al chal que habría debido cubrirla, todavía le parecía más desnuda y deseable que de costumbre.

Le entraban ganas, por un lado, de pulverizarla, pero por otro de apretarla entre sus brazos, de cubrirla de besos de pies a cabeza, de ahogarse en su cabellera y, sobre todo, de penetrarla a través de todos sus orificios, como había visto hacer tantas veces a Punta de Luz.

Era una fiera pronta a saltar sobre ella, pero rectificó: si la convertía en su irreductible enemiga, jamás podría aprovecharse de su soberbio cuerpo.

Había que inventar otra cosa que la dejase intacta, a su alcance siempre, y obligase a la joven rebelde a abrigar mejores sentimientos.

Entonces, en su cabeza pronta a estallar se impuso una decisión.

Acababa de encontrar una manera tan expeditiva como implacable de hacer pagar el bofetón a Luna de Jade y sobre todo sus preferencias por Punta de Luz: le bastaba con denunciar a su amante a las autoridades chinas.

Era una venganza que le permitiría eliminar un rival y al mismo tiempo poner en situación delicada a Luna de Jade, que, privada de su principal sostén y acosada a buen seguro por la policía secreta, no tendría más salida que arrojarse en sus brazos.

Mataría así dos pájaros de un tiro.

No dudaba de que esta denuncia valía oro en un momento en que las autoridades, acosadas por el tráfico de la seda clandestina, se lanzaban a inútiles indagaciones en torno a la desaparición de aquellos jóvenes que el comerciante Rojo Vivo albergaba en el altillo de su tienda.

Gracias a una información tan capital, podría ofrecer a Luna de Jade todo lo que ella no había tenido jamás: alhajas de oro puro, vestidos de seda, tarros de ungüentos preciosos, por no hablar de todo tipo de animales de compañía.

El *uïgur* estaba convencido de que una mujer del temple de Luna de Jade, con los sentidos tan aguzados y conocedora de posturas tan refinadas, no sabría resistirse a todas aquellas exquisiteces a las que sucumbían las más hermosas cortesanas.

¿No era acaso aquél el método más sencillo y al mismo tiempo más eficaz para conseguir los fines que se había propuesto?

Una vez eliminado definitivamente Punta de Luz, podría apoderarse de aquella muchacha y usarla como mejor le pluguiera, puesto que ella no tendría otra alternativa.

Imaginaba con voluptuosidad el terror que llenaría los ojos de aquella desvergonzada cuando, de madrugada, unos guardias chinos armados irrumpieran en el taller de Pincel Rápido dispuestos a apoderarse de Punta de Luz.

Ya se deleitaba imaginando que se concedía el lujo de decirles que dejasen en libertad a la muchacha, puesto que ella nada tenía que ver con el tráfico de la seda.

Con gran júbilo interior, se oía incluso revelar a los policías que el joven la tenía secuestrada y que sus negativas eran la prueba de que su captor le infundía terror.

Sólo así tendría la seguridad de haberse vengado de una forma digna tanto de la afrenta que ella le había infligido como de aquel loco deseo que la chica le inspiraba.

En el momento en que se disponía a salir del camarín para ir a denunciar al odiado rival, oyó que alguien lo llamaba:

—¿Estás loco, Aguja Verde? ¿Qué has hecho con mi pintura?

Era Pincel Rápido, que había acudido atraído por el violento puñetazo de Aguja Verde en la falsa ventana, seguido por Punta de Luz.

Aquel mismo puño se descargó ahora con igual violencia, pero esta vez en plena cara del pintor mirón, cuya nariz, como granada en sazón, reventó con el impacto acompañándose de un chorro de sangre.

—Mira lo que hago con tu cara de mono —vociferó el autor de la carnicería pictórica a su nueva víctima, que había quedado tendido en el suelo.

Punta de Luz no tuvo tiempo de precipitarse a su vez sobre el *uïgur* para inmovilizarlo, porque éste se lanzó, como un búfalo furioso, hacia la salida del taller del pintor y, saltando de cuatro en cuatro los escalones, desapareció.

—¿Qué ha pasado, amor mío? ¿Te ha hecho algún daño? ¡Parecía un tigre en celo! —murmuró, loco de angustia, Punta de Luz cuando Luna de Jade se arrojó en sus brazos llorando lágrimas ardientes.

—Aguja Verde ha intentado abusar de mí. ¡Figúrate que se dedicaba, junto con este innoble pintor, a espiar lo que hacíamos! ¡Mira ahí detrás, es una cámara secreta! Ellos estaban aquí apostados mientras nosotros hacíamos el amor —gimió la chica señalándole la alcoba desde donde los espiaban los dos hombres.

—¡Es increíble! ¡Y pensar que se presentó como el jefe de la red del Hilo Rojo, la persona que debía protegernos! Como supiese el Perfecto que el hilo rojo que me ató a la muñeca ha tenido tales consecuencias, se le abrirían los ojos… —observó, contrariado, Punta de Luz, tras introducir la cabeza a través del paisaje desfondado.

—En cualquier caso, cuando ese abominable Aguja Verde se me acercó como un búfalo furioso, tenía una mirada de loco. ¡Si supieras qué miedo he pasado! —dijo la muchacha con un hilo de voz, acurrucada en brazos de su amante.

Su turbación la hacía estremecer.

Tratando de calmarla, la abrazó tiernamente y, una vez más, sus lenguas se entrelazaron y consiguieron atenuar poco a poco los efectos de la conmoción que la chica acababa de sufrir.

—¡Y yo que me figuraba que ese Pincel Rápido era un ser delicado y un calígrafo poeta! —se lamentó ella dirigiendo una mirada tan enojada como cargada de reproches al pintor, que seguía inconsciente.

—A lo mejor sólo encuentra inspiración contemplando mujeres hermosas —bromeó él a guisa de consuelo.

—¡O hermosos muchachos! —soltó ella sonriendo a su vez mientras Punta de Luz le ponía la mano en el bajo vientre para después pasar a acariciarle lentamente la abertura íntima recién depilada e impregnada aún del ungüento con que se la estaba embadurnando en el momento de ser sorprendida por Aguja Verde.

Incapaz de dominarse, sintió que el sexo se le endurecía.

Siempre les ocurría lo mismo. Así que la rozaba, sentía nacer inmediatamente un deseo furioso.

De buena gana habría hecho de nuevo el amor con ella si la chica no hubiese empezado a vestirse.

—¡No te preocupes, mi Luna de Jade, porque ese hombre se ha ido! Y como se hubiese quedado, tanto si pertenece al Hilo Rojo como si no, lo habría reducido a papilla.

Ahora, ya vestida con una bonita túnica floreada, le pareció que la chica estaba muy contrariada.

—Pareces inquieta, cariño… ¿me equivoco?

—Tengo un mal presentimiento. Cuando Aguja Verde se ha ido emanaba malos efluvios *Qi*[1].

—Nosotros los *kucheanos* no sabemos de buenos ni de malos efluvios.

—Pues yo creo en los efluvios. Una vieja tintorera del Templo del Hilo Infinito, adepta taoísta y un poco bruja, me inició en esta creencia. Una noche me llevó a un bosque y me explicó qué había que hacer para captar los efluvios positivos surgidos de las entrañas de la tierra, un lugar donde, según ella, dormitan los dragones.

—¿Crees de veras que los dragones viven debajo de nuestros pies?

—Los dragones están por todas partes, Punta de Luz, y la mayoría son buenos. Basta con no molestarlos cuando uno construye una casa o excava una tumba. Aquí llamamos «*Fengshui*», «viento y aguas», a esta práctica que consiste en molestar lo menos posible a los dragones que viven bajo tierra.

—¿Percibiste algún efluvio favorable cuando me viste por primera vez?

—Fue una sensación tan intensa y grata, si quieres saberlo todo, que me sentí ligera como una pluma. ¿No te has preguntado nunca por qué sucumbí con tal rapidez a tus avances? De mí puede decirse cualquier cosa menos

que soy una mujer fácil. Supe en seguida que eras mi Yang y yo tu Yin… La fusión de nuestros cuerpos engendró la Gran Armonía. ¡Por eso nos da tanto placer hacer el amor, Punta de Luz! —le murmuró ella con ternura.

Era la primera vez que revelaba todas esas cosas a su amante.

—Comprendo tus palabras, aunque se refieren a prácticas que me son extrañas y a conceptos que se me escapan. Para nosotros, los maniqueos, la Luz tiene el mismo papel que tus efluvios.

—¡Nos amamos y eso es lo importante! —concluyó ella—. Y nos interesa abandonar estos lugares cuanto antes.

—Pero han puesto precio a nuestras cabezas. Nadie sabe que estamos aquí.

—Lo dudo. Aguja Verde irradiaba una energía negativa que me ha revelado que tenía intención de denunciarnos a las autoridades. En su mirada alucinada he vislumbrado el destello de la venganza.

¡Debemos partir! —murmuró, hecha un mar de lágrimas, Luna de Jade, que ocultó el rostro en el pecho musculoso y suave de Punta de Luz.

—¡Cálmate, amor mío!

—¡Te lo digo en serio! ¡Hay que huir de Chang An!

—No sería sensato abandonar Chang An sin los bómbices[2] ni los capullos.

—¿No me dijiste que si volviste, fue por mí?

—Sin duda que volví para estar de nuevo contigo, pero, si vuelvo a Turfan llevándote además a ti, no puedo presentarme con las manos vacías… Cargamento de Quietud no lo comprendería ni me lo perdonaría nunca —protestó.

—¿Estarías dispuesto a llevarme contigo? —le preguntó ella, radiante.

—Por supuesto, amor mío. Te lo he prometido: no nos separaremos nunca. Solicitaré a Cargamento de Quietud una autorización excepcional y seremos marido y mujer.

Entonces ella, rebosante de felicidad, le tendió una bolsita de tela.

Él comprobó que contenía una docena de capullos, así como una hoja de papel doblado en cuyo interior encontró esos minúsculos granos oscuros que un solo gusano de seda es capaz de poner a millares.

—Veo que piensas en todo, Luna de Jade —exclamó, encantado, el joven *kucheano*.

—¡La prudencia me aconseja que tome estas precauciones! La misma tarde de la semana pasada que viniste a buscarme me procuré la bolsa en el Templo del Hilo Infinito… ¡Sabía que me los pedirías! —dijo la joven enjugándose la última de sus lágrimas.

—¡Has hecho bien! Estoy seguro de que así obtendré el perdón de Cargamento de Quietud y aceptará la exención de mis votos de Oyente. Así, nuestros esponsales según el rito de la Iglesia de la Luz se reducirán a puro formalismo…

—Ya nada puede retenernos. Corremos un gran peligro y el tiempo está en contra nuestra. ¡Debemos huir antes de que nos descubran! —exclamó la chica con ardor, cogiendo la mano de su amante.

Más que nunca, uno y otro estaban decididos a correr juntos hacia su destino.

En un rincón del taller, desplomado al pie de un biombo decorado con pan de oro, Pincel Rápido, con el rostro abotargado como una calabaza, todavía no había recobrado el conocimiento.

—El camino está expedito, pero sería peligroso salir de aquí de este modo. Si ese maldito Aguja Verde nos ha denunciado, lo más probable es que haya facilitado nuestros datos a las autoridades —añadió ella.

Advirtiendo en un estante un montón de vestidos utilizados por el pintor para disfrazar a los modelos que posaban para él, los revolvieron antes de escoger uno para disfrazarse aprisa y corriendo, ella de soldado chino y él de sacerdote taoísta.

—¡Ese turbante te sienta de maravilla, Luna de Jade! ¡Estás desconocida, cariño! —exclamó, medio en broma, Punta de Luz.

—¡Pues tú pareces un auténtico médico taoísta! —dijo ella después de tocar el sombrero en forma de mortero que Punta de Luz acababa de encasquetarse, semejante al que llevaban los sacerdotes de los templos taoístas.

—¡Mi soldadito sabrá defenderme, aunque no lleve sable, si los pacientes se enfurecen al ver que no sé curarlos! —respondió él con una sonrisa.

Viendo con sorpresa que Luna de Jade había cogido de un bote de gres uno de esos gruesos pinceles hechos con crin de caballo que los pintores utilizan para pintar nubes mojándolos en tinta antes de embadurnar con ellos el papel de arroz, le preguntó el motivo.

—¡Podemos necesitarlo! —le explicó ella con aire de misterio.

Y después de comprobar que nadie vigilaba la entrada que daba a la calle, se deslizaron fuera del taller de Pincel Rápido pegados al muro y procurando no hacer ningún ruido.

La puerta se abría a un callejón desierto.

—¿Hacia dónde hay que dirigirse para dar con la dirección de la Ruta de la Seda? —susurró el falso sacerdote taoísta.

—¡Sígueme! —respondió el seudomilitar chino.

El barrio donde vivía Pincel Rápido estaba situado al este de Chang An, de modo que para llegar a la Puerta del Oeste debían cruzar de uno a otro lado el centro de la capital de los Tang.

Luna de Jade, familiarizada con aquellos parajes, hacía de guía a su amante, indicándole de paso el nombre de los imponentes edificios que se alineaban a lo largo de las anchurosas avenidas del poderoso barrio donde se levantaban los palacios de los ministerios y las sedes de las administraciones.

—¡Éste es el Ministerio de los Ejércitos Imperiales! —le explicó al advertir una inmensa fachada almenada y prácticamente ciega cuyos muros nada acogedores erizaba un saliente puntiagudo.

—Esa muralla parece el caparazón de un dragón… —murmuró el *kucheano*.

—Es para convertir el edificio en inexpugnable en caso de motines…

—¿A qué clase de motines te refieres? He podido comprobar que la policía dispersa la más mínima concentración de mirones —dijo él, sorprendido.

—Si a la gente del campo, cuyos hijos tienen que formar parte a la fuerza de los batallones de los ejércitos de los Tang y sufren hambre porque los ejércitos regulares saquean sus graneros, se les ocurriera manifestar su cólera alrededor de ese ministerio, su arquitectura bastaría sobradamente para disuadirlos.

—Yo no sabía que el pueblo sufriera tanto ni que los ejércitos imperiales pudieran comportarse de forma tan vil.

—No contentos con despojarlos de su fuerza de trabajo, a veces las autoridades la toman con toda una familia. Así deportaron a todo mi pueblo, igual que si se tratase de un vulgar botín de guerra. El pueblo del imperio del Medio se encuentra oprimido por la casta dirigente, que se nutre de él como el hongo se nutre del tronco donde crece.

—O sea, que en la China central podría estallar una revolución en cualquier momento —puntualizó Punta de Luz.

—El emperador procura mostrar a sus vasallos únicamente lo estrictamente necesario del lujo en que vive para que reconozcan su poder. Por eso las murallas que protegen los palacios imperiales son tan altas que habría que transformarse en ave fénix para franquearlas.

—Y sin embargo, todos esos mercaderes ambulantes, todas esas comadres y viandantes con los que nos cruzamos tienen expresión risueña.

—El pueblo de los Han es benévolo y alegre por naturaleza. Está acostumbrado a inundaciones, sequías y hambrunas. Pero no te fíes de las apariencias. Aquí todo el mundo tiene miedo de la policía secreta del Gran Censorado Imperial. En el Templo del Hilo Infinito, por ejemplo, todos estábamos en guardia, puesto que nadie sabe con certeza quién espía a quién.

—¡Hablas como los viejos filósofos! —reconoció el *kucheano*, divertido por un lado pero por otro admirado de la perspicacia de que daba prueba su joven amante.

Hacía dos horas largas que caminaban cuando, en el extremo de una inmensa avenida inundada por la desorientadora confusión de las carretas y carretillas de los campesinos que acudían a vender sus mercancías a los innumerables mercados de la capital, apareció de pronto la silueta maciza e irregular de la Puerta del Oeste, fácilmente reconocible por sus tejados curvos en forma de «cola de golondrina», con las puntas alzadas recortadas sobre el cielo.

Al acercarse al estrecho portón por el que se salía de Chang An, comprobaron no sin alarma que, delante del mismo, serpenteaba una larga cola de espera.

—¿Qué ocurre? ¡Normalmente aquí no hay esa cola! —comentó Luna de Jade a un viejo.

—Se trata de una iniciativa intempestiva de la administración de los peajes públicos. Parece que los funcionarios de consumos están sometidos a estricta vigilancia. Mi hija, que me está esperando en el campo, va a inquietarse —se lamentó el hombre.

—Por fortuna han dejado de tolerar esos chanchullos que permiten normalmente que los que entran y salen de Chang An no satisfagan ese peaje, ignorando los reglamentos, con mercancías que van a parar directamente al bolsillo de los funcionarios —soltó otro tipo cuyo talante traicionaba el respeto confuciano de las leyes.

—¡Exigen monedas! ¡Tendré que volver a casa! —añadió, furiosa, una mujer que acababa de verse rechazada con su carretilla llena hasta los topes.

—He oído a un guardia que decía confidencialmente a un colega que los agentes del Gran Censorado acaban de hacer una inspección. Es evidente que tratan de impedir qué abandonemos la capital —confió al sacerdote taoísta el soldado chino, que se había trasladado para hacer un reconocimiento muy cerca de la puerta delante de la cual proseguían, como por ensalmo, los celosos controles bajo la mirada desconfiada de unos policías con el fatídico brazalete blanco que acreditaba su pertenencia al servicio del prefecto Li…

—¡No tenemos suerte! ¡Corremos el riesgo de que nos detengan! ¿Y si retrocedemos? —murmuró, angustiado, Punta de Luz.

—¡Eso nunca! Hemos llegado a un punto en que sería fácil llamar la atención… Sigue adelante y déjame hacer a mí. Con mi uniforme de soldado, no tengo nada que temer —dijo ella procurando esconder su inquietud.

—Pero ¿y yo? ¿Cómo conseguiré pasar el control? A nuestro alrededor no veo más que sacerdotes budistas. Como sacerdote taoísta, tendré problemas para que no detecten mi presencia. La prisa no es buena consejera, Luna de Jade… —murmuró, cada vez más perplejo.

Las circunstancias no les dejaban mucho tiempo para reflexionar. Apenas había terminado la frase cuando el joven *kucheano* oyó que alguien lo llamaba.

—Hay un hombre que sufre convulsiones y que acaba de perder el conocimiento. Seguro que un sacerdote taoísta como tú conocerá las fumigaciones adecuadas que harán que se recupere.

El hombre de uniforme que acababa de interpelar a Punta de Luz con estas palabras ostentaba en el brazo los dos caracteres que significaban «grande» y «oficina» dibujados en negro sobre fondo blanco, lo que indicaba su pertenencia a las brigadas especiales del Gran Censorado Imperial.

El amante de Luna de Jade, con los ojos fijos en la terrible insignia, dudando sobre la conducta a adoptar, sintió que lo invadía un profundo pánico y se volvió para preguntar con la mirada al seudosoldado chino qué debía hacer.

La respuesta fue tajante: los ojos almendrados de la joven china lo incitaron a acudir allí donde requerían su presencia.

—Llévame donde se encuentra y lo examinaré —farfulló el falso médico esforzándose en adoptar la actitud correcta.

El hombre estaba tendido en el suelo junto a la ventanilla donde se efectuaba el pago de los tributos de salida.

Punta de Luz se inclinó sobre él y pegó la oreja a su boca para comprobar si aún respiraba.

El *kucheano*, a quien le parecía que el corazón iba a saltársele del pecho, reprimió un grito. Para estupefacción suya, vio que el hombre estaba vivo, ya que le murmuró:

—¡Ten piedad de mí, te lo suplico! ¡Diles que estoy muerto! No tengo otro medio de salir de aquí sin pagar los arbitrios.

—¿Qué puedes hacer por él, pues? —preguntó el agente de las brigadas especiales.

—¡Ay de mí, este hombre está muerto! Ya no respira. Por muy taoísta que sea, no puedo hacer nada por él.

—¿O sea, que no llevas contigo ni la más pequeña píldora de inmortalidad? ¿Se puede saber qué clase de sacerdote taoísta eres, entonces? —bromeó el agente secreto, cuyo dudoso humor provocó, pese a todo, una gran carcajada entre los que formaban la cola, puesto que la multitud allí congregada estaba deseosa de congraciarse con un hombre

que, con solo levantar una ceja, podía enviar a quien se le antojase a la cárcel.

—¡Todas mis reservas se han quedado en el templo! —gimió el falso médico.

—¡Vuelve al sitio que ocupabas en la cola! —gritó de pronto el policía.

Al volver a la cola, Punta de Luz descubrió, consternado, que Luna de Jade había desaparecido.

—¡Llevad ese cadáver a las afueras de la ciudad y dejadlo en el primer cementerio que encontréis! —ordenó el agente del Gran Censorado.

Saliendo de su garita, los aduaneros se apresuraron a obedecer con la cabeza gacha las órdenes de aquel que había interrumpido el lucrativo tráfico al que estaban entregados.

Y así fue como el supuesto cadáver salió de Chang An sin pagar tarifa alguna.

Punta de Luz comprobó con inquietud que allí nadie gastaba bromas, aunque se tratara de los agentes de aduanas, con las directrices dictadas por un miembro de las brigadas especiales.

Por fin también a él le tocó el turno de comparecer ante aquella ventanilla detrás de la cual había un funcionario de boca desdentada, rostro rubicundo y picado de viruelas, que exhalaba un fétido olor.

—¡Son dos *taels*[3] de bronce! —dictaminó el funcionario provocando con sus palabras un irrefrenable movimiento de retroceso por parte del *kucheano*, que no se esperaba aquel hedor.

—¿Incluso para un sacerdote taoísta?

—El peaje de entrada y salida es obligatorio. Así lo ordena un decreto imperial —dijo el hombre con aire de no admitir réplica.

Y con la mirada indicó al agente secreto que, a pocos pasos de distancia, estaba inspeccionando la cola, ahora interminable, de todos aquellos que necesitaban abandonar la capital aquel día.

—¿Y si hubiese olvidado en el templo el dinero de que dispongo? —avanzó Punta de Luz procurando expresarse con la mayor naturalidad de este mundo.

—Pues en tal caso tendrás que irlo a buscar. Aquí no se hacen favores. Desde esta mañana no se sale de Chang An sin pagar los arbitrios de dos

taels de bronce —sentenció nuevamente el aduanero de rostro inquietante.

—¡Han aumentado las tarifas! El emperador Gaozong nos cuesta cada vez más dinero… —farfulló en voz baja una matrona detrás mismo del *kucheano*.

Consternado porque creía haber perdido a Luna de Jade, Punta de Luz ya se reprochaba duramente haber olvidado aquel derecho de peaje.

—¡Dejad pasar a ese sacerdote! Yo respondo totalmente de él aunque no lleve dinero para pagar los arbitrios de salida. ¡Os doy mi palabra de oficial del ejército imperial!

El soldado que acababa de pronunciar aquellas palabras con toda la seriedad del mundo llevaba un bigotito que le infundía un aire de lo más perentorio.

El gordo aduanero se inclinó hacia delante para averiguar en qué lugar de la cola se encontraba el agente de las brigadas especiales.

—¡Anda, pasa ya! Y la próxima vez acuérdate de traerme una de tus píldoras de la inmortalidad y entonces estaremos en paz —soltó con cara de pocos amigos dirigiéndose al *kucheano*, que, sin pedir más explicaciones, franqueó muerto de miedo la maldita Puerta del Oeste temiendo que en el momento más impensado pudieran aparecer los cancerberos que la custodiaban.

Y en seguida se confundió con la multitud abigarrada de mercaderes y monjes, campesinos y viajeros, aventureros y héroes, estafadores y ladrones que preparaban unos sus caballos y otros sus camellos, mientras que aquellos que debían contentarse con sus piernas se embadurnaban las pantorrillas de ungüento o se ataban cuidadosamente los zapatos que las hirientes piedras del camino sabrían respetar.

A la salida del amplio camino que se extendía entre el mundo asiático y el mundo occidental, en medio de un indescriptible alboroto formado por los mugidos de los animales de tiro, los balidos de los rebaños y los cacareos de los volátiles apretujados en jaulas de bambú, Punta de Luz tuvo ocasión de oír hablar casi todas las lenguas de la tierra.

Tranquilizado al ver que había conseguido salir tan bien librado, lo que más inquietaba ahora al Oyente maniqueo era la suerte de su amante.

¿Dónde podía estar?

Al meterse maquinalmente la mano en el bolsillo para comprobar la presencia de la bolsita con los capullos y los huevos de los gusanos de seda, a punto estuvo de tropezar con un minúsculo cordero de negro y rizado vellón que un pastor ofrecía en venta.

Comprobó con alivio que la bolsa seguía en su sitio.

Por lo menos podría entregar a Cargamento de Quietud lo que éste le había pedido.

Sin embargo, no quería volver a Turfan sin Luna de Jade.

Cada vez estaba más nervioso y perplejo y al final acabó por imaginar que había ocurrido lo peor.

¿Qué podía hacer?

Permanecer en el campamento de caravanas de aquella zona de estacionamiento para esperar a la joven e informarse sobre su suerte, por muy discretamente que lo hiciera, era en extremo arriesgado.

Aquí y allá, mezclados con los hombres, mujeres y niños que acababan de cargar las mercancías a lomos de los animales, había policías de la patrulla de los mercados, identificables por su cinturón rojo y blanco, que inspeccionaban minuciosamente la carga y, con aire severo, interrogaban a los mercaderes acerca de qué pensaban hacer con aquellas mercancías y hacia dónde se dirigían.

Cuando se ponían demasiado insistentes, al negociante objeto del acoso no le quedaba más remedio que hacerles algún ofrecimiento en especie a fin de poder calmar así los ánimos de los esbirros, cuya fama de codiciosos era de todos conocida.

Había que partir, buscar a su joven amante en el primer pueblo que encontrase de camino y, una vez allí, cambiar de indumentaria si era preciso, procurarse monedas para pagar el peaje y volver a la capital a fin de lanzarse en su búsqueda.

Punta de Luz, pues, con el alma por los suelos, ya se disponía a sumarse a la hilera de caminantes cuando oyó que una voz dulce lo llamaba.

—Pero ¿dónde te habías metido, Luna de Jade? ¡Jamás había pasado tanto miedo!

Para su gran consuelo, recuperó por fin, detrás mismo de él, la sonrisa resplandeciente de aquella boca que sabía besarlo de forma tan deliciosa.

Entonces la chica se sacó del bolsillo unas hebras de pelos negros que se adhirió sobre el labio superior.

—¿O sea, que no has reconocido al soldado del bigote? Pues el pincel del pintor mirón ha servido de algo —exclamó la chica mondándose de risa.

Al *kucheano* no le había dado tiempo de echarse a reír del subterfugio de la obrerita cuando, procedentes de la Puerta del Oeste, le llegaron unos gritos que no dejaban ninguna duda con respecto a las intenciones de quienes los proferían:

—¡Apartaos, apartaos! ¡Entre vosotros se ocultan dos fugitivos! ¡Una tal Luna de Jade y un tal Punta de Luz! Si nos oyen, que se entreguen inmediatamente a las autoridades imperiales. ¡Si cooperan, no recibirán ningún daño!

—¡Menudos cerdos! ¡Y pensar que, si nos atraparan, nos destrozarían igual que trapos viejos! —dijo Luna de Jade por lo bajo, con el semblante sombrío de pronto.

Era el mismo agente especial del Gran Censorado que antes inspeccionaba la cola de la ventanilla de las aduanas, y al que habían visto cuando estuvieron a punto de ser detenidos.

Rodeado por tres hombres que llevaban el mismo siniestro brazalete que él, no paraba un momento de repetir su exhortación con las manos en torno a la boca a manera de megáfono, mientras la multitud agachaba la cabeza a su paso y se apartaba como las aves del corral cuando irrumpe el zorro en el gallinero.

—A aquellos de vosotros que proporcionen un informe válido sobre esos dos criminales que se buscan, les será devuelto el importe de la tarifa que han satisfecho al salir de la capital y se les extenderá un bono que les dispensará de pagar la próxima entrada —se desgañitó otro agente especial cuya voz estaba acercándose peligrosamente.

—¡Hay que partir! Temo que la situación empeorará rápidamente —apuntó Punta de Luz.

—Mantengámonos cerca para no perdernos, pero finjamos que no nos conocemos hasta el próximo puesto de guardia y así podremos deshacernos de esas ropas excesivamente llamativas —dijo la chica, inquieta, acariciándole disimuladamente el brazo.

—En la Ruta de la Seda, cuanto más se aleja uno del centro de poder, más se relaja la vigilancia.

Dentro de dos días verás que apenas se encuentran patrullas de policía.

—Pero entretanto los tenemos pegados a los talones —le soltó ella, en un aparte antes de desaparecer detrás de una carreta cargada de bambú cortado.

Punta de Luz notó que le daban unos golpecitos en la espalda.

Se volvió, preparado para toparse con un agente de la policía secreta.

—Debes de ser entendido en plantas medicinales. Los religiosos taoístas también son médicos.

La cabeza de la persona que le había hablado, arrugada como una manzana marchita, apenas le llegaba al pecho. Su rostro lampiño estaba coronado por un gorro de lana. Imposible determinar a qué sexo pertenecía. Sorprendido por su aspecto, el joven *kucheano* se fijó en su atavío, confeccionado con pieles de conejo cosidas entre sí que formaban una capa con la que se cubría por completo.

—Voy a presentarme: Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente, para servirte…

—¡Ejem…! ¡Ojo de Aguja! Encantado de conocerte…

Justo detrás, Punta de Luz percibió a Luna de Jade que lo observaba detrás de la carreta cargada de bambú cortado. Se cubría la boca con la mano para que no se le escapara la risa.

¡Ojo de Aguja!

He aquí que una orgullosa Punta de Luz podía transformarse en minúsculo agujero.

—¡Qué nombre tan curioso el tuyo, Ojo de Aguja! ¿Dónde vas?

—¿Por qué me haces esa pregunta, Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente?

—Tengo dinero y pago en moneda contante y sonante —manifestó aquel ser con el aire entendido de quien propone un excelente negocio a un futuro socio.

Ante las narices de Punta de Luz, el hombrecillo que se cubría el cuerpo con una capa de pieles de conejo hizo pasar ante sus ojos una vez y otra un

bello tael de plata, cantidad suficiente para comer por lo menos durante un mes, según dijo, en una buena cantina.

—Si te avienes a hacer conmigo dos negocios importantes en la Ruta de la Seda, te pagaré tres *taels* de plata. Serás casi un hombre rico… —añadió en tono enfático.

—¿O sea, que eres mercader?

—¡Sí! De plantas medicinales. Y cuando tengo la suerte de poder pagar a un médico, afluyen los clientes a mi tenderete y vendo muchos más remedios…

Detrás de Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente, un servidor de tez oscura sujetaba dos camellos con un ronzal atado a un aro que les perforaba el belfo.

Los animales desaparecían literalmente debajo de los fardos de lona que los cubrían casi por completo a excepción de patas, cuello y cabeza.

—Ahí tienes mi farmacopea ambulante. Aquí tengo todo lo que puede curar las enfermedades y dolores del cuerpo: los ingredientes de las Cuatro Naturalezas, el frío, el calor, lo tibio y lo fresco; los que provienen de los Cinco Elementos, el metal, el agua, la madera, la tierra y el fuego; y después los del tipo Yang, hechos para calentar, y los del tipo Yin, destinados a enfriar. Tengo almizcle de íbice tibetano de primera calidad, al precio imbatible de su peso en oro fino; también tengo hiel de serpiente negra y venenosa del Yunnan; semilla de rábano que actúa sobre el bazo y ginseng de Manchuria, acónito no venenoso y también bezoar, la concreción estomacal del búfalo, sin olvidar la bilis seca de oso, el polvo de hueso de tigre, el cuerno joven de ciervo todavía cubierto de vello y, por supuesto, el cuerno del viejo rinoceronte macho. Tengo también polvo *tutie*[4] para los ojos doloridos y cegados, así como *angélica danggui*[5], cuyo agente activo es antiinflamatorio, y frutos de *arzolla* y de *ocozol* para aliviar el reumatismo. Y para los que se lo pueden pagar, puedo proporcionarles el polvo de la longevidad. Como buen taoísta, tienes que conocer por fuerza el polvo de la longevidad, Ojo de Aguja…

—¡Por supuesto! Es polvo de jade, contenido en los frutos que crecen en las Islas Inmortales. En serio, cuando no se tiene la suerte de poder cogerlos, basta con mezclar cinabrio con extracto de *ginkgo biloba*, llamado

también el árbol de los diez mil años. Se obtiene una pasta oscura que se machaca y con ella se confeccionan píldoras, que son de gran eficacia —replicó Punta de Luz con la máxima seriedad.

Y sin embargo, como fiel adepto del maniqueísmo, no creía una palabra de aquella leyenda según la cual las islas de la inmortalidad flotaban, cubiertas de árboles que daban frutos de jade, sobre el caparazón de unas tortugas gigantes frente a las costas chinas.

Pero si quería dar el pego a su interlocutor, debía fingir que creía a pies juntillas aquella superstición popular, de la que el clero de Tao sacaba lo esencial de sus recursos vendiendo a tarifas prohibitivas píldoras y polvos a base de cinabrio que se suponía aportaban «diez mil años más» a aquellos que los ingurgitaban.

Por fortuna para él, Luna de Jade le había contado aquella leyenda oída numerosas veces de boca de los charlatanes de todo pelo que pululaban por los mercados y se dedicaban a cantar a las almas cándidas las excelencias de los secretos que encerraba la composición de sus remedios de precio más desmesurado.

—A esas islas divinas envió un día el primer emperador, Qin Shi Huangdi, mil muchachos y mil muchachas rogándoles que le trajesen esos frutos de gusto y aspecto inenarrables. Nuestro emperador de China no se atrevería hoy a lanzarse a semejante aventura —añadió, con una extraña risita gutural, Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente, a quien esas evocaciones ponían algo lírico e incluso imprudente, a juzgar por las ojeadas de sorpresa que le lanzaron dos hombres que enjaezaban unas mulas.

No era raro, en efecto, que uno fuera condenado a una fuerte multa o a ser azotado o a que le amputaran un pie por la simple denuncia de un testigo anónimo, para deleite de la autoridad suprema.

—Y si acepto, ¿cuánto tiempo tendrás necesidad de mí? —preguntó Punta de Luz, que veía en la proposición del mercader de plantas medicinales una forma de fundirse en el anonimato.

—Sólo mañana y pasado mañana. Después puedes seguir sin mí. Además, jamás me atrevería a contratarte con carácter fijo… me costarías demasiado caro.

Punta de Luz intentó leer en los ojos de Luna de Jade, que no dejaba de mirarlo un momento, qué conducta podía adoptar.

Al ver un imperceptible movimiento de cabeza del vivaracho soldado chino, decidió aceptar sin pararse siquiera a discutir la propuesta de Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente.

Por otra parte, el avance del agente con el brazalete blanco que, con las manos colocadas a manera de megáfono, se abría paso a través de la multitud en dirección al lugar donde se encontraban, hizo que se dejara de titubeos.

Unos instantes más tarde, acomodado Punta de Luz en el lomo de uno de los camellos, todo el convoy del mercader de plantas medicinales se puso en movimiento con paso lento y majestuoso a través de la Ruta de la Seda entre un rebaño de corderos y una carreta tirada tan sólo por la fuerza de los brazos de un hombre que creía conducir a una vida mejor a su mujer y a sus cinco hijos.

Al día siguiente, en la primera ciudad de la etapa, en las afueras de la cual habían pasado la noche, se instalaron en la plaza del mercado, en un puesto cuyo precio Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente había discutido violentamente con el agente municipal encargado de alquilarlos a los comerciantes ambulantes.

—¡Acercaos, buena gente, acercaos, que yo tengo aquí las medicinas y también al médico!

No fue preciso que la criatura vestida con piel de conejo lo repitiera dos veces para que una multitud de mirones afluyese como nube de moscones a la miel.

Punta de Luz se dispuso a desempeñar de inmediato su nueva actividad de charlatán y curandero.

Adoptando el aire más docto posible, celebraba sus consultas al tiempo que, con abundancia de detalles, explicaba cómo había que aplicar determinado tipo de ungüento o cuál era la posología exacta de cierto tipo de píldora. El mercader de plantas le enseñó incluso cómo se practicaba la *moxibustión*, que consistía en quemar artemisa en unas copelas colocadas sobre la frente de los pacientes, entusiasmados con aquel método que tenían por infalible para disipar milagrosamente los dolores de cabeza.

Faltó poco para que estallara en una carcajada al ver a Luna de Jade, liberada de su atavío de soldado chino, observándolo de lejos, muerta de risa, desde el puesto de un hortelano que le había pedido que le vigilase sus hortalizas.

—Tengo un hijo sin piernas. ¿Qué puedo hacer por él?

El rostro de garduña del policía que acababa de hacerle esta pregunta en principio idiota no comunicó ninguna noticia reveladora al falso médico taoísta, que había estado a punto de romper a reír antes de advertir la condición de la persona que acababa de hacerle la pregunta.

¿Se la había hecho en broma? ¿O sospechaba algo?

Era lo que temía el *kucheano*, que se puso en seguida en guardia.

—Tengo que verlo. El médico tiene que ver al enfermo —logró decir Punta de Luz, que había notado un nudo de angustia en la boca del estómago.

—¡Claro, no se me había ocurrido! ¿Estaréis aquí mañana?

—Mañana estaremos en otro mercado. El deber nos empuja hacia otros derroteros, a fin de poder curar a otros enfermos —exclamó en tono teatral el mercader de plantas medicinales mientras el policía, corrido, giraba sobre sus talones.

Punta de Luz, aliviado, comprobó que el funcionario no bromeaba en absoluto.

¡Hasta dónde podía llegar la credulidad de los pacientes frente a su médico, que en aquel caso particular sólo tenía de médico los hábitos, no otra cosa!

El mercado siguiente, el día después, fue del mismo estilo.

Para gran satisfacción de los camellos de Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente, los fardos de plantas y ungüentos habían quedado reducidos a la mitad, lo que ahora les permitía un trotecillo al que no se entregaban la víspera.

Aquella misma noche, en el momento en que se disponían a separarse, Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente estaba tan contento de su colaboración que propuso a Punta de Luz que se asociara con él.

—Ojo de Aguja, eres el médico más ingenioso con quien he tenido ocasión de trabajar. Podríamos asociarnos, ya que veo que estás dotado

como nadie para la venta. Gracias a ti, hace dos días que se ha doblado mi cifra de negocios. ¿Qué me dices?

—Gracias por la confianza, pero tengo asuntos que resolver mucho más lejos. Voy al oeste, casi al otro extremo de la Ruta de la Seda.

—¿Dónde? Después de todo, a mí no me importa cambiar de itinerario. Si encuentro mercados, a mí me da igual un sitio que otro.

—Es del todo imposible, Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente.

—Tú y yo, juntos, no tardaríamos en hacer fortuna. La Ruta de la Seda, si uno sabe sacar partido de ella, es una verdadera mina de jade.

—Tal vez algún día tengamos ocasión de trabajar juntos. De momento queda completamente descartado.

—¿Y si te ofrezco cinco *taels* al día? —añadió el mercader, cada vez más insistente.

—Ojo de Aguja, ¡por fin te encuentro! Tu familia te espera en Dunhuang. Hace una semana que te buscamos por todas partes.

Era Luna de Jade, que acababa de echar una mano a su amante.

—Te presento a mi hermana, Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente. Ha venido en mi busca.

—¡Vas a Dunhuang! ¡Jamás he estado allí! Tiene unos mercados particularmente famosos…

¿Cuántos días de marcha son precisos para llegar allí?

—Veinte días como mínimo y eso caminando aprisa. Pero hay que pagar un peaje muy alto al pasar la Puerta de Jade. Con el cargamento de plantas medicinales que llevas, corres el riesgo de tener que pagar lo que hayas podido ganar en dos días.

—¿No hay atajos que permitan sortear los puestos de control? —inquirió el comerciante de hierbas, que no se hacía a la idea de renunciar a aquel médico y a su innegable carisma comercial.

—Hay varios a lo largo de la Ruta de la Seda, pero se tienen que atravesar colinas pedregosas en pleno desierto y quedar a merced de los bandidos que merodean por la zona en busca de mercancías pasadas de contrabando. Pocos viajeros se avienen a correr ese riesgo, sobre todo si transportan una carga tan preciosa como la tuya… —explicó el joven al mercader de medicamentos, cuyo rostro se iba alargando por momentos.

Punta de Luz saludó y se despidió de Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente, cuyo rostro contrariado expresaba un profundo disgusto.

—¡Hasta pronto, quizá! Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme: dos mercados más y vuelvo a Chang An y vuelta a lo mismo. Hasta ahora no me he aventurado nunca a ir más lejos. Pero tu bella hermana ha hecho que me entraran ganas de hacerlo —balbuceó con tristeza el mercader.

De nuevo solos en el mundo, felices como enamorados después de una larga separación, Luna de Jade y Punta de Luz volvieron a ponerse en camino entre caravanas y rebaños.

A pesar del viento glacial de aquel inicio de invierno que les dejaba los labios resecos y duros como la laca y les quemaba las orejas y la punta de la nariz, avanzaban sin grandes trabajos, como si nada pudiera arrebatarles la energía que llevaban dentro.

Eran jóvenes y guapos y, además, inteligentes. Por eso confiaban en el porvenir.

Juntos, puesto que se amaban, todo les parecía más fácil, incluso en pleno desierto, en una ruta donde los convoys, presurosos por llegar al final de etapa, se cruzaban con ellos sin interesarse lo más mínimo en aquellos muchachos de rostro tan juvenil que los tomaban por adolescentes, provistos únicamente de piernas para caminar y de puños para, en caso de necesidad, defenderse.

Pero un día, cuando atravesaban una zona montañosa con las crestas coronadas de nieve, Luna de Jade no pudo reprimir un sollozo.

Punta de Luz, sorprendido e inquieto, le preguntó qué le pasaba.

—¿Estás seguro de que Cargamento de Quietud te perdonará tus desviaciones y dejará que nos casemos? —dijo la chica por fin después de que él le insistiera mil veces en que le comunicara la causa de su tristeza.

—¿Así que no quieres que vayamos a Turfan, Luna de Jade?

—No lo sé. Tengo miedo de que la vida nos separe, Punta de Luz… Tú has profesado los votos religiosos. Corres el riesgo de que tus superiores jerárquicos te culpen y te acusen de deserción cuando les digas que quieres vivir conmigo. Entonces seré yo quien correré el riesgo de convertirme en un problema para ti. Y eso, Punta de Luz, es algo que no querría nunca. ¡Eso es lo que hay! —murmuró ella, llena de miedo.

Pero él le abrió los brazos y la muchacha se refugió en ellos como una niña asustada.

—¡No podría soportar que volvieras a abandonarme! Si tuviera que ocurrir, preferiría que nos separásemos ahora mismo —añadió entre sollozos.

—Amor mío, yo no te abandonaré nunca. Si volví a Chang An, fue por ti. Y para conseguirlo llegué al extremo de destruir todos los capullos vivos del criadero… ¡He cometido un crimen contra la Comunidad de la Luz! ¿No te parece la prueba irrefutable de que te amo? Entre mi religión y el amor que siento por ti creo haber demostrado que mi elección era clara.

—¿Qué sería preciso para que aquél a quien tú llamas Perfecto, Cargamento de Quietud, aceptase eximirte de tus votos? Prefiero que lo sepas: no seré la amante de Punta de Luz oculta en la sombra.

¡Quiero ser tu mujer de pleno derecho! —añadió, esta vez con vehemencia.

—Sin la seda, todos los proyectos de Cargamento de Quietud de instalar en la China central la Iglesia de la Luz quedarían anulados de golpe. Y esa seda, Luna de Jade, depende de esto —exclamó agitando la bolsita que contenía los capullos y los huevos.

—¿Mantendrá ese sacerdote su palabra? Una vez que le hayas llevado los capullos y los gusanos, ya no tendrá necesidad de ti.

—¡Eres demasiado desconfiada, Luna de Jade! Los adeptos de la religión de la luz son personas excepcionales.

—¡Eso no quiere decir nada! Yo desconfío de los sacerdotes y de las Iglesias. Para ellos, el fin justifica los medios.

—Cierto es que la fe consigue cegar a los hombres hasta el punto de hacerles cometer a veces los peores crímenes, pero yo confío en mi Perfecto. Cargamento de Quietud, dados los principios que profesa, es un hombre de corazón. Por otra parte, a partir del momento mismo de mi llegada, lo pondré al corriente de mis proyectos, que son los nuestros.

—Espero que ese hombre que profesa esta fe no defraude tu admiración y tu confianza, Punta de Luz. Puedo asegurarte que yo sólo deseo una cosa: que no te equivoques, mi amor adorado…

—No te inquietes. Tenemos tiempo sobrado para reflexionar sobre la manera de presentar la situación. Lo importante de momento es franquear la Puerta de Jade. Ya no está lejos.

—¿Cuántos días de marcha nos quedan para llegar?

—¡Menos de diez! Al otro lado de la Gran Muralla, las autoridades chinas dejarán ya de atosigarnos —dijo él cogiéndola de la mano.

—Seguiremos esos atajos de los que hablaste con el mercader de plantas medicinales. La descripción que le hiciste a buen seguro que le quitó el sueño varias noches seguidas —exclamó la muchacha con una carcajada, ya que su compañero había conseguido disipar sus miedos.

Ahora cada día que pasaba aportaba a los amantes sus paisajes extraordinarios, atravesados por el gran camino de los caravaneros a medida que iban alejándose de los campos habitados de la China central.

De forma casi imperceptible, el desierto y la soledad iban cobrando forma, los árboles perdían progresivamente su denso follaje para dejar paso a plantas ralas o cada vez más recubiertas de pinchos, como si la lucha contra la sequía fuera para la vegetación un combate cuerpo a cuerpo en el que estaban permitidos todos los golpes porque convertía en malvado a quien los daba. Los pueblos iban espaciándose y formaban al principio caseríos, después aldeas aisladas y finalmente simples tiendas bajo las cuales vivían pastores nómadas.

Cuanto más al oeste, más abrasaba las montañas la luz de las puestas de sol, que las hacía flamear como grandes gemas que relumbrasen en el firmamento teñido de matices espléndidos de verde y azul que no se cansaban nunca de contemplar.

Con el dinero conseguido representando el papel de médico taoísta, Punta de Luz y Luna de Jade estaban en condiciones de pagarse sabrosos espetones de carne de cordero muy especiado que les ofrecían los puestos ambulantes que encontraban de camino a los viajeros hambrientos que caminaban bajo el viento helado, y que acompañaban con té negro.

Por la noche se permitían incluso alquilar una habitación en uno de los innumerables albergues de la Ruta de la Seda, donde dormían apelotonados uno contra otro.

A veces disfrutaban del lujo supremo que suponía disponer de una tienda que los nómadas les prestaban para su uso exclusivo, lo que les permitía hacer el amor bajo un cobertor de pelo de *yak*[6] sin que nadie los molestase.

Los días se sucedían y ellos avanzaban al ritmo sostenido que les marcaban su juventud y su ardor.

Una mañana abandonaron la Ruta de la Seda y se internaron en las montañas siguiendo caminos transitados únicamente por pastores y rebaños.

—¿Ves esas murallas que se divisan a lo lejos? Pues es la Puerta de Jade. La hemos cruzado sin problemas. Cargamento de Quietud me aconsejó que siguiera este itinerario a través de la montaña para evitar el puesto de pago y de vigilancia —explicó finalmente el joven *kucheano* después de una jornada de marcha agotadora durante la cual no encontraron alma viviente.

—¡Qué hermosa puerta y qué fortificaciones impresionantes! ¡Parece un palacio! —murmuró Luna de Jade, admirada.

—Hemos hecho bien no acercándonos a ella. Es el principal puesto de aduanas entre Oriente y Occidente, es decir, entre China y el resto del mundo. ¡En esa ciudad hay más espías y policías que habitantes normales!

El avance a través de los senderos pedregosos resultó mucho más dificultoso que cuando estaban en la Ruta de la Seda.

Luna de Jade tenía los tobillos doloridos y ampollas en los pies. Le urgía pararse.

—El lecho de este torrente seco está cubierto de arena fina. Por lo menos dormiremos cómodamente… Desde que hemos dejado la gran ruta de las caravanas, tengo la espalda molida y apenas me sostienen las piernas —gimió Luna de Jade.

La presencia de un arbusto cuya madera seca permitiría encender un buen fuego acabó de decidir a Punta de Luz a hacer un alto en aquel lugar propicio. Cogiendo a Luna de Jade por el talle, la levantó en brazos y la dejó delicadamente en la arena blanda.

—Esta arena es suave al tacto como la harina… ¡Aquí estarás bien! —susurró Punta de Luz al oído de su amante.

Ante las llamaradas altas de la hoguera que acababa de encender y que crepitaban alegremente, tendió a su amante en la arena y comenzó a acariciarla.

Unos instantes después dormían uno en brazos del otro, convencidos de que allí no podría importunarlos nadie. ¿Cómo iban a sospechar que la noche sería mucho más corta de lo que habían imaginado?

XXIII

PALACIO IMPERIAL, CHANG AN,
CHINA, 7 DE ABRIL DE 656

En sus apartamentos del palacio imperial de Chang An, Wuzhao, tendida entre sábanas de seda, acababa de extraer de lo más hondo del tallo de jade del emperador Gaozong lo que quedaba de su precioso licor, debido a lo cual éste se libraba a espasmos de placer que provocaban las risas disimuladas de los mayordomos.

—¿Queréis, Majestad, que ahora haga como la oropéndola que agita las alas ante la rama antes de posarse en ella? —preguntó Wuzhao con un gorgorito, para cumplir con las formas ante el emperador de China, que ya roncaba como un animal ahíto.

Y entonces, contenta de no tener que adoptar aquella postura amorosa que tanto gustaba a Gaozong, consistente en ponerse a horcajadas sobre él, tendido boca arriba, y frotar largo tiempo su valle de rosas contra el sexo erecto del emperador, utilizado a manera de pivote, lo que daba lugar a todo tipo de combinaciones apetecibles, Wuzhao se deslizó subrepticiamente fuera de la cama y llamó a la doncella para que la vistiese.

Mientras se dejaba engalanar y, con aire distraído, permitía que le colocasen una extraordinaria tiara de oro codiciada furiosamente por todas las concubinas, la emperatriz, a quien la migraña no abandonaba desde hacía dos días, tenía una expresión algo preocupada.

¿Qué le reservaría la jornada que ya se anunciaba?

Aquella misma mañana había convocado al prefecto Li para averiguar qué se sabía del tráfico de seda clandestina en los servicios del Gran Censorado, de los que desconfiaba como de la peste desde que se había enterado a través del Mudo de los rumores más desatinados que circulaban por la ciudad con respecto a la protección que ella dispensaba a quienes se entregaban a aquel fructífero comercio ilícito.

El gigante turco-mongol, normalmente impávido cuando informaba a su dueña de las conversaciones, las más de las veces maldicientes, que llegaban a sus oídos, esta vez se rebajó a contarle con todo detalle lo que había escuchado.

—¡Hay un complot contra vos, reina mía! El comercio de seda clandestina está en el centro de todas las conversaciones. Para el viejo general Zhang, vos sois el cerebro del mismo… —murmuró con aquella voz inimitable que era resultado de la mutilación lingual y que daba lugar a un torrente de borborigmos que ella era la única en saber descifrar.

Wuzhao estaba al corriente del odio que le profesaban las antiguas familias nobles de las que procedía Dama Wang, la esposa anterior de Gaozong.

Ella había tenido la candidez de figurarse que, con el paso del tiempo y dado que el dominio que ejercía sobre Gaozong no dejaba de ir en aumento, aquella hostilidad se iría mitigando progresivamente.

¿Acaso no había conseguido del emperador hacía unos meses que desposeyese al príncipe Lizhong de su título de heredero oficial en beneficio de Lizhong, el hijo que había tenido con él, que no tardaría en cumplir los tres años?

Pero aquella medida, lejos de intimidar a sus opositores, parecía haber desencadenado sus iras.

Ahora comprendía mucho mejor qué significaba la expresión «clase noble» con la que algunos intelectuales designaban a los que también denominaban con el apelativo de «Trescientas Familias», que eran los que trataban por todos los medios de conservar sus privilegios.

Ahora tenía la plena seguridad de que las Trescientas Familias jamás admitirían en su seno a una plebeya y que harían todo cuanto estuviera a su alcance para quitarla de en medio.

Era el colmo que la acusasen de fomentar el tráfico de la seda si se tenía en cuenta que ni siquiera podía hacer honor a la promesa que había hecho al Superior del monasterio budista más grande de China de proporcionarle seda suficiente para los estandartes del culto. Pero también indicaba que el clan de sus enemigos había pasado al ataque con redoblada energía e incluso que había decidido claramente abatirla.

Advirtiendo que la penuria le impediría mantener su promesa, por motivos de superstición y temiendo las iras del Superior Pureza del Vacío, le comunicó que tenía un mensaje urgente que transmitirle.

Quería anunciarle, en realidad, que estaba haciendo todo lo posible para encontrar la seda de los estandartes a pesar de la extremada penuria que azotaba al país pero que, como contrapartida, él debería ayudar con sus oraciones y un apoyo afirmado oficialmente a la budista ferviente que no había renunciado nunca a la fe en la Vía de la Liberación, tal como había enseñado el Bienaventurado a sus discípulos.

Para ella era una especie de ancla de salvación necesaria en aquellos tiempos de rumores y calumnias destinadas a instilar la duda en el ánimo de Gaozong.

Dos días antes había recibido la visita del coadjutor del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales que, en respuesta a su mensaje, le había enviado el Superior Pureza del Vacío.

Y propiamente hablando, aquella visita no había tranquilizado a la emperatriz Wuzhao.

Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo, un monje casi tan impresionante como Pureza del Vacío, era el segundo en el orden jerárquico del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

Con su mirada límpida e implacable a la vez, su porte altanero que rozaba el hieratismo, así como su cráneo totalmente liso que, debido a su prominencia occipital, parecía una de esas montañas sagradas que los pintores budistas sabían dibujar con un solo trazo de pincel en sus largos rollos de papel, resultaba sumamente impresionante.

—Espero que el maestro Pureza del Vacío no me guardará rencor y querrá creer que la budista ferviente que soy hace todo lo posible para hacer

honor a su promesa —concluyó ella después de haber explicado el retraso de la seda prometida a su Superior.

—Majestad, el maestro Pureza del Vacío tiene tan pocas dudas que quiere haceros saber que el Gran Vehículo corre en estos momentos el peor de los peligros —respondió a una emperatriz de lo más sorprendida Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo.

Ella creyó al principio que bromeaba, a pesar de que tenía aire de cualquier cosa menos de bromear.

—¿Cómo es posible que la religión que tiene mayor número de adeptos pueda estar amenazada por tan grandes peligros? —exclamó, desconcertada.

—Pureza del Vacío os informa de que se ha roto una tregua y de que es evidente que arreciará la guerra con las demás Iglesias budistas, Majestad. Cuenta con vuestro apoyo y la influencia que podáis ejercer en el emperador Gaozong para obtener su ilustre concurso. Sabed, Majestad, que mi Inestimable Superior os tributa una confianza que no sufrirá nunca la menor contradicción.

—¡No lo dudo! Pero ¿de qué tregua habla el maestro Pureza del Vacío? Jamás he oído hablar de ese pacto entre las corrientes del budismo.

—Majestad, no estoy en condiciones de deciros nada más. Pureza del Vacío me ha hecho jurar que os transmitiría palabra por palabra este mensaje. En cuanto a lo demás, como yo también lo ignoro, por desgracia no os puedo facilitar más información —murmuró como excusándose Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo.

—¿Te parece realmente inquieto?

—Muy inquieto, Majestad. ¡Jamás lo había visto en este estado! Y sin embargo, es un hombre que, gracias a una vida de ascetismo y de meditación, ejerce un gran control sobre sí mismo. Pero desde su último viaje al País de las Nieves, ha cambiado… Pasa días enteros encerrado en su despacho como si esperase una visita cuyo retraso le produjese angustia —precisó el monje.

Wuzhao no pudo sacar nada más al enviado de Pureza del Vacío pero, cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que había ocurrido alguna cosa muy importante.

Y para que el Superior de Luoyang hubiera decidido transmitirle aquel mensaje, era forzoso que hubiera ocurrido algún hecho de trascendentales consecuencias para las Iglesias budistas, capaz de poner en cuarentena el poderío del *Mahâyâna*[7], tan necesario para ella si quería llevar a término su importante designio.

Como si no bastase con una mala noticia, al día siguiente, para acabar de redondear la situación, el Mudo la informó de que habían encontrado el cadáver destripado del mercader llamado Rojo Vivo en su tienda del barrio de la Seda.

Ante aquella noticia, la inquietud de la emperatriz de China todavía fue en aumento.

¿Quién había podido perpetrar aquel crimen? ¿Había quién sabía que ella había recibido en secreto a aquel traficante para proponerle un trato? ¿O no era más que una pura coincidencia? ¿No acabaría circulando el rumor de que ella había financiado el asesinato?

En el punto de encarnizamiento al que habían llegado, ¿no le imputaban acaso sus enemigos todos los asuntos algo turbios que no estaban aclarados?

Como cada día que pasaba traía consigo su lote de malas noticias, no sin cierto temor esperaba aquella entrevista con el prefecto Li.

Pero, por paradójico que parezca, este último, por razones diferentes, experimentaba tantos temores como Wuzhao.

Y mientras la doncella ponía término a la larga sesión consagrada a vestir a la emperatriz, después de la cual la soberana podría aparecer en todo su esplendor de oros y sedas, el prefecto Li se preparaba para la audiencia que ella le concedería.

Adivinando que la emperatriz deseaba obtener información sobre las pesquisas referentes al asunto de la seda clandestina, el jefe del Gran Censorado se había presentado algo ansioso para aconsejarse con su mentor, el viejo general Zhang, antiguo Primer Ministro y tío del emperador Gaozong.

Con semblante preocupado que dejaba traslucir claramente las preocupaciones que lo atormentaban, estaba sentado delante del viejo enemigo jurado de la emperatriz, que degustaba en un cuenco color

verdeceladón con una decoración secreta un té verde que se hacía traer expresamente del Yunnan.

—Mi general, ¿qué debo decir a la emperatriz? —preguntó con nervioso acento.

—¡Nada en absoluto! —lo conminó Zhang.

Colocó de nuevo el cuenco de té en una mesita lacada de forma cúbica que relumbraba de tal manera que apenas se distinguía su color, sin olvidar de paso introducirse en el bolsillo un pequeño utensilio que no tenía interés alguno en mostrar al Gran Censor.

—Pero es que ella me ha convocado con carácter oficial, como mandataria del emperador en persona…

—Acabo de decírtelo: ¡nada! —repitió el viejo general.

—Pero si no digo nada es que no sé nada. ¿No es una vergüenza para un Gran Censor, cuya función debe consistir precisamente en saberlo todo, y no equivale a proporcionar a la emperatriz motivo de crítica?

—¡Tienes que navegar! Si no supieras evitar los escollos, no serías el Gran Censor del imperio.

Además, ¿no eres el único dignatario que lleva la marca del Xiezhai?

Esa insignia, que representaba el león blanco con un cuerno, adornaba el uniforme de ceremonia del Gran Censor, ya que aquel animal mítico era el único capaz de discernir, de una sola mirada, lo que estaba bien de lo que estaba mal.

—Pero vos estáis de acuerdo en que queda excluido hacer todo cuanto pueda desacreditar al Gran Censorado…

—Ya conoces el proverbio: el árbol alto atrae el viento igual que el cargo elevado atrae enojos —dijo en tono de broma el viejo general, que profesaba la fe confuciana.

—¡De sobra lo conozco! Tengo oída esa expresión y me parece muy acertada —murmuró, un tanto molesto, su interlocutor.

—¡Basta de bromas! Teniendo en cuenta las sospechas que abrigamos tú y yo con respecto a su posible implicación en el tráfico de la seda clandestina, aunque la usurpadora haya sido encargada oficialmente de esta investigación por el cretino de Gaozong, hay que evitar decirle nada —exclamó con voz atronadora el antiguo Primer Ministro de Taizong.

—Hace semanas que la investigación está en marcha. El emperador acabará poniéndose nervioso y razón le sobra. ¡Se figurará que el Gran Censorado está en posición de descansen armas! —dijo cada vez más inquieto el prefecto Li, a quien la perspectiva de comparecer ante la emperatriz no le parecía especialmente halagüeña.

—Pero ¿acaso estás en posesión de datos nuevos que permitan hacer progresar las investigaciones? —exclamó, exasperado, el viejo general.

—¡Tengo uno!

—¡Habla entonces! ¿A qué esperas?

—Ayer noche, uno de mis hombres de la primera brigada especial recibió la visita de un tal Aguja Verde. Ese individuo, a lo que parece de origen *uïgur*, pretende sacar dinero dando la indicación del lugar donde, según él, se esconde el joven que la muchacha llamada Luna de Jade albergaba en su casa, que estaba precisamente en el piso superior de la tienda del comerciante que han encontrado destripado…

—¡Por Confucio que por fin tenemos un dato interesante!

—Según dice, este hombre se llama Punta de Luz y habría secuestrado a la muchacha, quien por otra parte había desaparecido misteriosamente de la hilandería imperial del Templo del Hilo Infinito cuando, al frente de mis hombres, la visité para tratar de detenerla.

—¿Y a qué esperas para atender la proposición de ese tipo llamado Aguja Verde? No pierdes nada con probar. Simplemente hay que practicar en este caso como con el *hufu*, esa figurilla de bronce que representa a un tigre cortado en dos mitades, utilizada normalmente en la época de los Reinos Combatientes[8]. Una mitad del *hufu* era para el general que operaba en el campo de batalla, mientras que la otra se la guardaba el emperador: no había orden válida a menos que se acompañase de la unión de las dos mitades del *hufu*, que debían corresponderse perfectamente. Para el general suponía la garantía de que era el emperador en persona quien había tomado la decisión y, para el soberano, la de que la orden había sido transmitida a la persona adecuada —explicó el viejo general, hasta cierto punto satisfecho de poder dar prueba así de sus conocimientos científicos.

—Pero ¿cómo aplicar el principio del *hufu* a Aguja Verde? —preguntó el prefecto Li con los pensamientos en otro sitio, obnubilado ya por la

inminencia de la entrevista que estaba a punto de celebrar con Wuzhao.

—¡Vaya, se diría que lo haces a propósito! Sólo entregarás a ese hombre la mitad de la suma de dinero convenida y la otra mitad le será entregada una vez comprobada la validez de la información que os haya facilitado. ¡Es muy sencillo! Y créeme, es eficaz… —respondió, cada vez más crispado, el viejo general Zhang.

—De momento tengo prisionero a ese tal Aguja Verde a fin de verificar su testimonio y he reforzado los controles en las puertas de la capital con la intención de evitar la posible fuga de gente joven.

—¡Es lo mínimo que puede hacerse! —dijo con acritud el antiguo Primer Ministro.

—¿Debo hablar con Wuzhao de ese nuevo elemento, mi general?

—Por supuesto que no. ¡Piensa un poco! Si el globo de Aguja Verde está desinflado, caerás en el ridículo más espantoso y el Gran Censorado caerá contigo —exclamó el general Zhang, a quien un criado acababa de servir un cuenco de cortezas de naranja confitadas en jarabe de jengibre, una de sus debilidades.

Tras coger un buen puñado, añadió con expresión de gula:

—Y si la información de Aguja Verde resultase cierta, convendría sobre todo no propalarla… ya que, como escribió el maestro Confucio: la piedrecita más diminuta puede romper la tinaja más grande.

—Resumiendo, mi general, me instáis a que sea desleal —concluyó el prefecto Li.

—La legitimidad de Wuzhao no supera el tamaño de un grano de mostaza.

—No ocurre lo mismo con su inteligencia ni con su capacidad de maniobra, mi general.

—¡Es una lagartona, eso es seguro! Pero estoy convencido de que serás buen actor cuando te presentes ante ella —soltó el antiguo Primer Ministro de Taizong el Grande en el momento en que el Gran Censor se despedía de él.

Al subir de nuevo al palanquín que lo conduciría al palacio imperial, el prefecto Li sintió aflorar en él la duda acerca de qué conducta debía adoptar ante la emperatriz de China.

¿No serían malos consejeros la intransigencia y el odio del general? Y sobre todo, pretendiendo que Wuzhao no se daría cuenta de nada si le mentía, ¿no querría instrumentalizar al Gran Censor para que, en caso de necesidad, pudiera hundirlo más fácilmente llegado el momento?

Casi lamentaba haber ido a ver al viejo y amargado confuciano.

Sintiéndose inquieto, pues, y tratando de disimular el temblor que agitaba sus miembros al tiempo que advertía que le sería necesario un gran despliegue de voluntad para no perder sus papeles, fue conducido a presencia de Wuzhao por un guardia armado.

La emperatriz le pareció más bella aún que de costumbre, con su frente inmaculada ceñida por una tiara de oro puro que unos pájaros con turquesas engarzadas en los ojos parecían picotear.

Detrás mismo de ella, más amenazador que nunca, estaba su inquietante factótum gigante con la lengua cortada.

Desde hacía unas semanas, las migrañas a las que la esposa de Gaozong se sentía predispuesta hacían tan ligero su sueño que se despertaba al más mínimo ruido. Bastaba que un gato atravesase un pasillo o que cayese una hoja en el enlosado de mármol del jardín interior o, cuando compartía la cama con ella, que Gaozong se moviera apenas, para que se despertara sobresaltada y, con el corazón desbocado, se librara a terribles angustias que redoblaban la presión de aquella tenaza de dolor que le oprimía la frente.

¡Tenía que ser realmente muy hermosa para seguir siéndolo a pesar de su rostro cansado!

Maquinalmente y de acuerdo con la etiqueta, como cualquier alto funcionario ante la encarnación suprema del poder, el Gran Censor se echó a sus pies.

Al levantar la cabeza y admirar a hurtadillas aquel cuerpo cuyas formas no eran difíciles de adivinar bajo la túnica ajustada y generosamente abierta, el hombre sintió una profunda angustia.

En presencia de la emperatriz de China, no tenía la menor duda: la línea de conducta impuesta por el general Zhang revelaba una ceguera culpable dictada por el odio inmemorial que el viejo dignatario profesaba a la emperatriz.

Y la verdad es que el prefecto Li no tenía alma de rebelde ni se sentía capaz de desafiar a la propia mujer de Gaozong mintiéndole de forma deliberada.

Aún a los pies de Wuzhao, reflexionaba hasta qué punto, como alto funcionario que era, la lealtad al poder supremo era en él un auténtico reflejo visceral.

Y por otra parte se sintió completamente desarmado cuando ella le pidió que se levantase y se sentase delante del sillón que ella acababa de ocupar.

—Supongo que el prefecto Li sabrá cuál es el objeto de esta entrevista —dijo a manera de entrada en materia.

Prudente y precavida, había decidido que le dejaría tomar la iniciativa. Por eso tuvo una gran sorpresa cuando el Gran Censor Imperial, cuyo rostro transpiraba enormes gotas de sudor, exclamó súbitamente:

—Majestad, quizá he descubierto una red de espionaje creada por los traficantes para encubrir sus actividades criminales…

La emperatriz clavó, impasible, los ojos en él.

La trenza postiza cuidadosamente engrasada que le asomaba por el bonete era el único atributo que rebajaba la austeridad del personaje, el cual se balanceaba torpemente delante de ella como quien sólo con grandes dificultades consigue guardar la compostura debida. ¿Qué escondía aquel grito que desbordaba del corazón del alto funcionario ataviado con los recargados ropajes de prefecto?

«Sin duda alguna, una profunda doblez», hubo de decirse ella.

—Así pues, tus investigaciones avanzan… —le soltó.

—¡Sí, Majestad! Avanzan a buen paso.

—No lo dudo. Pero es que…

Wuzhao había decidido que disimularía sus reacciones de tal manera que aquel prefecto, de quien sabía que sentía una gran hostilidad hacia ella, no pudiese saber nunca si lo que él pudiera decirle era de su agrado o no.

—Vuestra Majestad no tardará en poder dar buenas noticias al emperador de China. Ayer, sin ir más lejos, obtuve una información capital capaz de satisfaceros como encargada designada oficialmente por el propio Gaozong para resolver este misterio.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

El Gran Censor hizo una aspiración y se echó de cabeza al agua.

—Un *uïgur* llamado Aguja Verde se ha puesto en contacto con mis servicios para indicarles que un individuo llamado Punta de Luz secuestró a una joven obrera llamada Luna de Jade, de la hilandería del Templo del Hilo Infinito.

—¡Pues vaya!

—Y se da una doble coincidencia, Majestad: esta obrera, que se hospedaba en el altillo de la tienda de un comerciante de sedas que fue encontrado muerto destripado, no ha vuelto a aparecer en la hilandería desde entonces —explicó el hombre temblando.

—¿Seguro que este hombre dice la verdad?

—Lo tenemos prisionero, Majestad. Esta noche sabré más cosas. En el momento en que os doy la noticia estamos procediendo a la comprobación de sus declaraciones…

—¿Cómo se llamaba el comerciante asesinado? —preguntó la emperatriz, que sabía muy bien cómo se llamaba.

—¡Rojo Vivo, Majestad!

Wuzhao contuvo la respiración al tiempo que se esforzaba en disimular la turbación que sentía.

Era muy probable que el Gran Censorado hubiera interceptado uno de los eslabones esenciales de la red de tráfico clandestino de la seda, cuya anulación le impediría mantener su promesa de suministrar los estandartes para el culto al convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang.

—¿No te importará si convoco a ese Aguja Verde y lo interrogo por mi cuenta? Esto nos permitiría avanzar más aprisa —propuso al prefecto Li con el tono más decidido posible a fin de cortar por lo sano cualquier posible objeción.

—Vos sois la encargada de la investigación en torno a la seda clandestina, Majestad, y sólo por esto tenéis todo el derecho a hacerlo —profirió, pesaroso, el Gran Censor, consternado por su comportamiento delante de Wuzhao.

No sin amargura acababa de comprobar que había hecho exactamente lo contrario de lo que le había recomendado el general Zhang.

Con todo, la irrupción del emperador Gaozong en persona en el camarín de la emperatriz no le dio tiempo a seguir acumulando reproches sobre su cabeza.

El amo de la China debía de haber acabado de saltar de la cama, ya que sólo llevaba encima los calzones de dormir y una camiseta de punto blanca.

—Mi dulce amiga, ¡qué aprisa te has ido esta mañana! Habría preferido que te quedaras un poco más… —espetó él a su esposa principal acompañando sus palabras con un bostezo.

—¡Majestad, yo no hago otra cosa que trabajar para vos! Y en lugar de decir «yo» debería decir «nosotros», ¿no es verdad, Gran Censor? —exclamó Wuzhao no sin énfasis.

—¡Ay, prefecto Li, no te había visto! —exclamó Gaozong dirigiéndose al Gran Censor, quien le saludó doblando el cuerpo en dos.

El soberano más poderoso de la tierra, sin prestar más atención a su Gran Censor Imperial que si hubiese sido un insecto, enlazó a su esposa por el talle al tiempo que introducía la mano debajo de la preciosa tiara como si quisiera jugar con los pajarillos de ojos de turquesa.

Wuzhao dio un paso atrás para liberarse de aquel abrazo incipiente antes de decir a su esposo con aire de desafío:

—Majestad, ahora estoy en condiciones de podéroslo decir: la investigación de la seda clandestina será muy ardua. Uno de los sospechosos, a quien yo cité aquí para interrogarlo personalmente, un tal Rojo Vivo, comerciante de seda de oficio, hace unos días que fue encontrado muerto y destripado en su tienda.

El prefecto Li, sorprendido y admirado a la vez, no pudo dejar de reconocer la extraordinaria habilidad de aquella mujer que, gracias a aquella frase tan sencilla, se exoneraba de cualquier sospecha por parte de Gaozong revelándole al mismo tiempo que había recibido al traficante de seda en el palacio imperial.

¡La inteligencia y la táctica de aquella mujer eran realmente temibles!

—¿O sea, que recibís en palacio a individuos que después encuentran destripados? —exclamó el soberano, entre inquieto y sorprendido.

—Trato de realizar lo mejor que sé la investigación que vos os habéis dignado confiarme…

—No hay que correr riesgos inútiles, mi querida amiga. ¡Tenéis cosas mejores que hacer! Me entendéis, ¿verdad, tesoro mío?

La mirada del emperador, desbordante de concupiscencia, hacía límpido el sobreentendido.

El prefecto Li, algo cohibido al verse convertido en testigo de un diálogo tan íntimo, no pudo evitar pensar que Gaozong era aún más estúpido y vulgar que lo que afirmaban los rumores.

—En ningún caso, Majestad, pretendo retirar la palabra que os di de llevar la investigación a buen término —dijo Wuzhao plenamente consciente del tanto que acababa de marcar.

—¡Perfectamente, mi amada! Ya es hora de que me vistan. Falta poco para que empiecen las audiencias —suspiró, bastante contrariado, el soberano antes de abandonar a su esposa sin dirigir siquiera la más leve mirada al Gran Censor Imperial.

Wuzhao hizo una señal al Mudo para que le diera el minúsculo pastillero colocado en el rinconero de madera labrada que ocupaba un ángulo de la habitación.

—¡Es para el dolor de cabeza! Hace dos días que no me abandona. Si no fuera por los medicamentos, ¡qué poca cosa sería yo! —explicó al prefecto Li después de engullir, con una mueca, una pequeña píldora de color amarillo.

—¡Vos sois siempre la emperatriz de China, Majestad! —farfulló él.

—¿Puedo confiar en ti? —le preguntó ella de pronto.

—¿Por qué no, Majestad? —balbuceó él.

—Tengo muchos enemigos… A mi alrededor flotan malos efluvios. Estas migrañas lo demuestran de sobra.

—Un alto funcionario como yo, Majestad, no es de los que delante son blanco y detrás negro. Tiene que ser leal a su superior por definición —farfulló el Gran Censor.

—Ignoro, señor prefecto, qué significa ser leal por definición. Para mí, cuando alguien es leal, lo es por naturaleza… —murmuró secamente, como si hablase consigo misma.

Sumamente desconcertado, el prefecto Li bajó la cabeza con aire contrito.

—Os doy las gracias por las informaciones, señor prefecto —dijo entonces Wuzhao haciendo una señal al Mudo para indicarle que acompañase al Gran Censor Imperial.

Así que salió el prefecto Li, la emperatriz mandó llamar al chambelán, un hombre gordito cuya precipitación y nerviosismo al temer que no respondería en el tiempo previsto a las órdenes de la emperatriz no hacían por lo general más que aumentar a medida que iba anotando los deseos de ésta en un pequeño cuaderno.

Después, sus tres músicos preferidos le interpretaron unos aires de flauta *Chi*, cítara *Se* y órgano de boca *Shen* que, cuando los escuchaba al iniciarse el día, tenían la virtud de distenderla y calmarle el dolor de cabeza.

No había aún terminado el concierto cuando el prisionero que ella había ordenado sacar de los calabozos de las brigadas especiales, conducido a rastras por tres guardias armados, estaba de pie ante ella.

El rostro de Aguja Verde estaba tan cubierto de cardenales que parecía uno de esos cojines azulados sobre los cuales las damas nobles ponen las manos para que les hagan la manicura.

—¡Dime todo lo que sepas, Aguja Verde, y salvarás tu vida! Es algo que aquí llamamos «denuncia-absolución». Quedarás bajo mi protección directa. Pero si callas, el Mudo tendrá mucho gusto en terminar el trabajo de los verdugos —dijo la emperatriz con voz perfectamente tranquila.

El *uïgur* había sufrido tales tormentos a manos de sus torturadores que apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie.

—Mudo, ve a buscar compresas de agua tibia y ungüento, hazme el favor. Vamos a aliviar los sufrimientos de este hombre —ordenó la emperatriz.

Ella misma se ocupó personalmente del prisionero, a quien limpió el rostro y dio un suave masaje en los castigados párpados.

Poco a poco, el rostro de Aguja Verde, liberado de los restos de sangre seca que lo cubrían, recuperó una apariencia más normal.

—¿Por qué lo hacéis? ¿Dónde estoy? —acabó por murmurar el *uïgur* con voz temblorosa.

—Estás en presencia de la emperatriz de China —le anunció ella.

Ahora, el prisionero, que apenas podía creer lo que veían sus ojos, contemplaba perfectamente a aquella mujer cuyas formas se adivinaban bajo la escotada túnica y a través de la larga abertura que dividía la falda en dos faldones iguales.

Si en Chang An decían que era una mujer hermosa, Aguja Verde pudo comprobar que, observada de cerca, todavía lo era más de lo que había imaginado.

Aunque tenía la nariz muy dañada por los golpes de los carceleros, podía aspirar los embriagadores efluvios del extraordinario perfume de aquella mujer, en el que la flor del naranjo se mezclaba con la canela.

Un aroma muy diferente del fétido olor a sudor y sangre seca que reinaba en la mazmorra donde lo habían encerrado los hombres del prefecto Li después de sus múltiples interrogatorios.

—Quiero que entiendas que, si lo decides ahora, podemos ser aliados. Créeme, porque soy mujer de palabra —le susurró al oído.

Aguja Verde tardó muy poco en decidirse a responder favorablemente a la proposición de Wuzhao.

Contrariamente a lo que había previsto, no lo acogieron con los brazos abiertos los policías del Gran Censorado cuando, a la salida del taller de Pincel Rápido, llegó junto a ellos con aire misterioso para revelarles un secreto acerca de Punta de Luz.

Apenas había terminado de hacer su declaración a un suspicaz sargento, lo condujeron ante un capitán puntilloso para comenzar de nuevo su relato y después ante un comandante algo sorprendido, delante del cual tuvo que volver a identificarse y repetir todo lo que sabía.

Y como para darle las gracias, el oficial superior lo encerró en la cárcel, donde los malos tratos se sucedieron sin interrupción, ya que el carcelero que custodiaba el calabozo, un mongol que tenía unas manos grandes como palas, parecía experimentar un malsano placer moliendo a golpes a sus prisioneros.

A fuerza de languidecer en la oscuridad del calabozo, el *uïgur* acabó lamentando aquel gesto impulsivo que lo había llevado a denunciar a los esbirros del Gran Censorado a Punta de Luz y a Luna de Jade.

Entre la esperanza de la protección de una mujer tan bella como impresionante y la suerte que le reservarían probablemente los servicios especiales a partir del momento en que dejara de serles de utilidad, la elección era fácil.

A Wuzhao le costó muy poco despertar la confianza de Aguja Verde.

—Majestad, debéis saber que vigilo el mercado de la seda clandestina por cuenta de uno de sus organizadores… —murmuró.

—¿De quién?

—De dos Iglesias occidentales, Majestad: la Iglesia nestoriana y la Iglesia de la Luz…

—La Iglesia nestoriana ya hizo hablar de ella —dijo la emperatriz con voz soñadora—. Dicen que sus adeptos son cada vez más activos en las proximidades de la China central, donde están los oasis de la Ruta de la Seda. Adoran a un Dios único y sus creencias están muy alejadas de la Noble Verdad del Bienaventurado Buda. ¡Debo reconocer, en cambio, que ésta es la primera vez que oigo pronunciar ese hermoso nombre de Iglesia de la Luz!

—Pues para ella trabajo, Majestad. Si lo deseáis, os puedo decir cuatro palabras.

—¿Qué enseña a sus adeptos esta Iglesia que tiene un patronímico tan dulce?

—El profeta Mani reveló nuestra religión a los hombres. Ese santo, que murió en la cruz, nos enseña que existe la Luz y existe la Noche, existe el Bien y existe el Mal… y que los hombres se encuentran fragmentados entre esos polos. Con nuestros ritos y nuestros ayunos imploramos a Mani que nos guarde de las fuerzas maléficas y nocturnas a fin de hacernos entrar en la Luz Divina —explicó lo mejor que pudo Aguja Verde, ciñéndose menos a las sutilezas de la doctrina maniquea que el Gran Perfecto Cargamento de Quietud.

—Entrar en la Luz Divina… esa expresión me gusta.

—Para nuestra Iglesia, Majestad, la luz es fuente de vida.

—Cuentan algunos monjes budistas que fueron salvados de la muerte en el desierto por un *bodhisattva*[9] que transformó sus manos en antorchas

para guiarlos a través de la tempestad de arena cuando su caravana cometió la inadvertencia de desviarse de la Ruta de la Seda.

—Es verdad, Majestad, que en los oasis algunos caravaneros rezan todas las mañanas al *bodhisattva* de las «manos de fuego» —confirmó Aguja Verde que, por haberla oído en varias ocasiones, conocía aquella historia edificante para uso de monjes y peregrinos que seguían las caravanas de la Ruta de la Seda.

—Pero al oponer la Luz a las Tinieblas y el Bien al Mal, ¿no evoca tu religión lo que llamamos el Yin y el Yang? —preguntó Wuzhao.

Según los taoístas, el Yin y el Yang, ese principio de los antagonistas complementarios, gobernaban el universo y, por tanto, convenía unirlos porque sólo la asociación de los contrarios permitía alcanzar la Armonía Suprema.

—No sé nada, Majestad, del Yin ni del Yang… —confesó, apenado, el *uïgur*.

—No has perdido nada. ¡Las enseñanzas del Bienaventurado Buda aportan mucho más a los seres humanos que la vía del Tao! El *Santísimo Gautama*[10] nos ha demostrado que todos podemos aspirar al paraíso del nirvana siempre que abandonemos la vía del dolor y del deseo, lo que conduce a los pecadores a renacer indefinidamente sin alcanzar nunca la paz —dijo ella procurando refrenar lo mejor que pudo un estremecimiento.

Lo que acababa de explicar a Aguja Verde con respecto al deseo, causa del dolor del mundo, la sumía siempre de manera indefectible en un abismo de perplejidad.

Presa de la duda, volvió a preguntarse si su vida de emperatriz entregada al lujo desenfrenado de la corte y el dominio que ejercía sobre Gaozong valiéndose del deseo sexual que se esforzaba en provocarle eran compatibles con los preceptos de *Gautama* el Buda.

—¡Majestad, estoy a vuestras órdenes! —balbuceó Aguja Verde, que ya se interrogaba sobre el significado del mutismo en el que se había encerrado de pronto la emperatriz de China.

—¡Háblame de tu red de vigilancia! Dime cómo se distribuyen los nestorianos y los maniqueos el notable trabajo… que les permite vender la seda ante las mismas narices de la administración de este país. ¡Quiero

saberlo todo! —le soltó ella, consciente de que era mejor hacerle todas esas preguntas que abandonarse a los vértigos destructores de la duda.

—¿Por dónde tengo que empezar, Majestad? —inquirió ingenuamente el *uïgur*.

—¡Por el principio, naturalmente!

Le contó, por tanto, con todos los detalles posibles, que había sido enviado a Chang An por su maestro espiritual de Turfan para ver si se aplicaban bien los acuerdos concluidos entre nestorianos y maniqueos.

Allí desfiló todo, desde la producción de hilo de seda en Turfan hasta la creación por parte de Cargamento de Quietud de la red del Hilo Rojo destinada a ejercer el control de la circulación de la seda en Chang An a través de los nestorianos, pasando por su tejido en Dunhuang gracias a los buenos oficios del obispo Addai Aggai.

Llevado por el ímpetu, confió a Wuzhao incluso los meandros de la organización piramidal que las autoridades chinas, sin saberlo, habían decapitado al ponerle coto.

Mientras, ya sin reticencias, desvelaba aquella montaña de secretos, pudo observar con qué atención lo escuchaba la emperatriz. Era una concentración que demostraba su deseo de retener las revelaciones del *uïgur* hasta sus más mínimos detalles a fin de sacar de ellos el máximo partido posible.

La idea de que dos Iglesias extranjeras, situadas muy lejos de sus centros de gravedad, se hubiesen dado la mano para rodear —¡y con qué éxito!— el monopolio de la seda creado por la dinastía más poderosa del mundo no disgustaría a Wuzhao la rebelde.

Que la seda, más allá de su calidad preciosa, fuera un instrumento de poder y de conquista, incluso para las religiones, ella era la primera en aceptarlo. De no ser así, ¿por qué habría propuesto a Pureza del Vacío proporcionarle aquella que tanta falta le hacía? ¿Las palabras del obispo de Dunhuang y del Perfecto de Turfan no se parecían extrañamente a las suyas?

Había faltado poco para que se sintiera en connivencia con ellos, pese a que sus preferencias se inclinaban claramente hacia la Iglesia de la Luz, de la que se sentía intuitivamente más próxima.

Ahora que conocía todos los intríngulis del asunto, ¡qué razón había tenido al tratar de proteger por todos los medios aquel comercio clandestino!

—Aguja Verde, a partir de hoy estás a mi servicio y te nombro mi chambelán adjunto —le dijo cuando él terminó su parlamento.

—Majestad, es un inmenso honor para este simple *uïgur* que soy yo.

—El Mudo se encargará de pedir a la Cancillería que preparen la orden de nombramiento necesaria.

A cambio, debes prometerme que jamás contarás a nadie lo que me has revelado.

—¿Ni siquiera al Gran Censor Imperial? —preguntó el *uïgur* con toda ingenuidad.

—¡Sobre todo a él! Debes saber que, para esa gente, el día que no tengas secretos ni cabezas que entregarles, eres hombre muerto…

—¡Ya lo sospechaba, Majestad! Actué por impulso cuando me puse en contacto con ellos… De haberlo sabido, me habría contentado con hacerles llegar una denuncia anónima —confesó, pesaroso, Aguja Verde, perfectamente consciente de la suerte que había tenido al escapar a la terrible trampa en la que él mismo se había metido.

No había advertido que su respuesta privaba a la emperatriz de toda ilusión —suponiendo que aún le quedase alguna— en lo tocante a la fiabilidad y lealtad de su interlocutor.

Si uno era un traidor, continuaba siéndolo y día llegaría en que volvería a cometer traición.

Si Wuzhao había decidido procurarse los servicios de Aguja Verde era menos para salvarlo de las garras del prefecto Li que porque de momento le resultaba de utilidad contar con aquella mina de información.

—El Mudo te proporcionará la indumentaria precisa para presentarte como digno colaborador de la emperatriz de China. Como chambelán adjunto, lucirás la enseña del Ave del Paraíso —decretó Wuzhao.

—Majestad, os seré fiel hasta la muerte. Me habéis salvado la vida —exclamó Aguja Verde cediendo a un impulso de sinceridad lo bastante elocuente como para revelar las angustias que lo torturaban cuando Wuzhao lo hizo comparecer ante ella.

—¡Bienvenido a la cofradía de los confidentes de la emperatriz Wuzhao! Sólo una cosa es imperdonable: la traición —soltó ella haciendo una señal al Mudo para indicarle que su entrevista con Aguja Verde había tocado a su fin.

Una vez sola, la emperatriz se acercó a la jaula del grillo y levantó el pañuelo que la cubría.

El insecto se puso a cantar.

Lo trasladó al patio arbolado interior con el que comunicaba su camarín.

En el centro del mismo había un jardín en miniatura con arces enanos, musgos vellosos y rocas minúsculas, todo ello dispuesto alrededor de un estanque redondo donde unas inmensas carpas jaspeadas de rojo, negro y blanco esperaban con impaciencia la mano nutricia que les proporcionaría unos granos de arroz. Tan pronto como la vieron llegar con el pequeño cuenco en la mano, todos los peces se congregaron con la cabeza fuera del agua y la boca redonda asomada a la superficie, como deseosos de aspirarla. Así que cayó el primer grano de arroz, empezó la batalla a golpe de aleta y a coletazos que hacían desbordar el agua del estanque.

Estaba absorta contemplando aquellas justas acuáticas cuando reapareció inopinadamente su factótum.

—Mudo, un monje taoísta me dijo un día que el agua del río Lë, que fluye en Luoyang, es excelente para los dolores de cabeza. ¡Lástima que Gaozong sólo se hospeda unos días al año en el palacio de verano de las Nueve Perfecciones!

Su guardaespaldas la miró sonriendo, al tiempo que asentía con la cabeza.

Él respaldaba siempre las reflexiones de su ama como celoso servidor suyo que era, libre de cualquier sentimiento personal que no fuera sentirse en manos de aquella mujer capaz tanto de lo mejor como de lo peor, y buen sabedor de ello dada su situación.

La emperatriz le indicó con el gesto que colgase la jaula del grillo del gancho instalado especialmente a este efecto antes de cubrirlo con el pañuelo negro.

—Más adelante —añadió ella en voz baja—, si un día soy emperador de China, estableceré la sede del imperio en la ciudad de Occidente. ¿Hay algo

más eficaz para indicar al pueblo que el poder ha cambiado de manos que cambiar la capital del imperio? Además, Luoyang es una ciudad mucho más agradable que Chang An. ¿No te parece, Mudo?

El mongol gigante de lengua cortada dijo «sí» con la cabeza.

—¡Si supieras qué dolor de cabeza tengo! —murmuró Wuzhao con un suspiro antes de desplomarse sobre los cojines de seda almohadillados de un pesado sillón de ébano dejando que se le escapara por el escote, sin que el hecho le importara lo más mínimo, uno de sus adorables pechos.

Por otra parte, no veía por qué debía molestarse en andar con disimulos delante del Mudo…

Poco a poco, aquel gigante mongol que en la corte imperial era considerado un paria sin lengua que había salvado la vida gracias a un capricho de la emperatriz se había convertido en el indefectible compañero de los días buenos y malos de Wuzhao.

A veces ella contemplaba con interés los enormes brazos del gigante, recubiertos de tatuajes rituales, unos brazos que transmitían tal sensación de fuerza que era imposible no sentirse protegida refugiándose en ellos…

La idea de hacer el amor con aquel monumento de músculos, a buen seguro poseedor de una vara de jade gigantesca, no le disgustaba en absoluto, sino todo lo contrario…

Estaba convencida, por otra parte, de que debía esperar el momento oportuno, tal vez cuando el grado de connivencia con el gigante turco-mongol convirtiera aquel hecho en algo ineluctable.

Ella era una mujer excepcional, tanto desde el punto de vista de sus cualidades —el valor, la tenacidad, la sed de justicia y la generosidad— como de sus defectos: la crueldad, la duplicidad, la sed de poder.

También era una devota excepcional, sostenida por una fe budista inquebrantable, aunque no dudaba en acomodarla a sus intenciones para no tener que ponerla en tela de juicio.

Era, finalmente, una emperatriz excepcional, que sabía manipular de maravilla los resortes del poder temporal y había entendido hasta el fondo las míseras torpezas de que estaba compuesto porque había tenido que subir todos los peldaños, uno tras otro, que llevaban a la cima.

Así era Wuzhao, la futura Wu Zetian, cuyo nombre quedaría grabado para siempre en los anales del imperio debido a aquel itinerario inaudito que debía seguir y que la convertiría, a pesar de su sexo, en emperador absoluto.

Inclinada sobre el agua transparente del estanque donde giraban los peces tricolores, no podía imaginar hasta qué punto el camino que la conducía al ejercicio del poder supremo sería escarpado y estaría salpicado tanto de cadáveres y traiciones como de acciones brillantes y benefactoras no ya sólo para la comunidad budista, su más preciosa aliada, sino también para los pobres y los humildes, los que estaban sometidos a la férula del Estado, fuera policial o fiscal, aquéllos cuya vida tan a menudo no merecía la pena de ser vivida por lo dura y breve y a quienes, a través de la promulgación de medidas justas, dotaría de un poco de dignidad.

Puesto que, para acceder a aquel rango supremo, reservado hasta entonces a los varones, tendría que asumir todo esto, tanto lo peor como lo mejor.

¿No era, quizá, el precio que estaba obligada a pagar una mujer llamada a convertirse un día, por vez primera en la historia, en la perfecta igual del hombre?

XXIV

OASIS DE DUNHUANG,
RUTA DE LA SEDA

En la Ruta de la Seda, el destino y la suerte de unos o la estricta benevolencia de los otros estaba camino de favorecer el encuentro de seres cuyos caminos no habrían debido cruzarse nunca.

Para Umara y Cinco Prohibiciones todo había empezado en Dunhuang, donde, tal como se lo habían prometido, los dos jóvenes se habían encontrado con el corazón palpitante delante del muro del vergel del obispo nestoriano.

Bajo las ramas de formas torturadas de los melocotoneros y albaricoqueros, sus bocas, sedientas ahora una de otra, se habían juntado de nuevo y sus lenguas se habían enlazado.

De los labios de Umara había guardado Cinco Prohibiciones un —sabor inefable.

De las manos de Cinco Prohibiciones, Umara conservaba la misma deliciosa impresión de hormigueo de cuando él se las había posado en el cuello para atraerla hacia sí.

Se sentían tan irremediablemente unidos como el primer día.

Para ellos se había convertido en un ritual: cuando, en el oasis de Dunhuang, dormía todo el mundo, ellos tenían su cita.

Aquella noche una luna de invierno teñía su rostro con la lividez de sus rayos.

—¡Qué frío hace, Cinco Prohibiciones! ¿Y si nos refugiamos en la cabaña del jardinero? —propuso Umara después de un largo beso.

Tras franquear el muro, se encontraron acurrucados uno contra otro en el abrigo del jardín, donde el monje encargado del cuidado del vergel almacenaba los útiles necesarios para podar los árboles, así como las escaleras que le servían para recoger los frutos en el momento de la cosecha. También había paja, destinada a proteger determinadas especies de las heladas en inviernos particularmente rigurosos.

Sobre aquella paja, esparcida de cualquier manera en el suelo por Cinco Prohibiciones, descubrieron mutuamente sus cuerpos por vez primera.

Sin duda Cinco Prohibiciones no olvidaría en toda su vida la impresión que experimentó cuando, con el corazón palpitante y su vara de jade a punto de estallar, hasta tal punto estaba henchida de deseo, sintió en la mano el suave calor del pecho de Umara.

De la misma manera que Umara conservaría siempre el recuerdo conmovido del contacto levemente rugoso, pero tan sensible, de la palma callosa de Cinco Prohibiciones en sus pechos, ofrecidos por ella tras desabrocharse el corpiño así que se tendió en la paja esparcida por el suelo del refugio.

Para los dos el hechizo de aquel despertar del deseo provocado por el encuentro del ser amado sería tan memorable como delicioso.

Como hacía frío, no se quitaron los vestidos y procedieron a tientas a la exploración de sus intimidades respectivas.

—¡Quiero vivir contigo! ¡Quiero compartirlo todo contigo! ¡No quiero separarme de ti! —murmuró Umara acurrucándose contra la espalda del joven monje.

Además de la tibieza de sus pechos, sentía cómo le palpitaban, signo inequívoco de que también aumentaba en ella el deseo.

—Pero yo no soy más que un pobre religioso budista que, además, vive lejos de aquí —dijo como si temiese que un reflejo de defensa último quisiese llevarlo por caminos que desconocía.

—¿No me quieres? —protestó la muchacha con vehemencia.

—Lo que siento por ti, Umara, no lo había sentido nunca por nadie. Debe de tratarse de eso que llaman amor loco.

—Entonces, ¿podrías vivir sin mí?

—No lo creo, mi dulce y tierna Umara.

—Pues yo, en lo que a mí toca, te seguiré hasta el otro extremo del mundo —exclamó la muchacha volviendo a unir la boca a la suya.

—Pero es que yo tengo la custodia de un par de bebés que tengo que arrancar a ese jefe parsi que nos tiene prisioneros, ya que pretende venderlos cuando regrese a Persia, donde impera la funesta costumbre de casar hermano con hermana.

—¿Me llevarás con ellos?

—¿Y tu padre?

—Con quien quiero vivir es contigo. Y no me importa dónde —declaró la muchacha con ardor y sin ningún titubeo.

Sus besos se eternizaban y encendían en cada uno el deseo de disfrutar del otro y de llegar, juntos, más lejos aún por el camino de los placeres compartidos.

Despuntaba la aurora cuando se dejaron, maravillados por el entendimiento que había surgido entre ellos, no sin haberse jurado que volverían a verse la noche siguiente en el mismo sitio.

Cuando bajó del dormitorio, impregnado aún del perfume de Umara, para tomar el desayuno como si no hubiera ocurrido nada, Cinco Prohibiciones tropezó con Ulik, que tenía una expresión radiante.

—¿Qué te pasa, Ulik, para estar de tan buen humor? —le preguntó el monje.

—¡No reconozco a mi jefe Majib! Me ha gratificado con una moneda de plata y rae ha felicitado por mi trabajo, lo que no me había ocurrido nunca desde que nos conocemos. ¡Todavía me parece increíble!

Desde su llegada a Dunhuang, el jefe parsi ya no era el hombre desconfiado y moroso que la tempestad de nieve y las nieblas invernales habían extraviado por los caminos hostiles del Tíbet.

Así que se había levantado, según contaba Ulik, el jefe Majib, taciturno de ordinario, había dejado que estallara su alegría.

—¿Te das cuenta, Ulik, de la suerte que hemos tenido al conocer a ese obispo nestoriano nada más llegar aquí? De no haber sido así, no sé cuánto tiempo habría tardado en dar con él… suponiendo que lo hubiera

encontrado. Si no hubiera tenido el problema de la fuente seca, ese hombre jamás me habría abierto su corazón como ha hecho, permitiendo con ello que descubriéramos lo que buscábamos.

—Conviene que de vez en cuando no recaiga la suerte sobre los mismos. ¡Hace muchos años que nuestro pueblo lucha por su supervivencia! —respondió Ulik con naturalidad, poco convencido por la actitud de su jefe, quien por lo general no solía dirigirle la palabra.

—El simple hecho de haber encontrado a los gemelos divinos ya implica seguramente una manifestación de la bondad de *Zoroastro*[11] con nosotros. Pero además, que este obispo tenga necesidad de mis servicios significa que todo nuestro viaje está justificado y tal vez incluso recompensado… ¡Si esa fuente no se hubiese secado, jamás habríamos sabido dónde estaba la fábrica del obispo Addai Aggai! Cuando, en Shiraz, un mercader sirio me juró por la vida de su hijo que en Dunhuang había una hilandería clandestina de seda, no me mintió. Cuando pienso que nuestro príncipe Yazdagert casi nos prohibió partir alegando que esta expedición le costaría demasiado cara… ¡Menos mal que insistí! —exclamó dándose importancia.

—¡Estabais en lo cierto, jefe Majib! ¡Está bien!

—Y las relaciones que tengo con este obispo permiten augurar que la colaboración será eficaz. Por fin dispondremos de dinero en abundancia y podremos reclutar los ejércitos que necesitamos para expulsar de Persia a los adeptos del profeta Mahoma…

—¿Cómo pensáis dar nueva vida a la fuente? —se atrevió a preguntar el joven intérprete, que no compartía el optimismo de su jefe.

—¡Un poco de paciencia! ¡Ya verás… *Zartust*[12] está con nosotros, Ulik! ¡Todo va bien! Dentro de unos días cobrarás un sueldo como no lo has tenido en la vida.

Ése era el nuevo estado de ánimo de Majib, que ponía al intérprete de tan buen humor aquella mañana delante de Cinco Prohibiciones, Puñal de la Ley y el *ma-ni-pa*.

Por otra parte, así que vio que se instalaban en su mesa para desayunar, el jefe parsi les hizo ademán de que se acercaran.

Lo obedecieron al momento, visto el excelente humor de que daba prueba el interesado.

—Dice el jefe Majib que mañana vayamos a instalar nuestro campamento junto a esa fuente. Piensa sorprenderos mostrándoos qué hace para darle vida… —les anunció Ulik después de que Majib se lanzara a un largo monólogo con el que quería reproducir su manera personal de hacer brotar agua de la tierra.

—Pero ¿no podría dejarnos aquí con el *ma-ni-pa* mientras esperamos su regreso? Sería más práctico para ocuparse de los bebés —exclamó Cinco Prohibiciones, a quien la perspectiva de alejarse de Dunhuang, y por tanto de Umara, no lo convencía.

También pensaba que tenía más posibilidades de abandonar a los parsis quedándose en la población que siguiéndolos a un lugar desértico.

El intérprete tradujo la sugerencia de Cinco Prohibiciones.

La respuesta del parsi no se hizo esperar:

—El jefe exige que vaya todo el mundo. ¡Dice que no tiene confianza en ti ni en él! —explicó Ulik, verdaderamente contrariado, dirigiéndose a Cinco Prohibiciones y al *ma-ni-pa*.

—Estaba seguro de que no nos perdería de vista… —balbuceó el monje errante.

—En lo que se refiere a vosotros, el jefe Majib dice que por supuesto no estáis obligados a venir con nosotros al desierto. Además, los elefantes tienen dificultades para caminar por la arena —añadió Ulik dirigiéndose a Puñal de la Ley y al cornaca[12a], que, apostado como de costumbre detrás de su amo, mordisqueaba un palo de regaliz.

Majib observaba a Cinco Prohibiciones con actitud tan hostil que éste se dio cuenta de que era inútil insistir.

Aquella noche mismo, para asegurarse de que el joven *mahayanista*[13] no lo abandonaría, el jefe parsi le ordenó que se instalara a su lado en el catre del dormitorio que ocupaba en el albergue, por lo que Cinco Prohibiciones, desesperado, no pudo reunirse con Umara, tal como se lo había prometido, en el vergel del obispado.

Pasó una noche espantosa sin pegar ojo, pensando en la terrible decepción que habría sufrido la pobre Umara al comprobar que no había

mantenido su promesa.

Era absolutamente necesario prevenir a la muchacha.

Pero ¿cómo?

Espiado por un Majib de día en día más desconfiado, no veía más solución que confiarse a Puñal de la Ley.

Ya que él era el único que no era objeto de vigilancia, podría servir de intermediario.

—Tienes un aspecto desolado. ¿Qué te pasa? —le preguntó Puñal de la Ley al día siguiente por la mañana, viendo que tenía una expresión muy triste.

—He dormido poco…

—Ya veo que tienes unas ojeras terribles. ¿Hay algo que no funciona como es debido?

El tono de su compañero era tan benévolo que Cinco Prohibiciones, barriendo los escrúpulos que aún le quedaban, se echó de cabeza al agua:

—Me ha ocurrido una cosa inaudita: ¡me he enamorado! —le espetó con cara de pena.

—¡Pero eso es imposible! Un monje consagrado no tiene derecho a enamorarse. ¡Tú bromeas! —exclamó el monje de Peshawar.

—¡Ni por asomo! Sobre mí se ha abatido el amor sin prevenirme. Yo no he intervenido para nada.

¡Ni siquiera he notado ningún tipo de *kama*[14]!.

Puñal de la Ley, pasmado, retrocedió un paso para observar si su interlocutor decía la verdad o fingía.

No estaba permitida la duda.

Pero Cinco Prohibiciones no sólo estaba muy serio, sino que la emoción intensa de su rostro reflejaba el trastorno que había provocado en él su nuevo estado.

—¿Hace mucho que te ocurrió eso?

—¡Unos diez días! —le apuntó el ayudante de Pureza del Vacío.

—¿Y los preceptos del *Vinayapitaka*[15]?. Si en Peshawar un novicio se enamorase de una mujer, o incluso de un hombre, se arriesgaría a ser expulsado.

—Es algo que no he buscado. En el sentido de la maduración de los actos, tal como nos enseña el Bienaventurado, no creo ser culpable de nada —se defendió Cinco Prohibiciones, a quien la objeción de Puñal de la Ley no sorprendía debido a que él ya había reflexionado sobre la cuestión.

—¿De modo que la persona de la que estás enamorado es la responsable del estado en que te encuentras?

—La hija del obispo nestoriano, cuya mirada se cruzó por vez primera con la mía en la Ruta de la Seda, justo antes de que llegáramos aquí, tampoco esperaba que la hiriese este rayo…

—¿Umara?

—La misma. La hija del propietario de una fuente a la que el jefe Majib debe devolver la vida.

—Con que el rayo… No irás a decirme que, en el término de unos pocos días, os habéis enamorado perdidamente uno de otro.

—¡Fue algo instantáneo, Puñal de la Ley! ¡Algo tan súbito como la Iluminación! Y seguramente tan radical como para el Buda su estado de *Bodhi*[16] después del descubrimiento de las Cuatro Nobles Verdades —exclamó, fuera de sí, el ayudante de Pureza del Vacío.

—¡Qué exagerado eres, Cinco Prohibiciones! ¡El amor te ciega! —murmuró el monje del Pequeño Vehículo, turbado ante la vehemencia del tono con que hablaba su amigo.

—Después de la Ruta de la Seda nuestros pasos nos llevaron hacia el acantilado a cuya cima subí mientras tú te quedabas abajo jugando a los dados con el *ma-ni-pa*… ¡Aunque no habría debido estar allí, ella estaba arriba, Puñal de la Ley!

—Ahora comprendo por qué tardaste tanto en bajar y observé que, cuando bajaste, estabas demudado. Por discreción, no quise preguntarte nada —murmuró este último.

—Antes no sabía qué significaba aquel proverbio chino que dice: «Cuando el destino lo decide, el agua y la montaña acaban un día por encontrarse»… Ahora sí lo sé. Me basta con reemplazar la palabra «destino» por el nombre del Bienaventurado.

—¿Crees de veras que fue el *Buda Shakyamuni*[17] quién presidió vuestro encuentro?

—¿Puedo dudarlo? ¿No he sido siempre un piadoso devoto, preocupado por vivir en el respeto de sus divinas enseñanzas?

—¿No crees que tu imaginación corre demasiado?

—Lo que me ha ocurrido es turbador, Puñal de la Ley. Estaba muy lejos de pensar que el amor puede transformar de ese modo a los seres humanos. No eres el mismo antes que después. Eso es lo que siento yo, por lo menos, en lo más profundo de mi persona…

—¡Ella es cristiana y tú budista!

—¡Y eso qué más da! El amor que sentimos el uno por el otro está por encima de nuestras creencias.

El respeto a los demás y, por consiguiente, a sus opiniones, del tipo que sean, incluidas las religiosas, ¿no forma parte de la Compasión tal como quiere que la practiquemos el Bienaventurado? —exclamó Cinco Prohibiciones con exaltación.

—En lo tocante a este punto, no estoy lejos de tu postura.

—¿Lo ves? —exclamó, triunfante, el joven monje.

—Dime una cosa, ¿ayer noche no te citaste con Umara?

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Como la víspera y como la antevíspera, ¿verdad? Te vi salir en plena noche… Me figuré que ibas a atender alguna necesidad urgente.

Al ver la inquietud perceptible de Cinco Prohibiciones, el estupor de Puñal de la Ley fue cediendo paso progresivamente a la comprensión.

—Ahora comprendo la razón de tu malhumor esta mañana. Seguramente ella te esperó en vano y eso te contraría profundamente —añadió con dulzura, casi sonriendo.

—¿Cómo haces para leer tan fácilmente en el corazón de las personas?

—Tengo algunos años más que tú, Cinco Prohibiciones. Ante tu situación soy para ti como un hermano mayor y procuro ponerme en tu sitio.

—Tus atenciones me llegan al alma. ¡Tenía tanto miedo de que me juzgaras y me condenaras!- murmuró Cinco Prohibiciones, que ahora oprimía el brazo de Puñal de la Ley.

—Tu franqueza te honra. Quiero que sepas que estoy aquí para ayudarte, nunca para hundirte.

—¿Estarías dispuesto a transmitir un mensaje a Umara de mi parte?

Puñal de la Ley tuvo un momento de vacilación, como si aquella petición, convirtiéndolo en cómplice de la grave falta del *kamamithyacara*[18], impidiese al monje mostrarse respetuoso con las reglas de la *samgha*[19] tal como había sido siempre.

La simpatía que le inspiraba Cinco Prohibiciones atenuaba, sin embargo, su estado de ánimo.

—No sólo le transmitiré el mensaje que deseas, sino que pienso acompañarte hasta esa fuente seca.

¡Quién sabe, a lo mejor puedo ayudarte a huir de esos parsis! Suponiendo que éste siga siendo tu objetivo…

—Más que nunca, Puñal de la Ley.

—¿De modo que quieres abandonar a esa muchacha a su suerte apenas te has enamorado de ella?

—¡Ella me seguirá! ¡Umara y yo nos hemos jurado que seguiríamos juntos toda la vida! —replicó el ayudante de Pureza del Vacío al monje de Peshawar, totalmente soliviantado.

Su discusión se vio interrumpida por las órdenes tajantes que lanzó a sus hombres el jefe Majib, visiblemente impaciente.

Había que actuar con celeridad, preparar el equipaje, enjaezar los caballos y pagar la cuenta al propietario del albergue.

El obispo nestoriano había acordado con Majib que se encontrarían lo antes posible en el desvío de la Ruta de la Seda señalado por un arbusto espinoso y que, a partir de allí, él los conduciría hasta el manantial enfermo.

Viendo que Cinco Prohibiciones adoptaba un aire cada vez más desvalido, Puñal de la Ley hizo ademán a Ulik de que se acercara.

—Dirás a tu jefe que, si lo desea, puedo conducirlo hasta esa fuente. No se sabe nunca, pero el elefante *Sing-sing* podría serle útil.

Ulik transmitió la proposición de Puñal de la Ley a su jefe.

—Majib te da las gracias, pero no ve qué utilidad podría tener para él el elefante, habida cuenta de lo que tiene previsto hacer.

—Hay algunos trabajos que requieren fuerza y que sólo puede realizar un elefante. No sabemos qué mal aqueja a esa fuente. Nunca hay que vender la piel del oso sin haberlo matado…

Sing-sing, que parecía haber comprendido las palabras de su amo, feliz de volverlo a ver, asintió con el gesto.

—El jefe Majib no tiene inconveniente en que nos acompañes hasta la fuente del desierto —dijo Ulik finalmente después de haber traducido al jefe parsi las palabras de Puñal de la Ley.

Durante el trayecto, el monje del Pequeño Vehículo trató de infundir ánimos a Cinco Prohibiciones:

—Así que volvamos a Dunhuang, llevaré un mensaje de consuelo a esa muchacha para explicarle tu ausencia. Ella lo comprenderá, sobre todo si sus sentimientos son idénticos a los tuyos.

—¿Y si los bandoleros decidiesen no volver a Dunhuang? ¿Qué haríamos entonces, Puñal de la Ley?

—Sería una razón más para tratar de abandonar la compañía de esa cuadrilla de salvajes —aseguró el coadjutor de *Buddhabhadra*[20], procurando no transmitir a su amigo la perplejidad que de pronto se había apoderado de él precisamente en el momento en que el convoy volvía a ponerse en movimiento a través de la Ruta de la Seda.

¿Conseguirían burlar la vigilancia de los parsis en un lugar tan desértico, donde no cabía la posibilidad de confundirse con la multitud como en Dunhuang en un día de mercado?

—¡Espero que nuestro plan siga adelante! —se contentó con comentar Cinco Prohibiciones, agobiado por ideas muy negras que se disiparon por completo así que llegaron a su destino y distinguió, al lado del obispo, la fina silueta de Umara, que los aguardaba en el umbral de la pequeña fábrica clandestina.

En sus ojos se leía la intensa alegría del joven monje del Gran Vehículo.

—¡No me necesitarás para hacerle llegar tu mensaje! —murmuró Puñal de la Ley.

De eso Cinco Prohibiciones estaba muy seguro, ya que la pareja que formaría con Umara estaría bendecida por el Bienaventurado Buda en persona.

«Un encuentro es siempre fruto de un azar celestial», decía la sentencia del poeta que, en China, tantos enamorados gustaban de recordar a su amada.

—¡Bienvenido a la fábrica de seda, Majib! —exclamó Addai Aggai antes de conducirlo sin más demora a la fuente seca.

—¡Una fuente en lugares como éstos es un verdadero milagro! —dijo el jefe parsi cuando el obispo le mostró el lugar donde no hacía más que unas pocas semanas todavía brotaba agua.

Después de haber examinado el sitio con todo detalle, llegando incluso a introducir la cabeza en el agujero por el que antes manaba agua, Majib se puso a dar órdenes a sus hombres con grandes alharacas, acompañándose de gestos ampulosos ante los ojos atónitos de los nestorianos, así como de Cinco Prohibiciones, Puñal de la Ley y el *ma-ni-pa*, que, un tanto dubitativos, asistían a los preparativos.

Tras encender el fuego, Majib se revistió con una larga túnica blanca y se tocó con un curioso sombrero puntiagudo de satén negro constelado de estrellas de plata bordadas.

Tan extravagante atavío le confería realmente el aspecto de un mago.

Siguiendo sus instrucciones, los bandidos parsis se dispusieron a su alrededor en un círculo perfecto. Tras haber colocado el incienso en una pequeña cacerola llena de brasas rojizas, comenzó a balancearla hacia delante y hacia atrás mientras entonaba una melopea cuyo sentido no comprendía nadie a excepción de él mismo.

Prosiguiendo con sus ensalmos, se encaramó a las rocas que rodeaban la fuente y seguidamente proyectó el incensario en la boca de la misma, lo que provocó unas humaredas que parecían ocupar el sitio del agua viva.

—¡Adoradores de *Mazda*[21], rezad y prosternaos! ¡*Mazda* creó el universo, el cielo, la tierra y el agua!

Corresponde, pues, al Bienaventurado Inmortal *Mazda* devolver la vida a esta fuente que ha secado *Ahrimán*[22], ese ser que habita las tinieblas de abajo. ¡*Mazda*, recibe de buen grado el ruego de tu devoto servidor! —exclamó Majib en tono grandilocuente.

Ulik iba traduciendo las palabras en voz alta a fin de que todos los asistentes comprendiesen su sentido.

A pesar de las numerosas idas y venidas de Majib, ritmadas por sus invocaciones al Dios Benefactor *Mazda*, no apareció ni una sola gota de

agua en el fondo de aquel agujero al que ahora todos los asistentes estaban asomados.

—¡Oh, *Sosyans*[23], tercer hijo de *Zartust*, tú que sabes interceder por los hombres ante tu padre divino, expulsa de aquí a *Ahrimán* y deja que el agua brote de nuevo! ¡Te conjuro, hazlo por el bien de los hombres! —seguía vociferando con voz cada vez más ansiosa el jefe parsi dirigiéndose a aquél de los hijos de *Zaratustra* de quien se decía que era el más accesible a las oraciones humanas.

Sin embargo, esta segunda invocación no pareció tener más éxito que la primera.

—¿Y si invocaras a *Zurvan*[24], el Dios Supremo, origen de *Mazda* y de *Ahrimán*? —osó preguntar entonces uno de sus acompañantes.

—¡*Zurvan* no puede hacer nada por nosotros! ¡Ni tampoco Mitra, el juez de las almas! —replicó una voz.

—¡*Zurvan*! Hay quien pretende incluso que ni siquiera existe —prosiguió otro.

—¡Callaos! ¡Callad vuestras blasfemias, criaturas impías! ¡Quién os perturba es *Ahrimán*, que está al frente de las criaturas maléficas! —vociferó Majib, fuera de sí.

Después de aquella amonestación, un pesado silencio preñado de sobreentendidos y de dudas cayó sobre el círculo de los parsis, en el centro del cual el jefe Majib, que cada vez parecía más azorado, permanecía con los ojos en blanco, haciendo girar la cazoleta del incensario cual si fuera una honda.

—¿Y si nos servimos del elefante *Sing-sing*? Podría desplazar esa piedra y pulverizar el montón de guijarros que parecen obstruir el paso del agua —intervino de pronto Puñal de la Ley.

Indicó a los asistentes, que no pudieron reprimir un suspiro de sorpresa, una enorme bola rocosa que asomaba en el acantilado al pie del cual se abría el agujero de la fuente ahora seca.

Animado por los parsis y ante la ausencia de reacción de Majib, que, con la mirada puesta en otro sitio, seguía recitando maquinalmente sus fórmulas mágicas en medio de una nube de incienso, Puñal de la Ley ordenó al cornaca que hiciera subir al paquidermo a lo alto del acantilado.

Bastaba con rodearlo para acceder a él a través de la llanura suspendida sobre la cañada donde Addai Aggai tenía instalada su fábrica.

Con paso lento y majestuoso, *Sing-sing* se puso en movimiento con el cornaca encaramado en lo alto del cuello, apuntalado entre sus inmensas orejas que se agitaban en el aire como abanicos principescos.

Poco después apareció el paquidermo en lo alto del acantilado.

Para gran satisfacción de Puñal de la Ley, *Sing-sing*, con un simple movimiento de la pata, consiguió mover la enorme roca que, en equilibrio inestable, reposaba en el reborde del vacío.

Después, obedeciendo órdenes murmuradas apenas por el cornaca, el animal se apoyó en sus patas y, colocando la frente contra la enorme piedra, comenzó a desplazarla lentamente en dirección al vacío hasta que consiguió desalojarla con imponente estruendo del montón de piedras de las que el agua, antes, brotaba.

Así que se hubo disipado la nube de polvo, se levantaron gritos de alegría y aplausos del seno de aquella curiosa asistencia compuesta de monjes nestorianos y bandidos *mazdeanos*[25], unos y otros fascinados por el espectáculo.

¡Milagro!, gritaban todos, cada uno en su lengua.

Entre los cascotes de las rocas fragmentadas, el agua, por fortuna, había renacido.

Addai Aggai cayó de rodillas y fue el primero en dar gracias a su Dios Único por haber escuchado sus oraciones. Los monjes-obreros de la hilandería rodearon a su obispo y sonreían beatíficamente mientras, al igual que él, daban las gracias: Dios lo había querido, puesto que volvía a manar agua pura de la fuente, salmodiaban arrobados.

En verdad que el chorro no era aún impetuoso, pero, en pleno desierto, de las entrañas de la tierra había vuelto a brotar un fino hilillo de agua que brillaba como la plata.

—¡Viva el elefante *Sing-sing*! —se oía gritar en chino, siríaco y persa.

Mientras el jefe Majib se jactaba sin recato ante Addai Aggai de haber conseguido sus propósitos, llegando a pretender incluso ante sus hombres que había conseguido previamente de *Mazda*, y sobre todo de *Sosyans*, que hechizasen al paquidermo de Puñal de la Ley, aprovechando el alboroto y la

agitación que reinaban en el ambiente, Cinco Prohibiciones se acercó discretamente a Umara.

—¡Perdóname por lo de anoche! Ese parsi me tenía tan vigilado que me fue imposible eclipsarme.

Supongo que no te inquietaste —le murmuró al oído.

—Temía que te hubiera ocurrido algo —dijo la muchacha llevándolo aparte.

—Ahora todo va bien. Volvemos a estar juntos. ¿No te parece prueba bastante de que lo quieren así Dios y el Bienaventurado Buda? —le susurró él acariciándole casi imperceptiblemente el brazo.

—Es un hecho que nos encontramos siempre en los lugares que parecen más improbables —dijo ella con una sonrisa.

—¡No hay nada improbable, Umara! No lo es nuestro encuentro ni la reaparición del agua gracias a la intervención del elefante.

—¡Es increíble el aire de inteligencia de ese animal! Tiene una mirada humana.

—Es muy posible que el alma reencarnada en él, una vez haya muerto el envoltorio que la cubre, se refugie en la de un hombre o una mujer.

—Quienquiera que sea ese elefante, ha actuado bien.

—Con su gesto, ese animal acaba de ilustrar lo que un budista llama «la maduración de los actos».

—Es la primera vez que oigo esa expresión.

—Cuando ese elefante hizo caer la piedra, su acción tuvo como consecuencia la aparición del agua…

La maduración de un karma permite determinar si es bueno o malo, ya que lo único que cuenta es la intención: si es buena, el karma será positivo; en caso contrario, el karma será malo —le explicó mientras le acariciaba los cabellos.

—Según tú, entonces, si no hay intención de perjudicar, no hay pecado.

—Eso fue lo que nos enseñó el Bienaventurado. Y a la inversa, si la intención es nefasta, aunque el acto no llegue al punto de maduración, hay falta.

—¡Me parece justo!

Las consideraciones filosóficas de los dos jóvenes se vieron interrumpidas por el obispo Addai Aggai, quien propuso a Cinco Prohibiciones que participase en el ágape que había mandado preparar para festejar el retorno del agua viva.

—¡Umara, di a ese joven monje que se reúna con los demás! —dijo dirigiéndose a su hija y después, a él—: ¡Bebed ahora cuanto queráis! Quien agasaja es la Iglesia nestoriana.

No tardaron en poner a asar en las brasas unos pinchos de cordero macerados en aceite aromatizado.

Soltaban un aroma que embalsamaba el ambiente cuando Addai Aggai mandó abrir, en honor de Majib, el tonelete de vino de uva para la misa que Cargamento de Quietud le había enviado de Turfan hacía unas semanas a través de Diakonos.

Fue así como, en el desierto de Gobi, llegó a su punto culminante la fiesta del «agua retornada» y se prolongó hasta bien entrada la noche, puntuada por los himnos con los que todos daban gracias a quien correspondiese mientras esbozaban pasos de danzas paganas acompañadas de cánticos cada vez menos religiosos y más bárbaros, alentados por el alcohol maniqueo.

Después de horas de bebida, cánticos y danzas, cuando el silencio de la noche envolvía de nuevo la cañada, de pronto los Gemelos Celestiales empezaron a quejarse en el arcón junto al cual montaba guardia la vigilante perra Lapika.

Cinco Prohibiciones, que no había catado una sola gota de vino, se precipitó junto a ellos, seguido de Umara.

—¡Son adorables! Especialmente la niña, a pesar de su extrañísimo rostro —murmuró la joven levantando a la pequeña en brazos.

La delicada boca de la niña esbozó una sonrisa.

—¡Debe de figurarse que eres su madre! Desde que se fue de Samyé, sólo ha visto hombres.

—¡Así que es huérfana!

—No lo sé, pero es una suposición plausible. Si esos niños tuvieran padres, no me los habría confiado un lama del convento tibetano de Samyé.

—Ahora que los he visto, entiendo por qué esos pobres niños han trastornado todos tus planes.

—Menos nuestro encuentro, de todos modos… —dijo él enlazándole el talle.

El espectáculo que descubrieron al acercarse al fuego ya apagado debió de animarlos, habida cuenta de sus intenciones.

Los parsis estaban tumbados por el suelo, todos ellos borrachos, Majib incluido, y dormían como troncos envueltos en mantas de lana.

Del interior de la fábrica, a la que se acercaron a echar una ojeada, salían igualmente los ronquidos de Addai Aggai y de sus monjes, saturados también de vino de misa y agotados por las emociones de la jornada.

—¿No te parece que tiene que ser ahora o nunca? —le susurró Umara, jadeante, al hombre de quien estaba perdidamente enamorada.

—¿Lo crees de veras? ¿Estás dispuesta a seguirme?

—¡Huyamos ahora, Cinco Prohibiciones! Creo firmemente que ha llegado el momento.

—¿Y tu padre, amor mío? ¿Has pensado en su desesperación cuando se dé cuenta de la desaparición de su hija única?

—Como todo buen padre que ama a su hija, Addai Aggai sólo puede desear una cosa: mi felicidad.

Lo único que espero es explicarle un día que éste fue el único medio que tenía a mi alcance de partir con el hombre de mi vida, a quien unos bandidos parsis tenían prisionero a causa de los dos pequeños que él se había comprometido a cuidar.

—La chica tiene razón. Debemos desaparecer en seguida aprovechando que están dormidos —añadió el *ma-ni-pa*, que se había reunido con ellos.

La perra Lapika, como si oliese que estaba gestándose algo, se había puesto a lamer las manos de la hija de Addai Aggai.

—¡Vaya con la perra amarilla! ¡Lo entiende todo! —exclamó, sorprendida, aquélla.

—Si la perra demuestra que confía en Umara significa que, en efecto, ha llegado el momento de huir.

Fue Puñal de la Ley quien acababa de expresarse con estas palabras después de haber bajado de lo alto del acantilado, desde donde lo había

observado y oído todo.

—Sin tu elefante, Puñal de la Ley, no habríamos recuperado el agua y todos estaríamos sometidos a estrecha vigilancia. Si ahora podemos escapar, es gracias a ti. ¿Cómo vamos a agradecerte todo lo que has conseguido? —exclamó Cinco Prohibiciones, rebosante de agradecimiento.

—He obrado con la mejor de las intenciones —se limitó a responder el monje de Peshawar, que sentía que su corazón se encogía al ver que perdería a aquel amigo, unido a él de forma tan indisoluble desde hacía tan sólo unas pocas semanas—. Ocúpate de los niños divinos, es el único consejo que me permito darte ahora que vas a llevártelos. No dudo ni por un momento, sin embargo, de que quedan en buenas manos…

—¡Los vigilaremos como a las niñas de nuestros ojos! —aseguró Umara apoderándose de las manos del monje del Pequeño Vehículo.

Cinco Prohibiciones aprovechó el momento para alejarse unos pasos en compañía del *ma-ni-pa*. Los dos hombres se enzarzaron en animada conversación, como si el monje *mahayanista* pidiese algo con insistencia al monje errante.

Al volver, el *ma-ni-pa* se dirigió a Puñal de la Ley.

Hacía varios días que Cinco Prohibiciones lo exhortaba a hacerlo, pero lo refrenaba un miedo tenaz: despertar malos recuerdos que casi había conseguido ahuyentar de su espíritu.

Pero allí, en el momento en que sus caminos iban a separarse del de Puñal de la Ley, Cinco Prohibiciones consideró que para el monje errante había llegado el momento de revelar la verdad a su amigo.

—¡Om! Debo comunicarte algo importante, Puñal de la Ley. Hace un tiempo conocí a tu superior *Buddhabhadra*. ¡Om! —anunció el *ma-ni-pa* al monje de Peshawar.

Al oír aquellas palabras, al primer acólito de *Buddhabhadra* se le heló la sangre en las venas.

¿Acaso no había hecho un viaje tan largo como aquél para tratar, en vano hasta entonces, de obtener noticias de su Superior?

—¡No es posible! Pero ¿cuándo y dónde? ¿Y por qué has esperado tanto tiempo, *ma-ni-pa*? —rugió, furioso cual un león.

—Ocurrió varias semanas antes de que tú llegases, en aquella posada provista de cuadras para los caballos donde se cruzaron nuestros caminos. Estaba en una cueva de la montaña junto con otro religioso. ¡Om!

—¿En una cueva?

—¡Exactamente! Una cueva abierta a la pendiente, al borde del camino que conduce al monasterio tibetano de Samyé. ¡Om!

—Así pues, ¿cuándo viste al hombre que estoy buscando?

—Hace aproximadamente una luna y media, no más, ¡palabra de *ma-ni-pa*! *¡Om! ¡Mani padme hum*[26]*!*

Puñal de la Ley, cuyo corazón latía de forma alborotada, adoptó un aire de sorpresa.

—Hace tiempo que le insisto en que te lo diga… Ese hecho le ha dejado tan mal recuerdo que le cuesta rememorarlo. *Buddhabhadra* no estaba solo. El hombre que lo acompañaba aterró al *ma-ni-pa*… —le explicó Cinco Prohibiciones.

En cuanto a Umara, que a punto estuvo de caer de espaldas al oír el nombre de *Buddhabhadra* en boca del monje errante, se agarró con fuerza al brazo de Cinco Prohibiciones.

—¿Qué te ocurre, Umara? ¡Tienes aire preocupado! ¿Es porque se acerca la partida? —le preguntó el joven con voz dulce.

—¡No! Es por otra cosa. Pero no es el momento de añadir nada más… —murmuró ella, presa del pánico, apretándose contra él.

—¡Pero te has quedado pálida como una muerta, Umara!

—Más tarde, cuando los dos estemos más tranquilos, te contaré… y entonces lo entenderás —farfulló la muchacha, visiblemente alterada.

Cinco Prohibiciones estaba tan absorto en la buena ejecución de sus planes que renunció a esperar más explicaciones de la joven.

Puñal de la Ley continuó interrogando al *ma-ni-pa* sobre las circunstancias en las que había encontrado a su Superior.

Así pues, ¡*Buddhabhadra* estaba vivo!

Era una noticia tan buena que fue como si el corazón del primer acólito se hubiera cubierto de pronto por una gruesa capa de bálsamo.

De modo que su Inestimable Superior no se había evaporado en la montaña después de haber dado orden a su cornaca de adelantarse y

esperarlo en el albergue próximo.

—¿Hablaste con él? ¿Se encontraba bien? ¿Qué te dijo exactamente? ¿Dónde está ahora? ¿Por qué no me lo dijiste antes? Dejarme sumido en la ignorancia cuando hace tantos meses que ando buscándolo como loco… es algo que me confunde.

Se sucedían las preguntas de Puñal de la Ley y alguna de ellas más bien parecía un reproche.

—Si no te he dicho nada ha sido porque no quería despertar en ti malos recuerdos —dijo con voz lastimera el monje errante, deseoso de justificarse.

—Anda, cuéntame con todo detalle las circunstancias de vuestro encuentro.

—Yo seguía mi camino cuando se me acercó un desconocido que me llevó a una cueva donde encontré a *Buddhabhadra*, tendido en el suelo, presa de dolores tan intensos que le impedían levantarse…

—¿Acaso estaba enfermo? —exclamó, alarmado, Puñal de la Ley.

—Le dolía mucho una pierna. No parecía cosa grave, pero necesitaba descansar. ¡Om!

—¿Y por qué te llevó junto a nuestro Superior ese desconocido del que me hablas?

—En un primer momento, yo lo ignoraba, pero los dos hombres me propusieron en seguida una especie de trato. ¡Om! Yo iría al monasterio de Samyé a buscar un manuscrito budista y se lo traería. Me prometieron que, a cambio, me darían una importante cantidad de dinero.

—¿Así que fuiste a Samyé?

—¡Om! Pero no pude recuperar el manuscrito. Entretanto, el Superior de Samyé, el Reverendo Ramahe sGampo, me instó a que me pusiera al servicio de Cinco Prohibiciones y lo ayudara a trasladar a los divinos niños hasta Luoyang… Pero resultó que no me fue posible cumplir el pacto acordado con ellos… Si me los encuentro, me matarán —balbuceó el *ma-ni-pa*.

—No entiendo todos esos tejemanejes que tan poco tienen que ver con la manera de ser de mi Inefable Superior. En cuanto a eso que dices de que van a matarte, no entra dentro de los procedimientos de *Buddhabhadra*. Ese

hombre odia la violencia bajo todas sus formas —exclamó, crispado, el monje de Peshawar.

—¡Te he dicho toda la verdad! ¡Te lo prometo por *Avalokitesvara*[27]! *¡Om! ¡Mani padme hum!* Me he portado mal con él. Di a los pobres todo el dinero que me habían adelantado y alcancé a Cinco Prohibiciones para ponerme a su servicio y al de los Gemelos Celestiales tal como quería el Reverendo Ramahe sGampo —exclamó el monje errante.

—¿Lo lamentas acaso? —inquirió Puñal de la Ley.

—¡Ni de lejos! Sólo que, con razón, deben de guardarme rencor. Dadas las circunstancias, habría sido un gran pecado desobedecer las órdenes terminantes del Superior del monasterio más antiguo del país de Bod —dijo a modo de conclusión el monje errante.

—Si hubiera sabido antes todas esas cosas, no me habría hecho tanta mala sangre. Ahora no me queda más remedio que volver a Samyé… Si no encuentro allí a *Buddhabhadra*, no puede andar lejos —murmuró, tranquilizado, Puñal de la Ley.

—Seguramente el Reverendo Ramahe sGampo podrá darte más informaciones… —añadió el *ma-ni-pa*.

—¡Hay que huir! Pueden despertarse en el momento más impensado… —intervino Cinco Prohibiciones.

El convoy se puso en movimiento en plena noche. El *ma-ni-pa* cerraba la marcha junto a Derecho Delante, cuyo bocado sujetaba para evitar cualquier desviación que hubiera podido poner en peligro la preciosa carga que transportaba, vigilada celosamente por la perra amarilla que velaba sobre ella como si fuera el más precioso de los tesoros; el elefante *Sing-sing*, con su porte majestuoso y real, incitado por el cornaca, llevaba a lomos a este último y a Puñal de la Ley; seguían finalmente Umara y Cinco Prohibiciones, cogidos de la mano.

Al huir de los parsis, que lo tenían prisionero, Cinco Prohibiciones salvaba a los Gemelos Celestiales y al mismo tiempo se llevaba consigo a aquella de quien se había enamorado locamente.

En cuanto a Umara, atenta a la suerte de los dos niños como si fueran suyos propios y asiendo con fuerza la mano de su compañero, tenía un brillo de alegría en sus ojos bicolores.

Como un inmenso territorio desconocido que tuvieran prisa por descubrir, la felicidad se abría ante sus pasos.

Así pues, el grupito no tardó mucho en descubrir el arbusto de espino que señalaba el cruce de caminos, uno de los cuales conducía a la hilandería del desierto.

Aquello era la Ruta de la Seda, larga cinta grisácea por la que no transitaba ningún convoy en aquella hora tardía.

Todos estaban decididos a emprender la dirección que se habían propuesto seguir: Cinco Prohibiciones y Umara hacia el este y Puñal de la Ley, su paquidermo y el cornaca hacia el oeste.

Había llegado el momento de la separación y el adiós estuvo impregnado de tristeza.

—Me siento deudor tuyo. ¡Ojalá que un día pueda satisfacer esa deuda! Espero que el Bienaventurado haga que vuelvan a cruzarse nuestros caminos —murmuró Cinco Prohibiciones con los ojos velados por las lágrimas.

—Rezaré con gran fervor para que así sea… —respondió Puñal de la Ley estrechando con emoción a su amigo entre sus brazos.

—No lo olvides: si me necesitas, donde es más probable que me encuentres es en Luoyang —añadió Cinco Prohibiciones.

—Que el Bienaventurado bendiga vuestra unión y vuestra nueva vida en común —exclamó con voz potente el primer acólito de *Buddhabhadra* a los que, juntos, partían con los Gemelos Celestiales hacia lo desconocido, unidos el uno al otro y sin otra certeza que su amor.

Después, en la densa oscuridad de una noche sin estrellas, dirigido cada uno hacia su nuevo destino, sus caminos se separaron igual que esos arroyos que, aunque muy próximos en su nacimiento, la invisible línea divisoria de las aguas hace correr a unos hacia oriente y a otros hacia occidente.

Umara y Cinco Prohibiciones avanzaban enlazados, pero se volvieron cuando *Sing-sing* no fue más que un punto minúsculo en la Ruta de la Seda.

—¡No sabes lo feliz que soy! —exclamó Umara en aquel preciso instante.

—Las cosas que estoy viviendo estos últimos días no hacen más que desmentir aquel célebre dicho chino que asegura que la paz y la tranquilidad constituyen la verdadera felicidad… Cuando abandoné Luoyang estaba muy lejos de suponer que volvería un día acompañado de una mujer y de dos hijos —bromeó el ayudante de Pureza del Vacío.

—Mi profesor de chino no me enseñó ese proverbio… ¡Quién sabe si un día, mi amado Cinco Prohibiciones, viviremos en paz y estaremos por fin tranquilos! —le replicó ella soltando una sonora carcajada.

Viajar juntos, en compañía del *ma-ni-pa*, que les tributaba mil delicadezas, y de los dos niños adorables, a través de aquella ruta que, desde que el sol se levantaba hasta que se ponía, estaba atestada de largas caravanas y de rebaños que había que sortear, constituyó un placer tanto para Cinco Prohibiciones como para Umara, a pesar de todos los problemas ocasionados por los complicados embotellamientos que se formaban en ciertos puntos.

En el término de ocho días, cuando de ordinario se precisaban doce, cubrieron la distancia que separaba Dunhuang de la Puerta de Jade de la Gran Muralla China.

—Esa plaza fuerte que vislumbramos en el horizonte es Jiayuguan. Corre a sus pies el río Taolai —explicó Cinco Prohibiciones a Umara.

A lo lejos, en las postrimerías de aquella tarde, al pie de las montañas Qilan, se destacaban las torres con tejados en forma de cola de golondrina que se erguían en el paso que interceptaba orgullosamente la Ruta de la Seda y que se recortaban en un cielo que los últimos fulgores de un sol invernal habían teñido majestuosamente de púrpura.

—Soy partidario de recorrer atajos para evitar el bastión donde deben de pulular policías y aduaneros… aparte de que, si un viajero transita por uno de esos pasos vigilados, se ve obligado a satisfacer un tributo muy alto —observó el ayudante de Pureza del Vacío.

—Tiene razón; además de que nos esquilmarán, corremos un gran riesgo, sobre todo yendo con estos niños. Nos pararán continuamente para interrogarnos —añadió el *ma-ni-pa*.

—Pues bien, seguiremos esos senderos de pastor que conducen a las montañas. Así nos evitaremos las aglomeraciones de la Ruta de la Seda —

terminó Umara de forma concluyente, confiando de lleno en la perspicacia de aquél a quien había decidido seguir con los ojos cerrados.

El pequeño convoy dejó, pues, de inmediato la ruta de los caravaneros para enfilar un camino angosto que proseguía su trayectoria serpenteante a través de las ondulaciones montañosas que se extendían al norte de aquélla.

Los fulgores del crepúsculo ponían una orla rojiza a las rocas y picos de formas extrañas que parecían formar una guardia de honor mientras ellos avanzaban en fila india a través de aquella estrecha lengua de tierra seguida por pastores y contrabandistas.

A medida que subían, el aire iba haciéndose más cortante.

Algo más tarde, los sollozos procedentes del capacho instalado a lomos del caballo Derecho Delante indicaron a los viajeros que era hora de que los bebés celestiales mamaran.

—Debemos pararnos. Los niños tienen hambre. ¿Por qué no nos detenemos aquí? La tierra parece mullida —dijo Umara.

—Estamos caminando por el lecho de un torrente seco… —comprobó Cinco Prohibiciones.

Hacía ya bastante rato que, bajo el resplandor lívido de la luna llena, avanzaban a través de las arenas inmaculadas de un río seco.

Descargaron, pues, el capacho y sus pertenencias al pie de un gran peñasco.

—¡Aquí los niños estarán al abrigo! —se congratuló el *ma-ni-pa*.

Y fue entonces cuando se produjo el hecho increíble.

Umara apenas había llevado los labios de los gemelos a las ubres de la perra nodriza cuando, detrás de la roca, apareció una pareja de jóvenes temblando de miedo y con los ojos todavía enturbiados por el sueño.

A Cinco Prohibiciones le surgieron inmediatamente los reflejos adquiridos gracias a la práctica de las artes marciales.

Inmediatamente se puso en actitud de ataque, las manos en posición perpendicular, con la palma como un cuchillo que amenazara a los intrusos, mientras el *ma-ni-pa* se llevaba la mano a su puñal ritual *phurbu*[28].

—¡No nos ataquéis! ¡No hacíamos nada malo! Estábamos durmiendo tranquilamente, estrechamente abrazados, y nos habéis sobresaltado con

vuestra llegada —explicó el joven con voz preñada de angustia mientras la muchacha, temerosa, se ocultaba detrás de él.

Cinco Prohibiciones pudo leer en sus rostros de rasgos juveniles la estupefacción y la angustia.

Los ojos azules del muchacho, que no eran oblicuos, revelaban su origen occidental. Por el contrario, los cabellos negros de su compañera, lisos y brillantes como la seda, no dejaban ninguna duda con respecto a su procedencia china. Así pues, se trataba de una pareja mixta como la que él formaba con Umara, aunque en este caso era inversa, porque la mujer era china y el hombre extranjero.

Lejos de adoptar una actitud agresiva, aquellos desconocidos se mostraron extremadamente cordiales.

La joven china comprendió en seguida que a Cinco Prohibiciones no le animaba ninguna intención belicosa, razón por la cual le dirigió una leve inclinación de cabeza.

—¿Quién sois? —le preguntó con una sonrisa.

La pregunta hizo que el monje abandonara de inmediato su postura de ataque, hiciera una señal al *ma-ni-pa* para que volviera a guardar el *phurbu* y se decidiera a responder a la pregunta sin hacerse más de rogar.

—Dormíamos en el lecho del torrente seco. Dicen que por aquí hay perros asilvestrados… ¡Nos habéis pegado un gran susto! —explicó la joven, que se colocó al lado del muchacho, detrás del cual se había escondido hasta aquel momento al tiempo que señalaba con el dedo a la perra amarilla Lapika, presta a abalanzarse sobre ellos a la menor indicación de Cinco Prohibiciones.

Pese a que su belleza correspondía a un género diferente de la de Umara, el ayudante de Pureza del Vacío comprobó, no sin sorpresa, aunque antes de conocer a la joven nestoriana jamás había observado con el más mínimo interés a ninguna representante del sexo femenino, que aquella chinita de rostro adorable y maneras tan llenas de vida poseía un encanto innegable.

En cuanto a su compañero, pese a su aire soñoliento, parecía simpático y su mirada era franca.

En apariencia, aquellos dos jóvenes formaban una pareja tan armónica como la de él y la hija de Addai Aggai.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al chico de los ojos azules—. Mi nombre es Cinco Prohibiciones.

—Yo me llamo Punta de Luz y ella, Luna de Jade.

—Yo, Umara —dijo la joven cristiana.

—Yo soy un monje errante tibetano. El nombre que nosotros le damos es *ma-ni-pa*.

Mientras se presentaba, el interesado se entregaba a uno de sus ejercicios favoritos, consistente en hacer la gran apertura, es decir, abrir las piernas rígidas como si fueran de madera y apuntalar la punta de los pies en dos rocas.

—Este monje errante sabe hacer una infinidad de cosas: igual traga sables que escupe fuego —bromeó el ayudante de Pureza del Vacío.

—¡Su puñal es muy curioso! —murmuró Luna de Jade.

—¡Om! Es un puñal ritual que sirve para eliminar los demonios que merodean y también para aguijonear el espíritu. ¡Nada más lejos de mis intenciones que levantar el brazo contra una criatura tan encantadora como tú! ¡Om! —exclamó el tibetano.

Al oír aquellas palabras, los jóvenes a los que habían despertado al irrumpir en el lecho del río donde, al igual que ellos, habían decidido pasar la noche, estallaron en una franca carcajada.

La espontaneidad de aquella expansión por parte de ambas parejas, desprovista de cualquier idea preconcebida, sirvió para romper el hielo y relajar la tensión ambiental.

—¿De dónde venís? Nosotros hace ocho días que salimos de Dunhuang. Yo soy budista y ella es cristiana —explicó Cinco Prohibiciones.

—Pues nosotros hará un mes que partimos de Chang An. Yo profeso la religión maniquea, mientras que Luna de Jade no ha sido educada en ninguna religión particular —respondió sin pestañear Punta de Luz.

—Yo era obrera tintorera en una de las grandes hilanderías de seda imperiales, el Templo del Hilo Infinito de Chang An —añadió la interesada.

—Precisamente es allá donde vamos. Y aquí está la razón que nos ha impedido pasar por la Puerta de Jade —explicó Cinco Prohibiciones con

aire entendido.

Indicó los dos cuerpos minúsculos, cubiertos de ropa hasta el cuello, que Umara sacó de entre las mantas y que colocó junto al pecho palpitante de la perra, con su largo pelo leonado, donde los bebés se acurrucaron al momento igual que cachorrillos.

—Llevamos a esos dos pequeños. Son gemelos —dijo Umara, orgullosa de mostrarlos.

—¡Son los Gemelos Celestiales! —dijo el *ma-ni-pa* coronando la frase.

—¡Qué cosa tan increíble! ¡Jamás había visto cosa parecida! Ese bebé tiene la mitad de la cara cubierta de vello, igual que un mono —dijo, extasiada, la chinita, que acababa de acercarse a la perra.

—¡Es la niña! Pero te aseguro que esto no le impide balbucear ni ser encantadora —le confió Umara con una sonrisa.

Así que hubieron terminado de mamar, sentados alrededor de la hoguera que habían encendido para calentar la marmita del té en la que el *ma-ni-pa* había echado una generosa cucharada de miel, los fugitivos cuyos caminos había hecho coincidir el destino descubrieron, sorprendidos, que compartían la misma suerte aunque por razones diferentes.

Y apenas se conocían cuando se dispusieron a contarse sus vidas.

—En suma, los dos tenemos que hacernos perdonar por nuestros superiores respectivos por faltar a nuestros votos religiosos: tú delante del maestro Pureza del Vacío y yo de Cargamento de Quietud —remachó Punta de Luz a Cinco Prohibiciones.

—Me atrevo a esperar que mi Superior me concederá su indulgencia, pero, si no fuera el caso, esto no cambiaría en nada la decisión que he tomado de vivir a partir de ahora con Umara —concluyó este último con la voz más tranquila de este mundo.

—Por lo que a mí toca, me fui de casa sin despedirme siquiera de mi padre. Y sin embargo soy su única hija… Si ayer alguien me hubiera vaticinado que podía ocurrir tal cosa, lo habría tratado de embustero. El amor, cuando uno tiene la suerte de encontrarlo, reserva muchas sorpresas… —murmuró Umara, muy pensativa.

—Soy la única que no tiene que dar explicaciones a nadie. Hace muchísimo tiempo que mis padres me abandonaron a mi suerte. Lo que sé,

en cambio, es que el amor es más fuerte que todo —replicó, con aire feliz, Luna de Jade, apoyándose en el hombro de su amante.

Los resplandores de la hoguera iluminaban su hermoso rostro, cuya sonrisa era prueba de la profunda sinceridad de la joven obrera de la hilandería del Templo del Hilo Infinito, así como de la felicidad que experimentaba.

—¿Adónde os dirigís? —inquirió entonces el que seguiría siendo un monje del Gran Vehículo mientras su autoridad jerárquica no le dispensara de los votos.

—Queremos llegar a Turfan. Yo soy de allí —respondió Punta de Luz.

—¡El camino es largo! ¿Por qué os fuisteis de Chang An? —preguntó Cinco Prohibiciones.

Punta de Luz advirtió al momento que podía confiar plenamente en aquel monje joven y en aquella muchacha cuyos ojos bicolores acentuaban el incomparable esplendor de una mirada desprovista totalmente de doblez.

—Nos hemos visto obligados a huir. La policía del imperio sigue nuestros pasos —murmuró el joven *kucheano* por lo bajo.

—Un hombre llamado Aguja Verde nos traicionó simplemente por celos. Un día me las pagará —añadió Luna de Jade.

—Si estáis inquietos y queréis parar en Dunhuang, que está a medio camino, podéis ir a ver a mi padre. Es el obispo de la Iglesia nestoriana de aquel oasis… Pero prometedme que no le diréis que os habéis cruzado con su hija en la ruta de los contrabandistas —exclamó Umara dirigiéndose a Luna de Jade y a Punta de Luz.

—¿De modo que Addai Aggai es tu padre? —preguntó, estupefacto, el *kucheano* con los ojos azules muy abiertos en demostración de su inmensa sorpresa.

—¿Cómo es que conoces su nombre? —inquirió febrilmente Umara, tan sorprendida como él.

—Diakonos, su clérigo principal, con quien he tenido ocasión de conversar, me habló de él… Ese hombre ha venido más de una vez a Turfan para entrevistarse con Cargamento de Quietud, que es el jefe de mi Iglesia. Los maniqueos hilan seda clandestina y los nestorianos la tejen y la hacen

circular por la China central. Las dos Iglesias se reparten el trabajo —explicó Punta de Luz.

—¡Vaya, veo que mi padre es más trapisondista de lo que suponía! Así que tiene montada una auténtica red… —dijo la joven cristiana nestoriana exhalando un suspiro y quedándose un momento pensativa, como si ahora entendiese la catástrofe que suponía el cierre de la pequeña hilandería del desierto.

—Que yo sepa, se trata de una actividad criminal, por lo menos teniendo en cuenta las leyes chinas que dictaminaron el monopolio de la seda. ¿Por qué, entonces, esas dos religiones extranjeras se entregan a un tráfico tan peligroso en mi propio país? —añadió Cinco Prohibiciones, un tanto sorprendido por las revelaciones de su interlocutor.

—La seda clandestina reporta muchísimo dinero. Los nestorianos y los maniqueos sueñan con extender la influencia de sus comunidades religiosas a la China central, que consideran su principal tierra de misión. Por eso sus Iglesias precisan de grandes medios y sin embargo no disponen de las riquezas ni de las tierras de los grandes conventos budistas —respondió el *kucheano*.

—Pero ¿no corren unos riesgos desmedidos al obrar de ese modo? Se dice que la administración de la seda se incauta de las más mínimas piezas que no lleven la fatídica estampilla. Aquellos que violan el monopolio de la fabricación se exponen a la pena de muerte —exclamó el ayudante de Pureza del Vacío.

—Todas las grandes causas conducen a quienes las defienden a servirse de mil subterfugios para conseguir sus fines. Cuando uno pugna por el triunfo de su fe no repara en los medios que utiliza… ya se trate de un nestoriano, de un maniqueo o… ¡creo yo!, de un budista —dijo Punta de Luz.

—Estoy de acuerdo contigo. Hace falta mucho dinero para infundir vida a las religiones y hacer que se desarrollen en la sociedad. Los monasterios del Gran Vehículo poseen inmensas extensiones de tierras, así como la mitad de la superficie de la mayoría de las ciudades importantes de la China central en forma de inmuebles de alquiler que les reportan rentas elevadas. Las limosnas de los más ricos permiten mantener a comunidades

monásticas que, en algunos conventos grandes, albergan a más de veinte mil monjes. Los monasterios también ofrecen albergue y comida a los más pobres.

De hecho, perciben el dinero de los ricos para mejorar las condiciones de vida del pueblo…

—¿Qué tienes en la mano? —preguntó de pronto Umara a Punta de Luz.

El hombre que Cargamento de Quietud había enviado a la China mostró a todos la mano abierta y vieron que en la palma tenía un objeto blanco de forma ahusada y unas bolitas negruzcas minúsculas.

—Lo que el jefe de la Iglesia de la Luz de Turfan quería que le trajese era esto: unos capullos y unos huevos de bómbice en fase de hibernación, lo que permite transportarlos sin que se deterioren.

Nuestro criadero de gusanos de seda quedó destruido a causa de un accidente. Me encargaron, pues, que fuera a Chang An para hacerme con lo necesario para volver a poner en marcha la producción de hilo de seda —explicó el *kucheano*, que no se atrevía a revelar a Cinco Prohibiciones que había sido él quien había destruido los insectos para ir al encuentro de Luna de Jade.

—Estoy enterada. Mi padre ha agotado prácticamente las existencias de hilo de seda y actualmente su fábrica funciona a marcha lenta —añadió Umara.

La cristiana nestoriana sostenía el capullo con los dedos de una mano y acariciaba con la otra su sedosa corteza.

—¡Qué suave!

—¡Claro, ten en cuenta que es hilo de seda arrollado! —dijo Punta de Luz.

—O sea, que el objetivo de tu viaje a Chang An era ir a buscar capullos y huevos. Pues te diré que está estrictamente prohibido pasar estas mercancías a través de la Gran Muralla si uno no quiere que lo condenen a muerte —exclamó, sorprendido aún, Cinco Prohibiciones.

—Ésa es la razón de que hayamos querido evitar la Puerta de Jade. En Chang An, sin embargo, yo tenía otro objetivo: trataba de encontrar a Luna de Jade para llevarla a Turfan.

—Ahora comprendo por qué os denunciaron. ¡Mira que llevarse a una chica guapa y unos capullos de seda! No te quedaste corto en lo que a riesgos se refiere.

—Hay que correr riesgos si la causa es noble. Desde que nací en Kuchá, la vida no me ha enseñado otra cosa.

Las dos muchachas acunaban suavemente a los bebés, a los que sostenían en brazos ante las brasas rojizas de la hoguera que no tardaría en apagarse.

—¡Tienes unos ojos muy bonitos! —dijo en voz baja Luna de Jade a Umara.

—¡Regalo de mi padre y de mi madre! Pues los tuyos no se quedaron cortos… —le replicó ésta con una carcajada.

Se comportaban como si fueran viejas amigas, casi como dos hermanas.

Las dos parejas siguieron departiendo un rato como si quisieran conocerse más a fondo, lo que hizo que descubrieran el parecido extraordinario de sus destinos, que el amor había trastornado hasta el punto de hacerles perder todos los asideros.

Los que venían de Chang An contaron que habían escapado de las brigadas especiales del Gran Censorado, mientras que los otros dijeron que habían conseguido, en pleno desierto de Gobi y en las inmediaciones de Dunhuang, burlar la vigilancia de unos parsis borrachos.

Aunque de manera encubierta, se habían dado a entender que todos compartían la opinión de que el amor estaba por encima de todo lo demás.

Y cuando, al día siguiente por la mañana, cada uno reemprendió su camino, unos hacia la gran China y otros hacia los desiertos de Asia central, se juraron espontáneamente que siempre se recordarían e hicieron votos para que, un día, la vida hiciera que sus caminos volvieran a cruzarse.

—Si en un futuro quisiera ponerme en contacto contigo, ¿dónde sería probable que te encontrase? —preguntó Cinco Prohibiciones a Punta de Luz.

—En la Iglesia de la Luz de Turfan. Si no me encuentras allí, procuraré que allí te den noticias mías.

¿Y yo a ti?

—En Luoyang, seguro. Estoy convencido de que, para entonces, habré conseguido convencer al maestro Pureza del Vacío de que me restituya al estado laico. ¡Dispongo de buenos argumentos para lograrlo! No sólo le traigo lo que me mandó ir a buscar al País de las Nieves sino que, además, el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales dispondrá ahora de dos niños divinos que las multitudes no tardarán en venerar… A partir de ahora los Gemelos Celestiales son mi mejor viático para conseguir la comprensión de mi Superior.

Poco antes de separarse, Punta de Luz tendió a Cinco Prohibiciones unos ropajes doblados.

—Aquí tienes el uniforme de soldado chino y la túnica de sacerdote taoísta de los que te hablé ayer noche. De no haberlos tenido, ahora no estaríamos aquí. Pero a partir de ahora ya no nos serán necesarios. Quédatelos, pues. Tal vez os sean útiles —dijo el *kucheano*.

—¡No querrás que me ponga a vender plantas medicinales en los mercados de China! —bromeó el ayudante de Pureza del Vacío.

—¡Quién sabe! Estoy seguro de que, con el *ma-ni-pa* y los dos pequeños, tendrías un gran éxito.

Cinco Prohibiciones se echó a reír.

—¡Jamás podrá confundirse a un monje del Gran Vehículo con un sacerdote taoísta! Nuestros maestros nos enseñaron, en el noviciado a desconfiar de la teoría de los hálitos *Qi*, al igual que de todo lo que huela a alquimia. ¡Poco faltaba para que acusasen de charlatanes a los sacerdotes del Tao!

Alrededor de ellos, las cumbres azuladas de las montañas, lamidas ya por las sutiles brumas matinales, anunciaban una hermosa jornada de invierno.

—¡Ya va siendo hora de partir! Nuestros caminos son largos por igual —advirtió entonces Cinco Prohibiciones.

—Es curioso, nos conocimos ayer y tengo la impresión de que me separo de viejos amigos —dijo con semblante pensativo Punta de Luz.

¿Cómo no compartir aquella impresión después de que las dos parejas se hubieran revelado mutuamente, sin sombra de reticencia, las razones de sus presencias respectivas en aquel desierto de piedras?

—Yo sé por qué —exclamó entonces Umara con la voz preñada de emoción. Vosotros dos os amáis tanto como nosotros dos. ¡Eso es lo que nos aproxima!

—¡Buen viaje y que el Bienaventurado Buda os bendiga! —les deseó Cinco Prohibiciones.

—¡Que el profeta Mani, intercesor de la Luz, os acompañe! ¡Seréis bien recibidos siempre en nuestra casa de Turfan! —añadió Punta de Luz.

—¡Y que mi Dios Único e Indivisible, en la indefectible bondad que es la suya, también os proteja!

¡En Luoyang, junto a nosotros, tendréis siempre una casa! —concluyó la joven cristiana nestoriana.

—¿No dices nada? —preguntó Punta de Luz a Luna de Jade, que era la única que estaba muda.

—Prefiero no tener que escoger entre Buda y el Dios Único. Creo, por el contrario, en el efecto benéfico de las estrellas de la Suerte y del Amor. Y singularmente en las constelaciones del Boyero y de la Tejedora que se encuentran cada año, el día de los enamorados, en un puente tendido expresamente por el Emperador Amarillo por encima de la Vía Láctea, que habitualmente los separa. Me parece que esas estrellas ya nos han ayudado muchísimo, puesto que cada uno ha encontrado su alma gemela —murmuró la chinita, quien con aquellas palabras reveló a su amante por vez primera el fondo de su pensamiento.

Algo separado del grupo, el *ma-ni-pa*, con los ojos entrecerrados y los brazos extendidos, balbuceó una oración.

—¿Qué haces aquí, *ma-ni-pa*? —le preguntó Punta de Luz, que lo observaba desde hacía un rato.

—Rezo al Bienaventurado Buda para que, en vuestras vidas futuras, os proporcione a los cuatro la «cosa maravillosa». Estoy convencido de que os la merecéis. ¡Om!

—¿A qué llamas tú la «cosa maravillosa», *ma-ni-pa*? —prosiguió el *kucheano*.

—Me refiero a los ojos del Bienaventurado Buda, que él dio a un pobre ciego en el curso de una de sus innumerables existencias anteriores. Un viejo lama me aseguró un día que, con esos ojos, uno encuentra

forzosamente su camino y puede acceder, como por encantamiento, a la Vía de la Liberación. Rezo para que los cuatro podáis mirar el mundo a través de los Ojos de Buda —murmuró el monje errante juntando las manos antes de tocar la frente con los pulgares unidos y de hacer varias reverencias.

Confortados por esta última confidencia y por este voto formulado con tanta sinceridad por el monje errante, Punta de Luz y Luna de Jade retomaron su camino.

Así que hubieron desaparecido sus siluetas, Cinco Prohibiciones dio a su vez la señal de partida.

Procurando no equivocarse de camino, decidió que abriría la marcha del convoy de los Gemelos Celestiales.

El viento y el polvillo que venían del desierto de arena a ráfagas intempestivas le azotaban el rostro.

Se sentía a gusto.

Aquel encuentro lo había animado. La comunidad de destino con unos seres que se amaban sin compartir la misma fe le infundía una gran serenidad.

Él, pues, no era el primero, ni el último, a quien le ocurrían estas cosas.

Aprovechando aquella calma que sentía en lo más profundo de su persona, sacó del zurrón la caja oblonga que lo había obligado a atravesar tantas llanuras, tantos altiplanos, tantos desiertos, tantos ríos, torrentes y montañas.

Como para asegurarse de que nadie se la había robado, apretó en sus manos, cual si fuera un cetro, el estuche del Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura.

¿Acaso aquel rollo no se había convertido para él en una especie de talismán?

¡Cuántos peligros había arrostrado para poder devolver a su autor aquel texto tan complejo, tan profundo, pero al mismo tiempo tan hermético, cuyo sentido oculto sólo los más grandes exégetas, los que tenían muchas lecturas y se habían entregado a muchas meditaciones, eran capaces de captar!

¡Cómo le urgía devolver aquel precioso documento a Pureza del Vacío, aquel de quién recibía órdenes!

¡Qué ganas tenía de hablarle del viaje y del encuentro con la muchacha nestoriana!

Entonces, valiéndose de la coyuntura, le imploraría perdón por haber abandonado la vía monástica.

¿Contaría, en verdad, con la comprensión del Venerable Superior de *Dhyâna*[29], aquel hombre de quién se sabía que no bromeaba con las reglas religiosas?

En caso necesario, se las arreglaría para hacer entender a Pureza del Vacío que había sido él, al enviarlo a Samyé, quien había provocado aquella avalancha de peripecias que habían desbordado por completo a su ayudante.

Y después, estaba convencido sobre todo de que la presencia a su lado de los niños divinos sería una ayuda inestimable.

¡Los Gemelos Celestiales!

¿Acaso aquellos seres minúsculos, apelotonados uno contra otro dentro del capacho, no demostraban las circunstancias extraordinarias que habían presidido la expedición de Cinco Prohibiciones a todo lo largo de su recorrido?

A buen seguro que sin ellos no se encontraría allí, a las puertas de China y en brazos de la mujer amada…

Estaba tan perdido en sus reflexiones que tardó en advertir el semblante preocupado de la hija de Addai Aggai.

—¿Por qué estás tan triste, Umara mía? ¿Hay algo que no funciona? —le preguntó.

La joven cristiana pareció titubear antes de responder, como si se muriese de ganas de revelarle un secreto que hasta aquel momento no se había atrevido a confiarle.

—¡No me despedí, en Dunhuang, del único compañero que tenía! Ya sabes a quién me refiero: al chico que cazaba saltamontes cuando nos conocimos en el peñasco. Era… Bruma de Polvo. Sin embargo, le había prometido que iría a pasear con él por el desierto. ¡Qué chasco debió de llevarse…! —acabó por confesarle a contrapelo cogiéndole la mano.

—Estoy seguro de que volverás a tener ocasión de verlo. Entonces podrás explicarle por qué no te fue posible despedirte de él antes de partir.

Estoy seguro de que lo comprenderá —exclamó en tono amable Cinco Prohibiciones.

—¿Tú crees?

—¡Estoy seguro, cariño!

Como detestaba ver la menor tristeza en los ojos de Umara, lo único que quería Cinco Prohibiciones, al hablarle en aquellos términos, era tranquilizarla.

No sospechaba que decía la verdad al predecirle que volvería a ver a Bruma de Polvo, y que el hecho ocurriría en circunstancias todavía más agitadas…

Cuando por fin pisaron tierra china después de haber sorteado el simple montón de piedras que era en aquel paraje la Gran Muralla levantada hacía casi mil años por los cien mil prisioneros de guerra capturados por el primer emperador Qin Shi Huangdi, el rostro de la joven cristiana volvió a iluminarse.

—¿O sea, que la Gran Muralla es así de baja? —murmuró, sorprendida, y sonrió después.

—¡Es increíble! —añadió el monje errante tibetano—. ¡Hemos entrado en la Gran China como entra la punta de un cuchillo en la manteca de *yak*!

XXV

DESIERTO DE GOBI

«¡Ir allí donde no van los demás!». Hacía horas que sus pasos habían guiado a Nube Loca hacia aquel punto minúsculo único situado en la línea del horizonte donde terminaba la desoladora llanura del desierto de piedras.

Poco a poco, a fuerza de ir avanzando, había acabado por advertir que aquel punto era, en realidad, un edificio y, para designarlo con más precisión, una torre.

«¡Ir allí donde no van los demás!», se repitió una vez más Nube Loca con una mueca.

Eso era lo que le ocurría a quien tenía por principio ir allí donde nadie ponía jamás los pies. A fuerza de caminar cara al viento desde hacía meses sin hacerse la más mínima pregunta, uno acababa por perderse estúpidamente en un desierto de piedras secas.

La imponente construcción que se erguía ante sus ojos no dejaba la menor duda sobre la identidad de los habitantes de las ruinas junto a las cuales había sido construida.

Se trataba, en efecto, de un edificio alto y redondo, totalmente ciego y rodeado por una escalera que se arrollaba a su alrededor cual rústica espiral.

Cuando, con mil precauciones, Nube Loca subió los escalones evitando cualquier ruido que pudiera despertar la atención de los posibles ocupantes del ruinoso edificio, comprobó, como ya había supuesto, que permitían acceder a una plataforma.

«¡Ir allí donde no van los demás!».

Ni siquiera al subir aquella escalera que le dio vértigo consiguió desterrar de sus pensamientos la maldita frase.

Al llegar arriba no pudo refrenar una exclamación de pavor a la vista del espectáculo que, por otra parte, ya esperaba.

Con un enérgico batir de sus inmensas alas, una pareja de buitres, sorprendidos en su macabro festín, se disponían a emprender el vuelo bajo un cielo profundamente azul.

En el centro de la superficie plana que coronaba la torre yacía un cadáver despanzurrado cuyos huesos, de inmaculada blancura, asomaban ya entre los jirones de carne todavía adheridos, en tanto que de las órbitas huecas de la cabeza, identificable por el amasijo de cabellos y de sangre coagulada pegada a ellos, habían desaparecido los ojos, sorbidos probablemente por los pájaros.

En cuanto al espacio restante, abandonado ahora por las aves carroñeras, estaba alfombrado por un confuso batiburrillo de desechos, cabellos y huesos.

Nube Loca no se había equivocado, pues, al pensar, así que avistó el edificio redondo, que acababa de tropezar con uno de esos santuarios *mazdeanos* llamados «torres de la muerte».

Algo sabía de la religión *mazdeana*.

Durante su periodo de formación religiosa en la universidad budista de Benarés, en aquel tiempo en que, cuando era un joven bonzo del *Hīnayāna*[30], todavía no había descubierto el tantrismo, un profesor lo instruyó en aquellas grandes religiones cuyos adeptos había que convertir.

El budismo era considerado una religión universal destinada a enseñar a todo el mundo, cualesquiera que fueran sus creencias, la Vía de la Salvación y de la Liberación, ya se tratara de las religiones indias antiguas surgidas del vedismo, con sus dioses violentos, destructores y nefastos, como *Siva y Yama*, o pacíficos y bienhechores como *Indra*, *Kama*, el dios del Amor, y *Vīsnú*, aquél cuyos innumerables avatares ilustraban la potencia y la eficacia, o se tratara de las herejías cristianas, desde los audaces nestorianos hasta los discretos nazarenos, jacobitas y otros armenios.

Pero había otras muchas religiones que seguían los caminos del Asia central.

Había religiones de esencia menos típicamente monoteísta procedentes de Mesopotamia, Siria e incluso del antiguo Egipto, con sus divinos cortejos en los que aparecían los nombres de *Mitra*, *Baal y Astarté*, *Isis*, *Esculapio* y hasta el de *Apolo*, y que, por estar demasiado lejos de sus bases, acababan por ir perdiéndose poco a poco en las arenas de los desiertos orientales.

Otras creencias, por el contrario, descubrían en ellas un terreno propicio a su expansión.

Era el caso del mazdeísmo, impuesto por los persas sasánidas como religión del Estado, que se caracterizaba por su culto a *Zoroastro*, el intercesor entre los hombres, y a las grandes divinidades duales, *Mazda* el Sol y *Ahrimán* las Tinieblas. Su esoterismo le procuraba gran número de neófitos, atraídos por sus prácticas mágicas, entre las cuales figuraba precisamente la exposición de los cadáveres en lo alto de las torres de la muerte en sustitución del lugar donde se celebraban los funerales.

La idea de encontrarse solo en pleno desierto, en lo alto de una de esas torres de la muerte, no impresionaba en absoluto a Nube Loca.

Si lo encontraban esos diablos de *mazdeanos*, ¿no se sentirían tentados de apoderarse de él y de hundirle un puñal en el corazón para después ofrecer su cadáver a los dioses y convertirlo, de acuerdo con su jerga, en un «cuerpo futuro» lavado de todo pecado?

Sin embargo, del edificio en ruinas no parecía salir ningún ruido.

Lo único que se oía era el chirrido de la puerta, a buen seguro mal cerrada.

Para quedarse tranquilo, sólo tenía que comprobarlo con sus propios ojos.

Con el corazón latiéndole desaforadamente, dispuesto a hundir su espada en el vientre de un posible atacante, bajó de la torre y se dirigió con paso precavido hacia la puerta bamboleante.

La puerta oscilaba en el vacío.

La única habitación visible estaba vacía. En su interior reinaba un olor a quemado y a rancio. Aún quedaba sobre el fuego apagado una tetera colocada sobre una trébede de bronce. Al tocarla, comprobó que estaba fría.

Daba la impresión de que el santuario *mazdeano* había sido abandonado.

Pero de repente, de sus piernas se apoderó una sensación de frío que fue subiéndole vientre arriba hasta el corazón, donde se transformó en tenaza.

Como de costumbre, el dolor era tan atroz que habría sido inútil de todo punto luchar contra él.

Sabía muy bien que no desaparecería hasta que ingiriese una de sus píldoras negras.

Desde que, hacía bastantes años, las probara por vez primera, había potenciado su composición gracias a la colaboración de un mercader chino que traficaba con opio. Éste le había explicado la manera de conseguir la pasta *yangao* a partir del jugo blanquecino y pegajoso que producía la cápsula incisa de la amapola, esa planta que los griegos llamaban *opion* y los persas *apyun*, nombre de la región turca de la que era originaria, en tanto que los médicos latinos, que conocían mejor sus propiedades, no tardaron en llamarla *papaver somniferum*.

Esa leche de la amapola, dejada a la intemperie, iba transformándose progresivamente en una pasta oscura a la que los chinos aplicaban el bonito nombre de *fushougao*, «sustancia pastosa que proporciona felicidad y longevidad».

Bastaba con dejar que se pusiera rancia envolviéndola con hojas de amapola para obtener unos panes negruzcos que podían llegar a conservarse diez años y cuyo transporte se efectuaba a lo largo de la Ruta de la Seda en cofres de madera de mango.

La pasta de la felicidad y de la longevidad generaba rápidamente un hábito del que uno quedaba prisionero. Éste había sido el caso de Nube Loca.

Las crisis lo cogían por sorpresa en cualquier momento de la jornada y cuanto más tiempo pasaba más frecuentes eran, lo que le obligaba a aumentar la dosis de la droga y lo arrastraba a un ciclo infernal del que no cabía la esperanza de escapar algún día.

Entonces, con la boca crispada por el dolor provocado por los calambres del estómago, no pudo hacer más que volver, vacilante, al pie de la torre de piedra para sacar una bolsita de cuero del zurrón que allí tenía. Con mano

temblorosa, sacó una píldora salvadora que se apresuró a tragar mientras cerraba los ojos y su cuerpo se veía sacudido por estremecimientos.

«¡Ir allí donde no van los demás!…».

Volvía la obsesión de siempre, despertando en su cabeza, pronta a estallar, el mismo refrán lancinante.

Pero así que tuvo la píldora debajo de la lengua, ¡oh, milagro!, acabó todo y el dolor fue disipándose al tiempo que el delicioso olor a miel, canela y tomillo que emana el opio inundaba sus fosas nasales y su boca saboreaba un exquisito frescor.

Sentado en el primer escalón de piedra de la torre de la muerte, Nube Loca, agobiado y despavorido, pero en cierto modo aliviado, trataba por todos los medios de hacer el vacío en su espíritu.

Pero todo era en vano, ya que, impresionado por el espectáculo de la torre de la muerte, no dejaba de pensar ni un momento en el camino que, desde su nacimiento, lo había llevado hasta aquel lugar lúgubre donde se sentía desesperadamente solo.

Ante él, hasta donde se perdía la vista, se extendía un desierto de piedras grises que únicamente frecuentaban las aves rapaces volando en lentos remolinos sobre su cabeza.

En medio de aquel ambiente hostil y mineral que no era grato atravesar en las horas cálidas de la jornada, había que ser serpiente, escorpión, insecto venenoso o planta desmedrada o cubierta de púas como un erizo, para contar con una mínima posibilidad de supervivencia…

Puesto que la supervivencia se apoyaba en la eliminación del otro… ¡Sí, así de desmedido era el precio de la vida en el desierto!

¡Cuán lejanos le parecían aquellos tiempos de su primera infancia, cuando sus padres, tan pobres que apenas si podían alimentarlo convenientemente, depositaron a su mofletudo hijo de cabellos ensortijados en el noviciado del convento *hinayanista*[31] del Despertar, situado en las afueras de la ciudad india de Benarés, nada menos que en el lugar preciso donde el *Buda Gautama*, sentado a la sombra de la higuera sagrada, se sintió iluminado y despertó!

Aparte de que así dispensaba a sus padres de subvenir a su sustento, situar a su hijo mayor, que entonces no se llamaba Nube Loca sino Rahula,

como el hijo de Buda, suponía también la garantía de beneficiarse de un aliado de peso en la esperanza de una reencarnación mejor, puesto que así consagraría su vida a la oración, a la meditación y a las buenas acciones.

Por otra parte, tan sólo los monjes consagrados podían alcanzar el nirvana.

En este punto, la enseñanza de Buda estaba exenta de toda ambigüedad: para escapar definitivamente al dolor del mundo y con el riesgo de renacer bajo una forma menos brillante que la que se había abandonado, era preciso aceptar el hecho de consagrarse por entero a la búsqueda de la Vía de la Salvación.

Así fue como, por espacio de veinte años, el joven Rahula fue primero un novicio cabal y después un monje ejemplar al servicio de la *samgha* del Despertar, una de las comunidades monásticas indias más prestigiosas.

En el convento del Despertar se convirtió en modelo para sus congéneres.

Siempre el primero en levantarse y el último en acostarse, contrariamente a lo que hacían los demás novicios, no desdeñaba ninguna tarea doméstica por humilde que fuera, a pesar de las agotadoras jornadas de quince horas invertidas en copiar centenares de páginas de sutras que, además, era preciso aprenderse de memoria y que los maestros de oración hacían recitar incansablemente, todas las noches, a sus jóvenes alumnos.

Además, a partir del momento en que cumplió los diecisiete años, el novicio Rahula fue uno de los neófitos más jóvenes del monasterio que gozó de la autorización expresa para profesar votos de monje pleno.

Diecisiete años era, por otra parte, la edad mínima exigida para profesar.

El recuerdo del día de su ordenación mayor, la *upasambada*, volvía a su memoria como si hubiera ocurrido la víspera.

Con gran emoción y a pesar de su estado de conciencia permanentemente alterado, recordaba la alegría infantil que había sentido al pronunciar la frase mediante la cual el suplicante «imploraba a la comunidad que lo acogiera en su seno a fin de hablar verdad y hablar lo justo».

Cuando su maestro preceptor le entregó el cuenco de las limosnas y las tres túnicas de color azafrán que debían durarle hasta la muerte, lloró.

A partir del día de su *upasambada*, Rahula sabía que sólo debía esperar diez años para convertirse en *thera* o «antiguo», es decir, en monje capaz de enseñar a los demás la Divina Palabra del Bienaventurado.

Pero a pesar de sus cualidades intrínsecas, de su fe inquebrantable y de su afición al trabajo, Rahula no llegó a convertirse nunca en lo que llamaban un *thera*.

Porque de camino ocurrió un hecho extraordinario que lo desvió de la ruta que se había fijado.

Su descubrimiento del tantrismo hizo que se inclinara hacia el bando de los pecadores, al tiempo que le hacía calibrar hasta qué punto era absurda e incluso hipócrita la repulsión que el Pequeño Vehículo decía sentir frente a las prácticas sexuales.

En efecto, Rahula se encontró por primera vez en brazos de una mujer que no le regateó nada.

Sería decir poco afirmar que, en el noviciado del monasterio del Despertar, todo se encaminaba a impedir cualquier solicitud de los sentidos entre los jóvenes novicios.

Y al mismo tiempo que conoció la realidad del amor físico, Rahula tuvo la incomparable experiencia de lo que los *tántricos*[32] llaman el «éxtasis de los sentidos»: el placer compartido, nacido de la unión de dos cuerpos ardorosos, que acercaba el amor físico a la experiencia mística de la comunión con lo sagrado.

Para Rahula, la revelación de que misticismo y erotismo podían unirse en un todo supuso una gran conmoción que lo llevó a reconsiderar e incluso a poner en tela de juicio las creencias, prácticas y reglas que sus superiores le habían inculcado hasta entonces y que él había dado siempre por sentadas.

Ahora estaba convencido de que el amor y lo divino formaban un todo, pese a que las autoridades religiosas se esforzaban en ocultar esa evidencia a sus fieles.

¿No se decía acaso que un santo o *arhant*[33] podía alcanzar el éxtasis en el curso de una meditación, a semejanza del hombre y la mujer cuando alcanzan juntos el orgasmo?

Ahora bien, las reglas que rigen la vida de los religiosos del Pequeño Vehículo eran muy claras: el monje o la monja que sucumbían a una de las trece *sanghadisesa* o «faltas graves», entre las cuales figuraban por supuesto las prácticas sexuales, dejaban de tener un sitio en la comunidad.

A Rahula le costó muy poco hacerse perjuro del voto de castidad que pronunciara un día.

Por otra parte, jamás había sentido la menor vergüenza o el menor remordimiento por haber elegido aquella corriente religiosa que llamaban «tantrismo».

«Tantra» era una palabra sánscrita particularmente compleja que designaba a la vez la «trama» y la «doctrina».

De acuerdo con la experiencia de Nube Loca, el tantrismo era algo más que una simple práctica singular del budismo o de las demás religiones de la India.

A decir verdad, los inventores del tantrismo habían hecho que éste se erigiera en verdadera «postura religiosa» y en verdadera «religión de las religiones».

Nacido en la India hacía aproximadamente un siglo, lo que lo convertía en corriente religiosa muy reciente y en pleno florecimiento, el tantrismo se caracterizaba esencialmente porque propugnaba la libertad de sus adeptos en relación con la moral sexual.

Mediante la mezcla de teorías y prácticas esotéricas, después de una iniciación secreta, los llevaba a descubrir los ritos y creencias que hacían del éxtasis sexual una filosofía y les infundía un sentimiento desbordante de libertad y de fuerza.

El tantrismo pretendía elevar al hombre al nivel de los dioses y de los seres superiores, como los *bodhisattva* y los budas.

Gracias a su práctica, sus adeptos podían aspirar finalmente a la igualdad con todos los dioses.

Pero lo que Nube Loca, al igual que los demás iniciados, no decía nunca, puesto que se trataba de algo inconfesable, era que el tantrismo consistía esencialmente en una práctica del placer sexual ritualizado hasta el límite, un juego amoroso en el que se daba aliento a todas las experiencias y se permitían y hasta se recomendaban todos los excesos.

El placer sexual, sólo el placer sexual, había convertido a Rahula en Nube Loca, un hombre distinto, irreconocible, muy apartado del monje casto y puro que fuera en otro tiempo.

Su primer contacto con el tantrismo había empezado por la vía olfativa.

¡Cuán lejos estaba de sospechar lo que le esperaba cuando, con intención de mendigar comida, entró en aquella construcción destartalada y oscura situada al fondo de un patio, en el barrio de los curtidores de Benarés!

En medio de un sofocante hedor a excrementos que se pegaba a la garganta e inducía casi al vómito cuando uno se paseaba por los callejones del barrio, entre las carretas y carretillas cargadas de montones de pieles chorreantes, al piadoso monje Rahula le sorprendió de entrada el delicioso aroma de incienso y mirra que salía del fondo del edificio en el que acababa de entrar.

Superada la pestilencia que invadía el ambiente, le asaltó la extraña impresión de que le tendía sus brazos abiertos una especie de refugio idílico, como si, al abandonar la pobreza y la suciedad de la inmensa ciudad, acabaran de invitarle a penetrar en un mundo divino.

Algo que le pareció a la vez curioso e irreal.

Jamás había percibido tan maravilloso perfume.

Porque detrás de los perfumes de incienso y mirra, su nariz había captado los sutiles efluvios del clavo de olor, del toronjil y del benjuí como si fueran las notas cristalinas de una partitura musical de la que fueran ornamento.

Rahula ya se sentía en otro sitio, casi como si flotase en una nube, cuando sus pasos lo condujeron a través de un largo y sinuoso pasillo hasta un lugar donde no se veía nada, tal era la cantidad de humo que lo llenaba.

Le pareció distinguir en él las llamas de un quemador sobre el cual se encontraba suspendida una cazoleta que probablemente contenía sustancias aromáticas.

Además, cuanto más se acercaba a las llamas, más sentía subírsele a la cabeza el humo que se escapaba de la cazoleta.

Era de allí de donde venían los divinos efluvios.

Y también era aquél el lugar hacia el cual se sentía irremediablemente atraído.

Pero por encima de aquellas sensaciones olfativas tan embriagadoras había descubierto otra cosa mucho más sutil aún: una voz de mujer dulce y aflautada.

Se había dirigido a él en el momento preciso en que penetraba en la nube olorosa, tan densa que, cual muralla algodonosa y azulada, se le antojó infranqueable.

—¡Entra, no tengas miedo! ¡Sigue adelante y no lo lamentarás!

Tales fueron las palabras pronunciadas por la mujer, que lo empujaron hacia el seno de la muralla algodonosa, tan azul que su intensidad cromática se le hizo insoportable.

—¡No tengo miedo! ¡Me siento tan bien! ¡Ya me siento en el paraíso! ¡Estoy en los brazos de Buda! —replicó, perturbado ya su espíritu por el humo del opio.

Y todo lo demás había sido por el estilo.

El pobre Rahula acabó por oír su propia carcajada como si fuera otro quien se había reído, dándose perfecta cuenta del carácter blasfematorio de las palabras que acababa de pronunciar, pero sin que ello le preocupara demasiado.

El joven monje no sabía nada de los efectos euforizantes de las sustancias alucinógenas que ahora inhalaba a pleno pulmón y cuyas consecuencias de habituación repercutirían irremediablemente en su organismo hasta el punto de convertirlo, a partir de aquel día famoso, en dependiente de la ingesta cotidiana de opio, rejalgar y *triaca*[33a] contenidos en las pequeñas píldoras negras.

—¡Avanza un poco más! —dijo la voz femenina.

Como un borracho, riendo a carcajadas, dio unos pasos en dirección a la voz con la impresión de estar andando sobre la nube azulada que llenaba la sala, cuando tropezó con una cosa suave.

Al extender los brazos, comprobó que se trataba de un cuerpo de mujer.

Así fue como se vio proyectado sobre la persona que lo había llamado y olió el jazmín y la canela con que perfumaba su piel dorada.

De la nariz le pendía un aro con un gran diamante.

Pero lo más curioso era que aquella mujer le sonreía.

Veía muy bien sus dientes brillantes como perlas en el carnoso joyero de sus labios oscuros.

Tras haberla mirado y apreciado desde la cabeza a los pies, se dio cuenta de que estaba enteramente desnuda.

Entonces, a pesar de que su euforia iba en aumento, Rahula experimentó una conmoción tan intensa que poco faltó para que se cayera de espaldas ante aquella primera visión de un cuerpo de mujer adornado sólo con las alhajas que le son propias.

Ante la mirada asombrada del muchacho, que a duras penas conseguía mantenerse de pie, aquella soberbia criatura le tendió las manos.

Vista de cerca, la piel oscura de la mujer resaltaba por contraste con el collar de cuentas doradas que llevaba en el cuello y con los pesados brazaletes de plata que le ceñían las muñecas y los tobillos.

Pese a la nube de vapor perfumado que la aureolaba, distinguía claramente sus formas afinadas y sus muslos, generosamente abiertos.

Su cuerpo debía de ser glabro de pies a cabeza, ya que los labios rosados de su sexo entreabierto hablaban claramente, aunque Rahula nada sabía, en aquellos momentos, del estado de excitación que poseía a aquella mujer.

El joven monje del Pequeño Vehículo estaba fascinado por aquella extraña boca de labios finos que se abría en el bajo vientre de la bella desconocida.

Aquel orificio nada tenía que ver con el apéndice de que él estaba provisto.

Pero lo verdaderamente increíble era que la boca palpitante de aquella mujer se hubiese puesto a cantar.

Los efluvios del opio hacían su efecto, aunque esto el joven monje entonces lo ignoraba.

Pero sí, para estupefacción de Rahula, la boca de abajo le estaba hablando.

Le murmuraba palabras tiernas…

Al mismo tiempo no tardó en sentir que, bajo su túnica color azafrán, su sexo se endurecía hasta el punto de convertirse en un bulto desagradable y

molesto que no sentía necesidad de ocultar, hasta ese punto lo desinhibían los vapores que había inhalado.

Al ver aquello, la mujer le cogió la mano y se la dirigió hacia la punta de uno de sus senos, duro como una gema, mientras que la piel de su vientre, que a continuación ella le hizo acariciar, era suave y caliente.

Para Rahula, que estaba extático, era algo nuevo y, sobre todo, algo extraordinariamente agradable.

Después la mujer se pegó a él e introdujo la lengua en la boca del joven monje, que no salía de su asombro.

Jamás habría imaginado que una lengua extraña a la suya pudiera ser tan agradable como una golosina.

Había notado después que una mano de la mujer le acariciaba la punta del sexo endurecido, mientras la otra lo despojaba de su túnica monástica.

Finalmente se arrodilló delante de él como si fuera una efigie de Buda ante la cual se preparase a hacer una ofrenda.

¡Qué fue sorprendente y extraordinariamente deliciosa!

La lengua de la sublime desconocida se puso a chupar y a lamerle el sexo, erecto como un *lingam*[34], aquel símbolo fálico al que los sacerdotes tributaban el culto de la puja vertiéndole encima la leche y el agua sagrada del Ganges que se derramaba en el *ioni*[35], el recipiente de piedra que representaba el sexo de la mujer, antes de ungir el símbolo sagrado con manteca y pasta de sándalo mezclada con pétalos de flores en señal de reconocimiento.

¡Qué delicioso le pareció a Rahula el contacto húmedo y cálido en la piel fina y ardiente que coronaba lo que entonces descubrió era su instrumento de placer!

¡Cómo deseó que permaneciera a sus pies durante horas hasta que ocurriera aquella especie de liberación final cuya salida presentía a medida que las vibraciones, cada vez más intensas, siguiendo la cadencia de los latidos de su corazón, recorrían su sexo mientras la mujer lo aspiraba ruidosamente!

Ella gemía igual que él al cogerle la mano e introducirle dos dedos en aquella boca suya del bajo vientre…

El interior de aquella boca desprovista de lengua todavía era más cálido y húmedo que el de la otra boca que acababa de besarlo y que ahora sorbía su *lingam*.

Fue entonces cuando sintió que lo aspiraban dos bocas.

No habría sabido decir cuál de las dos era más osada, pero se abandonó de buen grado a ambas.

El instinto lo llevó a mover los dedos en el *ioni* de la bella desconocida, lo que provocó en ella tales gemidos que él, neófito aún en las lides amorosas, hubo de preguntarse si la lastimaba.

La mujer, en quien la escalada del goce ya se hacía estertor, había empezado a acariciarse los pechos con la mano que tenía libre.

Como buena experta, sabía orquestar magistralmente el avance de su propio placer.

Justo cuando el monje ya presentía que todo su cuerpo, desde la cabeza hasta el vientre, iba a estallar como estalla el tapón de lava antes de la erupción del magma incandescente, y que todas las fuerzas subterráneas reprimidas en su interior desde su nacimiento iban por fin a liberarse, la visión de un hombre a su lado interrumpió brutalmente el impulso que lo arrastraba.

Parecía como si el individuo observase con interés la maniobra a la que se entregaba la mujer, que había convertido a Rahula en aquella pompa de deseo pronta a estallar.

La presencia del intruso tuvo un efecto inmediato en su ardor: actuó como un cubo de agua fría sobre una hoguera.

Muerto de vergüenza, Rahula extrajo los dedos y el sexo de las dos bocas de la mujer y después se recompuso la túnica con gesto apresurado.

Algo más sereno y presa de un intenso dolor de cabeza, advirtió que los vapores olorosos se habían esfumado de la sala y que de la cazoleta no se escapaba ya humo alguno.

El hombre que acababa de interrumpir sus expansiones llevaba únicamente un calzón holgado de algodón blanco.

El color de su piel era cobrizo como el de la mujer.

Su torso desnudo de asceta, plano y nudoso como una tabla de sicomoro, ostentaba amplias cicatrices oscuras y una de sus tetillas, negra y

grumosa como una mora, estaba perforada por un grueso aro de bronce.

Tenía el rostro demacrado y la mirada encendida de los yoguis —tan temidos por el *Hînayâna*- consagrados al misticismo, como los que se veían en las esquinas de ciertas calles de Benarés, entregados a funestas mortificaciones.

Sus largos cabellos blancos, recogidos en un moño en lo alto del cráneo, contrastaban con el aspecto juvenil de su rostro enjuto, de rasgos finos, en el que no se veía ni una sola arruga.

—¡Bienvenido! —exclamó el hombre, que se percató al momento de la súbita turbación experimentada por Rahula.

—¿Dónde estoy? —le preguntó éste, tratando de disimular su desconcierto.

Entre las piernas del joven monje, el sexo, que trataba en vano de esconder bajo las palmas de las manos abiertas, pero que había quedado al descubierto fuera de su túnica, seguía erecto como el asta de un estandarte desplegado al viento.

Pero la situación no parecía cohibir lo más mínimo al desconocido, que se apresuró a sonreírle.

—¡Has llegado en pleno rito tántrico! ¡Pareces dotado para las prácticas sexuales! ¿Cómo te llamas? —preguntó el asceta de pecho taladrado.

—Rahula. Como el hijo del Bienaventurado. Soy monje budista.

—¿Te gusta lo que te he hecho? Pues a mí me ha encantado el sabor exquisito de tu *lingam*, mi encantador Rahula —dijo, zalamera, la mujer, que acababa de ponerse de pie y ya se disponía a abrazarlo.

La cordialidad que le tributaban había contribuido a disipar el apuro que sentía Rahula, que había dado una respuesta directa como la trayectoria de una saeta.

—También a mí me ha encantado la sensación que me han procurado tus dos bocas.

—¡Pero si no tengo más que una! Eso que tengo en el bajo vientre y que tú tomas por una boca es mi *ioni* —exclamó la desconocida, muerta de risa, mientras el hombre también soltaba una carcajada.

—He tenido la sensación de estar en el camino de la Liberación… ya sabéis a qué me refiero, la Gran Liberación sobre la cual nos instruyó el

Gautama antes de entrar en el *Parinirvana*[36]. Antes de esto yo no podía imaginar en qué consistía, pero ahora empiezo a comprenderlo todo mucho mejor —murmuró Rahula, totalmente hechizado.

—¡Había que dejarte proseguir hasta el final! ¡No te habría decepcionado! —exclamó el hombre.

—Pero es que… me habéis dado miedo. Y además tenía un poco de vergüenza —añadió con absoluta candidez el joven monje.

—La próxima vez descubrirás el placer total. Entonces verás lo bueno que es. Es algo tan delicioso y agradable a la vez para el cuerpo y el espíritu que te será imposible prescindir de ello —concluyó el hombre del pecho perforado por un aro de bronce.

—Cuando entré aquí no me esperaba todo esto.

—No debemos sentir vergüenza alguna durante nuestros rituales… Debes compartirlo todo sin la menor reserva, el placer sexual debe llegar hasta el final. Tú entrégate por completo y no lo lamentarás —le susurró el hombre habiéndole al oído, después de lo cual hizo un gesto a la mujer, que volvió a arrodillarse ante él y esta vez le dio placer.

Y como desenlace último de una tensión extrema, sintió por vez primera aquella increíble explosión del goce que le arrancó un irreprimible gruñido que fue creciendo hasta convertirse en el rugido de una fiera, al tiempo que tenía una deliciosa impresión de liberación, como si todas las fibras de su cuerpo esperasen desde siempre aquel instante.

Seguidamente, al neófito extenuado por el delicioso tratamiento al que lo había sometido la mujer de piel oscura y brillante, el asceta le explicó con más detalle lo que estaban haciendo en el momento en que éste los había descubierto…

—Acabamos de cumplir con nuestro rito semanal, cuyo fin es acercarnos a la Liberación. Es la mejor manera de comprender realmente la *Sunyata*[37].

—¿Te refieres a esa «vacuidad universal» de tan difícil comprensión para nosotros, pobres humanos? —le preguntó el joven monje muy sorprendido.

—¡Sí! Contrariamente a lo que se cree, la Liberación se alcanza a través de la libertad sexual.

Nuestros enemigos, que en realidad están celosos, nos acusan de celebrar rituales escandalosos y atroces, cuando nosotros nos limitamos a asociarles la multitud de divinidades cuyos nombres nos han revelado los *siddhas*[38]….

—Mis maestros me enseñaron, en efecto, que la *Sunyata* se alcanza a través de la meditación y la oración…

—Créeme si te digo que nuestro método es más eficaz que el que os inculcan a vosotros. Además, os hablan de la meditación como si fuera una ciencia que pudiera aprenderse.

—¿De qué divinidades hablas? —le preguntó Rahula, a quien, como por arte de encantamiento, le había desaparecido el dolor de cabeza y ya empezaba a sentir un dulce torpor que lo invadía de pies a cabeza.

—Hablo de *Indra*, *Yama*, *Mara*, *Sakti*, *Mahakala* e incluso de *Ganapati*, el dios elefante —respondió el hombre del moño.

—¡Pero ésos son los dioses de las religiones antiguas, aquellos que debemos abandonar, según nos enseñó el *Gautama*! —exclamó, estupefacto, Rahula.

—Pues bien, lo comprenderás todo, joven monje, cuando te haya explicado que el tantrismo abraza todos los cultos. ¡No disgusta a *Gautama* ni a los demás dioses! —decretó solemnemente el hombre del moño con voz estentórea.

Después, ante los ojos pasmados de Rahula, se quitó los holgados calzones blancos que llevaba y dejó que éstos descubrieran su enorme falo turgescente que, curiosamente, estaba adornado con un collar de perlas que hacía resaltar sus venas violáceas.

—¿Qué es un *siddha*? —consiguió articular el pobre Rahula.

Había hecho acopio de las últimas fuerzas que le quedaban para no sumirse en la inconsciencia hacia la cual lo empujaba el torpor en el que estaba cayendo.

—Ese hombre es un *siddha*, es decir, un «perfecto», un «santo». Se llama Luyipa. Es el primero entre todos ellos —exclamó la mujer señalando al hombre del moño, cuyo sexo enorme, ahora erecto como una espada, había emergido del collar de perlas.

El increíble instrumento parecía una de esas divinidades monstruosas totalmente desprovistas de ojos, boca y nariz cuya forma adoptaban ciertas estatuas-columna de los templos primitivos que el monje del Pequeño Vehículo había tenido ocasión de visitar alguna vez.

—Así pues, eres un santo *arhant*, como aquel de quien habla Buda —dijo Rahula, ya al borde del síncope.

—¡Sí! Un ser que no es totalmente hombre ni totalmente dios —respondió, perentoria, la mujer.

—Entonces, ¿por qué se prohíbe a los monjes de mi especie tocar siquiera un cabello de una monja?

—Ésas son cosas adecuadas para los necesitados, para todos aquellos que precisarán diez mil vidas antes de alcanzar el estadio en que les será posible la Liberación. Nosotros, los adeptos del Tantra, preferimos tomar un atajo antes que caminos secundarios —exclamó la mujer, cuya boca de arriba era evidente que tenía respuesta para todo.

—Cuanto más infrinjas las Cinco Prohibiciones, que son el robo, el asesinato, la borrachera, el desenfreno y la mentira, más pruebas tendrás de su divina enseñanza. No todo el mundo está sujeto a un comportamiento tan poco conforme, pero créeme si te digo que mi experiencia me enseña que ésta es una forma mucho más radical de encontrar el camino de la Liberación —añadió Luyipa con su voz cavernosa.

—¿No te parece paradójico tomar tan a contrapelo las prohibiciones del *Vinayapitaka*? —se atrevió a preguntar Rahula.

—Cuando te encuentras delante de una rueda, está en tus manos la decisión de hacerla girar hacia la derecha o hacia la izquierda. En los dos casos, el punto más alto pasa a ser el más bajo y viceversa.

El que se atreve a ir allí donde no van los demás es forzosamente el más fuerte de todos —afirmó el hombre de la tetilla perforada.

¡Ir allí donde no van los demás!

Ésa era la frase que, a partir de aquel momento, Rahula no dejó de repetirse y que lo obsesionaba sin cesar día y noche.

—Considera un momento lo que voy a hacer y que te sirva de ejemplo —le gritó de pronto Luyipa agarrando por las orejas un conejo blanco que había sacado de un saco de yute que tenía en el suelo.

Ante los ojos asombrados de Rahula, Luyipa separó de un golpe seco la cabeza del animal del resto de su cuerpo antes de llevarse a la boca, como si de una calabaza se tratara, el orificio que se abría, chorreando sangre, en la base del cuello del mamífero.

Cuando apartó el cadáver del conejo de sus labios, toda la parte inferior del rostro del asceta se había convertido en una máscara bermeja.

Rahula, cogido por sorpresa, no pudo evitar un alarido de terror.

—¡No hay que tener miedo! Júrame que la próxima vez no gritarás.

—¡Anda, mi querido Rahula, júralo! —remachó la mujer.

—¡Lo juro! ¡Lo juro! —logró murmurar, así que terminó el macabro ritual de sangre y horror.

De hecho, de aquel segundo estado no logró salir nunca más en la vida.

A pesar de la repulsión que le provocó el sacrificio abyecto del conejo, Rahula sólo tenía prisa para volver a saborear la impresión de que era una pompa de deseo cuyo estallido le provocaría un delicioso placer.

El joven monje estaba muy lejos de sospechar que las drogas habían decuplicado el placer y que jamás podría prescindir de aquella intensidad del goce.

Desde aquel primer encuentro, Rahula tuvo la sensación un tanto extraña de que aquellos dos desconocidos, adeptos a un ritual erótico y secreto, lo habían adoptado.

A fuerza de inhalar sustancias opiáceas, sólo se acordaba vagamente de la unión sexual con la que había terminado el primer rito y de los comentarios con que Luyipa y la mujer totalmente lampiña habían acompañado sus posturas y sus técnicas, como si su intención fuera iniciar al joven discípulo que el azar les había deparado.

Por otra parte, recordaba perfectamente las palabras que habían intercambiado.

—Nosotros copulamos todos juntos para provocar el *Maithuna*, es decir, la unión placentera entre la identidad del *Samata* y la gran felicidad del *Mahasukha* —explicó Luyipa entre dos estertores, mientras los labios pulposos de la mujer tragaban su enorme sexo hasta la primera sarta del collar de perlas.

—¿Quieres terminar el rito con nosotros? En ese caso participaríamos los tres —le propuso Luyipa.

—¡Oh, sí, acepta, por favor, querido Rahula! ¡Tengo tantas ganas!

Abandonando el sexo del asceta, la mujer volvió a arrodillarse a la manera de las orantes, en medio de una especie de bruma, delante de la cintura del joven monje.

A partir de ese momento, en la cabeza de Nube Loca comenzó a mezclarse todo.

Como las sustancias alucinógenas que había inhalado habían alcanzado todo su efecto, del recuerdo del primer ritual de *Maithuna*, practicado alternativamente, y después a tres bandas, con el hombre y la mujer, no le quedaba otra cosa que unas vaharadas en las que se mezclaban el éxtasis, el bienestar y también deliciosas tensiones seguidas de liberaciones fulgurantes y dolores sutiles que, por paradójico que parezca, terminaban siempre en placer…

Ésa había sido la sensación que había experimentado al sentir el sexo del asceta que se introducía en su orificio posterior, antes del ir y venir que precedió a la curiosa oleada que le inundó el vientre y le alcanzó hasta la punta del sexo, algo que le pareció que nunca acabaría de vaciarse del todo, hasta el punto de que al final del rito ya no quedó ni una gota de licor para que lo recogiera la boca insaciable de la mujer, cuyos gemidos se transformaron en alaridos sólo interrumpidos por aquella frase que lo hizo reír igual que si fuera un niño:

—¡Oh, cómo me gusta, Rahula! ¡Qué bueno es esto, Rahula! ¡Qué buen sabor el tuyo, Rahula!

¡Cómo me gusta el sabor de tu *lingam*, Rahula!

Al final de este *Maithuna*, llevado al extremo, aquel que tomaría el nombre de Nube Loca apenas si tuvo ya conciencia de nada.

Le pareció que flotaba en una nube azul y después se durmió vencido por el agotamiento.

Vino a despertarlo la voz del asceta.

De pronto apareció su rostro, inclinado sobre el del joven monje, tendido boca arriba en el suelo.

No se acordaba ya de dónde estaba.

Los carbones del fuego ritual, ahora totalmente apagado, que se encontraba junto a él, lo llamaron a la realidad.

Su cráneo le provocaba tales sufrimientos que le costaba mantener los ojos abiertos y, cuando los entreabría, todo lo que veía era azul.

—Ahora que ya eres un iniciado, debes convertirte, Rahula, ya que de lo contrario no saldrás vivo de aquí. ¡Los cultos *tántricos* deben permanecer secretos!

La voz de Luyipa, de ronco acento, no dejaba lugar a ninguna duda con respecto a su decisión.

Su mirada era dura, tan dura como la punta afilada del puñal que tenía apoyado en la garganta de Rahula.

Pese a la nube de niebla azulada en que estaba inmerso, Rahula no tenía miedo de la hoja del puñal, cuya presión en la carne ya comenzaba, sin embargo, a provocarle dolor.

—¿Ya no os quedan más perfumes que quemar? ¡Tengo la cabeza como una bola de fuego! —gimió.

Parecía importarle un bledo el arma del asceta, en cuya punta ya perlaba una gota de sangre,…

Y de pronto la niebla azulada se tiñó de rojo.

Rahula, y con razón, ignoraba que estaba pasando por una auténtica crisis de abstinencia.

—¿No te das cuenta de que ese chico está sufriendo, Luyipa? De nada sirve intimidarlo. ¿Cómo quieres que nos traicione? Él guardará silencio. ¡Tiene tantas ganas de volver a empezar! Me he dado cuenta durante el ritual. ¿No es verdad, querido Rahula, que tienes ganas de volver a sentir dentro de ti la subida de la *kundalinî*[39]? —murmuró la mujer, que se inclinó a su vez sobre él.

Entre los vapores de la nube rojiza, veía moverse sus labios. Su boca de arriba era tan carnosa como la de abajo.

—Ten por seguro que estaría dispuesto a empezar de nuevo en seguida —se oyó balbucear—. Pero ¿a qué llamáis «kundalinî»?

—Es el ritual tántrico —respondió Luyipa— y su función es canalizar la energía cósmica contenida en el ser humano. Adopta la forma de la

kundalinî. Esa serpiente hembra, agazapada en la base de la columna vertebral, se despliega entonces hasta la cabeza.

—¿Es, pues, lo que percibí en mí, esa dulce vibración que salió de mi entrepierna y que me subió después hasta la frente?

—¡Sí! Antes de alcanzar el cerebro, el divino reptil *kundalinî* tuvo que atravesar dentro de ti los *sakra*[40] y los *padma*[41] de tu cuerpo sutil, compuesto de setenta y dos mil canales y centros.

Allí era, en efecto, en medio del cráneo del yogui tántrico, donde la energía femenina de la *kundalinî* se unía con el principio divino masculino.

En aquel momento, el nivel de conciencia del adepto que llegaba a «rezar sin saberlo», capaz de recitar *mantras*[42] que no había aprendido en su vida, alcanzaba la misma altura de un dios.

Y esas fórmulas fonéticas que acompañaban la inexorable ascensión de la energía cósmica representaban un inefable lenguaje sagrado que sólo la fuerza de la *kundalinî* era capaz de aportar a los seres.

—¿Quieres ser, pues, un adepto del Tantra Secreto, mi querido Rahula? —preguntó entonces el asceta de la tetilla perforada apartando la punta de su puñal del cuello del interesado.

Luyipa lo hizo sentar junto a una de las paredes de la habitación antes de meterle debajo de la lengua una pequeña píldora oscura.

Poco después se disipó la nube roja que le enturbiaba la vista, así como la bola de fuego que hasta aquel momento le ocupaba el interior del cráneo.

Era un fruto maduro a punto de caer del árbol…

—¡Gracias a ti he comprendido por fin qué significa la Liberación! Estoy convencido de que el método es bueno —susurró.

—¿No ves, mi querido Luyipa, que tú que desde hace tanto tiempo buscabas un verdadero discípulo, acabas de encontrarlo en él? —le murmuró la mujer—. ¡Aquí tienes a tu discípulo! Podrás comunicarle lo que no te atreviste nunca a comunicar a los demás —añadió con dulce acento.

La mirada de Rahula se cruzó con la suya y, cuando ella le sonrió, todavía le pareció más bella que en el momento de descubrirla, en medio de la nube azulada que la aureolaba, envuelta en aquel olor a miel, tomillo y canela que aún embriagaba al joven monje como si siguiera respirándolo.

—Vas a adoptar el nombre de Nube Loca y vendrás aquí todas las semanas para practicar con nosotros la unión del *Maithuna* —le ordenó el *siddha* Luyipa agarrándolo por el cuello para que levantara la cabeza.

Y así fue como, tras el primer ritual tántrico al que lo habían arrastrado el hombre y la mujer, Rahula se convirtió a aquella religión de los extremos y a aquella doctrina del éxtasis.

—Nube Loca es ahora mi único nombre. Nube Loca volverá. A Nube Loca le gusta practicar el *Maithuna*. ¡Luyipa ha convertido a Nube Loca! —exclamó con tal acento de sinceridad que el *siddha*, comprendiendo que acababa de encontrar a su hijo espiritual, lo cogió en brazos como un padre a su hijo.

—¿Irás a vivir allí donde vivo yo? —le propuso el asceta.

—¿Vive ella contigo? —le preguntó el que ahora se llamaba Nube Loca señalando a la mujer, que ajustaba a su cuerpo escultural una túnica negra bordada con motivos plateados que le sentaba maravillosamente bien.

—El monasterio donde vivo no es mixto. ¡Ella es Sakti!

Era la primera vez que oía pronunciar el nombre de aquella mujer extraordinaria poseedora de dos bocas.

—Es mi nombre tántrico. Yo vivo en Benarés y mi marido es un rico mercader que ignora que su mujer es una de las mejores adeptas de Luyipa… —le aclaró ella con una sonrisa.

A partir del día siguiente de aquella sesión iniciática memorable, Nube Loca abandonó el convento del Despertar para incorporarse a la comunidad *tántrica* que dirigía Luyipa.

Ésta se encontraba situada a media jornada a pie del centro de la ciudad y ocupaba una fortaleza construida en lo alto de un espolón rocoso al que se accedía a través de una vertiginosa escalera tallada en la roca. La comunidad *tántrica* del *siddha* Luyipa contaba con una docena escasa de adeptos. Eran hombres que soportaban mal la píldora negra cotidiana que Luyipa les administraba, de modo que salían difícilmente de la torpeza en que se sumían desde la misma mañana, tan pronto como se despertaban.

Por ello, el asceta tántrico del pecho perforado tenía grandes dificultades para formar discípulos capaces de seguirlo por el angosto camino de la Liberación tal como había decidido trazarlo.

La elección de Nube Loca no podía recaer en nadie mejor, puesto que su organismo toleraba mucho mejor que el de los demás aquel complemento indispensable que procuraba a los interesados el bienestar que remediaba las terribles crisis de abstinencia, que no hacía otra cosa que reforzar…

Puesto que nadie podía escapar a aquel círculo infernal, a partir del momento en que entraba en él.

En aquel nido de águilas inexpugnable que Luyipa y él abandonaban una vez por semana para practicar el *Maithuna* en compañía de la bella Sakti, Nube Loca había tenido la suerte de recibir de parte de su nuevo mentor el tesoro de sus prácticas, conocimientos y fulgurantes intuiciones.

Conculcarlo todo, siempre y en todo lugar; desafiar permanentemente todo cuanto estaba prohibido; no temer nunca nada; ir siempre más lejos; atreverse a pretender hacer mejor las cosas que el propio Buda, cuyas exigencias y cuyo método eran tan difíciles de llevar a la práctica que era ilusorio, si uno no era un *arhant*, pensar en seguir sus pasos por el Camino de la Liberación: he aquí los retos a los que invitaba a sus adeptos la Vía del Tantra.

Por otra parte, a su seducción se añadía el hecho de que no los obligaba a rechazar a los dioses tradicionales, sino que, por el contrario, reconciliaba la religión antigua con la doctrina del Bienaventurado.

Tales eran las curiosas convicciones y normas extraordinarias de Luyipa que su nuevo discípulo encontraba justas, normales y sobre todo legítimas.

Cuanto más avanzaba por el camino del Tantra, más creía Nube Loca en su pertinencia.

Después de todo, ¿acaso *Siddharta Gautama* no había dicho que todos, siempre que fueran monjes piadosos, podían convertirse en Buda, ese último estadio en el que ya no hay necesidad de renacer porque uno ya se encuentra en la antecámara del paraíso?

Alimentada por esa esperanza de acceder antes que los demás a la inefable santidad, la transmisión de la llama *tántrica* entre Luyipa y Nube Loca se había producido con desconcertante facilidad.

En efecto, el alumno no había tardado en superar al maestro, no sólo en lo tocante a proezas sexuales, sino también en ejercicios *yóguicos* de control de la respiración y del dolor según los practicaba Luyipa, que le

permitían domeñar su cuerpo, flexible como una liana, y adoptar posturas increíbles o infligirse mortificaciones terribles sin proferir el más mínimo grito ni provocarse el menor derramamiento de sangre en el momento en que, impávido, se sajaba y se traspasaba las carnes.

Y era bueno que fuera así, ya que Luyipa, que tenía el estómago corroído por la ingestión de su mixtura de opio, oropimente, rejalgar y *triaca*, murió al cumplirse exactamente un año de la conversión de Nube Loca al tantrismo.

Fue entonces cuando Nube Loca recogió la antorcha. Decidió a su vez que recorrería los caminos en busca de adeptos que le siguiesen por la inefable Vía del Tantra.

Y allí, decuplicadas su pasión y su ímpetu por su fuerza de convicción y por su carisma, consiguió maravillas.

El llamamiento a las prácticas sexuales del éxtasis que él hacía sin la menor vergüenza, y que permitían a aquellos monjes y monjas jóvenes, liberados totalmente de cualquier imposición y sentimiento de culpabilidad, descubrir los placeres de la carne, no hacía más que acrecentar el número de adeptos dispuestos a seguirlo secretamente.

El canal boca a oreja funcionó perfectamente.

Las candidaturas a la iniciación en el Tantra no tardaron en afluir: unos para las uniones sexuales de dos, tres o más personas, otros para el consumo de las píldoras milagrosas que, por arte de encantamiento, proporcionaban la felicidad y otros, finalmente, por el carácter secreto y sulfuroso de aquella Iglesia cuya aura no dejaba de crecer.

¿Acaso no poseía la doble ventaja de mantener buenas relaciones con los dioses antiguos y de autorizar a sus adeptos, sin riesgo de represalia divina, a librarse a toda suerte de depravaciones por el hecho de que no eran karmas condenables?

Entregado a su empresa de conversión y reclutamiento, Nube Loca tardó un tiempo en darse cuenta de que se había vuelto dependiente de la píldora negra que Luyipa le había hecho ingerir a partir del primer ritual del *Maithuna*.

Desde que tomaba su dosis diaria, ya no sufría el síndrome de abstinencia y, lo que todavía era más importante, se sentía mucho más

fuerte, más concentrado y más eficaz en la abrumadora tarea apostólica que ahora lo tenía ocupado de la mañana a la noche en Benarés.

Y la Vía del Tantra había ido ganando poco a poco numerosos adeptos pese al secreto absoluto al que éstos se veían sometidos, que les impedía entregarse fácilmente al reclutamiento de nuevos fieles, ya que era preciso rodearse previamente de toda suerte de precauciones para asegurarse su total discreción.

Era una verdadera Iglesia la que avanzaba enmascarada de este modo, una Iglesia de la sombra y del secreto, pero cuya oscuridad, utilizada como un cebo, ya estaba empezando a hacer estragos en las comunidades budistas que eran su principal vivero.

Gracias a los esfuerzos desplegados por Luyipa y después por Nube Loca, la Vía del Tantra era considerada por las comunidades tradicionales una fuerza religiosa de participación total cuyo número de adeptos era imposible conocer, pero con la que había que contar, una de esas corrientes subterráneas que avanzaban sin jamás decir su nombre.

Nube Loca, presa de la megalomanía paranoica a que lo había abocado su habituación a las sustancias alucinógenas, jamás se había atrevido a decírselo a nadie, pero en realidad se veía convertido en un nuevo Buda muchísimo más fuerte que *Siddharta Gautama*, con su compasión un tanto ridícula hacia los demás, sin echar en olvido su no violencia ilusoria y todas las obligaciones de sus reglas monásticas anticuadas y puntillosas.

Nube Loca reivindicaba una actitud mucho más adaptada.

Preconizaba nada menos que un budismo liberado de cualquier escrúpulo artificial y de toda esencia moral regresiva.

En sueños veía un budismo tántrico que hubiera terminado por engullir las tres corrientes principales de aquella religión: el *Mahâyâna*, el *Hînayâna* y el lamaísmo tibetano.

Su argumentación consistía en afirmar que lo importante era la Vía de la Salvación y nada más que eso.

Importaban poco los medios para llegar a ella con tal de que fuesen eficaces.

Ese pragmatismo y esa total ausencia de escrúpulos morales habían hecho maravillas, puesto que muy rápidamente, a fuerza de reclutar nuevos

adeptos y organizar rituales secretos, Nube Loca pudo empezar a soñar una legitimidad para la Vía del Tantra.

El antiguo monje oscuro y piadoso de la corriente *hinayanista* aspiraba a convertirse en alto dignatario capaz de discutir de igual a igual con los jefes de las tres grandes corrientes oficiales, cuando su aura no iba mucho más allá de las murallas que circundaban la ciudad sagrada de Benarés.

Sin embargo, la fama de la Vía del Tantra había acabado por llegar a la China, donde algunos maestros del Chan, salidos de la escuela llamada «*repentinista*», no estaban lejos de considerar el tantrismo como un futuro y peligroso rival a causa de la similitud que percibían entre sus métodos para alcanzar directamente el Despertar, gracias a las uniones sexuales, y la suya, gracias a la meditación asentada.

Ese paralelismo de las vías «*repentinista*» y «tántrica» había convencido incluso a Nube Loca de que era totalmente posible una difusión del tantrismo en la China Central y de que existía allí una pista muy seria sobre la que convenía reflexionar.

Pero entonces ocurrió un accidente estúpido que lo obligó a exiliarse al Tíbet.

En el curso de una ceremonia *tántrica* cuyos participantes habían abusado de las píldoras de Nube Loca, un joven se dirigió a la orilla del Ganges, donde se había construido una choza de ramaje seco a la que prendió fuego antes de penetrar cantando en aquella hoguera cuyas llamas le provocaron quemaduras tan atroces que se arrojó al río sagrado, en el que se hundió como una piedra.

Unos testigos malintencionados se apresuraron a denunciar a Nube Loca a las autoridades.

No tuvo más remedio, pues, que alejarse lo más posible de Benarés.

Nube Loca, totalmente desolado, decidió viajar al Tíbet, el país del Techo del Mundo, región extraordinaria situada a medio camino entre el territorio de los hombres y el de los dioses, debido a que sus altas montañas, a semejanza del eje del mundo, el monte *Sumeru*[43], tocaban el azul celeste del que ellas eran las puertas.

Había empleado varios meses en remontar los valles de los afluentes del Ganges y, después de desafiar mil peligros, consiguió llegar a Lhasa, su

capital y la «ciudad más próxima al cielo», aprovechando sus peregrinaciones para reclutar nuevos adeptos, estupefactos ante las demostraciones de dominio del dolor y los ejercicios *yóguicos* a los que se entregaba al borde de los caminos.

Lhasa era ya entonces una ciudad increíble.

Hasta la capital del País de las Nieves, centro religioso y comercial a la vez, aún no dominado por el inmenso monasterio del Potala, pocos eran los visitantes extranjeros que se aventuraban, como no fueran las delegaciones oficiales chinas que Taizong el Grande y después Gaizong enviaban periódicamente con objeto de reforzar los vínculos complejos, mezcla sutil de rivalidad y subordinación, que mantenían los Tang con el sucesor del gran rey del Tíbet, Songtsen Gampo, que murió en el 650.

Nube Loca consiguió sobrevivir con dificultad gracias a los óbolos que le satisfacían los curiosos en un ambiente en el que reinaba tal desconfianza que, al llegar, había tenido la extraña impresión de remontar el curso del tiempo.

Para un joven indio que, como él, había llegado de una gran ciudad, en el País de las Nieves seguían viviendo como en los tiempos primitivos.

No preveía quedarse y estaba pensando ya en ir a China, país que imaginaba acogedor, cuando un día lo abordaron tres hombres, uno de ellos ciego.

—Buscamos una mano inocente para que pueda sondear la suerte por cuenta nuestra. ¿Podría ser la tuya? —le preguntó uno de ellos que, como él, era de origen indio.

—¡No sé nada de juegos de azar! —le respondió sonriendo.

—No tiene importancia. No tienes más que coger tres objetos con los ojos vendados y meterlos en tres cestas —le explicó el indio.

El ciego debía de ser tibetano, mientras que el otro, el de más edad de los tres, tenía la piel más clara y los ojos oblicuos de los chinos:

Todos vestían hábitos religiosos y sus cuencos de limosnas, finamente cincelados, daban testimonio del rango elevado que ostentaban dentro de la jerarquía religiosa.

Así pues, sin la más mínima reticencia e incluso bastante divertido, consintió en seguirlos.

Aquella mera consulta del azar iba a ser, pues, la suerte inaudita que lo envió al corazón mismo de su lucha encaminada a hacer triunfar el tantrismo, consiguiendo que penetrara en la intimidad de un verdadero sanctasanctórum.

Puesto que, contra todo pronóstico, consiguió ganarse la confianza de aquellos tres hombres que, por azar, le pidieron que los desempatara en relación con una cuestión ultrasecreta.

¿Cómo habrían podido sospechar, por otra parte, que al pedir a aquel joven yogui indio que eligiera entre tres bolas numeradas ya estaban empezando a alimentar en su pecho la víbora que acabaría mordiéndolos?

Después del episodio de las suertes, al que se prestó de buen grado como buen alumno aplicado, los acontecimientos se habían precipitado, pese a que Nube Loca, en ese momento preciso en que volvía a considerar la situación, sentado en los peldaños que escalaban aquella torre de la muerte, habría sido totalmente incapaz de relatarlos de manera fiable.

En su mente perturbada se confundía todo: el ayer y el hoy, la realidad y los sueños, las imágenes virtuales y las reales.

Lhasa[44], las suertes, la intimidad que había conseguido con los tres jefes de la Iglesia, las reuniones siguientes, Samye[45], su encuentro con *Buddhabhadra*, la misión confiada al *ma-ni-pa*, el asesinato del Superior de Peshawar[46], aquel desierto de piedras donde había estado errando sin objeto y, finalmente, aquella ruina abandonada y aquellos cadáveres que los *mazdeanos* habían dejado a las aves rapaces para que los despedazaran con sus garras y sus temibles picos curvos…

De lo que estaba seguro, por el contrario, era de que había tenido tratos frecuentes con aquellos jefes de Iglesia y, además, a un nivel prácticamente de igual a igual. Se trataba del maestro Pureza del Vacío, Superior del monasterio de Luoyang, el cenobio chino más grande, así como del Reverendo Ramahe sGampo, director del más antiguo monasterio del Tíbet, el de Samyé, pero también de *Buddhabhadra*, el Superior del convento de Peshawar, en el que se custodiaban los Ojos de Buda, una de las reliquias más importantes del budismo indio.

Al convertirse en el involuntario testigo del «concilio de Lhasa», aquella reunión ultrasecreta cuyo nombre y apariencia sólo eran conocidos

por los tres jefes de la Iglesia, había recuperado la esperanza de llevar a término la tarea sobrehumana que lo conduciría directamente al nirvana y quizás más arriba incluso, hasta el estadio del propio Dios, que consistía en permitir a la religión *tántrica* convertirse en la sola y única rama del budismo, una vez digeridas las otras tres.

Las palabras de Nube Loca tampoco estaban exentas de ambiciones filosóficas y metafísicas.

Desde sus orígenes, el budismo, en ruptura con las religiones de la India, manifestó que ni los hombres, ni los animales, ni las cosas tenían *atman*, es decir, «alma», «sí» o esencia y que el principio de «*impermanencia*» gobernaba lo que se consideraba la realidad tangible e inmutable.

Para el Buda, por consiguiente, todo no era más que *anatman*[47].

Las creencias indias originales del hinduismo insistían todas, por el contrario, en la existencia del *atman*, que según ellas testimoniaba la existencia de dioses como *Siva*, *Visnú*, *Mara* y muchos más, los cuales insuflaban su espíritu y su *atman* a los seres y a las cosas.

Debido al hecho de que se podían aplicar indiferentemente al budismo y al hinduismo, los rituales *tántricos*, fundados en prácticas mágicas y *chamánicas* llegadas del fondo de los tiempos, eran el único rasgo de unión posible entre esas dos concepciones profundamente antagónicas del Universo y del lugar que ocupaban los dioses y los hombres en el mismo.

Fue así como Nube Loca acabó acariciando el proyecto de elevar el tantrismo al rango de religión única y reconciliadora de esos dos universos religiosos.

Eran cosas que había ido madurando en su cabeza desde que se convirtió en testigo de un segundo concilio de Lhasa, cinco años después del primero, lo que acabaría por convertirlo en encargado del famoso intento de adjudicarse la suerte que representaba el acto esencial de la reunión ultrasecreta.

En su locura megalómana y asesina, Nube Loca se había metido en la cabeza que sólo un ritual muy especial, cuya evolución había definido hasta el mínimo gesto y palabra, le permitiría imponer definitivamente el tantrismo.

Se trataba de un rito en el que debían figurar lo que los tres jefes religiosos llamaban sus «santas prendas» y que él no había cesado de intentar recuperar por todos los medias.

¡Y pensar que casi lo había conseguido, ya que había llegado a retener dos de las tres, guardadas en el corazón de sándalo de *Buddhabhadra*!

Aquel recuerdo le arrancó un amargo suspiro.

¿Cómo había podido dejar escapar aquella ocasión?

La pérdida del pequeño cofre de *Buddhabhadra*, desaparecido de la valija donde pensaba tenerlo guardado, anulaba años de esfuerzos y paciencia.

Pues todo tenía que empezar de nuevo, suponiendo que fuera posible, puesto que lo más probable era que no se celebrara otro concilio en Lhasa, ya que la cizaña, por misteriosas razones, parecía haberse instalado entre Ramahe sGampo, Pureza del Vacío y aquel curioso *Buddhabhadra*.

¡*Buddhabhadra*, cuyas últimas palabras iban subiendo lentamente en oleadas hasta la superficie de la conciencia alterada de Nube Loca!

A fin de ordenar mejor todo lo que se estaba fraguando en su cráneo, tragó otra píldora.

Muy pronto, el olor a miel, canela y tomillo le llenó las fosas nasales.

Ahora veía a *Buddhabhadra* tendido en el suelo, los sanguinolentos intestinos saliéndosele del abdomen, y recordaba perfectamente que se había acercado a su cuerpo y se había dado cuenta de que no soñaba.

¿Quién había podido asesinar de manera tan salvaje al Superior del monasterio del *Único Dharma*[48] de Peshawar?, se preguntó, sentado en un peldaño de piedra de la torre de la muerte.

Entre ellos debía de haberse colado un asesino… que, de paso, se había apoderado del corazón de sándalo que contenía las dos sagradas reliquias.

Le quedaban imágenes de un vago combate ritual con el Superior de Peshawar en un curioso lugar ruinoso y de una muchacha con un hermoso rostro de apsara que había desaparecido volando hacia los cielos…

Después hubo un agujero negro, de donde acabó por emerger al observar que *Buddhabhadra* yacía, muerto, a sus pies con el vientre abierto.

¡Cuál no sería su rabia al comprobar la desaparición de aquel corazoncito, que buscó por todas partes!

Presa de dudas, Nube Loca se preguntó si todo cuanto le había ocurrido no tenía todos los visos de una maldición.

Además, ¿a qué cúmulo de circunstancias se debía que se encontrase allí, sentado en aquellos peldaños, en pleno desierto?

Pero de todo aquello no conservaba ni el más mínimo recuerdo.

Estaba seguro, en cambio, de que *Buddhabhadra* estaba muerto y de que su cofrecillo de sándalo en forma de corazón había desaparecido.

¿Cuántas semanas, cuántos meses hacía que vagaba de aquel modo?

No tenía ni la más mínima idea.

La lúgubre torre de la muerte le gustaba tan poco como aquel enorme escorpión negro que había surgido detrás de una piedra y que acababa de esgrimir su dardo contra él antes de que se apresurara a aplastarlo.

Se sentía terriblemente solo, abandonado de los dioses y de Buda.

Sin el cofrecillo de sándalo, no podría conseguir nada de lo que había soñado alcanzar.

Y la conclusión ritual de aquella tarea tan exaltante, de aquella misión incomparable y salvadora de esencia divina a la que se había consagrado en cuerpo y alma hasta el punto de sacrificárselo todo se hundía tristemente en el agua.

Volver a Dunhuang para hacerse con el ejemplar original del Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura que Pureza del Vacío había depositado en el monasterio de la Salvación y de la Compasión no tenía ningún sentido a partir del momento en que las otras dos santas reliquias ya no estaban en su posesión.

Puesto que él tenía una necesidad absoluta de tener en sus manos las tres para poder cumplir el famoso ritual.

¿Qué haría ahora?

Con el rostro tan descompuesto que ni siquiera le quedaban fuerzas para lamentarse, se contentaba con contemplar la tranquilizadora inmensidad del desierto de arena.

¿Qué podía haber detrás de aquel horizonte desolado?

Tal vez el territorio del Vacío, ese espacio de la Pureza Infinita donde era tan dulce disolverse… ya que el Vacío infundía poder, claridad y fuerza,

elementos necesarios para que uno se sintiera igual a los dioses, profetas y budas.

¿Acaso el acceso al panteón de todos los cultos no era, a fin de cuentes, aquello con lo que soñaba más ardientemente?

Sin embargo, aquel Vacío también podía agarrarte y arrastrarte en la espiral de la Nada…

Nube Loca se anonadaba en el Vacío como el eco de la voz en el espacio, Nube Loca se convertía a la vez en polvo del desierto, Nube Loca era absorbido por su propia evanescencia… Éste era su terror pánico, el que lo volvía cada día un poco más loco y un poco menos manejable, como aquellos perros cimarrones que merodean por las montañas y que tanto pueden lamer afectuosamente a un niño como devorarlo a dentelladas…

«Ir allí donde no van los demás…».

La frase, lancinante, volvía a martillearle los oídos mientras que, detrás del espacio mineral que acababa confundiéndose con el cielo, le parecía distinguir su propio rostro inscribiéndose en el azul.

Era un rostro extraño y lúgubre, un rostro inquietante que, con los ojos inyectados en sangre, le infundía terror.

Se pellizcó un brazo.

No, no soñaba.

Aquel que le daba miedo era él y su rostro se perfilaba en el horizonte de la Nada.

—Ir allí donde no van los demás…

Era una especie de estribillo que, a decir verdad, se le hacía insoportable.

Para no seguir de aquel modo, encarado a sí mismo, debía volver a emprender el camino, seguir errando, obedecer a sus instintos.

¡Moverse! Siempre y sin parar.

Había que empecinarse, puesto que un buen día las cosas imposibles acaban por ocurrir…

XXVI

PALACIO IMPERIAL,
CHANG AN, CHINA,
15 DE SEPTIEMBRE DE 656

La emperatriz Wuzhao acababa de cumplir apresuradamente con el homenaje que exigían de ella, como mínimo una vez al mes, el emperador de China y su vara de jade.

Al lado del de Gaozong, el órgano del Mudo, que ella había acabado por probar dos semanas antes, era una auténtica estaca.

A fuerza de desearlo sin llegar a confesárselo, una noche que estaba sola en su habitación, porque Gaozong estaba en viaje de inspección a la Gran Muralla, decidió llevárselo a la cama.

El gigante turco-mongol, una vez recuperado de su sorpresa, se sometió a los antojos de la emperatriz cuando ella lo desnudó con manos expertas.

—Te has llevado una sorpresa, ¿verdad? —le musitó ella.

—¡Ninguna sorpresa, reina mía! —murmuró él, impasible, como si ya esperase lo que le estaba ocurriendo después de tantos momentos de intimidad compartidos.

Ella jamás había tenido ocasión de ver el cuerpo de un hombre tan musculoso como aquél.

Los enormes bíceps del Mudo, cubiertos de tatuajes rituales, brillantes como si estuvieran lacados, se hincharon como odres cuando la levantó en brazos para depositarla delicadamente en la inmensa cama, donde ella le dio

a entender, adoptando la postura adecuada, que deseaba que la poseyera por detrás.

¿No era una verdadera delicia entregarse a un ser tan fuerte y salvaje como aquél, pero a la vez capaz de un trato tan suave?

Pero lo que contaba por encima de todo era que ella se había sentido inundada inmediatamente de placer así que él introdujo en su íntima hendidura el glande que coronaba su apéndice.

Hacía años, desde que era prisionero de guerra, que el Mudo estaba privado de mujeres.

Así pues, no tardó en expansionarse en ella descargando un chorro tan potente y ardiente que Wuzhao, embelesada, tuvo la impresión de que traspasaba su cuerpo un filo de fuego y de placer.

—¡Más! ¡Más! —le gritó, despojada de toda vergüenza, la emperatriz de China, a quien aquella deliciosa sensación de placer casi volvía loca.

El Mudo cumplió su palabra y, como buen alumno, volvió a arremeter con el mismo vigor extremo acomodándose a los deseos progresivamente más precisos y desvergonzados de Wuzhao, cuyo placer era cada vez más intenso, hasta el punto de que se vio obligada a morder un pañuelo de seda para no gritar.

Cuando, por la mañana temprano, se abalanzó sobre el imponente instrumento de placer para rendirle el último homenaje, ya que se acercaba a grandes pasos la hora de vestirse, apenas le cabía en la boca debido a lo mucho que había aumentado.

El sexo del Mudo parecía uno de esos puños particularmente historiados de los sables de bronce reservados a los generales del ejército chino, que terminan en un gran botón en forma de loto cerrado.

Comparada con la de su factótum, la vara de jade del emperador le pareció, aquella mañana, particularmente esmirriada.

—¡Ha sido agradable pero breve, mi querida y dulce amiga! Cuando es así de bueno, prefiero que dure un poco más —había bromeado este último ajustándose los calzones.

—¡No añadáis escarcha al hielo, Majestad! ¡Si supierais qué dolor de cabeza tengo! —se lamentó la emperatriz un tanto nerviosa.

Se había servido a propósito de un dicho docto para indicar a Gaozong que lo mejor que podía hacer era no envenenar la situación.

Un largo retraso de la regla le hacía pensar que podía estar embarazada, aunque habría sido precipitado notificárselo al emperador.

Desde hacía unos meses Wuzhao sabía, gracias al Mudo, que el emperador se estaba tornando muy veleidoso y temía que, si le daba aquella noticia, todavía lo incitaría más a perseguir a las jóvenes vírgenes, a las que, según se decía en la corte, se había aficionado.

—¿No queréis que un médico venga a veros?

—No hay ninguno bueno, sobre todo desde que los curanderos taoístas ya no tienen derecho de ciudadanía en el palacio imperial. El último ensalmador se limitó a apretarme las sienes con los dedos y a asegurarme que aquello me haría desaparecer el dolor de cabeza. ¡Y ni soñarlo! Sin los remedios adecuados, jamás conseguiré curarme —remachó ella.

—¡Jamás se podrá reconciliar a un mandarín confuciano con un *fangshi*[49] taoísta! Todo los enfrenta de forma irremediable —refunfuñó el emperador Gaozong.

Con aquellas palabras hacía alusión a las incesantes luchas de poder que desde hacía lustros tenían enfrentados a confucianos y taoístas.

Los primeros, cuando no procedían de la nobleza, proporcionaban los batallones de altos funcionarios que la dinastía de los Tang reclutaba por medio de concursos en que se hacía la selección de manera implacable.

Además de servidores del Estado, se convertirían en tecnócratas informados que se encargarían de detectar los granos de arena que agarrotaban la compleja maquinaria administrativa imperial, aun cuando las más de las veces se preocupaban más de proteger sus privilegios institucionales que de servir el interés general.

Aparte de que el taoísmo, con su irracionalidad, su predilección por las prácticas mágicas y alquímicas y, sobre todo, la preocupación por la propia persona que lo convertía en una filosofía de esencia individualista, era considerado por los observadores de la moral social colectivista que constituía el confucianismo como el fermento principal de la discordia y de la desintegración sociales.

Por otra parte, aquella corriente religiosa y filosófica cuyos sacerdotes eran calificados de excéntricos y de «monjes de cabellos largos» no disfrutaba realmente de olor de santidad en el seno de la casta de los altos funcionarios y de los políticos, que incluso había conseguido publicar un decreto que prohibía a estos religiosos que penetraran en el palacio imperial sin previa autorización.

Unos meses antes, la emperatriz Wu ya había provocado un pequeño escándalo al apelar a los servicios de uno de aquellos monjes de largos cabellos con quien se había acostumbrado a jugar al ajedrez de vez en cuando.

Apreciaba la faceta caprichosa de aquel personaje, que salpicaba la conversación con expresiones divertidas, lo que suponía un cambio frente a las relaciones convencionales y poco interesantes que se veía obligada a mantener con las damas de la corte, que por otra parte la detestaban cordialmente en su inmensa mayoría.

Pero las malas lenguas de la corte de Chang An no tardaron en acusar a Wuzhao de librarse en compañía de aquel religioso de aspecto sospechoso a rituales mágicos que la moral confuciana no podía por menos de reprobar.

La intriga llegó tan lejos que la esposa de Gaozong se vio obligada a dar explicaciones a su marido para disipar las dudas que, de forma solapada, le habían instilado los instigadores de aquellas maledicencias.

La anécdota había terminado en el lecho de la emperatriz, que supo encontrar rápidamente los argumentos más convincentes y eficaces para hacer olvidar a su imperial esposo aquellas pequeñas inconveniencias que, por otra parte, no volvió a mencionar nunca más.

—Si sé de algún buen médico taoísta, os juro, amada mía, que os lo enviaré de inmediato —añadió el emperador después de besar la frente de su esposa.

Se acercaba la hora de las audiencias, por lo que se veía obligado a partir hacia sus apartamentos, donde sus mayordomos procederían a su atavío.

Puesto que no era posible que el emperador se presentase en público sin los atributos de su función: el largo manto amarillo forrado de seda en verano y de visón en invierno, así como los diferentes aderezos de oro, jade

y esmeraldas que lo constelaban, aparte de llevar colgado del cuello el «candado de larga vida» *changmingsuo*, de oro puro, en el que un orfebre había hecho grabar repetidas veces la fórmula que auguraba «larga vida».

Wuzhao, una vez sola, se dio cuenta de lo mal que se sentía.

No se reducía sólo al intenso dolor que le laceraba el cráneo, al que ya estaba acostumbrada, ni a la insoportable franja de sufrimiento que le cercaba la frente como esas tiaras que estaba obligada a llevar en las ceremonias oficiales.

Había algo más que la inquietaba en mucha mayor medida.

Lo que temía por encima de todo era decepcionar a Pureza del Vacío, el jefe de la Iglesia china del Gran Vehículo que, con sus millones de monjes, era la organización más poderosa de la sociedad china excluyendo, por supuesto, los ejércitos imperiales.

Para alcanzar sus fines, que eran llegar a ser emperador de pleno derecho y reinar en lugar de aquel Gaozong a quien cada día despreciaba más profundamente, cuanto más tiempo pasaba más segura estaba de que le sería absolutamente necesario el apoyo indefectible de los budistas.

La penuria que sufría la producción de seda en la China central, unida a la súbita interrupción del tráfico clandestino del tejido procedente de Dunhuang que las autoridades habían detectado desde hacía unos meses, había acabado de eliminar todas las fuentes de aprovisionamiento con las que ella contaba para cumplir con la promesa que había hecho al Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, consistente en suministrarle los cortes necesarios para la confección de sus estandartes votivos.

Para consolidar su fama y obtener del pueblo unos favores que presentía que un día le serían necesarios, había conseguido convencer al emperador para promulgar una serie de decretos prácticamente revolucionarios.

Algunos concernían a las actividades agrícolas.

Comprendían desde el fomento de la cría del gusano de la seda, a fin de compensar una carencia más perjudicial de día en día para la economía imperial, hasta el permiso concedido a los campesinos pobres de cultivar libremente las tierras situadas al pie de las murallas de las ciudades, lo que había soliviantado a más de una familia noble y latifundista.

Desde la promulgación de ese texto, los campos de mijo y de cebada se extendían a lo largo de las murallas que circundaban todas las poblaciones, incluso las más pequeñas, zonas donde ayer todo ciudadano tenía rigurosamente prohibido poner los pies por la simple razón de que dichos terrenos eran considerados militares.

Otro decreto, esgrimido siempre por Wuzhao y que hacía rechinar los dientes a los estados mayores, hasta el punto de que el viejo general Zhang había intentado combatirlo con todas sus fuerzas, apuntaba a la reducción de los efectivos de los ejércitos imperiales.

Además de representar, por parte de su instigadora, un signo de hostilidad manifiesta destinado a servir de advertencia a la clase nobiliaria de extracción militar que era el núcleo de poder en el que Gaozong se había apoyado hasta entonces, tenía por objeto sobre todo rebajar la presión fiscal, de la que todo el mundo estaba quejoso, en un momento en que las conquistas militares no eran admisibles, ya que todos los pueblos de la periferia habían rendido más o menos pleitesía al imperio del Medio, que jamás había extendido sus fronteras hasta tan lejos, mucho más allá de aquella frontera sagrada y simbólica que representaba la Gran Muralla.

«Devolver al pueblo el excedente que el Estado le detrae indebidamente», tal era el lema que Wuzhao, política nata, utilizaba con provecho y quería que se impusiese en el exterior, a ser posible fuera del recinto del palacio imperial.

Por las mismas razones, la emperatriz había conseguido que los gastos destinados a construcciones públicas experimentaran una disminución drástica.

Las dos capitales: Chang An, la principal, y Luoyang, la del este, se habían convertido ya en las dos ciudades más hermosas del mundo.

Chang An estaba recorrida por catorce avenidas en sentido norte-sur y once este-oeste y atravesada por canales que permitían acceder a ella en barca, además de estar dividida en ciento diez barrios provistos de murallas y contar con dos inmensos mercados.

Sus avenidas más importantes estaban bordeadas de suntuosos edificios que representaban el poderío y prosperidad de sus propietarios, ya se tratase

de ricas familias nobles o de comerciantes y, de manera especial, de instituciones públicas financiadas con los impuestos.

La mayor parte de estos servicios administrativos estaban agrupados en lo que se llamaba entonces «la ciudad imperial».

Ésta se encontraba situada al sur del palacio del emperador, donde se levantaban los edificios que se ocupaban de los asuntos del Estado, la Cancillería, el Gran Secretariado, así como el Consejo de Estado.

A semejanza de la capital principal de China y como un modelo ligeramente reducido de su gran hermana, con la que estaba unida por un canal prácticamente navegable de un extremo al otro y de una longitud aproximada de cuatrocientos kilómetros, Luoyang, donde la corte solía veranear porque el clima era más fresco que en Chang An, tenía un trazado en forma de damero.

La red de caminos y canales que Qing Shihuangdi, el primer emperador de China, había creado ocho siglos y medio antes, ya recorría el conjunto del territorio del país más poblado y poderoso del mundo. Los Tang la habían rehabilitado por completo para convertirla en un conjunto de vías de paso ideales destinadas al transporte de hombres y mercancías de todo tipo, que afluían a las grandes ciudades chinas.

Ya en el año 608 se prolongó la inmensa vía de agua de lo que se convertiría en el Gran Canal Imperial, que uniría Luoyang y la región de Pekín y cubriría una distancia de más de mil quinientos kilómetros.

Esto suponiendo que las medidas de desgravación fiscal concebidas por Wuzhao en beneficio de los contribuyentes fueran bien acogidas.

Ávida de potenciar su imagen de soberana protectora de los intereses de la gente humilde, también había favorecido la promulgación de decretos de naturaleza más social, aun cuando los más esenciales eran de naturaleza religiosa.

De ese modo consiguió, gracias a la amplia paleta de sus facultades de seducción, que el emperador promulgara unas medidas tendentes no sólo a fomentar el estudio de los sutras búdicos, sino también de los textos taoístas, así como la instauración de un impuesto sobre las pagodas construidas recientemente en todo el territorio.

Este último mecanismo no tardaría en convertirse en extraordinaria palanca de poder que le permitiría dosificar sabiamente y de acuerdo con su buena voluntad los enormes flujos financieros que entroncaban la Iglesia del Gran Vehículo con el resto de la economía.

Reduciendo este impuesto, Wuzhao favorecía a los budistas; si lo aumentaba, los penalizaba.

Pureza del Vacío, que no se dejaba engañar, le comunicó las reticencias que la creación de este impuesto suscitaba en el seno del alto clero budista.

—¡Contad conmigo! Cuanto más poderosa sea Wuzhao, mejor se desenvolverá el Gran Vehículo en este país —le respondió ella cuando la abordó para exponerle sus inquietudes.

—El Estado acabará teniendo derecho de vida y muerte sobre las instituciones espirituales que representamos… ¿Es esto pertinente? —le replicó él, ávido de defender los intereses de su Iglesia.

Después de aquellas reconvenciones, pese a ser susurradas en un hilo de voz por el Superior de Luoyang, la emperatriz todavía tenía más interés que antes en procurar a su monasterio la seda necesaria para los miles de estandartes votivos que hacía confeccionar todos los años para suspenderlos en los muros de sus inmensas salas de oración.

La penuria de seda, tanto oficial como clandestina, caía en muy mal momento, pues, para Wuzhao.

Además, las migrañas que la atormentaban esta mañana eran tan agudas que estaba agotada y tenía la impresión de que un sentimiento de desaliento se iba apoderando de ella poco a poco.

Siempre le ocurría lo mismo cuando el dolor que le oprimía la cabeza era demasiado intenso.

En su ánimo se apelotonaban las mismas preguntas e instilaban en él la musiquilla fúnebre de la duda.

¿No sería superior a sus fuerzas aquel combate sin cuartel que libraba contra la hostilidad tenaz de los poderes establecidos?

¿Era razonable que una mujer cuya única arma eran sus cualidades físicas e intelectuales atacara el fundamento mismo del imperio del Medio a través de la poderosa y taimada nobleza militar y civil de las «Trescientas Familias»?

Entonces apretaba con todas sus fuerzas el minúsculo medallón de plata que no la abandonaba nunca, en cuyo interior estaba engastado el retrato del *bodhisattva Maitreya*, el Buda del Mañana, pintado en vivos colores con una pestaña de elefante por la mano de un célebre miniaturista de la India del Norte.

Sólo contaba con su fe ardiente en el Bienaventurado, a través de cuya acción pretendía instaurar un día el imperio temporal, y sobre todo con el nuevo hijo que esperaba, para alentarla a continuar su guerra solitaria.

Esperaba con toda su alma que fuese un niño.

Entonces, como decía el proverbio, «el árbol se convertiría en barco» y la ventaja que obtendría al disponer de un sustituto varón, en el caso de que le ocurriera alguna desgracia al pequeño Lihong, sería irreversible.

Había puesto un enorme interés en aquel nacimiento previsto para dentro de siete meses aproximadamente, del que todavía no había dado noticia, para asegurar de manera definitiva el dominio que ejercía sobre un esposo al que la enfermedad no impediría ser cada día más voluble.

Sería quedarse corto afirmar que faltaban pocos meses para que la salud del emperador de China, cuyas crisis de temblores y de parálisis facial eran cada día más frecuentes, se derrumbara.

Pero esas crisis no impedían que el interesado frecuentase la compañía de las muchachitas que los servicios del gineceo imperial seleccionaban para su uso particular.

Desde hacía unas semanas, el emperador había puesto los ojos en una hermosa princesa sasánida de larga cabellera ondulada a la cual, para las necesidades de la causa, había mandado sacar de su celda. Aquel nuevo antojo era la constante comidilla de los cortesanos y estaba a punto de provocar un miniescándalo en la corte imperial, al que Wuzhao asistía apretando los dientes.

Deseosa de escuchar el canto del grillo, creyendo que esto tal vez la calmaría, llamó al Mudo, quien se apresuró a ir a buscar, en el jardín interior donde estaba colgada de un arce enano, la pequeña jaula redonda, que colgó del gancho habitual en la alcoba de la emperatriz.

Sin embargo, contra lo que esperaba, la torturante musiquilla del insecto, lejos de calmar sus dolores faciales, provocó en Wuzhao el efecto

contrario, haciendo su neuralgia realmente insoportable.

Tan insoportable que no tuvo reparo alguno en pedir a su factótum que hiciera algo que contravenía las disposiciones reglamentarias en vigor, las cuales proscribían la presencia de un médico taoísta en el recinto del palacio imperial sin una autorización expresa, firmada previamente por la Gran Cancillería.

—Me han dicho, Mudo, que desde hace unos días, en el gran mercado de plantas medicinales, hay un sacerdote taoísta que vende remedios extraordinarios. Parece que este brujo tiene dos bebés, uno que es un mono y otro un hombrecillo. Y parece que acuden multitudes de todas partes para contemplar ese fenómeno excepcional. ¿Sabes algo?

—¡No tengo ni idea! —refunfuñó, entristecido, el inmenso turco-mongol.

—En tal caso, deberás informarte. Y si lo que cuentan es verdad, tráemelo inmediatamente —ordenó ella.

Cuando el Mudo llegó al gran mercado de plantas medicinales, vio congregada delante de uno de los puestos una compacta multitud que hacía imposible observar lo que allí ocurría debido al número de los curiosos.

—¡Acercaos, damas y caballeros, acercaos! ¡Vendo todos los remedios posibles! —anunciaba con claros acentos la voz de un hombre apostado detrás de la muralla humana que lo ocultaba.

Sin duda el puesto era aquél.

El gigante mongol se abrió paso entre la multitud, que se apartó de buen grado: los que ya lo conocían lo temían como a la peste y, en cuanto a los que no sabían quién era, su talla y su corpulencia eran suficientemente disuasorias.

El comerciante de plantas medicinales no podía ser otro que aquel sacerdote taoísta que Wuzhao le había pedido que localizase y de cuya presencia todo Chang An se hacía lenguas desde hacía unas semanas. El mostrador del puesto que ocupaba estaba cubierto de pequeñas cestas de mimbre llenas unas de polvos de todos los colores y otras de hojas o raíces secas, que manipulaba un hombre hirsuto que hacía las veces de ayudante.

Detrás de los dos había una encantadora jovencita sentada al lado de un perro amarillo de pelo largo que sacaba una lengua enorme. Tenía en el

regazo los dos famosos bebés, uno de los cuales mostraba, en efecto, un rostro peludo como el de un mono.

Tanto los mirones como las comadres estaban extasiados delante de la que habían dado en llamar con curiosa expresión «la pareja de niños divinos».

—¡Mira qué encanto de niño con su carita peluda! ¿No es una maravilla de bebé? —decía una.

—¡Qué monita preciosa! —decía otra.

—¡En la vida había visto cosa parecida! ¡Seguro que su padre o su madre son dioses! —exclamaba una tercera.

El comercio funcionaba bien y, a lo que se veía, Cinco Prohibiciones hacía buenos negocios a juzgar por el número de clientes que salían provistos de unos gramos de sus polvos después de haber regateado fieramente con él, aunque no sin haberle solicitado que les dejara tocar la ropa de los niños, particularmente de aquel que tenía la carita cubierta de pelo.

Tras plantarse delante del seudomercader taoísta, el Mudo le tendió una hoja de papel cuidadosamente doblada en cuatro y cerrada con un sello de cera que llevaba la enseña del ave fénix.

Cuando Cinco Prohibiciones comenzó a leer la carta tras haber roto el sello, le costó disimular su sorpresa.

Escrita con los caracteres de la cancillería, los mismos utilizados por los escribas oficiales de la administración, la misiva no ofrecía ninguna dificultad en lo tocante a descifrarla.

> *Os agradeceré sobremanera que sigáis al portador de la presente. Él os llevará hasta mí, al palacio imperial, donde no sufriréis daño alguno. Basta con que cambiéis de atuendo y ningún guardián os molestará. Tengo necesidad urgente de apelar a vuestra ciencia médica. ¡Venid cuanto antes!*
>
> *Emperatriz Wu.*

Cinco Prohibiciones presentó inmediatamente la hoja de papel a Umara.

—¡Si ella es de veras quién firma la misiva, veo difícil negarme a su invitación! —le soltó ésta, algo perpleja, después de enterarse del contenido.

—¡No tengo duda alguna acerca de la identidad de su autora! —murmuró Cinco Prohibiciones indicándole el palanquín con los colores imperiales que acababa de detenerse ante ellos una vez que los guardianes armados hubieron apartado a latigazos a los mirones y compradores que se apelotonaban en la plaza del mercado.

—Iré yo solo. Tú quédate aquí, Umara. Inmediatamente después de la entrevista, me reuniré contigo —propuso a su compañera.

—¡No me abandones, Cinco Prohibiciones! Tú y yo no estamos hechos para estar separados. ¡Quiero ir contigo!

—¿Y los niños? —le dijo él—. ¿Qué hacemos con ellos? ¡Son tan pequeños! No vamos a dejar que nos esperen en este mercado, con todo este surtido de plantas y el *ma-ni-pa* como único guardián.

—¡Ni pensarlo! Los llevaremos con nosotros —intervino ella.

—¿Y yo? —preguntó entonces el *ma-ni-pa*, inquieto.

—Tú vienes con nosotros, como todos los demás —añadió ella como un verdadero dragón, ante la mirada un tanto sorprendida del Mudo.

Aparte de la emperatriz, el gigante mongol no había visto en su vida a una muchacha tan voluntariosa y atractiva como aquélla, según hubo de decirse para sus adentros al ayudarla a subir, cargada con los Gemelos Celestiales, al palanquín de Wuzhao, mientras Cinco Prohibiciones hacía un gran petate aprisa y corriendo con la preciosa mercancía del puesto.

Todo el convoy se puso en movimiento, seguido dócilmente por el imponente moloso amarillo que no parecía tener la más mínima intención de abandonar a sus dueños.

Ni Cinco Prohibiciones, a quien el Mudo había facilitado ropas de funcionario de novena y última clase, ni Umara, desbordante siempre de belleza y encanto, habían imaginado siquiera el inefable esplendor del palacio imperial de la dinastía más poderosa que reinaba entonces en el mundo.

Cuando el Mudo mandó detener el convoy en un inmenso patio adoquinado donde unos jardineros, con sus tijeras de barbero en la mano, se

ocupaban de centenares de árboles en miniatura plantados en jarras de bronce distribuidas en impecables hileras, los jóvenes no pudieron reprimir un suspiro de admiración.

El gigante mongol indicó a Cinco Prohibiciones con el gesto que lo acompañase él solo.

Después de atravesar innumerables pórticos y portones, seguido inmensos muros ciegos y recorrido largos corredores que le parecieron interminables, llegó por fin delante de aquella que había requerido su presencia.

Sentada plácidamente delante del tocador, Wuzhao acababa de ordenar que le sujetaran con horquillas de oro la trenza del moño.

Ahora que el joven *mahayanista* tenía ocasión de acercársele, pudo comprobar personalmente que la fama que tenía Wuzhao en el imperio del Medio estaba lejos de poder ser usurpada.

Así que vio a Cinco Prohibiciones, la emperatriz ordenó con la mirada a su gobernanta que les dejara tranquilos.

—El pájaro de la migraña me picotea el cráneo. ¿Qué puedes hacer por mí? —le espetó a Cinco Prohibiciones tan pronto como se puso de pie tras prosternarse ante ella según le había indicado el Mudo con sus gesticulaciones.

—Majestad, dispongo de toda suerte de medicamentos y de polvos tanto de hierbas como de piedras… —respondió, todavía el cuerpo doblado en una reverencia, el ayudante de Pureza del Vacío.

—¿Dónde los tienes? Necesito que sean eficaces, ¡y rápido!

—Majestad, tengo todos mis remedios en el palanquín estacionado en el patio —murmuró.

—¿A qué esperamos, pues, para irlos a buscar? —exclamó la emperatriz, un tanto contrariada, antes de apresurarse a bajar al patio, donde encontró a Umara ocupada en consolar a los bebés, que en aquel momento estaban llorando.

—¡Éstos son, pues, los dos niños extraordinarios! De éste, sobre todo, he oído hablar mucho. ¡Lleva una especie de *durna*[50]! —exclamó, maravillada, la emperatriz inclinándose con gran atención sobre el rostro velludo de la pequeña, mientras Lapika, temiendo que la intrusa causara

algún daño a su minúscula protegida, se puso a gruñir como hacen los perros de ataque prontos a saltar.

El *ma-ni-pa* mandó callar de inmediato al moloso.

—Haz pasar a todo el mundo a mi camarín, estaremos más a gusto en el interior de palacio —ordenó la reina a su factótum gigante mientras Cinco Prohibiciones elegía, entre sus plantas y sus polvos, el remedio más idóneo para los dolores de cabeza.

—Ésta es su perra nodriza, Majestad. ¿Dais vuestro permiso para que entre con nosotros? —preguntó Umara, que no parecía en absoluto intimidada, a Wuzhao, quien condescendió con una sonrisa a su petición.

Una vez en los apartamentos de Wuzhao, la joven cristiana, que seguía dando muestras de desenvoltura, colocó a los Gemelos Celestiales contra las ubres hinchadas del vientre de Lapika.

Entretanto Cinco Prohibiciones había vertido en un vasito de agua una mixtura a base de polvos de menta y ruibarbo según una dosificación recomendada en el curso de su noviciado por un viejo que pretendía que aquél era el remedio infalible para mitigar el dolor de cabeza.

—¡Tu remedio no tiene mal aspecto! El pico del pájaro de la migraña no me parece ya tan afilado —dijo la emperatriz transcurrido un momento después de beber la poción.

Parecía más tranquila, divertida casi por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, realmente indescriptible, de su camarín invadido por aquellos visitantes tan fuera de lo común.

Los dos pequeños acababan de dormirse, después de mamar, agazapados contra el vientre de la perra amarilla. En cuanto al *ma-ni-pa*, vestido de harapos descoloridos, contrastaba hasta tal punto con el lujo de las colgaduras y tapices que lo rodeaban que más bien parecía un espectro o una de esas almas errantes que pueblan las zonas infernales reservadas a los que viven en el pecado.

—¡Majestad, ése es un remedio de comadres! O mejor dicho, de un monje viejo. Su efecto rara vez es inmediato. Hay que tomarlo tres veces al día por espacio de tres días —murmuró el joven monje del *Mahâyâna*, mucho más intimidado que su compañera.

—En tal caso, vuelve tantas veces como quieras y te pagaremos en consecuencia. Pero tendrás que disfrazar siempre tu apariencia. Los sacerdotes taoístas tienen prohibida la entrada en el palacio imperial sin autorización de la cancillería —le explicó.

—¡Estoy a vuestra disposición, Majestad!

—Veo que eres entendido en materia de plantas medicinales. ¿En cuál de los templos consagrados a Tao te has formado? —le preguntó con mirada particularmente benévola.

Cinco Prohibiciones dudó antes de dar una respuesta a la emperatriz de China.

Considerándolo bien, no se veía con ánimos de mentir a una dama como aquélla.

Engañar a la protectora principal del Gran Vehículo, aquélla cuyo nombre era invocado por millares de novicios todos los días durante la ceremonia matutina en acción de gracias por todos los beneficios con que colmaba a los monasterios de todo el territorio chino, le parecía un proceder indigno.

Sería con toda seguridad, además, un pecado mortal mucho más grave que el de enamorarse de una muchacha después de profesar los votos monásticos, debido al simple hecho de que sería una falta intencionada por su parte y a que, en todo acto cometido por los hombres, sólo contaba lo que presuponía este karma.

La miró fijamente mientras se repetía para sus adentros la frase con que se disponía a responderle.

—Majestad, no soy ni mercader de plantas medicinales ni tampoco sacerdote taoísta —le anunció con voz potente tras armarse de valor.

—¿Qué quieres decir con esto? —le preguntó ella, con aire sorprendido, antes de colocarse delante de él como quien quiere asegurarse de que comprenderá bien todo lo que seguirá a continuación.

No había tardado, pues, mucho tiempo en decidir qué diría a Wuzhao toda la verdad respecto a sus orígenes.

Ahora, en el camarín de Wuzhao, donde reinaba un profundo silencio turbado apenas por el leve rumor de la succión operada por los labios de los bebés, que mamaban de nuevo ávidamente de las ubres de su perra nodriza,

todos los presentes retuvieron el aliento mientras observaban la reacción de la emperatriz.

—Majestad, yo soy el antiguo ayudante del maestro Pureza del Vacío, Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang. Me llamo Cinco Prohibiciones y soy monje de la Iglesia budista del Gran Vehículo —recitó bruscamente el interesado, como acuciado por la urgencia de poner término a toda ambigüedad.

—¡Me parece increíble lo que acabas de decirme! No hace más que unas semanas tenía ante mí, en el lugar exacto donde te encuentras, a Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo, ¡nada menos que su primer acólito! ¿Qué haces tú, pues, en el mercado de plantas medicinales, Cinco Prohibiciones? Que yo sepa, no es éste el lugar que corresponde a un monje del Gran Vehículo.

—Estoy tratando de reunir el dinero necesario para pagar el viaje en barco que nos permita llegar cuanto antes a Luoyang. Pero no comprenderéis lo extraordinario de nuestra situación, Majestad, hasta que os haya contado mi historia con todo detalle —dijo con un ademán dirigido a Umara para invitarla a acercarse.

—¡Tenemos todo el tiempo del mundo, te escucho! —respondió Wuzhao, en quien las palabras del joven monje habían agudizado la curiosidad.

—Han caído sobre mis espaldas toda una serie de acontecimientos que no había previsto… —explicó Cinco Prohibiciones antes de pasar a confesar a Wuzhao, cada vez más sorprendida, todo cuanto había ocurrido en su vida desde que su Superior lo enviara al Tíbet.

—¡Eres muy valiente, Cinco Prohibiciones! ¡Me parece bien! Lo que has hecho me gusta —exclamó, sonriendo un momento mientras terminaba la relación de sus cuitas, que ella escuchó sin interrumpirle ni perder palabra.

La emperatriz Wu, que sentía debilidad por los rebeldes, aquellos que eran capaces de desafiar las prohibiciones sociales para conseguir sus sueños hasta el final a cambio del precio que fuera, parecía seducida por la lealtad y el valor de que acababa de dar muestras el joven.

¿Acaso no había arrostrado mil peligros para salvar a aquellos dos niños tan extraordinarios, puestos en sus manos por el lama de Samyé, por el simple hecho de que estaban abocados a una suerte nada envidiable?

¿No había tenido la audacia de enamorarse de una joven extranjera pese a haber profesado votos monásticos que, en teoría, le prohibían ese tipo de comportamientos?

Wuzhao no había temido nunca violar los tabúes, por lo que ahora se sentía afín a aquel joven monje de rostro simpático de quien como mínimo no se podía poner en duda la sinceridad ni la franqueza.

—Majestad, amo a Cinco Prohibiciones tanto como él a mí. Quería que lo supierais —intervino entonces Umara, cuyos ojos bicolores de dorados reflejos parecían desafiar a la emperatriz de China.

—¡De sobra se ve! —dijo ésta con acento malicioso.

—Queremos casarnos y tener hijos, pero para conseguirlo tengo que convencer al maestro Pureza del Vacío de que me libere de mis votos. Espero que se haga cargo de la situación… —añadió, pensativo, Cinco Prohibiciones.

—Es un hecho que algunos jefes de Iglesia acostumbran a mostrarse intransigentes con aquéllos en quienes tienen puestas sus esperanzas. A decir verdad, Pureza del Vacío no tiene fama de Superior acomodaticio —murmuró la emperatriz.

—Si he de deciros toda la verdad, es lo que me temo, Majestad. Intentaré explicarle que, en lo tocante a intenciones, me he mantenido siempre puro en todo lo que he acometido. Yo no he buscado a esta muchacha, ha sido la mano de Buda quien me guió hasta ella.

—¡Mi Dios Único ha hecho lo mismo conmigo! —exclamó Umara.

—¿O sea, que profesas una religión monoteísta? —preguntó Wuzhao, cada vez más interesada en aquellos visitantes cuya trayectoria era como mínimo tan curiosa como la suya propia.

—Mi padre, Majestad, es el fundador de la comunidad nestoriana del oasis de Dunhuang. Nosotros adoramos a un solo Dios, creador de todas las cosas tanto en la tierra como en el cielo.

Umara no se dio cuenta de la desconfianza que, por un instante, brilló en la mirada de la emperatriz.

Algunos nobles de la corte imperial acusaban a los nestorianos, de los que hasta entonces ni uno solo había conseguido penetrar en la China central, de tramar complots e intrigas en los principales oasis de la Ruta de la Seda. Y las revelaciones recientes de Aguja Verde incitaban a la prudencia.

A los ojos de la emperatriz, sin embargo, la bella Umara, con su frescor y su espontaneidad, no tenía nada de espía ni tampoco de intrigante.

—¡Nuestros destinos se han cruzado! —concluyó Cinco Prohibiciones.

—¿Cómo esperas obtener de Pureza del Vacío tu retorno al estado laico? —preguntó entonces Wuzhao.

—Cuento con la presencia de los Gemelos Celestiales para doblegar su voluntad. Ellos han hecho oscilar mi vida convirtiéndola en lo que es hoy día. De no haber sido por ellos, los parsis habrían acabado con nosotros y con el *ma-ni-pa*. Y entonces yo no habría encontrado el amor de mi vida —explicó el joven *mahayanista* juntó al cual, en un gesto conmovedor, se había acurrucado Umara.

Aquel amor tan poderoso y la tranquila inocencia que demostraba la pareja no tardaron en emocionar a la emperatriz, que se derretía de satisfacción.

—¡Quién sabe, a lo mejor puedo ayudarte a convencer a tu Superior! —apuntó.

—¡Majestad, sería maravilloso! —exclamó la joven cristiana nestoriana.

Aplaudiendo como una niña pequeña, llegó al extremo de besar la mano de Wuzhao, quien se dejó hacer sin poner obstáculo alguno pese a ser un gesto contrario a todas las costumbres protocolarias.

—Si el maestro Pureza del Vacío me autoriza a casarme con Umara, podremos ocuparnos como es debido de los Gemelos Celestiales. Por otra parte, su presencia en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales seguramente atraerá a un gran número de fieles…

—En los mercados, esos niños divinos atraen siempre a una inmensa muchedumbre de mirones —añadió Umara.

Wuzhao desvió la mirada hacia los dos pequeños.

Apelotonados entre la pelambre del moloso, parecían dos alhajas colocadas sobre el cojinete de seda de un joyero.

Cierto era que aquella parejita de niños eran algo extraordinario, tanto el niño como sobre todo la niña, cuya belleza no quedaba en nada menoscabada por aquella mitad del rostro rojo y velludo semejante a una extraña máscara como las usadas por los comediantes de teatro cantado.

Se quedó reflexionando.

Era un hecho que, ahora que tenía delante de sus ojos a los Gemelos Celestiales, tal como los llamaba con tanto acierto Cinco Prohibiciones, se daba cuenta de que podía obtener de ellos algún beneficio…

Su presencia en un monasterio sería una prueba de irradiación excepcional para este último, así como para Pureza del Vacío, en caso de aceptar el trato de su ayudante, puesto que la llegada de los niños tendría unas consecuencias más importantes que la renovación de sus estandartes votivos…

—Considerándolo bien, creo que, llegado el momento, cuento con los argumentos adecuados para convencer a Pureza del Vacío de que te exonere de tus votos de monje —dijo Wuzhao.

—¿Qué tengo que hacer para conseguirlo, Majestad? —preguntó, súbitamente esperanzado, Cinco Prohibiciones.

—Lo mejor sería que os quedarais aquí conmigo. ¡Cómo vayáis por las calles de la capital, corréis los peores peligros! Si yo os tomo como servidores, nadie tendrá nada que decir.

—¿De veras haríais esto por nosotros, Majestad? ¿No corréis un gran riesgo dando cobijo a unos intrusos? —exclamó Umara con voz temblorosa, rebosante de agradecimiento.

—¡Jamás he temido los riesgos! Y además, vosotros me seréis de gran utilidad. Mucho más de lo que pensáis —añadió con acento de misterio.

—Majestad, en nombre de los cinco, os doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón —exclamó entonces Cinco Prohibiciones, cuyo rostro se iluminó de pronto con una gran sonrisa.

—Mudo, instala a mis invitados en el Pabellón de Recreo, el que está en el tercer jardín de los esparcimientos. Allí estaréis a gusto. El lugar es tranquilo y los árboles que crecen en él están poblados de pájaros. Estoy segura de que vuestros Gemelos Celestiales se encontrarán allí de maravilla.

Así fue como, aquel día, la terrible emperatriz Wuzhao, aquella de quien se decía con razón que reinaba entre bastidores en lugar de Gaozong y que manejaba a su antojo todos los hilos del poder, capaz de saber lo que se tramaba en la más pequeña antecámara del ministerio hasta el punto de que los rostros de los altos funcionarios se ensombrecían, temerosos, así que la veían aparecer, altanera y desdeñosa siempre para tenerlos más atemorizados, se transformó, ante aquella pareja de jóvenes a los que miraba con simpatía, en perfecta y satisfactoria anfitriona.

El Pabellón de Recreo era un elegante edículo de forma octogonal construido por Taizong el Grande para escuchar música y practicar la caligrafía.

Antes de morir, el viejo emperador gustaba de pasar allí las tardes, instalado en una inmensa cama y acompañado de bellas muchachas que encandilaban sus oídos —y, según se decía, también el resto de su cuerpo— con los sones de la cítara, los tamboriles y las flautas.

Dado que Gaozong era incapaz de distinguir el sonido de un órgano de boca del que emiten un par de címbalos, el edificio no tenía una utilidad precisa, razón por la cual Wuzhao acabó por apropiárselo y disponer de él a su antojo.

Constaba de cuatro habitaciones espaciosas decoradas con muebles elegantes, hasta el punto de que sus nuevos ocupantes, cuando el Mudo los condujo hasta allí, no pudieron por menos de quedar extasiados ante el refinamiento del decorado.

La noche misma de su instalación en el edificio, Cinco Prohibiciones y Umara, tranquilos por fin y al abrigo de miradas indiscretas, pudieron entregarse plenamente por vez primera a los juegos del amor.

El descubrimiento de sus cuerpos totalmente desnudos bajo el edredón imperial relleno de plumas de cisne en el que se deslizaron muertos de risa fue para ellos una deliciosa experiencia que no olvidarían en su vida.

Hasta entonces, deambulando siempre por los caminos y nunca solos, perturbados perpetuamente por los pequeños de los que había que ocuparse de continuo, las circunstancias de su huida les habían obligado a contentarse con abrazos y caricias en exceso furtivos para sus gustos.

El colchón de la cama grande sobre el cual tuvo lugar aquella verdadera ceremonia era tan blando que incitaba a las caricias más deleitosas, mientras los cojines de seda, ligeros como nubes, favorecían que sus manos se acercaran eliminando así cualquier escrúpulo que les impidiera abusar, en cierto modo, de un cobertor imperial cuya solemnidad habría podido intimidarlos.

Una vez más, fue Umara quien tomó la iniciativa.

—¡No sabes cómo te deseo, amor mío! Hasta ahora no habíamos tenido ocasión de disfrutar de nosotros. ¿No te parece que ya es hora? —declaró sin ambages a aquel que aquella noche se convertiría en su verdadero amante.

A guisa de respuesta, Cinco Prohibiciones la colocó delicadamente en la cama de Taizong.

Seguidamente la desnudó de pies a cabeza con gestos de infinita dulzura.

¡Qué emoción la de contemplar por vez primera en su totalidad y sin ningún estorbo las formas de Umara, aquel vientre de inmaculada blancura, adornado con un ombligo encantador, el mechón apenas visible de su sexo, cuyos labios eran tan rosados como los pezones de sus pechitos, dirigidos hacia el cielo y henchidos ya por el deseo!

—Tu piel es tan fina como la de un niño. Tu ombligo parece una boca que recitara poemas… —murmuró mientras rozaba una vez y otra con los labios el vientre de la que se convertiría en su amante, cuya piel tensa como la de un tambor ya vibraba de deseo.

La muchacha le respondió entrelazando la lengua con la suya, los dos rostros muy juntos.

El deseo mutuo que se inspiraban imprimía a sus gestos una especie de fiebre que fue creciendo hasta la apoteosis final.

Tal fue la secuencia de su primer ritual íntimo, cuyas principales etapas parecían conocer de memoria y al dedillo los dos como si no hubieran dejado de practicarlo desde la noche de los tiempos…

Cuando él violó el dulce impedimento del himen de su amante, ésta profirió apenas un grito, aunque no de dolor y mucho menos de sorpresa,

sino de placer, hasta tal punto fue intenso el que sintió en aquellos momentos.

Después de aquel primer abrazo, desaparecidos todos los obstáculos, volvieron a enlazarse sin traba alguna a lo largo de toda la noche, hasta que el alba los encontró, agotados y bañados en sudor, uno en brazos del otro, dormidos beatíficamente, como fierecillas jóvenes después de consumir la carne fresca procurada por la espeluznante caza nocturna.

Apenas se despertaron, estrechamente abrazados, comprobaron con estupefacción que habían soñado lo mismo: sobre sus cabezas brillaban las estrellas, que dibujaban en el cielo la forma de un inmenso corazón.

Umara mordisqueó la oreja de su amante y le murmuró en voz baja:

—¡Y pensar que entre nosotros, los nestorianos, el pecado de la carne fuera del sacramento del matrimonio se castiga con el infierno! ¿Qué tiene de malo, sin embargo, la unión con el ser amado?

¿Acaso no fue el Dios Único, creador de todas las cosas, quién hizo que el hombre y la mujer experimentasen placer cuando se mezclan sus cuerpos? ¡El amor es el bien más preciado que ha concedido Dios a sus criaturas!

Por toda respuesta, Cinco Prohibiciones acarició la larga cabellera sedosa y rizada de su amante, derramada sobre sus hombros cual trémulo manto.

—¡Cuánta razón tienes! Comparto del todo tu punto de vista sobre el amor, querida Umara. En cuanto a tu Dios Único, se trata de un concepto que para nosotros, los budistas, no tiene ningún sentido. Me asusta un poco la idea de que todo pueda depender de un solo Dios —suspiró él acurrucándose contra los suaves pechos de la muchacha.

—¡Pues te veo muy poco asustado! —le dijo ella al oído.

—¡Si supieras cómo te quiero! —suspiró él.

—¿Acaso Buda no es objeto de un culto parecido a la adoración que nosotros, los nestorianos, tributamos a nuestro Dios en el curso de lo que llamamos misa? —prosiguió ella volviendo a la carga.

—Buda fue un hombre cuya virtud y conocimiento le permitieron elevarse hasta la extinción final.

Es una trayectoria, amor mío, a la que todos tenemos acceso cuando disponemos de los medios necesarios. Basta con mostrarse compasivo y bueno con los demás.

—¡Espero que tu Superior se muestre así de compasivo contigo!

—¿Por qué lo dudas?

—¿No sabes que los jefes de Iglesia muestran tendencia a justificar todo tipo de medios para conseguir sus fines? Mi padre, sin ir más lejos, no dudó en violar la ley de la Seda de los Tang.

—Se supone que el Superior de un convento *mahayanista* tiene que practicar el bien.

—Por desgracia, conservo en la memoria un caso concreto de lo contrario —afirmó la muchacha, de pronto triste e inquieta.

—¿A quién te refieres, Umara? —le suplicó su amante.

Cuando ya iba a responderle, la joven nestoriana mudó de parecer gracias a un intenso esfuerzo, ya que le costaba mucho guardarse aquel secreto que había estado a punto de revelarle.

—Tengo miedo de hacerte daño, Cinco Prohibiciones… —murmuró.

—El Bienaventurado nos protege, amor mío, no tenemos nada que temer. Expulsa de tu ánimo las ideas negras —murmuró él abrazándola con ternura.

—Lo único que hoy cuenta somos nosotros, nada más, tanto si nos ilumina la luz de Dios como la de Buda. ¡Prométeme, Cinco Prohibiciones, que un día nos casaremos y tendremos hijos! —le dijo ella con ardor.

—¡Que tu Dios te escuche, Umara! En lo que a Buda se refiere, estoy convencido de que comprende nuestra situación.

Ella, a su vez, le cogió las manos y sus ojos bicolores se iluminaron con mil llamaradas de las que no estaba ausente la angustia al clavarse en los del amado, como si sólo allí y no en otro sitio pudiera encontrar la plena seguridad de que serían felices juntos y de que no podía ocurrirles ningún daño.

Por supuesto que Umara seguía creyendo en su Dios Único.

Pero ella también comprobaba que aquella fe, que permanecía viva siempre, no le impedía de ningún modo, sino todo lo contrario, amar a Cinco Prohibiciones con todas sus fuerzas, hasta el punto de verse

definitivamente unida a él incluso sin recurrir al sacramento del matrimonio tal como lo practicaban los nestorianos.

Cinco Prohibiciones, por su parte, había recorrido un camino idéntico.

Convencido siempre de que la Santa Vía de los Ocho Miembros del Bienaventurado era la única salida que conducía a la salvación de los hombres, si su amor a la joven nestoriana no había hecho vacilar su fe, por lo menos había transformado profundamente su visión tanto de la vida como del mundo.

De modo que cada uno, pese a conservar sus propias creencias respetando al otro, había descubierto que, contrariamente a lo que pretendían sus Iglesias respectivas, la felicidad era accesible a los hombres en la tierra y no únicamente en el paraíso o el nirvana…

¡Sí, ser feliz era algo que les esperaba hoy, en aquel instante, no mañana ni más tarde!

Una verdad que tenía mucho de humana y muy poco de divina, tal como Umara y Cinco Prohibiciones estaban a punto de comprobar.

—Desde el momento en que te vi por vez primera no cesé de rogar a Dios que nuestros caminos volvieran a cruzarse. Y mi petición se vio atendida —exclamó la muchacha, sentada a horcajadas sobre el vientre de su amante.

—Te doy mi palabra, Umara, de que si no te hubiera conocido hoy mi vida estaría totalmente desprovista de sentido, como lo estaba ayer, pese a que yo era el último en saberlo —dijo él recogiendo los senos de la muchacha en sus manos.

Embriagados de deseo una vez más, uno y otro tenían la impresión de conocerse desde hacía milenios, pese a que no hacía más que tres breves meses que habían huido de Dunhuang.

—¡Que mi Dios y tu Buda nos iluminen y nos protejan! No deseo otra cosa… —consiguió añadir Umara entre dos suspiros, justo cuando comenzaba a gozar y la vara de jade de Cinco Prohibiciones, sin que tuviera necesidad alguna de forzar la puerta, ya se movía en su interior.

—¡Las cosas habrían podido ocurrir de forma mucho peor!

Era un hecho que, desde que habían conocido a Punta de Luz y a Luna de Jade cerca de la Gran Muralla, su viaje hasta la capital de los Tang había

proseguido sin la menor traba.

Cinco Prohibiciones comprendió muy pronto que podía sacar un gran partido del uso de una identidad taoísta gracias a la indumentaria que el joven *kucheano* había tenido la brillante idea de regalarle.

Punta de Luz le había hecho con ello el más grande de los favores.

Como signo evidente del nerviosismo que se había apoderado de las autoridades, dispuestas a erradicar totalmente el tráfico de la seda de contrabando, primero cada veinte *li*[51] a todo lo largo de la Ruta de la Seda y después cada diez, a medida que iban acercándose a la capital encontraban patrullas de policías que examinaban las mercancías que transportaban los convoyes y tomaban nota minuciosa de las identidades de los extranjeros, registradas después en tablillas de bambú que serían trasladadas seguidamente a un fichero central de la policía encargada de todo lo relativo a la seda.

Enmascarado bajo la apariencia de médico taoísta ambulante, Cinco Prohibiciones, imitando en esto a Punta de Luz, había conseguido burlar todas las celadas en las que, junto con Umara, el *ma-ni-pa* y los Gemelos Celestiales, habría caído inevitablemente de no haber contado con aquel providencial cambio de aspecto.

Disfrazado de médico del Yin y del Yang, el joven monje del *Mahâyâna* había adquirido las plantas y polvos necesarios para instalar un puesto digno de ese nombre.

Y seguidamente, al frente del pequeño regimiento, había celebrado su primer mercado con éxito indiscutible, resultado sobre todo de la presencia de los dos pequeños. Bastaba con mostrar sus caritas para que acudieran los mirones como moscas y se llevaran la mercancía que vendía aquel médico cuyos poderes, a juzgar por la presencia de la extraordinaria parejita formada por aquellas curiosas criaturitas, de las que a buen seguro era el progenitor, no podían ser otra cosa que sobrenaturales.

Y el fenómeno del boca a oreja, puesto que la Ruta de la Seda era también el vector ideal de aquel tipo de venta ambulante, había conseguido el resto: cuanto más se acercaban a Chang An, mayor revuelo causaba su llegada a los mercados.

De todas partes acudían clientes dinero en mano, sobre todo porque en materia de palabrería, el *ma-ni-pa*, que ahora ya chapurreaba unas cuantas palabras de chino y cuyo aspecto de por sí, por lo extraño y por las posturas delirantes que adoptaba, ya constituía un argumento comercial, no se quedaba a la zaga.

Muy pronto, gracias a los beneficios generados con su actividad, Cinco Prohibiciones estuvo en condiciones de completar su reserva de plantas y polvos y consiguió convertir su puesto en uno de los más completos del género, del mismo nivel que el de Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente.

Su entrada en Chang An fue triunfal.

Cuando atravesaron la Puerta de Occidente, hacía varias semanas que en la capital corría el rumor de que un mercader taoísta que vendía plantas medicinales había engendrado una pareja de niños excepcionales y de que sus remedios estaban a la altura del fenómeno que había originado.

Llegados a este punto, al cabo de pocos días se había congregado tal cantidad de gente alrededor del puesto instalado en el gran mercado de hierbas que Cinco Prohibiciones, superado por el éxito e incapaz de dar abasto a las peticiones, ya estaba temiendo en qué momento se agotaría su reserva de plantas y polvos cuando, inopinadamente y en pleno mercado, fue objeto de la petición de la propia emperatriz…

—¡Ya no tendrás necesidad de disfraces! Ahora podrás volver a ser tú mismo, amor mío —dijo Umara.

—¿No habremos sido un poco imprudentes aceptando la proposición de Wuzhao? Ahora estamos a su disposición y puede hacer de nosotros lo que quiera.

—Esa mujer me inspira confianza. Y si no te la hubiera inspirado a ti, no le habrías revelado tu historia.

—No hacía ni una hora que nos conocíamos cuando se lo conté todo. Ahora que lo pienso, me parece extraño —murmuró acariciando suavemente el pecho de ella con la mano.

—¡Eso creo yo! ¡Algo muy extraño! —confirmó la muchacha al tiempo que se estremecía.

Mientras tanto, él sentía que el deseo volvía a emerger desde el fondo de su ser, y también notaba que se le erizaban uno a uno todos los pelos del vientre y de los brazos, y que el sexo, con renovado y visible vigor, volvía a enderezarse y clamaba por sus fueros.

—¿Por qué lo hiciste, Cinco Prohibiciones? ¡No tenías ninguna obligación! —siguió insistiendo Umara.

A pesar del tono perentorio de la pregunta de su amante, el joven monje, prisionero de las nuevas emociones que lo embargaban, no parecía dispuesto a responderle.

Estaba demasiado absorto explorando las profundidades húmedas y cálidas a las que daba acceso la divina puerta de su amante, que respondió al momento a sus eficaces solicitaciones.

—Es extraño, Umara, pero no llego a convencerme de que la emperatriz de China no sea una mujer de bien —acabó por confesarle después de que su amante le hubiera arrancado un último espasmo.

Ahora le tocaba a ella permanecer en silencio.

—Y además —añadió él con un hilo de voz antes de abrazarla como quien abraza a un niño y de cubrirla de tiernos besos—, ¿no crees que tendremos necesidad de ella para que mi maestro de *Dhyâna* me perdone y acepte exonerarme de mis votos de monje?

—Aunque no fuera así, igualmente me casaría contigo. Poco importa que seas monje o no. Aun cuando mi padre me lo prohibiera, compartiría mi vida contigo.

Lo dijo sonriendo.

En la sonrisa de Umara se hacía patente todo lo que constituía el encanto extraordinario del carácter tan bien templado de la joven cristiana, en quien el tranquilo convencimiento de que su vida iba en pos de la felicidad barría de golpe cualquier prevención o temor.

Umara era una auténtica luchadora.

Y la fuerza de carácter que poseía, la pasión y optimismo inquebrantables que la caracterizaban, la pequeña nestoriana, que había llegado sigilosamente a aquella China que su padre soñaba con conquistar, todavía no sabía hasta qué punto le serían necesarios para abrirse camino.

XXVII

OASIS DE DUNHUANG,
RUTA DE LA SEDA

Punta de Luz, ¿qué haces aquí tan pronto? —preguntó Diakonos, sorprendido y aliviado a un tiempo.

Con los cabellos todavía alborotados y los ojos nublados por el sueño, el vicario de Addai Aggai, a quien unos golpes insistentes dados en plena noche en la puerta de la iglesia habían arrancado de la cama, no las tenía todas consigo cuando entreabrió el ventanuco enrejado que permitía ver a los visitantes sin retirar los cerrojos de la puerta de entrada.

Pero estaba mucho más inquieto al bajar de cuatro en cuatro los peldaños que lo separaban de su habitación después de haberse provisto, por si acaso, de un garrote, mientras se preguntaba quién podía turbara horas tan intempestivas el descanso del obispo.

¿Se trataría de una operación policial? ¿De un subterfugio por parte de unos atracadores antes de dar el golpe? ¿O pura y simplemente de unos bromistas?

Pero así que se encontró de manos a boca con el *kucheano* de Turfan se disipó al momento su angustia para dar paso a la sorpresa.

—¡Que el Dios Único sea contigo! No tenemos donde ir. Todos los hoteles baratos del oasis están llenos y ahí fuera hace frío. He pensado que la iglesia nestoriana, con el viento glacial que hace, no nos cerraría las puertas…

Detrás de Punta de Luz se vislumbraba el bello rostro de una chinita.

—¡Entrad y procurad no hacer ruido! Están todos durmiendo —murmuró Diakonos abriendo del todo la puerta.

Punta de Luz y Luna de Jade entraron en el patio del obispo. Parecían extenuados bajo la gran cantidad de ropa vieja, cubierta de polvo, con que se protegían del cierzo glacial que soplaba, incansable, en el desierto desde hacía varios días.

—¡Estaba seguro de que podía contar con la hospitalidad de la Iglesia hermana! —dijo el *kucheano* desplomándose en un banco de la entrada reservado a los visitantes de paso.

—¿Se puede saber qué haces en Dunhuang? ¡Y yo que te hacía en Turfan, en el invernadero de las moreras! —exclamó el nestoriano.

—Cargamento de Quietud me ha enviado a Chang An a buscar gusanos y capullos. Quiere relanzar la producción de hilo. Ya estoy de vuelta.

—¿Y esa joven? —preguntó Diakonos con aire de desconfianza indicando a Luna de Jade.

Le parecía cuando menos curioso que el joven Oyente no viajase solo.

—Una amiga. Se lo explicaré a Addai Aggai.

—Eso será mañana, porque el obispo duerme. Desde que perdió a su hija, su salud no es la de antes.

Y él tampoco es el mismo. Para una vez que consigue dormir, no lo despertemos.

—¡Ya sé! Debe de estar muy triste… —se le escapó a Punta de Luz.

—¿Qué es lo que sabes? ¿Qué has dicho, Punta de Luz? ¿Sabes algo de Umara? —exclamó el nestoriano, movido por la curiosidad.

—¡No sé nada! Lo único que digo es que Addai Aggai debe de estar muy triste por haber perdido a su hija. ¡Nada más! Yo también estoy cansado… Con tanto dormir al raso uno acaba por perder el entendimiento —farfulló el *kucheano*.

—¡Comprendo, comprendo! De todos modos, parece que la desaparición de la hija del obispo no te sorprende demasiado… —refunfuñó Diakonos.

—En la Ruta de la Seda se sabe todo. Las noticias circulan muy aprisa —explicó Luna de Jade con un suspiro, dejando oír su voz por vez primera, lo que le valió una mirada todavía más desconfiada de Diakonos.

—¿No te sobra, por casualidad, alguna galletita de trigo? —preguntó en tono suplicante Punta de Luz, que sentía calambres en el estómago debido al mucho tiempo que llevaba sin probar bocado.

Hacía ya dos días que se habían agotado sus reservas y que los dos viajeros no se echaban nada al coleto.

Tras proporcionarles unas pastas secas de miel y una tetera llena de té caliente, sobre todo lo cual se precipitaron uno y otra sin hacerse de rogar, Diakonos los condujo al inmenso dormitorio donde los nestorianos albergaban a los viajeros de paso.

Aquella noche estaba vacío. Constaba de una habitación ocupada por una hilera de estrechas literas.

—¡No irás a decir al obispo que hace unos días nos encontramos con su hija! —dijo Luna de Jade en voz baja a Punta de Luz en cuanto estuvieron solos.

En aquella estancia glacial en la que hacía semanas no se encendía la chimenea, la muchacha se acurrucó contra el cuerpo de su compañero bajo la manta de lana de cabra que Diakonos les había facilitado.

—¡Ni pensarlo! Me conocerías muy poco si me creyeras capaz de traicionar la promesa que hicimos a la simpática Umara de no decir a nadie que había huido con Cinco Prohibiciones. Me he ido de la lengua, lo reconozco, pero ha sido por el cansancio… Menos mal que me has ayudado a salir del paso.

—He querido impedir que el Diakonos ese siguiera bombardeándote a preguntas.

—Has dado prueba de sensatez, cariño. ¡Has hecho muy bien!

—¡Te quiero! —murmuró a su vez Luna de Jade antes de dormirse en sus brazos.

A la mañana siguiente, después de una noche reparadora, cuando Diakonos los condujo en presencia de Addai Aggai, Punta de Luz no dejó de sorprenderse al ver la expresión taciturna y desconfiada con que lo miró el obispo.

—Quiero presentarme, monseñor: me llamo Punta de Luz. Soy colaborador de Cargamento de Quietud, encargado de la producción de hilo de seda.

—¿Y se puede saber qué haces en Dunhuang en lugar de estar alimentando a tus gusanos en un lecho de hojas de morera, antes de escaldar los capullos para desenrollar el hilo?

El tono desengañado de Addai Aggai expresaba a partes iguales laxitud y desconfianza.

—Vengo de la China central, donde he ido a buscar capullos y huevos de gusanos de la seda con el fin de volver a poner en marcha nuestro criadero. Por esto me he permitido acercarme a vos y solicitar vuestra hospitalidad por unos días al objeto de recuperar fuerzas y volver a mi tierra —le explicó de un tirón, mostrándole el contenido de la bolsita que llevaba.

Consideraba que aquél era el mejor medio de ganarse la confianza de aquel religioso de rostro severo, en lugar de ocultarle las razones de su periplo.

—Quien lo envió a Chang An fue el Perfecto de la Iglesia de la Luz de Turfan. ¡Y se ha salido con la suya! Puesto que allí abundan los controles de la policía… Gracias a él, dentro de unas semanas podremos poner la fábrica en marcha, ahora que vuelve a manar la fuente —exclamó Diakonos con expresión de alegría.

—¡Ya se verá! —murmuró tristemente el obispo.

Sería decir poco afirmar que Addai Aggai, desde que se había ido su hija adorada, se limitaba a sobrevivir más que a vivir.

El obispo nestoriano, inconsolable, pasaba como mínimo dos o tres horas al día reviviendo, en compañía de la gorda Golea, que ahora tenía el aspecto de una vieja maltratada por la vida, las circunstancias que habían acompañado la desaparición de su hija querida.

¿Qué le habría podido ocurrir a una niña tan sensata como aquélla, tan unida a su padre y que tanto procuraba no contrariarlo en nada?

Aquel día, cuando salió de madrugada de la fábrica después del festín bien regado que siguió al retorno del agua viva del manantial, el hombre dirigió sus pasos hacia el árbol desmedrado bajo el cual creía que su hija había pasado la noche.

Pero, para enorme sorpresa suya, no la encontró.

La llamó, angustiado, y la buscó en vano por el desierto.

Acompañado de los monjes-obreros, recorrió a fondo la cañada movido por la idea de descubrir su cuerpo desarticulado al pie del acantilado desde el que, quizá, se había despeñado.

¡Pero nada! ¡Ni rastro de Umara! Al parecer, se había evaporado.

Ni por un segundo pasaba por la cabeza del obispo nestoriano que Umara pudiese haberse fugado.

Como era lógico pensar, sus sospechas se habían dirigido hacia Majib y sus hombres.

A pesar de las negativas del parsi, que no cesó un momento de protestar de su buena fe, ya que también a él le había enfurecido la desaparición de Cinco Prohibiciones y del *ma-ni-pa*, y de manera especial de los niños divinos, de los que esperaba sacar buena tajada en dinero, Addai Aggai, presa de la desesperación y la cólera, no dio su brazo a torcer: tenía que ser por fuerza el jefe parsi Majib quien lo había tramado todo.

El tono subió de tal manera que acabaron por llegar a las manos, secundados por sus hombres respectivos.

La trifulca se hizo general entre los hombres de Majib y los monjes de Addai Aggai, más numerosos que los parsis y sobre todo más serenos, ya que habían bebido mucho menos, lo que les permitió apoderarse de los palos con punta de hierro que tenían en la fábrica y esgrimirlos contra las cabezas de sus adversarios, quienes no tardaron en pedir clemencia.

—¡Vas a pagarlo muy caro! ¡Ojalá que los buitres despedacen el cadáver de tu hija! —le gritó Majib, rabioso de cólera, al tiempo que ordenaba a sus hombres que se retirasen.

—¡Anda y vete al diablo! —le respondió Addai Aggai.

Tan afectado se encontraba por la desaparición de su hija que llegó incluso a olvidar la oferta tentadora que en buena y debida forma le había hecho el parsi la víspera de las festividades: los nestorianos proporcionarían seda a los parsis, a cambio de lo cual la realeza parsi en el exilio, así que reconquistase Persia echando del país a los musulmanes, prestaría ayuda a los nestorianos en su avance hacia la Gran China.

Más que este acuerdo estratégico, brindado por un jefe parsi que había abusado un poco del vino de uva, era la revelación que había hecho Addai

Aggai del reparto de papeles con los maniqueos de Turfan lo que podía tener graves consecuencias.

—¡De modo que los maniqueos de Turfan producen la seda y vosotros la tejéis! ¡Y yo que creía haber descubierto en Dunhuang el oasis cuyo nombre buscamos en Persia desde hace años! ¡Qué lejos estaba de pensar que Turfan estaba también metido en esto! —murmuró, estupefacto, el *mazdeano*, a quien la confidencia acababa de abrir nuevos horizontes.

—¡Se trata de un secreto! ¡Prométeme que no se lo revelarás a nadie! Que quede claro que no te he dicho nada al respecto —exclamó el obispo, que ya lamentaba haber hablado demasiado.

Pero aquella confidencia que por inadvertencia había confiado a un hombre que ahora lo odiaba a muerte ya le preocupaba muy poco, puesto que lo único que ahora ocupaba su espíritu era la desaparición de su hija.

En efecto, desde aquella mañana terrible, los días transcurrían igual que circula la arena por el interior del reloj: un funcionamiento mecánico y casi lúgubre.

Para Addai Aggai, la vida sin Umara estaba privada de sal.

Lo más duro había sido advertir, no sin alarma por su parte, que ni la fe ni la piedad le permitían superar la inmensa tristeza que inundaba su corazón como las tempestades cubren de arena las estelas votivas que se levantan al pie de las dunas del desierto de Gobi. Así que ponía un pie en el suelo, tan pronto como despertaba de un breve sueño robado a las largas horas de vigilia, la imagen arrebatadora de la hija única que había perdido —o eso creía él, por lo menos— comenzaba a perseguirlo…

¿No sería capaz de devolverle su hija aquel Dios Único e Indivisible al que consideraban todopoderoso y a quien había sacrificado toda su vida?

Era algo que ignoraba y, a decir verdad, que ya estaba empezando a dudar.

¿Cómo había que hablar a aquel Dios tan lejano y tan grande, casi inaccesible? ¿Por qué no acertaba a encontrar las palabras adecuadas para obtener su socorro?

Había días en que el obispo quería convencerse de que aquélla era una prueba que Dios le infligía.

Pero ¿había que sufrir tanto para dar testimonio de la propia fe? ¿De qué servía luchar por la Iglesia, como no había dejado de hacer nunca, si Dios se mostraba tan poco agradecido?

Otras veces Addai Aggai, armándose de valor, revisaba los posibles pecados cometidos que habrían podido explicar aquel castigo divino.

Pero no los encontraba.

Llegaba a pensar que Dios, al separar de aquel modo a un padre de su hija única, cometía una injusticia sólo para tomar a su humilde servidor, Addai Aggai, como chivo expiatorio.

Todas aquellas conjeturas, en las que se perdía irremediablemente el espíritu del nestoriano, habían acabado por minarlo tanto en lo físico como en lo moral.

—Así que estemos en condiciones de proseguir nuestros suministros, os lo haremos saber… No es más que cuestión de unas semanas. ¿Por qué tenéis un aire tan preocupado, monseñor? ¿Qué teméis en concreto? —inquirió el *kucheano*, alentado por la mirada de Diakonos, interesado en calmar a su obispo.

Las palabras del Oyente habían tenido la virtud de despertar los recuerdos de Addai Aggai, cuya expresión todavía se hizo más sombría cuando, agotado y abatido, consiguió articular unas cuantas palabras.

—Dunhuang corre ahora terribles peligros. Me he visto obligado a expulsar de aquí a unos parsis que pretendían apoderarse de la seda tejida en mis talleres. Son hombres que se han ido furiosos. Desde entonces circula el rumor de que quieren vengarse de nosotros y de que, para conseguirlo, convencerán a los turcos orientales de que este oasis es una verdadera mina de oro. De ser eso verdad, una de las gemas más hermosas que forman el collar de la Ruta de la Seda mañana no será más que una gran extensión cubierta de ruinas —se lamentó Addai Aggai, que había empezado a recorrer, nervioso, su despacho de un extremo a otro con los puños cerrados.

Parecía desesperado.

—¿Quiénes son, pues, esos turcos orientales que tantas angustias os causan? —preguntó Punta de Luz, que comenzaba a inquietarse a su vez.

—Están gobernados por un rey llamado el Kagan y hace lustros que se anexionaron las riquezas de la *Sogdiana*[52], el país de los mejores comerciantes del mundo, que utilizan como base de sus conquistas.

Como son nómadas, saquean y matan sin miramientos dondequiera que van. Dice un adagio que los pilares de su imperio son la arena y el viento. Por ese motivo, pese a todos sus esfuerzos, los ejércitos chinos jamás han conseguido reducirlos. Cuando uno cree que los turcos están a un lado, resulta que están en otro… —respondió el padre de Umara en tono lúgubre.

—¡Pero hay que luchar, organizar un ejército, disponer la defensa! ¡Dunhuang lo merece! —exclamó el joven *kucheano*.

—En Dunhuang no hay más que religiosos y mercaderes. La guarnición china se compone de treinta hombres apenas. Contra unos guerreros sanguinarios que casi no saben caminar porque tienen la costumbre de permanecer en la silla de montar desde la mañana a la noche y que igual pueden atacarnos mañana que dentro de tres semanas o dentro de un año, créeme, joven, sería verdaderamente difícil…

—¿Los budistas están prevenidos contra este peligro? Se dice que son numerosos. Tal vez cuentan con los medios necesarios para pagar mercenarios —añadió Punta de Luz haciendo alusión a los treinta mil monjes del *Mahâyâna* que vivían en la treintena de monasterios, pequeños y grandes, que jalonaban el oasis.

—¡Me basta con los problemas e inquietudes de mi propia Iglesia! Las autoridades chinas apenas nos toleran. Si prevengo a los budistas, que seguramente están tan al corriente como yo de esta amenaza, corro el riesgo de que me acusen de estar conchabado con los turcos… o sencillamente de ser un agorero, como esos portadores de malas noticias a los que ciertos príncipes hacen decapitar para no tener que oírlos —suspiró, desengañado, el pobre obispo.

—Pero ¿cómo es posible que esos turcos se comporten como ladrones sin fe ni ley, con total impunidad, en una zona dónde la China central ha implantado sus protectorados? —exclamó el *kucheano*, escandalizado ante lo que el obispo acababa de explicarle.

—Los chinos hacen lo que pueden, pero cuanto más lejos están esos territorios de la Gran Muralla, más escasos son los medios que consagran

para mantener allí una paz precaria.

—¿No harían mejor retirándose? Después de todo, considero que los *sogdianos*, *kucheanos* y *turfaneses* son lo bastante mayorcitos para solventar por sí mismos sus problemas y capitanear su barca —exclamó Punta de Luz.

—Los pueblos industriosos que producen riquezas y comercian con ellas tienen todas las de perder frente a unos invasores cuya única habilidad consiste en saquear e incendiar. Esos turcos orientales son nómadas capaces de tirar al arco cabalgando a galope tendido y dar en el blanco al mismo tiempo. Hace unos años que su zona de influencia se extendía desde la *Sogdiana* hasta la Siberia meridional. No tienen igual en lo que toca a anexionarse inmensos territorios casi vacíos de población, dejando al mismo tiempo que se cierna su amenaza sobre las ciudades comerciales que son otras tantas presas fáciles y tentadoras. Sus espadas prevalecen forzosamente sobre los balances y los libros de cuentas… —sentenció el obispo.

—Pero ¿quiere esto decir que debamos permanecer desarmados, convertidos en presas ideales?

—¡Yo no tengo armas! ¡Ni tampoco soldados! ¡Y menos aún, caballos! Mi único escudo son los muros de mi iglesia y, como podrás comprobar tú mismo, no son muy altos ni muy gruesos…

—¿Por qué, entonces, no se repliega en Turfan el obispado nestoriano? Estoy convencido de que mi Perfecto no desdeñaría concederos hospitalidad… —dijo de pronto Punta de Luz tras unos instantes de reflexión.

—Esto equivaldría a dar marcha atrás. Hemos tardado años en establecernos aquí, el último oasis de la Ruta de la Seda antes de la Gran Muralla. Si tuviera que ir a otro sitio, más bien me dirigiría a la China central, ya que así me acercaría a mi objetivo, pero eso no es posible… —suspiró el obispo antes de dejarlos para ir a celebrar la misa de la mañana.

Dos días más tarde, cuando fue a despedirse de Addai Aggai junto con Luna de Jade, lo encontró todavía más agobiado que en el encuentro anterior. Llevando al joven *kucheano* aparte, lo hizo partícipe del drama que vivía, mirándolo a los ojos mientras se lo exponía.

—Estoy convencido, Punta de Luz, de que eres un hombre recto y valeroso. Seguramente habrás oído decir que mi hija querida ha desaparecido misteriosamente sin dejar rastro.

—Así es, monseñor, en la Ruta de la Seda no se habla de otra cosa.

—Umara era mi único tesoro en este bajo mundo. Si la encontrases un día o supieses de ella, ¿tendrías la amabilidad de hacerlo saber a este padre afligido que soy? —murmuró al borde de las lágrimas.

—Os lo prometo y me comprometo a ello, monseñor. Pero estoy convencido de que vuestra hija está viva y de que un día volveréis a verla —balbuceó Punta de Luz, conmovido por la desesperación que impregnaba las palabras de Addai Aggai.

Con la sensación de tener los sentimientos divididos, el joven *kucheano* buscaba la manera de atenuar la terrible desesperación de aquel padre sin por ello tener que faltar a la promesa que había hecho a Umara.

—¿Por qué lo dices? ¿Hablas en serio? —preguntó el nestoriano con voz temblorosa.

—¡Os lo digo porque lo pienso! Por extraña que pueda pareceros esa certidumbre, de la que hasta ahora no tengo prueba alguna, obedece a una sensación que tengo desde que estoy aquí —exclamó Punta de Luz, a quien le pareció descubrir un casi imperceptible brillo de esperanza en los tristes ojos de Addai Aggai.

—¡Ojalá que Dios te oiga, hijo mío! —murmuró el obispo poniendo la mano derecha en la bella frente lisa de aquel *kucheano* que parecía estimarlo.

Después Addai Aggai se acercó a la ventana, desde la que podía divisar el santuario que tantos esfuerzos le había costado construir en el oasis de la Ruta de la Seda, última etapa antes de que su Iglesia —o por lo menos eso pensaba ayer— alcanzase finalmente su objetivo. Y con voz monocorde, como si le costase un gran esfuerzo lo que se disponía a decir a aquel vivaracho joven, pronunció estas palabras:

—¿Querrás transmitir de mi parte un mensaje a Cargamento de Quietud?

—Lo haré de mil amores, monseñor.

—Dile que, si me ayuda a encontrar a mi hija, estoy dispuesto a darle mi vez… Él sabrá a qué me refiero.

—¿A darle vuestra vez? ¿Qué queréis decir exactamente con eso, monseñor?

—Para la Iglesia nestoriana de Dunhuang supone dejar que la Iglesia maniquea de Turfan se instale en China antes que ella, pese a llevarle la delantera. Créeme si te digo que es un gran sacrificio que yo nunca había pensado tener que hacer…

—Transmitiré vuestra proposición a mi Perfecto tan pronto como comparezca ante él. Supongo que le complacerá —dijo el maniqueo rindiéndose ante la grandeza de alma del obispo con una respetuosa inclinación.

Addai Aggai abrió entonces un armarito del que sacó una pequeña redoma de vidrio llena de un líquido dorado, que tendió al *kucheano*.

—Da esto a la joven que te acompaña. La encuentro simpática. Un mercader maniqueo me lo vendió a un precio exorbitante y lo destinaba a Umara. Estoy seguro de que complacerá mucho a la chinita.

¡Es el «perfume de Mani»!

Aquél era el nombre que, en los oasis de la Ruta de la Seda, daban a la mezcla sutil, elaborada en Persia, de extractos de maderas de áloe, ámbar, nenúfar y almizcle que volvía locas a las cortesanas más bellas y a las princesas ricas.

—Un gesto que me conmueve profundamente. Luna de Jade lo apreciará en su justo valor teniendo en cuenta la identidad de la persona a quien lo habíais destinado —exclamó Punta de Luz, conmovido ante aquella última atención del obispo nestoriano.

¡Que Dios te bendiga y bendiga a tu familia! Y como te veo muy enamorado de esta jovencita, que Dios la proteja también a ella —añadió el obispo mientras su visitante salía de su despacho.

Había llegado la hora de partir y de dejar al padre de Umara sumido de nuevo en la melancolía, que no lo abandonaba nunca.

—Cuando voy a Turfan, calculo tres semanas de caminata ininterrumpida —dijo Diakonos.

—Nosotros esperamos avanzar a buen ritmo y pararnos únicamente para dormir —explicó el *kucheano* con una sonrisa.

—¡Vosotros sois jóvenes y seguro que vais más aprisa que yo! ¡Buena suerte! —exclamó Diakonos dirigiéndose a Luna de Jade y a Punta de Luz después de aprovisionarlos de una buena ración de frutos secos y arroz viscoso.

—¡Adiós! ¡Hasta pronto y gracias por todo! —le lanzaron cuando Diakonos cerró tras ellos la puerta del pequeño obispado.

—¿Te parece que encontraré la misma comprensión en Cargamento de Quietud que en Addai Aggai?

¡Me permito dudarlo! —declaró el joven *kucheano* a su amante mientras caminaban de nuevo a través de la Ruta de la Seda.

—Es un hecho que los disgustos y las desgracias hacen más comprensivos a los hombres. ¿Se habría mostrado así de benévolo ese obispo si no hubiera perdido a su hija? No es seguro —respondió ella sagazmente.

Delante de ellos, los convoyes de caravanas eran ahora mucho más espaciados.

Siempre ocurría lo mismo una vez superado el oasis de Dunhuang, ya que allí se paraban muchos mercaderes chinos que no proseguían camino. Ahora se avanzaba más aprisa.

Además, unos diez días después, los jóvenes observaron que las colinas desérticas, salpicadas de ruinas de antiguos fortines, vestigios de las incesantes guerrillas a las que se habían librado en otro tiempo los pueblos que, por oscuras razones, querían anexionarse el desierto, habían dejado paso a campos exquisitamente cultivados y a extensos vergeles regados por el agua de los Montes Celestiales, cuyas cumbres nevadas se recortaban en el cielo.

No tardaron mucho en llegar a Hami, llamado también Yiwu, risueño oasis que el emperador Taizong el Grande convirtió en 640 en uno de tantos protectorados chinos.

El único rastro visible que subsistía de él en aquella ciudad ahora cosmopolita que albergaba el mercado de pieles más importante de toda la Ruta de la Seda era el estandarte de su gobernador han, que ondeaba en un

edificio algo más grande que los demás, que de palacio sólo tenía el nombre y del que se servía como cuartel general.

Atravesaron encantados la plaza principal de aquella comunidad compuesta por unas veinte mil almas donde los mercaderes de pieles, llegados a veces de Siberia, exponían no sólo montañas de pieles de *yak*, cabra y camello, con las que los *uïgures* elaboraban lana y los tibetanos fieltro, sino también despojos de visón, cibelina, zorro, conejo, coipo y hamster, marmota, leopardo de las nieves e incluso tigre, cuyo precio alcanzaba a veces su peso en oro.

Las ricas vestiduras de seda forradas de pieles preciosas destinadas a reyes y princesas eran carísimas y, en muchos aspectos, también se habría podido llamar con gran propiedad «Vía de las Pieles» a la Ruta de la Seda.

—¿Podré llevar algún día una capa de moaré de seda forrada de cibelina? —dijo Luna de Jade en tono de broma después de preguntar a un comerciante el nombre del animal cuyo pelo, de dorados reflejos, suave y brillante, era de tal rareza que por lo general se reservaba exclusivamente para uso del personal del emperador de China.

—Tú no tienes necesidad de esas cosas para estar guapa, amor mío. Te prefiero desnuda que vestida, incluso con una capa de preciosas pieles.

—¡Pero si el día de mañana eres rico, volveremos aquí y me comprarás una! —susurró a su amante acompañando sus palabras con una cariñosa caricia en los cabellos.

—¡Si Mani quiere, así será!

La noche que pasaron haciendo el amor en la muelle cama de una minúscula habitación de albergue, situado a la salida misma de la ciudad, fue una de las más deliciosas después de la abstinencia impuesta por el viaje, pese a la inquietud que sentía Punta de Luz al acercarse a Turfan y pensar en la explicación que tendría que dar a su Perfecto.

Para trasladarse desde Hami, población situada a medio camino entre Dunhuang y Turfan, a la «Brillantísima Perla de la Ruta de la Seda» había que recorrer inmensidades rocosas en las que sólo unos ojos particularmente aguzados eran capaces de distinguir las crestas rocosas de inmensas y caóticas ruinas que daban testimonio de las ciudades abandonadas pertenecientes en otro tiempo al reino de Gaochang.

—Ahora estamos bordeando los Montes Flamígeros, cuya piedra se vuelve de color rojo vivo cuando la iluminan los rayos del sol poniente. Esto quiere decir que llegaremos antes del anochecer —dijo una tarde Punta de Luz a la joven china.

Y le señaló unas impresionantes masas rocosas, formas atormentadas de monstruos polimorfos cuya superficie estaba tan cubierta de arrugas como la piel de un elefante.

—Cuentan algunos mercaderes que cuando estas montañas se tiñen de rojo empiezan a moverse y hasta se vuelven amenazadoras para aquellos que se atreven a mirarlas. Puedes creerme si te digo que son muchos los que recorren este camino sin hacer el más mínimo ruido, igual que hacen los ratones ante las narices del gato —añadió cogiendo entre las suyas la mano de Luna de Jade.

—¡Pues si te he de decir la verdad no me tengo por un ratón! Y esas montañas no me dan ningún miedo —exclamó la muchacha soltando una carcajada.

En realidad, Luna de Jade apenas tenía miedo de nada, como no fuera de perder a aquel hombre a quien amaba tantísimo y por el cual había abandonado China hacía un mes y medio… Las primeras casas, con sus paredes de ladrillos secos y sus tejados adornados con palomas de barro cocido, surgieron de pronto al doblar un recodo del camino, anunciando con su presencia la entrada del oasis de Turfan.

Así que llegaron, fueron rápidamente a llamar a la puerta del imponente complejo arquitectónico en cuyo centro se levantaba el edificio octogonal de piedra caliza roja de la Iglesia de la Luz.

—Este edificio fue construido con la piedra extraída de las montañas que acabamos de contemplar —observó Luna de Jade, deslumbrada por el esplendor del lugar.

—Según el Perfecto Cargamento de Quietud, no hay nada que pueda compararse en belleza a la Iglesia de la Luz —murmuró el joven *kucheano* antes de pedir al Oyente que acababa de abrirle la puerta que lo condujese sin más tardanza ante Cargamento de Quietud.

Cuando Punta de Luz, acompañado de Luna de Jade, entró en la estancia donde se encontraba el Maestro Perfecto, éste estaba meditando

ante el Libro de Mani y tenía abierto sobre las rodillas un ejemplar ricamente iluminado del mismo.

Tan pronto como descubrió a Punta de Luz, se iluminó su rostro desmejorado por los ayunos que perseguían «domar al león», pero se ensombreció en seguida.

El enfrentamiento sería duro y el joven Oyente comprendió que no tenía otra opción que echarse de cabeza al agua si quería apaciguar a su intransigente maestro, que ahora le dirigía una mirada hostil con sus ojos ardientes.

Tras dejar sobre la mesa del Perfecto la bolsita que contenía los capullos y los huevos de los gusanos de la seda, Punta de Luz se situó ante él para dirigirle la palabra.

—Mi venerado Maestro Perfecto, aunque he cumplido con la misión que me encargasteis, también vengo a solicitar vuestro perdón. ¡He pecado según los Tres Sellos! Por esto soy indigno de ser Oyente. No puedo ser más que un Débil, un vulgar impío que no merece la Luz de su Iglesia y mucho menos el más mínimo respeto por parte de Mani, su Grande y Buen Profeta. ¡Tened piedad de mí! —exclamó arrojándose de rodillas delante de Cargamento de Quietud.

De acuerdo con el ritual maniqueo, la confesión de las propias faltas, inseparable del ritual del ayuno, debía hacerse de rodillas.

Pecar según los Tres Sellos era gravísimo, puesto que las faltas apuntadas afectaban la boca (la mentira), las manos (los actos) y el pecho (la lujuria).

—Para conseguir el perdón de la Iglesia de la Luz cuando se han profanado los Tres Sellos, es preciso que el Débil diga toda la verdad a su Maestro Perfecto —puntualizó, no sin visos de desconfianza, Cargamento de Quietud.

—Estoy dispuesto a decírosla, Maestro Perfecto, aunque no sea brillante. Fui yo quien diezmó el criadero de gusanos de la seda… Lo hice porque sabía que entonces me enviaríais a la China central a buscar capullos y que allí, en Chang An, vivía una joven obrera de la que yo estaba locamente enamorado. ¡Sí, os mentí! ¡Sí, obré mal! Tengo que lamentar que había tocado el cuerpo de una mujer a la que amaba y que me había dado

cuenta de que ya no podría vivir sin ella. Ahora que he vuelto a encontrarla, estoy dispuesto a hacer todo lo posible para servir los intereses de la Iglesia de la Luz… Estoy hablando de la mujer que tenéis ante vos, Maestro Perfecto, la que está a mi lado. Se llama Luna de Jade. Ella no tiene la culpa de mis pecados. No fue ella quien me obligó a volver a Chang An. Después de mi primera visita, la abandoné sin despedirme siquiera. Y ahora Luna de Jade ha arrostrado mil peligros para seguirme hasta aquí.

Aunque a primera vista podía parecer que hablaba de forma desordenada, lo había dicho todo en pocas frases, articuladas con voz clara que la emoción hacía temblorosa.

—Sabía lo de tu idilio con Luna de Jade. ¿Es maniquea, por lo menos? —refunfuñó Cargamento de Quietud.

—¿Cómo podría ser adepta de la Iglesia de la Luz una china cuando esta religión no tiene derecho de ciudadanía en el imperio del Medio? —no pudo reprimirse de protestar Punta de Luz.

—¡De acuerdo! En cuanto a lo demás, con la destrucción dé nuestro criadero de gusanos de la seda, ¡valiente cosa la que me cuentas! ¿Por qué has hecho tanto daño a tu Iglesia? —exclamó el Perfecto, tocado en lo más vivo y perdiendo el dominio de sí mismo, lo que no era habitual en él, como jefe de la Iglesia celoso de su propia imagen.

—Sí, yo habría debido partir sin destruir vuestras instalaciones. ¡Podría haberlo hecho!

—Entonces me habrías metido en un lío todavía peor. ¿Acaso no sabes que aquí no hay nadie que tenga tanta mano izquierda como tú? —dijo con voz tonante el Perfecto.

Punta de Luz entrevió un brillo de esperanza: las palabras de Cargamento de Quietud revelaban que no era imposible que el joven Oyente rebelde obtuviese su perdón.

—¡No me di cuenta de la gravedad de mi acto de sabotaje! El amor me cegaba. Me arrastraba una fuerza interior que yo no dominaba. ¡Si supierais cómo lo lamento! Lo que deseo ahora, mi Alto Perfecto, es redimir mi conducta poniendo lo mejor de mí mismo en el relanzamiento de la producción de hilo de seda para la Iglesia de la Luz —gimió Punta de Luz, que seguía de rodillas y tenía el rostro arrasado en lágrimas.

—¡Todo es culpa mía! Fui yo quien hizo lo posible para que Punta de Luz se enamorara de mí —exclamó entonces, en chino, Luna de Jade.

Conmovida ante la sinceridad de la actitud de su amante, acudía volando en su socorro.

De pie delante del Gran Perfecto, puesta de puntillas sobre sus diminutos pies y adoptando una adorable postura de dulce combatiente, se convertía en escudo entre Punta de Luz y él, como queriendo protegerlo de sus iras.

El joven *kucheano* se guardó muy bien de traducir a Cargamento de Quietud las palabras que Luna de Jade había pronunciado, puesto que sabía que habrían puesto en entredicho lo que él acababa de exponer al Perfecto.

—¡Para llegar hasta aquí hemos tenido que afrontar terribles peligros! Y pese a esto, Punta de Luz ha mantenido su palabra, ya que os ha traído lo necesario para volver a poner en marcha la producción de hilo de seda, cuando podía no haber vuelto jamás a Turfan. ¿No tenéis en esto una prueba de su vinculación profunda a la Iglesia de la Luz? Os suplico que por lo menos tengáis esto en cuenta —añadió ella, y esta vez Punta de Luz sí que tradujo sus palabras.

Sorprendido ante el ardor de la joven, Cargamento de Quietud la miró ahora con actitud menos hostil y aire casi jovial.

A punto estuvo incluso de dedicarle una sonrisa.

Pensó que aquella encantadora chinita poseía una fuerza de persuasión fuera de lo común. ¡Ojalá la hubieran tenido igual todos los adeptos de la Iglesia de la Luz!

En cuanto al insensato de Punta de Luz, se le podía echar todo o casi todo en cara salvo la franqueza.

Después de todo, ¿acaso no había hecho él mismo tan doble juego como el joven Oyente, quien además se arrepentía y le pedía perdón?

¿Había sido transparente con Punta de Luz?

Cuando le pidió que viajara a China, se guardó muy bien de hablarle de la misión del *uïgur* Torlak, a quien había enviado a Chang An para que actuara como espía, misión que el interesado desempeñaba sirviéndose del curioso nombre de Aguja Verde.

¿Y cómo podía estar seguro ahora de este último?

Habían transcurrido más de tres meses sin que recibiera noticia alguna del interesado, quien habría debido enviarle un informe urgente, dada la gravedad de la situación.

El Gran Perfecto tenía la impresión un tanto desagradable de que lo habían abandonado todos los colaboradores con los que contaba.

Y en este sentido, pese a la locura del acto del joven *kucheano*, que lo convertía en un gran pecador, quizá no era el peor, puesto que había regresado para conseguir una enmienda honorable…

—¿Has respetado, por lo menos, el ayuno a que está obligado un Oyente? —farfulló dirigiéndose a Punta de Luz.

—No he comido más que arroz y verduras, Perfecto —se apresuró a responderle éste.

El joven *kucheano*, que no toleraba la carne porque no la había comido nunca, sólo se alimentaba de cereales, verduras y productos lácteos durante sus peregrinaciones, obedeciendo en esto los preceptos de la regla del clero maniqueo.

Cargamento de Quietud le hizo ademán de que se acercara.

—¡Tu Luna de Jade parece simpática! ¿Eres consciente, de todos modos, de haber traicionado tu fe al violar la regla de la castidad a la que todo Oyente que se respete está obligado? —le musitó al oído.

—Ya os lo he dicho, Perfecto, es por el amor. Yo no sabía antes qué era el amor. Pero es algo que te agarra por el gaznate y te lleva donde quiere, como el caravanero que tira del camello, al que tiene sujeto con una cadena que le atraviesa la nariz.

—¿Y tu fe en Mani?

—No hay quien pueda con el amor. Como la fe, Gran Perfecto, es un don divino. El amor cae sobre ti de la manera más intempestiva. Estoy convencido incluso de que Mani, que continúa guiando mis pasos, ha querido que así sea —exclamó el joven *kucheano*.

El jefe de la Iglesia maniquea de Turfan pareció turbado ante las palabras de aquel discípulo que, a lo que se veía y con buena fe absoluta, no consideraba reprensible su conducta.

Era evidente que Punta de Luz tenía un concepto del pecado diferente del suyo.

Para un maniqueo de obediencia estricta a la manera de Cargamento de Quietud, la ruptura de los Tres Sellos suponía la exclusión de la Iglesia de la Luz y el confinamiento de su autor en las tinieblas del Mal.

Pero el Gran Perfecto, inquieto ante el futuro de su Iglesia, comprendía que, sin la ayuda de aquel joven y fogoso Punta de Luz, la comunidad maniquea de Turfan podía olvidarse de sus sueños de conquistar China.

¿Era razonable empecinarse en el convencimiento de que los adeptos de la Iglesia de la Luz estaban al abrigo de todas las tentaciones humanas y de que eran capaces de actuar en cualquier circunstancia como espíritus puros, sometiéndose a las reglas más estrictas?

Las Iglesias, cualesquiera que fuesen, eran siempre una mezcla inexplicable de elementos espirituales y temporales y en ellas las contingencias materiales se enfrentaban de forma permanente, es decir, estaban sujetas a ósmosis o, por el contario, a oposición en lo tocante a las aspiraciones divinas. Sus ambiciones religiosas presuponían unos medios materiales que las alejaban poco a poco de la pureza original que había constituido la intención de sus fundadores…

Y en cuanto a los miembros que integraban su clero, eran hombres de carne y hueso.

Así fue como el Gran Vehículo, pese al voto de pobreza de sus monjes, que debían vivir únicamente de limosnas a semejanza del Bienaventurado, pasó a ser la potencia económica organizada más importante de su tiempo.

Por otra parte, ¿qué tenía que ver con Mani y sus enseñanzas la empresa industrial clandestina en la que Cargamento de Quietud se había visto obligado a lanzarse para subvenir a las necesidades de la Iglesia de la Luz?

—¡Ya desesperaba de recibir noticias tuyas! Si quieres saberlo, la inquietud me corroía el alma con toda su fuerza —farfulló a guisa de respuesta a la exclamación apasionada de su Oyente.

—¡Imposible llegar antes a Turfan! Y tenemos suerte de haber podido llegar.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que por poco nos meten en la cárcel las autoridades chinas y que tuvimos que abandonar precipitadamente Chang An. Nos denunció un tal Aguja Verde, no sin darnos antes la explicación de que lo que quería era

protegernos por lo del asesinato del comerciante de seda en cuya casa vivíamos —explicó Punta de Luz.

Ante aquellas palabras, el Perfecto Cargamento de Quietud por poco lo estrangula.

—¿Qué quería denunciaros? ¿Aguja Verde? Pero ¿qué dices? —preguntó atropelladamente en tono de estupefacción.

—Dile que ese hombre nos ha traicionado ante la administración de la Seda cuando había prometido protegernos. Y que antes de eso, el muy cerdo, quiso abusar de mí —exclamó Luna de Jade, que parecía una tigresa a punto de saltar.

El joven Oyente tradujo a su maestro espiritual las palabras de su joven amante y a continuación añadió:

—El hilo rojo que yo llevaba atado a la muñeca estuvo a punto de costamos muy caro… Aguja Verde se sirvió de él para arrastrarnos a esa trampa.

—¡No sabes cómo lo siento! ¡Ya no se puede contar con nadie!

—De modo que ese hombre es agente vuestro… —murmuró Punta de Luz.

—¡Pues sí! Lo envié para que protegiera nuestras empresas.

—Di a tu Perfecto que su agente es un ser abominable, un traidor demostrado que no merece otra cosa que desprecio —le gritó Luna de Jade, cuyos hermosos ojos almendrados se habían llenado de lágrimas.

Su rostro reflejaba tal desesperación que era evidente que no mentía en absoluto.

Punta de Luz se apresuró a hacer de traductor.

—Di a Luna de Jade que comprendo su indignación —le tranquilizó el Maestro Perfecto antes de ordenar a su secretario Ormul, que había asistido, escandalizado y sin rechistar, a toda la escena, que les trajese té caliente.

—¿Por qué no se me previno de la existencia de Aguja Verde antes de mi partida? —prosiguió Punta de Luz.

—Su presencia en Chang An debía permanecer secreta. De haberte puesto al corriente, te habría hecho correr riesgos inútiles.

—Me conocéis muy poco. Aunque me hubiesen detenido, jamás habría confesado.

—¡No dudo de que tengas razón! —exclamó con tristeza Cargamento de Quietud, que lamentaba su conducta.

—No os lo recrimino. De haber estado en vuestro lugar, yo habría hecho lo mismo que vos —dijo, amable, Punta de Luz.

—Lo cual no es óbice para considerar que la conducta de Torlak es incalificable —sentenció Cargamento de Quietud con voz tonante, ahora ya no irritado con su discípulo, ya que, dadas las circunstancias, la indignación había dado paso a una abierta simpatía—. Y sobre todo, yo diría que hasta suicida para nuestros intereses. Seguramente reveló a las autoridades lo que éstas no habrían debido saber.

En aquel momento volvió Ormul con una gran bandeja en la que había una tetera y tres vasitos y la dejó sobre la mesa del Gran Perfecto.

—Siéntate a mi lado, Punta de Luz, quiero que me cuentes con todo detalle lo que ocurrió allá abajo hasta el momento de tu precipitada partida —ordenó el Gran Perfecto.

Entre dos sorbos de té, el joven *kucheano*, que tenía muy buena memoria, comenzó a describir el accidentado periplo que lo había llevado de Turfan a Chang An en viaje de ida y vuelta.

Allí salió todo: su llegada sin tropiezos a Chang An, donde restableció contacto con Luna de Jade, el asesinato del comerciante de seda clandestina que daba albergue a la muchacha, el periodo de descanso que habían pasado en casa del pintor Pincel Rápido, gracias a Aguja Verde, que había conseguido ganarse su confianza, aquel curioso camarín donde los instalaron y donde, sin saberlo, eran observados, el lamentable episodio a consecuencia del cual el responsable de la red del Hilo Rojo, furioso, los denunció a las autoridades chinas, su loca huida de la capital, a pesar de la policía secreta, él disfrazado de taoísta y ella de soldado chino…

A medida que el *kucheano* iba devanando la descripción de los hechos, Cargamento de Quietud, boquiabierto, pasaba de la consternación a la sorpresa.

Luna de Jade no había mentido al afirmar que habían tenido que afrontar mil peligros antes de comparecer ante él.

El jefe de la Iglesia maniquea valoraba sobre todo el hecho de que, debido a la infame traición de Aguja Verde, le iba a ser difícil seguir

enviando a China la seda clandestina destinada a cubrir los gastos de expansión de la Iglesia de la Luz.

Pero lo peor era que aquel agente seguramente había revelado todo el pastel a las autoridades chinas, con el riesgo consiguiente de perjudicar también a los colaboradores nestorianos.

¿Qué diría a Addai Aggai, a quien había que poner en antecedentes cuanto antes?

¿No se vería alterada durante mucho tiempo la confianza del nestoriano cuando descubriese que Cargamento de Quietud desconfiaba de él hasta el punto de disponer de su propia red de vigilancia en Chang An?

Pero el abatimiento del Perfecto alcanzó verdaderamente su nivel máximo cuando Punta de Luz terminó de describirle las sombrías perspectivas que su compadre nestoriano había evocado ante él, pocos días antes, con ocasión de su paso por Dunhuang.

—¿Así que mi colega Addai Aggai te pareció particularmente inquieto? —preguntó Cargamento de Quietud con voz inexpresiva al terminar su descripción.

—Y muy angustiado, mi Maestro Perfecto. Lo encontré abatido. Parece que temía un ataque turco que, según él, pasaría su oasis a sangre y fuego…

—¡Sería el colmo! ¡No faltaría más que eso! —se lamentó Cargamento de Quietud.

—¡No bromeaba en absoluto! Considera que ésta podría ser la venganza de unos parsis demasiado curiosos, a los que se había visto obligado a rechazar sin contemplaciones.

—¿Pero está dispuesto, según tú, a tejer de nuevo hilo de seda cuando estemos en condiciones de proseguir con nuestros suministros?

—Si he de atenerme a lo que le he oído decir con sus propias palabras, lo más prudente sería que en un futuro prescindiéramos de los nestorianos… Tened en cuenta que el obispo no ha dejado de puntualizar que los parsis en cuestión parecen ambicionar la hilandería clandestina y que precisamente para apoderarse de ella propusieron a los turcos que realizaran una incursión por sorpresa en el oasis de Dunhuang —explicó Punta de Luz.

—En tal caso es probable que tengamos que revisar nuestros planes… —observó Cargamento de Quietud con semblante sombrío que no dejaba ninguna duda respecto a la consternación que lo invadía.

Los peligros que planeaban sobre la integridad del último gran oasis de la Ruta de la Seda antes de la Gran Muralla ponían en entredicho todo el sutil esquema de distribución de funciones entre las dos comunidades religiosas que tan bien había funcionado hasta entonces y que les había permitido inundar el mercado chino con su producción clandestina.

—Comparto vuestro punto de vista. De ahora en adelante, mi Maestro Perfecto, lo mejor sería contar únicamente con nuestras propias fuerzas… ¡Si por desgracia se realizasen las predicciones de Addai Aggai, arriesgaríamos mucho si seguíamos trabajando con los nestorianos!

—Teniendo en cuenta sobre todo que ahora la administración china debe de estar alerta, especialmente desde que Aguja Verde, según las apariencias, se fue de la lengua. ¡Lo maldigo y le deseo que ojalá sea desterrado a la región del Sur! —refunfuñó Cargamento de Quietud, cuyo furor contra el interesado aumentaba por momentos.

Para el ferviente maniqueo que era el Gran Perfecto, la región del Sur era el territorio del Mal Absoluto, zona de tinieblas infernales, lugar al que van a parar las almas de los más grandes pecadores, a diferencia de la región del Norte, que según decían estaba consagrada al Bien.

—Dentro de unas semanas, mi Maestro Perfecto, habré vuelto a poner en marcha la producción de hilo de seda y a buen seguro que descubriremos un medio para hacerlo tejer y canalizarlo hacia el mercado chino —concluyó el joven *kucheano*, que pretendía tranquilizar a su Maestro.

—¡Ojalá que Mani te oiga! Pero la empresa no es sencilla. En lo que se refiere al hilado, todavía…

Por la Ruta de la Seda se encuentran tejedores de lana… Por el contrario, la venta de la mercancía en China central me temo que nos obligará a instalarnos allí —murmuró Cargamento de Quietud.

—¡Será la ocasión de establecer finalmente la Iglesia de la Luz al otro lado de la Gran Muralla!

—¡Eres un optimista convencido, Punta de Luz! Contra lo cual no tengo nada que decir. ¡A lo mejor eres tú quién tiene razón!

En el rostro huesudo de Cargamento de Quietud acababa de aparecer por fin una tímida sonrisa que permitía pensar al *kucheano* que había ganado algunos puntos desde el momento de su entrada en el despacho del Gran Perfecto.

—En este sentido, mi Maestro Perfecto, tengo otra información que comunicaros.

—¿De qué se trata, hijo mío? —preguntó este último, que acostumbraba a otorgar el apelativo de «hijos» a los Oyentes cuando estaba satisfecho de ellos.

—Umara, la hija del obispo Addai Aggai, ha desaparecido sin dejar rastro. Su desesperado padre me ha encargado que os diga que está dispuesto a «cederos la vez» si lo ayudamos a encontrar a su hija.

—¡Vaya, es la primera vez que me hace parecida proposición! Esto me revela que, para él, lo que más cuenta es Umara… Seguramente dijo esas palabras movido por el cansancio. Tarde o temprano acabará por rectificar. ¡No veo posible que un jefe de Iglesia ceda su vez de ese modo ante su principal rival! Si en lo que se refiere a la seda somos aliados circunstanciales, en lo tocante a la buena marcha de nuestras Iglesias seremos siempre irreductibles rivales —dijo, malhumorado, Cargamento de Quietud.

—Parece que realmente añora muchísimo a su hija única. No tener noticias de ella es para él un verdadero martirio…

—Pero de momento, a no ser que sepas dónde se encuentra esa hija suya que se ha esfumado, no veo la manera de contentar a ese pobre Addai Aggai.

—¡Quién sabe, tal vez un día me entere de algo! —dijo el joven *kucheano* con aire de misterio.

—Pues confía en mi experiencia y puedes creer, Punta de Luz, que ese día Addai Aggai cambiará de parecer.

El Perfecto de Turfan no era hombre capaz de anteponer nada a las aspiraciones que tenía con respecto a la Iglesia de la Luz.

Como todo miembro del clero maniqueo que ha alcanzado el estadio supremo de la jerarquía de su Iglesia, nada en la vida personal de Cargamento de Quietud se había interpuesto en las preocupaciones que lo

absorbían desde que se levantaba temprano por la mañana hasta que se acostaba, muy tarde, por la noche: el triunfo de la divina palabra del profeta Mani, el intercesor, aquél gracias a quien los hombres podían pretender que caerían del lado del Bien, puesto que, solicitados por fuerzas opuestas, benéficas y maléficas, era por desgracia hacia el Mal que los hombres, por causa de sus innúmeras debilidades, se sentían más bien atraídos.

Los ayunos incesantes a los que se entregaba el jefe de la Iglesia maniquea de Turfan, como bien daba testimonio de ello su impresionante delgadez, y los cilicios con los que no dudaba en martirizar su carne siempre que el calendario litúrgico coincidía con la Pasión de Mani, convertían su existencia en una penosa prueba, conducida de forma solitaria —lo que para algunos habría sido imposible de soportar—, en la que los únicos puntos fuertes eran la oración y el culto.

Ormul se acercó a musitar al oído del Perfecto que había llegado la hora de la oración nocturna, lo que suponía el final de la reunión.

Para el Oyente había sonado la hora de la verdad.

Era el momento de pedir perdón en buena y debida forma a Cargamento de Quietud.

—Perfecto, os imploro vuestro perdón y os pido, desde el fondo del corazón, que tengáis la bondad de exonerarme de mi juramento de Oyente. De este modo, esta joven y yo estaremos en condiciones de unirnos y tener hijos —se atrevió a decirle después de colocarse frente a su Gran Perfecto.

Éste levantó primero una ceja y después la otra.

Sus labios, sin embargo, pálidos y delgados, seguían obstinadamente cerrados.

—¡Apiadaos de nosotros! ¡Si hay arrepentimiento, tiene que haber perdón! Punta de Luz os ha abierto su corazón. No me obliguéis a convertir al hombre que amo a la Verdad del Bienaventurado Buda —le suplicó entonces Luna de Jade con voz vibrante, advirtiendo que el Perfecto no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente.

Punta de Luz no pudo hacer otra cosa que traducir las palabras de su amante, que habían sonado como un desafío.

—¡El perdón de un pecado mortal no es una simple formalidad! —replicó el Perfecto amparándose en la capa de la dignidad ofendida.

—Para nosotros, los budistas, las intenciones que guían los actos cuentan más que los propios actos, los cuales no son más que su consecuencia. Si Punta de Luz obró mal fue porque se enamoró de mí y quería recuperarme. Contra mí debéis vengaros, pues, no contra él —volvió a afirmar Luna de Jade, movida por la pasión.

Los finos labios de Cargamento de Quietud esbozaron una leve sonrisa.

—¡A eso le llamo yo una verdadera luchadora! Sí, una de esas almas que nuestra Iglesia necesitaría para ayudarla a llevar lejos su palabra —dijo él mirándola directamente a los ojos.

Después, volviéndose hacia el joven *kucheano*, añadió:

—¿Seguirás fiel a la Iglesia de la Luz? ¿Contribuirás a su gran avance hacia China?

—Sí, maestro Cargamento de Quietud. ¡Contad conmigo! A partir de mañana mismo pondré los gusanos y los capullos en las hojas de morera de nuestro invernadero —murmuró el joven *kucheano* cayendo de rodillas.

—Cuando llegue el momento, volveremos a hablar del asunto. ¡Estás en el buen camino! Tu compañera tiene un gran peso en todo esto —concluyó el Perfecto con una sonrisa.

—¿Puedo pediros cuando menos vuestra bendición para que, de ahora en adelante, mis actos se conformen a vuestros deseos?

Cuando Cargamento de Quietud asintió, Punta de Luz bajó la cabeza como ofreciéndose a su maestro espiritual.

Sintió las manos del Perfecto en la base del cráneo y le parecieron suaves y tranquilizadoras, sobre todo al oír que éste, con los ojos entrecerrados, recitaba algunas estrofas de la *Patimokkhai*, el Gran Perdón de la Luz Purificadora.

Cuando abandonó a Cargamento de Quietud, Punta de Luz, feliz y sosegado, supo que había conseguido prácticamente la absolución que buscaba.

La comprensión del Perfecto le permitía mantenerse fiel a Mani y al maniqueísmo.

Puesto que, en caso de anatema persistente, es indudable que la Iglesia de la Luz habría perdido en la persona de Punta de Luz uno de sus adeptos

más fieles, cuyo destino le llevaría a desempeñar un importante papel en la expansión del maniqueísmo.

Era algo que, sin duda alguna, había captado el intuitivo Cargamento de Quietud y que sirvió para atenuar en cierto modo el rigor inicial de su actitud…

—Luna de Jade, jamás podré agradecerte como mereces tu valentía. Has convencido a Cargamento de Quietud con la lealtad de que has dado prueba y con la pureza de tus palabras, libres de segundas intenciones. Si obtengo el perdón, como es probable, será gracias a ti.

—No he tenido necesidad de forzarme en modo alguno. Si he obrado de esta manera ha sido porque te amo, mi querido Punta de Luz.

¿Acaso no era ésta la respuesta más hermosa al cumplido más bello?

XXVIII

MONASTERIO DE SAMYÉ, TÍBET

Puñal de la Ley se enfrentaba al lama sTod Gling a través de la pesada puerta entreabierta decorada con máscaras de demonios.

—¡Querría que el reverendo Ramahe sGampo me recibiera urgentemente!

—¿Quién sois, pues, que osáis pedir este favor sin haber solicitado una entrevista? No se puede molestar a nuestro Venerable Superior, ya que tiene los días ocupados en mil tareas piadosas y esenciales.

—Soy Puñal de la Ley, monje del Pequeño Vehículo y primer acólito del maestro *Buddhabhadra*.

Estoy buscando a mi superior venerado. Desde el día que partió de Peshawar, no se le ha vuelto a ver en el convento del *Único Dharma*. Toda la comunidad está sumida en la angustia y se siente huérfana. Ahora bien, sé que ha estado aquí. Incluso hay quien lo ha visto en las inmediaciones de vuestro monasterio mucho después de que su cornaca pretendiera que se había perdido en una tormenta de nieve en compañía de nuestro elefante blanco.

El monje indio, que tenía ánimo belicoso, sabía exactamente hacia dónde se dirigía y parecía seguro de sus pasos.

Gracias a las revelaciones del *ma-ni-pa*, Puñal de la Ley llegó a la conclusión de que *Buddhabhadra* no podía haberse esfumado en una tormenta de nieve, ya que había sido después de aquel episodio que el monje errante lo había encontrado, junto con Nube Loca y sin el elefante

blanco, en aquella cueva de la montaña situada en las inmediaciones de Samyé.

Contrariamente a lo que siempre había barruntado, su Inestimable Superior había vuelto, pues, sobre sus pasos y se había dirigido al monasterio más antiguo del país de Bod.

Si la hipótesis de la desaparición en una tormenta de nieve del paquidermo sagrado del monasterio del *Único Dharma* seguía siendo plausible, la de *Buddhabhadra*, por el contrario, no se sostenía.

¿Qué había ido a hacer a Samyé?

Aquél era, por tanto, el enigma que Puñal de la Ley esperaba con todas sus fuerzas llegar a resolver.

Puesto que no dudaba de que, si encontraba la clave de aquel misterio, sus pasos lo llevarían directamente al lugar donde se encontraba su Inestimable Superior.

—El maestro *Buddhabhadra* pasó, efectivamente, unos días aquí. ¿Qué otra cosa queréis saber? —preguntó en tono de desconfianza el lama.

Así pues, Puñal de la Ley no se había equivocado. *Buddhabhadra* había estado en Samyé e incluso se había albergado allí.

—¡Tengo que hablar con el Superior del monasterio! Se trata de un asunto importante. Estoy sin noticias de *Buddhabhadra* y me temo que pueda haberle ocurrido algo malo —repitió el *hinayanista* en tono acuciante.

—En ese caso, atad vuestro elefante a un árbol. La puerta del monasterio es demasiado estrecha para que entre por ella. *Buddhabhadra* también lo hizo con su elefante blanco sagrado.

Puñal de la Ley dio a su cornaca las órdenes pertinentes y éste ató a *Sing-sing* al tronco de uno de los gruesos alerces que, a manera de dos guardianes de mil brazos, flanqueaban la fachada principal del edificio conventual cuya amplia y retorcida cascada de extravagantes pináculos parecía venirse abajo debido a la abundancia de estandartes y guirnaldas votivas.

Surgida de la piedra que la enmarcaba, esculpida con toda una maraña de monstruos, giró sobre sus goznes la pesada puerta y se abrió, imponente, hacia fuera.

El lama sTod Gling hizo entrar a Puñal de la Ley en el inmenso patio del convento de Samyé.

A aquella hora era ya un hormiguero de monjes y novicios.

El inmenso monasterio se convertía, durante la jornada, en una auténtica colmena donde todos desplegaban alguna actividad, que en unos eran las tareas domésticas, en otros la reparación de pabellones y pagodas o la pintura de las efigies de estuco o madera que adornaban las paredes, ya que era preciso que su policromía, llamativa a veces, estuviera nueva e impecable, y finalmente en otros más, la inmensa mayoría, se reducía a la oración y los cultos.

Era la primera vez que el monje indio del Pequeño Vehículo, salido del convento del *Único Dharma*, penetraba en un monasterio budista tibetano.

Le produjo una intensa emoción, puesto que todo cuanto vio y oyó le pareció extraordinario.

El ruido que allí reinaba, una vez franqueado el umbral, era verdaderamente ensordecedor.

Por doquier giraban sin cesar, en manos de monjes y novicios, inmensos molinos de oración, unos emitiendo una especie de zumbido y otros un curioso silbido que era como una melopea humana.

De las salas dedicadas al rezo se elevaban, junto con nubes de incienso que se deshilachaban lentamente, cantos piadosos e interminables rezos de *mantras*. Las voces de los monjes, tan pronto guturales como nasales, parecían surgir de ultratumba y se escalonaban desde el tono más agudo hasta el más bajo de los graves sin dejar un momento de llenar el ambiente con sus curiosas sonoridades.

A semejanza del viento que acompaña la tempestad cuando, procedente de los desiertos cálidos, irrumpe en los fríos valles del Himalaya, los cánticos sagrados producían una especie de mugido que, a oídos de Puñal de la Ley, sonaba pavoroso.

Éste, además, seguía a duras penas al lama, tal era la afluencia de gente en los innumerables patios y pasadizos por los que éste le hacía transitar.

El monje de Peshawar tenía la impresión sobre todo de estar en otro mundo.

En paredes y techos se veían máscaras de risueños demonios que mostraban los dientes, efigies de diosas *dakinis*[53] vengadoras que se llevaban a los labios la copa craneana *kapala*[54] llena de la sangre de sus víctimas y escenas de horribles osarios con cuerpos humanos disecados y despedazados, los trozos formando lúgubres guirnaldas que pendían del techo, algunas constituidas incluso por una sucesión de cráneos unidos por intestinos, a manera de símbolos del sufrimiento y de la precariedad, de la enfermedad y la muerte, como un apoyo a las meditaciones de los «ascetas que renuncian».

¿Qué había ido a buscar, pues, *Buddhabhadra* en un lugar tan extravagante como aquél?

En Peshawar, sus profesores habían enseñado a Puñal de la Ley todo lo que ofrecía el lamaísmo tibetano de diferente en relación con el Pequeño Vehículo.

En el País de las Nieves, contrariamente a sus hermanos de la India del Norte, cuya religiosidad era tan sutil y sabia como sus representaciones del Bienaventurado, los adeptos de este último no desdeñaban ni las aterradoras máscaras ni las divinidades sanguinarias con dientes de fiera que poblaban sus santuarios cual si fueran sus antros.

¿Acaso no había algunos espíritus aviesos que llegaban a afirmar incluso que, en ciertos templos atrasados del Tíbet, se hacían sacrificios humanos?

Todas aquellas aterradoras figuras que llenaban los muros de los interminables pasadizos y de las inmensas salas de oración dejaban una terrible impresión de malestar a Puñal de la Ley.

¿Qué tenía de común, pues, el ambiente apacible del convento del *Único Dharma*, cuyas paredes desnudas emanaban una maravillosa calma y serenidad, con aquella colmena poblada de murmullos, multicolor y tan inquietante, en la que acababa de introducirse?

¿Era el budismo lo bastante universal para conciliar tales extremos?

—Esperad aquí un momento. Voy a preguntarle si puede recibiros —dijo el lama deteniéndose ante una puerta cerrada.

Unos instantes después, el religioso introdujo a Puñal de la Ley ante Ramahe sGampo.

El sentimiento de malestar que sentía el acólito de *Buddhabhadra* se disipó tan pronto como entró en aquella habitación oscura al fondo de la cual se recortaba a contraluz una silueta alargada delante de la única ventana que la iluminaba.

Puñal de la Ley tenía por fin ante él al mítico Superior del monasterio más importante del País de las Nieves.

La ceguera de Ramahe sGampo, que descubrió cuando el viejo Superior volvió la cabeza hacia la luz, todavía hacía más impresionante aquel encuentro con el jefe espiritual del lamaísmo tibetano.

—¡Que la Luz Divina del Bienaventurado nos ilumine a todos! Maestro, me llamo Puñal de la Ley y he venido a veros para suplicaros que me deis noticias de mi Inestimable Superior, el maestro *Buddhabhadra*, de Peshawar —exclamó después de haberse prosternado ante el viejo lama ciego.

—¡Que la Rueda de la Ley también sea contigo, Puñal de la Ley! ¿Quieres noticias de *Buddhabhadra*?

¡Cómo me gustaría que también a mí pudieran dármelas!

La voz gutural de Ramahe sGampo, en consonancia con la tranquila severidad de su rostro de ojos blancos, marcaba de manera curiosa las sílabas de la lengua sánscrita.

—Mi Reverendo Maestro, estoy inmerso en el desconocimiento total, más incluso que los pecadores veniales cuyas almas yerran entre los diferentes niveles del Infierno y del Paraíso, la boca cosida con cordel hasta el punto de que apenas pueden comer ni beber…

—Veo que tu humor es sombrío, Puñal de la Ley. Un alma no tiene nada que temer del *Bardo*[55], siempre que haya obrado bien.

—Ignoro qué pudo venir a hacer aquí, en vuestro monasterio, mi Superior, pero la razón debió de ser importante… de lo contrario, ¿por qué se habría hecho acompañar por el elefante blanco sagrado del monasterio? Ahora sé algo de paquidermos y no ignoro que no están hechos para recorrer caminos de alta montaña bordeados de abismos cuyo fondo es invisible.

—¡Tus palabras me sorprenden! ¿De modo que *Buddhabhadra* no te reveló los motivos de su estancia en este monasterio? ¡Pues no es

precisamente lo que algunos me han dicho! —exclamó, algo sorprendido, el Superior ciego de Samyé.

—Ignoro, Reverendo, quién puede haberos inducido a caer en ese error. La mayor de las casualidades ha hecho que me enterara de la llegada a Samyé del maestro *Buddhabhadra*. Antes de esto lo buscaba sin objetivo preciso. Era una verdadera locura por mi parte, pero no podía hacer otra cosa. Toda mi comunidad estaba sumida en la aflicción debido a la ausencia de aquél a quien considera su verdadero padre. ¡Os lo suplico, Venerable Maestro, ayudadme!

Ramahe sGampo se había sentado ahora en el estrecho banquillo donde pasaba gran parte de sus días y de sus noches meditando con el pesado rosario mala en la mano.

Parecía sumido en un abismo de perplejidad, como si las palabras de Puñal de la Ley no cuadrasen con lo que hasta entonces tenía en sus pensamientos.

Pasado un largo momento de reflexión, el Superior ciego recuperó la palabra.

—Puñal de la Ley, no sé qué puedo hacer por ti, puesto que ignoro qué ha sido de *Buddhabhadra*.

El tono tajante de Ramahe sGampo revelaba su decisión de no cambiar de parecer y de no decir nada a su interlocutor, lo que hizo que éste reaccionara.

—Todo religioso budista debe ser como mínimo compasivo con el prójimo. ¡No tenéis derecho a dejarme en la ignorancia total! He caminado durante meses, he atravesado muchos puertos de montaña, he desafiado el frío y el leopardo de las nieves para llegar a vos. ¡Todo para saber qué había ocurrido aquí! —protestó, decidido a doblegar la actitud intransigente del Superior de Samyé.

—Hay juramentos a los que no es posible faltar, Puñal de la Ley, ni siquiera porque una persona te cae simpática… Eso, cuando menos, es lo que yo pienso. Y aunque no todo el mundo comparta mi punto de vista, imperiosas razones me obligan a respetar la promesa de no divulgar el secreto que me vincula a *Buddhabhadra* —concluyó con firmeza el viejo

budista como si, a través del joven monje, hiciera un reproche a *Buddhabhadra*.

Puñal de la Ley no comprendió —¡y con razón!— el mensaje que acababa de transmitirle Ramahe sGampo.

Y por tanto, siguió insistiendo:

—Poco importan las razones. Lo imperioso para mí es encontrar a mi Inestimable Superior. En estos momentos estoy perdido entre la niebla absoluta, tanto en lo que hace referencia a la estancia aquí de *Buddhabhadra* como de lo que le haya podido ocurrir después. Decidme, por lo menos, lo necesario para que yo sepa que puedo continuar mis pesquisas en la dirección adecuada. ¡No pido otra cosa! —le suplicó finalmente echándose a los pies del Superior.

—¡Juré callar!

—Todos mis hermanos del convento del *Único Dharma* esperan noticias de su padre espiritual. No querría tener que decirles que Ramahe sGampo, eludiendo toda compasión fraternal, se niega a dármelas.

—No quiero decirte nada más.

—Pues voy a ser menos reservado que vos. Al maestro *Buddhabhadra* lo vieron en las inmediaciones de vuestro monasterio, en una cueva de montaña, en compañía de un tal Nube Loca.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, bastante sorprendido, el Superior de los ojos blancos.

—Lo sé por un *ma-ni-pa* que un buen día se tropezó con ellos.

Los rasgos ascéticos del viejo tibetano expresaron la mayor sorpresa.

El ímpetu y la innegable sinceridad del monje de Peshawar, unidos a la revelación que acababa de hacerle, lo habían impresionado de forma no imperceptible. Tras reflexionar de nuevo un largo momento, exhaló un suspiro y murmuró:

—Pese a la gravedad de lo que me pides, no puede tomarse a la ligera una decisión tan importante que me incita a perjurar, Puñal de la Ley… Deja que medite un poco y, sobre todo, que reflexione sobre los pros y los contras. Vuelve mañana por la mañana. No hay duda de que la noche me traerá consejo.

Al día siguiente, el corazón de Puñal de la Ley latía con tal fuerza que parecía que iba a saltársele del pecho cuando el lama sTod Gling lo llevó ante el Superior ciego.

—¿Eres hombre capaz de guardar para ti un secreto hasta ahora celosamente conservado? —le espetó éste sin más preámbulos.

—¡Contad con mi palabra, maestro Ramahe sGampo, guardaré silencio sobre todo cuanto me reveléis!

—He reflexionado largamente y he pasado toda la noche recitando *mantras*. Tu inquietud me ha llegado al alma. Has recorrido un camino muy largo y no quisiera dejarte partir sin una mínima explicación. Si *Buddhabhadra* vino a Samyé fue para asistir a una reunión muy importante.

—¿Una reunión muy importante? O me decís demasiado o no me decís bastante, Reverendo.

Después de todo, ¿cómo imaginar que *Buddhabhadra* atravesó todo el macizo del País de las Nieves por una causa baladí?

El viejo ciego pareció convencido ante la sensatez de las palabras de su interlocutor.

—Se trata de… ¡ejem!… de unas reuniones que se celebran cada cinco años. Congregan a los tres representantes de las grandes Iglesias budistas: el Gran Vehículo y el Pequeño, así como el lamaísmo del país de Bod que tengo el honor de representar.

—Pero ¿cuál es el objeto de esas reuniones entre Iglesias que ordinariamente se comportan como rivales?

—¡Precisamente! Eso nos permite asegurar una coexistencia pacífica. ¡Pero ya he hablado demasiado! Los participantes juran que no dirán nunca nada de todo esto a nadie —afirmó el viejo lama.

—¿Ni siquiera a sus acólitos?

—Cuando un secreto sale del círculo de los conocedores deja de ser un secreto —murmuró el viejo Superior ciego.

—¿O sea, que la que se celebró en Samyé fue una de esas reuniones?

—¡Pues sí! O, mejor dicho, la reunión que debía celebrarse… puesto que nos vimos obligados a aplazarla.

—Vuestras palabras me llenan de consternación, maestro Ramahe sGampo. No comprendo nada de nada. ¿Por qué, entonces, *Buddhabhadra*

se tomó la molestia de venir hasta aquí acompañado del elefante blanco sagrado de mi monasterio, cuyas salidas se reservan al transporte de reliquias preciosas, con el fin de asistir a un acontecimiento que no tuvo lugar?

—Me doy cuenta de que, visto desde fuera, todo esto puede parecer bastante extraño…

—¡Eso como mínimo! En todo caso, al actuar de ese modo, lo que ha conseguido el maestro *Buddhabhadra* ha sido sumir a mi comunidad en la aflicción y sobre todo meterla en un complicado atolladero. En ausencia del elefante blanco sagrado, no podrá organizar la Gran Peregrinación del *Relicario de Kaniska*, en el curso de la cual una innumerable multitud de adeptos asiste a la procesión de los Ojos de Buda. Lejos de tranquilizarme, esas informaciones que vos, Santísimo Reverendo, os avenís a facilitarme me hunden en un abismo de perplejidad —exclamó Puñal de la Ley.

—¿Los Ojos de Buda? ¿Habéis nombrado realmente los Ojos del Bienaventurado?

Quien acababa de hacer la pregunta en un tono que dejaba traslucir cierta angustia era el lama sTod Gling, hasta entonces mudo como una carpa.

—¡Exactamente! No ignoráis que el *Relicario de Kaniska*, de cuyo mantenimiento y custodia está encargado mi convento, contiene la reliquia infinitamente preciosa y venerable de los ojos que el Bienaventurado Buda ofrendó a un pobre ciego en el curso de una de sus innumerables existencias anteriores —explicó Puñal de la Ley.

—¡Oh, sí! ¡Demasiado lo sé! —murmuró Ramahe sGampo.

—¿Y vos habéis tenido en vuestras manos esa reliquia tan famosa en todo el mundo budista? —inquirió el lama sTod Gling.

—Los Ojos Santos se guardan en un cofrecillo de oro puro de forma piramidal, encerrado entre paredes en lo más alto del relicario. Cuando se celebra la Gran Peregrinación es preciso que unos albañiles derriben las paredes para que la muchedumbre pueda contemplar el cofre, que se coloca en el palanquín del elefante sagrado. Según se dice, nadie ha abierto nunca ese estuche, ya que hace siglos que desapareció la llave…

—¿Estás seguro de que no hay alguien que tiene escondida la llave? —preguntó a su vez el Superior ciego.

—¿Por qué me hacéis esa pregunta, Reverendo Ramahe sGampo? —preguntó con franqueza, pero no sin cierta incomodidad, Puñal de la Ley.

Las palabras de sus interlocutores habían acabado, si no por hacer que se quedara con la mosca detrás de la oreja, sí al menos por deslizar algunas dudas en su ánimo.

—El único capaz de conocer la respuesta a esta pregunta es *Buddhabhadra* —prosiguió—. Es con él con quien hay que hablar. ¡Si supiéramos dónde está!

—Lamento deciros que lo sé tanto como vos. Ignoraba incluso que lo hubieran visto en compañía de ese tal Nube Loca… A decir verdad, ahora estoy tan inquieto como vos mismo —respondió Ramahe sGampo no sin cierta lasitud.

—Decidme, por lo menos, de qué tratan esas reuniones, ya que el hecho de que recientemente no se celebrase una de ellas, de creer una de vuestras insinuaciones, dio origen a tantos problemas —exclamó por última vez el *hinayanista*, cuya aflicción era claramente perceptible.

—No os diré nada más. Me está rigurosamente prohibido revelaros nada con respecto a esos coloquios.

—Maestro Ramahe, si he entendido bien, desempeñáis una función muy particular en ese proceso destinado a asegurar la coexistencia pacífica entre las tres corrientes del budismo y, si no existiera ésta, Samyé no sería uno de los lugares donde se celebran esas famosas reuniones —observó Puñal de la Ley, que estaba empeñado en que Ramahe sGampo le revelase alguna cosa más.

—¡Negarlo sería mentir! —murmuró este último.

—¿No seréis tal vez el árbitro, dada vuestra inmensa sabiduría?

Lo que habría podido tomarse por vulgar adulación correspondía de hecho a la realidad, por lo que el Superior ciego respondió:

—Vuestra intuición es grande, Puñal de la Ley. Me limitaré a deciros que participo en las reuniones quinquenales al tiempo que, en cierto modo, soy garante de su eficacia. De los tres participantes, soy el de más edad. Es,

pues, en Samyé, en mis propias tierras, donde cada cinco años me corresponde verificar que «la concordia se mantendrá cinco años más».

—«¡La concordia se mantendrá cinco años más!».

¿Qué esconde tan misteriosa expresión, maestro Ramahe? —interrogó el monje de Peshawar.

—Sabed que, tal como decís, detrás de esa expresión hay unos gestos. O mejor dicho, actos importantes y sagrados. Por otra parte, mi querido y joven colega, ¿podéis decirme de qué sirven las palabras cuando no se dedican a unos actos? —dijo severamente el viejo lama, como quien ha decidido aleccionar a un *hinayanista* excesivamente curioso.

—Habladme de esos actos, Reverendo, no deseo saber otra cosa. Os prometo que, si accedéis a mi petición, ya no os pediré nada más… Y entonces me será mucho más fácil encontrar a mi Superior.

La ansiedad del monje de Peshawar, persuadido de que no estaba lejos de alcanzar su objetivo, había llegado a su punto culminante.

Pero su decepción alcanzó el mismo nivel que sus esperanzas cuando la respuesta de Ramahe sGampo fue:

—No sabréis más. Ya os he dicho demasiado. Es hora de que vuelva a la sala de oración y haga sonar el Gran Tambor.

Y el Superior ciego, dejándolo allí mismo, salió de la habitación guiado por el lama sTod Gling, en cuyo hombro acababa de posar la mano.

Una vez solo y un tanto contrariado por las palabras sibilinas que había conseguido arrancar al viejo monje tibetano ciego, Puñal de la Ley se desplomó en el banco donde meditaba antes Ramahe sGampo.

¿A qué procedimiento, ceremonia esotérica o ritual podía hacer alusión la expresión «la concordia se mantendrá cinco años más»?

Lo único seguro era que un pacto secreto entre las tres Iglesias del budismo daba lugar a una reunión quinquenal en la que Ramahe sGampo era el decano.

Rápidamente, el primer acólito de *Buddhabhadra* repasó los millares de versículos de sutras que sus maestros le habían enseñado cuando no era más que un joven novicio, con anterioridad a su *upasambada*, aquel momento solemne entre todos en que, con el cráneo rapado, con sus túnicas de recambio colgadas del brazo y el cuenco de las limosnas, el monje juraba

que practicaría las cuatro reglas de austeridad de la *nisgara* y que respetaría las cuatro prohibiciones (fornicación, robo, asesinato y abuso intencionado de falsos poderes espirituales) de la *akaraniya*, juramento en virtud del cual pasaba a convertirse en miembro absoluto de la comunidad.

No recordaba que en ninguno de aquellos textos sagrados, ni siquiera los más oscuros y esotéricos, los que se aprenden al final del noviciado, hubiera visto escrita la extraña fórmula «la concordia se mantendrá cinco años más», pronunciada por el viejo ciego.

¿Quién lo ayudaría a resolver aquel enigma?

Miraba a su alrededor los muros de piedra de la sala donde se encontraba.

Era indudable que el despacho-celda de Ramahe sGampo, estancia de paredes desnudas, era un lugar propicio a la meditación.

A diferencia del resto del monasterio, allí no había ninguna estatua aterradora ni pintura de colores llamativos que turbase la mirada.

Tras cerrar los ojos para concentrarse mejor, repasó mentalmente todo lo que acababa de saber por boca del propio Superior de Samyé.

Buddhabhadra, pues, iba cada cinco años al País de las Nieves para cerrar una especie de pacto de no agresión con las Iglesias hermanas y, pese a ello, rivales.

Si había comprendido bien las palabras del viejo lama, la última reunión había tenido un mal final.

Ésta debía de ser la razón de que *Buddhabhadra* hubiera vuelto sobre sus pasos, solo, después de ordenar al cornaca que siguiera adelante.

Pero Puñal de la Ley difícilmente podía deducir nada más.

¿Por qué había tenido tal interés en permanecer solo?

¿Qué había hecho del elefante blanco?

¿Cómo era que el Inestimable Superior había encontrado a aquel curioso Nube Loca que parecía inquietar a Ramahe sGampo en los parajes de Samyé?

Se encontraba en un punto en que, cuando quería definir los contornos del misterio, éste todavía se hacía más denso.

Puñal de la Ley no podía evitar la angustia, dado que el comportamiento de *Buddhabhadra* le parecía inexplicable.

Arriesgar de ese modo la vida de un animal sagrado, esencial para la organización de las grandes ceremonias de culto del monasterio del *Único Dharma*, simplemente para trasladarse a una reunión que se celebraba en Samyé, le parecía absurdo.

A menos que la presencia del paquidermo blanco hubiera estado motivada por algún elemento que se le escapaba.

Cuando desarrollaba ese razonamiento de la manera más concienzuda posible, tratando de aclarar el enigma que encerraba, la duda rozó primero el ánimo del monje de Peshawar, después se introdujo en él y acabó por enquistarse en su interior.

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Pensándolo bien, la hipótesis era plausible. En todo caso tenía el mérito de ofrecer un principio de claridad a aquella abracadabrante historia.

Y por sí sola podía explicar todos los tapujos que interponía su Inestimable Superior…

Sin embargo, para infundir validez a aquella intuición debería volver a Peshawar.

No podía ser más oportuno. Desde que había dejado a Cinco Prohibiciones, Puñal de la Ley se sentía solo y la inmensidad de las montañas himalayas no hacía más que acicatear la añoranza de su tierra, que no dejaba de corroerlo ni un momento.

Ya era hora de volver al *Único Dharma* y de reunirse con los suyos.

Debían de estar muertos de inquietud desde que los dejara para que se las arreglaran solos pocos días antes de la Pequeña Peregrinación…

Continuar sus investigaciones en los meandros de aquellas altas montañas del País de las Nieves donde se había perdido el rastro de *Buddhabhadra* no tenía sentido.

Regresando a Peshawar y procediendo a las verificaciones necesarias, se concedía más oportunidades de descubrir el finísimo hilo del que podía tirar para llegar a las verdaderas razones de la misteriosa desaparición de *Buddhabhadra*.

Sin perder un segundo, fue al encuentro del cornaca para ordenarle que preparase al elefante *Sing-sing* y volviese a saludar al lama sTod Gling, quien lo observaba en silencio desde el pórtico de entrada del monasterio.

—Si un día os cruzáis con el llamado Nube Loca, sobre todo seguid adelante y no le concedáis favor alguno. Es un hombre nefasto, diría incluso maléfico —murmuró este último rozándole el hombro.

—¿Por qué lo decís, lama sTod Gling?

—¡Tengo mis razones!

Perdido en sus pensamientos, Puñal de la Ley no se volvió siquiera, al atravesar el puerto, para admirar los pináculos y techos dorados de aquel monasterio donde se había celebrado el famoso cónclave al que *Buddhabhadra* se había dirigido corriendo tantos riesgos, incluido el de no regresar con vida, aunque esto el primer acólito lo ignoraba todavía.

Rehacer el camino en sentido inverso hasta Peshawar le parecía realmente interminable.

En el País de las Nieves ocurría siempre lo mismo. Cuanta más prisa tenías, más parecían retroceder las cumbres de las montañas a medida que avanzabas.

Caminando delante de *Sing-sing* y del cornaca, Puñal de la Ley se esforzaba en acelerar la marcha, pero el paisaje permanecía inmóvil y los días eran todos interminables e idénticos.

Sin embargo, la fusión de las nieves, que en esa época del año transformaba el más pequeño arroyo en impetuoso torrente y las cascadas en gigantescas trombas de agua, facilitaba enormemente la tarea del elefante *Sing-sing*.

Allí donde, en el camino de ida, el hielo y la escarcha hacían peligrosas las ascensiones, el barro y la grava permitían al paquidermo bajar las pendientes sin grandes dificultades.

Las rutilantes corolas de los ranúnculos de los glaciares florecían ya en los neveros, absorbidos poco a poco por la tierra, mientras las golondrinas zigzagueaban en el azul sobre la cabeza de Puñal de la Ley, sin por ello llegar a alegrarlo.

A fuerza de empujar al paquidermo, de apremiar al cornaca y de dormir tan sólo unas pocas horas por la noche, éste acabó por llegar, extenuado, al monasterio del *Único Dharma* en dos veces menos tiempo que a la ida.

Allí fue acogido con ovaciones por toda la comunidad. Cuando los centinelas vieron bajar de la montaña al primer acólito, todos los monjes se

congregaron en el patio principal y formaron un pasillo para que pasara por él.

Hasta el mismo elefante *Sing-sing* tuvo derecho a su guirnalda de papel en señal de bienvenida.

Así que entró en el recinto del *Único Dharma*, Puñal de la Ley oyó una única frase, murmurada con tristeza por todos, desde los monjes más viejos hasta los más jóvenes:

—¡*Buddhabhadra* no ha vuelto! ¡El Inestimable *Buddhabhadra* sigue sin regresar!

Y aquella lancinante melopea, articulada casi como una constatación inexorable, revelaba bien a las claras el dolor inmenso en que sus discípulos, huérfanos inconsolables de su maestro espiritual, se habían sumido desde que él los dejara.

Pese a la extrema fatiga que sentía, Puñal de la Ley reunió las últimas fuerzas que le quedaban y salió al balcón que daba al patio de honor del monasterio para comunicar, con voz estentórea, al conjunto de la comunidad, reunida a sus pies, las informaciones que tenía derecho a esperar.

Palabras que, en aquella ocasión, no eran fáciles de encontrar.

—Mis queridos amigos, sobre todo no hay que perder la esperanza…

Apenas había terminado de pronunciar el principio de aquella frase cuando se oyeron llantos y gemidos que salían de todas partes.

Frente a aquellas muestras de sensiblería un tanto molesta, ¿qué podía decir a sus hermanos?

En realidad, sólo esperaban una cosa: que Puñal de la Ley les trajese buenas noticias de *Buddhabhadra*.

Temía que, si les contaba los detalles de su viaje, y sobre todo su encuentro con Cinco Prohibiciones, el *ma-ni-pa* y los Gemelos Celestiales, acabarían por desorientarse.

Si había partido en busca de su Inestimable Superior, sus hermanos de religión no llegarían a comprender por qué a Puñal de la Ley le había dado por ayudar a un monje del Gran Vehículo a librarse de las garras de una cuadrilla de bandidos parsis hasta el punto de avenirse, pese a tener otras

cosas que hacer, a acompañarlo a Dunhuang, hasta un oasis donde no era nada probable que encontrase a *Buddhabhadra*…

Su periplo había sido tan extraño que incluso le costaba relatarlo, so pena de pasar a ojos de su comunidad por el más redomado de los embusteros.

Por otra parte, había prometido que no divulgaría nunca las informaciones sibilinas que le había revelado Ramahe sGampo referentes a aquella reunión secreta a la que se había dirigido su Superior.

Lo más pertinente, pues, era decirles la menor cantidad de cosas posible y tranquilizarlos al mismo tiempo.

—¡Mi viaje al País de las Nieves no ha sido inútil!

—¿No nos habías dicho que ibas a buscar incienso para la Pequeña Peregrinación y que volverías antes de la apertura? —exclamó la voz un tanto agria del monje Cesta de Ofrendas.

—Yo no podía deciros la verdad. El *Único Dharma* ya estaba bastante sumido en la aflicción para que yo, encima, añadiese más leña al fuego anunciándole que iba en busca de nuestro Inestimable Superior. El único que estaba al cabo de la calle era Joya de la Doctrina —le replicó Puñal de la Ley.

—El Bienaventurado Buda no ha querido que nuestro Inestimable Superior vuelva al monasterio.

¡Yo estaba seguro de eso! ¿No habríamos hecho lo mismo que él de haber estado en su lugar? Yo lo comprendo perfectamente. Estaba tan cerca del estadio último del *arhant*, aquel que permite eludir el interminable círculo de nacimientos y muertes, que no pudo por menos de aprovechar la ocasión y evaporarse… Lo echaremos muchísimo de menos en la Gran Peregrinación, sobre todo después del terrible desastre de la Pequeña —gimió una voz, de la que muy pronto se hicieron eco las lamentaciones de los demás.

—¿Quién acaba de expresarse en esos términos? —preguntó Puñal de la Ley de forma abrupta.

—¡Yo, por supuesto, Joya de la Doctrina! Sin duda que me advertiste, bajo secreto, que partías, pero eso no me ahorró tener que improvisar y presentar a la multitud de peregrinos el corazón de sándalo, pese a lo cual

fueron muchos los que, decepcionados al no ver al elefante sagrado transportándolo en su nacela de plata, protestaron enérgicamente. Cayó todo sobre mis espaldas.

¡Por fortuna todavía son poderosas, Puñal de la Ley! —dijo con voz de trueno el interesado, desafiando con la mirada a aquel competidor al que odiaba.

Como había mantenido desde siempre pésimas relaciones con Puñal de la Ley, al monje Joya de la Doctrina le había caído muy mal que *Buddhabhadra*, unos años antes, lo antepusiese a él y lo nombrase primer acólito.

Su devoción jamás había tenido fallo alguno, lo que no impedía que denigrase a quien tenía por un usurpador.

Sus manifestaciones, destinadas tan sólo a plantear dificultades a Puñal de la Ley, parecían surtir efecto, puesto que el pequeño grupo de religiosos comenzó a hablar por lo bajo primero y a refunfuñar después.

Se levantaron protestas, alentadas por el desafío lanzado por Joya de la Doctrina contra el que había vuelto con las manos vacías del País de las Nieves.

—¡Abajo Puñal de la Ley! ¡Abajo el primer acólito!

Aquellas invectivas no tardaron en acabar con la paciencia de este último.

—Si queréis saberlo todo, os diré que, cuando me fui en busca de *Buddhabhadra*, la reliquia de la Pestaña de Buda ya no estaba en el armario cerrado con llave de su celda. ¡Vuestro Inestimable Superior se la había llevado! —gritó al público, decidido a decirles toda la verdad.

—¿Por qué no nos lo dijiste entonces? —le soltó a bocajarro otro monje que atendía por el nombre de Santa Vía de los Ocho Miembros.

No sin sorpresa por su parte, Puñal de la Ley se dio cuenta de que aquel que tenía delante ya no era el monje jovial, el buen compañero de siempre, sino un individuo hostil, probablemente aleccionado por Joya de la Doctrina.

En su ausencia, pues, su rival había intrigado contra él.

—¿De qué habría servido? Prefería encargar una copia a un ebanista de Peshawar. Así, por lo menos, podríais organizar la Pequeña Peregrinación.

¿Qué habríais hecho si yo no me hubiera ido al País de las Nieves como si nada? —preguntó con voz retumbante, bastante crispado, Puñal de la Ley.

—¿Y de quién es la pestaña guardada en el relicario de sándalo? —exclamó con una risita ahogada el monje Cesta de las Ofrendas mientras, al decirlo, el triple mentón le temblaba con la excitación.

—¡La pestaña es mía! —le respondió gritando el primer acólito al tiempo que se llevaba el dedo índice al ojo derecho.

—¡Pues lo encuentro de lo más sorprendente y escandaloso! —le espetó Joya de la Doctrina.

Era evidente que a Puñal de la Ley no le sorprendían lo más mínimo aquellos reproches que se le lanzaban a la cara en presencia de todos los miembros integrantes del monasterio. Formaban parte de una ofensiva en buena y debida forma, sin duda elaborada desde hacía muchísimo tiempo.

—Lo sorprendente y escandaloso por mi parte habría sido abandonaros a una situación embarazosa sabiendo que en el armario bajo llave dé *Buddhabhadra* no estaba el cofre de sándalo. Apreciarás, cuando menos, mi franqueza, Joya de la Doctrina. No había nada que me obligase a hacer esto por nuestra *samgha* como no fuera el inmenso respeto que me inspira y el profundo afecto que siento por todos vosotros —concluyó, en tono ligeramente teatral, Puñal de la Ley, cuyas palabras provocaron débiles aplausos.

—Cumpliste con tu deber y yo con el mío: dije a todos los devotos que lamentaban la ausencia del elefante blanco sagrado que, con ocasión de la próxima Gran Peregrinación, disfrutarían de la presentación simultánea de las dos reliquias del Santísimo Bienaventurado: la de su Pestaña y la de sus Ojos Luminosos —precisó Santa Vía de los Ocho Miembros mientras un monje muy viejo y encorvado se acercaba al primer acólito y se inclinaba ante él en señal de respeto.

—¡Espero que no los decepcionaremos! —murmuró, pensativo, este último como hablando consigo mismo, sin darse cuenta de que Santa Vía de los Ocho Miembros oía sus palabras.

—¡Sería peligroso que no pudiésemos mantener la promesa! La inmensa muchedumbre de devotos no nos lo perdonaría nunca. No hay más que ver la decepción de todos esos millares de hombres y mujeres,

presentes aquí mismo, en este patio, cuando les dijimos que el elefante blanco había partido al País de las Nieves. Detrás de sus lamentaciones se traslucía una sorda violencia que podía estallar en el momento más imprevisto… —exclamó el monje con aire avieso.

—¡Menos mal que se te ocurrió la idea oportuna de distribuirles unos bollos de miel que sirvieron para mitigar su decepción!… —añadió con aire entendido Joya de la Doctrina.

—Ya no me queda más que saludaros y desearos buenas noches —acabó por decir, con cierta acritud, el primer acólito a la asamblea de personas que acababa de testimoniarle una acogida más bien fría.

Se dispersó el grupo de monjes y el elefante *Sing-sing* fue llevado junto a sus congéneres, recogidos en el edificio reservado a los paquidermos del convento del *Único Dharma*.

A Puñal de la Ley, que se encontraba exhausto, sólo le apremiaba una cosa y era reposar un poco en su celda a fin de recobrar las fuerzas necesarias para proceder a la última verificación.

Su noche no fue larga. Al día siguiente, con el corazón alborotado, apenas se levantó el alba se dirigió a toda prisa, provisto de un pequeño mazo de bronce y un cincel de escultor, a la alta torre de la *estupa-relicario*[56] *de Kaniska*.

El imponente monumento se erguía, orgulloso, iluminado por los rayos rosados de la aurora, en un extremo del paseo bordeado de cipreses centenarios que arrancaba del portal principal del *Único Dharma* y llevaba a su planta inferior.

Allí, en aquella vía de pavimento cuidadosamente liberado de hierbas, se celebraba la procesión quinquenal en la que el elefante blanco sagrado, pisando las preciosas alfombras extendidas por los devotos, transportaba el tesoro inestimable de los Ojos de Buda que, durante el resto del tiempo, permanecía encerrado en la hornacina superior del gigantesco relicario.

Para llegar al escondrijo amurallado que albergaba el pequeño arcón de oro puro de forma piramidal, había que trepar por una escalera interior hasta la última de las ocho plataformas del relicario gigante y seguidamente, burlando el vértigo, subir una escalera de bambú fijada en la pared de ladrillo cubierta de flores de loto de estuco.

Al llegar a lo más alto del edificio, el primer acólito, ahogándose casi a causa del jadeo, examinó abajo el enorme zócalo que formaba el pie, festoneado como unas grandes faldas.

Vista desde arriba, la base del relicario se confundía con el embaldosado del espacio sagrado donde se había construido.

A lo lejos, las murallas del monasterio del *Único Dharma* se veían minúsculas y se confundían con el horizonte, convertidas en un fino polvillo con la luz del sol.

Temiendo el vértigo, Puñal de la Ley se concentró y puso manos a la obra.

Febrilmente, con ayuda del martillo de bronce y del cincel, fragmentó el fino tabique de adobe que encerraba el tabernáculo.

Para sorpresa suya, el adobe estaba húmedo y se desmenuzaba con facilidad, lo que demostraba que debía de haber sido amasado hacía muy poco tiempo.

Comprendió la razón cuando, al retirar un montoncito de polvillo grisáceo, pudo acceder por fin al interior de la sagrada hornacina.

Su intuición no lo había engañado.

La pequeña pirámide de oro macizo, con asas de marfil que representaban unas cabras en actitud de ataque, obra maestra de la orfebrería de la dinastía de los Kusana, estaba volcada y abierta.

Ni siquiera habían forzado la cerradura.

Así pues, tal como había dejado sobreentender Ramahe sGampo y contrariamente a lo que afirmaba la leyenda, alguien tenía la llave.

Y el cofrecillo de oro estaba vacío.

Ni rastro de las santas reliquias.

En cuanto a Puñal de la Ley, en aquel momento habría sido incapaz de decir si los Ojos de Buda eran una leyenda o si habían desaparecido realmente de lo alto de una de las torres-relicario más sagradas de la India.

Era un hecho que el misterio seguía haciéndose más denso.

Como un autómata, Puñal de la Ley volvió a bajar con mil precauciones de lo alto del Gran Relicario. ¿Qué hacer?

Comunicar la noticia a sus hermanos equivalía a aniquilarlos. ¿Cargar las culpas a *Buddhabhadra*, ya que estaba seguro de que era él quien se

había llevado los Ojos de Buda al País de las Nieves?

Era peligroso y tal vez injusto… y tan demoledor para la comunidad del *Único Dharma* como el anuncio de la desaparición de las santas reliquias.

La única solución, por tanto, era encontrarlas.

Pero ¿dónde buscar?

Sin duda allí donde se escondía *Buddhabhadra*…

¡Volver a Samyé! Contárselo todo a Ramahe sGampo… recoger allí los hilos de las pesquisas…

¡Eso era lo que había que hacer!

El pobre Puñal de la Ley, angustiado por los escrúpulos y por su inquietud de obrar bien, no sospechaba que, unos instantes más tarde, otra sorpresa reduciría a la nada los quiméricos planes que había concebido…

XXIX

LUOYANG, CAPITAL DE VERANO DE,
LOS TANG, CHINA, 12 DE ABRIL DE 657

En el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang había zafarrancho de combate.

El olor a cera embalsamaba el aire.

Los novicios, con escobas de paja de arroz y paños de lana en la mano, habían dejado como los chorros del oro las dependencias del convento: los pisos de cedro brillaban como si estuviesen lacados y las sillas de coro de las salas de oración estaban provistas de pequeños cojines de seda flamantes.

Era la primera vez que la emperatriz en persona se hacía anunciar al Superior, el maestro Pureza del Vacío.

No hacía más que ocho días que le había dirigido un breve mensaje a través del cual le informaba de su decisión de devolverle la visita que, el año anterior, él le había hecho.

Inmediatamente el Superior había dado orden de dejar el convento deslumbrante y de que sacasen de los pesados armarios de palo de rosa de la biblioteca los estandartes pintados más hermosos allí guardados y los colgaran de las paredes.

El monasterio de Pureza del Vacío se transformó entonces en museo ideal de la pintura budista.

En honor de la emperatriz, se expusieron las más admirables efigies del Bienaventurado y de su divina cohorte: *Guanyin-Avalokitesvara*, el

Bodhisattva compasivo; *Maitreya*, el Buda de Mañana; y Amida, el que reinaba en el Paraíso de Occidente.

Con aquellas soberbias pinturas religiosas de delicada policromía en las que a los divinos modelos no les faltaba un solo atributo, a la mirada experta de la ilustre visitante se ofrecía todo el panteón búdico.

Ante aquellas obras maestras de la elegancia y la precisión ardían miríadas de cirios y de bastoncillos de incienso enhiestos en grandes jarrones de bronce llenos de ceniza hasta los bordes.

Por encima de los edificios barrocos que constituían sus zócalos, unas esculturas en altorrelieve representaban el mismo panteón.

Algunas estaban talladas en madera de cedro, en tanto que otras, de dimensiones más modestas, eran obra de artesanos broncistas especializados en el dorado, que conferían a sus figurillas votivas, iluminadas por millares de cirios, la centelleante imagen de verdaderas alhajas de precio.

Aquel importante viaje de la emperatriz de China respondía a una doble preocupación por su parte.

Se trataba en primer lugar de calmar la posible impaciencia de Pureza del Vacío en relación con la promesa que ella le había hecho, un año antes, de proporcionarle la seda necesaria para sus pendones pintados.

La segunda, y más importante a sus ojos, no tenía otro objetivo que tranquilizarse ella misma.

Para la budista ferviente que era Wuzhao aquélla era, en efecto, la única manera de comprobar que el drama que acababa de vivir no reflejaba el hecho de que Buda hubiera suspendido la protección indefectible que hasta entonces le había venido otorgando desde el día en que Taizong el Grande la librara de su condición de cortesana y esclava a partes iguales.

No veía a quién que no fuera Pureza del Vacío habría podido confiar sus angustias. Sólo el gran maestro de *Dhyâna* era capaz, si se presentaba el caso, de interceder a su favor ante el Despierto.

—No os he olvidado. La escasez de seda me obliga a dejar para más tarde lo que prometí enviaros —dijo ella a guisa de introducción.

—Lo sé. Tampoco en Luoyang se encuentra el más mínimo corte de seda…

—Tengo en marcha incluso una investigación por cuenta del emperador para desbaratar un tráfico de seda clandestina. La penuria suele aguzar el ingenio de personas carentes de escrúpulos. Se trata de una red tentacular que poco a poco se ha ido infiltrando…

—Estoy enterado, Majestad —repitió con aire ausente el Superior del monasterio *mahayanista* más grande de China.

Las palabras de Wuzhao le recordaron las condiciones del trato que de forma tan ingenua había concertado con *Buddhabhadra* hacía un año y medio, al figurarse que de ese modo remediaría el fracaso de aquella última reunión conciliar ocasionado por la ausencia de Nube Loca: capullos y gusanos, es decir, la seguridad para el *Único Dharma* de poder ganar mucho dinero produciendo seda en la India a cambio de la cajita de madera de sándalo en forma de corazón… pacto que, al no tener ninguna noticia del interesado, había periclitado.

—Vuestro enviado, Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo, me ha transmitido vuestras inquietudes en relación con la buena marcha de la Iglesia del Gran Vehículo… Espero que se hayan apaciguado y que ya no tengáis motivo para más preocupaciones —le dijo la emperatriz con intención de hacerlo reaccionar.

El resultado del sondeo no se hizo esperar.

—¡Por desgracia, Majestad, no es el caso! Envié a uno de mis monjes más brillantes a cumplir una misión destinada a disipar mis temores. Pues bien, ese joven, el más fiel y astuto de todos y, además, practicante excepcional de las artes marciales, no ha regresado del monasterio tibetano al que debía dirigirse. No me parece creíble que se trate de un accidente… —confesó de pronto, abandonando su actitud de reserva.

—Tal vez emprendiera otro camino en plena ruta. Después de todo, en el vasto mundo que se extiende desde China al país de Bod abundan las tentaciones.

—¡Imposible, Majestad Wu! Ese monje goza de toda mi confianza. Es un budista ferviente.

—¿Y si hubiese encontrado a una guapa muchacha y se hubiese enamorado de ella? —preguntó Wuzhao mirando a Pureza del Vacío con aire de entendida en la cuestión.

Al fin había conseguido llevarlo sin esfuerzo al terreno que a ella le convenía.

—En tal caso, se tendría bien merecido el Infierno Frío. Cinco Prohibiciones hizo los votos de castidad y juró a la comunidad del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales que consagraría a ella toda su vida. Ese joven posee cualidades excepcionales, tanto físicas como intelectuales. Por eso hice de él uno de mis ayudantes personales. En el gran monasterio de Luoyang, a Cinco Prohibiciones le esperan las más altas funciones religiosas. Me sería imposible imaginar de su parte una traición de esas características —declaró con energía.

—¿Se la perdonaríais?

—¡Jamás! —exclamó, tajante como filo de sable, el maestro Pureza del Vacío, cuyos ojos despedían chispas de cólera con sólo considerar aquella posibilidad.

—¿Acaso un Superior del Gran Vehículo no puede descargar de los votos a un monje que, por razones válidas, cambia de ruta?

—Ni lo he hecho ni pienso hacerlo nunca. ¡Uno tiene el destino que se busca! Cuando uno se hace monje budista, tiene el camino trazado y no ha de importarle cuál sea. La Santa Vía de los Ocho Miembros es la única que puede conducir al estatus de *arhant*, es decir, a la santidad suprema, muy próxima al estatus del *bodhisattva*. ¿No es un plan grande y hermoso?

—Pero la vida, a veces, desvía las trayectorias más seguras. Yo misma soy un ejemplo vivo de lo que acabo de decir. En circunstancias normales, yo habría sido una esclava al servicio de un comerciante de muebles o de un notario… ¡y aquí me tenéis! ¡Soy emperatriz!

—No ocurre lo mismo con aquellos que están animados, por la fe en la Verdad, y quiero precisar, Majestad, que vos formáis parte de ellos —susurró el Superior de Luoyang con suprema habilidad—. En cuanto a Cinco Prohibiciones, puesto que de él hablamos, todavía habría menos razones para concederle el más mínimo favor. Un comportamiento así por su parte sería una traición gravísima teniendo en cuenta la confianza que deposité en él al encargarle esa misión tan sumamente delicada —dijo con voz retumbante Pureza del Vacío, olvidando la calma que de ordinario no lo abandonaba.

La emperatriz de China comprendió que era inútil seguir por aquel camino y que el pobre Cinco Prohibiciones lo tendría muy difícil, aunque ella interviniese directamente en su favor, para obtener lo que quería.

En los ojos del Superior leyó todo lo que podía haber de implacable —y casi de aterrador— en aquellos religiosos que eran a la vez grandes místicos.

Sus certidumbres y su sed de absoluto eran tales que difícilmente admitían, sobre todo en sus discípulos más próximos, los impulsos banales de los seres de carne y hueso que, en realidad, también eran.

Wuzhao, que había ido en busca de consuelo, se sintió vacilar ante tanta vehemencia y se vio totalmente desamparada ante la profundidad de los abismos que la separaban de Pureza del Vacío.

¿Pertenecía, realmente, al mismo mundo que él?

¿Qué había en común entre aquel misticismo algo inhumano y su propia religiosidad, atenuada por el pragmatismo?

¿No se equivocaba esperando obtener consuelo por parte de un hombre tan austero?

Puesto que la verdadera dureza estaba más bien de parte del gran teórico de la Vacuidad Pura que del lado de aquella mujer capaz tanto de lo peor como de lo mejor.

—Maestro Pureza del Vacío, acabo de perder a una hijita —exclamó ella de pronto, fundiéndose literalmente en lágrimas.

Estupefacto, el maestro de *Dhyâna* observó el hermoso rostro de la emperatriz de China, anegado en llanto.

Hay seres en los que uno imagina una fuerza interior tan grande que, cuando los ve llorar como si fueran niños lastimados, le parecen irreales.

Wuzhao, a ojos de Pureza del Vacío, era uno de esos seres.

Por las mismas razones, unos días antes, la partera del palacio imperial, una matrona tan gruesa como áspera, que había asistido a la emperatriz de China, le dijo la verdad sin ningún miramiento.

—¡Majestad, la niña ha muerto! ¡Pero no era más que una niña! —le anunció de golpe y porrazo, sin la más mínima precaución y sin entrar en más detalles, aquella mujer cuyas manos expertas habían recogido el cuerpecito de una niña azulada y con la piel arrugada.

—¡Por eso no se movía! —murmuró la emperatriz, cuyo rostro, teñido de extrema palidez, estaba constelado de minúsculas gotas de sudor debido al intenso esfuerzo del difícil parto.

Todo un cortejo de médicos había entrado entonces en la habitación de la soberana para administrarle las píldoras y ungüentos que suelen darse a las parturientas.

Nadie la había compadecido, nadie le había dirigido ni la sombra de una mirada compasiva.

¿Cómo podía ser de otro modo?

Era una niña que había nacido muerta.

No tenía, pues, ninguna importancia en lo tocante a estirpe imperial.

No habría sido oportuno apiadarse de la emperatriz, y menos si se llamaba Wuzhao y su fama de luchadora aguerrida, dispuesta a cualquier cosa para conseguir sus fines, estaba tan cimentada como la suya…

Tampoco Gaozong, ocupado en perseguir a las jóvenes concubinas, púberes apenas, pronunció una sola palabra de consuelo junto a la cabecera de la cama de su esposa cuando le comunicaron de qué sexo era el bebé y que no había sobrevivido.

La emperatriz sufrió en silencio.

Habiendo llegado donde se encontraba gracias tan sólo a su voluntad, no tenía madre, ni hermana, ni prima, ni dueña y menos aún confidente, como no fuera el Mudo, en quien poder descargar aquellas penas que la llevaron a la antecámara de la desesperación.

—¡Diez estrellas no taparían la luna, Vuestra Majestad! —se contentó con decir Wuzhao exhalando un suspiro, dirigiéndose a su esposo cuando estuvo con él por primera vez unos días después del parto.

Recurriendo a aquel proverbio que hacía alusión a la primacía concedida al hijo de la esposa legítima frente a los hijos de las concubinas, Wuzhao esperaba llegar al corazón de Gaozong.

Previendo ya el tema de la conversación, se había adornado con sus mejores galas, que dejaban ver generosamente, a través de la abertura del vestido, sus formas, incólumes casi al embarazo.

Pero no sirvió de nada.

El emperador ahora persistía en buscar mujeres más jóvenes que ella e hizo como si no hubiera oído nada.

Desde que había ocurrido aquel drama, se sentía sola en su propio mundo, afrontando las desgracias y la felicidad que su destino le deparaba.

Su único consuelo era la certidumbre de que la luz del Bienaventurado Buda, parecida a la de un sol, iluminaba ese mundo, pese a que había días en que ese astro le parecía descolorido y ausente, hasta tal punto lo envolvían las nubes.

Acababa de comprobar ahora que Pureza del Vacío no era la persona capaz de ayudarla a superar el mal momento que atravesaba, que la hundía en la depresión.

Violentándose terriblemente, se secó las lágrimas para ser de nuevo aquella que ordinariamente reflejaba su rostro: la implacable y omnipotente soberana del imperio de los Tang.

—La emperatriz de China se excusa de encontrarse en este estado. El viaje en barco desde Chang An, debido a los remolinos del agua del Gran Canal que el viento levanta, la ha fatigado un poco —explicó ella.

—Os hemos reservado la cámara imperial del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales. Únicamente durmió en ella, en dos ocasiones, el emperador Taizong el Grande, Majestad —le respondió Pureza del Vacío en el mismo tono protocolario.

La cámara imperial en cuestión era apenas más grande que la celda de un monje.

Estaba en el primer piso de la pagoda principal del monasterio, si bien era posible asistir a las ceremonias desde ella sin abandonar la cama.

Por espacio de dos días estuvo recuperándose Wuzhao mientras contemplaba a los monjes y a las monjitas que acudían en procesión para asistir a los sermones de los predicadores antes de reunirse para rezar, postrados boca abajo en el suelo, en medio de una nube de incienso, ante las sagradas efigies.

Con delectación, como la más piadosa de las devotas, ayunó y vistió una simple túnica de sayal y unió sus súplicas a las de los oficiantes que imploraban al Bienaventurado y a sus intercesores que los acogiera en el *Parinirvana*.

Fuera del mundo, se sentía protegida.

Lejos de la corte, se sentía a gusto.

Añoraba casi los tiempos en que era monja, tras la muerte de Taizong.

Después, por desgracia, tuvo que despedirse de Pureza del Vacío y de aquel remanso de paz.

En Chang An, Gaozong no habría admitido que su esposa siguiese ausente.

En el barco de regreso, mientras recorría aquel canal navegable bordeado de almendros en flor, testigo de la muerte de los muchos millares de prisioneros de guerra que lo habían construido, volvió a reflexionar sobre lo que le había dicho el gran maestro de *Dhyâna* cuando fue a despedirse de él.

Dudaba con respecto a las conclusiones que había que sacar.

¿Era una llamada de socorro o una velada amenaza?

—Majestad, el *Mahâyâna* tiene necesidad de vuestro apoyo. ¿Puede contar con él? —le había preguntado con insistencia el Superior.

—Mi fe sigue intacta. Sin ella yo no sería nada —le aseguró ella con vehemencia.

—La Iglesia del Gran Vehículo sería un buen pilar para un imperio si su jefe profesase una fe tan ardiente como la vuestra, Majestad.

—Me comprometo a proporcionaros la seda necesaria para vuestros estandartes antes de que acabe el año lunar. De no existir esta terrible penuria, ya os la habría hecho llegar —exclamó ella, molesta, creyendo que el Superior, con aquella entrada en materia, la conminaba a no echar en saco roto su promesa…

—Majestad, no hablo de eso, sino de algo mucho más importante —le respondió en tono febril Pureza del Vacío.

—¿De qué habláis, pues?

—De vos y de nadie más que de vos. Este país, emperatriz Wuzhao, necesitaría un emperador de vuestro temple y lo primero que debería hacer sería convertir el budismo en la religión oficial del imperio del Medio.

En un primer momento Wuzhao se quedó tan sorprendida que ni siquiera tuvo la suficiente presencia de ánimo para reaccionar favorablemente.

Confundida y, por otra parte, muy sorprendida, se contentó con farfullar una respuesta para salir del paso.

Sin embargo, ahora que navegaba en aquella inmensa barca imperial, accionada enérgicamente por cien remeros cuyo ritmo marcaba la cadencia del tambor, la emperatriz comprendía mejor el alcance y sentido de aquel mensaje inconfesable que acababa de recibir del jefe de la Iglesia del Gran Vehículo.

¿Y si todo esto no había sido más que un pragmático toma y daca?

El apoyo de los budistas a la emperatriz a través de la consagración del Gran Vehículo como religión oficial del imperio del Medio: he aquí lo que el jefe supremo de la Iglesia budista china acababa de sugerirle.

¡Un acuerdo en la cumbre!

¡Un pacto secreto que sellaría la alianza definitiva, en el país más grande del mundo, entre el poder espiritual y el poder temporal!

Aquel cable tendido por Pureza del Vacío le permitía concebir la estrategia de la unión del Trono y el Altar en la que pensaba desde hacía mucho tiempo.

Puesto que aquella alianza, que a Wuzhao siempre le había parecido necesaria para llevar a cabo su gran proyecto, estaba ahora al alcance de su mano.

¿No era ésta la prueba de que el Divino Bienaventurado seguía protegiéndola e iluminándola con su Luz?

¿No había sido un error dudarlo?

Una vez más, comprobó que su peor enemigo era aquella duda espantosa que de vez en cuando se apoderaba de ella hasta el punto de minar su ánimo, de hacerle sufrir mil males e incluso de aniquilarla obligándola a diez mil esfuerzos para acabar convenciéndola una vez más de que se encontraba en el camino recto y de que en ningún caso debía desviar el rumbo.

La intervención del maestro Pureza del Vacío era el mejor aliento que podía recibir para perseverar.

No debía ser en modo alguno la muerte de aquella niña lo que se lo impidiese.

Con los ojos entrecerrados, bien ataviada, sentada en el asiento esculpido instalado en la parte trasera del puente de la barca, abanicada por sirvientes que se inclinaban respetuosamente cada vez que pasaban ante ella, Wuzhao ya se imaginaba emperador de China mientras desfilaba a toda marcha ante sus ojos el paisaje de arrozales anegados y de campos impecablemente cultivados.

¡Una mujer emperador de China!

Lo que retenía, por encima de todo, de su visita al Superior de Luoyang era que aquel sueño loco, aquella idea inaudita que algunos habrían tomado por monstruoso capricho cuando de hecho se trataba un proyecto muy pensado, era en realidad posible.

Así pues, al volver a Chang An, Wuzhao recuperó toda su energía y todas sus certidumbres.

Estaba irreconocible, mucho menos deprimida e inquieta que cuando se fue.

Y en cualquier caso, mucho menos angustiada que Cinco Prohibiciones y Umara, que la esperaban ante la puerta del Pabellón de Recreo, lugar al que se apresuró a acudir para darles cuenta de sus conversaciones con Pureza del Vacío.

La emperatriz no se mordió la lengua.

—Tu antiguo Superior no es persona dispuesta a correr un velo… No le he dicho que estuvieras a mi servicio, pero él me ha hablado de la misión que te había confiado. No concibe ni por un momento que hayas podido enamorarte. Sólo apuntarle esa hipótesis, se ha enfurecido.

—¡No esperaba otra cosa! —se lamentó Umara—. Los jefes de la Iglesia no son propensos al perdón de sus colaboradores más próximos. No tengo más que imaginar a mi padre en su relación con Diakonos…

—Los budistas saben qué es la compasión y profesan la no violencia. ¿Por qué, pues, Pureza del Vacío debía negármela si no he hecho daño a nadie y tampoco he renegado de la fe? —exclamó, con actitud rebelde, Cinco Prohibiciones.

—No te desanimes, ya encontraremos la manera de conseguir que tu antiguo Superior abrigue mejores intenciones —murmuró Wuzhao, deseosa de consolar a su protegido.

—No veo la manera. ¡Es inflexible!… Los novicios de Luoyang no se atreven siquiera a mirarle a la cara, hasta ese punto los atemoriza —farfulló, desalentado.

—Tal vez esté en deuda conmigo y no me pueda negar ese favor si acaso se lo pido —dijo la emperatriz no sin aire de misterio.

—¡Lo dudo! —suspiró el amante de Umara.

—¡Su Majestad sabe de qué habla! —protestó Umara mirando con severidad a Cinco Prohibiciones.

La joven nestoriana temía haber molestado a Wuzhao al poner en duda sus palabras.

—Le prometí que le suministraría seda para sus estandartes pintados rituales. Es costumbre sustituir todos los años esas pinturas votivas por otras nuevas, pero la penuria de seda impide actualmente a Pureza del Vacío poder hacerlo.

—¿Por qué escasea tanto la seda? —preguntó Umara.

—La demanda no cesa de crecer en los países de Occidente y el gusano de la seda es un animal muy frágil. Con frecuencia, antes de segregar el hilo para fabricar el capullo, la oruga se seca y muere.

—¿No se puede curar esa enfermedad del bómbice? —inquirió Umara.

—Algunos budistas aseguran que ésta es la manera que tiene la mariposa de comunicar a los hombres que no está de acuerdo con el sacrificio de su larva, ya que escaldan el capullo —respondió la emperatriz.

—¡No se me había ocurrido! Cierto que la suerte de las almas reencarnadas en el capullo de seda no es de las más envidiables… —murmuró Cinco Prohibiciones con aire pensativo.

Era la primera vez que oía hablar de la hipótesis que acababa de exponer la emperatriz de China.

—Hace meses que la administración de la Seda intenta poner remedio a esas detestables epidemias sin que de momento haya tenido éxito. Los pocos cortes de seda que salen del Templo del Hilo Infinito se depositan en el almacén central, allí donde se guardan las reservas estratégicas del Estado, utilizadas como último recurso cuando, por ejemplo, no hay dinero suficiente para pagar a los oficiales del ejército en tiempo de guerra. ¡Las

demás manufacturas imperiales están en paro técnico! —añadió Wuzhao no sin cierta irritación.

—¿No es posible recurrir a las reservas del almacén central? —preguntó, ingenua, la joven nestoriana.

—Trescientos hombres custodian día y noche ese almacén y la llave está en posesión del emperador.

Gaozong la lleva siempre encima, en un bolsillo interior del cinto… Y yo no soy más que la emperatriz de China, no el emperador —exclamó con un suspiro.

—¡Quizá un día lo seáis, Majestad! —dijo entonces Umara.

—¿Por qué lo dices? —la interpeló, divertida, la interesada, mientras Cinco Prohibiciones miraba a su vez con severidad a su amante.

—En Dunhuang todo el mundo decía que vos erais la verdadera dirigente del imperio del Medio, Majestad…

—¡No hay que fiarse de lo que dice la gente!

—Como mujer, me gustaría que así fuese —prosiguió con una sonrisa la joven cristiana nestoriana.

—Si cuento con apoyos como el tuyo, ¡quién sabe! —prosiguió la emperatriz, sólo medio en broma.

A Wuzhao le enternecía la espontaneidad de aquella muchacha que dejaba hablar a su corazón.

—Entretanto, si la situación no mejora, no me veo capaz de honrar la promesa que hice al maestro Pureza del Vacío en lo tocante a suministrarle la seda necesaria para sus estandartes votivos. Su resquemor durará mucho tiempo —añadió Wuzhao.

—En cuanto a mí, jamás obtendré su perdón —comentó Cinco Prohibiciones, a quien no parecía que tal posibilidad lo turbase sobremanera —. ¿De modo que en Chang An ya no se encuentra seda clandestina?

—¡Ni una pulgada!

—¿Quiere esto decir que ha terminado el tráfico? —inquirió la joven cristiana nestoriana.

—El mes pasado mandé suspender las pesquisas en torno a la red utilizada por los traficantes de seda por la sencilla razón de que ha desaparecido el contrabando por falta de mercancía. No hay seda en el

mercado negro, como tampoco la hay en el mercado oficial —puntualizó Wuzhao, más bien molesta.

Umara y Cinco Prohibiciones asistían a uno de aquellos bruscos cambios de humor de la emperatriz Wuzhao, cuyo comportamiento a este respecto sorprendía siempre a sus interlocutores, que nunca sabían de antemano cómo reaccionaría ante una determinada observación.

En aquel momento tenía un aire particularmente inquieto, como si la hubiese abandonado la serenidad o como si hubieran cesado bruscamente los efectos de su estancia en Luoyang.

La observaron ir y venir retorciéndose las manos ante ellos como la más desgraciada de las mujeres, mientras la perra Lapika comenzaba a restregarse contra sus piernas al tiempo que lamía los bajos de su suntuosa túnica de seda recamada de bordados de oro y plata.

—¡Hay que ayudar a esta mujer! ¡Fíjate en su desesperación! Me da mucha lástima… —dijo por lo bajo Umara, conmovida hasta las lágrimas, al oído de su amante.

Éste dudaba en cuanto a la conducta que había que adoptar.

¿Debía desvelar el secreto a la emperatriz, aunque sólo fuera para consolarla, hablándole de Punta de Luz y de la seda maniquea?

Observó a Umara y vio en sus ojos una invitación a que confesara todo lo que sabía a Wuzhao.

—Estoy en posesión de una pista que tal vez pueda libraros de preocupaciones, Majestad… —acabó por decirle el ayudante de Pureza del Vacío tras unos instantes de reflexión.

—Te escucho —dijo en tono apagado y laxo la emperatriz de China, que no parecía ni la sombra de sí misma.

—Antes de llegar aquí, en las cercanías de la Gran Muralla china, nos cruzamos con una joven pareja muy agradable. Ella era china y se llamaba Luna de Jade; él era *kucheano* y su nombre era Punta de Luz.

—¡Un nombre muy poco corriente, dicho sea de paso, ése de Luna de Jade! —comentó ella.

—La pareja era encantadora. Punta de Luz nos dijo que era un especialista de la sericicultura, que su religión era el maniqueísmo y que volvía a su tierra, a Turfan, con la firme intención de reactivar la producción

de hilo de seda de la Iglesia de la Luz. En cuanto a Luna de Jade, había trabajado en la hilandería imperial del Hilo Infinito —explicó Cinco Prohibiciones.

—No veo en qué podrían ayudarme. Turfan está en el otro extremo del mundo. Y si por casualidad corriese la voz de que la emperatriz de China apela a los extranjeros para convertirse en eje activo del tráfico de seda proscrito por el propio Estado, ¿no crees que la noticia levantaría bastante polvareda? —gruñó la emperatriz, un tanto sarcástica.

Pese a todo, tenía ocasión de comprobar que aquella hermosa pareja formada por Umara y Cinco Prohibiciones era totalmente sincera con ella, puesto que le habían revelado, sin que nada les obligara a ello, lo que Aguja Verde ya le había comunicado.

—Majestad, si quisierais, podríamos ser vuestros intermediarios, lo que os permitiría permanecer al margen del asunto —propuso Umara, sin dejarse impresionar.

La emperatriz los miró con expresión de curiosidad, como si acabase de descubrir otra faceta de aquel joven monje y aquella joven nestoriana que habían decidido desafiar por amor todas las prohibiciones que les imponía su condición, negándose a seguir los caminos trazados y sin preocuparse lo más mínimo de los riesgos que correrían con los bruscos cambios de rumbo.

¿No había obrado ella de la misma manera?

La emperatriz de China, a quien los nobles acusaban de que sólo servía para sembrar el terror y de que no quería a nadie salvo a sí misma, se sentía extrañamente próxima a aquella joven pareja de enamorados que había acogido bajo su techo.

Y observando al guapo Cinco Prohibiciones, de cuerpo atlético y sonrisa encantadora, llegó a decirse que, de no haber estado en las manos de Umara no habría dudado en seducirlo…

—Estoy de acuerdo con Umara, Majestad. Si lo decidís, podríamos procuraros cortes de seda maniquea. Bastaría con ir a Turfan y ponerse de acuerdo con el joven *kucheano* que se ocupa de este menester. Contando con vuestra protección, aunque fuera oculta, estoy seguro de que conseguiría convencer al Perfecto de la Iglesia de la Luz. Según he oído, Cargamento de Quietud trata por todos los medios de implantar su Iglesia

en la capital del imperio del Medio. A cambio de un apoyo por vuestra parte, no hay duda de que se avendría a este trato —añadió con empuje el joven monje del *Mahâyâna*.

—Hace años que la Gran Cancillería de Asuntos Interiores y Religiosos prepara una medida de flexibilidad en el ejercicio del culto maniqueo en la China central… cuya salida los confucianos siempre han conseguido bloquear —murmuró, pensativa, Wuzhao.

—Si pudieseis asegurar al Gran Perfecto de Turfan que pondríais en juego todos vuestros esfuerzos para que se promulgara ese texto, saltaría sobre la ocasión —exclamó el joven *mahayanista*.

—Pero ¿cómo va a aceptar si Cargamento de Quietud ni siquiera me conoce? ¿Por qué ha de tener confianza en la emperatriz de China un jefe de la Iglesia maniquea?

—Contrariamente a lo que afirmáis, vuestra fama rebasa con creces las fronteras de la Gran Muralla, Majestad —exclamó Cinco Prohibiciones.

—Esa negociación es de las que no se pueden llevar a distancia. No soy más que una reclusa en mi palacio. ¿Quién negociará las condiciones de ese trato con tu Punta de Luz y su Cargamento de Quietud? ¿Quién lo organizará todo? ¿A través de qué medio llegará a Chang An, una vez fabricada, la mercancía? —preguntó la emperatriz, un tanto incrédula.

—Creo que nuestro amigo, el monje tibetano, estaría dispuesto a partir de inmediato a Turfan para celebrar esa entrevista —exclamó Cinco Prohibiciones antes de volverse hacia el *ma-ni-pa* y ponerle al corriente de qué se trataba.

—He jurado que te acompañaría, junto con los Gemelos Celestiales, hasta Luoyang… No querría que el Bienaventurado interpretase mi partida a Turfan como una retirada por mi parte… —murmuró éste, algo incómodo.

—Nos harías un gran favor si te hicieses cargo de esa misión de confianza. En ese caso retrasaríamos un poco nuestro regreso a Luoyang, porque yo esperaría a que tú volvieses para trasladarme —dijo Cinco Prohibiciones, que, dado el estado de ánimo de Pureza del Vacío, no se veía compareciendo en su presencia.

El rostro del monje errante se iluminó con una gran sonrisa.

—¿Cuándo debo partir? ¡Om! —exclamó mientras le bailaban los ojos de alegría y daba un salto atrás.

—No sé si lo he entendido bien, pero parece que el *ma-ni-pa* se encargaría de transmitir mi proposición a la Iglesia de la Luz de Turfan —exclamó Wuzhao, admirada de la acrobacia.

—¡Él lo acepta, Majestad! —concluyó el amante de Umara.

—Majestad, yo sólo tengo una palabra. *¡Om! ¡Mani padme hum!*

—El *ma-ni-pa* saldrá mañana mismo hacia Turfan y os prometo, Majestad, que antes de seis meses podréis entregar al maestro Pureza del Vacío un primer corte de seda para confeccionar sus estandartes pintados —declaró Cinco Prohibiciones.

—Tengo confianza absoluta en Punta de Luz. Estoy segura de que sabrá convencer al Perfecto Cargamento de Quietud del interés de lo que vos, Majestad, le habéis propuesto —añadió, entusiasmada, la joven cristiana.

Su rostro irradiaba satisfacción cuando la emperatriz la besó afectuosamente en la frente antes de retirarse a sus aposentos.

Una vez en la cama, aquella noche, empujada por una oleada de sinceridad y de manera especial por los remordimientos que desde hacía semanas la corroían, Umara consideró que había llegado el momento de hablar a su amante del terrible secreto que seguía guardándose para ella sola.

Así pues, rechazó suavemente sus insinuaciones y lo invitó a sentarse seriamente ante ella.

—Tengo que contarte de qué espectáculo atroz fui testigo. Debo explicarte, amor mío, por qué me encontraste en aquel peñasco que se levanta en el desierto después de nuestro primer encuentro en la Ruta de la Seda —le dijo en un murmullo acompañando sus palabras de un estremecimiento.

La angustia y el terror que se leían perfectamente en los ojos de la muchacha hablaban con elocuencia del rastro indeleble que aquel episodio había dejado en su espíritu.

Sólo tenía que cerrar los ojos para volver a revivir aquella escena de la pagoda en ruinas en la que Nube Loca había asesinado salvajemente a *Buddhabhadra*. Afloraban a su memoria, tan claras y precisas como el

primer día, las imágenes del cuerpo de la víctima, destripado salvajemente y con los intestinos fuera.

—¡Estás trastornada! ¡Habla! Cuéntamelo todo —le rogó Cinco Prohibiciones estrechándola entre sus brazos.

—Vi cómo un hombre despanzurraba a otro. Ocurrió ante mis propios ojos. ¡Fue horrible!… —dijo la muchacha sin poder reprimir los sollozos.

—¿Dónde, cuándo fue, amor mío?

—En una pagoda abandonada, poco antes de que nos encontráramos tú y yo por primera vez en la Ruta de la Seda. El espectro de pesadilla de aquel hombre ensañándose con su víctima y despanzurrándolo como quien abre la tapadera de un arcón no ha dejado de atormentar mis noches.

La joven nestoriana tenía el rostro arrasado en lágrimas, lo que reflejaba el sufrimiento que había padecido al guardarse un secreto tan terrible como aquél.

Con pudor extremo, escogiendo con gran atención las palabras, expuso a su asombrado compañero la espeluznante escena a la que, debido al azar, había asistido.

—Has hecho bien hablándome de ese horrible asesinato. Ahora que te has liberado de ese recuerdo, tendrás que expulsar esa escena atroz de tu espíritu. Estoy seguro, Umara, de que ese mal recuerdo irá difuminándose poco a poco. Yo mismo contribuiré a que así sea. Las cosas malas, especialmente las más sórdidas, deben ser olvidadas —le dijo a modo de consuelo.

—¡Difícil olvidar cuando uno acaba por descubrir quién es el asesino y quién la víctima!

—¿O sea, que sabes el nombre de esos hombres?

—¡Sí, por desgracia! Sé el nombre de la víctima. Se trata de *Buddhabhadra*, el Superior de Puñal de la Ley.

—¿Y no se lo dijiste a Puñal de la Ley? —exclamó, consternado, Cinco Prohibiciones.

—¡Si supieras cómo lo lamento! Estaba tan trastornada que quise reaccionar, revelárselo todo, cuando le oí pronunciar ese nombre por vez primera así que salimos de la hilandería, pero mi boca no profirió ningún

sonido —se lamentó la muchacha, retorciéndose las manos con desesperación.

—Me doy cuenta de que la carga era demasiado pesada. La habías interiorizado hasta tal punto que era imposible hacerla aflorar de repente —murmuró, impresionado también, Cinco Prohibiciones.

—¡Si supieras cómo maldije ese miedo y esa angustia que me paralizaban! Mi comportamiento, Cinco Prohibiciones, fue tan incoherente como indigno.

—¡No llores más, amor mío! Si te faltó valor, hay circunstancias atenuantes que te disculpan.

—Pero cuando pienso en ese pobre Puñal de la Ley, que prosigue sus averiguaciones sin sospechar que *Buddhabhadra* está muerto, siento que se me encoge el corazón. ¡Me gustaría ser pájaro para volar hasta él y contárselo todo! —dijo la chica con los ojos hinchados por el llanto.

—A fuerza de buscarlo inútilmente, acabará por convencerse de que su maestro ya no es de este mundo y entonces volverá a Peshawar. Más adelante, si se presenta ocasión de explicarle tu actitud, estoy convencido de que te comprenderá y de que no te guardará rencor por ello —le dijo Cinco Prohibiciones a manera de consuelo, para añadir después—: Si conoces el nombre de la víctima, imagino que no te pasó por alto el del asesino.

Umara se puso a temblar.

Denunciar al culpable suponía para ella un esfuerzo sobrehumano, hasta tal punto se había convertido para ella en alguien que no podía nombrar siquiera, alguien a quien odiaba y que se había esforzado en borrar de su memoria.

Era preciso, sin embargo, que se decidiese a pronunciar el nombre de tan siniestro personaje de locura asesina que el *ma-ni-pa* había citado tan a menudo ante ella.

—¡Nube Loca! —acabó por pronunciar el nombre con voz ronca—. Espero que, en el supuesto de que todavía forme parte de la especie humana, jamás volvamos a oír hablar de ese hombre…

—Tuviste suerte de salir indemne, amor mío. Cuando vuelvo la vista atrás, me entran escalofríos.

—Por fortuna, ni *Buddhabhadra* ni Nube Loca se dieron cuenta de que estaba allí, prisionera de aquella trampa. Después de asesinar a su compañero, Nube Loca entró en una especie de letargo, lo que me permitió escapar con…

Dejó la frase en el aire.

—¿Con qué, Umara? ¿Quieres decirme algo más? —preguntó entonces Cinco Prohibiciones, intrigado ante la frase inacabada de su amante.

Ésta farfulló torpemente:

—¡No, cariño, lo único que hay es ese asesinato! Debes perdonarme si me ves un poco alterada.

Hablar de todos estos horrores me produce una gran conmoción…

—¡Umara, cuéntamelo todo! Entre los dos no debe existir ningún secreto.

—Creo habértelo contado todo —dijo la muchacha, que se sentía agotada por el esfuerzo que acababa de realizar.

Entonces él salió de la cama y volvió con la famosa caja oblonga que había sido la causa de su viaje al Tíbet. Desde que había salido de Samyé con aquel precioso tesoro en compañía de los Gemelos Celestiales, no la había sacado de la bolsa.

—Ahora me corresponde a mí hacerte una confidencia, amor mío. Mira esa caja, Umara, y ábrela.

Juré al maestro Pureza del Vacío que guardaría secreto absoluto en relación con la misma. Pero ¿cómo no demostrarte la misma sinceridad y la misma transparencia que tú has tenido conmigo?

Sus finas manos temblaban como las hojas de los árboles cuando la cristiana nestoriana abrió el estuche del Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura.

Retiró de él el precioso rollo y, después de extraerlo de su envoltorio de tafetán de seda con la mayor delicadeza posible, comenzó a desplegarlo con precaución sobre la cama.

Su título, mezcla sutil de poesía y esoterismo, estaba escrito en los caracteres de la cancillería entre dedicatorias, sellos y anotaciones diversas dejados allí por los exégetas más célebres que habían tenido ocasión de tenerlo en las manos. Como ocurre con frecuencia, los lectores más ilustres

de los sutras también habían dejado su dedicatoria, de modo que había que ser experto en desciframientos para distinguir, entre tantos escritos, el de su monje-escriba principal.

—El título del sermón está escrito en letras más grandes que las dedicatorias. Si mi pequeña nestoriana lo descubre, su amante budista le dará un gran beso —le espetó en tono jovial Cinco Prohibiciones, que quería sacarla de la morosidad en que la había sumido la evocación del horrible asesinato de *Buddhabhadra*.

Su buen conocimiento del chino y su sentido de la observación permitieron, sin embargo, a Umara descifrar el título sin la menor dificultad.

—«Lógica de la Vacuidad Pura, por Su Excelencia el Reverendo Maestro de *Dhyâna* Pureza del Vacío…» —dijo ella.

—¡Formidable, Umara! Hay tantas inscripciones y fórmulas en esta portada que hay que conocer perfectamente el chino para descubrir, en medio de tan confuso batiburrillo, el nombre del autor del sermón —dijo su amante.

—Incluso hay un texto que parece tibetano —exclamó la chica mostrando las líneas a Cinco Prohibiciones.

—¡Yo no conozco tan bien el tibetano como tú el sánscrito, mi querida Umara!

—Mi padre no me hizo estudiar nunca esta lengua. ¡Y es una lástima! Ya me gustaría saber qué dicen esas tres líneas… —murmuró la muchacha como si una vocecita interior le acabase de susurrar que encerraban un importante mensaje cuya revelación, llegado el momento, tendría el efecto de una bomba…

—«Lógica de la Vacuidad Pura, por su Excelencia el Maestro de *Dhyâna* Pureza del Vacío» —repitió él—. Ésta es la suma filosófica a la que mi antiguo maestro dedicó más de diez años de su vida. Es la obra de casi toda una existencia consagrada a la meditación sentada y al estudio de los santos sutras.

La ambición de mi Superior no es otra que la de suplantar con su obra el Sutra del Loto de la Buena Ley…

El Sutra del Loto de la Buena Ley, que permitía a todos los seres alcanzar el estadio supremo de buda perfectamente realizado, era el manual religioso más antiguo, más célebre y más venerable del *Mahâyâna*, ya que todos los novicios debían aprender de memoria millares de sus estrofas desde la más tierna edad.

—¡Qué ambición por parte de Pureza del Vacío pretender igualar la importancia de la Buena Ley! —murmuró Umara, que conocía el lugar esencial que ocupaba ese sermón en la literatura budista de la Iglesia del Gran Vehículo.

—Pureza del Vacío había dejado este ejemplar en depósito en Samyé, el monasterio más antiguo del país de Bod.

—¿Por qué te envió a desafiar mil peligros y a correr tantos riesgos simplemente para recuperar la copia de un sermón? —le preguntó Umara en tono de incredulidad.

—Me dijo que las reproducciones del manuscrito original se contaban con los dedos de una mano y que, por consiguiente, era indispensable recuperar el libro.

—¿O sea, que el ejemplar original del sermón de la Lógica de la Vacuidad Pura no está en posesión de su autor?

—¡No! Pureza del Vacío se ocupó de ponerlo a buen recaudo. Según sus palabras, está escondido en el interior de una cueva llena de libros, excavada en una peña de las inmediaciones de Dunhuang.

La joven nestoriana no pudo reprimir un grito de sorpresa.

—¡Cinco Prohibiciones, me parece que sé dónde se encuentra el manuscrito original de la obra de Pureza del Vacío! Incluso me parece que lo he tenido en mis manos, igual que ahora tengo la copia —exclamó la chica.

Le centelleaban los bellos ojos bicolores al pronunciar aquellas palabras.

—El escondrijo de libros del monasterio de la Salvación y la Compasión está en una cueva camuflada en la pared de un acantilado en cuyo reborde se abre aquel balcón rocoso donde nos conocimos —añadió, precipitadamente, la muchacha.

—¿Era por eso que estabas allí arriba?

—Descubrimos la cueva por azar. Fue con Bruma de Polvo, en el curso de una de nuestras escapadas. Advertimos que la pared de roca sonaba a hueco, hicimos un agujero con sorprendente facilidad en la supuesta roca y entonces descubrimos el escondrijo de libros preciosos.

—¡Qué increíble coincidencia!

—Recuerdo perfectamente el ejemplar del sutra de Pureza del Vacío. Estaba guardado en una caja forrada de seda roja.

—Cuando Pureza del Vacío me habló del original de su sutra también me habló de esa seda roja que recubría el estuche —murmuró Cinco Prohibiciones, a quien aquel cúmulo de circunstancias había dado mucho que pensar.

—Era nuestro lugar de paseos favorito. Lo frecuentábamos con gran secreto, igual que conspiradores, excitados ante la visión del tesoro fabuloso que creímos haber descubierto. Así fue como, aquel famoso día, mi querido Cinco Prohibiciones… ¡oh, qué día fasto aquél!…, tú y yo nos encontramos frente a frente.

—O, para decirlo más exactamente, caímos uno en brazos del otro —exclamó su amante antes de unir en un beso su boca a la de su amada, de la que nunca llegaba a saciarse.

XXX

REGIÓN DE LAS FUENTES DEL RÍO,
AZUL, CHINA

La densa columna de humo blanquecino incitó a Nube Loca a acercarse al edificio en ruinas en el que había decidido detenerse para pedir a sus ocupantes que lo albergaran aquella noche.

Su hambre era tal que le parecía que su estómago, desprendido de su cuerpo, flotaba en una nube.

Si había humo, quería decir que alguien estaba cocinando…

Tuvo, sin embargo, la decepción de descubrir que el humo provenía de una fogata atendida por un viejo que aprovechaba la sequedad del tiempo para quemar hierbajos y zarzas delante de un granero en el que almacenaba el heno en previsión del invierno.

El campesino, absorto en sus ocupaciones, no advirtió la presencia de Nube Loca.

Fue entonces cuando el *tantrista* creyó oír un potente barrito.

Procedía del otro lado de la granja, situada en el extremo de un campo de mijo, a muy pocos pasos de distancia.

Oculto detrás de un muro de piedras inestables, Nube Loca, al ver la escena, tuvo que pellizcarse para asegurarse de que no soñaba.

En el patio de aquella granja, de bastante buen aspecto, un enorme elefante balanceaba la cabeza delante de un muchacho que le lustraba los colmillos.

Como un gigantesco almiar, el inmenso paquidermo superaba en altura los muros que lo rodeaban y ocupaba casi por completo la pequeña era donde, de ordinario, debían de trillar el trigo y el mijo.

Pero, al mirarlo con más detenimiento, vio que, pese al barro y al polvo que le cubría la piel, era un elefante blanco.

Sin duda se trataba de una presencia insólita en aquella región de elevadas altiplanicies semidesérticas del sur de China, en las fronteras del Tíbet, donde los únicos animales domésticos conocidos eran los bueyes, corderos, cabras y *yaks* que los pastores conducían a los pastos durante el buen tiempo antes de volverlos a encerrar en sus apriscos cuando llegaban el invierno y las nieves.

Tropezar de manos a boca con uno de esos elefantes sagrados que sólo se veían en la India y, aun en ese caso, sólo en los monasterios más prestigiosos que disponían de los fondos necesarios para adquirirlos, a Nube Loca le parecía tan irreal y hasta absurdo que hubo de preguntarse si no era víctima de una alucinación más.

Se pellizcó, se restregó los ojos y se golpeó las mejillas.

Pero no, no soñaba.

No podía haber duda alguna: aquel animal que cabeceaba y balanceaba la trompa con impecable movimiento de columpio era un elefante blanco sagrado, sin duda caído del cielo en el patio de aquella granja sino-tibetana en la que Nube Loca, contando los pasos, había decidido entrar.

Delante de sus patas, cuya fuerza y vigor hacían pensar en troncos de árbol recién podados, los campesinos habían colocado un comedero redondo, lleno de una mezcla muy apetitosa de tubérculos y frutas cortados a dados.

Nube Loca, cuyo estómago se desgañitaba clamando al cielo su hambre, de buena gana habría metido mano en aquel cuenco.

Entretanto se había marchado el niño y había dejado solos, frente a frente, a Nube Loca y al paquidermo.

Aquél juzgó llegado el momento de aprovechar la ocasión.

El animal tenía un aire tranquilo.

Mientras Nube Loca le acariciaba la parte superior de la trompa para acercarse disimuladamente al comedero, el ojito del gigantesco animal

parecía observarlo con aire divertido.

Y justo en aquel momento, en su cerebro atormentado por el uso abusivo de sustancias alucinógenas se plasmó una fulgurante intuición.

Tenía la prueba ante sus ojos.

Aquél no podía ser otro que el elefante blanco de *Buddhabhadra*.

Ahora Nube Loca se acordaba de la extraña predicción del Superior de Peshawar en la pagoda en ruinas de las proximidades de Dunhuang cuando le aseguró que el elefante blanco no había muerto y que un día caería sobre él.

¡Hete aquí que *Buddhabhadra* había dado en el clavo!

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Aquel encuentro era cualquier cosa menos fortuito.

Por otra parte, para Nube Loca no había nada fruto del azar, puesto que todo obedecía esencialmente al Tantra.

Mientras se atiborraba de trozos de frutas y hortalizas, repasó mentalmente las ventajas que obtendría al disponer de un animal como aquél.

¡Qué viático incomparable!

Provisto de un elefante blanco tan impresionante, no tendría necesidad de exhibir sus escarificaciones y menos aún su capacidad de resistencia al dolor para impresionar a las multitudes que atraía en calles y mercados. La presencia del paquidermo a su lado daría testimonio sobrado de las dotes sobrenaturales que su propietario reivindicaba. Bastaría pedir a los futuros adeptos del tantrismo que le siguieran para que, deslumbrados, lo obedecieran llenos de ardor.

Los milagros no llegaban nunca solos, por lo que esperaba también que el animal pudiese llevarlo un día hasta la famosa cajita en forma de corazón que creía haber perdido para siempre, en la que estaban guardadas las joyas emblemáticas del Pequeño Vehículo y del lamaísmo tibetano.

Hacía meses que caminaba sin rumbo, lo que le inducía a sentir cada día con más fuerza que el desánimo lo iba venciendo y que su sueño de sintetizar las tres corrientes del budismo estaba desvaneciéndose.

Pero ahora que había puesto la mano en el paquidermo sagrado del convento del *Único Dharma*, su viaje errabundo parecía por fin cobrar

sentido.

¡No era de los que desaprovechan ocasiones como ésta!

Cuando ya iba a dar un paso en dirección al paquidermo para ver si el nudo del ronzal era fácil de deshacer, salió de la ruinosa casa el muchacho hirsuto y mugriento.

Nube Loca se escondió inmediatamente detrás del animal.

El niño vertió todo un cubo de agua en el comedero, lo que hizo aflorar a la superficie la mezcla de hortalizas y frutas que contenía y provocó el retroceso del animal.

Al descubrir a Nube Loca, el muchacho se sobresaltó y se precipitó hacia la casa, de la que, inmediatamente, salió un campesino que, machete en mano, se abalanzó sobre el intruso.

—¡Yo amigo! ¡Yo amigo! ¡Yo bueno! ¡Yo amigo elefante! —farfulló éste en mal chino maldiciendo interiormente al hombre.

—¡Fuera de aquí! ¡Sigue tu camino! ¡Tú no tienes nada que ver con ese elefante! —le replicó, amenazador, el campesino.

—¡Le estaba robando la comida! —gritó el niño, indignado.

—¡Tengo hambre! ¡Total, sólo le he robado tres trozos de fruta y dos de hortalizas!

El hombre era muy alto.

Levantando el brazo y a punto de echarse sobre él, seguido de una matrona que acababa de salir de la casa armada con una larga horca, avanzó con viveza hacia Nube Loca.

Éste, dándose cuenta de que no era bien acogido, no tuvo más remedio que retroceder y abandonar precipitadamente el patio de la granja, cuya puerta cerró con violencia el campesino.

Nube Loca echó a correr pies para qué os quiero y se refugió detrás de un cerro que se levantaba al otro lado de un arroyo. Ya allí, furioso y despechado, tras ingerir una píldora para calmarse, observó al animal sagrado ocupado en degustar tranquilamente el festín que él había tocado apenas.

Incapaz, por razones de lasitud y desaliento, de volverse a poner en marcha después de tal decepción, experimentó la vergonzosa sensación de haber pasado junto a su oportunidad sin tener tiempo de atraparla al vuelo.

Agazapado contra un árbol desmedrado, pese al hambre que seguía atenazándolo, sintió que lo invadía un inmenso torpor.

Siempre le ocurría lo mismo, en determinados momentos del día, después de un número indeterminado de píldoras. Tras una cantidad dada, ya se sentía mejor.

Pero no durmió mucho tiempo, porque unos gritos penetrantes que procedían de la granja no tardaron en despertarlo.

Abrió un ojo y se apercibió de que el granero donde se guardaba el heno estaba en llamas.

También vio al viejo, que gesticulaba delante de la hoguera tratando de sofocarla a golpe de horca y profiriendo gritos de desesperación.

El campesino tenía a su lado a su mujer y a su hijo, que, consternados, contemplaban cómo se desvanecía en humo la reserva indispensable de alimento que guardaban para el invierno. A juzgar por la manera como crepitaban las llamas, que ahora parecían montañas incandescentes, el heno del granero ardía a más y mejor.

De un salto, Nube Loca se precipitó hacia el incendio.

La ocasión era que ni pintada para sorprender de improviso a aquella familia de campesinos y, sin gran esfuerzo, apoderarse del elefante blanco sagrado de *Buddhabhadra*.

Al verlo acercarse corriendo, a los campesinos no les dio tiempo de pararle los pies e intimarlo a que se apartase, por lo que Nube Loca se introdujo con total naturalidad en plena hoguera.

—¡Va a arder! —exclamó la matrona.

—¡Que se vaya al diablo! —gritó el granjero.

Tuvo que ser el viejo quien hablara a los demás, que lo escucharon maravillados:

—¡No os equivoquéis hablando mal de él! Ese hombre debe de ser el dios del sol *She* en persona, protector de las cosechas humanas. ¡Fijaos cómo se libra de las llamas! ¡Fijaos cómo apaga las brasas sofocándolas con los pies! Parece increíble, pero el dios *She*, en su gran bondad, conseguirá la proeza de apagar el incendio. ¡Loado sea!

En realidad, Nube Loca se movía de aquí para allá, como si nada ocurriera, dentro del grueso muro incandescente, atravesándolo hacia uno y

otro lado y recogiendo la paja con una horca en medio del granero para evitar que se propagara el incendio con las pavesas. En un momento consiguió, ante los ojos deslumbrados de la familia, que las llamas se extinguieran.

Se felicitó, pues, de haber revestido aquel manto plateado resistente al fuego.

Había negociado a precio de oro con un comerciante indio del mercado de Lhasa aquel largo ropaje deshilachado tejido con fibra de amianto.

Solía decirse en China que el asbesto, esa fibra mineral de gran flexibilidad y resistencia a las llamas que se extraía de las minas situadas al norte del oasis de Hami, era el pelo de una raza particular de rata blanca que vivía en los parajes infernales.

En realidad, el amianto, debido a sus cualidades ignífugas, era objeto de un comercio muy lucrativo en reinos cuyos soldados podían lanzarse al asalto de las fortalezas enemigas haciendo caso omiso del agua hirviendo que los sitiados les vertían encima cuando eran atacados.

Los granjeros, ahora prosternados en tierra a los pies de Nube Loca, rogaban a esa divinidad de rostro humano que soportaba tan bien las llamas que les salvase la vida.

—¡Oh, divino *She*, protégenos! —imploró el viejo poniendo las manos en los bajos del manto de Nube Loca.

—¡Os daré mi bendición protectora, pero a cambio deberéis confiarme la custodia del elefante sagrado! —consiguió articular este último expresándose en un chino aproximado.

—¡Yo pensaba venderlo en el mercado! Lo encontré perdido en la montaña, muy enfermo y aterido de frío. Su delgadez era extrema. Por eso su curación tiene tanto de milagrosa. He tenido que gastar una fortuna para cuidarlo y alimentarlo. Actualmente su valor debe de ser equivalente a diez mil años de mis cosechas —se lamentó el granjero retorciéndose las manos.

—Mi padre tiene razón. ¡Haz lo que te dice! Si este hombre no es el dios del sol, por lo menos tiene poderes extraordinarios, tanto maléficos como benéficos. Nosotros no disponemos de la más mínima gota de saliva de dragón para protegernos de su influencia. Mejor será, pues, cederle el elefante blanco y suplicarle a su vez que nos envíe hálitos fastos. En caso

contrario nos exterminará a todos —exclamó la mujer dirigiéndose a su esposo.

Convencida de que tenía que habérselas con *She* en persona, temblaba como el bambú movido por la brisa.

—¡Mi hija dice la verdad! ¡No hay que contrariar nunca al dios del sol! —gimió el viejo.

Entonces, con aire desesperado, el granjero hizo una indicación al niño para que soltara al paquidermo y lo condujera delante del que presidía las cosechas de los hombres.

—Gracias a vuestro don, tendréis diez mil años de buenas cosechas. ¡El dios *She* os da su palabra! —les espetó Nube Loca antes de desaparecer en compañía del animal.

Cuando reemprendió la ruta, sólo tenía miedo de una cosa: del último cambio de parecer de aquel granjero que veía esfumarse la fortuna inaudita a la que habría podido aspirar en caso de vender el elefante del monasterio de Peshawar.

Nube Loca sólo se abandonó a la euforia al final de la jornada, cuando, ya lejos de la granja, comprobó con alivio que no había ocurrido nada de lo que temía.

¡Verdadero regalo del Tantra, ahora el elefante blanco sagrado era suyo!

¡Qué animal tan extraordinario!

Mucho más de lo que le había dicho *Buddhabhadra*…

Y sin embargo, en su juventud, cuando era un monje del Pequeño Vehículo en Benarés, Nube Loca había tenido ocasión de ver muchos de esos elefantes blancos sagrados.

Eran mucho mejor tratados que los seres humanos, cuidados y cepillados con amor por sus *cornacas*.

Las ricas pero no por ello menos devotas cortesanas, para hacerse perdonar los excesos amorosos de los que se sentían culpables, maquillaban con *khol*[57] los risueños ojos de aquellas bestias sagradas y, antes de las procesiones, les colgaban del cuello suntuosas guirnaldas de flores de buganvilla y les rodeaban las patas con brazaletes de plata adornados con cascabeles.

Pero hasta aquel momento jamás había tenido ocasión de acercarse a un paquidermo tan blanco y majestuoso como aquél.

Y si el granjero no le había mentido, y de hecho no tenía motivos para hacerlo, era además un animal milagroso, es decir, una reencarnación del propio dios *Ganesha*[58].

Según la religión india antigua, esta divinidad con cabeza de elefante era el Señor de los Comienzos.

Hijo de *Siva* y de *Parvati*[59], siguiendo las directrices de su madre se negó a dejar entrar en casa a su padre, a quien no reconoció. Éste, que tampoco identificó a su hijo, lo decapitó de un sablazo. Ante las lágrimas de *Parvati*, *Siva* envió a sus enanos-demonios ganas a buscar la cabeza de la primera criatura que encontrasen, que resultó ser un elefante. *Siva* se apresuró a colocar su cabeza sobre el cuerpo sin vida de *Ganesha* con intención de resucitarlo.

Desde entonces, esta simpática criatura divina de cabeza de paquidermo, excesivamente juguetona para ser un asceta, sentada en la rata que le servía de montura, con una cobra rodeándole el talle, un cuenco de arroz, una esclavina y un aguijón colgados de la trompa, simbolizaba el resultado, por fin feliz, de la unión sexual de *Siva* y *Parvati*.

Y ésta constituía uno de los fundamentos principales del tantrismo indio que Nube Loca predicaba.

La milagrosa aparición del elefante blanco era señal de que no sólo Buda, sino también *Siva* y *Parvati*, por no olvidar a *Visnú* y a *Krisna*[60], veían con buenos ojos la acción que él llevaba a cabo para reunir todas las religiones de la tierra en una sola.

¿No presagiaba acaso un retorno de los días más fastos?

Lo que siguió le dio de sobra la razón: en las regiones chinas a las que se dirigió Nube Loca después del episodio de la granja, aquel elefante blanco impresionó a más de uno, ya que nadie había visto jamás a un animal como aquél.

Su propietario sólo podía ser un dios vengador o un taoísta inmortal que había aparecido para sondear el corazón de los hombres.

Bastaba que Nube Loca hiciese su entrada en un pueblo para que la población se encerrase en seguida en sus casas, temerosa de encontrarse

ante la aparición de un ser divino que se presentaba a pedir cuentas porque no le habían rendido el culto adecuado.

Él se instalaba entonces en la plaza principal y esperaba las ofrendas y oraciones de los habitantes, que acababan por acercarse juzgando que era una ganga tener al alcance de la mano a un dios a quien por fin poder solicitar directamente todo tipo de gracias.

Con su elefante blanco, Nube Loca, a quien se le llenaban los bolsillos de *taels*[61] de oro y plata, formaba una pareja tan impresionante como efectiva.

Se había convertido en una especie de dios vivo cuyas huellas seguía el pueblo. El rumor de su llegada a un lugar determinado suscitaba una febril ansiedad en la población.

A veces era un grupo de habitantes del lugar que se dispersaban como una bandada de moscas delante de Nube Loca y del animal, proclamando a voz en grito que allí había milagro e importunando a un brujo *fangshi*, encaramado a un escabel desde el que dirigía sus peroratas a los mirones.

Otra vez, el elefante sagrado y su improbable cornaca eran acogidos como verdaderos triunfadores por toda la población de un pueblo, que formaba un pasillo de honor alineándose a ambos lados del camino y agitando ramilletes de peonías a su paso.

Teniendo a su lado aquel plácido paquidermo que lo único que le pedía era una ración de alimento sabroso y abundante y provisto de su dosis diaria de píldoras, sin las cuales la vida se le habría hecho insoportable, Nube Loca, cada día más optimista, sentía que le crecían alas.

Y pese a todo ello, una hermosa mañana, sin saber cómo ni por qué, comprobó con gran angustia que las obsesiones de otro tiempo invadían de nuevo su ánimo.

En efecto, mientras recorría un camino recto y monótono y mantenía sujeto al elefante sagrado agarrándolo por el bocado, Nube Loca tuvo la desagradable sensación de que acababa de comenzar de nuevo la misma sempiterna pesadilla de siempre.

—¡Ir allí donde no van los demás! ¡Ir allí donde no van los demás! ¡Ir allí donde no van…!

El estribillo infernal, tras llamar a la puerta de su cabeza, se había vuelto a incrustar en ella.

En realidad, no había dejado de rondarlo ni un solo momento desde el incendio del henil que le permitió hacerse con el elefante blanco, pero con menos fuerza.

Sabía muy bien que, si no reaccionaba a tiempo, aquella molesta obsesión, irritante y agotadora, acabaría por encerrarlo en un proceso absurdo que lo destruiría. Si quería conjurar aquella lancinante tortura, debía encontrar una solución precisa.

No podía seguir avanzando sin una meta concreta, como le ocurría desde el trágico episodio que había terminado con el asesinato de *Buddhabhadra*.

Era indispensable determinar dónde estaba aquel lugar al que no podían ir los demás.

Pero ¿dónde dirigirse?

Entonces pensó en el rumor.

Sí, volvía incesantemente a sus oídos desde que iba de pueblo en pueblo recorriendo caminos campestres.

Hablaba de Chang An, la gran capital del norte donde, según se decía, la gente era tan rica que los tejados de las casas eran de oro. ¡Hablaba de una mujer extraordinaria que estaba predestinada a un destino único!

Se llamaba emperatriz Wuzhao y, contra todo lo que cabía esperar, había conseguido adueñarse del país más grande del mundo: China.

Las cosas que se rumoreaban con respecto a aquella cortesana convertida en soberana eran extrañas, pero no por ello menos fascinantes, y sólo podían despertar en Nube Loca el deseo de saber más.

Había que intentar acercarse a ella para conocerla mejor, puesto que era una criatura mítica cuya belleza hacía decir a algunos que debía de ser la reencarnación del *bodhisattva Guanyin*[62].

Al cabo de unos días, pues, el asesino de *Buddhabhadra* tomó una decisión.

Por fin había encontrado aquel lugar adonde nadie más que él imaginaba poder ir nunca.

Era la China central y, más precisamente, Chang An.

Agazapado sobre el lomo de su paquidermo, tan impresionante como venerable, iría al encuentro de las multitudes como un relicario viviente y llegaría al corazón mismo del imperio del Medio, donde estaba situada la ciudad más bella y más grande del mundo.

Y una vez allí, procuraría llamar la atención de la emperatriz, aquella mujer admirable por su ambivalencia a la que nadie negaba una inmensa fe budista, como tampoco, por otra parte, unas costumbres de lo más depravado.

Poco a poco, a fuerza de informarse en albergues y mercados, Nube Loca reconstruyó los pormenores de aquella historia tan fuera de lo común: la de una mujer que había salido de la nada, había llamado la atención de Taizong el Grande por su belleza y había sido recuperada por el hijo de éste del convento donde ella, en circunstancias normales, habría terminado sus días como monja.

Su vida había entrado en la leyenda.

De hecho, no había cafetín, casa de té o de placer, a uno y otro lado de la Gran Muralla, donde no se hablase de Wu, como dicho sea de paso tampoco del emperador Gaozong…

Ya se empezaba a escribir la leyenda de la emperatriz Wu, con su correspondiente ración de adulaciones, pero igualmente de anatemas…

¿No se decía, acaso, que defendía al pueblo contra la tiranía de los nobles?

¿No abogaba por la construcción de pagodas dónde los pobres mendigos encontraban siempre un cuenco de sopa?

¿Acaso no había conseguido privar de sus medios a los ejércitos, lo que había hecho que los soldados fueran menos arrogantes y menos eficaces en las incesantes incursiones que realizaban en las poblaciones dónde se acantonaban?

¿No bastaba que se acercase a un humilde y pobre campesino para que éste, al año siguiente, tuviese una excelente cosecha que lo convertía en hombre rico?

Mucha gente del pueblo le había otorgado respetuosamente el apodo de «emperatriz de los pobres».

A veces hablaban mal de ella con acentos tan excesivos como los que utilizaban para ponderarla.

¿No utilizaba, tal vez, todos los medios, incluido el asesinato, para conseguir sus fines, llevando siempre a su lado a aquel gigante mongol que tenía la lengua cortada, capaz de estrangular a sus víctimas con una sola mano?

¿No era, quizá, una usurpadora sin fe ni ley, cuya devoción al budismo le servía de pretexto para destruir el virtuoso confucianismo?

Y no contenta con manipular a su esposo enfermo, ¿no encubría el tráfico de la seda?

¿No explotaba sus encantos para coleccionar amantes de forma desvergonzada?

La llamaban «la emperatriz de la seda».

No se podía negar que la emperatriz de China no dejaba, en su país, indiferente a nadie.

De hacer caso a lo que Nube Loca había oído con respecto a ella, aquella mujer era la alianza íntima de la fe y el sexo, la fusión total de lo sagrado y del placer, el éxtasis del cuerpo y el espíritu.

¡Era la encarnación de lo que Nube Loca no había dejado un solo momento de preconizar desde que Luyipa lo iniciara en el tantrismo!

¿No era, quizá, el más excitante y más bello de los desafíos convertir al tantrismo a una mujer como aquélla?

¡Ir allí donde no van los demás!

¿Quién osaría, como no fuera él, trasladarse al corazón mismo del poder chino y, una vez allí, tratar de seducir a la emperatriz de la seda?

Para recompensarse por haber tenido aquella idea genial, al tiempo que evitaba detenerse en el primer establecimiento de bebidas para tomarse un cuenco de *bsang*, aquella mezcla que le encantaba, confeccionada a base de hojas de cáñamo indio maceradas con leche de *yak*, pero que su estómago toleraba tan mal, se premió con una píldora suplementaria.

Aunque le hacían menos efecto que el *bsang*, cuya absorción lo empujaba a volar a través de las nubes, las píldoras eran más fáciles de soportar que el brebaje favorito de los sino-tibetanos.

Nube Loca se sentía eufórico.

Miró a su elefante blanco.

—¿Te parece bien, *Ganesha*, que vayamos a seducir a la emperatriz? Cambiaré mi nombre por el de Nube Blanca, lo que nos permitirá estar más en consonancia los dos. ¿Qué te parece? —le dijo mientras acariciaba su enorme frente arrugada.

El paquidermo bajó ligeramente la cabeza, lo que él tuvo la satisfacción de tomar por un asentimiento.

Nube Loca se veía de pronto invencible y poderoso, incisivo como una punta de diamante.

Estaba seguro de salirse con la suya.

No tardaría mucho en llamar la atención de aquella antojadiza emperatriz.

Le bastaría con apostarse en algún lugar muy visible, en pleno centro de la ciudad, y el rumor no tardaría en circular.

En cuanto se instalase, adoptaría la postura del loto ante el elefante sagrado, que montaría guardia a su lado, y se sumiría en meditación el tiempo que fuese preciso, durante el cual daría la misma respuesta a todos cuantos le preguntasen. Aunque tuviese que esperar siglos, Wuzhao acabaría por recibirlo en el palacio imperial y a ella le revelaría una inefable verdad.

No había duda de que acabaría por llegar a oídos de la interesada que un monje santo, acompañado de un rarísimo paquidermo, probable reencarnación del dios *Ganesha*, aspiraba a transmitir a la soberana de China un mensaje tan importante como insólito.

Nube Loca ya se veía recibiendo la visita de un emisario de la emperatriz de la seda invitándole a palacio.

Él se avendría a seguirlo hasta el palacio imperial, aunque no sin exigir previamente que dispusiesen, bajo las augustas patas del paquidermo, preciosas alfombras de excelente lana, tal como se hacía en la India con ocasión de las grandes peregrinaciones.

Pensaba presentarse ante la emperatriz de la seda medio desnudo y con los ojos cerrados.

Esperaría un buen rato antes de abrirlos, a fin de que aquella mujer entendiera que él era un ser aparte, alguien que tenía un pie en el otro

mundo.

Seguidamente haría todo lo posible para iniciar a la emperatriz de los pobres en el tantrismo y le explicaría que, gracias a sus actos, ella ya había penetrado en el corazón de aquella filosofía y de aquella práctica religiosa.

No dudaba ni un solo instante de que la convencería.

Le explicaría que si ella consentía en ir algo más lejos en la vía del Tantra, disfrutaría del pleno poder de sus medios.

La única cosa que lo apremiaba era someterla a su voluntad.

Aquella emperatriz de la seda de cuerpo sublime tan sólo pediría esto.

En respuesta a sus previsiones, la acariciaría de pies a cabeza y compartiría con ella los inexpresables placeres del yoga de la *kundalinî* hasta llegar al momento inolvidable en que el orgasmo liberaba la energía contenida en la gran serpiente enroscada sobre sí misma, que entonces se distendería desde la base de su columna vertebral hasta la coronilla de la cabeza y haría estallar allí el inefable loto cuyos pétalos se desparramarían en el cerebro de aquella mujer.

Entonces, gracias a la energía que Nube Loca dispersaría en el cuerpo de Wuzhao, éste se elevaría sobre sí mismo cual se eleva una nube brumosa sobre la tierra y liberaría poco a poco su *prana*, es decir, su principio vital, que acabaría a su vez siendo absorbido por la felicidad suprema del *Sahasrara*.

Y cuando alcanzase el nivel del *Sahasrara*, el de la felicidad inefable que ya nada puede alterar, el ser humano ya no lo sería del todo.

Puesto que entonces la liberación estaría próxima y su envoltura carnal habría dejado de tener importancia, se convertiría en puro espíritu de placer.

Nube Loca se lo había jurado: no cesaría hasta hacer vivir a la emperatriz de la seda aquel instante en que el organismo llegaba a disolverse por completo en el inefable placer de los sentidos.

XXXI

OASIS DE DUNHUANG,
RUTA DE LA SEDA

Om! ¡Mani padme hum! Un oasis muerto, en eso se había convertido el lugar donde Umara y Cinco Prohibiciones se habían encontrado.

El *ma-ni-pa* no daba crédito a lo que veían sus ojos.

De aquella pequeña población comerciante sólo quedaban unos cuantos edificios abandonados e incendiados, de los que todavía se levantaban unas volutas de humo y sobre los cuales planeaba un desagradable olor a quemado.

La ciudad devastada, de la que debían de haber huido todos los supervivientes, estaba desesperadamente vacía. Todavía alfombraban las calles cadáveres de hombres, mujeres y niños.

Medio descompuestos, cuando no devorados por perros errabundos, se habían convertido en presa de gusanos y moscas. De cuando en cuando pasaba un caballo despavorido a galope tendido, tal vez huido del incendio de su cuadra y sin saber hacia dónde dirigirse.

Aquella escena de desolación contrastaba singularmente con las imágenes que el monje errante guardaba de aquella ciudad multicolor, cosmopolita, burbujeante y activa en la que se codeaban todas las razas del mundo y convivían todos los oficios de la tierra, y en la que unos meses antes había residido junto a Cinco Prohibiciones, Puñal de la Ley y los parsis.

Flotaba por doquier un olor dulzón y rancio que no era otro que el de la muerte.

Los únicos edificios que todavía permanecían en pie eran los de piedra, aunque de ellos sólo subsistían muros recubiertos de hollín y manchados de sangre.

A juzgar por los numerosos restos de la misma, la violencia de la carnicería debió de ser inaudita.

En uno de los lugares donde se celebraba habitualmente el mercado de alimentos, todavía se podían ver jirones de ropa, vajilla rota y muebles destrozados entre los cuerpos sin vida de los que habían sido mercaderes o clientes.

Con el corazón en un puño, el *ma-ni-pa* recordó que en aquel mismo lugar Cinco Prohibiciones había comprado buñuelos fritos a una matrona que se negó a cobrárselos.

El tibetano, de pronto, vio a un viejo sentado ante la entrada de una pagoda con los muros ennegrecidos por el hollín.

Estaba espantosamente delgado y parecía más frágil que una caña. Era un monje budista, fácilmente identificable por su túnica amarilla.

Sus ojos extraviados daban testimonio de la atrocidad de las escenas a las que probablemente había asistido.

Cuando se le acercó el *ma-ni-pa*, pareció como si el viejo religioso no lo hubiera visto y siguió con la mirada fija en el vacío.

Entonces, con infinitas precauciones, el *ma-ni-pa* le dio unos golpecitos en la espalda.

—¿Qué haces aquí, hermano mío? —preguntó al viejo religioso, que ya tenía un pie en el otro mundo.

—¡Tienes suerte, hablo tibetano! —dijo el viejo.

—*¡Ora! ¡Mani padme hum!* —murmuró el monje errante juntando las manos antes de llevárselas a la frente.

—¡Por lo visto yo era demasiado viejo para aquellos bandidos y por eso me perdonaron la vida!

Estoy llorando sobre estas ruinas mientras espero a que el Bienaventurado me acoja bajo su ala protectora. Procuro meditar para

desterrar de mi memoria todas las cosas terribles e injustas que he presenciado.

—¿Qué queda de los monasterios del Gran Vehículo?

—Sólo cenizas, amigo mío. Mi convento, el de la Salvación y la Compasión, era el más grande de todos. Fue construido en medio del desierto, al que dominaba desde un majestuoso peñasco. ¡Fue saqueado! ¡Había tantas estatuas y tantos libros sagrados! Mi Superior, el monje Centro de Gravedad, hizo esconder los libros más venerables de nuestra comunidad en una cueva excavada en la roca. Pero la soldadesca turca llevó la ignominia al extremo de destruirlo todo.

—¡Así que hubo tesoros inestimables que se volatilizaron convertidos en humo!

—Buda nos enseñó que nada es permanente. Éste es un ejemplo concreto —se lamentó el viejo.

—¿Qué ha pasado con los monjes y los novicios de tu convento, venerable hermano?

—Prevenida a tiempo, mi comunidad monástica tuvo la suerte de poder huir antes de la llegada de los turcos. El problema es que mis piernas ya no quieren llevarme. Por tanto, para no hacerles perder tiempo, les supliqué que me dejasen aquí.

—Seguramente la comunidad nestoriana no tuvo una suerte más envidiable.

—Los bandidos empezaron por saquear a fondo la residencia del obispo nestoriano. Según los rumores, tenían especial inquina al obispo, un tal Addai Aggai.

—¿Dónde se encuentra ese hombre?

—¿Quién sabe? Mis hermanos, los monjes de la Salvación y la Compasión, bastante tuvieron con desalojar aquellos lugares. Yo no podía bajar la escalera de madera y tuve que arrojarme al vacío desde un balcón. Me recogieron en una manta sostenida por cuatro monjes. Apenas llegué aquí, supliqué a los dos monjes que me llevaban que me abandonasen. Creo que hice bien. De no haberlo hecho, los habrían matado a todos…

El *ma-ni-pa*, muy impresionado, cogió la mano del viejo y se la acarició tratando de consolarlo.

—¿Quieres comer o beber algo? —le preguntó el tibetano.

—A mi edad, me bastan tres granos de arroz y dos sorbos de té.

—¡Es muy poco!

—Pasé siete años en una cueva de la meseta mineral que se extiende más arriba de mi convento.

¡Estoy acostumbrado! —murmuró el asceta.

—¡Siete años! ¡Qué largos debieron de ser!

—No para llegar al cuarto nivel de la meditación, aquel que, según el Bienaventurado, permite a un monje ensimismarse y entrar en la infinitud del espacio para así acceder al Despertar.

—¡Soy incapaz de tanta paciencia! —suspiró el monje errabundo.

—Si uno quiere conocer la Santa Vía de los Ocho Miembros el tiempo no cuenta para nada. Voy a cumplir los ochenta años, pero de esto sé lo mismo que un niño de tres años —farfulló el viejo asceta.

—¡No os podéis quedar aquí! ¡Venid conmigo, santo varón!

—Pero ¿dónde quieres llevarme? ¡No me tengo de pie! Llevo tanto tiempo sentado en esta piedra sin moverme que se me han anquilosado los miembros inferiores.

—Un santo varón como vos no puede permanecer en medio de toda esta desolación —insistió el *ma-ni-pa*.

—Sigue tu camino, monje errante, y piensa en ti. A buen seguro que tienes deberes que cumplir. En lo que a mí toca, la muerte me sorprenderá aquí, aunque espero que antes de que esto ocurra haya alcanzado por lo menos el tercer estadio de la meditación. Ya no estoy muy lejos. ¡Todo va muy bien!

Lo dijo en un tono que no permitía ni la más mínima objeción.

Así pues, el *ma-ni-pa* abandonó al viejo asceta a sus meditaciones y continuó el recorrido de la población.

Quería hacerse cargo del estado del monasterio de la Salvación y la Compasión, por lo que se encaminó hacia el peñasco en el que había sido excavado.

Los muros ennegrecidos daban testimonio sobrado del tratamiento que aquellos criminales habían inferido a aquel gran convento. También se dirigió al pie del balcón natural, el sitio exacto donde había estado jugando

a los dados con Puñal de la Ley cuando Cinco Prohibiciones decidió subir la escalera de cuerda y, una vez arriba, se tropezó con Umara.

A juzgar por los millares de jirones de papel y de rollos de sutras que alfombraban el suelo, el famoso escondrijo de los libros había sido saqueado por los turcos.

Los invasores habían destrozado los libros sagrados y reducido a la nada miles de horas invertidas por generaciones de copistas y traductores, gracias a los cuales el budismo indio se había ido extendiendo poco a poco hacia la China hasta convertirse en la religión más importante de aquel país.

El *ma-ni-pa* estaba totalmente desmoralizado cuando reencontró al viejo asceta delante de la pagoda del mercado de frutas y verduras donde lo había dejado pocas horas antes.

Aquí y allá, de las sombras surgían callejones y, detrás de algunos muros que todavía quedaban en pie, se escuchaban sollozos, lamentos y gritos ahogados. Poco a poco iban saliendo de sus escondrijos algunos habitantes despavoridos para enterarse de las noticias y tratar de recuperar los pocos bienes que no les habían robado.

Al acercarse al viejo monje vio que tenía la cabeza agachada, como si se estuviese mirando la hebilla del cinturón.

—*¡Om! ¡Mani padme hum!* ¡Oh, mi venerable hermano, te suplico que no te quedes aquí! ¡Déjame que me ocupe de ti! Caminaré a tu ritmo —le suplicó.

Pero el otro no le respondió.

El monje errante trató entonces de hacerle levantar la cabeza.

Vio entonces, lleno de horror, que ya no sostenía sino un viejo trozo de tela.

El viejo asceta había alcanzado el estadio de la meditación al que aspiraba, ya que había entregado el alma.

Entonces, moviéndose a toda prisa y con el cuerpo recorrido por escalofríos que le bajaban de la cabeza a los pies, tratando de no ver el espectáculo lúgubre y desastroso del oasis devastado, así como de no cruzar su mirada con la apagada de aquellas mujeres que trataban en vano de encontrar a sus hijos o a sus maridos, el *ma-ni-pa* abandonó de puntillas aquella ciudad en otro tiempo próspera y convertida ahora en un triste

montón de cenizas, sin rezar siquiera una oración, hasta ese punto le faltaba el aliento.

Cuando reemprendió la Ruta de la Seda, comprobó que la expedición de la soldadesca turca había desalojado de ella a todas las caravanas.

Todo el mundo hacía lo que podía para guardarse de los malhechores, unos en los albergues, otros en algún improvisado campamento instalado en la montaña que era invisible desde el camino.

El tibetano, pues, avanzó sin dificultades, directo como una saeta allí donde antes, en compañía de Umara, Cinco Prohibiciones y los Gemelos Celestiales, había tenido que abrirse camino entre rebaños de cabras e hileras de camellos a los que sus enormes cargas hacían balancearse igual que navíos.

Era evidente que la violencia y la guerra eran los enemigos jurados del comercio.

Así que divisó Turfan, después de evitar Hami y haber bordeado los Montes Flamígeros, vio que no había tardado más de diez días en cubrir la distancia que lo separaba de la «Brillantísima Perla» de Dunhuang.

El oasis maniqueo, comparado con aquél donde se habían instalado los nestorianos, le pareció un remanso de lujo y refinamiento.

Por fortuna los turcos no lo habían visitado.

Sobre los puestos de los mercaderes colgaban aquellos racimos de uva confitada de dorados reflejos que hacía las delicias de la emperatriz y que las autoridades de la ciudad, sometida a protectorado chinó, enviaban a la corte al principio de cada invierno en señal de homenaje y lealtad. A la entrada de sus tiendas, para atraer más eficazmente a los clientes, ya que Turfan era la sede del comercio del oro y del jade, los comerciantes joyeros extendían suntuosas alfombras de lana de rutilantes colores que la gente pisaba como si de vulgares esteras se tratase. Las monedas de oro, plata y bronce de China y *Sogdiana*, pero también de Siria y Persia, e incluso los sestercios romanos y hasta los tetradracmas griegos, pasaban de mano en mano y se trocaban por especias, pieles, cortes de seda y otras rarezas. Tanto a los comerciantes como a los clientes les era indiferente el origen de las monedas, lo único que contaba era el peso del metal.

El *ma-ni-pa* podía tocar con el dedo, por simple comparación, toda la compleja fragilidad de aquel gran mercado que se celebraba entre los pueblos convertido en insustituible vector de intercambios culturales y religiosos y fruto de la inextricable mezcla entre el señuelo de la ganancia y el deseo de llegar a lo desconocido, brindado todo ello por la Ruta de la Seda.

La mezcla de razas y culturas fabricaba razas y culturas nuevas, más refinadas por ser más complejas que aquellas de las que procedían.

Pero aquellos equilibrios sutiles seguían siendo frágiles y podían ser salvajemente destruidos e incluso reducidos a la nada, como en Dunhuang, por la violencia inaudita de los bandidos y los guerreros.

Por fortuna, la fuerza de esa necesidad de intercambio era tal y los deseos, por no hablar de los sueños, a que daba lugar entre los hombres era tan irreprimible que aquellos tramos de la Ruta de la Seda que parecían eliminados como resultado de bárbaras incursiones acababan siempre por renacer de sus cenizas, pese a que algunas veces costase mucho tiempo conseguirlo.

De la misma manera que la naturaleza reverdece tras un incendio, los hombres iban reconstruyendo poco a poco sus casas sobre las ruinas, las restauraban después de destruidas y volvían a levantar los templos derruidos gracias al afán de los constructores, mientras que los tratos y conversaciones se retomaban en los mercados que, un buen día, rebosaban nuevamente de mercancías.

Puesto que las fuerzas de la vida acababan siempre por prevalecer sobre las de la muerte y la destrucción.

Después de tantas atrocidades, la idea de volver a ver a Punta de Luz había puesto de buen humor al tibetano. Para evitar ser reconocido, lo primero que hizo fue explorar uno por uno los callejones de la población a fin de localizar el invernadero de las moreras del que se ocupaba Punta de Luz.

Después de pasar largo rato dando vueltas, acabó por preguntar en su mal chino a un vendedor de sandías.

—¿Pequeño palacio aquí delante? ¿Qué ser? —preguntó señalándole un edificio algo más noble que sus vecinos en cuyo tejado ondeaba el

estandarte con los colores de la dinastía de los Tang.

—Es la casa del gobernador chino de la ciudad, Hong el Rojo. Pese a que lo único que hace es jugar al ajedrez y beber té, tendrás que doblegarte a su ley. Con él hay que tener los papeles en regla. En el resto de la ciudad puedes hacer lo que quieras. Si yo tengo derecho a vender sandías aquí es porque pago la patente —respondió el hombre con cierto orgullo en un chino mucho más fluido que el del *ma-ni-pa*.

—¿Dónde estar Iglesia de la Luz?

—¡Dos calles más allá, a la derecha!

Llegó inmediatamente a los edificios de la Iglesia de la Luz y, una vez allí, siguió a uno de los maniqueos con pinta de conspirador que salía del lugar.

El hombre lo llevó directamente al invernadero de las moreras.

—¡Qué sorpresa tan agradable, *ma-ni-pa*! ¿A qué se debe el honor de tu visita? ¿Y qué tal están Cinco Prohibiciones y Umara? ¿Y los encantadores niños celestiales?

El compañero de Luna de Jade estaba podando las moreras en el mismo centro del invernadero, donde crecían en inmensas tinajas. No pareció sorprendido, sino encantado de volver a ver al monje errante.

—¡Om! Cinco Prohibiciones me ha enviado aquí urgentemente. Cuando te explique el motivo te parecerá increíble.

—¡Cuéntame!

—Pues verás… ¡Om! La emperatriz Wuzhao en persona tiene necesidad urgente de moaré de seda.

—¿Y quiere que nosotros lo solucionemos?

—¡Exacto! ¡Om! Quiere que, si es preciso, se restablezca el tráfico de seda clandestina en China central.

—¡Me dejas pasmado!

—Ya sé que te parecerá increíble, pero la soberana está incluso dispuesta a ayudar a la Iglesia de la Luz para que pueda despachar su mercancía.

—¿O sea que Wuzhao burlaría la ley del país?

—Incluso ha dejado entrever a Cinco Prohibiciones que, a cambio, estaría dispuesta a favorecer su instalación oficial en Chang An. Tu Perfecto

podría abrir allí un templo. Soy el encargado de llevarle esta buena noticia.

—Tanta benevolencia me sorprende menos que lo demás. Cargamento de Quietud sabe muy bien que las autoridades chinas guardan en la manga dos decretos esenciales: el primero autoriza a los maniqueos a practicar su religión a la vista de todos y el segundo apunta a proscribir a los nestorianos. Dicen que los confucianistas se oponen ferozmente a su publicación. Pero yo supongo que la emperatriz tiene el brazo lo bastante largo para desbloquear todo esto…

—Tengo que hablar de esto a Cargamento de Quietud. ¡Om! ¿Tendrías la bondad de llevarme hasta él?

—Cuando le anuncies lo que acabas de revelarme, *ma-ni-pa*, el Perfecto de Turfan tendrá una inmensa alegría. La verdad es que, a pesar de todo lo que dicen, esa Wuzhao sabe lo que se trae entre manos —exclamó el joven *kucheano*, admirado.

Punta de Luz no se había equivocado.

La sorpresa y la alegría de Cargamento de Quietud fueron inmensas cuando el *ma-ni-pa*, cuyas palabras Punta de Luz, como todo *kucheano* multilingüe, traducía con una facilidad digna de un intérprete experimentado, le dio a conocer el objeto de su misión.

El monje errante había encontrado al Perfecto en su biblioteca de la Iglesia de la Luz, donde se encontraba supervisando el trabajo de iluminación de un ejemplar del Gran Libro de Mani que un especialista chino estaba decorando con vivos colores.

—Lo que me dices sólo me sorprende a medias. La emperatriz de China tiene fama de ser una excelente jugadora de ajedrez —constató con una sonrisa Cargamento de Quietud.

—Es cierto que ella prevé siempre la jugada próxima —añadió Punta de Luz.

—¿Qué le responderé con respecto a su proposición? —inquirió el *ma-ni-pa*.

—Que su confianza me honra. Por supuesto, estamos dispuestos a trabajar con ella en un futuro y nos anima un gran entusiasmo. Es evidente que Wuzhao puede sernos de gran ayuda para la difusión en China de nuestra Iglesia de la Luz… Jamás habría imaginado que recibiríamos un

apoyo de este tipo teniendo en cuenta la desconfianza del gobernador de Turfan, quien apenas me saluda —exclamó el Perfecto.

—¿Cuándo estaréis en disposición de enviar a Chang An los primeros cortes de seda? —preguntó el tibetano.

Cargamento de Quietud se volvió hacia Punta de Luz.

—Dentro de unos tres meses —respondió el joven *kucheano*—. El tiempo necesario para encontrar un telar y un artesano capaz de hacerlo funcionar. Desde mi regreso mis gusanos no viven en la holganza y ya empezamos a disponer de una reserva de bobinas.

—Uno de los nuestros, Azzia Moghul, aprendió en su primera juventud a tejer alfombras en Persia.

No tienes más que pedírselo. Será para ti una ayuda preciosa.

—¡Eso está hecho, maestro Cargamento de Quietud! —dijo Punta de Luz inclinándose con respeto delante de su Gran Perfecto.

—¿Cómo está tu Luna de Jade? —preguntó entonces este último a su antiguo Oyente, a quien no había visto desde hacía un tiempo.

Punta de Luz comprobó que Cargamento de Quietud había formulado la pregunta en tono jovial.

Era una buena señal.

La proposición de la emperatriz Wuzhao lo había puesto de buen humor.

—¡De maravilla! Mi mujer está aprendiendo a secundarme con gran eficacia. Nunca os agradeceré bastante que nos hayáis autorizado a casarnos y hayáis aceptado que yo retirase mi juramento como Oyente. Creo que voy a poderos anunciar la buena noticia de que Luna de Jade espera un hijo —respondió aquél a quien el Perfecto de Turfan había decidido conceder una segunda oportunidad.

—¿Os habéis casado? —preguntó, divertido, el monje tibetano.

—¡Hace un mes! —declaró con orgullo Punta de Luz.

—¡Os deseo felicidad y que tengáis muchos hijos! ¡Om! —exclamó el *ma-ni-pa* permitiéndose una pirueta.

Al joven *kucheano*, de hecho, no le había costado mucho convencer a su Perfecto de que le permitiera casarse con la chinita, de quien estaba locamente enamorado.

Su manera de expresar al Perfecto su arrepentimiento a partir de su primera entrevista, unida a la revelación del innoble comportamiento de Aguja Verde, habían sido motivos suficientes para incitar a su maestro a mostrarse indulgente.

Por otra parte, no había tardado mucho en juzgar que aquélla era la única manera de permitir que la Iglesia de la Luz comenzara a producir la seda tan indispensable para su futuro.

¿Acaso un jefe de la Iglesia no debía adoptar un comportamiento pragmático cuando eran tantas las nubes que se acumulaban en el horizonte?

Mejor correr un velo y perdonar su conducta al joven Punta de Luz.

Cargamento de Quietud también se había avenido a dispensarle del celibato al que el Oyente se había obligado cuando, el día de su consagración como miembro de primer grado del clero de la Iglesia maniquea, había prometido consagrar toda su existencia al culto de la Divina Luz.

Así pues, el joven *kucheano* enamorado de Luna de Jade había conseguido salirse con la suya.

Aquella decisión no había dejado de plantear un temible problema ritual al Perfecto Cargamento de Quietud.

No constaba en ningún sitio, en ningún texto de la Iglesia de la Luz, que un Perfecto tuviera derecho a liberar a un Oyente de su juramento.

De acuerdo con el código eclesiástico, todo miembro de la Iglesia maniquea seguía siendo tal hasta su muerte.

Así pues, el Gran Perfecto de Turfan se había visto obligado a improvisar una ceremonia que él mismo había reglamentado hasta sus mínimos detalles.

Al tiempo que imploraba el perdón de Mani por la libertad que se tomaba en relación con el dogma, Cargamento de Quietud concibió un ritual cuyo objetivo consistía en reducir a Punta de Luz al estado de simple laico.

Tras dar vueltas al problema en todos los sentidos, el Gran Perfecto decidió por fin que pronunciaría a la inversa las fórmulas sagradas en virtud de las cuales uno se convertía en Oyente, lo que permitiría, de una forma

simbólica, borrar para el interesado las huellas que había dejado el óleo sagrado con el que había sido ungido, unos años antes, en el curso de una ceremonia idéntica.

Entonces, a ojos de Cargamento de Quietud, Punta de Luz volvió a ser un hombre como los demás y, por tanto, pudo tomar a Luna de Jade por esposa sin el menor problema.

Todo había vuelto a entrar en el orden.

A partir de este momento, deseoso de demostrar a Cargamento de Quietud que había acertado al perdonarlo y darle una oportunidad, el antiguo Oyente empezó a trabajar como un loco en el invernadero de las moreras, donde no ahorró esfuerzos para estimular la producción de capullos de seda.

En las parrillas dispuestas a lo largo del muro situado al fondo del invernadero de las moreras ya se alineaba el primer millar de capullos, lo que auguraba la posibilidad de que, al cabo de muy pocas semanas, fuese posible recuperar el ritmo de la producción de hilo de seda.

Por consiguiente, los esfuerzos de Punta de Luz no habían sido inútiles.

En cuanto a Luna de Jade, que anhelaba ayudar a su esposo, no se abstenía de cooperar.

—Mientras espero volver a Chang An para entregar a Wuzhao las primeras muestras de tejido, ¿cómo puedo seros útil? —preguntó el tibetano, encantado de comprobar que las cosas no podían ocurrir de mejor manera.

La respuesta del *kucheano* no se hizo esperar.

—No estarás de más en el invernadero. Así podré vigilar desde más cerca la hilandería que instalaremos.

—¡Om! Estoy dispuesto a personarme cuanto antes en el invernadero. No me gusta estar sin hacer nada —exclamó el *ma-ni-pa*.

—Entonces, maestro Cargamento de Quietud, deberé ponerme en contacto lo más pronto posible con Azzia Moghul. ¿Dónde puedo encontrarlo? —preguntó Punta de Luz al Perfecto.

—A esa hora del día, ese fiel persa está siempre en el coro del santuario, arrodillado ante el Altar de la Luz donde, gracias a sus oraciones, revive la

Pasión de Mani. Es uno de nuestros Perfectos más devotos, pero también es un excelente tejedor —respondió este último.

Se trasladaron a la iglesia donde Azzia Moghul, absorto en su meditación, los recibió con gran sorpresa.

—Deberás ayudar a Punta de Luz a instalar en su fábrica un telar para tejer seda —le dijo escuetamente Cargamento de Quietud.

—¿No correré el riesgo de distraerme de mis tareas espirituales? —inquirió el persa, que había pasado su juventud en una fábrica de alfombras de seda de Shiraz en la que su padre era capataz.

—Harás una labor útil a nuestra Iglesia. Un día te diré por qué —le replicó el Gran Perfecto.

Azzia Moghul no tenía más remedio que obedecer aquella orden que venía de aquel que, como Gran Perfecto, también era su jefe espiritual.

El persa era capaz, en efecto, de supervisar la fabricación de un telar. Bajo su control, un carpintero de Turfan construyó con diligencia una máquina que permitía confeccionar un tejido de gran calidad, pese a no alcanzar en finura al producto que salía del taller clandestino de Addai Aggai.

Unos días más tarde, el invernadero de las moreras disponía de un telar algo rudimentario pero que funcionaba perfectamente y, transcurridas unas semanas, en el pequeño almacén que Punta de Luz había previsto con este fin ya se habían acumulado los primeros cortes de tela.

—Pronto podrás ir a enseñar las muestras a Wuzhao —dijo al *ma-ni-pa* Cargamento de Quietud, que supo apreciar los progresos de la tarea inmensa a la que se había entregado Punta de Luz con tanta diligencia.

—Creo que Su Majestad siente una marcada preferencia por el moaré amarillo o rojo —declaró el monje errante.

—No hay nada tan difícil de tejer como el moaré. Y contando solamente con este telar, la empresa es imposible. Se necesitaría una máquina especial que sólo los chinos saben fabricar y esta vez yo sería totalmente incapaz de supervisar su funcionamiento. Con el brocado me atrevo, pero tratándose de moaré, mi respuesta es no —explicó, absolutamente desolado, Azzia Moghul a los dos hombres.

Pero Punta de Luz respondió al momento:

—¿Y si hiciésemos venir a Turfan a un ingeniero chino? Sería la manera de fabricar una máquina capaz de tejer moaré. Seguro que, si se lo pedís a la emperatriz Wuzhao, no os lo negará. ¿O es que no somos aliados objetivos desde que ella os autorizó expresamente a establecer la Iglesia de la Luz en China central?

—Estoy dispuesto a ir a verla, en caso necesario, para informarle de ese deseo vuestro —dijo el *ma-ni-pa* dirigiéndose a Cargamento de Quietud.

Había que reconocer que el monje errante era muy expeditivo.

Es cierto que existían, en el taller de los ingenieros del ministerio de la Seda de Chang An, unos cuantos telares con varias docenas de husos accionados por unos tornos unidos entre sí por correas de transmisión. Dichas máquinas tejían a una velocidad incomparable un moaré bordado de extraordinaria calidad.

Pero se trataba de telares que eran considerados verdaderos «tesoros nacionales» y la divulgación a terceros de sus planos y mecanismos estaba castigada con la muerte. En el centro de estudios de la administración de la Seda sólo tenían entrada ingenieros muy escogidos de moral probada y que, una vez contratados, eran sometidos a permanente vigilancia por parte de agentes especiales del Gran Censorado.

En éstas condiciones, ni siquiera Wuzhao habría tenido acceso a los planos de aquellos artefactos ni, por otra parte, habría conseguido convencer a ninguno de los técnicos que los habían concebido de viajar a Turfan para indicar a los maniqueos las principales técnicas de que se servían.

Cargamento de Quietud, a quien la vida había enseñado que, cuando uno quiere llegar lejos, lo mejor que puede hacer es proceder por etapas, se dispuso a calmar sus ardores.

—Esforcémonos primero en producir un tejido que sea lo más hermoso posible antes de decidirnos a hacer demandas quiméricas a Wuzhao. Cuando el *ma-ni-pa* vuelva a Chang An, deberá empezar por suministrar a la emperatriz lo que ella desea conseguir. Entonces, si Su Majestad está satisfecha, el resto, como dice con bella expresión nuestro profeta Mani, se nos dará por añadidura.

—Me parece lo más realista —remachó Azzia Moghul—. Mejor que primero nos pongamos a tejer seda gruesa y procuremos conseguir tonalidades hermosas. Por poca paciencia y minuciosidad que pongamos en ello, está totalmente a nuestro alcance. De momento todavía no tenemos un perrito sabio, pero todo llegará.

—¿Qué tiene que ver aquí el perrito sabio, Gran Perfecto? —le soltó, sorprendido, Punta de Luz.

—¿No conoces esa historia del minúsculo caniche capaz de sostener una lámpara encendida en la boca y de parar un caballo al galope simplemente plantándose delante de él? —replicó el Perfecto, sorprendido, a su antiguo Oyente.

—¡Jamás había oído hablar de cosa parecida!

—Pues fue el regalo que envió a la corte imperial el rey de Gaochang, que es el nombre que daban los chinos a nuestro oasis poco antes de que subiera al trono Taizong el Grande, con objeto de conseguir el beneplácito del Imperio chino. Dicen que el tal perrito procedía de Roma. Desde aquel día se da el nombre de «perrito sabio» al tributo que Turfan ofrece todos los años al emperador de China para seguir beneficiándose de su protección… —explicó Cargamento de Quietud a Punta de Luz, que lo observaba sorprendido.

—¡Así que ese animal increíble había nacido en Roma! ¿Te refieres al imperio de Da Qin, que se extiende hasta los mares de Occidente, donde se pesca la concha púrpura? —inquirió el *kucheano*.

Azzia Moghul tomó entonces la palabra.

—Dicen que en el Da Qin hay un mar donde se encuentran unas conchas con perlas brillantes como la luna. En este mar también hay una tela confeccionada con el vello de un cordero marino y también unas ramas rojas. Los príncipes de ese imperio, bañado por aguas que tienen algo de milagrosas, permiten a sus súbditos que manifiesten sus quejas depositándolas en una urna. Y tienen unos médicos capaces de abrir el cerebro de los enfermos y extraer de ellos los insectos que los vuelven ciegos —añadió el antiguo tejedor persa, que había pasado su juventud en Shiraz arrullado con los relatos de algunos viajeros que contaban que, en las orillas del Mediterráneo, en el Imperio romano que los chinos tan pronto

llamaban *Da Qin* como *Folin* se pescaban la ostra perlífera y el coral, que según los antiguos latinos era la sangre de la Gorgona Medusa, vertida en el mar cuando fue decapitada por Perseo.

—Es un hecho que la Ruta de la Seda continúa hasta Constantinopla… —observó Cargamento de Quietud.

En el 643, hubo una embajada de la corte china que fue recibida por el emperador bizantino Constante II, quien ofreció al emisario Tang suntuosos vidrios multicolores que los chinos llamaron *liuli*[63] y, sobre todo, *teriaca*, aquel medicamento extraordinario preparado por los médicos griegos de Alejandría que sanaba las mordeduras de la serpiente.

Desde Constantinopla, esta vez en barco, se podía viajar a Roma, situada a más de cuarenta mil *li* de la capital china, Chang An.

Algunos viajeros intrépidos establecían un vínculo de unión entre esos dos mundos que ya no se ignoraban y cuyos respectivos emisarios trataban de comprobar la veracidad de las increíbles historias que se contaban, en cada uno de ellos, acerca del otro.

Cada uno tenía su religión dominante: el cristianismo en Occidente y el budismo en Oriente.

Las riquezas de unos, adquiridas a un precio muy alto, servían para engalanar las santas reliquias de los otros y a la inversa.

Puesto que nada era suficientemente hermoso para aquellas Iglesias.

Paradójicamente, los bonzos y diáconos predicaban, cada uno a su manera, los beneficios del desprendimiento y de la pobreza, pese a que, para afirmar su fe, todos tenían necesidad de oro, gemas, jade, marfil, coral, maderas preciosas y, por supuesto, seda.

—¡En el Da Qin las mujeres se vuelven locas con la seda! ¡Quién sabe, a lo mejor, en el marco de su expansión hacia Roma, la Iglesia de la Luz también apelará a nosotros! Ya sabes qué te queda por hacer, mi querido Punta de Luz… —añadió con una sonrisa el Gran Perfecto.

—Tenemos trabajo para rato. ¡No podemos perder ni un minuto! —exclamó, feliz como un niño, Punta de Luz enlazando a su esposa por el talle.

—¡Que Mani os bendiga, Luna de Jade y Punta de Luz! —les deseó, cordial, Cargamento de Quietud antes de dirigirse a su santuario maniqueo.

Seguidamente todos reanudaron sus actividades en el invernadero, mientras Azzia Moghul se concentraba febrilmente en sus controles.

—¡Cómo me gustaría poder ir un día al Da Qin! ¡Cuentan tantas cosas de su capital, Roma! Debe de ser como Chang An, una ciudad inmensa y hermosa totalmente cubierta de suntuosos palacios.

Según dicen, sus habitantes la designan como «el ombligo del mundo», como si ese Da Qin fuera, en Occidente, lo que es Chang An en Oriente: el centro de un imperio… —murmuró, pensativo, Punta de Luz.

—¡Qué voy a decirte! ¡Si supieras cómo me hace soñar ese cordero marino con cuya pelusa se fabrica tela!… ¡No sé qué daría por acariciarle el lomo! —murmuró por lo bajo Luna de Jade al oído de su esposo mordisqueándole cariñosamente la oreja.

—A falta de cordero marino, tenemos gusanos que alimentar. Me parece que tenemos que llenarles las cubetas con hojas de morera… —dijo su amante.

—¡Te amo, Punta de Luz! —le dijo la muchacha por lo bajo ofreciéndole los labios.

—¡Qué ganas tengo de ver el fruto de tus entrañas, Luna de Jade! El día en que me convierta de amante en padre, me sentiré colmado —exclamó empuñando la podadera para ir a cortar una brazada de hojas frescas con las que cebar a los gusanos.

¡Qué felices eran el *kucheano* y la chinita, jóvenes tan guapos como inteligentes a los que el *ma-ni-pa* contemplaba con ternura y emoción!

¡Desgraciados!

No sospechaban que no estaba lejos el momento en que la vida volvería a separarlos…

XXXII

PALACIO IMPERIAL, CHANG AN,,
CHINA, 28 DE OCTUBRE DE 657

La velada, como de costumbre, se anunciaba suave y tranquila en el jardín del Pabellón de Recreo.

Había caído la noche y, bajo las frondas rojizas de los árboles, las flores de otoño embalsamaban el ambiente.

Faltaba poco para acostar a los Gemelos Celestiales, que balbuceaban agarrados a sus sillas.

Dentro de pocas semanas, aquellos niños que el lama sTod Gling confiara a Cinco Prohibiciones se tendrían de pie sobre sus piernecitas. Tanto Umara, cuyo cariño por aquellos pequeños era ilimitado, como su compañero se morían de ganas de ver a los Gemelos Celestiales dando los primeros pasos.

—Todavía no hemos puesto nombres definitivos a estos niños. ¿No sería hora de hacerlo? —preguntó Umara a Cinco Prohibiciones.

—¡Sí, ellos ya nos llaman papá y mamá! Estoy de acuerdo contigo, amor mío, ya sería hora de ponerles nombre —respondió Cinco Prohibiciones con una sonrisa.

Hasta entonces se habían contentado con dar a los niños ciertos apodos, como «Guapa Pareja» o «Cara y Cruz», por no decir también «Caídos del Cielo». Por dondequiera que pasasen, los curiosos, no se abstenían de adjudicarles otros sobrenombres *xiaoming*[64] todavía más sorprendentes.

Con gestos tan atentos como los de una madre, Umara tenía ahora en su regazo a los niños celestiales y les alisaba los cabellos. Acababa de darles de cenar un puré de verduras en el que había desmigajado cuidadosamente unas alas de pollo hervido.

—¡Se me ocurre una idea! —exclamó de pronto Cinco Prohibiciones—. ¿Por qué no los llamamos «Loto» y «Joya»?

—¡Buena idea! Loto y Joya son palabras muy bonitas. Mañana, cuando vengan las multitudes budistas, no quedarán decepcionadas al venerar a Loto y Joya —dijo con una sonrisa la joven nestoriana.

—También sería una manera de relacionarlos con el mantra *¡Om! ¡Mani padme hum!*, «¡Om! La joya está en el loto». Esa fórmula sacramental que empleamos los budistas, apela al *bodhisattva Avalokitesvara*, el mejor abogado que tienen los hombres junto al Bienaventurado Buda.

—Ya lo sé. Me dijiste que de aquí venía el nombre de *ma-ni-pa*.

—El monje errante que me ayudó a transportar a los niños se sentirá muy halagado cuando se entere.

¿Acaso esos Gemelos Celestiales no tienen ya un pie en la tierra y otro en el nirvana? Y además, esto los situará a los dos bajo la divina protección del *bodhisattva* intercesor.

Cinco Prohibiciones parecía satisfecho con su hallazgo.

—Bueno, ¿a cuál llamamos Loto y a cuál Joya? —preguntó la chica.

—¡Escoge tú, Umara!

—Loto podría ser el niño y Joya la niña. ¿Qué te parece?

—De acuerdo.

—Muy acertado, sobre todo para la niña, porque, pese a ese curioso vello que tiene en la cara, es bellísima. Tiene un rostro que es una preciosidad —exclamó Umara tendiendo a Cinco Prohibiciones a la que a partir de aquel momento se llamaría Joya.

Las palabras de Umara no hacían más que subrayar, una vez más, la paradoja viva que encarnaba aquella niña, con el sorprendente defecto que afectaba la mitad exacta de su semblante.

La finura de los rasgos de Joya era tal que la aparente tara de aquel terrible y raro antojo que la naturaleza había atribuido a su rostro tenía la forma de un antifaz del que formaba parte la arista de la nariz, una alianza

entre los rasgos de una criatura fuera de lo normal y los de una niña de incomparable belleza.

Al observar a su hermano Loto, por mucho que el parecido entre los Gemelos Celestiales fuera impresionante, era innegable que la niña tenía unos rasgos mucho más finos que su hermano.

Aquella monstruosidad exagerada que la afligía rayaba, en su caso, en lo sublime y convertía a la pequeña Joya en un ser cuyo aspecto era a la vez tan irreal y hermoso que evocaba unos orígenes divinos.

Joya, ya que tal fue desde entonces su nombre, era la encarnación de alguna divinidad bajada del cielo para inspirar devoción a la gente.

No había más que ver cómo las doncellas y gobernantas del palacio imperial se ocupaban de ella y las más piadosas llegaban al extremo de prosternarse ante aquella niñita vivaracha y encantadora a la que Umara había cogido en seguida tanto afecto.

—¡Mi dulce Joya! ¡Cómo me gustaría ver qué te reserva el futuro! —murmuró Cinco Prohibiciones.

—¿Crees de veras que los gemelos fueron engendrados por un dios? —preguntó Umara a su amante.

—Me miras de una manera al hacerme esta pregunta que me lleva a pensar que lo dudas.

—Mi Dios no podría haber infligido esa carga a una obra de su creación.

—No estoy demasiado seguro de que Buda no tenga que ver en todo esto. Nuestro amigo el *ma-ni-pa* es quien está convencido de que los gemelos son descendientes de la Diabla de las Rocas. Y los chinos son tan supersticiosos que, a la vista de ese fenómeno, invocan al momento la mano divina del Bienaventurado o incluso la Vía del Tao.

—Espero sobre todo que cuando esta niña cobre conciencia de su rostro no se sienta traumatizada —dijo la muchacha de pronto con un escalofrío.

Cuanto más tiempo pasaba, Umara, a quien como cristiana le era más difícil imaginar que Joya había sido concebida por una divinidad cualquiera, más a menudo se preguntaba cuál sería la reacción de la niña cuando adquiriera conciencia del defecto que la afectaba.

De momento había ordenado que retiraran del Pabellón de Recreo todos los espejos que decoraban las paredes. Y con la misma intención evitaba llevar a la niña junto a la orilla de los estanques.

Quería ser ella quien le explicase que era una niña normal y que todas las criaturas del único Dios, prescindiendo de cuáles fueran sus apariencias, eran iguales entre sí.

Además, era profunda la connivencia que se había establecido entre Umara y Joya.

Aunque sólo habían transcurrido unos pocos meses, la joven cristiana ya se comportaba como si fuese la verdadera madre adoptiva de los Gemelos Celestiales.

Ya era noche cerrada y comenzaba a hacer fresco en el jardín del Pabellón de Recreo.

Había llegado el momento de que Umara acostara a los dos pequeños en la habitación que lindaba con la suya.

Al volver, Cinco Prohibiciones ya la estaba esperando junto al lecho imperial del Pabellón de Recreo, donde pasarían una noche de amor que, una vez más, no dejaría de ser tórrida y hechicera, puesto que ahora en los dos se daba una entrega total y ningún pudor frenaba sus mutuos arrebatos.

Preocupados únicamente de satisfacerse mutuamente hasta el agotamiento, armonizaban de maravilla, igual que las dos notas dé música *huanzhong*, la muesca amarilla, de naturaleza *yang, y zhonglu, la vara-media, de tipo yin*[65].

Eran dos sonidos absolutamente complementarios que procedían del primero y el último de los doce tubos musicales según los había concebido el músico Linglun a petición del mítico Emperador Amarillo. Los chinos debían a la infinita bondad de aquel generosísimo soberano de época inmemorial, del cual el primer emperador Qin Shi Huangdi había querido ser digno heredero, el conocimiento de la escritura, del cálculo y de los números, así como el método adecuado para la fabricación de la seda…

—Después de hacer el amor contigo, me encuentro como si me hubieran transportado al paraíso.

Cuando mi padre me hablaba de aquel lugar donde se reúnen las almas de los justos después de la muerte de su envoltura carnal, me sentía

escéptica y hasta llegaba a dudar de que existiera tal lugar.

Desde que estoy unida a ti, sé que existe: el paraíso existe porque lo descubro cuando tú y yo nos unimos —murmuró Umara al día siguiente por la mañana, cuando su cuerpo todavía estaba impregnado por los fluidos y las huellas que su amante había dejado en él, mientras le acariciaba amorosamente los cabellos.

—El Bienaventurado dijo: «Hay una zona donde no existe la tierra ni el agua, ni el fuego, ni el viento, como tampoco lo infinito de la conciencia ni siquiera la nada: es el final del dolor, el nirvana». Para nosotros, a diferencia de lo que se oye aquí y allá, el nirvana no corresponde al concepto que vosotros tenéis del paraíso, sino al estadio del ser humano en que no sufre porque ha conseguido sofocar todos los fuegos que arden en él. En tu paraíso, las almas son felices por toda la eternidad, pero en mi nirvana no sufren.

—¿No viene a ser lo mismo?

—Todo depende de lo que uno entienda por felicidad. Nosotros, los budistas, más bien buscamos la ausencia de sensaciones. Como si la felicidad sólo existiese en relación con la desgracia…

—Si he de ser sincera, amor mío, desde que te conozco el miedo de perderte me hace sufrir un poco.

—A mí me ocurre lo mismo: desde que estoy enamorado de ti, siempre tengo miedo de perderte.

—Lo que acabas de decir es verdad: si quieren conocer la felicidad, los seres humanos deben aceptar el sufrimiento… —murmuró, soñadora, la joven cristiana.

—Ésa es la manera que tienen los budistas de explicar la *dukkha*[66] o el dolor: a través del deseo y de la felicidad. Cuando el hombre desea algo o disfruta de algo sabe qué es el martirio el día que pierde ese algo. No puedo imaginar siquiera cómo me sentiría si a ti te ocurriera algo malo —se lamentó Cinco Prohibiciones, que ahora se daba cuenta de lo poco que concordaba su vida con la filosofía de la existencia que le habían enseñado.

—¿Debemos, pues, maldecir el día en que nuestros caminos se cruzaron? Prefiero sufrir después de haber sido feliz a vivir una existencia anodina exenta de sensaciones pero sin asperezas. Creo que todos los seres

humanos tienen derecho a ser felices en la tierra y no sólo en remotos paraísos de los que, a fin de cuentas, se ignora todo, puesto que de ellos no ha regresado nunca nadie —dijo la chica arrojándose en sus brazos.

—Tienes razón, mi querida Umara. En lo que a mí se refiere, me ocurre lo mismo que a ti: jamás lamentaré el día en que te vi por vez primera. Aquel momento fue para mí como un segundo nacimiento. Desde entonces ya no soy el mismo. Veo la vida de forma diferente. Diría incluso que antes se me escapaba el sentido profundo de la misma… —le susurró mientras le acariciaba los senos, pequeños y firmes.

—Nos amamos. Ésta es nuestra inmensa felicidad.

Cada uno a su manera, los dos medían la distancia que se establecía entre ciertos preceptos religiosos y las cosas de la vida tal como ocurrían.

Aun cuando la fe budista de Cinco Prohibiciones permanecía intacta, su encuentro con Umara había cambiado el sentido de algunas de las palabras que la constituían.

«Iluminación», por ejemplo, era una de ellas.

Aquel término, que hasta entonces había sido a sus ojos una pura abstracción, tenía ahora un significado preciso.

Ahora era aquella mezcla de deslumbramiento y certidumbre que había sentido en lo más profundo de su corazón cuando su mirada se había cruzado por vez primera con la de Umara.

Para Umara, en cambio, era de la palabra «revelación», de la que tantas veces se había servido su padre para explicarle la actitud del profeta Moisés cuando Dios le había comunicado su existencia en una zarza en llamas y más tarde le había entregado los Diez Mandamientos, grabándolos con los rayos de la tempestad en las Tablas de la Ley del Profeta, de la que ahora comprendía todo su sentido.

Gracias a Cinco Prohibiciones, Umara había tenido la «revelación» del amor.

De igual manera, las palabras «*impermanencia*» y «*anatman*», es decir, la expresión del «no sí mismo» que, según Buda, caracterizaba el estado de las cosas y de los seres haciéndolos efímeros y vulnerables, se conformaban muy poco con la imagen que Cinco Prohibiciones tenía de su amante.

Umara era mucho más que un ser humano de carne y hueso. La hija del obispo nestoriano tenía una personalidad que la convertía en única. Por tanto, tenía un alma.

¿Por qué el Bienaventurado había decretado que todo no era más que «*anatman*»?

¿Qué razones justificaban aquel pesimismo y, en el fondo, aquella desesperanza?

¿Por qué los hombres nacían en un callejón sin salida llamado mundo, gobernado por la trágica y dolorosa ley del dolor y la *impermanencia*, que importaba abandonar cuanto antes?

¿Por qué estaba escrito en los Evangelios que la felicidad no es de ese mundo y que sería más difícil que un rico entrase en el paraíso a que un camello pasase por el ojo de una aguja?

¿Es que las religiones se hacían para los que son desgraciados?

¿Y por qué los dioses y los budas, que al parecer amaban a los hombres, dejaban a tantos sumidos en la aflicción del hambre, la indigencia, la enfermedad y la soledad?

¿Cómo conciliar la felicidad y el desarrollo individual con la fe religiosa?

Tales eran las preguntas que, cada uno por su lado, se planteaban Cinco Prohibiciones y Umara, mientras él iba desnudando de nuevo a su joven amante y ésta se disponía, una vez más, a abrirle de par en par las puertas que le permitirían la placentera visita de sus palacios íntimos.

Cuando la penetró, Umara no pudo reprimir un grito, tan intenso era el placer que la devoraba a través de oleadas sucesivas que, aun pareciendo insuperables, como por arte de magia la siguiente le hacía olvidar siempre la anterior…

—Por tu culpa no puedo abandonar esta cama y entretanto las horas van pasando —le echó en cara la joven, entre risas, una vez terminado todo.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones, amor mío? —bromeó él.

—Coge para mí una de esas peonías gigantes del jardín del Pabellón de Recreo. Son las últimas de la temporada. ¡Anoche me parecieron tan hermosas! —le pidió Umara.

—¡No te muevas! ¡Vuelvo en seguida! —dijo el muchacho abandonando la cama de un salto.

Fue a coger, pues, la flor de extraordinaria e inmaculada rotundidad que dejaba ver su rojo corazón cuando se apartaban sus dentados pétalos.

El arbusto estaba cuajado de flores y embalsamaba todo el espacio que lo envolvía.

Cinco Prohibiciones se disponía a cortar la flor más hermosa cuando alguien le dio un golpecito en el hombro.

A aquella hora, cuando todavía faltaba mucho para la llegada de los jardineros imperiales, jamás había nadie en el jardín del Pabellón de Recreo.

Ligeramente sorprendido, se volvió con viveza y se encontró con un desconocido que lo observaba de manera muy curiosa.

—Somos vecinos, creo… Me llamo Aguja Verde y me alojo en el Pabellón del Reloj de Agua, al lado mismo del de Recreo, detrás de la tapia que bordea el jardín —explicó el desconocido con voz nasal.

¡Aguja Verde! Aquel nombre recordaba algo a Cinco Prohibiciones, aunque no sabía decir qué, tal vez sorprendido por la aparición de aquel hombre que lo había cogido desprevenido y medio desnudo, a punto de cortar una peonía para Umara.

El individuo, de expresión astuta, señaló con el dedo el imponente muro de ladrillo que se levantaba a un extremo del jardín del pabellón donde Wuzhao había instalado a Cinco Prohibiciones, a Umara y a los Gemelos Celestiales. Tenía en la base una abertura practicable en forma de círculo perfecto en cuyo interior se veía la fuente que alimentaba el mecanismo del reloj de agua que daba nombre al pabellón medianero.

—Me llamo Cinco Prohibiciones.

—Sé quién eres. Todas las palabras que se pronuncian atraviesan la pared —confesó el hombre sin el menor recato.

—¿De modo que eres curioso? —preguntó el amante de Umara, afectado de lleno por el tono cargado de insinuaciones con que acababa de expresarse el tal Aguja Verde.

—¡Los días se hacen largos si uno no tiene nada que hacer! Aparte de que tú y tu amante hacéis mucho ruido. Voy a decírtelo francamente:

algunas noches no pego ojo. A veces incluso tengo la sensación de estar entre vosotros dos… —bromeó.

La mirada de reojo que dirigió Aguja Verde a Cinco Prohibiciones, al parecer satisfecho con la pulla que acababa de lanzarle, le pareció a este último francamente desagradable.

—Pues entonces, procura buscarte algún entretenimiento. En los parques del palacio imperial hay miles de árboles que cortar —le respondió, molesto y ofendido, no encontrando otra cosa que replicar al importuno.

Se disponía a cortar la flor que le había pedido su amante cuando el individuo en cuestión, como si acabara de darle un repente, exclamó, furioso a su vez:

—¡Desconfiad de Wuzhao! La emperatriz no cumple jamás su palabra. Mejor saberlo antes que después…

—¿Por qué lo dices? —preguntó, confundido, Cinco Prohibiciones.

—¡Tengo mis razones! Y créeme si te digo que son muy válidas. Hablo por experiencia —le escupió Aguja Verde antes de volverle bruscamente la espalda.

Al volver al pabellón, Cinco Prohibiciones repitió a su amante las extrañas palabras y actitud del individuo que acababa de encontrar en el jardín.

—¿Te ha dicho su nombre? —preguntó Umara.

—¡Aguja Verde!

—Es raro, pero ese nombre no me es desconocido.

—A mí me ha ocurrido lo mismo, pero por mucho que me he devanado los sesos, no he conseguido descubrir en qué circunstancias lo había oído.

—¿No fueron Punta de Luz y Luna de Jade quienes nos lo citaron en el lecho seco del río? —preguntó Umara de pronto apretando los puños.

—¡Exactamente! Y si no recuerdo mal, no fue en términos elogiosos. Según dijeron, Aguja Verde los había denunciado a las autoridades…

—¡No tenemos razones para ponerlo en duda!

—O sea, que ese hombre con quien me he tropezado es un traidor. Pues ése es el aspecto que tenía, el de una moneda falsa…

—¡Ay, Cinco Prohibiciones, si supieras lo inquieta que estoy! ¿Qué hace aquí ese hombre, en el palacio imperial, espiando el menor de nuestros

actos y de nuestros gestos? —preguntó Umara, alarmada.

—¡No entiendo nada! Tal vez se trate de una maniobra sutil de la emperatriz. En este nivel de responsabilidades, mejor curarse en salud… —murmuró, pensativo, Cinco Prohibiciones.

De hecho, tenían motivos para estar inquietos.

Porque Torlak o Aguja Verde consideraba que la emperatriz Wuzhao lo había abandonado.

El *uïgur* se había cansado de esperar de su protectora una señal que no llegaba nunca.

Hacía meses que pasaba el tiempo sin hacer nada y el sentimiento de inutilidad que lo corroía, unido a la frustración de asistir, aunque sólo fuera de oídas, a las expansiones de los dos amantes, de quienes le llegaba hasta el más mínimo suspiro, estaba en trance de transformar una vez más la sensación de frustración en un sentimiento malévolo.

Desde que Wuzhao había convocado al *uïgur*, apenas si lo había hecho comparecer un par de veces a su camarín con la intención de sonsacarle todo lo que supiera acerca de la organización de la producción y comercialización de seda clandestina. Pero así que se interrumpió el tráfico, aquellas revelaciones se hicieron inútiles.

Al proponerle que trabajase para ella, lo que hizo sobre todo la emperatriz fue situar a Aguja Verde fuera del alcance de sus carceleros.

Sin embargo, el *uïgur* se había figurado que desempeñaría un papel relevante y, al percatarse del escaso interés que despertaba en la emperatriz, no tardó en alimentar una intensa amargura.

El antiguo agente secreto de Cargamento de Quietud era uno de esos seres malvados y estúpidos a partes iguales, muy parecido al escorpión de la fábula que, creyéndose listo, picó a la rana en cuyo lomo se había montado para cruzar el río, provocando con ello la muerte del batracio y al mismo tiempo la suya propia.

La reflexión que acababa de echarle en cara Cinco Prohibiciones había tenido sobre aquel individuo agrio y malvado los efectos de un auténtico bofetón.

Así que volvió al jardín del Pabellón del Reloj —de Agua, se sentó, furioso, delante de la gigantesca rueda cuyos cangilones extraían y vertían

el agua que un conducto dirigía a una gran pila de mármol.

Aquel monje fornicador lo había insultado con toda intención.

Hacía semanas que, con la oreja pegada al muro del jardín, el *uïgur* se enteraba de todo lo que se decían los dos enamorados, gracias a lo cual había podido reconstruir su historia de cabo a rabo…

Las cosas se precipitaron cuando, para enorme sorpresa suya, Aguja Verde supo que no hacía más que unas semanas que la emperatriz hacía confidencias a aquel par de tórtolos depravados y confiaba en su ayuda.

O sea, que ella lo había abandonado en beneficio de aquellos dos…

Furioso y despechado, oyó que Cinco Prohibiciones se había ofrecido a Wuzhao para actuar como intermediario con los maniqueos de Turfan en el asunto del suministro de estandartes de seda pintados para el convento *mahayanista* de Pureza del Vacío.

¿No era el colmo?

No era sólo que la emperatriz parecía haberlo olvidado por completo, sino que encima apelaba a aquella joven pareja de enamorados cuyos ruidosos arrebatos no hacían más que turbar su sueño.

Desde aquel episodio, y a pesar de los riesgos que comportaba aquella decisión, lo único que le importaba era cantarle las cuarenta a Cinco Prohibiciones.

Se vino abajo finalmente aquella noche en que casi le pareció que se encontraba en la habitación de los dos amantes, tales fueron las exclamaciones de Umara durante el orgasmo.

Por lo menos había conseguido su propósito, que no era otro que vaciar el buche de la misma manera que la cobra suelta el veneno, es decir, de una sola vez.

Y aunque supiera por propia experiencia que los celos y el odio eran malos consejeros y que nadie respetaba a los traidores, no podía remediarlo, porque el odio que encerraba su corazón era demasiado intenso.

Había una frase del gran filósofo legista Han Feizi[67] que los profesores de moral inculcaban a los niños chinos: «De nada sirve esperar junto a un tronco a que una liebre estrelle en él el cráneo».

A fuerza de oírla, Aguja Verde había acabado por hacer suya aquella máxima.

¿A qué esperaba para saldar cuentas con todos cuantos lo habían humillado?

Si continuaba ocioso a la sombra de su clepsidra, ¿no acabaría pudriéndose de pie hasta que la desgracia alcanzase a su vez a aquélla en quién él había creído tan estúpidamente cuando le prometió protegerlo y que en cambio lo había engañado?

Acostumbrado a hacer el mal, Aguja Verde había llegado a un punto en que la felicidad de los demás le resultaba insoportable y de manera especial la de Umara y Cinco Prohibiciones, que le recordaba dolorosamente la de Punta de Luz y Luna de Jade.

Aquellas parejas de enamorados no cesaban de mostrarle la imagen de su propia soledad, así como del callejón sin salida en que se encontraba desde que Wuzhao lo había enviado a aquel siniestro Pabellón del Reloj de Agua del palacio imperial, donde no recibía nunca la visita de nadie, como no fuera la del chambelán que le traía sus tres comidas diarias.

No veía otra manera de vengarse que denunciar a las autoridades pertinentes la presencia de Cinco Prohibiciones y de Umara en el palacio imperial, arreglándoselas de paso para salpicar a Wuzhao…

Sin embargo, por razones evidentes, esta vez quedaba excluido que fuera él quien se encargase de hacer aquella gestión.

Los esbirros del Gran Censorado no esperaban otra cosa para hacerle pagar cara su colaboración con Wuzhao.

Así pues, actuaría de forma anónima. Sería más prudente pero igualmente eficaz.

En Chang An había bastantes escribanos públicos a quienes poder dictar su explosivo informe, en el que expondría con todo detalle no sólo las trapacerías de aquellos dos enamorados alojados con carácter clandestino en el palacio, sino también el increíble mercado de cuyos términos se había enterado.

Todos sabrían entonces de qué ardides se valía la emperatriz.

Haría llegar el libelo al prefecto Li y, para mayor precaución, enviaría también copia a Virtud de Fuera, Ministro de la Seda.

Era indudable que el informe tendría el efecto de una bomba.

Estalló pocos días después, al final de la jornada, aquel momento raro que a Umara y a Cinco Prohibiciones les gustaba compartir, cuando la gran cantidad de plantas olorosas del jardín del Pabellón de Recreo, tras su larga exposición al sol, volcaban sus embriagadores efluvios al ambiente.

Con gran sorpresa por su parte, los dos amantes vieron aparecer a la emperatriz en persona, seguida del inevitable Mudo llevando la jaula del grillo.

Wuzhao parecía preocupada.

Si la soberana los visitaba a una hora tan tardía como inusitada era porque la situación era grave.

—Cinco Prohibiciones, Umara, ¡es preciso que os vayáis! ¡Acaban de entrar por la Puerta Norte del palacio imperial los agentes del Gran Censorado! —anunció Wuzhao con voz monocorde, jadeante aún tras recorrer a toda prisa los interminables pasillos.

La inquietud experimentada por los dos amantes después de las palabras cargadas de amenazas de Aguja Verde estaba, por desgracia, justificada.

—¿Qué ocurre, Majestad? —inquirió Umara con expresión severa.

La joven cristiana observaba a la emperatriz de China con actitud más bien hostil, como si tuviera que hacerle algún reproche.

—¡No hay que perder ni un minuto! Las brigadas especiales os siguen los pasos. ¡Menos mal que el Mudo me ha avisado con tiempo, porque los agentes del Gran Censorado se disponen a deteneros aquí mismo! Alguien ha debido denunciaros.

Cinco Prohibiciones tuvo la desagradable sorpresa de ver que Wuzhao ahora se refería a «vosotros» y no a «nosotros».

—Pero ¿dónde nos esconderemos? ¿Hay en palacio algún lugar lo bastante discreto como para esperar en él a que pase la tormenta? —preguntó Cinco Prohibiciones.

—¡Ni pensarlo! Como sigáis en palacio, estáis perdidos. Hay que irse cuanto antes, y cuanto más lejos, mejor —exclamó Wuzhao, que ahora mostraba un nerviosismo perceptible, que se traducía en precipitación.

—¿Al otro lado de la Gran Muralla? —preguntó, incrédula, la joven cristiana.

—¡Con el trabajo que nos dio cruzarla, lo único que nos faltaba era tener que volver a atravesarla en sentido contrario! —exclamó su amante, consternado.

—Pues no os queda más remedio. Al otro lado de la Gran Muralla las mallas de la red policial que os amenaza son algo más laxas —dijo secamente la emperatriz.

Aquellas palabras fueron para la joven pareja como un mazazo.

Cuando ya pensaban que el final estaba cerca, puesto que Chang An estaba situada apenas a dos días de navegación de Luoyang a través del Canal Imperial, tenían que dar marcha atrás.

—¿Tan desesperada es la situación que debemos abandonar China? —inquirió Umara.

—Lamento decir que no hay otra salida —concluyó tristemente Wuzhao.

—¿Cuál sería para nosotros el refugio ideal? —murmuró Umara, con lágrimas en los ojos.

—Como es lógico, debéis ir allí donde los esbirros que os persiguen no puedan ir nunca —dijo febrilmente la emperatriz.

—En tal caso, lo mejor sería buscar refugio en el país de Bod. Habría que ser muy astuto para imaginar que estamos allí —concluyó Cinco Prohibiciones después de unos instantes de reflexión.

—¡Buena idea! ¡Huid, pues, a Samyé! Cuando todo se haya normalizado, os enviaré un emisario seguro y podréis volver con toda tranquilidad. Durante vuestra ausencia conseguiré el perdón de Pureza del Vacío en lo tocante a Cinco Prohibiciones y así podrá tener la conciencia tranquila —exclamó Wuzhao.

¡Volver a Samyé!

Cinco Prohibiciones jamás había pensado que se vería obligado a volver un día a Samyé.

En cuanto al perdón del gran maestro de *Dhyâna*, no estaba muy seguro de que pudiera conseguirlo a través de un intermediario, ni siquiera por mediación de la emperatriz. Conociendo la legendaria rigidez y la propensión al autoritarismo de su Superior, estaba convencido de que la

única oportunidad de hacerlo claudicar consistía en actuar por su cuenta y rendirle vasallaje e implorar gracia.

Pese a aquel terrible contratiempo, como el vínculo que había establecido con Umara era tan fuerte y sólido, en realidad no le importaba demasiado abandonar Chang An y volver a recorrer los caminos, incluso los que conducían al país de Bod, siempre que ella estuviese a su lado.

¿No era, tal vez, la única eventualidad imposible de concebir la de verse privado de la intensa y serena felicidad de encontrarse todas las mañanas entre los dulces brazos de su amante?

—¿Y los niños celestiales? ¡Duermen como ángeles! —exclamó de pronto Umara, enloquecida por la angustia.

—¡No tendréis tiempo de llevároslos! Dentro de un minuto los guardianes del Gran Censorado irrumpirán aquí —exclamó con voz atronadora Wuzhao.

—¿Qué va a ser de ellos? ¡Que yo sepa, Loto y Joya no han hecho daño a nadie! —se lamentó la hija de Addai Aggai con voz ahogada por la emoción.

—¡Confiádmelos a mí! Yo me ocuparé de esos niños. En la corte imperial no faltan gobernantas.

Serán tratados como príncipes del imperio. Confiad en mí porque los cuidaré con cariño —le replicó la emperatriz de China.

—Majestad, estoy muy unida a esos niños y los considero casi como mis propios hijos —murmuró, muy impresionada, la joven cristiana, a quien parecía contrariarle enormemente la idea de tener que abandonar a los Gemelos Celestiales.

—Umara, creo que la emperatriz tiene razón. Si a nosotros nos corresponde huir, no debemos hacer correr ningún riesgo a esos pequeños… —intervino Cinco Prohibiciones, impresionado al ver el disgusto de su amante.

—¡De acuerdo, pues! Pero necesito que me deis vuestra palabra, Majestad, y me aseguréis que os ocuparéis personalmente de los Gemelos Celestiales como si fueran de vuestra propia sangre —dijo Umara, afligida de pronto, dirigiéndose a Wuzhao y fijando su mirada en los ojos de la emperatriz.

—Procuraré ocuparme de ellos igual que lo harías tú. Mañana por la mañana mis gobernantas los vendrán a buscar —le aseguró ésta, que iba poniéndose más nerviosa por momentos, antes de añadir—: ¡Actuad aprisa! Como los agentes del Gran Censorado os encuentren aquí, no podré hacer nada por vosotros. Creo que he hablado con bastante claridad.

Justo cuando Wuzhao se disponía a partir, Umara se colocó delante de ella y le hizo una pregunta que le quemaba los labios.

—Majestad, ¿por qué habéis permitido que se publicara ese edicto que prohíbe a los nestorianos ejercer libremente su culto en el imperio de China, a diferencia de los maniqueos, que disponen de ese derecho?

La respuesta de la esposa de Gaozong fue expresada en los mismos términos.

—¡No entra en mis poderes suspender un determinado decreto!

—Pues no es eso lo que se dice, Majestad. Los poderes que os atribuyen os habrían permitido hacerlo si hubieseis querido —replicó Umara.

—Por culpa de los nestorianos, con los que querían ajustar cuentas unos *mazdeanos* desengañados, el mes pasado los turcos saquearon Dunhuang. Debido a esto se destruyeron todos los monasterios budistas del oasis. La Iglesia nestoriana es la culpable de estos lamentables disturbios. En lo que a mí respecta, yo aquí ni entro ni salgo —precisó, ofendida, Wuzhao dirigiéndose a la puerta del Pabellón de Recreo.

—¿Saquearon también el gran convento de la Salvación y la Compasión? —osó preguntar, angustiado, Cinco Prohibiciones.

—Lamentablemente, así es. El informe de la gendarmería precisa que incluso fue saqueada la célebre cueva de los libros preciosos de ese monasterio. Es normal que cuando unos extranjeros, debido a su comportamiento irresponsable, dan pie a esos disturbios de orden público, la Gran China les prohíba la entrada en su territorio —exclamó la emperatriz, después de lo cual se retiró.

No hacía más que tres días que en Chang An circulaba el rumor de que la emperatriz de China había hecho promulgar dos decretos imperiales referentes al maniqueísmo y al nestorianismo, aquellas religiones occidentales que tenían establecimientos en la Ruta de la Seda.

Como era habitual, la Gran Cancillería del imperio, encargada de redactar los textos, los había expuesto en los paneles de madera fijados en los balcones de la alta Torre de los Anuncios para que nadie del pueblo ignorase su existencia.

Dominando la capital con toda su altura, aquel edificio austero e imponente que tenía como única función la que anunciaba su nombre, había sido construido unos mil años antes, en la época del reino de Qin antes de que se convirtiera en el primer Imperio chino.

Anhelante y furiosa, Umara se precipitó al pie de la Torre de los Anuncios para intentar descifrar aquellos textos reglamentarios sobre los cuales la emperatriz se había guardado muy bien de hablarle pese a que las dos mujeres se veían casi a diario.

Por desgracia para los nestorianos, aquellos textos eran sumamente rigurosos para ellos.

El primero les prohibía que, en un futuro, debido a los disturbios de orden público provocados por su Iglesia, franqueasen la Gran Muralla y levantasen, bajo pena de muerte en caso de desobediencia, ni el más modesto edificio dedicado al culto en territorio chino.

El segundo, por el contrario, autorizaba a la Iglesia maniquea a fundar «establecimientos» en suelo chino, con la única condición de solicitar autorización administrativa previa.

Indignada ante aquella discriminación después de haber leído y releído aquellas pancartas que al principio incluso provocaron su incredulidad, la muchacha fue corriendo a arrojarse en brazos de Cinco Prohibiciones llorando lágrimas ardientes.

—¿Te das cuenta de la injusticia? —protestó—. Aquí se mide con dos raseros. ¡Jamás me habría figurado que las autoridades de este país fueran capaces de tanto cinismo! Cuando mi pobre padre se entere de la noticia, él que ha consagrado su vida a adelantarse a la Iglesia de la Luz, seguro que llorará tanto como yo.

—No se puede negar que en este asunto del tráfico de la seda, la emperatriz tiene más necesidad de los maniqueos que de los nestorianos.

—Quizá hayamos sido ingenuos al confiar en esta mujer abriéndole el corazón y proponiéndole que haríamos de intermediarios entre ella y el

maniqueo Cargamento de Quietud…

—¿A qué disturbios de orden público hace alusión el decreto de veto dirigido contra la Iglesia nestoriana? —se preguntó Cinco Prohibiciones, sorprendido ante el cariz que habían tomado los acontecimientos.

Dado que la propia emperatriz acababa de darles la respuesta, Umara se encontraba ahora sumida en los tormentos de la inquietud en cuanto a la suerte que pudiera correr su padre.

¿Qué le habría ocurrido al pobre Addai Aggai?

¿Habría muerto o habría podido salvar la vida y se habría librado de aquel ataque?

Lo que ignoraba Cinco Prohibiciones en aquel momento era que Umara se sentía, además, terriblemente contrariada por el saqueo del escondrijo de los libros preciosos.

La cajita de sándalo en forma de corazón que ella creía haber dejado a buen recaudo en el interior de la cueva a la espera de recuperarla algún día se había perdido para siempre.

¡Jamás se había atrevido a hablar a Cinco Prohibiciones de aquel tesoro que ahora se había esfumado!

¿Qué misteriosa razón le había impedido revelar a nadie, incluso al hombre de su vida, la existencia de aquel relicario del monasterio de Peshawar?

En cualquier caso, no era éste el momento de hacerlo, ya que lo único que hubiera conseguido habría sido aumentar las inquietudes de su amante.

Condenada a callar, pues, sobre este punto, tenía un aire tan abatido que Cinco Prohibiciones se vio obligado a zarandearla para empujarla a guardar en una bolsa de viaje las pocas cosas indispensables para la huida.

—¡Esperemos que a nuestro *ma-ni-pa* no le haya ocurrido nada! —observó mirando con tristeza a Umara.

—¡Seguramente debió descubrir en Dunhuang un inmenso campo de ruinas! No me atrevo a imaginar siquiera en qué condiciones estará el obispado… —murmuró la muchacha con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Date prisa, Umara! ¡Nuestra vida está en juego!

—Antes de partir quiero abrazar a Loto y a Joya —susurró la joven.

En su habitación, los dos pequeños, cada uno en su camita, no se movieron siquiera al inclinarse Umara sobre ellos y darles un beso en la frente. Joya esbozó apenas una sonrisa cuando los labios de Umara rozaron sus cabellos.

A la joven nestoriana se le escapó un sollozo.

Se sentía tan unida a los Gemelos Celestiales que aquella separación intempestiva era un desgarramiento.

¿Qué sería de aquellos dos pobres niños, incapaces aún de caminar, cuando se viesen privados de su protección?

¡Era horrible tener que abandonarlos a su suerte!

La emperatriz Wuzhao le había prometido que se encargaría de su educación y crianza.

Pero ¿se podía confiar en aquella mujer secreta e implacable, capaz de ceder a cualquier antojo, que no había dudado en permitir que el Estado proscribiese la Iglesia a la que pertenecía Umara, sin advertir siquiera, aunque sólo fuera con una palabra, a la hija de Addai Aggai?

Con el corazón en un puño y el alma destrozada, cerró sin ruido la puerta de la habitación y fue a reunirse con Cinco Prohibiciones, que acababa de poner el bozal a Lapika.

—Viene con nosotros. Los gemelos ya no tienen necesidad de su leche. Le pongo el bozal porque no quisiera que empezase a ladrar de alegría cuando se dé cuenta de que salimos de este palacio donde hace meses que se encuentra prisionera. Conoce perfectamente el camino de Samyé. ¡Alguien se alegrará allí de verla cuando lleguemos! —exclamó Cinco Prohibiciones.

Se refería al lama sTod Gling, que era quien le había proporcionado la perra nodriza y confiado la custodia de los pequeños cuando tenían apenas unos días de vida.

Abandonaron, pues, el Pabellón de Recreo a toda prisa procurando hacer el menor ruido posible, para dirigirse a la puerta trasera del palacio imperial, la utilizada únicamente por los jardineros y palafreneros.

Evitaron los inmensos patios de nombres tan misteriosos como poéticos —Pureza del Espíritu, Favores Celestiales, Solemnidad Sincera o Antepasados Incomparables— que se abrían después de zonas porticadas

con los techos suntuosamente decorados con artesones y que conducían a sombríos corredores que desembocaban a su vez en innumerables salas donde guardianes y servidores, instalados en banquetas, dejaban pasar el tiempo aguardando a que les dieran órdenes.

Ya que el palacio imperial jamás estaba vacío, sino poblado permanentemente por un ejército de eunucos y chambelanes que, dadas las circunstancias, Umara y Cinco Prohibiciones debían eludir.

Todos aquellos hombres, medio espías y medio criados, cada uno de los cuales vigilaba a los demás, estaban obligados, a doblegarse a los menores caprichos de los soberanos, ya que los deseos tanto del emperador como de su esposa debían ser satisfechos al momento.

Los caprichos comprendían desde un manjar particular —y el cocinero arriesgaba su cabeza si no lo preparaba en el tiempo requerido-hasta el encargo de ir a recoger a un ministro o a un alto funcionario a quien había que conminar a que dejara lo que tuviese entre manos para comparecer aunque fuera a rastras en la corte imperial.

Algunas de las peticiones eran de lo más curioso, como el deseo expresado un buen día por Gaozong de que le trajeran un leopardo de las nieves domesticado o el de Wuzhao, que pidió un almohadón especial de seda relleno de plumas de cisne para aliviar sus dolores de cabeza…

Por fortuna, las puertas de servicio del palacio imperial seguían abiertas cuando se colaron por ellas, ante la mirada indiferente de tres porteros con los pies amputados, y poco después ya estaban moviéndose por los callejones adyacentes, donde no tardaron en confundirse con la multitud.

Flanqueados por Lapika, que trotaba a su lado liberada por fin del bozal, cruzaron la barrera del fielato de la capital de los Tang más fácilmente que, unos meses antes, lo hicieran Luna de Jade y Punta de Luz.

Hacía mucho rato que había caído la noche y una llovizna persistente estaba mojándolos a conciencia, por lo que se vieron obligados a refugiarse en el primer albergue que encontraron de camino.

Aquella noche, por primera vez desde su llegada a la China central, no pudieron hacer el amor.

En la sala común que hacía las veces de dormitorio reinaba un intenso olor a barro y era tal la promiscuidad que era inconcebible poder abrazarse.

Se contentaron, pues, con apelotonarse uno contra otro, con la perra a los pies, antes de dormirse.

Al día siguiente por la mañana abandonaron el albergue de muy buena gana jurándose que en un futuro tratarían de encontrar lugares más gratos para pasar la noche.

El otoño encendía las hojas de los árboles y engalanaba la naturaleza con su incomparable paleta de intensos colores que sólo aquella estación intermedia, interponiéndose como un milagro entre el verano y el invierno, era capaz de generar.

—Dime, amor mío, ¿cómo juzgas tú el comportamiento de Wuzhao? —preguntó Umara a Cinco Prohibiciones mientras caminaban detrás de un rebaño de corderos que unos pastores llevaban a pacer hacia los prados que aún verdeaban y que ya se divisaban en el horizonte.

—Estoy seguro de que es un ser excepcional tanto por sus cualidades como por sus defectos.

—A mí me ha decepcionado profundamente. ¡La vi tan fría y tan distante cuando quiso prevenirnos…! —suspiró la joven cristiana.

—Umara, es difícil ponerse en la piel de la emperatriz de China. Y más en la situación en la que se encuentra Wuzhao, sola contra toda la corte de Chang An. Probablemente no pueda dar nunca la espalda a quien se le antoje. En cualquier caso, nos previno a tiempo. De no haber sido por ella, ahora estaríamos en los calabozos del Gran Censorado.

—¿Cómo tratará a los Gemelos Celestiales? ¡Temo lo peor para esos inocentes!

—Se ocupará muy bien de los pequeños. Si ahora estuviesen con nosotros, nos estorbarían, aunque sólo fuera porque tendríamos que llevarlos en brazos… Venir aquí fue más fácil porque contábamos con Derecho Delante, el semental.

—¿No será que te sientes inclinado a la indulgencia con esa mujer porque apoya al Gran Vehículo? —dijo Umara con tristeza.

Cinco Prohibiciones comprobó, consternado, que los ojos de la hija de Addai Aggai se habían llenado de lágrimas.

—Umara, mi amor por ti está por encima de todo lo demás. Si mi religión determinase hasta ese punto mi conducta, yo ahora no estaría aquí,

en este camino y a tu lado —se apresuró a decir Cinco Prohibiciones.

—¡Perdona mi torpeza! La culpa es de la angustia. Verme obligada a abandonar a los Gemelos Celestiales, no saber dónde está mi padre… todo me lleva a decir despropósitos.

—Estoy íntimamente convencido, mi amor adorado, de que el obispo Addai Aggai está vivo —exclamó Cinco Prohibiciones, dispuesto a cualquier cosa con tal de tranquilizar a su amante, ya que no soportaba verla tan desgraciada.

En el camino que seguían, los ovinos, asustados ante el moloso que acompañaba a los fugitivos, se agrupaban en una masa compacta que les impedía avanzar al ritmo previsto.

—¡Si mi Dios Único pudiese por lo menos confirmarme esta intuición a través de un signo cualquiera! Pero ese *Yahvé* es tan grande y tan inaccesible que parece estar muy alejado de los hombres. Por mucho que le implore que me hable, continúa desesperadamente mudo… —murmuró la joven, agobiada.

—Siempre que puedo, suplico al Bienaventurado Buda que, en su compasión infinita, proteja a su vez al obispo nestoriano Addai Aggai. De la misma manera que la perra Lapika, educada para matar lobos y osos, también es capaz de proteger a los corderos —añadió él cogiéndole la mano.

El espectáculo del rebaño asustado que la perra sabía contener tan sólo con su presencia acabó por arrancar una sonrisa a Umara.

—¡Te amo, mi querido Cinco Prohibiciones! ¡Eres mi rayo de sol! Juntos, formamos un ser único. Sé muy bien que, sin ti, yo sería muy poca cosa. No tienen ninguna importancia nuestras diferencias en materia de creencias religiosas. ¡Lo único que ahora cuenta somos tú y yo! —le aseguró la chica con un estremecimiento.

Deseoso de consolarla del todo, la abrazó con ternura.

—Cuantos más días pasan, más valoro lo que habría perdido si hubiera tenido la desgracia de no conocerte. Probablemente habría acabado siendo Superior del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales y me pasaría meditando la mitad de la jornada sin saber nunca qué era el amor —dijo él para continuar animándola.

—¡Hay cosas peores que ser Superior del monasterio *mahayanista* más grande de China!

Estaba contento de ver que Umara había recuperado su buen humor.

—Sin duda, pero es mejor ser la llave que ha encontrado la cerradura para la cual está hecha —murmuró él dándole un beso.

—¿Quién es la llave y quién la cerradura, amor mío? —preguntó Umara, temblando de deseo.

—A veces la llave soy yo y a veces eres tú.

Sus dedos se hicieron cómplices de sus palabras y, entrando por la abertura de la túnica, le acariciaron los pechos.

—¡Aquí no, Cinco Prohibiciones! ¡Aquí fuera, no! —le soltó ella, alegre de pronto—. ¡Podrían vernos!

—¿Quién? ¿Los corderos? —exclamó él con una carcajada.

Nada podía saciar la sed inagotable que se inspiraban mutuamente.

¿No era aquello precisamente una extraordinaria prueba de amor entre un hombre y una mujer de orígenes tan diferentes en un mundo y una época en que las Iglesias convivían sin mezclarse porque prevalecían las barreras religiosas?

Los dos sabían que, juntos, eran más fuertes que cada uno por separado.

Por otra parte, aquel continuo caminar no les costaba ningún esfuerzo.

Si mantenían aquel ritmo, no tardarían en llegar al sudoeste de China.

Cuanto más se alejaban de la región de clima templado de Chang An, más inhóspita se volvía la naturaleza.

Contrariamente a lo que había previsto al principio, esta vez, por evidentes razones de seguridad, Cinco Prohibiciones había decidido que evitaría la Ruta de la Seda y llegaría directamente a Samyé por la vía meridional.

Aquel itinerario les obligaría a atravesar el macizo montañoso de Emeishan y a franquear después, a través de multitud de puentes improvisados colgados en el vacío, los inmensos ríos Azul y Mekong, de aguas tumultuosas, separados por elevadas montañas y cuyo curso era casi paralelo.

Una vez superado aquel doble obstáculo, el viajero debía internarse en una zona tan extensa como accidentada en la que unos caminos cada vez

más angostos serpenteaban por un relieve escalonado que, como una gigantesca escalera de múltiples tramos, permitía acceder, como por arte de magia, a la altiplanicie tibetana.

¡No era quedarse corto afirmar que el descubrimiento de la altísima montaña debía merecerse!

En efecto, el viaje al Tíbet por el sur tenía algo de prueba iniciática, ya que así era de penosa la sucesión de los desniveles.

Subir y volver a bajar después para subir de nuevo a las cumbres antes de descender más abajo tras haber franqueado un puerto y remontarse seguidamente más arriba: eso era lo que esperaba a los caminantes, agobiados por la falta de oxígeno y víctimas a menudo de la impresión de ir viendo las montañas que retrocedían a medida que ellos avanzaban, a causa de la fatiga que sentían.

Había que ser asceta o por lo menos amar el sufrimiento y la abnegación para superar todo aquello cuando uno quería ir al país de Bod.

Y aquella agotadora ruta del Sur era esencialmente la emprendida por los monjes budistas.

Indiferentes al comercio de la seda, las especias y las pieles, aquellos hombres atravesaban el Tíbet antes de dirigir piadosamente sus pasos hacia la India siguiendo el itinerario de Buda, aprovechando de paso para visitar el Techo del Mundo, región de la cual se decía que era tan parecida al nirvana porque estaba muy próxima a él.

Pese a los desniveles que debían cubrir todos los días, los dos jóvenes llevaban un buen ritmo, empujados por el entusiasmo y la fuerza que les prestaba su amor.

Las más de las veces, las puertas de las casas se cerraban a su paso porque, al ver a aquel par de jóvenes de tan buen aspecto y que nada tenían de tibetanos, acompañados de un moloso tan impresionante como el que llevaban, la gente de la montaña pensaba que no podían ser más que espectros escapados directamente de los infiernos.

Sin embargo, a veces tenían la suerte de que les brindasen generosa hospitalidad.

Entonces los acogían en el *thabkang* de la casa, esa habitación que tanto servía de cocina como de sala de estar, a la que daban todas las estancias de

la vivienda y el minúsculo oratorio en el que se veía invariablemente la estatuilla de *Avalokitesvara* delante de un *thangka*[68] colgado de la pared. En la despensa adyacente, el cabeza de familia iba a buscar los ingredientes del banquete de fiesta que les destinaban: huevos, manteca de *yak*, harina de cebada tostada y albóndigas de carne ahumada.

Después les preparaban un té a la tibetana, servido en largos recipientes cilíndricos en los que batían manteca de *yak* con un pellizco de sal y de sosa.

Una vez el cabeza de familia había esparcido unas cuantas gotas en dirección a los cuatro puntos cardinales a guisa de ofrenda simbólica a todos los seres con quienes habría sido muy de desear compartir la comida, por fin se daba comienzo a la misma, salpicada por risas y buenos augurios recíprocos.

Dejando aparte aquellos raros interludios, los días transcurrían con enorme tranquilidad, cada uno parecido al anterior hasta un extremo tal que parecía siempre el mismo día.

Para avanzar sin dejarse vencer por el cansancio que provoca la altitud ni desfallecer ante el desaliento, Cinco Prohibiciones sabía que había que poner un pie delante del otro con lentitud y sobre todo con regularidad, puesto que reemprender la marcha después de pararse en plena pendiente supone siempre una prueba tanto física como moral. Dormir a campo raso iba convirtiéndose en proeza a medida que la altura empujaba la temperatura hacia abajo así que se ponía el sol. Era entonces cuando la pelambrera espesa y cálida de Lapika, contra la que se agazapaban los dos sin dejar de abrazarse delante de las llamas crepitantes de una hoguera, no estaba nunca de más.

En aquellos paisajes grandiosos de cimas inaccesibles y glaciares que se tuteaban con el cielo, la especie humana era tan rara como la flor del edelweiss. En las largas distancias, cada vez más fastidiosas de cubrir, que separaban los grupos de casas, no se cruzaban ni topaban con alma viviente y, de no haber sido por los cambios bruscos del paisaje, acentuados por las incesantes variaciones de las vertientes, tan pronto a la sombra como al sol, el ritmo de los días habría sido de una gran monotonía.

Afirmaba un dicho popular, cuya pertinencia era fácil comprobar en el caso de Umara y Cinco Prohibiciones, que para llegar al País de las Nieves «había que merecerlo ganándolo con diez mil karmas».

XXXIII

LUOYANG, CAPITAL DE VERANO,
DE LOS TANG, CHINA,
5 DE DICIEMBRE DE 657

La extraña música que hacían los escultores con los cinceles mientras proyectaban en el aire, al golpearla con precisión y fuerza, la piedra blanca de la imponente peña de Longmen, se transformó, al acercarse Wuzhao a la obra, en estrépito ensordecedor.

Pronto, a costa de muchos sudores y precisión, se levantaría allí, majestuosa, una estatua de Buda sentado de unos veinte metros de altura.

Una vez terminada, la gigantesca efigie, erguida sobre una flor de loto, representaría a *Vairocana*, el Buda cósmico, cuyo torso sería él mismo adornado con cinco budas sentados.

A manera de símbolos captados de inmediato por los fieles, que se apretujarían a los pies de aquella obra imponente, sus manos enormes y cuidadas a la vez adoptarían la posición del *abhayamudra*, la del sosiego, la derecha, y del *varada-mudra*, la de la dádiva, la izquierda.

La estatua ostentaría, además, todos los signos sagrados de los *mahapurusa* o «grandes hombres», cuyos textos aseguraban que éstos estaban presentes en el cuerpo de *Gautama* desde su nacimiento en Kapilavastu, aldea indo-nepalesa de la que era originaria su familia: la protuberancia craneana, *usnisa*[69], el mechón estilizado de cabellos en la frente, urna, las orejas alargadas, los dedos largos y los hombros anchos.

Al citar a la emperatriz Wuzhao junto a aquella obra colosal, situada a dos horas a pie al norte de Luoyang, junto a la orilla del río Yi He, donde miles de obreros se afanaban desde el alba hasta la puesta de sol, el maestro Pureza del Vacío apuntaba a un doble objetivo.

Quería, en primer lugar, hacer los honores del lugar sagrado a la ilustre visitante, que todavía no lo conocía.

Hacía un siglo y medio que la dinastía de los Wei del Norte, cuyos soberanos no habían dudado en proclamar de forma clara y manifiesta su fe budista, aprovechando la consistencia ideal de aquellos peñascos en los que hombres de tiempos prehistóricos ya habían grabado escenas *chamánicas*, había ordenado que se esculpiesen millares de figuras de budas.

Sin embargo, el objetivo principal del Superior del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales era que el jefe de los escultores que se afanaban alrededor del Buda cósmico gigante hiciese un apunte de frente y de perfil del rostro de la emperatriz a fin de que le sirviese de motivo de inspiración.

De este modo, una vez terminada, la estatua gigante del Buda sentado de Longmen tendría el rostro de la emperatriz Wuzhao.

Hacía unos meses que, en el espíritu maniobrero y sutil del gran maestro de *Dhyâna* había germinado la idea de aquel homenaje.

El propósito era afianzar el apoyo de Wuzhao al *Mahâyâna* y, al mismo tiempo, agradecerle su gesto al confiar los Gemelos Celestiales al convento de Pureza del Vacío.

¿Acaso no sería la mejor manera de ganarse definitivamente los favores de aquella que tanto protegía el budismo, hasta el punto de soñar con hacer de él la religión oficial del imperio del Medio, dar los rasgos de su rostro a aquel inmenso *Vairocana* o «Buda glorioso» ante el cual se prosternarían con toda seguridad centenares de miles de peregrinos?

—¡Así, Majestad, las generaciones futuras conocerán el rostro de aquélla cuya fe en la Santa Verdad de los Ocho Miembros guió siempre sus pasos! —concluyó pomposamente el Superior del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang cuando se trasladó a Chang An para invitar oficialmente a la emperatriz a prestar sus rasgos a la gigantesca estatua.

Halagada, la emperatriz aceptó inmediatamente la proposición de Pureza del Vacío.

Por eso no tardó en responder a la citada invitación y su llegada a la obra, unas semanas más tarde, creó un desorden indescriptible a causa de la ovación que los obreros quisieron tributarle.

Se sentía orgullosa y feliz.

Por lo menos aquella gente la respetaba y le demostraba simpatía.

Empeñada, sin embargo, en guardar cierta reserva, permaneció impasible cuando su anfitrión le pidió autorización para que se acercara el jefe de los escultores y éste se presentó provisto de su libreta de apuntes.

—¡Que venga! ¡Procuraré no moverme! —declaró escuetamente, aunque por dentro estaba radiante de satisfacción al pensar en la jugada que, con la complicidad de Pureza del Vacío, iba a hacer a sus enemigos irreductibles, de los que era fácil imaginar la indignación que sentirían al descubrir que la estatua de Buda más grande que jamás se había esculpido tenía los rasgos de su rostro…

Cuando una era la emperatriz de China, aun cuando se encontrase en terreno propicio, debía mantener siempre su rango, y más allí, en aquella obra donde todos aquellos hombres y mujeres del pueblo que se agitaban con tanto celo sólo tenían ojos para aquella de cuya esencia casi divina estaban absolutamente convencidos.

En realidad, cuanto más impávida, mejor…

Conmovida en lo más vivo ante aquella muestra de reverencia y confianza que le testimoniaba el Gran Vehículo, Wuzhao contemplaba ahora la enorme masa rocosa en la que ya empezaban a perfilarse las formas de la estatua. Dentro de poco serían rematados con la raedera hasta infundirles toda la naturalidad posible los amplios y bellos drapeados para dar cabida entre los pliegues de la túnica a los cinco budas secundarios, símbolos de los continentes.

Sólo la cabeza del *Vairocana* gigante seguía estando, como era lógico, en fase de esbozo.

Y su modelo se decía que volvería de mil amores dentro de unos meses para comprobar si el trabajo de aquel escultor que estudiaba su rostro desde todos los ángulos había sido convincente.

—¿Quién es el personaje que está a la derecha de *Vairocana* Buda? —preguntó la emperatriz a Pureza del Vacío.

—Es *Ananda*, el primo y discípulo bien amado del Bienaventurado, el que lo acompañó a todas partes donde fue y lo atendió cuando alcanzó el nirvana. Creo que es el lugar que le corresponde.

—Tiene un parecido con vos, maestro Pureza del Vacío —observó, divertida.

—Majestad, sois muy observadora… —se limitó a responder el interesado.

Pero Wuzhao no se había equivocado.

Obedeciendo a su voluntad de dejar el sello en el budismo del Gran Vehículo, Pureza del Vacío había incitado vivamente al escultor a inspirarse en su rostro para modelar el del primo y discípulo favorito del Bienaventurado.

—¿Qué tenéis previsto colocar en los nichos de arriba? —dijo Wuzhao señalando una decena de huecos que formaban un friso en la parte alta del peñasco ante el cual se levantaban las estatuas gigantes.

—Allí pondremos las más bellas *Játakas*[70] del Bienaventurado. Se alternarán con los Cuatro Caracteres —respondió el maestro de *Dhyâna*.

Wuzhao conocía muy bien las *Játakas*, esas innumerables historias edificantes a cual más maravillosa sobre las existencias anteriores de Buda en las que aparecía bajo las formas más inesperadas y encantadoras, desde la del ciervo compasivo que arrancaba de las llamas a los viajeros extraviados en el bosque hasta la del francolín caritativo, pasando por la del rey generoso que quiso dar a un buitre su propia carne para salvar a una paloma…

En cuanto a la presencia de los Cuatro Caracteres chinos de la suerte, *«Fu»*, *«Lu»*, *«Xi» y «Shou»*, que simbolizaban respectivamente la Bendición Celestial, la Riqueza, la Felicidad y la Longevidad, cuyos orígenes se remontaban a la época arcaica, muy anterior a la introducción del budismo, de hecho demostraba el interés que tenía el Gran Vehículo en no arrancar del todo las raíces confucianas de la población, sino por el contrario inscribir la religión venida de la India en las tradiciones ancestrales de China.

—Es evidente que, por mínima que sea la instrucción que haya recibido un devoto, sabrá leer los Cuatro Caracteres… ¡Es una buena idea ponerlos allí! En cuanto a las *Játakas*, os corresponderá escoger las más bellas y maravillosas, las que impresionan más el espíritu. Sé de gente que se ha convertido al budismo sólo porque ha oído contar una bella *Játaka* —afirmó la emperatriz en tono de satisfacción.

—Majestad, la próxima vez que visitéis esta obra, que es vuestra, os rogamos que nos deis una lista de las vidas anteriores del Bienaventurado que gozan de vuestras preferencias —dijo ceremoniosamente Pureza del Vacío, antes de proponer a Wuzhao que subiera al último nivel del andamio que recubría el Buda gigante.

—Desde Longmen la vista es maravillosa. Pero os debemos mucho, Majestad, porque sin vuestro apoyo jamás los Budas gigantes se habrían convertido en realidad —añadió el gran maestro de *Dhyâna*.

Con sus palabras hacía alusión a la financiación que, gracias a la intervención expresa de Wuzhao, había conseguido de la administración imperial de los Cultos, que había aceptado, aunque no de buena gana, dedicar a la obra de los Diez Mil Budas de Longmen una parte nada despreciable del impuesto percibido por la construcción de las pagodas.

Allá arriba, en la pasarela estrecha y bamboleante, se sintió presa de vértigo, hasta tal punto tenía la impresión de ver hormiguear e incluso cobrar vida aquellos acantilados de los Diez Mil Budas, donde las esculturas se confundían con los obreros en un batiburrillo indescriptible.

A sus pies todo era una inmensa confusión.

Un centenar de escultores se afanaban junto a la estatua de *Vairocana*. Los sonoros jadeos de los peones que transportaban las piedras, un canto tras otro, desde la cantera abierta en el peñasco hasta el pie de la gigantesca estatua, se mezclaban con el ruido de los cinceles y martillos que golpeaban con furia la piedra.

Aquí y allá, en altares portátiles, unas guirnaldas de flores y frutos dejaban constancia del culto que los obreros más devotos ya tributaban a aquel increíble panteón de divinidades que poco a poco iban creando sus cinceles a partir de la muralla de la roca.

—¡Un hermoso taller! ¡El impresionante peñasco de los Diez Mil Budas es digno de su nombre!

Persistirá a lo largo de los siglos —murmuró escuetamente Wuzhao, que no habría querido por nada del mundo que Pureza del Vacío supiera que sufría vértigo, mientras bajaba del andamio.

—¡Tomaría con gusto un sorbo de té! —dijo al llegar abajo.

—Majestad, os propongo que vayamos a sentarnos en aquel pabellón, donde os servirán todo lo que vos queráis —le sugirió el Superior del convento *mahayanista* de Luoyang indicándole un elegante quiosco de bambú junto a la orilla del río Yi He.

El Mudo, con su sempiterna jaula del grillo imperial, ya los esperaba allí.

El gigante mongol, para quien el cuerpo de la emperatriz ya no tenía ningún secreto, permanecía impasible.

¿Podía sospechar alguien que el Mudo y Wuzhao eran amantes?

Así que la emperatriz se sentó, un criado le trajo todo un surtido de cuencos de porcelana verdeceladón.

Después de hacer hervir el agua sobre unas trébedes de bronce hasta que las burbujas fueron «del tamaño de los ojos de una langosta», como solía decirse, la vertió en la tetera, en la que había puesto previamente un puñado de hojas de té de tres variedades diferentes —«Puntas de cabellos de los montes Amarillos», «Caracol de Primavera» y «Pozo del Dragón»—, antes de incorporarle corteza de naranja, hojas de menta y un minúsculo trocito de dátil, así como una piel de cebolla.

Seguidamente el encargado de preparar el té se arrodilló con gran ceremonia delante de Wuzhao y agitó la mezcla con ayuda de una diminuta escobilla.

Los budistas, que no dudaban en recuperar los elementos más tradicionales de la civilización china, daban al té el nombre de «planta del despertar» en recuerdo del monje indio *Bodhidharma*, uno de los fundadores de la Iglesia del Gran Vehículo, de quien se contaba que, para castigarse por haberse dejado vencer por el sueño en el curso de una meditación, se había cortado los párpados y, habiéndolos arrojado al suelo, echaron raíces y originaron la primera planta del té…

Wuzhao bebió un sorbo con los ojos cerrados.

Le gustaba aquella quemazón que notaba un momento en la garganta para calmarse después bruscamente cuando, por la mañana y por la noche, degustaba el té hirviente.

—¿Qué tal han pasado estos dos meses que llevan a vuestro cuidado los Gemelos Celestiales? —preguntó al Superior del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

—No podrían estar mejor, Majestad. Empiezan a hablar. La niña, la llamada Joya, ya dice frases enteras. Será más precoz que su hermano. La monja que los cuida los trata con amor y diligencia.

Como ya sabía que me haríais esta pregunta, permitidme que os los muestre, Majestad —dijo antes de hacer un ademán a un monje.

Un instante después, los Gemelos Celestiales, arrebujados en ropas forradas con muletón, aparecían en el quiosco de bambú en brazos de una monjita que los llevaba con las mismas precauciones que si transportara unas santas reliquias.

—¡Buenos días, señora! ¡Guapa! ¡Guapa! —balbuceó la niña al ver a Wuzhao.

—¡Verdaderamente son cada día más encantadores! Ya veo que están muy bien atendidos —exclamó la emperatriz deshaciéndose en sonrisas delante de los dos pequeños, que no estaban nada intimidados y le tendieron los brazos profiriendo gritos de alegría.

La emperatriz de China puso a Joya en su regazo y rozó con los labios la frente de la niña. Ésta batió palmas y pegó su boquita al pecho de Wuzhao. Su extraordinario rostro seguía siendo tan hermoso como siempre, tanto por su lado normal como por el velludo.

—¡No paran un momento, siempre están corriendo de un lado a otro, desde las salas de oración hasta los dormitorios del convento! Toda la comunidad está encantada con los Gemelos Celestiales —dijo la monja.

—Si su presencia planteara algún problema, por pequeño que fuese, no dudéis en comunicármelo.

Buscaría otra solución —aseguró la emperatriz.

—Estos niños son la alegría de la comunidad —exclamó la religiosa.

—El monasterio se siente muy honrado de que le hayáis confiado la custodia de estos pequeños, Majestad. Estoy convencido de que obtendrá de ello un gran beneficio —añadió Pureza del Vacío.

Si lo que quería era comprobar con el maestro de *Dhyâna* que su intuición al proponerle hacerse cargo de los dos niños tras la partida hacia el Tíbet de Cinco Prohibiciones y de Umara había sido acertada, no necesitaba ver más.

—Majestad, desde que los fieles y los peregrinos saben que el monasterio alberga a los Gemelos Celestiales, acuden todos los días a centenares para depositar ofrendas, algunas en dinero contante y sonante, delante del pabellón donde los tengo instalados. La mayoría quieren tocar las ropas de la pequeña Joya, en la que ven una reencarnación incompleta. Su presencia no tardará en dar pie a algo parecido a una verdadera peregrinación —prosiguió, satisfecho, el gran maestro de *Dhyâna*.

Así pues, había dado en el clavo al prever que aquellos dos niños del Tíbet atraerían a numerosos peregrinos. Era una compensación adecuada de la imposibilidad en que se encontraba de proporcionar a Pureza del Vacío la seda prometida para sus pendones.

—Así que no me equivoqué al proponeros que acogierais a estos gemelos. Acordaos de mi insistencia… —le dijo Wuzhao, preparando el terreno al que había decidido llevar a Pureza del Vacío.

Con el propósito de ponerlo a la defensiva, se valía de las reticencias que había detectado en el Superior, desconfiado por naturaleza y poco inclinado a ver en el aspecto de la niña otra cosa que un accidente de nacimiento, cuando ella le insinuó que diese cobijo a aquellos gemelos que ella calificaba de celestiales.

Frente al silencio incómodo del interesado, prácticamente se vio obligada a sugerirle que una negativa por su parte podía comportar la suspensión de la ayuda que concedía a sus proyectos.

A partir de ahora, y gracias a ella, el Superior del monasterio *mahayanista* más grande de China disponía de la baza extraordinaria que aquellas dos pequeñas reliquias vivientes eran para su establecimiento.

Por este motivo, segura de lo que hacía, consideró que había llegado el momento de volver a hablar al Superior del Reconocimiento de los

Beneficios Imperiales del caso de Cinco Prohibiciones.

No tenía intención de abandonar a su suerte a aquel joven monje a quien había prometido hacer todo lo posible para arrancar su perdón a Pureza del Vacío. También quería reparar el incidente que había tenido con Umara en el momento de su precipitada partida después de la publicación del decreto de proscripción de los nestorianos. Lamentaba haberse comportado de forma tan brutal, pero el miedo a que los agentes del Gran Censorado descubriesen que los albergaba clandestinamente la había puesto muy nerviosa y, debido a ese episodio, la despedida había sido agria.

No había tenido tiempo de explicarles que ella no tenía nada que ver con la publicación de los mencionados decretos, cuya existencia había descubierto con extrema inquietud al mismo tiempo que ellos. Su promulgación testimoniaba, en caso de que hubiera sido preciso hacerlo, la potencia soterrada y astuta de los enemigos de Wuzhao. La sorpresa de Gaozong, cuando ella lo interrogó al respecto, no fue fingida. Aquellos decretos eran fruto de la tecnoestructura imperial, que actuaba en caso necesario sin el aval de las autoridades políticas, apropiándose de aquel adagio que dice que lo que no está prohibido, está permitido…

Pero Wuzhao quería el bien de Umara y de Cinco Prohibiciones.

Envidiaba aquel amor.

Al igual que ella, aquellos dos jóvenes eran luchadores de la vida, aunque combatían con armas diferentes de las suyas y, a diferencia de ella, no habían tenido necesidad de matar.

La emperatriz de China, consciente de que Umara se encaminaba, decidida, hacia su felicidad, habría trocado de buena gana sus suntuosos ropajes por los humildes de la joven cristiana nestoriana.

Sabía por experiencia que felicidad y poder, amor y riqueza rara vez corren parejos y que, las más de las veces, tener una vida satisfactoria consiste en renunciar a las responsabilidades supremas…

La pequeña Umara había acabado por convertirse en una especie de modelo para la todopoderosa Wuzhao, y por eso le parecía importante que Cinco Prohibiciones obtuviese el perdón de su antiguo Superior.

—Majestad, hicisteis bien en insistir. Esos Gemelos Celestiales serán muy útiles para el convento del Reconocimiento de los Beneficios

Imperiales —reconoció sobriamente el viejo monje del Gran Vehículo en respuesta a la reflexión de la emperatriz.

Era el momento oportuno de abordar el asunto más peliagudo.

—Todavía no os lo he dicho, maestro Pureza del Vacío, pero sobre este tema tengo una confidencia importante que haceros —le susurró al tiempo que le hacía ademán de que se acercara y lo llevaba hacia la orilla del río para asegurarse de que estarían al abrigo de oídos indiscretos.

El Superior *mahayanista* miró a Wuzhao con aire sorprendido.

No se esperaba aquella actitud por parte de la esposa de Gaozong.

—Se trata del *tripitaka*[71] Cinco Prohibiciones, que trajo de Samyé a esa pareja de niños santos, los cuales le fueron confiados dentro de una cesta sin informarlo del contenido. Ese muchacho ha dado pruebas de poseer un gran valor y abnegación al encargarse de traer aquí a los Gemelos Celestiales.

¡Otro que no fuera él habría sido incapaz de llevar a buen término una misión tan peligrosa y delicada como ésta! ¿No lo hace esto merecedor de que lo perdonéis? —soltó de repente al gran *mahayanista* traspasándolo con la mirada.

—¿Quiere esto decir que Cinco Prohibiciones ha regresado a China? —farfulló éste, desconcertado.

—Incluso he llegado a alojarlo unos días en Chang An junto con sus Gemelos Celestiales.

—En ese caso habrá que decirle que me venga a ver. Él y yo tenemos que hablar… —concluyó el viejo monje sin la menor turbación.

Como todas aquellas personas a las que no les gusta que les fuercen la mano, Pureza del Vacío había tardado muy poco en recobrar su presencia de ánimo.

—¿Estaríais dispuesto a perdonarlo? —insistió la emperatriz Wuzhao, que acababa de darse cuenta de que su interlocutor no era de los que bajan fácilmente la guardia.

—Pero ¿qué debe hacerse perdonar vuestro protegido? ¡Que venga a verme y lo recibiré con los brazos abiertos! ¿Tan importante es que le impide desplazarse de Chang An a Luoyang? —replicó no sin afectación el

Superior de Luoyang haciendo como que no comprendía a qué terreno lo quería llevar Wuzhao.

—Digamos, para simplificar, que no puede —exclamó ella.

—Majestad, si no precisáis, lo lamento mucho pero no podré hacer nada por ese muchacho.

—¡Ha tenido que volver al extranjero! Y si acaso volviese, sería para pediros que lo autorizaseis a recuperar el estado laico.

—¿El estado laico? ¡Por el Santo Buda!, ¿por qué motivo? Cinco Prohibiciones es uno de mis monjes con futuro más prometedor —dijo el maestro de Dhyâna.

—Pues simplemente porque está locamente enamorado de una hermosa muchacha. Se trata de una enfermedad bastante común teniendo en cuenta el perfil del interesado —acabó por soltar, medio en serio, la emperatriz de China.

—¿Y cómo se llama esa criatura que ha logrado depravar a uno de mis mejores discípulos?

—¡Umara es su nombre, maestro Pureza del Vacío!

El viejo Superior de Luoyang hizo una pausa.

Ahora era estupor lo que podía leer la emperatriz en su rostro huesudo, como si aquel nombre hubiera evocado de pronto en él algo preciso.

—¿Decís que Cinco Prohibiciones se ha enamorado de cierta Umara? ¿Habéis dicho Umara? —gritó recuperando la serenidad al momento a pesar de que sus puños cerrados daban testimonio de su cólera reprimida.

—Se trata de una muchacha nestoriana encantadora que vuestro ayudante conoció en el camino de regreso del país de Bod. En Dunhuang, para ser exactos.

—¡Creía que el nestorianismo era una religión proscrita en el imperio del Medio! —replicó secamente el viejo Superior *mahayanista*.

—La prohibición que la administración china acaba de notificar a la iglesia nestoriana con respecto a la práctica de su culto no me impide encontrar simpatiquísima a esa muchacha. Tiene todo lo necesario para hacer feliz a Cinco Prohibiciones —le replicó ella.

Entre el monje y la soberana se había establecido un duelo, aunque fuera de florete con botón, cuyo envite era el perdón de Cinco

Prohibiciones.

—¡Ya veo, ya veo! Ese monje ha violado su fe… y no con una cualquiera… —suspiró, pensativo, Pureza del Vacío.

La emperatriz se dio cuenta de que el solo nombre de Umara provocaba en él un sentimiento de hostilidad palpable y al mismo tiempo una cólera sorda.

—Pues bien, en ese caso que vengan a verme los dos y yo daré mi opinión —añadió en un tono en el que era totalmente perceptible la amenaza.

El gran maestro de *Dhyâna*, que había vuelto a serenarse, estaba acodado en una barandilla situada sobre el río donde unas carpas describían círculos concéntricos y su postura le infundía un aire tan imperial como el de su interlocutora.

—Esos dos jóvenes se han visto obligados a abandonar Chang An, donde el Gran Censorado les estaba siguiendo los pasos. Tuve que organizar su huida a toda prisa. Imperiosas razones, algunas de las cuales os conciernen, me forzaron a darles cobijo. ¡Ésta es la razón de que hayáis heredado los Gemelos Celestiales! —explicó la emperatriz, que lo había seguido.

—En cierto modo, soy yo quien os hace el favor —replicó él, no sin bastante atrevimiento.

—Digamos que los dos salimos ganando. Confesad, sin embargo, que no sois vos quien pierde más.

—¿Dónde han ido? —preguntó con aire indiferente el Superior de Luoyang guardándose de darse por aludido con las palabras de Wuzhao.

Inclinado sobre el agua del río, en cuya superficie unas libélulas procedían a sabios vuelos rasantes para evitar los peces que las acechaban, aguardaba la respuesta de la emperatriz.

Wuzhao observaba a su vez una gruesa carpa que acababa de asomar de un salto y que había dejado suspendida en el aire una estela de gotitas irisadas.

¿No era un feliz presagio que se sintiese incitada a decir la verdad a Pureza del Vacío con respecto al lugar al que habían partido los fugitivos?

La carpa o *Liyu*, debido a sus poderosas escamas, era vista como un guerrero provisto de coraza capaz de hacer frente al Gran Dragón que dormitaba en el lecho del río Amarillo y, en la corte de los Tang, la cola de ese augusto pez era considerada, junto con la lengua de pato, la lechaza de pescado, los labios de mono, la pata de oso, el tuétano de buey, la giba de camello y el rabo de ciervo, uno de los ocho manjares más exquisitos que existen.

—Al país de Bod. Cinco Prohibiciones pensó que el monasterio donde vos ya lo habéis enviado era un lugar suficientemente discreto e inaccesible para servirle de refugio —respondió la emperatriz.

—¡Así pues, esa Umara y su Cinco Prohibiciones han ido a Samyé! Cierto es que el sitio no se encuentra fácilmente… —murmuró, siempre impasible, el jefe espiritual del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang.

Wuzhao habría querido saber qué ocultaba aquella ausencia de reacción después del nerviosismo que había manifestado al hablarle de su antiguo ayudante.

Pero en aquella mirada que sólo emanaba calma no se percibía nada.

—¿Accederéis a recibir a vuestro ayudante cuando vuelva de Samyé? —preguntó la emperatriz a Pureza del Vacío.

—La puerta de mi despacho no está nunca cerrada. Que él venga a verme y hablaremos. El diálogo que un maestro espiritual debe mantener con sus discípulos no ha de tener intermediarios —le replicó suavemente.

Era evidente que el maestro de *Dhyâna* no quería comprometerse de forma clara en un asunto tan esencial como aquél por el hecho de que estaba relacionado con la autoridad ejercida sobre sus monjes por todo superior de convento del Gran Vehículo.

Wuzhao, un tanto decepcionada, se dio cuenta de que, llegados a este punto, era inútil tratar de conseguir más cosas…

Pureza del Vacío ya se disponía a dirigirse de nuevo a la obra del peñasco de Longmen cuando la emperatriz, a quemarropa, le hizo una última pregunta:

—Maestro Pureza del Vacío, ¿conocéis la existencia de esa enorme piedra que, al parecer, hace muchos años depositaron en el lecho del río Lë

unos monjes budistas? Dicen que tiene grabadas en sus dos caras toda una serie de predicciones secretas.

—El río Lë desemboca en éste un poco más arriba de Luoyang. Por desgracia, en el sitio donde arrojó esa roca santa uno de mis lejanos predecesores el lecho del río está tan obstruido por el limo que nunca he podido contemplarlo con mis propios ojos, pero no he dudado un solo instante de que la piedra está allí. Ésta es, además, la primera confidencia que hace a todo Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales el que le ha precedido cuando éste se ve obligado a retirarse por haber llegado a la edad límite. Esa roca actúa de invisible talismán que se transmite a través de las generaciones de monjes y permite asegurarse de que el nuevo dirigente del convento no es un usurpador. Pero ¿por qué me hacéis esta pregunta, Majestad?

—Quería asegurarme de que esa historia de la piedra grabada no era una leyenda.

—Creo que he hablado claro con vos, Majestad… La roca se encuentra bajo el agua del río desde tiempo inmemorial.

—¿Qué dicen las inscripciones?

—Si no existe ninguna duda acerca de la existencia de la piedra, sobre esta última cuestión, Majestad, me veo obligado a reconocer que las dudas son muchas.

—¿Qué queréis decir?

—Unos dicen que esas misteriosas inscripciones se refieren a predicciones relacionadas con Buda, otros que se trata de la descripción de hechos futuros referidos al imperio de China. En realidad, habría que encargar a un equipo de submarinistas que sacasen la piedra del agua, ya que ésta sería la única manera de aclarar el enigma —respondió Pureza del Vacío, tan impenetrable y distante como siempre.

—¡Ya veo, ya veo!… ¡Es interesante! —dijo ella, pensativa.

—Majestad, ¿puedo permitirme preguntaros por qué os interesáis por las palabras grabadas en la piedra del río Lë? —prosiguió el Superior de Luoyang.

—¡No es por nada concreto! Se trata simplemente de una idea que me rondaba en la cabeza —se contentó con responderle.

Tanto la emperatriz de China como el jefe de su Iglesia del Gran Vehículo eran personas que no dejaban fácilmente que se descifrasen sus pensamientos más íntimos, ni siquiera por parte de espíritus tan intuitivos como los suyos…

Fue entonces cuando Wuzhao planteó la última pregunta que le bailaba en los labios:

—Maestro Pureza del Vacío, ¿sería posible una reencarnación del Bienaventurado Buda?

—¡Con toda seguridad, no! *Gautama* Buda alcanzó el nirvana y, debido a ello, el Bienaventurado salió definitivamente del ciclo de las muertes y nacimientos. El Bienaventurado está por encima del mundo. Por eso jamás podrá volver a poner aquí los pies.

—¿Aunque fuera en nombre de la compasión hacia un gran pecador cuya capacidad de difundir sus enseñanzas hubiera calibrado y a favor del cual hubiera aceptado ir en contra de sus santos principios?

—¿De qué pecador estáis hablando, Majestad? —inquirió, sorprendido, el Superior de Luoyang.

Wuzhao, sin decir palabra, volvía a contemplar el río y las carpas que hacían burbujear el agua junto a la orilla donde ella se encontraba.

De pronto, a Pureza del Vacío se le antojó que su comportamiento era extraño.

¿A qué individuo que vivía en el pecado hacía alusión la esposa de Gaozong?

Si se trataba de Cinco Prohibiciones, él creía haberse expresado con bastante claridad: no tenía intención de concederle carta blanca, ni siquiera en el caso de que mediase Wuzhao.

Así pues, volvió a formular la pregunta.

—¡Oh, se trata de un rumor que circula en China meridional, que me ha llegado a través de mi red de espías e informadores y que me intriga al máximo! Hablan de un curioso personaje que va de pueblo en pueblo montado en un elefante blanco. Parece que ese tal posee poderes extraordinarios.

Unos pretenden que se trata de un *bodhisattva*, otros que del Buda *Gautama Shakyamuni* en persona.

Los devotos acuden a verlo dondequiera que se encuentre. Dicen incluso que es capaz de curar mediante tan sólo la imposición de manos en la frente de los enfermos…

—¡No puede tratarse en ningún caso del Buda *Shakyamuni Gautama*! No hay que fiarse de esos rumores, Majestad. Quienes los propagan son unos ignorantes, o mejor dicho, unos embusteros recalcitrantes —concluyó secamente el gran maestro de *Dhyâna*, presionado por la necesidad de dar instrucciones a los maestros escultores.

—Lo que aumenta mis preocupaciones es ese elefante blanco. Según dicen, es como una montaña de nieve. ¿No tiene por montura un paquidermo inmaculado el *bodhisattva Samantabhadra* Puxian? —preguntó la emperatriz.

—El elefante blanco de Puxian el Sabio tiene seis colmillos y su dosel está coronado de perlas flamígeras. Además, sólo se desplaza sobre flores de loto. Me sorprendería enormemente que se tratara del animal al que aludís, Majestad —dijo él en tono reticente.

—El paquidermo en cuestión, según los rumores, es blanco como la nieve del Emeishan.

—El color no tiene aquí nada que ver. Uno de mis conocidos indios posee un elefante sagrado que tiene la piel clara. En los conventos *hinayanistas* de la India del Norte dedican esos animales al transporte de reliquias santas. Pese a que las palabras «elefante» y «presagio de Gran Paz» se pronuncian de la misma manera, lamento deciros que seguís una pista falsa, Majestad. El elefante blanco de que me habláis no es el de *Pixian*.

—¡Ya comprendo! Si os hubiese dicho que ese individuo iba montado en un león y que se movía sobre una alfombra de lotos, ¿veríais en él la reencarnación de *Manjusri Wenshu*[72], el discípulo de *Shakyamuni* encargado de desterrar la ignorancia? —le preguntó ella en tono de broma.

—Majestad, éstos son temas sobre los que no me parece adecuado bromear. Espero que un día *Manjusri Wenshu*, el que va montado en un león, escuche vuestras plegarias —respondió el Superior del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, que no se abstuvo de demostrar su reprobación empleando esos términos.

Bromear, aunque fuera de forma indirecta, en detrimento del panteón espiritual del Gran Vehículo era una actitud que el dirigente del monasterio más emblemático de aquella Iglesia siempre había condenado y que había valido a más de uno de sus novicios meses enteros de penitencia en una ermita aislada del resto de la comunidad.

Pero a Wuzhao, intrigada por aquel rumor que no cesaba de ir en aumento hasta el punto de adquirir dimensiones de leyenda, aquello le importaba muy poco, ya que lo único que ella quería saber era qué se escondía detrás de un personaje tan sorprendente y fantástico como aquél.

—En tal caso, ¿no podría tratarse de *Amitabha*, el Buda de Luz?

—Ese individuo no puede ser *Amitabha*, Majestad. El Buda de la Luz Infinita reina en el Paraíso de Occidente, la Tierra de la Felicidad Perfecta, situada a una incalculable distancia de nuestro mundo.

El sur de la China está muy lejos —respondió Pureza del Vacío levantando los ojos al cielo.

El tono con que el gran maestro expresó su negativa acabó por molestar a Wuzhao. En consecuencia, lo saludó secamente antes de volver precipitadamente a su palanquín.

Pureza del Vacío, consciente de que tal vez se había excedido un tanto con la soberana, se sintió molesto.

Como todo hombre experimentado en el poder y perfectamente conocedor de sus arcanos, sabía que no convenía humillar a los poderosos porque, tarde o temprano, te lo hacían pagar.

Habría sido deplorable que las consecuencias de su conducta repercutiesen en la Iglesia del Gran Vehículo.

Para el jefe religioso era urgente limitar los daños y evitar que la emperatriz se marchase contrariada.

Se precipitó, pues, hacia la ventana enrejada que se abría en el cajón de madera dorada, suntuosamente decorado con motivos de hojas y pájaros, que seis porteadores, unos instantes más tarde, izarían en hombros.

—¡Majestad, pensándolo bien, si ese individuo que cabalga en un elefante blanco cura a los enfermos quiere decir que debe de ser médico! ¡Convocadlo, pues, a la corte! No se sabe nunca… —balbuceó como queriendo arreglar la situación.

—Creo saber qué debo hacer y en todo caso no dejaré de manteneros al corriente —replicó la emperatriz, altanera.

—¡Que el Bienaventurado os inunde con su dulce y divina Luz! ¡Tenéis a todo el Gran Vehículo detrás de vos, Majestad! —exclamó Pureza del Vacío inclinándose delante del palanquín de la soberana.

—¡No lo dudo!

Sin embargo, en lugar de ordenar a los porteadores del palanquín que la llevaran al palacio imperial de Luoyang, donde se había instalado desde hacía unos días, se hizo conducir a la orilla del río Lë y, más precisamente, al lugar exacto donde se decía que estaba la piedra que tenía unas predicciones grabadas y que había sido arrojada allí hacía muchísimo tiempo.

El río estaba bordeado de sauces llorones, apodados «árboles del amor». Sus ramas longilíneas se desparramaban en el agua como la cabellera de una criatura que se dispusiera a bañarse en el río. En aquel tramo, el lecho del Lë se ensanchaba y formaba una especie de lago en cuyo centro un impresionante remolino hacía girar el agua y formaba una espiral, como si tuviera debajo un gigantesco sifón que la sorbiera.

En aquel punto, en el centro de la espesa capa de limo que confería al agua su color verde jade, se suponía que se encontraba la piedra sagrada con las misteriosas inscripciones grabadas en su superficie.

La emperatriz ya sabía todo el partido que podía sacar de aquel texto inmemorial.

«El agua que va cayendo gota a gota, acaba a la larga por perforar la roca», decía el Libro de las Odas, aquel manual de poesía que tenía varios miles de años de antigüedad.

Bastaba con decidirlo: aquella piedra grabada del río acabaría por ser suya.

Si estaba allí era porque le estaba destinada.

Oculta en el limo, esperaba a que Wuzhao diese la orden de sacarla a la superficie.

Esa roca se convertiría en el aliado indefectible de aquella que, al llegar a la corte de Chang An, descubrió, no sin sorpresa por su parte, la veneración que los letrados y artistas profesaban a las piedras.

Perforadas y erosionadas por el viento y el agua, gracias a lo cual circulaban a través de ellas los hálitos vitales *Qi*, los *jingshi* o «piedras-paisaje» eran copias exactas de las montañas, con sus picos dentados y sus valles profundos, y reproducían los Cinco Montes Sagrados de China; montadas en zócalos de palisandro o de palo de rosa minuciosamente tallados, servían para que pintores y calígrafos las utilizaran como posa pinceles; con incrustaciones y marcas de fósiles de conchas, insectos y helechos, se convertían en objeto de intercambio entre coleccionistas dispuestos a gastar fortunas para poseer esas piedras que, según aseguraban algunos médicos taoístas, había que pulverizar para obtener el polvo de la longevidad. Cuando, en el caso de las *Huashi*, tenían la forma característica de los huevos de dinosaurio, se decía que las había puesto un ave fénix.

En cuanto a las «flores de lluvia» o *caishi*, de las que se decía que eran flores de piedra caídas del cielo, eran adorno frecuente de los estanques en miniatura de los jardines.

Finalmente, en los jardines de sus templos, en zonas impecablemente cubiertas de grava, los monjes budistas se entregaban fácilmente a la contemplación delante de los *chanshi*, aquellas piedras de la «meditación sentada», de formas tan raras que parecían absurdas y permitían que el espíritu se evadiera instantáneamente de la realidad.

Pero las «piedras escritas» eran muchísimo más importantes aún que esas «piedras de sueño».

Y los textos grabados en la piedra, por el hecho de que no se podían borrar, ganaban en solemnidad para convertirse en «órdenes celestiales».

Había numerosos yacimientos rupestres, venerados como auténticas zonas sagradas, donde los hombres prehistóricos habían dejado sus marcas en la piedra en forma de dibujos de animales o de escenas más crudas que representaban acoplamientos en los que al cincel del escultor-chamán no se le escapaba el más mínimo detalle.

Desde los tiempos de las grandes dinastías de los Shang y después de los Zhou, época en que los códigos chinos fueron compilados, ese respeto por los signos escriturarios fue transmitiéndose de generación en generación gracias sobre todo a los signos escritos que habían quedado en los bronces rituales.

Así, el último emperador de los Han, alrededor de doscientos años después de Cristo, ordenó que se grabaran los Trece Clásicos en placas de piedra caliza, y su lejano descendiente, Taizong el Grande, nada menos que el padre de Gaozong, dispuso en Chang An el «bosque de las estelas», que no era otra cosa que una biblioteca mineral destinada a conservar los escritos más importantes de la literatura y la historia de China.

Pero ocurría a veces que un libro de piedra era portador de «inscripciones ocultas», en cuyo caso sólo revelaba el mensaje que contenía a ojos dotados de especiales poderes.

Había que ser, entonces, sacerdote, adivino o médium para descifrar su sentido.

Wuzhao estaba segura de esto: en aquella roca sumergida tenía que haber una orden celestial que la concernía.

Si era necesario, pues, se proponía encontrar unos ojos lo bastante perspicaces para descifrar su inefable contenido.

Aquel día la roca sumergida en el río Lë pasaría a convertirse en «la piedra de la emperatriz Wuzhao».

—Observa bien este río —dijo al Mudo—, porque bajo esas aguas tengo a un aliado mineral que me ayudará a conseguir mis fines.

Estaban solos; los porteadores del palanquín esperaban más lejos.

La emperatriz le ofreció los labios.

—Créeme, Mudo, si te digo que esa piedra no ha sido arrojada aquí por azar —añadió.

El grillo debía de estar de acuerdo con ella, porque de pronto, suspendido en la preciosa jaula que sostenía una de las manos del Mudo mientras con la otra acariciaba el pecho de la emperatriz, rompió a cantar.

XXXIV

CAMINO DE SAMYÉ, EN LAS MONTAÑAS, DEL PAÍS DE LAS NIEVES, TÍBET

Hacía más de dos meses que caminaban uno al lado del otro, precedidos por la perra amarilla, que corría de aquí para allá, feliz de husmear leves olores animales, habituada como estaba a los grandes espacios abiertos donde la fauna, las más de las veces invisible al ojo humano, pululaba al abrigo de los arbustos que la nieve, en aquel principio de invierno, todavía no había cubierto.

Aquella tarde, en el recodo de un sendero donde los *yaks* habían dejado los restos aún humeantes que señalaban su paso, a Cinco Prohibiciones le sorprendió el curioso proceder de la perra Lapika.

El camino bordeaba, en aquel paraje, un declive en el que crecían unas hierbas tan altas que llegaban a asomar en la nieve pese a su espesor.

Allí se detuvo el moloso de pronto con la trufa al acecho, como preparándose a desalojar de su escondrijo a un animal emboscado detrás de un montículo de nieve.

—¡Fíjate, Umara, cómo enseña los colmillos! Lapika pone en juego todos sus instintos de defensa y de ataque. ¡Aquí tiene que haber un leopardo de las nieves o quizás un oso preparado para abalanzarse sobre nosotros! —exclamó Cinco Prohibiciones, inquieto de pronto.

Apenas acababa de pronunciar la frase cuando Lapika, con los músculos tensos como un arco, tomó impulso para saltar con las fauces abiertas sobre

el montón de nieve, del que surgió de pronto un hombre profiriendo gritos de terror.

—¡Sujetadlo! ¡Ese moloso me va a devorar! —gritó el individuo cubierto de nieve.

Cinco Prohibiciones dio orden a Lapika de volver sobre sus pasos, lo que hizo al momento la perra para alivio de aquel que estaba a punto de convertirse en su víctima y que, debido al contacto con la nieve, tenía el rostro rojo como la grana.

En aquel momento Umara se dio cuenta, estupefacta, de que a pesar del absurdo gorro que llevaba, de las pestañas cubiertas de escarcha y del pánico que invadía sus rasgos, aquel ser era Bruma de Polvo.

Era su antiguo compañero de juegos, aquél con quien había descubierto el escondrijo de libros de Dunhuang, que la estaba contemplando con la misma estupefacción que ella…

—¡Bruma de Polvo! ¿Qué haces aquí, en pleno Tíbet? ¡Qué maravillosa sorpresa! ¡Qué alegría volver a verte!… ¡Cómo has crecido! —balbuceó la muchacha, en el límite extremo de la sorpresa.

El chinito la superaba de largo en estatura, lo que no era así la última vez que se habían encontrado en el vergel del obispado de su padre.

Mientras se sacudía las ropas, la joven tuvo ocasión de observar su silueta. Llevaba colgada de la espalda una pequeña bolsa de viaje que debía de importarle sobremanera, por la manera que tenía de sujetarla con sus manos violáceas.

—Estaba escondido en la zanja. Os he visto subir por el camino junto con la perra. Como todos los fugitivos, debo desconfiar. Si hubiera sabido que eras tú, no me habría escondido en ese agujero —se contentó con responder el chinito.

—¡Los fugitivos deberíamos estar bien avenidos! —dijo Umara bromeando.

Cinco Prohibiciones, que sólo conocía al interesado de nombre, observó que el rostro de su amante se iluminaba de alegría. Estaba verdaderamente encantada de aquel encuentro inopinado que le brindaba ocasión de explicarse finalmente con Bruma de Polvo en relación con su brusca partida de Dunhuang.

Éste, por el contrario, parecía incómodo y la miraba con aire sombrío, al borde del enfado.

La desaparición de Umara sin la menor explicación era algo que aún no había digerido y la comprobación de su ausencia, después de los vínculos de complicidad que habían entablado, había sido para él causa de atroces sufrimientos.

¿Por qué lo había abandonado? ¿Qué le había hecho él para ser tratado de aquella manera?

Como quien acaba de recibir un mazazo, se había pasado días enteros merodeando por Dunhuang y alrededores, terriblemente decepcionado, dividido entre la incomprensión, el resentimiento y el miedo, buscando a la muchacha que, desde el día que la conoció, se había convertido para él en la única persona que contaba en el mundo.

Se movía de aquí para allá, desesperado y rabioso, sin saber hacia dónde dirigir sus pasos, convencido de que su destino estaba maldito, cuando, después de tres días en ese estado, un encuentro inesperado le encendió una lucecita y lo incitó a ir a Samyé…

Fue, pues, un Bruma de Polvo hermético y muy enflaquecido como consecuencia de la huida quien respondió al exhaustivo interrogatorio al que Cinco Prohibiciones y Umara, sin apercibirse de la presión que ejercían sobre él, lo sometieron aquella misma noche en el campamento. Sentían verdadera urgencia por averiguar qué circunstancias habían empujado al chinito hasta los caminos del país de Bod, una región tan poco hospitalaria, barrida permanentemente por vientos glaciales y donde era raro encontrar ningún ser vivo…

—Si he entendido bien, te has librado de una buena. ¡Poco debe de quedar del oasis! —se lamentó Cinco Prohibiciones así que el chino les hubo explicado sucintamente que, después del ataque a Dunhuang por parte de una hueste de turcos, se había visto obligado a huir.

—¿Por qué decidiste venir aquí? —acabó por preguntarle Umara.

Su antiguo camarada tardó poco en descubrir que sus dos interlocutores, por la manera que tenían de tocarse y de mirarse, estaban profundamente enamorados.

—¿No se dice entre nosotros que «en el Techo del Mundo no hay perseguidor que atrape nunca al perseguido»? —soltó el muchacho dirigiéndose a Cinco Prohibiciones sin mirar a Umara, para que ésta comprendiera que tenía muchas cosas que hacerse perdonar.

Por nada del mundo les habría revelado la razón de su presencia, ya que el rencor que sentía contra la joven cristiana por haberlo abandonado, por lo visto por culpa de Cinco Prohibiciones, seguía estando a flor de piel.

—Conozco el adagio tan bien como tú. Puedes estar seguro de que en estos parajes no serán los turcos los que vendrán a buscarte… —concluyó Cinco Prohibiciones, que distaba mucho de suponer que Bruma de Polvo no se lo decía todo.

La pareja continuó bombardeando a preguntas al joven chino.

Pero, como sólo se expresaba a sacudidas, había que írselo arrancando todo.

—Los incendios devastaron todas las construcciones de madera y de adobe. Cuando dejé el oasis, estaba hecho una ruina —acabó por decirles con expresión sombría después de una de las muchas preguntas de Cinco Prohibiciones acerca de las consecuencias del saqueo de la población por obra de los bandidos.

—¿Y qué ha sido de la iglesia nestoriana que mi padre había levantado piedra a piedra? —preguntó, temblando, Umara, cuya inquietud se había acentuado trágicamente ante las palabras de su antiguo compañero de juegos.

—Saqueada. No quedaba de ella más que un montón de cenizas cuando pasé por delante en el momento de mi huida. Sobre ella principalmente tenían puestos los ojos los asaltantes —se avino a precisar Bruma de Polvo.

Umara, desesperada, estalló en sollozos.

¿Qué le habría ocurrido a su querido padre?

¿Habría tenido tiempo de escapar? ¿Y Diakonos, el diácono que se encargaba de la hilandería de seda clandestina, habría conseguido huir de los atacantes? ¿Y la pobre Golea, su gobernanta, que la había criado como una verdadera madre, habría podido refugiarse en algún sitio en el supuesto de que hubiese logrado librarse de los abominables turcos?

También pensaba en todos sus hermanos, los trescientos miembros de la Iglesia nestoriana, víctimas también de aquella terrible ofensiva.

Cinco Prohibiciones, viendo a Umara a punto de desfallecer, cogió la mano de su amante y la apretó entre las suyas.

—¡Qué cosa tan espantosa! ¡Un oasis tan hermoso como aquél! ¿Y los monasterios budistas excavados en los peñascos circundantes? —preguntó él a su vez, ávido por saber noticias de sus cofrades del Gran Vehículo.

—¡Ni uno solo escapó al incendio! ¡Todos destruidos! —balbuceó el fugitivo.

—¿También las salas trogloditas?

—Asoladas y quemadas como las casas de la ciudad. En sus muros no queda ni una sola pintura, ni el más leve rastro de estuco esculpido. Los asaltantes no dieron cuartel.

—De lo que yo hablo es de verdaderas cuevas y de posibles escondrijos de libros o tesoros. Me refiero a grutas excavadas en los peñascos… —precisó Cinco Prohibiciones.

—Si te digo que en Dunhuang lo saquearon todo, me parece que está bastante claro lo que digo. Pasé mucho miedo. Hace meses que camino sin volverme a mirar atrás —respondió secamente aquel que, apenas un año atrás, era el indefectible compañero de juegos de Umara.

El espectáculo del saqueo del oasis, así como la masacre de un gran número de sus habitantes, había traumatizado hasta tal punto a Bruma de Polvo que fue imprescindible aquella alocada huida hacia el país de Bod para intentar curarse y olvidar las imágenes de cabezas cortadas y osarios en los que, entre alaridos de placer, la soldadesca borracha amontonaba cuerpos despedazados antes de prenderles fuego.

Umara, que conocía la explicación de aquel comportamiento distante, hizo un ademán a Cinco Prohibiciones para que los dejara solos.

Seguidamente se le acercó. Él seguía evitando mirarla y tenía los ojos fijos en las llamas de la hoguera que había encendido Cinco Prohibiciones con intención de preparar una sopa de ortigas.

—Bruma de Polvo, comprendo que me tengas rencor. Me fui sin decirte adiós y seguramente te figuraste que te había abandonado. ¡Perdóname! Cuando te cuente las circunstancias de nuestra partida de Dunhuang,

comprenderás por qué me era imposible hacer otra cosa, pese a haberlo lamentado profundamente —murmuró la muchacha.

—¡Estuve días enteros buscándote! Pero cada noche volvía a Dunhuang con el morral vacío y más desesperado que el día anterior. Hasta que supe por boca de un monje nestoriano que tu padre tampoco sabía dónde estabas… Me dejaste por otro, según puedo comprobar —dijo, ofendido.

—No podía hacer otra cosa, querido Bruma de Polvo. Cinco Prohibiciones y yo decidimos escaparnos en el último momento.

—Las circunstancias importan poco. Tengo motivos para estar resentido. ¡Preferiste a otro!

No dejaba de sorprender a Umara comprobar que la reacción de su joven amigo obedecía al despecho.

¡Así que era eso! Era evidente que Bruma de Polvo se había enamorado de ella y que ella, con toda ingenuidad, no lo había advertido…

Por otra parte, no había más que fijarse en los ojos del muchacho, que ahora sí la miraba de frente.

¿No dejaban traslucir un sentimiento de cólera y a la vez de rebelión, pero por encima de todo de inmensa desesperación al verse traicionado por la única persona a la que había conocido íntimamente?

—¿Qué te ocurre, Umara? Parece que no te encuentras bien —le dijo Cinco Prohibiciones cuando Bruma de Polvo fue a acostarse a cierta distancia, bajo su manta de pelo de yak.

—Bruma de Polvo me ha censurado mi conducta. ¡La ve como un auténtico abandono! —respondió Umara observando pensativamente las brasas de la hoguera, que no tardarían en extinguirse.

—Dime una cosa, ¿estaba enamorado de ti?

—Probablemente sí. Pero te juro que no lo he descubierto hasta hoy.

Un día después de aquel encuentro tan poco cordial, los tres viajeros llegaron a un pueblo encaramado a un pico rocoso, ocupado casi por entero por un grupo de jóvenes vestidos con ropas multicolores y turbantes de lino blanco. Llevaban en los tobillos minúsculos cascabeles y empuñaban hachas de guerra. Ante ellos se alineaban unos hombres que golpeaban cadenciosamente unos tambores a cuyo ritmo bailaban unos lugareños.

Cinco Prohibiciones vio a un viejo que contemplaba el espectáculo sentado en un banco de piedra y a él le preguntó en tibetano qué era todo aquello.

—Es la danza ritual bang. Representa la guerra entre los *deva* y los *asura*, que codician los frutos del árbol plantado en la cumbre del monte *Sumeru* —respondió el viejo con voz sibilante.

Cinco Prohibiciones advirtió entonces que no tenía un solo diente en la boca.

—El blanco se creó en el cielo, el azul se creó en el cielo, después se creó la montaña inmaculada del hielo, después se creó el océano exterior; en medio de este mar se crearon nueve sacos de cuero, de esos sacos surgieron de pronto nueve armas, después se creó el dios Padre Salvaje que hace caer el rayo y la madre protectora llamada de la Concha Marina —se desgañitaba un bardo tocado con un turbante amarillo dirigiéndose a los jóvenes, que ahora habían dejado de golpear los tambores y estaban erguidos ante él.

—¿Dónde está el monte *Sumeru*? —inquirió, ingenuamente, Cinco Prohibiciones dirigiéndose al viejo desdentado.

—Hay que subir al Techo del Mundo y todavía está un poco más arriba. Se llega a él con una escalera de cuerda —dijo, perentorio, el viejo tibetano.

—¡No sabía de la existencia de ese dios Padre Salvaje! —exclamó, muy sorprendido, el amante de Umara.

Para él, como *mahayanista* que era, el *Sumeru* no era más que el centro del mundo, una abstracción geométrica y metafísica semejante al *Bindu*, ese punto central a cuyo alrededor se organizaban los sabios diagramas de los mandalas.

—El dios del monte *Sumeru* es un montón de piedras —añadió el viejo, sorprendido de la ignorancia de su interlocutor— y está rodeado por sus cuatro lados por la leona blanca al este, el dragón azul al sur, el tigre al oeste y el yak salvaje al norte.

—El País de las Nieves también es el de los animales fantásticos —comprobó, divertida, Umara cuando su amante le tradujo las palabras del anciano.

El *bonpo*[73], religión originaria del Tíbet, era un florilegio de tantas extrañezas que no podía por menos de dejar atónitos a quienes la descubrían.

Según su tradición, la creación del mundo era el resultado del desmembramiento de un demonio con cabeza de rumiante o de un elfo con aspecto de sapo y hasta del «desmigajamiento» de la tigresa bebedora de leche y devoradora de hombres.

En aquel país donde las montañas eran tan sagradas e inaccesibles que tan pronto las apodaban «pilar del cielo» como «clavo de fijación de la tierra» reinaban unas divinidades de semblante aterrador, devoradoras de hombres y animales, a cual más carnicera y sedienta de sangre.

En la religión tibetana tradicional todo se resumía en un combate perpetuo entre las fuerzas del cielo y las de los mundos subterráneos, y había que procurar ponerlas en contacto para que los dioses amables de arriba pudieran ajustarles las cuentas a los dioses malvados de abajo a través de la cuerda mu, llamada también «escalera del viento», parecida a una columna luminosa que tenía los colores del arco iris y surgía de la tierra para subir hasta el firmamento, donde residían las divinidades protectoras y benéficas.

Gracias a la ofrenda de la fumigación, elemento esencial del ritual bang, el adepto podía tener la esperanza de forzar la apertura de la puerta del cielo, representada por el cráneo del carnero, a la que se podía acceder a través de la escalera de viento.

En cuanto a la puerta de la tierra, que se podía franquear después de hundir en ella «el clavo de la tierra», estaba simbolizada por una máscara de perro.

Para nuestros tres viajeros, que no sabían nada de la mitología *bonpo*, el espectáculo resultaba singularmente extraño.

Pero todavía no habían llegado al final de las sorpresas…

En un ángulo de la plaza, los habitantes habían construido una especie de tablado en el que habían colocado unas estatuas de manteca mezclada con harina que representaban todo tipo de animales fantásticos: dragones con cabeza de perro, leones de larga cabellera, corderos con cabeza de mono y pájaros cuadrúpedos.

—¡Parecen a punto de derretirse! —comprobó, fascinada, Umara acercándose a aquella efímera construcción.

El gran número de velas colocadas entre las figurillas las iluminaba por transparencia, emanando un calor tal que ya habían empezado a derretirse, lo que hacía todavía más monstruosa la forma de aquellos híbridos.

—¡Las religiones no se parecen! —exclamó Umara, pensativa, en el momento de abandonar aquella población después de una copiosa comida.

—¡Quién sabe! Lo que hemos visto aquí representa la religión de los dioses, la que el Bienaventurado propuso a los hombres que superaran. Pero tal vez sus dioses protegen a esas gentes que parecen tan sinceras… Después de todo, si eso les hace felices… —dijo Cinco Prohibiciones.

—Mi padre defendió siempre que hay que comunicar las propias convicciones a los demás. Desde que te amo, ya no estoy tan segura de que tuviera razón —exclamó Umara arrojándose al cuello de su amante.

Resultaba, pues, que el ayudante de Pureza del Vacío, mucho más capacitado que su maestro para practicar la tolerancia, conseguía, gracias únicamente a su conducta, ganar a su amada para su causa.

En cuanto a Bruma de Polvo, que medía cada paso por la intensidad del amor entre Cinco Prohibiciones y Umara, se encerró en un denso mutismo.

La continuación del periplo de aquel trío se desarrolló, pese a todo, sin particulares problemas.

Apenas si se vio turbado por los leopardos de las nieves que merodeaban alrededor del vivac durante la noche, puesto que la perra Lapika se las arreglaba para ahuyentar a aquellos animales más bien tímidos y miedosos, a los que sólo la ausencia de caza empujaba a acercarse al hombre.

Tras atravesar el famoso último puerto situado antes del monasterio, cuando Umara descubrió por primera vez en su vida los tejados de oro de Samyé entre las dos *estupas* a las que su compañero daba el bello nombre de «Joyas de la Cumbre», no pudo reprimir un suspiro de admiración.

—¡Esas estatuas que se yerguen en el tejado son una maravilla! —exclamó la joven señalando la impresionante representación de la Rueda de la Ley con sus ocho radios, sostenida por las dos ciervas enfrentadas que coronaban el edificio principal.

—¡Están doradas con oro fino! Samyé no sólo es el monasterio más antiguo del país de Bod, sino también el más rico. Aquí nada es excesivamente hermoso para celebrar a Buda —le explicó Cinco Prohibiciones.

—¡Tanta suntuosidad en un lugar tan perdido en un extremo del mundo! ¡Qué extraño es todo esto! —dijo la muchacha.

Así que abrió la puerta, el lama sTod Gling, con los ojos desorbitados como si acabara de aparecérsele un espectro, reconoció a Cinco Prohibiciones.

—Buenos días, lama sTod. Debes de estar sorprendido de verme, pero eso es porque no sabes que Samyé es un lugar al que todo el mundo vuelve de buena gana —dijo aquél en tono jovial a guisa de entrada en materia.

—¿Vienes solo? —preguntó, angustiado, el lama.

—Los niños, si te refieres a ellos, están en Chang An y han quedado en buenas manos.

—¿Los has dejado?

—No he tenido más remedio. Ya te lo contaré todo más tarde. La emperatriz de China en persona les ha dado cobijo y los atiende. ¡No podían estar en mejor sitio!

—¡Comprendo! Habrían podido tener peor suerte, en efecto —dijo el lama con un suspiro de alivio.

Cinco Prohibiciones le dedicó entonces la más hermosa de sus sonrisas e hizo señal a sus compañeros de que se acercaran.

—Hoy somos tres los que solicitamos hospitalidad al Venerable Ramahe sGampo, Superior del ilustre convento de Samyé: Umara, Bruma de Polvo y tu servidor.

El lama sTod Gling les invitó a pasar.

—Seguramente tenéis hambre. Venid al refectorio de los monjes y entretanto iré a poner al corriente al Superior de vuestra llegada. De este modo, mi querido Cinco Prohibiciones, podrás contarle tu historia con la barriga llena.

Delante de la marmita de sopa humeante a base de cordero hervido con especias, de la que sacaron cucharones de caldo para regar el cuenco de arroz, los estómagos fueron colmándose poco a poco.

—El Superior Ramahe sGampo ordena que os diga que mañana por la mañana tendrá mucho gusto en recibiros —les anunció al final de la comida el lama sTod Gling, quien había puesto en antecedentes al Superior de aquella visita inopinada.

Bruma de Polvo, que no había ingerido una sopa caliente y bien condimentada desde que había abandonado Dunhuang, parecía estar ahora de humor menos sombrío.

Sonreía casi a Umara, como si su conducta le inspirase menos rencor.

¡Era tan encantadora la muchacha y él, sin llegar a confesárselo, estaba tan enamorado de ella!…

Aquel vagabundo que siempre había vivido en medio de privaciones y en una soledad extrema, ahora que se sentía invadido por el dulce torpor de aquella comida cálida y suculenta no podía por menos de abrigar esperanzas.

¿Y si Umara llegaba a ser suya algún día? ¿No era, quizás, la única persona que había contado hasta entonces para él?

Se reservaba su belleza sólo para él, su dulzura le pertenecía en exclusiva, su inteligencia le estaba destinada.

Con gran ingenuidad, después de tratarla en Dunhuang, de jugar con ella, de galopar en su compañía por el desierto, Bruma de Polvo llegó a la conclusión de que Umara era realmente su verdadera mitad. Ahora soñaba de pronto que la esperanza de recuperarla no se había extinguido del todo…

Había sido preciso el saqueo del oasis por los turcos y la sombría perspectiva de que pudieran capturarlo para que consintiera por fin en salir de aquel letargo en que lo había sumido la chica que él amaba, como si fuera un animal terrestre que estuviera prisionero bajo las aguas tumultuosas de un torrente, agazapado en un lugar del que le era imposible salir.

Y cuando la había encontrado, cuando el perrazo enorme había estado a punto de degollarlo, había experimentado la sensación atroz de que la llaga acababa de abrirse de nuevo y de que volvía el dolor bajo la forma solapada de los celos.

Haber comprobado que la muchacha se había escapado con otro y que para colmo era un chino como él constituía un hecho insoportable.

Por eso, cuando lo interrogaron acerca de las circunstancias de su huida, considerando que no debía ninguna confidencia a la joven mientras su enamorado estuviera presente, se contentó con decir lo menos posible y se abstuvo de confesarles que había recuperado *in extremis*, en el escondrijo de los libros, el famoso corazón de madera de sándalo que ahora tenía guardado en el fondo de su zurrón y también que, tres días después del saqueo, había tenido el encuentro que decidió su marcha a Samyé.

Cuando el lama sTod Gling llevó a los tres viajeros ante Ramahe sGampo, Bruma de Polvo no pudo por menos de quedar impresionado al ver al viejo lama ciego, sentado en un sillón de palo de rosa de elegantes curvaturas y cuyos ojos blancos parecían traspasar el alma de parte a parte.

—¡Bienvenidos a Samyé! Creo que uno de vosotros ya conoce el sitio, aunque estuvo aquí sin que yo lo supiera —exclamó el venerable Superior lamaísta en un chino perfecto que atestiguaba su vasta cultura lingüística y literaria.

—¡Yo soy ése de quién habláis, Venerable! En realidad, durante mi estancia aquí no tuve ocasión de saludaros —respondió Cinco Prohibiciones antes de presentarle a Umara y a Bruma de Polvo.

—Si el lama sTod Gling me lo hubiera dicho, te habría recibido de mil amores… —murmuró el viejo ciego, mientras su secretario, avergonzado, aceptaba la afrenta.

Ramahe sGampo había tuteado a Cinco Prohibiciones, como era costumbre entre monjes budistas cuando uno de más edad se dirigía a otro más joven.

—Por lo menos mi visita fue fructífera: conseguí lo que había venido a buscar y a los Gemelos Celestiales por añadidura —añadió con toda sobriedad el ayudante de Pureza del Vacío.

—El lama sTod Gling me lo contó todo acerca de la pareja de niños que el año pasado te confió. Si no me engaño, parece que actualmente se encuentran en lugar seguro…

—¡Wuzhao en persona, la emperatriz de China, no es indiferente a su suerte, Venerable!

—Teniendo en cuenta la fama de vuestra soberana, si lo hace es porque tiene un motivo.

—A menudo hablaba de los Gemelos Celestiales como de la posible reencarnación de divinidades búdicas —murmuró Umara, que acababa de dirigirse por vez primera a Ramahe sGampo.

—¿Sigue profesando la emperatriz Wuzhao una fe inquebrantable en la Palabra del Bienaventurado? —inquirió este último.

—Sin duda, Venerable. Mantiene estrechos lazos con Pureza del Vacío, a quien consulta regularmente. Apoya al Gran Vehículo frente a las múltiples ofensivas de las que nuestra Iglesia es víctima por parte de los confucianos, que no han aceptado nunca la entrada de esta plebeya en la familia imperial y menos aún el procedimiento empleado para convertirse en esposa del emperador Gaozong… —respondió el antiguo ayudante del gran maestro de *Dhyâna*.

—¡Si ella fuera capaz de evitar la catástrofe que se prepara, estaría dispuesto a rendirle vasallaje y a poner a su servicio todos los monasterios del país de Bod!

La voz cavernosa de Ramahe sGampo tembló imperceptiblemente al hacer aquella confidencia en un tono que traicionaba la viva angustia que sentía.

—¿A qué catástrofe aludís, mi Venerable Reverendo? ¿Y en qué medida contribuiría la emperatriz Wuzhao a evitarla? —preguntó al momento Cinco Prohibiciones, a quien no se le había escapado la importancia de la última frase.

—Como Pureza del Vacío te envió para que recuperases el sermón de la Lógica de la Vacuidad Pura, no me considero obligado a mantener ante ti la discreción a este respecto —murmuró el monje ciego dirigiéndose a Cinco Prohibiciones a manera de preámbulo.

—Será mejor que os confiese cuanto antes, Reverendo Ramahe sGampo, que no ha sido posible devolver ese sutra a Pureza del Vacío… ¡Me lo impidió nuestra partida precipitada de Chang An!

Aunque sea lamentable, así es. Y sin embargo, he hecho todo cuanto estaba en mi mano…

—No lo dudo. Pero lo importante es que se encuentre en lugar seguro. De ese modo, cuando llegue el momento, podrás recuperarlo. De la misma manera que has sabido poner a los Gemelos Celestiales en buenas manos,

compruebo con satisfacción que te ocupas a conciencia de lo que se te confía. ¡Eso está bien! No abundan los que observan hasta ese punto el deber… —dijo el ciego.

—Frecuenté una buena escuela. En el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, cuando yo era un joven novicio, el maestro Pureza del Vacío me inculcó el sentido del deber —explicó escuetamente Cinco Prohibiciones, quien no estaba dispuesto a revelar a Ramahe sGampo, antes de saber más cosas, que el precioso sutra estaba a sus pies, guardado en su estuche forrado de seda, cuidadosamente envuelto en un paño en el fondo de su bolsa de viaje.

—¿Te dijo para qué servía ese ejemplar de su testamento espiritual y, sobre todo, por qué te había pedido que se lo llevases a Luoyang? —preguntó Ramahe sGampo con voz suave y a la vez profunda.

—Ni una vez siquiera. Sin embargo, después de mucho reflexionar, acabé por llegar a la conclusión de que este ejemplar del sermón de la Lógica de la Vacuidad Pura tenía una función que estaba por encima del mismo. De no haber sido así, ¿por qué me habría pedido que viniese a recuperarlo aquí?

—Tienes razón. Debes saber ante todo que ese texto, cómo manual exhaustivo de la meditación sentada, representa, a ojos de su autor, que resulta ser el jefe de la Iglesia del Gran Vehículo, la quintaesencia misma de su doctrina. Por consiguiente, ese sutra actúa como una prenda para la Iglesia del Gran Vehículo.

—¡No veo para qué necesita una prenda mi Iglesia! —intervino Cinco Prohibiciones, que no comprendía las palabras de Ramahe sGampo ni veía adónde quería ir a parar.

—Pues que ha servido de prenda en el marco de una especie de pacto de no agresión que se estableció, hace de eso bastantes años, entre las tres grandes Iglesias budistas —sentenció el viejo monje ciego.

—¿Disponen también de prendas el lamaísmo tibetano y el Pequeño Vehículo? —preguntó el amante de Umara, que trataba de elucidar lo que para él seguía siendo un misterio.

—Sí, de otro modo, ¿cómo se podría establecer un pacto equitativo? —respondió el anciano ciego, algo sorprendido por la pregunta.

—¿Cuáles son las prendas de las otras dos Iglesias, Reverendo?

—Son rarezas tan preciosas como el sutra de Pureza del Vacío y, además, las dos son perfectamente representativas de la forma de pensar tanto del lamaísmo como del Pequeño Vehículo.

—He observado, maestro sGampo, que os expresáis en pasado al referiros a las otras dos prendas, como si hubiesen dejado de existir. ¿Qué significa eso? —murmuró el *mahayanista*, que había decidido tirar de la lengua al viejo Superior tibetano.

Pese a la ceguera que lo aquejaba, que impedía leer su mirada, éste, balanceando los brazos junto a su larga túnica de sayal y sosteniendo el pesado rosario mala como una carga, daba la impresión de estar agobiado.

—Ya habrás comprendido que, por desgracia, las otras dos prendas han desaparecido —musitó en voz baja.

—¿En qué consistían?

—En dos diamantes y un mandala de seda. Los diamantes, finalmente, eran unas verdaderas rarezas porque eran del tamaño de huevos de avestruz. Y en cuanto al mandala, el artesano que lo había bordado y el pintor que lo había pintado habían dedicado dos años cada uno a la labor.

—¿Por qué habéis pronunciado la palabra «finalmente» al hablar de los diamantes? —preguntó Cinco Prohibiciones, decidido a comportarse como el más fino de los sabuesos.

—Se trata de una vieja historia… una anomalía a la que se puso fin o, mejor dicho, a la que se hubiera debido poner fin si las cosas hubieran ocurrido normalmente… —se contentó con responder el viejo religioso ciego.

—Esas palabras no hacen más que aumentar mi inquietud, Reverendo. En lugar de aclararse, el misterio se hace más denso —exclamó Cinco Prohibiciones, que no conseguía disimular su perplejidad.

—Puede parecer, en efecto, oscuro a una persona ajena…

—¡Esos diamantes deben de costar muy caros! —observó Cinco Prohibiciones, sin hacerse ilusiones sobre las precisiones suplementarias que obtendría por parte del viejo ciego en cuanto a las palabras que acababa de pronunciar.

—Sin ser experto en joyas, puedo asegurarte, sin miedo a errar, que unas piedras tan grandes y luminosas como ésas son tan raras que no tienen precio.

—¿Y cómo podéis conocer con tanta precisión lo que duró la realización del mandala de seda? —siguió insistiendo Cinco Prohibiciones, empeñado en la búsqueda de la verdad.

—Porque se trataba de una prenda nuestra que yo mismo encargué a ese maestro bordador y a ese miniaturista, venidos expresamente los dos de Lhasa para la ocasión. Ese mandala se convirtió en uno de los inestimables tesoros de Samyé. ¡Ésa es la razón! —concluyó Ramahe sGampo, algo molesto por la forma de acribillarlo a preguntas del joven monje chino.

Ahora, en la estancia mal iluminada donde el Superior acostumbraba a entregarse a sus meditaciones cotidianas, el ambiente se había hecho agobiante.

—Parece que la desaparición de las dos prendas, Reverendo, os preocupa en gran manera… —intervino Umara.

—Más que preocuparme, me consterna —exclamó él, exhalando un suspiro.

Estupefacta, la joven cristiana había escuchado sin pronunciar palabra todo lo que había dicho el viejo lama, a quien ella comprendía mucho mejor que el pobre Cinco Prohibiciones.

—¿A qué viene vuestra aflicción? Si supiéramos cuál es la causa, tal vez podríamos ayudaros… —osó añadir Umara, que era consciente de que poseía una información capital en relación con las dos prendas que faltaban.

El anciano ciego se volvió hacia la hija de Addai Aggai.

—¿De modo que vos sois Umara? —le preguntó.

No podía verla pero, consciente de su dulzura y solicitud, le sonrió.

—Y me siento particularmente deseosa de hacer lo que sea, dentro de mis modestos medios, con tal de ayudaros —respondió la joven.

—Pues corréis el riesgo de tener que hacer muchas cosas —farfulló el ciego, satisfecho a medias, pero sin dejar de sonreír.

—Suscribo las palabras de Umara, Reverendo. Si puedo ofreceros mi concurso, lo haré igualmente con mucho gusto —se apresuró a declarar Cinco Prohibiciones.

Ahora los ojos blancos de Ramahe sGampo se volvieron hacia él.

Tenía la impresión de que la sinceridad de la joven pareja era auténtica y estaba exenta de segundas intenciones.

¿No merecía acaso explicaciones menos elípticas?

Y entonces, pese a la reticencia que sentía de traicionar el secreto que había jurado mantener a sus otros dos mandantes, decidió que, sin grandes riesgos, podía abrirse un poco más, aunque sin revelárselo todo, a aquellos dos jóvenes que le inspiraban una gran simpatía.

—Debes saber, Cinco Prohibiciones, que debido a la desaparición de esas dos prendas se ha esfumado una confianza que se apoyaba en un ritual irreemplazable, con lo que desgraciadamente se corre el riesgo de que desaparezca la tregua existente entre las tres Iglesias búdicas. La que se ve amenazada es la paz entre estas Iglesias, gracias a la cual todos los adeptos de Buda viven en buena armonía y luchan juntos contra la influencia de las religiones extranjeras. Ahora que este frente unido presenta profundas grietas, las Nobles Verdades del Bienaventurado tendrán un porvenir menos fasto —comenzó a explicarles Ramahe sGampo en el tono un tanto lúgubre que correspondía a su sombría profecía.

—¿Quiere esto decir que de nada serviría ese pacto de no agresión, forjado por el ritual que acabáis de exponernos? —preguntó el adepto del *Mahâyâna*.

—¡Eso mismo! Es evidente que, en ausencia de prendas, el ritual no se puede cumplir. Y es seguro que se reanudarán los conflictos y las luchas. Pero, más aún que el rito, lo que falta ahora es la confianza… No soy más que un viejo que tiene miedo del futuro. Y todo por culpa de un individuo completamente loco en quien tuvimos un día la desgracia de confiar —se lamentó el ciego.

El Superior de Samyé, cuyas manos desgranaban nerviosamente el rosario mala, no intentaba enmascarar la angustia que lo corroía.

—Para comprender mejor y hacer lo posible por ayudaros, Reverendo, necesitaría saber más cosas con respecto a este ritual que, si he entendido bien, es único en su género —insistió Cinco Prohibiciones.

—Hasta ahora se guardaba el secreto de su existencia. Se practicaba en Lhasa, donde sus adeptos tenían la seguridad de estar tranquilos y también

porque esta ciudad santa es la más próxima al Cielo. De ahí el nombre de «concilio de Lhasa» que se da a la ceremonia que me temo ya no volverá a celebrarse nunca más —sentenció el viejo lamaísta con voz sorda.

¡El concilio de Lhasa!

Era la primera vez que Cinco Prohibiciones oía hablar de aquella reunión. El antiguo monje del *Mahâyâna*, cada vez más sorprendido, se perdía en conjeturas.

Comprobó de pronto con cierta alarma que Pureza del Vacío se había guardado muy bien de entrar en explicaciones con respecto a la misión que le había confiado. Se trataba, en realidad, de ir a recuperar nada menos que la «prenda» del Gran Vehículo, necesaria para el mantenimiento del ritual secreto del concilio de Lhasa…

Aquella falta de confianza era, como mínimo, decepcionante.

Si el término manipulación quería decir algo, la verdad es que no había otro para calificar la actitud de Pureza del Vacío.

¿Qué ocultaban, pues, todas aquellas maniobras?, se preguntó Cinco Prohibiciones. A juzgar por la turbación que Ramahe sGampo no intentaba disimular ante los visitantes, seguramente se trataba de unos elementos de consecuencias dramáticas…

Entre los visitantes, Bruma de Polvo, turbado hasta el más alto nivel por la revelación sobre la naturaleza de las dos prendas que faltaban, había escuchado la conversación sin pronunciar palabra.

La desesperación del viejo Superior ciego había terminado por sacudir su conciencia.

No se le había escapado, cuando la mirada de Umara se cruzó con la suya, que la cristiana nestoriana sentía una turbación idéntica a la suya.

¡No había duda de que, para él, aquello suponía una divina sorpresa en muchos aspectos!

Si aquella revelación de Ramahe sGampo desvelaba por un lado el enigma del contenido del corazón de sándalo, por otro era sinónimo de esperanza.

A merced de sus ensueños y de la rabia de suplantar a Cinco Prohibiciones, Bruma de Polvo veía ahí un medio infalible para conquistar el corazón de la joven nestoriana…

El joven chino se había guardado un triunfo del que todavía no se había servido y cuya importancia acababa de revelarle el viejo lama.

Estaba tan seguro de su manera de obrar que le costaba trabajo enmascarar la intensa alegría que sentía nacer en él.

Le bastaba acordarse de la excitación de Umara cuando se dirigían al escondrijo de los libros del peñasco para comprobar que su «Gran Tesoro», como lo llamaba ella, cuya existencia sólo ellos dos conocían, seguía en su sitio, sabiamente escondido.

La forma de arrodillarse de la joven cristiana nestoriana al abrir la cajita con infinitas precauciones, como si tuviera miedo de encontrarla vacía, hablaba elocuentemente de la importancia que concedía al Gran Tesoro y de la decepción que se había llevado al enterarse del saqueo de la gruta.

Debía de estar convencida de que aquel Gran Tesoro estaba ahora en manos de algún bandido afortunado y se sentía pesarosa sobre todo porque acababa de comprender que aquel corazoncito contenía las dos preciadas prendas.

Bruma de Polvo saboreaba por adelantado el triunfo que le correspondería cuando informase a Umara de que no había ocurrido nada, ya que las prendas habían sido salvadas del saqueo gracias a sus cuidados.

Le bastaba con revelar a la asistencia la hazaña que había realizado: había corrido el riesgo de precipitarse al escondrijo de los libros justo antes de que la horda de los turcos lo saqueara tras comprobar que no contenía oro, ni armas, ni plata, sino solamente antiguallas escritas en rollos de papel y de seda.

—¡No se ha perdido todo, Reverendo! Resulta que llevo encima los dos inestimables tesoros que son prenda de las Iglesias budistas —anunció escuetamente, antes de dirigirse hacia sus cosas y sacar de su bolsa de viaje la pequeña caja de sándalo en forma de corazón—. Fui a buscarla antes de que el escondrijo de los libros fuera saqueado por los turcos —añadió con orgullo Bruma de Polvo.

Y, abombando el pecho, fijó la mirada en Umara con aire de connivencia. Seguro de sus actos, a juzgar por la sonrisa que acababa de iluminar el hermoso rostro de la muchacha, convencido de que no tardaría

en caer en sus brazos, abrió la preciosa cajita con gesto algo teatral y volcó el contenido en la mesa baja ante la cual estaba sentado Ramahe sGampo.

Ahora podían verse en el centro de la mesa las dos preciosas prendas que los representantes del lamaísmo y del Pequeño Vehículo utilizaban para el concilio de Lhasa: un mandala de seda pintada no más grande que un pañuelo, sobre el cual había dos enormes diamantes tallados en forma de almendra que despedían intensos fulgores.

Las insólitas piedras, lo mismo que estrellas caídas del cielo, parecían fosforescentes.

Las manos huesudas y apergaminadas de Ramahe sGampo recorrieron la mesa y rozaron las reliquias. Seguidamente se acercó a la nariz el mandala y las dos enormes gemas como para autentificarlos con mayor precisión.

—No hay duda: éstas son las prendas que faltaban —murmuró—. Junto con el ejemplar del sutra que Pureza del Vacío te ha mandado que recuperaras aquí, constituyen los elementos necesarios para el cumplimiento del ritual del concilio de Lhasa.

—¡Esto son lo que llaman los Ojos de Buda! Estas piedras preciosas excepcionales provienen del *Relicario de Kaniska*, que está en Peshawar. En cuanto al mandala sagrado del mantra del *Vajrayana*, al que el monasterio de Samyé debe su fundación, se trata de la reliquia más preciosa del lamaísmo tibetano. El maestro Ramahe sGampo ya desesperaba de encontrarlo. Estuvieron allí una vez y desaparecieron tan pronto como aparecieron —dijo el lama sTod Gling, conmovido, a los visitantes.

—¡Los Ojos de Buda! —exclamó Cinco Prohibiciones, sorprendido.

—En una de sus innumerables e inefables existencias anteriores, el Bienaventurado Buda dio sus ojos a un pobre ciego. Esos diamantes los representan. La tradición asegura que fue el propio rey indio Kaniska quien los hizo tallar en forma de piedras gemelas y que su peso y pureza son incomparables; después los mandó incrustar en el rostro de una estatua de bronce del Bienaventurado y más tarde ordenó que los guardaran en el relicario que lleva su nombre. Cuando los hunos *heftalitas* invadieron Peshawar, se fundió la estatua para fabricar un cañón con el material.

Lo único que se salvó fueron los diamantes, que se guardaron en la parte superior del relicario, dentro de un joyero de oro puro. Se trata, pues, de la reliquia más sagrada de toda la India del Norte.

Se cuentan por millones los adeptos que esperan ver el relicario algún día en el curso de la Gran Peregrinación. Para ellos es como contemplar el mundo a través de los ojos del Bienaventurado… —explicó con su voz gutural y lenta Ramahe sGampo al tiempo que su rostro de ojos blancos se iluminaba con una gran sonrisa.

—¡Los Ojos de Buda! Ahora entiendo mejor por qué el *ma-ni-pa* hablaba tan a menudo de ellos —exclamó Cinco Prohibiciones.

—¡No tiene nada de extraño! Aquí, en el Tíbet, el gesto edificante del Bienaventurado aparece representado en numerosos *nagthang*, esas pinturas ejecutadas sobre fondo negro por nuestros mejores iluminadores —añadió el lama sTod Gling.

—Pero si los diamantes están aquí, ¿cómo se las arreglan en Peshawar cuando llega el periodo de la Gran Peregrinación? —inquirió, lleno de curiosidad, el ayudante de Pureza del Vacío.

—¡Una buena pregunta! Me parece estar escuchando las objeciones del propio *Buddhabhadra*… —dijo el ciego en tono jovial.

—¿A qué objeciones os referís? —insistió torpemente Cinco Prohibiciones.

—A menos que abra la cajita piramidal de oro puro para examinar su contenido, lo que sería, dicho sea de paso, la expresión de una duda sacrílega, nadie puede saber si están dentro o no, salvo el que los sacó, es decir, el propio *Buddhabhadra*… —explicó el Superior de Samyé, como si lo que había dicho cayera por su propio peso.

—¿Es el mandala del mantra del *Vajrayana* una reliquia tan preciosa como los Ojos de Buda? —prosiguió Cinco Prohibiciones.

—Para Samyé y, por extensión, para todo el lamaísmo tibetano, es incluso la más sagrada —murmuró Ramahe sGampo, después de lo cual volvió a acercar la nariz al trocito de seda. El mantra del «Vehículo del Rayo-Diamante» es la representación de la Inefable Realidad Suprema, el *Vajrasattva*. Se lo encargué al pintor tibetano más importante, que invirtió dos años en la pintura central. Está cosida sobre un fondo de seda cuyos

bordados exigieron el mismo espacio de tiempo al viejo artesano que se avino a realizarlos. Mis sucesores honrarán esta pieza única como el símbolo del convento budista más venerable del país de Bod…

Nadie se dio cuenta de que Bruma de Polvo hacía el raro gesto de asentir, como si ya conociera el valor de la santa reliquia.

—¿A qué llamáis «mandala», maestro Ramahe sGampo? —preguntó entonces Bruma de Polvo, que no sabía nada sobre lamaísmo tibetano.

El viejo Superior ciego le respondió.

—*Mandala*[74] es la palabra sánscrita que significa «círculo» o «disco». En el país de *Bod* designa la proyección pictórica, en dos o tres dimensiones, del dominio particular de una divinidad bajo el aspecto de un diagrama organizado alrededor de un eje y un punto central, el *bindu*. Por eso los mandalas parecen a menudo planos de ciudades sagradas ideales.

—¡Ya desesperábamos de volver a poner la mano algún día sobre el mandala sagrado de *Vajrayana*!

Para el convento de Samyé es una suerte inaudita haberlo encontrado, ¿no es verdad, Reverendo Ramahe sGampo? —exclamó el lama sTod Gling, exultante de alegría.

—¡Nube Loca debió de tomarnos el pelo a fondo cuando nos propuso, el muy hipócrita, que le dejáramos guardar ese mandala! Lamento no haber sido más desconfiado. ¡Jamás debí aceptar!… —farfulló el Superior ciego como hablando consigo mismo.

Inclinado sobre el diagrama geométrico de la pintura central del mandala, Cinco Prohibiciones apreció a la vez la extraordinaria finura de formas y colores y el profundo esoterismo que le impedía a él, como neófito, comprender su sentido oculto.

—El artista ejecutó los detalles de los rostros de las figuras pintándolos con una pestaña de elefante.

¡Fijaos y admirad la finura de la ejecución! —exclamó el lama sTod Gling, como un vulgar charlatán.

—¡Jamás había visto una cosa tan extraordinaria! ¡Qué exactitud! Si uno observa de cerca esos labios, descubre que no falta ni un pliegue de la comisura… —murmuró Cinco Prohibiciones, en verdad admirado.

—La tradición manda que, dos veces al año, los monjes reproduzcan en grande las figuras del pequeño mandala sagrado. En un alarde de paciencia, los dibujan en el pavimento del patio de honor del monasterio, para lo cual se sirven de polvos de colores que expanden en el suelo golpeando suavemente unas cánulas —exclamó sTod Gling en un tono de voz progresivamente más exaltado.

—Y no es raro que, cuando uno se coloca encima, quede inundado por la Luz del Bienaventurado, como ocurre hoy mismo por ser un día bendito. ¡Y pensar que llegué a sospechar que el maestro Pureza del Vacío estaba conchabado con el siniestro individuo que un día propuso guardar la reliquia! —añadió, casi gimiendo, el Reverendo ciego.

—Habéis hablado de una pestaña de elefante… ¡Pues bien, puedo demostraros que en esta caja hay una pestaña! —exclamó entonces Bruma de Polvo hablando sin dirigirse a nadie en concreto, antes de inclinarse a su vez y recoger con extrema delicadeza, de un rincón de la caja, un pelo minúsculo que mostró a la concurrencia.

—¡O sea que también lo ha traído! ¡Qué curiosa obstinación! —dijo, pensativo, Ramahe sGampo.

—A juzgar por las dimensiones del pelo, no es una pestaña de elefante —dijo sTod Gling.

—La Santa Pestaña del Bienaventurado no podría ser un pelo de paquidermo —exclamó el ciego.

—¿La Santa Pestaña del Bienaventurado? ¿Qué hace aquí dentro? Yo creía que cada Iglesia sólo tenía necesidad de una prenda —dijo en tono inquisitivo Cinco Prohibiciones.

—Me planteo la misma pregunta que tú —le respondió el Reverendo en el mismo tono.

Cinco Prohibiciones consideró que, puesto que habían aparecido las otras dos prendas, había llegado el momento de dejar sobre la mesa baja la que él guardaba.

—Ahora sólo me resta entregar la tercera prenda. Como os he dicho, debí guardarla a la espera de devolverla a su autor… —dijo con voz monocorde, después de lo cual dejó sobre la mesa el estuche que contenía el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura.

—Creía que lo habías dejado en Chang An, al igual que los Gemelos Celestiales —exclamó Ramahe sGampo, que, pese a su mirada hueca, expresaba una inmensa sorpresa.

—El santo rollo no me ha abandonado desde que me fue entregado aquí mismo —explicó el ayudante del gran maestro de *Dhyâna*.

—¡Un verdadero milagro, Reverendo sGampo! —gritó, loco de alegría, el lama sTod Gling.

—Casi es increíble, pero hete aquí que podrá llenarse la Triple Cesta. El concilio de Lhasa vuelve a ser posible… —murmuró el Superior ciego tras oler la caja cilíndrica enfundada en seda roja donde se guardaba el rollo sagrado.

A continuación hizo un ademán a sTod Gling para que se acercara y le musitó unas palabras al oído.

—¡Debéis de tener hambre y sed! —añadió.

Un momento después, un monje sirvió, en una de las inmensas bandejas de plata utilizadas para recoger las ofrendas de los devotos, el té con manteca de yak y las tortas de miel que Ramahe sGampo quería ofrecer a sus visitantes.

—Ahora que ya disponemos de las prendas, no nos queda más que conocer su uso. ¿Por qué habéis dicho que la Triple Cesta volvía a estar llena? —preguntó Cinco Prohibiciones, que, debido a la perplejidad, se sentía incapaz de comer y beber.

—No podremos ayudaros a menos que nos digáis algo más, Reverendo —añadió Umara con su dulce voz.

—Ya que es a vos a quien debo el milagro de que la Triple Cesta vuelva a estar llena, sería un desagradecido si no accediera a vuestros deseos… —acabó por anunciarles el ciego tras un largo rato de reflexión que le permitió sopesar los pros y los contras.

Todo el mundo comía y bebía en silencio a la espera de ese momento único en que el viejo lamaísta les revelaría el secreto que nunca habrían conocido unos y otros si el azar, el destino, la suerte, la voluntad de Buda y de Dios o, pura y simplemente, las circunstancias no hubieran decidido lo contrario.

La voz del monje ciego todavía era más cavernosa cuando comenzó su relato ante los tres estupefactos viajeros.

—Llegó un momento en que las tres grandes corrientes del budismo decidieron, por razones diversas, pero sobre todo para estar más unidas frente a la ofensiva de las religiones procedentes de Occidente, poner término a sus rivalidades. Así pues, los jefes de esas tres corrientes determinaron que cada diez años se celebraría un concilio en Lhasa, en la Pagoda de la Oca.

—¿Por qué se escogió Lhasa, mi Reverendo?

—Pues porque esta ciudad es la capital del país del Techo del Mundo, que, a semejanza del monte *Sumeru*, es el eje de todo el Universo. Por otra parte, la Pagoda de la Oca es un santuario secularizado. Como no os será difícil de comprender, el concilio debe celebrarse en un terreno que sea, por un lado, neutral y, por otro, que esté al abrigo de toda mirada exterior —explicó Ramahe sGampo.

—¿En qué consisten exactamente esos concilios de Lhasa? —preguntó febrilmente Cinco Prohibiciones, cuya voz temblaba de impaciencia.

—Precisamente en la base de estas reuniones figura el intercambio de «preciadas prendas». Tras haber depositado en la Triple Cesta la que cada uno tiene, todos se llevan la «prenda preciada» que le corresponde por suerte. El representante del *Mahâyâna* heredará, por ejemplo, la preciosa prenda del Pequeño Vehículo y el del lamaísmo riberano la del Gran Vehículo. En cada nuevo concilio, por tanto, la suerte hace que las prendas circulen de una Iglesia a la otra gracias a aquel que, con los ojos vendados, atribuye al azar a uno de los tres participantes el número que corresponde a una de las prendas. Aunque la descripción parece complicada, en realidad es muy simple.

—¡Ya entiendo! Debido a esto, ninguna Iglesia tendrá la tentación de atacar a la otra, puesto que se convierte en depositaria del bien más preciado que ésta posee —exclamó el ayudante de Pureza del Vacío.

—Veo que lo has entendido muy bien —dijo el viejo lama—. Además, cada cinco años se celebra en Samyé una reunión intermedia destinada, según la expresión consagrada, a «mantener la concordia». Se trata de que cada uno de los jefes de las Iglesias, a fin de asegurarse de que reinará la

concordia durante los cinco años siguientes, muestre a los demás la preciosa reliquia que le correspondió en el concilio de Lhasa.

—¡Un mecanismo muy ingenioso! Parecido al de los rehenes, a menudo hijos de príncipes o incluso de reyes, que se intercambiaban los Reinos Combatientes en aquellos tiempos en que la China todavía no era un imperio —dijo a modo de conclusión Cinco Prohibiciones.

—Se suponía, en efecto, que el procedimiento no tendría fallo alguno —murmuró el viejo ciego.

—Vuestras palabras dejan comprender que hubo uno —dijo a modo de conclusión el joven *mahayanista*.

—Hace seis años, en Lhasa, la suerte determinó que cada Iglesia recibiera su propio tesoro. El Gran Vehículo heredó el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura, el lamaísmo tibetano el mandala sagrado del *Vajrayana* y el Pequeño Vehículo los Divinos Ojos de Buda…

—¡De modo que las prendas dejaban de serlo! —exclamó Umara.

—¿Por qué no probasteis de nuevo la suerte? —inquirió su amante, cuyo espíritu lógico trataba a toda costa de colmar los puntos débiles que creía detectar en las palabras del ciego.

—Porque Nube Loca, el hombre que encontramos para proceder con toda imparcialidad al probar suerte, nos disuadió vivamente. Poniendo en juego una rara habilidad, el muy bribón supo convencernos de que dejáramos la suerte en sus manos en lo tocante a una de las preciosas prendas, arguyendo que tal gesto garantizaría la paz entre las Iglesias. Como distábamos mucho de sospechar doblez en aquel hombre, llegamos a considerar genial aquella idea. Dado que la suerte hacía inoperante el mecanismo del concilio de Lhasa, Nube Loca nos servía en cierto modo de garante y de fiador. Y así fue como, con nuestro pleno acuerdo, heredó el mandala sagrado del *Vajrayana*.

Imaginarás nuestra consternación cuando, después de esperarlo tres días seguidos, supimos que no asistiría a la última reunión intermedia, la del año pasado —explicó el ciego, a quien los tres viajeros, fascinados, escuchaban en religioso silencio.

—¡Seguro que ese Nube Loca quiso engañaros! Pero ¿cómo fue que dejarais participar en vuestros cenáculos ultrasecretos a un ser tan

demoníaco como aquél, un hombre cuya incalificable conducta ya demuestra su hipocresía? —exclamó, escandalizado, el ayudante de Pureza del Vacío.

—Como ocurre siempre, tuvo la culpa el azar. Uno no es nunca bastante desconfiado. Ocurrió en el penúltimo concilio de Lhasa, hace ya dieciséis años. Buscábamos a una persona pura, sin segundas intenciones, para echar a suertes la prenda que nos debía corresponder a cada uno.

—¿Cómo lo hacíais antes?

—Antes, uno de nosotros lanzaba piedras al suelo y, basándonos en cómo caían, decidíamos quién heredaría la prenda. En cierta ocasión, cuando le correspondió el turno a *Buddhabhadra*, le temblaba tanto la mano que tuvo que intentarlo varias veces porque las piedras caían siempre de la misma manera, por lo que la atribución no era fiable. Pero entonces descubrió, delante mismo de la puerta de la Pagoda de la Oca, a un asceta rodeado de una gran multitud, seguramente impresionada por las escarificaciones rituales que el desconocido se infería, que habían formado en su vientre el carácter Ora. Juzgamos, pues, que aquel hombre debía de poseer un elevado grado de pureza y que, por tanto, podíamos pedirle que se encargara de echar suertes de forma imparcial… Aceptó sin dudar un momento y realizó el cometido con tal perfección que los tres quedamos encantados con su colaboración y aceptamos que asistiera a la reunión. Y seis años después, lo invitamos a que participara en la siguiente. ¡Distábamos tanto de sospechar lo que aquello iba a costamos!

—Ya entiendo: la persona a quien confiasteis la función de fiador moral resultó ser un traidor.

—Así es. ¡Y pensar que afirmó siempre que buscaba la síntesis de las tres corrientes budistas que representábamos y nos aseguró que nos tenía a todos en igual estima!… Y todo fue para engañarnos y burlarse de nosotros. ¡Es, por no decir otra cosa, decepcionante! —exclamó Ramahe sGampo, cuyo rostro hermoso y enjuto, con sus ojos blancos, reflejaba gran indignación.

—Parece evidente que aquel innoble personaje tenía la intención de robar los Ojos de Buda y el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura después de hurtar el mandala. Pero ¿con qué fin?

—Pues precisamente para realizar esa síntesis de las tres corrientes del budismo que él buscaba.

Seguramente ese megalómano soñaba con un concilio de Lhasa en el que el único participante fuera él. Era, por otra parte, una ocasión única, esta vez en Samyé… —añadió, soñador, Ramahe sGampo, como si descubriera de pronto ciertas pruebas que se le habían escapado hasta entonces.

—Así pues, ese individuo no habrá retrocedido ante nada para conseguir sus fines —concluyó el *mahayanista*.

—Está completamente loco, pero es brillante y, a la vez que dotado, es persuasivo. De otro modo no habría podido ganarse nuestra confianza. Resulta, además, que posee una personalidad inquietante y una aterradora voluntad de poder…

Pero Ramahe sGampo acababa de revelar el gran secreto que los tres jefes de Iglesia habían jurado guardar, delante de una imagen del Bienaventurado Buda, hasta la muerte y transmitirlo sólo a sus sucesores.

Cinco Prohibiciones, perdido en reflexiones provocadas por aquella increíble información, no salía de su sorpresa.

Contemplaba sin decir palabra las tres «prendas preciosas» que, por extrañas coincidencias que tenían más de milagro que de otra cosa, se habían reunido allí donde habrían debido estar el año anterior, cuando debía celebrarse la famosa reunión que quedó en suspenso.

¿A través de qué tortuosos caminos habían conseguido llegar hasta allí?

¡Qué acertado era el nombre de Ojos de Buda!, se decía para sus adentros mientras contemplaba los diamantes colocados sobre el suntuoso mandala multicolor que les servía de envoltorio, sobre el que relucían con deslumbrante fulgor.

—¡Esas gemas son tan grandes como los huevos de *Dungchung Karmo*, el águila blanca que vive en el árbol derecho que está plantado en el centro del mundo! —murmuró el lama sTod Gling.

Dungchung Karmo era el nombre tibetano de *Garuda*, el águila blanca que era la mítica montura del dios *Visnú*.

—¿Puedo tocarlas? —preguntó Cinco Prohibiciones a Bruma de Polvo.

—¡Eso pregúntaselo a Umara! —respondió el chino dándoselas de entendido.

Sorprendido, Cinco Prohibiciones se volvió hacia la joven cristiana, que bajó los ojos.

—En lo que se refiere al mandala del *Vajrayana*, la Santa Pestaña y los Ojos de Buda, puesto que fuiste tú quien los salvó del saqueo, te corresponde a ti decir quién los puede tener en sus manos y quién no. En lo que a mí toca, todo esto es agua pasada… —exclamó Umara, de una sola tirada y más bien incómoda.

—Mi religión no es de reliquias… ¡Yo no tengo dios, buda ni maestro! —exclamó el joven chino, a quien al parecer no le había gustado nada la respuesta de la joven cristiana.

Por otra parte, el muchacho no mentía, puesto que no había sido educado según ninguna religión en particular y menos aún en una escuela, como no fuera la de la calle…

—¿Así que no crees en nada? —le preguntó, como apiadándose y a la vez escandalizándose de él, el lama sTod Gling.

—Creo en la gente, creo en la felicidad y en la desgracia. ¡Me gustaría creer en el amor! Entonces me sentiría colmado —murmuró aquel joven que sólo tenía ojos para Umara.

—¿Qué piensas hacer con tus reliquias? La mía está a disposición del monasterio de Samyé —le indicó Cinco Prohibiciones delante de Ramahe sGampo, impasible, que no decía palabra.

—Cinco Prohibiciones te ha hecho una pregunta, Bruma de Polvo. ¿Cuál es tu decisión con respecto a ese relicario de sándalo? —le preguntó el lama sTod Gling.

Procurando proceder con acierto, miraba alternativamente a Bruma de Polvo y a Ramahe sGampo.

—Esa cajita pertenece a Umara, porque fue ella quien la encontró. Mi única participación consistió en ponerla a buen recaudo y librarla del saqueo de Dunhuang. El único juez eres tú, Umara. Yo no soy quién para regalarte esas piedras, ni tampoco el mandala sagrado, puesto que fuiste tú quien los descubrió —exclamó el rival de Cinco Prohibiciones desafiando a éste con la mirada.

Esperaba que Umara atrapase al vuelo el balón que él, satisfecho de sí mismo, le había lanzado.

Ahora el ayudante de Pureza del Vacío, estupefacto ante las palabras de Bruma de Polvo, observaba, consternado, a su amante.

Fue para él un golpe horrible, como si la tierra acabase de abrirse bajo sus pies y ahora comenzase a tragárselo, saber que había sido Umara quien había descubierto los Ojos de Buda y el mítico mandala de Samyé.

¿Cómo había podido ocultarle semejante hallazgo y dar prueba de tanta doblez?

—¿En virtud de qué milagro fueron a parar a vuestras manos esas «preciosas prendas», jovencita?

Confidencia por confidencia, creo que os vendría bien sentiros inspirada y explicármelo —intervino con voz gutural el Superior ciego.

Entonces, con un nudo en la garganta a causa de la atrocidad de la escena que revivía su memoria, la cristiana nestoriana resolvió, a pesar del esfuerzo que suponía, relatar las circunstancias del horrible crimen del que había sido testigo, sin dejar de mencionar que se había llevado por azar aquella cajita en forma de corazón, aprovechando que Nube Loca dormía, al huir de la pagoda en cuyo interior este último había destripado salvajemente a *Buddhabhadra*.

—¡Os juro que me llevé el corazón de sándalo por inadvertencia! —concluyó Umara, deshecha en lágrimas, antes de arrojarse a los pies del viejo Superior ciego igual que habría hecho una hija arrepentida ante su padre.

—Sólo por la voz sé que no mentís. Considero vuestro relato totalmente digno de fe —murmuró el ascético anciano cubriendo con las amplias mangas de su túnica los hombros de la muchacha.

—O sea, que Nube Loca asesinó a *Buddhabhadra*… Siempre sospeché que aquel individuo no estaba en sus cabales. Pero lo que acaba de contar Umara se sitúa más allá del horror —gimió el lama sTod Gling.

—¡Y pensar que su acólito estuvo aquí de paso hace unos pocos días y que estaba buscándolo! —murmuró, aterrado, Ramahe sGampo.

—¿Os referís a Puñal de la Ley? —preguntó Cinco Prohibiciones, que seguía sin mirar a Umara, descompuesto ante el relato que acababa de

escuchar.

¿Cómo podía dejar de abrigar resquemores contra la hija de Addai Aggai por aquella culpable ocultación cuya enormidad ponía en tela de juicio la confianza mutua que había existido hasta entonces entre los dos?

—¡El mismo! Ese pobre monje está peinando todo el país de Bod buscando a su maestro y al paquidermo blanco sagrado —exclamó el lama sTod Gling.

—¿Un elefante blanco? ¡Os doy palabra de que acabo de ver uno! —exclamó con aire triunfal Bruma de Polvo, a quien el papel de suministrador de noticias decisivas, a juzgar por el atento silencio del auditorio, llenaba de gozo.

—Si has visto un elefante blanco en estos parajes sólo puede tratarse del animal sagrado del monasterio del *Único Dharma* de Peshawar. ¡En el país de Bod no se ven nunca elefantes! —aseguró el lama sTod Gling.

—¿Dónde estaba? —preguntó Ramahe sGampo.

—El animal se encontraba en una granja en la que me albergaron una noche. Al ver aquella enorme masa blanca que salía del establo, en un primer momento creí que se trataba de una aparición divina.

—¿Cómo supiste que era un elefante? —preguntó Cinco Prohibiciones, a quien la anécdota parecía divertirle.

—Los he visto representados en los sutras a la gloria de *Dizang*, el *bodhisattva* que monta el elefante blanco de seis colmillos. Las personas que lo cuidaban tenían un hijo algo más joven que yo con quien hice buenas migas. Me informó de que su padre se encontraba cazando cibelinas cuando se encontró con aquel paquidermo medio enterrado en la nieve. Ya que habían conseguido salvarlo, esperaban venderlo a buen precio en un mercado de la China central.

—¡Vaya historia increíble! —no pudo por menos de exclamar el lama sTod Gling.

—¡En efecto! —confirmó escuetamente Cinco Prohibiciones, a quien aquella noticia, que él habría deseado ardientemente comunicar a su amigo Puñal de la Ley, atenuó un tanto la tristeza que sentía.

—Se acerca la hora de nuestra separación. Umara, todavía no habéis dicho a Cinco Prohibiciones si puede o no tocar los Ojos de Buda —espetó

a la joven cristiana Ramahe sGampo, que veía acercarse la hora de la próxima ceremonia.

—¡Claro que puede! ¡Incluso puede quedarse con la reliquia, si quiere! —murmuró, otra vez con un nudo en la garganta, la joven cristiana nestoriana, que ahora no se atrevía a mirar a su amante.

—Esas reliquias pertenecen al convento del *Único Dharma* de Peshawar —respondió Cinco Prohibiciones, que, pese a su decepción, tenía tales deseos de tener en sus manos los Ojos de Buda, la «cosa preciosa» según la designaba bellamente el *ma-ni-pa*, que, después de un breve momento de reflexión, acabó por hacerlo.

Ahora tenía en el hueco de la mano abierta las dos gemas santas del *Relicario de Kaniska* que, antes que él, habían venerado ya millones de devotos, y parecía que su mano hacía el gesto del *Vara-mudra*, el del don.

¡Tenía en la mano los Ojos de Buda!

Su valor intrínseco, teniendo en cuenta sus dimensiones y su pureza, debía de ser colosal, dado el precio al que se negociaban diamantes infinitamente menos bellos entre los comerciantes joyeros de la Ruta de la Seda.

Por otra parte, en realidad no eran lo que creían los peregrinos que caminaban jornadas enteras para estar presentes en la procesión de su relicario con ocasión de la Gran Peregrinación de Peshawar: los auténticos Ojos de Buda. Aquellas dos grandes gemas se contentaban con ser la representación de aquellas reliquias santas.

Cinco Prohibiciones, que se contaba entre los más imaginativos, pensaba en el furor y la desesperación que se habrían apoderado de la masa compacta que constituía la multitud devota, la cual se habría entregado a la histeria de haber sabido que el elefante blanco del monasterio, en lugar de los ojos del Bienaventurado, únicamente transportaba dos diamantes, de dimensiones y fulgor extraordinarios, eso sí, pero que de ojos no tenían más que el nombre…

Debido a todas esas razones, Cinco Prohibiciones, como todo buen *mahayanista* de su especie, no era de aquéllos cuya devoción a las reliquias fuera tan grande que estuviera dispuesto a librar guerras santas para apoderarse de ellas…

Acababa de volver a colocar los diamantes sobre el retal de seda cuando Bruma de Polvo, con la más bella de sus sonrisas, se apresuró a guardarlo todo dentro del corazón de madera de sándalo antes de devolverlo a su querida Umara.

—Te lo agradezco, Bruma de Polvo, pero creo que hay que dejar aquí dentro esas reliquias. El Reverendo Ramahe sGampo acaba de explicarnos que el mandala sagrado pertenece al convento de Samyé desde hace siglos. Encuentro normal, pues, que vuelva allí —dijo Umara, cada vez más desmoralizada al ver la expresión de nuevo sombría de Cinco Prohibiciones.

—Quizá. Pero entonces, ¿por qué no te guardas por lo menos los Ojos de Buda y la Santa Pestaña?

En lo que se refiere a ese pelo divino, lo he descubierto yo, minúsculo y metido en el fondo de la caja… Pese a ello, considero que te pertenece a ti —declaró Bruma de Polvo, cediendo por completo a su deseo de complacer a la elegida de su corazón.

—La Santa Pestaña y los Ojos de Buda estarán en lugar seguro. Después de lo que ha ocurrido en Dunhuang, es conveniente que esperen tranquilamente a que su propietario legítimo se manifieste.

¡Esas santas reliquias no son mías! Si me las encontré en las manos, no fue porque yo lo quisiera —declaró la joven cristiana.

—¡Te equivocas! Deberías guardar lo que es tuyo, Umara, y estoy seguro de que Cinco Prohibiciones opina lo mismo que yo —declaró Bruma de Polvo con acento provocador dirigiéndose a su rival.

—¡Yo no sé qué hacer con esas reliquias! ¡Que se queden aquí! —exclamó Umara, al borde de la desesperación.

—En lo que a mí se refiere, no he cambiado de opinión. Confío el sutra de Pureza del Vacío al monasterio de Samyé formulando el deseo de que en fecha próxima pueda celebrarse un nuevo concilio en Lhasa. Encuentro que se trata de una empresa digna de interés y lamento las circunstancias que impidieron la buena marcha de vuestra reunión intermedia —dijo con voz cansada Cinco Prohibiciones levantándose para despedirse.

—Que el Bienaventurado escuche tus deseos, hijo mío. Es lo que no ceso de rogarle… —murmuró el ciego.

—¡Quién sabe, Reverendo! Esas reliquias podrían seros necesarias más pronto de lo que os figuráis… —añadió amablemente Cinco Prohibiciones dirigiéndose al Superior de Samyé.

—Amigos, contad con mi palabra. Y, Umara, gracias por la confianza que concedes a esta casa con tu gesto. Esas cuatro reliquias estarán encerradas con doble vuelta de llave en la reserva de la biblioteca del monasterio y seguirán allí hasta nueva orden. Y podéis creer que las velaremos como a las niñas de nuestros ojos, pese a que los míos, desgraciadamente, no sirven para nada —concluyó el Superior ciego ante la mirada, furiosa de pronto, de Bruma de Polvo, antes d ponerse en pie a su vez.

Ahora había llegado el momento de despedirse del *Reverend* para que pudiera ir a presidir una de las muchas ceremonias de culto de la jornada.

Cinco Prohibiciones estaba anonadado.

Le habían entrado ganas de abandonarlo todo, de ir a escalar una de las cumbres del Techo del Mundo y no regresar jamás o incluso de pedir socorro a un dragón taoísta para que lo llevase más allá del mar de China y le diese a probar la naranja de jade a fin de olvidar todas sus desgracias y a Umara con ellas.

Ahora ya le importaba muy poco mantener la promesa que había hecho a Pureza del Vacío. No sabía qué hacer con el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura y sus argucias esotéricas.

Al salir de la celda de Ramahe sGampo, se sentía deshecho, traicionado hasta lo más profundo de su ser por aquélla a la que había amado tanto.

Paradójicamente, Bruma de Polvo estaba casi tan desestabilizado como su rival.

Le había fallado el golpe.

Umara no sólo no se había asido a la pértiga que le había tendido al negarse a guardar los Ojos de Buda y su Santa Pestaña, sino que ni siquiera parecía agradecérselo.

Los dos chinos tenían el mismo aire sombrío cuando, algo más tarde aquel mismo día, el lama sTod Gling los llevó a visitar la biblioteca del monasterio en compañía de Umara.

El archivero jefe les dio a conocer el tesoro formado por su inmensa colección de manuscritos iluminados que unos copistas, inclinados sobre largas mesas, se dedicaban a reproducir con gran minuciosidad delante de toda una miríada de tarritos que contenían todos los —matices del arco iris en colores vegetales.

El lama les mostró después la cámara acorazada, un reducto oscuro sin ventanas, provisto de una puerta maciza, donde las cuatro «prendas preciosas» estarían rigurosamente encerradas a cal y canto.

Al caer la noche, ni Umara ni Cinco Prohibiciones hicieron caso alguno de la exasperación de Bruma de Polvo cuando éste les deseó buenas noches con mirada aviesa.

Humillado y decepcionado, había comprendido que la joven nestoriana estaba mucho más interesada en Cinco Prohibiciones que en él y que la cajita en forma de corazón no contaba para ella frente al amor que le inspiraba aquel monje *mahayanista* chino que hacía gala de tanta prestancia.

Por otra parte, la manera como lo miraba la chica desde la reunión que habían tenido con Ramahe sGampo, pese a que él le ponía mala cara y que, herido por su comportamiento, parecía incluso rechazar hasta el más mínimo de sus gestos, revelaba elocuentemente cuáles eran los sentimientos de la joven cristiana.

Dadas las circunstancias, no tenía la más mínima probabilidad de seducirla, por lo que, ya en su celda, Bruma de Polvo se echó en la cama y estalló en desesperados sollozos.

¿No habría sido mejor que, después de recuperar el corazoncito de sándalo, hubiera vendido las «prendas preciosas» a algún joyero o a un mercader de antigüedades, se hubiera embolsado una buena suma de dinero y hubiera ido a pasar unos días tranquilos a algún sitio al tiempo que procuraba volver definitivamente la página de Umara?

¿Por qué el destino se había ensañado con él haciendo que volviesen a encontrarse en uno de los innumerables caminos del macizo montañoso más grande del mundo si el corazón de la muchacha estaba en otro sitio?

Así que estuvieron solos en su celda, donde los estaba esperando la perra Lapika para dispensarles sus halagos, Umara, pálida y temblorosa, se

arrojó llorando a los pies de su amante.

Los nervios de Cinco Prohibiciones, cansado de tener que estar fingiendo todo el día, acabaron por ceder y dejar paso a la cólera que sentía.

El enorme moloso amarillo, viendo que algo grave ocurría entre sus dueños, se agazapó en un rincón de la habitación protegiéndose la garganta con las patas delanteras.

—¿Por qué no me mencionaste nunca esa caja, Umara? Me figuraba que no existían secretos entre los dos. ¡Me has hundido un puñal acerado en el corazón! ¡Todo ha terminado entre nosotros! —le gritó él, furioso.

Umara, el cuerpo esbelto sacudido por espasmos, comenzó a sollozar de nuevo, incapaz de responderle.

—¿Sabes qué voy a hacer? Volveré a Luoyang y suplicaré a Pureza del Vacío que perdone mis desvíos… Reanudaré la vida piadosa, que no habría debido abandonar nunca. ¡Qué cándido fui!

¡Tan cándido como Ramahe sGampo cuando confió en Nube Loca!

La joven cristiana lloraba de tal manera que casi no podía articular palabra.

—¡Cinco Prohibiciones, per… perdóname! Yo creía obrar como es debido. La caja estaba en el suelo, al lado del ca… cadáver de *Buddhabhadra*. La co… cogí sin darme cuenta de lo que hacía.

Cuando estuve fuera, la abrí. El contenido me pareció tan extraordinario que entonces qui… quise guardarla en aquel escondrijo de libros que habíamos des… descubierto Bru… Bruma de Polvo y yo. ¿A quién podía decírselo que no fuera él?

Todos aquellos balbuceos, en lugar de apaciguar al amante decepcionado, tuvieron la virtud de aumentar su cólera.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste antes? Hace meses que nos conocemos —vociferó fuera de sí, destrozando la almohada de la cama.

—¡Tenía miedo!

—¿Me tomas por imbécil? ¿Cómo ibas a tener miedo de mí?

—Una persona me había metido en la cabeza que no debía hablar nunca a nadie de esa caja si no quería atraer la desgracia sobre él. Temía perjudicarte si te revelaba qué contenía el relicario de sándalo… —farfulló

la muchacha haciendo una profunda aspiración y agazapándose después frente a él.

—¿Quién te ha metido en la cabeza todos esos desatinos?

Como todos los amantes decepcionados, Cinco Prohibiciones se mostraba incrédulo.

—¡Fue el *tripitaka* Centro de Gravedad! ¡Te lo juro por mi querido padre! ¡Es la pura verdad! Por otra parte, me doy cuenta de que tenía razón sobrada cuando veo el mal que te he hecho al informarte de todo esto… —consiguió articular la joven pese a los sollozos, entre uno y otro hipo.

—¿Te refieres al Superior del monasterio de la Salvación y de la Compasión de Dunhuang? ¡Me parece increíble! ¿Qué tiene él que ver con toda esta historia, Umara? —murmuró el ayudante de Pureza del Vacío, que se había quedado lívido.

La hija del obispo Addai Aggai lloraba con tal desesperación que el cubrecama de algodón que tenía apretado contra su corazón estaba empapado de lágrimas.

—Fui a visitarlo para mostrarle el contenido de la caja en forma de corazón. Estaba convencida de que esos objetos eran de valor y, con toda ingenuidad, deseaba proponerle que me los comprara. Ese gran convento *mahayanista* tenía fama de ser inmensamente rico. Poco antes de nuestro encuentro había descubierto que mi padre estaba atravesando momentos difíciles debido a que se había suspendido la producción de seda clandestina. Pensé que ése podía ser un medio eficaz de recaudar dinero para nuestra Iglesia en un momento en que sus recursos financieros se veían bruscamente menoscabados.

—¿O sea, que fuiste a mercadear con Centro de Gravedad el mandala sagrado y los Ojos de Buda? —murmuró, consternado e impresionado a la vez, Cinco Prohibiciones, cuya voz ahora se había dulcificado.

—¡Te aseguro que yo creía obrar bien!

—¿Y él qué te dijo?

—Hizo como que ignoraba qué era lo que yo le mostré y al principio se negó obstinadamente a decirme de qué se trataba. Pero yo estaba segura de que mentía. En realidad, estaba muy excitado.

Además, no tardó en cambiar de actitud y acabó por afirmar que aquellos objetos no habrían debido estar en mi poder y que con toda seguridad traerían desgracia a todos aquéllos con quienes yo me aventurase a hablar de ellos. Eran portadores de horribles maleficios. Lo mejor que podía hacer era dejárselos en depósito.

—¡Ese innoble Centro de Gravedad intentó engañarte!

—Fui ingenua y creí en él cuando me aseguró que esos tesoros traían mala suerte. ¡De ahí mi silencio! —se lamentó ella.

—Entonces, ¿por qué no cediste, teniendo en cuenta esas condiciones? —preguntó Cinco Prohibiciones, que intentaba poner a prueba la buena fe de la joven cristiana.

—Pues porque lo que yo quería era dinero, y a medida que iba hablando con Centro de Gravedad iba comprobando que no me inspiraba ninguna confianza. Comprendí que lo que él quería era quedarse con las piedras preciosas y el pañuelo de seda.

—¡Por eso llevaste la caja en forma de corazón a su escondrijo!

—¡Pese a todas las penalidades de este mundo! ¡Centro de Gravedad me insistió tanto para que se la entregase! Pero, viendo que yo no cedía, trató incluso de impedirme que saliera de su despacho. Fue tal la presión que ejerció entonces conmigo que durante mucho tiempo me persiguió la fetidez de su aliento. Sin embargo, cuando lo amenacé y le aseguré que mi padre estaba al corriente de mi gestión, Centro de Gravedad acabó apartándose *in extremis*… Y créeme si te digo que lo hizo a regañadientes…

—¡Y pensar que te has reservado para ti sola un secreto tan grande! ¡Ahora comprendo mejor tu actitud, mi dulce y tierna Umara!

Cinco Prohibiciones, profundamente impresionado, la abrazó al ver el tono de sinceridad de la muchacha y las convincentes explicaciones que acababa de darle.

—¡Era mi única salida! Atormentada por las palabras de aquel monje, la sola idea de atraer el mal sobre ti, amor mío, hablándote de esa caja, me llenaba de terror. Y sin embargo, mi Dios Único sabe lo mucho que me ha costado callar. ¡Ojalá que no me guardes rencor!… —exclamó la muchacha enjugándose las lágrimas.

—¿Cómo quieres que te guarde rencor, amor mío? Quien se portó mal fue Centro de Gravedad.

Como budista, encuentro su conducta incalificable, y más teniendo en cuenta que se trata de un monje de su rango.

—No parece sino que esa cajita fue fabricada para despertar la codicia. ¡Dónde mejor está es en la reserva de la biblioteca de Samyé! —dictaminó la muchacha antes de dejarse abrazar tiernamente.

Poseídos por aquella plena y total reconciliación, aquella noche las expansiones de Umara y Cinco Prohibiciones excedieron toda medida.

La efímera crisis que había enturbiado su relación no hizo más que reforzar el ardor de sus arrebatos.

Ahora que cada uno conocía al dedillo los recovecos más íntimos del otro, era preciso muy poco para desencadenar los estremecimientos de un deseo compartido que terminaba siempre con la apoteosis de una ola que los arrastraba, juntos, al paroxismo del placer.

Umara era siempre la más desenfrenada de los dos, la que se preocupaba de perfumarse el cuerpo antes de reunirse con Cinco Prohibiciones en la cama donde éste ya la esperaba.

Estaba desnuda, y su vientre, liso como las colinas de arena del desierto de Gobi, se estremecía. Los labios rosados del sexo, que un vello imperceptible dejaba entrever, palpitaron suavemente cuando su amante, tumbado boca arriba, comenzó a acariciarlos con la punta violácea de su vara de jade, enhiesta como un *lingam*.

Mientras él asía, entre el pulgar y el índice, los tentadores pezones de sus senos, la muchacha se agazapó sobre él y separó sus torneados muslos.

—Eres una fuente y beberé del manantial, mi tierna y dulce Umara —le susurró él notándola ya muy húmeda.

Hizo entonces que se deslizara hacia delante de tal modo que ahora fue la lengua de su amante la que se situó en la entrada de su puerta íntima, una lengua cuya punta se hundía en ella como la más dulce de las espadas y le hacía bailar el vientre, tenso como la piel de un tambor.

—¡Después del suplicio que me infliges, ya no podré contenerme nunca más! —murmuró la muchacha.

—Abandónate, amada mía. Esta noche no soy más que un pobre esclavo muerto de sed en brazos de una sublime princesa cuyo menor deseo será una orden para mí… —exclamó el joven antes de volver a hundir el rostro entre los muslos ardientes de su amante, ahora en trance.

—¡Qué maravilla sentir el estremecimiento de tu lengua!… De mi vientre brota una fuente de amor —consiguió articular la joven antes de inclinarse a su vez sobre la vara de jade de su amante en señal de reciprocidad.

—¡Fuente de juventud con sabor de granada! ¿Sabías que en China llamamos a ese fruto «mano de Buda» por su curiosa forma, que lo asemeja a la palma de la mano abierta? —dijo él riendo.

Unos meses antes, jamás se habría atrevido a bromear con ella utilizando el sobrenombre dado a la granada que los responsables budistas trataban en vano de proscribir del vocabulario.

Se daba cuenta de que el amor de Umara hacía de él un hombre libre, un ser desligado de todo atavismo religioso.

Su fe en Buda y su Ley seguía intacta.

Es más, incluso tenía la sensación de que, desde el día en que había unido su vida a la de la joven nestoriana, su fe se había reforzado.

Entre dos suspiros, antes de seguir rindiendo el culto del amor al *lingam* de su amante, la joven le musitó al oído que cada día lo amaba más.

Al igual que le había ocurrido a Cinco Prohibiciones con el budismo, las convicciones cristianas de la muchacha, fundadas en la creencia en un Dios único, que era amor, no habían hecho más que reafirmarse precisamente desde aquel día en que descubrió qué era el amor entre un hombre y una mujer.

Ahora, en el estrecho camastro de aquella celda cuya puerta habían trabado para que nadie los molestara, habían alcanzado un punto en que ninguno de los dos podía hablar, absortos en dispensarse mutuo placer.

Fue en sus bocas respectivas donde cada uno recogió el inefable néctar del otro, sabedor de la manera de provocarlo.

Ninguno de los dos necesitaba el tantrismo, como tampoco el Yin y el Yang, para amoldarse recíprocamente de manera armónica, de la misma manera que la emperatriz Wuzhao sólo necesitaba la llave del precioso

armario de palo de rosa donde guardaba sus alhajas para encajarla en la cerradura de bronce dorado y abrirlo.

Su mecanismo era, por otra parte, tan complejo que podía resistir todas las incidencias del palacio imperial de Chang An…

¡Y eso que las había en abundancia!

XXXV

PALACIO DEL GENERAL ZHANG,
CHANG AN, CHINA

Habría que enviar los Cinco Venenosos a la usurpadora y que no se hablara más del asunto.

Además, vuelve a estar embarazada. ¡Si por lo menos no fuera un niño! —exclamó la voz agridulce del viejo general Zhang, que, antes de la llegada de los visitantes, se había fumado discretamente aquella mezcla tan particular que tenía la virtud de neutralizar el timbre de su voz.

Los *Wudu* o Cinco Venenosos eran nada menos que alimañas como la serpiente, la araña, el escorpión, el sapo y el ciempiés y, aun cuando los farmacéuticos sacaban de su veneno o de su cuerpo desecado y pulverizado potentes mejunjes que se suponía daban fuerza a los ancianos y a los enfermos, mejor no pisarlos si uno iba calzado con sandalias.

El confuciano y antiguo Primer Ministro del emperador Taizong tenía la espalda hecha polvo como resultado de su partido semanal de polo.

Aquel juego, oriundo del Irán, hacía furor en la corte de los Tang, donde era practicado tanto por las mujeres como por los hombres desde que su ilustre soberano decidió cultivarlo y le tomó gusto.

Aquella tarde se reunía alrededor del viejo dignatario un verdadero tribunal decidido a instruir el proceso contra la emperatriz Wuzhao.

Para aquellos hombres, situados a alto nivel pero terriblemente impotentes frente a la esposa de Gaozong, aquélla era la única manera de soslayar la frustración generada por su total ausencia de influencia en una

situación que juzgaban cada vez más peligrosa. En efecto, la usurpadora no dejaba de ejercer su dominio sobre un esposo que de día en día se iba volviendo más débil y volandero.

Entre aquellos hombres, rivales que se detestaban cordialmente, el único elemento de cohesión era el odio a la emperatriz.

Estaban, como no podía ser menos, el Ministro de la Seda, Virtud de Fuera, así como el prefecto Li, pero también el secretario general de la Administración Imperial, Linshi, tío de Dama Wang, la anterior esposa de Gaozong, y finalmente Hanyuan, el Gran Canciller Imperial.

—¡Has hecho una buena jugada arreglándotelas para publicar, sin que ella lo supiera, los decretos relativos a los maniqueos y nestorianos! —dijo el viejo general al Gran Canciller, una de cuyas misiones consistía precisamente en proceder a la exposición de los textos promulgados en los parapetos de la gigantesca Torre de los Anuncios.

—Dicen que la emperatriz estaba furiosa. Pero cuando fue a quejarse a Gaozong, ya era demasiado tarde. Los decretos ya estaban a la vista de todos. Sin embargo, conseguirlo me costó bastantes peleas —soltó Hanyuan, que estaba encantado con lo que ya consideraba una verdadera hazaña, tal era la influencia de Wuzhao en el seno de ciertos servicios administrativos.

Como de costumbre, quien asestó la primera estocada fue el viejo militar.

—La situación —refunfuñó— está convirtiéndose en alucinante. Resulta que ahora esa mujer se ha encaprichado de un extravagante personaje que desembarcó en Chang An en compañía de un elefante blanco. Y entretanto, su imperial barriga no deja de crecer.

—Desde que departe largos ratos con él, parece que la emperatriz está como si flotara en una nube… —dijo con una risotada el secretario general Linshi, un personaje con perilla, tan delgado y seco como Hanyuan era gordo y sudoroso, satisfecho del juego de palabras que acababa de hacer con el nombre de Nube Blanca con que habían apodado a la última conquista de Wuzhao.

—Nadie sabe quién es ni de dónde viene exactamente el nuevo elegido de su corazón… En cuanto a Gaozong, convencido de que el hijo que

espera su mujer es suyo, es el último en sospechar nada —añadió con aire remilgado Linshi, cuya boca, que más parecía una raja, destilaba odio y desprecio.

—Buscó y encontró a Nube Blanca en el centro de la ciudad, en el mercado de hierbas. Llevaba tres días sin comer ni beber, estaba medio desnudo y sentado en la postura del loto, flanqueado por su inmaculado paquidermo, enorme como una montaña de harina… Había preparado muy bien el asunto y no tuvo que esperar mucho tiempo. Estoy seguro de que ella había tenido noticia de la llegada de ese personaje delante del cual se forman colas de enfermos que esperan de él la curación.

Mis agentes me han dicho que, en algunos mercados, han tenido lugar verdaderos motines —prosiguió el prefecto Li con aire irritado.

—Se murmura incluso que posee un indiscutible talento como suministrador de inmortalidad —añadió, cloqueando nervioso, Virtud de Fuera, Ministro de la Seda.

—Pero, que yo sepa, no es un *fangshi* taoísta —protestó el Gran Canciller Imperial, cuya mueca desdeñosa demostraba el profundo desprecio que le inspiraba aquel personaje.

—¡Se encapricha siempre de brujos y magos a cuál más extravagante! Hace bien poco era un *fisiognomista* que se vanagloriaba de saber leer el carácter de las personas a través del rostro. En otra ocasión fue un curandero taoísta que, según aseguraba, tenía en su poder polvo de las frutas de jade de los árboles de las Islas Inmortales. ¡Y hoy es este iluminado que viaja montado en un elefante blanco! Mañana será seguramente un mago *mazdeano*, porque es el único que le falta en la panoplia de las piezas cobradas —dijo, furioso, el viejo general.

—Esa mujer siempre ha tenido el don de juntarse con aventureros. Acordaos de aquel extraño brujo *fangshi* acupuntor, de quien se murmuraba que se paseaba desnudo como un gusano por los apartamentos privados de la emperatriz. Pero aquello eran antojos que no duraban nunca más de dos o tres días y de esta aventura, en cambio, pronto se cumplirán los dos meses. ¡Hay motivos para preocuparse! —concluyó Linshi.

—¡Todo esto terminará mal! —añadió el Ministro de la Seda, cuyas palabras constituían una magistral prueba de su fama de imbécil.

—¡No os fiéis, porque es más malvada de lo que os figuráis! No contenta con hacer lo que sea para seducir al clero budista, ved con qué habilidad quiso atraerse los favores de los letrados confucianos, a los que sin embargo no había cesado de despreciar —suspiró Linshi.

Lo que más llamaba la atención en la persona del secretario general de la Administración Imperial, más que su rostro lampiño algo afeminado, era la longitud de su trenza de mandarín, que arrancaba de lo alto del cráneo, afeitado diariamente por un barbero, y le llegaba a media espalda.

—¿Te refieres a esas antologías de poemas escritos por mujeres supuestamente ilustres que ella encargó a la Academia de la Puerta Septentrional? ¡Lo encuentro simplemente grotesco! —soltó el antiguo Primer Ministro de Taizong.

Los letrados confucianos que se oponían con más denuedo a la usurpadora tenían la costumbre de reunirse todos los jueves en una sala situada en el primer piso de la Puerta Norte del palacio imperial.

—¡Tal vez sea ridículo, mi general, pero también es muy eficaz! Ha dado seis meses de trabajo a archivistas, escribas y copistas malhumorados a quienes, en su mayoría, se les paga por no hacer nada, pero lo que todavía es más importante es que ella ha sabido halagarlos de forma duradera. Mis agentes han observado un notable cambio de actitud de esas personas con respecto a Wuzhao. No sólo han dejado de vituperarla, sino que ahora la lisonjean —osó replicar el prefecto Li al viejo confuciano.

—¡Vaya asunto! A esos intelectuales les basta un brochazo para cambiar de camisa —exclamó Linshi, mientras la larga trenza se balanceaba lentamente sobre la espalda de su chaqueta de color castaño dorado.

—En relación con este punto, yo, más que de pincel, hablaría de *tiebi* —dijo el prefecto, que estaba decididamente inspirado.

El *tiebi* o «pincel de hierro» se utilizaba para grabar las piedras duras y convertirlas en sellos, mediante los cuales un letrado, un ministro, un mandarín o el propio emperador dejaban su marca en los textos reglamentarios, poemas o pinturas.

—¿Y si hiciésemos una visita a Gaozong para informarle de que su esposa va camino de llevarlo a la ruina? —preguntó entonces el secretario general de la Administración Imperial, harto del comadreo de unos y otros.

—Hay que prescindir del emperador de China. Su absoluta falta de reacción cuando el Gran Censorado intentó prevenirlo, hace pocos meses, con la mayor discreción posible, de que su esposa había dado cobijo a dos intrusos en el mismo corazón del palacio imperial, habla elocuentemente tanto de los progresos de su enfermedad como de su indiferencia creciente hacia todo lo relacionado con el Estado. Las muchachas jóvenes han pasado a convertirse en su único centro de interés —refunfuñó, asqueado, el prefecto Li.

—¡Primera noticia! ¿Hablas de intrusos? ¿De intrusos en el palacio imperial? ¿Es que estoy soñando? —vociferó el Gran Canciller Hanyuan dirigiéndose al Gran Censor, su rival de toda la vida.

Aunque estaba al tanto del asunto, fingía que acababa de enterarse sólo para poner en un aprieto al prefecto Li.

—¡No, por desgracia! Ella dio cobijo a un monje budista exclaustrado y a una joven nestoriana… cuando yo trataba de hacer comprender en las altas esferas que esa situación no era admisible… —prosiguió ingenuamente este último.

El viejo general lo interrumpió bruscamente.

—¡Todos estamos al corriente de este lamentable episodio! Es inútil seguir insistiendo sobre lo mismo. Ese pobre Gaozong está totalmente bajo su influencia. Ella lo domina y manipula a su gusto. Y desgraciadamente, la influencia que ejerce sobre él no hace sino ir en aumento.

—Pero, si se me permite, diré que él tiene otros entretenimientos: esta vez se ha encaprichado de una jovencita que todavía no ha cumplido los quince años —precisó el Gran Censor.

—¿Cómo? ¿El emperador del país más grande del mundo loco por las niñas? ¡Por eso ya no hay ningún funcionario que haga a nuestro soberano regalos envueltos en el papel de embalaje que lleva un ciervo impreso! —comentó Linshi con su risa de conejo.

Según una costumbre ancestral, se quería testimoniar de este modo al soberano el deseo de acceder a funciones más importantes de la administración, puesto que la pronunciación de la palabra *lu* significaba al mismo tiempo «ciervo», «felicidad», «favores» e incluso «salario».

—¡Los tecnócratas son pragmáticos! Sólo van allí donde están seguros de que los servirán bien… —exclamó el gordo Hanyuan.

—¿No estamos hablando acaso de esa perdida y viciosa Helan Guochu? —preguntó el general Zhang, que no parecía apreciar particularmente esa forma de humor.

—¡En efecto! Nada menos que de la sobrina de Wuzhao, y su tía dista mucho de ver con malos ojos ese idilio —afirmó con aire doctoral su interlocutor.

La joven Helan Guochu era hija de la hermana mayor de Wuzhao, por lo que aquella relación escandalosa que mantenía con Gaozong era la comidilla de la crónica amorosa de la corte imperial.

—¡La veo capaz incluso de haber arrojado a su sobrina en brazos de su propio esposo! —suspiró el viejo Zhang.

—¿Y qué decir de esos supuestos Gemelos Celestiales que confió al gran monasterio de Luoyang?

Según ella, poseen cualidades particulares, sobre todo la niña, que tiene la mitad de la cara cubierta de pelos igual que una monita. ¡No hay quien sepa de dónde han salido esos críos! ¿Qué significa todo esto? Un misterio más que el Gran Censorado, cuya función sería desvelarlo, no ha sido capaz de resolver —exclamó en su tono más venenoso el viejo general.

—Fueron mis hombres, mi general, los que os informaron de que ella había transferido esos niños al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang —replicó el Gran Censor Imperial, a quien las pullas incesantes del viejo militar estaban empezando a incomodar.

Había llegado el momento de que todos se lamentaran y soltaran bilis contra los métodos de la usurpadora.

—En estos tiempos en que amenaza la carestía, su comportamiento escandaloso acabará por incomodar al pueblo.

—La cosecha del año pasado fue mala y la sequía actual compromete la del verano próximo… Si el hambre cunde en el país, Gaozong corre el riesgo de que el pueblo le retire el mandato celestial, pero no así Wu, que de momento no ha recibido ninguno.

—Hace meses que no llueve. El río Lë corre el riesgo de quedar seco… Para Gaozong es un signo nefasto…

—Señores, ya hemos hablado demasiado. ¿Qué proponéis contra la usurpadora? Yo necesito cosas concretas. ¡Basta ya de palabrerías! —exclamó el viejo general, molesto por aquella discusión que no paraba de dar vueltas sobre el mismo tema.

Sobre los conspiradores cayó un gran silencio después de la intervención del viejo confuciano, que, rebosante de acritud, no dejaba de volcar en aquella mujer todo el odio de que era capaz.

Ninguno de ellos tenía suficiente valentía ni estaba dispuesto a correr el menor riesgo para conseguir que se instruyera el proceso de la usurpadora y se ventilara en la plaza pública.

Y sin embargo, para esos conjurados existía una urgencia, ya que todas sus ofensivas se habían quedado en letra muerta.

Fue así como, lamentablemente para ellos, ella había logrado que el soberano rasgara ante las mismas narices del Gran Canciller del imperio, a quien por poco le da un soponcio, un decreto que la privaba de su rango de esposa oficial que los confucianos habían conseguido arrancar al emperador en uno de sus momentos de debilidad, aprovechando que ella había ido a visitar las obras del peñasco sagrado de Longmen.

Después, deseosa de convertir Luoyang en capital del imperio so pretexto de que su clima era más agradable que el de Chang An, consiguió de Gaozong que construyera en la ciudad una suntuosa residencia cuya elevada muralla ya empezaba a alzarse, precisamente en una época en que los impuestos, debido a las malas cosechas reiteradas, se cobraban con grandes dificultades. Y para consolidar la moda de la peonía, su flor preferida, que la gente letrada designaba con los hermosos apelativos de «flor nacional» y «belleza celestial», ordenó plantar en los alrededores de la ciudad campos enteros de dicha flor, emblemática de la dinastía de los Tang.

El traslado de la corte a Luoyang era, para Wuzhao, un reto esencial.

No sólo podría estar así más cerca de Pureza del Vacío, sino que, además, apartaría a Gaozong de los confucianos de Chang An, sus peores enemigos.

Los interesados, que no tardaron en percatarse de la estratagema, pusieron en juego todos sus esfuerzos para disuadir al emperador de China de que diera satisfacción a aquel deseo de su esposa.

Hasta ahora todo había sido en vano.

Lo que demostraba hasta qué punto eran intensos el resentimiento y el odio que inspiraba Wuzhao.

En el silencio total reinante, se acercó al viejo general un criado para murmurarle unas palabras al oído.

—¡Que entre ese hombre! Pero desgraciado de ti si me haces perder el tiempo —replicó al que esperaba respetuosamente la respuesta a su petición.

Unos instantes después irrumpía en el cenáculo de los conspiradores un individuo presa de un estado de gran agitación.

Su rostro lívido y sus ojos desorbitados daban testimonio del espanto que había debido superar antes de llegar allí.

—¿No serás, por ventura, Aguja Verde, aquel que la emperatriz en persona sacó de mis calabozos y que, desde entonces, desapareció de la circulación? —preguntó, muy sorprendido, el prefecto Li así que vio al individuo en cuestión.

—¿Para qué mentiros? ¡Soy la persona que decís! —farfulló el tipo.

—Gracias a este hombre pudimos desmantelar una red extranjera que operaba en el territorio nacional —declaró pomposamente el Gran Censor Imperial.

—¿A qué viene esta actitud que, como mínimo, calificaría de insolente? —inquirió en tono desconfiado el general Zhang.

—Fui yo quien hice llegar hace dos meses al Gran Censorado el libelo anónimo sobre la pareja que la soberana Wu albergaba clandestinamente en el palacio imperial. Me encontraba escondido detrás de una tapia cuando oí a la emperatriz que iba a prevenirlos, en persona, y les organizaba la escapatoria poco antes de que llegaran las brigadas especiales del Gran Censorado —balbuceó el *uïgur*.

El sudor le resbalaba por la cara.

—Si he comprendido bien, eres lo que se llama un delator —murmuró, meloso de pronto, el antiguo Primer Ministro de Taizong.

—He venido a confirmar a quien tiene el derecho de saberlo lo que vi y oí gracias a mis ojos y a mis oídos, mi señor.

—¿Así que, según tú cuentas, Wuzhao informó con toda deliberación a ese muchacho y a esa muchacha de su inminente detención por parte del Gran Censorado? —exclamó, ebrio de ira, el Gran Canciller Hanyuan.

—¡Tal como os lo he dicho! Supo arreglárselas para sustraer a esa pareja de amantes a vuestra justicia. Yo fui testigo directo del hecho.

—¿Y por qué nos cuentas todo esto? —prosiguió, desconfiado de pronto, el prefecto Li.

—Querría disponer de un salvoconducto para poder trasladarme a Turfan… Yo aquí no tengo ya nada que hacer. Paso los días escuchando el canto de los pájaros en el Pabellón del Reloj de Agua.

Me siento inútil. Quiero volver a mi tierra —exclamó el *uïgur*, evidentemente molesto.

Hacía semanas que estaba planeando el golpe.

Cuando, con la oreja pegada a la tapia del jardín del Pabellón de Recreo, oyó que Cinco Prohibiciones explicaba a Wuzhao que, en las inmediaciones de la Puerta de Jade, se habían cruzado con Punta de Luz y que éste iba acompañado de una joven china, se le heló la sangre en las venas.

Aquella chica no podía ser otra que Luna de Jade.

De modo que su odiado rival había conseguido conquistarla.

Desde que estaba al corriente de aquella noticia, el *uïgur* sólo tenía una idea en la cabeza: regresar para hacer un último intento de recuperar a la muchacha cuyos encantos atormentaban la soledad de sus días y noches de prisionero de lujo, de cuya existencia, además, pare cía haberse olvidado Wuzhao.

—¿Por qué protege Wuzhao a esos fugitivos? —preguntó Linshi.

—Al actuar de ese modo corre riesgos absurdos —exclamó el viejo general Zhang, convencido de que ésta era la información que conduciría a la soberana a su caída.

—La emperatriz hace todo lo que puede para que se reanude el tráfico de seda. El antiguo monje budista y la joven nestoriana a los que ella dio cobijo estaban conchabados con maniqueos de Turfan especializados en la fabricación de seda. La chica, además, es hija de un tal Addai Aggai, obispo

de su religión. De modo que los nestorianos de Dunhuang se encargan de tejer el hilo que producen los maniqueos de Turfan y después aseguran su difusión aquí en la más absoluta clandestinidad… No he hecho constar todo esto en la denuncia que vos habéis recibido, ya que una información capital como ésta sólo puede revelarse de viva voz —declaró Aguja Verde, en tono torpemente teatral, satisfecho del efecto que acababa de producir.

—¡Me parece increíble! ¿Wuzhao protege ese odioso tráfico? —consiguió articular con voz sibilante el Ministro de la Seda, Virtud de Fuera, que por una vez comprendía la importancia de las palabras del traidor.

—¡Qué escándalo! Conociendo a esa mujer, no me sorprendería que ella fuera el cerebro principal… —suspiró el Gran Canciller del imperio, cuyo doble mentón temblaba de indignación.

—¡Es pasmoso! Eso significa que estamos gobernados por una mujer que, no contenta con ser una usurpadora, se dedica también a traficante… Decididamente, mi gran país ha caído muy bajo. En cuanto a la eficacia del Gran Censorado, sobre la cual ya estaba planteándome algunas dudas, ahora ya sé cómo están las cosas —dijo con voz de trueno el secretario general de la Administración Imperial, Linshi, que veía aquí la manera de ajustar definitivamente las cuentas con la policía secreta del prefecto Li.

—Como dice el proverbio, la carne parece más grasa cuando la ves en el cuenco del vecino —replicó poniéndose a la defensiva el prefecto Li, contra quien iba dirigida la acusación, a juzgar por su expresión descompuesta.

Era evidente que, entre la desconcertada concurrencia, él era quien más tenía que perder como resultado de las revelaciones de Aguja Verde.

Además, le costaba dominar su cólera y apretaba los puños con tal fuerza que las falanges se le habían quedado blancas.

Era evidente que la conversación estaba desviándose y la entrevista corría el riesgo de convertirse rápidamente en acusación contra su actuación.

En cuanto al viejo Primer Ministro honorario, estaba tan impresionado con las revelaciones de Aguja Verde que se había puesto rojo como un

pimiento y le había entrado una tosecilla como si acabase de tragarse una espina de carpa, manjar que le encantaba, sobre todo hervido con jengibre.

Inmediatamente un criado se precipitó sobre el general Zhang con una tetera de barro en la mano y obligó a beber al viejo soldado, que ya estaba al borde de la asfixia, directamente del pitorro, como quien da el biberón a un bebé.

—Si me autorizáis, queridos amigos míos, me gustaría proseguir el interrogatorio de este individuo en los locales del Gran Censorado. Lo que cuenta merece ser debidamente consignado en un informe especial —exclamó el prefecto Li, incapaz de seguir reprimiéndose.

¿No era la mejor solución teniendo en cuenta la situación? Necesitaba de todo punto un pretexto para llevar al indomable Aguja Verde lejos de aquella asamblea de cortesanos en la que a nadie se le ocurriría defenderlo ni concederle gracia alguna.

Aquella iniciativa serviría por lo menos para demostrar a sus colegas, unidos tan sólo por el odio sin cuartel que alimentaban todos contra Wuzhao, que el Gran Censor, preocupado contra viento y marea por los intereses superiores del Estado, proseguía su enconada labor de vigilancia y averiguación.

Así que hizo el ademán oportuno, irrumpieron dos esbirros armados que saludaron con impecable taconazo.

Con un simple movimiento del mentón, el Gran Censor les ordenó que prendiesen a Aguja Verde y lo hiciesen comparecer.

—Me fallaste una vez con ocasión de la intervención de la emperatriz y, lo creas o no, eso no volverá a ocurrir —susurró con voz amenazadora el prefecto humillado al oído del *uïgur*, a quien los dos agentes arrastraban sin miramientos en dirección a un palanquín.

El prefecto Li, sintiéndose ahora aliviado al ver que nadie había tenido tiempo de reaccionar, pensaba obtener del tortuoso espía a sueldo de Cargamento de Quietud una declaración escrita debidamente firmada y autentificada, a fin de que sirviera de irrefutable prueba de que la propia emperatriz Wuzhao protegía el tráfico de seda e incluso llegaba a esconder en el corazón mismo del palacio imperial a individuos conchabados con ella

y a facilitarles la huida en el momento en que la policía secreta del Estado iba a detenerlos.

Aquélla sería la venganza del alto funcionario y, por añadidura, serviría para cerrar definitivamente el pico a todos sus colegas malintencionados que pasaban el tiempo denigrando a los agentes del Gran Censorado…

Después de interminables escaleras, Aguja Verde se encontró de nuevo en aquel calabozo de donde la emperatriz lo había mandado sacar.

Esta vez le pareció todavía más sombrío y más húmedo que la anterior.

Las celdas del Gran Censorado debían de estar llenas a rebosar, ya que, a diferencia de su primera reclusión y pese al grosor de los muros de piedra, no hacía más que oír gritos desgarradores e incesantes gemidos.

No había duda de que en los sótanos reservados a los perpetradores de «crímenes de Estado» se practicaba la tortura a gran escala.

Era la época del año en que la administración fiscal, lanzada a perseguir defraudadores, recibía su tradicional afluencia de denuncias-absoluciones.

Todo contribuyente que denunciase a un vecino o conocido quedaba dispensado de pagar su propia contribución fiscal, siempre que fuese inferior a la del defraudador. El sistema de la delación, heredado de la práctica legista del poder tal como la había impuesto el primer emperador Qin Shi Huangdi, seguía siendo el eje esencial de los medios de coerción empleados por el Estado para asegurar una cohesión social fundada en la coacción y el terror.

El ciudadano, a quien en teoría el emperador debía proteger mediante sus ejércitos imperiales y, por encima de todo, alimentar a mínima proporcionándole una parcela de tierra indispensable para su supervivencia y la de su familia y, en caso de necesidad y de carestía, facilitándole alimento procedente de los almacenes del Estado, no tenía más remedio que recurrir a la colectividad y doblegar el espinazo ante aquel totalitarismo absoluto, constante e ineludible, en virtud del cual el individuo no tenía más que un derecho: callar y aguantar.

En el interior de la Gran Muralla, el territorio del imperio de los Tang estaba dividido en subprefecturas, prefecturas y regiones donde unos funcionarios imperiales, deseosos de complacer a fin de poder progresar cuanto antes en la jerarquía, hacían respetar las órdenes que venían de

arriba y se esmeraban en ponerlo todo por escrito, ya que lo único que contaba era lo que quedaba consignado en una hoja de papel o grabado en piedra.

Fuera de la Gran Muralla, en los protectorados establecidos por Taizong, la vigilancia era más laxa, si bien se aconsejaba vivamente a las autoridades locales que todos los años enviasen al emperador del Medio un tributo que fuera siempre más suntuoso que el del año anterior…

Las condiciones de ese intercambio desigual en que la población se convertía en rehén de sus dirigentes estaban recogidas en el Código de los Tang, voluminoso tratado de derecho público cuya primera edición xilográfica se remontaba al año 624.

Este documento, esencialmente penal y distribuido en doce secciones, que constaba de más de quinientos artículos, establecía con extrema precisión los castigos que comportaba cada crimen o delito.

Dentro de las infracciones a la integridad del Estado, las consideradas más graves, se enumeraban desde faltas cometidas por los funcionarios en el ejercicio de sus funciones hasta fraudes en las caballerizas y los almacenes del Estado, pasando por falsificaciones, no respetar el toque de queda y, por encima de todo, la abstención de denunciar aquellos delitos de los que se tenía noticia.

En el Código de los Tang no quedaba excluido nada o casi nada de la actividad humana en sociedad. La exagerada observancia jurídica que a veces rozaba la caricatura, sabía enmascarar la característica esencial que convertía este sistema de gobierno en totalitarismo absoluto: el Estado y sólo el Estado decidía la culpabilidad de tal o cual persona.

Es evidente que, sin el terror, toda esta maquinaria no podía sostenerse.

Además, todo individuo sorprendido en flagrante delito de ausencia de colaboración con esa temible mecánica, como era el caso de Aguja Verde, era castigado con la pena de muerte.

Lo que equivalía a decir que el prefecto Li disponía de un surtido casi ilimitado de inobservancias de la ley penal en la calificación de los reprochables a aquel *uïgur* que había puesto tan peligrosamente en falso los servicios del Gran Censor Imperial.

Cuando unos guardianes lo condujeron sin miramientos a la sala de torturas de la prisión del Gran Censorado, Aguja Verde se puso a lanzar alaridos de terror.

—¡Ahora me contarás todo lo que sabes! Y después tendrás que firmar una declaración escrita contra la emperatriz Wuzhao. Sólo entonces estarás en libertad de ir allá donde se te antoje —farfulló el prefecto Li mientras los esbirros, tras quitarle la camisa, ataban al *uïgur* a una silla especial.

Un verdugo de cabeza rapada y rostro picado de viruelas hizo entonces una entrada teatral destinada a impresionarlo.

Era fácilmente identificable por su delantal de cuero, del que colgaban en lúgubre exposición, clasificados por tamaños y series, pinzas, escalpelos, agujas y otros utensilios punzantes, cortantes y sajantes, a cuál más espantoso.

No había duda de que allí había material para infligir a una víctima cualquiera los sufrimientos más horribles y los castigos más refinados.

—¡He dicho todo lo que sabía! ¿Por qué habéis vuelto a meterme en la cárcel? No es manera justa de tratarme —gimió el prisionero, a quien le castañeteaban los dientes, tal era el pánico que sentía.

Ahora lamentaba amargamente el impulso que lo había llevado a expresarse a rostro descubierto ante el areópago que acababa de abandonar.

—¡Aquí tienes una hoja de papel en blanco! No tienes más que firmarla en la parte derecha del papel. Yo me encargaré de rellenarla. Sé, palabra por palabra, todo cuanto tiene que consignar en ella el escriba.

—¡No sé escribir Aguja Verde en chino! ¡No sé escribir en chino! —se lamentó la víctima retorciéndose en la silla.

—¡Yo te enseñaré! —dijo con voz de trueno el prefecto Li antes de añadir, dirigiéndose al verdugo a quien había hecho señal de que se acercara —: ¡Ten cuidado! ¡No hay que fiarse de ese género de *She*!

El carácter *She* designaba a la serpiente, un animal astuto y maléfico que era mejor aplastar con el talón del pie si uno quería evitar su venenosa mordedura.

¿No era el peor de los presagios aquel calificativo que acababa de aplicarle el prefecto Li?, hubo de preguntarse Aguja Verde mientras su rostro quedaba lívido hasta el punto de parecer el de un espectro.

—Te dejo en compañía de este hombre. Estoy seguro de que, cuando yo vuelva, sabrás escribir tu nombre en chino —exclamó el Gran Censor.

El Gran Censor no soportaba ver sangre y prefería que el verdugo oficiase lejos de su presencia; volvería ante la víctima una vez que hubiera sufrido los infamantes procedimientos que él había ordenado que le aplicaran.

Por lo general, le bastaba entonces aguzar el oído, porque las confesiones brotaban sin esfuerzo. Las víctimas estaban dispuestas a lo que fuese con tal de detener la mano del verdugo. A veces ni siquiera tenían tiempo de aceptar las acusaciones que se les dirigían para justificar los castigos infligidos, porque la muerte se adelantaba a recoger aquellos cuerpos desangrados y despedazados por el macabro instrumental del torturador.

El verdugo desplegó cuidadosamente sobre una tablilla los instrumentos que llevaba colgados del cinto e inició su trabajo con la minuciosidad y precisión propios del artesano del terror que era.

Lo primero que hizo fue amordazar a Aguja Verde con un pañuelo para evitar que gritara y a continuación le hizo poner las manos sobre la tablilla. Después de escoger cuatro agujas finas como las usadas por los acupuntores, las introdujo lentamente primero debajo de los dedos índice y mayor de una mano del *uïgur* y, seguidamente, de la otra.

En el orden de los castigos, las agujas debajo de las uñas, suplicio ideal para arrancar confesiones, venían después de la caña, y a continuación el bambú, cuyos golpes secos y redoblados hacían estallar las carnes. Eran el castigo más benigno que la justicia reservaba a los culpables, mucho menos invalidante que la amputación de los pies, castigo habitual aplicado a los descuideros reincidentes y sobre todo mucho menos radical que la decapitación, reservada a los crímenes de Estado. El asesinato de un funcionario público, cualquiera que fuera su rango, la deserción y el atentado contra los bienes del Estado, así como la degradación de edificios públicos o el fraude en los impuestos y arbitrios por encima de un determinado nivel, conducían ineludiblemente a sus autores a la muerte.

Los dientes de Aguja Verde ya podían morder, furiosos, la mordaza que le trababa la boca, porque el dolor era tan insoportable que le pareció que se

trasladaba a otro mundo cuando el verdugo comenzó a apoyar la pequeña y puntiaguda varilla de hierro debajo de la uña del índice crispado de su mano.

Perdió la conciencia, y tuvo la impresión de planear como un águila sobre las dunas del desierto de Gobi.

El verdugo, absorto en su minuciosa carnicería, no advirtió que su víctima, con los ojos en blanco, sufría una terrible crisis cardíaca ocasionada por la tensión y el dolor extremos.

Torlak el *uïgur*, alias Aguja Verde, volaba ahora sobre Turfan en busca de Luna de Jade.

Pero por mucho que explorase los callejones de la ciudad, se asomase a sus jardincillos y a sus fuentes, vagase por sus mercados, no encontraba rastro de la hermosa chinita cuyo suntuoso cuerpo le habría gustado tanto saborear.

Bajo sus alas, las cúpulas del santuario maniqueo no parecían mucho más grandes que cuencos invertidos. Distinguía en medio del patio la coronilla de Cargamento de Quietud, rodeado de otros Perfectos, ocupados todos en velar un cuerpo inerte tendido en una camilla. Efectuó entonces un brusco descenso giratorio para acercarse. Al ver el ave rapaz que se precipitaba sobre ellos, los Perfectos, como un solo hombre, empuñaron sus arcos y los tensaron con gran presteza. El *uïgur* volador vio abatirse sobre él toda una multitud de saetas que lo atravesaron de parte a parte mientras él, con las alas desplegadas, caía desplomado en el patio de la Iglesia de la Luz.

Justo cuando iba a estrellarse contra las baldosas de piedra, Aguja Verde abrió de pronto los ojos.

No menos de diez agujas le había hundido el verdugo bajo cada dedo: tal era el castigo reservado a los cobardes y delatores.

El prefecto Li, que había vuelto a entrar en la habitación, estaba de pie ante él y su rostro amenazador se acercó lentamente al suyo.

—¡Estoy seguro de que ahora ya sabes escribir tu nombre en chino! —murmuró mientras ordenaba al verdugo que le retirase la mordaza que le trababa la boca.

—¡Oh, Mani, tú que sufriste el suplicio de la pasión durante veintiséis días, ayúdame! ¡Ábreme tus brazos! —exclamó el espía de Cargamento de Quietud.

—Como parece que no lo has entendido, ahora vendrá el suplicio de la estrangulación —exclamó, ebrio de furor, el Gran Censor, que no esperaba la menor resistencia de un individuo en quien la delación parecía ser una segunda naturaleza.

El verdugo le fijó en el cuello las dos tablillas perforadas, atadas por cuerdas en medio de las cuales se hacía pasar Una varilla que bastaba con hacer girar para provocar una insoportable compresión de las venas yugulares y las carótidas.

—Estoy convencido de que, cuando te empieces a ahogar, ya sabrás escribir tu nombre en chino.

Pero Aguja Verde había decidido otra cosa.

Aquel cadáver tendido en unas parihuelas al que velaban los maniqueos de Turfan era el suyo.

Cuando lo descubrió, comprendió que había llegado su hora, y no quería en ningún caso que su vida terminara con el cuerpo acribillado por las flechas de sus hermanos de la Iglesia de la Luz.

Tal vez existiera una última esperanza de que Mani el Misericordioso quisiese pasar la esponja sobre las infamias de Torlak y lo aguardara en el Reino de los Bienaventurados, ese paraíso al que todo maniqueo esperaba entrar un día.

No podía presentarse ante él con todas aquellas manchas abyectas y actos nefandos que lo habían convertido en un ser maligno y, lo que aún era peor, en un traidor con ribetes de cobarde.

Le había llegado el momento de expiar sus inmensos pecados.

Por algo había denunciado con demasiada frecuencia a inocentes, movido simplemente por el odio y los celos, y perjudicado a gente que no lo merecía.

No era más que basura.

Asqueado de sí mismo, ahora sólo deseaba una cosa: que el insoportable dolor que le provocaban los gestos meticulosos y precisos de aquel verdugo fuera tan grande como el que causaba el fuego que encendían los

maniqueos con motivo de sus ritos de purificación del alma durante la fiesta del Berna, en el curso de la cual conmemoraban cada año, en marzo, la Pasión de Mani.

El prefecto Li, que, furioso, había decidido hacer girar él mismo la vara del garrote, veía ahora las uñas del *uïgur*, pese a la sangre que le resbalaba por las manos tumefactas e hinchadas, formar un ángulo recto con el extremo de sus falanges.

—¡Vamos con ese nombre tuyo de Aguja Verde! ¡Sólo bastan dos caracteres para escribirlo! Y estoy seguro de que los conoces perfectamente —farfulló con la boca pegada a la oreja del torturado en el preciso momento en que un primer chasquido indicaba que sus vértebras cervicales ya no eran indemnes.

—¿Te parece que estoy en condiciones de escribir? —soltó el *uïgur* de golpe, casi con arrogancia, provocando con su mirada vidriosa la del Gran Censor.

Ésa fue la última frase que pronunció Aguja Verde al tiempo que levantaba sus manos martirizadas, incapaces ya de ser útiles para nada.

El Gran Censor Imperial, cegado por la cólera, despechado por el inexplicable desafío que acababa de lanzarle el *uïgur*, dio un giro más al garrote que le atenazaba el cuello.

En la celda de las torturas resonó un último grito mientras el prefecto Li pronunciaba por lo bajo el dicho popular que revelaba el escaso respeto que se tenía en la China central al asno, al que no se había abstenido de asimilar a Aguja Verde:

—¡Si no sirve para hacer girar la muela, se le mata y listo!

Pero el *uïgur*, con la cabeza dislocada, vencida sobre el torso igual que la de un pelele roto, no pudo oír el macabro chiste, Por la simple razón de que ya había muerto.

XXXVI

MONASTERIO DEL ÚNICO DHARMA,
PESHAWAR, INDIA

Había unos cincuenta fieles delante de él entre viejos y jóvenes, todos con el cráneo impecablemente rasurado y revestidos con la toga color azafrán más o menos descolorida según la antigüedad de su entrada en las órdenes. Todos los «jefes de fila» o todos los que eran «responsables» de alguna cosa en el seno de la organización del monasterio del *Único Dharma* lo miraban con extrema atención.

Con la desagradable sensación de estar delante de un tribunal, Puñal de la Ley, muy incómodo, se dijo para sus adentros que la reunión tenía todo el cariz de terminar mal.

Habría deseado que aquel enfrentamiento no se hubiese producido antes de poder aportar nuevos elementos a sus hermanos, a quienes el descubrimiento de la desaparición de los Ojos de Buda había hecho el mismo efecto que un terremoto.

—¡Nos abandonaste a cambio de la Pequeña Peregrinación y resulta que ahora quieres ocuparte de la Grande! No olvides que, para calmar la cólera de los devotos, les hemos prometido que esta vez no sólo les mostraríamos la Pestaña en su corazón de sándalo, sino también el cofre de oro puro donde reposan los Ojos compasivos del Bienaventurado Buda…

El monje que acababa de mostrar tanta desconfianza y acritud en relación con Puñal de la Ley se llamaba Santa Vía de los Ocho Miembros.

Para el primer acólito era muy desagradable, ya que, hasta época reciente, ese monje era uno de los miembros de la comunidad que le profesaban simpatía.

Oriundo de Turfan, aunque educado en un monasterio del Gran Vehículo, hacía unos veinte años del ingreso de aquel religioso, cuando no era más que un joven novicio que se encargaba de llevar el equipaje de un gran maestro de *Dhyâna* chino. Debido a que el viejo monje murió de repente en el curso de una estancia en el convento de Peshawar, el joven Santa Vía de los Ocho Miembros, encontrándose desamparado, fue acogido en el mismo sin el menor titubeo por el maestro *Buddhabhadra*.

Santa Vía de los Ocho Miembros era normalmente una persona afectuosa y jovial, dispuesto siempre a hacer favores y preocupado por hacer olvidar a sus hermanos indios, adeptos al budismo primitivo, que él se había formado en el monasterio chino más grande del Gran Vehículo del oasis de Turfan.

Se hizo popular entre los jóvenes novicios y se dedicó a supervisar las funciones de barrido y limpieza del convento, lo que hizo que terminara por aceptar el cargo de intendente de este servicio en el convento del *Único Dharma*, tarea humilde pero importante que ejercía con entusiasmo y hasta con pasión.

Así fue como se convirtió en el mejor amigo de Joya de la Doctrina, el monje que se enfrentó con Puñal de la Ley, su rival de siempre, cuando éste regresó con las manos vacías de su expedición al País de las Nieves.

A partir de ese momento, para Joya de la Doctrina no había palabras bastante duras para dedicarlas al Superior ausente, cuya conducta equiparaba a una imperdonable deserción, ni a su acólito, a quien acusaba con palabras encubiertas de haberse comportado con gran doblez en aquel misterioso asunto.

A fuerza de sobreentendidos y de vilipendiar la actitud de Puñal de la Ley, Joya de la Doctrina acabó por ganar para su causa a Santa Vía de los Ocho Miembros, que se había distanciado de su antiguo amigo.

Los dos hombres no se abstenían de poner públicamente en cuarentena la legitimidad de su Superior por haberse evaporado de forma inexplicable

llevándose el corazón de sándalo que contenía la Pestaña del Bienaventurado.

Este último episodio, a manera de gota de agua que hace desbordar el vaso, hizo aumentar las sospechas que ahora ya abrigaban una aplastante mayoría de monjes del convento del *Único Dharma* con respecto al proceder de *Buddhabhadra*.

Joya de la Doctrina ya se atrevía a tildar a Puñal de la Ley de simulador, alguien que no decía a sus compañeros todo lo que sabía sobre las razones que habían movido a su Inestimable Superior a no volver a Peshawar.

La hostilidad probada de Santa Vía de los Ocho Miembros entristecía a Puñal de la Ley, quien ahora se enfrentaba a la cincuentena de monjes que esperaban de él la solución al insoluble problema que planteaba a la comunidad la desaparición de los Ojos de Buda.

—Os quiero hacer una pregunta, ¿me tenéis confianza? —les preguntó a bocajarro Puñal de la Ley, crispado por la observación de su antiguo amigo.

—¿Qué propones para que nuestro convento recupere sus santas reliquias, sin las cuales no es nada? —refunfuñó Joya de la Doctrina, siempre dispuesto al ataque.

—¡Sin los Ojos de Buda, el gran *Relicario de Kaniska* se pudrirá irremediablemente! —añadió el monje Cesta de Ofrendas.

—Si queremos evitar que los devotos decepcionados se venguen de nosotros, no tenemos más que escondernos en las cuevas de las montañas —exclamó otro religioso.

—¡Os prometo que haré lo que sea para recuperar los Ojos de Buda! Pero primero tienen que desaparecer todas estas sospechas en relación con mi persona. Si nuestra *samgha* está desunida, fracasará. La división es el origen de todos los males cuando hay que afrontar dificultades —dijo con voz tonante Puñal de la Ley, que quería tranquilizar a sus hermanos.

Habría sido quedarse corto afirmar que la noticia de la desaparición de la sagrada reliquia los había sumido en la aflicción.

El primer acólito de *Buddhabhadra* no tenía nada que ver con el asunto.

Consciente de que la comunidad de los monjes se sentiría profundamente desestabilizada el día que se enterara de la situación, había decidido guardarse todo aquello para él solo.

Como persona que conoce sus deberes y deseoso, además, de preservar a toda costa la tranquilidad de la comunidad que tenía a su cargo, estaba dispuesto a hacer lo imposible para localizar las santas reliquias o, en caso necesario, encontrarles un sustituto.

Pero Joya de la Doctrina y Santa Vía de los Ocho Miembros habían decidido otra cosa. En efecto, cuál no sería su sorpresa cuando, salvado el último peldaño, comprobó que lo estaba esperando un grupo al pie del relicario.

¡Lo habían seguido!

—Te oímos cuando cometiste el acto sacrílego de derribar el fino tabique de adobe que bloquea la hornacina sagrada —le lanzó Santa Vía de los Ocho Miembros con voz temblorosa de cólera.

—Puñal de la Ley, nos debes explicaciones acerca de la terrible profanación que acabas de cometer.

Esa hornacina sólo se abre con motivo de la Gran Peregrinación. ¡No puedes salirte con la tuya guardando silencio! ¿Por qué saqueaste el relicario? ¡Dinos la verdad! ¿Sabes lo que le cuesta a un monje una desviación así? —añadió, malévolo, Joya de la Doctrina.

Congregados alrededor de los dos enemigos, los demás monjes expresaron con un murmullo su desaprobación.

—¡Mira que sois idiotas! Precisamente pensando en la próxima Gran Peregrinación fui a comprobar si todo estaba en regla en lo alto del relicario. ¡Reina la confianza! —exclamó Puñal de la Ley, desbordado ante tal desconfianza y resentimiento, pese a que todavía no se atrevía a confesarles la situación.

—Como no digas la verdad, te espera el Infierno Frío, Puñal de la Ley, y en él vagarás con la boca cosida, de suerte que ni podrás comer siquiera —le soltó Santa Vía de los Ocho Miembros.

Después fue a coro, y con la misma mirada hostil, que los monjes habían continuado acosándolo y hasta hubo alguno que lo tildó de embustero.

Puñal de la Ley comprendió entonces que no tenía más remedio que confesar, prescindiendo de cuáles pudieran ser las consecuencias de su gesto.

—Pues bien, ya que queréis saberlo todo, los Ojos de Buda ya no están allá arriba. La pirámide que debía albergarlos está vacía. Ni siquiera la forzaron, se limitaron simplemente a abrirla… seguramente fue alguien que disponía de llave. El *Único Dharma* es ahora un monasterio sin reliquias y su gran torre relicario es un edificio inútil. ¡Amigos míos, tengo el honor de anunciaros que ahora debemos guardarnos de las sombras y del viento! —gritó, lívido de ira y totalmente fuera de sí.

Ante aquella salida, la concurrencia, sorprendida por la noticia y al mismo tiempo estupefacta por el tono que adoptaba el primer acólito, no se atrevió a responderle.

Con aire apenado y vencido, se limitaron todos a mirarse los pies.

—¡No se entiende nada! ¿Quién ha podido cometer tal crimen? Al final de la última Gran Peregrinación fui designado para devolver a su sitio el relicario de oro puro de esa hornacina antes de que el artesano encargado de ese trabajo la emparedara —se lamentó Joya de la Doctrina rompiendo el denso silencio.

—¡Tengo que ir a ver inmediatamente a ese hombre! ¿Dónde vive? ¡Dame en seguida su dirección! —exclamó el primer acólito, ansioso de demostrar su absoluta buena fe a la comunidad y cazando al vuelo aquel balón que su rival acababa de lanzarle inopinadamente.

El tripudo monje llamado Triple Cesta, con su inimitable y curiosa voz de timbre agudo, le indicó el nombre del callejón donde se suponía que vivía el albañil en cuestión.

Sin perder un momento, Puñal de la Ley, dejando a sus hermanos sumidos en la aflicción, se precipitó al barrio antiguo de Peshawar, donde, después de mucho preguntar y atar cabos, acabó por localizar la pequeña casa de adobe en la que vivía el artesano con su mujer y sus diez hijos.

El hombre, cuyos ojos parecían haber devorado su rostro huesudo, a semejanza de los talladores de piedra y encaladores, que morían en plena juventud debido al polvo abrasivo que respiraban sus pulmones, se mostró taxativo.

Juró a Puñal de la Ley por su hijo más pequeño que no se había vuelto a encaramar al relicario desde el día que emparedó la hornacina al terminar la Gran Peregrinación.

—El maestro *Buddhabhadra* no volvió a venir a verme. ¿Cómo iba a osar yo tocar con estas pobres manos el relicario de oro puro? Esa joya debe permanecer en el santo lugar donde se encuentra.

Seguro que, si alguien se apoderara de ella, sería condenado al peor de los infiernos. La única vez que vi al maestro *Buddhabhadra* en este barrio, se dirigía a la tienda del joyero, que se encuentra justo aquí enfrente —añadió, presa de un gran temblor de todos sus miembros.

—¿Dónde está la tienda? Acompáñame, te lo ruego, y te aseguro que tendrás con qué alimentar a tu numerosa progenitura —exclamó entonces con voz de trueno Puñal de la Ley, sacándose precipitadamente del cinto una bolsita que agitó ante las narices del albañil.

—El artesano debió de mudarse, porque desde el año pasado tiene cerrada la tienda —se lamentó este último al ver que se esfumaba ante sus ojos una buena ocasión de ganar más dinero que en tres meses de duro trabajo.

—¿Era un mercader de gemas?

—No, ese padre de una numerosa familia a la que, desgraciadamente como yo, apenas conseguía alimentar con su trabajo, se contentaba con tallar las piedras que importantes joyeros del barrio del oro le traían por la mañana y le pasaban a recoger por la noche.

El albañil enjuto y de mirada febril parecía sinceró.

A buen seguro que no tenía nada que ver con el robo de los Ojos de Buda.

A su regreso al monasterio, Puñal de la Ley informó a los monjes, que ya lo estaban esperando con impaciencia, de lo que le había dicho el albañil.

Había que rendirse ante la evidencia: alguien se había encaramado a lo alto del relicario al terminar la última Gran Peregrinación y se había apoderado del contenido del cofrecillo de oro puro en forma de pirámide adornado con las soberbias asas de marfil que representaban unas cabras enfrentadas.

Puñal de la Ley no tenía la más mínima duda al respecto: el autor de aquel acto incalificable que había sumido en la aflicción a una de las más grandes y venerables comunidades del Pequeño Vehículo indio no podía ser otro que *Buddhabhadra*…

En efecto, ahora se encadenaban todas las deducciones obedeciendo a una estricta lógica.

Antes de partir hacia el País de las Nieves con el elefante blanco sagrado, cuya función principal se reducía al transporte de esta reliquia, el Superior de Peshawar la había sustraído sin tomar siquiera la precaución de cerrar de nuevo la pirámide de oro. En cuanto a la reliquia en sí, seguramente se trataba de piedras preciosas. ¿Por qué habría ido *Buddhabhadra* a ver al artesano de no haber sido así?

Pero ¿verlo con qué objeto? ¿Para venderle los Ojos de Buda?

Cabía la posibilidad de ponerlo en duda.

Aparte de que no podía imaginar a su Inestimable Superior entregado a un vulgar tráfico mercantil tratándose de una reliquia tan sagrada como aquélla, el humilde tallador de gemas habría sido incapaz de comercializarla.

¿No sería que, dadas las condiciones, *Buddhabhadra* había ido a visitarlo para una nueva talla?

Esta hipótesis parecía más plausible.

En cualquier caso, algo era evidente: *Buddhabhadra*, el Superior del convento del *Único Dharma* de Peshawar, era un profanador y un ladrón de reliquias sagradas que había abandonado a su suerte a la comunidad que tenía a su cargo y que por ello se veía ahora abocada a problemas de mera supervivencia.

¿Era consciente a su vez la comunidad del *Único Dharma* de la doble o hasta de la triple personalidad de su Inestimable Superior?

A los ojos de Puñal de la Ley, quedaban muchos puntos oscuros y tenía plena conciencia de que en aquel asunto había aspectos que todavía se le escapaban.

¿Por qué el Superior de Peshawar había sentido la necesidad de llevar la sagrada reliquia al País de las Nieves?

¿Por qué había dejado abierto el relicario piramidal, gracias a lo cual se había descubierto el robo?

De haberlo cerrado, al no disponer de llave, nadie se habría atrevido a profanar el relicario procediendo a su intempestiva apertura.

Al volver al monasterio, después de su fructífera visita al albañil, frente a aquellos monjes de mirada angustiada a quienes acababa de dar cuenta de su expedición a Peshawar, el acólito de *Buddhabhadra* se dijo para sí que había sonado la hora de la verdad.

Todo parecía acusar a su Superior.

Y sin embargo, desde que Ramahe sGampo lo había puesto al corriente, aunque fuera de forma elíptica, sobre la razón de los desplazamientos de *Buddhabhadra* al País de las Nieves, no se sentía con valor suficiente para arrojarlo como carnaza a sus hermanos monjes.

Puesto que ignoraba los verdaderos motivos que habían guiado sus actos, se consideraba vinculado a él por un deber de lealtad.

Todo estribaba en esto.

¿Podía confiar en *Buddhabhadra*? ¡Lo deseaba tanto!

Teniendo en cuenta las circunstancias, ¿no sería mejor explicarse de viva voz con el interesado y, en consecuencia, esperar pacientemente su regreso, aunque fuera urgente encontrar una solución para la Gran Peregrinación?

De modo que la prudencia dictaba que no hiciera partícipe a la comunidad, cuyos representantes más eminentes estaban reunidos con él, de las abrumadoras sospechas que pesaban ahora sobre las espaldas de *Buddhabhadra*.

—No puede sacarse ninguna conclusión de lo que me ha dicho el albañil mientras el propio *Buddhabhadra* no nos ayude a resolver estos enigmas. En lo que a mí respecta, sigo teniendo confianza en él. ¡Y el que no esté de acuerdo que levante la mano! —espetó a sus compañeros. No se levantó una sola mano. Comprobó con satisfacción que nadie se atrevía aún a acusar abiertamente a *Buddhabhadra*. Ahora la discusión giraba alrededor de las consecuencias del in—; creíble saqueo de la hornacina que cobijaba el Gran Relicario.

—¿Qué haremos? ¡Sin las sagradas reliquias, ya no tenemos razón de ser! Estamos en la situación del hombre que, perseguido por el elefante, cae en el pozo —soltó, con rostro ceñudo, Santa Vía de los Ocho Miembros en nombre de sus camaradas.

El monje aludía a la célebre parábola budista que quiere demostrar a los hombres que no conseguirán salvarse por sí solos, es decir, sin contar con la divina protección del Bienaventurado.

Relataba la historia de un pobre hombre agarrado a las raíces de un árbol y asomado al pozo en el que se había arrojado para escapar a la carga de un elefante furioso, que se dio cuenta de que no podría volver a la superficie porque dos ratas roían las raíces, en las que se habían cobijado dos serpientes venenosas que se aprestaban a morderlo, en tanto que un monstruo agazapado en el fondo del pozo esperaba con la boca abierta, dispuesto a merendarse de un bocado a quien creía estar refugiado en lugar seguro.

Ahora todos se preguntaban qué se podía hacer mientras fijaban la mirada en Puñal de la Ley.

—Como el prisionero del pozo, estoy tan desvalido como vosotros —les replicó este último.

—¿*Buddhabhadra* no te hizo nunca ninguna confidencia con respecto a los Ojos de Buda?

—¡Jamás! ¡Os lo juro!

—¿No sería él quien llevó los Ojos de Buda al País de las Nieves con el elefante blanco, único habilitado para transportarlos? De no ser así, ¿por qué se habría tomado la molestia de llevarse un paquidermo en lugar de optar por un caballo, que es un animal de paso más seguro y está más acostumbrado a caminar por la alta montaña? —inquirió, con toda naturalidad, Santa Vía de los Ocho Miembros.

La pregunta merecía una respuesta y Puñal de la Ley comprobó, aunque en realidad sin gran sorpresa, que él no era el único en sospechar del Inestimable Superior en relación con aquella incalificable fechoría.

Si continuaba defendiéndolo y negando la evidencia, ¿no correría el riesgo de pasar por cómplice suyo y de perder irremediablemente la confianza de sus congéneres?

Entonces, con el corazón en un puño, Puñal de la Ley juzgó que era inútil tratar de proteger a *Buddhabhadra* contra viento y marea.

—Me pierdo en conjeturas, probablemente como tú. Si quieres que te confiese lo que pienso en realidad, no estoy lejos de compartir tu opinión…

Por eso me tomé la molestia de subir a lo alto de la torre relicario, a pesar de que sufro de vértigo. Por lo mismo, si nuestro Inestimable obró de esa manera, debió de ser porque se lo imponían imperiosas razones —se lamentó, sumiendo en la consternación al reducido grupo que tenía enfrente.

—El simple hecho de haberse llevado el elefante blanco sagrado basta para confirmar su delito —añadió Joya de la Doctrina con temblores de indignación en la voz.

La única salida que quedaba, dadas las circunstancias, estribaba en ganar tiempo esperando que llegase un día en que el propio *Buddhabhadra* estuviese en condiciones de dar una explicación.

—Nada nos dice que éste sea un acto criminal, Joya de la Doctrina. Hay que guardarse de ir demasiado deprisa porque, cuando los juicios pecan de expeditivos, lo que se consigue a veces es condenar a inocentes. Piensa un poco en la proeza de Aquel que llevaba un moño en forma de caracola. Él nos enseñó a ser pacientes. Sean cuales sean las circunstancias, hay que dar tiempo al tiempo antes de sacar conclusiones radicales. Sospechas no son pruebas —exclamó el primer acólito.

La *Játaka*[75] llamada de la Paciencia refería que, en una vida anterior, *Shakyamuni* adoptó la forma de un asceta llamado *Shakhacarya*, el cual iba peinado con un moño en forma de caracola. Un día que estaba meditando al pie de un árbol, se posó sobre él un pájaro y puso unos huevos. Al salir del éxtasis, hizo el voto de seguir meditando hasta que los pajarillos rompieran los huevos y estuvieran en condiciones de volar.

—A veces esperar equivale a renunciar, porque nuestra Gran Peregrinación no esperará —soltó, en tono decidido, su principal opositor, Santa Vía de los Ocho Miembros, que siempre estaba de acuerdo con Joya de la Doctrina.

—*Buddhabhadra* nos ha robado nuestras reliquias y con ello nos ha reducido a la nada. Ya no nos queda más que irnos de aquí con la cabeza cubierta de cenizas —balbuceó, desesperado, el gordo Triple Cesta.

Por doquier se levantaba el mismo lúgubre coro de voces: «¡Mejor anular la Gran Peregrinación y cerrar el *Único Dharma*!… El Inestimable ha dejado de serlo. A decir verdad, nos ha asesinado.

¿Cómo es posible que *Buddhabhadra* haya cometido una fechoría semejante?».

Los monjes, como huérfanos de padre, afligidos por lo que acababan de oír, lloraban lágrimas ardientes al tiempo que maldecían al traidor y renegado que los había abandonado.

—Hermanos míos, suponiendo que *Buddhabhadra* actuara de ese modo, si lo hizo fue porque no tenía más remedio. Para él lo único que contó siempre fue su monasterio junto con la Noble Verdad del Bienaventurado —protestó Puñal de la Ley.

Cuando se separaron a una hora tardía para volver a sus celdas después de haber barajado sin éxito todas las hipótesis posibles, Puñal de la Ley comprobó con tristeza que el ambiente todavía era más glacial que al iniciarse la reunión.

Las cosas no habían progresado y la organización de la Gran Peregrinación prometía ser de las más peligrosas.

Traumatizada y terriblemente decepcionada, la comunidad del *Único Dharma*, despojada de las sagradas reliquias que constituían su única razón de ser, disgregada y a la deriva, era como un edificio que las grietas amenazaban con cuartear.

En su celda, el primer acólito, anonadado por estos desgarramientos que auguraban un porvenir de lo más negro y agotado tras la jornada dedicada a localizar la casa del albañil, se dejó vencer por el sueño y se desplomó sobre la plancha estrecha y dura del catre. Como solía ocurrirle en momentos como aquél, no cesaba de repetirse la enigmática expresión «mantener la concordia» formulada por Ramahe sGampo. Eran unas palabras que lo tenían obsesionado desde que las oyera por primera vez y que acompañaban sus habituales insomnios.

«Mantener la concordia cinco años más».

Su espíritu repetía incansablemente aquella frase como si fuera un lancinante mantra cuando sintió de pronto que una mano le rozaba suavemente la espalda.

Se volvió sobresaltado.

Era Santa Vía de los Ocho Miembros, que esta vez lo miró sin particular hostilidad.

—La acritud es mala consejera. Por otra parte, debemos ser compasivos. He venido a pedirte perdón por la agresividad que te he demostrado desde tu regreso del País de las Nieves —dijo este último con voz tranquila, para gran sorpresa del primer acólito.

¿Cómo era posible que en tan poco tiempo hubiera cambiado de tal modo de parecer?

—¿Qué piensa Joya de la Doctrina de tu actitud? —inquirió, no sin desconfianza, Puñal de la Ley sentándose en el jergón.

—No sabe que estoy contigo. Acabo de darme cuenta de que lo cegaron los celos que tenía de ti. No actúa de buena fe y entiendo que me manipuló. Por eso he venido a hacer las paces contigo. Estoy seguro de que eras sincero cuando nos aseguraste que *Buddhabhadra* no te había hecho ninguna confidencia acerca del motivo de su viaje.

—En ese caso, eres el único. Nuestros hermanos no me prestan crédito. Incluso están convencidos de que les miento… —dijo en tono desapacible el primer acólito de *Buddhabhadra*.

—Yo habría debido proclamar a los cuatro vientos, delante de todo el mundo, que tú eras un hombre honrado y transparente. Ahora lamento amargamente no haberlo hecho.

Puñal de la Ley estaba cada vez más sorprendido.

¿Era persona de fiar el monje de Turfan?

Lo evidente, en cualquier caso, era que había adoptado un tono nuevo que contrastaba singularmente con la funesta agresividad que poco antes había demostrado.

En sus ojos ligeramente oblicuos, el primer acólito no detectaba la más mínima sombra de duplicidad. Daba la impresión de que Santa Vía de los Ocho Miembros decía la verdad.

—Hace varias horas que reflexiono mientras medito y rezo. Tal vez tengo la solución para que el *Único Dharma* recupere las santas reliquias —exclamó.

—En tal caso tienes que exponérmela, porque el tiempo apremia.

—¡Se encuentra en Turfan!

—¿En la Ruta de la Seda?

—Exactamente, en el convento del Gran Vehículo, que fue donde hice mi noviciado. Su Superior, Favor Atestiguado, ha proclamado siempre que estaría dispuesto a vender la santa reliquia del monasterio si un día no tenía dinero suficiente para comprar la seda con la que se confeccionan los estandartes votivos que están colgados de las paredes de las salas de oración.

—Debe de ser un hombre con un curioso sentido del humor… ¿Estás seguro de que no se trataba de una salida de tono?

—¡Por supuesto que sí! Te aseguro que se puede intentar algo.

—Tiene que tratarse de una reliquia muy insignificante para que el Superior de ese monasterio *mahayanista* esté dispuesto a deshacerse de ella.

—En absoluto, hace como mínimo cien años que la uña del índice derecho del Bienaventurado es objeto de inmensa veneración. Cuando yo era novicio, centenares de adeptos venían todos los días a prosternarse ante el jarrón de jade con incrustaciones de oro donde está encerrada.

—¿Crees que ese hombre trocaría semejante tesoro por simples estandartes votivos? —inquirió Puñal de la Ley, cuyo rostro iba serenándose poco a poco.

—No ignoras que el *Mahâyâna* recomienda el uso de estandartes en los que están pintadas las figuras del culto en detrimento del de las reliquias, que asimila a fetiches que alientan supersticiones totalmente desvinculadas de la Verdad del Bienaventurado. Además, para Favor Atestiguado la uña del Bienaventurado no es más que una supervivencia de un pasado ya superado…

—Ahora comprendo mejor…

—La mayoría de los monasterios del Gran Vehículo abogan por hacer «el vacío dentro de uno mismo», como dicen ellos, delante de los estandartes votivos al objeto de alcanzar la Iluminación súbita.

—¿Sigue la uña en su sitio y tu antiguo Superior continuaría estando dispuesto a este trueque? —inquirió febrilmente Puñal de la Ley, a quien las palabras de su colega llenaban de locas esperanzas.

—¡La única manera de comprobarlo sería trasladándonos allí!

—¿Quién nos dice, sin embargo, que ese monasterio de Turfan tendrá necesidad siempre de estandartes pintados? —preguntó, ansioso, el primer

acólito.

—Hace meses que se multiplican los rumores propalados por los numerosos viajeros que hacen aquí parada con respecto a una terrible penuria de seda que al parecer hace estragos en la Gran China.

Teniendo en cuenta el gran número de estandartes nuevos necesarios para los nuevos monjes, me sorprendería que no empezasen a escasear —concluyó con una sonrisa el *turfanés*.

—Admitiendo que los hechos corroborasen lo que es la comidilla de la Ruta de la Seda, ¿qué podríamos ofrecer a tu Favor Atestiguado a cambio de la uña del índice derecho de Buda? —preguntó Puñal de la Ley, a quien esas palabras sobre la penuria de seda china no le sorprendían en absoluto debido a que había comprobado pocos meses antes en Dunhuang lo bien fundamentado de las mismas tras su entrevista con Addai Aggai.

—¡Pues seda, claro! —exclamó, triunfante, Santa Vía de los Ocho Miembros.

—¡Mira un poco mis manos, Santa Vía de los Ocho Miembros! No son las de un mago con poder para transformar en hilo de seda el polvo del desierto —exclamó Puñal de la Ley extendiendo los brazos.

—En este sentido poseo una información capital: hace algunos años que un sacerdote maniqueo instaló en Turfan un criadero clandestino de gusanos de seda —exclamó, seguro del efecto que producía, su interlocutor.

—¿Has podido comprobar estas afirmaciones? Qué yo sepa, desde tu llegada a Peshawar no has vuelto entre los tuyos…

—Uno de mis primos hermanos, comerciante de especias de profesión, me informó de esto por azar mientras hablábamos de unas cosas y otras y yo le preguntaba qué cosas nuevas habían ocurrido en mi oasis natal. Pasó por aquí durante tu ausencia. La noche de su llegada, mientras tomábamos el fresco junto con Joya de la Doctrina, ese primo mío nos hizo esa increíble confidencia. No tengo motivos para dudar de sus palabras, que, en aquel entonces, no revelé a nadie… pero que no cayeron en saco roto. Considera, por otra parte, que no me he inventado a ese primo que transportaba una cantidad de pimienta que valía una fortuna —exclamó con aire de satisfacción Santa Vía de los Ocho Miembros extendiendo los brazos hacia Puñal de la Ley.

En la mano abierta que el *turfanés* acababa de sacarse del bolsillo, el primer acólito distinguió, en efecto, unos granos de pimienta…

Impresionado por tan sorprendente revelación, reflexionó brevemente.

Después de todo, ¿qué arriesgaba yendo a Turfan en compañía de Santa Vía de los Ocho Miembros para tratar de recuperar la santa reliquia cuya custodia dependía del Superior Favor Atestiguado?

¿Acaso un fragmento de uña del Bienaventurado no sustituiría con creces una de sus divinas Pestañas?

En cuanto a los Ojos de Buda, se trataba de un asunto totalmente diferente.

La suerte de aquellas reliquias tan célebres, veneradas con tanto fervor desde hacía más de mil años por millones de fieles y por ello absolutamente insustituibles, estaba vinculada a la de *Buddhabhadra*…

¿De modo que el convento del *Único Dharma* debía renunciar a la posibilidad de recuperar otras reliquias menos prestigiosas?

—¿Sabes cuánto cuesta a un miembro de la *samgha* mentir a su colega o conducirlo, deliberadamente, a caminos que no llevan a ninguna parte?

—Lo sé. Constituye una falta gravísima. Pero yo no te miento, Puñal de la Ley. ¡Te lo juro! Contigo soy transparente.

En ese caso, ¿estarías dispuesto a ir conmigo a tu ciudad natal?

—Yo mismo te lo propuse. ¡Y mañana mismo, si hace falta! Para mí sería una inmensa alegría ir a saludar a mis tíos y tías… suponiendo que no hayan muerto.

El monje *turfanés* parecía sincero y rebosante de buena voluntad.

—Mañana lo comunicaremos a la comunidad y ella decidirá. No quisiera actuar en contra de sus deseos —dijo Puñal de la Ley, que aspiraba a restaurar el vínculo de confianza, ahora tan relajado, con los demás monjes.

Al día siguiente, los rostros cariacontecidos de estos últimos seguían marcados por el mal recuerdo de su discusión de la víspera cuando Puñal de la Ley se dirigió a ellos, acompañado de Santa Vía de los Ocho Miembros, en uno de los inmensos oratorios del convento del *Único Dharma*.

Desde un rincón sombrío de la inmensa sala donde sus dos compañeros no podían observarlo, Joya de la Doctrina comprobó con amargura la

deserción de Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Mis queridos amigos, tenemos un plan que someteros. En Turfan hay seda. Y no es imposible cambiarla por santas reliquias. ¿Qué os parece? —preguntó el primer acólito.

—La mayor parte de los monasterios del Gran Vehículo se desembarazarían de sus reliquias trocándolas por seda para hacer los estandartes votivos ante los cuales los monjes *mahayanista*s practican la meditación sentada —añadió Santa Vía de los Ocho Miembros.

—¿De modo que estaríais dispuestos a partir hacia Turfan y hacer lo que sea para sacarnos del atolladero en que estamos metidos? —preguntó un monje viejo cuyas orejas, perforadas por gruesos aros de bronce, eran tan largas que los lóbulos le rozaban los hombros.

—Creemos incluso que podemos tratar de recuperar una reliquia importante: la uña del índice derecho del Bienaventurado —concluyó el *turfanés*.

—¿El que el Bienaventurado apoya contra el pulgar en el *Dharmacakra Mudra*[76] de la predicación?

Quien había hecho la pregunta era el mismo religioso viejo.

—¡Ese mismo! La uña se conserva en el monasterio *mahayanista* de Turfan y es objeto de una peregrinación anual con ocasión de la fiesta votiva que conmemora la entrada del Despertado en el *Parinirvana* —explicó a sus compañeros Santa Vía de los Ocho Miembros.

Al parecer, las palabras del monje *turfanés* hicieron su efecto, ya que los rostros se iluminaron.

Entonces, furioso al comprobar que su amigo había roto su alianza contra Puñal de la Ley, Joya de la Doctrina exclamó con amargura:

—Una cosa es que te vayas, pero ¿quién nos asegura que volverás? ¿Qué garantías tiene el *Único Dharma*, cuya supervivencia actualmente está en juego?

—El Bienaventurado Buda nos iluminará con su Luz Divina y nos ayudará a superar esta terrible prueba que nos aplasta a unos y otros. Tus palabras, Joya de la Doctrina, me sorprenden. Se diría que las pronuncia un hombre que ha perdido la fe —le replicó en tono severo Puñal de la Ley.

El rumor de aprobación del público demostró a los interesados que acababa de quedar conquistado por lo que había oído.

Y cuando, a los pocos días, abandonaron a caballo el monasterio del *Único Dharma*, la comunidad reunida al completo, inquieta como siempre pero llena de esperanza, les abrió un pasillo de honor y los aclamó al tiempo que hacía votos por el buen éxito de aquel intento con respecto al cual todos sabían muy bien que se trataba de la última oportunidad que les quedaba.

El único que no acudió al llamamiento fue Joya de la Doctrina, que estaba en su celda echando pestes contra su odiado rival.

Ni Puñal de la Ley ni Santa Vía de los Ocho Miembros, por otra parte, centrados en el objetivo que se habían propuesto alcanzar, se habían apercibido de hasta qué punto tenían en él un enemigo mortal.

Pese a los malos augurios que Joya de la Doctrina, invocando a los demonios más malévolos, intentó proyectar sobre ellos, el viaje de los dos monjes a Turfan se desarrolló sin contratiempos en menos de dos meses a través de caminos más practicables que en invierno, en cuyos márgenes ya asomaban las primeras flores del verano.

Desde lo alto de la altiplanicie rocosa que dominaba la llanura en las inmediaciones de su ciudad natal, de la que se distinguían desde lejos las tejas grises de los tejados, Santa Vía de los Ocho Miembros, cada vez más radiante, ya se preparaba a aspirar sus olores cuando de pronto detuvo bruscamente su caballo.

Acababa de experimentar la extraña impresión de que Turfan, la ciudad risueña, aquélla a la que llamaban «la perla más brillante de la Ruta de la Seda», no era la misma de antes.

En primer lugar, por mucho que abriera los ojos, no veía que de las chimeneas se escaparan volutas de humo, como no veía tampoco, en los caminos que convergían en la ciudad, el menor rastro de vida, cuando de ordinario estaban atascados por una gran abundancia de caravanas y rebaños. Por mucho que aguzara el oído, tampoco oía aquel rumor característico de los numerosos mercados del oasis, mezcla de gritos de niños y explosiones de risa de las mujeres, chirridos de las ruedas de las carretas, música de las pequeñas orquestas ambulantes en las que el sonido de las flautas se confundía con el de las panderetas y las palabrotas con que

comerciantes y compradores salpicaban sus diálogos al rematar el precio de las mercancías.

Era a una ciudad muerta a lo que más se parecía Turfan en el momento de su llegada.

Al acercarse a las primeras casas, comprobaron alarmados que sus habitantes se habían parapetado previsoramente y que no había una sola tienda abierta.

—Por fuerza tiene que haber ocurrido algo muy grave para que se escondan de esa manera —declaró Puñal de la Ley bastante perplejo.

—El porqué lo sabremos cuando encontremos a alguien a quien preguntar. Entretanto, si te parece, podríamos ir directamente al criadero clandestino. Según mi primo, está cerca de aquí, detrás mismo del primer cruce.

—¡Veo que no pierdes el tiempo! ¡De acuerdo! —dijo el primer acólito de *Buddhabhadra* con intención de tranquilizarse.

Dieron unos pasos más recorriendo calles que seguían curiosamente vacías.

—¡Debe de ser allí, al final de ese callejón! Aquel edificio corresponde exactamente a la descripción que me hizo mi primo —exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros señalando una especie de cobertizo que se perfilaba al fondo de un callejón sin salida.

Delante de la puerta desfondada había un hombre sentado con la cabeza entre las manos. Debía de estar tan absorto en sus pensamientos que bastó con rozarle el brazo para que se levantara de un salto lanzando un grito de espanto.

—¿Qué haces aquí, *ma-ni-pa*? ¡Vaya sorpresa! ¡Te creía en Chang An! Te presento al *tripitaka* Santa Vía de los Ocho Miembros. Nació aquí —explicó Puñal de la Ley, que reconoció al momento al monje errante, ahora profundamente abatido.

—¡Buenos días, señor primer acólito!

Después de su estancia en Chang An, el *ma-ni-pa* no chapurreaba tan mal como antes la lengua de los Han, pese a que seguía conservando un acento terrible.

—¿Qué pasa? ¡No pareces contento de verme! —añadió, intrigado, Puñal de la Ley.

El *ma-ni-pa*, agitando todos sus miembros, retenía a duras penas las lágrimas.

—¡Habla! ¿Qué te ha ocurrido, *ma-ni-pa*?

El primer acólito de *Buddhabhadra*, inquieto al ver al otro tan desesperado, quiso presionarlo.

—¡Om! Soy un superviviente. *Avalokitesvara* me ha protegido… *¡Om! ¡Mani padme hum!* —fueron las palabras que se limitó a proferir el monje errante antes de volver a encerrarse en un mutismo total.

—¡Vamos, explícate! ¿No soy amigo tuyo acaso? Si alguien quiere librarse de sus angustias, lo que tiene que hacer es hablar. Y yo estoy dispuesto a escucharte —insistió con dulzura el monje *hinayanista* de Peshawar.

—¿No es aquí dónde se fabrica hilo de seda? —inquirió en el tono más jovial posible Santa Vía de los Ocho Miembros.

—En efecto, aquí es. ¡Pero los *tujue*[77] lo han destruido todo! ¡Venid y veréis! ¡Om! —gimió el monje errante haciendo una seña para que lo siguieran.

De lo que fuera el hermoso invernadero de moreras al cuidado de los maniqueos de Turfan no quedaba prácticamente nada.

Puñal de la Ley, con el corazón en un puño, caminaba sobre alfombras de piedras y fragmentos de tinajas, entre troncos de morera despedazados que daban testimonio de la violencia del saqueo. Las marmitas de bronce que servían para escaldar los capullos estaban volcadas entre gran cantidad de larvas machacadas y esquirlas de lo que habían sido tarros de tinte. No había un solo rollo de seda en los estantes instalados en el muro del fondo del invernadero.

Los dos monjes de Peshawar, consternados, ya empezaban a preguntarse si todas sus esperanzas se habrían esfumado.

—Todavía no me has contado qué hacías aquí, *ma-ni-pa* —preguntó con insistencia Puñal de la Ley al interesado en el umbral del local destruido por los turcos, a quienes los chinos daban el nombre de *tujue*.

—¿Yo? ¡Om! Pues ayudar a los maniqueos a tejer seda… —dijo con expresión taciturna y tono lúgubre el monje errante.

—¿Quién te envió aquí?

—¡Cinco Prohibiciones! Para ayudar a la emperatriz de China.

—¿La emperatriz Wu? —preguntó Puñal de la Ley.

—¡Sí! ¡Om! La emperatriz Wuzhao. Una dama muy bella y muy inteligente. Sabe mostrarse amable, pero también es muy malvada. ¡Om! —¿Por qué quiere seda?

—Para satisfacer al *Mahâyâna* —se contentó con responder el *ma-ni-pa*.

—Veo que no somos los únicos en perseguir el mismo fin —murmuró, cariacontecido, Santa Vía de los Ocho Miembros.

El monje *turfanés*, desabrido, iba comprendiendo poco a poco que el plan que había trazado corría el riesgo de ser muy difícil de llevar a la práctica.

El *ma-ni-pa*, entonces, se derrumbó literalmente en brazos de Puñal de la Ley.

—*¡Om! ¡Mani padme hum!* Siento una enorme vergüenza. ¡Soy un *ma-ni-pa* indigno!

—¿Por qué hablas de esa manera? —le preguntó con dulzura Puñal de la Ley.

—¡Ayer nos capturaron los *tujue*! ¡Om! Igual que vulgar botín —exclamó el *ma-ni-pa* con voz desgarrada por la emoción.

—¡No es culpa tuya si los *tujue* te capturaron como vulgar botín, como tú dices! —quiso explicarle Santa Vía de los Ocho Miembros.

—El jefe *tujue* decidió soltarme. ¡Om! Les dije que yo era originario del país de Bod. Ellos sólo querían chinos. En sus caballos no había sitio para un vulgar tibetano como yo. ¡Om! ¡Om! —balbuceó torpemente el *ma-ni-pa*, cuyo semblante descompuesto revelaba el miedo que sentía, pero también el despecho que se había apoderado de él al no verse tratado como un Han.

—Es de una evidencia elemental. Tú eres tibetano y los *tujue* montan pura sangres, famosos por su bravura. ¡Pero tú no has hecho nada malo! —

dictaminó el primer acólito de *Buddhabhadra*, que no entendía por qué el monje errante seguía llorando a mares.

—Sécate las lágrimas. Consuélate diciéndote que escapaste de una buena, sobre todo teniendo en cuenta la rivalidad que enfrenta desde siempre a tibetanos y turco-mongoles —añadió Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Sí, pero, para conseguirlo, cometí un karma imperdonable —gimió el desventurado, que parecía estar a punto de desmayarse.

Entonces, presa de un irreprimible acceso de llanto, el monje errante acabó por explicarles que, en realidad, al salir del invernadero de las moreras para hacer un encargo en la ciudad, había caído en una emboscada que le habían tendido los *tujue* en el extremo de la calle que conducía al taller clandestino de los maniqueos.

Los asaltantes tenían aspecto de crueles y salvajes y su jefe lo conminó a que los acompañara al invernadero de las moreras. Lo amenazaron e insultaron porque su rostro picado traicionaba sus orígenes tibetanos. Dejándose convencer por la presión de la aguzada punta de sus dagas, con las que le presionaban el cuello, en el que le dejaron diversas marcas, el *ma-ni-pa* acabó por obedecer.

—¡Caiga sobre mí la desgracia por no haber dudado en enviar a dos inocentes a la muerte! ¡Jamás me atreveré a enfrentarme a la mirada de Cinco Prohibiciones! ¡Om! ¡Ramahe sGampo me maldecirá! ¡Soy una mala persona! ¡Om! *Avalokitesvara* me abandonó cuando su brazo habría debido protegerme al actuar yo de esa manera. ¡Om!

La desesperación del monje errante, agitado por espasmos, el rostro inundado de lágrimas que hacían más profundas aún las arrugas de su rostro picado, era una imagen que movía a lástima.

—¿Podrías conducirnos ante el jefe de la Iglesia maniquea? —le preguntó entonces Santa Vía de los Ocho Miembros antes de añadir algo más—: ¡Tenemos informaciones importantes que transmitirle!

Cargamento de Quietud los recibió en cuanto el portero le informó de la llegada de los visitantes.

El Gran Perfecto estaba abatido.

El saqueo del invernadero de las moreras y el secuestro de Punta de Luz, que acababan de serle comunicados, suponían para él un golpe particularmente adverso que ponía en entredicho todos sus planes.

Terminadas las presentaciones, Puñal de la Ley entró en materia y explicó al maniqueo lo mejor que supo, pese a que las circunstancias no se prestaban mucho a ello, las razones de su venida a Turfan en compañía de Santa Vía de los Ocho Miembros.

—¡Conozco apenas al Superior Favor Atestiguado! Tenemos una buena relación con los *mahayanista*s, pero cada uno en su casa. Y como no os quiero esconder nada, hay asuntos que me preocupan mucho más… —se contentó con murmurar, con la cabeza en otra parte, cuando el primer acólito de *Buddhabhadra* hubo terminado sus explicaciones.

—Parece que mis palabras no os han convencido —avanzó este último, algo contrariado.

—Si no puedo fabricar seda para mi Iglesia, no veo cómo podría arreglármelas para cubrir las necesidades de vuestra causa —le soltó en tono desabrido.

—¿Qué pensáis hacer, pues, señor Perfecto, para remediar la situación? —inquirió entonces, con cierta ingenuidad, el monje *hinayanista* Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Desde hace un tiempo, un decreto imperial autoriza a los maniqueos a practicar su culto en China central. Espero, pues, partir hacia Chang An lo más rápidamente posible y, una vez allí, obtener audiencia de la emperatriz Wuzhao para darle cuenta de la situación. Después de esto, reflexionaremos —concluyó sin ambages el Perfecto maniqueo Cargamento de Quietud antes de indicar con un ademán al Oyente de servicio que acompañara a los visitantes hasta la puerta.

Ya en la calle, entraron en un cafetín para tomar un té.

Puñal de la Ley, agobiado por aquella jornada que empezaba tan mal, comenzó a notar que el valor y la vitalidad se le escapaban del cuerpo como se escapa el aire de uno de esos odres que se confeccionan con piel de cerdo y se utilizan como flotadores, desde tiempos inmemoriales, en las balsas que los chinos utilizan para atravesar el río Amarillo.

Experimentó la desagradable impresión de que el viaje a Turfan había sido en vano…

¡Haber hecho un camino tan largo para encontrarse frente a un *ma-ni-pa* desamparado que le anunciaba el final de la producción de seda clandestina en Turfan y un Perfecto maniqueo decidido a ir a ver a la propia emperatriz para exponerle el problema que lo afectaba!

Mejor confesárselo de plano: su expedición había resultado un fracaso total…

A su lado, Santa Vía de los Ocho Miembros, todavía más desengañado, no abrió la boca hasta que Puñal de la Ley, harto de su silencio, le preguntó qué opinaba de la situación.

La conversación experimentó un brusco sesgo.

—Favor Atestiguado se reirá en nuestras narices si vamos a verlo y, considerándolo bien, razón no le faltará. Temo que este viaje haya sido totalmente inútil… —concluyó Puñal de la Ley.

En efecto, sin contar con un solo retal de seda que ofrecer a su Superior, ¿cómo iban a llamar a la puerta del monasterio del Gran Vehículo, situado a pocas calles de distancia, sin que les reprendieran?

Y sin embargo, allí era donde, dentro de una jarra de alabastro, reposaba un minúsculo fragmento de uña de Buda, en el fondo de la hornacina de la pagoda principal, velada por una inmensa estatua de cedro que representaba su Despertar, en Uruvilva, debajo de la higuera pipal sagrada, el árbol de la *Bodhi*.

Pero, a falta de una moneda de cambio, la gestión fracasaba. En el mejor de los casos, les denegarían la entrevista con palabras corteses y, en el peor, serían expulsados de allí como vulgares estafadores si, por ventura, se atrevían a pedir, tal como Santa Vía de los Ocho Miembros había sugerido ingenuamente a Puñal de la Ley, que prestasen la sagrada reliquia al monasterio de Peshawar sin que existiera una contrapartida razonable.

—Se hace tarde. Propongo que vayamos a un albergue donde pasar la noche. ¡La noche es buena consejera! —observó Puñal de la Ley, a quien las peripecias de aquella ruda jornada habían dejado agotado.

—¿Me permitiríais que siguiera vuestros pasos hasta un lecho reparador? No sé adónde ir y estoy que no puedo más de cansancio —se

lamentó el *ma-ni-pa*.

—¡Naturalmente que sí! Una sopa caliente y una cama mullida te sentarán de maravilla —le respondió, afable, el monje de Peshawar.

El albergue se encontraba a la salida de la ciudad y la sala común ya estaba atestada de bebedores que, en medio de un alboroto indescriptible, comentaban la incursión de los *tujue* entre copiosos tragos de vino de uva que unas criadas, sudando a mares, servían en enormes jarras transportadas sobre sus frágiles, aunque no débiles, hombros, y que depositaban en mesas inmensas consteladas de manchas.

Después de un plato de tallarines amenizado con una sopa de cordero generosamente especiada, se dirigieron los tres al dormitorio, donde al poco rato cayeron en un profundo sueño.

—¿Y ahora qué piensas hacer, *ma-ni-pa*? —le espetó a bocajarro Puñal de la Ley a la mañana siguiente, cuando el monje errante, cuyo rostro parecía algo más reposado, hizo su entrada en el refectorio para tomar el desayuno.

—¡Om! ¿Vuelvo a mi tierra, el país de Bod, o regreso a Chang An para informar a Cinco Prohibiciones? Estoy dudando. Debo reparar antes que nada ese mal karma para evitar mi reencarnación en un insecto, puesto que de lo contrario terminaría en el estómago de la primera culebra con la que me topase —respondió el monje errante, sintiéndose desvalido y dudando entre el deseo de volver página y abandonarlo todo y su fidelidad, indefectible siempre, al ayudante de Pureza del Vacío.

—No hay que dejar nunca, a lo largo de la vida, el camino del deber. Avanzar y no volver jamás sobre sus pasos en la Vía de la Salvación. Ésa es la enseñanza del Bienaventurado Buda —dijo el monje de Peshawar.

—¡Estoy de acuerdo contigo! ¡Om! Iré allí donde el deber me ordene que debo ir.

—No puedes dejar a Cinco Prohibiciones en la creencia ilusoria de que la emperatriz de China dispondrá de la seda maniquea. Yo que tú volvería tranquilamente a la China central para ponerla al corriente del problema… Éste es el buen karma que atenuará los efectos nefastos del anterior —dijo Puñal de la Ley, a quien su actitud comprensiva de monje budista no le

impedía en modo alguno mostrarse tan exigente con los demás como lo era consigo mismo.

—¡Dices verdad! Gracias a ti, en mi corazón renace la esperanza —murmuró el *ma-ni-pa*.

Terminada la colación, salieron del albergue prosiguiendo la conversación.

Ante sus ojos, pese al fuerte vendaval de arena que se había levantado durante la noche, por la Ruta de la Seda volvían a desfilar convoyes de camelleros y jinetes, pero también hombres a pie, acompañados de asno o sin él, a veces formando pequeños grupos y a veces solos. Los animales parecían desplomarse bajo los fardos de cereales y legumbres secas, entre los cuales estaban aprisionados los sacos de cuero que contenían mercancías más preciosas: especias de Kashgar, marfil de la India, alhajas de oro de *Sogdiana*, coral del Mediterráneo, alfombras de Persia o jade de Hetian.

Una vez pasada la alarma de los *tujue*, en el oasis todavía arruinado la vida reanudaba su curso y el comercio sus derechos.

Los hombres, doquiera y siempre, estaban hechos de ese modo. Mientras hubiera razones para comerciar e intercambiar, las fuerzas del bien prevalecían sobre las de la destrucción.

—¿Qué dirección quieres tomar? —preguntó Santa Vía de los Ocho Miembros a Puñal de la Ley.

¡Pregunta peliaguda dónde las hubiera!

¿Había que emprender el camino hacia la derecha, hacia el oeste, volviendo sobre sus pasos, o bien el de la izquierda, en dirección este, hasta llegar a la China?

Puñal de la Ley, perdido en conjeturas, seguía barajando posibilidades cuando oyó una voz que salía de detrás de uno de los montículos de arena junto a los cuales discurría el camino.

—¡Ma-ni-pa! ¡Ma-ni-pa! ¡Mira hacia acá! ¡Soy yo! ¡Estoy aquí! —gritó una voz angustiada.

—¡Por el Bienaventurado Buda! ¡Om! ¡Vaya sorpresa! —exclamó el *ma-ni-pa*, tan desconcertado que ni se había dado cuenta de que estaba expresándose en tibetano.

De pronto, aquel rostro suyo marcado por el sol de altura se iluminó.

Acababa de aparecer en lo alto del montículo la elegante silueta de Punta de Luz, con la cabellera y los hombros blanqueados por el polvo del desierto, que bajaba con presteza por la pendiente para correr a su encuentro.

—Los *tujue* me han echado del convoy.

—¡Qué suerte! ¡Om!

—Pero se han quedado con Luna de Jade…

—¿Qué ha pasado? ¿Qué dice? —preguntó Puñal de la Ley, que acababa de enterarse de las noticias.

—Los *tujue* debían de buscar seda. Y en grandes cantidades. Probablemente alguien les había hecho creer que la encontrarían en el invernadero de las moreras. Pero cuando vieron que no había ningún rollo, el jefe se enfureció. Y entonces decidió secuestrarnos y llevarnos presos. Y más adelante, después de la expulsión del *ma-ni-pa*, procedieron a la mía.

—¡Gracias, *Avalokitesvara*! ¡Om! —murmuró este último.

—Es evidente que no les interesaba quedarse con un monje errante ni conmigo. No les interesaba capturar a un *kucheano*, los únicos que les interesan son los chinos… o, desgraciadamente para mí, las chinas… según dicen, para utilizarlas como rehenes… Mi pobre Luna de Jade corre el riesgo de terminar sus días en un harén de una ciudad llamada Bagdad, situada a orillas de un río llamado Tigris. Eso, por lo menos, fue lo que le prometió el puerco del jefe *tujue*, un hombre con una cara que parecía un lobo y unos bigotes que le llegaban a la cintura… —murmuró Punta de Luz, cuya lasitud parecía extrema, pese a lo cual apretaba con rabia los puños.

—¡Bagdad! No conozco ese nombre… —dijo Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Pues yo sí. Es el de un inmenso puerto desde el que transportan en grandes barcos la seda china hacia ciudades tan espléndidas que, según cuentan algunos viajeros, las tejas de sus palacios son de oro puro —exclamó Puñal de la Ley, que confundía alegremente Bagdad con Constantinopla o Beirut, las grandes ciudades marítimas de las que

zarpaban hacia Occidente los cargamentos de las caravanas de la Ruta de la Seda.

—¡Debe de estar muy lejos de aquí! —se lamentó Punta de Luz.

—Tan lejos que sólo me ha hablado de ellas gente que también había oído hablar de ellas —suspiró, con aire soñador, el monje de Peshawar, que, más de una vez, había imaginado aquellas capitales míticas tan alejadas de la India que había quien dudaba incluso de su existencia.

—Si no me lanzo inmediatamente en persecución suya, corro el riesgo de no volver a ver nunca a mi mujer —gimió Punta de Luz.

Tenía aspecto de agotamiento y parecía estar al borde del llanto.

—¡Imploro tu perdón! —exclamó entonces el *ma-ni-pa*, antes de dar cuenta a su compañero, entre sollozos, del gesto al que su miedo de los *tujue* lo había conducido.

—De todos modos, los *tujue* se habrían dirigido al invernadero aunque tú no hubieses estado allí —le respondió Punta de Luz, cubriendo de ese modo con una espesa capa de bálsamo el corazón del monje errante antes de apoyarse, incapaz de dar un paso más, en el pie de un murete.

Los dos monjes del Pequeño Vehículo, entonces, decidieron conducir por la fuerza al recién llegado al albergue donde ellos habían pasado la noche y, una vez allí, le insistieron amablemente en que bebiera té a la menta y comiera albaricoques confitados.

El *ma-ni-pa* hizo las presentaciones y el joven, pese a la tristeza que lo embargaba, encontró fuerzas suficientes para explicar cuál había sido su papel junto a Cargamento de Quietud.

Puñal de la Ley, para quien este encuentro tan inesperado como milagroso suponía un brillo de esperanza, propuso al joven *kucheano* que comiera unas albóndigas, lo que el interesado, que tenía un hambre de lobo, acabó por aceptar.

—¿Cuánto tiempo vas a necesitar para relanzar la producción de seda? —preguntó a Punta de Luz, después de dejar que se restaurara con unos panecillos rellenos de carne.

El monje de Peshawar estaba tan volcado en el objetivo de su periplo que no se percató del efecto que su pregunta produciría en el joven esposo de Luna de Jade.

—La prioridad para mí es ahora recuperar a mi mujer. Ella es lo que más amo en este mundo.

Estamos esperando un hijo. Y lo único que anhelo es que esos turcos no la maltraten… ¡Qué desgracia terrible se ha abatido sobre nosotros! —murmuró, triste y pensativo, mientras iba engullendo panecillo tras panecillo.

—¿Sabes qué dirección tomaron esos secuestradores, dejando aparte el hecho de que les oyeras hablar de Bagdad? —le preguntó el primer acólito de Peshawar.

—Lamento decir que no. Todo cuanto puedo decir es que parecían encaminarse hacia allí donde se pone el sol… —respondió con acento desolado.

—Pues teniendo en cuenta los caballos que llevan, más briosos que el rayo, ya deben de andar muy lejos —exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros, sinceramente contrariado por Punta de Luz.

—¡Om! Sus caballos vuelan como la flecha propulsada por la ballesta. ¡Om! —exclamó el *ma-ni-pa* indicando con el índice un blanco invisible.

—Si tú nos ayudas a tejer bella seda, puedes contar con miles de horas de oraciones al Bienaventurado Buda, quien al final accederá a tus deseos de volver a ver a tu mujer. No es imposible que los *tujue* quieran devolvértela a cambio del peso de tu esposa en trozos de la preciosa tela… —añadió el monje de Peshawar.

—¿Lo dices en serio? ¿Esos salvajes serían capaces de devolverme a Luna de Jade a cambio de su peso en seda? —preguntó el joven *kucheano* no sin cierta incredulidad.

—Si un monje cayese en la mentira, cometería un pecado que lo conduciría directamente al Infierno Frío —dijo Puñal de la Ley con un escalofrío.

—¡No me atrevo a creerlo! Sería una maravillosa sorpresa —añadió, pensativo de pronto, Punta de Luz.

—Se trata de una hipótesis que da por sentado que te ocuparás de los telares —concluyó Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Nosotros podríamos ayudarte. Yo estoy dispuesto a quedarme aquí contigo todo el tiempo que haga falta. Además, después del revés que

acabas de sufrir, no te conviene estar solo —insistió el monje de Peshawar.

—Estos dos religiosos dicen la verdad. ¡Om! No debes quedarte solo. No es bueno para la moral —dijo a su vez el *ma-ni-pa*, dirigiéndose al desesperado maniqueo.

—Mira, Punta de Luz, si yo estuviese en tu sitio, reflexionaría seriamente en la proposición de mi colega —dijo en tono cordial Santa Vía de los Ocho Miembros asiendo al *kucheano* por los brazos.

—¿Por qué tenéis tanta necesidad de seda? —preguntó de pronto el antiguo Oyente de la Iglesia de la Luz, a quien la actitud decidida y la amabilidad de los dos monjes del Pequeño Vehículo ya empezaban a convencer.

—La intención es llevar a cabo una obra piadosa —respondió, evasivo, Puñal de la Ley.

—Yo respondo de la honradez de estos dos monjes del Pequeño Vehículo por la sencilla razón de que conozco bien a éste —añadió el *ma-ni-pa* hablando con Punta de Luz y refiriéndose a Puñal de la Ley.

—En tal caso, ya veremos. ¿Por qué no? —concluyó este último en tono cansado.

¡Qué lejos estaba el joven *kucheano* astuto, malicioso e irradiando picardía, ahora que su mata de cabellos blanqueados por el polvo del desierto de arena todavía acentuaba más la desolación de su mirada apagada, insólita en él!

Ahora, al borde del agotamiento nervioso, cuando normalmente era tan enérgico, apenas si conseguía frenar la oleada de desesperación que lo invadía desde el secuestro de su tierna mitad por obra de los temibles *tujues*.

Sería quedarse corto, en efecto, afirmar que aquel pueblo turco-mongol sólo sembraba el odio y la desesperación en las tierras por donde pasaban sus cuadrillas de bandidos.

Sus incesantes incursiones armadas en Irán, y más tarde en *Sogdiana*, habían contribuido a engrandecer poco a poco el imperio nómada de los turcos.

Aquellos guerreros nómadas originarios del Altai, provistos de los caballos más veloces de la estepa, que solían vender muy caros a las

caballerizas imperiales de los Tang, aquellos jinetes sanguinarios a los que sólo los *uïgures*, que compartían con ellos una implacable dureza y una gran aspereza en el combate, osaban plantar cara, habían conseguido conquistar, a costa de sangre derramada, un vasto imperio cuya división en dos *janatos*[78], uno oriental y otro occidental, se constituiría en objetivo de la dinastía de los omeyas.

En el 601 llegaron incluso a las puertas de Chang An.

De no ser porque aquel invierno fue particularmente crudo y diezmó su ganado, es indudable que habrían conseguido entrar.

Es del todo seguro que entonces habría cambiado el curso de la historia y, a semejanza de otras civilizaciones opulentas, brillantes y sofisticadas que se habían enfrentado con la barbarie, es probable que la China de los Tang hubiera sucumbido al igual que ellas.

A partir de aquel momento se instaló una rara paz armada constituida a base de un sabio toma y daca gracias a las incursiones de los caballos de la estepas, de rehenes de altos vuelos oportunamente intercambiados y de regalos preciosos elegidos según un protocolo milimetrado que, pese a todo, no impedía la mayor desconfianza entre el imperio de los Tang, deseosos de controlar la Ruta de la Seda hasta donde fuera posible, y el poder *nomadizado* de los inasequibles *tujues*, que querían beneficiarse de las carencias de aquel adversario menos temible de lo que aparentaba.

Si eran raras las incursiones de unos en terreno de otros, también eran particularmente violentas cuando ocurrían, como la que había asolado Dunhuang unas semanas antes.

El ataque a Turfan, por el contrario, era de un orden diferente, mucho más circunscrito, como si su objetivo se hubiera centrado en la destrucción de la capacidad de producción de seda de los maniqueos.

Punta de Luz, anonadado por la desgracia, ahora dormitaba en el asiento, mientras Puñal de la Ley se decía que lo mejor era dejar que durmiera y que el joven *kucheano* estaba demasiado fatigado por lo que acababa de ocurrirle para prestar oídos a sus argumentaciones.

El primer acólito de *Buddhabhadra*, en quien había renacido la esperanza, se puso a soñar.

Estaba seguro de poder convencer al joven *kucheano* de que se conseguiría reanudar la producción del hilo mágico.

Si uno tenía la posibilidad de producir seda, habría sido estúpido no aprovechar la ocasión de hacerlo, aunque los *tujues* le hubieran secuestrado a la mujer.

Bastaría con que Punta de Luz comprendiera que la fabricación de seda era el mejor medio de encontrar a Luna de Jade, ya fuera comprándola a sus secuestradores, ya pagando a informadores las noticias de ella que se pudieran obtener.

Porque la seda era la clave de todo, tanto de la riqueza para los que amaban el dinero, como de las reliquias para los devotos o del poder para los ambiciosos…

Por otra parte, no obedecía al azar que en ciertos oasis de la Ruta de la Seda, en Kizil[79] o en Dandan-Oilik[80], por ejemplo, unos pintores hubieran representado en las paredes de las cuevas un extraño dios con cuatro brazos y tres ojos, la frente ceñida las más de las veces por una corona de oro, vestido con un caftán de tela floreada, calzado con unas divertidas botas negras y asiendo la lanzadera, el peine del tejedor, el cubilete de la tintura y sobre todo el escudo donde estaba representada la leyenda de la princesa china de la seda, la que según decían había importado secretamente a Hetian las semillas de la morera y los huevos del gusano de la seda.

Aquella extraña figura del dios de la seda, tan característica de la alquimia religiosa *sinoindia*[81] del Asia central, cuya forma primitiva era la del dios de los Tejedores y Sastres, bastaba para señalar la importancia de aquella materia divina, tan suave al tacto que los chinos solían compararla con una nube.

No contentos con pagarla muy caro ni con arrostrar mil peligros para posesionarse de ella a fin de intercambiarla por especias u oro, los hombres osaban incluso divinizarla y adoptaban, en ese caso, la efigie de una de sus divinidades más venerables…

La seda, tanto para Wuzhao como para Cargamento de Quietud, pero igualmente para Punta de Luz y Puñal de la Ley, había pasado a convertirse en el envite máximo.

XXXVII

EN LAS MONTAÑAS DEL PAÍS DE LAS NIEVES

Sin prestar la menor atención al grandioso paisaje que se le ofrecía, Cinco Prohibiciones avanzaba como un autómata seguido de cerca por la perra Lapika.

Contrariamente a sus costumbres cuando se encontraba en la montaña, el moloso de larga pelambre amarilla no corría detrás de las marmotas ni de las perdices de las nieves, como tampoco brincaba por las laderas herbosas profiriendo ladridos de alegría. Se ceñía a su amo, frotándose permanentemente contra sus piernas, como si quisiera protegerlo y, sobre todo, consolarlo.

Puesto que habría sido decir poco afirmar que Cinco Prohibiciones estaba necesitado de consuelo.

Hacía tres días que caminaba con viveza y buen ánimo, la cabeza ausente, anonadado por la inmensa desgracia que se había abatido sobre él.

Jamás podría olvidar la terrible conmoción que había sufrido cuando, al volver de su paseo habitual con Lapika por el bosque de abetos que cubría la ladera septentrional de la montaña, lugar situado delante mismo del monasterio de Samyé que él solía frecuentar para observar desde él las mariposas, advirtió la desaparición de Umara.

Normalmente la chica lo esperaba con un cuenco de té muy caliente en el umbral de la sala común de la cabaña de pastores donde les había instalado el lama sTod Gling, situada a cierta distancia del convento, en

medio de un prado donde pastaban los rebaños de *yaks* corderos negros que pertenecían al monasterio y que ellos debían gua dar cuando el pastor de turno no podía hacerlo.

Pero aquella tarde comprobó con inquietud que la muchacha no estaba esperándole en el umbral de su casita.

La manera brusca que tuvo el moloso amarillo de pararse, venteando con la trufa de la nariz el aire a pocos pasos de la cabaña, tampoco le dijo nada en especial.

Ya en la puerta, se precipitó en el interior y pudo comprobar que la cabaña estaba vacía, mientras Lapika husmeaba alrededor de las paredes profiriendo leves gañidos de muy mal augurio.

Lamentó amargamente haberse llevado al perro guardián.

Abandonándose a los más sombríos presentimientos, dio una vuelta por aquellos parajes gritando el nombre de Umara e inmediatamente después fue a ver al lama sTod Gling para preguntarle si había visto a la muchacha.

—No la he visto, querido Cinco Prohibiciones. Ella no viene nunca al monasterio. No te preocupes, habrá ido a buscar setas o arándanos. Acaba de empezar la temporada. ¿Qué quieres que le haya ocurrido? ¡En Samyé no hay nada que temer! —le dijo el lama.

Pero pasó la tarde y llegó la noche, fría y oscura, y no pudo pegar ojo porque sólo podía estar a gusto en brazos de la mujer amada.

Pasó después la mañana y la noche siguiente.

Viendo que, en la madrugada del tercer día, Umara seguía sin aparecer, Cinco Prohibiciones no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia: la joven nestoriana había desaparecido.

¡Había perdido su mitad!

Como budista que era, educado en la desconfianza de los preceptos taoístas, ahora comprobaba a qué quedaba reducido un Yang privado de su Yin: la extraña sensación de caminar con una sola pierna o incluso de no ser más que una mitad del pájaro *Biyiniao*, ese símbolo chino de los enamorados que, como sólo tiene un ala, únicamente vuela en pareja…

Fue entonces cuando brilló en su espíritu una intuición, tan fulgurante que su realidad no ofrecía ninguna duda: ¡Bruma de Polvo!

¡Seguro que era él el autor del golpe!

¿Cómo no había caído en la cuenta de que había sido el chinito, a quien los monjes de Samyé habían alojado en otra cabaña, detrás de aquel macizo rocoso cubierto de matas de arándanos que se elevaba como un mentón en medio de la pradera de los *yaks* y los corderos negros?

¡No había más que ver las miradas furiosas que les dirigía desde la devolución a Ramahe sGampo, tres meses antes, de las tres prendas sagradas!

El antiguo compañero de juegos de Umara no quería admitir su fracaso en lo tocante a hacerla cambiar de actitud.

Por eso les ponía mala cara.

Encerrado en un mutismo del que nadie, ni siquiera el lama sTod Gling, conseguía arrancarlo, pasaba el tiempo recorriendo con actitud sombría las montañas circundantes, dedicado a observar las mariposas y los pájaros.

Pese a todas las tentativas de Umara, se negaba a compartir la comida con ellos.

Apenas si saludaba a Cinco Prohibiciones, a quien se limitaba a dirigir unas palabras masculladas con la boca torcida, evitando mirarlo a la cara cuando lo veía pasar por delante de su cabaña para ir a dar su paseo habitual.

Con el corazón desbocado, pues, Cinco Prohibiciones atravesó como un loco la extensión de hierba, corriendo entre los animales que huían de la perra amarilla muertos de miedo, ya que ésta no abandonaba a su amo ni a sol ni a sombra, y se dirigió a la cabaña del joven chino.

Precipitándose hacia la puerta medio carcomida del minúsculo habitáculo que ocupaba Bruma de Polvo, ni siquiera tuvo necesidad de derribarla golpeándola con el hombro, ya que no estaba cerrada.

La cabaña estaba totalmente vacía. Y la chimenea apagada y fría probaba que el chino no había pasado allí la noche.

Entonces, delante de las suntuosas montañas, cuyas crestas ya comenzaban a teñirse con la luz del sol, bajo un cielo azul en el que águilas y buitres trazaban sus arabescos lentos y sutiles, frente al rebaño de *yaks* y corderos que lo observaban plácidamente como si fueran fieles reencarnados preparados a escuchar su divino sermón, Cinco Prohibiciones dejó que estallara su cólera y su desesperación.

Y arrastrados por el inmenso eco procedente de las cumbres, sus llantos y gemidos resonaron hasta el edificio principal de Samyé y llenaron de tristeza los corazones de Ramahe sGampo y del lama sTod Gling.

¡Seguro que Umara había sido secuestrada por Bruma de Polvo!

¡Y pensar que no había desconfiado de aquel muchacho que no cesaba un momento de mirarlo de reojo desde que Lapika lo desalojara del hoyo dónde estaba escondido!

¡Cómo lamentaba ahora su loca imprudencia al dejar sola a Umara, a merced de su antiguo compañero, brindándole ocasión de urdir su venganza y llevar a cabo su acción funesta mientras él se ausentaba para observar mariposas!

Empujado por la cólera, barrió con la mano los cuencos de té y los platos de la mesa donde Bruma de Polvo solía comer. La vajilla prestada por el lama sTod Gling se estrelló contra el suelo rota en mil pedazos.

De regreso a su cabaña, Cinco Prohibiciones pasó, aburrido, el resto de la jornada, aunque reflexionando sobre lo que debía hacer ahora antes de concentrarse en larga oración.

Sentado en la postura del loto en el umbral de la puerta de entrada, volvió el rostro hacia la barrera dentada de las montañas, después cerró los ojos y dejó que los rayos del sol le inundaran el rostro como si aquella luz no fuera otra que la divina del Bienaventurado Buda.

Y ante aquellas cumbres que tocaban el cielo y, por tanto, el inaccesible paraíso, intentó hacer el vacío en su espíritu.

Su maestro le había dicho siempre que aquélla era la condición indispensable para entrar en aquel estado inefable en que, a través del simple abandono de uno mismo, se llegaba a la comunión de pensamiento con la Santa Verdad del Bienaventurado.

¡Tenía tanta necesidad de ella!

Era la primera vez en su vida que conocía tal grado de desesperación y tal sentimiento de soledad.

Lo que él sentía era la *dukka*[1], ese dolor en que el *Gautama* había dicho que se sumían el mundo y los seres humanos. Sólo aspiraba a desaparecer de la faz de la tierra…

Vivir sin Umara era imposible.

No tenía más salida que meditar y esperar que Buda le enviase algún signo de su compasión.

Desde siempre, el espíritu de Cinco Prohibiciones había experimentado grandes dificultades para abandonarse. Sin embargo, ésta era la actitud previa al estado mental indispensable para alcanzar ese estadio en que el despertar de la conciencia permitía ver lo invisible y comprender lo indecible.

De hecho, aunque Cinco Prohibiciones no se lo había confesado a nadie y menos que a nadie a Pureza del Vacío, jamás había conseguido meditar, ni siquiera un instante, desde su entrada en el noviciado del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang.

Era algo más fuerte que él: era incapaz de dominar la actividad de su espíritu, siempre en perpetuo movimiento, como le era imposible abstraerse de la realidad y dejar que su pensamiento navegara hacia las orillas de lo indecible.

La única vez que, con la mayor naturalidad del mundo, había preguntado a Pureza del Vacío qué podía hacer, éste le había respondido con unas palabras que estaban a medio camino entre la advertencia y la humorada.

—Sólo se medita bien a mi edad, cuando uno se hace viejo. Para alcanzar el cuarto estadio de la meditación, es preciso que uno se transforme en un buda. En cuanto al acceso al primero de esos estadios, único accesible a los pobres seres humanos de nuestra especie, es preciso que comprendas, Cinco Prohibiciones, que se trata de una cuestión de experiencia y de práctica… Tu espíritu tiene que aceptarlo…

Todo el problema estaba allí: el espíritu del joven novicio, y más tarde del monje confirmado en que se convirtió, tenía grandes dificultades para aceptarlo.

Sin embargo, aquél a quien Pureza del Vacío convertiría en su ayudante, por mucho que se empeñase no llegaría nunca a experimentar, sobre su cráneo, los benéficos efectos de la dulce mirada del Bienaventurado tal como los describían con gran precisión los manuales de meditación sentada *chati*.

Ésta, por otra parte, era la razón de que se hubiese entregado con tal ardor a la práctica de las artes marciales.

Gracias a los ejercicios de *taiqi* y al manejo del sable ficticio, a los que se entregaba todas las mañanas en Luoyang desde que se levantaba el sol en el parque del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, conseguía llegar a ese estado de sosiego en que el cerebro dejaba de razonar.

Cuando esos movimientos, que por su flexibilidad y gracia se parecían tanto a la danza acrobática, no eran suficientes para canalizar su energía, le bastaba partir con el lateral de la mano tres ladrillos apilados sobre una mesa para recuperar la calma y la serenidad.

Todo esto había hecho que Cinco Prohibiciones llegara a la conclusión de que estaba más hecho para la acción que para la meditación.

Ahora bien, lo que esta vez estaba en juego era importante.

Para recuperar aquella mitad de sí mismo cuya ausencia provocaba en él una insoportable sensación de desgarramiento, tenía necesidad de que lo socorriera no sólo el Bienaventurado sino también todos sus acólitos: *Ananda*, su primo hermano preferido, que lo había servido tan piadosamente; *Avalokitesvara-Guanyin* el Compasivo, por supuesto; sin olvidar a *Maitreya-Mile*, el Buda del Futuro, a *Amitabha*, el de la Tierra Pura del Oeste, e incluso a *Ksitigarbha-Dizang*, el único *bodhisattva* que iba vestido como un monje, invocado a menudo por los fieles porque era el único capaz de aportar la salvación a las almas de los difuntos.

Pasado un largo rato, Cinco Prohibiciones se rindió a la evidencia, pero su ánimo estaba tan obsesionado con la desaparición de Umara que era ilusorio pretender que pudiera pensar en otra cosa que no fuera aquella gran desgracia.

Dedujo de ello que la salvación sólo podía venirle de sí mismo y que, dadas esas circunstancias, lo mejor era lanzarse sin tardanza en busca de su amada.

Pero ¿adónde iría?

¿Hacia dónde —norte, sur, este u oeste— había podido llevar a su dulce Umara el innoble Bruma de Polvo?

Se perdía en conjeturas, y la inmensidad de los circos rocosos formados por todas aquellas montañas que se ofrecían a su mirada no era lo más a propósito para tranquilizarlo.

Debía moverse y tenía que decidirse aprisa, so pena de perder toda esperanza de encontrarla.

Ante sus ojos, una minúscula araña atravesó entonces, titubeante, el umbral de piedra en el que estaba sentado. Recordó que, siendo niño, había oído decir que la observación, y seguidamente el desciframiento, de las mínimas huellas dejadas por el movimiento de una araña, permitían a algunos chamanes determinar lo que era más conveniente hacer en ciertas situaciones.

Se le ocurrió una idea por asociación, a decir verdad poco ortodoxa para un budista ferviente, aunque se encontraba en un punto en que importaban poco los medios: ¿por qué no se servía de la *aquilea shicao*, la planta de los adivinos, conocida desde la más remota antigüedad china para la predicción del porvenir?

La técnica, derivada del célebre *Yijing*, el *Libro de los Trigramas*, consistía en cortar aquella planta en cuarenta y nueve trozos que se distribuían en dos montones, uno para el cielo y otro para la tierra, después de lo cual se procedía a nuevas divisiones en números alternativamente pares e impares, de modo que reconstituyesen los sesenta y cuatro hexagramas del *Yijing*, que entonces únicamente había que interpretar.

Miró a su alrededor.

En aquella altura no crecía ni la menor brizna de aquilea. Y en el caso contrario, habría tenido mucho trabajo para leer correctamente los diagramas.

Lo único que se veía eran los rebaños de *yaks* y de corderos, cuyos huesos ilíacos, calentados al fuego, habrían podido revelar, al cuartearse, los mensajes de la *osteomancia*[82], otro método adivinatorio utilizado por sus antepasados chinos.

Pero al igual que le ocurría con los *trigramas*, Cinco Prohibiciones tampoco habría sido capaz de descifrar aquellas resquebrajaduras tan parecidas, hasta el punto de confundirse con ellos, a los caracteres de la escritura de los primeros chinos.

Tenía que rendirse una vez más a la evidencia: sólo podía contar con su propia persona para determinar la dirección que emprendería su búsqueda de Bruma de Polvo.

Resignado, se levantó y comenzó a pasearse arriba y abajo de la era a la que se abría la puerta de la cabaña donde había sido tan feliz con Umara.

Pensándolo bien, como Samyé se encontraba en una especie de callejón sin salida, sólo había una manera de salir de allí, que consistía en atravesar en sentido contrario el puerto a través del cual se accedía al monasterio.

Por consiguiente, Bruma de Polvo y Umara sólo habrían podido dirigir sus pasos hacia el sur enfilando la ruta normal que Cinco Prohibiciones conocía muy bien por haberla ya recorrido en tres ocasiones.

No le quedaba más remedio que recorrerla por cuarta vez, aunque ahora apretando el paso lo suficiente para tener ocasión de alcanzar a su amada y a su secuestrador.

Ante el Superior de Samyé, Ramahe sGampo, a quien visitó por última vez para anunciarle su próxima partida, no pudo evitar abandonarse a la desesperación.

—¿No debo interpretar esa gran desgracia que me atormenta como una señal que me envía el propio Bienaventurado para reprocharme el hecho de haberme desviado del buen camino dejando de ser monje? Por muy dispuesto que esté a pagar la deuda, sé que es injusto que la pobre Umara tenga que sufrir las consecuencias… —se lamentó con expresión angustiada y descompuesta dirigiéndose al anciano ciego.

—Cinco Prohibiciones, no hay que pensar esas cosas. Es normal que la corriente arrastre la rama que se arroja al río. Si hay que criticar a alguien, critiquemos más bien a quien te envió aquí la primera vez —dijo con su voz cavernosa.

—¿Os referís al maestro Pureza del Vacío? —exclamó, estupefacto, su antiguo ayudante.

—Me parece que he hablado con claridad —concluyó Ramahe sGampo, como si juzgase con severidad la conducta del Superior de Luoyang.

—Temo no volver a verla. Pero esa simple posibilidad me parece insoportable. ¡Es para mí un sufrimiento tan grande vivir sin Umara desde que se ha convertido en la mitad de mí mismo!

—El mismo Bienaventurado dijo a sus discípulos más próximos, que tuvieron ocasión de oír sus palabras de su propia boca: «Apartado de todo deseo que tenga que ver con la pasión, el monje que aquí abajo está dotado de sabiduría alcanza la tranquilidad inmortal, que es el estado imperecedero de la extinción». ¡Deberías inspirarte en sus enseñanzas! —murmuró el viejo tibetano.

—No tengo la pretensión de estar dotado de sabiduría, ya que no me considero monje. ¡No soy más que un hombre que ama a una mujer con todas sus fuerzas!

—Pues estas palabras tuyas son muy poco budistas —le replicó Ramahe sGampo no sin una sombra de ironía, por encima de la cual se traslucía una innegable connivencia.

—Yo he conocido la Iluminación… mi Reverendo, ¡pero ha sido la iluminación del amor! Cuando uno ama, se da cuenta de que da de buen grado a los demás lo mejor de sí mismo. Espero que el Bienaventurado lo tenga en cuenta —dijo con la mayor seriedad del mundo.

—El deseo empieza por un estado de felicidad, pero después es inevitable el sufrimiento, ya sea porque se ha perdido el objeto de la felicidad, ya porque, de forma más solapada, se siente el miedo de perderlo… Mira, Cinco Prohibiciones, la felicidad sólo existe en relación con la infelicidad. No olvides que una de las Nobles Verdades del Muy Santo Buda *Gautama* explica precisamente en qué consiste el dolor del mundo —dijo en un murmullo la voz gutural de Ramahe sGampo.

—No es mi deseo posesionarme de Umara. Me contento con amarla, ¡nada más! ¿Por qué un pobre budista como yo no ha de tener derecho a la felicidad como todo el mundo?

Su inmenso amor a Umara hacía que Cinco Prohibiciones pronunciara palabras que normalmente habrían chocado a un viejo monje lleno de fe, pero eso habría sido prescindir de la sabiduría del Superior de Samyé, cuyos ojos ciegos no podían intercambiar miradas con los de los demás, pero no había otros como los suyos para sondear los corazones.

—Sé que eres absolutamente sincero, Cinco Prohibiciones, y aquí mismo formulo el deseo más ardiente de que encuentres a la joven cristiana —dijo el viejo lama cogiendo las manos de este último entre las suyas.

Las palmas del ciego irradiaban un dulce calor que no sólo le hacía bien, sino que contribuía, además, a aquietar sus angustias.

—¡Toma! —añadió el Superior de Samyé tendiéndole un minúsculo relicario de plata en forma de capullo de loto que llevaba colgado del cuello con una cadenilla.

—¿Qué contiene?

—¡Viento, Cinco Prohibiciones! ¡Nada más que viento!

—¿Cómo es posible que contenga viento? —exclamó el joven, sorprendido.

—¿Has leído el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura?

—Si he de decir la verdad, Reverendo, ese texto apela a unas fórmulas tan sutiles que os mentiría si pretendiera haber captado todo su sentido.

—¡Lástima! En él se hace la apología del vacío. De la nada, de ese lugar donde nada turba el espíritu, surgen siempre los más rutilantes fulgores. En la naturaleza, el vacío se encuentra en el viento y en los hálitos. Te hago este pequeño regalo para ayudarte a reflexionar en todas estas cosas… —concluyó con una sonrisa el Superior.

—¿Podríais darme vuestra bendición? —suplicó entonces Cinco Prohibiciones, que acababa de arrojarse a sus pies.

—¡La tienes sobre ti!

—¿Viviré feliz, padre? —se atrevió a decir en un murmullo.

—Ve hacia tu felicidad y ella acabará por encontrarte.

Ésas fueron las últimas palabras de Ramahe sGampo, que seguían resonando en sus oídos cuando Cinco Prohibiciones reemprendió la cuesta que conducía al puerto de montaña.

El pequeño talismán de plata con que lo había obsequiado el Superior ciego y que ahora llevaba colgado del cuello le recordaba las reconfortantes palabras de este último, que Cinco Prohibiciones no cesaba de repetirse cuando sentía que el desaliento y la tristeza lo invadían hasta el punto de querer ahogarlo.

Había preguntas cuya sola formulación le producía vértigo:

¿Tenía motivos para echarse de aquella manera en brazos de la joven cristiana nestoriana?

¿No había corrido un riesgo al desvincularse al mismo tiempo de su Iglesia y de la persona que se había convertido para él en indispensable?

De haber sabido que sufriría tanto el día que la perdiera, ¿qué habría hecho?

Esos interrogantes, repetidos sin cesar, acababan por agotarlo.

Sin duda que le bastaba con pensar de nuevo en los momentos extraordinarios que había compartido con ella para advertir que la nostalgia y el pesar que ahora lo invadían no eran más que la contrapartida de la felicidad que habían saboreado con tanta delectación.

El amor era también una trampa temible, cuyas mandíbulas se cerraban implacablemente sobre aquel que, creyendo estar unido a otro ser, se veía separado de él, lo que hacía que se encontraran abocadas a la soledad dos criaturas desconsoladas, sin posibilidad de recuperar su identidad, ya que la otra persona de quien era ahora tan difícil prescindir la había transformado por completo.

Convencido de que la tristeza de Umara era simétrica de la suya, a Cinco Prohibiciones no le costaba imaginarla, lo que no hacía más que aumentar sus angustias.

Cayó la noche de su primer día de caminata y estaba tan perdido en sus pensamientos que ni siquiera había advertido que había estado poniendo un pie delante del otro sin detenerse ni una sola vez.

Era el tercer día que seguía avanzando a una marcha vertiginosa a través del camino que le permitiría salir del valle en el fondo del cual se encontraba agazapado el convento de Samyé, en la esperanza siempre de atrapar a Umara y a Bruma de Polvo, cuando de pronto distinguió a lo lejos, delante mismo de él, la silueta inmóvil de un hombre que parecía estarlo esperando.

La perra amarilla husmeó el aire y se detuvo en seco.

Era aquél un signo nefasto que despertó su desconfianza.

Normalmente, Lapika se precipitaba, alegre y festiva, hacia los raros desconocidos que se encontraban en los caminos de altura del país de Bod, siempre, por supuesto, que estuviesen animados de buenas intenciones, lo que su olfato detectaba de forma infalible.

Inquieto, ordenó a la perra que no se moviera y el animal obedeció, aunque profiriendo un gruñido de contrariedad. Después siguió avanzando con prudencia hacia aquella silueta que estaba absolutamente inmóvil.

Ya a pocos pasos del hombre, se dio cuenta de que éste lo miraba con aire irónico.

Había hecho bien poniéndose en guardia.

A juzgar por la rapidez con que hizo deslizar en sus manos los dos puñales que acababa de sacarse de las mangas, el desconocido era experto en el manejo de las armas.

Instintivamente, Cinco Prohibiciones, que sólo disponía de sus puños para hacerle frente, se puso alerta.

Como buen adepto de las artes marciales, procuró mantener la calma. Le habían enseñado que, para sorprender al adversario, debía ensimismarse a fin de concentrar sus fuerzas en el fondo de su persona y acumularlas, antes de proyectarlas bruscamente hacia el exterior a través de un único gesto de brazos y piernas.

Puesto que de lo que se trataba era de atacar por sorpresa al adversario y, sobre todo, de cortarle la respiración y derribarlo.

Cinco Prohibiciones profirió un grito ronco y salvaje que se quedó resonando largo tiempo en la montaña cuando, en el espacio de tiempo que dura un relámpago, sus manos y sus pies cortaron el aire al tiempo que propulsaba todo su cuerpo para enfrentarlo a los puñales blandidos por el desconocido.

Su antebrazo izquierdo se descargó contra el cuello del hombre, mientras la punta del pie derecho se hundía en su abdomen exactamente en la zona del hígado.

Con un alarido de dolor, el hombre, sorprendido por la vivacidad de su atacante, vaciló y posó una rodilla en tierra.

Fue aquél el momento elegido por Cinco Prohibiciones para rematar el trabajo: hacer abandonar sus armas al asaltante y después sujetarlo boca arriba y neutralizarlo completamente presionándole la carótida.

Cinco Prohibiciones lo agarró por el cuello sirviéndose de una llave que le practicó anudando los brazos.

El hombre, al borde de la asfixia, babeaba y eructaba.

Cuando ya se disponía a asestar el golpe de gracia al desconocido y a provocarle el desmayo, el ayudante de Pureza del Vacío sintió de pronto un terrible dolor en el costado, como si una lengua de fuego acabase de traspasarlo de parte a parte.

Vio que los dos dedos que se había llevado al punto que le quemaba habían salido teñidos de sangre.

Acababa de ser herido y su enemigo, entretanto, había conseguido ponerse de rodillas.

Sin entretenerse a examinar la angosta abertura, ahora sanguinolenta, que había abierto en su túnica el cuchillo de su adversario, lo rechazó con violencia, respiró profundamente, como por instinto, y después lanzó las piernas con todas sus fuerzas contra la cabeza de aquel que, con toda evidencia, intentaba matarlo.

No tenía opción y ahora, para él, se trataba de una cuestión de supervivencia.

A pesar del dolor atroz que sentía, invocó lo mejor que pudo al *bodhisattva Dizang*, el de la gema flamígera conocida también con el nombre de Perla Santa que iluminaba el mundo de las tinieblas, capaz de juzgar las almas y, en caso necesario, de librarlas de los infiernos.

Se acordó también de la fórmula utilizada por su maestro en artes marciales cuando le enseñó el arte de la relajación asesina: convertir todo su cuerpo en catapulta y sus piernas en proyectil.

La colisión de los pies de Cinco Prohibiciones, al propulsarlos contra el cuello del desconocido, fue tan contundente que pudo oír claramente el crujido de sus cervicales.

Oyó, al mismo tiempo, el rugido de Lapika, que, con los colmillos a la vista, se abalanzaba contra la garganta del malandrín, cuyo cuerpo quedó tendido y desarticulado en el suelo.

Pero aquel esfuerzo inaudito provocó el ensanchamiento de la herida, de la que ahora manaba sangre abundante. El dolor que sentía Cinco Prohibiciones era tan intenso que lo único que veían sus ojos era una nebulosa de estrellas.

Apretada contra sus piernas, la enorme perra amarilla le lamía las manos sin parar de gañir.

Así que pudo respirar normalmente, dedujo que el hombre que estaba de bruces en el suelo probablemente había perdido el conocimiento, puesto que estaba inmóvil. Sus dos dagas de bronce reposaban en el suelo a uno y otro lado de su cuerpo.

Haciendo un último esfuerzo, se acercó al hombre y se agachó para volverle la cabeza a un lado.

Ésta formó un ángulo recto con el cuerpo. Sus ojos estaban en blanco. En la base del cuello, que estaba ya adquiriendo un tono azulado, los colmillos de la perra habían dejado dos taladros por los que se escapaba, borboteante, un chorro de sangre.

Ocurría simplemente que el asaltante de Cinco Prohibiciones estaba agonizando y que éste, anonadado y al borde del síncope, comprendía qué quería decir matar a un hombre…

Advirtió entonces un macizo de rododendros, más propicio que el terreno desnudo del camino para recuperar el aliento.

Seguido de Lapika y retorciéndose de dolor cual raíz de enebro, dio con grandes trabajos los cinco pasos que lo separaban de la planta. El dolor de la herida iba creciendo por momentos cuando consiguió por fin arrimarse a las hojas, después de lo cual se abandonó a la inconsciencia invocando a *Dizang*.

Cuál no sería su sorpresa cuando, al despertarse, vio que no era el mencionado *bodhisattva* quien estaba inclinado sobre él, sino un bello rostro de mujer.

Era como una especie de máscara divina y hierática con los ojos en forma de pequeñas rajitas oblicuas, nariz larga y fina y una boca carnosa entreabierta en una serena sonrisa.

Cinco Prohibiciones ya estaba preguntándose si estaría soñando.

Pero los pinchazos de dolor del costado le revelaron que no era así. Para asegurarse, se palpó la zona que le hacía tanto daño y comprobó que estaba cubierta con un vendaje.

Estaba tendido en una cama, bajo una manta de pelo, en una habitación muy poco iluminada y en un ambiente embalsamado por el aroma del incienso.

—¡Bebe de este cuenco! Es una mezcla de hierbas medicinales y de harina de mijo —murmuró la bella desconocida, que hablaba en tibetano.

La muchacha le tendió una copa de barro que contenía un líquido humeante. Mientras le ayudaba a engullir el líquido hirviente, notó sus manos suaves y calientes que se movían alrededor de su rostro y le rozaban las mejillas.

—¿Dónde estoy, pues? —susurró antes de proferir un grito de dolor al tratar de sentarse.

—En mi casa. Me llamo Yarpa. Mi nombre significa «la que está cerca del cielo». Soy sacerdotisa *bonpo*. En el valle, me encargo del culto a los Nueve Dioses de Luz que moran allá arriba… Te encontré tumbado junto a un arbusto cuando estaba buscando hierbas medicinales que crecen en la montaña. Has tenido suerte. Estabas vaciándote de sangre —le respondió la muchacha con una sonrisa.

—¡Tengo mucha sed! —consiguió articular apenas.

—Es normal. Hace dos días que te estoy velando y hasta ahora no te ha bajado la fiebre. Ardías y delirabas…

Vertió en la copa una cantidad más del brebaje, que ahora él engulló sin gran dificultad.

—Había una perra conmigo… —murmuró, acordándose de pronto de Lapika, a la que no veía en parte alguna.

—Al principio no dejaba que me acercara a ti, pero cuando comprendió que quería cuidarte, se volvió muy mansa. La tengo fuera, bajo un cobertizo, atada a una estaca. Seguro que se pondrá muy contenta cuando vea que te has recuperado —dijo Yarpa.

Apenas terminó de hablar, Cinco Prohibiciones, que había perdido mucha sangre y estaba muy débil, se quedó dormido.

Los días sucedieron a las noches y entretanto bebió, comió un poco y sobre todo durmió, mientras Yarpa se ocupaba de atenderlo hasta que una mañana se sintió por fin con fuerzas para levantarse y asomar la nariz al exterior.

Cuando, apoyado en el hombro de Yarpa, su mano rozando la opulenta y sedosa cabellera de la joven, cruzó el umbral de la casa donde vivía la sacerdotisa, el deslumbramiento fue tan extremo, después de tantos días

pasados en la penumbra de la habitación, que a duras penas podía abrir los ojos.

El refugio de Yarpa se abría a un vertiginoso círculo de montañas que, recortándose sobre el intenso azul del cielo, formaban una gigantesca corola blanca parecida a la de la flor de la *udumbara*, árbol de rara floración.

Boquiabierto ante la insólita majestad de aquel paisaje situado a medio camino entre el cielo y la tierra, Cinco Prohibiciones no pudo por menos de recordar las divinas palabras del Bienaventurado con las que éste había descrito el mal del mundo: «El orgullo del rey se parece a una montaña que se yergue sobre el océano de la desgracia universal, una montaña rodeada de avidez y codicia, y la mirada de los grandes se prende de sus vertientes, mientras que a los pequeños les aplasta la cabeza con los pies: ¡ésta es la raíz profunda de la desgracia!».

Después de tanto tiempo inmovilizado en la cama por el dolor y la fiebre, redescubrió, maravillado, lo que existía en la naturaleza de fuerte e incluso de irreemplazable en el País de las Nieves, donde todo era majestuoso, más alto y más intenso, más colorido y oloroso que en lugar alguno, como si en las montañas del Techo del Mundo no tuviera validez la escala normal de las cosas…

—¿Quieres caminar un poco? ¡Allí arriba hay un promontorio desde el cual se domina todo el valle! —propuso amablemente la sacerdotisa *bonpo* obsequiándolo con una encantadora sonrisa.

Le pareció particularmente seductora al desvelar la sarta de dientes deslumbrantes de blancura, como las cumbres nevadas y fulgurantes bajo el sol.

Al ver que todavía titubeaba un poco, la muchacha le tendió prontamente la mano y, como se sentía muy débil, no tuvo más remedio que cogerla.

Comparada con la de Umara, era un poco áspera.

Lo más turbador era el ligero olor a pimienta que emanaba de la cabellera de Yarpa, un perfume algo salvaje que encajaba con el encanto de la sacerdotisa *bonpo*.

Desde lo alto del promontorio, donde la presencia de algunos huesos de cabra testimoniaban que se trataba de un lugar frecuentado por los buitres,

las casitas de piedra diseminadas aquí y allá en el rozagante valle parecían minúsculas, como si, en una naturaleza inhóspita, fuera necesario que los hombres, para sobrevivir, pasaran inadvertidos a los elementos que los rodeaban.

—Es un pueblo disperso. En esas casas viven mis feligreses —se contentó con murmurar Yarpa a Cinco Prohibiciones, después de lo cual se sentaron, uno al lado del otro, en una enorme roca a la que la capa de liquen amarillo veteado de venas anaranjadas que la recubría confería el aspecto del extremo de la cola de un cómico dragón acurrucado en el flanco de la montaña…

—¡Qué suerte la tuya, Yarpa, por vivir aquí! —le dijo Cinco Prohibiciones, maravillado por los contrastes de formas y colores.

—¡Quedarte aquí sólo depende de ti! Se está bien tan cerca de los Nueve Dioses… —exclamó la joven con una carcajada.

Él la miró preguntándose si estaba hablando en broma.

—¡Ojalá que alguno de ellos quisiera llevarme al Techo del Mundo! —dijo él.

Desde la desaparición de Umara, era la primera vez que un pensamiento agradable le cruzaba por la mente.

—¡Quién sabe! ¡Todo se reduce a saber invocarlos! —respondió la sacerdotisa *bonpo*, sonriendo a su vez.

Después, envueltos en los embriagadores perfumes y las tornasoladas manchas de color de las plantas de altura, entre las que había caías gigantes, edelweiss, lirios y orquídeas silvestres, espantalobos y rododendros, bajaron de la montaña entre risas, igual que niños traviesos, y dirigieron sus pasos hacia la casita donde vivía Yarpa.

Cinco Prohibiciones estaba recuperando rápidamente sus fuerzas.

Pasaban los días, puntuados por agradables paseos en compañía de Lapika a través de paisajes cuya calma y majestad apenas turbaba el silbido de las marmotas y donde no era raro descubrir aquellas mariposas gigantes que Cinco Prohibiciones había tomado por pájaros cuando las vio por vez primera, tal era la magnitud de sus alas.

Comprobó con satisfacción que recobraba su antiguo vigor gracias sobre todo a la alimentación reconstituyente y a la leche de yak azucarada

con miel que Yarpa le daba tres veces al día.

En tan extraño universo, el alma del *mahayanista*, herida por la terrible conmoción provocada por la desaparición de Umara, comenzaba a sosegarse.

A ello contribuía no poco la dulzura de Yarpa.

Hablaba poco y jamás hacía preguntas sobre las razones de su presencia en un lugar tan aislado como aquél.

Se sentía a la vez seguro y a gusto, aunque también un poco fuera del tiempo, lejos del alboroto mundanal, gracias a aquella mujer discreta que no hacía más que observarlo y cuidarlo con tantas atenciones, pese a ignorarlo todo de él.

Una noche, tendido en el lecho y ya a punto de dormirse, mientras soñaba dulcemente con la soberbia pareja de águilas que los dos habían admirado aquel día durante su habitual paseo hasta el promontorio, notó, por aquel olor especiado que emanaba, que la muchacha estaba de pie a su lado.

Normalmente, a esa hora, Yarpa solía quedarse en la habitación contigua, donde pasaba la noche en un estrecho camastro.

Cinco Prohibiciones se sentó en la cama y la miró.

Las llamas de la chimenea iluminaban el rostro de la tibetana.

—¡Estaba despierta y he venido a ver si todo iba bien! —murmuró.

—Eres muy amable. Cada día me encuentro mejor. No tardaré en estar en condiciones de seguir mi camino.

—¿No querrás quedarte un tiempo más? A mí no me molestas.

Los ojos de la sacerdotisa irradiaban una infinita ternura y una sombra de tristeza que todavía la hacía más hermosa.

De pronto le entraron deseos de tocarla y, con un gesto torpe, tendió la mano hacia ella.

Ante aquella señal que ella estaba esperando desde hacía días, la joven se transformó en hembra del leopardo de las nieves cuando se lanza sobre su presa y, con gran violencia, pegó su boca a la de Cinco Prohibiciones.

Éste sintió su lengua tibia, jugosa como una fruta, tratando de violar la barrera de sus dientes, que, entre cohibido y sorprendido, mantenía cerrada. Pero era tan experta que no tardó en obligarlo a ceder.

La muchacha acababa de coger la cabeza del joven entre sus manos y lo besaba con pasión mientras él ya sentía aquel hormigueo característico que precedía al despliegue del mástil de estandarte que iba subiendo poco a poco a través de su vara de jade.

La joven sacerdotisa *bonpo*, sin dejar de besarlo, se las había arreglado para irse despojando de todas sus prendas de vestir, lo que hizo que Cinco Prohibiciones descubriera todo el esplendor de su cuerpo desnudo y su piel dorada, que las brasas candentes de la chimenea hacían relucir como si fuera una preciosa jarra de cobre de elocuentes formas.

Antes de darle tiempo a pronunciar una sola palabra, Yarpa, colocándose rápidamente a horcajadas sobre él, desató los calzones del muchacho con sus dedos ligeramente ásperos y se entregó al signo evidente de los deseos de su compañero.

Al sentir la dulce mordedura de aquella boca ardiente de la sacerdotisa tibetana en la punta de su lanza, Cinco Prohibiciones tuvo gran trabajo, después de tan largas semanas de abstinencia, para impedir que la fuente de vida que ascendía de forma irreprimible dentro de él desbordara antes de tiempo.

Arrastrado por el torbellino, supo arreglárselas para que su vara de jade se situase justo a la entrada de la sublime puerta de Yarpa, cuyos adorables labios rosados se abrían al fondo de unos muslos suaves al tacto cual si fueran de seda.

—¡Qué bueno! —murmuró la muchacha mientras su vientre plano se endurecía como un escudo con el roce de la lanza, trémula aún, del ayudante de Pureza del Vacío.

En cuanto a él, ya era incapaz de oponer la menor resistencia a la bella tibetana.

Por mucho que, cuando ella lo besó, había querido resistir la tentación y evocar en su ayuda el dulce rostro de Umara, todo fue inútil: la energía del amor y la increíble sensualidad de la joven sacerdotisa habían derribado las frágiles barreras que, mal que bien, había opuesto a sus asaltos.

Ahora ella lo tenía totalmente en sus manos y en su boca.

Bajo el cobertor de pelo de yak, en brazos de una mujer tan salvaje, lasciva y ardiente como aquélla, acabó por abandonarse a sus ansias, que no

eran otras que perderse en ella e inundar con su licor íntimo el fondo de la cueva secreta por la que su vara de jade iba y venía, arrancando a su nueva amante estremecimientos que puntuaban los largos suspiros de su propio placer.

Agotados por sus expansiones, se durmieron uno en brazos del otro hasta la mañana siguiente.

Cuando la muchacha se despertó, mucho antes que él, tenían la perra amarilla a sus pies.

—¡He obrado mal! —le dijo a Yarpa cuando ella, después de aquella noche de locos abrazos, le trajo un cuenco de leche caliente endulzada con miel.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso no estamos bien avenidos, como *Tsangpa* y *Chucham*, el rey y la reina del Cielo, que tuvieron nueve hijos y nueve hijas, los cuales tuvieron nueve hijos a su vez y así sucesivamente hasta formar a todos los seres que pueblan la tierra?

—¡No sé quiénes son *Tsangpa* ni *Chucham*!

—Nuestros ritos celebran su famoso acoplamiento: el rey del Cielo bajó a la copa de un sauce adoptando la forma de un rayo con todos los colores del arco iris y sobre él se posó el cuclillo azul; ese pájaro se colocó sobre la cabeza de la reina del Cielo, batió tres veces las alas, y entonces le salieron del sexo dos rayos, uno blanco y otro rojo, y penetraron en el cuerpo de la reina del Cielo por la parte superior de su cabeza. No te miento si te digo que eso fue lo que yo sentí cuando, esta noche, tú ibas y venías dentro de mí… —murmuró la chica acariciándole los hombros.

—¿Y si te dijera, dulce Yarpa, que tengo mi corazón en otro sitio?

—¿No te gusto? —le preguntó ella acercándosele tanto que volvió a notar los efluvios especiados de su cabellera, así como el inefable perfume de aquel cuerpo que ya había tenido ocasión de oler desde los pies a la cabeza.

Presa de turbación, se subió el cobertor hasta la barbilla. Otro gesto más de la sacerdotisa y no había duda de que, pese a la confesión que acababa de hacerle, habría vuelto a rendirse a sus encantos.

—¡No es eso! Debo levantarme —farfulló, perdiendo el aplomo.

Y esta vez, a pesar de ella misma, inclinando con naturalidad su rostro hacia el de Cinco Prohibiciones, lo que hizo que le rozara la nariz, la enigmática tibetana inició un nuevo asalto más fogoso aún que el anterior…

Ahora era él quien mordía febrilmente los labios de Yarpa al mismo tiempo que le acariciaba la cabeza y seguidamente la abrazaba ávidamente como si su boca fuera una de esas calabazas rituales bu, repleta de un delicioso néctar, y él estuviera muriéndose literalmente de sed.

Y llegado ese punto, bastó que la joven sacerdotisa pusiese al descubierto uno de sus pechos, cuyo pezón estaba ya endurecido, para que el joven *mahayanista* se arrojase violentamente sobre ella como si estuvieran en la jungla y en la época del celo y él fuera el tigre que se arroja sobre la tigresa.

—Dime que me amas… —le suplicó la muchacha en el momento en que, unidos en la carne, no formaban más que un ser único.

Pero el éxtasis de Cinco Prohibiciones, cuyo cuerpo, vibrante de pies a cabeza, acababa de distenderse como un arco, fue de tal magnitud, alcanzado el blanco por la flecha, que lo dejó incapaz de articular palabra.

—Me estoy extraviando… —acabó por decir.

—En el País de las Nieves, todos los caminos llevan al Techo del Mundo, allí donde vive la leona blanca de melena turquesa. ¿Tienes algo que temer, Cinco Prohibiciones?

—¡Nada! Sería muy difícil explicarlo.

Como no quería causarle tristeza, no sabía si añadir algo más, lo que para él suponía que ya empezaba a unirse a aquella mujer.

Se dio cuenta entonces, angustiado, de que si persistía el ritmo actual de sus expansiones, les sería imposible prescindir uno de otro y él se convertiría en prisionero de Yarpa, sería como un pájaro cazado con red.

, A menos que la abandonara inmediatamente… Pero a menos también que esa red no fuera su destino. ¡El destino!

Una palabra proscrita durante su noviciado hasta el punto de que estaba prohibido pronunciarla so pena de hacerse acreedor de tres varazos.

En lugar de destino, los budistas hablaban del Samsara, ese ciclo infinito de muertes y nacimientos, esa rueda imperturbable a la que los

hombres estaban atados y a la que es imposible escapar a no ser en el estadio último de buda.

Los profesores enseñaban a los aprendices novicios que el hombre no era libre de elegir debido a que era víctima del Samsara. Así pues, le correspondía optar por el camino apropiado y apartarse de ese mundo que lo tenía encadenado por todas partes.

Pero, desde que se había ido de Luoyang, las innumerables peripecias por las que había pasado habían enseñado a Cinco Prohibiciones qué significaba la libertad y la opción individual.

¡Elegir! ¡Decidir!

—¡Dame tu parecer, Lapika! ¿Qué opinas de todo esto, perra mía? —preguntaba a veces, medio en broma, al moloso, quien por toda respuesta se limitaba a darle un lengüetazo en los dedos.

Contrariamente a lo que le habían enseñado sus maestros, la vida de los hombres estaba hecha de opciones, entre ellas la de sufrir.

Por otra parte, igual habría podido decidir que dejaba allí su zurrón y se quedaba junto a la hermosa Yarpa, puesto que en aquel momento no deseaba otra cosa.

Podía decidir incluso, aunque esto le parecía mucho más improbable, tratar de olvidar a Umara.

Si existía una mujer capaz de ayudarlo a borrar de su memoria el recuerdo de la joven cristiana, ésta era Yarpa, puesto que sus cualidades habían demostrado ser eficaces.

Yarpa, cuyo sabor tenía presente siempre, un sabor mucho más agreste que el de la joven cristiana, que era más delicado y quizá más afrutado…

Cinco Prohibiciones comprobó entonces, no sin cierta alarma, que estaba comparando a las dos muchachas como si de dos vulgares retales de seda o de dos racimos de uva que hubiera visto en el puesto de un vendedor se tratara y entre los cuales dudaran sus preferencias.

Pero, advirtiendo que aquello no lo conduciría a parte alguna, procuró desterrar de su espíritu tan inútiles pensamientos.

Estrictamente hablando, no servía de nada hacer una lista de los méritos y cualidades respectivos de Umara y Yarpa.

Por otra parte, su estado de espíritu hacía que se percatara de que el amor y la sexualidad mantenían unas relaciones mucho más complejas de lo que parecía a primera vista y que, por encima de todo, él seguía amando a la joven cristiana nestoriana.

Aunque hubiera sucumbido a los encantos y sortilegios de la hermosa sacerdotisa *bonpo*, el amor extraordinario que le inspiraba Umara permanecía intacto, puro y luminoso como un diamante.

Cuando estrechaba entre sus brazos el cuerpo de Yarpa, era el de Umara el que creía poseer…

En realidad, sólo amaba a Yarpa a través de Umara.

Cuanto más enamorada de él estaba la bella tibetana —bastaba oírla decir: «¡Te amo!» para convencerse de ello—, menos lo estaba él de ella.

A partir de entonces, pues, apartarse de ella, y cuanto antes mejor, era lo más sensato, ya que cuanto más retrasase su partida, más sufriría ella.

Él no ignoraba, por otra parte, que con ello corría un gran riesgo: a lo mejor no encontraba a Umara después de haber abandonado y perdido a aquella joven de cuerpo magnífico e impresionante, capaz de darle tanto.

Pero la vida era así: había ocasiones en que a uno se le ofrecían varios caminos y era imperativo elegir porque ni conducían al mismo sitio ni brindaban el mismo viaje.

Sólo el futuro, que jamás se podía presentir, diría si la elección había sido o no acertada.

Por tanto, para evitar equivocarse, había que «actuar de manera primitiva» y dejar hablar al instinto.

Bastaba para ello prestar oído al susurro casi imperceptible de aquella voz interior que a veces decía lo que uno no quería oír.

Su instinto, en aquel caso, intimaba a Cinco Prohibiciones a conservar la esperanza, a no detenerse en el camino sino, por el contrario, a seguir la búsqueda y tratar de encontrar a su única mitad: Umara.

Aquella mañana, después de una noche en la que prácticamente no habían parado de hacer el amor, Yarpa se vistió a toda prisa.

Esperaba a un habitante del pueblo que, el día anterior, le había prevenido de que la visitaría.

El hombre, un individuo giboso y con el rostro curtido, le suplicó que practicara un exorcismo en su hijo, ya que sus vecinos estaban convencidos de que el niño estaba poseído por un demonio alojado en un árbol situado a poca distancia de la morada familiar.

Yarpa se fue con él.

Dada su condición de sacerdotisa *bonpo*, que igual hablaba con los demonios que con los dioses, no podía negarse a tal petición.

A su regreso, a última hora de la tarde, Cinco Prohibiciones la esperaba sentado en el umbral de la casa.

—¿Cómo ha ido lo de ese chico? —le preguntó.

—Después de asegurarme de que no estaba poseído por ningún demonio, le he leído el porvenir…

Será guerrero. Es un oficio noble. Parece que a su padre le ha gustado saberlo.

—¿Sabes esto? ¿Prevés lo que le ocurrirá a un hombre?

—Si quieres, puedo prever tu futuro. Lo único que tengo que hacer es formar la «alfombra de los dioses». Sobre todo no te muevas, porque lo haré en seguida. ¡Es cosa de un momento! —le anunció sin apenas darle tiempo a elegir.

Ni tenía fuerza para protestar ni se sentía con derecho a prohibírselo. Después de todo, ¿no era para él una manera de comprobar si elegía bien al dejarla?

Extendió, pues, en el suelo lo que ella llamaba «alfombra de los dioses».

Se trataba, en realidad, de briznas de lana de yak teñidas de diferentes colores que fue a buscar en una caja que tenía debajo de la cama.

Invocando a los «Nueve Dioses», los dispuso en forma de tablero al pie de la cama donde hacían tan a gusto el amor y, bajo la mirada del moloso amarillo, que debía de preguntarse qué mosca había picado a aquella mujer, se dispuso a actuar.

Después, tras vendarse los ojos, colocó de forma aleatoria en dicho tablero unas figuritas de barro que sacó de una bolsa que tenía guardada en la misma caja. Las que no se tenían de pie indicaban un mal presagio.

Al poco rato eran una veintena de figuritas, tres de ellas volcadas, las que ocupaban la alfombra de los dioses.

—Tienes suerte. Sólo tres nefastas contra diecisiete propicias. ¡Una proporción excelente! Las estrellas te protegen, Cinco Prohibiciones: tu vida será venturosa.

—¡Me importa poco! ¡No creo en la suerte! Yo sólo creo en Buda. Dime cómo serán los días que vendrán. ¡Tengo necesidad de saberlo! ¿Seguirá dispensándome su protección el Bienaventurado? —exclamó febrilmente.

La bella sacerdotisa tibetana volvió a arrodillarse y a inclinarse sobre las figuras geométricas más bien extrañas en las que estaban colocadas las estatuillas.

—¡Te veo en la China central! —murmuró, desesperada.

—¿Solo? —se atrevió él a preguntar.

—¿Quieres que conjure la mala suerte? —le preguntó la joven con un escalofrío, como si no hubiera oído lo que acababa de preguntarle.

—¿Por qué no? —dijo, no sintiéndose con fuerzas para volver a preguntar lo mismo.

¿Qué podía perder si dejaba que aquella mujer procediera a hacer sus pases? Acababa de prodigarle tales caricias y halagos que no la veía capaz de manipular su suerte, como no fuera para meterle en la cabeza la idea de que debía permanecer a su lado.

Tras permanecer inclinada largo rato sobre el complejo motivo formado por la combinación de pelos y figurillas, la sacerdotisa empuñó una curiosa arma, un artilugio que tenía algo de hoz y de espada, que estaba sujeta a una viga, y, agachada en el suelo, la hundió meticulosamente en las tres figuras volcadas en el damero multicolor.

—Aquí veo a tres personajes que te quieren mal… —dijo con un hilo de voz.

—¿Me dirás quiénes son?

—Veo una nube de bruma, un limosnero vacío y, en medio de un círculo, un punto central —respondió la muchacha sin titubear.

Cinco Prohibiciones reconoció sin esfuerzo ni sorpresa a Bruma de Polvo. Era normal, teniendo en cuenta que aquel siniestro individuo le había arrebatado la mujer de su vida.

En cuanto a Pureza del Vacío, dado que todo indicaba que era a él a quien designaba el limosnero vacío, lamentó no sin despecho que el

Superior de Luoyang continuase teniéndole antipatía por no haberle enviado noticias. A menos que no se tratara de Wuzhao y que ésta hubiera pronunciado, en relación con él, palabras poco afortunadas…

En lo tocante al círculo perforado en el centro, por mucho que se devanara los sesos no llegaba a comprender ni de lejos a quién podía aludir la hermosa Yarpa.

—¿Qué haces? —preguntó a la sacerdotisa al ver que levantaba el puño cerrado para descargarlo después sobre las figurillas volcadas, como si en su mano tuviese un puñal invisible.

—He asestado un puñetazo en el corazón de cada uno. Es lo que llamamos «agujero de la vida». A partir de aquí ya no tendrás que temer nada de las personas que quieren perderte —le respondió ella en tono misterioso.

—¡Muchas gracias, Yarpa!

Terminado el ritual, Yarpa se acercó a él y pegó su vientre contra el de Cinco Prohibiciones.

—¡Te amo! ¡Me gustas! Podrías quedarte aquí conmigo. Nos casaríamos y tú me harías un hijo.

Volvía a empezar la ofensiva de la seducción.

Mientras ella lo iba empujando hacia la cama y comenzaba a desnudarlo, Cinco Prohibiciones recordó con toda nitidez la reflexión que le había hecho Umara cuando, en pleno desierto, se cruzaron con la pareja formada por el joven *kucheano* y la chinita: si se avenían tanto los cuatro, hasta el punto de parecer que se conocían de toda la vida, era porque el *kucheano* y la china se encontraban, en lo que a sus orígenes se refería, en una situación totalmente simétrica a la de ellos dos, unidos por encima de cualquier divergencia religiosa y a través del mismo amor absoluto.

También volvió a su recuerdo la magnífica historia de las estrellas del Boyero y de la Tejedora, que la hermosa Luna de Jade tuvo el placer de contarle un día.

La moraleja de aquella bella leyenda de las dos estrellas separadas por la Vía Láctea que, una vez al año, el día de los enamorados, se encontraban en un puente tendido sobre la misma, ¿no era acaso un himno a las virtudes

de la esperanza y una dulce invitación a pensar que los que están separados acaban por encontrarse algún día si siguen queriéndose?

¡Ansiaba tanto creerlo!

Justo en aquel momento la boca ardorosa de Yarpa recibió su lanza enhiesta, erguida hacia el cielo.

Las caricias que la sacerdotisa tibetana prodigaba a Cinco Prohibiciones, cuyo cuerpo estaba ahora totalmente entre sus manos, eran tan cautivadoras que, pese a sus más desesperados esfuerzos, hacían que se olvidara de la hija de Addai Aggai…

Cinco Prohibiciones se encontraba en la famosa encrucijada donde, de pronto, todo puede tambalearse…

¿Abandonaría la luz por la sombra?

Pero primero había que establecer dónde estaba la luz y dónde la sombra. ¿Elegiría a la dulce y tierna Umara o a la salvaje y sensual Yarpa?

Personajes principales

Addai Aggai: obispo, dirigente de la Iglesia nestoriana de Dunhuang.

Bella Pura: primera concubina imperial, eliminada por Wuzhao.

Bruma de Polvo: huérfano chino, amigo de Umara.

Buddhabhadra: Superior del monasterio del *Único Dharma* de Peshawar (India), jefe de la Iglesia budista del Pequeño Vehículo que emprende un misterioso viaje a Samyé (Tíbet) y desaparece después.

Cargamento de Quietud: llamado el Maestro Perfecto, jefe de la Iglesia maniquea de Turfan.

Centro de Gravedad: Superior del convento de la Salvación y de la Compasión (Dunhuang).

Cesta de Ofrendas: monje responsable de los elefantes del convento de Peshawar.

Cinco Prohibiciones: monje del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang (China), enviado por su Superior a Samyé (Tíbet) y finalmente responsable de los Gemelos Celestiales.

Dama Wang: primera esposa oficial de Gaozong, repudiada en provecho de Wuzhao.

Diakonos: hombre de confianza de Addai Aggai, encargado de la hilandería clandestina.

Favor Atestiguado: Superior del convento del Gran Vehículo de Turfan.

Gaozong: llamado Linshi mientras es príncipe heredero, hijo de Taizong, emperador de China.

Los Gemelos Celestiales: una niña, Joya, y un niño, Loto, hijos de Manakunda. La niña tiene la mitad del rostro cubierto de vello.

Golea: llamada «la Montaña», gobernanta de Untara.

Joya de la Doctrina: monje rival de Puñal de la Ley.

Lama sTod Gling: secretario del Reverendo Ramahe sGampo.

Li Jingye: prefecto, Gran Censor Imperial.

Lihong: hijo de Wuzhao y Gaozong, nombrado príncipe heredero en lugar de Lizhong.

Lizhong: hijo de Bella Pura y Gaozong.

Luna de Jade: obrera china del Templo del Hilo Infinito, enamorada de Punta de Luz.

Luyipa: maestro de Nube Loca, a quien instruyó en el tantrismo.

Majib: jefe de una cuadrilla de bandidos parsis.

Manakunda: joven monjita del convento de Samyé, muere al dar a luz a los Gemelos Celestiales.

El ma-ni-pa: monje errante amigo de Cinco Prohibiciones.

El Mudo: esclavo turco-mongol de Wuzhao y ejecutor de sus actos más deleznables.

Nube Loca: indio practicante del tantrismo, drogadicto y asesino.

Nudo Pequeño que se Deshace Fácilmente mercader de plantas medicinales en la Ruta de la Seda.

Ormul: Oyente de la Iglesia maniquea de Turfan.

Pincel Rápido: calígrafo y pintor chino de pura cepa, miembro de la red del Hilo Rojo.

Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo: monje de Luoyang.

Punta de Luz: Oyente de la Iglesia maniquea de Turfan, encargado de la cría clandestina de gusanos de la seda, enamorado de Luna de Jade.

Puñal de la Ley: primer acólito de *Buddhabhadra*, sale en su busca.

Pureza del Vacío: Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang (China), jefe de la Iglesia budista del Gran Vehículo.

Ramahe sGampo: Superior del convento budista de Samyé (Tíbet), ciego.

Rojo Vivo: propietario de la tienda La Mariposa de la Seda, encubridor del negocio de la seda clandestina.

Santa Vía de los Ocho Miembros: monje budista del convento de Peshawar, nacido en Turfan.

Taizong: llamado «el Grande», padre de Gaozong, emperador de China.

Torlak: apodado Aguja Verde, joven *uïgur* convertido al maniqueísmo y responsable de la red del Hilo Rojo.

Ulik: intérprete entre Cinco Prohibiciones y la cuadrilla de bandidos parsis.

Umara: hija del obispo nestoriano Addai Aggai.

Virtud de Fuera: Ministro de la Seda.

Wuzhao: quinta concubina imperial y más tarde esposa oficial del emperador Gaozong.

Yarpa: sacerdotisa *bonpo* del País de las Nieves.

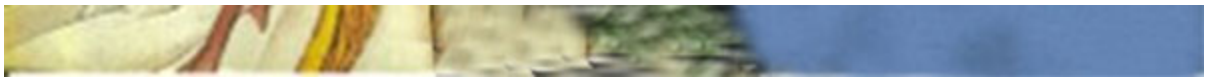
Zhangsun Wuji: tío de Gaozong, general, comandante en jefe supremo de los ejércitos, antiguo Primer Ministro.

LIBRO III
LA USURPADORA

La emperatriz *de la* seda

LA USURPADORA

JOSÉ FRÈCHES



XXXVIII

LUOYANG, CAPITAL DE VERANO
DE LOS TANG, CHINA,
19 DE JUNIO DE 658

—Mudo, encárgate de que la niña no se asome a las aguas del río Lë. No querría que, por inadvertencia, descubriera su rostro. Tendría un sobresalto dramático —conminó con voz suave, pero en tono muy enérgico, la emperatriz Wuzhao al gigante turco-mongol.

—¡Haré todo lo posible, Majestad Wu! —respondió éste escuetamente y con aire desabrido, utilizando para ello aquel lenguaje particular que sólo comprendía la soberana.

Desde que la esposa oficial de Gaozong mantenía una escandalosa relación con el mago indio Nube Blanca, había dejado de lado al Mudo. Éste, por muy esclavo que fuera y debido a que por esta condición estaba obligado a satisfacer el menor de sus caprichos, había acabado por tomar en serio el juego perverso de su amante. Y el hecho es que estaba enamorado de aquel cuerpo flexible y sensual del que ella sabía sacar partido para atraerse a los hombres. Por eso se tomaba tan a mal los numerosos antojos de la emperatriz y de manera particular aquella relación que ya duraba demasiado con aquel personaje de ojos inyectados en sangre, montado siempre en su elefante blanco cuando acompañaba a la soberana, como para indicar así cuál era el sentido de su presencia a toda la corte china.

Para el Mudo, Nube Blanca era su único rival, el único que, al igual que él, aportaba a los contactos amorosos con Wuzhao el sabor inefable de lo

exótico y lo salvaje.

Aquella situación dolorosa transformó físicamente al factótum de la soberana. En su rostro enorme, por lo general alegre, sus largos mostachos desflecados pendían tristemente a uno y otro lado de su boca carnicera de gruesos belfos.

El Mudo tenía pensamientos muy negros, pero nadie, ni siquiera la emperatriz de China, lo advertía.

Como de momento Nube Blanca vivía retirado en Chang An, donde la soberana lo había instalado en el Pabellón de Recreo, las temporadas que ella pasaba en Luoyang permitían al factótum de la lengua cortada no ya sólo hacer valer sus derechos asumiendo sus deberes, sino sobre todo dispensar a la emperatriz todo el placer que su enorme vara de jade, cuando estaba enhiesta como el mástil de un navío, era capaz de dar a su valle de rosas.

Cuando estaba en Luoyang, que ella había logrado convertir en «capital de verano» del Imperio por ser esta estación allí más fresca que en Chang An, a Wuzhao le encantaba igualmente, en un registro totalmente diferente, que Pureza del Vacío le «prestase» a los Gemelos Celestiales.

El gran maestro de Dhyâna se mostraba reticente, debido a que los niños reportaban gran cantidad de ofrendas de los devotos, cada vez más numerosos y más fervientes, que acudían al convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales para venerar a aquellas pequeñas rarezas divinas. Pero él no podía hacer más que obedecer.

¿No era Wuzhao quién los había confiado al Superior de Luoyang después de la partida de Cinco Prohibiciones y de Umara?

El Mudo se encargaba en tales ocasiones de ir a buscar a los niños y de llevarlos al Palacio de Verano, la suntuosa residencia de mármol blanco coronada de tejas barnizadas de azul y verde de sutil armonía que la emperatriz había mandado construir al fondo del Parque de las Peonías Arborescentes.

Allí Wuzhao disponía de todo el tiempo del mundo para mimar como ella deseaba a aquéllos a quienes llamaba sus «principitos».

No había nada que fuera bastante dulce, bastante sedoso, bastante precioso ni bastante entretenido para los Gemelos Celestiales, a quienes

hacía servir la repostería más selecta y los pasteles de frutas más sabrosos antes de dejar que jugaran en un rincón del parque inmenso donde había hecho instalar una casa de fieras en miniatura.

En medio de ocas, patos mandarines y puercos de la India, era un gran placer para la emperatriz de China contemplar a Joya y a Loto, maravillados, sin saber dónde mirar, corriendo de aquí para allá con sus piernecitas y lanzando gritos de alegría.

Aquella tarde, por vez primera, la emperatriz Wu decidió llevar a los pequeños de paseo por la orilla del río, lo que suponía atravesar el prado que descendía suavemente hasta el agua, que discurría algo más abajo.

En aquel lugar preciso, allí donde el río se ensanchaba formando una especie de embalse, debían de reposar las famosas piedras grabadas en las que, desde su primera visita a la obra de Longmen, no había dejado de pensar.

No se apartaban de sus pensamientos las palabras de Pureza del Vacío confirmando la existencia de aquellas rocas míticas cuyas inscripciones no había leído nadie porque nadie las había visto.

Según las informaciones que, con toda discreción, había recogido sobre aquellos monolitos, una sola cosa era segura: se trataba de rocas divinas que tenían grabadas unas frases proféticas relacionadas con la historia de las futuras dinastías de China.

Al principio no fue más que una idea vaga, pero sus contornos fueron precisándose poco a poco. ¿Y si aquellas piedras se convertían en aliadas suyas? ¿Y si anunciaban la subida al trono de China de la propia emperatriz Wu? ¿No sería entonces un signo inequívoco de que aquel sueño que ella acariciaba podía convertirse un día en realidad?

En China, el futuro siempre estaba escrito en alguna parte.

Además, los primeros escritos chinos eran en esencia adivinatorios, puesto que los primeros caracteres arcaicos de la lengua Han eran una copia de las extrañas resquebrajaduras que aparecen en los huesos ilíacos de los corderos y los caparazones de las tortugas cuando los adivinos o agoreros los calientan al fuego para descifrar su sentido.

Algunas tardes de verano, cuando se atenuaba la luz cegadora del sol que reverberaba en el río y una levísima brisa hacía temblar las lánguidas

ramas de los sauces llorones, Wuzhao gustaba de pasearse por las orillas del río en cuyo fondo yacían aquellas inscripciones proféticas.

Tenía conciencia de que sólo un hecho sobrenatural podría ayudarla a subir el último peldaño de la escalera cuya ascensión emprendiera el día que llamó la atención del viejo emperador Taizong y que había de conducirla a la función de emperador de China con todos los derechos, a la misma altura que un varón a quien el Cielo hubiera conferido el mando.

Hasta ahora había conseguido librarse de todos los obstáculos y desbaratar todas las conspiraciones dirigidas por el prefecto Li y el general Zhang, así como por todos aquellos cortesanos imperiales que aspiraban a acabar con ella, ofendidos por la ascensión al poder de aquella plebeya cuya alianza con los budistas constituía, además, un grave peligro para las instituciones políticas del país.

En este aspecto, la traición de Aguja Verde le había complicado un poco la tarea.

A fuerza de informes circunstanciados encargados a diferentes servicios de policía, sus enemigos habían conseguido inocular la duda en la cabeza de Gaozong. Acusaban a su esposa de proteger a los traficantes de seda y de entregarse a actos contrarios a la ley al acoger en el palacio imperial a personas que eran buscadas.

Y así fue como un día, con semblante sombrío y aire enfurruñado, el emperador acabó por abordar esta cuestión.

—Querida mía, os reprochan graves hechos desde todos lados. ¿Tenéis algo que decir? Por lo menos así podría cerrar la boca de vuestros enemigos, cada día más numerosos.

Comprobó Wuzhao con alivio que el emperador trataba más bien de defenderla que de dar crédito a aquellos rumores que, a su modo de ver, lo que querían era derribarla.

Aceptó, pues, el envite y protestó con presteza pretextando que se trataba de inmundas hablillas por parte de quienes querían separarla de su esposo y asegurándole que estaba dispuesta a entregarse a la policía si él lo juzgaba necesario.

—¡Mi esposa querida, ni pensarlo! ¡Es una orden del emperador! ¡No son vuestros enemigos los que dictan las leyes! —le aseguró el emperador

del Centro, ante quien, con gesto útil en todos los aspectos, su esposa se había arrodillado teniendo buen cuidado de situar la boca en el lugar preciso, delante mismo del bulto que provocaba la vara de jade en la tela de los calzones.

Terminada la operación con gran satisfacción de su esposo, éste cambió de actitud, como si su clemencia no tuviera otro objetivo que recibir aquel homenaje de la lengua experta de Wuzhao al florón terminal de su augusta lanza imperialmente enhiesta, gesto que enloquecía a Gaozong y que ella sólo raras veces le concedía.

Pareció, en efecto, como si el emperador ya estuviera al corriente del medio que utilizaba el tráfico de seda clandestina para llegar a la China, puesto que se había valido a este efecto de los oasis de Turfan y Dunhuang y había precisado, sin equivocarse, los papeles respectivos de maniqueos y nestorianos.

Cada vez más inquieta, Wuzhao pudo comprobar que el prefecto Li, Zhang y los demás, que siempre destilaban amargura, habían facilitado a Gaozong los elementos de un expediente de cargos contra ella.

—Me han contado que habíais protegido a una muchacha llamada «Dübara» y a un joven de nombre «Ocho Prohibiciones». ¡El palacio imperial no puede albergar a personas culpables de atentar contra la ley! Salvo, naturalmente, si yo lo decidiese —le espetó, entre bromas y veras, abrochándose los calzones.

Una vez más, como siempre que se encontraba ante una situación particularmente delicada y peligrosa, Wuzhao consiguió superarse a sí misma: tuvo el descaro —o quizá el genio— de declararse culpable.

—Pues sí, Majestad. Trato de procurarme seda, pero si lo hago es también por vos y por vuestro destino. Bendigo este momento que me obliga a confesároslo. Guardar un secreto como éste me pesaba cada día más —le afirmó, deshecha en llanto, antes de pasar a explicar al emperador que si había obrado de aquel modo, lo había hecho para ofrecer a la Iglesia del Gran Vehículo seda para las pinturas ante las cuales los monjes practicaban la meditación sentada.

—¿Qué papel tiene el Gran Vehículo en todo este asunto, amada mía? ¿No os parece que esa Iglesia, cuyo presupuesto supera al parecer con gran

diferencia el del Ministerio de los Ejércitos Imperiales, es ya bastante opulenta? —preguntó Gaozong con cierta desconfianza.

—Los monjes me prometieron, a cambio, años de oración e invocaciones ininterrumpidas delante de las efigies de Buda y de sus principales acólitos. Esas oraciones y esas invocaciones, Majestad, se hacen todas a vuestra intención y a la de vuestra descendencia…

—El imperio del Centro se ha construido con guerra y con sangre, no con obras de santurrones —exclamó él, molesto.

—No deberíais desdeñar hasta ese punto al Bienaventurado Buda. En el seno del pueblo, es mucho mayor el número de sus adeptos que el de los confucianos, cuyos fieles proceden de las élites. ¿No tiene acaso el soberano mucha más necesidad del pueblo que de las capas sociales superiores, que siempre son favorables a su causa por el simple hecho de que sacan partido del sistema? —replicó ella a su imperial esposo.

—¡Sí, por desgracia! —admitió el emperador, aturdido por la exposición.

—Aquellos que os sucedan deberán tenerlo en cuenta —concluyó ella.

Gaozong, convertido de nuevo en miel y azúcar, la abrazó con avidez, en la esperanza de que consintiese en renovar la hazaña de dar placer a su vara de jade, que los años y la enfermedad hacían cada vez más inerte.

Una vez más, de las bazas conjugadas de sus encantos y su fe la emperatriz Wu había extraído las fuerzas necesarias que le habían permitido salir bien librada del mal paso al que sus enemigos habían conseguido arrastrarla.

Aquel delicado episodio, del que ella había salido airosa ante las mismas narices de sus detractores, locos de rabia al comprobar que, una vez más, sus ataques habían fallado el blanco, no había hecho más que reforzar su convencimiento en relación con la importancia de apoyarse en Buda y en su Noble Verdad.

Cuanto más tiempo pasaba, más necesidad sentía Wuzhao de apelar a su divina ayuda. Tenía tal necesidad de su indefectible apoyo que acabó por convencerse, como buena y sincera devota que era, de que éste le llegaría a través de aquellas piedras adivinatorias que reposaban en el fondo de las aguas, a pocos pasos de donde se encontraba.

Por eso se sentía muy emocionada al acercarse al río Lë de la mano de Loto y de Joya, precedida por el Mudo, cargado con un gran cesto de mimbre que contenía la merienda de los Gemelos Celestiales.

La tarde de aquel principio de verano, particularmente cálida y húmeda, propicia a todo tipo de flores cuyos deliciosos efluvios embalsamaban el aire, se anunciaba radiante.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Quiero agua! —gritaron a coro los niños así que vieron el río, sobre cuya dorada superficie revoloteaban y zumbaban las abejas.

Wuzhao les apretó con fuerza la mano para evitar que la pequeña Joya se acercase demasiado al río y, por inadvertencia, contemplara su rostro cubierto a medias de vello.

En el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, la emperatriz de la China exigió y obtuvo de Pureza del Vacío que los pequeños se alojaran en un pabellón especial del que se habían eliminado todos los espejos. Wuzhao se había ocupado también de que todas aquellas superficies que pudieran reflejar la luz, como parquet, mesas y biombos lacados, se recubrieran con alfombras o tapices. Los monjes que atendían a Joya y a Loto habían recibido la orden estricta de no acercarles ningún cuenco cuyas dimensiones permitieran que los niños observasen en su interior el reflejo de su rostro.

Era curioso que Wuzhao estuviera obsesionada con la posibilidad de que Joya descubriera inopinadamente aquella peculiaridad que le había concedido la naturaleza y que la convertía, pese a la finura y a la deslumbrante belleza de sus rasgos, en un ser diferente de los demás, una criatura de esencia divina cuyo borde del vestido soñaban ahora con tocar miles de devotos.

—Majestad, parece que amáis a Joya como si fuera vuestra propia hija —le decía a menudo Pureza del Vacío cuando la emperatriz de China se extasiaba ante él hablando de los progresos de la niña, que comenzó a andar y a hablar un poco antes que su hermano Loto.

—Es muy especial y muy sensible y a buen seguro que necesitará mucho amor —solía responder al austero Superior, en quien aquella reflexión tenía la virtud de provocar una sonrisa.

Joya, por su parte, irradiaba felicidad en cuanto aparecía su augusta protectora.

Había que verla, ataviada como una princesa, cómo batía palmas y profería exclamaciones de alegría así que veía aparecer a Wuzhao en la galería del Palacio de Verano, no lejos del lugar donde un monje depositaba a los pequeños cuando los llevaba a visitar a la soberana.

Puesto que Joya no llevaba la existencia de una niña como las demás.

Cuando la instalaban junto con su hermano gemelo en un pequeño estrado del patio del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales y se formaba delante del tablado la inmensa cola de portadores de ofrendas, solicitando todos ellos curaciones, milagros y otros favores, se quedaba muy seria, contristada casi, como si le repugnase hacer aquel papel de reliquia viva.

Pero, a pesar de su tierna edad, desempeñaba la función con la seriedad de un adulto mientras los monjes, sin grandes miramientos, canalizaban a bastonazos los arrebatos místicos de los devotos, sin apenas darles tiempo a prosternarse un momento a los pies de la niña y murmurar en voz baja qué gracia esperaban que les concediese.

Sin embargo, para aquélla a quien daba el cariñoso nombre de «tía Wu», Joya, que pasaba la mayor parte de sus días cubierta de oro y sedas, se convertía en una niña como las demás.

Tía Wu ordenó al Mudo que desplegara sobre el césped una estera de paja de arroz trenzada, sobre la cual dispuso los dulces y zumos de naranja que pensaba ofrecer a los pequeños para merendar.

Desde su última visita al Palacio de Verano, habían experimentado un cambio.

Ahora sabían sostener correctamente la varilla de bambú que ella les había procurado y servirse de ella como de un estilete en el cuadro de arena excavado en el jardincito de la granja en miniatura donde les encantaba hacer flanes de arena.

Después del paseo por el río, tenía intención de enseñarles el trazado de algunos caracteres de la lengua escrita.

La última vez que habían ido a visitarla, los niños ya habían demostrado que estaban capacitados para sostener un estilete.

—¡Yo redondo y tú cuadrado! —había farfullado torpemente la niña hablando con su hermano antes de añadir, con su sonrisa más seductora, dirigiéndose a la emperatriz, que todavía se había derretido un poco más delante de su preferida—: ¿Verdad, tía Wu?

—¡Yo redondo! —exclamó Loto, que era algo más robusto que su hermana, decidido por una vez a no dejarse embaucar.

Delante de los Gemelos Celestiales, inclinados en el suelo, donde se aplicaban en dibujar con esa mezcla de esmero y brusquedad tan habitual en los niños, a Wuzhao le sorprendió pensar en su propia descendencia.

Había sido madre cuatro veces; todavía le vivían dos hijos, pero los otros dos, que eran niñas, habían nacido muertos.

Había dado a luz a la primera sólo un año después del nacimiento de Lihong, el mayor de los varones engendrados por Wuzhao, que se convirtió en príncipe heredero en febrero de 656, en el puesto de Lizhong, el heredero escogido por Dama Wang, la emperatriz desposeída.

La segunda era aquella que su vientre había expulsado hacía catorce meses, cuando le faltaban tres para llegar a término, en presencia de la gorda partera del palacio imperial de Chang An, quien sin ninguna consideración le había anunciado que de su cuerpo había salido un cadáver arrugado y azul, pero que no había mucho que lamentar, «ya que no era más que una niña»…

Desde aquel aborto espontáneo, Wuzhao se creía estéril, lo que le permitió todavía mayor libertad en el uso que hacía de su cuerpo en su relación con los hombres[1].

Para Wuzhao, que ni siquiera pudo llevar luto por aquella niña que había muerto en su vientre y cuyo padre no era Gaozong, sino probablemente un seductor *fangshi*[2], brujo taoísta del que ella estuvo encaprichada unas semanas, que era el tiempo suficiente para valorar sus hazañas sexuales, la presencia de Joya constituía un verdadero consuelo.

Era inevitable que viese en la Gemela Celestial, con su extraordinaria mitad del rostro peluda, una reencarnación de la carne de su carne que, por desgracia, no había sobrevivido.

En cuanto a su progenitura viva, jamás habría osado confiar a nadie que sus hijos Lihong y Lixian distaban mucho de colmar las esperanzas y

ambiciones que había cifrado en ellos.

Había acabado por despreciar a Lihong por presentir en aquel muchachito de poco carácter y naturaleza soñadora que terminaría igual que tantos otros: más aficionado a la caza y a galopar por el campo que a las intrigas de la corte y a su sutil ejecución; en cuanto al príncipe Lixian, su hermano pequeño, con respecto al cual eran muchos los cortesanos que ponían en duda la paternidad de Gaozong, todavía no había cumplido los dos años, lo que hacía que todavía fuera muy pronto para juzgar si aquel retoño cuyo nacimiento sumió al clan de sus enemigos en la ira y la consternación sería o no digno sucesor de su madre.

¡Cómo le habría gustado que Lihong, pese a ser mucho más joven, se pareciera a Cinco Prohibiciones! También deseaba ardientemente que su pequeño Lixian, llegado el momento, poseyera el mismo carácter enérgico y la misma viveza espiritual que el antiguo ayudante de Pureza del Vacío.

Por otra parte, desde que este último abandonó Chang An por el país de Bod, siempre pensaba en él con nostalgia.

Desde la negativa categórica que le había dado Pureza del Vacío cuando ella le habló de su antiguo ayudante, Wuzhao ya no se atrevía a hablarle del caso de Cinco Prohibiciones, aun cuando se decía que, apenas se le presentase ocasión, volvería a plantear la causa del joven y acabaría por conseguir que su Superior le perdonase sus faltas.

No había día en que no pensara en Umara, la joven cristiana que, antes de verse obligada a huir de Chang An, le confesó de forma tan encantadora que se consideraba algo así como la madre adoptiva de aquellos Gemelos Celestiales que en aquellos momentos veía corretear de aquí para allá, ante sus ojos, junto a la orilla del río Lë.

No se negaba a admitir que aquella joven pareja a la que profesaba una gran ternura le había pasado la antorcha del destino de aquellos niños divinos.

¿Qué habría sido de aquellos jóvenes, el budista y la cristiana, con todo su encanto, inteligencia y especial capacidad para dirigirse a los demás y confiar en ellos?

¿Habrían conseguido llegar al Tíbet? ¿Se dispondrían a entrar en la China central ahora que el comercio clandestino de la seda parecía haber

cesado? ¿Esperaría la dulce Umara un hijo de aquel amante que parecía tan enamorado de ella? ¿Concedería finalmente Pureza del Vacío su absolución a Cinco Prohibiciones y lo relevaría de sus votos de monje? Y si fuera así, ¿sería, como soñaba Wuzhao, gracias a ella?

Todas aquellas preguntas se apelotonaban en su cabeza y la arrastraban a su propio terreno: el de su particular destino.

¿Qué le reservaba el porvenir?

¿Conseguiría sus objetivos?

No lo sabía nadie, salvo quizá aquellas piedras sumergidas a pocos pasos de allí en el limo del Lë… aquellas piedras divinas de superficie rugosa en las que ella ya no dudaba que estuviera escrito su porvenir… aquellas piedras que la esperaban allí desde tiempo inmemorial.

La vocecita de Joya arrancó a la emperatriz de sus ensueños.

—¡Quiero ir al agua, tía Wu! —repetía la niña dándole unos golpecitos en la espalda con la mano.

—¡Oh, sí! ¡Ir agua! ¡Ir agua! ¡Tía Wu, ir agua! —exclamó en seguida Loto, que había alcanzado a su hermana.

—¡El agua está fría, niños! Y si os mojáis, no tengo ropa para cambiaros —respondió, firmemente decidida a no dejar que Joya se acercara al Lë.

—¡Ir agua! ¡Ir agua! ¡Tía Wu, ir agua! —gritaron a coro los dos niños suplicando a la emperatriz que accediera a su petición.

Había que verlos agarrándola por el cuello, cubriéndola de besos como si fuera su propia madre, convencidos de que, a fuerza de insistir, acabaría por ceder.

Pero la emperatriz no estaba dispuesta a dejarse doblegar. Para distraer su atención, les propuso que comiesen una de las deliciosas tartas de harina de arroz y miel preparadas por el repostero jefe de las cocinas imperiales.

Pero los Gemelos Celestiales, soliviantados como pulgas y excitados ante la simple idea de mojarse las manos en aquellas aguas revueltas cuya dulce música oían por vez primera en su vida, se negaron a catar aquellas exquisiteces sobre las cuales de ordinario se abalanzaban golosamente.

—¡Ir agua! ¡Ir agua! ¡Tía Wu! ¡Agua bonita!

La súplica de los niños se hacía más acuciante, hasta aporrear, llenos de rabia, los árboles con los puños, por lo que Wuzhao vio que no tardaría en llegar el momento en que romperían en sollozos.

Wuzhao no quería ver llorar a los Gemelos Celestiales como si fueran niños corrientes a los que la nodriza niega un favor. Lo que ella más quería era halagarlos.

¡Veneraba tanto a aquella encantadora Joya cuyos hermosos y brillantes ojos, a punto ahora de llenarse de lágrimas, la tenían arrobada!

Por eso cedió a la conminación.

—¡Pero no debéis soltaros! ¿Está claro? —objetó levantándose del banco donde estaba sentada.

Conscientes de la victoria que acababan de conseguir, los dos niños lanzaron gritos de alegría y se lanzaron al cuello de la emperatriz, totalmente incapaz de resistirse al encanto de los Gemelos.

—Mudo, guarda la comida en la cesta para que los pájaros no den cuenta de ella. Los Gemelos Celestiales apenas la han tocado y tendrán hambre cuando volvamos del río —ordenó al gigante turco-mongol, que seguía enfurruñado, sentado a la sombra de un serbal, entreteniéndose en pulir una rama con su navaja.

—Así lo haré, Majestad —murmuró, en la jerga que sólo ella comprendía, el antiguo prisionero de guerra con la lengua cortada.

Seguidamente Wuzhao cogió a cada niño con mano firme para impedir que se escaparan y se dirigió lentamente a la orilla del Lë.

En el curso de la semana anterior habían caído en la región de Luoyang intensas lluvias de verano que habían provocado la crecida del río. Sus aguas verdosas arrastraban troncos de árboles y hasta cuerpos de animales muertos que la crecida debió de sorprender aguas arriba de la capital de verano. La alfombra ondulante que desfilaba ante los ojos de Wuzhao y de los Gemelos Celestiales hacía que el río pareciera el cuerpo de un dragón inmenso que bajara desde la montaña a la llanura y desplegara sus escamas para reptar.

Era la primera vez que los Gemelos Celestiales contemplaban aguas tan bravas y tumultuosas, con la superficie irisada por mil gotitas convertidas de pronto en vapor bajo los efectos dispersores de los rayos de sol.

—¡Yo caminar allí! ¡Yo caminar por gran alfombra! —exclamó la niña, fascinada por el elemento líquido desbocado a toda velocidad.

—¡Eso no, cariño! ¡Eso no es una alfombra! ¡Eso es agua! Si te caes dentro, te ahogas —exclamó la emperatriz, un tanto inquieta.

Si el ímpetu de la corriente hacía improbable la formación del menor reflejo en la superficie del río que permitiera a Joya observar su rostro, por otra parte no ofrecería posibilidad de salvación al imprudente que cayera en ella.

Pero Joya, fascinada por la líquida alfombra, estaba emperrada y tiraba con fuerza de la mano de la emperatriz. Loto, menos temerario que su hermana y aterrado por el extraño mugido de las aguas verdosas, acabó por arrojarse al suelo para no acercarse al elemento desconocido, que no lo atraía ni de lejos.

—¡Yo ir allí! ¡Yo ir allí! —gritaba la niña señalando con el dedo los sauces llorones alineados en la orilla opuesta, mientras su hermano, agazapado en la hierba, esperaba obediente a que Wuzhao lo cogiera en brazos.

Sin saber a cuál de los dos atender, la emperatriz, al tratar de levantar a Loto, soltó a Joya.

Y cuando echó a correr enloquecida detrás de la niña gritándole que se parara, ya era demasiado tarde: una avalancha de agua, junto con un grito penetrante, le indicaron que acababa de producirse el hecho irreparable. Joya, la Gemela Celestial de rostro inaudito, la niña que engendrara la monja tibetana Manakunda al mismo tiempo que a su hermano, la pequeña que Cinco Prohibiciones y el ma-ni-pa habían transportado a través del Tíbet y China, acababa de ser engullida ante los ojos de la emperatriz de China por las escamas de aquel Gran Dragón que bajaba de la montaña a la llanura…

Alcanzada por el Mudo, que lo había visto todo, Wuzhao, jadeante, se detuvo en la orilla de la alfombra verdosa de reflejos plateados que, vista de cerca, desfilaba a alucinante velocidad. Ante la mirada desesperada de su dueña, cuyos ojos color esmeralda hacía aún más grandes el horror que la poseía, el gigante turco-mongol, sin concederse siquiera tiempo para quitarse la ropa, se arrojó a las aguas tumultuosas e, impulsándose con un

golpe enérgico de los pies, desapareció de la superficie y se lanzó a explorar el lecho del río.

Los instantes que transcurrieron se convirtieron en siglos para la emperatriz de China, que, despavorida, apretaba a Loto entre sus brazos hasta casi ahogarlo. Su hermosa mirada afligida, tan diferente de la que era habitual en la implacable soberana, estaba clavada con desesperación en la zona donde el Mudo acababa de tener la valentía de lanzarse al agua.

—¡Oh, Bienaventurado, concede a esa niña la gracia de la vida! ¡Que no vaya tan pronto a tu lado!

—¡Todavía no se ha terminado su tiempo aquí abajo! —murmuró al borde de las lágrimas.

Wuzhao rezaba en voz alta y con todas sus fuerzas con los ojos entrecerrados y las manos juntas, pese a no soltar a Loto, al que seguía apretando contra ella, expresando así su furioso deseo de ver reaparecer al gigante chorreando agua y emergiendo del limo, como una grandiosa estatua de bronce, con la niña sana y salva en sus poderosos y tatuados brazos.

¡Tenía tanta necesidad de Joya!, le gritaba al viento, a los árboles, al sol y hasta a aquel maldito río.

Por eso invocaba a Buda y también, por precaución, a los diferentes *Avalokitesvaras*[3] más accesibles a los hombres y también más atentos a sus desgracias debido a que, camino del nirvana, tenían siempre un pie en la condición humana.

Así pues, para empezar imploró a *Guanyin*[4], la de los *Mil Brazos Compasivos*[5]. ¿Acaso no disponía de suficientes manos para sacar a la niña del seno del limo? Le tocó después el turno a *Guanyin*, el que asía la «cuerda infalible» que unía los hombres al Gran Ser, el que era capaz de conceder todo cuanto desearan los seres humanos con la condición siempre de que fuera algo justo. Llegó incluso a sondear a *Guanyin* el Agua-Luna, que permitía que los devotos meditasen sobre el concepto de reflejo de la luna en el agua, testimonio de la irrealidad sobre la que los hombres a menudo se engañaban.

Suplicó después a *Maitreyai*, el Buda Futuro, que reinaba en el cielo de *Tusita*, y a su compañero *Manjusri*, montado en un león, y hasta a *Puxian*,

conocido por su «Sapiencia» y sobre todo por su «Bondad Universal», sólo invocado por los devotos particularmente instruidos debido al carácter esotérico de sus enseñanzas.

Enloquecida, pasó revista a todos y llegó a invocar incluso al Panteón de los Mil Budas hasta que de pronto, con un nudo en la garganta de tanto recitar *mantras*[6] e invocaciones, contempló por fin lo que tan ardientemente deseaba ver.

De las aguas color de jade, veteadas de líneas cobrizas, el Mudo, que salió con el cráneo curiosamente recubierto por una envoltura de algas a modo de larga cabellera, acababa de surgir como una aparición divina que sostenía, apretado contra el pecho, el cuerpo inerte de la niña.

El factótum gigante, al borde del síncope, había recuperado a Joya.

La emperatriz de China no tuvo ocasión de plantearse mucho tiempo la pregunta atroz de si Joya estaba muerta o viva: los alaridos de la niña, así que recuperó el aliento y estalló en sollozos, fueron el regalo más hermoso que podía ofrecer a Wuzhao.

Profundamente agradecida a las divinidades que habían escuchado sus oraciones, la emperatriz de China se precipitó sobre la niña para cubrirla de besos y en aquel momento tuvo ocasión de observar que el curioso nevo que cubría su rostro era ahora mucho menos rojo que habitualmente gracias a las virtudes descongestionantes de las frías aguas fluviales.

—¡Ay, cariño, me has dado el susto de mi vida! Menos mal que hay muchos Budas que velan por ti… —murmuró mientras restregaba a Joya de pies a cabeza tras haberla desnudado para poderla secar.

—¡Miedo agua! ¡Miedo agua! ¡Agua mala! —gritaba Loto acariciando los brazos de su hermana, contra cuyo cuerpo apretaba el suyo.

—¡Tía Wu, prometo! ¡Nunca más caminaré en agua! ¡Agua no es alfombra! —murmuró la niña en tanto Wuzhao, después de envolverla en un cobertor de muletón de seda, la mecía como hacen las madres.

Sin perder un instante más, Wuzhao hizo al gigante turco-mongol la pregunta que ya le quemaba los labios.

—Dime una cosa, Mudo, ¿te has fijado si, en el punto dónde te has zambullido para recuperar a Joya, había rocas?

Con respiración jadeante, aguardó su respuesta.

—¡Sí, Majestad!

—¿Te has fijado si en ellas había palabras escritas? —le espetó, batiendo palmas muy excitada.

—Majestad, el limo enturbiaba el agua y yo sólo buscaba a la niña… —respondió el Mudo en su lenguaje peculiar.

Sirviéndose una vez más de sus encantos con el gigante, cuyos puntos flacos conocía muy bien, le dirigió una mirada elocuente antes de rozarle los labios, que respondieron estremeciéndose bajo sus largos bigotes caídos.

—Me gustaría que te volvieras a zambullir en el sitio donde se encuentran esas piedras de que te hablo. En ellas están grabados unos escritos que podrían resultar muy importantes para nuestros intereses… ¡No sé si comprendes lo que te quiero decir! —le musitó la emperatriz al oído.

Con gran astucia, había utilizado la palabra «nuestros» para hacer creer al Mudo que él formaba parte integrante de los proyectos privados de la emperatriz.

—Comprendo, Majestad. Vuestros deseos son órdenes para mí —repuso con presteza el gigante tatuado, inmensamente feliz de contentar a su dueña, antes de precipitarse hacia la orilla y, desde allí, lanzarse majestuosamente a las aguas glaucas del Lë con intención de inspeccionar la superficie de las rocas míticas.

Al salir, después de asomar la cabeza un mínimo de diez veces a la superficie, Wuzhao vio en su mirada contrariada que algo había fallado.

—Majestad, hay ocho piedras cúbicas talladas por mano humana. Pero no tienen nada escrito. De todos modos, para mayor seguridad, habría que sacar las piedras del agua… —suspiró algo contrariado y sin resuello.

—Sin duda tienes razón. ¿Qué tamaño tienen exactamente?

—Son enormes. A duras penas he conseguido mover una después de mucho apuntalarme en ella —se lamentó.

—Tía Wu, quiero dulces. Dulces muy buenos —se dejó oír la vocecita de Joya, en quien la emoción que había seguido a su baño forzado había despertado el apetito.

Wuzhao se apresuró a distribuir a los Gemelos Celestiales los bollos y golosinas de la merienda.

Se quedó contemplando, pensativa, las tumultuosas aguas del Lë, que continuaban arrastrando su carga de animales, troncos y árboles arrancados de raíz de la orilla por la violencia de la crecida.

Bajo aquel elemento líquido, espeso como un puré de verduras, dormían apaciblemente las ocho rocas que eran, en potencia, sus mejores aliadas… siempre que le fueran accesibles.

Wuzhao sabía que era absolutamente necesario conseguir que aquellas piedras cúbicas, agazapadas en el fondo del limo, pudieran hablar. Si continuaban donde estaban, seguirían mudas y, por tanto, serían inútiles.

Sumida en un abismo de perplejidad, ya se disponía a ordenar al Mudo que recogiera los restos de la merienda de los Gemelos Celestiales y los guardara en la cesta de mimbre cuando notó una presencia detrás de ella.

Se volvió con viveza.

Era Pureza del Vacío y venía a su encuentro.

—Joya ha caído en el agua. Por suerte, el Mudo ha conseguido sacarla. Ha sido más el susto que el daño —se apresuró a explicarle, todavía bajo los efectos de la emoción, así que lo vio aparecer.

—Espero que la niña no haya visto su reflejo en el agua —dijo el gran maestro de Dhyâna observando a los Gemelos Celestiales, que jugaban en la hierba con unas mariquitas haciéndolas subir por unas ramitas.

El gran *mahayanista*[7] tenía la misma obsesión que Wuzhao y por nada en el mundo habría querido que la pequeña Joya descubriera demasiado pronto el curioso regalo con que la había obsequiado la naturaleza.

—¡No, por fortuna! Se ha acercado a la orilla y ni siquiera le ha dado tiempo a asomarse cuando ha caído en el agua fangosa. Está bien lo que bien termina —añadió.

—¡El Bienaventurado en persona vela por los Gemelos Celestiales! —murmuró entonces el Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales antes de dejar que el Mudo se fuera con los niños.

—¡Así es, maestro Pureza del Vacío!

La emperatriz encontró extraña aquella visita inesperada, ya que Pureza del Vacío tenía por costumbre hacerse anunciar, si bien no tuvo que esperar mucho tiempo para enterarse del motivo de la aparición del gran maestro de Dhyâna.

—Vuestra Majestad, quisiera haceros una pregunta. ¿Qué clase de mujer era esta Umara, la hija del obispo nestoriano de Dunhuang, de la que mi antiguo ayudante Cinco Prohibiciones se ha enamorado tan perdidamente que ha llegado a renegar de sus votos? —le preguntó a bocajarro, aprovechando que se encontraban uno al lado del otro, mucho más atrás que los niños a los que conducía el factótum de la lengua cortada.

El corazón de la pobre Wuzhao se puso a palpitar desordenadamente.

Además del trastorno que le había provocado la caída de la niña en el río, sabía que las palabras del Superior *mahayanista* eran una entrada en materia que tenía por objeto recordarle su promesa de proporcionarle seda para la fabricación de los pendones votivos.

—Que yo sepa, Umara es una jovencita encantadora y con muy buen carácter. Pero ¿por qué me lo preguntáis? —dijo, alarmada, fingiendo que le sorprendía aquella pregunta hecha de manera tan directa, lo que no entraba en las costumbres de Pureza del Vacío.

—Parece que uno de mis colegas la sorprendió robando unas santas reliquias en el escondrijo de libros de su convento…

—No me parece el estilo de Umara, cuyo comportamiento conmigo ha sido siempre irreprochable.

—¿Estáis seguro de que vuestro cofrade se refería a la misma persona? —inquirió la emperatriz, que no había creído ni una sola de aquellas palabras.

—¡Addai Aggai, el obispo nestoriano de Dunhuang, no tiene dos hijas con el mismo nombre! Y mi colega tampoco pertenece al grupo de los que ven visiones. Pues bien, él me aseguró que la había visto con sus propios ojos revolviendo el escondrijo de libros del monasterio de la Salvación y de la Compasión, ya que de este convento se trata —explicó el Superior, a quien las dudas manifestadas por Wuzhao habían tocado en lo más vivo.

—Tal vez descubriera por casualidad ese escondrijo o la sorprendieran mientras desenrollaba uno o dos de los manuscritos que allí se guardan. En las entrañas de las montañas donde están excavados los monasterios trogloditas abundan las cuevas llenas de libros. En la Ruta de la Seda no hay convento que no cuente con ese tipo de escondrijos. En lo tocante a

apoderarse de reliquias, considero que hay que excluir totalmente de la conducta de esa muchacha un gesto de ese tipo.

—Y sin embargo se trata de un hecho cierto.

—¿A qué reliquias os referís? —preguntó Wuzhao, que no disimulaba su irritación.

—Majestad, no se trata de reliquias de segunda categoría. Centro de Gravedad, que es el nombre del Superior, me aseguró que ella había robado la santísima reliquia de los Ojos de Buda conservada en el muy venerable monasterio de Peshawar, la ciudad india del santo relicario del muy piadoso rey Kaniska.

—Maestro Pureza del Vacío, hay que desconfiar de los chismes, especialmente si se hacen planear sobre cabeza ajena —le replicó en tono tajante Wuzhao.

Le parecía imposible que Umara, de la que se sentía cómplice, le hubiera ocultado aquella acción.

—Jamás me permitiría hacer caso de esas acusaciones si las considerara infundadas. Majestad, sé de qué hablo —replicó Pureza del Vacío sin alterarse en lo más mínimo.

Ante tal aplomo, la emperatriz no pudo por menos de considerar necesario un tiempo de espera.

Sumida en profundas cavilaciones, observó a los Gemelos Celestiales, que correteaban por el césped del Parque de las Peonías Arborescentes, donde acababan de entrar junto con el Mudo.

La firmeza de Pureza del Vacío la había impresionado: era imposible que al jefe espiritual del *Mahâyâna* chino le diese por mentir y, si se había desplazado expresamente al Palacio de Verano para hablar de aquel asunto, era porque se trataba de algo serio.

Y entonces, poco a poco, como el veneno instilado en el brebaje de la víctima, la duda se insinuó en su ánimo.

—¿Cómo se encontraba una reliquia tan importante en un monasterio del Gran Vehículo de Dunhuang? —preguntó finalmente.

—Majestad, he aquí el enigma principal que me gustaría resolver…

—En tal caso, ¿no habría que plantear la pregunta a la interesada? Enviad un emisario a Samyé.

—Después de todo, ya lo hicisteis en el caso de Cinco Prohibiciones —replicó la emperatriz con sequedad.

—Majestad, si mi monasterio pudiese exponer esa santa reliquia de los Ojos de Buda, supondría un gran beneficio… Incluso podría convertirse en triunfo decisivo para nuestros proyectos comunes.

—Me refiero a los del Gran Vehículo, pero sobre todo a los vuestros, Majestad… —repuso Pureza del Vacío, quien se guardó muy bien de responder directamente a las palabras de la emperatriz.

Conociendo la manera de ser de Wuzhao, se había situado en el único terreno adecuado y, por el cambio de expresión de la soberana, donde la curiosidad había sustituido a la desconfianza, comprendió que había dado en el blanco.

—¿A qué proyecto común os referís?

—Estoy hablando de vuestra gloriosa carrera al frente de la China. Todo lo que refuerce al Gran Vehículo servirá para favoreceros. ¿No he sido siempre claro en relación con este punto, Majestad?

—Si he entendido bien, lo que estáis insinuando es que así sería en el caso hipotético de que vuestro monasterio se convirtiese en propietario de las reliquias de los Ojos de Buda, ¿no es así?

—No exactamente en «propietario» en el sentido absoluto del término, Majestad, ya que se trata de una reliquia del Pequeño Vehículo que, llegado el momento, tendrá que volver a Peshawar, donde se construyó expresamente para ella la alta y venerable torre de Kaniska. Ser el depositario, en cambio, me interesaría enormemente… Hablo, por supuesto, en nombre de mi Iglesia… —repuso en tono confidencial Pureza del Vacío.

—Estoy empezando a entender la intención de vuestras palabras —murmuró Wuzhao, pensativa de pronto.

La sugerencia que Pureza del Vacío acababa de hacer a la emperatriz le abría horizontes insospechados.

—¿Por qué me favorecéis de ese modo si me es imposible proporcionaros los banderines de seda que os he prometido en repetidas ocasiones? —añadió ella, sinceramente abrumada.

—Todo el mundo sabe que la penuria de seda sigue existiendo, Majestad. Y en cuanto al convento que tengo el honor de dirigir, los Ojos de

Buda son una apuesta mucho más importante que unos simples pendones —se apresuró a responder Pureza del Vacío, decidido a aprovecharse al máximo de su situación ventajosa.

—Comprendo muy bien que el hecho de disponer de los Ojos de Buda podría reportar mucho dinero al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

—¿Estaríais dispuesta a ayudarme dadas las condiciones, Majestad?

Wuzhao reflexionó un momento antes de volver a hablar, como si pensara en voz alta delante del gran maestro de Dhyâna.

—Habría que hacer lo posible para que regresaran Cinco Prohibiciones y Umara. Para mí es posible, sobre todo si es a Luoyang, siempre que contribuyáis a alojarlos. Allí, en el país de Bod, corren menos riesgo que aquí, donde los agentes del *Gran Censorado*[8] siguen rondando a mi alrededor, al acecho del menor de mis gestos, convencidos de que tarde o temprano haré volver a mi lado a aquella joven pareja que consiguió escapárseles —murmuró igual que una niña cogida en falta.

—Reconoced, Majestad, que no andan equivocados del todo. Teniendo en cuenta, además, que vos no habéis dudado en darles cobijo de incógnito nada menos que en el mismo palacio imperial de Chang An —exclamó en tono jovial el *mahayanista*, decidido a halagarla para metérsela definitivamente en el bolsillo.

—Así es, lo que por otra parte no os he ocultado en ningún momento. Y debéis saber también que no lo lamento en absoluto, porque esos jóvenes merecían de sobra mi apoyo. Si supierais lo amables que fueron conmigo… —exclamó con una triste sonrisa Wuzhao, a quien la evocación de aquel periodo ponía siempre nostálgica.

—No será necesario buscar a Umara en Samyé, Majestad, puesto que la muchacha se encuentra actualmente a pocos pasos de aquí. Está en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales —anunció Pureza del Vacío mirándola directamente a los ojos de manera un tanto teatral y seguro del efecto que producía.

Faltó poco para que Wuzhao, al oír aquellas palabras, cayera de espaldas.

—¿Está con ella Cinco Prohibiciones? —preguntó la emperatriz, anonadada ante aquella confidencia.

—No, mi antiguo ayudante no está con ella. De hecho, no sé dónde se encuentra —confesó el gran maestro de Dhyâna.

—¡De modo que Umara está separada de su amante! Pues es una triste noticia. Esos jóvenes no se lo merecían. Son como la pareja de pájaros *Biyiniao*[9], que sólo pueden volar emparejados porque no tienen más que un ala —dijo la emperatriz.

—Ya sabéis qué pienso al respecto. Ese monje está en pecado mortal y se precipita directamente al Avici. De quien se trata ahora es de Umara, no de Cinco Prohibiciones, Majestad.

El Superior de Luoyang jamás se había permitido entregarse a tal violencia verbal en presencia de la emperatriz de China.

—Pues yo no me imagino a uno sin el otro —replicó ella.

—Si Umara se dignase cooperar un poco más, vos y yo podríamos hacernos con los Ojos de Buda.

Wuzhao decidió por fin plantearle la pregunta clave.

—Maestro Pureza del Vacío, no entiendo muy bien adónde queréis ir a parar. ¿Sois mi amigo o mi enemigo? —estalló, furiosa, al comprobar que el Superior de Luoyang no se desviaba un ápice y deseosa de cortar por lo sano sus maniobras.

—¿Es que mi presencia a vuestro lado no revela mi indefectible apoyo? —protestó el *mahayanista*.

—¡Sed más explícito! ¿Qué pretendéis, exactamente?

—Majestad, si me ayudáis a interrogar a Umara sobre la suerte de los Ojos de Buda, es indudable que la lengua de esta muchacha se desatará como por ensalmo. Seguro que ella os confiará más fácilmente a vos que a mí lo más hondo de sus pensamientos. Pese a las graves sospechas que pesan sobre su buena fe, se niega obstinadamente a explicarse…

—Maestro Pureza del Vacío, tanto vuestras palabras como vuestra actitud son inaceptables. Umara es una joven de bien. No es ninguna ladrona de reliquias. En cuanto al juego de los interrogatorios, conmigo no tenéis nada que hacer.

La expresión descompuesta y la mirada de incredulidad de la emperatriz de China revelaban claramente el profundo disgusto que sentía. Ella, que odiaba tanto engañar como ser engañada, se sentía ofendida por la desfachatez de Pureza del Vacío, cuya hipocresía y capacidad manipuladora estimaba ahora en su justo valor.

—Aquí hay un malentendido. Había creído obrar bien acudiendo a vos para hablar de ese tema —replicó el Superior *mahayanista*, ofendido, antes de eclipsarse, mientras Wuzhao rompía con rabia una ramita que acababa de desprenderse de un árbol.

Para calmar el desasosiego en que la habían sumido las palabras del Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, la soberana se precipitó hacia Joya y Loto, deseosa de estrecharlos contra su corazón, pero ya no estaban.

La silla en la que un novicio transportaba a los niños acababa de desaparecer de delante de la puerta del Palacio de Verano, seguida por la alta figura del gran maestro de Dhyâna.

Como siempre, en los momentos difíciles, Wuzhao se encontraba sola frente a su destino.

A la hora del crepúsculo, sentada en un elegante banco de piedra bajo el quiosco de mármol al que había dado orden de que acudieran cantantes y danzarinas, tuvo ocasión de comprobar que la música no conseguía hacerle olvidar los acontecimientos ocurridos durante aquella jornada, desde la desaparición de Joya en el agua del río Lë y la existencia de ocho rocas inamovibles en el lecho del mismo hasta la increíble noticia que le había dado Pureza del Vacío sobre que tenía secuestrada a Umara.

Ni siquiera había tenido arrestos suficientes para ir a ver a la nodriza que atendía a su último hijo, el pequeño Lixian, al que prestaba menos atención que a los Gemelos Celestiales, como si la intuición le dijera que su descendencia la decepcionaría y no le sería de gran ayuda en la realización de sus proyectos y, lo que era peor, que sus hijos contribuirían poco o mucho a obstaculizarlos, hasta el punto de obligarla a apartarlos de su camino con gesto despiadado…

XXXIX

OASIS DE TURFAN, TALLER CLANDESTINO DE LOS MANIQUEOS

Bravo, Punta de Luz! Compruebo con placer que no tardarás mucho tiempo en volver a levantar lo que derribaron tan alegremente los *tujüe*[10]. La actividad maniquea del hilado de la seda está a punto de ponerse de nuevo en marcha…

El cumplido procedía del monje budista Puñal de la Ley, que contemplaba con mirada codiciosa el retal de seda verde que Punta de Luz acababa de tenderle con orgullo.

El tejido de brocado relucía al sol como el agua de un lago gracias a la utilización oportuna, en el telar, de una lanzadera suplementaria provista de hilo de plata.

—De momento, no se ha puesto en contacto con nosotros ni uno solo de esos *tujüe* para hacerse con el más mínimo corte de nuestra seda —respondió el *kucheano* con rostro cariacontecido.

—¡Un poco de paciencia! En cuanto tu producción adquiera un ritmo regular, el boca a oreja se encargará de propagar la noticia a lo largo de la Ruta de la Seda. Puedes creerme si te digo que es el mejor procedimiento para que una información llegue indefectiblemente a su destinatario… —concluyó el monje de Peshawar.

Puñal de la Ley aludía al argumento decisivo del que se había servido para convencer a Punta de Luz, el joven *kucheano* de religión maniquea, de que se quedase en Turfan en lugar de lanzarse como un loco en persecución

de su Luna de Jade, sin grandes probabilidades de darle alcance debido a la celeridad con que se desplazaban las cuadrillas de bandidos en sus corceles, rápidos como saetas.

De hecho, el monje de Peshawar no había tenido grandes dificultades para disuadirlo de que corriera a la ventura en pos de un destino del que apenas conocía el nombre.

A pesar de que el capitán de los raptores de Luna de Jade hubiera proclamado, tras el secuestro de la joven, que iba a trasladarse a «Bagdad, a orillas del río Tigris», Punta de Luz no habría sabido afirmar si se trataba o no de una baladronada.

Apurando sus conocimientos de geografía, había llegado a la conclusión de que Bagdad se encontraba en el otro extremo del mundo, a pesar de que dicha ciudad estaba situada antes de Palmira y mucho más acá del término occidental de la Ruta de la Seda, que terminaba —según le habían enseñado en la escuela— en el puerto de Beirut.

Así pues, al joven maniqueo le había parecido más prudente tomar en consideración la perspectiva que el monje de Peshawar le había sugerido, que consistía en rescatar a Luna de Jade del poder de los *tujüe* a cambio del peso en seda de la muchacha.

Se trataba de transacciones entonces muy habituales entre los Tang y los *tujüe*, gracias a las cuales se hacía el intercambio de rehenes.

La amabilidad de los dos monjes del Pequeño Vehículo había acabado por convencer al esposo de Luna de Jade de que era, en efecto, más prudente no salir de Turfan, donde había dedicado lo mejor de sí mismo y, por la cuenta que le traía, volver a poner en marcha la producción de la seda.

—¡Un poco de paciencia! ¡Estoy seguro de que esos facinerosos acabarán por venir aquí! ¡El Bienaventurado vela por ti! —no cesaba de repetirle el primer acólito de Peshawar cuando, en el rostro del inconsolable esposo de Luna de Jade, observó los signos precursores del desánimo.

Aquel final de tarde, en el invernadero de las moreras de Turfan, cuidadosamente restaurado después del saqueo y plantadas otra vez en jarras nuevas las moreras dañadas, eran cinco las personas que estaban enzarzadas en conversación —el ma-ni-pa, Punta de Luz el maniqueo,

Puñal de la Ley, Santa Vía de los Ocho Miembros y Cinco Prohibiciones—mientras degustaban zumo de albaricoque. El antiguo monje *mahayanista* Cinco Prohibiciones lo servía de una jarra en la que había machacado algunos frutos maduros ofrecidos por el propietario de un vergel y añadía después menta fresca al zumo. Tumbada a sus pies, la perra Lapika, amodorrada por el calor, no se movía ni una pulgada.

Era particularmente agradable poder descansar, en pleno verano, a la sombra de las hojas dentadas y relucientes de las moreras y más en aquel momento de la jornada en que el calor empezaba a mermar un poco en el invernadero de la Iglesia de la Luz.

Esto permitía que todos pudiesen comprobar que la calidad del hilado y tejido de la seda progresaba de día en día gracias a los buenos oficios y a la tenacidad de Punta de Luz.

—Sin ser un experto, creo que la calidad de este brocado de seda verde alcanza el nivel de las cumbres del país de Bod. La primera sorprendida, cuando el ma-ni-pa le lleve el primer retal de seda, será la emperatriz Wuzhao —exclamó, entusiasmado, Cinco Prohibiciones pasando a Punta de Luz el trozo de tela que había sometido a su examen.

Con sus estanterías repletas de capullos, cuidadosamente prendidos de ramas secas de brezo, el invernadero con sus macetas de moreras era el corazón de la fábrica clandestina de seda que ahora, gracias a una veintena de turfaneses que Punta de Luz dirigía como un verdadero ejército, funcionaba a pleno rendimiento.

Los tres telares sabiamente manipulados por el persa Azzia Mogul, rústicos pero flamantes, emitían un repiqueteo de la mañana a la noche. Instalados en un edificio adyacente cuya construcción acababa de terminarse, iban escupiendo una seda de día en día más tupida, más suave al tacto y más tornasolada a la vista.

Sin duda no era aún aquel moaré deslumbrante que salía del Templo del Hilo Infinito de Chang An, pero sí un brocado de alta calidad, susceptible de ser comercializado en China central sin el menor problema.

—¡Sabes muy bien lo que te traes entre manos! —bromeó el maniqueo—. ¿Acaso no somos los dos unos monjes-soldados de la seda que hicieron

el voto del hilado y el tejido? No ha de sorprender a nadie, pues, que dadas las condiciones obtengamos tan buenos resultados.

—Puedo asegurarte, como observador, ¡oh, Punta de Luz!, que muy pronto vuestra seda será digna de los tejidos chinos más hermosos —añadió en tono amable Puñal de la Ley.

—No puedo hacer más que suscribir las palabras de Puñal de la Ley —intervino Santa Vía de los Ocho Miembros, que tenía la costumbre de confirmar todo cuanto decía su compañero.

—Si Cargamento de Quietud logra convencer a Wuzhao de que nos envíe un ingeniero chino capaz de instalarnos un telar para tejer moaré, habremos ganado la partida —concluyó Punta de Luz.

En efecto, tres meses antes, el Gran Perfecto de la Iglesia de la Luz de Turfan había partido hacia Chang An. A pesar del saqueo del invernadero por obra de los *tujüe* y de su posterior reinstalación gracias a Punta de Luz, a quien había decidido conceder absoluta confianza, el Gran Perfecto había proseguido su viaje, confortado por el decreto imperial que autorizaba expresamente el maniqueísmo en China Central.

—En cuanto al teñido, a quien hay que felicitar es a Cinco Prohibiciones —replicó el joven maniqueo—. Mezcla tan bien los colores como los maestros coloristas del Templo del Hilo Infinito de Chang An. Sin él, no habríamos salido nunca de aquellos tonos indefinidos que no había forma de abandonar…

Era un hecho que, para ahogar la angustia y la tristeza en que los había sumido la desaparición de sus respectivas esposas, el budista y el maniqueo se habían concentrado en el hilado de la seda, que ahora ocupaba la mayor parte de su tiempo.

Uno y otro consagraban horas enteras a la supervisión de las operaciones necesarias para la transformación del hilo bruto, salido del capullo y devanado, en un tejido suave cuyo reflejo tornasolado procuraba a la mirada un inigualable placer y a las manos que lo tocaban por vez primera una suavidad que sorprendía siempre.

La seda les hacía olvidar sus desgracias personales y les permitía pensar en algo que no fueran sus mujeres desaparecidas…

Hacía seis meses ya que Cinco Prohibiciones había llegado, tras conseguir arrancarse *in extremis* de los brazos lascivos, manos expertas y sobre todo lengua ardorosa de la hermosa Yarpa, la joven sacerdotisa *bonpo*[11].

Le había costado lo suyo.

Entre el momento en que decidió partir y aquél en que lo consiguió por fin, habían transcurrido unas cuantas semanas, en el curso de las cuales la bella tibetana había recurrido a todos sus encantos para retenerlo a su lado.

Allí hubo de todo.

Los sortilegios de los que se había servido la mujer habían superado los límites de todas las conveniencias y obligado al pobre Cinco Prohibiciones a posponer cada vez para el día siguiente su irrevocable decisión de partir…

La mujer se reunía todos los días con él en su jergón, completamente desnuda y, con sus gestos precisos y elocuentes posturas, sabía encender en un momento aquel fuego inextinguible que en él no estaba nunca más que adormecido.

Así pues, ofreciéndole sin evasivas ni reticencias la puerta trasera debidamente suavizada con manteca de *yak*[11a] y forzándolo a posar sus manos en la punta dura y estremecida de sus senos, al tiempo que hacía ondear con furia la grupa antes de rendirse a un breve pero fulgurante éxtasis, conseguía siempre que él no quisiese arrancarse de ella.

Y haciendo caso omiso de cualquier asomo de vergüenza, decidía siempre quedarse un día más para consumar un nuevo y postrer abrazo, al tiempo que se juraba que aquél iba a ser el último.

Y al día siguiente se repetía la misma maniobra, más tórrida aún que el día anterior…

Hasta el día en que, finalmente, un acontecimiento hizo que Cinco Prohibiciones comprendiera que, como no se fuera en seguida, terminaría sus días al lado de aquella mujer.

Embrutecido por el placer que le había proporcionado el inefable y último abrazo de Yarpa, sumido en una media somnolencia, tenía los ojos fijos en el techo de troncos que cubría el jergón donde la bella tibetana, tan extenuada como él, estaba dormida en sus brazos.

En aquel momento vio aparecer, orlado por una aureola de deslumbrante claridad, el dulce rostro de Umara.

Su bien amada, cual una apsara, lo miraba sonriente.

Feliz, él la miró a su vez y murmuró:

—¡Umara!

Le pareció ver en sus ojos una sombra de sorpresa, quizá de tristeza o a lo mejor de nostalgia, como si sospechase algo.

Los dedos de Yarpa, que seguía medio dormida, se posaron inadvertidamente en su vientre y volvió a sentir aquel hormigueo que ya anunciaba la erección de su vara de jade.

Levantó de nuevo los ojos al techo.

Pero el rostro de Umara ya se había esfumado.

Aquello le hizo comprender que, como esperara mucho, la perdería para siempre. Ése era, sin duda, el significado de la desaparición del hermoso rostro de ojos bicolores de la hija de Addai Aggai.

Entonces, Cinco Prohibiciones hizo subrepticiamente el esfuerzo de arrancarse de sí mismo, se deslizó fuera de la cama, recogió sus cosas sin hacer ruido y dejó al lado de la tibetana dormida una flor de genciana que fue a coger fuera, en plena noche. Y como un ladrón, el antiguo ayudante de Pureza del Vacío abandonó de puntillas el antro de la sacerdotisa *bonpo* sin volverse, con el corazón en un puño. Le seguía la perra Lapika, feliz de lanzarse de nuevo a las inmensas praderas recorridas por mil arroyos.

Una vez fuera, libre ya de las zarpas de terciopelo de aquella mujer tan hechicera, se puso a caminar empeñado tan sólo en poner un pie delante del otro, convencido de que no existía otra manera de escapar de Yarpa.

La idea de llegar a Turfan y tratar de encontrar allí a Punta de Luz, aquel joven *kucheano* de religión maniquea con quien se había tropezado el año anterior en las inmediaciones de la Puerta de Jade, no lo disgustaba del todo.

Cinco Prohibiciones había empleado algo menos de tres meses y medio en recorrer la ruta entre el pueblo de Yarpa, en pleno Tíbet, y el oasis de la Ruta de la Seda donde se habían establecido los maniqueos.

El adepto de las artes marciales, siempre en plena posesión de sus medios físicos, tenía tanta prisa por llegar que había decidido adoptar el

método infalible utilizado por los soldados de infantería de ciertos regimientos de élite, que consistía en alternar la carrera con la marcha a pie…

Cuando el antiguo monje del Gran Vehículo llegó finalmente a su destino después de interminables jornadas de recorrer aquellas extensiones que, como gigantescos peldaños de escalera, conducían al viajero desde la inhóspita montaña del Techo del Mundo a la risueña corriente de vergeles y viñas surgidas como por milagro en pleno desierto de Turfan, estaba más flaco que un galgo.

Llegado a Turfan, no le costó mucho dar con el invernadero de las moreras, donde encontró a Punta de Luz ocupado en regar sus árboles plantados en macetas.

Así que descubrió el rostro del joven maniqueo, Cinco Prohibiciones se dio cuenta de que algo andaba mal. En cuanto a Punta de Luz, observó lleno de curiosidad la silueta cubierta de andrajos cuyos contornos se recortaban en el vano de la puerta. Como estaba a contraluz, inicialmente no distinguió su rostro, si bien no tardó mucho en reconocer sus ojos oblicuos, su mirada afable y su sonrisa franca.

—¡Pasa, Cinco Prohibiciones! ¡Bienvenido a Turfan! ¡Vaya sorpresa! Alabado sea Mani, que te ha permitido llegar hasta aquí, amigo mío —exclamó apenas lo reconoció.

Supuso para los dos una gran alegría volverse a encontrar después del único encuentro que habían tenido, dos años antes, en los parajes de la Puerta de Jade de la Gran Muralla, donde se juraron que volverían a verse.

—¡Om! ¡Qué sorpresa tan grande, Cinco Prohibiciones! ¿Qué has venido a hacer aquí? ¡Te creía en Chang An con Umara! —exclamó a su vez el ma-ni-pa, que había acudido desde el fondo del invernadero, donde estaba ocupado ordenando por colores los cortes de seda.

—Es una larga historia. Y triste, además. Umara no está, desapareció en Samyé. Desde entonces la he buscado sin resultado… —gimió el amante de ésta antes de deshacerse en llanto.

—¿Qué ocurrió?

—No lo sé. Salí a pasear con Lapika y, cuando volví, Umara ya no estaba.

—¿No será que se fue por propia voluntad? —inquirió Punta de Luz.

—Sé con absoluta certeza que no es así. No sólo estoy convencido de que la secuestraron, sino que incluso tengo una idea concreta con respecto a la identidad del pillo de su secuestrador —gritó Cinco Prohibiciones cerrando los puños.

No cabe duda de que, de haber tenido a Bruma de Polvo a su alcance, lo habría reducido a migajas, tan seguro estaba de que él era el autor de aquel acto funesto.

—Pues yo no estoy en mejor lugar que tú. Unos *tujüe* me raptaron a Luna de Jade hace seis meses y desde entonces no tengo noticias suyas —le comunicó, desesperado, Punta de Luz.

—¿Adónde se la llevaron?

—A Bagdad, junto al río Tigris. Ése, por lo menos, era el punto de destino del que hablaba el que tenía pinta de ser el capitán de aquellos malhechores.

Entonces, como dos amigos abandonados que se encontrasen después de larga separación, cada uno se puso a contar su historia al otro con todo lujo de detalles. Sus miradas estaban veladas por aquella sombra de tristeza de la que no llegaban a librarse desde que habían perdido a sus esposas.

—Estoy sinceramente apenado por ti. El destino nos ha castigado con la misma suerte y en el mismo momento. Ha ocurrido todo como si nuestras vidas fuesen rigurosamente paralelas —comentó el maniqueo al borde de las lágrimas.

—¡Y yo que esperaba poder ver lo feliz que vivías en pareja! No sabes lo que me apena verte de esta manera —añadió Cinco Prohibiciones mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Pero me siento muy feliz de encontrarme junto a ti. En ti encontraré el valor y el consuelo que me han faltado hasta ahora. La compasión del Bienaventurado sigue inundándome con su dulce luz.

—Estoy tan contento como tú. El profeta Mani se ha apiadado de su pobre hijo —replicó gentilmente el joven *kucheano*.

Entonces, sin añadir una palabra más, se dieron un afectuoso abrazo, emocionados y algo desorientados.

Poco después de que Punta de Luz empezase a mostrar las instalaciones a Cinco Prohibiciones, éste tuvo la agradable sorpresa de ver aparecer, en los umbrales del invernadero, la silueta del primer acólito de *Buddhabhadra*[12].

—Tengo el gusto de presentarte a Puñal de la Ley, monje del Pequeño Vehículo, llegado del convento del *Único Dharma* de Peshawar. Él me convenció de que me quedara y de que diera nuevo impulso a la producción de seda después del saqueo de los *tujüe* —explicó Punta de Luz, que se ocupó de las oportunas presentaciones.

Cinco Prohibiciones no aguardó a que el maniqueo terminara la frase para arrojarse en brazos de su antiguo compañero de infortunio, quien había aceptado tan generosamente permanecer a su lado cuando los bandidos parsis lo tenían prisionero junto con el ma-ni-pa y los Gemelos Celestiales.

—¡Pero si no conozco a otro! Puñal de la Ley es un amigo muy querido. En Dunhuang me ayudó a escapar de las garras de los bandidos parsis, que pretendían llevarse a Persia a los Gemelos Celestiales debido a que en aquel país es corriente el casamiento entre hermanos —dijo el *mahayanista*, a quien la presencia de su amigo había llenado de repentina alegría.

—Es un hecho que el Bienaventurado tenía decidido que se cruzaran nuestros caminos. Te presento a mi hermano Santa Vía de los Ocho Miembros, quien me ha acompañado hasta aquí desde Peshawar y no está en tierra desconocida porque es turfanés de nacimiento —exclamó, en el colmo de la sorpresa, el primer acólito de *Buddhabhadra* antes de hacer un ademán a Santa Vía de los Ocho Miembros para que se le acercara.

—Jamás olvidaré que aceptaste abandonar la búsqueda de *Buddhabhadra* para acompañarme. Fuiste mi infatigable compañero en mis días malos… Sólo espero que, después de tanto tiempo, tengas por fin noticias de tu Superior —murmuró Cinco Prohibiciones con voz temblorosa.

—¡Ni la menor noticia! Pero no abandono la empresa. Al fin lo encontraré. Lo único que espero es que su salud sea buena —dijo Puñal de la Ley.

Cinco Prohibiciones, que conocía la funesta suerte de *Buddhabhadra*, no tardó mucho en decidir si debía decir la verdad a su amigo o

escondérsela.

No era cuestión de mentir a Puñal de la Ley y menos aún de darle falsas esperanzas abonando su actitud.

—Por desgracia, hermano mío, *Buddhabhadra* murió. Fue asesinado vilmente por un tal Nube Loca —dijo, con voz preñada de emoción, tras hacer de tripas corazón.

—¡Imposible! —exclamó el monje del Pequeño Vehículo, cuyo rostro se había quedado tan blanco como un capullo de gusano de seda.

—Lo supe por boca del único testigo que asistió a la horrible escena.

—¿De quién se trata? Tengo que ver inmediatamente a esa persona… Tengo necesidad de conocer todos los detalles de lo ocurrido. Pese a que el Bienaventurado recomienda la no violencia y la ausencia de venganza, no puedo admitir que un crimen de esa naturaleza quede impune.

—¡Se trata de Umara! La desgraciada fue testigo de toda la escena.

—¿Umara conoció a *Buddhabhadra* antes de su muerte? —gritó, en tono incrédulo, Puñal de la Ley.

—Sí, y conservaba del hecho un recuerdo lacerante. Espero que un día pueda explicarte de viva voz cómo ocurrió todo… —había respondido Cinco Prohibiciones antes de exponer las circunstancias que habían llevado a la joven hasta aquella pagoda en ruinas de los alrededores de Dunhuang donde Nube Loca había cometido lo irreparable con el Inestimable Superior del *Único Dharma* en el curso de un ritual sanguinario que había terminado en condiciones atroces.

—Acabas de pronunciar un nombre que me dice algo —intervino Punta de Luz al final de la explicación de Cinco Prohibiciones.

—¿También tú viste a *Buddhabhadra*? —lo interpeló Puñal de la Ley.

—Recuerdo que en este mismo lugar me abordó un indio que llevaba ese nombre antes de que yo partiera con rumbo a Chang An… Chocó conmigo cuando yo salía y se hizo una herida en el arco superciliar. Yo mismo le curé la herida.

Aquella escena que, en el momento en que ocurrió, apenas había llamado su atención, volvía ahora a su memoria.

—¿Era un hombre de piel oscura? ¿Llevaba un aro de plata en la oreja izquierda? —añadió, febril, el primer acólito.

—Ahora que lo dices, recuerdo perfectamente que aquel hombre tenía la piel muy oscura, llevaba la cabeza rapada y tenía una oreja perforada.

—¿Qué te dijo? ¿Adónde iba? ¿Qué hacía aquí? —inquirió Puñal de la Ley, cuyo corazón latía ahora de forma descompasada.

¡Cómo se había odiado, en aquel momento, por su actitud demasiado prudente, dictada entre otras cosas por su repugnancia a considerar nuevamente la inexplicable desaparición de *Buddhabhadra*, así como todos los demás interrogantes suscitados por aquel hecho en relación con la lealtad y la integridad del Superior del monasterio del *Único Dharma* de Peshawar!

Y así fue como Puñal de la Ley había omitido hasta entonces —y contra todo lo esperado— citar el nombre de *Buddhabhadra* delante de Punta de Luz.

Pero en el punto en que se encontraba y teniendo en cuenta la terrible noticia que acababa de comunicarle Cinco Prohibiciones, no era momento para el arrepentimiento. Lo único que le importaba era la respuesta a la pregunta acuciante que acababa de plantear al joven maniqueo.

—¡Él quería lo mismo que tú! ¡Seda! Me aseguró que no lo lamentaría en caso de proporcionársela.

—Ésas fueron, en todo caso, sus palabras, antes de que volviera a partir… con aire satisfecho, después de haber visitado a fondo mis instalaciones. Para terminar, me precisó que volvería dentro de poco —explicó el joven maniqueo, aturullado al recordar lo que acudía a su memoria con respecto a aquel encuentro fortuito.

—¿De modo que *Buddhabhadra* quería volver aquí? —insistió el monje Santa Vía de los Ocho Miembros.

—En efecto. Pero, desde entonces, no lo he vuelto a ver. Ahora recuerdo que me hizo jurar que no hablaría con nadie de nuestro encuentro —concluyó Punta de Luz.

—Antes de ser asesinado por Nube Loca, ¿acaso *Buddhabhadra* no habría tratado, como nosotros, de obtener una reliquia santa a cambio de tejido de seda? —preguntó Santa Vía de los Ocho Miembros para llenar el denso silencio que se había instalado entre ellos.

Las palabras del monje turfanés habían llevado a Puñal de la Ley a revelar a Punta de Luz y a Cinco Prohibiciones el intercambio que deseaban proponer al Superior del convento *mahayanista* de Turfan, Favor Atestiguado. Éste retenía la reliquia de la Santa Uña del Bienaventurado, que pensaban obtener a cambio de la seda necesaria para fabricar pendones votivos ante los cuales los monjes practicaban la meditación sentada…

—Ahora comprendo mejor por qué te importa tanto que produzcamos la seda más hermosa posible.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —exclamó el maniqueo experto en seda.

—No me atrevía a exponerte mi proyecto por miedo a parecer presuntuoso y hasta un poco ridículo… —había respondido, algo molesto, el primer acólito.

—Si he entendido bien, entre la emperatriz Wuzhao, Pureza del Vacío y, ahora, Favor Atestiguado, vuestro libro de pedidos está repleto —añadió, complacido, Cinco Prohibiciones, cuyas palabras habían conseguido disolver la densidad del ambiente.

Y la caída del ma-ni-pa al chocar con la maceta de una morera, acompañada de un «¡Om!» sonoro al levantarse para ir a echarse en brazos de Cinco Prohibiciones, incapaz de refrenar por más tiempo su alegría por haber encontrado a su compañero de ruta, acabó de regocijarlos.

Así fue como el invernadero de las moreras de los maniqueos de Turfan se convirtió en lugar de reunión de destinos extraordinarios que unas circunstancias que no lo eran en menor grado habían hecho converger en aquel punto, contribuyendo a crear entre aquellos hombres tan diferentes tanto por la raza como por la religión una solidaridad que no se desmentiría frente a la adversidad.

No era mucho decir, en efecto, que aquellas grandes desgracias que los habían maltratado de forma tan injusta obligándolos a todos y cada uno a abandonar el camino trillado, los había acercado a la manera de unos hermanos de armas unidos por los combates.

¿Qué había, en efecto, en común entre Cinco Prohibiciones, Punta de Luz, Puñal de la Ley, el ma-ni-pa y Santa Vía de los Ocho Miembros como

no fuera que todos estaban allí, en el invernadero de las moreras de Turfan, cuando, en una vida normal, sólo habría debido estar uno de ellos…?

Ahora, como ocurre con los dedos de una misma mano, los cinco hombres trabajaban juntos en aquella fábrica de seda improvisada, totalmente dirigidos hacia el objetivo que se habían asignado: la producción de una seda digna de las mejores manufacturas de China central, una tela de tal calidad que rivalizaría con los cortes reservados para uso exclusivo del emperador del Medio.

Pasados unos meses de estancia en Turfan, Cinco Prohibiciones acabó por convertirse a su vez en experto en seda.

Aprendió el modo de entrecruzar, en el marco de madera apropiado, los hilos de seda, verticalmente para la urdimbre y horizontal-mente para la trama, y sobre todo la manera de montar la urdimbre en el propio telar al objeto de obtener una calidad de tejido particular que pudiera producir, a partir de los mismos hilos, telas de aspecto muy diferente, desde el tafetán a los crespones, cuyos hilos tienen una torsión particular, pasando por las muselinas y los organdíes y satenes, en los que quedaban cubiertos los puntos de cruce de los hilos, sin olvidar naturalmente los shantungs, que seguían siendo patrimonio de los tejedores chinos y eran extraordinariamente difíciles de imitar.

A pesar de la atención sostenida que requería aquel nuevo oficio, el antiguo monje del *Mahâyâna* no llegaba a expulsar de su espíritu la imagen de Yarpa, aunque se esforzaba en pensar lo menos posible en la hermosa tibetana y en la reacción que habría tenido al comprobar que él se había desvanecido dejándole como único recuerdo aquella flor de genciana sobre la almohada.

¿Habría dejado el sol para entrar en la sombra? Cuando le corroía esa duda insidiosa, Cinco Prohibiciones hacía todo lo posible para no sopesar los pros y los contras de sus actos. ¿No eran los pesares lo más destructor para los seres humanos? ¿No era el más inútil de los ejercicios imaginar a qué se parecería su vida de haber optado por algo diferente? ¿No era mucho mejor mirar el porvenir de frente en lugar de entregarse a lamentaciones e hipótesis descabelladas para que el mañana compensara los malos recuerdos que había dejado el ayer?

En todo caso, ésos eran los principios a los que Cinco Prohibiciones intentaba aferrarse para no hundirse en la desesperación.

A menudo, antes de acostarse, se aislaba en compañía de Punta de Luz para hablar de la mujer que amaba. Así se daban mutuamente esperanzas al entregarse a confidencias acerca de sus respectivas esposas, demostrando con ello, si hubiera sido necesario, que seguían enamorados de ellas.

Eran momentos en que removían el mundo y trazaban mil planes encaminados a encontrar a las mujeres de su vida.

En este sentido, no tardaron en ponerse de acuerdo sobre el hecho de que lo mejor era esperar que la calidad de la seda producida en su taller bastase para ofrecerla a la emperatriz Wuzhao. Tenían intención de comparecer ante la soberana y explicarle, con las palabras más conmovedoras posibles, la situación en la que se encontraban.

En efecto, ¿quién mejor situado que ella para ayudarlos a encontrar a Luna de Jade y a Umara?

¿No bastaba con que diese órdenes a su policía secreta para obtener informaciones sobre la suerte de las jóvenes? Distaban mucho de sospechar que Wuzhao, lejos de disponer de los ojos y oídos del Estado, era objeto de estrecha vigilancia por parte del *Gran Censorado* Imperial. Estaban convencidos igualmente de que, en un país policial como la China de los Tang, no había nada que pudiera escapar a su todopoderosa emperatriz.

Según ellos, pues, no era más que una cuestión de meses, sólo el tiempo necesario para alcanzar la perfección requerida para tejer y teñir la seda.

Pero sus locas esperanzas quedaron burladas la mañana en que, poco antes de la llegada de los obreros a la hilandería clandestina, irrumpió en el invernadero una escuadra de hombres armados que vestían el uniforme de la policía china, los cuales revolvieron la larga mesa en la que el ma-ni-pa acababa de dejar, para su examen, la última muestra salida de los telares del taller.

Los ocupantes del invernadero de las moreras tardaron unos momentos en hacerse cargo de que estaban a punto de sobrevenirles serias dificultades.

El hecho no podía presentarse en peor momento, ya que estaban reunidos los cinco y, antes de que tuvieran tiempo de efectuar el menor gesto, ya estaban todos maniatados.

El ma-ni-pa, que intentó desenvainar su puñal ritual *phurbu*[13], fue obsequiado con una soberana bofetada que lo derribó en tierra.

—¿Qué significa todo esto? Hace años que vivo en Turfan y tengo todos los papeles en regla. ¿Con qué derecho habéis entrado aquí? —Punta de Luz fue el primero en protestar con vehemencia.

—Llevamos una orden de detención extendida en debida forma y firmada por el gobernador Hong el Rojo —anunció el que tenía todo el aspecto de ser el jefe de la cuadrilla, al tiempo que ponía ante las narices del maniqueo un papel muy largo cubierto de sellos en el que Cinco Prohibiciones tuvo ocasión de descubrir que se citaban sus cinco nombres…

—Estáis en los locales de la Iglesia de la Luz, que está provista de una autorización legal para actuar en el territorio chino —añadió, ahora muy pálido, el esposo de Luna de Jade.

—Estáis haciendo una actividad prohibida. Hace bastante tiempo que os estamos espiando. Por eso os hemos podido identificar a todos. La denuncia inicial afectaba tan sólo a los individuos Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros —explicó, con alegre semblante, el capitán, cuya sonrisa expuso las pésimas condiciones de su dentadura a pesar de su joven edad.

¡Los habían denunciado!

¿Quién podía ser el autor de semejante felonía?

A juzgar por la rabia perceptible que dejaba traslucir la mirada de Puñal de la Ley, era seguro que el primer acólito del monasterio de Peshawar tenía sus sospechas acerca del punto del que había partido aquel golpe bajo…

Cuando los arrojaron como sacos de harina a los pies del gobernador, un hombre bajo y gordo con el pelo recogido en una trenza grasienta, repantigado en un inmenso sillón de ébano, que masticaba semillas de girasol, Hong el Rojo les declaró sin ambages:

—Estáis detenidos acusados de producción y tejido de seda ilícita. Son actividades prohibidas por las leyes del imperio del Medio. Un monje indio llamado Joya de la Doctrina, que ha venido expresamente para esto desde Peshawar, os ha denunciado.

—¡Menudo cabrón! Sabía que un golpe así tenía que venir de él. Se merece el Avici —exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros.

La intuición de Puñal de la Ley, que ahora se arrepentía de haber desvelado a aquel traidor el motivo y el destino de su periplo, por desgracia había dado en el clavo: su rival, despreciando la regla de la *sangha*[14], se había transformado en delator.

—¡Si aquí hay un culpable, gobernador Hong, soy yo! Que el profeta Mani me transforme ahora mismo en un montón de cenizas si estos hombres han tocado nunca un solo hilo de seda —protestó Punta de Luz refiriéndose a sus amigos, decidido a cargar con todas las culpas para salvar a sus compañeros.

—¡Os han detenido a todos juntos y os trasladarán a todos juntos! —le cortó en tono seco el gobernador.

La captura de aquellos cinco era su único hecho de armas desde hacía meses y una hazaña particularmente bienvenida, teniendo en cuenta su categoría.

—¿Adónde van a trasladarnos? —inquirió Cinco Prohibiciones con voz angustiada.

—A Chang An, ¿dónde va a ser? Hay que enviar a todos los culpables de atentar contra los bienes del Estado a los servicios centrales del *Gran Censorado* —le replicó el gobernador Hong, que acababa de escupir con aire negligente una cáscara de semilla de girasol a los pies del *mahayanista*.

—¡Andaos con mucho cuidado, mi señor Hong, porque estáis a punto de cometer la peor de las injusticias! —clamó de nuevo el maniqueo, que se debatía con todas sus fuerzas mientras, por orden de Hong el Rojo, les trababan los pies con pesadas cadenas para mayor seguridad.

Después de languidecer ocho días en la minúscula celda de un campo de retención administrativa donde a duras penas conseguían mantenerse de pie, los introdujeron sin miramiento alguno en una jaula móvil tirada por tres mulos.

Entonces comenzó un verdadero calvario para los cinco.

Sería quedarse muy corto, en efecto, afirmar simplemente que en aquel final de verano el recorrido de la Ruta de la Seda desde Turfan hasta la Puerta de Jade de Jiayuguan, en la Gran Muralla, al pie de los grisáceos contrafuertes de las montañas Mazong, equivalía a una verdadera tortura comparable a la pasión de Mani para los maniqueos o a la de Cristo para los

cristianos, si se efectuaba en aquellas condiciones, sujetos con ataduras sin poder moverse ni una pulgada, expuestos a la violencia de los vientos, tan pronto bajo los rigores del sol como bajo los de lluvias diluvianas.

Apenas si podían volver la cabeza cuando su convoy pasaba por delante de las minúsculas plazas fuertes del desierto, otras tantas prisiones de las que nadie conseguía escapar. Advirtieron, sin embargo, en ellas a los mandarines deportados, que lanzaban con todas sus fuerzas, tal como lo exigía una espantosa costumbre, una piedrecita sobre la muralla occidental de la fortaleza donde permanecerían encerrados hasta el último de sus días. ¿No se decía acaso que, si la piedra rebotaba, el proscrito podía esperar obtener algún día un juicio de clemencia que le permitiría volver a su madre patria y recogerse en la tumba de sus padres?

—¡Cómo me gustaría poder arrojar unas cuantas piedras contra esos muros! —exclamó Puñal de la Ley cuando descubrió los curiosos manejos de los altos funcionarios caídos en desgracia.

—Si pudiera, las arrojaría a la cabeza de nuestros guardianes —dijo con rabia Punta de Luz, cuya combatividad seguía intacta a pesar de las deplorables condiciones del viaje.

Las rechiflas, insultos y escupitajos que les dedicaba la chiquillería de los pueblos que atravesaban hablaba con elocuencia de la suerte que les esperaba al final de su viaje. Es innegable que las pancartas que llevaban colgadas del cuello, que los identificaban como criminales pendientes de juicio, comportaban el oprobio y la desconfianza de las poblaciones aterrorizadas tanto por los facinerosos como por los policías. La gente sólo veía en esos hombres que estaban de pie, aferrados con las manos a los barrotes de bambú de la jaula rodante, con los pies inmovilizados, los rostros enjutos y mugrientos y los ojos cercados por las costras blancas provocadas por el sudor, nada más que vulgares ladrones cuyas cabezas no se sostendrían mucho tiempo sobre sus hombros, ya que de los quinientos artículos que contaba el Código Penal de los Tang, la mitad como mínimo preveía la pena capital para los infractores.

Convencido de que sería una excelente baza para la promoción de su carrera administrativa, el pequeño gobernador chino Hong el Rojo vigilaba personalmente la escolta de aquella presa providencial. Preveía que, de este

modo, podría pavonearse delante de Hanyuan, el Gran Canciller del Imperio, una de cuyas atribuciones consistía en administrar las carreras de los ciento ocho prefectos y gobernadores de provincia. Aquellos altos funcionarios cuidadosamente escogidos constituían el armazón principal de la división policial y administrativa erigida sobre el conjunto del territorio desde el nombramiento del primer prefecto imperial por el primer emperador Qin Shi Huangdi. La rivalidad existente entre ellos era implacable, ya que nadie pensaba en otra cosa que en obtener un cargo más importante.

Era el caso del gobernador de Turfan, que se las arregló para ser recibido por Hanyuan al día siguiente de su llegada a Chang An.

Le había bastado con manifestar al secretario particular del Gran Canciller del imperio de los Tang el motivo preciso de su petición de audiencia, así como el nombre de los individuos cuya captura había conseguido.

—Señor gobernador, habéis hecho una presa inesperada. Hace meses que la policía del imperio busca a Cinco Prohibiciones, antiguo monje del Gran Vehículo, y también al maniqueo Punta de Luz —declaró, encantado, el gordo Hanyuan al pequeño Hong el Rojo.

—Tenía conmigo el espíritu del *maestro Kong*[15].

—La detención de esas cinco personas es resultado de una oportuna denuncia —exclamó, algo intimidado, el gobernador de Turfan, después de lo cual se mordió los labios por temor a que su torpeza hubiera reducido los méritos que le permitirían acceder a un cargo en una ciudad más próxima al centro del poder.

—Cuéntame cómo lo conseguiste —prosiguió el Gran Canciller, cuyo trasero, semejante a un enorme cojín de seda, desbordaba del sillón tallado en que estaba sentado.

—Un día recibí la visita secreta de un monje indio llamado Joya de la Doctrina, quien vino a informarme de que los maniqueos de Turfan se dedicaban a tejer seda clandestinamente. En un primer momento me figuré que tenía que habérmelas con un mitómano. Pero el hombre insistió tanto que acabé por poner vigilancia en la Iglesia de la Luz. Al cabo de varios

días, mis hombres descubrieron el invernadero de las moreras, delante del cual mandé colocar a tres confidentes.

—Después me fue preciso aguardar a que los cinco hombres estuvieran juntos para poder atraparlos, lo que conseguí cuando estaban examinando un retal de seda. Creedme, mi señor, no fue cosa fácil… —explicó Hong el Rojo dándose importancia.

—¿Qué se ha hecho del monje traidor? ¿Lo mandaste capturar?

—Pues no.

—¿Por qué? Por lo visto no sabes lo que prevé nuestro reglamento: no hay que dejar nunca que salgan libres los confidentes —exclamó el Gran Canciller, a quien no disgustaba poner en vilo a aquel prefecto.

—Como precio de su confidencia, fue él quien exigió partir. Turfan, la cárcel del gobernador, con su celda única, es para desengañar a cualquiera —farfulló, taciturno, el interesado.

—Aquí retenemos siempre a los delatores. No merecen ninguna consideración —añadió Hanyuan antes de afirmar, medio en broma, como si quisiera mantener la duda en cuanto al sentido de sus palabras—: ¡Has hecho un buen trabajo!

—¿Debo tomármelo como un cumplido o como una reprimenda? —acabó por murmurar el gordo gobernador, desorientado ante el proceder de aquel ministro cuyo sadismo era patente.

—¡Tus prisioneros son valiosos! —exclamó el Gran Canciller Imperial estallando en una carcajada.

—En tal caso, ¿no merece un pago un esfuerzo así, mi señor? —se apresuró a inquirir Hong el Rojo.

—Hablas de promoción. Consideras culminado tu cargo en Turfan, ¿no es eso lo que quieres decirme?

—Mi señor es un ministro dotado de gran intuición acompañada de profunda perspicacia —exclamó, muy serio, Hong, contento de salir del paso con una lisonja.

Pero el gordo Hanyuan no hizo ademán de apreciar lo que le pareció una fatuidad por parte de un prefecto de quinto grado, es decir, el nivel más bajo en la jerarquía administrativa de ese cuerpo.

—¡Lo veremos más adelante! El emperador del Centro establece la lista de promociones en la última luna del invierno. Llegado el momento, tendrás que ocuparte de ver si estás en ella —dijo como de mala gana, para mortificación del funcionario a quien le pareció que se desvanecían sus sueños de grandeza.

—Espero que Su Majestad estará satisfecho de la tarea que he tratado de cumplir lo mejor posible… —farfulló, sin embargo, este último en el momento en que un ujier le indicaba con el gesto que había terminado la audiencia y que era hora de dirigirse a la puerta del gabinete de trabajo del Gran Canciller del Imperio.

Al día siguiente, los cinco prisioneros fueron conducidos ante el prefecto Li, en la sala de los interrogatorios del *Gran Censorado*, una estancia de muros tan gruesos que los gritos de los torturados no los atravesaban nunca.

Cuando comparecieron ante él, sujetos por el cuello con un collar de hierro, el jefe de la policía secreta china no escondió la profunda alegría que sentía.

Por fin contaba con algo capaz de derrocar a la emperatriz Wuzhao, por lo que le costaba muy poco imaginar el alegre semblante del viejo general Zhang, ante el cual pensaba comparecer aquella noche, en cuanto se enterase de la noticia.

Su plan era sencillo: se trataba de hacer confesar a Cinco Prohibiciones no ya sólo que se había alojado en el palacio imperial con el consentimiento personal de la soberana, sino que además ella había favorecido su huida en el momento en que los agentes del *Gran Censorado* se aprestaban a proceder a su detención. Y después, sobre la marcha, no le quedaba más que arrancar por medio de la tortura al maniqueo Punta de Luz que él era el asesino del mercader de seda llamado Rojo Vivo.

Esta vez, sin embargo, no estaba dispuesto a que Wuzhao desbaratase sus planes sirviéndose de su influencia sobre Gaozong. Y para prevenirse contra las inevitables reacciones de la emperatriz de China, procuraría que se enterara lo más tarde posible de que sus servicios se habían apoderado del monje Cinco Prohibiciones y de su compañero Punta de Luz. También

explicó al Gran Canciller que convenía no divulgar la hazaña del gobernador Hong el Rojo.

Con mirada codiciosa, pues, los ojos del prefecto Li, finos como rendijas, examinaban a los cinco individuos encadenados que tenía ante él.

—Que cada uno de vosotros se presente y cuente brevemente su vida. Un escribano transcribirá todas vuestras palabras, que podrán convertirse en acusaciones contra vosotros. Así es el Código Penal de la China de los Tang —anunció mientras hacía entrada en la estancia un secretario.

Era un hombre con rostro de garduña, totalmente vestido de negro, que llevaba colgada del cuello una bandeja sobre la cual podía escribir con el estilete en el rollo de papel que acababa de desenrollar.

El interrogatorio comenzó con Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros.

Los dos monjes indios declararon su identidad y seguidamente el prefecto Li, para cumplir con las formas, preguntó al primer acólito el motivo de su presencia en el invernadero de las moreras de Turfan.

—Buscamos seda para cumplir con nuestras actividades religiosas. Esa noble tela está fuera de nuestro alcance, por su precio, en Peshawar —se limitó a explicar al Gran Censor Imperial.

—Ya entiendo. Continuad… —dijo este último con aire distraído.

Era evidente que el prefecto se moría de ganas de interrogar a Cinco Prohibiciones y a Punta de Luz, a los que vigilaba con el rabillo del ojo.

—¿Es la primera vez que venís a China central? —añadió dirigiéndose a Puñal de la Ley y a Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Así es. De Peshawar aquí, el camino es muy largo. De ordinario acostumbran a ser los monjes chinos los que vienen a vernos a nosotros para seguir después las huellas del Bienaventurado Buda y peregrinar a los Santos Lugares donde él vivió[16] —respondió escuetamente el primero.

—En lo que a mí concierne, soy turfanés de nacimiento… —indicó Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Dicen que, en Turfan, basta con dejar la carne en el suelo para que se ase con el calor ambiental… ¿es verdad? —inquirió el prefecto Li.

—Por algo la llaman Turfan «Cuenca de Fuego». Los niños, sobre todo los más pequeños, tienen que ir siempre calzados. De no ser así, se

quemarían la planta de los pies —precisó el compañero de viaje de Puñal de la Ley.

Pero el Gran Censor, que tenía prisa por interrogar a los otros dos prisioneros, que eran los que le interesaban realmente, no lo oyó siquiera.

—¡Guardias, soltad a esos hombres! Aquí no tienen nada que hacer. Y que les faciliten los salvoconductos necesarios para que pasen las barreras de consumos —les gritó de pronto el prefecto Li, para pasmo de los interesados, que se sintieron aliviados pero también contrariados al ver que debían abandonar a sus compañeros de infortunio y que los conducían sin miramientos fuera del despacho del Gran Censor, del que se alejaron a grandes zancadas.

No permanecieron, pues, ante el prefecto Li más que el ma-ni-pa, que no dejaba un momento de contemplar sus pies, Punta de Luz, que lo miraba fijamente, y Cinco Prohibiciones, que, con mayor arrogancia todavía, lo desafiaba con la mirada.

—¿Quién eres? —preguntó con aire desconfiado el Gran Censor Imperial al ma-ni-pa.

—¡Om! ¡Un monje budista errante del país de Bod! —farfulló este último, impresionado por el tintineo de las espadas de los guardias que acababan de invadir la estancia.

—¡Tú no te muevas de aquí! Tratando con tibetanos, hay que desconfiar siempre… —balbuceó el prefecto con semblante enfurruñado.

Con el gesto, ordenó a los guardianes que sujetasen al ma-ni-pa y se lo llevasen por una puerta falsa.

Correspondía ahora, pues, a Cinco Prohibiciones enfrentarse al Gran Censor Imperial, quien, para impresionarlo, se había levantado y se paseaba de un lado a otro entre aquellos hombres de aspecto patibulario que eran sus agentes.

—Dispongo de lo necesario para enviarte directamente al patíbulo: participación en una banda dedicada a sabotear un monopolio del Estado; estancia ilícita en los aposentos del palacio imperial reservados a la familia soberana; conspiración contra la seguridad del Estado… Tengo donde elegir, pero quiero que sepas que no tengo prisa. ¡Lo que yo necesito es una confesión escrita!

—¿Y si os la niego?

—Los prisioneros del Fuerte del Perro acaban siempre por desmoronarse, pese a que los testarudos de tu especie requieren más tiempo… —dijo el prefecto con aire de misterio.

—¡Pues va a ser mucho el que necesitarán para que yo me acuse de crímenes que no he cometido!

—No soy conspirador ni traficante. Todo lo más, un antiguo religioso del Gran Vehículo a quien su Superior confió una misión que se reveló algo más complicada de lo previsto —replicó el amante de Umara, nada intimidado por cierto.

No se hacía ilusiones sobre su suerte y, a partir del momento en que los policías de Hong el Rojo lo hicieron montar en la jaula rodante, puso su vida en manos del Bienaventurado y lo único que le suplicó fue que concediera a Umara, si por ventura él tenía que desaparecer, la gracia de olvidarlo.

No quería en modo alguno que se convirtiera en una de esas viudas desconsoladas que consagran su existencia, vacía y triste, al luto y al recuerdo único del hombre amado.

—¡Eso ya lo veremos! —le soltó en tono seco el prefecto Li.

Unos guardias agarraron a Cinco Prohibiciones por el collar de hierro que lo sujetaba y lo llevaron al exterior de la sala de los interrogatorios.

Apenas había tenido tiempo de dar ánimos a Punta de Luz cuando lo levantaron y encerraron bajo doble llave en un minúsculo palanquín privado de todo tipo de aberturas.

—¡Al Fuerte del Perro! —exclamó uno de los guardianes dirigiéndose a los dos porteadores, que levantaron la caja en la que Cinco Prohibiciones estaba prisionero como un pájaro enjaulado.

En toda la China central, el Fuerte del Perro era un lugar célebre y temido no sólo por los criminales sino también por los numerosos inocentes que se enviaban allí por mera arbitrariedad.

Perforadas por angostas troneras, las altas murallas de aquella cárcel reservada a los más terribles criminales se erguían en plena campiña, a una hora larga de camino a pie del centro de la ciudad.

El lúgubre color de la piedra daba perfecto testimonio de la fama que gozaba de lugar siniestro, un sitio del que sólo se salía con los pies por delante. La cárcel del Perro estaba construida con una roca volcánica negruzca que daba a los que descubrían ese símbolo del totalitarismo de Estado de la dinastía de los Tang la impresión de que un incendio acababa de devastar el edificio.

Era rigurosamente imposible acercarse a aquel mausoleo del sufrimiento, la tortura, la enfermedad y la muerte, porque estaba rodeado de fosos alimentados por un río subterráneo donde, al parecer, nadaban enormes carpas antropófagas pero de carne deliciosa. A todo lo largo de dichos fosos, en los que los pescadores de las inmediaciones no dudaban en probar suerte, patrullaban permanentemente cuadrillas de guardianes armados con largas picas. De noche se veía la danza luminosa de sus antorchas iluminando la mazmorra.

Era necesario, para penetrar en aquellos lugares malditos, franquear un puente levadizo que conducía a la única puerta, donde un puesto de guardia vigilaba las menores idas y venidas.

Cinco Prohibiciones, una vez sacado del palanquín, tuvo la sorpresa de verse acogido por un guardia joven de rostro afable.

—¡Bienvenido a las fauces del Perro! —le dijo a modo de saludo.

Aquella frase pronunciada con voz sonora, a la que infundió además un tono de broma, tuvo el efecto de provocar una gran carcajada de la soldadesca sucia y ruidosa que velaba sobre aquella portería de mal agüero.

Cuando el joven guardián lo empujó a un oscuro pasillo situado detrás mismo de la portería, Cinco Prohibiciones detectó un intenso olor a humedad, que se intensificó aún más cuando bajó la escalera de caracol que llevaba a las celdas de los prisioneros más celosamente vigilados.

Éstas, situadas en la parte baja del edificio, muy por debajo del nivel del suelo, daban a uno y otro lado a un foso lleno de agua negra y brillante a la luz de la llama temblorosa de la vela sostenida por el joven guardia.

—¡Ahora comprendo por qué hay tanta humedad! —exclamó el nuevo prisionero mientras avanzaban junto a una pared interminable recubierta de musgo y roída por el moho.

—El Fuerte del Perro se construyó sobre un río subterráneo; los geománticos del emperador Taizong le explicaron que esta agua no es más que el sudor de un gran dragón que dormita debajo —le dijo el joven con la mayor naturalidad del mundo.

Su voz traicionaba, por otra parte, el miedo a aquel monstruo cuya existencia en las profundidades de la tierra no ponía en duda ni por un instante.

—Ese río debe de alimentar los fosos —dedujo el *mahayanista*.

—¡Exacto! ¡Mira esa carpa! Ha salido de los fosos para poner los huevos en lugar fresco… Como yo metiera el dedo en el agua, correría peligro de que se lo zampara —dijo el guardia señalando un enorme pez que coleaba en la superficie de las negras aguas.

Cuando la puerta de su celda se cerró con violencia tras el carcelero, Cinco Prohibiciones tardó un tiempo en percibir el haz de luz procedente del único tragaluz, situado junto al techo de la misma, donde era imposible tenerse de pie debido al bajo techo.

Sumido en aquella noche húmeda y glauca, no pudo evitar un estremecimiento al pensar en la suerte que le esperaba.

Sobrevivir sin luz era lo que más le repugnaba.

Si por lo menos hubiera sabido meditar, su vida habría sido mucho más llevadera, a la manera de la que vivían aquellos eremitas capaces de permanecer todo un año sin ver a nadie, en una cueva aislada en el corazón mismo de una montaña inaccesible, de donde salían renovados y animosos asegurando que no habían sentido pasar el tiempo gracias a que habían hecho el vacío en su interior.

¿Cómo sería su futuro?, se preguntaba el *mahayanista*, cuyo primer reflejo consistió en abandonarse a la oración del Bienaventurado Buda y suplicarle que le concediera una migaja de su inmensa compasión.

¿Qué otra cosa podía hacer en aquel momento en la oscuridad húmeda y desesperante de su siniestro calabozo?

XL

LUOYANG, MONASTERIO DEL RECONOCIMIENTO DE LOS BENEFICIOS IMPERIALES

Desde que estaba allí encerrada, era la primera vez que Umara oía que alguien arañaba en la puerta.

Al principio decidió que no respondería. Tenía demasiado miedo para atender a llamadas.

Además, ¿no estaba ya a punto de caer la noche?

Así pues, hundió la cabeza en la almohada para no oír aquel ruido y esperó a que cesase.

Pero la persona que estaba detrás mismo de los tablones de madera mal ajustados de la puerta seguía arañándola sin darse por vencida.

Pensó entonces que si al individuo en cuestión le daba por derribar la puerta, le habría bastado con empujarla con el hombro para conseguirlo.

Acabó, pues, por levantarse y abrió la puerta con el corazón alborotado.

—¡Bruma de Polvo! ¿Cómo es eso? ¿Qué haces aquí? —exclamó la joven cristiana nestoriana al reconocer al chino a pesar de que llevaba el cráneo rapado e iba revestido con el hábito de color azafrán propio de los monjes.

El bello rostro de ojos bicolores de la hija del obispo Addai Aggai revelaba una mezcla de estupor y de tristeza ante aquella irrupción súbita de su antiguo compañero de juegos en la celda donde Pureza del Vacío la tenía encerrada en secreto.

—Me ha costado mucho venir hasta aquí sin que detectaran mi presencia.

—¿Cómo has conseguido localizarme? —le preguntó ella, desconfiada de pronto.

El casi imperceptible temblor de las manos del muchacho delataba su emoción.

En el elegante edificio destinado a usos administrativos, en el último piso del cual estaba encaramada su celda, no se admitía nunca público ni visitantes importantes.

Hacía meses que vivía allí, aislada del mundo, languideciendo sin ver nunca a nadie salvo a aquel religioso de largas orejas colgantes conocido por el nombre de Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo, que se encargaba de traerle la comida.

Ni que decir tiene, pues, que la llegada inopinada del antiguo compañero que la había acompañado en su huida tenía que ser por fuerza una sorpresa para la reclusa.

—Para llegar hasta ti me tuve que disfrazar de monje. Después me bastó con mezclarme con toda la barahúnda de peregrinos y religiosos que entran en el monasterio cuando, en el momento de levantarse el día, se abren sus puertas. Nadie reparó en mí —le explicó, todo sonrisas, Bruma de Polvo mostrándole la toga color azafrán que se arrollaba al brazo.

Era verdad que no era nada difícil pasar inadvertido entre los diez mil monjes del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales si uno se había afeitado el cráneo y llevaba el mismo hábito que ellos.

—Desde que Pureza del Vacío deja que los peregrinos acudan a tocar los vestidos de los Gemelos Celestiales, la muchedumbre que aquí afluye todos los días es inmensa —murmuró la cristiana, que seguía incrédula ante aquella visita inopinada.

—Ese Superior ha dado con el método para llenar las cajas del convento —exclamó Bruma de Polvo, medio en broma.

—Pero ¿cómo has sabido que yo estaba aquí? El maestro Pureza del Vacío mantiene en secreto mi llegada y la única persona que veo es ese religioso orejudo que me secuestró cuando yo estaba con Cinco

Prohibiciones y ahora me trae todos los días un cuenco de arroz regado con sopa de verduras.

—¡Te juro por las Islas Inmortales que mis ojos no se apartaron de ti un momento desde Samyé!

¡Seguí todo el tiempo a tus raptores! En las montañas hay muchos caminos que serpentean y rocas bastantes para ocultarse detrás de ellas e impedir que un convoy no advierta tu presencia sin que dejes de seguir su avance muy de cerca. Y eso fue lo que hice.

—¡Tampoco yo te descubrí! —dijo la cristiana nestoriana, que como es lógico estaba estupefacta.

—Más de una vez he dormido a la serena, detrás de un peñasco, muy cerca de vosotros.

—Si hubiera sabido que estabas allí, quizá habríamos podido huir juntos —dijo la muchacha con un suspiro.

—Ellos eran tres veces más en número… y llevaban colgadas del cinto unas espadas totalmente disuasorias…

Pero en esto Bruma de Polvo mentía con gran descaro. Si no había intervenido durante el periplo seguido por la joven había sido sobre todo a causa de su resentimiento y de los celos que sentía.

Tras asistir boquiabierto y casi con alegría al secuestro de la muchacha por obra de aquellos tres desconocidos vestidos de paisano, empujado por una curiosidad malsana decidió que la seguiría, puesto que estaba convencido de que era víctima de unos salteadores de caminos.

Pero pasados dos días, al ver que los raptores de Umara cambiaban tranquilamente de indumentaria y se revestían con la túnica de color azafrán, descubrió que aquellos chinos eran, en realidad, monjes del *Mahâyâna*.

Y cuanto más se iba alejando Umara de Cinco Prohibiciones y más se iba deteriorando su aspecto, el gusto amargo que él notaba en la boca por el desaire que había sufrido iba aderezándose día tras día con un delicioso perfume de venganza.

La desesperación de la joven, que pasaba sus días llorando de dolor, era una bendición para el enamorado desatendido y nada en el mundo lo habría empujado a mitigarla.

Se contentó, por tanto, con seguir los pasos de Umara y de sus secuestradores hasta Luoyang.

Además, éstos no se volvieron ni una sola vez ni dieron muestras de desconfianza alguna.

Bruma de Polvo los había seguido muy de cerca, había dormido junto a ellos, se había alimentado de los restos de su comida hasta que llegaron todos juntos a la China central. Y al final, la pesada puerta del monasterio de Pureza del Vacío se había cerrado bruscamente en sus narices aislándolo de aquella muchacha de ojos bicolores a la que seguía amando con todas sus fuerzas y cuyo único defecto era que no le correspondía.

Y así fue como el muchacho chino se encontró solo en Luoyang, aquella inmensa ciudad donde, con razón, jamás había puesto los pies.

A fin de sobrevivir, como no tenía ningún deseo de convertirse en vagabundo, gracias a lo cual se habría beneficiado, sin embargo, de la sopa diaria que distribuían el centenar de monasterios budistas que tenía la capital de verano de los Tang, encontró trabajo en una lavandería de ropa, regentada por toda una dinastía de lavanderos de la ciudad.

En la familia Agua y Golpes, tal como indicaba su nombre, se dedicaban desde hacía varias generaciones a lavar la ropa de las familias acomodadas y nobles en uno de los dos grandes lavaderos municipales de Luoyang.

Al cabo de unos meses, los brazos y el torso de Bruma de Polvo, antes más bien cenceños, se habían vuelto musculosos a fuerza de golpear y escurrir los tejidos multicolores y golpearlos de nuevo, desde la mañana a la noche, sobre las piedras planas de las pilas del lavadero.

Si aquella actividad no era atractiva, le permitía por lo menos concentrarse en ella y no pensar en otra cosa, al tiempo que canalizaba la rabia que le roía el corazón.

Al principio se había alegrado al ver la suerte que el Gran Vehículo reservaba a Umara, pese a que entonces ignoraba cuáles eran sus incalificables razones.

Después de todo, se trataba de un acto de justicia después de la afrenta que la cristiana nestoriana le había hecho, teniendo en cuenta que él

abrigaba hacia ella unos sentimientos amorosos como mínimo tan sinceros como los de Cinco Prohibiciones.

Después, con el tiempo, solo y desamparado, roído por el remordimiento, el chino comprendió que no podía ser feliz si Umara no lo era. Seguir apaleando ropa mientras la muchacha languidecía en un monasterio no tenía ningún sentido. Al llegar la noche, extenuado después de una dura jornada, se sentía igual que la ropa que había pasado largas horas retorciendo y apaleando.

Alegrarse de la desgracia ajena equivalía, en cierto modo, a perjudicarse a sí mismo.

Por eso, una mañana, no aguantando más, Bruma de Polvo decidió que ayudaría a Umara a salir de la cárcel donde, por misteriosas razones, la tenía encerrada el maestro Pureza del Vacío.

Se las arregló para engañar a un novicio del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales tras haber descubierto en él una curiosa propensión a robar golosinas en los puestos de los pasteleros. Después de haberlo seguido discretamente, lo abordó en el momento en que acababa de robar un mango a un vendedor ambulante de frutas y verduras.

—Acabo de ver tus manejos. Eres la vergüenza de tu comunidad. Vas a seguirme hasta tu convento y allí pondrás esa fruta en manos de tu Superior —exclamó tras agarrar al joven novicio por el cuello de la túnica.

—¡Si haces lo que has dicho, estoy perdido! El Superior de mi monasterio, el maestro Pureza del Vacío, es un hombre implacable y de una extrema severidad. Te suplico que tengas piedad de mí —gimió el otro porfiando por desasirse.

A cambio de su silencio, Bruma de Polvo exigió al novicio que le prestase su túnica monástica.

Después se hizo rapar el cráneo por un barbero antes de deslizarse hacia el incesante vaivén de los religiosos y peregrinos que pululaban en torno al inmenso convento cuya puerta estaba abierta desde que se levantaba el sol hasta que se ponía.

Una vez en el interior, a fuerza de escudriñar el convento gracias a manejar una escoba de paja de arroz para que los demás creyeran que se

encargaba de la limpieza, acabó por localizar el sitio donde estaba recluida Umara.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, se personó en el lugar en cuestión vestido de amarillo y decidió llamar a la puerta de la celda donde estaba encerrada la muchacha.

—Hace tiempo que me planteo una pregunta para la cual no tengo el menor atisbo de respuesta. ¿Por qué te tiene secuestrada el maestro Pureza del Vacío? —le preguntó sin ambages.

—Lo ignoro. Sólo he visto una vez a ese hombre y fue la noche de mi llegada.

—¿Qué te dijo?

—Se contentó con asegurarme que no me harían ningún daño y, pese a mis protestas, la conversación se acabó ahí. Desde entonces no lo he vuelto a ver.

Umara, que desconfiaba, se guardó muy bien de revelar a Bruma de Polvo las circunstancias precisas de su llegada al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

La verdad era que la cristiana no se había limitado a protestar cuando Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo la condujo, enteramente cubierta de velos, al despacho del gran maestro de Dhyâna.

En realidad, Umara se había entregado a una verdadera explosión de desesperación y de cólera.

Después de varias semanas de marcha ininterrumpida, durante las cuales el monje Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo apenas había despegado los labios, ya que se había contentado únicamente con decir a Umara cómo se llamaba, ésta ya no podía soportar tanta angustia y furor.

Llegó a Luoyang extenuada por el agotador periplo y anonadada por la repentina separación de su amante, cuya inmensa desesperación no le costaba mucho imaginar, a buen seguro igual de grande que la suya propia…

Entonces, frente al impresionante asceta, la hija del obispo nestoriano Addai Aggai, furiosa ante el trato de que era objeto, soltó sin traba alguna todo lo que agobiaba su corazón.

—Me habéis arrancado del hombre de mi vida como si yo fuera un vulgar rehén o un botín de guerra sin que exista motivo alguno que lo justifique. ¿Consideráis que éstos son métodos dignos de un monje budista? Vuestro Bienaventurado Buda, dondequiera que esté, os juzgará con extrema severidad —exclamó Umara sin llegar a sospechar que estaba dirigiéndose con aquellos términos al jefe espiritual de la Iglesia china del Gran Vehículo.

—¡No se trata de un secuestro! Obedece a la necesidad de proceder a ciertas comprobaciones. Por otra parte, seréis tratada con todas las consideraciones… En cuanto al juicio de mis actos por parte de Buda, no sois quién para hablar de esas cosas. Tampoco yo pretendo ponerme en el sitio de vuestro Dios Único —respondió fríamente Pureza del Vacío, totalmente indiferente ante la violencia de las palabras de la joven.

—¡Un religioso no rapta ni secuestra a una inocente!

—Sé muy bien lo que hago.

—Pues yo sé muy bien lo que haría si estuviese libre de movimiento: iría a reclamar ante la policía de vuestro país. ¡Ya veríais el escándalo! —le replicó ella mientras sentía que su cólera iba en aumento después de tantos meses de agotadora caminata durante la cual había tenido que callar y reprimir su indignación.

El Superior de Luoyang consideró prudente batirse en retirada y posponer para más tarde el interrogatorio al que deseaba someter a aquella muchacha rebelde cuyo temple acababa de descubrir.

Así pues, cortó la conversación y ordenó que la condujeran a aquella minúscula celda situada en la parte más aislada del monasterio, lo que no fue óbice para que Bruma de Polvo la descubriera.

Entonces, los nervios de la amante de Cinco Prohibiciones se vinieron abajo brutalmente.

Se derrumbó en su jergón y, por primera vez desde que había abandonado Samyé, derramó todas las lágrimas que tenía dentro.

¡Le sobraban motivos!

Se acordaría durante mucho tiempo del momento terrible en que se habían presentado ante ella aquellos hombres espantosos, surgidos de

pronto en el umbral mismo de la cabaña donde vivía días de felicidad con Cinco Prohibiciones.

Había hecho lo imposible para escapar y se había debatido como un animal salvaje, lo que los obligó a sujetarla con fuerza como si fuera una gavilla de leña para transportarla a hombros los dos días primeros, durante los cuales no cesó de gritar el nombre de Cinco Prohibiciones, que el eco de las montañas repetía, en la esperanza de que él pudiese oír su demanda de ayuda.

Pero por desgracia no tuvo respuesta.

Entonces, con el ánimo por los suelos, optó por seguir a sus raptores cuando ellos revistieron sus hábitos de monje, aunque sin conseguir arrancarles la más mínima confidencia. De todos modos, no tardó en darse cuenta de que el itinerario que seguían, el mismo que había recorrido con su amante, los conducía a China central.

Como era habitual en aquellos tiempos, la túnica de los monjes se había convertido, en los territorios controlados por las autoridades chinas, en el mejor de los pasaportes, por lo que pudieron atravesar sin la menor dificultad todos los controles antes de llegar a las inmediaciones de Chang An, población que rodearon para ir directamente a Luoyang, la soberbia ciudad donde eran innumerables las pagodas enclavadas en los parques. Ya allí, Umara había descubierto que sus secuestradores eran miembros de la comunidad del convento budista más importante.

—¿Qué puedo hacer por ti, Umara? Si ahora me tienes delante es porque he decidido ayudarte.

La sinceridad con que Bruma de Polvo acababa de pronunciar aquellas palabras no podía ponerse en duda.

—Pues ayudarme a escapar de este lugar siniestro o avisar a Cinco Prohibiciones de que estoy aquí.

¡Tienes donde elegir! Pero para conseguir tus fines, lo primero que debes hacer es marcharte. El monje orejudo no tardará en traerme mi ración habitual de arroz con verduras.

—¡Cuenta conmigo! —le replicó misteriosamente Bruma de Polvo antes de eclipsarse.

Cuando apareció Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo con su cuenco de arroz regado con sopa de coles y zanahorias, le anunció, para gran sorpresa suya, que Pureza del Vacío tenía intención de recibirla. Unos minutos más tarde la introducía en el despacho del gran maestro de Dhyâna.

—Hace mucho tiempo que tengo deseos de sostener una verdadera conversación con vos. Pero mis ocupaciones me lo han impedido… Espero que ahora estéis más tranquila —dijo éste a Umara después de invitarla a que se sentara ante él en una silla estrecha y más bien incómoda.

La reacción como mínimo explosiva de la cristiana el día de su llegada había movido a Pureza del Vacío a dejar transcurrir todas aquellas largas y solitarias semanas sin dar a Umara la menor señal de vida.

El gran maestro de Dhyâna sabía muy bien que no había nada como el tiempo y la soledad para hacer entrar en razón a los espíritus sediciosos y rebeldes.

Cuando algunos novicios ingresados en el monasterio por sus padres en contra de su voluntad se rebelaban y se negaban a realizar los trabajos obligatorios o, peor aún, dejaban entrever que no pensaban llegar a viejos vestidos con la túnica de color azafrán, el mejor remedio era una cura de aislamiento en una de las pequeñas ermitas de montaña de Longmen, donde sus únicos compañeros eran los escasos brujos taoístas que meditaban al pie de los árboles y peñascos frecuentados por los espíritus.

—Me complace que por fin me deis la explicación que me debéis —dijo Umara esforzándose en dominar sus nervios.

—¿Habéis oído hablar de los Ojos de Buda?

Por lo menos esta vez el Superior de Luoyang no se andaba por las ramas.

—¿Por qué me hacéis esta pregunta? —le espetó Umara, decidida a plantarle cara y sobre todo a enterarse de las razones exactas de su presencia ante él.

—¿Habéis oído hablar del mandala del Vajrayāna? —siguió él, imperturbable.

—No pienso deciros nada sin que me expliquéis con todo detalle las razones de mi secuestro. Me habéis arrancado del hombre que más quiero

en el mundo y esto para mí es intolerable —le escupió Umara, demostrando con sus palabras que no tenía la más mínima intención de que la trataran como a una niña pequeña.

—Cinco Prohibiciones era el mejor de mis ayudantes y estaba destinado a sustituirme cuando llegara el momento. Si vos habéis perdido a vuestro enamorado, yo me he quedado sin el único heredero espiritual digno de sucederme.

—Podéis tener la seguridad de que no hay nada que pueda destruir el amor que Cinco Prohibiciones y yo sentimos el uno por el otro —exclamó la muchacha desafiándolo con la mirada.

—Umara, vuelvo a preguntaros si sabéis algo sobre los Ojos de Buda y el mandala sagrado del Vajrayana —insistió con firmeza el gran maestro de Dhyâna.

—Quiero volver a ver a Cinco Prohibiciones. ¡Lo amo! Sin él, mi vida no tiene sentido.

—Si os dignáis responder a mis preguntas, consideraré la posibilidad de convocarlo… y podremos hablar de la hipótesis de su reducción al estado laico… Entonces podríais casaros oficialmente sin que la unión supusiese pecado mortal para él… —fue el cebo ofrecido por el gran maestro de Dhyâna, que trataba por todos los medios de tranquilizar a la joven.

—Pues seguramente me está buscando. ¿Cómo vais a encontrar a mi amado, a menos que también lo hayáis secuestrado? —lo fulminó ella.

—Al igual que vos, ignoro qué caminos recorre actualmente Cinco Prohibiciones. Sin embargo, si me decido a activar la red de todos los monasterios *mahayanistas* del país, es indudable que no tardaré en localizarlo.

—Debe de andar, errante y desamparado, por el país de Bod —gimió Umara.

—Estoy convencido de que tenéis en vuestro poder los divinos Ojos de Buda y el mandala sagrado del Vajrayana. No es conveniente que un adepto del Dios Único o un adepto del Bienaventurado Buda caiga en la mentira —le dijo él, esta vez en tono amenazador.

Pero Umara, la rebelde, sentada en su sillita y con los brazos cruzados, igual que una colegiala terca, tenía firmemente decidido que persistiría en

su mutismo.

—¡Que venga el monje Centro de Gravedad! —ordenó el gran maestro de Dhyâna al novicio al que acababa de llamar.

Al oír aquellas palabras, la hija de Addai Aggai comprendió de pronto cuáles eran las razones de su presencia en aquella habitación, ante el jefe espiritual de la Iglesia china del Gran Vehículo.

¡Centro de Gravedad!

El nombre correspondía al del infame Superior del convento de la Salvación y la Compasión de Dunhuang, con quien había caído en la ingenuidad de tratar de obtener dinero del contenido del corazón de sándalo… y que había intentado hurtárselo.

Ahora todo estaba claro para la cristiana.

Era él, pues, quien se había ido de la lengua con Pureza del Vacío, quien a su vez la había hecho secuestrar creyendo seguramente que seguían en su poder las preciosas reliquias.

—¡Sois un sinvergüenza! Habéis abusado de la candidez de una muchachita ignorante. Intentasteis robarme porque conocíais perfectamente el valor de lo que os mostré —gritó Umara dirigiéndose al Superior de Dunhuang apenas entró en la habitación.

—Parece que vuestros recuerdos se despiertan con la rapidez de una flecha… —exclamó con ironía Pureza del Vacío.

—Creí ayudar a mi padre al proceder a la venta de objetos preciosos que, debido al más grande de los azares, habían caído en mis manos, pero acerca de los cuales lo ignoraba todo. Ese monje se guardó muy bien de decirme de qué se trataba. Por desgracia no supe hasta mucho más tarde que eran las reliquias más sagradas de las Iglesias del Pequeño Vehículo y del lamaísmo tibetano —protestó la muchacha entre sollozos.

—No es eso exactamente lo que me contó Centro de Gravedad sobre vuestro trato con él —dijo, irritado, el gran maestro de Dhyâna mirando directamente a los ojos al Superior de Dunhuang, cuyo rostro dejaba traslucir un evidente malestar.

—¡Os he dicho la verdad! ¡Os lo juro por la cabeza de mi querido Cinco Prohibiciones! Ese religioso tuvo conmigo el comportamiento de un estafador. Para librarme de sus garras tuve que inventar que mi padre estaba

al corriente de mi visita. De no haberlo hecho, se habría quedado con los tesoros que le mostré. Incluso llegó a convencerme de que, si revelaba la existencia de esas reliquias a terceros, atraería sobre ellos la mala suerte.

—Centro de Gravedad, ¿me puedes confirmar las palabras de esta joven? Si he entendido bien, no la sorprendiste mientras robaba esas reliquias del escondrijo de libros de tu convento. No debes de ignorar que una mentira te conducirá indefectiblemente al infierno frío del Avici —advirtió con voz atronadora y tono severo el gran maestro de Dhyâna.

—Maestro, ante los Ojos de Buda y el mandala sagrado de Samyé, ¿acaso otro religioso hubiera obrado de distinta manera? Vuestro humilde servidor creyó proceder bien y en interés de nuestra Iglesia —gimió, apenado, Centro de Gravedad.

—Para mí, contrariamente a vosotros, la gente de Iglesia, el fin no justifica nunca los medios —exclamó Umara.

Esas palabras tuvieron el efecto de una ducha fría en el Superior de Luoyang, que no se abstuvo de bajar la cabeza.

—Lo ocurrido en Dunhuang es profundamente lamentable, pero lo que más me importa ahora, querida Umara, es saber dónde se encuentran esas santas reliquias. Basta que me lo digáis para quedar en libertad al momento —concluyó con voz más suave Pureza del Vacío, después de hacer un ademán tajante a Centro de Gravedad indicándole que saliera.

—Pues no vais a saber nada mientras no obtenga noticias de Cinco Prohibiciones.

—Umara, las cabezonerías son malas consejeras.

—¡Me importa poco! Ya podéis tenerme encerrada porque, sin el hombre que amo, la vida no me interesa en absoluto.

Confundido al ver tal resistencia, Pureza del Vacío, de ordinario tan dueño de sí, pero contrariado también por las circunstancias que la mentira de Centro de Gravedad había complicado de tal modo, no paraba ahora de ir de un lado a otro delante de Umara igual que un oso encerrado en una jaula.

—Cometéis un error al no ceder. Yo no os deseo ningún mal —acabó por decirle.

—Dejad que vuelva a la cárcel donde me habéis encerrado… —murmuró la muchacha al cabo de unos instantes.

—Veo que no conseguiré nada de vos. Espero que os volveréis algo más locuaz cuando os conduzca delante de la emperatriz de China en persona. Veo que la tenéis en alta estima —dijo, no sin arrogancia en la voz, Pureza del Vacío.

—Creo que el sentimiento es recíproco. Ya os prevengo que pienso revelar a Wuzhao todo el mal que creo que me ha reportado la actitud que habéis tenido conmigo. La emperatriz de China sabrá juzgar vuestros actos. ¡De eso podéis estar seguro! —le replicó Umara con vehemencia.

—La emperatriz está enterada de que estáis aquí.

—¡Mentís! De ser así, habría venido a buscarme.

—Los Ojos de Buda supondrían una inestimable ayuda para sus empresas. Si se los entregáis, tendréis a cambio todo cuanto queráis —le dijo arriesgándose a farolear.

—¿Con qué finalidad se serviría Wuzhao de esas reliquias?

—Ella misma os lo dirá cuando la veáis.

—¿Acaso Cinco Prohibiciones obtendría vuestro perdón si entregase los Ojos de Buda a la emperatriz de China? —replicó Umara devolviendo golpe por golpe, deseosa de demostrarle que no estaba dispuesta a dejarse manipular.

—¡Seguro! Me comprometo a ello. Os lo juro sin temer el juicio del Bienaventurado Buda. Tenéis dos noches para reflexionar sobre todas estas cosas —concluyó el jefe espiritual de la Iglesia del Gran Vehículo de Luoyang cuando, furiosa y agobiada, Umara salió del despacho guiada por Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo.

Al día siguiente, Umara contó a Bruma de Polvo, que se presentó de nuevo ante ella, lo ocurrido la víspera.

—Aunque parece que se ha dejado engañar por ese innoble Centro de Gravedad, la conducta de ese gran maestro es escandalosa. No duda siquiera en salpicar a la emperatriz de China con sus tejemanejes —exclamó el chino tras escuchar lo que le contó Umara.

—Es el jefe de una institución y se sirve de los medios que estima necesarios para defender los intereses de los que es garante. En lo tocante a Wuzhao, confieso que no sé qué pensar de ella… —murmuró, cavilosa, Umara con voz triste.

—¡Pues vaya! ¿Quieres decir con estas palabras que tu padre, en circunstancias similares, habría actuado de la misma manera? —protestó, indignado, el chinito.

—Quizá no habría llegado tan lejos… aunque me permito dudarlo, puesto que no vaciló a entregarse, en nombre de los intereses supremos de la Iglesia nestoriana, a una actividad prohibida expresamente por la ley china —respondió Umara aludiendo al tráfico de seda clandestina del que Addai Aggai había sido uno de los más importantes pilares.

—En el caso de Wuzhao tiene un pase. Es una mujer poderosa que probablemente tiene la obsesión de escalar la fama, la gloria y el poder. Pero en lo tocante a las Iglesias, ignoraba que ocurriera lo mismo —exclamó, indignado, Bruma de Polvo.

—Las instituciones, incluidas las que tienen finalidad divina, son también organizaciones que, por desgracia, son profundamente humanas —murmuró, soñadora, la cristiana nestoriana, en quien el amor que sentía por Cinco Prohibiciones era mucho más fuerte que su fe en su Dios Único.

—Si jamás he abrazado una religión concreta, no voy a hacerlo mañana —concluyó el chino.

—Recuerdo muy bien que declaraste delante de Ramahe sGampo que tú no tenías ni dios ni amo…

—¡A lo mejor estás en lo cierto! —suspiró Umara.

—Cuanto más avanzo, más convencido estoy.

La hija del obispo Addai Aggai se acercó a Bruma de Polvo y puso con dulzura la mano en su hombro. El muchacho, al notar el contacto, no pudo evitar un estremecimiento.

—Desde Samyé, he tenido tiempo para reflexionar… No había calibrado hasta qué punto te había herido al dejar Dunhuang sin avisarte, Bruma de Polvo. Habría debido ser más atenta contigo… habría debido tener presente todas las cosas que hicimos juntos —dijo Umara.

—También yo he tenido ocasión de reflexionar, Umara. Al final he dominado al león que dormitaba en mi corazón y lamento profundamente mi conducta contigo. Fue fruto del despecho. De un cierto despecho… amoroso —confesó el chino entre lágrimas tras ponerse de rodillas ante la muchacha.

—Me gustaría mucho que continuáramos siendo amigos, sobre todo ahora que atravesamos tan malos momentos —dijo Umara, que pasó por alto la última observación de su amigo.

—Estás secuestrada y te han separado del hombre que amas, Umara. Yo no he sufrido tal desgracia.

Tengo libertad de movimientos…

—Eres muy amable, Bruma de Polvo, al pensar así y formularlo con esas palabras. Lo que acabas de decir me ha llegado al alma —murmuró Umara cogiéndole la mano.

—Tus palabras son el mejor bálsamo para mí, querida Umara, y curan del todo mis sufrimientos… —dijo en voz baja el chino sonriendo a la persona a la que por fin había dicho lo que él deseaba oír.

—No te inquietes por mí. Si ese Superior comete el error de permitirme revelar sus artimañas a la emperatriz de China, puedo decir que estoy Salvada… porque estoy convencida de que Wuzhao me aprecia.

—Creo que Pureza del Vacío no nació ayer.

—En tal caso, tengo cárcel para tiempo —gimió la muchacha.

—No será así si consigo arreglar los desaguisados provocados por el fracaso de la reunión de Samyé… Los *mahayanistas* te han hecho prisionera porque creen que estás en posesión de las reliquias de las otras dos Iglesias, lo que viola el pacto de no agresión establecido por el concilio de Lhasa.

—¿Cómo te atreves a pensar que estás en condiciones de restablecer la paz entre unas corrientes religiosas cuando ni siquiera eres creyente? —preguntó ella un tanto molesta.

—He estado reflexionando sobre esto toda la noche. Hay un hombre que tiene el poder de anudar nuevamente los hilos sueltos o rotos…

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡El reverendo Ramahe sGampo! Sólo él, de hecho, dispone de la autoridad y sabiduría necesarias para hacer que Pureza del Vacío proceda a tu liberación… Bastaría con un nuevo concilio que sellase la reconciliación entre las Iglesias budistas para que los Ojos de Buda dejasen de ser un envite de poder.

—Es cierto que ese viejo ciego, a diferencia de Pureza del Vacío, está dotado de moderación y de una gran sabiduría…

—Así pues, no te inquietes si no vuelves a verme durante un tiempo, Umara. Voy a Samyé para avisar a Ramahe sGampo de que el maestro Pureza del Vacío te tiene prisionera. Estoy seguro de que no se quedará con los brazos cruzados.

—Pero Samyé está en el otro extremo del mundo, tan cerca del Techo del Universo que subir a él quiere decir quedarse sin fuerzas. Además, son muchos los que optan por quedarse allá arriba… —murmuró ella.

A Umara le daba mucho que pensar la idea de las jornadas interminables de caminata agotadora necesarias para trasladarse desde la China central hasta el país de Bod a través de caminos angostos y escarpados, los mismos que tal vez recorría Cinco Prohibiciones, sin saber exactamente adónde ir, en busca siempre de su amada…

—Mis piernas todavía no han cumplido los veinte años y estoy en la fuerza de la edad… ¡Voy a partir mañana mismo! Ese Gran Superior lamaísta debe saber mejor que nadie lo que quiere decir ser compasivo con los demás. Seguro que no dejará que la injusticia cometa tantos estragos…

—¿Por qué haces tantos esfuerzos? —preguntó Umara, cada vez más consciente de las heridas que infligía a su amigo chino desde que habían dejado Dunhuang…

—Si pudiera decir que te he ayudado a encontrar tu felicidad, sería el más feliz de los hombres, Umara… Gracias a ti, he hecho las paces conmigo mismo… y para mí eso es algo que no tiene precio —concluyó Bruma de Polvo.

Ahora, al mirarlo, creía ver de nuevo al muchacho con la cabellera cubierta de polvo que, encaramado a un árbol del vergel del obispo nestoriano de Dunhuang, la había llamado por vez primera.

Volvía a ser aquel muchachito travieso y juguetón, libre de segundas intenciones, que había conseguido la hazaña de hacerle atravesar los muros del obispado, hasta entonces infranqueables, que se erguían ante ella, no aquel ser herido cuya mirada se obstinaba en no cruzarse con la suya en Samyé, donde el destino, por un increíble concurso de circunstancias, los había reunido.

Bruma de Polvo volvía a quererla.

—Recuerdo perfectamente lo que dijiste delante de Ramahe sGampo: que creías en la felicidad y en la desgracia… Pues bien, suscribo tus palabras. Te deseo, Bruma de Polvo, que seas totalmente feliz —dijo Umara, emocionada hasta el borde de las lágrimas.

—Veremos con el tiempo qué me reserva el porvenir en este aspecto… —le dijo él con una sonrisa, en un tono que intentaba ser lo más jovial posible.

—Suplicaré a Dios que guíe tus pasos hacia todo lo que te mereces, Bruma de Polvo.

—Si cuento contigo, dispongo de un buen intermediario para obtener de él un lugar en tu paraíso… —bromeó, desencadenando con sus palabras la hilaridad de la joven.

Pero en el momento de la despedida, cuando Umara posó sus labios en la mejilla de Bruma de Polvo, el chino volvió a estremecerse y no pudo evitar pensar que la enfermedad de amor tal vez fuera la única incurable.

Y al acurrucarse sollozando contra su pecho, la cristiana experimentó una extraña sensación mezcla de angustia, tristeza y compasión, como si su subconsciente le musitase que no volvería a ver nunca más a Bruma de Polvo, aquel chinito que estaba solo en el mundo, que no pertenecía a parte alguna y que, como acababa Umara de comprender quizá demasiado tarde, se consumía de amor por ella…

XLI

PALACIO IMPERIAL DE LUOYANG.
1 DE OCTUBRE DE 658

Wuzhao estaba excitada como una niña antes de ponerse a jugar al escondite con su mejor amiga.

Tenía la seguridad de que aquella jornada de otoño, casi estival gracias al sol restallante que no había dejado de brillar desde hacía una semana, iba a ser un día señalado.

La emperatriz de China no había convocado jamás a Nube Blanca a la capital de verano de los Tang, a la que ella seguía acudiendo pese a que se acercaban las primeras heladas.

La razón de que así fuera era precisa e imperiosa y ella pensaba comunicársela apenas finalizara el ejercicio sexual al que habitualmente se entregaban. Por eso deseaba contar con su presencia en el Pabellón de la Orquídea, elegante edículo octogonal situado en un lugar retirado del Parque de las Peonías Arborescentes que, debido a su alejamiento, permitía a Wuzhao recibir a su visitante con absoluta discreción.

—Me complace que hayas accedido a venir a Luoyang y espero que el elefante blanco no haya tenido excesivos problemas para efectuar el trayecto —dijo la emperatriz con voz aflautada a su interlocutor a guisa de bienvenida, después de lo cual cubrió con un pañuelo de seda la jaula del grillo para hacer callar al insecto.

El elefante sagrado del convento del *Único Dharma* de Peshawar, que se había convertido en inseparable compañero de Nube Blanca, tenía

fascinada a la emperatriz de China, quien soñaba en secreto con montarlo a fin de experimentar la deliciosa sensación de encontrarse en la cima de aquella montaña de carne cubierta de rojiza pelambrera que su amo no dudaba en espolvorear de blanco cuando se disponía a causar sensación en las arterias principales de la capital de los Tang.

Sin embargo, la estricta etiqueta a la que estaba sujeta la soberana se lo impedía por completo, aparte de que el paquidermo se albergaba de ordinario en una granja situada en las afueras de Chang An, lo que imposibilitaba a Wuzhao poderlo visitar de incógnito.

—El elefante blanco está alojado en la cuadra del palacio de los Huéspedes de Paso, donde los palafreneros imperiales le prodigan los más atentos cuidados —le informó el indio con una sonrisa.

—He pedido a los criados que nos dejasen tranquilos durante toda la jornada —le espetó Wuzhao enlazándolo y metiendo la mano en los holgados calzones del hombre que ostentaba la palabra «*Tantra*[17]» escrita en el vientre.

—La unión del *lingam*[18] y el *yoni*[19] puede practicarse tanto en la capital de verano del imperio del Medio como en la de invierno —dijo en tono de broma este último.

Hacía ya veinte meses que Nube Loca, alias Nube Blanca, había llegado a China central con la intención de poner sus ojos en la emperatriz.

Había aprendido suficientes palabras chinas como para hablar correctamente la lengua, aunque no conseguía dejar de pronunciar las palabras a la manera india, es decir, a sacudidas y acentuando determinados sonidos.

Sería quedarse corto afirmar que Wuzhao se había encaprichado de Nube Loca desde su primer encuentro. Un año antes había convocado al palacio imperial de Chang An a aquel adepto *tántrico*, cuya fama se había propagado por la ciudad como un reguero de pólvora. La curiosidad y la atracción que sentía la emperatriz por los individuos que se apartaban de las normas la incitó a conocerlo.

Hacía semanas que circulaba el rumor de la próxima llegada a Chang An de un individuo dotado de extraordinarios poderes y rodeado de una fama extraordinaria que lo situaba a medio camino entre un mago y un

médico, sin contar los éxitos que, junto con su maravilloso paquidermo blancuzco, conseguía entre las inmensas multitudes que se agolpaban a su alrededor para obtener una gracia, una curación o un simple favor.

Era la primera vez que oía hablar de un hombre en términos tan absolutos. Para unos era el diablo y el Mal en persona, mientras que para otros, en cambio, encarnaba el Bien en la tierra.

Después de todo, ¿acaso arriesgaba algo aventurándose a juzgar por sí misma?

El interesado, que había preparado cuidadosamente el golpe de efecto, hizo una entrada memorable en el saloncito de Wuzhao: llevaba como único atuendo un taparrabos, lo que permitió que la soberana pudiera contemplar a placer las sorprendentes marcas que decoraban su cuerpo, así como los dos aros de bronce que le perforaban las tetillas.

—Da la impresión de que os gusta sufrir —le dijo Wuzhao medio en broma, fascinada ante la lúgubre belleza de aquel cuerpo de asceta.

—¡El sufrimiento y el placer son parientes próximos! Especialmente cuando son llevados hasta sus extremos —respondió él con lentitud.

Seguidamente pasó a explicarle sin más preámbulos que la unión del *lingam* y el *yoni* procuraba una sensación de éxtasis que no se parecía a ninguna otra.

Asombrada ante la libertad de sus palabras y desconfiando de ellas en un primer momento, Wuzhao le pidió que expusiera su pensamiento; su interlocutor, medio desnudo, se contentó con cogerle suavemente la mano y ponerla sobre su vientre plano, musculoso y adornado con extraños signos que ella aún no sabía que formaban la palabra «*Tantra*» y después le hizo rozar con ella sus tetillas taladradas con dos aros que, como en el caso de todos los *yoguis*[20] iniciados, testimoniaban su capacidad de controlar el dolor.

Wuzhao todavía recordaba los estremecimientos que había sentido apenas la palma de su mano tocó la piel casi negra de aquel extraño personaje indio. Estaban solos frente a frente y el brillo de los ojos inyectados en sangre de aquel hombre la traspasó de parte a parte.

—Os propongo que probéis y así podréis comprobarlo, Majestad. Basta para ello con que deis orden a vuestros servidores de que no nos molesten

durante dos horas. Os prometo que no lo lamentaréis —le dijo Nube Loca mientras deslizaba el índice izquierdo en el círculo formado por el pulgar y el índice de la mano derecha.

Estupefacta ante aquel gesto obsceno, consciente de que tenía que habérselas con un ser fuera de lo común y temiendo caer bajo el influjo de sus encantos, Wuzhao, pese a sentir aún aquel curioso y a la par delicioso hormigueo en la mano, a punto estuvo de pedir a uno de sus chambelanes que acompañara inmediatamente a aquel hombre hasta la puerta del palacio imperial.

Pero entonces el hombre hizo algo inimaginable: delante de aquella mujer a la que veía por vez primera en su vida, apartó el taparrabos y le mostró un sexo oscuro y turgente, enhiesto como una cobra frente a su presa.

—Majestad, este *lingam* tiene el poder de proporcionar a la mujer la felicidad de una diosa si le permite penetrar su *yoni* —murmuró clavando sus ojos terribles, rojos como rubíes, en los de Wuzhao, límpidos como esmeraldas.

Era muy cierto que aquel mago no se parecía a ninguno de los hombres que Wuzhao había seducido hasta entonces. No cabía la menor duda de que era el más extraño de todos los personajes, más o menos estrafalarios, con los que se había tropezado en su vida, la mayoría de los cuales habían pasado por su cama. Pero aquél era el primero que tenía la osadía de dar el primer paso.

Fascinada ante su presunción, no tardó mucho en llegar a la conclusión, al captar la apariencia de aquel *lingam* presto a actuar, de que se encontraba delante de una criatura que estaba ya medio fuera de este mundo y que, por consiguiente, merecía su atención. Como una lanza enhiesta antes del ataque, el sexo del indio no se parecía a ninguno de los que había tenido ocasión de acariciar y lamer. Aquél era un auténtico puñal ritual capaz de infligir la más dulce e inefable de las heridas.

Pero al mismo tiempo le daba miedo…

Por eso había dudado un poco antes de decidir qué conducta adoptar.

Fue entonces cuando advirtió que, como por arte de magia, su dolor de cabeza se había desvanecido por completo.

Y la brusca desaparición de aquel terrible dolor que desde hacía dos días le martirizaba el cráneo sin darle un momento de tregua, justo en el momento en que el indio le había mostrado su sexo erecto, indujo a la soberana a querer llevar las cosas más lejos.

¿Acaso habría dejado de hacer algo para impedir que cesaran los atroces alfilerazos que irradiaban por toda su cara cuando sufría una de sus crisis?

Así pues, Wuzhao ordenó rápidamente al Mudo que impidiera entrar a nadie en su salón privado bajo ningún pretexto hasta el final de la tarde.

Seguro, pues, de estar a solas con la emperatriz, Nube Loca la condujo a través de los caminos del éxtasis del *Tantra* por la vía más directa. Empezó sus extraños oficios como quien sigue el libro de los oráculos divinos y lo primero que hizo fue desnudarla por completo con gestos lentos y precisos dignos de los más sagrados rituales. Ella se dejó hacer, extasiada ante tal seguridad: he aquí que aquel hombre llamado Nube Blanca, a quien no conocía sino desde hacía unos minutos, se comportaba con ella como si fuera uno de sus más antiguos amantes.

Wuzhao, a quien lo que más le gustaba era qué la sorprendieran, quedó sobradamente satisfecha.

Sin andarse por las ramas, el indio la penetró de inmediato con su *lingam*, hinchado y turgente, como si se tratara de un arma.

Apenas si le dio tiempo a pasar dos dedos por el sexo de la emperatriz de China, abierto y húmedo ya, antes de hundir en él la punta del suyo, duro como una piedra, para que el placer que sintió al momento Wuzhao, apenas se produjo el contacto entre su cuerpo y el de su nuevo amante, la enloqueciese hasta el punto de abolir en ella, al llegarle el primer orgasmo, el mismo concepto de espacio y de tiempo.

Fue algo mucho más intenso, y sobre todo mucho mejor, que lo que pudiera haber sentido con los otros hombres, aun siendo éstos muy numerosos —incluso con el *fangshi* taoísta cuyo sexo, pese a todo, le produjo un placer tan salvaje—, que habían precedido a Nube Blanca entre los muslos hambrientos de la emperatriz de China, cuya piel era ahora tan suave y ardiente como las colinas de arena del desierto de Gobi cuando esperaban la lluvia que las haría reverdecer.

Felizmente, la puerta del saloncito donde se encontraban estaba acolchada, lo que permitió que Wuzhao rugiera como una leona cada vez que el *lingam* nudoso de Nube Blanca, erecto como una columna votiva que arrancara de la oscuridad de su bajo vientre, liso y musculoso, la penetraba con ímpetu.

Aquella primera sesión tan concluyente fue seguida de otras a cuál más extravagante y cada vez las sensaciones fueron más intensas, como si la apoteosis se renovase al estar en brazos de aquel ser que no se parecía a ningún otro y que, cada vez que se encontraban, le enseñaba nuevas posturas del Sutra del Amor[21].

Una de las preferidas de Wuzhao consistía en pasar sus dedos índices a través de los aros de bronce que traspasaban las tetillas de Nube Loca y, agachada, ponerse a horcajadas sobre su *lingam* erecto, para sentir mejor el placer que ella misma se procuraba.

Le bastaba entonces subir, y bajar apenas el cuerpo para provocarse una primera oleada de placer y otras a continuación hasta la explosión final en la que todo lo que retenía en ella se liberaba de pronto como si toda la fuerza y la energía encerradas en el fondo de su alma saliesen de golpe sólo para provocarle el deslumbrante placer que sigue al despliegue de la serpiente de la *Kundalinî*[22] cuando subía con la boca abierta desde la zona situada entre el ano y los órganos genitales hasta el Loto de los Mil Pétalos situado en el *sahasrara*, el centro de la energía corporal que coincide con la parte superior del occipucio.

Porque ése era el momento preciso en que la *Kundalinî* «engullía» la energía encerrada en el cuerpo humano y la transformaba en «felicidad suprema»…

El ayer parecía entonces insulso, muchísimo menos intenso que el presente, y la vez siguiente todo sería con absoluta seguridad mucho más intenso todavía…

Wuzhao no se cansaba de aquel cuerpo descarnado y cubierto de perforaciones y costuras cuyo sexo, más oscuro que el resto del cuerpo, enhiesto ante sus ojos, parecía la efigie de un dios al que ella hacía la ofrenda de su boca cuando, salvajemente, se tragaba aquella espada de carne desprovista de cualquier ornamento pero suministradora del Placer

Supremo cuya lenta ascensión a través de su cuerpo ella esperaba con una impaciencia que difícilmente conseguía disimular.

A fuerza de copular con Nube Blanca en todas las posturas imaginables, incluidas las más raras, Wuzhao tenía la impresión de dominar a aquel amante como si le perteneciera por entero.

Pero la realidad era muy diferente.

Lo que había ocurrido era exactamente lo contrario, ya que era el *tántrico* quien había conseguido apropiarse del cuerpo de la mujer desde la primera vez que habían hecho el amor, hasta el punto de que ella ya no podía prescindir de sus caricias.

En la pareja extraña de relaciones extáticas que no habían tardado en formar, era sobre todo la soberana quien se había convertido en dócil adepta del yoga de la *Kundalinî* e incluso, en ciertos aspectos, en esclava de su *yogui*.

Es cierto que, para llevar a la emperatriz de China al descubrimiento de lo que era el punto culminante del éxtasis sexual, Nube Blanca no se había andado con chiquitas. Cada vez le hacía descubrir un ritual diferente cuando los dos amantes se unían secretamente al cerrarse la puerta almohadillada del saloncito privado de Wuzhao.

Era para ella una delicia sacrificarse al *lingam* de Nube Loca.

Antes del acto sexual, Wuzhao se complacía en observar, bajo aquella piel fina, las venas prontas a dilatarse, testimonio de la excepcional propensión del *lingam* de Nube Blanca a enderezarse cual si fuera un *naga*[23] furioso pronto a abalanzarse sobre su presa.

Pero lo que ella consideraba con el mismo interés que la más preciosa de las reliquias de Buda era la punta terminal de aquella lanza musculosa, rosada como un capullo de peonía, pero dura y fina como el interior de una concha, cuando se disponía a aplicarle, con agobiante fiebre, la receta infalible que suponía la acción de la lengua.

Desde relaciones desbocadas a placeres compartidos y finalmente a éxtasis comunes, el miembro de Nube Loca se había convertido en una especie de estilete capaz de escribir en letras de fuego en la piel de la emperatriz el texto esotérico del yoga de la *Kundalinî* y el dominio que predicaba del conjunto indisociable de cuerpo-espíritu.

Así fue como el espíritu curioso de Wuzhao no dejó de impresionarse ante lo que le explicó Nube Blanca acerca de la utilización ritual de la sexualidad que ellos sabían llevar tan bien a la práctica.

Aun sin pretender, como Nube Loca la habría incitado a ello de buen grado, aplicar al budismo el ritual *tántrico* con el fin de aportar a la Noble Verdad del Bienaventurado un suplemento de fuerza, Wuzhao deseaba simplemente domesticar la extraordinaria potencia que nacía de la unión entre la energía roja de la vulva femenina, a la que Nube Blanca daba el bello nombre de «*yoni*», y la energía blanca que salía del *lingam* de su pareja.

Para la emperatriz de China, ni la época ni las circunstancias, más bien favorables, eran propicias para refrenar tales ardores. Gracias a la confianza que tenía en el indefectible apoyo a su causa de las comunidades chinas del Gran Vehículo, al influjo que ejercía sobre su esposo, cada día más inválido a causa de la progresión de su enfermedad, y a su habilidad para refrenar los incesantes ataques de sus enemigos, Wuzhao se sentía cada vez más poderosa.

Aquel día, pues, consideró que estaba disponible para intentar aquella experiencia con Nube Blanca, al tiempo que permanecía fuera del alcance de los ataques que aquel nuevo capricho no dejaría de atraerle.

Transcurridos unos meses de práctica, la exaltación de sus sentidos provocada por el ejercicio sexual semanal al que se libraba la dejó más serena que nunca.

El único grano de arena que turbaba tan dulce euforia tenía, en realidad, un nombre: Umara. La emperatriz de China juzgaba sobremanera nefasto e injusto el secuestro de aquella cristiana tan seductora.

—¿Por qué no me la confiáis a mí? La mantendré en lugar secreto al igual que hacéis vos, pero el marco por lo menos será diferente. Podría pasearse por el Parque de las Peonías Arborescentes —sugirió a Pureza del Vacío en el curso de una de sus conversaciones.

—Esta muchacha sabe muy bien dónde se encuentran las santas reliquias necesarias para nuestros proyectos comunes. Mientras no hable, queda totalmente descartado que pueda dejarla salir de su encierro —declaró el gran maestro sin ambages.

—¿Y si yo os proporcionase cortes de seda para confeccionar vuestros pendones? ¿Haríais entonces ese gesto? —le preguntó ella, algo molesta ante su rigidez.

Gracias a la reciente erradicación de la epidemia que afectaba al *bómbice*[24], se había reanudado lentamente la producción de seda en las manufacturas imperiales chinas, lo que había atenuado la penuria y hecho menos crucial, para las empresas de la soberana, la llegada a la China central de la tela clandestina fabricada por los maniqueos. Wuzhao sabía, por tanto, que podría mantener sin excesivas dificultades la promesa que había hecho a Pureza del Vacío.

—El viento sopla a vuestro favor, Majestad —murmuró con una sonrisa el gran maestro de Dhyâna, con la expresión de quien se dispone a dejar siempre las puertas abiertas.

Una vez más, Wuzhao había puesto en juego tesoros de habilidad para conseguir sus fines.

A fuerza de hacer presión en el Ministro de la Seda, Virtud de Fuera, utilizando el nombre del propio Gaozong y arguyendo que era para uso vestimentario personal del emperador, procuró al Superior de Luoyang unos soberbios cortes de moaré de seda rojo y blanco que él envió de inmediato a los talleres de bordado y pintura del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, de donde no tardarían en salir una decena de pendones votivos… mientras que, sobre la marcha, se apresuró a convocarlo y a pedirle nuevamente si por fin estaba dispuesto a confiarle a Umara.

—Majestad, no os digo que no —se limitó a responderle el interesado —. Y, dicho esto, deberíais reflexionar… —añadió con voz dulce y su inimitable tono impávido, que tan bien sabía utilizar.

—La suerte de esta joven es injusta. ¿Cómo podéis estar seguro de que sabe dónde están esas reliquias si tenemos en cuenta que la cueva dónde estaban escondidas fue saqueada?

—¡Una reliquia santa como ésa no desaparece nunca! El Bienaventurado vela sobre todo lo que deja en manos de los hombres.

—Creía que la doctrina del Gran Vehículo ponía más bien el acento sobre la meditación sentada al objeto de alcanzar la vía de la liberación que

en la adoración de las santas reliquias según la practican los monjes de la India…

—La potencia del Gran Vehículo se asienta en el número de sus monjes; la formación y sustento de dichos monjes son cada vez más onerosos. De modo que cada día necesitamos más dinero, Majestad…

—Si he entendido bien, vuestro objetivo consiste en organizar una peregrinación más. Ya no os basta con los Gemelos Celestiales —le lanzó ella en tono de broma.

—Desde que expongo esos niños a la multitud de devotos, el dinero afluye como nunca. Si, además, pudiera añadir los Ojos de Buda, nuestro monasterio podría adquirir inmensos terrenos muy bien situados en pleno centro de la ciudad.

—¿Para qué los queréis?

—Pues para revenderlos al Estado. Y aquí, Majestad, vuestro precioso concursó sería decisivo —le replicó con viveza el jefe del *Mahâyâna* chino.

—Si he entendido bien, contáis conmigo para obtener, llegado el momento, la máxima plusvalía… —murmuró Wuzhao, asombrada al ver tanta marrullería y maquiavelismo.

—Exacto. Os mentiría si lo negase.

—¿De qué modo facilitaría tal cosa mi ascensión al trono de China? —exclamó, con un nudo en la garganta por haber osado por vez primera en su vida formular con palabras de manera explícita aquel designio suyo.

—Es muy sencillo, Majestad: gracias a un texto apropiado fijad en las puertas de diez mil pagodas chinas, es indudable que el Gran Vehículo tomaría partido oficialmente por vos.

—¡No bastaría con una simple declaración! Haceos cargo de que habría que conseguir que la corte admitiera que el emperador de China, el que recibe en el Mingtang[25] la orden celestial de presidir los destinos del pueblo chino, fuese una mujer… —exclamó la emperatriz, jadeante al pensar en los innumerables obstáculos que se interpondrían en su camino antes de que pudiera convertir su sueño en realidad.

—Sin duda, pero creo que tengo la solución… —añadió misteriosamente Pureza del Vacío.

Fue preciso que Wuzhao insistiera enérgicamente para que su interlocutor se aviniera a precisar sus sibilinas palabras.

—Cierto devoto más instruido que los demás entre los que acuden todas las mañanas a besar el vestido de los Gemelos Celestiales, al saber que vos erais la protectora oficial de esos dos niños, pretendió que erais una prefiguración del Buda del Futuro *Maitreyai*. Lo cual hizo que se me ocurrieran ciertas ideas…

—¡Explicaos! —soltó ella, excitada por la loca esperanza que hacía nacer en su corazón.

—La hipótesis de ese hombre es difícil de desmentir debido a que se trata del Buda de mañana, sobre el cual no sabe nadie ni cuándo vendrá ni bajo qué forma… Mi prestigio intelectual me permitiría, pues, corroborar esa idea sin correr el riesgo de que vuestros enemigos jurados desmintieran mis palabras. Me bastaría, por ejemplo, con escribir un sutra que serviría para desarrollar esta hipótesis y que acabaría por conferirle validez. En él, sin necesidad de citaros, figuraría el retrato de vuestra prefiguración, en la que todo el mundo os reconocería sin esfuerzo. Incluso tengo idea del título.

—Podría llamarse perfectamente el Clásico de la Nube Importante[26] —declaró, con aire de persona enterada, Pureza del Vacío.

—¡Qué extraño! Soñé que yo era una reencarnación de *Maitreyai*, el Buda del Futuro —exclamó la emperatriz que, aunque se trataba de un sueño recurrente, jamás se habría atrevido a hacer a nadie partícipe del mismo.

Pero si la emperatriz había descubierto hasta dónde estaba dispuesto a llegar el Superior de Luoyang para disponer de los Ojos de Buda, por lo menos la conversación la había tranquilizado en su voluntad de sacar del Lë las piedras premonitorias que dormían en su lecho.

Así pues, aquel día tenía una idea precisa cuando comenzó a acariciarse lentamente el *yoni* en el momento en que Nube Blanca la penetraba con su turgente *lingam*.

Wuzhao contaba con que el elefante blanco la ayudaría, ya que ésta era la única razón que justificaba que hubiera pedido a Nube Blanca que se reuniera con ella en Luoyang. Necesitaba la fuerza colosal del paquidermo

para sacar del agua aquellas rocas que el Mudo apenas había conseguido mover al lanzarse a las aguas del río para salvar a la pequeña Joya.

Ahora, pues, conseguida su dosis de placer, lo único que le urgía era dirigirse a las orillas del Lë.

—Tengo necesidad de los servicios de tu elefante blanco —murmuró al oído de Nube Loca cuando éste, sumido en éxtasis tras haber ingerido subrepticiamente una de sus píldoras, se echó a dormir en el suelo de la habitación.

—No tengo más que ir a la cuadra, Majestad. El animal está a vuestra disposición, por supuesto —dijo Nube Loca bostezando después de levantarse, extenuado a causa del ejercicio sexual practicado con Wuzhao.

—¡Ve a buscarlo, entonces!

Unos instantes más tarde, conducido por Nube Loca, el inmenso paquidermo de piel rosada cuyas grandes orejas abanicaban el aire se contoneaba delante de la emperatriz de China, que había salido expresamente a recibirlo en el umbral del Pabellón de las Orquídeas.

Wuzhao se acercó al animal y puso la mano sobre su inmensa frente recubierta de pliegues.

Situado al lado de la enorme bestia, Nube Blanca le hizo pensar en *Puxian*, el *bodhisattva Samantabhadra*[27], que también tenía un elefante por montura. Y se dijo para sus adentros que si Nube Blanca poseía aquella aura especial seguramente era porque muchos devotos budistas debían de estar convencidos de que *Puxian* y el indio de las tetillas perforadas eran una misma persona…

—¿En qué puede serviros este elefante, Majestad?

—Quiero que saque ocho grandes rocas que están sumergidas en el lecho del río. Son demasiado pesadas para las fuerzas humanas, ¿verdad, Mudo? —dijo Wuzhao dirigiéndose al gigante turco-mongol, cuya expresión aviesa daba testimonio del odio profundo que le inspiraba Nube Blanca.

—Busca tres gruesas cuerdas de cáñamo —añadió la emperatriz sin prestar la más mínima atención a la mirada furibunda que su factótum dedicó al hombre que llevaba la palabra «*Tantra*» escrita en el vientre.

Cierto es que, hacía apenas unos momentos, el gigante los había visto haciendo el amor como dos bestias en celo, loco de celos y embriagado de deseo, desde la galería del Pabellón de las Orquídeas donde se había escondido con disimulo.

Wuzhao no se había abandonado nunca en sus brazos como en los de aquel indio de ojos inyectados en sangre que pasaba el tiempo ingiriendo a hurtadillas unas pildoras oscuras que llevaba en una bolsita de cuero escondida en el bolsillo.

El Mudo también había comprobado, no sin amargura, que aunque el sexo de Nube Blanca no era ni tan grueso ni tan largo como el suyo, la emperatriz parecía gozar diez veces más con su rival que con él.

—¡No saber dónde encontrar! —dijo a la emperatriz con su inimitable jerga.

—Encontrarás rollos enteros en el cobertizo. ¡Anda, date prisa! Sabes que no me gusta esperar —le replicó ella secamente.

El factótum encargado de transportar el grillo obedeció de mala gana y acabó por aparecer unos momentos más tarde con los brazos cargados de pesadas cuerdas del tipo de las usadas para arrastrar los buques que navegaban por el canal imperial que unía Chang An con Luoyang.

Después, al ritmo lento y majestuoso del paquidermo sagrado del convento del *Único Dharma* de Peshawar, se encaminaron los tres en procesión hacia la orilla del río. ¡Había que ver la transformación de Wuzhao!

Convertida en una especie de capitán en plena batalla, daba a los dos hombres órdenes precisas que éstos ejecutaban dócilmente, tan pronto comprobando cómo estaban atadas las cuerdas en el pecho del animal como inspeccionando la zona donde debían depositarse las rocas después de izadas o, en fin, haciendo cálculos en relación con la pendiente y la altura de la orilla cubierta de hierba.

El bello rostro de la soberana tenía ahora la dureza propia de un general en jefe que pretendiera poner orden en sus tropas antes de la batalla.

—Mudo, tú te zambullirás y atarás con una cuerda la primera piedra y después el elefante tirará de ella para subirla a la orilla —ordenó al interesado.

—Majestad, ¡agua muy fría! —se lamentó el infeliz tras mojarse en ella el dedo gordo del pie.

—Haz lo que te he mandado —insistió Wuzhao al Mudo, que obedeció de mala gana.

Mientras Nube Loca se eclipsaba detrás de un árbol para ingerir la indispensable píldora, el gigante turco-mongol se sumergió en las aguas heladas color de jade.

Wuzhao tenía los ojos fijos en los círculos concéntricos bajo los cuáles su factótum de la lengua cortada acababa de desaparecer y vigilaba su salida de las aguas. Cuando reapareció por fin con el cráneo cubierto de algas tras algunos minutos que a la emperatriz se le antojaron siglos, ésta quedó pasmada al oírle anunciar con aire contrariado:

—¡Demasiado difícil! ¡No es posible!

Wuzhao intuyó de pronto que pretendía extorsionarla.

Aprovechando que Nube Blanca se mantenía aparte, se agachó al borde de la orilla y, acercándose al gigante turco-mongol, rozó con la lengua su boca entreabierta en el momento de tomar aliento.

—¡Si consigues atar las rocas con la cuerda, serás recompensad a partir de esta misma noche! —murmuró ella recurriendo a su sonrisa más seductora.

Desde el escote de su corpiño se le ofrecían los senos firmes de Wuzhao, cuyos pezones con sabor a mango tanto le gustaba chupar al Mudo. Sin vacilar un momento, volvió al fondo de las aguas y reapareció asiendo, triunfante, con la mano los dos extremos de la cuerda que, por milagro, había logrado deslizar debajo de una de las enormes piedras.

El paquidermo rosado ya estaba preparado para tirar de las cuerdas atadas alrededor de la roca que, a la manera de arnés, rodeaban el pecho del animal.

—Nube Blanca, ¿quieres dar orden al elefante de que tire de la cuerda? —dijo la emperatriz a aquel de sus amantes que llevaba escrita en el vientre la palabra «*Tantra*».

Bastó que éste acariciase suavemente la parte trasera de la oreja derecha del elefante blanco para que el animal avanzase unos pasos sin esfuerzo

alguno, uncido a las gruesas cuerdas que se hundían en el Lë. No tardaron en ver aflorar en el agua una primera roca de tono verdoso.

La emperatriz de China no supo reprimir un grito de alegría al contemplar aquel enorme cubo de piedra recubierto de musgo. En seguida sacó un plátano de una bolsa que llevaba y lo introdujo en la boca del paquidermo, que levantó la trompa en señal de agradecimiento.

Al cabo de un momento podían verse alineadas en el césped que bordeaba el río ocho rocas cúbicas de dimensiones parecidas.

Mientras los dos hombres, extenuados por el esfuerzo, se desplomaban al pie de un árbol ante la mirada divertida que parecía dirigirles el elefante sagrado de Peshawar, Wuzhao se precipitó hacia aquellas piedras venerables que a partir de ahora serían sus aliadas decisivas.

Con el corazón latiendo descompasadamente, pasó la mano por encima para quitarles aquella extraña gelatina verde que las cubría, lo que reveló diversos puntos de su superficie. No era difícil eliminarla, bastaba con el borde de la mano para retirarla.

No tardó mucho en comprobar que en las rocas no había inscripción alguna ni nada grabado.

Entonces, precipitadamente, después de comprobar que sus compañeros seguían durmiendo, volvió a colocar sobre las piedras la masa de algas que acababa de retirar.

Ante ella, ahora, aquellas enormes piedras verdosas, vírgenes de cualquier tipo de escritura y, de hecho, absolutamente banales, restos probables de una arquitectura desaparecida —¿un puente, tal vez?—, sumergidas en aquel lugar por razones que sin duda alguna nada tenían que ver con la leyenda, parecían desafiarla.

Se sentía decepcionada y aliviada a un tiempo: ya que las piedras estaban desprovistas de cualquier inscripción, por lo menos dispondría de tiempo para hacerlas grabar.

Recordó las palabras de Pureza del Vacío sobre una posible reencarnación del Buda *Maitreyai* en su persona; recordó la intransigencia del gran maestro de Dhyâna con respecto a los Ojos de Buda; había oído el rumor, llegado desde las profundidades de la China, que aseguraba que Nube Loca era la reencarnación del *bodhisattva Puxian*; pensó en el

respeto, la reverencia y casi el terror que suscitaban los Gemelos Celestiales cuando los paseaba en su palanquín por la ciudad.

¿Acaso todos esos hechos no demostraban lo mismo?

Cuando lo sagrado y lo irracional irrumpían en el espíritu de los hombres, no había nada que pudiera oponerse.

¿Tenía Wuzhao necesidad de Pureza del Vacío y de su Sutra del Clásico de la Nube Importante?

¿No le bastaba con poner hábilmente en escena el descubrimiento de las rocas, previamente decoradas con los caracteres adecuados? Sin duda que entonces la noticia de que la emperatriz Wuzhao era una posible reencarnación de *Maitreyai* se propagaría por toda China como un reguero de pólvora…

Ya veía qué papel desempeñarían en todo aquello los Gemelos Celestiales: gracias a su milagrosa mediación ella habría descubierto la existencia de aquellas famosas piedras adivinatorias, sumergidas en el fondo de las aguas glaucas.

Todo sería posible entonces y conseguir aquel mandato del cielo no sería más que una formalidad.

De pronto pensó con nostalgia en Umara, la cristiana nestoriana. ¡Hubiera dado cualquier cosa para que aquella joven a la que sentía tan próxima, sin duda porque seguía el camino inverso del suyo, estuviera allí, ante ella, junto al Lë!

Wuzhao encontraba en Umara muchos ecos de su propia voz: la misma deslumbrante belleza aliada a la inteligencia; la misma tenacidad y el mismo carácter apasionado y resuelto; la misma búsqueda de un absoluto aparentemente inaccesible.

Pero a diferencia de la emperatriz de China, la muchacha cristiana había puesto todas sus cualidades al servicio de la búsqueda de la felicidad, mientras que Wuzhao, que estaba mucho más sola en el mundo que ella, perseguía su sueño loco en pos del último peldaño del poder supremo.

Sólo el porvenir separaría sus caminos. ¿Qué posibilidades tenían de alcanzar sus objetivos respectivos? En este aspecto, ni una ni otra estaban al final de las penalidades que encontrarían ni tampoco al final de las sorpresas…

—¿Puedo pedirte un favor, Nube Blanca? —murmuró Wuzhao al interesado, sacudiéndolo para despertarlo.

—Decid, Majestad.

—Todavía tengo que pedir un favor más al elefante blanco.

—Os escucho.

—Deberá transportar esas ocho piedras a un rincón del parque del Palacio de Verano, procurando que nadie, absolutamente nadie, esté al corriente de los hechos.

La mirada de Wuzhao se hizo en aquel momento tan implacable que hasta el mismo Nube Loca tuvo dificultades para sostenerla.

XLII

CIUDADELA DE PALMIRA

«¿Necesitáis alguna cosa, princesa?». Ésa fue la frase pronunciada por una gruesa y vulgar gobernanta, una mujer que tenía más pliegues en la piel que un elefante y a quien se le escapaban las lorzas del vientre por encima del holgado pantalón de algodón negro ceñido al talle.

Para asegurarse de que a Luna de Jade no le faltaba nada y seguramente para tenerla más vigilada, la matrona hacía frecuentes irrupciones en la habitación pavimentada con losas de mármol donde la joven china pasaba sus días encerrada bajo doble llave.

La esposa de Punta de Luz, con aire cansado, le hizo comprender que una bebida, aunque fuera tibia, le sentaría muy bien.

Debido al calor agobiante que transformaba el ambiente de la habitación en el de un baño turco, la china no soportaba el olor de los granos de incienso y las semillas de jazmín que todas las mañanas esparcía sobre el pavimento multicolor la misma mujer que ahora le ofrecía un vaso de té de cardamomo que se apresuró a beber.

El sol era tan intenso que Luna de Jade, pese a no tener nada que hacer, descartó asomarse a la ventana de la suntuosa cámara que le servía de cárcel.

Desde la fortaleza de Palmira donde estaba recluida, alucinante castillo que, cual araña, se encaramaba en lo alto de un abrupto espolón rocoso al que se accedía a través de un angosto sendero rematado por una escalera

tallada en la roca, la vista de la antigua Tadmor, que entonces llevaba el bello nombre de «Ciudad de las Palmeras» o Palmira, era extraordinaria.

Luna de Jade se recreaba en ella durante horas desde la mañana a la noche sin cansarse nunca de aquel increíble espectáculo creado por los hombres hacía milenios.

Entreveía a lo lejos las hermosísimas ruinas del mundo romano envueltas en la neblina bajo el sol implacable de aquel final de verano: el teatro, donde tantos actores habían declamado durante siglos a los grandes autores latinos y griegos para deleite de la alta sociedad mercantil que había hecho las riquezas de la ciudad, así como el templo del dios *Baal*, de origen babilonio, que reinaba sobre el sol, la luna y los planetas, pero que también era considerado el gran maestro del destino de los hombres… y sobre todo la célebre columnata que era ornato de la calle principal de la ciudad y que, contrariamente a las calles adyacentes, no estaba empedrada a fin de impedir que los camellos resbalasen al circular por ella.

Al final de aquella importante calle, en medio de un batiburrillo de tiendas y edificios más precarios, se encontraba el célebre mercado del incienso, punto de arribo de la ruta procedente de la «Arabia Feliz», centro principal de producción de la «goma arábiga».

Palmira no sólo estaba perfumada por el incienso y las especias, sino que allí se encontraban también las mejores frutas y verduras, las confituras y repostería más refinadas, así como la carne de cordero de mejor calidad de todo el Medio Oriente, la cual era asada por unos vendedores ambulantes que rellenaban con ella unos panecillos ácimos calientes recién salidos del horno.

Pero la pobre Luna de Jade jamás había podido pisar la «Ciudad de las Palmeras» ni disfrutar de sus innumerables perfumes y delicias culinarias.

Ya que, aunque los muros de su habitación eran de mármol rosa y las baldosas que cubrían el suelo estaban recubiertas de alfombras persas a cuál más suntuosa, la esposa de Punta de Luz era prisionera de un sultán.

Cuando, el día mismo de su llegada, fue presentada al soberano por vez primera, pese a su intención de causarle buen efecto temblaba de pies a cabeza.

Pero la concupiscencia que dejaba traslucir la mirada de aquel hombre obeso y peludo como un mono la llenó de horror y de asco. Tras mucho mirarla y evaluarla, el grueso sultán velludo, que no hablaba una sola palabra de chino, reclamó la presencia de un intérprete.

—El sultán Rashid querría que le indicaseis de qué ciudad de China sois originaria —fue la primera pregunta del intérprete, un sogdiano de rostro picado de viruelas que hablaba como mínimo seis lenguas, entre ellas el árabe y el chino.

Los labios de Luna de Jade, con gran riesgo para el bienestar del jefe *tujüe* que la había negociado con el sultán Rashid a cambio de una suma exorbitante, no se movieron siquiera.

Éste había dado entonces unas órdenes breves y unos guardias la condujeron a aquella cámara embaldosada de mármol donde, apenas la encerraron, se desplomó sobre la mullida cama de la alcoba.

Sola por fin, Luna de Jade derramó todas las lágrimas que retenía en su cuerpo.

Esperaba aquel momento desde hacía semanas para poder lavar su espíritu y su corazón de aquel dolor inaudito que se había instalado en ellos desde que perdiera al hijo que llevaba dentro.

Hasta entonces, encerrada en su sufrimiento, apretando con fuerza los dientes como buena luchadora que era, había conseguido no abandonarse al llanto.

De hecho, sería quedarse corto afirmar que el viaje de la joven se había iniciado en circunstancias dramáticas, ya que, después de cinco días de cabalgar sin descanso en el infatigable corcel del jefe de los *tujüe*, pegada a la espalda de éste, había abortado en plena noche, mientras el convoy estaba acampado al pie de un peñasco.

Sola, mordiendo un pañuelo para no gritar, había expulsado el feto muerto junto a la salida de una anfractuosidad de la muralla natural, después de obedecer el reflejo de alejarse del grupo para no despertar sospechas y mientras todos los demás roncaban a más y mejor, muy lejos de sospechar que tenía un aborto.

A la mañana siguiente estaba tan débil a causa de la hemorragia que apenas pudo hablar cuando el jefe de los *tujüe*, al verla tan pálida, le

preguntó con grandes gestos si no se encontraba bien.

—No es nada. El canto de una lechuza me ha turbado el sueño… —se contentó con responder la muchacha.

Para la desgraciada Luna de Jade, el resto del viaje se convirtió en una pesadilla.

¡Tenía que ser fuerte para no desfallecer! El camino de Turfan a Bagdad fue interminable. Como una autómata, crispada a consecuencia de los sufrimientos morales, Luna de Jade atravesó numerosas ciudades-oasis. Después de Yarjoto, cuyo nombre chino era Jiaohe, encaramada en una colina de *loess*[28] en la confluencia de dos ríos a pocos días de marcha de Turfan, tuvo que cubrir etapas mucho más largas para atravesar Korla, al norte de la cuenca del Tarim, y seguir los Montes Celestes Tianshan, cuyas peñas estaban perforadas por cuevas en cuyo interior había ermitaños del Gran Vehículo rezando.

Con el corazón en un puño por ser la patria de Punta de Luz, descubrió la ciudad de Kucha, agazapada entre huertas de albaricoqueros cuyos frutos tenían la piel suave de los bebés y ciruelos de frutas rosadas que crecían en los surcos de los viñedos.

De buena gana habría burlado a sus raptores, pero estaba bien guardada, vigilada por el jefe *tujüe*, sobre el cual había averiguado que se llamaba Kaled Jan, un hombre que no la perdía un momento de vista.

Después del memorable «corredor de arena», larga franja desértica en la que sólo crecían raquíticas plantas espinosas que se tardaba dos semanas en atravesar, aparecieron los primeros contrafuertes del Pamir en una región donde persistía una cruel carestía de agua. Llegaron después a Aksu, donde se preocuparon de llenar las jarras y odres de cuero tras haber pagado el escote correspondiente al jefe de las fuentes de la municipalidad.

Fue entonces cuando descubrió aquel inmenso cafarnaún de Kashgar —Kashi, en chino—, la ciudad más alejada del mar de todo el mundo, donde el sector de los mercaderes de seda estaba rigurosamente vigilado por hombres armados que se encargaban de actuar como filtro de entrada.

Kashgar representaba entonces para la cultura y el comercio del mundo lo que la línea divisoria de aguas representa para los ríos: a uno y otro lado

de aquel oasis mercantil actuaban fuerzas de atracción e influencia, de un lado hacia Oriente y del otro hacia Occidente.

Rebasada esta ciudad profundamente cosmopolita y, para un chino, tan occidentalizante, las huellas de la cultura china, ya escasas, iban disminuyendo poco a poco como disminuyen las gotas de agua al cesar la lluvia, no ya sólo en los rasgos fisionómicos de las personas sino también en la forma de los tejados y en las costumbres alimentarias.

Únicamente la seda, esa materia excepcional, seguía testimoniando el refinamiento de una extraordinaria civilización tan remota como desconocida.

El convoy de los secuestradores de Luna de Jade había tenido que afrontar después llanuras áridas y desoladas en las que se abrían enormes fallas rocosas bajo los cascos de aquellos pequeños *caballos ferghaneses*[29] que sudaban sangre y a los que se calificaba de «celestiales». Gracias a su agilidad y a pesar de sus locas galopadas, aquellos corceles evitaban romperse las patas, ya que esto habría obligado a sus jinetes a matarlos sin piedad para que no se convirtieran en presa de las garras terribles y picos acerados de los buitres, que los habrían despedazado vivos.

Tras semanas de cabalgar durante toda la jornada, la pobre chinita ya no se sentía el vientre, las piernas ni la espalda cuando, después de dejar a la derecha la ciudad de Bujara, atravesaron el río Amu-Daria y, habiendo pasado jornadas tan largas como monótono era aquel paisaje desolado, acabaron por llegar a Meched, en Bactriana, y a continuación a Ispahán, en Persia.

Luna de Jade entonces, contra su voluntad y pese a que la separación de Punta de Luz continuaba atormentando sus días y sus noches, entró en un mundo cuya existencia ni siquiera sospechaba.

No había nada que se pareciera a lo que ella había visto en época pasada: desde el color del cielo, donde ni una sola nube turbaba la intensidad del azul, hasta la blancura de las colinas y montañas que se confundía inextricablemente con la arena del desierto.

Era un paraje donde la Ruta de la Seda se convertía en una pista barrida por el viento cargado de arena que borraba las huellas de las raras caravanas que la atravesaban, obligando al viajero a estar siempre al acecho si no

quería extraviarse en algún valle perdido donde nadie habría encontrado nunca su cadáver momificado.

Después de tanta aspereza y desolación, la súbita visión de la ciudad de Bagdad, primero como una imagen temblorosa, tuvo que fascinarla por fuerza. Bulbos construidos con ladrillos rosados coronaban los innumerables palacios de aquella majestuosa ciudad acurrucada entre dos bucles del río Tigris, que conservaría durante largo tiempo su condición de capital orgullosa e independiente.

En Bagdad, que todavía se llamaba Baudac porque allí ya se fabricaban suntuosos «*baldaquines*[30]» de «*nasidj*», palabra árabe que designaba el brocado de seda, los precios eran desaforados, ya que la población de aquella ciudad refinada y casi tan hermosa como Chang An, encrucijada comercial inevitable de la zona occidental de la Ruta de la Seda, estaba habituada al lujo.

Apenas llegó, unos esbirros de inquietante catadura, cuyas espadas largas y curvas les golpeaban los flancos, condujeron a Luna de Jade al harén.

El ambiente que reinaba en el palacio de aquel reyezuelo la desanimó y más aún el del harén, donde una vieja cortesana china, olvidada hacía lustros por un embajador de los Tang, la puso al corriente de la suerte que la esperaba con todo lujo de sórdidos detalles.

—Tienes que saber que el rey es muy aficionado a la puerta de atrás. Te conviene prepararte untándotela con grasa de cordero antes de ir a parar a sus brazos… —le susurró con aire de entendida aquella vieja desdentada cuyo fétido aliento la obligó a retroceder un paso.

En el Templo del Hilo Infinito de Chang An, en los tiempos en que era la favorita de los obreros, se había negado siempre a darles paso a aquella puerta a pesar de las súplicas de sus pretendientes, algunos de los cuales estaban dispuestos a pagar un alto precio por aquel favor.

—Como se me acerque, le rompo ese jarrón en la cabeza… —exclamó la muchacha señalando una soberbia pieza de cerámica multicolor de la que parecía brotar un inmenso lirio.

—En tal caso, será tu cabeza la que rodará por los suelos. Yo que tú me preguntaría si vale la pena ceder en una cuestión secundaria cuando está en

juego una cosa esencial… —concluyó con la misma voz dulzona la cortesana desairada, a quien la perspectiva de ver rodar a los pies del verdugo el bello rostro de aquella muchacha parecía complacer en gran medida.

Para alivio de la interesada, la salida en dirección a Palmira resolvió tan espinosa cuestión. En realidad, sus secuestradores no tenían intención de dejar a Luna de Jade en Bagdad, que sin embargo era el término previsto del periplo, porque el reyezuelo local había torcido el gesto al enterarse del precio que pedía el jefe *tujüe* por aquella chinita de tan extraordinaria belleza. Tras una conversación más bien viva con aquel potentado tan avaro, Kaled Jan decidió que prolongaría hasta más lejos su recorrido a través de la Ruta de la Seda y ofrecería a Luna de Jade al sultán de Palmira.

—¡Tendrás que ser muy amable con el sultán Rashid! —se contentó con ordenarle el jefe de los *tujüe* cuando entraban en Palmira y pasaban debajo del arco de triunfo formado por ramas de olivo para internarse en la calle principal flanqueada por la célebre columnata romana de capiteles corintios cuya longitud superaba un kilómetro, ponderada por todos los viajeros.

Apenas había tenido tiempo de deleitarse con el frescor del inmenso palmeral que separaba la ciudad de la fortaleza del sultán Rashid cuando fue conducida ante este último acompañada del jefe *tujüe*, que tenía prisa por presentar a su cliente la innegable calidad de la «mercancía» prometida.

Al día siguiente de su llegada a la fortaleza de la «Ciudad de las Palmeras», después de una noche en la que por fin consiguió dormir y aliviada por haber podido llorar a sus anchas, compareció de nuevo ante el sultán en presencia de otro intérprete cuya prestancia, desde el primer momento, no la dejó indiferente.

—El sultán me manda que pregunte a la princesa si ha dormido bien —inquirió el hombre.

Su barba y su bigote, cuidadosamente recortados, destacaban en la piel mate de su rostro de nariz fina y ojos negros, resaltados con el *khol*[31].

—La cama de mi habitación es bastante cómoda, desde luego —se limitó a responder, para alegría del gordo sultán, encantado de comprobar que la muchacha había abandonado su mutismo.

—Vuestra Señoría, la princesa Luna de Jade se encuentra en inmejorable disposición; creo que ya es hora de volver… Desde hace varias semanas, me esperan mis superiores en la prefectura de Kang[32]. Creo que la calidad de la mercancía no os decepcionará… —manifestó hábilmente al sultán Rashid el jefe de los *tujüe* Kaled Jan.

Aquella mentira oportuna no tenía otro objetivo que obligar al sultán, a quien el precio exigido por la posesión de la chinita hacía titubear un poco.

El guapo intérprete tradujo fielmente las palabras del *tujüe*, que tenía prisa por cobrar el dinero que pedía por Luna de Jade antes de que se produjera un incidente ulterior que comprometiera aquella transacción excepcional.

El soberano, con los ojos fijos en el cuerpo esbelto de Luna de Jade, que se adivinaba espléndido bajo la túnica de finísima seda con la que, como una nube, la había vestido por la mañana la gorda gobernanta, dejó oír unas frases dirigidas al *tujüe*.

—Se acepta. Pasa a ver al ecónomo, que te pagará lo que se te adeuda. El sultán desea que, cuando se presente la ocasión, digas a tus superiores que sus tarifas de compra de rehenes son elevadas en exceso tratándose de reinos dignos y orgullosos pero desprovistos de riquezas como el suyo.

Kaled Jan se puso en camino con presteza sin olvidarse de hacer las tres reverencias protocolarias, mientras la chinita maldecía al culpable de que ahora se encontrara frente a aquel hombre gordo y repugnante, velludo como un mono.

De modo que la pobre Luna de Jade se descubría ahora rehén y princesa a un tiempo.

Cuando el intérprete que le parecía simpático la acompañó a la suntuosa cámara de aislamiento, no pudo evitar preguntarle la razón de aquel tratamiento de favor.

—Dado vuestro rango, el trato es el normal. La corte china se aviene al intercambio de rehenes para mantener la paz con los reinos que todavía no están bajo su tutela. Un príncipe sogdiano o sasánida a cambio de un príncipe chino, como se ha visto muchas veces. Como princesa, cuando llegue el momento también seréis objeto de intercambio. La corte de Chang An retiene actualmente prisionero a un embajador árabe bajo el pretexto de

que ese hombre no pudo satisfacer el derecho de entrada en moneda china y en cambio iba seguido de una mula cargada con un saco lleno hasta los bordes de monedas de oro puro.

—O sea, que debo servir de moneda de canje —murmuró, llena de alarma.

—Pues es muy posible… Todo dependerá de la decisión del sultán Rashid… Si alguien proviene de una de las más nobles familias chinas, su peso es fuerte en las relaciones diplomáticas.

—¿Cómo es que conocéis mis orígenes? —se aventuró a preguntar la muchacha con voz temblorosa.

—El jefe *tujüe* nos ha puesto al corriente con todo detalle. Tranquilizaos, aunque el sultán no parece insensible a vuestros encantos, conoce demasiado bien lo que valéis en dinero para arriesgarse a tocar uno solo de vuestros cabellos —le dijo el intérprete con una gran sonrisa.

—¿Quién sois vos para abrigar tales certidumbres?

—Mi nombre es Firuz y desempeño la función de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario del sultanato de Palmira y de Bagdad. No trato de impresionaros, querida princesa, sino sólo de informaros.

—Sois muy amable, Firuz —se limitó a responderle la joven mientras seguía maldiciendo para sus adentros al jefe *tujüe* que no había dudado en hacerla pasar por princesa Han de encumbrada estirpe cuando, en realidad, era hija de unos campesinos chinos, abandonada por sus padres y obligada a trabajar como obrera.

—Habladme un poco de vuestra familia. Yo también provengo de un linaje de calidad, aunque dista mucho de igualar al vuestro.

—Pues… en Chang An… la ciudad más populosa del mundo, abundan las familias nobles —le respondió la muchacha, azorada.

—Sois modesta. Lo cual me parece un signo de excelente educación.

—Sé de personas humildes que tienen la elegancia de la modestia —no se abstuvo de replicar la joven.

—Vuestras palabras dan prueba de la altitud de miras de la noble familia de la que procedéis…

Luna de Jade acabó por encontrar encantador a Firuz; era afable y espontáneo a un tiempo y daba la impresión de que no ponía en duda ni de

lejos sus orígenes principescos tal como los había descrito a las autoridades de Palmira aquel fullero jefe *tujüe*.

Luna de Jade tuvo la prudencia de no desmentir sus palabras.

—¿Cómo se enteró el jefe *tujüe* de mi presencia en Turfan? —le preguntó ella en un intento de saber a qué atenerse.

—Fue pura coincidencia, según nos dijo. Parece que un persa de nombre Majib le reveló, a cambio de una fuerte suma de dinero, la existencia en Turfan de un taller clandestino donde se fabricaba seda. El *tujüe* quiso apoderarse de la preciosa mercancía, pero cuando descubrió que el taller no había tejido nada desde hacía meses, se centró en vos. A juzgar por la suma de dinero que ha conseguido del sultán Rashid, no habrá perdido con el cambio…

De modo que lo que le había ocurrido a Luna de Jade no era más que la última consecuencia de la venganza del jefe Majib después de la humillación que había sufrido en el curso del desgraciado episodio de aquella fuente nestoriana seca que no había conseguido desatascar pese a sus supuestos talentos de *mogmart*.

No contento con haber saqueado el oasis de Dunhuang sirviéndose de intermediarios *tujüe*, se ensañó con el oasis de Turfan, donde el obispo Addai Aggai había cometido la imprudencia de revelarle la existencia de un taller clandestino de producción de seda.

Deslumhrado ante la «montaña de seda» que el jefe Majib le mostró, el *tujüe* no descubrió hasta más tarde que se trataba de un modesto taller en fase de arranque. No tuvo más remedio que desquitarse apoderándose de Luna de Jade, a la que hizo pasar por una princesa china de elevado linaje, lo que le permitió transformar en excelente negocio el fracaso de aquella patraña evidente.

—Así pues, estoy aquí por azar… —prosiguió ella, pensativa y un tanto desengañada.

—A veces el azar hace bien las cosas… —le replicó su interlocutor con una sonrisa.

La muchacha no dejó de reparar en la blancura deslumbrante de sus dientes, acentuada por el color oscuro de su piel, que confería a su sonrisa un innegable encanto.

—Preferiría estar en otro sitio… —suspiró la joven cuando él la saludó con deferencia antes de marcharse.

Firuz la visitó los días siguientes y la colmó de flores y frutas, además de obsequiarla con aquellas curiosas piedras que los camelleros conocen con el nombre de «rosas del desierto».

Luna de Jade comenzó a apreciar la compañía de aquel hombre refinado de vasta cultura que contrastaba de manera singular, tanto por sus maneras como por sus palabras, con los bárbaros que no había dejado de frecuentar desde su secuestro.

Su historia no era en absoluto banal.

Después de haberse formado en la universidad diplomática de Bagdad, ciudad en la que había nacido, gracias a su laboriosidad y a su astucia Firuz se había convertido en una especie de embajador itinerante al servicio de los monarcas de aquellos reinos del desierto que acabarían siendo federados por la poderosa dinastía de los omeyas, a la que su familia prestaba lealtad.

Mientras esperaban esos días gloriosos, aquellas micronaciones que no poseían instrumento diplomático alguno sólo conocían la fuerza en materia de relaciones con sus congéneres. Sin embargo, Firuz había conseguido convencer a aquellos reyezuelos de que confiaran en él y le otorgaran poderes para representarlos ante las potencias extranjeras.

Así fue como aquél a quien también llamaban «el Omeya» decidió dividir su actividad anual en cuatro partes iguales que consagraba a los cuatro Estados para los que trabajaba, y quiso la suerte que la llegada de Luna de Jade coincidiese con el momento en que él estaba al servicio del sultanato de Palmira.

Pero una mañana, en lugar de aquel hombre tan interesante que era Firuz, Luna de Jade tuvo la desagradable sorpresa de ver aparecer al intérprete sogdiano de rostro picado de viruelas que la había conducido por primera vez en presencia del soberano.

—El sultán Rashid nos espera, princesa de China. Cubríos con una capa los hombros desnudos y seguidme, por favor —dijo el sogdiano.

La hicieron entrar a través de una pesada puerta de cuero repujado a la sala donde ya la esperaba el sultán, arrellanado en un sofá. La joven observó que la cámara octogonal estaba recubierta con las mismas losas de

mármol multicolor que adornaban el pavimento de su propia habitación. Como es evidente, no podía saber que se trataba de placas de travertino romano que los constructores de la fortaleza habían desprendido de las fachadas de los monumentos más bellos de Palmira.

A juzgar por el repugnante olor dulzón que invadía la minúscula habitación sobrecalentada, el sultán debía de haberse rociado el cuerpo con pachulí. Llevaba unos holgados calzones de color escarlata y una sencilla camisa blanca abierta generosamente sobre el pecho cubierto de largas cerdas negras.

—El sultán Rashid desearía que os pusierais cómoda… —explicó el sogdiano a Luna de Jade así que el anfitrión hubo pronunciado unas pocas palabras acompañadas de una gran sonrisa dedicada a la joven china.

La chica observó con espanto en la mirada del sultán, al tiempo que unía el gesto a la palabra y abría generosamente y con gesto lento su camisa sobre la negra pelambrera del pecho, el brillo malévolo del vicio y la concupiscencia.

—Decid al sultán que hoy va a ser difícil. Tengo el periodo… —farfulló Luna de Jade.

Así que el sogdiano tradujo sus palabras, observó una mueca de decepción en el rostro del potentado.

Al día siguiente, cuando Firuz la visitó, Luna de Jade estaba tan trastornada que se arrojó llorando a sus brazos.

—¿Por qué no vinisteis ayer? —le espetó la chica, con los nervios en tensión, antes de pasar a explicarle la lamentable escena ocurrida el día anterior.

—Tuve que consultar en la biblioteca de Palmira unos relatos de viajes relacionados con las rutas orientales. Es probable que, en mis misiones futuras, me vea obligado a viajar a China. Mejor, pues, saber qué me espera… No me gusta que la realidad me sorprenda. Aparte de que, para no ocultaros nada, nadie me pidió que os sirviera de intérprete…

Firuz parecía sincero y era evidente que le contrariaba ver a Luna de Jade en aquel estado. Las ojeras de la muchacha demostraban a las claras que se había pasado toda la noche llorando.

—¿Debéis ir a China? —le preguntó Luna de Jade, anhelante y súbitamente esperanzada.

—Hace meses que el sultán Rashid insiste en que haga el viaje. Sospecho que quiere proponer al soberano del país de la seda un canje de mercancías: él le proporcionará incienso y el emperador, a cambio, aprovisionará sus establos de «*Caballos Celestiales*». Dicen que son los corceles más rápidos del mundo. Nosotros aquí sólo tenemos asnos y dromedarios…

—Llevadme con vos, Firuz, y no os arrepentiréis —le suplicó ella arrojándose a sus pies.

Azorado, el embajador itinerante no sabía qué responder a la que seguía tomando por una princesa china de alto linaje cuyas finas manos se aferraban con fuerza a sus brazos.

—Sería preciso que el sultán Rashid lo aceptase. Por lo que decís, está muy interesado en vos.

—Podríais convencerlo de que enviara una embajada a China y decirle que le traeríais el precioso regalo ecuestre en el que tiene puestos los ojos. En ese caso, mi presencia a vuestro lado sería lo más natural de este mundo. Sería para vos una gran oportunidad y el testimonio de que vuestra misión se vería coronada por el éxito. En cuanto mi familia vuelva a verme, estoy segura de que os acogerá como a un héroe —le dijo ella con entusiasmo, como si todo lo que le decía estuviera ya a punto de realizarse.

—Palmira, sin embargo, es una de las ciudades más bellas del desierto. Y su sultán sabrá ser generoso con vos. A este hombre le gustan mucho las mujeres.

—Pero a mí no me gusta él.

—¿Sabéis que acabáis de pronunciar unas palabras imprudentes?

—Estoy convencida de que no las repetiréis.

—¿De veras lo estáis? —le preguntó él medio en broma.

—¡Os suplico que me llevéis a China! —dijo la joven entre risas y lágrimas.

Estaba dispuesta a todo con tal de convencer a Firuz de abogar en favor de aquel viaje ante la máxima autoridad. Incluso se sentía con arrestos suficientes para seducirlo, es decir, para engañar a su esposo Punta de Luz.

¿Qué no habría hecho para que aquel embajador de Bagdad la llevase a China, donde seguramente la esperaba su esposo, quizá en Turfan, en el invernadero de las moreras dónde habían vivido días tan felices?

Sin casi apercibirse de lo que hacía, se acurrucó en los brazos musculosos del embajador itinerante y aspiró el perfume a canela y almizcle que emanaba de su piel suave y cobriza.

Era un aroma delicioso pero que mareaba a la vez y que provocó en Luna de Jade una irreprimible oleada de nostalgia y tristeza, como si, de un solo golpe, todo lo que había tenido tanto empeño en reprimir desde su secuestro subiese a la superficie.

Los sollozos que estremecían su cuerpo la liberaban y le hacían bien mientras Firuz iba acariciando suavemente su cabellera.

Después de tantas semanas de abstinencia y soledad, la chinita, lejos de su esposo, tenía tantas ganas de abandonarse que se dejó hacer sin oponer la menor resistencia al tiempo que las caricias de Firuz iban haciéndose cada vez más precisas.

Poco a poco se dejó flotar en una dulce nube mientras se cerraban sus ojos. Se le apareció entonces, en el momento justo en que se tocaban sus párpados, el afable rostro de Punta de Luz.

Vio sus ojos de un azul fulgurante, brillantes de ingenio, su cabellera rizada, espesa y negra como el pelaje de ciertos corderos que había visto en los mercados de la Ruta de la Seda: un rostro que le sonreía afectuosamente.

¿Dónde estaba ahora aquel marido tan amado que el jefe *tujüe* había arrojado fuera del convoy?

Era curioso que, en medio del calor sofocante que reinaba en aquella habitación donde el sultán Rashid la tenía prisionera, el olor a almizcle y canela del hombre que ceñía a Luna de Jade entre sus brazos reavivara el recuerdo de su esposo.

No llegó a advertir siquiera que el embajador omeya, con gestos de infinita suavidad, acababa de tenderla en la cama como si creyera que estaba profundamente dormida y tuviera miedo de despertarla.

Al dejarla tiernamente en el jergón, Luna de Jade abrió los ojos.

Todo se mezclaba inextricablemente en su ánimo como un gigantesco torbellino al que se veía arrastrada por el cansancio extremo que sufría y el golpe moral del drama que había vivido a consecuencia del aborto: allí estaban Turfan y Palmira, el desierto de Gobi y el de Taklamakan, la seda de los chinos y el sayal de los bárbaros, Punta de Luz y Firuz, los Gemelos Celestiales y el feto muerto que había envuelto en un paño antes de enterrarlo en la arena, su deseo de volver a Oriente para encontrar a su marido y la atracción física que le inspiraba aquel embajador de gestos tan lentos, tan precisos y, sobre todo, tan sutiles.

¿Acaso ella estaba realmente allí?

¿O estaba en otro sitio?

Le importaba poco.

Lo que sí era seguro, en cambio, era que aquel Firuz que acababa de desnudarla era el primer hombre amable y considerado que encontraba en su camino desde el momento en que los *tujüe* la habían arrancado de manos de su Punta de Luz.

Se puso, pues, a su merced, decidida a conseguir de él aquella misión en China.

Se dispuso a desvincularse de su cuerpo, aquel cuerpo que el embajador itinerante, hombre experimentado en mujeres, conmovido hasta las lágrimas al contemplar tanta belleza e incitado por la falta de reacción de la muchacha, pretendía explorar ávidamente hasta los últimos rincones.

Pero entonces, para gran sorpresa suya, unos hormigueos y los primeros estremecimientos que anunciaban oleadas de placer comenzaron a cosquillearle el vientre.

Así que ofreció la lengua al Omeya a éste le faltó tiempo para acogerla en su boca, acostumbrada a besar a las lascivas cortesanas de los harenes a cuyos soberanos tenía la costumbre de asesorar con sus consejos expertos. Luna de Jade tuvo que admitir que besaba de maravilla y que a buen seguro todo lo demás rayaba en él a la misma altura. Hacer el amor con Firuz en la esperanza de volver al lado de Punta de Luz le pareció, pues, un programa perfectamente aceptable.

Esta impresión favorable se confirmó cuando, con las prisas para contemplar el instrumento dispensador de placer de Firuz, le desciñó los

calzones e inmediatamente apareció la lanza, ya enhiesta y pronta a infligirle las más dulces heridas.

Tal vez fuera por el estado en que ella se encontraba, pero el hecho fue que el sexo hinchado del Omeya se parecía tanto al de Punta de Luz, pese a ser ligeramente más oscuro, que habría llegado a confundirlo con él.

Con los ojos entrecerrados, Luna de Jade ofreció entonces a aquel arma tan atractiva y tan extrañamente familiar el febril homenaje de su boca sedienta de placer, habiendo llegado a un punto en el que ya no sabía muy bien si hacía el amor con su marido o con un nuevo amante…

La lanza de Firuz comenzó entonces a vibrar desplegándose como una columna de carne y músculo ya en la linde del templó íntimo de Luna de Jade.

—¡Punta de Luz… te amo! —murmuró la muchacha.

—¿Qué has dicho? ¿A quién acabas de nombrar? —preguntó Firuz.

—Tu punta de luz me acaricia el vientre de maravilla —se apresuró a responder la joven para morderse inmediatamente los labios.

Su vientre ondulaba como la vela de una barca cuando el consejero diplomático de los reyezuelos del desierto se cogió el miembro con una mano y se sirvió del mismo como de un pincel, resuelto a escribir sobre toda la piel de su cuerpo los poemas de amor que murmuraba al mismo tiempo a su oído.

Luna de Jade se dejó llevar de buen grado a los mundos que Firuz-Punta de Luz le describía bajo el bello nombre de «país del Amor».

Abajo, lagos de azur se escalonaban en cascadas argentadas al pie de montañas refulgentes que parecían de oro; inmaculadas palomas vigilaban las expansiones de los amantes que hacían el amor durante mil y una noches seguidas; la miel de las abejas tenía el sabor incomparable del cielo y la hierba de los prados era tan dulce y profunda como las alfombras más hermosas de Shiraz; en cuanto a la arena de los desiertos, se podía endulzar con ella la leche de las cabras… Pero sobre todo, en el país del Amor, los hombres no podían prescindir de las mujeres de la misma manera que las mujeres no podían prescindir de los hombres, puesto que en aquel país mirífico todo era lujo, calma y voluptuosidad…

—¡Sigue! ¡Sigue! Sigue contándome, Firuz, todo lo que sepas del país del Amor —no cesaba de murmurar Luna de Jade, mientras su amante la hacía vibrar como la cuerda de un laúd.

—Ése es el país donde yo querría terminar mis días, hermosa Luna de Jade —le dijo en voz baja en el momento en que introducía en el templo sagrado de su amante, dulce y cálido como un baño turco, su turgente columna votiva.

Ella se mordió los labios para no gemir de placer. Su nuevo amante iba y venía dentro de ella arrancándole suspiros cada vez más profundos hasta llegar al espasmo final, alarido casi, que lo obligó a taparle la boca con la mano para no llamar la atención de la gorda criada que seguramente no andaba lejos.

Cuando Luna de Jade sintió que se acercaba a su cuerpo la inmensa vibración del orgasmo, quiso asegurarse de que también él estaba en el mismo punto. Procuraba que siempre fuera así cuando estaba con su esposo: esperaba el momento en que él se derramaba en ella para dejar que sus deseos subieran sin trabas hasta escalar el último nivel del placer.

Para terminar, y como amantes expertos y habituados uno a otro, consiguieron unirse en un largo éxtasis común.

—Se diría que estamos hechos el uno para el otro —exclamó, impresionado, el Omeya.

Luna de Jade, desnuda como una flor, estaba acurrucada entre las musculosas piernas de Firuz, cuya piel cobriza contrastaba con la carne, resplandeciente de blancura, de sus bien contorneadas piernas.

Como no quería mentir a un hombre tan solícito, cuya ciencia amorosa igualaba a su cortesía y a su elegante delicadeza, la china, turbada hasta lo más profundo de su ser al ver que se había entregado con tanta facilidad, pero también que había experimentado tanto placer con otro hombre que no era Punta de Luz, prefirió abstenerse de responder.

Bastante sorprendida por lo que acababa de vivir, Luna de Jade no sabía aún que había descubierto la diferencia existente entre amor y sexo.

Se sucedieron doce noches de amor parecidas hasta que un día apareció en la puerta de su habitación el intérprete con el rostro picado de viruelas,

que vino a turbar el sesgo agradable que parecían tomar los acontecimientos.

—Su Excelencia el sultán de Palmira desea veros —anunció el sogdiano a la chinita, a quien se le heló la sangre en las venas.

Así que estuvo en presencia del gordo soberano del desierto, la joven comprendió que éste no admitiría de ella la más mínima negativa. Pues apenas entró en el pequeño saloncito octogonal, le dijo:

—Seguro que ahora el campo está libre —haciendo alusión con estas palabras a la regla que la muchacha había pretextado en la entrevista precedente, ocurrida hacía quince días.

¡Había caído en la trampa que ella misma se había tendido!

El brillo lúbrico con que la miraba y la postura que había adoptado, con las piernas muy abiertas y la camisa desabrochada sobre el vientre velludo y abultado, eran por demás elocuentes.

Hizo sentar a la joven a su lado, en su sofá habitual, delante del cual un servidor había colocado una bandeja de cobre con unos vasos llenos de té a la menta y unos cuencos de pistachos. Seguidamente el hombre puso sus manos regordetas y ensortijadas en los hombros de la muchacha.

—¡Si te he comprado es por algo! —le escupió sin que ella acabara de comprender el sentido de sus palabras, ya que el sogdiano, prudentemente, se había esfumado.

El sultán la apretaba con fuerza.

Arrellanado en su sofá y con el cuerpo rezumando sudor, el sultán Rashid descargó todo su peso sobre el cuerpo de Luna de Jade, que apenas podía respirar.

La muchacha se defendía como una loca mientras el gordo soberano trataba de introducir la lengua en la boca que ella por nada en el mundo consentía en entreabrir. Pero el sultán de Palmira no lo advertía, ya que no estaba acostumbrado a que ninguna mujer le opusiese resistencia y menos después de haber desembolsado tanto dinero por ella. Viendo que la rebelde no abriría la boca así como así, sus dedos gordos y grasientos estaban ahora centrados en su corpiño.

Aunque gritó, no le sirvió de nada, porque el sultán Rashid, cada vez más febril, consiguió poner una mano en sus pechos. Aquel contacto

horrible tuvo la virtud de desencadenar un pánico irrefrenable en Luna de Jade, que estaba a punto de vomitar debido al asco que le provocaba el hombre.

Haciendo un último esfuerzo, como el animal acorralado que consigue *in extremis* librarse del cerco del cazador, Luna de Jade logró ponerse en pie.

Y al mismo tiempo le dio una sonora bofetada.

Puso toda la energía de la desesperación al proyectar violentamente la palma de la mano contra la mejilla izquierda de Rashid, al tiempo que se estrellaban, rotos en mil pedazos, contra las losas polícromas del saloncito los vasos llenos de té a la menta.

—¡Estás completamente loca, desgraciada! ¡No sabes lo que haces! —gritó, ofendido, el sultán Rashid dirigiéndose a la chinita, que estaba deshecha en llanto y no comprendía una sola palabra de sus vociferaciones.

Un servidor de rostro contrito la acompañó inmediatamente a su cámara, donde Firuz, informado del escándalo, fue a reunirse con ella a hurtadillas.

—Corres el riesgo de que el sultán Rashid te lo haga pagar muy caro… —murmuró, sinceramente preocupado e inquieto.

—Razón de más para irme contigo a China. Tienes que meterle en la cabeza que yo soy muy testaruda y que antes moriré de hambre y de sed que accederé a acostarme con un hombre como él.

—Aparte de que, a partir de esta misma noche, pienso dejar de comer y de beber —exclamó, desconsolada pero absolutamente decidida.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para convencerlo. Pero me temo mucho que va a ser muy difícil.

Cuando Firuz pidió audiencia al sultán Rashid para hablarle del problema de Luna de Jade, hacía ya varios días que la muchacha estaba tumbada en la cama, delgada y devorada por la fiebre, negándose obstinadamente a ingerir alimentos y hasta el más mínimo vaso de agua.

—Esa princesa china, príncipe, languidece en su habitación y va debilitándose a ojos vistas. Hace una semana que se niega a comer y a beber —se lamentó el Omeya.

—¡Que se vaya al diablo! Es una retrasada mental que no tiene ni idea de dónde está —le gritó el sultán Rashid, que todavía sentía en la mejilla izquierda el humillante recuerdo de la bofetada con que lo había obsequiado la muchacha.

—Dado el precio que habéis pagado por ella, convendría que no se muriera. Ello supondría una gran pérdida para las arcas de vuestro reino y para vuestras esperanzas de convencer al emperador de China de que os proporcione «*Caballos Celestiales*».

—¿Crees que eso sería posible? —preguntó Rashid, algo inquieto.

—Me cuesta imaginar lo que sucedería si me presentase allí con un cadáver entre cuatro tablones, mi señor. Y con este calor, me temo que es algo que no es sino cuestión de horas. La pobre desgraciada está loca. Lo mejor que se puede hacer es devolverla a su casa y obtener a cambio una sustanciosa contrapartida —aconsejó Firuz, que no las tenía todas consigo.

Era perfectamente consciente de que se trataba de un lo toma o lo deja y de que el sultán era de los que se predisponen contra alguien y toman ojeriza a cuantos pretenden hacerles cambiar de opinión.

Pero era evidente que las argumentaciones habían tocado su cuerda sensible, porque el sultán acabó por conceder a regañadientes:

—En tal caso, hay que actuar con rapidez. ¿Cuándo partes?

—Si vos lo decidís así, puedo partir mañana mismo. Me basta con disponer de buenos camellos y de unos cuantos guardias armados como escolta. La princesa china viajará cubierta de velos para que nadie sepa que se trata de una Han de privilegiado linaje. Es sabido que en la Ruta de la Seda pululan los bandidos, dispuestos siempre a secuestrar a los viajeros ilustres para poder cobrar importantes rescates —se apresuró a responder el Omeya, feliz de haber dado en el clavo.

El sultán Rashid llamó inmediatamente a su secretario particular, un hombre cenceño cuya larga y vaporosa barba blanca remataba un rostro de rasgos afilados, acentuados por una nariz aguileña.

—Prepara ocho camellos de guerra, uno de ellos provisto de una nacela protegida. Elige a los camelleros más valientes y proporciónales las espadas más afiladas. ¿Cuántos toneletes de incienso tenemos en la reserva?

—Cuatro, príncipe, uno bastante mermado ya… —respondió el secretario.

—¡Da uno a Firuz! Y también un barril de pimienta.

—Pero, príncipe, eso es mucho dinero. En nuestras arcas no queda nada que permita reponer esas existencias… —se lamentó el hombre de la barba blanca y la nariz aguileña, una de cuyas misiones esenciales consistía precisamente en vigilar como a la niña de sus ojos aquella preciada mercancía, única riqueza que poseía Palmira, que el sultán hacía llegar a costa de grandes dispendios desde la región que llevaba el nombre de «Arabia Feliz».

—Firuz debe tener el campo libre. Si su misión con el rey del País de la Seda da buen resultado, todo el pueblo de mi reino saldrá beneficiado, ya que entonces dispondremos de caballos capaces de vencer a nuestros enemigos. ¿Me has entendido?

La voz del sultán de Palmira había adquirido un tono amenazador.

—Vuestras órdenes serán ejecutadas al pie de la letra, mi señor. Firuz se llevará los barriles de pimienta y de incienso de Arabia —dijo su secretario particular.

—¡No espero otra cosa! —le espetó el gordo y velludo soberano.

Tres días más tarde, para gran consuelo de Luna de Jade, el convoy del Embajador Extraordinario y Plenipotenciario Firuz, enviado especial a China del sultán Rashid, se puso en movimiento.

El embajador era portador de un memorándum firmado por el sultán y dirigido al «soberano del País de la Seda» —puesto que, en Palmira, era desconocido el nombre de Gaozong—, en virtud del cual el rey del desierto se comprometía a devolver al emperador de China, «en prenda de amistad y cooperación entre los dos países», a la princesa china de alto linaje de nombre «Luna de Jade».

Cuando desapareció del horizonte la última columna romana de la arteria principal de Palmira, la esposa de Punta de Luz, cubierta de velos de cabeza a pies, experimentó un extraño sentimiento en el que se mezclaban la loca esperanza de encontrar a su esposo y cierto asco de sí misma.

La perseguía la imagen del feto muerto, que le había dejado en el bajo vientre una herida que le dolía de continuo.

Y estaba convencida de que de aquel mal terrible, de aquel atroz sabor a muerte que tenía en la boca, sólo podría curarla otro hijo de Punta de Luz.

Pero ¿se le presentaría la posibilidad de tenerlo?

XLIII

EN LA MONTAÑA TIBETANA

El cuerpo de Bruma de Polvo estaba blando como un saco de trigo medio vacío.

Luchaba a brazo partido con el oso de las montañas, pero se esforzaba sobre todo en tranquilizarse mientras esperaba la muerte.

Pese a su estado de agotamiento avanzado, el chino era consciente de que su vida pendía de un hilo.

O, mejor dicho, de las zarpas aceradas, cortantes como puñales, de aquel plantígrado negro de brillante pelaje cuyo pecho estaba adornado con una gran letra «V» de pelo blanco, aquel oso que lo había atacado por sorpresa profiriendo un enorme rugido ronco. Se le había helado la sangre al notar el aliento ardiente del animal.

Unos momentos antes había observado a aquellos tres buitres que volaban en círculos sobre su cabeza, tan bajos que veía perfectamente sus garras enormes dispuestas a apresar la carroña sobre la que se abatirían, pero distaba mucho de sospechar que la carroña era él y que las aves rapaces ya habían detectado la presencia del plantígrado asesino que lo acechaba entre la densa maleza de rododendros.

Los osos de las montañas raras veces atacaban a los hombres, salvo cuando no conseguían alimentarse suficientemente de miel y bayas silvestres, como sucedía en aquel principio de invierno.

El animal había empezado por levantarse en toda su altura delante del joven chino antes de lanzarse en persecución suya cuando éste echó a correr

como alma que lleva el diablo profiriendo gritos de pánico. Pero el animal no tardó mucho en dejarlo inmovilizado en el suelo de un solo golpe dado con la pata, después de lo cual le dio tranquilamente la vuelta como si se tratara de un trapo.

Observadas de cerca, las fauces de un oso eran, sin la menor duda, lo más aterrador que Bruma de Polvo había visto desde que estaba en el mundo. Los gigantescos caninos, largos como la palma de una mano, eran capaces de despedazar y machacar seguidamente la cabeza de un hombre. Tenía aquella boca tan cerca de los ojos que veía sus puntas aceradas y negruzcas. Paralizado por el miedo, no conseguía siquiera desviar de ella la mirada. Lo mismo hacían los ratones del desierto ante las víboras cornudas cuando esos reptiles tan venenosos los atacaban: se quedaban esperando, inmóviles, la muerte.

Bruma de Polvo, sintiéndose pronto a morir, pensó en Umara. Su espíritu se colmó con la imagen de la cristiana a sabiendas de que estaba a punto de abandonar su cuerpo y de que no tardaría mucho en convertirse en un amasijo de carnes sanguinolentas.

De no ser por ella, ahora no se habría encontrado, en pleno corazón del Tíbet, en la boca de un oso…

Pero se decía también que no se trataba más que de un acto de justicia después de todo aquel conjunto de malos pensamientos y de odio dictados por su conducta.

Aquel oso de las montañas surgido de quién sabía dónde que ahora estaba a punto de devorarlo, en el fondo no era más que la secuela merecida y lógica de los yerros cometidos desde que había partido de Dunhuang.

El destino a menudo empujaba por caminos tortuosos, pero siempre acababa por conducirte allí donde te correspondía estar.

¿Qué circunstancia extraña había hecho que se encontrase en el mismo camino que Cinco Prohibiciones y Umara, tan lejos del oasis dónde estaba el escondrijo de los libros del que había conseguido rescatar, *in extremis*, los Ojos de Buda y el mandala sagrado del Vajrayana?

Si estaba allí, tumbado en el suelo y medio ahogado por el cuerpo del enorme plantígrado era, en efecto, a causa de un encuentro que nunca había tenido en cuenta.

Jamás había contado a nadie lo ocurrido en las calles de Dunhuang, mientras las casas del oasis ardían tras el saqueo de los turco-mongoles.

Acercándose a un montón de basura carbonizada, al que se dirigió para ver de encontrar algo que comer, advirtió que el amasijo de detritos se movía y que de él emergía un monje viejo y medio ciego que le pidió que le diera de beber.

—Si me traes un poco de agua, cumplirás un buen karma —le dijo aquel anciano frágil cuyo cuerpo, reducido al estado de un esqueleto recubierto por la piel, flotaba bajo el hábito monástico ennegrecido por las cenizas.

—¿Por qué te escondes debajo de la basura? —le preguntó Bruma de Polvo después de haberle dado de beber.

—Porque es el mejor medio de ocultarse de los hombres. Sólo los que son muy pobres se interesan por la basura. ¡No los bandidos!

—¿A qué Iglesia perteneces?

—Soy monje tibetano, practico el lamaísmo búdico… Provengo del país de Bod —le dijo con voz débil el viejo monje, que parecía indiferente al terrible saqueo de la ciudad-oasis.

—Pese a tanto horror, tienes aire más bien alegre —observó el muchacho, que llevaba apretada contra su pecho una pequeña bolsa de viaje en la que guardaba el corazón de madera de sándalo que había sacado del escondrijo de los libros.

—Cuando se ha vivido tan cerca del Techo del Mundo, como ha sido mi caso durante largos años, se miran con otra perspectiva los sobresaltos de este bajo mundo… Mis ojos han aceptado el dolor del mundo, por eso te parecen jóvenes.

—Tu sabiduría es grande… ¡Te envidio!

—He hecho las paces conmigo mismo. Procuro tener un pie aquí abajo y otro en la Tierra Pura de Buda…

—¿Qué hay que hacer para llegar a eso? —preguntó Bruma de Polvo, profundamente herido por la súbita huida de Umara hasta el punto de no saber qué camino tomar.

—Hay que ir en busca de uno mismo.

—¿Es preciso ir al país de Bod para encontrarse? —preguntó, no sin ingenuidad, el joven chino.

—Antes de ir a donde sea, hay que empezar por desprenderse de todo. La Vía de la Salvación parte de uno mismo y regresa a uno mismo. No hay que desear nada, ni ambicionar nada. Entonces se apacigua el dolor. Lo que estrechas contra tu corazón como si se tratase de un tesoro inestimable demuestra que, en este aspecto, todavía te queda camino que recorrer… —murmuró el viejo monje en tono más bien irónico.

—¿Quieres que te enseñe lo que tengo aquí dentro? —le preguntó medio en broma Bruma de Polvo antes de mostrarle el contenido de la cajita en forma de corazón.

—Ignoro qué son esas dos gemas brillantes como la luna llena. Por contra, en lo tocante a ese precioso mandala, ¡sé de sobra de qué se trata! —exclamó el viejo, que cogió con manos temblorosas el retal de seda y lo desdobló tras haberlo olido con delicadeza.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó entonces, aturdido por la ansiedad, el chino, que seguía sin saber adónde acudir con el corazoncito de sándalo.

—Tienes en las manos, querido joven, la reliquia más sagrada del Tíbet, puesto que pertenece a Samyé, su monasterio más antiguo y venerable. Se trata del mandala sagrado del Vajrayana.

—¡No lo sabía!

—¿De dónde lo has sacado? —dijo con voz potente, de pronto grave y dura, el viejo lama.

—He prometido no decirlo —farfulló el chino, que no tenía ningún deseo de revelar a aquel monje que acababa de conocer el secreto del escondrijo de los libros.

—Si he de darte un solo consejo es que devuelvas esta sagrada reliquia al convento de Samyé, que es el lugar de donde procede.

—¿De modo que tengo que ir al país de Bod? ¡Si ni siquiera sé dónde está, ni cuánto tiempo se precisa para hacer el viaje!

—Bastará con que emprendas el itinerario meridional de la Ruta de la Seda y, así que llegues a Hetian, pregunta cuál es el camino que lleva al Techo del Mundo. Créeme si te digo que allí todo el mundo lo conoce.

Las explicaciones del viejo lama tenían más de instrucciones que de consejo propiamente dicho.

—¿En virtud de qué me pides que lleve al Tíbet una caja que encontré por pura casualidad y que, de venderla, por lo que acabas de decirme, podría convertirme en un hombre rico?

—Pues es muy sencillo: te convertirías en un santo y entonces el superior del convento de Samyé, el maestro Ramahe sGampo, recomendaría a sus monjes que te rindieran culto todos los días. Con toda seguridad, el Bienaventurado te concedería el estatuto de *bodhisattva*… Ni siquiera tendrías necesidad de hacer las paces contigo mismo y sobre ti pasaría sin tocarte el dolor del mundo.

—Tengo otras cosas que hacer aparte de convertirme en un santo *arhant*[33] o en un semibuda. No he abrazado la fe búdica ni pienso abrazarla… —exclamó Bruma de Polvo, más bien contrariado.

—Pero ¿no tienes, por lo menos, algún deseo que formular o una aspiración que te gustaría ver cumplida? —le preguntó entonces el tibetano.

—Busco a una muchacha de la que estoy enamorado. Se fugó de Dunhuang… Daría lo que fuese por encontrarla —confesó, pesaroso de pronto, aquel muchacho que se sentía abandonado y humillado por Umara desde el día que desapareció sin que mediara la más mínima explicación.

—¿No será que se fugó con un rival tuyo?

—¡De eso no sé nada! ¿Por qué lo dices? —exclamó, herido en lo más vivo, el muchacho chino.

—Las mujeres a veces obedecen a ciertos antojos… pero a veces también acaban por entrar en razón.

—Si ocurriera eso, yo sería el más feliz de los hombres… —resopló Bruma de Polvo.

—¡Quién sabe! Si llevases ese mandala sagrado a Samyé, tal vez el Bienaventurado escucharía tus sufrimientos…

—¿De veras? ¿Lo dices en serio? ¿No bromeas? —había gritado, poseído de pronto de una loca esperanza.

¡Encontrar a Umara!

¿No era ése su más ardiente deseo?

—Una vez que hayas expuesto tu caso al Superior Ramahe sGampo y le hayas devuelto el mandala sagrado, seguro que sabrá agradecértelo… Y además, no sé si sabes que, tan pronto como conozcas Samyé, el lugar es tan mágico que no tendrás más remedio que volver a él…

Ésas fueron las palabras del viejo monje, más bien misteriosas pero que, a partir de aquel momento, cobraron sentido para él.

Después de haberlas pronunciado, el viejo lama saludó a Bruma de Polvo y se eclipsó, hasta el punto de que cuando el joven chino quiso saludarlo a su vez, el viejo había desaparecido sin dejar rastro.

Impaciente por el deseo de poner en ejecución la sugerencia del viejo monje cuyas palabras le habían devuelto la esperanza, Bruma de Polvo partió sin pérdida de tiempo al país de Bod, donde su encuentro con Umara confirió, de manera retrospectiva, un gran crédito a aquellas proféticas palabras.

Pero la continuación no colmó, por desgracia, las expectativas del chino, que vio cómo se esfumaban todas sus esperanzas de conquistar el corazón de la hija de Addai Aggai.

Y hete aquí que el encuentro con el viejo lama había terminado conduciéndolo a la última etapa, es decir, a las fauces de un oso que se disponía a devorarlo.

Para Bruma de Polvo, aquel segundo viaje a Samyé, que era sobre todo una manera de adoptar una conducta, comenzó bajo los mejores auspicios: tal como le había propuesto el viejo lama de Dunhuang, consiguió hacer las paces consigo mismo aceptando la preferencia que sentía Umara por Cinco Prohibiciones y ofreciendo a ésta que la ayudaría a librarse de Pureza del Vacío, lo que presuponía visitar a Ramahe sGampo para que interviniera y contribuyera al restablecimiento de las buenas relaciones entre las tres grandes corrientes del budismo.

Y así fue como, tras cada paso que daba, Bruma de Polvo sentía que le crecían alas.

Proyectado hacia su noble objetivo, convencido de que tendía hacia su propia santidad, sentía subir poco a poco dentro de él la pureza de sus intenciones, lo que hacía que se sintiese plenamente feliz y singularmente indiferente a la belleza de los paisajes que atravesaba, a las resplandecientes

manchas que formaban los lagos azul turquesa en prados tan verdes que parecían fosforescentes. No observó siquiera los desprendimientos graníticos que un gigante jocoso parecía haber diseminado aquí y allá, como si hubiera decidido expresamente complicar la ascensión de los hombres.

Animado por una inextinguible sed de justicia, ahora se sentía dominado por una sola inquietud: llegar cuanto antes a Samyé y revelar al maestro Ramahe sGampo la innoble conducta de Pureza del Vacío.

Financiar primero el secuestro de una muchacha inocente y tenerla después encerrada sólo para conseguir que confesara alegando que retenía los Ojos de Buda: esto era lo que al muchacho chino le parecía tan poco conforme a la idea que se hacía de la moral de un monje budista como el Superior de Luoyang.

¿Hasta allí podía llegar el deseo de poder, sobre todo cuando se aplicaba a las empresas espirituales por parte de jefes religiosos cuyos fieles eran invitados a actuar sólo en nombre de principios morales, cuando ellos no dudaban en burlarlos con el pretexto de obedecer a intereses superiores de sus templos y sus dioses?…

El joven chino, pues, contando con la preciosa ayuda de Ramahe sGampo, se había propuesto hacer ceder al gran maestro de Dhyâna de Luoyang.

Pero, desgraciadamente, aquel gigantesco animal que ahora aplastaba con todo su peso al valiente viajero, animado tan sólo por el deseo de hacer justicia, impediría que consiguiese sus fines al poner término a la extravagancia de su trágico destino.

¿Acaso el viejo lama de Dunhuang había previsto que la historia de Bruma de Polvo terminaría de ese modo?

Los principales episodios de su corta vida desfilaron por su cabeza con alucinante rapidez. Hasta su encuentro con Umara en el vergel del obispo nestoriano apenas había tenido conciencia de existir, puesto que la mera supervivencia ocupaba sus jornadas. Solo en el mundo a lo largo de la Ruta de la Seda, donde se movía de oasis en oasis, su único horizonte cuando era niño, adolescente más tarde y finalmente joven, se limitaba a la búsqueda de comida entre los detritos abandonados por los mercaderes ambulantes y

de un techo bajo el cual poder dormir cuando el frío no le permitía hacerlo a la intemperie.

Nunca, antes de conocer a la hija de Addai Aggai, se había interesado nadie por su persona. Los extraordinarios ojos bicolores de una criatura tan bella como aquélla, al posarse sobre él, le habían revelado la existencia de su persona. Por vez primera en su vida, había tenido la impresión de existir.

Era algo más que una sombra errante, una «Bruma de Polvo», como lo apodaban los otros, alguien que sólo se preocupaba de pasar inadvertido a los ojos de los demás mendigos, dispuestos en todo momento a robar a los más débiles y jóvenes su menguada ración de supervivencia.

Por eso había vivido la huida precipitada de la muchacha como la negación de sí mismo, el preludio de la recaída en la nada en la que se encontraba cuando la conoció.

Umara, para él, se situaba ahora como una de las dos finalidades de la vida, puesto que era gracias a ella que había adquirido conciencia de su existencia y, a causa de ella, se aprestaba también a morir despedazado por un oso, tarea que terminarían los buitres dejando sus huesos mondos y lirondos…

Después de todo, quizá aquél era el final lógico, se decía Bruma de Polvo, resignado en el fondo, con la nariz pegada a aquella letra «V» de pelos blancos del animal, cuyo hedor insoportable le habría impedido respirar libremente de no haber sido porque ya tenía los pulmones comprimidos por el peso del plantígrado.

Desde lo alto, sobre su cabeza, pese al aliento ruidoso y potente del oso, le llegaban los chillidos de los buitres, que planeaban sobre ellos a la espera del macabro festín.

El húmedo hocico del animal le olisqueaba el cuello, preludio del zarpazo fatal que iba a segárselo con la misma facilidad que si fuera el hacha del verdugo.

Fue entonces cuando, no del todo contrariado por tener que abandonar aquel mundo terrible en el que no sólo era imposible unirse a la mujer amada, sino que además uno acababa aplastado y después seguramente despedazado por los osos de las montañas, el pobre Bruma de Polvo derivó hacia la inconsciencia.

Lo primero que vio al volver en sí fue dos cabezas desconocidas con el cráneo totalmente rapado, inclinadas sobre él y en pleno conciliábulo.

En un primer momento creyó que eran dos espectros que lo acogían en el mundo de los muertos, seguramente el lugar donde se encontraba…

Sintió después que algo caliente y húmedo pasaba una y otra vez por su mejilla, algo que nada tenía que ver con el mordisco de un oso ni tampoco con los picotazos de un buitre, lo que le hizo pensar que, en el reino de los muertos, las sensaciones distaban mucho de ser desagradables.

Más arriba de su cabeza, los buitres proseguían su siniestro vuelo, por lo que pensó que quizá no estaba aún muerto del todo…

Con gran trabajo, pero también con enorme sorpresa, logró mal que bien incorporarse sólo para comprobar con terror que tenía ante sí una especie de oso de pelambre más clara que la del plantígrado que lo había atacado, aunque con alivio inmenso no tardó en reconocer que se trataba del colosal *moloso*[33a] amarillo de Cinco Prohibiciones.

¡Era la segunda vez que Lapika se cruzaba en su camino en el país de Bod!

Pero esta vez había sido para salvarlo de las terribles mandíbulas del oso que la perra amarilla, nodriza de los Gemelos Celestiales, la cual reconoció inmediatamente a Bruma de Polvo, se había arrojado sobre el plantígrado.

Como buen perro guardián capaz de luchar con el lobo, el leopardo de las nieves y el oso de las montañas, Lapika se lanzó sobre la garganta de aquel animal cuyos colmillos ya se disponían a hundirse en el rostro de Bruma de Polvo. Desagradablemente sorprendido en el momento en que iba a darse un festín, el oso huyó al trote hasta desaparecer en la espesura, muerto de miedo, contoneando el gordo trasero con cómica rapidez.

Aturdido ante la celeridad con que lo había librado de la muerte, el chino se levantó sobre sus piernas renqueantes antes de acariciar el pecho de la perra, que lo colmó de halagos como si de su amo se tratara.

—¡Esta perra es mi única amiga! Lapika, buena guardiana, me has salvado la vida. No sé cómo darte las gracias… —murmuró, agotado, como si estuviera hablando con un ser humano.

De pronto descubrió, situados algo más atrás, a dos personajes muy abrigados que no conocía pero que, a juzgar por la indumentaria y los cráneos rapados, sólo podían ser monjes budistas.

—Ni siquiera he tenido que ordenarle que atacara al oso… Voy a presentarme: soy Puñal de la Ley, monje del Pequeño Vehículo de Peshawar, y él es Santa Vía de los Ocho Miembros, procedente del mismo monasterio.

—Esta perra pertenece al *mahayanista* Cinco Prohibiciones. ¡La reconocería entre mil! Además, ella se acuerda perfectamente de mí; mirad qué alegría ha tenido… —exclamó, con la respiración entrecortada, Bruma de Polvo.

Se había arrodillado delante de Lapika para acariciarla, mientras ésta, en justa reciprocidad, le limpiaba la cara a lametazos.

—¡Exacto! Esta perra se apostó a la salida de la cárcel de Chang An donde nos encerraron las autoridades chinas. Vimos, cuando nos liberaron, que parecía desesperada buscando a su amo. Tras unos instantes de titubeo, al ver que Cinco Prohibiciones no aparecía, acabó por seguirnos y, a partir de ese momento, no nos ha abandonado ni un momento —explicó Puñal de la Ley a Bruma de Polvo, casi tan sorprendido como el chino.

—¿Cinco Prohibiciones está encarcelado en Chang An? —preguntó, aturullado, el joven chino.

—¿Quién eres, pues, que conoces a Cinco Prohibiciones? —le replicó Puñal de la Ley.

—Me llamo Bruma de Polvo. Lo conocí a través de Umara, la hija del obispo nestoriano de Dunhuang, Addai Aggai. Gracias a ella conocí a ese *mahayanista* del que ella está enamorada.

—¡Hay que ver qué pequeño es el mundo! Se diría que el monte Meru no es más que una minúscula colina… y que la Torre Cilindro del Universo, según la describió el Bienaventurado, no es más alta que una medida de cereal[34]… —murmuró, pensativo, Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Sólo el Bienaventurado, únicamente él, decide las dimensiones del mundo. Igual puede convertirlo en un grano de mostaza que en una extensión infinita cuyos contornos escapan al ojo humano —rectificó con

severidad Puñal de la Ley dirigiéndose a su colega, cuyas palabras encontraba manifiestamente fuera de lugar.

—Perdóname, Puñal de la Ley, porque mis palabras han sobrepasado mis pensamientos. Debes admitir, sin embargo, que este encuentro no tiene nada de banal… —se apresuró a añadir el monje turfanés.

—¿Dónde está esa joven que tú crees conocer tan bien, querido Bruma de Polvo? —inquirió Puñal de la Ley con voz preñada de emoción provocada por la increíble perspectiva de enterarse, por fin, en pleno corazón del Tíbet, del lugar donde se encontraba la mujer a la que Cinco Prohibiciones habría deseado tanto estrechar entre sus brazos.

—Está en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Chang An, donde Pureza del Vacío la tiene en lugar secreto.

—¿Estás seguro? —exclamó, estupefacto, el primer acólito.

—Yo la he visto y le propuse ir a contarlo todo al Venerable Ramahe sGampo, ya que su prestigio y su gran sabiduría convierten a ese religioso en la única persona capaz de hacer que ese Superior de intransigencia proverbial cambie de parecer… —respondió el joven chino.

—¡Ahora comprendo por qué estás aquí! Buscas el arbitraje de Ramahe sGampo —concluyó Puñal de la Ley.

—No te arredra la caminata… Ir de Chang An a Samyé no es ir a la puerta de al lado —añadió Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Podríamos aplicarnos a nosotros mismos tu observación… —replicó a este último Puñal de la Ley.

—Si he entendido bien, nos dirigimos todos al mismo sitio —murmuró con una sonrisa Bruma de Polvo, que parecía recuperar el ánimo.

—Y podrías añadir que, si vamos a Samyé, es un poco por la misma razón que tú… Queremos pedir consejo al sabio entre los sabios que es ese viejo y venerable lama —le explicó el primer acólito.

—Caminar con vosotros hará de mí el más feliz de los hombres. La soledad ya comenzaba a serme pesada… —dijo con un hilo de voz Bruma de Polvo.

El joven chino volvió a pensar en la predicción del lama de Dunhuang: Samyé era realmente aquel lugar mágico al que uno tenía que volver por fuerza después de haberlo visitado una vez…

Ante ellos, en el camino que ya habían emprendido, aparecieron una serie de casitas que anunciaban un pueblo próximo con su habitual albergue para los viajeros de paso.

—¿No quieres comer un poco? —propuso el ayudante de *Buddhabhadra* al joven chino.

—La verdad es que tengo un hambre de lobo.

—Debe de ser por la emoción producida al estar a punto de ser devorado por un oso de las montañas —dijo en tono de broma Santa Vía de los Ocho Miembros, que no dejaba escapar una.

La sopa de ortigas especiada y las tortas crujientes de harina de cebada estaban deliciosas. Después de una copiosa comida, el chino se durmió en la silla, pese al guirigay de los clientes que no paraban de hostigar a una camarera de pechos abundantes y grupa repleta cuyas miradas hablaban largo y tendido sobre los medios que utilizaba para mejorar su salario mensual.

Dos semanas más tarde, después de una caminata que a Bruma de Polvo se le antojó fácil, los tres hombres llegaron a Samyé a través del famoso paso delimitado solemnemente por las dos *estupas*[35].

Al lama sTod Gling le faltó poco para caerse de espaldas al acoger a aquella extraña tropa. Los tres visitantes solicitaban ser recibidos con urgencia por Ramahe sGampo dado que traían «informaciones capitales» que deseaban transmitir sin demora al Superior de Samyé.

Los condujo, pues, sin pérdida de tiempo a la sala donde meditaba este último, en la que el lama ciego, sentado en la postura del loto, estaba inmóvil como esas estatuas de los santos arhants de madera de cedro, tan parecidas a seres reales que los fieles se prosternaban ante ellas convencidos de que eran seres vivos.

Puñal de la Ley fue el primero en hablar para explicar al viejo ciego en virtud de qué cúmulo de circunstancias se había enterado del asesinato de su homólogo de Peshawar. Después le contó que Santa Vía de los Ocho Miembros y él fueron deportados a China central en compañía de Cinco Prohibiciones y del maniqueo Punta de Luz.

—*Buddhabhadra* está muerto, reverendo. Fue asesinado por Nube Loca, que le arrancó el corazón en el curso de una crisis de locura. Cuando

comunique la noticia a la comunidad del *Único Dharma*, su aflicción será inmensa… —concluyó el primer acólito del difunto.

—¡Qué personaje innoble y siniestro es ese adepto del tantrismo indio! Siempre he dudado de que fuera un ser normal… ¡Qué gran desgracia se abate sobre nosotros! —exclamó con voz todavía más cavernosa que la habitual el Superior ciego.

—¡Sabía que la noticia no os dejaría indiferente! No lamento haber hecho un viaje tan largo para comunicárosla —añadió Puñal de la Ley, exhausto por la emoción que lo ahogaba después del terrible relato.

—Comienzo a comprender mejor ciertas coincidencias que hasta ahora me parecían, como mínimo, extrañas… —prosiguió, pensativo, Ramahe sGampo, cuya voz testimoniaba una profunda indignación.

—El trío de Superiores que se reunían cada diez años en el concilio de Lhasa ha dejado de existir…

—Si encuentro a ese Nube Loca, pese al deber de no violencia a que me obliga el código monástico, os aseguro que lo pagará muy caro —exclamó Puñal de la Ley.

—Ese hombre debe de tener el cerebro tan perturbado que ni siquiera tiene conciencia del sitio al que se dirige. Tal vez haya vuelto a la India sin haberse enterado… Seguro que será difícil localizarlo, en el supuesto de que no se haya despeñado por algún precipicio… lo que, si he de ser franco, no me disgustaría en absoluto… —exclamó el lama sTod Gling, tan airado como Ramahe sGampo por lo que acababa de saber.

—Comprendo tu resentimiento, Puñal de la Ley. Has estado caminando días y más días para nada con peligro de tu vida buscando un cadáver. Pero también quiero que sepas que el odio es mal consejero… —murmuró el viejo lama ciego haciendo un ademán al *hinayanista*[36] para que se le acercara.

—Pese a la maldición que parece seguir nuestros pasos, tuvimos la suerte de que, por lo menos una vez, la fortuna nos saliera al encuentro. ¿Quién habría podido imaginar que, cuando comparecimos ante el Gran Censor de China bajo la acusación de haber atentado contra el monopolio de la seda, saldríamos libres? Allí es un delito que se castiga con la decapitación —le explicó el primer acólito.

—¡Es innegable! Sin contar con que la justicia china tiene fama de ser expeditiva —dijo, con aire pensativo, el lama sTod Gling.

—En cuanto a ti, Bruma de Polvo, me gustaría saber los motivos que te han empujado a venir a Samyé —preguntó, con su más dulce acento, Ramahe sGampo al joven chino, que no se había expresado todavía.

—He venido a suplicar a Vuestra Santidad que intervenga junto a Pureza del Vacío para que cese una grave injusticia… —murmuró, emocionado, el joven chino.

—Pureza del Vacío, después de haber hecho secuestrar a limara cuando pasaba días felices aquí con Cinco Prohibiciones, la tiene prisionera en Luoyang —precisó Puñal de la Ley a Ramahe sGampo.

—El maestro de Dhyâna está convencido de que la joven cristiana tiene en su poder los Ojos de Buda —le encareció Bruma de Polvo.

—Lo que me dices es asombroso. ¿Cómo es posible que Pureza del Vacío se comporte de esa manera? —exclamó, indignado, Ramahe sGampo.

—Pues es la estricta verdad, Vuestra Santidad. Un tal Centro de Gravedad, el Superior *mahayanista* del oasis de Dunhuang, le metió esa idea en la cabeza; la joven cristiana fue, con toda ingenuidad, a visitarlo para mostrarle el contenido del corazón de sándalo, que ella estaba dispuesta a vender para ayudar a su padre en las actividades que se disponía a llevar a cabo.

—¡Es increíble! —exclamó el lama sTod Gling.

—Tened en cuenta que esta muchacha no ha sido maltratada propiamente hablando. No carece de nada, como no sea de libertad y, por supuesto, de Cinco Prohibiciones… —añadió Bruma de Polvo.

Era la primera vez que conseguía pronunciar el nombre del *mahayanista* sin que el despecho le torciera el gesto.

—Que el jefe espiritual de la Iglesia del Gran Vehículo, cuyas altas miras espirituales puedo atestiguar, haya llegado a tales extremos, es algo que no deja de sumirme en la consternación. Hay motivos para preguntarse si no estará todo vinculado al fracaso de nuestra última reunión… y a los profundos malentendidos que provocó entre nosotros, jefes de la Iglesia tan desconfiados unos con otros —dijo, con aire pensativo, Ramahe sGampo.

—Cuando un gran dirigente de la Iglesia está tan obsesionado con la expansión de su religión que hace lo que sea para conseguir sus fines sin que le preocupe en absoluto el carácter moral de los medios empleados, se comporta como el vulgar dirigente político de una institución que, por desgracia, no deja de ser banal y humana. ¿No será ésa la línea en la que ha derivado Pureza del Vacío? —preguntó Puñal de la Ley, que se planteaba tanto aquella pregunta que no pudo por menos de formularla al viejo y sabio ciego.

—No es imposible, pero tiene que haber una razón más precisa, probablemente un compromiso mutuo entre *Buddhabhadra* y Pureza del Vacío… —murmuró el viejo ciego.

—¿Su Santidad da a entender con estas palabras que esos dos Superiores habían llegado a acuerdos fuera de su presencia? —inquirió Bruma de Polvo.

—La probabilidad no parece grande a juzgar, con mirada retrospectiva, por su comportamiento… En el mismo orden de ideas, me he preguntado siempre por qué Pureza del Vacío había dejado aquí el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura cuando lo más fácil para él habría sido llevarlo directamente a Luoyang…

—Lo innegable es que *Buddhabhadra* parecía inquieto la última vez que salió de Peshawar con nuestro paquidermo sagrado. Siempre recordaré su expresión descompuesta… —añadió Puñal de la Ley.

—Después de tantas torpezas, aunque *Buddhabhadra* no hubiera sido asesinado no está nada claro que el concilio de Lhasa hubiera continuado celebrándose, ni siquiera con la mejor voluntad de sus participantes —murmuró, pensativo, el lama sTod Gling.

—¡Es verdaderamente lamentable! Cuanto más lo pienso, más veo que esa ceremonia y ese pacto secreto eran una idea genial que permitía a las tres Iglesias evitar una competencia que, con el tiempo, acabaría por debilitarlas de forma irreversible —exclamó el primer acólito de Peshawar.

—No se ha perdido todo, puesto que las preciosas prendas están aquí bien resguardadas, en la reserva de nuestra biblioteca.

—Pero me parece difícil si *Buddhabhadra* ha muerto —se lamentó Puñal de la Ley.

—Si se tiene la partitura y los instrumentos musicales, no está vedado que, en caso de necesidad, se cambien los músicos… sobre todo si uno de ellos ha sido vilmente asesinado. Por desgracia, tu difunto Superior poseía cualidades innegables, pero estoy seguro de que tú podrías ser un excelente embajador del Pequeño Vehículo —murmuró el Superior ciego.

—¿Estaríais dispuesto a otorgarme esa confianza? —preguntó con voz temblorosa Puñal de la Ley, sorprendido al escuchar aquellas palabras.

—No depende sólo de mí…

—Sin duda estáis haciendo alusión a Pureza del Vacío.

—Estoy dispuesto a viajar hasta Luoyang para hablarle del asunto, aparte de otras cuestiones… —exclamó con voz cavernosa.

—Si Vuestra Santidad aceptase el desplazamiento hasta China central, yo le quedaría reconocido hasta el último de los días de mi vida —dijo, profundamente impresionado, Bruma de Polvo, que se felicitaba por haber ido al país de Bod para oír aquellas palabras.

Así pues, a pesar de su ceguera y de su edad avanzada, aquel hombre respetuoso del deber estaba dispuesto a viajar hasta Luoyang para tratar de entretejer los hilos que habían quedado sueltos después del fracaso de la reunión que había conducido a Pureza del Vacío y a *Buddhabhadra* a ponerse de acuerdo a sus espaldas y sin que él lo supiera.

—Tengo un par de palabras que decir a mi estimable colega del Gran Vehículo. Por ser el de más edad de los tres Superiores implicados, he tenido siempre cierto peso… —balbuceó Ramahe sGampo.

—No lo dudo. Todo lo que sois, maestro sGampo, os confiere una autoridad moral innegable —añadió Puñal de la Ley.

—Pero es posible que también tenga cosas que hacerme perdonar…

—¿Su Santidad querría hacernos creer que tiene defectos? —protestó en tono jocoso Bruma de Polvo.

—El jefe de Iglesia que se comporta más como jefe que como religioso a veces se ve obligado a cometer actos contrarios a la moral que predica a los demás. Es el caso de Pureza del Vacío. ¿Por qué no ha de ser el mío? —le replicó el Superior de Samyé.

—El maestro Ramahe sGampo fue el primero que tuvo la idea de reunir el concilio de Lhasa. Cogió su bastón de peregrino y consiguió convencer a

sus compañeros de que participaran… —precisó el lama sTod Gling.

—Este lama que parece saberlo todo no estaba todavía a mi servicio cuando me dirigí secretamente y acompañado tan sólo de un guía primero a Peshawar y después a Chang An, donde, en ambos casos, la acogida de mis homólogos del Pequeño y Gran Vehículo fue positiva… —concluyó escuetamente el jefe de la Iglesia lamaísta tibetana, lo que incitó al lama sTod Gling a bajar los ojos.

Ante tales palabras, Puñal de la Ley no pudo evitar un prolongado suspiro de admiración. Ramahe sGampo era pues, a no dudarlo, el más sabio y desinteresado de los tres religiosos involucrados, el que representaba el origen de aquel extraordinario factor de paz y estabilidad entre las tres grandes corrientes del budismo que era el concilio de Lhasa.

—Siempre he soñado con visitar la capital de China central. Supondría una formidable ocasión que acompañase en este viaje a vuestra augusta persona, maestro sGampo —dijo entonces el lama sTod Gling, a quien era evidente que aquella perspectiva excitaba en grado sumo.

—No veo muy bien cómo podría ir hasta allí sin disponer de un guía… —dijo casi en broma el Superior ciego.

—¿Cuándo calcula partir Vuestra Santidad? —inquirió con ansiedad Bruma de Polvo.

—Cuanto antes, mejor. Me llevaré las prendas… Tráenoslas inmediatamente —dijo el viejo ciego al lama sTod Gling—. De este modo, Puñal de la Ley y su compañero tendrán oportunidad de descubrirlas.

Cuando el lama sTod Gling salió a buscar las prendas del concilio de Lhasa, el Superior de Samyé añadió:

—Ese lama comprueba todos los días que están en su sitio, que es la cámara acorazada de la biblioteca del monasterio.

—Se diría que tiene miedo de que a esas reliquias les salgan alas —dijo en tono de broma Santa Vía de los Ocho Miembros.

—¡Eso mismo! —apuntó el viejo ciego, cuyo rostro ascético se iluminaba ahora con una dulce sonrisa.

En realidad, sTod Gling no quería por nada del mundo convertirse en aquel que anunciase a Ramahe sGampo que aquellas extraordinarias

reliquias, salvadas de un saqueo y llegadas hasta allí por milagro, se habían desvanecido tan misteriosamente como habían reaparecido.

Era natural, pues, que temiera que hubieran sido sustraídas por algunas criaturas evanescentes capaces de atravesar los gruesos muros de la cámara acorazada. Para satisfacción de Ramahe sGampo, a quien había acabado por confiar sus temores, el lama sTod Gling juzgaba necesario celebrar todos los días ante los Ojos de Buda, la Santa Pestaña del Bienaventurado, el mandala sagrado de Samyé y, por supuesto, el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura, un ritual que estaba convencido de que ahuyentaba los malos espíritus.

Así pues, provisto siempre de las tenazas con pinzas de escorpión y de su cuerno ritual *thunra*, el supersticioso lama se dirigía a la cámara acorazada de la biblioteca del monasterio de Samyé.

Al volver unos instantes más tarde con el corazoncito de madera de sándalo en una mano y en la otra el rollo del manuscrito esotérico, fruto de años de reflexión de Pureza del Vacío, seguía llevando colgados del cinto aquellos utensilios rituales.

Con los gestos meticulosos de un cirujano, lo dejó todo sobre la mesa baja donde Bruma de Polvo y Cinco Prohibiciones ya habían depositado las «prendas preciosas».

Sobre el mandala sagrado del Vajrayana, los Ojos de Buda brillaban con gran esplendor.

—Siento una emoción próxima al llanto al contemplar tan de cerca los Santos Ojos del relicario de Kaniska. Si me hubiese dicho alguien que tendría alguna vez esta oportunidad, lo más probable es que lo hubiera tratado de embustero. Estas gemas están encerradas de ordinario en un relicario de oro puro de forma piramidal que sólo se saca de su tabernáculo de piedra con ocasión de la Gran Peregrinación —exclamó Puñal de la Ley con la voz temblorosa por la emoción.

—El único habilitado para transportarlas es el elefante blanco sagrado del monasterio —añadió, tan emocionado como su compañero, Santa Vía de los Ocho Miembros, que se había hincado de rodillas delante de las reliquias.

—¡He aquí la Santa Pestaña! Ten mucho cuidado de que no se te caiga… —añadió sTod Gling dirigiéndose al primer acólito de *Buddhabhadra* tendiéndole el minúsculo pelo que acababa de coger entre el pulgar y el índice del rincón del relicario de madera donde estaba guardado.

—No, gracias, prefiero examinar el sutra de Pureza del Vacío, que hizo que Cinco Prohibiciones viniera hasta aquí —respondió Puñal de la Ley, que acababa de sacar de su caja forrada de seda roja el rollo en el que se desplegaban los millares de caracteres de la reflexión mística elaborada por Pureza del Vacío sobre las virtudes de los conceptos de la Nada y de la Vacuidad Pura.

Igual que dos colegiales, los dos hinayanistas estaban inclinados sobre la página de guarda del manuscrito y admiraban la suntuosa miniatura que la decoraba, los colofones y las múltiples dedicatorias.

—¡Un trabajo de miniaturista sin parangón! —exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Se debe a uno de los copistas más célebres de China… —precisó Ramahe sGampo.

Puñal de la Ley no conseguía levantar la cabeza de aquel suntuoso manuscrito. Había emprendido la tarea de leer una por una las frases escritas por sus lectores más venerables a manera de cumplido dedicado al autor.

—¡Qué raro, aquí hay una dedicatoria que no consigo descifrar! —acabó por decir después de un minucioso examen.

—No me extraña. Está escrita en tibetano —exclamó el lama sTod Gling inclinándose a su vez sobre el manuscrito de Pureza del Vacío.

Como jamás se había atrevido a sacar aquel documento de su estuche cuando iba a comprobar que las prendas preciosas se encontraban en su sitio, no había tenido ocasión de examinar las múltiples inscripciones que figuraban en la página de guarda.

—¿Una inscripción en tibetano? ¡Pues es sorprendente, como mínimo! ¿Podrías leérmela? —preguntó Ramahe sGampo con semblante pensativo.

El lama sTod Gling inició su lectura, al principio lentamente y después con cierta prisa, dado el tenor dramático de lo que primero había

considerado una dedicatoria banal pero que resultó ser un mensaje impresionante:

> *Esto es una súplica de la monja Manakunda al Bienaventurado Buda. Lamenta profundamente lo que la ha hecho sufrir Nube Loca, que introdujo en su cuerpo una estaca de carne. Consciente de no ser más que una horrible pecadora, tiene el atrevimiento de esperar que sus remordimientos le sirvan para conseguir la absolución del Bienaventurado. Firmado: Manakunda.*

Era el testamento de Manakunda, consignado en aquella hoja de papel con caligrafía torpe que demostraba, de haber sido necesario demostrarlo, la desesperación extrema que había sufrido la autora del escrito.

Un silencio mortal se cernió sobre la sala de meditación del Superior de Samyé cuando el lama sTod Gling terminó la lectura de aquellas líneas tan terribles por su sequedad que el estilete de la joven novicia había consignado, junto con su firma, al pie de la primera página del Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura.

—¡Cómo compadezco a esa Manakunda! Nube Loca, pues, no se contenta con ser un criminal sino que, además, es un violador… —murmuró, consternado, Puñal de la Ley.

—Esta inscripción, escrita de puño y letra de la monja que murió al dar a luz a unos niños concebidos con Nube Loca, supone una terrible acusación, maestro Ramahe sGampo —dijo, compadecido, el lama sTod Gling.

—Ese escrito es conmovedor. Cuando una monja comete el pecado de la carne va derecha al infierno del Avici… —balbuceó, aterrado, Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Manakunda sufrió tanto aquí abajo que a buen seguro se librará del infierno —replicó con amargura Ramahe sGampo, que por fin salió de su mutismo.

—¡Yo prefiero creer eso! —dijo el monje turfanés.

—¡Cómo me arrepiento! —prosiguió el viejo ciego con voz cansada. ¡Habría debido prestar más atención a aquella monja!

—No os arrepintáis de nada, Santidad; cuando algo tiene que suceder, sucede —se atrevió a decir Bruma de Polvo.

—¡Qué sola debió de sentirse!… Si yo lo hubiera sabido, le habría dicho a esa pobrecita que confesara su falta en lugar de consignarla por escrito en forma de colofón.

—Pero es que ella no quería confesarse, Venerable. Tenía demasiada vergüenza… —murmuró sTod Gling, que era la única persona a la que había confiado que estaba esperando un hijo—. Nunca me arrepentiré de haberla ayudado lo mejor que supe. Manakunda fue una víctima inocente de Nube Loca. ¡Jamás habría sospechado que pudiera ser el padre de los Gemelos Celestiales!

—Si yo hubiera estado enterado de lo que aquella monjita se reservó sólo para ella, se habría ganado mucho tiempo a partir del fracaso de la última reunión de Samyé y se habrían ahorrado muchos malentendidos. La verdad es que ese individuo nos dominó a todos muy por encima de lo que cabía esperar… —exclamó, consternado, el Superior de Samyé.

—Por lo menos se ha aclarado un misterio… Ahora comprendo mejor los motivos de la ausencia de Nube Loca en vuestra reunión, reverendo. Mientras languidecíais aguardando su llegada, en compañía de Pureza del Vacío y del difunto *Buddhabhadra*, ese personaje innoble violaba a una de vuestras monjas —añadió el lama sTod Gling, escandalizado.

—¡Es repugnante! —exclamó Bruma de Polvo, anonadado después de aquella abrumadora lectura.

—No dejaré en manos del Samsara la previsión de decidir la suerte de Nube Loca, porque espero que estas manos tendrán ocasión de hacerle pagar todas sus maldades —dijo Puñal de la Ley con voz de trueno levantando los puños al cielo.

—En cuanto a mí, estoy seguro de que Pureza del Vacío tiene mucho que contarme sobre todo esto… —murmuró el viejo ciego en un tono de voz que se había hecho amenazador.

—Parece que dais a entender que el Superior de Luoyang podría estar conchabado con Nube Loca…

—No con Nube Loca, probablemente. Parecía ignorar tanto como nosotros la razón de la ausencia de ese individuo… Pero seguramente

estuvo conchabado con *Buddhabhadra*. No hay duda de que su trágica desaparición alteró los planes que habían fraguado…

—De modo que estáis convencido de que querían cometer sus trapacerías a vuestras espaldas —inquirió el primer acólito del Superior de Peshawar.

—¡Esa expresión es un poco exagerada! En todo caso intentaban salir del paso de la mejor manera posible.

—¿Y por qué os habrían excluido? —preguntó Puñal de la Ley.

—De las tres Iglesias búdicas, la mía es la que está mejor protegida frente a las influencias exteriores. ¡El país de Bod está tan lejos de todo! Yo no estoy sometido a la misma presión que ellos. Y además, soy ciego… En todo caso, en lugar de «mantener la concordia cinco años más», la última reunión habrá comportado una terrible ruptura entre mis dos colegas y yo… —explicó con toda sobriedad el Superior de Samyé.

—¿No tuvisteis ocasión de tener una explicación con *Buddhabhadra*?… —añadió su primer acólito en tono interrogativo.

—Yo me figuraba que tendríamos ocasión de hablar… acerca de un punto que yo quería abordar con él. Pero abandonó el monasterio sin saludarme siquiera… Pureza del Vacío y él debieron de preparar entre tanto todos sus tejemanejes —concluyó Ramahe sGampo en un tono que dejaba traslucir su disgusto.

La perplejidad de Puñal de la Ley había alcanzado su nivel más alto. Cuanto más trataba de comprender lo ocurrido, más elementos nuevos venían a complicar la situación, lo que hacía inútil toda explicación plausible.

Hete aquí que Ramahe sGampo parecía valerse ahora de una especie de acuerdo entre *Buddhabhadra* y él mismo con respecto al cual su Superior no habría tenido nada que decir.

¡Cuántas preguntas sin respuesta!

¿Se llegaría alguna vez a encontrar la solución de todos aquellos enigmas?

¿Por qué Pureza del Vacío retenía prisionera a Umara después de haber dejado en Samyé la «preciosa prenda» de su Iglesia y después de haber enviado a Cinco Prohibiciones a buscarla? ¿En virtud de qué azar

Buddhabhadra y Nube Loca se habían vuelto a reunir como si estuvieran conchabados? ¿Por qué Ramahe sGampo parecía decepcionado al no haber podido conversar a solas con *Buddhabhadra*?

Lo innegable, por otra parte, era que el comportamiento de *Buddhabhadra* había sido muy turbio…

—Después de todo lo que ha pasado, por desgracia es imposible sacar una conclusión sobre la actitud de mi antiguo Superior. Debéis saber que en Peshawar nos ocultó que se había apoderado de los Ojos de Buda y que nos había dejado vacía la pirámide de oro puro en lo alto de la torre-relicario de Kaniska… —murmuró Puñal de la Ley, lejos de revelar totalmente a Ramahe sGampo las innumerables sospechas que había acabado por alimentar en relación con su antiguo Superior.

—¡No podía actuar de otro modo! Sin esta santa reliquia, el convento del *Único Dharma* ya no tiene razón de ser… ¿Cómo habría reaccionado tu comunidad si su Inestimable Superior le hubiera anunciado que debía partir al País de las Nieves con los Ojos de Buda? —murmuró Ramahe sGampo con extrañeza.

—Vuestras palabras, maestro sGampo, me dan a entender que *Buddhabhadra* no tenía más remedio que actuar de esa manera.

—No vas descaminado…

—¿Qué queréis decir, Santidad? —preguntó de pronto Bruma de Polvo.

—¡Bruma de Polvo! Casi no se te oye… Lo único que me queda por hacer ahora es darte las gracias.

—De no ser por ti, el corazón de sándalo ahora no estaría aquí —declaró el anciano ciego después de un breve silencio con el que quería dar a entender a Puñal de la Ley que no le diría nada más sobre los motivos reales que habían inducido a *Buddhabhadra* a llevar los Ojos de Buda a Samyé.

Correspondía ahora al primer acólito perderse en conjeturas hasta el punto de deslizarse poco a poco hacia uno de esos abismos de perplejidad que acaban por paralizar el entendimiento…

¿Cómo había podido llevar *Buddhabhadra* la duplicidad hasta el extremo de hacer creer en la existencia de los Ojos de Buda dentro del relicario de Kaniska, teniendo en cuenta que esta reliquia santa servía de

«preciosa prenda» del Pequeño Vehículo en el marco del pacto secreto de los concilios de Lhasa?

La imagen de por sí bastante turbia que tenía el acólito de su jefe estaba a punto de transformarse en la de un monstruo de engaño y de cinismo.

Pese a la estrechez de la ventana, los rayos del sol inundaban ahora la sala de meditación del viejo Superior ciego, donde los Ojos de Buda fulguraban con mil reflejos, justo en el momento en que Bruma de Polvo, seguro de su efecto, respondió a la pregunta planteada por Ramahe sGampo.

—Si mis pasos me llevaron hasta aquí, Santidad, ello se debe a un viejo lama de vuestro monasterio… —explicó el chino antes de revelar las circunstancias en las que el viejo monje tibetano que encontró entre las ruinas todavía humeantes de Dunhuang, después del saqueo del oasis, lo incitó vivamente a dirigirse a Samyé mediante el señuelo, que resultó ser cierto, de que aquel gesto le permitiría encontrar a la hija del obispo Addai Aggai.

—¡Sakya Panchen! De modo que encontraste a Sakya Panchen, llamado «el Gran Sabio», el más competente de mis monjes traductores, a quien yo envié a Dunhuang para que transcribiera en lengua tibetana el mayor número posible de sutras contenidos en las bibliotecas de los monasterios búdicos del oasis —exclamó, conmovido, Ramahe sGampo.

—Ese monje tenía todo el aspecto de un sabio particularmente experimentado. Y al mostrarle el contenido del corazón de sándalo, me convenció de que partiera hacia el País de Bod para devolvéroslo, asegurándome que ese gesto os movería a rezar por mí al Santo Buda a fin de que me ayudara a encontrar a esa muchacha de la que yo había perdido todo rastro. Y la profecía de Sakya Panchen se hizo realidad, porque, camino de Samyé, me tropecé en efecto con Umara y Cinco Prohibiciones…

—Entonces, ya que no sus últimas traducciones, Sakya Panchen, de quien por desgracia no tenemos ninguna noticia, supo arreglárselas para hacernos llegar las «prendas preciosas». Siempre he pensado que ese religioso era un espíritu dotado de facultades superiores… Sakya Panchen es un santo y, como tal, su mirada llega más lejos que la de los demás

mortales… Dondequiera que se encuentre, ya sea aquí abajo ya en el cielo del nirvana, estoy seguro de que debe de observarnos con mirada satisfecha —exclamó el viejo ciego con la voz ahogada por la emoción.

Era, en efecto, con gran nostalgia que Ramahe sGampo se acordaba de que, años antes, había enviado a Dunhuang a aquel extraordinario lama tan dotado para las lenguas, capaz de traducir al tibetano cualquier texto chino o sánscrito. No había sido mala idea, porque el interesado había traído del gran oasis de la Ruta de la Seda, en dos viajes distintos, sendos convoyes de *yaks* cargados con innumerables rollos que constituían el corpus casi exhaustivo de los textos fundamentales del budismo del Pequeño y Gran Vehículo, conservados como objetos preciosos desde entonces en la biblioteca del monasterio de Samyé.

—Sin este encuentro imprevisto con Sakya Panchen, ahora no estaría delante de vos, maestro sGampo, como tampoco habría encontrado a Umara —comprobó Bruma de Polvo con una sonrisa.

—Convéncete de que nada obedece al azar, querido Bruma de Polvo —sentenció el anciano ciego.

Apareció un novicio que les sirvió té con manteca de *yak*, que bebieron en silencio, tan fuerte era la emoción que los embargaba después de aquella avalancha de revelaciones.

—Maestro sGampo, ¿podríamos fijar la fecha en la que esperáis llegar a Luoyang? —preguntó Puñal de la Ley en cuanto terminó de beber el cuenco de té.

—¿Por qué no partimos juntos? ¡Sería mucho más práctico! —propuso Bruma de Polvo.

—Debéis darme tiempo para volver a Peshawar. Me resulta difícil abandonar por más tiempo a mi comunidad sumida en la incertidumbre por la suerte de *Buddhabhadra*. Si mis hermanos ven que Santa Vía de los Ocho Miembros y yo no volvemos, existe el riesgo de que se disgregue todo el monasterio del *Único Dharma*. Costará decir la verdad, pero habrá que pasar por ello.

Sólo de pensar que debía volver a Peshawar para anunciar a la comunidad la muerte de su Inestimable Superior, los ojos del primer acólito se cubrieron de un velo de inquietud mezclada de tristeza.

—Podrías aprovechar la ocasión para llevarles la reliquia de la Santa Pestaña. Teniendo los Ojos de Buda, ese pelo resulta innecesario… Así no volverás con las manos vacías. En cuanto a lo demás, estoy de acuerdo contigo para que nos encontremos todos juntos en la capital de verano de la China imperial en una fecha previamente acordada —respondió Ramahe sGampo ante la sugerencia de Puñal de la Ley.

—No sé cómo agradeceros vuestra comprensión… Sois un hombre extremadamente bueno, reverendo. En cuanto a la Santa Pestaña, quiero llevarla a mis hermanos; no les disgustará, aunque puedan tener dudas sobre su procedencia… ya que tuve que confesarles que yo me había arrancado una al descubrir que *Buddhabhadra* se había marchado con el corazón de sándalo —exclamó el primer acólito de *Buddhabhadra*, que no pudo evitar una sonrisa.

—Ya que no un concilio de Lhasa, podríais celebrar el primer concilio de Chang An. De ese modo quizá renacería la concordia entre las tres Iglesias —exclamó el lama sTod Gling.

—Siempre que yo sea digno de sustituir a mi Inestimable Superior —suspiró Puñal de la Ley, que no conseguía apartar la mirada de los Ojos de Buda.

—Por mi parte no tengo ninguna duda con respecto a eso. Propongo, pues, que dentro de seis meses lunares nos encontremos en Luoyang; eso os dará tiempo de ir a Peshawar, siempre que no os eternicéis allí —concluyó Ramahe sGampo.

Y sin perder un momento, al día siguiente Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros partieron de nuevo hacia el convento del *Único Dharma*, con prisa por anunciar a sus hermanos la terrible verdad sobre la suerte de su Superior, a quien su martirio final habría permitido con toda seguridad redimir su conducta.

A Bruma de Polvo se le encogió el corazón al mirar a los dos monjes de Peshawar, acompañados de la perra amarilla Lapika, que le dirigían un último saludo antes de desaparecer entre las dos *estupas* conmemorativas que flanqueaban el paso.

—¿Estarás en Chang An cuando lleve allí a Ramahe sGampo? —le preguntó el lama sTod Gling.

—Eso espero… —murmuró el chino, cuya mirada se había ensombrecido.

—Tienes aspecto preocupado.

—Voy a dar una vuelta por ahí fuera. La altitud de Samyé me produce vértigo. Me cuesta dormir y tengo náuseas, aparte de la migraña que me atormenta desde que cae la noche hasta la mañana y desde la mañana hasta que cae la noche…

—Vigila, porque, en el país de Bod, conviene no apartarse de los caminos, sobre todo al caer la tarde.

Se hace de noche muy temprano.

—No te preocupes, lama sTod Gling, porque desde que me fui de Dunhuang, sé muy bien dónde debo poner los pies cuando voy por la montaña para no resbalar.

Al cruzar la puerta de Samyé con intención de subir hasta la cresta situada enfrente, desde donde esperaba contemplar un panorama incomparable del valle adyacente, Bruma de Polvo sintió una extraña tristeza.

Como una nube gigantesca que invadiera el cielo, se le apareció de pronto el hermoso rostro de Umara con sus ojos bicolores entre las dos pequeñas pagodas del paso tras el cual habían desaparecido hacía pocos instantes las minúsculas siluetas de Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros.

Umara le sonreía y esto le hacía mucho bien.

Tanto bien que no pudo abstenerse de comprobar que la amaba como el primer día.

Fue en contra de su voluntad que se había rendido ante Cinco Prohibiciones y, aunque la herida ocasionada por aquella preferencia seguía en carne viva, su antiguo rival ya no le inspiraba odio ni rencor.

El rostro de su amada que vislumbraba en el cielo iba nimbándose poco a poco de bruma; uno de sus ojos bicolores ya se había desvanecido en el azul violáceo del crepúsculo naciente y ahora el muchacho atisbaba con recelo el momento en que desaparecería el rostro entero.

Caminaba con la mirada vuelta hacia ella, sin poner atención en el sitio donde ponía los pies. ¡Tanta era la necesidad que tenía de su mirada bicolor!

La noche engulliría a Umara en sus limbos oscuros y, puesto que era la única razón que justificaba su existencia, la perspectiva que se le ofrecía era insoportable.

Tan insoportable que, cuando una pierna dio un paso en el vacío porque siguió rectamente el camino en lugar de obedecer la curva que marcaba el sendero, la acompañó con la otra pierna sin la menor vacilación y se precipitó, con la cabeza por delante, en el insondable precipicio que bordeaba el camino. En su caída vertiginosa, tuvo todo el tiempo del mundo para gritar:

—¡Uuuumara…!

Pero ya se había estrellado contra las rocas.

El eco del nombre de la cristiana nestoriana aún resonó largo tiempo en las paredes abruptas de la última morada de aquel muchacho que la había amado con todas sus fuerzas.

XLIV

EN UNA CUEVA DE LAS MONTAÑAS
(AL SUDOESTE DE LA ACTUAL XINJIANG)

—¡Mañana salimos! —anunció el carcelero.

—¿Adónde vamos?

—¡Ya lo sabrás!

—Di a Kaled Jan que quiero verlo. Comunícale que ahora ya puedo andar y levantarme.

—Se lo diré. Aquí tienes la sopa.

—Por lo general tus colegas me la dejan lejos, como si yo fuera un perro dispuesto a morderlos.

—Estoy resfriado. El olor no me molesta. Te la dejo aquí.

—¡Vaya cuadrilla de cerdos!

—Te veo muy inspirado… —observó el carcelero resfriado.

Hacía varios días que el desgraciado obispo Addai Aggai parecía algo más animado.

Mejor que no supiera que padecía escorbuto, esa terrible enfermedad causada por la carencia de vitaminas que provoca el descarnamiento de los dientes y hemorragias internas, dejando sin fuerzas a todos aquéllos a quienes afecta, y que tampoco supiera que la piel de su cuerpo, afectada de insoportables pruritos, estaba corroída por la sarna.

Como de costumbre, su despertar había sido penoso debido al intolerable hedor a moho que se le agarraba a la garganta para recordarle su

triste condición de prisionero, frustrando el sempiterno sueño de exitosa fuga en el que se recreaba todas las noches.

Ni siquiera la nariz de sus carceleros más insensibles y aguerridos era capaz de resistir y todos tenían que taparse la nariz cuando se aventuraban hasta las entrañas de la montaña habitadas por el prisionero de la manera más sumaria en una cama de ramaje.

—¡Tu cuenco de sopa! —solían gritarle.

—Si seguís martirizándome y privándome de la luz del Todopoderoso Creador de todas las cosas, no obtendréis nada de mí porque el Dios Único no tardará en acogerme en su seno. Díselo así mismo a Kaled Jan —murmuró Addai Aggai al hombre que ya se había dado la vuelta después de dejarle el habitual cubilete de sopa de garbanzos.

Después, incapaz de advertir, debido a la oscuridad, que el carcelero se había ido, agitó en dirección a él los puños que las trabas que los sujetaban, excesivamente apretadas, habían cubierto de sangre.

El obispo no estaba descontento de sí mismo; por lo menos le quedaban fuerzas para protestar.

Tendido sobre un montón de paja en el fondo de aquella cueva húmeda y sombría donde el sol no entraba nunca, el obispo nestoriano de Dunhuang estaba pálido como un muerto. Para un cristiano como él, aunque fuera cismático, morir en nombre de la fe era considerado una gracia de Dios. Con todo, el padre de Umara rechazaba con todas sus fuerzas la idea de morir como un mártir sin haber podido abrazar por última vez a su hija adorada.

Desde que una banda *tujüe* había saqueado el obispado que construyera con sus propias manos, vivía una especie de viacrucis en el que por desgracia cada nueva estación era más terrible que la anterior.

Al cabo de unas semanas de agotadora marcha, que hizo con las manos atadas y caminando detrás de un caballo, la delgadez cadavérica del cuerpo descarnado del obispo nestoriano de Dunhuang daba horror. Sus fuerzas mermaban de día en día, y las llagas en carne viva que le cubrían la piel se le habían infectado y despedían una insoportable pestilencia, hasta el punto de hacer temer al interesado que le quedaba poco tiempo en la tierra.

Como sus secuestradores habían abandonado la Ruta de la Seda para dirigirse hacia el sudoeste y atravesaban montañas verdeantes pero desiertas a excepción de las manadas de caballos salvajes que corrían por sus laderas, no podía esperar compasión de los viajeros para que los aleccionasen o los obligasen a tratarlo de forma más humanitaria.

Llegaron por fin al campamento del Gran Jan de los *tujüe*, instalado a la orilla de un río. Al gran Kaled Jan le complacía que lo llamasen el emperador de las estepas y, en el desierto, todos temían sus iras.

Sería, en efecto, quedarse corto afirmar que el campamento del rey nómada era un verdadero poblado de tela y pieles de animales cuya extensión pudo valorar el obispo nestoriano al divisarlo desde lo alto del acantilado que dominaba la llanura aluvial donde el Jan había montado su cuartel general.

Los *tujüe* de Oriente contaban por entonces con un gran número de tribus, cuyos jefes se consideraban grandes reyes cuando en realidad no eran más que reyezuelos cuyo ardor y salvajismo en el combate les permitían reinar sobre inmensos espacios desérticos en los que vivían poblaciones pastoriles tan pacíficas como las ovejas que custodiaban.

Kaled Jan era el jefe de una tribu *tujüe* que constaba de unas setenta familias, lo que la convertía en una de las más importantes de aquel pueblo nómada cuyos temibles jinetes tenían aterrorizadas a las poblaciones de los territorios que no cesaban de anexionarse primero y de perder después, según el humor de los chinos, *jotaneses*, persas y *sogdianos*[37].

Flotaba en el aire el característico olor a manteca rancia y a fritura propio de la cocina de los *tujüe*.

Dos días más tarde, el nestoriano fue conducido por vez primera ante su nuevo propietario, quien lo examinó con el mismo celo que si se hubiera tratado de un caballo.

Al igual que los guerreros de su tribu, Kaled Jan llevaba el bigote caído e iba peinado con cola de caballo. Se cubría el cuerpo macizo con un largo capote de pelo de cabra, y el curioso gorro de piel de leopardo de las nieves con que se tocaba no hacía más que reforzar su salvaje animalidad, patente en todo su aspecto general.

Addai Aggai todavía no comprendía una sola maldita palabra de la lengua *tujüe*. Ignoraba, por tanto, que el reyezuelo de la estepa, que demostraba decepción con su ceño fruncido, estaba haciéndose explicar por el hombre que palpaba al nestoriano que su venta en un mercado de esclavos de Samarcanda o de otro sitio no reportaría siquiera el dinero suficiente para comprar un pañuelo de seda.

Al día siguiente la tribu levantó el campamento. Como los nómadas estaban acostumbrados a recoger sus cosas deprisa y corriendo debido a la posibilidad de que se produjera un ataque de bandas rivales, desmontar el complejo poblado de tiendas instalado a orillas del río no llevó mucho tiempo. Participaron todos, incluso mujeres y niños. No tardaron, pues, en cargarlo todo en los carros —incluido el cuerpo demacrado de Addai Aggai — y el convoy partió sin más pérdida de tiempo rumbo a lo que el obispo estimó el septentrión basándose en la posición del sol en el cielo.

El resto del periplo, atado siempre al carro tirado por mulos, fue parecido. Los *tujüe* se desplazaban siguiendo su antojo e igual podían fijarse dos días en un determinado lugar que varios meses. Ahora que estaba bajo la férula del principal jefe *tujüe*, el nestoriano no se consideraba en mejores condiciones, puesto que seguía siendo una mercancía viva a merced de su vendedor.

Cierto que ya no debía arrastrarse detrás de un caballo, sino que ahora estaba encajonado entre dos fardos de alimentos y viajaba en una carreta vigilada por cuatro jinetes que no le quitaban ojo de encima, disuadiéndole de cualquier intento de poner pies en polvorosa.

Una mañana, tras haber montado el campamento en un paraje inexpugnable, protegido por un acantilado inaccesible de oportuna curvatura, todos los hombres de la tribu en edad de combatir abandonaron el campamento montados en sus «*Caballos Celestiales*», detrás de Kaled Jan, dejando al obispo nestoriano en compañía de mujeres, viejos y niños.

A través de uno de los *tujüe* más viejos, Addai Aggai se enteró de que el jefe había recibido una información que lo había obligado a ir a Turfan con sus guerreros «para apoderarse de un importante depósito de seda que estaba en posesión de una iglesia luminosa».

Y vista la atención extrema con que los guerreros *tujüe* habían afilado sus espadas y puntas de flecha y ajustado la tensión de las cuerdas de los arcos, era muy evidente la clase de proyectos belicosos que el emperador de las estepas se traía entre manos.

Addai Aggai dedujo, pues, que el interesado no tenía esta vez la menor intención de dar cuartel y ya imaginaba la desesperación de su colega maniqueo Cargamento de Quietud, suponiendo que lograse salvar la vida.

Seis o siete meses después de que Kaled Jan y sus hombres regresaran de la incursión aclamados por los demás, tiempo que al obispo se le antojó una eternidad, el emperador de las estepas le hizo una visita fugaz en la cueva oscura donde esperaba la muerte, seguramente tan sólo para comprobar que seguía vivo.

¿Qué había hecho el Jan después de ir a Turfan? ¿Había encontrado lo que buscaba o, por el contrario, había vuelto con las manos vacías? A juzgar por su semblante satisfecho, el botín no había sido desdeñable. ¿Cómo habría podido sospechar el obispo nestoriano, pese a que se perdía en conjeturas, que el *tujüe* regresaba de Palmira, donde había conseguido vender a Luna de Jade por un sustancioso precio?

—Me han dicho que eres nestoriano… —dijo, negligente, Kaled Jan.

La forma de pronunciar la palabra «nestoriano» por parte del jefe *tujüe* casi hizo sonreír a su interlocutor, que, sin embargo, estaba muy atento.

—Es exacto. Creo en el Dios Único y que su hijo no es de esencia divina, tal como dice el obispo Nestorio.

—Háblame de tu Dios único. ¿Se trata del dios del profeta Mahoma[38]?

—Sólo conozco vagamente a ese profeta de Arabia. Por lo que sé, pensaría que él y yo adoramos al mismo Dios Único y Todopoderoso —respondió Addai Aggai.

—Mi abuelo se convirtió a la religión revelada por Alá al Profeta, lo que arrastró a toda la tribu a seguir sus pasos. El Gran Dios lo engloba todo, tanto las otras religiones como el resto…

—El Dios Único se impone a todos los hombres —aprobó el obispo, que ya estaba preguntándose adónde querría ir a parar.

—Háblame de ese profeta a quien llaman, creo, el Cristo.

—El obispo Nestorio estableció la distinción entre Dios y el Cristo, lo cual comportó graves problemas para mi Iglesia —se limitó a responder Addai Aggai, que cada vez se sentía más incómodo.

No sabiendo a qué terreno quería llevarlo su interlocutor, decidió hablar lo menos posible sobre la querella referente a la naturaleza divina de Cristo, hijo de Dios, que cuatro siglos atrás había valido la excomunión al patriarca de Constantinopla, Nestorio.

—Ya sé… —dijo con aire de misterio Kaled Jan antes de añadir—: La querella que enfrentó a Nestorio con sus superiores jerárquicos no me es desconocida.

—Sabéis muchas cosas… —murmuró el obispo de Dunhuang, a quien le costaba disimular su sorpresa.

¿Cómo era posible que el jefe de una tribu *tujüe*, que tenía todo el aire de un bruto de lo más cerril, tuviera noticia de un cisma tan lejano en el tiempo?

—Por desgracia, estoy lejos de saberlo todo. Puedo confesarte, por ejemplo, que no tengo sentido de la orientación y a menudo confundo el norte con el sur —exclamó el *tujüe* con aire pensativo.

Ante aquellas palabras en forma de confesión, el obispo, a quien el reposo le había permitido recuperar parte de las fuerzas perdidas pese a las deplorables condiciones de su detención, se dijo que con un poco de suerte no tardaría en verse liberado.

Por desgracia, eso no había ocurrido.

Era evidente que Kaled Jan no tenía intención de soltarlo, ya que, después de su inesperada visita, no volvió a hacerlo comparecer nunca más ante él para informarlo de nada.

De pronto, Addai Aggai se acordó del cuenco de sopa que el carcelero había dejado a sus pies y se la bebió de un trago. Desde hacía un tiempo, sentía una sana sensación de hambre en lugar de aquel atroz dolor de tripas que lo había atormentado hasta entonces.

Al día siguiente lo sacaron de la cueva.

—¡Exijo ver a Kaled Jan! —gritó a uno de los guardianes que lo habían conducido como si fuera un haz de leña y después lo habían empujado sin

miramientos a una plataforma en la que había un montón de pieles de animales que servían de tienda a los nómadas.

Le respondieron con burlas y, tras asegurarse de que estaba bien atado, lo amordazaron para redondear la faena.

Después de lo cual, en medio de un alboroto ensordecedor en el que los gritos de los animales y de los niños se mezclaban con el chirrido de los ejes mal engrasados y el crujido de las cuerdas demasiado tensas, el convoy de los nómadas volvió a ponerse en marcha.

A juzgar por la posición del sol, los *tujüe* habían emprendido el camino hacia el norte.

La tribu atravesó durante algunas semanas una zona de llanuras herbáceas, lo que permitió a los «*Caballos Celestiales*» alimentar sus músculos; pero el convoy se encontró después en un paisaje mucho más hostil donde era fácil adivinar, por las dimensiones de las piedras, cada vez más pequeñas, que el desierto no estaba lejos.

Los conocimientos geográficos del obispo nestoriano le hacían temer que Kaled Jan se dirigía hacia el terrible Taklamakan.

Por otra parte, cuando el convoy se detuvo mientras Kaled Jan vociferaba, tras haber salido de la carreta donde, por una vez, se encontraba reposando, aparecieron de pronto en el horizonte las primeras dunas de arena grisácea características.

Desde su llegada a Dunhuang, Addai Aggai había escuchado en numerosas ocasiones los impresionantes relatos de los viajeros acerca de la trampa mortal que era aquella inmensa extensión de arena y piedras, barrida a menudo por vientos que borraban las huellas de los exploradores temerarios o inconscientes que se aventuraban por ella. Los antiguos anales chinos de la época de los Han le daban el nombre de *Liu sha* o «arena que se mueve». Huesos de hombres y animales, como lúgubres mojones, cubrían las pistas de aquel infierno del viajero que era preciso rodear.

En verano, era tal el calor que en menos de tres horas se podía morir de sed. Las tempestades secas, los terribles *karaburan*[39], cuyos rayos eran capaces de fulminar cualquier masa que se desplazara en el aire, estallaban permanentemente… Parecía entonces que el cielo del Taklamakan, oscuro como el carbón, se confundía con la arena de las dunas, mientras los

huracanes levantaban montañas de polvo y hasta piedras capaces de matar a un mulo.

Y en invierno, los vientos glaciales eran capaces de transformar animales y hombres en estatuas escarchadas que serían devoradas por los lobos cuando los rayos del pálido sol de esta estación en la que el cielo rara vez era oscurecido por las nubes les calentasen las carnes.

El nestoriano comprobó con recelo que el convoy de los guerreros nómadas se había equivocado de camino.

Kaled Jan, que iba poniéndose cada vez más nervioso, volvió a montar a caballo, al parecer buscando la salida de la terrible zona en la que, por inadvertencia, habían entrado.

El viento había borrado las huellas del terreno, lo que hacía difícil orientarse, y Addai Aggai, que no se atrevía a intervenir, acabó por tener la desagradable impresión de que el jefe *tujüe* hacía girar a su tribu en redondo.

Por fortuna, una cuadrilla de guerreros, surgida detrás de una colina de arena, se apostó en pleno camino. Tanto su atavío como sus banderines los delataban como soldados del ejército chino.

Addai Aggai asistió de lejos a los parlamentos que se entablaron entre el que tenía las trazas de ser el capitán de los soldados chinos y el jefe de la tribu *tujüe*. A juzgar por los gestos perentorios del capitán, este último desaconsejaba vivamente al emperador de las estepas que se aventurara más lejos. El nestoriano tuvo después la impresión de que Kaled Jan, abandonando toda arrogancia, se disponía a obedecer a lo largo de una conversación que se prolongó durante un tiempo.

El nestoriano no se equivocaba, ya que, sin tardanza, Kaled Jan dio orden a su convoy de dar media vuelta e hizo que la soldadesca china se situara delante de los exploradores *tujüe*, como si se tratase de conducir por el camino adecuado a toda la tribu.

Tras dos días más de marchas forzadas bajo la dirección de los chinos, los nómadas hicieron alto en un lugar donde inmensos acantilados se erguían hasta donde alcanzaba la vista como las vertiginosas murallas de una misteriosa fortaleza sobre la cual, en el azul del cielo, planeaban las aves rapaces con las alas desplegadas.

El agotamiento del obispo nestoriano, que no había comido ni bebido durante dos días, era inmenso y no tenía ni la más mínima idea del sitio donde se encontraban cuando le ordenaron que bajara del carro que lo transportaba con las manos y los pies todavía atados.

Los *tujüe* instalaron su poblado itinerante al pie de la barrera rocosa perforada por cuevas en las que imperaba una temperatura casi igual de día y de noche, como Addai Aggai tuvo ocasión de comprobar desde el primer día.

Todas las cuevas se parecían. El sol no penetraba jamás en ellas, hasta el punto de que, muy pronto, pese a la mejoría de su salud, el obispo acabó por no saber cuánto tiempo había transcurrido desde su llegada, lo cual detestaba sobremanera.

Entonces volvió a ganarlo la desesperación. Y como siempre, la buena noticia llegó en el momento en que ya no creía en ella. Comprendió que su situación debía de haber cambiado la mañana en que un guardián de rostro rubicundo le trajo un pedazo de torta rellena de albaricoques sobre la que se lanzó ávidamente después de tantos meses de contentarse con la inmunda sopa de garbanzos.

¿A qué obedecía aquella mejora del tratamiento?

—¡Demasiado buena para ti! —le soltó el hombre en tono malévolo mientras Addai Aggai devoraba la deliciosa golosina.

—¿En qué día estamos? —preguntó, como de costumbre, el padre de Umara sin hacerse ilusiones de obtener otra respuesta que un juramento.

—¡Y eso qué más te da! En todo caso, hoy es un gran día, ya que vas a comparecer ante el Gran Jan Kaled —se contentó con responder el hombre antes de volverle bruscamente la espalda. De buena gana Addai Aggai le habría saltado al cuello. Unos instantes más tarde, el prisionero fue conducido al exterior de la cueva, donde se quedó tan deslumbrado por la luz que poco faltó para que tropezara con las piedras diseminadas por la pradera. Después de despiojarlo, lo lavaron de pies a cabeza y le mudaron la ropa, con lo que tuvo tiempo, pasado el primer momento de euforia, de preguntarse la razón de aquella inopinada convocatoria.

¿Qué sorpresa le reservaba el emperador de las estepas? ¿Se trataría del final de su calvario o, por el contrario, iba a anunciarle la muerte?

Pese a estar irreconocible después de aquella sesión de aseo, el nestoriano tuvo trabajo para disimular su angustia cuando compareció delante del jefe de la tribu nómada. Comprobó con alivio, sin embargo, que éste lo recibía con una sonrisa en los labios.

El contraste era notable entre los belfos, que descubrían unos dientes inmaculados, y los ojillos malévolos del hombre, cuyo increíble bigote se le antojó a Addai Aggai más largo y caído aún que de ordinario, lo que acentuaba la impresión general de crueldad implacable que emanaba de aquel reyezuelo de la estepa.

—¿Has tenido noticias de tu única hija? —le preguntó bruscamente Kaled Jan.

—¿Cómo es que estáis enterado de la desaparición de Umara? —exclamó Addai Aggai, que no pensaba más que en su hija.

—Sé de tus desventuras más de lo que tú sospechas. Un capitán persa llamado Majib me habló de tu desesperación aquella famosa mañana en que la buscabas en una cañada del desierto de Gobi donde una minúscula fuente te dio, según él, muchísimas preocupaciones —respondió el jefe *tujüe*.

—Daría diez años de mi vida por volver a verla aunque fuera un solo instante.

—¿Qué necesitas para encontrarla? —En primer lugar, libertad.

—En este sentido, tengo una propuesta que hacerte.

—Os escucho —respondió el obispo, sintiéndose al borde del desmayo.

—Un embajador árabe acompaña a una muchacha china desde Palmira a Chang An. Mis vigías me han señalado su paso reciente por Dunhuang. Si pudieses traerme a esa muchacha, serías libre, lo que te daría oportunidad sobrada de encontrar a tu hija… No ignoras que soy aficionado a las mujeres… —explicó Kaled Jan, subrayando el final de sus palabras con un elocuente guiño.

—¿Se trata de un convoy importante?

—Hay en total ocho camellos y otros tantos viajeros, entre ellos la muchacha, por supuesto.

—¿Se trata de un rehén de alto rango, como los que suelen intercambiarse los imperios para evitar hacerse la guerra?

—Es una simple plebeya sin ningún valor diplomático. Pero, en cambio, es china y muy guapa. Se llama Luna de Jade.

—¿Qué diríais si me tomara en serio la proposición que me habéis hecho? —le preguntó el obispo nestoriano, que estaba preguntándose dónde había oído aquel nombre y, por otra parte, qué ocultaba tan curiosa propuesta.

—¡No es ninguna broma! Si consiguiera a esa muchacha, sería el más feliz de los mortales —declaró de forma misteriosa el jefe *tujüe*.

—¿Y por qué confiáis en mí hasta ese punto? —Un obispo nestoriano no puede tener más que una palabra. El obispó, que quería creer que se trataba de una ganga, se guardó muy bien de preguntar a su interlocutor cómo conseguiría apoderarse de aquella chinita que le valdría la libertad teniendo en cuenta que se encontraría él solo contra siete.

¿Qué no habría hecho para librarse de aquellos *tujüe*?

—Estoy dispuesto a lanzarme ahora mismo contra ellos. Basta que me indiquéis el camino que siguen. De todos modos, si esos camelleros ya han pasado por Dunhuang, temo que no los podré alcanzar nunca —exclamó febrilmente Addai Aggai, en quien se había despertado de pronto una loca esperanza.

—Voy a confiarte a Vivo como el Rayo, uno de nuestros mejores *Caballos Celestiales*. Se traga las distancias como los pájaros de vuelo raudo.

—Apenas sé sostenerme sobre un caballo… -soltó el obispo.

—Pese a su raza y a su temperamento, Vivo como el Rayo es dócil como un cordero.

Kaled Jan no había mentido: Vivo como el Rayo se dejó montar dócilmente por el nestoriano cuando se lo acercó un palafrenero.

El caballo en cuestión no sólo era bello y fogoso y tenía una pelambrera oscura y brillante rematada por una crin flameante, sino que también era muy tranquilo.

Cuando sintió una ligera brisa —el aire de la libertad— en su rostro, después de haber rozado apenas el flanco del animal con el talón para que partiera al trote, Addai Aggai sintió un inmenso placer después de tantos meses de confinamiento.

Delante de sus ojos se extendía un paisaje de rocas sin una sola planta, pero tan tranquilizador como una pradera cubierta de verdor.

Kaled Jan le había indicado cuidadosamente la dirección: le bastaría con seguir el camino de piedras que, después de dos días de cabalgar, le permitiría llegar a la Ruta de la Seda para, desde allí, lanzarse en persecución de los ocho camellos que cubrían las distancias mucho más lentamente que Vivo como el Rayo.

Cuando, al caer la noche del primer día, tras haber decidido pararse al borde de un torrente seco en cuyo lecho quedaba un poco de hierba de la última lluvia, Addai Aggai, que seguía en el límite de la euforia, se apeó del caballo vio, al volverse, a dos jinetes que se arrimaban apresuradamente contra un acantilado para evitar ser descubiertos.

¡Lo estaban siguiendo!

Se maldijo por haber tenido la ingenuidad de creer a pies juntillas en la proposición que le había hecho Kaled Jan, demasiado ventajosa para ser sincera. Ahora se encontraba solo y a merced de dos jinetes *tujüe* que podían muy bien exterminarlo con absoluta impunidad.

Unos hálitos que anunciaban una tempestad de arena barrieron las inquietudes del obispo, sobre cuya cabeza, en un instante, se oscureció el cielo y se oyeron los siniestros lamentos del viento. El ruido era tal que no tardó en hacerse insoportable a oídos del nestoriano, que tenía que hacer grandes esfuerzos para mantener los ojos abiertos, ya que la arena se proyectaba con fuerza en todas direcciones. Las orejas de Vivo como el Rayo se movían en todos sentidos, lo que indicaba que el caballo se sentía profundamente perturbado. Por las laderas abruptas entre las cuales serpenteaba el camino vio resbalar guijarros desprendidos, piedras después y, finalmente, rocas cada vez más grandes.

Permanecer allí equivalía a una muerte segura. Por otra parte, a juzgar por el enorme montón de piedras que acababan de caer allí donde sus dos perseguidores se habían refugiado, era seguro que habían quedado reducidos a papilla, al igual que sus monturas.

Pero Addai Aggai, que caminaba a tientas a través de aquella nube opaca para poder salir de la trampa mineral y eólica que amenazaba con cerrarse sobre él, no se preocupó por ellos.

Era perfectamente consciente de que la situación se había convertido en una cuestión de vida o muerte.

Sin embargo, a fuerza de escrutar el polvo, acabó por distinguir, situada ligeramente a la derecha, una mancha oscura que parecía recortarse sobre el fondo de la masa gris formada por la montaña.

Sólo podía tratarse de una grieta que se abría en el flanco del acantilado y que se aparecía ante sus ojos bordeada de negrura. Con las manos pegadas al muro, vacilando ante la violencia de las ráfagas de viento, cegado por la arena que le acribillaba el rostro, consiguió apoderarse de la brida del caballo y ampararse en la pared de piedra. Su única preocupación era ponerse al abrigo del torbellino de arena y de la lluvia de piedras.

Pero al llegar allí pudo comprobar con alivio que se trataba de una grieta y, mal que bien, se introdujo en ella junto con Vivo como el Rayo.

La tempestad desatada se prolongó durante horas interminables y redobló su violencia en medio de una oscuridad tal que se habría dicho que era de noche. Por fin se impuso poco a poco la calma y se apaciguaron los vientos, seguidos de una lluvia de arena que fue dejando paso paulatinamente al inmutable paisaje de montañas y rocas desmoronadas.

Addai Aggai oyó entonces un relincho que le provocó un violento estremecimiento. No podía tratarse de Vivo como el Rayo, que tenía la cabeza pegada a su hombro.

De pronto, ante su vista surgió otro caballo de una anfractuosidad vecina y junto a él un individuo cubierto de arena de pies a cabeza.

Ante aquella aparición que le hizo pensar en la mujer de Lot, que, según la Biblia, quedó transformada en estatua de sal al volverse a mirar las ciudades de Sodoma y Gomorra, sobre las cuales Dios hizo caer un diluvio de fuego, el nestoriano apretó los puños.

¡La estatua no sólo se movía, sino que además estaba sacudiéndose la ropa!

—¡Ulik…, no esperaba verte! ¡Qué sorpresa tan increíble! —exclamó Addai Aggai, que acababa de reconocer al joven intérprete parsi.

—Me ha sorprendido el tornado. He tenido el tiempo justo para ponerme al abrigo…

—Igual que yo. ¡Somos dos espectros! —¡Y yo que me figuraba que estabas con el jefe Majib!

—Decidí dejarlo hace poco, pero hacía mucho tiempo que la idea me rondaba la cabeza. Majib el parsi está cada vez más irascible. Debíamos ir a Persia, donde yo esperaba encontrar a los míos, pero últimamente cambió de parecer. No tengo ganas de seguirlo sin saber adónde voy. Estoy harto de vagar por las montañas siempre a la búsqueda de lo que él llama «un buen golpe» que no llega nunca.

—¿Adónde piensas ir, Ulik?

—No tengo ni idea. ¿Y tú?

—Intento apoderarme de una muchacha china llamada Luna de Jade que un embajador procedente de un reino occidental lleva a Chang An. Kaled el *tujüe* me ha prometido que me concederá la libertad si se la llevo. El trato me pareció equitativo, porque, si sigo encerrado en el fondo de una cueva donde no entra jamás el sol, tengo pocas esperanzas de encontrar a Umara.

—Desde hace varias semanas no oigo hablar de otra cosa que de ese convoy de camelleros cuyo jefe distribuye generosamente granos de pimienta e incienso en cuanto llega a un albergue. Según dicen, esa joven es una princesa Han de elevado linaje.

—Todo lo que cuentas es exacto salvo una cosa: esa tal Luna de Jade es una simple plebeya. Eso, por lo menos, me aseguró Kaled Jan el *tujüe*…

—Pues el jefe del convoy, que se considera embajador plenipotenciario, habla de esa muchacha como de una princesa de muy elevada estirpe. Parece que es una pariente tan próxima de la familia del emperador que pretende no tener ninguna dificultad para que la reciba Gaozong en persona así que llegue a Chang An… —prosiguió, muy sorprendido, el intérprete parsi.

—Ese árabe se equivoca. Sin duda le engañaron. Recuerdo que Kaled Jan empleó la expresión de «plebeya» y no tenía trazas de bromear ni de mentir…

—Me importa poco que se trate o no de una mentira —concluyó Ulik —. De hecho, sueño con ir a China central y hacerme naturalizar chino. Estoy cansado de formar parte de esos réprobos desterrados por invasores,

obligados a refugiarse aquí y allá. No tengo temple de víctima. Allí conozco a alguien que puede ayudarme en mis propósitos.

El joven parsi pensaba en Cinco Prohibiciones, cuyo nombre calló por prudencia para evitar posibles contratiempos a su amigo *mahayanista*.

El obispo nestoriano, por su parte, no dudaba de la sinceridad de aquel joven parsi deseoso de romper las amarras de una existencia que hasta entonces había sido tan poco gratificante al servicio de una persona abyecta como Majib el persa.

—No sabía que la administración china admitiese tan fácilmente las naturalizaciones.

—Lo hace como contrapartida de los servicios prestados a la nación china. Me corresponderá a mí intervenir encontrando el medio de convencer a las autoridades de que merezco ser naturalizado Han. ¡Intentaré conseguirlo! Un amigo que vive en Luoyang me echará una mano; por algo es uno de los hombres con más ingenio que he conocido en la vida. Si he de ser franco, me encuentro en una situación en la que tengo muy poco que perder… Por otra parte, sí a ti te parece, podríamos unir nuestras fuerzas para llegar hasta Chang An.

—¿Por qué no? Siendo dos, nos sería mucho más fácil arrostrar los innumerables peligros de la ruta.

—Bendigo a mi Dios Único por haberme enviado esta tempestad de arena. Gracias a ella te he encontrado y, en cambio, los hombres que Kaled el *tujüe* había enviado para que me siguieran los pasos han sucumbido al diluvio de piedras —respondió con entusiasmo el padre de Umara.

—¿Así que el jefe *tujüe* te había hecho seguir?

—Estoy seguro. Esos dos hombres que galopaban detrás de mí y que intentaron esconderse cuando me volví, no estaban allí por pura casualidad.

—¿Y tú has visto caer las rocas sobre ellos?

—En el lugar exacto donde ellos se encontraban había un montón de piedras, así que lo más probable es que estuviesen sepultados debajo.

—Así pues, ¡ahora tienes campo libre! ¡Partamos, pues! Cuanto antes lleguemos al próximo albergue de la Ruta de la Seda, mejor para nosotros —exclamó Ulik atrayendo al obispo a su terreno.

—¡Mira, Ulik, el cielo está con nosotros! —murmuró el obispo abrazando con fuerza al joven parsi.

En las proximidades del Taklamakan, después de las interminables tempestades de arena, cuando llegaba la hora del crepúsculo y, como por milagro, se calmaban los vientos, el cielo derivaba siempre hacia una sutil e improbable mezcla de verde y naranja que los rojos fulgores emitidos por los rayos del sol al terminar su periplo se acercaban a lamer.

Al cabo de tres días llegaron a Minfeng, ciudad risueña cuyos viticultores preparaban un vino de uva de excelente calidad.

—Ahora se trata de encontrar un posadero que nos alquile un aposento por uno o dos *taels*[40] de bronce.

—Hace demasiado frío para dormir a la intemperie —farfulló Addai Aggai, que estaba sin un cuarto.

—Aquí están todas mis economías. Es dinero bien ganado. El jefe Majib paga a sus hombres a toca teja… Estas monedas valen como mínimo su peso en plata y en la Ruta de la Seda no faltan precisamente las balanzas —dijo Ulik en tono de broma después de sacar del cinto una bolsita de cuero.

Descubrieron entonces un pequeño albergue de fachada vetusta que permitía suponer que las habitaciones tendrían un precio moderado.

—Sólo os alquilaré la habitación si me pagáis por adelantado —les declaró de entrada el posadero, un hombrecillo con el rostro cubierto de arrugas que recordaba la piel de un albaricoque seco.

El joven parsi tendió dos monedas al hombre, que se las guardó con presteza en el bolsillo antes de precisarles que tenían derecho además a un cuenco de sopa caliente, servido en el refectorio de la planta baja, una estancia oscurecida por las volutas de humo que se escapaban de las largas pipas que fumaban la mayoría de los clientes instalados en las mesas.

—Si andáis cortos de dinero para viajar hasta la China central, ya que supongo que es allí adonde os dirigís, puedo haceros una proposición interesante…

—Habla, pues… —lo conminó Ulik.

Con expresión de conspirador, el hombre los condujo a la parte trasera del edificio principal, donde había un patio al que desembocaba un cuarto

reservado, cerrado con doble cerrojo, en cuyo interior los empujó antes de cerrar cuidadosamente la puerta tras él.

—¡Aquí hay *yapian*[41] suficiente para surtir a todo Chang An durante tres meses! Cada día hay más clientela. El *yapian* cura las fiebres y ayuda a reposar… En lo que a mí se refiere, no puedo prescindir de él —dijo con entusiasmo indicando unas cajas de madera amontonadas unas sobre otras.

—¿De dónde procede la mercancía? —preguntó Addai Aggai, que jamás había oído hablar de aquel extracto de adormidera que los caravaneros turcos habían llevado a China hacía unos años y cuyas virtudes curativas incitaban a los campesinos chinos del oeste de Gansu y del Yunnan deseosos de redondear sus ingresos mensuales a cultivarlo intensamente.

—Mi proveedor es un mercader de Arabia; en Chang An dispongo de un revendedor muy escrupuloso y sumamente honrado. Es un hombre que tiene problemas de salud que le impiden hacerse cargo de la mercancía. Por eso estoy metido en el ajo. Si os avenís a transportarla, os daré diez *taels* de plata a cada uno.

—¿Tu revendedor es fiable? —inquirió el obispo.

—Cara Gorda es un profesional de altos vuelos con quien trabajo desde hace cerca de quince años.

Me ha pagado siempre religiosamente sin apartarse nunca de lo acordado ni medio tael de bronce.

—¿Autorizan el comercio del opio las autoridades chinas? —prosiguió Addai Aggai, a quien inquietaba saber dónde ponía los pies.

—El *yapian* no es un monopolio de Estado. Pero preferimos escapar a los impuestos de compra y reventa —explicó el posadero bajando la voz.

—O sea, que el circuito de salida de la mercancía que sigues es clandestino… Conozco el procedimiento —dijo el obispo, que sabía de qué hablaba.

—Los impuestos son muy cuantiosos. No hay en el imperio del Centro un solo comerciante que no sea defraudador. El sistema lo exige. Ni tú ni yo podríamos evitarlo.

—Pero ese tal Cara Gorda arriesga mucho si se descubriera el procedimiento que utilizas.

—Hemos ideado un sistema para la entrega de la mercancía que es difícil de descubrir —dijo con aire de misterio el traficante de *yapian*.

—¿Puedes precisarnos de qué se trata?

—¡Por supuesto! Decidme solamente si aceptáis mi proposición. Os voy a aumentar la paga a doce *taels* de plata para cada uno, que Cara Gorda os entregará en Chang An.

—Estoy de acuerdo, siempre que aceptes llegar a los veinte *taels* para cada uno y pagarnos la mitad ahora mismo. De no ser así, ni siquiera podríamos pasar la noche en un albergue durante el viaje —se adelantó a puntualizar Ulik.

Addai Aggai no dijo ni una palabra y dejó que su compañero negociase la transacción.

Le importaba muy poco transportar *yapian* —o la mercancía que, fuera — hasta la China central, ya que lo único que deseaba era disfrutar de la reencontrada libertad y llegar a Chang An cuanto antes para conseguir, una vez allí, noticias de Umara.

Ulik y el posadero se pusieron rápidamente de acuerdo y dejaron el precio en dieciocho *taels* por persona.

—Una vez en Chang An, basta con que os dirijáis al templo confuciano del Muy Justo Medio y que os sentéis tranquilamente delante de la estatua de bronce de Confucio hasta que se os acerque una persona y os haga una señal… ¡Un mecanismo tan preciso como el de un reloj de agua! —murmuró el posadero con aire avisado.

—De acuerdo —dijo con toda sobriedad Addai Aggai, a quien su compañero acababa de pedirle parecer.

—Voy a proporcionaros una carreta y dos mulos. Bastará de sobra para transportar las doce cajas que espera Cara Gorda. En cuanto a los controles de aduana, basta con que deis a los aduaneros un puñado de píldoras de *yapian* y os dejarán pasar sin problema alguno.

Cuando entraron en el refectorio, una vez cerrado el trato y tras haber convenido que los dos viajeros partirían sin tardanza con la mercancía, ni Ulik ni el nestoriano se fijaron en los manejos de tres chinos que los vigilaban con gran atención.

Su indumentaria, que no ostentaba ningún distintivo, podía hacerlos pasar por mercaderes, que se contaban por millares a lo largo del cordón comercial que jalonaba la Ruta de la Seda.

¿Cómo iban a sospechar que estaban estrechamente vigilados por la policía secreta del prefecto Li?

XLV

OASIS DE KASHGAR
EN LA RUTA DE LA SEDA

Encontrar a un perro, pese a ser tan imponente como Lapika, en medio de aquel confuso batiburrillo de mercancías amontonadas en los callejones hasta el punto de impedir el paso de la multitud de clientes que iban en busca de un buen negocio, era una empresa que se antojaba imposible.

—Me temo que alguno de esos mercaderes tan poco honrados que andan por ahí nos la habrá robado —gimió Santa Vía de los Ocho Miembros, que contemplaba bastante decepcionado los innumerables puestos y tenderetes del inmenso caravasar cubierto que, en Kashgar, se utilizaba como mercado cuando la temporada invernal impedía las transacciones al aire libre.

—Tú siempre lo ves todo negro, Santa Vía de los Ocho Miembros. Vamos a dar una vuelta por el interior. Estoy seguro de que, cuando perciba nuestro olor, la perra se pondrá a ladrar aunque la tengan encerrada en una jaula o donde fuere —sentenció Puñal de la Ley, que no era de los que se rinden fácilmente fueran cuales fueran las circunstancias.

—No tengo motivos para ver la vida de color de rosa. Volvemos de nuestro periplo sin la menor reliquia, pero con la terrible noticia de la muerte de *Buddhabhadra*. La que se quedará contrita será la comunidad del *Único Dharma* cuando se entere de lo que nos veremos obligados a notificarle —dijo con tristeza el monje turfanés.

—¡Fíjate! ¿Ves como yo tenía razón? Lo peor nunca es seguro —concluyó el primer acólito del difunto *Buddhabhadra* en el momento en que Lapika, materializándose de pronto, se abalanzaba sobre él y le lamía la cara.

—¡Soy demasiado pesimista! Y esto acabará perdiéndome —comprobó el turfanés.

—A partir de ahora la tendremos atada cuando estemos en un oasis. Esta perra no sólo es muy valiente sino singularmente afectuosa. Seguro que nuestra *sangha* estará muy contenta de adoptarla.

—No compensará la ausencia del elefante blanco sagrado…

—Ya es hora de que dejes de lamentarte. Lo esencial es no perder la esperanza. Piensa un poco en los peligros a los que hemos escapado. Son pocos los que vuelven íntegros o incluso vivos del País de las Nieves —exclamó Puñal de la Ley, que cada vez soportaba menos aquella melancolía en la que se complacía su compañero.

En el lugar llamado «La Torre de Piedra» comenzaron a costear los primeros contrafuertes del Pamir. El camino pedregoso serpenteaba a lo largo de la orilla de un lago verde esmeralda de aguas tan frías que no era posible sumergir en ellas más que la punta del pie. Puñal de la Ley comenzó a abordar con su compañero la actitud que convenía adoptar con Joya de la Doctrina, cuya traición había provocado el desmantelamiento del taller clandestino donde se fabricaba seda, así como la deportación de ambos a Chang An.

—Ojalá que ese monje pague muy cara su torpeza, que es la causa de que nuestros camaradas estén en la cárcel —exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Esperemos a ver si ha podido volver a Peshawar —dijo el primer acólito, decidido a poner a prueba la reacción de su compañero.

—Los pillos siempre tienen suerte. Cuando llueve, pasan secos entre las gotas mientras la gente honrada se queda calada hasta los huesos —dijo en son de broma este último, citando un viejo proverbio turfanés.

Unas semanas más tarde, cuando llegaron a la vista del monasterio del *Único Dharma*, muchas cosas habían cambiado durante su ausencia.

En primer lugar, contrariamente a lo acostumbrado, no reinaba ninguna agitación, cuando lo normal era que los hubiesen visto bajar del puerto, como a todos los viajeros que venían del País de las Nieves o de la China. No había un solo novicio, ni siquiera de los más jóvenes, en las torres de vigía, ni tampoco ningún monje en el camino de ronda de las murallas.

Al penetrar en el monasterio por la puerta principal, la misma que cruzaba el elefante blanco con motivo de la Gran Peregrinación, los dos monjes comprobaron con sorpresa que compañeros que conocían desde hacía lustros apenas los saludaban, como si su llegada no fuera esperada o ni siquiera deseada…

Se acercaron a un grupito de novicios ocupados en barrer el patio principal.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —inquirió Puñal de la Ley—. No encuentro más que indiferencia…

Y yo que me figuraba que la comunidad se alegraría de volver a vernos, tanto a mí como a Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Joya de la Doctrina es ahora el Inestimable Superior del monasterio del *Único Dharma*. Por consiguiente, me temo mucho que tu sitio no sea éste —le espetó uno, sin dignarse mirarlo siquiera.

—¡Pero eso es imposible! ¡Mientras la *sangha* no sepa qué ha sido de *Buddhabhadra*, nadie tiene derecho a ocupar su sitio! —exclamó el monje turfanés.

Puñal de la Ley, entonces, advirtió la presencia de algunos de sus compañeros de más edad, en pleno conciliábulo, en la entrada de una sala de oración que daba al inmenso patio cubierto de grava.

Todos observaban al antiguo primer acólito con aire lúgubre y retraído, incluso abiertamente hostil en algunos casos, lo que revelaba muy a las claras qué había podido contarles Joya de la Doctrina.

—No me preguntáis siquiera qué tal me ha ido en ese periplo que, sin embargo, efectué sólo en interés vuestro —les soltó, herido por su actitud.

—No te esperábamos. Nuestro Inestimable Superior nos dijo que estabas más interesado en la China que en Peshawar y que, por tanto, lo más probable era que no volvieses, a semejanza de *Buddhabhadra* —dijo

uno a guisa de explicación mientras los demás, bastante azarados, no dejaban de mirarse los pies.

—¿Dónde está Joya de la Doctrina? Tengo que hablar con él —preguntó con voz monocorde Puñal de la Ley.

—Apuesto a que ya ha ocupado la celda de *Buddhabhadra* —exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros, muy afectado por las palabras que acababa de escuchar.

—Joya de la Doctrina ha heredado las funciones de *Buddhabhadra* en su totalidad. Por consiguiente, lo normal es que disponga de su habitación —replicó con acento sentencioso, dirigiéndose al antiguo primer acólito, un monje algo más viejo que los demás.

—¿Y qué ocurriría si *Buddhabhadra* volviera entre nosotros? ¿Habéis pensado en las consecuencias de una decisión contraria a la regla elemental de la *sangha*, que estipula que un Superior del monasterio no deja de serlo en toda su vida y que la muerte es lo único que puede desvincularlo de estas funciones tan importantes por ser de esencia divina? —les lanzó Puñal de la Ley.

Entonces se disolvió lentamente el grupo y todos, con el aire compungido del niño sorprendido en el momento de hacer una diablura, se dirigieron a sus celdas.

Sin perder un solo instante, el antiguo primer acólito se dirigió a la antigua habitación de *Buddhabhadra* y llamó a la puerta.

—¿Tú aquí? ¡Qué sorpresa tan agradable, querido Puñal de la Ley! —exclamó con expresión algo descompuesta el monje usurpador ante aquella aparición inesperada.

—Ya veo que no esperabas volver a verme. Seguramente te figurabas que estaba enterrado en una tumba reservada a los criminales en algún lugar perdido de China central. Lo que has hecho sólo me inspira desprecio. Actuando de ese modo, movido por la venganza, has hecho deportar a inocentes que ahora se pudren en las cárceles chinas —le escupió Puñal de la Ley.

—¡He actuado sólo en interés de la *sangha* del *Único Dharma*! —se contentó con replicarle, con expresión hosca, aquel que no había dudado en denunciar al primer acólito de *Buddhabhadra* al gobierno chino de Turfan.

—¡Ojalá que renazcas con el cuerpo de un insecto y termines siendo papilla en el vientre de un pájaro! —gruñó Puñal de la Ley, presto a levantar la mano sobre aquel malvado.

—¡Ya no tenemos nada más que decirnos! —dijo Joya de la Doctrina al tiempo que agitaba una campanilla ritual de bronce cuyo mango representaba al *bodhisattva* compasivo *Avalokitesvara*.

Inmediatamente, en la habitación desde la cual *Buddhabhadra* y la larga cohorte de sus predecesores habían presidido los destinos del monasterio del *Único Dharma* hicieron irrupción dos novicios particularmente corpulentos.

—Estos dos hinayanistas, adeptos de las artes marciales indias, te acompañarán a tu celda —lanzó en tono amenazador Joya de la Doctrina al rival que había conseguido suplantar.

—¡Ya tengo edad para ir solo a donde sea! —le respondió con rabia este último antes de salir de la habitación dando un portazo.

—Acabo de hablar, aunque inútilmente, con varios de nuestros hermanos. La comunidad del *Único Dharma* ha puesto su destino en manos de Joya de la Doctrina. Nosotros somos aquí unos intrusos —le dijo Santa Vía de los Ocho Miembros, que lo esperaba, consternado, en el pasillo.

Puñal de la Ley le indicó con el gesto que se callase. Allí había monjes que iban y venían y los observaban con hostilidad.

—Desgraciadamente, tienes razón. Ese monje es diabólicamente hábil —dijo el primer acólito apenas cerraron tras ellos la puerta de su celda, que, milagrosamente, todavía no había ocupado otro monje—. Se me hace extraño estar aquí, teniendo en cuenta todo lo que ocurre —añadió con cierta perplejidad.

—Nuestra presencia debe de molestar enormemente al usurpador.

—No esperaba que volviéramos. Debe de estar tramando algo.

—¿No correremos algún peligro, Puñal de la Ley?

—Tal vez. Cuanto antes podamos volver a Chang An para encontrar a Ramahe sGampo, según nos hemos comprometido, mejor para nosotros…

—Aquí no nos retiene nada. Mañana mismo, si quieres, podemos irnos.

—¿Dónde está Lapika? —preguntó, inquieto de pronto, Puñal de la Ley, que acababa de acordarse de la perra amarilla.

—Está en la perrera. La tratan bien. El encargado de la perrera del *Único Dharma* es un monje de buena voluntad. Pareces inquieto…

—Estoy en guardia. No hay más. Esta noche voy a cerrar la puerta de mi celda con doble vuelta de llave y te invito a que hagas lo propio.

No consiguió dormir hasta el alba, ya que no paraba de dar vueltas a la artimaña de Joya de la Doctrina y de meditar sobre la ingratitud de sus hermanos, que no habían titubeado en traicionarlo cuando él no había hecho más que sacar a su monasterio de los problemas en que lo había metido *Buddhabhadra*.

Estaba soñando que Joya de la Doctrina comparecía ante el Bienaventurado, quien le reprochaba con voz dulce, pero firme, la mala acción cometida contra el primer acólito, cuando lo despertaron unos ruidos sordos y repetidos.

Al abrir un ojo, advirtió que alguien llamaba a la puerta de su celda. Desconfiado, la entreabrió. Era Santa Vía de los Ocho Miembros, que se había levantado con la aurora para montar guardia delante de la celda del primer acólito.

—Un joyero artesano, que según me dice ha venido aquí varias veces en tu ausencia, espera en el pasillo —murmuró aquél.

—Estoy muy cansado y no tengo ganas de ver a nadie. Di a ese hombre que estoy preparando el equipaje —respondió Puñal de la Ley con los rasgos tensos, que testimoniaban la noche corta y agitada que acababa de pasar.

—El hombre insiste. Según dice, tiene que comunicarte algo muy importante y dice que no lamentarás haber escuchado lo que quiere decirte.

—Hazlo pasar, pues. Si aparece alguien que quiera verme mientras hablo con él, cuento contigo para impedir que entre —acabó por conceder, agotada la paciencia, el primer acólito del difunto *Buddhabhadra*.

Con toda docilidad, Santa Vía de los Ocho Miembros, después de hacer pasar al joyero artesano, se apostó delante de la puerta de la celda.

A juzgar por el tiempo transcurrido entre el inicio y el final de la conversación, aquel visitante matinal debía de tener mucho que decir a Puñal de la Ley.

Por otra parte, cuando Santa Vía de los Ocho Miembros, apenas partió el artesano, hizo irrupción en la celda de Puñal de la Ley, observó que éste tenía una expresión rara, mezcla de satisfacción y consternación.

—¿Qué pasa? Parece que no las tienes todas contigo… ¡El aire de esta habitación es irrespirable!

—¿No habrás quemado demasiado incienso esta noche en el pebetero? —le dijo agarrándolo por el brazo.

—No es más que la fatiga del viaje… probablemente —respondió el primer acólito, que se mostraba extrañamente pensativo.

—Y a buen seguro también la decepción provocada por nuestra *sangha*, que votó masivamente a tu peor enemigo en lugar de votarte a ti. ¿No me das algo de razón, Puñal de la Ley?

—Es un hecho. Joya de la Doctrina es un excelente tribuno y mis ausencias repetidas han acabado por convencer a los monjes de que no soy muy fiable —aprobó distraídamente este último.

—Pero eran ausencias ocasionadas por las indagaciones efectuadas en interés de nuestros hermanos.

—Ellos serán los únicos que no lo han entendido así. Joya de la Doctrina habrá conseguido instilar la duda en su espíritu. ¿Sabes que predica la desconfianza con respecto a las otras dos Iglesias búdicas? Se ha llegado incluso a rechazar la hospitalidad del *Único Dharma* a los peregrinos chinos *mahayanistas* que pasan por aquí para ir a visitar los principales lugares relacionados con la vida del Bienaventurado —precisó, no sin amargura, Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Esa nueva práctica sólo me sorprende a medias, pero, a mi modo de ver, la encuentro totalmente condenable. Replegarse sobre sí mismo es siempre la antecámara del declive —murmuró Puñal de la Ley.

—Te habrá interesado por lo menos lo que te ha contado ese artesano joyero que tenía tantas ganas de verte —acabó por preguntarle el turfanés.

—Sin duda… Me ha contado bastantes cosas.

Aunque se moría de ganas de saber más, el monje turfanés comprendió que no sacaría más de su colega.

—¿Cuándo quieres que partamos?

—Cuanto antes, mejor —respondió Puñal de la Ley, cerrando su bolsa de lona.

—Entonces voy a buscar a Lapika a la perrera.

—Vayamos juntos. Así perderemos menos tiempo. Aquí reina una calma que no me augura nada bueno…

No sabía que acababa de decir una gran verdad. Habían dado unos pocos pasos apenas cuando, por el extremo del largo corredor al que daban las celdas de los monjes más venerables del convento del *Único Dharma*, vieron aparecer a Joya de la Doctrina seguido por sus dos guardaespaldas.

El monje usurpador avanzaba con aire furibundo y paso marcial, haciendo gestos tan ampulosos como desordenados.

—¡Será mejor que volvamos a mi celda! Allí, por lo menos, estaremos a salvo —dijo Puñal de la Ley haciendo retroceder al monje turfanés y cerrando después precipitadamente la puerta, que aseguró con el cerrojo.

—¡Abre la puerta, Puñal de la Ley, tú y yo tenemos que hablar! —exclamó el monje usurpador haciendo tamborilear los dedos en la puerta con el nerviosismo de un maníaco.

—Como consiga entrar, de aquí no salimos vivos —gimió Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Eso me temo —corroboró el primer acólito del difunto *Buddhabhadra*.

—¿Y si nos escapásemos por la ventana? —Eso mismo pensaba yo.

El ventanuco de la celda, situada en la planta baja, daba, al igual que las demás, a un pequeño patio del que era posible salir a través de un estrecho pasadizo al que accedieron después de haber saltado sin dificultad.

—¡Rápido, a la perrera! —ordenó Puñal de la Ley.

—¿No corremos el riesgo de perder un tiempo precioso?

—¡No vamos a dejar a Lapika a ese bribón de Joya de la Doctrina!

En el cobertizo situado al lado de la elefantería donde se alineaban las jaulas y los cubículos en cuyo interior los monjes dejaban los perros de los viajeros, ya que estaba prohibido que entraran en los dormitorios, reinaba una gran confusión.

—Tu perro es fiero, ya ha mordido a dos novicios en la mano —se quejó el encargado de la perrera, un monje de respetable gordura.

—¿Dónde has metido a Lapika? —inquirió Puñal de la Ley.

—Al final del pasillo. Es una verdadera fiera.

—Voy a buscarla.

—Imposible, el que tiene las llaves de las jaulas ha salido un momento. No la podrás sacar.

Al primer acólito, pese a su prisa por escapar de Joya de la Doctrina, se le partía el corazón ante la perspectiva de abandonar el monasterio sin el *moloso* de Cinco Prohibiciones cuando detrás de ellos se oyó un enorme alboroto.

Era Joya de la Doctrina, que vociferaba de forma estentórea e iba esta vez acompañado de seis monjes. Cada uno de ellos llevaba en la mano un largo garrote nudoso como los que utilizan los ermitaños que hacen largas estancias en las montañas al objeto de prevenirse contra los ataques de los leopardos de las nieves.

—¡Detenedlos! ¡No los dejéis escapar! Esos dos monjes son peligrosos. ¡Pretenden atacar la integridad de la *sangha*! —gritó el monje usurpador.

—Hemos caído en la trampa —gimió Santa Vía de los Ocho Miembros, mientras Puñal de la Ley lo empujaba hacia el otro extremo de la construcción para tratar de abrir la jaula de Lapika.

Así que vio al primer acólito, el *moloso* se lanzó hacia él para festejarlo, a la vez que soltaba un ladrido bronco como el rugido de un tigre que tuvo la virtud de frenar momentáneamente a los guardaespaldas de Joya de la Doctrina, lanzados en persecución suya.

Al llegar delante de la jaula, de la cual la perra, a fuerza de debatirse y de porfiar, había torcido los barrotes, Puñal de la Ley deslizó febrilmente un dedo detrás del pestillo que impedía abrir la puerta.

Por desgracia, estaba cerrado con llave.

—¡Hay que actuar con rapidez! Ayúdame a volcar la jaula —gritó Puñal de la Ley, que acababa de descubrir que carecía de base.

Con gran esfuerzo, consiguieron volcarla, lo que permitió a la perra salir de ella.

—¡Corre, Lapika! ¡Corre aprisa! —gritó el primer acólito indicando al *moloso* el grupo de monjes soldados que se les venían encima desde el otro extremo del cobertizo, rodeando a Joya de la Doctrina.

El perro de defensa de pelaje amarillo no se hizo de rogar para lanzarse contra los que querían atacar a su dueño.

Había que verlo como una flecha, todo colmillos, lanzándose contra los asaltantes, que no tardaron en retroceder, primero de forma ordenada, antes de dispersarse hacia las cuatro esquinas del cobertizo como una bandada de gorriones, aterrados ante la perspectiva de acabar despedazados por aquellas terribles mandíbulas capaces de arredrar tanto a los osos de las montañas como a los leopardos de las nieves.

—¡Calma, Lapika, calma! —la exhortó Puñal de la Ley colocando con presteza en el cuello del *moloso* un collar y una trailla[42] que Santa Vía de los Ocho Miembros acababa de coger de un estante—. ¡La vía está libre! ¡Salgamos!

Desde el patio al que daba la perrera bastaba con atravesar otro para llegar a la salida del convento del *Único Dharma*.

—¡Basta con que me sigas! Lapika los aterra. Hemos hecho muy bien llevándola —observó Puñal de la Ley viendo que todas las puertas iban cerrándose tras su paso.

Una vez fuera, tras comprobar con satisfacción que no se había atrevido a seguirlos nadie, echaron a correr por el camino en zigzag que llevaba a las montañas al pie de las cuales se extendía la inmensa llanura de Peshawar.

—¡No nos llevamos ropa ni víveres! ¡Cómo los santos errantes, iremos a la China central «vestidos de azul[43]»! —dijo en tono de broma el primer acólito cuando se consideró lo bastante lejos como para encontrarse a salvo de sus perseguidores.

—Pronto llegará el invierno. Cuando alcancemos las alturas, no es seguro que nos baste con el azul —gimió Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Teniendo a Lapika, contamos con una buena guardiana. ¡Por lo menos ya es algo!

—De todos modos, habría sido mejor no volver a ese nido de avispas. Hacer todo este trayecto para enterarnos del golpe de Estado de Joya de la Doctrina y, de paso, ponernos en riesgo de perder la vida… es verdaderamente desesperante —suspiró el monje turfanés.

—En lo que se refiere a mi edificación personal, este viaje no habrá sido inútil… —murmuró, con aire pensativo, Puñal de la Ley.

—¿A qué te refieres? El primer acólito hizo como si no hubiera oído la pregunta.

No era momento de revelar lo que había sabido por boca del joyero artesano, sino más bien de procurar no faltar a la cita que tenía en Luoyang en la fecha acordada con Ramahe sGampo.

Hizo un cálculo rápido. Había necesitado dos meses para ir de Samyé a Peshawar. Por consiguiente, si querían trasladarse a Luoyang en el tiempo previsto no podían entretenerse, sobre todo teniendo en cuenta que deberían efectuar el trayecto durante la temporada invernal.

Por primera vez desde que franqueó la puerta del convento del *Único Dharma*, Puñal de la Ley hizo un alto y levantó la cabeza. Ante él, la cuesta iba elevándose, interminable y caótica, sembrada de piedras entre las que a duras penas pugnaban por asomar algunas manchas de hierba. Al volverse, entrevió los tejados de Peshawar, temblorosos entre los rayos de un sol muy próximo al meridiano.

Era la tercera vez que salía de su monasterio.

Esta vez, sin embargo, las circunstancias eran mucho peores que las precedentes, puesto que ahora lo abandonaba como un vulgar ladrón.

¿Volvería algún día?

Intentó hacer el vacío en su cabeza y se contentó con mirarse los pies que iban avanzando, uno delante del otro, sobre los guijarros del sendero que subía en zigzag hasta una sucesión de puertos.

—No disponer de ropa tiene un pase, porque tenemos la que llevamos encima. Pero no tenemos nada que comer ni beber… —exclamó de pronto el monje turfanés, acuciado por el hambre y la sed.

En aquel momento Puñal de la Ley se dio cuenta de que, a juzgar por la posición del sol en el cielo, hacía ya cuatro horas largas que caminaban.

Antes de llegar a las altiplanicies donde los pastores criaban sus cabras y sus ovejas y donde los campesinos cultivaban hortalizas en bancales muy difíciles de atender, había que atravesar la árida cadena montañosa de la que tan sólo habían superado los primeros contrafuertes, al pie de los cuales se levantaban las construcciones del convento del *Único Dharma*.

El primer acólito recordó, asustado, que eran precisos cinco días para atravesar aquel medio hostil y desolado, completamente deshabitado, donde

tan sólo un cazador experto habría logrado capturar alguna liebre salvaje o una rata de campo. Por otra parte, no recordaba que en aquella zona hubiera la más exigua fuente y observó que Lapika jadeaba con la lengua colgante, una señal que le producía gran inquietud porque indicaba que la atormentaba la sed. Un perro de sus dimensiones no sobreviviría mucho tiempo sin beber.

¿Qué hacer, pues? Una pregunta terrible que no dejaba de atenazar a Puñal de la Ley, hasta el punto de reprocharse haber abandonado con excesiva precipitación el convento del *Único Dharma*.

Quedaba excluido volver a Peshawar debido a que era empresa muy peligrosa. En realidad, no tenían más remedio que seguir internándose en la montaña con la esperanza de encontrar algún viajero que les proporcionase una taza de té y las migajas de unas tortas de trigo.

Anduvieron hasta la noche y seguidamente durmieron en una pequeña cueva, apelotonados contra el cuerpo de Lapika, antes de volver a ponerse en camino, a la mañana siguiente, con el estómago vacío.

Pasaron la mañana caminando sin decir palabra, ya que tanto uno como otro temían desanimarse mutuamente y cada uno esperaba en secreto algún encuentro que pudiera sacarlos del apuro.

—Tal vez el Bienaventurado haya decidido socorrernos. No estamos solos en el camino —comprobó por la tarde, con alivio, Puñal de la Ley.

Y señaló con el dedo una sucesión de puntos amarillos en el flanco de la montaña, todavía en la lejanía, pero que, tras observarlos con atención, Santa Vía de los Ocho Miembros distinguió que se desplazaban en fila india.

—Procuremos alcanzarlos; es la única posibilidad que nos queda si no queremos morir de frío y de hambre —añadió el primer acólito.

—¡Aprisa, pues! Tengo el estómago en los pies —se lamentó el turfanés, que osaba quejarse por primera vez.

Así pues, pese al agotamiento que sentían y a que habían pasado un día entero caminando sin comer ni beber y una noche entera bajo las estrellas, apretaron el paso.

Hasta que llegaron a un punto en que el camino iniciaba un declive más acusado, que cubrieron alargando el paso. Jadeantes, fueron acercándose

poco a poco a los caminantes, que tarareaban en coro una canción de suave tonada.

Al llegar a un rellano que formaba el terreno, los caminantes ataviados de amarillo hicieron alto y dejaron sus zurrones en el suelo, de los que sacaron cantimploras y comida.

Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros los alcanzaron en poco tiempo, lo que les permitió comprobar que se trataba de monjes budistas.

Eran una veintena. A excepción de un individuó de edad avanzada, el resto del convoy estaba formado por jóvenes novicios. Todos llevaban la toga amarilla azafrán de rigor. La mayoría tenían ojos oblicuos y piel clara, lo que revelaba su origen chino. Entre ellos también había niños que, con su cabeza rapada, parecían bebés.

Ya fuera por los cánticos que habían precedido el alto en el camino, ya por el aire juvenil de aquellos novicios de ojos vivarachos o por la mirada compasiva y bondadosa del monje de más edad, lo cierto era que el grupo emanaba una conmovedora impresión de candor y de alegría de vivir. Por otra parte, y éste era un signo que no engañaba, Lapika no emitió un solo gañido al verlos y se acercó a olisquearles los bajos de las túnicas.

—¡Buenos días! Que el Bienaventurado proteja vuestro viaje —saludó al jefe, en chino, Puñal de la Ley.

—Gracias por tus buenos deseos. Que Buda os proteja también a vosotros. Hace tres años salimos en busca de las huellas del Bienaventurado Buda y ahora volvemos al puerto de origen con el espíritu henchido de su Santa Verdad. De esta forma mis novicios completan su conocimiento de la Noble Verdad del Bienaventurado Buda —le respondió este último.

—¡Qué envidia me dan esos niños! Sigo soñando con ir a la orilla del Ganges y visitar los santos lugares donde vivió —suspiró el monje turfanés.

Tanto Puñal de la Ley como Santa Vía de los Ocho Miembros miraban con simpatía a aquel religioso cuyos novicios parecían beber sus palabras.

—Estas manos han tocado la divina higuera pipal debajo de la cual el Bienaventurado recibió la Iluminación y se convirtió en el Despertado. Para estas manos ya nada volverá a ser como antes. Y lo mismo digo de mis ojos, que vieron el parque de Lumbini, donde el Buda dio sus primeros

pasos de niño —exclamó con voz impregnada de emoción su interlocutor levantando los brazos en dirección a los fugitivos.

—También visitamos el parque de árboles centenarios donde el Bienaventurado, entre ciervos y gacelas, predicó la Noble Verdad a sus primeros discípulos, así como el lugar santo donde ascendió al nirvana —ponderó un novicio con aire maravillado.

—¿A qué monasterio pertenecéis? —inquirió Puñal de la Ley, emocionado ante tanta sinceridad.

—Procedemos del convento de la Montaña Calva, a tres días aproximadamente de marcha al oeste de Luoyang.

—¿Sois *mahayanistas*?

—Como la mayoría de los budistas chinos, creemos, en efecto, que la Vía de la Salvación es accesible a otros aparte de los monjes.

—Ésa es una querella religiosa en la que no pienso entrar. El convento del *Único Dharma*, en Peshawar, de donde salimos, pertenece a la Iglesia del Hînayâna. En cuanto a lo demás, creo en la tolerancia y en la paz entre las Iglesias cuyos miembros comparten la misma fe en la Noble Verdad del Bienaventurado —añadió el primer acólito.

—Soy de tu opinión. Lo que nos une es más fuerte que lo que nos separa —exclamó el monje chino.

Los novicios ofrecieron sus cantimploras a los dos hinayanistas, que no se hicieron de rogar y se apresuraron a beber.

—¿Cómo te las arreglas, con estos novicios tan jóvenes, para aventurarte por estos caminos de montaña de cuestas tan empinadas? —preguntó, maravillado, Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Como la santidad, la voluntad no tiene nada que ver con la edad. A estos jóvenes los mueve una fe tal que caminar por la montaña no es para ellos más difícil que dar una vuelta en torno a un estanque —exclamó el *mahayanista*.

—¿Y vosotros? ¿Adónde vais? —les preguntó entonces, con voz meliflua, un novicio que parecía un bebé.

—Nos dirigimos al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang… —respondió el turfanés con una sonrisa.

—Nos pilla de camino. El gran maestro Pureza del Vacío tiene lazos de amistad y estima con nuestro venerable Superior Compasión Absoluta —precisó el más joven de los monjes.

Todos eran muy amables y considerados con sus nuevos compañeros de ruta. Un novicio colocó una escudilla delante de Lapika y se ocupó de facilitarle comida y bebida, lo que el *moloso* agradeció con gañidos de satisfacción y gran agitación del rabo en señal de reconocimiento.

—¡No lleváis el calzado adecuado para caminar ni tampoco equipaje! —comprobó otro novicio, que no parecía tener mucho más de diez años.

—No hemos tenido tiempo de llevarnos ni un zurrón… En lo tocante a provisiones y ropa, no tenemos nada —se lamentó Santa Vía de los Ocho Miembros, a quien el candor de los jovencísimos monjes del Gran Vehículo le había llegado al alma.

—No seréis fugitivos, ¿verdad? —se aventuró a preguntar su jefe.

—Pues «fugitivos» sería el calificativo más apropiado para nosotros, por desgracia. Mi Superior ha muerto. Y su sustituto, que ha usurpado el poder valiéndose del miedo y la candidez de los monjes, quiere despellejarme. Es una triste historia que demuestra que hay algunos monjes que, aun habiendo profesado votos, no por eso dejan de ser hombres… —murmuró Puñal de la Ley antes de revelar su identidad.

El que parecía dirigir el convoy de monjes peregrinos se presentó a su vez.

—Me llamo Gran Medicina.

Pese a ser algo mayor, le recordó terriblemente a Cinco Prohibiciones por la finura de sus rasgos y aquella mirada tan particular, sutil y rara mezcla de picardía y amabilidad.

—¿De modo que te dedicas a sanar las almas, para decirlo de alguna manera? —le preguntó el monje desterrado de Peshawar.

—Estudié medicina en Luoyang con un gran sabio que se sabía de memoria todas las estrofas del Tratado de las plantas medicinales de Shennong[44]. Intento curar las enfermedades que padecen los hombres y aliviar sus sufrimientos. No fue hasta más tarde que me hice monje *mahayanista*. He pasado diez años de mi vida tratando las enfermedades de la piel y debido a esto soy honorable especialista de las mismas. He

aprendido a preparar cremas y ungüentos y a orientar a los enfermos hacia las fuentes de agua caliente que aceleran la cicatrización de las heridas y hacen desaparecer las irritaciones. Y si entré en el noviciado a la edad en que un monje podría acceder al rango de superior del monasterio es precisamente porque estoy convencido de que las almas son mucho más frágiles que los cuerpos…

—Tu trayectoria es significativa. Pasaste de la curación de enfermedades dérmicas a la del sufrimiento del alma… —observó el primer acólito.

—No lamento la elección. De esta peregrinación a la India regreso lleno de valor y animado de la voluntad de hacer el bien a mi alrededor. En cuanto a estos jóvenes novicios, a buen seguro se convertirán en monjes ejemplares —declaró Gran Medicina señalando a sus compañeros, que, saciada la sed y el hambre, ya se disponían a cargarse los zurrones a la espalda.

En Gran Medicina todo respiraba bondad y compasión sincera.

—¿Por qué quieres ir a Luoyang? Es un largo viaje que no se hace sin un motivo —añadió el monje chino, a cuyos pies acababa de echarse Lapika.

—Simplemente para restablecer la verdad y reparar una injusticia. Si llego allí, podré volver a mi monasterio con la cabeza alta. Mi objetivo estriba en restablecer la concordia y la paz entre el *Mahâyâna*, el lamaísmo tibetano del País de las Nieves y mi propia Iglesia —declaró misteriosamente Puñal de la Ley a su interlocutor, que lo miró con los ojos muy abiertos.

—No creo que esas Iglesias estén en guerra…

—Desengáñate, podría muy bien ocurrir que sucumbiesen a una rivalidad fatal, como ha venido sucediendo durante decenios. Mi antiguo superior *Buddhabhadra*, que descansen en paz sus cenizas, participaba en un ritual en el que, si las cosas suceden como está previsto, yo podría reemplazarlo.

—Si quieres unirte a nosotros, al igual que tu compañero, para ir a Luoyang, os acogeré con el mayor placer —propuso sonriendo Gran Medicina sin el menor titubeo, como si diera por sentada la invitación.

—No quisiera disminuir vuestras reservas ni retrasar vuestra marcha. Ni siquiera tenemos buenos zapatos para caminar.

El monje chino ordenó a un novicio que le trajera dos pares de zapatos de cuero y fieltro con suelas claveteadas, adecuadas para caminar por la montaña.

—¡Probáoslos! Son vuestros. Calzados con ellos podréis caminar sin maltrataros los pies.

—De veras que no sé cómo agradecértelo —murmuró Puñal de la Ley.

—Entre compañeros, lo normal es ayudarse. Os propongo que sigáis caminando dos horas más y después acamparemos y os prepararemos una buena cena caliente.

Cuando volvieron a emprender el camino calzados con sus nuevos zapatos, los monjes de Peshawar, convencidos de que aquel encuentro providencial era un regalo divino del Bienaventurado que quería protegerlos, sentían el corazón ligero como una pluma.

—Hay muchos lugares donde la gente es tan pobre que ni siquiera puede dar limosnas a los monjes.

—¿Cómo te las has arreglado para subsistir durante tres años, tan lejos de tus bases, con tus dieciocho compañeros? —preguntó, al caer la noche, Puñal de la Ley, que había contado a los componentes del grupo, dirigiéndose a su nuevo amigo chino, los dos arrimados a una hoguera.

—Saco partido de mis conocimientos de medicina. Cuando llegamos a una aldea, visito a los enfermos y la gente me devuelve el ciento por uno. En tres años no nos ha faltado nunca un lecho ni un tejado bajo el cual poder cobijarnos. Ni siquiera en los pueblos más necesitados de la India.

—¿Queréis un cuenco de sopa caliente, maestro Puñal de la Ley? —le preguntó un novicio tendiéndole una escudilla llena hasta los bordes que él se apresuró a aceptar.

El líquido caliente cayó tan bien a los hinayanistas, cuyos organismos ya empezaban a acusar el frío, que no tardaron en adormecerse, envueltos en una colcha con Lapika a los pies, en el pequeño resalto de roca donde Gran Medicina había decidido que dormirían sus compañeros.

Como prueba de que se sentían mutuamente de acuerdo, al despertarse, cuando aparecieron los primeros rayos de sol detrás de las crestas de las

montañas que les cerraban el horizonte, tanto los dos monjes de Peshawar como Gran Medicina experimentaron el mismo sentimiento de alegría ante la idea de seguir viajando juntos y de unir provisionalmente sus destinos.

Y pese a que se habían conocido la víspera, tuvieron la impresión, que siempre experimenta la gente de bien cuando se encuentra fortuitamente con sus iguales, de que se conocían de toda la vida.

Tanto para Puñal de la Ley como para Gran Medicina, caminar juntos era también una manera de aportarse mutuo consuelo y contribuía a aumentar la complicidad, ya bastante profunda, que se había instalado entre los dos religiosos.

—¿Qué clase de hombre es ese tal Pureza del Vacío? —acabó por preguntar el monje de Peshawar a su homólogo chino mientras atravesaban un impresionante círculo de montañas coronadas de nieves eternas que se reflejaban en una miríada de lagos de color turquesa.

—¿A qué viene esa pregunta?

El antiguo primer acólito de *Buddhabhadra* expuso a su compañero las circunstancias en las que la reunión abortada de Samyé había ido seguida del asesinato del Superior de Peshawar. Evocó después su propio viaje para encontrar a *Buddhabhadra*, su encuentro con Cinco Prohibiciones y los Gemelos Celestiales y, finalmente, su periplo con Santa Vía de los Ocho Miembros y su encarcelamiento en Chang An, anterior a su retorno a Peshawar después de su nuevo paso por Samyé…

¡Como para dormirse!

—¡Pues no debes de haberte aburrido! —dijo plácidamente Gran Medicina cuando Puñal de la Ley terminó su perorata.

—¡No, de eso nada! Seguramente hubo un error entre *Buddhabhadra* y Pureza del Vacío. Por eso es inevitable que me haga una pregunta: ¿crees que el Superior de Luoyang es hombre capaz de poner los intereses de su Iglesia por encima de cualquier otra consideración, aunque sea al precio de un comportamiento reprensible?

—No conozco tan a fondo al Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales como para poderte responder. Como a todos en general, nos dieron a leer, al final del noviciado, breves extractos de un sutra compuesto por él que hacía referencia a los beneficios

de la vacuidad pura en la meditación trascendental. Fueron escasos los monjes que comprendieron todo su sentido, puesto que el pensamiento del maestro Pureza del Vacío es en extremo sutil…

—Los jefes de Iglesia tienen a veces comportamientos de jefes de guerra —murmuró, pensativo, Puñal de la Ley antes de contar con detalle a su nuevo amigo lo que sabía de los concilios de Lhasa.

—Esa idea de pacto secreto me parece extraordinariamente juiciosa. Ahora comprendo mejor el sentido de tus palabras cuando me respondiste que ibas a Luoyang para contribuir al mantenimiento de la concordia entre las tres Iglesias búdicas —concluyó Gran Medicina para cerrar aquella detallada exposición.

—Menos mal que en todo este embrollo hay un sabio entre los sabios cuya intervención será decisiva para deshacer cualquier malentendido.

—¿Quién es?

—Un santo muy respetado: el maestro Ramahe sGampo, dirigente del convento más antiguo del País de las Nieves. Le falta poco para cumplir ochenta años y, pese a que es ciego de nacimiento, ve más que tú y que yo.

—Lo creo. Más que los ojos, las facultades que permiten saber lo que se trama son la sabiduría y la experiencia.

—Nos hemos citado con él en Luoyang. Tengo prisa por asistir a esa gran sesión de explicaciones que esperamos celebrar con Pureza del Vacío. En ese día sonará la hora de la verdad: o se arreglarán las diferencias entre nuestras tres Iglesias o se consumará la ruptura.

—Seguro que el momento será memorable. Apuesto por una gran reconciliación. El Bienaventurado vela para que así sea. Lo que me dices de Ramahe sGampo me permite suponer que ese gran sabio tiene los medios necesarios para acallar las querellas inútiles que han podido empañar las relaciones entre las Iglesias búdicas.

—El *Mahâyâna* tendría mucho que ganar si tuviera al frente un monje como tú y no un filósofo sin par pero con el corazón seco, obsesionado constantemente por el mantenimiento de la supremacía de su Iglesia —murmuró Puñal de la Ley como si hablase consigo mismo.

Por la noche, en el campamento instalado ante la cabaña de unos pastores nómadas que aceptaron su presencia, y una vez que Gran Medicina

hubo curado a uno de los niños, que tenía el pecho cubierto de pústulas purulentas, Puñal de la Ley le planteó la pregunta que pugnaba por salir de sus labios desde el momento en que se habían conocido.

—Tengo una pregunta técnica que plantear al médico de la piel que eres —murmuró al terminar su cuenco de té con manteca rancia de *yak*.

—Di lo que quieras, aunque no te garantizo la respuesta. Mi ciencia no es infinita —alegó, modestamente, Gran Medicina.

—Se trata de la niña que tiene la mitad de la cara cubierta de vello…

—¿La niña de la pareja de Gemelos Celestiales? —inquirió el monje chino.

—¡La misma! Me he preguntado siempre si estaba afectada de una malformación del rostro. A decir verdad, jamás he creído que tuviera un origen celestial, como afirmó un monje errante a Cinco Prohibiciones, el ayudante de Pureza del Vacío que heredó a los niños. Ese ma-ni-pa pretendía que descendía de un mono y de la diabla de las rocas, la pareja divina original que, según creen a pies juntillas los tibetanos, engendró hace miles de años a los primeros habitantes del País de las Nieves.

—En un pueblo remoto del valle del río Amarillo encontré a un joven que presentaba esa misma característica salvo en el mentón… Tanto sus padres como todos los vecinos del pueblo lo consideraban maldito.

—¿Tenía la piel roja y recubierta de un vello fino y de color oscuro, como si fuera una máscara?

—Has descrito perfectamente el fenómeno que observé en ese adolescente. Sus padres lo tenían encerrado en una cabaña como si fuera un animal salvaje… Yo les expliqué que, a mi modo de ver, no tenía visos de tratarse de una maldición, sino más bien de un legado de la naturaleza como el que se observa en ciertos búfalos, que a veces tienen un cuerno más corto que el otro. Así pues, se avinieron a sacarlo de su escondrijo y desde entonces lleva una existencia normal. Incluso se ha casado y, como yo mismo he podido comprobar, ninguno de sus tres hijos presenta la más mínima mancha velluda en el cuerpo.

—En suma, que lo que nos choca es lo raro.

—Sí, eso es lo que atemoriza al hombre…

—Tu reflexión es pertinente. El fruto único, de color dorado, del árbol llamado jambu[45] espanta al que lo coge incluso cuando cae en el lecho del río, donde sus semillas producen pepitas de oro de inestimable valor —murmuró Puñal de la Ley.

—Estoy profundamente convencido de que el ser humano teme la asimetría porque su cuerpo es, en apariencia, simétrico. Olvida que sólo tiene una cabeza, provista de dos ojos, por supuesto, pero una sola boca y, sobre todo, un solo corazón…

—Supongo que no hay ningún remedio para curar ese tipo de mancha de la piel.

—Los remedios sirven para curar enfermedades, no anomalías. Si esa Gemela Celestial acepta su condición y no la hace sentir desgraciada, miel sobre hojuelas —dijo el antiguo médico convertido en monje budista.

Iba a continuar la frase cuando un gruñido, seguido de otros más, hizo que todos se estremecieran y que los novicios, alarmados, se precipitaran hacia ellos del mismo modo en que los corderos asustados de los nómadas se apelotonaban balando contra las ovejas en el cercado.

También Lapika comenzó a gruñir con las orejas erguidas y los colmillos amenazadores asomando por debajo de los belfos, como presintiendo un grave e inminente peligro.

Pero el ruido fue precisándose hasta transformarse en una sucesión de aullidos característicos.

—Debe de tratarse de una bandada de lobos hambrientos que quiere atacar la granja. Reconozco esas voces. En el desierto de Turfan, cuando llega el invierno, acostumbran a merodear alrededor de las casas —dijo Santa Vía de los Ocho Miembros.

A su alrededor, los novicios comenzaron a gemir, mientras la familia de pastores, incluidos mujeres y niños, salía asustada de la cabaña.

—Hay que apiñarse alrededor de la hoguera. Los lobos temen el fuego —exclamó Puñal de la Ley.

—Pues traed más leña. Cuanto más altas sean las llamas, menos probable es que se acerquen —ordenó Santa Vía de los Ocho Miembros haciendo ademán a los novicios de que echaran mano del montón de leña que habían acumulado al montar el campamento.

Los aullidos de los lobos carniceros que a duras penas se distinguían en la penumbra provocada por un cielo que las nubes oscurecían, iban haciéndose más amenazadores. Los hijos de los nómadas y los novicios más jóvenes de Gran Medicina, aterrados por tantos pares de ojos rojos que las llamas hacían relucir de pronto en la oscuridad, se echaron a llorar.

Puñal de la Ley asió a Lapika por el lomo para evitar que el *moloso* se lanzara a atacar a la manada. El número de los lobos era tal que, pese a su valentía, la perra amarilla habría sido incapaz de hacerles frente.

—No te muevas. Tengo algo que quizá los ahuyente —dijo entonces Gran Medicina, que extrajo del fondo del saco de viaje un minúsculo barrilete de madera cuyo contenido distribuyó en círculos concéntricos alrededor del fuego.

—¡Cuidado! ¡No te alejes demasiado! Pueden alcanzarte —le advirtió Puñal de la Ley con voz angustiada viendo que se acercaba peligrosamente a los puntos rojos que brillaban como rubíes.

—¡No temas! Ahora verás qué pasa —le respondió el monje del convento de la Montaña Calva al tiempo que acercaba al lugar del suelo donde había arrojado aquel polvo una rama encendida que sacó de la hoguera.

Se produjo una estrepitosa explosión seguida de una onda expansiva, mientras la espiral formada en el suelo se incendiaba hasta formar una trémula pared de fuego cuyas pavesas chamuscaron los hocicos de los lobos y los obligaron a batirse en lamentable retirada.

Gracias a la maniobra de Gran Medicina, las fieras hambrientas, de las que ahora sólo se oían débiles lamentos, habían abandonado el terreno.

—¡Tus remedios son muy eficaces! Gracias a tu barrilito, nos hemos librado de una buena —exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Es polvo de la longevidad que me regaló un sacerdote taoísta hace muchos años, cuando yo todavía ejercía la medicina. Desde que me convertí al budismo y a sus Nobles Verdades, ya no creo en los camelos taoístas. De todos modos, como observé que ese remedio se encendía fácilmente, decidí guardármelo. Lo utilizo para encender el fuego cuando la leña está húmeda —fue la escueta explicación del *mahayanista*.

—¡Loado sea el Bienaventurado! Sin tu presencia de ánimo, Gran Medicina, la manada nos habría descuartizado a todos —dijo Puñal de la Ley.

—¡Honor a Gran Medicina! —añadió Santa Vía de los Ocho Miembros secándose el sudor que le empapaba el rostro.

—¡Sea loado! —exclamaron a coro los novicios, que levantaron en brazos a su tutor y lo llevaron en triunfo alrededor de la hoguera como a un héroe que regresa del combate.

La familia de pastores nómadas, además, ofreció a los monjes unas tortas de pasta de frutas de las que se hartaron los novicios, absteniéndose por una vez de refrenarse. En la noche negra de un cielo sin estrellas resonaron los gritos de júbilo de los niños-monjes, que se entregaron a la danza para celebrar las inconmensurables virtudes de su modelo, el *Buda Gautama*[46], ante los aplausos frenéticos de los nómadas.

—¡Es hora de acostarse! Mañana temprano proseguimos la marcha —anunció Gran Medicina a su grey de seguidores tras dejar que se desahogasen y exorcizaran el terror provocado por el ataque de la manada de lobos.

Si la noche fue tranquila y reparadora, el despertar reservaba, en cambio, a Puñal de la Ley y a Gran Medicina, que se levantaron antes que los demás, una desagradable sorpresa.

Se encontraron rodeados por una banda de hombres armados y vestidos de harapos, y ni rastro de los nómadas, que probablemente habían puesto pies en polvorosa.

A pocos pasos, el cercado donde antes estaban recogidos los corderos y las ovejas estaba totalmente vacío.

Pero lo curioso del caso era que Lapika, de ordinario al acecho, esta vez no se había movido ni había ladrado e incluso, como si lo conociera, se acercó al hombre que por las trazas debía de ser el capitán de aquellos extraños soldados.

—Tienen muy mala catadura… —murmuró Gran Medicina al oído de su compañero del Pequeño Vehículo.

Este último ahogó una exclamación de sorpresa. Pese a la mugre que llevaba encima, que acentuaba sus arrugas, acababa de reconocer entre los

intrusos los rasgos groseros del jefe Majib.

—Majib el parsi, ¿me reconoces? —se aventuró a decir en chino al interesado.

—Yo conocerte muy bien. Tú venir de Peshawar con elefante Sing-sing —replicó con violencia este último al tiempo que lo apuntaba con una afilada espada.

Pese a lo huraño del gesto, Puñal de la Ley comprobó con satisfacción que Majib chapurreaba más o menos el chino, a diferencia de la primera vez que lo había visto en aquel albergue de montaña del País de las Nieves, donde se encontró bloqueado debido a que las grietas que el paquidermo tenía en las patas le impedían caminar.

—¿Está Ulik contigo? —se aventuró a preguntar el monje, que conservaba un buen recuerdo del joven intérprete y de su espíritu abierto.

—¡Ulik fruta podrida! ¡Ulik al diablo! —gritó el parsi con aire avieso.

El comentario estaba muy claro: el joven parsi debió de abandonar a su amo y era evidente que éste le guardaba rencor.

El jefe Majib dio entonces unas órdenes tajantes pese a las protestas de unos y otros, sobre todo de los novicios, a los que despertaron sin miramientos y, arrancados de debajo de sus gruesos cobertores, ataron de pies y manos, mientras ponían un bozal a Lapika y la sujetaban con una trailla de cuero.

—Me temo que se acercan nubarrones. Ese hombre tiene cara de pocos amigos y de ser un tipo violento —murmuró Gran Medicina al oído de Puñal de la Ley.

—El jefe Majib es violento, de eso no cabe duda… —le respondió el último, que sabía de qué hablaba.

El *mahayanista* chino, por su parte, procuró fingir y adoptar una actitud impávida para no mostrar a sus novicios la angustia que sentía subir en su interior.

Por espacio de cinco días, el jefe parsi los hizo caminar hasta el agotamiento y transformó en pesadilla aquel periplo que tan bien había comenzado.

¿Qué objetivo perseguía?

No lo sabía nadie salvo él, que vagaba desde hacía meses por la Ruta de la Seda, adonde sus mandantes lo habían enviado de nuevo, con el fin de llenar sus arcas vacías.

Y no lo sabían sobre todo Gran Medicina y Puñal de la Ley, cuyos organismos soportaban cada vez peor el infierno que el jefe Majib imponía a su tropa. Todas las noches debían dormir a la intemperie sobre el duro suelo y jamás podían comer caliente, después de agotadoras jornadas de caminata en las que era imposible intercambiar la menor palabra, ya que aquel ritmo no les dejaba ningún respiro.

La perra amarilla, a la que el bozal demasiado apretado impedía comer normalmente, también movía a piedad. La pelambrera deslucida se le caía a mechones, con los que iba sembrando el camino por el que los viajeros caminaban como autómatas, cada vez más convencidos, a medida que pasaba el tiempo, de que no los conduciría a nada bueno.

—Jefe Majib, querríamos saber qué pensáis hacer con nosotros. Como sigáis haciéndonos caminar a este ritmo, lo más probable es que nos muramos todos en el camino —acabó por declarar, al quinto día, Puñal de la Ley en tono solemne después de haber hablado con su compañero del convento de la Montaña Calva.

—¡No lo quisiera! —exclamó su secuestrador, lo que les permitió deducir que seguramente quería disponer del botín humano con el fin de venderlo.

El jefe Majib tenía sus planes.

Hacía semanas que oía hablar de la famosa «*Fiesta de Primavera*[47]», presidida cada año por el emperador del Centro para celebrar el renacimiento de la naturaleza después del periodo invernal y favorecer al mismo tiempo las cosechas del verano. Eran muchos, en efecto, los que iban a la China central para la ocasión a través de la Ruta de la Seda, llevando sus mercancías que esperaban vender a buen precio… La fiesta era un pretexto para múltiples regalos que las familias se ofrecían entre sí, así como una gigantesca distribución de víveres organizada por el Estado en beneficio de las poblaciones más necesitadas.

Aquel invierno, ni en el más ínfimo albergue de la Ruta de la Seda se hablaba de otra cosa que de la decisión tomada por la pareja imperial de

organizar la *Fiesta de la Primavera* no en la explanada del Mingtang en Chang An, sino en el monte sagrado Taishan, la «Gran Montaña» taoísta, cuya majestuosa cumbre dominaba la cadena montañosa que en cierto modo venía a ser la espina dorsal de la península de Shandong.

A ambos lados de la Gran Muralla, unos carteles expuestos en los lugares públicos invitaban a todas las ciudades de más de diez mil habitantes a enviar una delegación cargada de ofrendas destinadas a honrar al emperador del Centro.

Los principales oasis del desierto se veían afectados por aquella medida que ocupaba el ánimo tanto de los gremios de comerciantes como de las autoridades locales, ya que todos trataban de satisfacer el deseo del emperador evitando caer en la bancarrota, lo que obligaba a todos a hacer unos cálculos lo más ajustados posible. Puesto que era un hecho que no se podía jugar con los dones de fidelidad, ya fuesen en especies o en dinero contante y sonante. Y malo para las ciudades que se negaban a obedecer, porque pasaban a engrosar una lista negra y, llegado el momento, eran despiadadamente castigadas, ya que los ejércitos chinos tenían orden de permitir que fueran saqueadas por los guerreros nómadas, a los que los agentes del *Gran Censorado* comunicaban discretamente el nombre de los lugares a los que tenían libre acceso…

Para Majib, que trataba de realizar una operación financiera tan lucrativa como la venta a Kaled Jan del informe referente a la presencia en Turfan de la fábrica maniquea, la captura de Puñal de la Ley y de Gran Medicina era una verdadera ganga.

Al parsi, de hecho, no le había durado mucho tiempo el barrilete lleno hasta los bordes de monedas de bronce y de plata que era el precio de su información.

Poco después de que Ulik los abandonara en país uïgur, sus hombres y él —¡a cada uno le llegaba su turno!— cayeron en una emboscada tendida por bandoleros tibetanos que los desvalijaron de armas y efectos.

Aunque escondido en el cinto del jefe Majib, el barrilete de Kaled Jan no había escapado a la sagacidad de los hombres de la montaña, quienes de paso aprovecharon para castigar severamente al jefe parsi por haber ocultado la existencia de aquel tesoro.

Desvalijados del único botín que podían llevar a quien lo enviaba, Majib no tuvo más remedio que volver a errar por la Ruta de la Seda en busca de una mejor ocasión.

Cuando atrajeron su atención los aullidos de la manada de lobos que habían atacado el campamento de los nómadas, no pensaba encontrarse frente a frente con Puñal de la Ley, el religioso a quien había conocido en un albergue de montaña.

Entonces, movido por la esperanza de recuperarse, decidió llevarse consigo aquella cuadrilla de monjes que había tenido la suerte de que cayera en sus manos.

¿Se dirigiría, pues, hacia la gran China, para sacar partido de la *Fiesta de Primavera* del monte Taishan, o volvería a su país de origen para vender a sus rehenes?

Escarmentado por las numerosas desgracias que le habían caído encima, el capitán de los ladrones parsis continuaba con sus titubeos. Era un hecho que el valor venal del nuevo convoy de prisioneros no debía llegar a la décima parte del que tenían los Gemelos Celestiales, pero no era momento de arrepentimientos ni de demoras.

El jefe Majib hacía castillos en el aire y se preguntaba cuál era el mejor partido que podía sacar de sus prisioneros cuando una noche, mientras vivaqueaban, vio llegar subrepticiamente al *mahayanista* Gran Medicina, que tomaba grandes precauciones para no ser visto por sus compañeros.

—Jefe Majib, tengo que hacerte una proposición —le soltó el monje chino con todo el aire de un conspirador.

—¡Hablar pronto!

—En China central, una persona como el monje hinayanista Puñal de la Ley vale mucho dinero. Eso puedo asegurártelo.

—¿Qué me dices? —exclamó el parsi levantando una ceja, con lo que quería dar a entender que se tomaba muy poco en serio la confidencia que acababa de oír.

—China está totalmente entregada al *Mahâyâna*. Todo intento de infiltración del Hînayâna está allí severamente reprimido… Créeme si te digo que, con esos dos religiosos procedentes de la India, has puesto la

mano sobre un verdadero botín. Yo que tú lo tendría muy en cuenta —insistió el monje del convento de la Montaña Calva.

—Yo ir a la *Fiesta de la Primavera*. Dicen que este año mucho dinero. Emperador decidir hacer fiesta en montaña sagrada llamada Taishan. En los albergues sólo hablar de eso —explicó el jefe Majib, que ahora parecía visiblemente más interesado por la confidencia del chino.

—Si se celebra en el monte Taishan, no hay duda de que será más brillante que otros años. Deja que te lleve allí y seguro que venderás cara la entrega de Puñal de la Ley y de su acólito. Tendrás al alcance de la mano a las máximas autoridades del país, con lo que te evitarás los intermediarios.

—Idea no parecerme mala… —murmuró el parsi.

—Créeme, si sigues mis consejos, serás rico —añadió Gran Medicina acabando de rematar la faena.

Alrededor de ellos todavía dormían todos los hombres del convoy, tanto persas como chinos, sin olvidar a los dos monjes indios, agotados por la jornada de marcha a través de piedras y polvo.

—Todo esto, por supuesto, deberá quedar entre nosotros. Si los hinayanistas lo supieran, es evidente que nos impedirían conseguir nuestros fines —concluyó el antiguo médico convertido en monje budista en época tardía.

—Yo no ser tonto. Pacto ser secreto —le replicó el bandolero errante en un tono que no dejaba ninguna duda con respecto a que acababa de morder vorazmente el anzuelo de su interlocutor.

Y los dos hombres rozaron sus manos en señal de alianza como dos socios unidos por un inconfesable proyecto común.

—Ayer noche estabais los dos en conciliábulo —dijo Puñal de la Ley al día siguiente por la mañana con aire a un tiempo serio y contrariado, al ir al encuentro de Gran Medicina vigilado por la mirada desconfiada del bandolero parsi.

—El jefe Majib tenía dolor de cabeza. Espero haberle facilitado el remedio adecuado… —replicó el monje *mahayanista* guiñando el ojo al parsi.

—Tenía cabeza como partida por cimitarra. Gracias pastillas del monje, pasar noche bastante normal… —subrayó este último dirigiéndose a Puñal

de la Ley.

Para el parsi Majib, aquella mentira de Gran Medicina era la prueba de que el acuerdo sellado entre los dos había quedado ultimado. Ahora podía dormir a pierna suelta.

Cuando el convoy se puso en movimiento camino de Dunhuang, los novicios del convento de la Montaña Calva ya estaban más tranquilos. A juzgar por su rostro risueño, su jefe espiritual estaba mucho menos inquieto que en días anteriores.

Y para aquellos jóvenes piadosos de corazón puro que veían a Gran Medicina como un padre, ¿no era esto acaso lo más importante?

En cuanto a Puñal de la Ley, sólo pensaba en una cosa: llegar a Luoyang. Sería la hora de la verdad, el momento en que por fin se rasgaría el velo y se pondrían al descubierto tantos enigmas y zonas oscuras.

Pero el monje indio, que el destino se había empecinado en desviar de su camino, ¿tendría realmente esta posibilidad?

XLVI

CHANG AN, CAPITAL DEL IMPERIO DE LOS TANG

—¡Guarda esto cuanto antes en un cajón! —dijo el viejo general Zhang, que degustaba, tajada tras tajada, una enorme sandía que un paje con el cráneo rapado y una trenza impecable cortaba a sus pies.

Al mismo tiempo, el antiguo Primer Ministro del emperador Taizong tendió precipitadamente a su servidor una bolsita de seda escarlata en la que había metido lo que por nada en el mundo habría mostrado al visitante que esperaba.

—Señor Primer Ministro, qué alegría veros —exclamó el prefecto Li, satisfecho por una vez, al entrar en el despacho del antiguo Primer Ministro de Taizong el Grande.

—Tráenos dos tazas de té. ¿No dicen que el té perfumado es para la boca de quién lo degusta lo mismo que una rima límpida para un dulce poema?

Aquella mañana el viejo Zhang se sentía poético, a menos que no se tratara de los efectos de la famosa mezcla especial que había fumado antes de recibir al Gran Censor.

Tan pronto como dio la orden, el solícito paje inclinó la cabeza como un autómata, se levantó y se apresuró a ir a buscar lo que el viejo general le había pedido.

—Me impacienta saber qué tal ha ido vuestra ronda Yinjian[48] en los territorios aliados del Gran Sur —añadió dirigiéndose al prefecto Li.

—Me quedaría corto si os comunicara simplemente que ha ido bien, mi general.

El Gran Censor, poco habituado desde hacía unos meses a dar buenas noticias, estaba tan exultante que casi tartamudeaba.

—¡Pues ya era hora! —exclamó el viejo general en tono desabrido.

—Cuento con lo necesario para eliminar a la Usurpadora. No tardaremos en tener en Chang An un testigo capital de las torpezas de la infame Wuzhao —declaró el prefecto sin ambages.

—No es la primera vez que oigo esas palabras de vuestra boca —dijo, dubitativo, el antiguo Primer Ministro de Taizong el Grande, mientras el mismo servidor, con el cuerpo constantemente curvado por la mitad, les traía dos elegantes cuencos verdeceladón llenos de un té amarillo como la miel y perfumado como las orquídeas.

—Os aseguro, mi general, que el golpe es importante. Esta vez se trata del obispo nestoriano Addai Aggai de Dunhuang, a quien podremos coger como quien coge una flor apenas llegue a Chang An.

—Es uno de los dos principales organizadores del tráfico clandestino de seda encubierto en su momento por la emperatriz Wuzhao —declaró, no sin darse importancia, el Gran Censor, que veía en aquella gestión el medio de restaurar su estrella, la cual no había dejado de palidecer desde que Wuzhao iba extendiendo su influencia sobre los asuntos de Estado.

—¡Muy bien! —dijo el general, aunque no se tragó ni una sola palabra.

—Cuando este hombre cuente lo que sabe, sus palabras tendrán el efecto de un colosal petardo *Baozhong* y su fragor superará el ronquido del dragón que dormita, según dicen los geománticos, bajo la Montaña Calva de Luoyang —exclamó el Gran Censor Imperial.

—¿Y en qué milagroso animal volador se habrá trasladado hasta aquí ese religioso occidental?

—Hablemos en serio, prefecto Li, ¿qué azar habrá hecho que ese individuo venga aquí? —añadió, cada vez más desconfiado, el viejo confuciano, que ya estaba poniéndose de mal humor.

—El dios *Longwang*, Rey Dragón, no tiene nada que ver con eso. Es más sencillo, mi general: ese hombre llegará hasta aquí por sí mismo, con

ayuda de sus piernas, y caerá de cabeza en la trampa que le hemos tendido… —dijo el Gran Censor con voz curiosamente entrecortada.

Tenía tal aire de seguridad que la actitud desafiante del viejo general acabó por vacilar.

—Es indudable que se trataría de un hecho positivo —murmuró medio en broma.

—Os aseguro que nunca habíamos estado tan cerca de nuestro objetivo. Es un verdadero milagro.

Llegado el momento, no dejaré de recogerme en el templo del maestro Kong…

—¿Sería mucho pediros, señor prefecto, que me explicarais cómo conseguisteis dar un golpe tan magistral? —inquirió, ligeramente picado, el general.

—El dios de la Suerte, *Caishen*, por fin me ha concedido su bendición, señor Primer Ministro. Para agradecérselo, precisamente, he hecho quemar desde hace una semana haces de bastoncillos de incienso… Nuestros amigos no tardarán en apodarme Li el Afortunado —exclamó este último, que, dadas las circunstancias, no tardó en exagerar el énfasis.

El Gran Censor, normalmente más tieso que una alabarda, incluso remató la frase con un grotesco saltito.

—Si no os importa, me gustaría pasar a los hechos, señor prefecto. ¡A los hechos escuetos! —exclamó, impaciente, el general Zhang, que apreciaba moderadamente las libertades que se había tomado el jefe de la policía secreta china.

—Al pasar por Hetian, en el curso de mi fructuosa ronda Yinjian, encontré a nuestro gobernador enzarzado en conversación con un tal Kaled Jan, jefe de una tribu *tujüe* que campaba por la región.

Nuestro valeroso funcionario no sólo había salvado la vida a este hombre sino también a todo su pueblo en conjunto, mujeres, niños y viejos incluidos… impidiéndoles *in extremis* aventurarse por el desierto de Taklamakan, donde ya habían empezado a perderse.

—¡Y yo que me figuraba que los *tujüe* eran los enemigos del emperador del Medio! —dijo, despechado, el viejo Zhang.

—Con este inteligente gesto de salvaguarda, nuestro gobernador ha convertido a ese Kaled Jan en una persona agradecida y, después, en un aliado del imperio del Centro. Para demostrar su agradecimiento a las autoridades chinas ese bárbaro nos propuso entregarnos al antiguo obispo nestoriano de Dunhuang, Addai Aggai, a quien tenía prisionero. Cuando el *tujüe* pronunció ese nombre delante de mí, se me heló la sangre. La muchacha que fue alojada en el palacio imperial por la Usurpadora es la hija de ese cristiano —explicó el prefecto Li, a quien la evocación de tan triste episodio hizo estremecer.

—Recuerdo muy bien que a vuestros agentes les faltó muy poco para practicar su detención —exclamó con sequedad el viejo, que conservaba íntegra la memoria.

—Comprenderéis, mi general, que yo tenga tanta prisa en tomarme la revancha…

—¿Y por qué razón aceptaría Addai Aggai arrojarse en las fauces del dragón?

—El interesado, como es lógico, no sabe nada. Cuando indiqué a Kaled Jan que yo quería hacer comparecer a ese religioso occidental ante nuestra jurisdicción para inculparlo de tráfico de seda, ese *tujüe* propuso la solución adecuada: como el obispo iba en busca de su hija única, él se comprometió a hacerle creer que le concedería la libertad si se apoderaba de una princesa china que era trasladada a través de la Ruta de la Seda. Cuando volví a verlo al día siguiente, Kaled Jan me aseguró que Addai Aggai había aceptado, encantado, el trato.

—¿Y qué garantía tiene de que el obispo en cuestión no aprovechará esa medida de tolerancia para fugarse?

—Hay dos hombres que lo siguen discretamente y, llegado el momento, lo entregarán a los nuestros… Y para mayor seguridad, he puesto vigilancia en todos los albergues de la Ruta de la Seda.

—Veo que no dudáis en emplear grandes medidas. ¡Eso está bien!

Era la primera vez que el Gran Censor recibía un cumplido del viejo confuciano.

—Aunque sea difícil, también trato de ser vuestro digno heredero espiritual, mi general —respondió el prefecto Li, deseoso de devolver el

cumplido a su interlocutor.

—Ese jefe bárbaro… ese tal Kaled Jan, como vos lo llamáis, parece más astuto que sus congéneres.

Y eso es raro. Al otro lado de la Gran Muralla, los bárbaros no llegan al tobillo de los Han… —dictaminó el viejo general condecorado, que no creía ser tan exacto, ya que distaba mucho de sospechar que Kaled Jan esperaba matar dos pájaros de un tiro al satisfacer a las autoridades chinas por un lado y recuperar a Luna de Jade por otro para venderla por segunda vez…

—Nunca agradeceré bastante al dios de la Suerte…

—¿Y dónde está ahora ese demonio de nestoriano? —inquirió el antiguo Primer Ministro, a quien las palabras del prefecto Li habían convencido.

—A estas horas, el obispo Addai Aggai debe de estar en la Ruta de la Seda. Espero recibir noticias suyas de un momento a otro. Como ya os he explicado, mis mejores agentes le siguen los pasos y me dan cuenta de ellos gracias a las constantes estafetas. Se han movilizado para llevar a cabo esta tarea la mayor parte de los caballos del *Gran Censorado*.

—O sea, que tenéis el dispositivo a punto —constató, satisfecho por una vez, el general confuciano.

—Totalmente. Esta vez la trampa se cerrará, implacable, sobre la Usurpadora igual que la mandíbula de un tigre sobre un tierno antílope… Me lo he tomado como un asunto personal —declaró el Gran Censor al despedirse.

Apenas lo dejó solo, el viejo militar hizo señal al paje de que se acercara.

—Ve a buscar la pipa —le ordenó.

El paje obedeció al momento y presentó al antiguo Primer Ministro de Taizong el Grande el estuche de seda escarlata que tenía guardado en la cómoda.

—Ya habéis fumado esta mañana temprano… —protestó tímidamente el servidor.

Era un hecho que los médicos del viejo Zhang le habían hecho jurar que no se serviría más de una vez al día de la mezcla de opio, incienso y hojas

de *ginkgo biloba* secas con la que atiborraba la minúscula pipa que en estos momentos había empezado a manosear febrilmente.

—Respirar mi «mezcla especial» es la única actividad que me da fuerzas, pese a que no me hago ninguna ilusión sobre mi capacidad de vivir «diez mil años más[49]». En lo tocante a mujeres, ya hace mucho que este viejo pellejo no hace nada por ellas… —murmuró el viejo antes de introducir los dedos en la cajita de laca que el paje le fue a buscar.

La «mezcla especial» era tan perfumada que el paje, que no se abstenía de fumar a escondidas, no pudo reprimir un estremecimiento de placer cuando el viejo Zhang levantó la tapadera del cofrecillo.

Con gesto meticuloso, el confuciano opiómano puso sobre sus rodillas una pipa apenas más grande que el estilete de un escribano, cuya cazoleta atiborró meticulosamente; después, siguiendo lo que se había convertido para ellos en un ritual inamovible, el paje cogió la pipa de manos del general Zhang, le acercó una cerilla que acababa de frotar y devolvió a su amo el instrumento del único placer que le quedaba en la vida.

—¡Qué bueno! Habrá que reponer mi reserva de la «mezcla especial», ya que compruebo que se agota peligrosamente… —murmuró el viejo, jadeante, tras dar la primera calada.

—Mi general, creo que ya os previne que Cara Gorda anda corto de *yapian* desde hace tres meses.

—Hace ver que está enfermo y que esto le impide visitar a su suministrador —respondió el paje, que ahora miraba de reojo la pipa del amo.

—¡Por Confucio que parece que piensas que se trata de una enfermedad diplomática!

—Cara Gorda tiene muy mala cara desde hace meses. Pero, en materia de *yapian*, ¿no erais vos quién me recomendaba siempre que fuera prudente y desconfiado?

—¡Es verdad!

—Cara Gorda debe de tener miedo. A lo mejor piensa que corre demasiados riesgos…

—¡Se equivoca!

—¿Cómo podéis pretender tal cosa?

La voz del servidor temblaba de indignación.

—Tengo que hacerte una confidencia: no soy el único que practica esta actividad. Aunque su situación es de infracción con el fisco, Cara Gorda no tiene nada que temer. Su circuito está perfectamente protegido. Desde el Ministro de Hacienda hasta el prefecto de policía de Chang An, a ninguno de sus clientes le interesa que este asunto se propague —explicó con voz cansada al paje, a quien aquella confidencia revelaba todo un mundo.

¿No era su amo en persona, el muy taimado, quién lo había exhortado siempre a observar la máxima prudencia cuando lo enviaba a buscar mercancía a casa de Cara Gorda, alegando que este último llevaba a cabo sus actividades ante las narices y las barbas de las autoridades?

Después de haberse liberado de ese modo, el viejo general estaba tan agotado por el esfuerzo de aspirar el humo que cerró los ojos. A partir de ese momento su cuerpo flotó como en una nube.

Fumar opio, aunque cada vez estaba más cerca de desfallecer por agotamiento, se había convertido para él en algo tan indispensable que se olvidaba de los efectos cada vez más graves que esta práctica tenía sobre sus pulmones enfermos.

Entonces, como de costumbre, el paje aprovechó el momento en que su amo se amodorraba como mínimo durante una hora para precipitarse a su vez sobre la pipa.

Mientras el viejo Zhang se entregaba a su postrero placer, el prefecto Li volvió a su despacho, donde lo esperaba su secretario particular, que parecía algo más nervioso que de costumbre.

—Señor prefecto, Addai Aggai no está solo en la Ruta de la Seda. Nuestros agentes os comunican que el nestoriano va ahora acompañado de un joven…

—¡Qué extraño! —exclamó el Gran Censor, inquieto de pronto.

—El correo está abajo ocupado en saciar la sed. Ha estado diez días cabalgando sin parar. Él os lo explicará todo mejor que yo, mi señor.

—¡Hazlo subir inmediatamente!

Unos instantes después, el agente especial, sudando a mares, estaba en posición de firmes delante del prefecto Li.

—Según nuestros informes, señor Gran Censor, el hombre que acompaña a Addai Aggai se llama Ulik.

—¿Cuál es su etnia de origen?

—Nos ha sido imposible averiguarlo. Habla bien el chino. En los albergues donde duermen, él se encarga de negociar las tarifas…

—¿Disponen de dinero?

—Eso parece. O bien de alguna mercancía preciosa: viajan en una carreta entoldada tirada por dos mulos y no duermen jamás al raso.

—¿Se sabe qué transportan?

—Por desgracia, no, ya que no retiran nunca la lona que cubre la carreta. ¿Queréis que procedamos a un control?

—¡Ni por asomo, idiota! Si transportan alguna mercancía prohibida o no han satisfecho los impuestos de rigor, nos veremos obligados a detenerlos y todo mi plan se irá por los suelos. Tienen que llegar a Chang An sin problema, ¿comprendido?

—De acuerdo, señor Gran Censor. Se hará lo que sea para que esos dos hombres lleguen aquí sanos y salvos.

—¡Y libres! —gritó el prefecto Li, dirigiéndose esta vez a su secretario particular con la intención de que hiciera circular la orden.

—Entendido, señor prefecto —farfulló aquél con voz monocorde.

Dándose cuenta de que su amo no bromeaba, el joven, que lo conocía a fondo porque estaba con él desde la mañana a la noche, se puso a temblar como una hoja.

—¿Cuántos días se supone que tardarán en llegar? —preguntó con voz de trueno el prefecto Li.

—Si las cosas les van bien, dentro de dos o tres semanas —respondió el correo después de un cálculo rápido.

—Cuento con todos para que no les ocurra nada… —añadió en tono amenazador el Gran Censor Imperial.

Todos se esforzaron en asimilar aquellas directrices, ya que, exactamente dieciocho días después, un colaborador informó al prefecto Li, encantado y tranquilizado a un tiempo, de que el convoy de los dos hombres acababa de presentarse ante el control de la Puerta Occidental de la capital de los Tang, donde los aduaneros ya tenían orden de dejar pasar a

los dos hombres, quienes no las tenían todas consigo, sin ni siquiera preguntarles qué clase de mercancías transportaban.

—El dispositivo de vigilancia en la ciudad deberá ser lo más discreto posible. Seré yo y nadie más que yo quien decida qué día y a qué hora deberá tener lugar la detención del obispo —quiso precisar el autor de la maniobra encaminada a derrocar a Wuzhao.

Las órdenes del Gran Censor, como no podía ser de otra manera, fueron cumplidas al pie de la letra y fue con desconcertante facilidad que Addai Aggai y Ulik, ignorando que eran objeto de una vigilancia tan discreta como rigurosa, localizaron el templo del Muy Justo Medio tras su llegada a la capital. Previamente, habían tenido la precaución de alquilar una habitación en un hotel que disponía de un pequeño patio interior utilizado como cuadra, donde pusieron a buen recaudo los dos mulos así como su precioso cargamento de *yapian*, debidamente escondido debajo de un montón de paja.

De hecho, el templo confuciano más grande de Chang An ya se avistaba desde lejos.

El edificio era inmenso, pomposo y macizo, y rezumaba el aburrimiento y el fasto protocolario. Su columnata sé erguía sobre un gigantesco estrado de piedra a un extremo de la avenida de los Rituales de la Buena Fortuna, que unía el barrio comercial con aquel edificio frecuentado principalmente por funcionarios civiles.

Cuando se penetraba en la penumbra de aquellos lugares era imposible no advertir la réplica en bronce del Muy Venerable Confucio. La primera cosa que veía el visitante era, en efecto, el rostro sonriente de la estatua del viejo maestro, que el broncista había cincelado a tamaño natural, lo que imprimía a la efigie una sobrecogedora sensación de realismo.

En un extremo del templo del Muy Justo Medio, colocada sobre un zócalo de madera dorada, la figura del viejo sabio entre los sabios se erguía, majestuosa, frente a los visitantes, iluminada por los centenares de velas encendidas por los devotos que eran candidatos a los exámenes administrativos y que acudían a confiar su suerte tecnocrática al dios-filósofo de los chinos.

—¡Basta con sentarse y esperar! —murmuró Ulik, que se acordaba perfectamente de las palabras del posadero que les había confiado el cargamento de *yapian*.

Más circunspecto, Addai Aggai se sentó a su lado en un largo banco de mármol instalado al pie de la estatua.

—Espero que el hotelero a quien hemos confiado los mulos sea hombre de confianza —dijo el obispo con un suspiro.

—No es el momento de preocuparse ahora que llegamos al final —protestó el antiguo intérprete parsi, que era de natural optimista.

—Hemos confiado en un traficante de *yapian* que pudo muy bien contarnos lo que le pasara por la cabeza…

—Piensa que hemos llegado hasta aquí sin la menor dificultad.

—Eso es lo que encuentro más sospechoso… —exclamó el nestoriano, después de lo cual se quedó callado porque acababa de ver entrar a un hombre en el santuario.

Pero no era más que un devoto que venía a encender un cirio delante de la estatua y a éste no tardaron en seguirlo otros más, todos los cuales se prosternaban a los pies del Confucio de bronce implorando su benevolencia.

Pronto haría tres horas que los hombres esperaban sentados en aquel banco. El tiempo transcurrido, que comenzaba a hacerse eterno, parecía dar la razón al nestoriano cuando vieron por fin una silueta cuya sombra se deslizaba rápidamente sobre las losas de piedra, iluminadas apenas a aquella hora del día por las altas ventanas del edificio. La figura llevaba una capa con capucha que impedía ver su rostro.

La silueta se sentó en el banco de piedra entre Addai Aggai y Ulik.

—Vengo de parte de Cara Gorda —dijo el del capuchón en un susurro.

—¿Y eso quién me lo demuestra? —le espetó, con aire desconfiado, el padre de Umara.

—Nadie más que vosotros; ningún devoto permanecería sentado tanto tiempo en este banco… —replicó el desconocido mientras Ulik dirigía una mirada de connivencia a su compañero, como indicándole que la desconfianza estaba fuera de lugar.

—Te escucho… ¿Qué mensaje transmite la persona que te manda? —inquirió el obispo nestoriano de Dunhuang, a quien se le había disparado el

corazón.

—Cara Gorda os recomienda la máxima prudencia. No saldréis de aquí hasta que cierren el templo, que es cuando llega toda la oleada de devotos antes de que caiga la noche, y entonces saldréis cubiertos con esto —les explicó el del capuchón tendiéndoles una ropa oscura.

—Y esto ¿qué es? —inquirió Ulik apoderándose del fardo.

—El ropaje que usan los jueces administrativos. Esta noche, su cofradía viene aquí para rendir homenaje a su patrón tutelar. Serán unos cien como mínimo. Lo único que tenéis que hacer es confundiros con ellos… y pasaréis inadvertidos.

—¿Y qué tendremos que hacer después? —prosiguió Addai Aggai.

—Pues dispersaros de incógnito en Chang An, donde mi dedo meñique me ha dicho que la policía secreta os está pisando los talones… Y si es posible, alejaros cuanto antes de esta capital, en la que dicen algunos que hay, como mínimo, un policía por cada cuatro habitantes. Os aseguro muy en serio que, sin estos disfraces, no tenéis ninguna posibilidad de salir de aquí bien librados.

—¿Cómo lo sabes? —lo interrogó el obispo.

—Los grandes clientes de Cara Gorda son personajes lo bastante bien situados como para estar al tanto de esa clase de informaciones y hacer partícipes de ellas a aquéllos a quienes quieren proteger… aunque se trate de agentes del *Gran Censorado* —murmuró, en voz baja, el desconocido.

—¿Y por qué han de solucionarnos la papeleta unos dignatarios del régimen? —prosiguió el obispo, algo molesto.

—Correrían un gran riesgo si se descubriera el comercio clandestino de *yapian*. El intercambio de mercancías sin pagar al Estado los impuestos correspondientes se considera un crimen de Estado y, debido a esto, es merecedor de la pena capital.

—Si he entendido bien, los mejores clientes de Cara Gorda se protegen a sí mismos al ayudarnos a nosotros —dijo Ulik, que ya empezaba a entender en qué emboscada habían caído.

—Nadie lo habría dicho mejor. Hace semanas que los agentes del prefecto Li os vienen siguiendo a través de la Ruta de la Seda. Le

comunican el menor de vuestros gestos y acciones. Pocos son los que salen vivos de las cárceles de este hombre —añadió el desconocido.

—Lo sabía. Ya me parecía extraño no encontrar ningún impedimento en el viaje. Ahora entiendo por qué hemos podido pasar todos los controles y aduanas con tanta facilidad. Ni una vez siquiera han intentado extorsionarnos. Hasta los mismos bandidos debían de estar al corriente… —concluyó, pensativo, el nestoriano.

Estaba contrariado, pero en el fondo no tan sorprendido por el giro que habían tomado los acontecimientos. Considerando las cosas de forma retrospectiva, se decía sobre todo que había sido muy ingenuo.

—¿Y la mercancía? ¿Qué pasará con la mercancía? —preguntó Ulik.

—Basta con que me digáis dónde está y yo me ocuparé de recuperarla.

El intérprete parsi, sin el menor titubeo, dio al enviado de Cara Gorda las señas de su hotel de Chang An.

Apenas obtuvo la información, el desconocido dio una bolsa a cada uno y se eclipsó tan subrepticiamente como había aparecido.

—¡Todo esto es asombroso! Nos han manipulado de cabo a rabo en este asunto. Si unos personajes bien situados no protegiesen esa red de reventa de *yapian*, ya estaríamos en la cárcel. ¡De buena nos hemos librado! —dijo, angustiado, el obispo.

—O sea, que no se sabe dónde está lo peor… —dijo Ulik poniéndose una de las hopalandas de satén negro con capucha que les había facilitado el desconocido.

Addai Aggai lo imitó mientras el templo del Muy Justo Medio se iba llenando poco a poco con la cohorte de jueces administrativos; todos iban vestidos como ellos, la capucha perfectamente calada mientras iban a prosternarse dignamente delante de la santa efigie implorando que se dignase concederles éxito en los exámenes administrativos tanto a sí mismos como a los miembros de su familia.

Había funcionarios de todas las edades y de todos los orígenes que pertenecían a la misma todopoderosa corporación judicial.

Cuando terminaron con el turno de reverencias, tomó la palabra, con voz potente, el que parecía el jefe, situado delante de la estatua de bronce.

—Demos las gracias a nuestro Muy Venerable Maestro Kong. Ojalá proteja a los miembros de nuestra compañía… ¡Qué levanten el dedo aquellos de vosotros que se presentan a los exámenes! —declaró el juez, provocando que se levantara todo un bosque de brazos entre la muchedumbre.

Seguidamente contó a los que habían respondido positivamente.

—Mi hijo quiere ser juez de primer grado. Se sabe de memoria todo el código penal de los reyes Zhou[50]. Y se prepara para hacer lo propio con su código ritual. Me gustaría confiar su éxito al maestro Kong. Y para que mi deseo sea satisfecho, estoy dispuesto a hacer las ofrendas necesarias —exclamó uno de los que participaban en la ceremonia.

Correspondía ahora a cada uno explicar al foro el motivo de su presencia en el templo del Muy Justo Medio: aquél estaba allí por su hijo, ese otro por su yerno o, lo que era aún más sorprendente, por sí mismo, a fin de tener la seguridad de ascender en categoría dentro de la jerarquía.

El jefe de los jueces, que se había provisto de un incensario, expandía efluvios olorosos en el templo que encantaban a aquellos funcionarios celosos y arribistas entre los que circulaban los encargados de recoger los dones y limosnas en grandes bandejas lacadas en las que todos eran invitados a depositar un óbolo.

Los dos fugitivos no se abstuvieron de considerar con aire divertido la pintoresca escena que ofrecían aquellos hombres cuya vestimenta les daba el aire de extraños cuervos y que se apretujaban delante de la estatua de bronce que debía aportarles sus beneficios como niños dóciles delante del maestro de escuela.

—Prefiero el ambiente sereno de los templos búdicos a los más triviales de los templos confucianos —dijo por lo bajo Ulik a Addai Aggai.

—Comparto hasta cierto punto tu opinión.

—Si tuviera que cambiar de religión, jamás optaría por la de Confucio.

—¡Que no es un dios, sino un filósofo! Y, dicho sea de paso, ¿no te parece que deberíamos confundirnos ya con la multitud? —preguntó a su compañero el nestoriano, que acababa de advertir el movimiento de la muchedumbre hacia la salida, terminada ya la colecta y la sesión de peticiones.

—De acuerdo. ¿No crees que, en cualquier caso, sería mejor que nos separásemos aquí, ya que de ese modo reduciríamos el riesgo de que nos detuvieran si por desgracia nos descubren? —musitó el intérprete.

—Iba a proponértelo —murmuró el obispo con la voz teñida de emoción, lamentando abandonar a aquel joven parsi que se había convertido en su amigo.

Ulik se intercaló en la fila de jueces que se dirigían a la puerta del templo, mientras Addai Aggai dejaba pasar unos minutos y después se bajaba cuidadosamente la capucha de su hopalanda y se sumaba a su vez a un grupo de funcionarios que, lentamente, iban ganando la salida del edificio.

Una vez fuera, fue incapaz de distinguir si Ulik todavía seguía mezclado con la multitud compacta de los jueces que continuaban charlando en la escalinata del templo confuciano. Sin dejar un momento de mantenerse alerta, sin tratar de adivinar siquiera cuáles de aquellos mirones podían ser en realidad policías, se deslizó hacia un ángulo de la columnata y se eclipsó a toda velocidad por un tortuoso callejón después de atravesar la gran avenida de los Rituales de la Buena Fortuna, ya atestada de gente.

Cuando se volvió pudo comprobar con alivio que no parecía seguirlo nadie por la calle donde sólo se veían algunos niños harapientos que jugaban al aro.

Apresuró el paso, deseoso de alejarse cuanto antes del templo del Muy Justo Medio y de los policías vestidos de paisano que a buen seguro pululaban alrededor.

¿Adónde iría ahora? En Chang An no conocía a nadie.

Desde la promulgación del decreto de prohibición de la religión nestoriana, era conveniente no confesar que uno era adepto de dicha Iglesia, ya que había delatores de todo tipo que conocían el valor de las informaciones que habrían propiciado la detención de un clandestino como Addai Aggai, sin duda el pez más gordo de la que, a ojos de las autoridades, no era más que una religión ilícita. Quedaba descartado abordar al primer individuo con quien se topase por la calle.

Comprobó que tenía sed.

Habiendo advertido una plazoleta ocupada en gran parte por hileras de mesas y bancos en los que estaban instalados clientes que tomaban el té, tomó asiento también él, todavía vestido con su hopalanda.

—¿Quieres una o dos raciones de té? —le preguntó una camarera atribulada que hacía la ronda de mesa en mesa.

—Necesito tomar un gran cuenco —respondió el nestoriano esforzándose en adoptar acento chino.

Y se bajó la capucha para beber con más tranquilidad.

—¡Addai Aggai!

Al oír su nombre, al padre de Umara se le heló la sangre en las venas. Se volvió hacia el hombre que tenía sentado a su lado y que acababa de poner nombre a su rostro.

—¡Cargamento de Quietud! —exclamó.

También él había reconocido al maniqueo de Turfan que acababa de interpelarlo. La mutua sorpresa fue total y el maniqueo y el nestoriano se estrecharon las manos con efusión.

—Hay que hablar bajo. La policía sigue mis pasos —murmuró el obispo a su antiguo compañero cubriéndose precipitadamente la cabeza con la capucha.

—No tienes más que seguirme. Vivo cerca de aquí, en una pensión cuyos patronos son gente encantadora.

—Espero que sean de fiar. Tengo la impresión de que aquí todo el mundo está dispuesto a denunciar a su vecino por dinero.

—Mis hoteleros son gente de bien. Les diré que eres mi primo. Me quieren muchísimo y además, a diferencia de muchos de sus clientes, yo les pago a toca teja —aseguró el Gran Perfecto.

Cargamento de Quietud condujo a Addai Aggai hasta la hospedería, situada a dos calles de distancia.

—¿Desde cuándo vives aquí? —preguntó el obispo, en cuanto corrieron el pestillo de la puerta de la habitación.

—Desde hace poco más de un mes. He tardado una infinidad de tiempo para venir de Turfan a Chang An, porque me topé con unos convoyes de mercaderes que no encontraban nunca el camino.

—¿Y se puede saber por qué has venido a la China central?

—Aprovechando la promulgación del decreto que autoriza el maniqueísmo, que según aseguran los rumores se debe a Wuzhao en persona, me pareció útil tener una explicación personal con ella.

—¿Con qué fin?

—Dicen que Wuzhao quiere procurarse moaré de seda… Si yo pudiese conseguírselo, no hay duda de que la Iglesia de la Luz saldría beneficiada. Así que he solicitado una audiencia para pedirle que me facilite un telar para tejer moaré o para que me indique el nombre de un ingeniero capaz de construirme uno. Si en Turfan tuviéramos ese tipo de telares, haríamos maravillas.

—En resumen, que tú has recogido la antorcha de la actividad para la cual nos habíamos aliado…

—Puedes asegurarlo. Punta de Luz, mi antiguo ayudante, ha reanudado la producción… pese a ciertas vicisitudes. Turfan, como Dunhuang, es a veces objeto de pillajes.

—¿Conoces la fecha en que serás recibido por la emperatriz? Según lo que siempre se asegura, son necesarios como mínimo seis meses para conseguir una audiencia de apenas unos instantes…

—Pues piensa que la audiencia está fijada para mañana.

—¡Has tenido suerte!

—No fue fácil ponerse en contacto con la emperatriz Wu teniendo en cuenta la cantidad de impedimentos que se interponen entre ella y la gente de mi condición, que no dispone de presentación particular y se ve obligada a pasar por la vía normal. Ya me veía volviendo con las manos vacías a Turfan, pero, por fortuna, hace dos días que se produjo un verdadero milagro.

—¿Estás seguro de que se trata de un milagro?

—Cuando hacía cola, como todos los días, en la taquilla de las audiencias, me abordó nada menos que el factótum de la emperatriz que se encarga del cuidado de su grillo personal. En Chang An conocen a este antiguo prisionero de guerra, un gigante que tiene la lengua cortada, como el lobo blanco. Ese hombre se las arregló para que me recibieran en seguida. Sin ese encuentro providencial, es evidente que yo seguiría esperando y languideciendo en la espera…

—Si acepta recibirte personalmente es porque debe de tramar alguna cosa. Wuzhao no tiene fama de ser mujer a quien le guste perder el tiempo… —murmuró Addai Aggai arrojándose, agotado, sobre la estrecha cama del maniqueo Cargamento de Quietud.

Cuando este último, debidamente peinado y vestido de blanco inmaculado, compareció al día siguiente delante de la emperatriz, después de haber hecho prometer al obispo nestoriano que no asomaría ni siquiera la punta de la nariz fuera de la habitación, ignoraba que ésta lo recibía porque el Mudo, herido en lo más vivo al ver que su amante pasaba horas en brazos de Nube Blanca, había pensado que tal vez éste fuera un medio de modificar su centro de interés.

Cierto es que Wuzhao se encontraba en una de esas fases en que ya no le era posible prescindir de aquella especie de gurú sexual en que se había convertido el *tántrico* Nube Loca.

Era algo que le ocurría prácticamente todos los trimestres. Por espacio de semanas, consciente del peligro que entrañaba la costumbre, se esforzaba en desvincularse de las prácticas del *Tantra* para volver a sucumbir a ellas de forma inexorable, tan intensas eran las sensaciones que le procuraban los abrazos de aquel que era a la vez el padre de los Gemelos Celestiales y el asesino de *Buddhabhadra*.

Pero lo más importante era que, cuando hacía el amor con Nube Blanca, desaparecían sus migrañas como por ensalmo. Por eso tenía la impresión de que le faltaba algo cuando padecía aquellos dolores de cabeza que parecían partírsela en dos y por eso todas las noches necesitaba ponerle remedio. Se las apañaba, pues, para que el indio se reuniese con ella en el lecho, lo que hacía que, por las mañanas, tanto el Mudo como las sirvientas evidenciasen que en aquella cama había hecho algo más que dormir.

El Mudo toleraba cada vez peor los momentos en que le era imposible acercarse al cuerpo de Wuzhao porque ésta estaba totalmente entregada al *lingam* de Nube Blanca, el odiado rival.

—Un sacerdote que se declara de religión maniquea y vive en Turfan desearía ser recibido en palacio, Majestad. Desde hace semanas ese hombre hace cola en la ventanilla de las audiencias y me ha insistido en que quiere veros —le anunció el gigante turco-mongol empleando, como tenía por

costumbre, su indescriptible lengua compuesta de ademanes y onomatopeyas que sólo ella sabía descifrar.

—¿Qué quiere de mí?

—Según dice, tiene un trato muy interesante que haceros. —¡Como si yo no tuviese otra cosa que hacer!

—Majestad, ese hombre parece serio. Debéis tenerlo en cuenta… ¿Qué queréis que haga?

—Nada.

—El maniqueo quiere hablaros de moaré de seda.

—¿Cómo se llama? —preguntó de pronto la emperatriz después de un breve instante de sorpresa.

—Cargamento de Quietud, Majestad.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡Que venga a verme pasado mañana por la mañana! Lo recibiré en el Pabellón de Recreo. Allí estaremos más tranquilos. Ocúpate de que nadie se entere de que lo recibo —le ordenó.

Y reajustó su bata de seda verde con mariposas doradas bordadas, que los recientes asaltos de Nube Loca habían arrugado una vez más.

Al Mudo, que acababa de entrever los pezones erectos de su amante, la rabia le llenó los ojos de lágrimas, aunque salió inmediatamente para llevar el aviso al interesado y notificarle que la emperatriz accedía a verlo.

Una vez sola, Wuzhao tuvo tiempo sobrado de volver a pensar en aquel asunto y consideró que debía de ser muy serio después de rememorar con precisión las palabras de Umara con respecto al papel de Cargamento de Quietud, el maniqueo de Turfan, responsable de la hilatura de la seda tejida por los nestorianos de Dunhuang.

Estaba deseosa de saber más cuando el Mudo introdujo a su visitante en el pequeño salón del Pabellón de Recreo, cuyos muros estaban recubiertos de paneles lacados que representaban montañas y cascadas.

La emperatriz, gracias a la noche tórrida que acababa de pasar con Nube Loca, estaba en uno de esos días fastos en que la migraña la había abandonado, lo que permitía que estuviese más disponible.

—Turfan, que yo sepa, no está a la vuelta de la esquina. ¿Qué razón os ha movido, pues, a hacer tan largo viaje? —inquirió Wuzhao dirigiéndose al

Perfecto apenas entró.

—Majestad, a la Iglesia de la Luz le falta un telar para tejer moaré de seda. De hecho, yo tendría necesidad de un ingeniero especialista en hilados que nos ayudase a construir uno. Entonces podríamos proporcionaros moaré de excelente calidad, ya que, por lo que sé, es el tipo de tejido que necesitáis —respondió bruscamente el Perfecto, molesto más bien por tener que entrar en materia tan pronto, pero algo desconcertado ante la belleza de aquella mujer tan suntuosamente vestida.

—¡El moaré de seda! Cuando se imponía la penuria, era totalmente imposible encontrar la más mínima cantidad… —murmuró la soberana pasando la mano por su vestido, cortado precisamente en espléndido moaré.

—La Iglesia de la Luz os estará eternamente reconocida por haberle permitido instalarse en China central. Ahora ya no está condenada a las cuevas, a los sótanos o a remotos oasis de la Ruta de la Seda… Pronto podrá disponer de iglesia en esta capital. Por eso está dispuesta a proporcionaros graciosamente todo el moaré que os sea preciso, Majestad. Por mi parte, pido a nuestro profeta Mani que satisfaga todos vuestros deseos, Excelencia —exclamó el Gran Perfecto, que estaba enardeciéndose por momentos.

—Lo considero una hermosa prueba de lealtad a mi persona —murmuró la emperatriz, después de lo cual añadió, como hablando consigo misma—. ¡No estará de más que me ayude el profeta Mani!

Ordenó que les sirvieran té, que el maniqueo bebió de un trago en una copa de oro más preciosa aún que los vasos rituales que él utilizaba en Turfan. Cargamento de Quietud podía tocar literalmente con el dedo hasta qué punto el imperio de China rendía verdadero culto a sus soberanos.

—Majestad, tengo otro asunto que tratar con vos… aunque no querría que el hecho comportase consecuencias nefastas a la persona cuyo nombre os mencionaré —murmuró el maniqueo después de un largo silencio.

—¡Habla, te escucho! Aquí estamos seguros.

—Veréis, Majestad: en Chang An encontré, errante como alma en pena, al obispo nestoriano de Dunhuang, Addai Aggai. No tiene salvoconducto y los agentes del *Gran Censorado* están pisándole los talones. No sabe adónde ir. A diferencia de mis hermanos maniqueos, los nestorianos no

tienen aquí derecho de ciudadanía. Lo he acogido en mi hotel, pero su situación no deja de ser en extremo precaria. Y además, cuando vuelva a Turfan, no habrá nadie que lo ayude. Es un hombre de bien, Majestad —osó decir el Gran Perfecto, que se había arrojado a los pies de Wuzhao.

Esperaba con todas sus fuerzas que ésta se dejaría convencer de que había que salvar al padre de Umara.

—Sé muy bien quién es Addai Aggai. Tráemelo aquí. Tengo que hablar con él —dijo, para gran sorpresa del maniqueo, la emperatriz.

—Puede estar aquí en pocos instantes. Mi hotel está a dos pasos.

—¡Que venga cuanto antes!

Addai Aggai estaba empapado en sudor y no las tenía todas consigo cuando el Mudo lo hizo pasar al saloncito de la emperatriz de China acompañado del Gran Perfecto maniqueo, que había dejado todos sus demás asuntos en suspenso.

—¿Tenéis noticias de vuestra hija? —le preguntó ésta así que el obispo entró en el saloncito lacado del Pabellón de Recreo.

Impresionado por la pregunta como si ésta hubiera sido una saeta hincada en su corazón, el nestoriano ni siquiera observó, a diferencia de su compañero maniqueo, que Wuzhao llevaba, ajustada al cuerpo, una bata de moaré verde con mariposas y pájaros bordados de una calidad que su hilandería clandestina jamás había estado en condiciones de producir.

—Daría los años que me quedan de vida para encontrar a mi hija querida. Desde que mi amadísima hija desapareció en el desierto de Gobi, por mucho que he rezado a mi Dios Único, jamás ha vuelto a aparecer. He llegado a un punto en que, ciertos días, he perdido por completo la esperanza —exclamó el hombre echándose a llorar como un niño pese a intentar evitarlo.

—Umara está viva y, por lo que sé, está bien de salud. Pureza del Vacío, el Superior del monasterio *mahayanista* del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, la retiene en él.

—¿Así que mi hija va a convertirse en monja budista? ¡No lo puedo creer! Si la pobre Golea lo supiera, le daría un ataque —exclamó Addai Aggai, ahogado por la indignación.

—Vuestra hija no se ha convertido, por lo menos que yo sepa —murmuró la soberana.

—Entonces, ¿qué hace allí? ¡Voy a ir a buscarla!

—Umara no disfruta de libertad de movimientos. Está retenida en contra de su voluntad.

—¿Mi hija es prisionera de un Superior *mahayanista*? ¡Es escandaloso e indigno!

—Pureza del Vacío está convencido de que la muchacha tiene informaciones capitales acerca de los Ojos de Buda, una de las reliquias más santas de la India… El gran maestro querría que su monasterio se aprovechase de esta circunstancia —añadió Wuzhao.

—Mi hija no tiene nada que ver con los Ojos de Buda. Umara ha sido educada en la religión cristiana. Mi hija es una criatura pura y honrada… —farfulló Addai Aggai, a quien la voz le temblaba de rabia.

—Puedo conminar al Superior de Luoyang a que os devuelva a vuestra hija, cualesquiera que puedan ser sus reticencias al respecto —dijo de pronto, pensativa, la emperatriz.

Entre la felicidad de Umara y los Ojos de Buda, entre la muchacha que había soñado ser y las santas reliquias que soñaba con poseer Pureza del Vacío, Wuzhao no había vacilado mucho tiempo y había optado por la muchacha.

Ahora sólo le importaba una cosa: devolvérsela a su padre.

—Si os avenís a realizar esta gestión, Majestad, confiaré vuestro destino a mi Dios Único, aquel que provee todas las cosas —exclamó el nestoriano.

—Vuestra hija ama a un hombre. Habrá que autorizarla a que se case con él. ¿Puedo contar con vuestra aquiescencia?

—¿Es cristiano? —inquirió maquinalmente el obispo.

—Es *mahayanista*. Se llama Cinco Prohibiciones.

—¡Cinco Prohibiciones! Es el monje encargado del cuidado de los Gemelos Celestiales. A decir verdad, lo sospechaba… Desapareció al mismo tiempo que mi hija.

—Ella partió de Dunhuang por amor a ese hombre. Lo que hubo entre ellos fue un memorable flechazo. Como he tenido ocasión de verlos juntos,

puedo aseguraros que se quieren con amor verdadero. Da gusto verlos. ¡Prometedme que no reprocharéis nada a Umara! —exclamó la soberana.

Se había acercado al obispo y éste pudo oler los efluvios de agua de rosas y jazmín con que su gobernanta le rociaba el cuerpo todas las mañanas.

—Que vuelva mi hija y se lo perdonaré todo. Lo que yo quiero es su felicidad. ¿Os basta con esto? —le dijo el obispo con voz lenta después de un breve silencio durante el cual pudo reflexionar sobre la conducta que era conveniente adoptar.

De haber dejado hablar a su intelecto, sin duda habría colmado a Umara de reproches apenas hubiera comparecido ante él. Una cristiana, que por añadidura era hija de un dirigente de su Iglesia, educada en el rigor de la fe, no tenía derecho a extraviarse de aquel modo ni a enamorarse de un hombre que ni siquiera participaba de sus creencias.

Pero en aquel momento, frente a las palabras tranquilizadoras y sinceras de la emperatriz de China, una mujer que por otra parte era famosa por su pragmatismo y su dureza, el obispo decidió que sólo escucharía la voz de su corazón: Umara era su pobre pajarillo caído del nido y se moría de ganas de estrecharla entre sus brazos.

—Me encanta que adoptéis esta postura. Umara lo merece sobradamente —concluyó ella antes de hacer ademán al Mudo, escondido en la sombra, para que se acercara.

Por primera vez desde hacía meses, el rostro de Addai Aggai se iluminó con una verdadera sonrisa.

—¡Busca a un escribano! —ordenó ella al turco mongol.

Al cabo de pocos instantes entraba en la habitación un hombre tocado con bonete negro y provisto de un estilete de letrado y de una plancha de madera en la que tenía fijadas unas hojas de papel de arroz.

—Escribe al dictado la frase siguiente: la emperatriz Wuzhao ordena al maestro Pureza del Vacío que se presente en el palacio imperial de Chang An dentro de un plazo máximo de quince días —dijo Wuzhao al letrado, que por cierto se sentía muy incómodo, al igual que todos aquéllos a quienes uno de los soberanos convocaba inopinadamente.

Inmediatamente después el hombre se sacó de la bolsa su recado de escribir y tomó nota, con alucinante rapidez, del mensaje destinado al Superior de Luoyang.

—Mudo, quiero que entregues esto al correo más rápido a fin de que Pureza del Vacío tenga noticia de esta convocatoria antes de cuatro días y quiero, además, que el mensaje sea entregado en propia mano. Entretanto el obispo Addai Aggai se alojará en el Pabellón de Recreo.

—Majestad, recurriendo a vuestra alta benevolencia, ¿no sería posible que el Gran Perfecto Cargamento de Quietud permaneciese conmigo? Su hotel no es de los más confortables… —solicitó Addai Aggai, que consideraba que aquella compañía podía resultarle preciosa.

—No tengo inconveniente alguno. Así dispondrá del tiempo necesario para contratar a ese ingeniero que me reclama para que construya un telar capaz de tejer moaré en sus talleres de Turfan.

Así que se quedaron solos en el elegante pabellón donde antes se habían alojado Umara y Cinco Prohibiciones en compañía de los Gemelos Celestiales, el nestoriano y el maniqueo no pudieron por menos de quedarse estupefactos ante tanto esplendor: la arquitectura octogonal del edificio armonizaba a la perfección con el trazado de los jardines, a los que se abrían las estancias donde, en otro tiempo, el gran emperador Taizong se dedicaba a la caligrafía y a la pintura en compañía de músicos capaces de recrear sus oídos y sobre todo de despertar sus sentidos; en cuanto al jardín, crecían en él las especies más raras en tinajas a cuyo alrededor, tres veces al día, se afanaban los jardineros.

—La emperatriz es más hábil aún de lo que asegura la leyenda. Contra todo lo que cabría esperar, ha conseguido meter a los dos pájaros que somos en la misma jaula y, por otra parte, en lo que a ti respecta, ante las mismas narices de las autoridades —exclamó Cargamento de Quietud, admirado ante la diabólica habilidad de Wuzhao.

—Es de esperar que los pájaros no sufran mucho al no poder remontar el vuelo. ¿Qué haremos ahora? No me veo pasando aquí las jornadas a la espera de noticias —suspiró el obispo de Dunhuang.

—Estoy seguro de que Umara no tardará en aparecer. Los deseos de la emperatriz Wuzhao se me antojan órdenes —aseguró el Gran Perfecto

maniqueo.

—¡Estamos en manos de Dios y de Mani! —murmuró entonces el obispo cristiano para enorme sorpresa de su colega, que no creía en aquel dios único, preexistente a todos los dioses, a todos los seres vivos y a todas las cosas, ya fuesen visibles o invisibles.

XLVII

PUERTA OESTE DE CHANG AN, CAPITAL DE LOS TANG

Acababan de cumplirse diez días desde el Año Nuevo, lo que explicaba la presencia de grandes farolillos de papel que todavía pendían de los árboles a cada lado de la avenida que conducía al puesto de control.

—Vos sois el embajador Firuz y ella debe de ser la princesa china de alto rango de cuyo traslado estáis encargado… —enunció el guardia que estaba de servicio al ver llegar siete camellos cargados de fardos y un octavo que transportaba una nacela cubierta con una lona.

—Ni más ni menos. Compruebo con placer que nos esperaban —respondió, obsequioso, el enviado del sultán de Palmira.

—En nombre de las autoridades de este país, yo me encargo de conduciros al palacio de los Huéspedes de Paso. Tened la amabilidad de seguirme —dijo entonces un soldado con más galones todavía que el guardia saliendo de la garita situada junto al control de la aduana.

No sin emoción, Luna de Jade, entreabriendo la lona que la había protegido de los rayos del sol a lo largo de todo el viaje, reconoció la Gran Puerta Occidental de Chang An, la misma que había cruzado en sentido inverso hacía dieciocho meses disfrazada de soldado chino mientras Punta de Luz iba disfrazado de sacerdote taoísta.

No pudo evitar entonces verter subrepticiamente algunas lágrimas.

Hacía cinco meses y medio aproximadamente que había abandonado Palmira en compañía del embajador itinerante Firuz y su pequeño convoy

de camelleros del desierto. Uno de ellos cargaba con los barriles de pimienta e incienso destinados a facilitar la entrada en China central del representante personal del sultán Rashid.

Aquella precaución, que había agotado las reservas del pequeño sultanato, resultó ser de gran utilidad. Unos pocos granos de aquella preciosa mercancía bastaban para abrirles de par en par las puertas de los más confortables albergues. En la mayor parte de los casos, Firuz y Luna de Jade podían disponer de una habitación para los dos solos, lo que les permitía hacer el amor con absoluta tranquilidad.

El placer con que el embajador plenipotenciario Firuz poseía a Luna de Jade y la desbordada sensualidad con que ésta le respondía convertían la comunión de sus cuerpos en un ejercicio al que el hombre de Bagdad se entregaba en cuanto podía.

La joven chinita se dejaba llevar por la situación. No hubiera servido de nada, a no ser para despertar sospechas, resistirse al Omeya, cuyas maneras refinadas no disgustaban, en cualquier caso, a aquella que había entregado el corazón a Punta de Luz.

Los arabescos que formaban cuando estaban uno en brazos del otro, consecuencia de la sabia combinación de posturas en ocasiones acrobáticas, pero progresivamente más sensuales, cuyo secreto poseía Firuz, tenían como resultado llevar cada vez más lejos la intensidad del placer en el que comulgaban al unísono.

Entonces, el «dulce puñal» de Firuz traspasaba lo que el embajador itinerante denominaba bellamente el «amoroso cojín de seda» de Luna de Jade, es decir, su vientre plano e inmaculado, que con sus estremecimientos hablaba del placer que sentía con suficiente elocuencia. Después ya no le quedaba más que derramar su precioso licor dentro de ella, aunque a ella también le gustaba apurarlo hasta la última gota cuando él le suplicaba que se dignase homenajearlo con la lengua y los labios.

Así pues, su periplo estuvo puntuado por el amor físico, razón por la cual al Omeya le pareció corto y llevadero y, para decirlo con toda claridad, más ligero que una pluma…

Ningún obstáculo particular vino a turbar aquel largo viaje. La embajada del sultán Rashid pudo franquear la Puerta de Jade de la Gran

Muralla sin la sombra de ninguna pregunta embarazosa. Los aduaneros chinos, por lo general a la caza de aquellos viajeros capaces de llenarles la bolsa, no rechistaron cuando Luna de Jade les dijo que el embajador plenipotenciario Firuz era portador de un mensaje personal para el emperador Gaozong «destinado a establecer relaciones diplomáticas entre el imperio del Medio y el sultanato de Palmira». Incluso saludaron obsequiosos a aquel enviado especial de un «rey occidental» que acudía a pactar alianzas con el soberano del Centro antes de expedir un correo urgente a Chang An para prevenir a los servicios imperiales de la llegada de Firuz y de una princesa china de alto linaje, lo que valió a estos últimos que los estuviesen esperando cuando llegaron a la Gran Puerta de Control del Oeste.

Ahora que terminaba su periplo, sin osar confesárselo a sí mismo, Firuz lamentaba estar en el núcleo del poder chino en la ciudad más bella y más rica del mundo y saber que estaba a punto de entregar a las autoridades de aquel país a aquella mujer de la que estaba locamente enamorado.

En cuanto a Luna de Jade, puesto que sospechaba que la superchería de su pretendida alta cuna tenía ahora grandes probabilidades de ser descubierta, esperaba con ansiedad lo que ocurriría a continuación.

El palacio de los Huéspedes de Paso, llamado también Pabellón de la Amistad, era un edificio de mármol gris en cuyo frontón estaban esculpidas las siguientes palabras:

Bienvenidos sean nuestros huéspedes extranjeros.

—Que el señor embajador tenga la bondad de seguirme… —anunció, obsequioso, el director del Pabellón de la Amistad, mientras, para contrariedad de Firuz, conducían a Luna de Jade a un ala adyacente reservada a las mujeres.

La estancia destinada a Firuz era inmensa y tenía vistas al parque, donde crecían magnolios centenarios. Tan pronto como hubieron descargado su equipaje, se le presentó un chambelán con un formulario de petición de audiencia.

—Debéis consignar vuestra identidad y, sobre todo, el motivo de vuestra visita al soberano del Centro —explicó a Firuz un funcionario tendiéndole un estilete.

—No sé escribir en chino. Me contento con hablarlo. ¿Os importaría recoger mis palabras al dictado?

—Mi función es ésa, precisamente. La mayor parte de los extranjeros que vienen saben hablar en chino pero son incapaces de dibujar los innumerables caracteres de la escritura…

—Me gustaría que escribieseis de mi parte, a la atención del augusto soberano del Centro, que reina sobre el pueblo más numeroso de la tierra, lo siguiente…

> *El sultán Rashid de Palmira presenta sus más respetuosos saludos a Su Excelencia el soberano del País de la Seda. Por la presente, envía a su delegado Firuz el Omeya, embajador extraordinario y plenipotenciario, a fin de establecer lazos de confianza entre el pequeño sultanato de Palmira y el inmenso País de la Seda. En prueba de su absoluta confianza y de su inquebrantable buena voluntad, devuelve a las autoridades chinas a la princesa Luna de Jade al tiempo que hace votos para que sea tenida en cuenta la generosidad del gesto y considerado en su justo valor.*

—¿No hay más? —preguntó el chambelán después de transcribir las palabras de Firuz con gran atención.

—¿No es bastante acaso? ¿Acaso el País de la Seda ordena fórmulas más respetuosas? —inquirió el diplomático.

—En absoluto. No me queda, pues, más que llevar vuestra petición a la Cancillería Imperial. Es ella la que, después de consultar al emperador Gaozong, fija la fecha y la hora de las audiencias —explicó el funcionario antes de salir de la estancia.

—¿Podría ver a la princesa china que acaba de llegar conmigo? —preguntó entonces el Omeya al servidor que le había traído fruta y una ligera colación, todo ello elegantemente presentado en finos platos

verdeceladón, casi transparentes, dispuestos en una bandeja de madera lacada.

—Me temo que no será posible, señor embajador… —respondió el hombre, aunque en tono obsequioso.

—¡Lléveme ahora mismo a su habitación! —insistió, inquieto de pronto.

—Esa joven ya no está en el Palacio de la Amistad —acabó por decir el servidor con expresión inescrutable.

—¡Pero es inaudito! He viajado meses enteros con esta princesa, que debe ser entregada en mano al emperador del País de la Seda, a quien acabo de pedir audiencia —exclamó Firuz antes de comprobar que el mayordomo ya había partido y lo había dejado solo, entregado a la desesperación.

El diplomático occidental no podía creer lo que le estaba ocurriendo: que sus anfitriones se las hubieran arreglado para robarle a su querida Luna de Jade.

Mientras Firuz se agitaba, consternado, en la cama, la chinita, tras haber sido empujada sin miramientos hasta una silla transportada por unos porteadores, trataba en vano de averiguar en qué dirección la conducían, a trote corto, los cuatro servidores que lucían el brazalete amarillo que indicaba su pertenencia a la casa imperial.

La inquietud de Luna de Jade, encerrada en su caja ambulante, en cuyo interior se sentía bamboleada como un cargamento de sandías, hizo que el trayecto le pareciera singularmente largo.

Tras el alboroto de la calle, comprobó no sin angustia que había entrado en un edificio lleno de pasillos y escalinatas interminables. Tenía la impresión de que sus porteadores daban complicados rodeos, como si evitasen pasar por aquellos lugares donde habrían podido llamar la atención.

Cuando la sacaron de su oprimente medio de transporte, quedó deslumbrada por la luz de los candelabros que iluminaban un suntuoso salón octogonal con los muros tapizados de seda rosa y el pavimento recubierto de soberbias alfombras de excelente lana tejidas en Persia que, superpuestas unas sobre otras, formaban un mullido revestimiento multicolor.

Como por instinto, rozó la tapicería, suave al tacto como la piel de un recién nacido.

En una mesita baja de catalpa había un estuche de laca negra dentro del cual vio unas pinzas de depilar y una navajita afilada con mango de nácar que debía de servir para limpiarse las uñas y las orejas. Al lado, vio también cuatro frascos que debían de contener perfume. El emperador de China seguramente tenía exigencias particulares en lo tocante a sus concubinas en materia de higiene y depilación de las partes íntimas.

Reinaba allí, además, un delicado olor a incienso y a jazmín que armonizaba a la perfección con la estancia.

A través de una amplia galería se accedía a un patio cubierto de gravilla y cerrado por un muro recubierto de hiedra. Eran lugares donde reinaba la tranquilidad, al abrigo de las miradas indiscretas.

—Hay que descalzarse. A Su Majestad le gusta observar los pies y los tobillos de las mujeres hermosas —le ordenó un hombre alto con el torso desnudo, musculoso y untado de aceite, con el cráneo cuidadosamente rapado y cuyo rostro y bigotes caídos traicionaban sus orígenes mongoles.

La muchacha obedeció dócilmente. El suelo de aquel salón era tan suave como la seda que tapizaba las paredes.

—Además, Su Augusta Majestad ya no tardará en llegar —añadió el individuo, que iba con el torso desnudo y que, como pudo observar Luna de Jade, llevaba también gruesos brazaletes de oro que le ceñían la parte alta de los brazos.

Un heraldo, ataviado con un vistoso uniforme de seda negra con peonías plateadas bordadas, hizo entrada en el ambiente almohadillado de la «Cámara del Amor del emperador de China» y a continuación irguió el cuerpo en impecable posición de firmes para anunciar con voz estentórea:

—¡Su Majestad Gaozong, emperador del Centro! ¡Ríndasele respeto!

Luna de Jade era una de esas personas a las que su carácter bien templado les permitía adaptarse a las situaciones más extravagantes, esas de las que uno menos esperaría y que terminaban sin embargo resultando estimulantes, hasta tal punto era inmenso el reto de hacerles frente sin desfallecer un solo instante.

La joven china, al acecho, clavó los ojos en el pesado tapiz de seda que obstruía la puerta del salón cuando éste se apartó para dejar paso al soberano del Centro.

Además de la túnica blanca de algodón del más sencillo que vestía, en la que no descubrió ni la más mínima cinta de seda, lo que más sorprendió a Luna de Jade fue el vientre prominente del emperador Gaozong.

Debido a su enfermedad, la rotundidad del soberano era tal que era imposible que se viera los pies.

La joven china descubrió igualmente que había que ayudarlo a sentarse, a lo cual procedió el hombre de torso desnudo cuando Gaozong le indicó uno de los grandes divanes de la Cámara del Amor.

Una vez que se encontró encajonado entre almohadones y cojines de seda que permitían que su cuerpo obeso de músculos fláccidos y esqueleto frágil se mantuviese sentado pero casi de pie, Gaozong comenzó a examinar lentamente a la muchacha que el hombre de torso aceitoso acababa de empujar con decisión ante él, empezando por los pies descalzos y los tobillos.

No eran más que tres personas las que estaban presentes en el saloncito donde el emperador examinaba a sus jóvenes amantes y futuras concubinas. Instintivamente, Luna de Jade tragó saliva e irguió el cuerpo procurando hacer de tripas corazón y adoptar la postura que más podía favorecerla.

—¡Un buen ejemplar! —se contentó con murmurar Gaozong con aire de entendido, procediendo a seguir examinando a la interesada de arriba abajo.

El rostro del emperador de China, cuyos ojillos se perdían en un magma adiposo, le daba un aspecto parecido al de un cerdo. Luna de Jade quiso pensar en otra cosa y fijó los ojos en el techo artesonado de madera dorada, en el interior de cuyos artesones el ebanista había esculpido parejas de *Biyiniao*, esos pájaros que por tener una sola ala sólo pueden volar en pareja, razón por la cual han sido elegidos como símbolo del amor.

—¿Debo proceder a desnudarla, mi señor? —preguntó entonces el hombre de los brazaletes de oro, que hablaba de Luna de Jade como si se tratara de un objeto metido en un paquete.

—Por supuesto, Gomul. Lo que veo me incita a ver más… —respondió el soberano con un brillo libidinoso en la mirada.

La pobre Luna de Jade no tuvo más remedio que abandonarse cuando, con gestos delicados, aquel hombre a quien el emperador llamaba Gomul fue deshojándola hasta la desnudez completa ante la mirada fija de su amo, que parecía decidido a no perderse ni pizca de los encantos que la joven china estaba desvelándole.

Hasta que por fin se le presentó en todo el esplendor de sus formas sensuales. Tragando saliva, Gaozong contempló sus pechos puntiagudos como mangos y sus muslos torneados coronados por una puerta íntima cuidadosamente depilada.

El soberano de la China, como el sibarita ante un plato delicioso, no pudo impedir relamerse de gusto.

Luna de Jade comprobó rápidamente que Gomul era el ayudante de un Gaozong que, debido a la gota que hacía insoportable la más mínima torsión de las articulaciones, era incapaz de realizar por sí solo los gestos que requería la práctica del amor.

Después de desnudarla, el hombre de los brazaletes de oro se acercó a la chica por detrás, la cogió en brazos y la levantó al tiempo que le separaba las piernas, de modo que el vientre de Luna de Jade estuviese al alcance de la boca del emperador del Centro, que se entregó a lamer con delectación su adorable ombligo.

Muy hábilmente, y para gran sorpresa de la chinita, el ayudante de Gaozong le daba mordiscos en el cuello, lo que le provocó unos deliciosos estremecimientos que a duras penas conseguía disimular.

Acto seguido, adivinando quizá la repugnancia que el emperador inspiraba a Luna de Jade, Gomul comenzó a frotar suavemente su torso aceitoso contra la piel satinada de su espalda.

Entre el delicioso vaivén de Gomul y la lengua pringosa pero cada vez más osada de Gaozong, Luna de Jade, cogida en la trampa, decidida a intentarlo todo para no disgustar al emperador del Centro y no queriendo hacer nada que despertara sus sospechas en relación con su usurpación de identidad, decidió que lo más prudente sería abandonarse al placer y fingir una entrega completa.

Gomul, que seguía besuqueándola, le separó un poco más los muslos y la acercó más al soberano a fin de que éste, que jadeaba como un *yak* en celo, explorase a conciencia todos los recovecos de la intimidad de la joven.

—¿Está cómodo mi señor o quiere que la cambie de postura? —preguntó entonces el hombre de los brazaletes de oro, que a lo que se veía estaba acostumbrado a satisfacer todos los caprichos sexuales de Gaozong.

—Pónmela de espaldas. Tiene una caída de riñones que vale su peso en jade —dijo el emperador del Centro, jadeante y goloso.

Dócilmente, el colaborador de los placeres de Gaozong dio la vuelta al cuerpo de Luna de Jade, la cogió por el talle y acercó sus nalgas firmes y rotundas a las manos imperiales. Para ello tuvo que estrechar el cuerpo de la muchacha contra el suyo, de modo que sus pechos se ciñeron a sus pectorales. Luna de Jade notaba el leve olor a almizcle que despedía Gomul, lo que curiosamente le producía una sensación muy agradable. Le habría sido fácil dejarse atraer por aquel hombre de constitución atlética y cuerpo escultórico que le recordaba el de los practicantes de las artes marciales externas[51], capaces de pasar horas enteras levantando pesas o rompiendo tablillas de madera con el lateral de la mano o del brazo.

—¡Tiene un trasero de maravilla! —corroboró Gaozong, cuyos dedos, parecidos a salchichas, se paseaban febrilmente en torno a los orificios de Luna de Jade.

La joven, asqueada por el proceder de aquel hombre que la paladeaba como si fuera un simple manjar, a punto estuvo de abofetear al gordo asmático cuando se sacó de los calzones una vara de jade ridículamente exigua, más parecida a un pepinillo que a la lanza de Firuz.

—Será mejor que le rindáis homenaje con la boca y os quedaréis tranquila —le musitó Gomul al oído con su voz más dulce.

Con los ojos cerrados y pensando en el torso desnudo y musculoso de Gomul, que seguía apretado contra ella, la muchacha se acercó a aquel sexo lacio, lo que provocó una convulsión de placer en su propietario.

Jamás un hombre le había despertado tanto asco.

Pese a su triste condición de joven obrera de la hilandería imperial del Templo del Hilo Infinito de Chang An, siempre había escogido a sus amantes, sabía cuál era el sabor particular del placer sexual y su encuentro

con Punta de Luz le había demostrado que el amor y el sexo se reforzaban mutuamente.

Pero tratándose del emperador del Centro, ¿podía hacer algo que no fuera doblegarse a los deseos de un soberano tan poderoso como él igual que una vulgar prostituta?

No tenía más opción, ya que era indudable que, en su caso, se trataba de una cuestión de vida o muerte. Y ella tenía muchas ganas de vivir para volver a encontrar un día a su querido Punta de Luz.

Ya de rodillas delante del emperador del Centro, sintió de pronto el contacto dulce y cálido de la vara de jade del mongol, que la poseía por detrás mientras le acariciaba la nuca. Muerta de vergüenza, se dio cuenta de que aquel hombre era tan experto que no pudo evitar la humedad del deseo que subía dentro de ella y desbordaba su puerta íntima. No pudo por menos de decirse que aquel tal Gomul, que debía de conocer muy bien a las mujeres a juzgar por su habilidad y su osadía, seguramente la consideraría, después de aquella demostración, la más viciosa de las cortesanas.

Pero la maniobra del mongol no sólo tenía por objeto proporcionar placer a Luna de Jade, sino también infundirle coraje, ya que ahora ella dejaba que los dedos de Gaozong la toqueteasen sin la menor resistencia de su parte, mientras ella le frotaba el pepinillo, que acabó por soltarle en la mano un licor blanquecino.

—Quiero ver de nuevo a esta princesa mañana a esta misma hora —ordenó el emperador después de saborear con delectación la única ración de placer que podía permitirse dado su estado general.

—Le habéis gustado. ¡Y a mí también, os lo confieso! —susurró a Luna de Jade el hombre de los brazaletes de oro con una sonrisa mientras se ajustaba los calzones.

—¿Por qué me habéis poseído por detrás? —le murmuró ella, roja como una peonía.

—Creo que os ha gustado, ¿no? —le respondió el hombre conduciéndola hacia la puerta de la Cámara del Amor de Gaozong, donde éste ya se había amodorrado, agotado por sus proezas.

—¡Debéis de tomarme por una desvergonzada!

—Diría mejor que sois como un bello instrumento musical que yo tengo la pretensión de saber tocar como corresponde —le replicó el hombre poniéndole una mano sobre el pecho, todavía desnudo.

—La comparación es halagadora. Tengo que vestirme. Mi ropa se ha quedado en el salón del emperador.

—Pero primero me gustaría cataros yo solo —le dijo él en un murmullo llevándosela hacia una puerta que abrió con un leve golpe de cadera.

Detrás de la misma había una habitación con una gran cama.

—¡Sois un hombre de recursos, Gomul! —dijo la chica, muy turbada por el inesperado episodio que acababa de vivir y sin saber muy bien dónde se encontraba.

—Pocas veces he visto un cuerpo tan perfecto como el vuestro, princesa Luna de Jade, ni tampoco tan receptivo a todo tipo de caricias. La mayoría de las mujeres se niegan. Os doy mi palabra de que sois una verdadera máquina del amor —murmuró él con voz dulce tendiéndola en la cama antes de separarle las piernas y de colocarse a horcajadas sobre su vientre.

La muchacha no tardó en estremecerse cuando Gomul comenzó a acariciarle suavemente los muslos y después los pechos, insistiendo en sus pezones erectos por el deseo que sentía crecer en ella.

Apoyándose en los codos, la muchacha ciñó sus piernas en torno al cuello de Gomul de tal modo que éste tuvo al alcance de los labios los de la hendidura íntima de Luna de Jade.

—¡Mete la lengua dentro de mí! ¡Rápido! ¡Lo deseo tanto! —le suplicó la joven, embriagada por adelantado con el placer que le proporcionaría si accedía a sus deseos.

Como es evidente, no se trataba de hacerse de rogar. Gomul apartó con extremo cuidado los dos pétalos de rosa de Luna de Jade y posó la punta de la lengua en su minúsculo capullo de peonía. Al momento la chica comenzó a gemir mientras el vientre se le ondulaba como presa del oleaje.

—¡Oh, sí! ¡Qué bien! ¡Me gusta! ¿Quién te ha enseñado todo esto? ¡Qué bien lees el cuerpo de la mujer! —consiguió articular la joven, llena de vergüenza, pese a los suspiros de placer que le subían garganta arriba y le impedían casi articular las sílabas.

—A fuerza de ayudar al emperador de China a gozar, he visto pasar a muchas cortesanas cuya misión consistía en satisfacer todos los caprichos de sus amantes. En cierto sentido, han sido mis maestras…

De pronto la chica se acordó de Punta de Luz y, al mirar maquinalmente el techo, experimentó la furiosa necesidad de desaparecer bajo tierra.

¿Dónde estaba el padre de aquel hijo que había perdido, el verdadero amor de su vida, el único hombre que le había provocado algo más que un simple deseo o atracción?

Comprobó, no sin sorpresa, que todo lo que había vivido con Firuz y después con Gomul, lejos de borrar el recuerdo del joven *kucheano* adepto de Mani, reforzaba los vínculos que la unían a él.

Si existía en el mundo un hombre con quien le habría gustado tener hijos y ser feliz, vivir en paz, un hombre con quien habría querido compartir alegrías y también penas, ese hombre era Punta de Luz y nadie más que él.

El espíritu de Luna de Jade estaba tan absorto soñando con esta comunión con su amado que dejó de prestar atención a las caricias cada vez más complicadas y precisas que le dedicaba Gomul.

—¡Estoy seguro de que el emperador no podrá prescindir de ti! —dijo este ultimo apretándose el cinto y dando por terminado el fogoso abrazo.

—No tengo vocación de cortesana —suspiró la muchacha.

Sin una palabra más, el ayudante del emperador del Centro condujo a la supuesta princesa china a los apartamentos que Gaozong había ordenado disponer para ella.

Allí, y sólo allí, el emperador del Centro alojaba a las mujeres que eran objeto de sus caprichos: se trataba de un pabellón casi contiguo a la imperial Cámara del Amor, de manera que el soberano pudiese disponer a su gusto de la favorita del momento perdiendo el menor tiempo posible, ya que Gomul debía proceder con gran rapidez y ofrecerle el objeto de sus deseos cuando el pepinillo de Gaozong manifestaba la menor disposición.

—¡Vaya lujo! —murmuró Luna de Jade cuando la instalaron en aquella magnífica habitación que más parecía un invernadero, tan poblada estaba de peonías y de orquídeas, así como de mariposas que decoraban las paredes de arriba abajo.

En un sector de la estancia había un estanque circular de mármol que permitía a sus ocupantes proceder a sus abluciones, que una fuente en forma de boca de Dragón Glotón «*Taotie*[52]», de la que salía un chorro de agua caliente, hacía más placenteras.

—A Gaozong le gustan las pieles finas y perfumadas… —dijo Gomul inclinándose ante ella antes de despedirse y retirarse.

Una vez sola, a Luna de Jade, algo aturdida por la vorágine de los acontecimientos y abrumada, además, por aquel suntuoso decorado que le hacía pensar en un lujoso estuche de joyas, le faltó tiempo para empezar a explorar todos los rincones. Pero no tardó en presentarse ante ella una mujer, que dijo ser una esteticista imperial.

—Soy la encargada del aseo y los ungüentos. ¿Qué clase de aceite esencial queréis que vierta en la bañera? Podemos elegir entre la rosa, el jazmín, el almizcle, el geranio y el toronjil. Por lo general, a las princesas les encanta el jazmín. Las prostitutas de lujo prefieren el almizcle…

—No quiero cambiar las costumbres de vuestra clientela —le respondió ella.

—Entonces elegiremos el toronjil. Veréis lo deliciosa que es esa ablución, sobre todo la primera vez que se prueba… —concluyó la esteticista mientras incorporaba al chorro de agua caliente que brotaba de la boca del Dragón Glotón «*Taotie*» el contenido de un frasquito de cristal que sacó de un elegante armario de palo de rosa.

El comentario de la esteticista no era exagerado.

Sumergida en el agua hirviendo con efluvios de aceite de toronjil, Luna de Jade estuvo a punto de dormirse al sentir que todos sus músculos se distendían uno por uno después de las contorsiones a las que primero Gaozong y después Gomul la habían obligado.

Pasada una hora de descanso, la muchacha se puso en manos de una brigada de masajistas que le aplicaron toda clase de ungüentos, se extasiaron ante sus formas y le auguraron una larga estancia en aquellos apartamentos. Así se enteró de que ella era la ocupante número ciento dos de las que se habían alojado en ellos desde que Gaozong había recibido el mandato del Cielo.

—¿Cuánto tiempo suele durar la estancia aquí de una favorita? —inquirió Luna de Jade.

—El tiempo varía desde unas pocas horas a varios meses… Su Majestad se encapricha de muchachas cada vez más jóvenes. La última no debía de tener más de catorce años… —respondió la masajista.

—Yo he cumplido los veinticinco… —murmuró tranquilamente Luna de Jade.

—Pues es buena prueba de que le habéis hecho morder el anzuelo… —exclamó una de las esteticistas.

—Además, Su Majestad no instala nunca aquí a su favorita después de la primera vez… Eso quiere decir que habéis sido eficaz. ¡Os felicito por haber aprobado el examen a la primera! —añadió otra riendo como una clueca.

—La que a lo mejor se pone furiosa será la emperatriz Wuzhao —ponderó una tercera.

—Por lo general, después del baño y los masajes procedemos a la depilación de las partes íntimas. A Gaozong le gustan las pieles completamente lisas —dijo otra más antes de sorprenderse al comprobar que la nueva favorita del emperador se había adelantado a sus deseos en lo que a esto se refería.

Mientras la joven china se abandonaba a las manos, pinzas de depilar, aceites perfumados y pomadas de las esteticistas imperiales, Firuz seguía languideciendo en su habitación del Pabellón de la Amistad.

Su inquietud sólo disminuyó tres días más tarde, cuando se presentó un chambelán para anunciarle que el emperador de China estaba dispuesto a recibirlo diez días después, cuando se celebrase la audiencia semanal que él presidía en el palacio imperial en presencia de sus principales ministros.

Tras comprobar que no podía ir y venir a su antojo, se esforzó en distraer la monotonía de sus jornadas entregándose al tiro con arco en el Pabellón de la Amistad con los soldados encargados de vigilarlo.

Por fin fueron a buscarlo para conducirlo delante del emperador. Como no tenía noticias de Luna de Jade, estaba como mínimo ansioso cuando entró, revestido con el traje de ceremonia y tocado con un turbante negro rematado por una pluma blanca, en la inmensa Sala de las Audiencias

imperiales al mismo tiempo que un heraldo anunciaba a gritos la fórmula ritual con la que eran acogidos en la corte de los Tang los representantes de las potencias extranjeras que habían acudido a ofrecer su fidelidad al Estado más grande del mundo:

—Su Majestad el Soberano del Centro convoca a Su Excelencia el embajador Firuz el Omeya, enviado especial del rey de Palmira, para que le transmita el homenaje de quien lo manda.

Cuando uno entraba por primera vez en la Sala de las Audiencias quedaba impresionado tanto por su longitud, que parecía infinita, como por la penumbra que en ella reinaba. Firuz podía distinguir apenas, al fondo de la sala cuyas columnas desaparecían en la semioscuridad del techo, sentado en un estrado como un astro nocturno que brillase en plena noche, al soberano del Centro, totalmente vestido de amarillo.

En la corte de Chang An, la recepción de un representante oficial de una monarquía extranjera por parte del emperador se atenía a un ceremonial establecido.

Estaba presente en su totalidad el Gobierno de la China, al igual que toda la panoplia de los enemigos de Wuzhao a partir de Linshi, el secretario general del Gobierno, y de Hanyuan, el Gran Canciller, pero también los ministros de primer grado, que por serlo tenían derecho a asistir a las audiencias, en tanto que sus colegas de rango inferior no estaban autorizados a ello. Todos habían revestido sus espléndidas vestimentas de ceremonia, adornadas con la Grulla Blanca los de más edad y con el Faisán Dorado los más jóvenes, e iban tocados con sus bonetes de satén negro con los bordes vueltos, coronados por la divertida pluma de fleco rojo, señal distintiva del sombrero con que se cubrían los mandarines.

Únicamente el prefecto Li, dado su rango y su dependencia jerárquica directa del emperador, tenía derecho a llevar la «joya del sombrero», que no era otra cosa que una bolita de coral en lo alto del gorro, colocada sobre un minúsculo zócalo de metal dorado.

El Gran Censor, sentado un poco aparte, tenía un semblante más bien descompuesto.

—Sea bienvenido a la corte de China el embajador Firuz, ya que aquí disfrutará del insigne honor de rendir homenaje al soberano que reina en el

centro del mundo. ¡Se invita, pues, al embajador Firuz a que se acerque! —proclamó el jefe de Protocolo.

El Omeya obedeció dócilmente y comenzó a recorrer, solo, el largo pasillo que conducía al trono de Gaozong, a uno y otro lado del cual estaban de pie, en hileras apretadas, todos los personajes del estamento de los militares, funcionarios civiles, ministros y letrados.

—Sería conveniente que expusierais a la asamblea aquí presente los motivos de vuestra gestión —susurró al oído de Firuz un hombre que se presentó como ministro de Asuntos Extranjeros.

—El sultanato de Palmira desearía establecer relaciones diplomáticas con el País de la Seda, a cuyo augusto soberano saluda con la más profunda reverencia. Para demostrar la ausencia de cualquier segunda intención y la voluntad de establecer una asociación amistosa con las autoridades de vuestro país, el sultán Rashid quiere devolver al imperio del Centro a una de sus princesas, Luna de Jade, que estaba retenida como rehén en un oasis de la Ruta de la Seda —explicó lentamente Firuz.

Gaozong movió la cabeza e hizo un ademán a su secretario particular, que estaba detrás mismo del trono, para que se le acercara y poder susurrarle unas palabras al oído.

—Esa princesa china interesa vivamente al soberano del Centro, por lo que da las más expresivas gracias al sultán Rashid —anunció escuetamente el secretario particular del emperador de China.

—Me encargaré de transmitírselas —respondió Firuz, angustiado, ya que no podía dejar de pensar que la buena disposición de Gaozong tendría como resultado privarlo de su bella amante.

—Majestad, ¿accederíais a firmar una carta de agradecimiento dirigida al sultán Rashid? —inquirió el ministro de Asuntos Extranjeros, alto funcionario cuya obsesión consistía en darse importancia.

—¿Por qué no? —dijo Gaozong, quien era evidente que tenía los pensamientos en otro sitio.

—En otro momento tal vez podríamos enviar a uno de nuestros emisarios… —insistió el jefe de la diplomacia china, que fue interrumpido por un murmullo de sorpresa.

Para estupefacción de sus enemigos, Wuzhao, que no asistía jamás a las audiencias imperiales por considerar que tenía cosas mejores que hacer, acababa de aparecer detrás de uno de los pesados tapices rojos ante los cuales se encontraba el trono imperial.

Wuzhao dio tres pasos en el estrado en dirección a su esposo, que se encogió un poco en el trono esculpido donde se sentaba, mientras la emperatriz adoptaba la postura de una actriz que se prepara para pronunciar un parlamento ante la mirada pasmada de un público en el que no cuenta con un solo partidario.

—¿Qué buenos vientos os han traído aquí, querida mía? —le preguntó Gaozong, sumamente sorprendido.

—Majestad, he venido a proteger los intereses del imperio del Centro —declaró Wuzhao, segura del efecto que causaba.

Ante aquellas palabras, un murmullo casi imperceptible recorrió a los circunstantes, que después quedaron en expectante silencio.

—Acabo de oír lo que se ha dicho sobre las relaciones entre el imperio del Centro y el sultanato de Palmira y lamento deciros que la princesa Luna de Jade no es más que una vulgar plebeya.

—Amada mía, os veo muy nerviosa —farfulló Gaozong.

—Mi indignación está al mismo nivel que la superchería con que este embajador trata de engañaros —exclamó la emperatriz refiriéndose a Firuz, que se había quedado más lívido que un muerto.

—Vuestra Alteza se equivoca: esta joven es una china de alto linaje. ¡Lejos de mí cualquier intento de engañar al País de la Seda! —protestó con vehemencia este último.

—He ordenado buscar el nombre de esa joven en todos los registros de la nobleza del Imperio y no he encontrado ninguna Luna de Jade entre las herederas de las que vos llamáis las «Trescientas Familias» —exclamó, desdeñosa, Wuzhao.

Odiaba aquella expresión de las «Trescientas Familias», de la que abusaban los nobles para restregar ante los demás la supuesta superioridad de su casta.

—¡No entiendo qué significa todo esto! Estáis desorganizando el programa de esta audiencia… —le replicó Gaozong, bastante molesto, ante

la mirada encantada de los enemigos de la emperatriz, que comprobaban que, por una vez, Gaozong no aceptaba las palabras de la Usurpadora como moneda de curso legal.

Al emperador de China le importaba poco que Luna de Jade fuera una plebeya. Hacía más de dos semanas que pasaba con ella momentos muy placenteros que, además, se traducían en un vigor inusitado de su vara de jade, la cual, como el ave fénix, parecía renacer de sus cenizas.

—He pedido al archivero jefe que se reúna con nosotros. Este hombre se ha encargado de realizar las pesquisas necesarias —añadió Wuzhao con expresión triunfante haciendo ademán a un individuo alto y enjuto para que se adelantase.

—En efecto, no hay rastro alguno de ninguna niña de nombre Luna de Jade en los registros de nacimientos que consignan los datos de las trescientas dos familias más nobles del imperio del Centro —declaró el archivero jefe leyendo el informe escrito que la emperatriz le había ordenado redactar.

Wuzhao tenía cuidadosamente planeadas las etapas de su ofensiva, destinada a poner en situación embarazosa a sus enemigos haciéndolos caer en la trampa de la ley que debían encargarse de defender.

—¿Cuáles el castigo del crimen de prevaricación, señor Gran Canciller? —preguntó a Hanyuan.

—¡Pena de muerte, Majestad! Nada más y nada menos que la pena capital —decretó éste sin mirarla a los ojos.

—¿Cuál es la definición del crimen de prevaricación, señor secretario general? —preguntó esta vez Wuzhao a Linshi, que transpiraba gruesas gotas de sudor.

—Un crimen de prevaricación es el resultado de un engaño al Estado. O sea, que es un crimen contra la ley del imperio del Centro —respondió este último.

—¿El emperador del Centro es el garante de la ley? —clamó ella dirigiéndose al conjunto del Gobierno, cuyos miembros en aquel momento estaban concentrados mirándose los zapatos.

Sobre la Sala de las Audiencias imperiales donde Gaozong, enfurruñado como un niño cogido en falta, estaba hundido en el trono, se cernió un

silencio de muerte.

Fue la emperatriz Wuzhao quien decidió romperlo, segura de su efecto, después de una demostración tan implacable.

—Cuando un embajador extranjero hace creer al emperador del Centro que le ofrece una princesa y no se trata más que de una plebeya, ¿no hay que llamar a eso prevaricación? —preguntó Wuzhao hablando con una calma que revelaba elocuentemente un ataque en toda regla cuyo pretexto era el caso Luna de Jade.

—Juro a Vuestra Señoría que el sultán de Palmira ignoraba por completo esta circunstancia. Kaled Jan el *tujüe* vendió esta joven a la persona que me envía haciéndola pasar por princesa, no por plebeya. El sultán Rashid no tiene nada que ver con este horrible malentendido —gimió Firuz dándose golpes en el pecho en señal de desesperación.

Wuzhao no advirtió que, al oír el nombre de Kaled Jan, algunos habían bajado la cabeza como un solo hombre.

—Eso no desmiente que aquí había una intención de sorprender la buena fe del soberano del Centro y que, de no haber sido por mí, nadie habría descubierto la superchería —escupió con pasión a los ministros, cuya expresión descompuesta revelaba muy a las claras la rabia y la turbación que sentían.

El prefecto Li, al ver que todos sus planes se desbarataban, no estaba menos contrariado.

—¡Guardias, apresad a este embajador! —ordenó con voz monocorde Gaozong, cuya única preocupación estribaba en conservar aquel placer que tanto en sentido literal como figurado le procuraba Luna de Jade.

Inmediatamente se oyó el entrechocar de espadas y lanzas y acto seguido pesadas cadenas de bronce aferraron los tobillos del embajador omeya.

El público, entre el que abundaban los cortesanos, se creyó en la obligación de proferir suspiros de admiración, salpicados de comentarios elogiosos, al presenciar con qué oportunidad procedía el augusto emperador de China.

Con todo, en el seno de la inmensa sala donde se erigían columnas talladas en troncos de cedros tres veces centenarios, todo el mundo se

preguntaba de qué procedimientos se había valido Wuzhao para descubrir aquella maniobra. Aquella mujer aparecía siempre allí donde no se la esperaba y disponía en cualquier ocasión de fuentes de información temibles.

Las preguntas que sus enemigos, abrumados y amargados, no paraban de barajar eran innumerables.

¿Cómo se las había arreglado la Usurpadora para descubrir un hecho tan grave como la apropiación de un título nobiliario? ¿Por qué el emperador de China se doblegaba siempre a la voluntad de una esposa cuyas veleidades con aquel mago indio, Nube Blanca, eran de dominio público? ¿Cómo podía ignorar Gaozong que la Usurpadora lo engañaba de forma tan descarada?

—Majestad, el *Gran Censorado* desearía interrogar al embajador omeya a fin de aclarar esta cuestión de usurpación de identidad. Convendría igualmente que yo pudiera recoger el testimonio de la interesada —enunció el prefecto Li esforzándose en quedar lo mejor posible delante de los demás.

—¡La joven no está disponible! Por lo menos de momento —lo cortó secamente Gaozong, que por nada del mundo habría prescindido de los encantos de la chinita.

—¡Claro, el emperador la tiene guardada en lo más secreto de la Cámara del Amor! —cuchicheó una voz, aunque lo bastante alto para que Firuz, por si no estuviera ya bastante mohíno, pudiera oírlo.

En todo caso, no era preciso ser perito en la materia para adivinar qué había sido de Luna de Jade…

Wuzhao, en cambio, hizo como si no hubiera oído. Hacía ya mucho tiempo que los amores volanderos de su esposo la tenían sin cuidado. En aquel terreno ella no le iba a la zaga.

Ataviada con su vestido de seda rojo sangre adornado con borlas verde jade, desafiaba con la mirada la primera fila del público, donde el orden de precedencia del Gobierno correspondía más o menos al grado de odio que le testimoniaban los interesados.

En el círculo de los diplomáticos, convencidos de ser poseedores de una ciencia cuando en realidad las relaciones internacionales seguían

caracterizándose, y continuarían así durante mucho tiempo, por tensiones de fuerza extremadamente brutales, se percibían curiosos murmullos que eran una mezcla de consternación e irritación. Los servicios del Ministerio de Asuntos Extranjeros contaban con esta devolución de la princesa china a través de Firuz para establecer relaciones diplomáticas con el sultanato de Palmira. Semanas dedicadas a la redacción de cartas credenciales, de peticiones de principios y de interminables reuniones a fin de preparar toda la instrumentación de la diplomacia adecuada, quedaban reducidas a la nada, con grave perjuicio para quienes se habían encargado de su preparación.

Siempre a la altura de sí mismo, Virtud de Fuera era el único de los miembros del Gobierno que ponía cara de satisfacción. El Ministro de la Seda, que había salvado *in extremis* su cabeza gracias a la providencial interrupción del tráfico de seda, experimentó como de costumbre cierta dificultad para comprender el contexto de la situación crítica en la que se encontraba el equipo gubernamental después de la estrepitosa revelación de Wuzhao.

—¡Todo esto no es tan grave! Siempre que Su Majestad obtenga alguna satisfacción… —osó exclamar, con lo que se atrajo las miradas aviesas de sus colegas.

En la Sala de las Audiencias se había vuelto a instalar un molesto silencio, ya que el emperador no ocultaba su impaciencia y nadie sabía cómo poner término a una sesión tan lamentable como aquélla.

—Si Luna de Jade no es princesa, la primera que lo sabe es ella… —declaró la emperatriz, que turbó aún más si cabía a Firuz con sus palabras, ya que éste comprendió que su joven amante lo había engañado.

—Volveremos a hablar de la cuestión en otro sitio. En cuanto a Firuz, será trasladado al Fuerte del Perro —dictaminó el soberano con voz firme antes de levantar la sesión, mientras sobre el cuello y las muñecas del desgraciado enviado del sultán Rashid de Palmira se abatía un pesado artefacto de madera.

Tras despedir secamente a sus ministros, cuyo rostro contrito daba verdadera pena, Gaozong, sin olvidarse de besar ante todo el mundo la

mano de su esposa, hizo que Gomul lo condujera sin pérdida de tiempo a la Cámara del Amor.

Hacía casi dos horas que notaba el hormigueo anunciador de un estado como mínimo aceptable de su miembro viril.

—Parece que eres una plebeya… —anunció a quemarropa a Luna de Jade, mientras Gomul despojaba a la interesada de la fina túnica de seda transparente que cubría sus espléndidas formas.

—El hombre que me vendió al sultán de Palmira me calificó de princesa. ¿Qué podía hacer yo sino aceptar el título? Decir la verdad me habría conducido directamente a la muerte. No tenía otra opción —explicó la muchacha al soberano, que no la oía porque estaba ocupado mordiéndole los pezones.

Gomul, con gestos infinitamente delicados y precisos, le acariciaba las nalgas.

La muchacha curvó la espalda como si fuera un jarrón ritual, recorrido el cuerpo por deliciosos estremecimientos que lo tensaban y separó ligeramente las piernas para que Gomul introdujera los dedos en su hendidura más íntima, fina como la corola de una flor, donde no tardaría en aparecer la delicada humedad de un rocío primaveral.

Ahora que conocían su verdadera identidad, no se hacía ilusiones con respecto a la suerte que le esperaba, como tampoco a la que pudieran reservar las autoridades chinas a Firuz el Omeya.

Pero lo que más la entristecía era pensar que no volvería a ver jamás a su querido Punta de Luz, ya que sabía que la muerte le saldría antes al encuentro.

El abatimiento que se iba apoderando de Luna de Jade atenuaba el efecto de las manos expertas de Gomul hasta el punto de que se vio obligada a fingir placer, mientras Gaozong, que estaba en la gloria, se afanaba en el diván de la Cámara del Amor, persuadido de que los estertores que sacudían el cuerpo de la muchacha obedecían al trato que él le daba.

El emperador de China tenía simplemente la impresión de haber renacido después de años de angustia viendo disminuir su vigor sexual y estando obligado a recurrir a múltiples subterfugios, sobre todo el concurso

insustituible de Gomul, para dar el pego a las cortesanas que se llevaba a la cama.

—Tú aquí vas a quedarte mucho tiempo. No te preocupes por eso. A mí me importa muy poco que seas una plebeya —murmuró a la muchacha tras conseguir, como por milagro, verterle la preciosa savia en la boca.

—Por lo que dice el emperador, pese al escándalo provocado por vuestra falsa identidad puedo aseguraros que no tenéis nada que temer… —murmuró Gomul al oído de Luna de Jade indicándole a Gaozong, que, con los ojos entrecerrados, estaba extasiado de placer.

Era verdad que aquella sesión todavía había sido más fructífera que la anterior. Para recompensar a Luna de Jade, el soberano la obsequió con una inmensa brazada de peonías rojas, rosas y blancas, cogidas expresamente para la ocasión, que una sirvienta dispuso con extremo esmero en un jarrón de gres colocado en el suelo de su habitación.

Las flores eran espléndidas y era un verdadero consuelo para la joven contemplarlas desde la cama, en la que se tendió, algo cansada y aturullada, después de las pruebas que había tenido que superar en la Cámara del Amor de Gaozong. Ya iba a adormecerse cuando oyó que alguien entraba precipitadamente en su habitación.

—Luna de Jade, la emperatriz Wuzhao en persona está en el pasillo y quiere veros —le comunicó una gobernanta bajita a la que no había visto nunca.

—Que entre, por supuesto —consiguió articular, levantándose y ajustando al mismo tiempo a toda prisa su corpiño entreabierto.

Hizo irrupción en la estancia un coloso de bigotes caídos y cráneo rapado excepto una cola de caballo que llevaba cuidadosamente peinada y que parecía brotarle de la cabeza. Sus brazos musculosos y nudosos, cubiertos de tatuajes, eran como las escamas de un dragón.

Era el Mudo, que sostenía en la mano la jaulita redonda con el grillo imperial.

Luna de Jade vio llegar a una mujer muy hermosa, de porte altivo, vestida con una deslumbrante túnica de seda decorada con flores y mariposas bordadas. Aparte de la sorpresa provocada por lo intempestivo del hecho, la joven no pudo reprimir una extraña emoción.

Hacía tanto tiempo que oía hablar de Wuzhao que, al verla entrar de pronto en su habitación, sintió que la invadía una curiosa oleada de alegría, pese a saber a ciencia cierta que se trataba de una rival.

—He venido para averiguar cómo es posible que una obrera del Templo del Hilo Infinito pueda parecer una princesa de elevado linaje —dijo Wuzhao con una sonrisa.

Para sorpresa suya, Luna de Jade vio que, en las palabras de la emperatriz, no había ni sombra de amargura y tampoco de hostilidad…

—Veo que Su Majestad sabe de mí lo esencial… —se atrevió a decir la chinita con una media sonrisa, puesto que todavía dudaba sobre la conducta a seguir, aunque comprendía que era inútil mentir a una mujer como aquélla.

—¡Los has engañado a todos! ¡Perfecto! Yo que tú, habría hecho lo mismo —dijo la emperatriz en tono de complicidad.

—No tenía otra salida…

—Cinco Prohibiciones y Umara me hablaron de ti…

—Yendo con Punta de Luz, me crucé con esa joven pareja en las inmediaciones de la Gran Muralla, en la Ruta de la Seda… —murmuró, pensativa, Luna de Jade, a quien recordar ese episodio ponía nostálgica.

—Estás buscando a tu esposo…

—¿Cómo lo sabéis?

—Lo adivino en tus ojos. Es evidente que se mueren de ganas de mirar a tu mitad —respondió la emperatriz con evidente benevolencia.

—Pero cada día voy perdiendo más las esperanzas de volver a verlo —gimió la joven, que ahora ya no trataba de disimular delante de su interlocutora.

—¿Has invocado la compasión del Bienaventurado Buda? —le preguntó aquella santurrona que estaba siempre escondida dentro de la implacable emperatriz.

—Yo no creo en los seres divinos. Estoy convencida de que son un invento del espíritu humano para ayudarle a sobrevivir… Si la bondad existe, y de eso tengo buena experiencia, sólo se encuentra en el corazón de algunos seres excepcionales y en ningún otro sitio —exclamó, en tono triste y desengañado.

—El mundo no es más que dolor; las Nobles Verdades del Bienaventurado permiten precisamente que los hombres lo rehúyan.

—Sé qué es la felicidad, Majestad. ¿En nombre de qué se puede decretar que el mundo no es más que dolor? —dijo, dubitativa.

—Las Nobles Verdades permiten estar en paz con uno mismo…

—No sabré qué es la paz hasta que vuelva a ver a Punta de Luz —terminó Luna de Jade.

Aunque era la primera vez que veía a Wuzhao, no dudó en desvelarle el fondo de sus convicciones espirituales más íntimas.

—Día llegará, Luna de Jade, en que las circunstancias harán que te veas obligada a creer en las fuerzas del espíritu. Aunque no te adhieras a su Santa Verdad, debes saber que el Bienaventurado Buda vela por ti.

—Mientras tanto estoy prisionera y a merced de los caprichos sexuales de vuestro esposo…

—Mejor aquí que en la cárcel. Piensa qué destino sería el tuyo si el emperador no te hubiera cobijado bajo su ala protectora… Esperemos que el capricho le dure el tiempo suficiente para que yo pueda sacarte del atolladero —dijo Wuzhao procurando disimular la mueca de contrariedad que le inspiraba la conducta de Gaozong.

—¿Por qué hacéis todo esto por mí? —le preguntó Luna de Jade, a quien le parecía increíble lo que le estaba ocurriendo.

Por toda respuesta recibió un beso furtivo de Wuzhao en la frente. Al volver a abrir los ojos, que la emoción le había hecho cerrar, Luna de Jade descubrió que la emperatriz había salido.

Apenas oía el rechinar, menos estridente a medida que se alejaba, que emitía el grillo imperial al volver a cantar.

Igual a sí misma, la hermosa Luna de Jade, siempre tan valerosa y obstinada, decidió admitir que lo que acababa de ocurrir era una buena señal que le enviaba el destino.

Una señal a la que Buda, quizá, no era totalmente ajeno.

XLVIII

CÁRCEL DEL PERRO EN CHANG AN

Por enésima vez desde que estaba encerrado en el calabozo húmedo y oscuro del Fuerte del Perro, Cinco Prohibiciones pegó la oreja al muro de piedra.

Lo que oyó fueron unos arañazos característicos, salpicados de pequeños golpes en la pared de la celda contigua a la suya.

Con ayuda del peine de bronce, que no le había retirado su guardián, golpeó diez veces contra la piedra hasta llegar al sitio de donde procedía el ruido. Finalmente volvió a oír una serie de pequeños golpes repetidos.

Hubo diez, lo que permitió al amante de Umara comprobar con satisfacción que se había puesto en comunicación con su vecino.

Fue para él un inmenso alivio, ya que eran extremadamente duras las condiciones de detención y lúgubre el ambiente que reinaba en la cárcel del Fuerte del Perro, sobre todo en las celdas de nivel inferior, donde la luz del sol no penetraba jamás.

Después, a fuerza de aguzar el oído y de pegarlo a la piedra, acabó por oír el eco de una voz ensordecida y lejana. No podía haber duda: la voz en cuestión profirió un grito que se parecía extraordinariamente a «¡Om!». ¿Habrían instalado al ma-ni-pa en la celda contigua? Cinco Prohibiciones dio una voz a través de la piedra:

—¡Ma-ni-pa!

Y el otro le respondió:

—¡Om!

Aquel simple intercambio, tras semanas de soledad absoluta, acabó de devolverle un poco de valor.

El grosor del muro no permitía decir más, pero aquella sola presencia contribuía a ayudar al joven a superar la neurastenia, así como las consecuencias físicas y morales de la sucesión indefinida de los días y las noches, marcada apenas por el minúsculo rayo de luz que se filtraba por el angosto tragaluz que permitía al prisionero introducir dos dedos apenas.

En cuanto a Punta de Luz, sobre el cual el guardián le daba noticias de vez en cuando, debía de encontrarse en una celda más apartada.

La estación de las lluvias de aquel final de verano se anunciaba particularmente larga y rigurosa y propagaba el riesgo de desbordamiento del río Amarillo y de sus afluentes, desde el más pequeño al más grande. Hacía dos semanas que llovía a cántaros sin interrupción y los muros del Fuerte del Perro rezumaban agua y estaban resbaladizos y pringosos como si estuvieran untados con manteca.

Cinco Prohibiciones, que estaba aislado, ignoraba que aquella humedad había comenzado a provocar neumonías mortales entre los prisioneros que, a causa de sus debilitados organismos, no estaban en condiciones de soportarlas. A juzgar por el ruido incesante del agua, cuyo golpeteo en los muros de la cárcel no dejaba de oír Cinco Prohibiciones, era más que probable la inundación del subsuelo del Fuerte del Perro.

—Se ha decidido reagrupar a todos los prisioneros de la planta baja en un mismo lugar para salvaros de una inundación —le explicó, al día siguiente por la mañana, su guardián empujándolo hacia el exterior de su calabozo—. Las lluvias han aumentado peligrosamente el nivel del río subterráneo sobre el cual se ha construido el fuerte. Tengo orden de trasladarte a una celda colectiva del primer piso.

Desde el nivel inferior de la cárcel, donde se pudrían los prisioneros más peligrosos, se accedía a la mencionada celda colectiva a través de una estrecha escalera de caracol. De dimensiones espaciosas, disponía de una especie de balcón natural que se abría sobre el río subterráneo, que ya desbordaba la zanja central a la que daban los calabozos de Cinco Prohibiciones y del ma-ni-pa.

En el momento en que su carcelero lo empujaba violentamente hacia el fondo de aquel espacio, el recién trasladado distinguió tres siluetas, que debían de ser las de los otros prisioneros allí congregados a causa de la subida de las aguas.

—¡Ma-ni-pa! ¡Qué alegría volver a verte! —exclamó alegremente dirigiéndose al monje errante antes de arrojarse en brazos del tibetano, compañero de días buenos y malos.

Por desgracia, no se veía ni rastro de Punta de Luz.

—Soy el embajador Firuz el Omeya, natural de Bagdad, ciudad tan bella como Chang An, y estoy encerrado aquí porque la chinita que yo acompañaba para devolverla al emperador Gaozong no era de sangre noble, contrariamente a lo que yo había declarado. Soy víctima de mi buena fe —dijo a Cinco Prohibiciones la segunda silueta, que visiblemente tenía deseos de entrar en contacto con aquel chino de rostro afable que el guardián en jefe acababa de conducir al calabozo colectivo.

—Bienvenido, Firuz el de Bagdad. En cuanto a mí, me llamo Cinco Prohibiciones y me ha encerrado aquí la policía secreta china. Estáis en libertad de no darme crédito, pero os aseguro que no he hecho nada malo —se limitó a explicar el interesado.

—¡Te creo sinceramente! Me complace conocerte, Cinco Prohibiciones. Sin esta lluvia, ni tú ni yo habríamos tenido esta suerte —concluyó con talante afable el embajador.

—Espero devolverte el cumplido —exclamó el *mahayanista*, seducido por la educación del diplomático.

—El agua corre como un río violento —exclamó de pronto el ma-ni-pa.

Sentado con los pies colgando del borde del balcón natural, señaló la corriente cuyas aguas turbulentas comenzaban a formar impresionantes remolinos y que caían en el foso que antes sólo estaba lleno hasta la mitad.

De pronto apareció ante ellos otro carcelero con cara de garduña provisto de una bandeja sobre la que estaban dispuestos cuatro minúsculos cuencos de arroz que serían todo su alimento hasta el día siguiente.

—¡Om! ¿Por qué no dejáis que nos muramos de hambre? —gimió el ma-ni-pa dirigiéndose al carcelero.

El monje errante soportaba cada vez peor el régimen de la cárcel del Fuerte del Perro, donde las raciones eran tan exiguas que sólo los prisioneros más resistentes podían sobrevivir a aquella alimentación insuficiente.

—Pues porque el director de esta cárcel no tiene ganas de que le corten la cabeza. Tiene que responder delante del Gran Censor Imperial de la integridad de los prisioneros que le envían —le replicó el carcelero con voz agria antes de darle con intención perversa un taconazo en las costillas, lo que arrancó tal alarido de dolor a la víctima que Cinco Prohibiciones se apresuró a ir a socorrerlo.

La respuesta ingenua del guardián era exacta, ya que los servicios del prefecto Li se mostraban muy estrictos con los pobres directores del Fuerte del Perro, que iban sucediéndose al ritmo de las defunciones de los prisioneros.

—¿Y tú? ¿No dices nada? ¿Cómo te llamas? —preguntó Cinco Prohibiciones a la tercera silueta, cuya presencia casi había olvidado, cuando se marchó el carcelero.

—Me he dado un golpe en la frente cuando me han sacado de la celda. Por eso estoy algo desorientado —respondió como excusándose el desconocido, que tenía el rostro empapado en sudor.

—¿Por qué te han metido en la cárcel? —prosiguió Cinco Prohibiciones tendiéndole un trapo para que se secara la cara.

—Pues porque conozco un secreto y asistí a una escena que jamás habría debido presenciar.

—Debe de tratarse de una verdadera abominación para que te hayan reservado esa suerte.

—De hecho, menos una abominación que una gigantesca superchería. Cierto es que fue realizada en provecho de la emperatriz en persona y bajo su autoridad exclusiva. Por eso se apresuró a entregarme a la policía y a acusarme de allanamiento de morada cuando me descubrió. Seguro que de haber tenido la posibilidad de eliminarme físicamente, no habría dudado en hacerlo —gimió bruscamente el interesado.

—¿De qué se trata? ¿Por qué mezclas a la emperatriz de China con todo esto? —preguntó Cinco Prohibiciones, algo escéptico, aunque se moría de

ganas de saber más sobre las circunstancias exactas que habían conducido hasta allí a aquel hombre de acento sincero.

—Soy un pobre cazador de batracios. Vivo en la miseria desde la infancia y me gano la vida vendiendo por muy poco dinero ancas de rana a un tabernero de Luoyang.

—Pero ¿qué tiene que ver tu comercio de batracios con tu presencia aquí? —añadió el antiguo monje del Gran Vehículo.

—¡A eso voy! Hace exactamente diez días que, por inadvertencia, mis pasos me llevaron al parque del Palacio de Verano de la emperatriz, en Luoyang, no lejos de la orilla del río Lë, donde en ciertas épocas del año pululan las ranas. Os puedo asegurar que cuando uno tiene intención de capturar a esos bichos saltarines, no aparta los ojos del suelo…

—No tenemos motivos para no creer en tus palabras —le dijo Firuz, divertido por el sesgo pintoresco que estaba adquiriendo el relato de aquel individuo.

—Justo cuando levanté la cabeza, me topé cara a cara con una mujer suntuosamente vestida acompañada de un gigante que sostenía en la mano un cincel para esculpir la piedra. Tenía a su lado a dos niños encantadores, un niño y una niña, que jugaban con unas ramas.

—Lo que me has contado hasta aquí me parece terriblemente banal. De modo que tú fuiste a buscar ranas en el jardín de la emperatriz Wu. No veo que se trate de un crimen de Estado… —concluyó Cinco Prohibiciones, que ya empezaba a preguntarse si aquel individuo no sería un embustero y si tal vez estaría allí por causa de pequeños latrocinios inconfesables.

—Pero la continuación no es tan banal, como ya veréis. Para empezar, la niña en cuestión parecía una de esas criaturas evanescentes y divinas que vagan por los bosques…

—¡Era la Gemela Celestial! Este hombre vio a los Gemelos Celestiales —murmuró el ma-ni-pa.

—Aquel hombre y aquella mujer, que con sólo verlos comprendí en seguida que eran la emperatriz y su servidor, tenían delante ocho enormes piedras que estaban colocadas sobre la hierba. Por lo que decía Wuzhao, un elefante blanco las había arrastrado hasta el sitio donde se encontraban… Las había sacado del río Lë.

—¡Es increíble! ¡Continúa! —exclamó Cinco Prohibiciones, dejándose llevar por la pasión.

—De pronto levanté la cabeza y dejé de interesarme por las ranas que saltaban en la hierba…

—Las ranas me importan muy poco. Háblame de lo demás —añadió Cinco Prohibiciones, cada vez más interesado.

—La emperatriz estaba mostrando al gigante que era su servidor unas muestras de caracteres chinos que este último debía grabar en la cara más lisa de cada roca con ayuda del cincel que tenía en la mano.

—¿Le ordenó que escribiera en las piedras? —inquirió el *mahayanista*, desconcertado.

—Sí, y estaba furiosa porque iba muy despacio. Y podéis creerme si os digo que, cuando la emperatriz se pone nerviosa, se nota que lo está.

—¿Qué clase de fórmulas le mandó grabar?

—Como no sé leer, me costaría responderos. De todos modos, comprendí que se trataba de la subida al trono de China de una mujer que sería emperador… Su servidor, que es un pobre gigante con la lengua cortada, hacía unos esfuerzos terribles para reproducir en la piedra las palabras cuya forma ella le indicaba que copiase. Como las piedras eran durísimas, el pobre desgraciado tenía que estar afilando continuamente el cincel. ¡Había que ver cómo lo trataba! —explicó, indignado, el prisionero.

—¿Y qué hacían allí los Gemelos Celestiales? —preguntó el ma-ni-pa, dirigiéndose a la vez a Cinco Prohibiciones y al cazador de ranas.

—La emperatriz se comportaba de una manera muy rara con esos niños, los Gemelos Celestiales, como tú los llamas —murmuró este último.

—¿Puedes precisarme a qué te refieres?

—Pues está muy claro: la soberana parecía una maestra que hace recitar la lección a sus alumnos.

—¿Una lección a unos niños tan pequeños? ¡Vaya! —exclamó, extrañado, Cinco Prohibiciones, que todavía tenía en el pensamiento a los dos niños que apenas sabían andar cuando Umara y él abandonaron Chang An en dirección a Samyé.

—Pese a su tierna edad, ya hablan el chino como los libros, especialmente la niña —aseguró el cazador de batracios.

—¿De qué lección se trataba?

—La emperatriz de China les hacía repetir que aquellas rocas habían «sido encontradas milagrosamente en el fondo del río Lë, con inscripciones adivinatorias que anunciaban un acontecimiento extraordinario». La niña comprendía perfectamente, pese a su corta edad, que Wuzhao le estaba pidiendo que dijese una mentira y protestó diciendo que el gigante estaba grabando aquellas piedras y que antes no tenían inscripción alguna. La soberana, entonces, viéndose desamparada ante la negativa de la niña de rostro medio simiesco, se arrojó a sus pies y le suplicó que, en nombre del destino de China, hiciese lo que ella le pedía. Era realmente un curioso espectáculo ver a la emperatriz de China implorar un favor a una niña tan pequeña…

—¿Y cuál fue la reacción de la pequeña Joya? —inquirió Cinco Prohibiciones, cuya curiosidad parecía agudizarse.

—Se apenó mucho al ver a la emperatriz de China a sus pies y acabó por prometer, con su vocecita de niña, que diría que aquellas rocas habían salido «tal cual, cubiertas de palabras divinas» de las aguas del río Lë —respondió el prisionero, cuya voz quedaba medio encubierta por el ruido continuo de la lluvia que se abatía sobre el Fuerte del Perro.

—Es decir, grabadas con la profecía que anunciaba la subida al trono de China de una mujer en lugar de un hombre… —exclamó Cinco Prohibiciones, sin darle tiempo a terminar sus palabras.

—¿Cómo lo sabéis? —se sorprendió el cazador de ranas.

—Esa mujer posee una temible habilidad. ¡Mira que llegar a urdir las predicciones susceptibles de servir a sus designios! Siempre he estado convencido de que acabaría por conseguir sus fines —murmuró, pensativo, Cinco Prohibiciones.

—¿Crees que subirá al trono de China? —inquirió el ma-ni-pa.

—De eso no hay duda. Por mucho que se trate de un objetivo que parece extraordinariamente difícil de alcanzar, puesto que los Ritos Inmemoriales no prevén que el Hijo del Cielo sea de sexo femenino, sin duda sabrá encontrar los medios.

—No soy adivino —exclamó el cazador de ranas—. Todo lo que sé, en cambio, es que Wuzhao es una mujer implacable. Cuando me descubrió,

agazapado en la hierba, aterrado ante el espectáculo que acababa de presenciar, entró en una cólera ciega y me conminó a que le dijese si yo era o no un espía a sueldo del *Gran Censorado*. Aunque protesté con toda mi buena fe y procuré hacerme el desentendido y fingir que no había comprendido nada de lo que había visto y oído, no me sirvió de nada. Como es tan desconfiada, llamó en seguida a sus guardianes y les ordenó que me detuvieran so pretexto de que había entrado sin autorización en el parque imperial de Luoyang. Tuve la ingenuidad de creer que podría salir del apuro después de pasar una noche en la comisaría. Pero no sólo no fue así, sino que me transportaron hasta aquí en una carreta en compañía de grandes criminales de Estado y me inmovilizaron con grilletes. Como uno de esos osos que se exhiben ante el público.

—Tiene miedo de que cuentes la escena de la que fuiste involuntario testigo. Si se desvelara su patraña, todo habría terminado para ella —concluyó Cinco Prohibiciones.

—Son pocos, por desgracia, los que logran salir del Fuerte del Perro —murmuró Firuz, que hasta entonces se había mantenido muy callado.

—Si he entendido bien, eso quiere decir que para mí se ha terminado todo —gimió el cazador de batracios.

—Como todos nosotros, es preciso que salgas de aquí. Nuestra suerte no es mucho más envidiable que la tuya —concluyó Firuz, cada vez con aire más sombrío.

—Ese momento llegará y a lo mejor no tarda. ¡Llueve tanto! ¡En eso estriba nuestra suerte! —exclamó con aire de misterio Cinco Prohibiciones.

Sus compañeros se preguntaron a qué se refería su compañero. En cualquier caso, parecía hablar muy en serio.

—¿Cómo y por qué puede ayudarnos la lluvia? —preguntó, incrédulo, el ma-ni-pa ante las miradas sorprendidas del cazador de ranas y del Omeya.

—Esperad a esta noche y lo comprenderéis —murmuró el *mahayanista* sonriendo a sus compañeros de infortunio.

Apenas acababa de pronunciar la frase cuando Cinco Prohibiciones tuvo el placer de descubrir el rostro lívido de Punta de Luz, a quien el guardián acababa de empujar también dentro del calabozo colectivo.

—¡Amigo mío! ¡Qué feliz soy de volver a verte! —exclamó el *mahayanista* echándose en brazos del maniqueo de Kucha.

—Creí que me ahogaba. Los subterráneos ya están medio inundados. Cuando han venido a buscarme a la celda, el agua me llegaba a la cintura —dijo jadeando el marido de Luna de Jade, que poco a poco iba recuperando los ánimos.

—Volvemos a estar reunidos. Es lo esencial, gracias al Bienaventurado Buda. ¡Alabado sea! —terminó Cinco Prohibiciones, después de lo cual presentó el maniqueo a Firuz el Omeya de Bagdad.

—¿Qué haremos? —inquirió Punta de Luz.

—Confiad en mí. He meditado un plan que debería permitirnos salir de aquí —musitó el *mahayanista*.

Al caer la noche, el agua había subido varios palmos, con lo que se habían inundado hasta el techo las celdas de la planta baja del Fuerte del Perro, puesto que el nivel de las aguas del río subterráneo había superado en mucho el de las puertas.

Cinco Prohibiciones reunió entonces a sus cuatro compañeros en el balcón natural de la celda colectiva que daba a lo que ahora era un furioso torrente de aguas fangosas que atravesaba la cárcel de un extremo a otro.

—Ese río que veis —les explicó— penetra en la cárcel y vuelve a salir después por los fosos. Su corriente se ha hecho ahora lo bastante impetuosa como para arrastrar un elemento flotante de las dimensiones del cuerpo de un hombre…

—¿De modo que nos invitas a que nos arrojemos a esas aguas tumultuosas que nos expulsarán fuera de la boca del Perro? —preguntó Firuz, que había comprendido en seguida adónde quería llegar Cinco Prohibiciones.

—Como jamás he tenido lagos a mi disposición, no sé nadar. Los únicos mares que conozco son los de arena que hay en torno a los oasis de la Ruta de la Seda —añadió Punta de Luz, que testimoniaba de ese modo su capacidad de aportar humor a todas las circunstancias.

—Los fosos del Fuerte del Perro se alimentan de este río subterráneo. Me lo dijo el joven guardián que me recibió aquí. ¿No os fijasteis, al atravesar el puente levadizo que conduce a la entrada del Fuerte, en la gran

cantidad de pescadores que están a la espera de atrapar algo? Algunos dicen que también hay carpas que devoran carne humana. Bien, pues esos peces no estarían ahí si el agua no circulase. El agua que tenéis ante los ojos proviene de la montaña, que es donde tiene su fuente, y va a desembocar en el exterior del fuerte. Ese poderoso oleaje nos conducirá a la libertad —añadió Cinco Prohibiciones, más seguro que nunca del plan que se traía entre manos.

—¡Yo me arrojaré detrás de ti! No tengo miedo y sí confianza —exclamó Punta de Luz, decidido a seguir a su amigo hasta el fin del mundo.

—Pero yo tengo miedo de morir ahogado —gimió el ma-ni-pa, inquieto ante el borboteo de las aguas que se deslizaban a toda velocidad ante sus ojos.

—Me temo que no tenemos otra opción. Si queremos salir vivos de aquí, debemos echarnos de cabeza al río y dejar que la corriente nos arrastre cerrando los ojos y tapándonos las narices.

—¡Estamos en libertad de arrojarnos al agua o no! Yo pienso hacerlo, confiando la salvación de mi cuerpo al Bienaventurado Buda y esperando haber tenido ocasión de vivir bajo la piel de un pez en una de mis existencias anteriores —le advirtió el *mahayanista*.

—¿Crees que eso te ayudará a nadar? —inquirió el monje errante con voz temblorosa.

—Ésa es la esperanza que me queda. Por otra parte, os invito sinceramente a hacer lo mismo que yo: rezad al Santo Buda y seguidme.

No había terminado su frase cuando, ante los ojos aterrados de sus compañeros, Cinco Prohibiciones hizo una profunda inspiración a fin de almacenar la mayor cantidad de aire posible en su caja torácica y, sin el más mínimo titubeo, se arrojó de cabeza a las aguas tumultuosas.

Cuando Cinco Prohibiciones entró en contacto con el elemento líquido, los millones de burbujas provocadas por los agitados remolinos de la crecida del río aportaron a su rostro una deliciosa sensación de frescor y un agradable hormigueo. Sobre su cabeza sintió el impacto de una inmersión.

Era el esposo de Luna de Jade, que, pese a no saber nadar, había hecho que sus actos fueran consecuentes con sus palabras.

Cerrando los ojos y pinzándose la nariz con los dedos, el *mahayanista*, para evitar caer en el pánico, trató de utilizar el método propio de ciertos ejercicios de meditación trascendental consistentes en identificarse con un objeto exterior, en el que el espíritu se centraba para alcanzar el «nivel de conciencia» capaz de iniciar la meditación propiamente dicha.

Por eso pensó que era un madero arrastrado por el agua.

Cuando la fuerza de las aguas lo hundió hasta el fondo de la zanja central por donde discurría el río subterráneo, se encontró en una especie de vacío acuático que le hizo el mismo efecto que un estrecho y oscuro tobogán por el que se deslizaba a velocidad vertiginosa.

Su espíritu iba desvinculándose poco a poco de su cuerpo.

Se vio como un madero flotante sumergido en el Agua, ese elemento que sus antepasados Han, desde la noche de los tiempos, asimilaban a la estación invernal, al color negro, a las conchas, al norte, a los riñones, al olor a podrido, al sabor a sal, así como a la nota de música Yu[53]. Su objetivo estribaba en acomodarse perfectamente a esta correlación fundadora a través de la concentración y del dominio personal. Sólo entonces conseguiría dominar el Agua que, en lugar de inundarle los pulmones, lo conduciría a la libertad.

Ni siquiera sentía la necesidad de nadar en aquellas olas tumultuosas que lo aspiraban. Todo parecía fluido y ondulante y hasta maravillosamente burbujeante, como si evocara el recuerdo de una existencia acuática anterior para recordarle que el Agua era un elemento donde era posible encontrar la felicidad… si uno no era más que un madero.

Transcurridos dos minutos, advirtió que todavía no había respirado desde que se había zambullido en el río subterráneo. Aun sin confesárselo, comenzaba a sentir los efectos de la falta de oxígeno en su organismo. Pronto, aun en contra de su voluntad, se sumiría en la inconsciencia y su instinto de supervivencia ya no le impediría abrir la boca ni respirar profundamente. El agua invadiría sus pulmones y no le quedaría más remedio que perecer en aquella agua burbujeante. El cuerpo humano que él era, hecho de carne y de sangre, no conseguía convertirse en un simple trozo de madera.

Y entonces se vio tal como era y vio también que se estaba ahogando en la crecida del río subterráneo del Fuerte del Perro.

Pero como todo budista sincero que contaba con la compasión del Bienaventurado hacia sus discípulos animados por la voluntad de obrar bien, Cinco Prohibiciones estaba totalmente resignado en cuanto a las consecuencias de su gesto, pese a que ahora lamentase amargamente haber arrastrado al joven maniqueo tras él en aquel gesto desaforado.

¿No sería mejor terminar de una vez por todas, abrir la boca y dejar que el agua invadiese sus bronquios, confiando al Bienaventurado Buda la suerte de Punta de Luz, a quien no cesaba de pedir perdón, esperando con todas sus fuerzas que sus compañeros fueran más prudentes que él y que desistiesen de lanzarse a la corriente en el último momento?

El dolor era aceptable y, una vez que el hombre lo aceptaba con conocimiento de causa, se convertía como por milagro en menos intenso, se hacía casi soportable.

¿Qué más normal, en efecto, que morir ahogado cuando el ciclo del Samsara os había conducido a una existencia humana en la que el elemento líquido no era el medio usual?

Dentro de la lógica de la devoción de un budista sincero y piadoso, pasar de la vida a la muerte en esas condiciones era conforme a la idea que uno se hacía de la existencia.

De no haber sido por el furioso deseo que sentía de reencontrar a Umara, Cinco Prohibiciones habría aceptado la suerte que iba a ser la suya. Pero la idea de abandonar este mundo sin volver a ver a la mujer amada era un latigazo para el *mahayanista*, que decidió darse impulso con la cadera para tratar de aspirar aire. Tras asomar a la superficie, inspiró a fondo antes de volver a sumergirse en las aguas, aunque esta vez decidido a no ser un simple trozo de madera flotante, sino el prisionero Cinco Prohibiciones que trataba por todos los medios de escapar del Fuerte del Perro.

Tras él, Punta de Luz tenía la impresión de que una fuerza inmensa lo propulsaba como si fuera el proyectil de un cañón de pólvora.

Como no sabía nadar, se sentía vagamente inquieto, si bien seguía confiando en el espíritu de improvisación y de decisión de su compañero,

del que no imaginaba ni por un instante que pudiese empujarlo a cometer un acto suicida.

Lejos de doblegarse y bajar la guardia, necesitaba avanzar, superar el muro de agua detrás del cual presentía la libertad de la que había hablado Cinco Prohibiciones.

Entonces, perfectamente lúcido y consciente, el marido de Luna de Jade sintió que su cuerpo subía bruscamente y, antes de volver a ser aspirado hacia el fondo, resurgía algo más lejos, como si el río pasase por una especie de sifón.

Resistir a la extraordinaria potencia de la corriente, aunque uno fuera joven y vigoroso, se había convertido en algo rigurosamente imposible. El budista se deslizó suavemente hacia el estado de coma que sentía ascender en su interior mientras el maniqueo, en cambio, luchaba a brazo partido, ayudándose con manos y pies como si estuviera escalando o descendiendo una pendiente líquida.

Justo en aquel momento, Cinco Prohibiciones, presa de la desesperación y cuando ya pensaba que iba a disolverse en el elemento líquido, se encontró cara a cara con una forma extraña y descubrió que se trataba de una enorme carpa.

Y entonces, convencido de que el Bienaventurado le había concedido la gracia insigne de reencarnarse en un pez, abrió de nuevo los ojos, nuevamente sereno, seguro de que Punta de Luz conocería una suerte idéntica a la suya y esperando con todas sus fuerzas que un día tendría la ocasión de nadar en algún estanque al que tal vez se asomaría Umara…

Se miró los brazos para ver si los tenía ya recubiertos de escamas y, con gran estupefacción, comprobó que los tenía igual que siempre, que su nariz era la de siempre y, sobre todo, que podía respirar. ¡Estaba vivo!

En realidad, flotaba, jadeante, en el foso del Fuerte del Perro, en tanto que Punta de Luz, que había conseguido tocar tierra antes que él, lo ayudaba a salir agarrándolo por los hombros. A su alrededor giraban unas carpas curiosas por saber qué pasaba, como si quisiesen averiguar qué clase de peces extraños eran aquellos que acababan de reunirse con ellas, uno de los cuales ya había salido del agua y el otro estaba a punto de hacerlo.

Cinco Prohibiciones, jadeante y agotado, levantó la cabeza.

Seguía cayendo una lluvia fina, pero se dispersaban las nubes para ceder su sitio a la bóveda de un cielo tachonado de estrellas que refulgían con mil luces. El viento había mermado y los alrededores de la cárcel parecían desiertos: en el borde de los fosos no había ningún pescador de caña ni de red.

En el ambiente extrañamente tranquilo que reinaba alrededor de las aguas negras de los fosos que cercaban la fortaleza, los dos hombres no oían más que el rumor de las hojas de los árboles.

—¡Qué locura! ¡Creí que me moría! —confió Cinco Prohibiciones a su compañero, que, menos agotado que él, recuperó prontamente el aliento.

—¿Qué haremos? —preguntó éste.

—Esperar a los demás.

—¿No es peligroso?

—Salgamos de estos fosos y esperémoslos allá arriba. ¿Qué te parece?

Se aprestaban a escalar el muro de gruesos morrillos inclinados cuando oyeron un extraño gorgoteo que salía del lugar donde las altas murallas del Fuerte caían a plomo en las aguas sombrías.

Observaron las burbujas que se formaban, cada vez más grandes, en la superficie del agua.

—Debe de ser la gigantesca carpa con que acabo de toparme cara a cara —exclamó el *mahayanista*.

—¿Estás seguro? —inquirió el maniqueo, que no las tenía todas consigo.

—O será el dragón guardián de estos lugares, al que quizá hemos molestado durante el sueño y que acude en busca de noticias.

—¿Lo dices en serio?

—Trato de distender el ambiente. Me gustaría ver aparecer las cabezas de los que hemos dejado atrás.

—¡Ahí tienes a uno! —exclamó Punta de Luz al descubrir el rostro de Firuz que emergía entre el torbellino de las burbujas.

El embajador, propulsado por la presión provocada por el sifón natural que permitía que el río pasase por debajo de la muralla para salir de nuevo al exterior de la misma, estaba al borde del síncope.

—Estaba convencido de que me había llegado la última hora —consiguió articular el bagdadí, después de escupir el agua que había tragado.

—¡El Bienaventurado no ha querido nada contigo! Punta de Luz y yo estábamos convencidos de que todavía no habías terminado tu trabajo aquí abajo —le dijo en tono amistoso Cinco Prohibiciones con intención de animarlo un poco.

—¡Ahora espero que aparezca el ma-ni-pa! ¡No falta más que él! Cuando he saltado, estaba encogido detrás de mí y no hacía más que decirme que le faltaría el valor necesario para lanzarse —añadió el embajador del sultán de Palmira, que poco a poco iba recobrando el aliento.

—¡Ojalá que se haya atrevido! Ese monje errante me ha seguido siempre a pesar de todas las dificultades. No merece seguir en las fauces del Perro —suspiró Cinco Prohibiciones con un estremecimiento.

Transcurrieron largos minutos durante los cuales los tres hombres que se habían salvado milagrosamente, pese a encontrarse en límite de sus fuerzas, consiguieron auparse fuera del foso escalando con grandes dificultades el abrupto declive que lo delimitaba.

Al llegar al borde, agarrándose a las paredes resbaladizas con las manos y dejándose las palmas en carne viva, cayeron desplomados, incapaces de pronunciar palabra. Sólo podían oír el croar de las ranas, signo indefectible de que, en los fosos, la vida estaba a punto de reanudar su curso normal después de las lluvias torrenciales que habían caído.

Cinco Prohibiciones fue el primero en levantarse con grandes precauciones para asegurarse de que no había ningún guardián apostado en la garita que vigilaba la entrada del puente levadizo que había que franquear para atravesar el foso y seguidamente penetrar en la fortaleza.

Ésta, con los muros chorreando agua iluminados por los rayos lívidos de la luna, era como una enorme gema refulgente y parecía vacía.

No se divisaba ni la sombra de un guardia en el horizonte.

Había llegado el momento de eclipsarse y perderse en la noche. El único obstáculo que retenía al *mahayanista* era la suerte del ma-ni-pa, al que se negaba a abandonar de manera tan cobarde.

Tras observar con atención la puerta de la garita, comprobó que estaba abierta de par en par. Era probable que los guardias hubieran abandonado el puesto a causa de la violencia del diluvio que se había abatido sobre el Fuerte del Perro. Les bastaría con atravesar la portería y se encontrarían inmediatamente en la fortaleza y, a partir de allí, podrían penetrar en el calabozo colectivo donde a buen seguro todavía encontrarían al monje errante.

Ya iba a lanzarse a aquella aventura tan loca cuando volvió a oír un chapoteo que venía del fondo del foso donde el astro nocturno estriaba las aguas negras en rayas plateadas.

Precipitándose hacia el ruido para ver de qué se trataba, comprobó con alegría que el Bienaventurado Buda seguía bendiciendo el destino de sus amigos: era el ma-ni-pa, que el Fuerte del Perro acababa de expulsar, en medio del caos y del dolor, como expulsa a su cachorro un gran mamífero al parir.

—¡Om! ¡Mucho miedo! *¡Om! ¡Mani padme hum*[54]! —jadeó el monje, chorreando desde la cabeza a los pies, cuando Cinco Prohibiciones lo ayudó a salir del gran foso.

—*Avalokitesvara* el Compasivo, tu santo patrón, no ha querido que te pudrieses por más tiempo allí dentro.

—¡Om! ¡Mani padme hum! —se limitó a repetir el interesado.

—¿Y el cazador de ranas? —preguntó de pronto Punta de Luz.

—No ha querido. ¡Tenía demasiado miedo! Ha preferido quedarse —explicó el ma-ni-pa.

—¿Tenemos que esperarlo? —preguntó Punta de Luz.

—Teniendo en cuenta lo que dice, es evidente que no —dijo Firuz en tono tan decidido que Cinco Prohibiciones se quedó un poco desconcertado.

—¡No vendrá! —confirmó el monje errante.

—Entonces no tenemos ningún interés en hacernos viejos aquí —dijo el *mahayanista* arrastrando a sus compañeros hacia el camino que era una prolongación del puente.

A lo lejos, por la parte izquierda, se divisaban los árboles de un bosquecillo.

—Vamos allí y estaremos resguardados —añadió indicando lo que parecía el lindero de un bosque.

Sin pararse a reflexionar, Punta de Luz, Firuz y el ma-ni-pa se lanzaron detrás de Cinco Prohibiciones en dirección a aquellas frondas salvadoras.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Firuz a Cinco Prohibiciones cuando se encontraron al abrigo del sotobosque.

—¡Eso mismo iba a preguntarte! —añadió Punta de Luz con una sonrisa.

—Pues proceder con la máxima discreción. Dentro de pocas horas, a no dudarlo, tendremos a toda la policía del imperio del Centro siguiéndonos los pasos —respondió el *mahayanista*.

—Es difícil pasar inadvertido en China central cuando te vigilan los agentes de la policía especial —exclamó Punta de Luz, que sabía por qué lo decía.

—En el punto donde nos encontramos, sólo hay una persona que pueda sacarnos de apuros —terminó el antiguo ayudante de Pureza del Vacío ante la mirada algo sorprendida de sus compañeros, reunidos a su alrededor y llenos de atención y respeto.

—¿En quién piensas? —preguntó el esposo de Luna de Jade.

—En Wuzhao, la emperatriz de China. Ella puede ayudarnos. Debo ponerme en contacto con ella —exclamó Cinco Prohibiciones en tono categórico.

—Yo que tú, desconfiaría de ella —le replicó Firuz, a quien la voz le temblaba de cólera.

—Conozco lo suficiente a la emperatriz Wuzhao para afirmar que, en las circunstancias actuales, nos ayudará.

—Esa mujer es temible por su crueldad. Ella perturbó la audiencia que el emperador del País de la Seda me había concedido para avisarle de que la muchacha china llamada Luna de Jade, enviada en prenda por la persona que me manda, el sultán de Palmira, no era más que una vulgar plebeya. Si ella no hubiera intervenido, no me habrían metido en la cárcel —protestó con vehemencia el embajador.

—¿Luna de Jade? ¿He oído bien el nombre que acabas de pronunciar? ¿Dónde está mi esposa? —gritó Punta de Luz agarrando por el brazo al

embajador omeya.

El maniqueo estaba tan emocionado que su voz, de ordinario tan clara, temblaba como la de los lamas tibetanos ancianos cuando salmodian sus *mantras*.

—¿Tú eres el marido de Luna de Jade? —exclamó, sobresaltado por la noticia, el embajador Firuz.

—¡El mismo! Nos casamos en Turfan según el ritual maniqueo, en la Iglesia de la Luz, con centenares de cirios encendidos. El Gran Perfecto Cargamento de Quietud presidió la ceremonia.

Fue mágico. A las pocas semanas ya estábamos esperando un hijo. ¿Dónde está Luna de Jade? —añadió, angustiado, aquel que no había dejado de amar con locura a la joven obrera del Templo del Hilo Infinito.

—¡En Chang An! Desde Palmira, donde fue vendida al sultán, hasta la capital del País de la Seda, adonde yo debía acompañarla, me ocupé de ella con la máxima atención. En cuanto al niño que acabas de mencionar, no parecía tener ningún hijo, puesto que en ningún momento me habló de él —se limitó a responder Firuz, serio de pronto.

Furioso al ver que su joven amante estaba casada con Punta de Luz y que éste, además, la había dejado embarazada, hechos todos que la interesada se había guardado muy bien de revelarle, el bagdadí no sabía si decir al maniqueo que Luna de Jade probablemente estaba alojada en palacio y al alcance del emperador Gaozong. No le pasó por las mientes confesarle que también él había gustado los inefables encantos de la hermosa chinita.

—Eso quiere decir que Mani me habrá concedido la gracia insigne de encontrar a mi bien amada —murmuró Punta de Luz.

Parecía estar encantado, como si su permanencia en la cárcel y su aventura acuática no lo hubieran afectado lo más mínimo.

—¡Qué extraordinaria coincidencia! Sólo puede proceder del Bienaventurado mismo —suspiró Cinco Prohibiciones con los ojos entrecerrados, dando gracias al Despertado.

El rostro del *mahayanista* todavía estaba marcado por el esfuerzo y la emoción.

—Si encuentro a Luna de Jade, quiere decir que tú encontrarás a tu vez a Umara. Nuestros destinos siempre han sido paralelos —añadió el joven maniqueo al ver el rostro cariacontecido de su amigo.

—¡Ojalá estés en lo cierto, Punta de Luz! Entretanto, lo más prudente sería encontrar un refugio en el campo mientras yo me traslado a la capital para ponerme en contacto con la emperatriz. Veo algo que parece una especie de granja-pagoda. Si lo es, los monjes no os negarán hospitalidad —dijo el *mahayanista* indicando a lo lejos un edificio de varios pisos rodeado de un muro de adobe.

Vieron salir del edificio una silueta vestida de color azafrán seguida de otra. Era evidente que se trataba de uno de esos minúsculos monasterios búdicos del Gran Vehículo que abundaban en el campo entre inmensos cultivos de trigo y mijo, a menudo legados por terratenientes ricos y devotos a las comunidades religiosas a cambio de que éstas cuidasen las flores de sus tumbas y rogasen por su salvación.

Cuando Cinco Prohibiciones llamó a la puerta de madera tosca medio carcomida, acudió a abrirla un frailecillo mugriento pero de rostro risueño.

—¿Podrías ir a buscar al Superior de este establecimiento y anunciarle que unos viajeros en busca de techo desearían pasar aquí algunos días? Conocemos la generosidad de que dan prueba los adeptos de *Gautama* —explicó el *mahayanista*.

—¡De acuerdo! El Superior Tranquilo y Sentado ordena que os dé la bienvenida. Podréis quedaros todo el tiempo que queráis en la habitación reservada a los visitantes y a los pobres —les anunció unos momentos después el monje-niño después de consultar con su superior jerárquico, cuyo sobrenombre obedecía a la posición sentada que no abandonaba jamás, puesto que pasaba sus días meditando y leyendo los santos sutras delante de una ventana que se abría a amplias extensiones de cultivos cerealícolas.

La pequeña comunidad dirigida por Tranquilo y Sentado contaba como máximo con una veintena de monjes y novicios, los más jóvenes de los cuales se dedicaban a mendigar entre los campesinos de los alrededores el alimento que consumían los más viejos.

El interior de la granja-pagoda distaba mucho de ofrecer la suntuosidad de los grandes edificios de culto habitados por miles de monjes que ocupaban un puesto de primera línea en Chang An y Luoyang, exhibiendo a ojos de los devotos un lujo ostentoso que, sin embargo, reprobaban las enseñanzas del Bienaventurado. Aquí, los muros de los edificios eran de tierra seca; apenas había otro elemento que la pagoda, cuya estructura era de cedro con ventanas ovoides flanqueadas de *apsaras*[55] en estuco, que indicara al visitante que aquél era un monasterio del Gran Vehículo y no una simple granja colectiva.

En la pequeña habitación destinada a los huéspedes de paso les esperaban cuatro camas superpuestas en las que se desplomaron apenas dieron cuenta de un cuenco de arroz regado con caldo de verduras que les sirvió un enjuto novicio.

—Amigos míos, prometedme que no os moveréis de aquí. Voy a acercarme a la capital para tratar de establecer contacto con la persona que puede salvarnos —explicó Cinco Prohibiciones a sus tres compañeros al día siguiente por la mañana.

Deseoso de encontrar a su amante, no estaba dispuesto a perder ni un solo minuto más.

—¡Voy contigo! ¡Om! ¡Por favor, no vayas solo!

Era evidente que el ma-ni-pa, todavía bajo la impresión de su aventura acuática, no tenía deseos de arriesgarse a no volver a verlo.

—¡De acuerdo! Puedes acompañarme, pero tendrás que guardarte tu puñal y tu copa-cráneo rituales.

—No quiero que los lleves colgados del cinto. Son objetos demasiado llamativos —dijo con un suspiro el amante de Umara señalando la daga ritual *furbu* y la copa *kapala*, unos objetos de los que el monje no se separaba nunca y que llevaba siempre colgados del cinto, relucientes a pesar de la reciente inmersión.

Entraron en la capital de la China central a través de los arrabales y sin tener que franquear ninguna puerta de control, ya que la Ruta de la Seda terminaba en la parte oeste de la ciudad imperial.

Ya dentro, emprendieron el camino del palacio en dirección al cual convergían, como todos los días, pedigüeños y pordioseros de toda ralea,

por no hablar también de un número parecido de mercaderes y campesinos procedentes de los campos vecinos que iban a ofrecer a la casa imperial sus mercancías y productos.

Apenas avistaron la puerta principal del palacio donde vivía la familia imperial, advirtieron la presencia de un número importante de policías revestidos con imponentes cotas de malla cuya misión era actuar de filtro de la muchedumbre y que exigían de cada persona la presentación del pasaporte.

—¿De qué papeles tienen necesidad esos policías? —preguntó Cinco Prohibiciones a un hombre que llevaba dos grandes faroles de papel rojo.

—De la pequeña placa de cobre que indica tu patronímico así como la fecha y lugar donde naciste.

—Supongo que no ignoras que, desde el año pasado, es obligatoria en caso de control —le respondió éste, cuya actitud más bien desconfiada incitó al *mahayanista* a eclipsarse rápidamente e ir a refugiarse, en compañía del monje errante, bajo un amplio pórtico sostenido por columnas de piedra donde unos mercaderes ambulantes vendían muy caras frutas y verduras de las cuatro estaciones.

—Será difícil prevenir a Wuzhao. ¡Om! —exclamó el ma-ni-pa.

—Aguarda unos instantes. Estoy seguro de que el Bienaventurado nos ayudará a encontrar una solución que nos permita llegar hasta Wuzhao —murmuró Cinco Prohibiciones, a quien las dificultades, como de costumbre, hacían más combativo.

Y antes de que el ma-ni-pa tuviera tiempo de reaccionar a sus palabras, el antiguo monje del Gran Vehículo se confundió con la multitud compacta de los curiosos.

XLIX

PALACIO IMPERIAL DE CHANG AN
20 DE FEBRERO DE 659

El tercer salón de honor del palacio imperial de Chang An donde Wuzhao recibió aquel día a Pureza del Vacío estaba normalmente reservado al uso exclusivo del emperador.

Se trataba de una amplia estancia de paredes adornadas con espejos circulares incrustados en paneles lacados que la asemejaban al interior de un barco. Su pavimento de mármol bicolor, extraído de las canteras de Longmen, estaba cubierto de suntuosas alfombras persas.

En su implacable proceso de conquista del poder, la emperatriz había conseguido la proeza de anexionarse aquella estancia, en la cual fue presentada a Taizong el Grande. El viejo emperador había reparado en aquella joven amazona que llevaba el corpiño entreabierto durante un memorable partido de polo donde ella hizo maravillas y causó sensación, montada a horcajadas en un impetuoso caballo negro de brillante pelaje.

Wuzhao sabía mejor que nadie que el poder no era más que cuestión de símbolos y que la influencia atribuida a los poderosos era a menudo un asunto de topografía. Los palacios imperiales solían ser una ilustración perfecta de este fenómeno tan humano: las zonas reservadas al emperador eran las más nobles y las más amplias, pero también las menos accesibles al común de los mortales. La posibilidad que había conseguido la emperatriz de utilizar con fines personales un lugar reservado hasta entonces a su

esposo constituía una prueba más a favor de sus enemigos, que apuntaba a que perseguía inexorablemente su camino hacia el poder supremo.

Pese a esto, Pureza del Vacío no se quedó con los brazos cruzados, sino que perdió todo el control cuando Wuzhao terminó de reprenderlo. Verdad es que, desde el principio de la conversación, la emperatriz, por vez primera en la vida de Pureza del Vacío, había tenido con él palabras extremadamente duras. Había utilizado expresiones como «secuestro ilegal» y «vulgar torpeza, indigna en todos los sentidos de un Superior *mahayanista*», destinadas a testimoniar su profunda reprobación del trato que el gran maestro de Dhyâna daba a la joven cristiana.

Aquella explosión de ira tuvo el efecto de una ducha fría en el Superior de Luoyang, como si hubiera necesitado de aquella puntualización para percatarse de la gravedad de su acción. Entonces, de su boca salió esta torpe manifestación:

—Majestad, las cosas que ocurren en mi monasterio conciernen al Gran Vehículo, no al imperio del Centro. ¿Debo recordaros que vuestro magisterio termina en las puertas de mi convento? —farfulló con voz temblorosa, que no conseguía disimular lo ofendido que se sentía.

Aquella frase, que había sonado más bien como una advertencia, en realidad se le había escapado a Pureza del Vacío, pero, como aceite arrojado a las brasas, despertó la cólera de la soberana, cuyos ojos echaban chispas.

—Como no pongáis en libertad inmediatamente a esa joven cristiana, todo el Gran Vehículo corre el riesgo de pagarlo muy caro —no dudó en amenazarlo, prescindiendo de las relaciones de confianza que había establecido con el *Mahâyâna*, gracias a Pureza del Vacío y, sobre todo, al apoyo de los millones de *mahayanistas* con los que contaba para conseguir sus fines.

Pero sabía también que la única manera de doblegar a Pureza del Vacío era demostrarle, dentro del brazo de hierro que acababa de instaurarse, que ella estaba dispuesta a sacrificar muchas cosas.

—¿Y si os dijese, Majestad, que actúo por una buena causa, la de la Iglesia del Gran Vehículo, de cuya indefectible lealtad estáis al corriente? —acabó por decir el gran maestro, que trataba de resistir como podía el terrible asalto.

—Os lo repito, maestro Pureza del Vacío: este secuestro es ilegal. La causa del Gran Vehículo no podría justificar la menor torpeza por parte de aquel que se pretende su guía espiritual —replicó ella con voz tajante.

—¿Y si me negase? —protestó su visitante tras haber hecho acopio de sus últimas energías.

Había cólera en su mirada, pero también un brillo de desafío. Había tocado su fibra sensible: el orgullo, y no comprendía por qué Wuzhao se ensañaba de tal forma con él.

—En tal caso, me vería obligada a romper todo vínculo con vos. ¡Y esto desde hoy mismo! —dictaminó con voz seca la emperatriz, ultrajada al ver tanta resistencia, que la decidía a doblegar de una vez por todas a quien retenía prisionera a Umara.

—Tal ingratitud por vuestra parte, Majestad, después de lo que os revelé sobre Luna de Jade, gracias a lo cual pudisteis armar aquel alboroto en plena audiencia ante vuestros propios enemigos, me apena infinitamente.

—Aquí no interviene para nada la ingratitud, maestro Pureza del Vacío. No se trata de Luna de Jade, sino de Umara. Tener a esta joven encerrada como si fuera una vulgar prisionera no os conducirá a nada. ¡Admitidlo, por lo menos!

—Está muy bien tratada en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales. En cuanto revele sus secretos, os aseguro, Majestad, que estará en total libertad de ir y venir.

—Si Umara no os ha dicho nada, quiere decir que no guarda ningún secreto particular. El padre de esa joven la está buscando. Tened la bondad de enviármela tan pronto como podáis, ya que de lo contrario corréis el riesgo de encontraros metido en complicaciones desagradables.

Pureza del Vacío acababa de comprender la razón de la cólera de la emperatriz: seguramente había hecho algún tipo de trato con el obispo nestoriano de Dunhuang en el que su hija debía de ser una de las contrapartidas…

Presa ahora de una gran turbación, Pureza del Vacío lamentaba amargamente haber confiado demasiado en la emperatriz de China. ¿Había dado con la persona adecuada? ¿No estaría esa mujer manipulándolo? ¿Por qué lo trataba de manera tan dura cuando él no había cesado de hacerle

favores y de prodigarle tantos consejos provechosos sobre la mejor manera de tratar a sus enemigos, que pululaban en el seno de las familias nobles de la corte y de la alta administración?

En la cabeza del asceta que velaba por los destinos del *Mahâyâna* en China se agolpaban ahora muchas preguntas.

Deseoso de anudar los hilos de un diálogo esencial para el porvenir del Gran Vehículo y de la China, habría querido encontrar un medio de significarle que seguía siéndole leal… En realidad, él no era el único Superior *mahayanista* con quien la soberana podía sellar una alianza. Muchos de sus colegas, al frente de monasterios casi tan importantes como el suyo, probablemente no esperaban más que esta ocasión.

En medio de tan terribles trifulcas, Pureza del Vacío tenía particular inquina a una persona en particular. ¿No era, acaso, el principal responsable de todo aquel embrollo el joven Ulik, el intérprete parsi que intentaba obtener la nacionalidad china?

El gran maestro de Dhyâna lamentaba amargamente haber recibido a aquel joven y después, creyendo obrar bien, haber informado de sus palabras a Wuzhao.

Con la precisión que le proporcionaba su infalible memoria, Pureza del Vacío se acordaba perfectamente de la velada en el curso de la cual había conocido a Ulik, quien fue a llamar a la puerta del único convento del Gran Vehículo cuyo nombre conocía.

El gran maestro de Dhyâna estaba de humor agrio, ya que lo atormentaba la obsesión de haber comprometido su perfecta armonía intelectual con Wuzhao revelándole que tenía retenida a Umara.

Desde el episodio del Parque de las Peonías, donde la había informado del secuestro de la muchacha, Wuzhao no había vuelto a dar señales de vida. El gran maestro de Dhyâna, poco acostumbrado a que lo trataran de ese modo, acabó por preguntarse si no habría roto de forma definitiva su relación de confianza.

Centro de Gravedad llamó entonces a la puerta de su despacho.

—El Bienaventurado ha hecho un noble gesto en relación con la causa del *Mahâyâna*. Dispongo de un medio para hacer presión en el emperador Gaozong que os evitaría tener que contar exclusivamente con el apoyo de la

emperatriz. La fe de Wuzhao es indiscutible, pero tiene muchos enemigos en la corte… Según dicen, su esposo puede repudiarla —le murmuró, con aire de conspirador, el antiguo Superior del monasterio de la Salvación y de la Compasión de Dunhuang.

—Tengo confianza absoluta en Wuzhao. De hecho, mucho más en ella que en su marido, cuyas fuerzas disminuyen de día en día, al igual que su capacidad intelectual —manifestó el gran maestro de Dhyâna, que había juzgado oportuno no hablar a nadie del enfriamiento de relaciones con la soberana.

—Lo mejor sería que aceptaseis recibir a un joven muy simpático que tiene mucho que decir —dijo entonces el monje a quien, unos meses antes, Umara había tenido la imprudencia de mostrar el cofrecillo de madera de sándalo que había encontrado en la pagoda en ruinas donde Nube Loca había asesinado a *Buddhabhadra*.

—¿De quién se trata?

—De un joven intérprete parsi… Se llama Ulik. Ha llegado de muy lejos a través de la Ruta de la Seda.

—¿Qué viene a hacer aquí? En Luoyang yo sólo conozco a dos o tres mercaderes parsis que comercian con alfombras preciosas.

—Ese muchacho vino por iniciativa propia a llamar a la puerta del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

—¿Por qué no se me comunicó? —preguntó, molesto, Pureza del Vacío.

—Ulik apareció ayer noche en la portería. Después de una noche de necesario reposo, dado el estado de agotamiento en que se encontraba, esta mañana me ha abierto su corazón. Quiere obtener la nacionalidad china. Ese muchacho habla mucho de su pasado y de sus esperanzas. Sabía de la existencia de nuestro monasterio gracias a vuestro antiguo ayudante Cinco Prohibiciones.

—¿Cinco Prohibiciones? ¿Se codeó con Cinco Prohibiciones? —exclamó el Superior *mahayanista*, a quien el simple recuerdo del nombre de su heredero espiritual hacía torcer el gesto.

—Ulik acompañó a Cinco Prohibiciones desde las inmediaciones de Samyé hasta el oasis de Dunhuang. Incluso tuvo ocasión de sostener en brazos a los Gemelos Celestiales cuando no eran más que unos bebés…

Como está escrito en ciertos sutras, el mundo es pequeño cuando se compara con la infinita compasión del Bienaventurado.

—¡Ve a buscar inmediatamente a ese muchacho! —ordenó Pureza del Vacío viendo en la llegada de aquel tal Ulik una posibilidad de saber algo más sobre el comportamiento de Cinco Prohibiciones durante aquellos años en que no lo había visto, posibilidad que no debía comprometer, sobre todo en previsión del momento en que, instigado por la emperatriz Wuzhao, presentía que se vería obligado a decidir sobre el caso de su antiguo ayudante.

Cuando Centro de Gravedad introdujo a su visitante ante el Superior de Luoyang, a éste le pareció más bien simpático.

—Hace varios meses que vago por la Ruta de la Seda en compañía de un hombre bueno y generoso llamado Addai Aggai. Tuvimos que separarnos al llegar a Chang An porque era demasiado peligroso viajar juntos. La policía especial del *Gran Censorado* nos sigue los pasos —anunció Ulik de buenas a primeras.

—¿Addai Aggai? ¿El obispo nestoriano de Dunhuang? —exclamó, sobresaltado, Pureza del Vacío.

—El mismo, mi señor Superior.

—¿Dónde está? Tengo que hablar con él lo antes posible.

—Por desgracia, como nuestros caminos se separaron justo al llegar a Chang An, me resulta rigurosamente imposible decíroslo. De todos modos, yo tenía intención de venir aquí a Luoyang. De hecho, soy amigo de vuestro antiguo ayudante, el monje Cinco Prohibiciones.

—Imagino que no has venido aquí sólo para charlar conmigo.

—Es verdad. He venido para facilitaros una información que os puede interesar.

—Te escucho. ¡Habla!

—Conozco prácticamente todas las lenguas que se hablan en la Ruta de la Seda. Gracias a esa facultad, pude enterarme de que acaba de llegar a la China central una embajada occidental capitaneada por un tal Firuz. Acompaña a una muchacha china llamada Luna de Jade destinada a convertirse en regalo para el emperador Gaozong. Por dondequiera que pasa, ese hombre tiene la generosidad de distribuir granos de pimienta y de

incienso, lo que hace que incluso el pueblo más pequeño espere su llegada con impaciencia —dijo por lo bajo Ulik, como si se tratase de un terrible secreto de Estado.

—Al emperador del Centro no le hacen falta regalos de ese género. Su gineceo está lleno a rebosar de muchachas a cual más hermosa… En cuanto a la pimienta, el emperador de China guarda en los graneros de su palacio toneles enteros de ese producto. Si no tienes otra cosa que decirme, me temo que te has tomado una molestia inútil —exclamó, no sin irritación, el Superior de Luoyang, que no sabía que Gaozong estaba tan encaprichado con Luna de Jade que no tocaba siquiera a ninguna de sus otras concubinas.

—De hecho, según dice este embajador, la joven china es una princesa de noble linaje, lo que significa que vale muchísimo dinero.

—Parece como si lo dudases…

—El reino de Occidente, por cuenta del cual trabaja ese embajador, fue engañado por el jefe *tujüe* que le vendió a esta joven… Luna de Jade tiene tanto de princesa como yo de obispo. Porque resulta que no es más que una plebeya de baja extracción —le susurró Ulik, como si comunicase al *mahayanista* el más importante de los secretos de Estado.

—¿Cómo lo sabes?

—En la Ruta de la Seda, todo acaba por saberse… —se contentó con responder Ulik, manifiestamente decidido, para impresionarlo, a no confesar al Superior de Luoyang cuáles eran sus fuentes.

—¿Por qué me das esta información? —acabó por preguntarle.

—¿No os parece interesante? Yo creo que debería llegar a las altas esferas.

—En eso tienes razón. Se trata de una usurpación de identidad en una cuestión diplomática. ¡Las leyes de este país no juegan con esos engaños! Voy a repetirte la pregunta: ¿qué esperas conseguir con todo este lío? —le soltó el *mahayanista* en tono un tanto irónico.

—Teniendo en cuenta vuestra elevada posición, podríais conseguirme una entrevista con alguien perteneciente a la administración china que se ocupa de las naturalizaciones. Yo, en realidad, no conozco aquí a nadie. He oído decir que las autoridades de vuestro país se avienen a dar un pasaporte

de ciudadano chino a aquellos extranjeros que se hacen merecedores de recibirlo por su conducta…

—El pueblo parsi, que yo sepa, tiene aquí derecho de ciudadanía. ¿Por qué quieres ser chino? —inquirió Pureza del Vacío.

—Me entraron las ganas al conocer a vuestro ayudante Cinco Prohibiciones… tanto por su comportamiento como por sus actos. Para mí será siempre un modelo a seguir.

—Lo formé yo —se le escapó al gran maestro de Dhyâna, orgulloso de las palabras del parsi.

—Y después, si debo confesároslo todo, me pesa mi condición de fugitivo. China es el país más poderoso del mundo. Los chinos no se verán nunca obligados a abandonar su país como si fueran ladrones para encontrar refugio en otro sitio, que fue lo que me ocurrió a mí ante los asaltos de los invasores musulmanes.

—Si he comprendido bien, vienes a buscar mi apoyo a cambio de esa información sobre Luna de Jade.

—El precio de una plebeya no puede ser el de una princesa. He pensado que ese subterfugio podría ser de interés para más de uno en la corte imperial… —añadió Ulik, en quien no hacía mella alguna el papel de delator cuyos hábitos revestía alegremente.

Era la primera vez que procedía de ese modo, ya que de ordinario estaba siempre dispuesto a ponerse de parte de aquellos que se encontraban en dificultades. Pero estaba tan deseoso de salir de su triste condición que habría hecho cualquier cosa para obtener el reconocimiento de las autoridades chinas. Tampoco se encontraba en un estado de ánimo especial cuando reveló a Pureza del Vacío el engaño que había conducido directamente al pobre Firuz a un calabozo de la cárcel del Fuerte del Perro.

Ésa había sido la conversación que permitió a Pureza del Vacío hacer frente a la ira perceptible en el rostro de Wuzhao, ya que, después de haber enviado a Centro de Gravedad a informarle de la totalidad de las palabras del joven intérprete, la única respuesta que recibió fue la famosa convocatoria que tuvo tan mal desarrollo.

Agobiado por el sesgo que estaban adquiriendo los acontecimientos, Pureza del Vacío bajó la cabeza. Loca de rabia ante lo que tomó por una

resistencia pasiva, Wuzhao, que ya se preparaba a darle la última estocada, se paseaba ahora de un lado a otro con paso rápido ante los ojos pesarosos del gran maestro de Dhyâna.

—Como veo que dudáis de mi decisión, va a ser Addai Aggai en persona quien se encargará de pediros que pongáis en libertad a su hija. ¿Quién mejor que un padre para esta tarea? —acabó por decirle Wuzhao.

Sin tiempo para prepararse para lo que se anunciaba como un asalto, el gran maestro vio aparecer a un individuo macilento que se abalanzó sobre él como un tigre furioso y lo agarró por la túnica.

—¡Mi hija! ¡Quiero a mi hija! He sabido que la teníais prisionera. ¡Es algo contrario a todas las costumbres! ¿Qué hacéis con la libertad de una inocente? ¿Son éstos vuestros principios morales? —gritó el nestoriano, quien, después de haberse arrojado sobre el Superior de Luoyang, intentaba derribarlo.

—¡Soltadme! ¡Estáis estrangulándome! —exclamó Pureza del Vacío, sobre el cual estaba ahora a horcajadas Addai Aggai.

Pero era inútil que el viejo *mahayanista* se debatiese, ya que era mucho más delgado y frágil que su contrincante.

Éste, a quien la indignación multiplicaba sus fuerzas, descargaba todo su peso sobre Pureza del Vacío y se esforzaba en oprimirle el cuello. Los ojos del gran maestro de Dhyâna ya se estaban extraviando y su rostro empezaba a palidecer.

Wuzhao contemplaba con expresión divertida a los dos religiosos mientras se peleaban.

Observar al dirigente espiritual del Gran Vehículo, cuyo empecinamiento la había exasperado, mientras era castigado por un obispo nestoriano cuya religión estaba proscrita, no le disgustaba en absoluto.

¿No era una buena lección para el Superior de Luoyang, cuya intransigencia, tanto en lo que atañía al perdón de Cinco Prohibiciones como a la suerte que reservaba a Umara, había acabado por fatigarla?

—¡Mudo, sepáralos! ¡No quiero muertos aquí! —exclamó finalmente la emperatriz de China, quien se dio cuenta de que, si dejaba que Addai Aggai siguiese apretando el cuello de Pureza del Vacío, éste corría el riesgo de pasar a mejor vida.

El gigante turco-mongol no tuvo más que extender su poderoso brazo tatuado para apartar a un lado al obispo de Dunhuang como si fuera una brizna de paja.

—¡Umara está a disposición de su padre, Majestad! Apenas regrese al monasterio, daré orden de que la conduzcan aquí —exclamó Pureza del Vacío, que estaba casi asfixiado, después de levantarse con grandes trabajos y de recomponer su túnica monástica, desordenada como consecuencia del ataque.

—Majestad, jamás podré agradeceros bastante lo que hacéis por mí —dijo el obispo nestoriano echándose a los pies de la soberana para rozar con los labios los bajos de su túnica.

—No os queda más que liberar a Cinco Prohibiciones de sus votos monásticos, aunque no lo perdonéis. Y entonces estaremos en paz. Cuento con vos, maestro Pureza del Vacío —murmuró aquélla al oído del Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales acompañándolo hasta la puerta del salón de honor.

Ya fuera del palacio, Pureza del Vacío, que seguía bajo los efectos de la impresión, estuvo a punto de que lo atropellara una carreta de hortalizas conducida a toda velocidad por tres porteadores muertos de risa cuyas maneras concordaban perfectamente con la forma grosera en que apostrofaron al gran maestro de Dhyâna, a quien gratificaron con un sonoro: «¡Venga ya, viejo bonzo, a ver si te quitas de en medio de una vez!», exclamación que tuvo el efecto de molestar a unas viejas y de sobresaltar al interesado.

En otros tiempos, el Superior de Luoyang, que odiaba la falta de respeto y no desperdiciaba ocasión para reprender a los jóvenes cuando atropellaban a los bonzos o a las personas de edad, habría conminado a aquellos patanes a excusarse. Y en caso necesario, habría pedido ayuda, no sin haber manifestado previamente su identidad, puesto que los devotos *mahayanistas* frecuentaban en gran número las calles de la ciudad debido a que el Gran Vehículo se había convertido sobradamente en la primera religión de los chinos.

Pero esta vez le faltó el valor y prefirió abstenerse de todo tipo de ostentación. Su cuello dolorido le impedía hablar demasiado alto y, sobre

todo, el tratamiento a que acababa de someterlo la emperatriz, unido al asalto de Addai Aggai, lo había minado psicológicamente.

Dejó, pues, que pasara la carreta y, anonadado, se sentó en el reborde de la muralla que circundaba el inmenso palacio de los Tang, mientras denostaba la falta de respeto que iba invadiendo poco a poco las relaciones sociales a pesar de las plegarias de los monjes y que le hacía decir a veces que la barbarie y la ley de la jungla estaban convirtiéndose en norma de conducta de sus contemporáneos.

Al otro lado de la calle se abría una larga galería cubierta donde los escribanos públicos, capacitados para redactar las súplicas que los ciudadanos dirigían al emperador del Centro, estaban codo con codo con los vendedores de té de los Ocho Tesoros y de bollos de los Diez Mil Beneficios.

Un té muy caliente seguía siendo lo que más lo reconfortaba.

Atravesó la calle y ya se disponía a tender el cuenco donde recogía las limosnas a una vieja desdentada que acababa de persignarse en señal de respeto al ver su túnica de monje, cuando oyó pronunciar su nombre.

—¡Maestro Pureza del Vacío! ¡Maestro Pureza del Vacío!

La voz le resultaba familiar, la habría reconocido entre mil: era la de un discípulo que había estimado mucho, al que había educado con la idea de convertirlo en su sucesor, pero que lo había traicionado miserablemente por culpa de una mujer. Era la voz de aquél cuya causa defendía incansablemente Wuzhao desde hacía meses, como había podido comprobar apenas unos minutos antes; la voz de aquel que no se convertiría nunca en su digno heredero porque se había extraviado para perjuicio de su Superior y tutor espiritual… quien, al perderlo, había tenido la impresión de perder a su propio hijo.

¡Cinco Prohibiciones!

¡No podía ser más que él!

Cuando se volvió temblando, pues, a fin de confirmar lo que había intuido, el gran maestro de Dhyâna, el especialista del Chan, la meditación trascendental sentada cuyo nombre había tomado el budismo chino, aquel hombre de espíritu claro y sutil capaz de hacer totalmente el vacío en su

interior no se sorprendió al reconocer a su antiguo ayudante, que lo miraba sonriendo…

Comprobó que Cinco Prohibiciones había cambiado poco desde su viaje a Samyé, adonde él lo envió un día para que recuperase el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura. Y esto lo tranquilizó.

—Maestro Pureza del Vacío, ¿necesitáis ayuda? ¡Tenéis mal aspecto! —le dijo su antiguo ayudante agarrándolo por el brazo.

—¡Podría irme mejor, Cinco Prohibiciones! ¿Qué haces aquí? —le respondió, completamente trastornado por aquel encuentro inopinado, su antiguo maestro espiritual.

—He intentado inútilmente acercarme a la residencia imperial. Es preciso mostrar un pasaporte que no tengo…

—El palacio imperial se ha convertido en un lugar inaccesible para el ciudadano corriente —exclamó el gran maestro de Dhyâna, contrariado, tropezando con una sandía que no había visto y cayendo pesadamente cuan largo era.

—Hay que buscar un sitio donde podáis sentaros, maestro Pureza del Vacío. No es razonable que permanezcáis aquí en el estado en que os encontráis… —insistió Cinco Prohibiciones, que hacía grandes esfuerzos para levantar el pesado corpachón de su antiguo director de conciencia.

Era la primera vez que se dirigía en estos términos a su Superior, con quien ahora empleaba un tono familiar y directo por considerar que en la relación que acababa de establecerse entre los dos él ya no estaba en situación de inferioridad.

¡Qué lejos le parecía a quien había abandonado la vía religiosa por amor a Umara el tiempo en que su timidez le hacía perder todos sus recursos delante de su gran maestro de Dhyâna cuando éste lo convocaba a su despacho para que recitara unas estrofas de sutra!

—Han pasado varios años desde que te fuiste. ¡Ya soy viejo! Algunos días me falta la energía. Y además, cada vez soporto menos toda esta agitación que reina en las calles de la capital de los Tang… —respondió, al tiempo que indicaba con el gesto a la multitud que hormigueaba a su alrededor, el viejo *mahayanista*, cuyas palabras parecían singularmente humanas y sinceras a su antiguo ayudante, cada vez más sorprendido.

—Apoyad la mano en mi hombro y así avanzaremos más fácilmente —le propuso Cinco Prohibiciones.

Dócil como un niño, el jefe espiritual del Gran Vehículo chino obedeció. El antiguo maestro se colocó detrás de su discípulo y éste lo protegió, lo amparó y, juntos, atravesaron la masa compacta de gente que se apretujaba bajo la galería cubierta.

—¡Me encuentro terriblemente cansado! —murmuró el gran maestro de Dhyâna, a quien a duras penas podían sostenerlo las piernas.

—¿Queréis que vayamos a pedir cobijo a la Pagoda de la Oca? —inquirió con respeto Cinco Prohibiciones una vez que hubo deslizado bajo el trasero de Pureza del Vacío un pequeño taburete que sacó de detrás del puesto de un vendedor de cítricos.

—Es una buena idea. El Superior de ese establecimiento es un hombre afable y comprensivo.

—No hay un solo convento del Gran Vehículo que pueda negar hospitalidad al maestro Pureza del Vacío. Sólo os pido que esperéis unos instantes, porque debo avisar a un amigo que me aguarda y que ya debe de estar impacientándose —le dijo Cinco Prohibiciones—. Es un monje errante del país de Bod que me sigue como mi propia sombra desde mi primera estancia en Samyé. Estamos muy unidos —explicó al gran maestro de Dhyâna antes de dirigirse precipitadamente al lugar donde lo esperaba el ma-ni-pa.

—¡Om! Encantado de conocerte. ¡Oh, ma-ni-pa!

—¡Om! He oído hablar mucho de vos —replicó éste, dispuesto a enzarzarse en conversación con el Superior de Luoyang.

—Propongo que vayamos sin tardanza al Templo de la Oca. El maestro Pureza del Vacío tiene necesidad de descansar. Una vez allí, tendrás todo el tiempo del mundo para charlar con él —dijo el antiguo monje a su indefectible compañero de viaje.

—No es mala idea. Las piernas ya no aguantan mi cuerpo —murmuró el viejo, que se encontraba al límite de sus capacidades físicas.

—No estamos lejos del templo. Si los recuerdos no me engañan, tiene que encontrarse a tres calles de aquí —añadió su antiguo discípulo.

En realidad, el lugar de culto estaba situado a pocos pasos, al otro extremo de una avenida atestada de carros y cochecillos chinos. Hacía dos siglos que había sido construido, en tiempos de la dinastía de los Sui, cuyos emperadores se habían convertido al budismo, para conmemorar una bella leyenda india: un *bodhisattva* generoso, que se ocultaba bajo el aspecto de una oca silvestre, se había avenido a ir por propia iniciativa al patio de un monasterio para alimentar con su propia carne a una comunidad monástica que no comía desde hacía varios días.

Al llegar a aquel monasterio, los tres hombres ni siquiera tuvieron necesidad de justificar su identidad, ya que el Superior de la Pagoda de la Oca, así que se presentaron en la portería, lo dejó todo para hacer los honores al Superior del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, cuyo prestigio era tal que le valía la estima de cuantas instituciones religiosas del Gran Vehículo había en la China.

—Maestro Pureza del Vacío, ¿a qué debo el honor de su visita? —le preguntó, doblando el cuerpo por la mitad, el monje desgalichado que presidía los destinos de la Pagoda de la Oca.

—¿Podrías proporcionarme una cama, aunque sólo sea por unas horas, antes de mi regreso a Luoyang? He tenido una jornada agotadora y mis viejas piernas tienen trabajo para sostenerme. Si puedo hacer una siesta, estoy seguro de que todo irá mejor —dijo el gran maestro de Dhyâna, que había perdido una parte considerable de su soberbia habitual.

Un novicio los condujo a una habitación fresca que daba al patio interior, en medio del cual se levantaba la alta torre de la pagoda. Cinco Prohibiciones ayudó a su antiguo maestro espiritual a tenderse en una de las banquetas arrimadas a las paredes, mientras el ma-ni-pa se precipitaba hacia uno de los cuencos de té que un novicio acababa de servirles con toda afabilidad.

El antiguo discípulo, entonces, advirtió que a aquel que había sido su maestro le temblaban todos los miembros.

—Maestro Pureza del Vacío, veo en vuestro cuello marcas de estrangulación. No me cabe en la cabeza que hayan podido atentar contra vos. ¿Qué os ha ocurrido? —le preguntó tras observar las marcas azuladas

que había dejado en la piel del Superior de Luoyang el ataque del obispo nestoriano.

Sin decir palabra, Pureza del Vacío observó a Cinco Prohibiciones, que fue a buscar agua inmediatamente y dio unos delicados toques con un paño a la base del magullado cuello de su antiguo director de conciencia.

—¡Qué bueno eres! —se limitó a decir con voz tranquila el jefe espiritual del Gran Vehículo.

El hombre que le hablaba ya no era el gran maestro de Dhyâna hierático, impávido y severo, siempre impecable con su túnica de color azafrán, que ni siquiera tenía necesidad de reprender a su grey porque ésta lo temía y lo respetaba, sino que ahora se había convertido en un viejo de mirada expectante en la que asomaba la benevolencia.

Sentado en la estrecha banqueta, tenía todo el aspecto de un pobre anciano afectado por los sufrimientos y la enfermedad, como tantos miles de viejos de Chang An, de Luoyang o de cualquier ciudad o pueblo de China.

—¿Por qué haces todo esto por mí? No me lo merezco —añadió el viejo asceta al borde de las lágrimas.

Era la primera vez que Cinco Prohibiciones lo veía tan desvalido.

—No comprendo qué queréis decir —se limitó a responder, alarmado de pronto, el hombre que amaba a Umara y que conocía lo bastante el carácter de su antiguo maestro para pensar que aquella reflexión podía encubrir una trampa.

—Sin embargo, soy muy claro. No merezco tantas atenciones de tu parte después de la conducta que tuve contigo.

—Cumplo con mi deber de budista. Y además, vos sois mayor que yo. Sólo por eso, ya os debo respeto, maestro Pureza del Vacío.

—Hablas bien. Y no has olvidado ni un ápice de mis enseñanza —dijo el viejo con voz cansada, después de lo cual cerró los ojos, que tenía arrasados en lágrimas.

Sorprendido ante aquel cumplido en forma de confesión, el antiguo monje, que ya no dudaba de la sinceridad de su director de conciencia, se inclinó sobre su rostro y vio que se había dormido.

En la habitación reinaba un delicioso olor al incienso que Cinco Prohibiciones había hecho quemar.

Unas horas más tarde, el gran maestro de Dhyâna abrió los ojos.

—He dormido demasiado. Tenemos que partir inmediatamente hacia Luoyang, ya que de lo contrario corremos el riesgo de perder la última barcaza.

—¿Quiere eso decir que me invitáis a que os acompañe? —preguntó con el corazón alborotado aquel que había sido el mejor adepto de las artes marciales del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

Lo turbaba la idea de ver de nuevo el convento donde había pasado la mayor parte de su juventud.

—He empleado el «nosotros» a propósito. Me encantaría que quisieses acompañarme. Y el ma-ni-pa también, por supuesto —le precisó Pureza del Vacío, cuya sinceridad estaba fuera de duda.

No tardaron mucho en llegar al canal imperial, donde los pasajeros que esperaban embarcar hacia Luoyang cedieron de buen grado el paso al viejo monje budista de porte altivo, así como a sus dos acompañantes. Pronto se oyó un repique de tambor que señalaba la salida de la barcaza, arrastrada primero a fuerza de brazos por unos hombres situados a uno y otro lado del canal y seguidamente impulsada por los remeros que los sustituían.

Pureza del Vacío, Cinco Prohibiciones y el ma-ni-pa ocuparon su puesto en una banqueta del puente superior, desde donde se descubría toda la variedad de paisajes atravesados por aquella vía de agua que, ocho siglos atrás, en tiempos del Primer Emperador, cientos de miles de prisioneros de guerra habían excavado entre las dos capitales de la China central.

Mientras desfilaba ante sus ojos la inmutable campiña china con sus campesinos encorvados sobre los bancales trazados a cordel por los escultores de las montañas, el gran maestro de Dhyâna tomó la palabra.

—Pensarás seguramente, Cinco Prohibiciones, que te debo alguna explicación.

—Supongo que vos debéis de pensar lo mismo —respondió Cinco Prohibiciones con elegancia.

—Lamento no haberte explicado con más exactitud la razón por la cual te envié a Samyé a recuperar el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura.

—La verdad es que me sentí muy torpe cuando llegué allí. No sabía qué debía hacer para recuperar el sutra, dado que estaba depositado en la biblioteca del monasterio. Ya me veía haciendo de salteador cuando un lama me lo confió sin que yo tuviese necesidad de pedirle nada, aunque a cambio de que yo me comprometiera a llevar a China a unos gemelos recién nacidos: un niño y una niña. La niña tenía el rostro medio cubierto de pelo, lo que le daba el aspecto de una monita. Como comprenderéis, tenía motivos sobrados para sorprenderme.

—No es preciso que me la describáis. La emperatriz Wuzhao me confió a la niña Joya y a su hermano Loto. Los Gemelos Celestiales se han convertido en objeto de una importante peregrinación al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales. Y eso gracias a ti, Cinco Prohibiciones.

Estupefacto ante la noticia, Cinco Prohibiciones ni siquiera prestaba atención a la suntuosidad del paisaje que se desplegaba a uno y otro lado del canal imperial, donde los bosques de bambú se alternaban ahora con rocas inmensas que la erosión había transformado en gigantescas esculturas de formas extrañas, a menudo zoomorfas. Los majestuosos silos piramidales parecían esperar a los viajeros no lejos de los embarcaderos, puesto que este canal se utilizaba para transportar a las regiones más áridas del país los productos agrícolas que se producían en sus regiones más templadas.

Pensándolo bien, no estaba descontento. Después de tantas peripecias y gracias a la emperatriz Wu, el viaje de los niños había terminado allí donde había previsto…

—Allí precisamente pensaba yo llevar a esos niños… Todo ha ocurrido finalmente tal como yo había deseado. No me arrepiento de nada —exclamó, emocionado hasta las lágrimas.

—En todo este asunto, y teniendo en cuenta todas sus peripecias, has sido un monje valiente y atrevido.

—Una opinión que, viniendo de vos, maestro Pureza del Vacío, me sorprende y me maravilla. Temía vuestra cólera a causa de mi silencio y de la decisión que tomé. En más de una ocasión, Wuzhao me dijo que trataba de obtener, sin provecho alguno, vuestro perdón en lo que a mí concierne.

Sé que he pecado, en el sentido de que he violado la regla monástica por amor a una mujer —murmuró con un nudo en la garganta el antiguo ayudante del Superior de Luoyang.

—Reconocer los propios fallos es un primer paso para conseguir el perdón, Cinco Prohibiciones.

—Maestro Pureza del Vacío, debéis saber que soy un pecador peor de lo que imagináis, ya que no siento remordimiento alguno. Y lo que es peor, no tengo la sensación de haber cometido ninguna falta al unir mi destino al de la mujer que amo. Además, si no me hubieseis enviado a Samyé, no la habría conocido…

Le tocaba ahora el turno al joven *mahayanista* de llorar lágrimas ardientes junto a su superior.

—No tardarás en decirme que es gracias a mí que la conociste.

—Pues es verdad. A menudo me lo he dicho yo mismo…

—¿Quién es? Descríbeme a esa muchacha —le pidió entonces el gran maestro de Dhyâna.

—Umara cree en el Dios Único de los cristianos y practica lo que los discípulos de Cristo llaman el «amor al prójimo», un concepto que me parece muy próximo al de la solidaridad basada en el respeto, la bondad y sobre todo la tolerancia con los demás, tal como el Bienaventurado nos exhortó siempre a practicar.

—¿De modo que la quieres mucho?

—Más aún: la amo y a eso no hay que añadir nada más. Pero hace meses que le he perdido el rastro y que la busco. Daría varios años de mi vida para encontrarla. No puedo prescindir de ella.

Presa del desconsuelo, el antiguo monje de Luoyang miró ahora a su antiguo director de conciencia y éste se sintió profundamente turbado.

Desde el secuestro de la muchacha, era la primera vez que Cinco Prohibiciones se desahogaba de aquel modo. Hasta entonces, deseoso de no perder el dominio de sí mismo en presencia ajena, siempre había conseguido reprimir la desesperación que lo atenazaba cuando pensaba en la desaparición de su amada. Pero ahora que se encontraba frente a su antiguo maestro espiritual, la emoción era tan intensa que el encuentro

había acabado por romper los diques que le impedían exteriorizar su tristeza.

—El padre de esa joven está ahora en Chang An, alojado por la emperatriz Wu. Acababa de dejarlo cuando me llamaste en plena calle —le confesó el gran maestro de Dhyâna después de un largo silencio.

—La emperatriz Wu es como una *Guanyin* compasiva de Mil Brazos. Está en todas partes a la vez y distribuye su ayuda con generosidad —exclamó el amante de Umara, cuya admiración por la soberana no había mermado ni un ápice.

—Esa mujer es temible. Acabará por conseguir sus objetivos —murmuró el gran maestro de Dhyâna como hablando consigo mismo.

Se sentía dispuesto a perdonar a Cinco Prohibiciones. Los acontecimientos de aquel día en que Wuzhao había empezado por decirle cuatro verdades, Addai Aggai había estado a punto de estrangularlo y Cinco Prohibiciones, pese a todo lo presumible, había dado prueba de una ausencia total de rencor con respecto a su antiguo maestro espiritual, pero sobre todo de respeto y casi de afecto indefectible, a pesar de todo lo que Pureza del Vacío le había hecho soportar, habían acabado por convencer al maestro de Dhyâna de que ya era hora de ser menos rígido y sobre todo más humano con su antiguo discípulo preferido.

Por vez primera desde su infancia, el viejo *mahayanista* sintió que lo invadía desde la cabeza a los pies un inmenso sentimiento de ternura que contribuía a distender sus músculos.

No se cuidó de reprimir su deseo irresistible de llorar. Le importaba poco la imagen que ahora pudiera dar de sí mismo a los demás. De pronto experimentaba el furioso deseo de abandonar los oropeles del Superior de convento severo, duro y autoritario con su grey, a la que obligaba a respetar escrupulosamente la regla de la *sangha*, para convertirse en un niño pequeño en busca de la ternura del seno maternal.

Ya no quería ser el jefe, el responsable, aquel que debía hacerse cargo de todo, de llevar hasta el final las decisiones que tomase y las opciones que eligiese; aquel de quien siempre se espera que sea quien hable y a quien siempre se escucha; aquél cuyo único objetivo era reforzar el poder de su

Iglesia; aquel que, por las necesidades de esta causa, hacía callar su corazón en provecho de su intelecto.

Y aquel que lamentaba amargamente que las cosas estuvieran así. Pureza del Vacío, el filósofo cerebral, el exégeta y teórico sin igual, el intelectual capaz de comentar millares de páginas de sutras cuyo sentido escapaba al común de los mortales, el jefe indiscutible del Gran Vehículo chino, estaba a punto de convertirse.

Y el gran maestro de Dhyâna se daba cuenta de que no había edad, en realidad, para esas cosas y que su vida, hasta entonces, no había sido santa. Bendecía al Bienaventurado Buda por haberle concedido esta gracia, aunque fuera tardíamente, y la idea de que habría podido pasar de largo ante un regalo tan inefable lo llenaba de repentino espanto y de deseos de redimirse.

—Lamento infinitamente no haber confiado en ti. Cuando Wuzhao me informó de que habías regresado de Samyé con esa joven, me lo tomé muy mal. Cada vez que ella trataba de interceder en tu favor, yo me obstinaba en no darle la razón. Habría hecho mejor pidiéndote que vinieras a verme y entonces habríamos hablado los dos igual que ahora.

—Soy consciente de que tomé otro camino y de que, por tanto, he desafiado las prohibiciones a las que estamos sometidos los monjes del Gran Vehículo… En cuanto a lo demás, tengo la convicción de continuar siendo el mismo, pese a que mi comportamiento haya podido heriros y hacer que dudaseis de mí.

—Has pronunciado la frase justa, Cinco Prohibiciones. Sin ti, yo siempre habría rechazado, y con la vehemencia más extrema, una declaración así. Hasta aquí mi visión era estrecha y limitada. Las vías de la salvación son tan impenetrables como múltiples. He tenido que hacerme viejo para saberlo.

—¡Gracias a ti, hijo mío! —dijo el viejo *mahayanista*.

—Me complace poder hablar con vos sobre esta cuestión, maestro Pureza del Vacío. No esperaba tener esta ocasión. Esto me procura un inmenso sentimiento de consuelo —exclamó, lleno de reconocimiento, el antiguo discípulo del Superior de Luoyang.

—Estoy dispuesto a relevarte de tus votos monásticos. Así podrás casarte con Umara sin que se abatan sobre ti los rayos del Gran Vehículo. Considero que el camino que has elegido es bueno para ti y lo respeto —concluyó Pureza del Vacío poniendo una mano benévola en el hombro de aquél a quien apenas el día anterior, sin ir más lejos, habría prometido las terribles torturas del más frío de los infiernos.

—Os agradezco desde el fondo de mi corazón toda vuestra comprensión. Pero antes de poder casarme con Umara, tendré que encontrarla. La elegida de mi corazón desapareció misteriosamente de Samyé hace dieciocho meses —gimió Cinco Prohibiciones.

—Ese momento llegará más pronto de lo que te figuras —murmuró el viejo Superior, cuya voz se había dejado ganar de nuevo por la lasitud.

—Me gustaría tanto que vuestras predicciones no fueran una simple manera de darme esperanzas…

—¡Om! ¡Cinco Prohibiciones! Debes creer lo que dice Pureza del Vacío. Es muy sincero —exclamó entonces el ma-ni-pa.

—Gracias, ma-ni-pa, por acudir en mi ayuda —dijo el gran maestro de Dhyâna.

—¿Puedo contar realmente con vuestro perdón? —preguntó Cinco Prohibiciones con voz temblorosa a su antiguo Superior arrojándose a sus pies.

—Creo haber sido claro a este respecto: ¡diez mil veces sí! ¿Podré contar, por mi parte, con el tuyo?

Para mí es de igual importancia.

—¿Perdonaros a vos? ¿Pero el qué, maestro Pureza del Vacío? —exclamó, estupefacto, el amante de Umara.

—Muchas cosas. Mis motivaciones no han sido siempre gloriosas. Yo estaba obsesionado con el triunfo de la Iglesia del Gran Vehículo y cegado por este objetivo, a la manera de un general en jefe deseoso de conducir sus tropas a la victoria. Ahora bien, el Gran Vehículo no es un ejército. He pecado por puerilidad y falta de perspectiva. Tú fuiste una de las víctimas y lo lamento vivamente —se limitó a explicar Pureza del Vacío antes de encerrarse en un mutismo del que no salió hasta su llegada a Luoyang.

Cuando vio a Umara en el umbral de la puerta de su celda, ante la cual lo condujo Pureza del Vacío, tras lo cual se eclipsó sin hacer comentarios, Cinco Prohibiciones profirió un grito salvaje, se abalanzó sobre ella y la estrechó entre sus brazos. No prestó la más mínima atención a la mueca de desaprobación del viejo monje que estaba barriendo y asistía a la escena, y que reconoció sin dificultad a su joven colega.

—¡Amor mío! —gritó su amante antes de pegar su boca a la de Umara y de darle el más tierno de los besos.

Los ojos bicolores de la joven cristiana le parecieron todavía más singulares y bellos que la última vez que los viera en aquella cabaña de pastores del país de Bod donde Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo, actuando por cuenta de Pureza del Vacío, había logrado apresarla y, seguidamente, secuestrarla.

—¡Mi único amor! —murmuró a su vez la hija de Addai Aggai, embriagada de felicidad, ya que lo último que esperaba era ver a su amante materializarse y aparecer de pronto de la nada.

Sin perder un segundo, Umara lo hizo entrar en su pequeña habitación, donde sus lenguas no tardaron en volver a enlazarse y sus dedos a acariciarse mutuamente los muslos, el pecho, el vientre y la entrepierna.

Locos de felicidad, abandonados uno al otro, no tenían necesidad de hablar sino sólo de tocarse y palparse como si quisiesen comprobar que no estaban soñando. No había duda de que, de continuar así, no tardaría en desencadenarse el huracán del deseo. Ahora bien, la multitud de novicios que pululaban en torno a la puerta de la celda de Umara no daba pie a la intimidad que exigía el encuentro.

—Esta noche, cuando estemos más tranquilos, continuaremos… Aquí, por la noche, todo el mundo duerme. Entonces no nos molestará nadie —murmuró la joven cristiana nestoriana dirigiéndose al budista del *Mahâyâna* cuyo sexo turgente, que acababa de rozar, formaba una protuberancia en sus calzones.

Acurrucada contra el hombro de su amante, Umara le contó en pocas palabras que Pureza del Vacío la había hecho secuestrar en Samyé porque estaba convencido de que ella estaba en posesión de los Ojos de Buda.

—Ahora comprendo el arrepentimiento y la contrición del gran maestro de Dhyâna —concluyó él medio en broma cuando ella terminó de relatárselo todo.

—Ya que, gracias a Dios, estás aquí, te diré que está bien lo que termina bien. El pasado importa poco. Ya no volveremos a separarnos nunca más —dijo ella con una sonrisa.

—Te prometo que no volveré a dejarte sola ni un segundo. Si supieras cómo me he odiado por haber salido de paseo con Lapika aquella tarde —le dijo mientras le acariciaba la cabellera.

—Lo único que me falta ahora es encontrar a mi padre y entonces me sentiré totalmente feliz.

—Addai Aggai está alojado en el palacio imperial de Chang An por voluntad de la emperatriz Wu.

—Pureza del Vacío me dijo que lo vio allí hace tres días —anunció Cinco Prohibiciones a Umara en tono triunfal, a lo que ella respondió con una exclamación de sorpresa y alegría.

—¡Así es y puedo confirmarlo! Wuzhao ha albergado en secreto a vuestro padre en el palacio imperial.

Era el gran maestro de Dhyâna, cuya voz inconfundible acababa de resonar en los oídos de los amantes por fin reunidos. Estaba de pie en el marco de la puerta de la celda donde Umara se encontraba recluida y, como quería hablarles con toda tranquilidad de su futuro, decidió reunirse con ellos acabada la última oración de la tarde.

—¿Cuándo podré verlo? Debe de estar muerto de inquietud. ¡Hace tanto tiempo que no tiene noticias mías! Aparte de Dios, para él soy lo más importante que tiene en el mundo —exclamó con voz turbada por la emoción aquella joven cuyo corazón comenzaba a verse inundado por tantas y tan buenas sorpresas acumuladas.

—Vuestro padre ha sido debidamente informado de vuestra presencia aquí. Sabe que estáis bien de salud. Y pienso que, por lo menos en este aspecto, su alivio es inmenso —murmuró, algo molesto, el Superior del Gran Vehículo, que todavía llevaba visibles en el cuello las huellas dejadas por los dedos furiosos del obispo nestoriano.

—La emperatriz Wuzhao sigue tirando de todos los hilos… —murmuró, pensativa, Umara.

—Nada se escapa a la sagacidad de la soberana. Para recoger a sus protegidos y ponerlos al abrigo de las manipulaciones de los agentes especiales del *Gran Censorado*, esa mujer es capaz de correr todos los riesgos al tiempo que sortea las múltiples trampas que le tienden sus enemigos. No contenta con albergar a vuestro padre, ha hecho lo propio con el Gran Perfecto maniqueo de Turfan, Cargamento de Quietud —añadió el Superior de Luoyang.

—¿Sabía que vos me teníais prisionera?

—Sí.

—La emperatriz de China me ha testimoniado siempre un gran afecto —objetó la joven, decepcionada.

—Es una mujer poderosa. Persigue unos objetivos que no son los tuyos. En tales condiciones, es difícil ponerse en su lugar —añadió Cinco Prohibiciones.

—¡No tengo ni el más mínimo deseo de hacerlo! Jamás cambiaría su vida por la mía —exclamó Umara.

—Umara, tengo el placer de anunciarte que estás en libertad de ir y venir por donde quieras. El convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales no tiene motivo alguno para retenerte —declaró, no sin cierta solemnidad, el Superior a la interesada, cortando de raíz la conversación que iba a girar en torno al comportamiento de la emperatriz.

La hija de Addai Aggai, desconcertada y un tanto incrédula, observaba a Pureza del Vacío al tiempo que se preguntaba qué había podido motivar tal cambio de actitud.

—¿De modo que se han esfumado las quejas que teníais de mí? —preguntó, estupefacta, Umara.

—Nunca es tarde para cambiar de opinión. Lamento mucho haberte tratado como lo he hecho. He caído en la crueldad de una falta de clarividencia y de comprensión. Aunque sea un viejo monje, me doy cuenta de que la sabiduría me ha llegado tarde. Ha sido una especie de conversión… y se la debo a Cinco Prohibiciones —confesó, pensativo y en tono casi desesperado aquel que, sin embargo, había sido director de

conciencia de decenas de millares de monjes a los que había formado en la meditación trascendental.

El gran maestro de Dhyâna, de ordinario impávido, austero y temido por todos, hacía grandes esfuerzos para retener las lágrimas, lo que lo obligaba a amurallarse en el silencio ante aquellos dos amantes que tenía ante él cogidos de la mano.

—¿Y si fuéramos a ver a los Gemelos Celestiales? ¡Los he echado tanto de menos, maestro Pureza del Vacío! —dijo el antiguo monje al Superior de Luoyang para cortar de raíz la inmensa desesperación que parecía hacer presa en este último.

—¡Seguidme! Los niños no están lejos. Tienen un pabellón reservado para ellos solos —respondió, después de tragar saliva.

Seguidamente, tendiendo el brazo izquierdo a Cinco Prohibiciones, le hizo comprender que tenía necesidad de apoyarse en él para acompañarlos, dado el estado de sus piernas.

Cuando entraron en la habitación de los Gemelos Celestiales, cuya jornada se terminaba, una monja estaba acabando de desnudarlos. Cada día iban vestidos de un color diferente en su exhibición a los peregrinos. Ese día llevaban unas túnicas rojas sobre unos pantalones negros ceñidos y ribeteados lateralmente con un hilo de oro.

Umara, como habría hecho una madre con sus hijos, se precipitó sobre ellos y los cubrió de besos.

—No sé si me reconocéis… ¡Soy yo, Umara! ¡Qué hermosos! —exclamó la muchacha cayendo de rodillas ante ellos y acariciando los cabellos tan pronto del niño como de la niña.

—¡Sí, yo te conozco! —exclamó la vocecita de Joya.

—¡Yo también! —dijo Loto, que se acurrucó contra su hermana.

—Cuando me fui, apenas caminaban… y ahora hablan como un libro —dijo la joven.

—Hay un monje instructor que se ocupa de enseñarles chino. Pero su inteligencia hace lo demás —explicó Pureza del Vacío.

—¡Om! ¡Son hermosos como las estrellas! —intervino el ma-ni-pa, que no disimulaba su alegría.

El monje errante, cuyo afecto a los Gemelos Celestiales se mantenía intacto, había seguido a Umara y a Cinco Prohibiciones, como no podía ser menos, cuando Pureza del Vacío les propuso que vieran a los pequeños.

—¡Joya es cada día más bella! —constató en voz baja la hija de Addai Aggai llevando a Pureza del Vacío un poco aparte—. ¿Está enterada de su diferencia? —añadió no sin cierta inquietud.

—Wuzhao nos encargó que sobre todo no acercáramos nunca a Joya al borde de ningún estanque.

—También están totalmente proscritos los espejos en las habitaciones donde la niña pasa sus días. La soberana exigió que debía ser ella quien le descubriese su apariencia real. De momento la niña se considera normal —musitó a los dos amantes el Superior *mahayanista*.

—¡Más vale así! No hay duda de que Joya tendría un gran sobresalto si descubriera su singularidad por sí misma —dijo Umara.

Había cogido a la niña en brazos y le acariciaba el rostro como si estuviese temiendo el terrible momento en que Joya descubriría por fin su insólita apariencia, de todos conocida. ¡Cómo le habría gustado estar presente cuando aquello ocurriese! Si estaba con Wuzhao, entre las dos conseguirían amortiguar lo que sería por fuerza un golpe terrible para la niña.

—Yo aprenderé tiro al arco en casa de tía Wu —exclamó Loto profiriendo gritos de alegría.

—¿Quién es tía Wu? —inquirió Umara, conmovida hasta las lágrimas al ver a aquellos niños de los que se había ocupado tanto cuando eran pequeños.

—¡Es la emperatriz Wuzhao! —exclamó Pureza del Vacío—. La soberana les tiene un inmenso afecto y en cuanto se instala en su capital de verano, lo que ocurre cada vez con más frecuencia, lo primero que hace es pedir que trasladen también allí a los niños.

—Tenemos que dejar que acuesten a los niños. Mañana por la mañana tendrán que mostrarse a los peregrinos que hacen cola para venerarlos —dijo Cinco Prohibiciones, consciente de que estaba haciéndose tarde.

Ya de noche, de nuevo en su habitación y con el ma-ni-pa sentado delante de su puerta para impedir que entrase nadie, los dos amantes, otra

vez reunidos, tuvieron ocasión de volver a descubrirse y de entregarse uno a otro con los mismos gestos de siempre y como si sólo hiciera un día que no se habían visto.

Pero después de una separación tan larga, su primera noche de amor en aquella celda del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales fue todo lo larga y hermosa que cabía esperar.

Para su amante, el cuerpo de la joven cristiana eclipsó todo recuerdo y toda huella que hubieran podido dejarle en la piel las formas de la bella y salvaje Yarpa, la sacerdotisa *bonpo* tibetana; al igual que para Umara la vara de jade del antiguo monje del Gran Vehículo se convirtió en más deseable aún cuando ella, apenas se desnudó Cinco Prohibiciones, le rindió homenaje con los labios.

El ceremonial amoroso al que se entregaron permanecería largo tiempo grabado en su memoria, hasta tal punto dieron prueba de creatividad e imaginación en el curso de aquella noche.

—Hacía siglos que esperaba este momento, amor mío. Mi vientre está seco como el desierto de Gobi al final del invierno… —ronroneó la muchacha entre estremecimientos.

—Estoy dispuesto a regarlo con mi licor como se merece… —dijo él al tiempo que se echaba al cuello los muslos de su amante para poder lamer sin ninguna dificultad su capullo de peonía mientras ella acariciaba suavemente su vara de jade, henchida y ya a punto de estallar.

—Quiero sentirte dentro de mí de todas las maneras posibles… —murmuró ella dándole a entender con aquellas palabras que su puerta de atrás estaba presta a acogerlo con el mismo entusiasmo y fervor que la de delante.

—No hemos intentado nunca ese caminos… —dijo como en tono de protesta el antiguo monje del *Mahâyâna*.

—Quiero darte todo cuanto tengo. Entre nosotros no deben existir fronteras —añadió ella adoptando, para mayor precisión, una postura ante la cual era imposible resistirse.

Umara experimentó tal placer que a punto estuvo de despertar con sus exclamaciones a los novicios que dormían allí cerca. Cinco Prohibiciones ató delicadamente un pañuelo de seda a la boca de su amante, lo que, lejos

de atenuar sus ronroneos, tuvo un curioso efecto multiplicador de sus suspiros, como si aquella suave sujeción aumentase todavía más un placer que no conseguía dominar.

Durante largas horas y hasta la madrugada, sus cuerpos sedientos se amoldaron uno a otro a la manera de la llave forjada especialmente para la cerradura que abre milagrosamente la puerta de un escondrijo donde se ocultan tesoros de los que incluso se ignora su existencia.

Y allí, en el estrecho jergón de la celda de un monje contemplativo donde no había ni un solo detalle capaz de perturbar los ejercicios espirituales de quien la ocupaba, se juraron fidelidad hasta la muerte.

Al día siguiente, el Superior Pureza del Vacío llamó a los dos amantes a su despacho.

—Cinco Prohibiciones, esta noche he cumplido el ritual que me permite liberarte de tus votos de monje a través de la imposición de manos. ¡Es algo que he inventado en beneficio tuyo! —dijo dirigiéndose a su antiguo ayudante y abriéndole los brazos como el padre que acoge en ellos a su hijo.

—Creía que los votos de los monjes eran indisolubles… —le dijo su antiguo ayudante, maravillado y encantado a la vez.

—Lo que hace un ritual, puede deshacerlo otro. ¿Lo importante no es seguir la vía que el Bienaventurado tiene trazada para cada uno?

—¿O sea, que podemos convertirnos oficialmente en marido y mujer sin que Cinco Prohibiciones, como antiguo monje del Gran Vehículo que ha pronunciado sus votos, se arriesgue a sufrir los fuegos o los hielos del infierno del Avici? —murmuró Umara, impresionada.

Las palabras que acababa de pronunciar el gran maestro de Dhyâna habían hecho absolutamente feliz a la joven cristiana nestoriana.

—¡Por supuesto, hijos míos! —corroboró el Superior.

—En tal caso, mi padre nos unirá mediante el sacramento del matrimonio de acuerdo con el rito previsto por la Iglesia de Nestorio.

—Es evidente que será muy feliz de proceder de ese modo… —dijo el antiguo ayudante de Pureza del Vacío, a quien éste acababa de liberar de sus votos.

—Y eso no cambiará en nada el amor que nos tenemos ni el hecho de que mi Dios Único haya querido nuestra unión, ya que ha hecho que nos

reunamos aquí. A él le debemos lo que nos ocurre, así como todo lo demás, que siempre sucede por añadidura —añadió la hija de Addai Aggai, cuya fe en su Dios no se inquietaba por los rituales.

—Tu fe permanece intacta. Y eso está bien. Pero no olvides que el Buda vela también por todos aquellos que lo ignoran. Acepta esto, pues —añadió el gran maestro de Dhyâna tendiendo a la joven cristiana una cadenilla de la que pendía un minúsculo relicario de plata dentro del cual se guardaba un fragmento de sutra y que se colgaban del cuello algunos eremitas antes de aislarse en grutas desiertas para meditar durante meses.

—Me halagáis en exceso, maestro Pureza del Vacío —le dijo Umara con una sonrisa.

—Quisiera hacerme perdonar las sospechas que yo equivocadamente alimentaba y que explican mi error… así como todo el mal que he podido hacerte… Por muy maestro de Dhyâna que sea, me equivoqué con respecto a ti, Umara —dijo con un suspiro el Superior de Luoyang.

La hija de Addai Aggai tenía que hacer esfuerzos para reconocer en aquel viejo sinceramente contrito al maestro espiritual que dirigía con puño de hierro a los miles de monjes y novicios del convento *mahayanista* más grande de China.

Pero no había edad para convertirse.

Y los humildes, las almas sencillas, los que abrigaban reservas mentales, estaban mucho más próximos de la santidad que los demás…

L

PALACIO DEL PARQUE DE LAS PEONÍAS ARBORESCENTES
LUOYANG, 5 DE MARZO DE 659

La pequeña Joya estaba sola y ya empezaba a aburrirse en aquel inmenso Palacio de Verano de Luoyang, donde había oído muchos ruidos extraños procedentes de la habitación de su querida tía Wu.

En aquel final de invierno en que la naturaleza parecía desperezarse después de la permanencia en el frío, la emperatriz de China había llegado la víspera a la capital de verano de los Tang, donde ahora multiplicaba sus estancias so pretexto de que allí el aire era más puro que en Chang An.

Era la primera vez que la niña estaba sola sin su hermano, ya que de ordinario los Gemelos Celestiales lo hacían todo juntos.

Aprovechando la presencia de la emperatriz, Pureza del Vacío, deseoso de iniciar a Loto en el tiro con arco, había mandado conducir a los niños al Palacio de Verano, donde el niño iba a recibir lecciones del arquero personal de Wuzhao. A pesar de las súplicas de Joya, el gran maestro de Dhyâna consideró que no debía acceder a los deseos de la niña, que quería imitar a toda costa a su hermano, puesto que desde hacía milenios el tiro con arco estaba reservado a los hombres.

Teniendo en cuenta lo ocurrido con ocasión de la última entrevista en Chang An, el gran maestro de Dhyâna se abstuvo prudentemente de comparecer en persona, aunque contaba con informar a la emperatriz a través del medio apropiado de que se había retractado tanto en lo que

concernía a Umara como en relación con el perdón a Cinco Prohibiciones. Solicitó, pues, a Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo que condujera la carroza con los dos niños al Palacio de Verano y durante todo el trayecto desde el convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales fue saludada fervorosamente por la multitud.

Así pues, el niño recibió su primera clase en la zona del Parque de las Peonías dedicada al tiro con arco y, pese a las protestas de su hermanita, ésta tuvo que dejarlo partir, aunque después se encerró, decepcionada, en un enfurruñamiento del que las gobernantas de la emperatriz no consiguieron arrancarla.

—¿Dónde está tía Wu? —preguntó a una de aquellas mujeres que se pasaban el día entero en una sala que daba al parque esperando que la emperatriz las llamase y les ordenase que hicieran alguna cosa determinada.

—Dama Wuzhao descansa en su alcoba. En cuanto se levante, la verás. Entretanto, si quieres un juguete, basta con que lo digas, mi querida Joya —le dijo la gobernanta en cuestión, que no conseguía disimular la repulsión y el temor que le inspiraba el rostro de la niña, la mitad del cual tenía una tonalidad rojiza y estaba cubierto de pelo.

—No necesito nada, gracias. Prefiero entretenerme sola —le replicó ésta en tono perentorio, nada habitual en ella pero que revelaba muy a las claras su contrariedad.

La gobernanta, entonces, la dejó sola en un inmenso salón y una vez allí, sin que nadie la molestara, Joya, maravillada después de los primeros instantes, de abatimiento, se dedicó a observar la suntuosidad de los muebles reservados en exclusiva al uso imperial.

Lo que atrajo mayormente su mirada de niña que descubre el mundo fue una mesa de juego de palo de rosa del tipo *shanghuqizhuo* sobre la cual descansaba un juego de ajedrez cuyas imponentes figuras estaban talladas en marfil de elefante. Alrededor del mueble cuya superficie estaba decorada con motivos incrustados de madera de sándalo color púrpura y peral amarillo, unos asientos del tipo *chanyi* ofrecían a los traseros que tenían la suerte de sentarse en ellos una particular sensación de comodidad. En aquella época, ese modelo ya hacía furor y se podía encontrar en las salas de oración de los templos búdicos más ricos.

Arrimada a la pared, había también una cómoda lacada en cuyas caras un pintor había dibujado escenas de caza y pesca en medio de árboles, cascadas, lagos, picos montañosos y nubes. Gracias a la superposición de tonalidades cálidas, bordeadas por los finos trazos negros y rojos del pincel del artista, lo que se ofrecía a los ojos de la pequeña Joya era la verdadera imagen de la armonía entre el hombre y la naturaleza, concepto típicamente taoísta.

Era evidente que la Gemela Celestial no había visto en su vida nada parecido.

Prosiguiendo su inspección, la niña alzó de pronto los ojos al techo decorado con artesones de madera y pájaros dorados con pan de oro, y después descubrió inopinadamente un soberbio espejo de bronce que presidía una estantería de ébano refulgente como el agua de un lago.

A medida que iba haciéndose mayor, la niña había tenido ocasión de percatarse de que le impedían acercarse a las superficies reflectantes, por lo que desde hacía varias semanas trataba en vano de estar atenta a algún descuido que le permitiese burlar esta prohibición cuya razón no comprendía.

Pero ahora, de pronto, en aquella sala donde estaba sola, hete aquí que un hermoso espejo circular parecía ofrecérsele con los brazos abiertos.

Con gran precipitación, acercó uno de los asientos *chanyi* a la pared y consiguió subirse, con ayuda de sus bracitos, en la cómoda lacada, de modo que pudo coger el espejo de la estantería y bajar después con él procurando no resbalar por la improvisada escalera.

Se trataba de un hermoso espejo decorado con unos leones enfrentados y rodeado de pámpanos, además de estar provisto de una gran protuberancia atravesada por un cordón de seda escarlata. Tras acariciar el lado historiado del espejo, le dio la vuelta y le faltó tiempo para mirarse en él.

Al descubrir su cara en el círculo pulimentado y brillante al que se acercó sosteniéndolo por el mango en forma de cola de dragón, no pudo reprimir un terrible gemido en que el miedo y la sorpresa se mezclaban con la desesperación.

Lo que vio en el espejo fue un rostro dividido en dos a lo largo de la arista de la nariz. Era un rostro que no se parecía a ninguno de cuantos

había visto en su vida.

Joya acababa de adquirir conciencia de la singularidad que la afectaba.

Acariciándose la cara con la mano comprendió de pronto por qué había notado, siempre que hacía aquel gesto, aquel vello que cubría una parte de la misma.

Sola en el salón suntuosamente amueblado, apretando con todas sus fuerzas con la mano el mango del espejo revelador, la pequeña Gemela Celestial había descubierto aquel terrible secreto que ella era la única en ignorar y que le valía miradas compasivas o, por el contrario, profundamente fervorosas por parte de los miles de peregrinos que todos los días hacían cola para prosternarse a sus pies.

Volvió a pegar el rostro a la superficie reflectante del espejo y, bajo los efectos de una emoción incontrolable, estalló en sollozos para correr después a acurrucarse, con el pulgar en la boca, en uno de los grandes divanes del salón.

Con la mano crispada aún en torno al espejo, no parecía cansarse de escrutar aquella carita que aparecía en el círculo de bronce pulimentado.

Pasado un momento se dio cuenta de que, cuanto más se miraba, menos miedo le infundía su imagen, lo que hubo de tranquilizarla un poco. Y entonces oyó de nuevo aquel ruido extraño procedente de la habitación de la emperatriz, a la que se accedía a través de un saloncito contiguo.

Dejó el espejo y aguzó el oído.

Era aquella misma clase de estertor, aunque ahora más potente y cadencioso, que había oído al entrar en el salón y que ahora le volvía a los oídos: una especie de suave mugido, como si Wuzhao tuviese en su habitación algún animal de compañía.

Intrigada, la niña acabó por levantarse del diván y decidió averiguar de qué se trataba. La puerta de la habitación de tía Wu estaba cerrada. Joya pegó la oreja contra los paneles y oyó un diálogo del que no comprendió nada y del que sólo le llegaban palabras como: «¡Oh, sí! ¡Más fuerte! ¡No, demasiado! ¡Qué bueno!». Las exclamaciones eran de la soberana, cuya voz reconoció perfectamente, interrumpidas por otros estertores que iban en aumento y a los que alguien respondía con: «¡Así! ¡Quieta! ¡Así! ¡No te

muevas! ¡Ya verás! ¡Aún será más fuerte!». Era una voz autoritaria de hombre con un acento cortante como un cuchillo.

Todavía bajo los efectos de su descubrimiento, Joya llegó a preguntarse si Wuzhao, cuyos lamentos podían hacer pensar en quejas de dolor, no estaría sufriendo algún tormento.

Decidida a defender a su querida tía Wu contra aquel malvado que le hacía daño, la niña optó por entrar en la habitación. Su corazón latía alborotado cuando se encontró en la habitación tras abrir la puerta sin hacer el menor ruido.

Lo que vio allí la dejó literalmente muda.

En la enorme cama de ceremonia, su tía Wu, de espaldas y completamente desnuda, estaba sentada a horcajadas sobre un hombre de piel oscura con el cuerpo perforado por una serie de aros. Sobre el vientre de aquel individuo, plano como una tabla y poblado de extrañas cicatrices, su tía se entregaba a un movimiento de cadencioso vaivén acompañado de espasmos y lamentos.

—¡Tía Wu! ¡Tía Wu! ¿Te encuentras mal? —no pudo dejar de exclamar Joya con voz temblorosa, pero lo bastante fuerte para hacerse oír.

Estaba lejos de sospechar que acababa de sorprender a la emperatriz de China haciendo el amor con su propio padre.

—¡Tía Wu! ¡Tía Wu! ¡Soy yo, Joya! ¿No estás bien? —repitió la niña al borde del llanto.

Al oír aquellas palabras, la soberana se volvió bruscamente y cuando vio, asustada, que quien acababa de pronunciarlas era su querida Gemela Celestial, se echó precipitadamente una sábana sobre los hombros e hizo ademán al hombre de que abandonara su cama.

—¡Querida mía, había olvidado por completo que estabas aquí mientras tu hermano toma lecciones de tiro con arco! —murmuró, desconcertada, atrayéndola a sus brazos.

—¡Tenía tanto miedo, tía Wu, de que un señor estuviera haciéndote daño! —gimió la niña estallando en sollozos.

La pequeña temblaba de pies a cabeza, lo que no era habitual en ella, de ordinario tranquila y perfectamente equilibrada. Justo en aquel momento Wuzhao advirtió que la niña sujetaba en la mano con un cordón atado

alrededor del puño el espejo de bronce con adornos luristaneses[56] de leones y pámpanos que normalmente estaba en la estantería del salón contiguo a su habitación.

—¿Qué haces con ese espejo, mi pequeña Joya? —preguntó la soberana de China a la niña, que se echó a llorar con redoblada intensidad—. ¿Te has mirado en él? ¡Respóndeme! —añadió, alarmada, la soberana.

—¡Sí! Y he tenido mucho miedo… —murmuró Joya arrebujándose contra el pecho desnudo de la emperatriz.

—No debes tener miedo de ti, mi querida niña.

—Tengo una cara que es diferente de todas. Tía Wu no tiene pelos —dijo entre sollozos la pequeña.

—Todos los que te ven alaban tu belleza, mi pequeña Joya. Los rasgos de tu cara son tan finos como los de la estatua más hermosa de *Guanyin* que hay en la sala de oraciones del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales… Lo que pasa es que tú eres diferente de los demás —murmuró Wuzhao acariciándole la hermosa cabellera ondulada.

A fuerza de mimos, la niña acabó por dejar de derramar lágrimas y al final ya no sabía si reír o llorar…

—¡Eres hermosa como un corazón! —aseguró la emperatriz a Joya, cuya manita se agarraba con fuerza a la suya.

—Pero la primera vez que me he mirado en el espejo, he tenido miedo.

—¿Cómo vas a tener miedo de una carita tan linda como la tuya? Respóndeme, Joya, y que no se hable más del asunto: ¿aceptas que la mitad de tu hermoso rostro esté cubierta de pelo?

—Sí, tía Wu, lo acepto —susurró la niña.

—Lo importante es aceptarse tal como uno es y después, con el comportamiento, mostrar a los demás, suponiendo que merezcan saberlo, lo que uno lleva dentro. De la misma manera que los diamantes están encerrados en gangas de roca que no dejan entrever su esplendor desde el exterior, las cualidades profundas de los individuos no dependen de su apariencia —le explicó la emperatriz con voz dulce.

—Ahora entiendo mejor lo que me ocurre y por qué me exponen a los peregrinos. ¡Tía Wu, me gustaría tanto mirarme en el río! Los árboles se reflejan en él con mucha más claridad que mi rostro en este espejo —dijo la

niña en tono quejumbroso—. ¡Quiero ir a la orilla del Lë! Quiero ir a ese sitio del que tía Wu sacó las piedras mágicas. Quiero saber si mi rostro es igual visto en el agua.

La emperatriz, encantada, comprobó de paso que Joya había aprendido la lección cuando ella le suplicó que no revelara nunca a nadie que el Mudo había grabado las inscripciones adivinatorias que anunciaban el inminente advenimiento al trono de China de una mujer que se le parecía en todos sus rasgos.

—Querida mía, lo que has dicho responde a mis deseos. No puedo soñar nada mejor de mi princesita —exclamó la soberana, extraordinariamente reconocida—. ¡Vamos a ir ahora mismo!

La niña interrumpió el llanto inmediatamente. Le encantaba aquel paseo, que la soberana, debido a estar excesivamente ocupada, rara vez le concedía.

—¡Mudo, voy al río con Joya! —exclamó Wuzhao dirigiéndose a su factótum.

—Voy a dejar la jaula del grillo y en seguida estoy con vos, Majestad —respondió la voz ligeramente velada del hombre, mientras la niña, radiante de alegría, bajaba la escalera de la majestuosa galería de teca que conducía al césped del Parque de las Peonías.

No tardaron mucho tiempo en llegar a la orilla de las aguas tumultuosas, donde se sentaron en un banco.

—¡Qué bonito! —murmuró Joya, apretando más fuerte con su mano regordeta y suave como la seda la de Wuzhao, que llevaba los dedos cubiertos de sortijas preciosas que fascinaban a la niña y terminaba en unas uñas largas y curvadas como las garras de un ave rapaz.

—Desde que te traía aquí cuando eras pequeña, siempre te ha gustado el agua. ¿Recuerdas el sitio aquel dónde por poco te ahogas?

—Era más lejos, junto a la orilla. Allí donde estaban sumergidas las piedras adivinatorias que aquel elefante grande como una montaña blanca sacó del agua —respondió Joya señalando los árboles de un bosquecillo situado corriente abajo.

—Joya, tienes que saber que yo te quiero como si fuera tu mamá —le murmuró Wuzhao sentándosela en las rodillas.

—Yo no tengo mamá —le replicó ella haciendo una encantadora mueca.

—Pero son muchas las personas que te quieren.

—¿También el maestro Pureza del Vacío?

—¿Por qué me lo preguntas?

La emperatriz pareció herida en lo más vivo.

—Es muy serio con nosotros. No nos deja jugar. Siempre debemos estar a punto para que nos vean los fieles que vienen al monasterio.

—¿No te parece normal? Piensa que hay devotos que han estado caminando toda una semana, noche y día, para prosternarse a tus pies…

—¿Qué ven en nosotros? ¿Por qué nos encuentran tan curiosos?

—Más que de curiosidad, se trata de devoción, mi pequeña Joya.

—O sea, que yo no les doy miedo —dijo, pensativa, la niña, a la que la soberana cubrió de tiernos besos.

—A mí me habría gustado ser yo quien te explicara cómo era tu rostro… y por eso tenía prohibido que tuvieras al alcance de la mano cualquier superficie en la que pudieras mirarte. Pero las circunstancias han decidido que las cosas ocurrieran de otro modo…

—Cuando te he visto en la cama de tu habitación creía que te encontrabas mal… He pasado mucho miedo —exclamó con aire compungido la hermana de Loto echándole los brazos al cuello y acurrucándose en su pecho.

—Dentro de unos años, cuando estés en edad de comprender estas cosas, sabrás que entre el placer y el sufrimiento hay una zona que le es común en la que se rozan los dos —respondió, nada cohibida, Wuzhao, antes de advertir que la Gemela Celestial se había dormido en sus brazos.

Corría el tiempo y la emperatriz, que no se veía llevando en brazos a Joya hasta el palacio, tuvo necesidad del Mudo. Y hasta entonces no cobró conciencia de que su inseparable factótum había desaparecido.

—¡Mudo! ¡Ayúdame a llevar a la pequeña! —gritó la emperatriz, convencida de que el interesado debía de estar detrás de algún árbol, ya que siempre la seguía a todas partes como su sombra. Pero contrariamente a lo habitual, por lo visto el gigante turco-mongol no la oía.

Bastante molesta, reiteró la orden en voz más alta sin que tampoco produjera ningún efecto. Miró a su alrededor, preguntándose por qué su

factótum no le respondía, y muy lejos de sospechar que el Mudo simplemente no estaba allí, puesto que eso era algo que se le antojaba imposible.

¿Cómo habría podido sospechar que la ausencia del Mudo obedecía a la realización de un proyecto que el gigante turco-mongol había estado meditando durante todos los meses en que asistió en silencio a las expansiones de la soberana con aquel extravagante *yogui* indio al que ella utilizaba como «remedio contra el dolor de cabeza»? ¡Jamás se había dado cuenta de que su factótum se había enamorado de ella!

El Mudo había matado a Nube Blanca. Un gesto terrible que consumó mientras Joya y Wuzhao estaban junto a la orilla del río y que el gigante ejecutó por amor a la emperatriz.

Fue un acto limpio, realizado en un abrir y cerrar de ojos gracias a la fuerza hercúlea de sus gruesos brazos tatuados… Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos en aquella famosa tarde en que la pequeña Joya se había enterado de cuál era su aspecto y había sorprendido a la emperatriz en brazos de Nube Blanca.

Mientras la niña estaba sola en el suntuoso salón y descubría el reflejo de su rostro inaudito, el Mudo, apostado en un rincón de la habitación de su ama, debía soportar los intolerables gemidos de placer que ésta profería.

Al principio de aquel extraño idilio, al ver entrar al hombre con la palabra «*Tantra*» escrita en el vientre en la habitación de la soberana, el factótum creyó que se trataba de un simple capricho de aquella mujer de apetito sexual insaciable, que cambiaba a menudo de amante y se servía de él cuando no tenía otra cosa que llevarse a la boca. Era una situación que no desagradaba al gigante, ya que él era su único amante fijo frente a tantos amores volanderos, y estaba convencido de que el tiempo jugaba a favor suyo, lo que por otra parte parecía corroborar el creciente placer experimentado por Wuzhao con su «amante por defecto», según lo llamaba ella.

Pero, cuanto más tiempo pasaba, más desengañado se sentía el gigante, puesto que todo lo impulsaba a convencerse de que Wuzhao estaba tan pegada al *tántrico* como el hongo al árbol.

Un buen día, el gigante turco-mongol acabó por armarse de osadía y manifestó a la soberana todo lo que pensaba de aquel rival de ojos inyectados en sangre, incapaz de vivir sin consumir sus extrañas píldoras. Wuzhao, contrariamente a lo que cabía esperar de su reacción ante el atrevimiento de un esclavo, resolvió que debía poner fin a aquella relación, ya que podía tener un mal final. Pese a todo, no lo hacía, por lo que el Mudo estaba cada vez más apesadumbrado y furioso. Por mucho que le jurase que pensaba echar de palacio definitivamente al indio para evitarse posibles peligros, el hecho es que no pasaba a la acción. La enferma de migraña acababa siempre por volver a solicitar la presencia de Nube Blanca y compartir con él unas expansiones cada vez más complejas y paroxísticas, de las que al factótum no se le escapaba nada, ya que Wuzhao, por prudencia, le había dado la orden de permanecer dentro del radio de su voz.

Y así fue como tuvo ocasión de asistir a los abrazos más enloquecidos, que ponían a dura pero deleitosa prueba la flexibilidad de los cuerpos y obligaban a los participantes con desconcertante facilidad a las sutiles variaciones de las posturas del Sutra del Amor que Nube Loca había enseñado una por una a su compañera apoyándolas con demostraciones.

Aquella tarde, en la habitación que daba al gran salón de honor del Palacio de Verano de Luoyang, Wuzhao había gozado profundamente y lo había demostrado con los gritos y exclamaciones de placer que provocaron la irrupción intempestiva de la niña de rostro medio simiesco en su habitación.

Cobijado como de costumbre detrás de una de las cortinas de la habitación, el Mudo asistió a toda la escena.

Apenas vio a Joya, Wuzhao hizo señal con la mano a Nube Blanca para que abandonara su cama.

Éste la obedeció de mala gana, puesto que le apetecía muy poco interrumpir sus placeres. Tras ingerir la enésima píldora de la jornada, se refugió entre los pliegues de la pesada cortina escarlata donde el Mudo estaba escondido, de modo que éste sólo tuvo que extender los brazos para agarrar por el cuello descarnado al indio de tetillas perforadas.

Y mientras la emperatriz se dedicaba a consolar a Joya, el gigante turco-mongol no tuvo más que empujar a su víctima hacia atrás y seguidamente

apretar su odiado cuello con todas sus fuerzas hasta que le chasquearon las falanges. Nube Blanca, ya a punto de ahogarse, se limitó a susurrar la palabra «Manakunda», pero la patética invocación con la que el asesino de Manakunda solicitaba, en un último arranque de lucidez, el perdón de su víctima se transformó en inaudible murmullo.

El Mudo no dio al *tántrico* tiempo a seguir debatiéndose, como tampoco a implorar el perdón de aquella tal «Manakunda», ya que le machacó las vértebras cervicales con sólo la fuerza de sus manos y, a juzgar por la ola de bilis que el *tántrico* expulsó por la boca, éstas habían quedado reducidas a papilla.

El gigante turco-mongol perpetró su crimen en un instante, después de lo cual envolvió a su víctima, de pie como estaba, en el carmín del pesado cortinaje de brocado de seda ante las mismas narices de Wuzhao, quien no se apercibió de nada, ocupada como estaba en consolar a la niña, que seguía derramando todas las lágrimas que tenía en el cuerpo mientras su padre pasaba a mejor vida.

Cuando la soberana salió en dirección al río, el Mudo tuvo que llevar a rastras el cuerpo sin vida del *tántrico* de tetillas perforadas fuera de la habitación y limpiar a toda prisa las manchas nauseabundas que emporcaban los rojos cortinajes.

Terminada la operación, se le planteó la cuestión de deshacerse del cadáver.

¿Dónde hacerlo desaparecer para que nadie lo descubriera nunca? Quedaba descartado el Parque de las Peonías dado el número de jardineros que trabajaban de continuo en aquel inmenso jardín arbolado donde cada planta era objeto de atentos cuidados. El hedor del cuerpo en fase de putrefacción habría denunciado a no tardar su presencia. Tenía que actuar con rapidez. Wuzhao había partido con Joya a la orilla del río y cualquier ausencia prolongada de su factótum sería sospechosa a ojos de la emperatriz, cuya perspicacia no tenía resquicios.

Entonces, por simple asociación de ideas, al turco-mongol se le ocurrió una solución que le pareció ideal bajo todos los puntos de vista.

Transportaría el cadáver al Lë y le bastaría con sumergirlo allí donde antes reposaban las míticas rocas que el elefante blanco de la víctima había

arrancado del limo hacía unos meses. Como se había sumergido en aquel lugar, conocía la profundidad del lecho del río y no dudaba de que, una vez allí, el cadáver de Nube Blanca sería devorado por los peces antes de que nadie se apercibiera de su desaparición.

Se cargó, pues, en los hombros el cadáver envuelto en una sábana y se dirigió, rápido como una centella, a la orilla del río. Tras balancear sobre las aguas la macabra carga previamente lastrada con dos pesadas piedras, aguardó hasta que se remansaron las burbujas y después se encaminó a toda prisa hacia el banco de piedra donde la emperatriz acostumbraba a sentarse cuando se acercaba al río en compañía de los Gemelos Celestiales.

El banco estaba vacío. Wuzhao debía de haber emprendido el camino de regreso. Corrió para alcanzarla y cuando descubrió, al borde del camino, la silueta familiar, se apresuró a llamarla.

—Majestad, ¿me necesitabais? —dijo, por si acaso, a la soberana, que hacía grandes esfuerzos para llevar en brazos a Joya.

—¡Te estaba buscando! Creía que te habías ido —exclamó la esposa de Gaozong, furiosa, mostrándole a la niña, dormida con los puños cerrados, como una recién nacida en brazos de su madre.

El Mudo, entonces, cargó con la Gemela Celestial con gestos tan delicados y tiernos que la niña no abrió siquiera un ojo. Aquellos brazos nervudos y gruesos cubiertos de tatuajes que acababan de fracturar como endebles ramas las cervicales de Nube Blanca también eran capaces de sostener a una niña dormida sin despertarla.

—¿Dónde estabas? —inquirió la soberana.

—Majestad, Nube Blanca se ha ido. Quería robar joyas, yo lo he impedido. Estaba furioso. Mucho miedo. De pronto, ¡ha desaparecido! —dijo el factótum, que tenía preparada la respuesta de antemano.

—¿Con el elefante blanco?

—¡No! ¡A pie! ¡Solo!

—Qué extraño… Nube Blanca no se desplaza nunca a pie —murmuró, pensativa, la soberana.

—Pues ha huido corriendo. ¡Tenía miedo de mí!

—Estarás contento después de tanto tiempo pidiéndome que me desembarazase de él —exclamó la emperatriz, hablando entre dientes.

—Yo no estar enfadado. El hombre del elefante blanco no era bueno para vos —confirmó en tono ambiguo el factótum, que procedía con grandes precauciones.

Cuando llegaron al mirador del Palacio de Verano, al final del seto de magníficas peonías cuya floración ya no podía tardar, Wuzhao tuvo la satisfacción de observar dos siluetas familiares que le hacían grandes gestos.

Eran Umara y Cinco Prohibiciones, que la estaban esperando en la escalinata que accedía al mirador de su habitación, acompañados del ma-ni-pa y de una cuarta persona.

—¡Oh, Umara y Cinco Prohibiciones! ¡Qué contenta estoy de volver a veros juntos y con tan buena salud! —exclamó la soberana abriendo los brazos a la joven cristiana, que corrió a refugiarse en ellos sin el menor titubeo.

—El destino nos ha reunido. ¡Loado sea el Bienaventurado! ¡Qué proteja a Wuzhao, la gran emperatriz de China, como nos ha protegido a nosotros, a Umara y a mí! —le respondió el antiguo monje del Gran Vehículo, cuya voz temblaba de emoción.

—En cuanto a ti, ma-ni-pa, espero que continúes recitando tu santo mantra. ¡Es tan beneficioso para todos aquellos que lo escuchan! —añadió la soberana, con humor jovial, dirigiéndose al monje errante.

—Si no fuera por vos, Umara y yo no volveríamos a estar juntos —exclamó Cinco Prohibiciones con voz turbada por el reconocimiento.

—No ha habido día que no pensase en vosotros. Sabía que llegaría ese momento —murmuró Wuzhao acariciando la espesa cabellera de la joven de ojos bicolores.

—¡Y nosotros también! —dijo la hija de Addai Aggai.

—El amor que os tenéis ha sido más fuerte que todo lo demás —dijo la soberana con una sonrisa.

—Majestad, ¿os puedo presentar al joven parsi Ulik, cuyo deseo más ardiente es conseguir la nacionalidad china? Su conocimiento perfecto de nuestra lengua ha hecho de él un intérprete profesional. Este joven me ha sido siempre de gran ayuda. Sin él, los Gemelos Celestiales no estarían aquí…

—¿Se puede saber cómo os ha encontrado Ulik? —inquirió la soberana.

—Vagaba por los parajes del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, adonde había ido a entrevistarse con el maestro Pureza del Vacío para hablarle de la verdadera identidad de Luna de Jade. Creía proceder de forma adecuada, ¿verdad, Ulik?

—De haberlo sabido, me habría abstenido. Yo no sabía que eso llevaría a la cárcel a un embajador omeya —precisó, medio en serio medio en broma, el interesado.

—En todo caso, esa información me ha permitido armar un buen escándalo durante una audiencia oficial —dijo Wuzhao, visiblemente satisfecha de la jugada que había podido hacer.

Interrumpió su conversación la ruidosa llegada de Loto y de su maestro de armas, que volvían de la sesión de tiro con arco. En cuanto Joya oyó la voz de su hermano, abrió los ojos y se retorció como una anguila en brazos del Mudo hasta que éste la dejó en el suelo. Inmediatamente la niña se precipitó sobre su hermano gemelo para cubrirlo de besos mientras éste mostraba, orgulloso, a su hermana el arco con el que aprendía a disparar.

Daba gusto ver a los Gemelos Celestiales, cuyos gritos de alegría reforzaban el carácter alegre de esos encuentros, en compañía de todas aquellas personas que los amaban y se sentían tan felices de volver a estar juntos.

Tras haber confiado los Gemelos Celestiales al monje del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, que había venido a buscar a los pequeños, y de haberse asegurado de que la nodriza había acostado a Lixian, de quien había que reconocer que Wuzhao se ocupaba apenas, la soberana ordenó que todos entraran en su comedor, donde estaba preparada la cena.

Cuando ya iba a sentarse, Cinco Prohibiciones se quedó inmóvil al descubrir una inmensa masa blancuzca a través de la ventana desde el lugar donde Wuzhao le indicó que se sentara.

—¿No es un elefante blanco? —preguntó a la emperatriz de China.

—Ni más ni menos… —murmuró Wuzhao, que no tenía ningún deseo de extenderse sobre las razones de la presencia del animal en el Parque de las Peonías.

—Jamás había visto nada parecido. Se parece con pelos y señales a la descripción que me hizo Puñal de la Ley del animal sagrado de su convento del *Único Dharma* de Peshawar. El mismo que su Superior, *Buddhabhadra*, se llevó al país de Bod, puesto que era el único capaz de transportar las reliquias de los Ojos de Buda —prosiguió el antiguo monje del *Mahâyâna*, que se había acercado a la ventana del comedor para contemplar al paquidermo.

—¡Vaya elefante espléndido! —añadió Umara, tan maravillada como su amante.

—Es el regalo de una persona agradecida. Espero ofrecerlo al pueblo en la *Fiesta de Primavera*, al final de este ciclo lunar. Después de esto, se convertirá en un tesoro nacional —les explicó Wuzhao, cuya presencia de espíritu, en estas circunstancias, no tenía límite.

Cuando se sentaron por fin para saborear el pescado frito al jengibre, acompañado de quisquillas de río rebozadas, manjares que entusiasmaban a la emperatriz y que su cocinero particular le preparaba prácticamente todos los días, la conversación comenzó a girar primero sobre lo que había ocurrido con Cinco Prohibiciones después del secuestro de Umara por obra de Pureza del Vacío y después sobre Cargamento de Quietud y Addai Aggai, los dos religiosos extranjeros que la emperatriz alojaba en el Pabellón de Recreo de Chang An.

—Es un verdadero milagro que nos hayamos reunido todos en China central. Si supierais qué ganas tengo de ver a mi padre después de tanto tiempo de no darle noticias mías —suspiró la joven cristiana.

—Pues basta con que vayas al Pabellón de Recreo, el mismo lugar donde os di albergue antes de que os vierais obligados a escapar —dijo Wuzhao.

—Majestad, traté inútilmente de acercarme, hace pocos días, a la puerta del palacio imperial de Chang An. Hay policías que controlan los pasaportes de todos cuantos solicitan audiencia al soberano. No veo cómo, en estas condiciones, nos será posible entrar —exclamó Cinco Prohibiciones.

—Es verdad que parece que la burocracia policial no conoce límites. Créeme, Cinco Prohibiciones, si te digo que así que pueda anularé la

prohibición que impide que nuestro pueblo tenga libre acceso a su soberano. Ese proceder es reflejo de un régimen débil. Un poder tan desconfiado con respecto a la gente que debería proteger tiene que ser por fuerza más débil de lo que aparenta —afirmó la interesada.

—A falta de pasaporte extendido en debida forma, me temo mucho que Umara no podrá reunirse con su padre…

—En menos de tres semanas, el palacio imperial de la capital de Occidente será abandonado por la corte, que acudirá a la celebración de la *Fiesta de la Primavera* en el monte Taishan. Provistos de este salvoconducto, entraréis allí como en casa. Una vez allí, no os olvidéis de ir a liberar a Luna de Jade, de cuyos encantos Gaozong continúa disfrutando y por eso la pobre desgraciada está encerrada secretamente en la Cámara del Amor del emperador. Esa joven no merece esta suerte —les dijo Wuzhao.

La emperatriz de China deseaba realmente cumplir la promesa que había hecho a la esposa de Punta de Luz de sacarla de aquella cárcel tan dorada como repugnante donde el emperador la tenía encerrada:

—¿Acaso el emperador del Centro dispone a su antojo de Luna de Jade? —preguntó, pasmado, el antiguo ayudante de Pureza del Vacío.

—Es su último capricho. Y por desgracia, tiene todas las trazas de perdurar más tiempo que de costumbre —suspiró la emperatriz.

—Su esposo, el *kucheano* de religión maniquea Punta de Luz, se ha refugiado en un monasterio rural, no lejos del Fuerte del Perro, donde estuvo encerrado conmigo. Le hice jurar que no se movería si no recibía noticias mías. Suponiendo que me haya obedecido, no será difícil encontrarlo —exclamó el antiguo monje del *Mahâyâna*.

—Convendría liberar a Luna de Jade de las garras de mi marido. Después ya me las arreglaré para proporcionarles un certificado que otorgue oficialidad a su matrimonio. La administración de los asuntos civiles dejará hacer, ya que los maniqueos tienen aquí derecho de ciudadanía en las mismas condiciones que los ciudadanos ordinarios —concluyó Wuzhao.

—Lo que no ocurre con los nestorianos… —refunfuñó la hija del obispo Addai Aggai.

—En cuanto me haga con el poder, las autoridades chinas darán el mismo trato a los nestorianos que a los maniqueos —le aseguró la esposa de

Gaozong, después de lo cual ofreció a la joven unos buñuelos de quisquillas, crujientes y caramelizados, de la pirámide que el cocinero imperial iba amontonando sobre una bandeja de bronce.

—No dudéis de que, a partir de ese día, os estaré eternamente reconocida, Majestad —exclamó Umara dirigiéndose a la emperatriz de China.

Ahora lucía su mejor sonrisa y sus ojos bicolores brillaban con incomparable resplandor.

—Créeme si te digo que, si consigo mis objetivos, habrá muchas cosas que cambiarán bajo el cielo de este gran país de China. A mi regreso de la próxima *Fiesta de la Primavera* del monte Taishan, volveremos a vernos y tendremos ocasión de hablar de nuevo de todas estas cosas de manera más tranquila —murmuró.

—Para mí habéis sido como una madre —exclamó la joven cristiana arrojándose en brazos de la soberana.

Aquellas dos mujeres, que se comprendían perfectamente con medias palabras, se abrazaron afectuosamente. Y en aquel momento preciso, Wuzhao, ante la mirada sorprendida de los demás, volvió a un lado el rostro para ocultar la lágrima que acababa de asomarle en la comisura del ojo mientras acariciaba la larga cabellera ondulada de aquélla a la que tenía por su verdadera hija espiritual.

Cerró los ojos e imaginó que era un árbol vigoroso, resistente a la sequía y a la helada, que, contra todo lo que esperaba, había tenido la alegría de encontrar otro árbol igual que, por milagro, era de su misma madera.

LI

PALACIO IMPERIAL DE CHANG AN

Firuz tenía la confusa impresión de que estaba llegando a la meta. El Omeya avanzaba de puntillas hacia su objetivo. Constantemente alerta, procuraba que no crujiera la gravilla del patio que ahora debía atravesar sin que lo descubrieran.

A la izquierda, salía luz de una veranda a la que abrían puertas vidrieras. Era indudable que allí, a pocos pasos, había una presencia humana. Tenía, pues, que redoblar la vigilancia si no quería que lo atraparan en flagrante delito de violación del espacio reservado al emperador del Centro, ya que era un crimen castigado con pena de muerte.

Ya había franqueado las tres murallas del cerco y había conseguido escapar cada vez a los guardas imperiales apostados en sus garitas, encargados de vigilar que nadie se las saltase para entrar o salir del palacio imperial de Chang An.

Si eran exactos los informes obtenidos gracias a las monedas de oro que se había cosido en el dobladillo de su larga capa antes de salir de Palmira, sólo debía saltar una muralla más y después se encontraría en el jardincillo al que daba la Cámara de Amor del emperador Gaozong.

Se miró las puntas de los dedos. Las tenía ensangrentadas de agarrarse a las piedras. Pero, por curioso que parezca, eran heridas que no le dolían. La rabia que lo impulsaba a encontrar a Luna de Jade para poder vengarse le habría hecho atravesar un océano a nado si hubiera hecho falta.

Lo primero que hizo el diplomático bagdadí tras abandonar a Punta de Luz fue dirigirse al puesto de policía para denunciar a sus compañeros. Era la primera vez que procedía de este modo, la primera vez que denunciaba a unos inocentes que no le habían hecho daño alguno, sólo porque uno de ellos era el esposo de Luna de Jade. ¡A qué extremos puede llevar el odio!

Después, pese a la vergüenza que lo embargaba, el embajador omeya, con el rostro disimulado detrás de un holgado turbante, atravesó las barreras policiales que impedían a los que no tenían pasaporte acceder al palacio imperial y, una vez dentro, sobornó a uno de los numerosos porteros de pies amputados para que le indicase el lugar donde se encontraba la habitación tapizada de seda donde el emperador de China tenía encerrada a la concubina de la que se había encaprichado.

Y después no tuvo más que esperar, escondido detrás de una de las macizas columnas de la Sala de Audiencias, aquel día abierta al público, a que la cerraran al final de la jornada. Al caer la noche, salió a través de una de las ventanas e inició la escalada, procurando avanzar a lo largo de las paredes y no invadir el más mínimo campo luminoso de aquella extraña población fantasma en que se convertía al caer la noche la inmensa fortaleza donde Gaozong, el emperador del Centro, reinaba sobre el país más grande del mundo.

Y ahora estaba llegando al final.

Dentro de pocos instantes sus dedos ensangrentados ceñirían con todas sus fuerzas el cuello de Luna de Jade hasta que las falanges se le quedasen blancas como el albayalde de tanto apretar.

Para llevar a cabo aquel gesto funesto, ensayado desde su salida del Fuerte del Perro, no le quedaba más que escalar aquel último muro de ladrillo al que estaba aferrada una abundante cascada de hiedra y enseguida consumaría su plan.

Sin pararse a reflexionar, un día después de la partida de Cinco Prohibiciones y del ma-ni-pa del monasterio rural donde se habían refugiado, también él puso pies en polvorosa.

Los celos y el despecho amoroso habían sido más fuertes que el miedo de que lo capturaran; consideraba necesario culminar su venganza. Quería ver a Punta de Luz encarcelado de nuevo por las autoridades chinas y

contemplar, tendido a sus pies, el cadáver de aquella muchacha perversa, embustera e intrigante, que le había ocultado su matrimonio y sus verdaderos orígenes, hasta el punto de que él, Firuz el bagdadí, el diplomático enviado para atar los cabos sueltos entre el País de la Seda y el sultanato de Palmira, el cándido amante que tanto le había dado y de quien ella tanto se había burlado, fuera encerrado en la cárcel como un vulgar malhechor.

Lo que no había podido soportar, como sí aquel hecho fuera una herida en pleno corazón, era saber que la joven estaba casada con Punta de Luz y que éste la había dejado embarazada de un hijo.

Además, las palabras del maraqueo eran muy elocuentes con respecto a su devoción por la chica y al «gran amor» que mutuamente se profesaban. Firuz sabía demasiado bien que, en una pareja, un «gran amor» sólo puede ser fruto de la perfecta reciprocidad de sentimientos. Era evidente que Luna de Jade seguía amando a Punta de Luz como el primer día.

Por consiguiente, había llegado a la siguiente conclusión: o bien la chinita era incapaz de distinguir entre amor y sexo, ya que cada rincón del cuerpo de Firuz guardaba el delicioso recuerdo de sus abrazos y le era imposible descubrir el más mínimo comedimiento en aquella amante excepcional que era la muchacha o bien era una extraordinaria simuladora.

En cualquier caso, aquella duplicidad era, propiamente hablando, insoportable para él amante apasionado y sincero que él había sido. Ésta era la razón de que el amor que le profesaba se hubiera transformado en odio implacable. Después de haberla llevado hasta las nubes, lo único que deseaba ahora era aniquilar a la traidora Luna de Jade. Por eso rodeó con las manos un grueso tronco de hiedra y cerró los ojos. ¿Era el cuello de su amante lo que imaginaba apretar entre los dedos?

Tal vez fuera porque el muro era de ladrillo muy cohesionado o porque estaba recubierto de hiedra, el hecho es que aquella última tapia fue mucho más difícil de salvar que las anteriores.

Quizá la solución estaba en izarse sirviéndose de la hiedra como de una cuerda. A la altura de su brazo extendido, divisó de pronto una rama larga, hizo una profunda aspiración y se sujetó a ella con la mano. Se disponía a

recuperar el equilibrio ayudándose con los pies y afianzándose con la mano en lo alto del muro cuando la hiedra cedió y lo arrastró en su caída.

Habría proferido un grito, pero se contentó con morderse la lengua. Cuando se levantó a toda prisa, descubrió aterrado que había arrastrado en la caída todo un lienzo de hiedra, creando en el centro de la tapia un espacio vacío que dejaba al descubierto los ladrillos del muro que cercaba el recinto.

Se precipitó entonces hacia el ángulo de la veranda que había entrevisto al atravesar de tapadillo el patio cubierto de grava y hubo de decirse que había tenido un buen reflejo. Pues apenas se había deslizado detrás de una columna cuando de la habitación salieron dos individuos.

—Fíjate en esa tapia. ¿Qué es toda esa hiedra caída? ¡Es increíble! Jamás había visto cosa parecida —exclamó uno de los dos hombres, que caminaba con gran dificultad e iba tocado con un curioso gorro de dormir de seda.

El otro llevaba tan sólo un taparrabos y, alrededor de sus brazos musculosos, brillaban unos rutilantes brazaletes de oro.

—¿Queréis que llame a los soldados, Majestad? Realmente esto me parece muy extraño. Esa hiedra no se ha caído sola —corroboró su acompañante, que además llevaba el cráneo completamente rapado.

Firuz, aterrado, reconoció entonces al emperador Gaozong.

—¿A ti qué te parece, Gomul, esto es obra de un hombre o de un animal? —prosiguió el otro sin responder a la pregunta.

—Majestad, no veo qué animal podría arrancar tal cantidad de hiedra tras haber entrado en un patio que, de hecho, está cerrado —dijo el servidor del emperador del Centro.

—Entremos, hace mucha humedad y no es buena para el reumatismo. Tengo cosas mejores que hacer dentro —dijo Gaozong dando por terminada la conversación.

Gomul tuvo que ayudarlo a volver a la escalera de la veranda, cuyos peldaños subió con dificultad.

El embajador omeya sintió que el pánico le hacía un nudo en el estómago. Había caído en la trampa y no veía muy claro cómo conseguiría salir vivo de aquella ratonera. La única solución consistía en encontrar una

salida hacia el interior del palacio, lo que suponía entrar en la habitación que daba a la veranda.

Reteniendo el aliento, bordeó la pared para deslizarse hasta la puerta que acababan de atravesar el emperador de China y su servidor y, al llegar junto al marco de la misma, echó una ojeada para ver qué ocurría en el interior.

Y cuando lo vio, le faltó poco para caerse de espaldas. ¡Estaba en la puerta de la Cámara del Amor de Gaozong!

De hecho, Gaozong, derrumbado en un diván, se hacía presentar por Gomul, que la levantaba cogiéndola por las axilas y las rodillas, a Luna de Jade, cuyos muslos separados no ocultaban ninguno de sus sedosos y tiernos orificios, rosados y finos como los pétalos de una flor.

Cuando la lengua blanquecina del emperador, que profería al mismo tiempo groseros gruñidos, comenzó a lamer vorazmente aquellas mucosas inefables que el propio Firuz había tenido ocasión de paladear tan a menudo, el bagdadí consiguió a duras penas impedir el endurecimiento de su propio sexo.

Gomul se movía de un lado a otro para facilitar la tarea al emperador impotente, que lo único que podía hacer era aplacar sus fantasmas con ayuda de la lengua.

—¡No sólo eres guapa, sino también buena chica! —murmuró Gaozong a la joven.

—¡Me gustáis! —se obligó a responder ésta, aunque sus ojos cerrados revelaban todo el asco que le producía aquel cuerpo fofo y aquella lengua ávida.

Al oír aquellas palabras, Firuz creyó desfallecer.

—Wuzhao ha vuelto a Luoyang, así que mejor que mejor. De ese modo no corremos el riesgo de que la emperatriz nos moleste, ¿verdad, Gomul?

—De eso podéis estar seguro, mi soberano. Lo que se os ofrece es una noche de amor sin interrupción —respondió el ayudante, que redobló sus buenos oficios acercando con delicadeza los orificios de Luna de Jade a los labios sedientos de Gaozong.

—Hay que aprovechar la ocasión. Dentro de pocos días tendré que partir al monte Taishan para celebrar la *Fiesta de la Primavera*. ¡Vaya idea

han tenido celebrándola tan lejos este año! —se lamentó el emperador.

—Majestad, todo el mundo está convencido de que sois vos quien ha decidido organizaría allí —cloqueó Gomul con voz ahogada.

—¡Bah, tonterías! De haberlo decidido yo, la habría celebrado, como todos los años, en el Mingtang de Chang An, lo que me habría permitido continuar disfrutando a Luna de Jade —respondió el emperador del Centro, que ahora estaba ocupado manoseando los pechos de la chica.

Al cabo de unos momentos de aquella maniobra, Firuz constató, pasmado, que la chinita profería los gritos y gemidos que anunciaban la explosión del placer. ¿Fingía o era sincera? Pero en el momento en que el ayudante se apoderó delicadamente del fláccido pepinillo que el emperador tenía por vara de jade para tratar de infundir impulso y vida a aquel órgano tan poco gallardo y lo situó entre los muslos abiertos de la chinita, ésta profirió un gemido tan convincente que hasta el propio bagdadí sintió un prolongado estremecimiento de asco y, pese a su voluntad, de profunda voluptuosidad.

¡Cómo le habría gustado, tan loco de celos estaba, poder leer los pensamientos de su antigua amante, que debía de ser una condenada comedianta o quizá una condenada puta!

Para Firuz, que, en realidad, habría deseado apasionadamente tener la boca y el sexo donde los tenía el emperador del Centro, Luna de Jade se había convertido ahora en un insondable misterio.

El placer que había creído procurar a aquella joven plebeya china tal vez no fuera real, sino simplemente puro simulacro por parte de aquella Luna de Jade cuyo cuerpo flexible, de formas rotundas y pulposas, parecía creado a propósito para el acto sexual; aquella Luna de Jade, consciente de sus encantos y de su atractivo, que llevaba de cabeza a todos los hombres; aquella Luna de Jade cuyo amor exclusivo a Punta de Luz permanecía absolutamente intacto.

Firuz apretó los puños.

Estaba tan excitado por el espectáculo del placer de su antigua amante que no estaba seguro de poder refrenar la emisión del licor íntimo de su sexo, tan duro que incluso le dolía, aprisionado en los calzones.

Observó lleno de conmiseración y deseo los repetidos intentos de Gaozong para colocarse a horcajadas sobre el cuerpo de la hermosa joven, a la que Gomul había tendido, totalmente desnuda, al borde del diván.

Contemplaba, tragando saliva, el vientre liso de la joven y su sexo entreabierto como una boca pronta al beso… Cuando del pepinillo de Gaozong brotaron unas cuantos gotas blanquecinas que salpicaron las adorables intimidades de Luna de Jade, al bagdadí le faltó poco para precipitarse sobre el lecho imperial, aunque se lo impidió un reflejo de supervivencia que lo frenó en el último momento.

—¡He oído ruido fuera! ¡Ve a ver si hay alguien en el patio! —ordenó de pronto Gaozong a Gomul, que acababa de librar a Luna de Jade con suma delicadeza de la augusta masa imperial.

Firuz tuvo el tiempo justo de refugiarse detrás de una columna. Apareció el hombre de los brazaletes de oro, que echó una mirada alrededor y después recorrió todas las columnas para asegurarse de que no había nadie. Cuando Gomul llegó a la suya, el intruso, reteniendo el aliento, se vio obligado a dar la vuelta con la misma rapidez que él y no pudo por menos de proferir un suspiro de alivio cuando el ayudante del emperador regresó a la Cámara del Amor.

—Majestad, lo he inspeccionado todo y no he visto a nadie.

—Ordena al oficial de guardia de esta noche que venga una cuadrilla de vigilantes. La hiedra arrancada de la tapia y ese ruido que estoy seguro de haber oído me llevan a pensar que aquí se ha colado un intruso —dijo Gaozong con aire desconfiado acariciando las nalgas de Luna de Jade.

—Majestad, ¿habéis terminado conmigo por esta noche? Tengo mucho dolor de cabeza y guardo en mi habitación el único remedio que puede aliviarme —dijo la chinita.

Sabedora de que continuaba camelando al emperador de China, ahora se permitía ciertas familiaridades con él. Pero Gaozong le repugnaba tanto que a la esposa de Punta de Luz le era imposible permanecer mucho tiempo frente a él cuando se terminaban las laboriosas sesiones durante las cuales, consciente de que en ello le iba la piel, se esforzaba en fingir placer, lo que la dejaba completamente exhausta.

—Veo que te sirves de los mismos argumentos que la emperatriz Wuzhao —le respondió el soberano con aire divertido.

—Me oprime la cabeza un cinturón de dolor.

—Gomul, acompaña a esta joven a sus apartamentos. Yo le he dado todo cuanto tenía. No queda nada en el almacén —terminó cómicamente de una sola tirada el emperador del Centro, quien todos los días dejaba en los brazos y el cuerpo de Luna de Jade la poca energía que le quedaba.

Firuz no sabía qué hacer. Si se quedaba donde estaba, los guardas lo descubrirían cuando inspeccionasen el sitio. Angustiado y aprovechando que Gaozong estaba hecho un trapo en el diván, exploró la veranda y el patio con la esperanza de encontrar algún rincón donde esconderse si se hacía necesario.

Pero desgraciadamente no encontró ningún lugar que le pareciese adecuado.

Entretanto aparecieron unos chambelanes que iban a buscar a Gaozong, que regresó a sus apartamentos.

El bagdadí se disponía a explorar por última vez el patio cubierto de gravilla cuando oyó el ruido regular de unas botas. Debía de corresponder al paso cadencioso de los guardias que avanzaban por el corredor que iba desde los apartamentos privados del emperador Gaozong hasta la Cámara del Amor.

Angustiado hasta el desfallecimiento, sólo le quedó la opción de agacharse y deslizarse a toda, prisa, no sin dificultades, bajo el diván donde Luna de Jade y el emperador de China se habían entregado a sus placeres.

Pasaron unos pocos segundos y unos hombres armados irrumpieron en la pequeña habitación octogonal tapizada de seda rosa que era el estuche de los amores del emperador del Centro.

Acurrucado en su escondrijo, el Embajador Plenipotenciario del sultán de Palmira vio, a la altura de sus ojos, pies que iban y venían en todas direcciones.

Era evidente que los vigilantes del palacio imperial estaban registrando activamente el patio cubierto de grava y la Cámara del Amor del emperador de China.

De pronto cesó la agitación, como si todos los soldados se hubieran puesto firmes ante la llegada de un nuevo personaje.

—¡Seguid con el registro! ¡Esto no es un desfile! —exclamó una voz en tono furioso.

—¡A vuestras órdenes, prefecto Li!

—¡Registrad la habitación de arriba abajo! Para una vez que el emperador Gaozong nos autoriza a entrar en la Cámara del Amor, espero que estaréis a la altura de su augusta confianza.

—Parece que aquí no hay nadie, señor Gran Censor Imperial —dijo la voz del que debía de capitanear a los guardias.

—Quiero que lo miréis todo con el mayor cuidado. Y no olvidéis que el Fuerte del Perro ha visto cómo se esfumaban de su interior algunos prisioneros que el *Gran Censorado* había mandado encerrar. Si esa prisión de la que nadie puede escapar se ha convertido en una cabaña abierta a los cuatro vientos, será porque hay complicidades internas que convendrá descubrir…

—¿Cómo se puede pensar que esos fugitivos han podido refugiarse aquí? —inquirió el interlocutor del prefecto Li, sin darse cuenta de que con sus dudas desencadenaría sus iras.

—Ocúpate de lo tuyo —le replicó éste antes de añadir con aire entendido—: Los prisioneros se habrán beneficiado de protección al más alto nivel del Estado. No sé si ves a qué me refiero…

—No, señor prefecto. ¡Yo no veo nada! A menos que Su Majestad…

—¡Pobre imbécil! Si hay un nombre que me baila en la cabeza, sólo puede ser el de la usurpadora Wuzhao. ¡No el de su esposo, claro! —exclamó el prefecto Li sin el menor recato, después de lo cual pegó un violento puntapié al diván con el que por poco machaca la mandíbula de Firuz.

Éste, a quien la angustia de ser descubierto hacía jadear, sintió que el estómago se le elevaba primero y le bajaba después, como les ocurre a los viajeros que montan por vez primera un camello y éste se lanza a la carrera a través del desierto de arena. Apretó, pues, las mandíbulas con todas sus fuerzas para evitar que le castañeteasen los dientes. El tiempo transcurría con infinita lentitud. Cada vez que oía acercarse unos pies, el bagdadí

esperaba ver unos ojos que lo miraban y la boca del que lo había descubierto soltando un grito de victoria e invitando a los demás a contemplar al intruso escondido debajo del diván.

De pronto se hizo un gran silencio que anunciaba la salida de los guardias de la habitación. Estaba a salvo. Tras esperar largos minutos para tener la seguridad de estar solo, Firuz salió de su escondrijo para ir a orinar en el patio cubierto de grava.

Estaba a punto de caer la noche y no sabía dónde estaba Luna de Jade.

¿Cómo habría podido sospechar que los apartamentos reservados a la concubina y favorita pasajera de Gaozong estaban al otro lado mismo de la tapia cubierta de hiedra que no había conseguido escalar, allí donde la joven china había visto desembarcar al prefecto Li inmediatamente después de salir de la Cámara del Amor?

Luna de Jade, extenuada después de la agotadora sesión que había tenido con el emperador del Centro, se hacía dar un masaje con manteca de leche de *yak* perfumada al jengibre cuando un servidor tocado con turbante le anunció que el prefecto Li en persona, Gran Censor Imperial, deseaba verla sin pérdida de tiempo.

—¿Y si me negase? ¡Estoy tan fatigada! No tengo nada que ver con ese personaje —se lamentó.

No tenía ningún deseo de comparecer delante de aquel que la había perseguido tras el asesinato de Rojo Vivo, cuando, tres años antes, se había visto obligada a abandonar precipitadamente Chang An con Punta de Luz.

—Yo que vos, aceptaría. El prefecto Li es uno de los altos funcionarios más poderosos de la corte de China. Corréis el riesgo de que, si os agarra, ya no os suelte —dijo la masajista, que acababa de embadurnarla de pies a cabeza con una especie de pomada blanca.

—En tal caso, decidle que lo atenderé en cuanto termine el masaje. Ya no falta mucho.

La mujer de Punta de Luz, vestida lo más castamente posible, no las tenía todas consigo cuando compareció delante del jefe del *Gran Censorado*, quien había ordenado a la reducida escolta que lo acompañaba que lo esperase a la puerta de los apartamentos de la favorita del emperador.

Con aire severo, se había instalado, solo, en uno de los asientos del salón contiguo a la habitación de la joven china, quien, para ayudarlo a mitigar la espera, le había hecho servir un plato de mondaduras de naranja confitadas en azúcar.

—¡Luna de Jade! Debo deciros que vuestro nombre me recuerda algo —le dijo a bocajarro el prefecto Li.

—Se trata de uno de los apelativos más corrientes que conozco, señor prefecto. En la clase de bordado, éramos tres como mínimo las que llevábamos ese nombre… —balbuceó la interesada, que hacía esfuerzos para disimular la inquietud que se había apoderado de ella.

—En la hilandería imperial del Templo del Hilo Infinito había una chica muy guapa que se ocupaba del tinte y que llevaba ese mismo nombre… Según me han dicho, todos los obreros que trabajaban la seda estaban locamente enamorados de ella. No tuve ocasión de conocerla pero, por lo que me han dicho de ella, esa joven se parecía a vos como se parecen dos gotas de agua —le dijo el Gran Censor fijando en los ojos de la muchacha una mirada fría y dura.

—Nunca en mi vida he puesto los pies en una hilandería de seda —farfulló la joven.

—Y si pronuncio el nombre de Punta de Luz, ¿qué me responderéis?

—Nada más que lo que os he dicho —le respondió la muchacha, extrayendo de su interior toda la energía que le quedaba para afrontar sin parpadear a su interlocutor.

—Ese hombre estaba encarcelado en el Fuerte del Perro, de donde se escapó misteriosamente en compañía de un antiguo monje del Gran Vehículo llamado Cinco Prohibiciones.

—Los nombres que mencionáis, señor prefecto, no me dicen nada en absoluto.

—¡Mentís! —exclamó el Gran Censor con aire amenazador.

A Luna de Jade le quedaba poco tiempo para reflexionar sobre la manera de salir de aquel mal paso.

—Déjanos solos. Tengo algo importante que decir, sin testigos de ninguna clase, al Gran Censor Imperial —dijo a la camarera, que se eclipsó al momento.

Apenas la sirvienta salió del salón, Luna de Jade se desabrochó los tres botones que mantenían cerrado su vestido azul de algodón, desprovisto de todo ornamento. A los ojos del prefecto Li se ofreció entonces todo el esplendor de formas de su cuerpo totalmente desnudo y su mirada severa fue reemplazada inmediatamente por una sincera sorpresa.

Hacía muchísimo tiempo que el enemigo jurado de Wuzhao no tenía ocasión de contemplar un cuerpo de mujer tan perfecto como aquél, musculoso sin llegar a la dureza, y cuyas piernas de torneados muslos y sedosa piel sabían rodear con tanta pericia, cuando el caso lo requería, el cuello de aquellos que se abalanzaban con ansia glotona sobre su íntima hendedura para aspirar jugos de sutiles aromas. En cuanto a sus pechos puntiagudos y firmes, no hay duda de que el prefecto Li, de no haber sido por la sorpresa que lo mantenía inmóvil y como clavado en su sitio, de buena gana se hubiera abalanzado sobre ellos y los habría mordido con pasión.

Consciente de que ya había ganado a medias la partida, la esposa de Punta de Luz juzgó que podía tomar la iniciativa.

Se encontraba en un punto en que ya le importaba muy poco servirse una vez más de su cuerpo para sobrevivir y escapar a lo peor, dirigida únicamente a aquel objetivo que se reducía a estar pronta para su amado Punta de Luz cuando sus caminos volvieran a cruzarse. Así pues, no se sintió culpable cuando hizo ademán al prefecto Li de que se le acercara.

Éste aceptó la invitación y sus manos no tardaron en desatar el cinto de sus calzones, al tiempo que mantenía los ojos clavados en los bajos de aquel vientre plano y blanco como la leche. A Luna de Jade, sorprendida ante el espectáculo de aquel hombre tan importante a quien el deseo volvía febril como un adolescente, no le pasó por alto la extraña protuberancia que remataba el sexo enhiesto que el hombre, súbitamente, se extrajo de los calzones.

Era una especie de amasijo de carne parecido al pezón «ju» que remata los espejos de bronce, situado debajo mismo de la protuberancia terminal, que confería a la vara de jade del Gran Censor Imperial una forma inusitada.

Cuando se arrojó sobre la muchacha y la penetró, ésta pudo comprobar que aquella ligera excrecencia le producía unos efectos nada desagradables. Sin embargo, para que no se notara, Luna de Jade prefirió encubrirse bajo una fría repulsión a fin de dar a entender al interesado que estaba rebasando los límites, por lo que lo conminó a dar marcha atrás. Pero ya era demasiado tarde. El instrumento de su asaltante la había penetrado como una espada hundida en la carne hasta la empuñadura y su licor íntimo, que él había sido incapaz de retener por más tiempo, ya inundaba la preciosa caverna de su amante ocasional.

—Ahora, si queréis evitar un gran escándalo, mejor será que os vayáis de aquí cuanto antes y hagáis como si no me hubierais visto —dijo al prefecto, que se recomponía lo mejor que podía sus desordenadas vestiduras tras haber vaciado su savia.

—Lo que hemos hecho no ha tenido testigos. Si me acusáis, será mi palabra contra la vuestra —le replicó, herido en lo más vivo, el Gran Censor Imperial.

—Podré declarar donde haga falta que vuestra vara de jade tiene esa excrecencia de carne que permite identificaros fácilmente. No hay duda de que, en caso de demanda por mi parte, será el propio emperador quien querrá poner las cosas en claro. Y no se podrá decir que fue la reclusa del palacio imperial quien os invitó, por lo que tendréis que ajustar cuentas con él —le explicó la joven con frialdad clavando sus ojos en los del hombre.

El prefecto Li comprendió que tenía que habérselas con una de aquellas temibles luchadoras que se caracterizaban por llevar sus palabras a la práctica.

—Y si me voy sin más, ¿haríais como si no nos hubiésemos visto en la vida? —le preguntó él con voz monocorde.

—En esas condiciones, me propongo olvidaros así que crucéis el umbral de esa puerta —le replicó ella con la mayor seriedad del mundo indicándole la puerta de la habitación.

Casi sin darle tiempo a terminar la frase, el prefecto Li giró en redondo sin preguntar más, dejando tras de sí a una Luna de Jade agotada por aquel último sacrificio.

Al entrar de terrible mal humor en su despacho después de haber despedido secamente a la patrulla que lo aguardaba en la puerta de los apartamentos de la cortesana, el Gran Censor Imperial estaba que echaba chispas por haber caído en la trampa como un adolescente. Calibraba el alcance del riesgo que había corrido al sucumbir a los encantos de aquella joven china cuyo cuerpo sublime constituía su arma principal. Poco le importaba ya que aquella muchacha fuera o no aquella obrera fugitiva, encargada del tinte en la hilandería, a la que sus servicios habían acorralado en la época en que el tráfico de seda estaba en pleno apogeo. En el palacio imperial, al alcance del emperador Gaozong, había ahora una mujer que podía aniquilarlo con sólo pronunciar una palabra.

¿Qué diría el soberano, en efecto, si supiera lo que había ocurrido entre el prefecto Li y Luna de Jade? Era indudable que lo que estaba en juego era la cabeza del Gran Censor Imperial, más allá de la pérdida del cargo y del destierro.

Se sumió en profundas reflexiones. Si quería escapar a esa suerte, el jefe de los agentes secretos del imperio del Centro no veía otra salida que la eliminación física, en el plazo más breve posible, de un testigo tan molesto como aquella joven.

Teniendo en cuenta la situación, se trataba de una tarea que no se podía delegar. No se imaginaba dando a sus hombres la orden de proceder al asesinato de la favorita de Gaozong en el propio palacio imperial, puesto que la corte se habría enterado antes incluso de que sus hombres pasaran a la acción.

Tal vez lo mejor sería hurgar en el pasado de la chica y después destilar contra ella de manera inteligente informaciones alarmistas que un delator anónimo dirigiría a sus servicios y que provocarían una investigación oficial del *Gran Censorado*.

Sería imposible entonces para el emperador del Centro, por grande que fuera su apego a la hermosa Luna de Jade, conservar junto a él a una cortesana que muy bien podía ser una espía a sueldo de una potencia extranjera.

Instalado tras la mesa de su despacho, donde se perdía en ese tipo de conjeturas, vio llegar a su secretario particular que, con una sonrisa

beatífica en los labios, sostenía en la mano un trozo de papel que se apresuró a tenderle.

—Mi señor, una buena noticia. Gracias a un informe anónimo hemos sabido que los prisioneros que se fugaron del Fuerte del Perro se refugiaron en una granja legada por un rico campesino a la Iglesia búdica del *Mahâyâna*. Está todo escrito aquí.

—¿Qué pide el informador como contrapartida?

—Nada en particular. Parece más bien como si se tratara de una venganza por su parte. Cuando entregó esta información a un policía de la comisaría del Barrio Segundo, llevaba la cara cubierta en parte por uno de esos turbantes que utilizan los viajeros del desierto durante las tormentas de arena.

—Esta vez, por lo menos, los servicios de la policía no se han demorado en transmitirnos la información —declaró el secretario, haciendo alusión a la guerra existente entre los diferentes servicios policiales encargados de las delaciones, del mantenimiento del orden y de la búsqueda de criminales.

—¡Qué extraño! En este país hay pocas cosas gratuitas —suspiró el prefecto Li, obsesionado por la búsqueda de un medio de cerrar la boca a Luna de Jade.

—¿Debo poner vigilancia a la granja-pagoda, mi señor? —Por supuesto que sí.

—Voy a enviar una cuadrilla de diez hombres entrenados…

—¿Estás seguro de que no se trata de una falsa alarma?

—Parece que dudáis de mis palabras, mi señor.

—¡Cuántas veces han llegado tarde nuestros agentes cuando se trata de esos conspiradores que están conchabados con la emperatriz! Gato escaldado del agua fría huye —sentenció el Gran Censor Imperial, después de lo cual despidió a su secretario con gesto despreciativo y cansado a la vez.

Acababa de cometer una terrible equivocación al aceptar las insinuaciones de la favorita del emperador del Centro, sobre todo tratándose de una persona tan inteligente, por no decir taimada.

No parecía sino que Wuzhao y Luna de Jade estaban conchabadas.

A partir de ahora el prefecto Li se sabía en situación incierta.

No había duda de que se trataba de lo siguiente: o ellas o él.

LII

MONTE TAISHAN, EN EL SHANDONG
1 DE ABRIL DE 659

«¡Honor y gloria a la divina pareja: el emperador Gaozong y la emperatriz Wuzhao!» —repetía incansablemente la multitud delirante mientras los soberanos del imperio del Centro extendían sus brazos hacia el cielo para responder al deferente saludo de las decenas de miles de hombres y mujeres apelotonados al pie del monte Taishan.

Aquel primer día del mes de abril, todos los analistas del imperio del Centro se verían obligados a anotar en sus tablillas de bambú que aquel año la *Fiesta de la Primavera* había tenido un esplendor muy particular.

Era Wuzhao quien había convencido a su esposo de que las ceremonias conmemorativas tuviesen lugar en el monte Taishan, la más venerada de las cinco montañas taoístas de China porque la diosa *Bixia*, la Soberana de las Nubes Azuladas, había elegido allí su morada.

La emperatriz, además, había supervisado personalmente la organización de aquellas festividades destinadas a ser memorables.

A fin de permitir a todos los representantes de las provincias del imperio asistir en buenas condiciones a la celebración de la Nueva Estación, se había allanado y habilitado la zona baja de la montaña sagrada como gigantesco espacio ceremonial en el que habían trabajado día y noche diez meses seguidos decenas de miles de prisioneros de guerra a las órdenes del arquitecto en jefe de las Grandes Obras Imperiales.

A un extremo de una inmensa terraza se elevaba un elegante edificio de madera de varios pisos cuya forma recordaba la de una pagoda y cuyo balcón habían ocupado Gaozong y Wuzhao. De acuerdo con el Clásico de la Construcción que los geománticos imperiales tenían el pundonor de seguir al pie de la letra, la terraza daba la espalda a la montaña, lo cual la protegía de las influencias nefastas del norte, encarnadas en la tortuga negra. En la parte este se había excavado un estanque de agua corriente cuya finalidad era satisfacer al Dragón Verde y en la parte oeste habían trazado un camino que la situaba bajo la protección del Tigre Blanco, en tanto que su exposición al sur le permitía inundarse con los rayos del Pájaro Rojo del Sol.

La zona ceremonial se había dividido en cuatro secciones de dimensión equivalente.

La primera estaba ocupada por los altos dignatarios del clero búdico. En su interior Wuzhao descubrió, delante mismo de la mancha color azafrán de los monjes sentados muy juntos, la alta silueta de Pureza del Vacío. Se las arregló para dirigirle una discreta señal con la cabeza. Los demás espacios estaban reservados, por orden, a los altos funcionarios administrativos y a los escribanos, a los oficiales militares y a los «civiles merecedores», distinguidos por las autoridades por su espíritu cívico, es decir, en general, por haber denunciado a criminales.

Sin dignarse dirigirles la más mínima mirada, la emperatriz sabía que allí estaban todos sus enemigos irreductibles, desde el general Zhang hasta el inevitable Gran Censor, el prefecto Li, pasando por el secretario general de la Administración Imperial, Linshi, el Gran Canciller Imperial, Hanyuan, y la mayoría de los ministros ganados para la causa de los confucianos, entre ellos Virtud de Fuera, el encargado de la fabricación y comercio de la seda.

—¡Honor a Gaozong y a Wuzhao! —entonaban acompasadamente los soldados de los ejércitos imperiales, los cuales formaban un cordón en posición de firmes delante de los soberanos, a los que presentaban sus sables y arcos.

Wuzhao, con los ojos entrecerrados, sentía subírsele lentamente a la cabeza la embriaguez del poder supremo. El paso del mandato del Cielo al

emperador del Centro en el Mingtang, el Palacio de Luz construido a ese efecto, debía de procurar, o eso pensaba ella, aquella misma sensación de orgullo y de indecible felicidad.

Para ella, pues, no era más que un ensayo general…

¿No era acaso la primera vez que compartía con su esposo el insigne honor de enfrentarse a aquella inmensa oleada de gente?

La etiqueta imperial exigía que la esposa oficial del emperador estuviese a su lado, sin permitirle por ello aparecer en compañía del Hijo del Cielo delante de la multitud, como era el caso ahora.

Wuzhao había tenido que batallar lo suyo con el servicio del Protocolo Imperial para conseguir la modificación necesaria del ritual que le permitiese subir con Gaozong a aquel balcón. Habían sido precisos nada menos que tres meses de luchas incesantes para lograr sus fines, con gran perjuicio de sus enemigos, que no habían tardado en decir todo el mal posible de aquella violación de derechos.

Wuzhao había salido vencedora al dejar entrever al jefe de Protocolo, que no era más que un pobre desgraciado, solemne y pomposo, que ostentaba el cargo de viceministro, que le esperaba un ministerio con todas las de la ley.

Los geománticos imperiales, tocados con sus curiosos sombreros puntiagudos, formaban un círculo, provistos de aguja de marear, brújula Luopan, piedra imantada y espejo-eslabón en la mano para ahuyentar los hálitos maléficos *Sha* y atraer los hálitos benéficos *Qi*[57] a la «caverna del dragón», que era la zona ceremonial de la Fiesta imperial de la Primavera.

Eran ocho, como los *trigramas*[58] del Libro de las Mutaciones Yijing, e iban girando lentamente de izquierda a derecha a fin de imitar el espacio celestial y sus ocho sectores en los que alternaban los elementos fastos de color negro y los nefastos de color rojo: salvador de los hombres, castigo del cielo, desastre abismal, beneficios celestiales, honores y dinero, viuda y huérfano, cielo que retira su ayuda y, finalmente, honores y promoción, a fin de que ningún elemento nefasto pudiera turbar el orden perfecto de la ceremonia.

El más viejo de los ocho geománticos proclamó con voz potente:

—Puedo asegurar al público asistente que la Señora Primavera está aquí, pronta a hacer florecer las plantas y a infundir savia a los enamorados. ¡Alabada sea!

Al oír la frase ritual que todos esperaban, el público comenzó a aplaudir, lo que hizo que Wuzhao saborease el placer de verse ovacionada por sus enemigos, que no podían hacer otra cosa que aplicar al pie de la letra el protocolo ceremonial establecido para aquella fiesta primaveral desde la dinastía de los Zhou, instaurada hacía unos dos mil años.

La tradición exigía que aquel anuncio fuera seguido de una danza endiablada en la que participaban veinte jóvenes de quince años tocados con una corona de hiedra e igual número de muchachas vírgenes de la misma edad con los cabellos adornados con flores.

Cuando, terminada la danza, el maestro de ceremonias iba a ordenar que hicieran sonar las trompas para indicar a todo el mundo que había llegado el momento de volver a casa, Wuzhao se levantó de pronto.

—La ceremonia no ha terminado. Si tenéis paciencia suficiente para aguardar unos instantes más, Joya, la Gemela Celestial, tiene una noticia importante que comunicaros —anunció con voz potente delante de millares de ojos estupefactos.

Nadie esperaba, en efecto, que Wuzhao pidiese la palabra en presencia de su esposo y mucho menos para anunciar un hecho que nada tenía que ver con el ritual estrictamente codificado de la *Fiesta de la Primavera*.

Se oyó el sonido de una trompa que acompañaba la llegada de Joya, que iba sentada en una silla llevada en volandas por cuatro porteadores.

La niña iba totalmente vestida de seda azul ultramar con dragones dorados bordados.

—¡Que traigan las rocas divinas! —exclamó la niña provocando en la asistencia una irreprimible exclamación de sorpresa.

—¡La pequeña diosa! —se oía murmurar aquí y allá.

Hizo entrada entonces en la zona donde se celebraba la *Fiesta de la Primavera* un convoy de ocho carros tirados por bueyes que llevaban los cuernos engalanados con guirnaldas de flores.

—Estas ocho piedras estaban sumergidas en el limo del río Lë. La tradición dice que tienen grabadas inscripciones que indican al pueblo chino

el futuro de su Estado. Pues bien, hoy las tenéis delante de vosotros —exclamó la emperatriz con voz tonante y solemne.

Colocados los carros en disposición idónea, las rocas quedaron dispuestas en hilera, la cara grabada vuelta hacia el público, desde la primera a la última, de tal modo que era posible leerlas de izquierda a derecha como quien lee la primera frase de un libro.

—Soy experto en inscripciones arcaicas. Me comprometo a leer esos textos y a comunicar su contenido al pueblo —gritó un individuo desmarcándose del sector reservado a los altos funcionarios y escribanos.

El eminente calígrafo en cuestión, especializado en descifrar escrituras arcaicas, había sido pagado por Wuzhao para la prestación que se disponía a cumplir delante del pueblo congregado. Y con paso saltarín se acercó a las piedras.

—¡Lo que acabo de descifrar es verdaderamente inaudito!

Parecía sinceramente sorprendido: en el curso del trato que había hecho con Wuzhao, ésta no lo había puesto al corriente del texto que descubriría.

—¡Lee! ¡Lee! ¡Lee! —le gritaba rítmicamente la multitud.

—Lee en voz alta —ordenó Wuzhao al calígrafo.

> *—Llegado el momento, el Imperio tendrá a una mujer a la cabeza. Wu, emperador de China, ése será el nombre de esa mujer de glorioso destino.*

—Eso es lo que leo en las piedras adivinatorias como si lo leyera en un manual de profecías. Si alguien lo duda, que venga aquí a descifrarlo —gritó cayendo de rodillas delante de Wuzhao tras acercarse al balcón imperial.

Los geománticos, atónitos, se acercaron a su vez a las rocas y dieron una vuelta a su alrededor con circunspección, después de lo cual el más viejo, tras palpar largo rato las ocho piedras en todos los sentidos, asintió con la cabeza provocando al hacerlo los gritos enfervorizados de los asistentes.

Wuzhao, que se sentía en la gloria, tenía motivos legítimos para pensar que había ganado la partida.

Su mirada se cruzó con la de la Gemela Celestial, sin la cual todo aquello habría sido imposible.

Joya le sonreía, feliz al comprobar que su querida «tía Wu» lo era también.

En aquel momento se oyó una voz que procedía de las primeras filas de la multitud reunida. Era una voz trémula que la emperatriz no tardó en identificar con la del general Zhang.

—Majestad, lo que veo no me convence.

Todos se volvieron al momento hacia el lugar de donde procedía la objeción. El interesado, portador de la insignia de jade de antiguo Primer Ministro, se levantó de la silla plegable donde estaba sentado.

—¡Hablad, pues, general! —lo conminó la esposa de Gaozong.

En sus palabras se concentraba todo el odio que profesaba a su peor enemigo, cuyo empeño en hacerla fracasar conocía de sobra.

—Lamento anunciar al pueblo chino, cuyos representantes están aquí reunidos, que dudo mucho de lo que acaban de leer. Majestad, ¿cómo habéis podido determinar el lugar exacto dónde estaban sumergidas las piedras? ¡Su inmersión, en el supuesto de que sea tal, se remonta a los inmemoriales tiempos de los Zhou!

—Pues bien, general, aquí está Joya, la Gemela Celestial, que se encargará de explicároslo. Ella me llevó allí donde estaban esas piedras sagradas. Me figuro que no tendréis la presunción de dudar de las palabras de una niña pura como ella.

La réplica de la emperatriz fue tan directa como el vuelo de una saeta. Se hizo un gran silencio en la multitud que hizo perceptible la tensión entre el viejo general nostálgico de tiempos pasados y aquélla a la que él veía como una aventurera.

El emperador, que miraba con asombro, demasiado ocupado en pensar en las hermosas caderas de Luna de Jade, no parecía tener conciencia exacta de lo que estaba ocurriendo.

—¡Sí! Yo estaba en la orilla del río Lë cuando tía Wu, la emperatriz, las sacó del agua —dijo Joya, totalmente concentrada en repetir palabra por palabra lo que la emperatriz le había enseñado en caso de que fuera interrogada.

—¿Puedes decirme, niña cara de mono, si esas piedras tenían grabadas unas inscripciones cuando Wuzhao las mandó sacar del Lë? —preguntó de nuevo el viejo confuciano.

—¡Os prohíbo que insultéis a Joya! Todos los días acuden al monasterio de Luoyang miles de peregrinos para prosternarse a sus pies —gritó la soberana, ofendida, mientras Gaozong, que acababa de emerger de su letargo amoroso, levantaba una mano para imponer tranquilidad.

—¡Eran esas mismas piedras, señor! —dijo Joya, a quien su piadosa mentira incitó, pese a todo, a pronunciar las palabras con los ojos cerrados.

La emperatriz dirigió a la pequeña, enteramente vestida de seda azul ultramar, una mirada de profunda gratitud.

En ese momento la silueta ascética de Pureza del Vacío levantó los brazos y dio algunos pasos antes de tomar a su vez la palabra con voz tonante.

—Es preciso que todos sepan que esas piedras corroboran las medias palabras del Sutra del Clásico de la Nube Importante, texto sagrado que he tenido ocasión de descifrar y comentar en numerosas ocasiones. Entre sus inefables líneas se dice que el Buda del Futuro, el Bienaventurado *Maitreyai*, se encarnará un día en la envoltura carnal de la mujer a la que hacen referencia esas piedras… —exclamó, desencadenando en la asistencia, donde eran ya muchos los que habían comenzado a clamar el nombre de Wuzhao, una oleada de atronadores aplausos.

El gran maestro de Dhyâna de Luoyang había decidido intervenir por propia voluntad, aureolado por el inmenso prestigio que le confería su función de jefe espiritual del Gran Vehículo chino, sin haber hablado siquiera con la emperatriz para hacerse perdonar su conducta.

Wuzhao, para quien ese gesto sólo podía estar inspirado por el Bienaventurado Buda, cerró los ojos en señal de reconocimiento. ¿No era aquél un signo más que demostraba que estaba en el buen camino y que su objetivo político coincidía con los designios del Despertado?

Seguían los rumores que se habían levantado en la multitud y de todas partes llovían alabanzas a Wuzhao mientras eran ya muchos los que iban abandonando el lugar. Unos se prosternaban delante de Wuzhao para rendirle homenaje, mientras que otros, al borde de la histeria, trataban de

acercarse a la Gemela Celestial con la esperanza de tocar su vestido azul. Los más osados, desafiando los garrotazos de los gendarmes, que hacían grandes esfuerzos para apartarlos, se acercaban a tocar las piedras santas y hasta algunos a poner en ellas sus labios, convencidos de que aquel gesto había de reportarles buenos augurios para sí mismos y para aquellos que les eran más próximos.

En el espacio reservado a los escribanos y a los funcionarios reinaba la consternación.

Los oponentes de Wuzhao estaban que echaban chispas y el viejo general que había osado desafiar a la Usurpadora, anonadado, se había derrumbado en una silla como un saco de arroz medio vacío.

Después del escándalo que había armado Wu en plena audiencia oficial en relación con la falsa identidad de Luna de Jade, los presagios anunciadores de su próximo advenimiento al trono imperial no podían caer peor. Había que ver el rostro descompuesto de los ministros y altos tecnócratas. Todos calibraban la singular popularidad que disfrutaba la soberana en el seno del pueblo, lo que era evidentemente lo más inquietante.

En la zona reservada a los monjes budistas reinaba, por el contrario, una tranquila euforia.

En cuanto su protectora subiese al trono de China, su religión sería oficializada y ya no volvería a cuestionarse, aparte de que los donativos de los devotos ricos aún engrosarían más el patrimonio ya enorme del Gran Vehículo. Y más adelante, aun cuando los Superiores de los grandes conventos sólo entreveían esa hipótesis cuando departían entre sí debido a su carácter revolucionario, el jefe espiritual del *Mahâyâna* acabaría por presidir los destinos de la China, que por fin se convertiría en un Estado religioso.

—¡Gloria y honor a Wuzhao! ¡Gloria y honor a Wuzhao! —gritaba, delirante, la multitud.

En aquel sector donde el pueblo se había acantonado, la ovación había empezado con evocaciones aisladas, que se transformaron rápidamente en un coro entonado por todo el mundo.

Las rocas divinas iban a provocar el efecto esperado. Para la emperatriz, la suerte estaba echada.

El jefe del Protocolo acababa de hacer sonar finalmente las trompas destinadas a clausurar la ceremonia cuando se dejó oír un nuevo alboroto que esta vez venía del fondo del cuadro de césped que los servicios del Protocolo Imperial habían reservado a los monjes del Gran Vehículo.

Gaozong, a quien todas esas peripecias habían terminado por agotar y cuyo único interés se centraba en volver cuanto antes a Chang An para reunirse con Luna de Jade, no pudo evitar una mueca.

En medio del silencio sepulcral en que, según los ritos, debía dispersarse la muchedumbre al final de la *Fiesta de la Primavera*, un hombre gritó en mal chino:

—¡Querer hablar emperador! ¡Querer hablar emperador! ¡Importante! ¡Importante! —no paraba de vociferar.

La policía no tardó en apresar al intruso a fin de proceder a la expulsión de aquel agitador que osaba turbar el orden inmemorial del final de la *Fiesta de la Primavera* tal como había sido instituido por el ritual de los Zhou.

—Dejad hablar a este hombre. Tal vez tenga cosas importantes que decir al emperador de China —ordenó a los guardias la emperatriz Wuzhao.

El jefe Majib, ya que de él se trataba, estaba ahora de cara al edificio de madera desde el cual Gaozong y Wuzhao habían presidido la ceremonia.

Cuando el parsi se disponía a abrir la boca para proponer ingenuamente a la corte de China el trato que había concebido, un monje del Gran Vehículo que iba de la mano de un individuo de tez oscura cuyo aspecto traicionaba sus orígenes indios, se destacó del cuadrado anaranjado formado por millares de cofrades suyos y se situó justo delante de la pareja de los soberanos impidiendo al parsi, sorprendido, que se expresara.

—Yo soy Gran Medicina, religioso *mahayanista* del convento de la Montaña Calva, y pido a Vuestras Majestades autorización para tomar a mi vez la palabra.

—¿Qué quieres, pues, Gran Medicina? —inquirió Wuzhao, nada desconcertada ante el sesgo inesperado de los acontecimientos.

—He venido en son de paz, Majestad, para impedir que se consume una ignominia. Este hombre es un bandido parsi que, menospreciando la tradición hospitalaria predominante entre las Iglesias búdicas, pretende conseguir dinero a cambio de entregar a las autoridades al monje hinayanista de Peshawar, nuestro estimado compañero Puñal de la Ley, aquí presente y a quien doy la mano, así como a su acólito, el *tripitaka*[59] Santa Vía de los Ocho Miembros, que se ha quedado atrás —respondió el *mahayanista* a la vez que indicaba con el dedo al jefe Majib.

—Todo lo que acaba de decir ese *mahayanista* es rigurosamente exacto —dijo Santa Vía de los Ocho Miembros separándose de la primera hilera de monjes que bordeaban el sector cuadrado.

—Querida mía, ¿no os parece que ya es hora de dar por terminadas estas conmemoraciones y volver a Chang An? ¡Esta ceremonia no tiene pies ni cabeza! —murmuró Gaozong al oído de su mujer, molesto ante aquella nueva salida.

—¿Confirmas las afirmaciones de Gran Medicina, Majib? —preguntó, imperturbable, la soberana.

—Es seguro que mis presas valen mucho dinero. Un barrilete de *taels* de oro y os las entrego todas, Majestad. ¡Tengo aquí a dos hinayanistas! En cuanto a los *mahayanistas*, que vienen también, están en perfectas condiciones de salud y son aptos para efectuar todo tipo de trabajos pesados. Os los doy por añadidura —confirmó éste pomposamente sin comprender nada de lo que ocurría y adoptando un aire de satisfacción que no hacía más que complicar las cosas.

—Este hombre se ha caído con todo el equipo. Habla nada menos que de hacer trabajar a los religiosos budistas. ¡No sabe siquiera que existe la limosna! —comentó en voz baja Gaozong.

La emperatriz Wu, satisfecha de la oportunidad que se le presentaba, repitió a la muchedumbre con voz tonante y tono enérgico las palabras que acababa de pronunciar su augusto marido. La reflexión del emperador, repetida por la emperatriz, llegó muy oportunamente y provocó de la concurrencia una serie de frases sarcásticas contra aquel intruso que trataba de negociar lo que no era en ningún caso negociable.

La emperatriz comprendió que tenía vía libre para ejercer una vez más frente al pueblo su plena y total autoridad.

—¡Guardias, apoderaos de ese parsi! —les ordenó mientras el jefe Majib se abalanzaba sobre aquel monje chino, maldiciéndolo y deseándole que ojalá ardiese vivo en el infierno tenebroso de *Ahrimán*[60], ya que acababa de descubrir que lo había manipulado hábilmente con el señuelo de la cuantiosa suma que estaba dispuesta a pagar la corte de China por los rehenes que tenía en su posesión.

Al momento unos soldados muy engalanados rodearon al parsi, quien se debatió como el pobre diablo que era antes de ser reducido, debidamente maniatado y finalmente conducido al puesto de policía. Unos instantes después, el jefe Majib había desaparecido.

Pureza del Vacío, entonces, salió de la fila y gritó a la soberana:

—Vuestra Majestad, tengo una precisión importante que hacer en relación con ese monje llamado Puñal de la Ley.

El gran maestro de Dhyâna señaló al hombre de origen indio que había venido a corroborar las palabras de Gran Medicina. Se le había acercado un gran perro de pelaje amarillo perteneciente a la raza de los que son capaces de defender a los rebaños frente a los lobos, los osos de las montañas y los leopardos de las nieves.

Volvía a reinar un gran silencio en la explanada porque todos sabían que el gran maestro de Dhyâna no era hombre que hablase en vano. Sólo el emperador Gaozong, cada vez con más ganas de terminar la ceremonia y volver a Chang An, donde lo esperaba la raja húmeda de Luna de Jade, parecía deseoso de abandonar aquellos lugares.

—Vuestra Majestad, ese hombre es el acólito del maestro *Buddhabhadra*, mi estimado colega, el Superior del convento del Pequeño Vehículo del *Único Dharma* de Peshawar. Respondo de él y, si estáis de acuerdo, me propongo acogerlo el tiempo que haga falta en el convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

—Me parece bien, maestro Pureza del Vacío. Todo el mundo sabe que sois una persona hospitalaria —exclamó Wuzhao.

—¿No podríamos dar por terminada la sesión, querida mía? —se lamentó Gaozong con voz cansada.

—¡La *Fiesta de la Primavera* ha terminado! —dijo Wuzhao guiñando el ojo al gran maestro de Dhyâna.

Una vez terminada la ceremonia, en cuanto se puso en marcha el palanquín de la pareja imperial, la muchedumbre fue abandonando lentamente la explanada ceremonial para ir bajando hacia el pie de la montaña, dejando solos a Pureza del Vacío, Gran Medicina, Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros delante del edificio de madera desde el cual Gaozong y Wuzhao habían presidido las festividades primaverales.

Puñal de la Ley, a quien la perra Lapika no dejaba ni un momento, como si fuera consciente de los peligros que corría su amo, observaba con desconfianza al Superior de Luoyang, de quien había oído hablar tanto en el curso de los últimos meses. En realidad, su duplicidad le parecía evidente.

Clavando los ojos en aquel rostro ascético e impasible que no auguraba nada bueno, Puñal de la Ley se decía que su interlocutor debía de ser de los que saben camuflar lo que piensan.

—El maestro *Buddhabhadra* murió despanzurrado poco después de la reunión intermedia de Samyé, salvajemente asesinado por el *tántrico* Nube Loca, precisamente cuando vos enviabais allá a Cinco Prohibiciones para recuperar el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura —dijo a su interlocutor, sin más formalismos, con la esperanza de que aquella noticia le causaría impresión.

Ante aquellas palabras, el Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang parpadeó al tiempo que su rostro se inundaba de palidez.

—Sabía que le había ocurrido alguna desgracia… Habíamos acordado que me visitaría en Luoyang y no apareció. *Buddhabhadra* no era de los que faltan a sus compromisos. Por eso decidí enviar a Cinco Prohibiciones a Samyé para que recuperara el sutra que debía traerme *Buddhabhadra* —murmuró todavía más lívido.

—¿Lo acordado no era que os debía traer otra cosa?

—Tu pregunta me lleva a pensar que conoces la respuesta —dijo Pureza del Vacío con voz cansada y triste.

—¿Jamás pensasteis que mi Inestimable Superior podía engañaros? —inquirió el monje de Peshawar, decidido a acorralar al gran Maestro de

Dhyâna.

—¿Por qué me haces esta pregunta? Parece que dudas de mi buena fe. No tengo nada que ver con ese odioso asesinato, que deploro tanto como tú —protestó el último.

—Yo sólo intento reconstruir los hechos tal como sucedieron y tengo la convicción de que entre *Buddhabhadra* y vos debieron de ocurrir muchas cosas, maestro Pureza del Vacío…

—Es un hecho que, en Samyé, hablamos mucho después del fracaso de la reunión.

—A espaldas del maestro Ramahe sGampo…

—Lo admito y lo lamento vivamente. Si pudiera rectificar, lo haría. Te ruego que me creas.

—Muy pronto tendréis ocasión de explicaros con el Superior de Samyé —le espetó, como sin darle importancia, Puñal de la Ley.

—¡Ojalá fuera posible! —suspiró el gran maestro de Dhyâna.

—Dentro de poco el maestro Ramahe sGampo estará con nosotros. También a mí me urge participar en esa reunión durante la cual habrá que ponerlo todo sobre el tapete. Hay demasiadas cosas no dichas y demasiados malentendidos que han desvirtuado unas relaciones entre los tres que hasta entonces habían sido ejemplares.

Al oír aquellas palabras, Pureza del Vacío, presa de la emoción, abrió mucho los ojos.

—¿De modo que el viejo ciego va camino de China? Pues jamás lo habría imaginado —exclamó, trastornado de pronto.

—Sin traicionar su pensamiento, puedo aseguraros que el maestro Ramahe sGampo desea ardientemente que los concilios de Lhasa no se conviertan en papel mojado. Consciente de que los problemas surgidos son en gran parte consecuencia de la actitud de Nube Loca, el viejo ciego está dispuesto a todo para restablecer la confianza y las relaciones cordiales entre las tres Iglesias búdicas —explicó Puñal de la Ley antes de añadir con aire misterioso—: También yo tengo elementos que reivindicar y que pueden apaciguar los resentimientos que hayan podido surgir en los corazones de unos y otros.

—¿Puedo tener alguna idea? Tengo la impresión de que hay muchas cosas que se me escapan… —se lamentó el Superior de Luoyang en tono quejoso.

—¡Ahora no! Reservo mis revelaciones para la reunión de la hora de la verdad, cuando Ramahe sGampo llegue a Luoyang —terminó el monje de Peshawar en un tono que no dejaba ninguna duda con respecto a su decisión tan serena como firme.

—Puedo asegurarte que este monje es una persona honorable y de una absoluta rectitud moral —añadió Gran Medicina, deseoso de demostrar a Pureza del Vacío todo lo bueno que pensaba de su compañero del Pequeño Vehículo.

—No lo dudo.

—¿Estáis dispuesto a volver a tensar los hilos distendidos de los concilios de Lhasa? —inquirió entonces Puñal de la Ley.

—Creo útil, en efecto, recobrar el estado de espíritu que presidía los concilios de Lhasa.

Buddhabhadra y yo intentamos salir solos a flote creyendo actuar a favor de nuestras Iglesias respectivas. Él perdió la vida en el intento, mientras que yo he estado a punto de perder el alma —murmuró Pureza del Vacío, sobre cuya sinceridad no había ahora ninguna duda.

Ante sus ojos, el monte Taishan se engalanaba con los reflejos del sol que declinaba. Muy pronto los pinos enraizados mal que bien en el caos rocoso que ascendía cual enorme columna de humo hasta la cima de la montaña más sagrada de China comenzarían a orlarse de oro. Llegaría entonces el momento en que colores y formas cobrarían mayor intensidad e infundirían a aquel paisaje inolvidable, donde todos estaban convencidos de que vivía la diosa Soberana de las Nubes Azules, el aspecto del fin del mundo…

Junto a ellos, Lapika, intuyendo que volverían a lanzarse a los caminos, ya agitaba el rabo.

—¡Mira qué contenta está tu perra amarilla! —observó Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Seguramente ha advertido que volvemos a ser libres. ¡Ha cerrado el círculo! Cuando el lama sTod Gling la confió a Cinco Prohibiciones para

que proporcionara la ración de leche cotidiana a los Gemelos Celestiales, seguro que no sospechaba lo que tendría que hacer para reencontrarse con los niños en Luoyang —le respondió sonriendo su compañero de días malos y buenos.

El periplo desde el monte Taishan a Luoyang se desarrolló tal como estaba previsto. Los monjes caminaban aprisa, ya que Pureza del Vacío había decidido entrar montado en la carreta en la que se amontonaban los cuencos de las limosnas de los monjes del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales que se habían desplazado con él.

Atravesaron en cinco tandas el río Amarillo crecido por las lluvias de primavera a bordo de barcazas cargadas más de lo conveniente de hombres y animales, hasta el punto de correr riesgo de naufragio cuando los remolinos afloraban a la superficie.

Las montañas sucedían a las llanuras y los valles risueños a los desmoronamientos graníticos, en los que sólo enebros desmedrados tenían la fuerza y vitalidad suficientes para agarrarse a la tierra. La primavera hacía flamear los colores y en las ramas de los árboles y por todas partes aparecían brotes y retoños.

Después del caos invernal, el orden estival iba poniéndose en su sitio poco a poco.

Después de todos los desórdenes que habían sucedido a la reunión de Samyé volvía a implantarse paulatinamente la armonía.

No quedaba más que esperar la hora de la gran explicación.

LIII

PALACIO IMPERIAL DE CHANG AN

Mientras en el monte Taishan la celebración de la Primavera Nueva estaba en pleno apogeo, Cinco Prohibiciones, Umara, el ma-ni-pa y Ulik pudieron colarse sin ninguna dificultad, gracias al salvoconducto de Wuzhao, en un palacio imperial de Chang An donde sólo pululaban criados viejos y porteros con una sola pierna.

La emperatriz, una vez más, había hecho bien sus cálculos. Toda la corte en bloque se había desplazado al Shandong con armas y bagajes siguiendo los pasos de la pareja imperial y el palacio era ahora un lugar desierto y prácticamente abierto a los cuatro vientos.

Siempre ocurría lo mismo cuando el centro de decisión se desplazaba, ya que se trataba de un sistema basado en la personalización del poder: el terror y la coerción abandonaban un lugar para ocupar otro y dejaban atrás situaciones caóticas exentas de todo orden. Eran muchos los dictadores que pasaban a ser víctimas, ya que sus rivales aprovechaban su ausencia para hacerse con el poder.

Conspiraciones pequeñas y grandes, intrigas y relaciones de fuerza incesantes donde cada uno trataba de poner la zancadilla al de más allá, se habían trasladado a la montaña sagrada taoísta para dejar sitio a la extraña atmósfera despreocupada —semejante a una especie de paz después de tantas guerras intestinas— que reinaba ahora en el inmenso edificio desde el cual Gaozong y Wuzhao dirigían el imperio del Medio.

Sin perder un minuto, Umara y Cinco Prohibiciones se encaminaron directamente al Pabellón de Recreo. En cuanto la muchacha vio a su padre tomando el sol sentado en compañía de Cargamento de Quietud en el hermoso jardín donde los Gemelos Celestiales habían dado sus primeros pasos, se precipitó hacia él, rebosante de alegría y de cariño.

—Padre, te lo suplico, ¡perdóname! —le dijo besándole las manos y arrojándose a sus pies.

—Mi querida hija, para mí lo importante es haberte encontrado. Nuestro Dios Todopoderoso y Misericordioso me ha concedido esta merced. ¡No esperaba tanto! —murmuró él, trastornado y al borde de las lágrimas, con la voz rota por la emoción.

—Todo ha sido culpa mía. Yo seduje a vuestra hija. Si tenéis reproches que hacer, es a mí a quien debéis dirigirlos —dijo entonces Cinco Prohibiciones, firmemente decidido a defender a Umara, acercándose también.

—Mi Dios Único es amor. Lo que sentís el uno por el otro es amor y eso es lo que sustenta vuestra conducta, contra la cual no tengo nada que decir… Suscribo vuestra actitud, queridos hijos —respondió el obispo de Dunhuang abriéndoles los brazos.

—Gracias, padre. Sabía que lo comprenderías —murmuró su hija.

—¡Y que Dios bendiga vuestra unión! Os deseo toda la felicidad de la tierra. La merecéis. Veros a los dos juntos es un gran consuelo para mí. Hace mucho tiempo que aguardaba este día —dijo Addai Aggai cerrando los ojos tras hacer el signo de la cruz en la frente de cada uno.

—Permitidme que añada a vuestra invocación la del Bienaventurado Buda, el Santo Despertado que, desde nuestro primer encuentro, nos acogió a Umara y a mí bajo su ala compasiva y protectora —murmuró Cinco Prohibiciones juntando las manos palma contra palma, tocando su frente con los pulgares y haciendo tres inclinaciones.

—¡Bien por el Bienaventurado Buda! Por lo que sé de él, casi me atrevo a pensar que entre el Bienaventurado y Cristo hay muchos puntos en común…

—¡Bien también por Mani, el profeta intercesor de la Iglesia de la Luz! Fue un hombre de buena voluntad que no quiso renegar de su religión y,

debido a esa actitud heroica, sufrió una pasión idéntica a la de Cristo —añadió Cargamento de Quietud, prácticamente tan emocionado por el reencuentro como su colega nestoriano.

Entre las macetas donde crecían peonías y arbustos centenarios no más grandes que la hoja de un cuchillo, podados de hojas y acortados de raíces a diario por los jardineros, el obispo, que había decidido no refrenar sus lágrimas, acogió con afecto entre sus brazos a Umara y a Cinco Prohibiciones.

—¡Ojalá que Dios permita que no volvamos a separarnos nunca más! Es lo que más deseo en el mundo —murmuró el prelado nestoriano al oído de la joven pareja.

—¿Lo deseas más aún que instalar la Iglesia del Santo Patriarca Nestorio en China central? —le preguntó su hija.

—Haciendo pasar delante de todo lo demás los intereses de la causa espiritual a la que sirvo, tengo plena conciencia de que en ocasiones he descuidado al prójimo y de que a veces he sido más pecador que pastor de almas —confesó Addai Aggai, ante la mirada atónita de Umara, que estaba lejos de imaginar que su padre fuera capaz de tal acto de contrición.

—Si puedo conjugar la felicidad de terminar mi vida junto a Cinco Prohibiciones y continuar manteniendo relaciones de estrecha complicidad con mi padre, seré la más feliz de las mujeres —murmuró Umara antes de arrojarse al cuello de Addai Aggai y abrazarlo tiernamente.

—Te he echado tanto de menos que al final he comprendido que tú eras la razón principal de mi vida —susurró éste al oído de su hija.

—Ahora sólo nos queda ir a liberar a Luna de Jade. Esperadnos aquí, no tardaremos mucho —dijo Cinco Prohibiciones después de haber dejado que la hija y el padre dieran rienda suelta a sus efusiones.

—¡Voy contigo! —anunció Umara a su amante.

—Querida hija, sé prudente. ¿Por qué no te quedas aquí conmigo y esperas el regreso de Cinco Prohibiciones? —se lamentó su padre.

—Nada podrá separarme nunca de Cinco Prohibiciones. Donde vaya él, iré yo —respondió su hija.

Y cogidos de la mano se precipitaron con Ulik y el ma-ni-pa a los apartamentos privados del emperador del Centro.

Una vez allí, encontraron a Luna de Jade encerrada con doble llave en la cámara destinada a la concubina favorita en compañía de una esteticista que le alisaba los cabellos después de habérselos untado con aceite de palma.

—¡Umara, Cinco Prohibiciones! ¡Qué maravillosa sorpresa! ¡Qué contenta estoy de volver a veros! —exclamó inmediatamente la chinita arrojándose en brazos de aquella joven pareja a la que había conocido no lejos de la Puerta de Jade en ocasión de su fuga acompañada de Punta de Luz.

—Al parecer, el emperador de China te retiene prisionera. Venimos a liberarte —le anunció con orgullo Umara, contenta de volver a ver a aquella joven con la que había establecido una corriente de simpatía inmediata.

—Desde que llegué a Chang An, el emperador Gaozong me trata como una esclava destinada a sus placeres. ¡No me atrevería a contarte todo lo que me ha hecho sufrir! Me llama continuamente a la Cámara del Amor, un camarín octogonal tapizado de seda rosa. Está situado detrás mismo de ese patio. Sólo pensar en sus dedos que parecen morcillas y en su enorme barriga temblona me entran náuseas —gimió la esposa del *kucheano* maniqueo antes de romper en sollozos como una niña pequeña.

Ante Umara y Cinco Prohibiciones, ya no era aquella cortesana atrevida capaz de fingir placer, sino simplemente una muchacha que por fin podía descargar sus pesares con toda confianza.

—Menos mal que, desde que se ha ido al monte Taishan, puedo respirar un poco —dijo Luna de Jade con un hilo de voz.

—Punta de Luz te espera no lejos de aquí, en un pequeño templo búdico —le dijo entonces Cinco Prohibiciones, tratando de borrar los malos recuerdos con aquella buena noticia.

—¡Qué cosa tan maravillosa acabas de anunciarme! Nada podía satisfacerme tanto como oírte pronunciar esas palabras, Cinco Prohibiciones. ¿Debo dar las gracias al Bienaventurado Buda o bien a Mani, el profeta de la Iglesia de la Luz? —preguntó la chinita.

No era la misma de pocos momentos antes: su hermoso rostro, ahora con los ojos húmedos, reflejaba una alegría profunda que borraba su reciente abatimiento.

—Cuando puedas estrechar a tu esposo entre tus brazos, da las gracias a quien quieras —le dijo en tono de broma el antiguo monje del *Mahâyâna*.

—¿Se acuerda todavía de mí? ¿No se ha enamorado de otra? Si así fuera, no se lo tendría en cuenta…

—Está tan enamorado de ti como el primer día. La llama de su corazón sigue intacta. Desde que perdió tu rastro en Turfan, su único objetivo ha sido poner todos los medios para volver a encontrarte. No sabe que estás aquí. Me encanta imaginar la alegría que tendrá cuando vuelva a verte sana y salva —exclamó Cinco Prohibiciones.

—Buscaremos a Punta de Luz apenas salgamos de aquí. Cuanto antes, mejor para ti. Igual que me ocurrió a mí, cuando Cinco Prohibiciones vino a buscarme al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, donde el Superior Pureza del Vacío me tenía encerrada en secreto —explicó Umara.

—Nuestros destinos son extrañamente paralelos —dijo sonriendo la antigua obrera del Templo del Hilo Infinito.

—¡Eso mismo pienso yo! Sin duda porque el amor conduce a los seres humanos por los mismos caminos —murmuró la joven cristiana nestoriana, que tenía la mano de Luna de Jade en la suya.

—Tengo la impresión de que, al otro lado de esa pared, hay alguien que nos escucha —dijo por lo bajo Cinco Prohibiciones haciéndoles una brusca seña para que se callaran.

Para aclarar las cosas, se acercó al tabique de ladrillo que cercaba el patio interior sobre el cual les había hablado Luna de Jade.

—¿Quieres que lo compruebe? Esta tapia no parece difícil de escalar —comentó Ulik.

—En tal caso tendréis que atravesar el patio. Pero, incluso cuando el emperador de China está ausente, hay dos centinelas que vigilan día y noche en la puerta de la cámara imperial —les indicó Luna de Jade.

—Vayamos los dos por si se presenta algún problema —concluyó Cinco Prohibiciones antes de adelantarse.

No les costó escalar el muro y a ellos los siguió Umara, que no tuvo problema en imitarlos. Al otro lado, no parecía que, en el pequeño patio cubierto de gravilla, hubiera alma viviente.

—¡Examinemos el interior! —sugirió el antiguo *mahayanista* señalando la veranda a la que se abría el camarín.

Quedó sorprendido ante el refinamiento del lugar, acentuado por la seda rosa que tapizaba las paredes, a juego con los numerosos cojines mullidos amontonados en el majestuoso diván instalado en el centro mismo de la pieza.

Al tenderse en él boca abajo para comprobar que era tan acogedor como parecía, el amante de Umara tuvo la sorpresa de ver unos pies que asomaban por debajo.

Umara, que ya había detectado aquella presencia, le hizo unos ademanes muy elocuentes incitándolo a ser prudente.

—¿Quién hay aquí? —gritó Cinco Prohibiciones tratando de agarrar aquellos pies.

Ulik lo ayudó a tirar de las piernas del hombre que estaba escondido allí debajo.

—¿Qué haces aquí, Firuz? ¡Y pensar que yo te había ordenado que te quedases en la granja-pagoda! —exclamó Cinco Prohibiciones, que acababa de reconocer al bagdadí.

El embajador omeya llevaba una barba de varios días. Había adelgazado y tenía la piel de la cara tan arrugada que parecía una fruta seca. Aturullado, le costó encontrar respuesta a la pregunta planteada por Cinco Prohibiciones.

—Llevo dos semanas escondido aquí debajo. Por suerte, el emperador apenas come nada de los manjares que le traen cuando está aquí. Cuando estoy solo, me tiendo en el diván para dormir con más comodidad. Y en lo tocante a mis necesidades naturales, me desahogo en el patio… —acabó por explicar.

—¿Sabes que te juegas la cabeza al violar de este modo el espacio privado del emperador del Centro? Uno no se embarca por gusto en una expedición como ésta —le advirtió Cinco Prohibiciones, que vio claramente que el embajador omeya se había cuidado muy bien de eludir la pregunta que le acababa de formular.

—Cuando estemos en lugar seguro te contaré con pelos y señales por qué me encuentro donde me encuentro —replicó Firuz, que poco a poco iba

recobrando su presencia de ánimo.

Subrepticiamente, aprovechando el nerviosismo ambiental, sacó del estuche de manicura de Gaozong un cuchillito afilado como un dardo, utilizado para el cuidado de las uñas del emperador.

Tras comprobar que ni Umara ni Ulik ni Cinco Prohibiciones observaban la maniobra, se lo escondió, presuroso, en el cinto.

—En ese caso, lo mejor será saltar este muro. Al otro lado estaremos más tranquilos para escuchar tus explicaciones —propuso el *mahayanista* con aire severo.

Al otro lado les esperaba, llena de ansiedad, la esposa de Punta de Luz.

—Luna de Jade, sabía que estaba al alcance de tu voz —le dijo el bagdadí en tono normal, sin demostrar el más mínimo resentimiento hacia aquélla a la que había amado tanto.

—¡Yo no sabía que estuvieras aquí!

—He estado escondido muchos días debajo del diván imperial. Escuchándote, se diría que el emperador del Centro te hace unas cosquillas que no te dejan fría del todo… —Firuz bisbiseó, lo más bajo que pudo para que no las oyera nadie, aquellas palabras al oído de Luna de Jade.

… —Hago lo que quiero con mi cuerpo y no está escrito en ninguna parte que yo te pertenezca —le espetó ella con sequedad.

El bagdadí no pudo por menos de acusar el golpe. Aquella respuesta hiriente consiguió hacerle perder todo el control que había conseguido recobrar hacía unos instantes.

Los celos y el odio le hacían un nudo en el estómago y lo empujaban al horrible torbellino que incluso a individuos tranquilos y afables puede incitar a las peores locuras.

—¡Lejos de mí imaginar que éste podía ser el caso! —le replicó acompañando con una sonrisa forzada aquella mentira evidente.

—Te exijo una explicación. ¿Por qué te fuiste de la granja-pagoda? —preguntó de nuevo el *mahayanista* al embajador, cuyo comportamiento comenzaba a intrigarlo seriamente.

Pero Firuz no tuvo necesidad de responder a la intimación de Cinco Prohibiciones.

Inquietantes ruidos que procedían del corredor parecían indicar que los soldados, alarmados probablemente por las voces que salían de la cámara de la favorita del emperador, estaban a punto de irrumpir en ella.

—Corremos el riesgo de que nos sorprendan —exclamó Ulik.

—Si así fuera, estaríamos perdidos —replicó Cinco Prohibiciones.

—¿No sería hora de que, en lugar de inútiles disputas, llevásemos a Luna de Jade junto a su marido?

—Seguro que están hambrientos de verse —intervino Umara.

—Debe de estar esperando allí donde lo hemos dejado. Espero, por lo menos, que no habrá hecho lo que tú y no haya cometido la torpeza de irse por las buenas —exclamó Cinco Prohibiciones dirigiéndose a Firuz, quien se había encerrado en un profundo mutismo.

—Necesitaría un velo para no llamar la atención. Como encontremos criados y me reconozcan, se ha terminado todo —murmuró Luna de Jade.

Hurgó en uno de los armarios de su habitación y sacó de él una larga capa de seda verde en la que se envolvió por completo.

—Si te sobrase una, me la pondría yo. Debe de ser por mis cabellos rizados, pero todo el mundo se vuelve a mirarme como si fuera un bicho raro —dijo Umara.

Luna de Jade tendió con una sonrisa a la hija de Addai Aggai lo que le había pedido.

—Si me preguntan, ¿qué debo contestar? —se lamentó entonces con voz contrita la esteticista de la favorita imperial.

—Que estabas durmiendo en la habitación de al lado y no has visto nada. Que me he escapado volando como un pájaro. ¡Nada más que eso!

Abandonaron sin problemas el palacio imperial gracias al salvoconducto que les había proporcionado Wuzhao, no sin recoger antes a Cargamento de Quietud y a Addai Aggai, que ya les estaban esperando, impacientes, en el Pabellón de Recreo. Franqueadas las últimas puertas, se encontraron en el exterior. ¡Eran libres!

Luna de Jade reencontró con emoción las calles bulliciosas de la capital del imperio de los Tang.

Toda una panoplia de olores, desde los más sutiles a los más nauseabundos, revivieron en su memoria el inolvidable recuerdo de su paso

a través de la ciudad, unos años antes, en compañía de Punta de Luz, después de que él fuera a buscarla al Templo del Hilo Infinito.

Estaba tan fascinada por aquel espectáculo que no reparó en la mirada aviesa y decidida de Firuz ni en sus puños apretados, como si se dispusiese a combatir a un terrible enemigo.

Atravesó la ciudad como en un sueño y, cuando llegaron a los arrabales, donde ya comenzaban a verse campos de cultivo entre las últimas cabañas de adobe a cuyo alrededor jugaban pilletes medio desnudos, la muchacha no pudo reprimir un gesto de tristeza.

Pero apenas descubrió, encaramada en la ladera de una colina, la granja-monasterio de tejados grisáceos donde la esperaba su esposo, la chinita no consiguió refrenar unos sollozos de alegría.

Para ella representaba la libertad tan esperada que llegaba por fin, pero también una fabulosa lección de vida que acababa de la manera más feliz después de tantos episodios dramáticos.

¡Contra todo lo que había esperado, podría volver a tocar con sus manos al joven *kucheano*, a quien no había dejado nunca de amar!

De modo que no había que desesperar nunca, ya que el ser humano acababa siempre por librarse de las situaciones más penosas, a condición de no perder nunca la esperanza ni dejar de luchar. Desde Turfan a Bagdad, después a Palmira y de allí a Chang An… ¡cuánto camino había recorrido sin sospechar que, en realidad, no hacía más que cerrar el círculo! A veces el ser humano cree errar sin objetivo preciso cuando en realidad sus pasos están movidos por una fuerza que está por encima de ellos y los guía…

Y en el caso de Luna de Jade, se trataba de energía positiva y benéfica, como si tuviera impuesto una especie de Tao.

Encaminada hacia su objetivo, apretó el paso sin fijarse en un grupo de pastores con los que se había cruzado junto con sus compañeros en el lindero de un bosque de catalpas, sin ver que uno de ellos acababa de sacar un pañuelo del bolsillo y lo agitaba en dirección a la granja.

Ignoraban que estaban rodeados por los agentes del *Gran Censorado*, que el secretario particular del prefecto Li había mandado apostar alrededor del sitio al que intentaban dirigirse.

Apenas descubrió a Punta de Luz junto al umbral del patio interior de la construcción, Luna de Jade, ahogando un sollozo, se arrojó en sus brazos gritando su nombre.

—¡Punta de Luz! ¡Mi único amor! ¡Querido mío! Estoy aquí y estaré siempre contigo. ¡Punta de Luz!…

Cada una de las apasionadas exclamaciones de Luna de Jade era como un puñal que se hundía un poco más en el corazón herido y palpitante de Firuz el bagdadí.

Presa de una amargura que se había convertido ahora en odio implacable, éste advirtió que aquella joven que abrazaba de aquel modo a su esposo sin el menor recato no lo consideraba a él en absoluto. Lo había olvidado por completo, como si jamás hubiera contado para ella.

Ya en el umbral del patio, dudaba de entrar debido a encontrarse completamente al margen de aquel encuentro del que todos se felicitaban y que les daba pie a intercambiar ávidamente recuerdos y experiencias comunes. Cinco Prohibiciones había presentado a Punta de Luz a Addai Aggai y aquél, prescindiendo de toda reserva, había abrazado a Cargamento de Quietud.

Firuz, que temía que, como resultado de su denuncia, la granja-pagoda estuviera sometida a vigilancia, dio media vuelta y subió, cargado con su tristeza, hasta lo alto de la colina.

Mientras trepaba por un estrecho sendero muy escarpado, su mano tocó por inadvertencia el mango del cuchillo que había sacado del estuche de manicura del emperador Gaozong y que se había guardado en el cinto. Se dijo para sus adentros que aquél era el instrumento de su venganza.

Acababa de decidirlo: mataría a Punta de Luz hundiéndole el puñal en el corazón. Se proponía hacerlo apenas llegase a la granja-pagoda, donde entraría sonriendo para no despertar sospechas.

Le importaba poco que volviese a detenerlo la policía china. Su único objetivo era la venganza.

Cuando, tras respirar a fondo varias veces para calmar los nervios, bajó con paso tranquilo la colina por el mismo camino por el cual la había subido, cuál no sería su sorpresa al encontrarse de manos a boca nada menos que con Ulik.

—Cinco Prohibiciones me ha pedido que te viniera a buscar. Teme que todas estas peripecias te hayan incomodado y querría hacerte unas preguntas sobre las razones de tu presencia en la cámara imperial… ¡Tu conducta lo ha sorprendido! —le anunció el parsi con aire desconfiado mirando el puñal del Omeya, que éste empuñaba en aquel momento pero que volvió a esconder prontamente en el cinto.

—He tenido que atender una necesidad acuciante. Ahora me encuentro mucho mejor. Estoy dispuesto a darle toda clase de explicaciones cuando él lo juzgue oportuno —farfulló este último.

Punta de Luz y Cinco Prohibiciones ya los esperaban en la entrada. Cuando estuvo a la altura de su odiado rival, el bagdadí, como un tigre preparado para el ataque, se abalanzó blandiendo el puñal.

Pero Ulik, que ya se temía que estaba tramando algo malo, no estaba desapercibido.

Y así fue como, tan pronto como la hoja del puñal ya rozaba el tórax de Punta de Luz, consiguió aferrar a Firuz por los hombros y derribarlo en tierra.

La lucha entre los dos hombres fue salvaje y violenta, pero acabó resolviéndose en ventaja para el parsi, quien se levantó del suelo con la mano derecha ensangrentada.

Cuando Cinco Prohibiciones y Punta de Luz dieron la vuelta al bagdadí, que estaba tendido boca abajo, comprobaron que tenía el puñal hundido en el pecho hasta la empuñadura.

—¡Ha sido culpa mía! —gimió el parsi—. ¡No me he dado cuenta! ¡Y eso que había visto la hoja del cuchillo que se volvía en el momento en que yo lo neutralizaba! Pero no he podido hacer nada.

¡Estaba tan furioso!…

—¿Estás herido? —exclamó Cinco Prohibiciones, observando que Ulik tenía la mano roja de sangre.

—¡La sangre es de Firuz! —gimió Ulik secándose el brazo.

—¡Por poco mata a Punta de Luz! Probablemente los celos lo han cegado —murmuró el *mahayanista* pasando el dedo por el desgarro que el arma había dejado en la camisa del esposo de Luna de Jade.

—¡No es nada! Sólo una cuchillada superficial —murmuró, impresionado, este último.

Punta de Luz y Cinco Prohibiciones cayeron uno en brazos del otro, si bien sus jóvenes esposas, ocupadas en felicitarse mutuamente y en intercambiar impresiones en el exiguo refectorio adonde las había conducido el viejo Superior de la granja-pagoda, no se habían enterado de nada.

Unos gritos procedentes del exterior de la granja-pagoda les causaron un gran sobresalto.

—Veo unos diez hombres armados que bajan de lo alto de la colina en dirección hacia nosotros —exclamó Ulik, que había ido a ver qué noticias había antes de cerrar precipitadamente la puerta que daba acceso al pequeño patio en torno al cual se habían levantado las construcciones de la granja-pagoda.

—¡Nos ataca una cuadrilla de soldados! Llevan el brazal del *Gran Censorado*. Esos hombres siembran la muerte y el terror allí donde pasan —gritó, aterrado, un joven novicio bajando del tejado al que se había encaramado como un gato.

—¿Qué podemos hacer contra ellos? —murmuró Punta de Luz.

—No veo solución. A sus espadas únicamente podemos oponer nuestras manos desnudas —se lamentó, con expresión sombría, Cinco Prohibiciones.

—Habría que tenderles una trampa. Atraerlos a un determinado lugar y, cuando estuvieran allí, prenderle fuego —propuso Ulik.

—Nos serviría a este fin un depósito de grano donde ahora se guarda paja seca —dijo el novicio.

—¿Dónde está?

—¡Aquí!

Detrás de la puerta cuyos dos batientes acababa de abrir el novicio, situada al otro lado del patio y frente a la entrada del mismo, descubrieron un granero lleno de forraje seco hasta el techo.

—Habría que hacerlos entrar aquí dentro, cerrar la puerta y prender fuego. Se quemarían vivos como si estuvieran en las fauces de un dragón glotón *Taotie* —exclamó el joven monje, muy inspirado.

—¿Qué ocurre?

Las dos muchachas, alarmadas por las voces de los asaltantes que llamaban a la puerta de la granja-pagoda, acababan de descubrir el cuerpo de Firuz tendido junto a una de las paredes del patio.

—El Omeya ha intentado atentar contra tu esposo. Ulik ha conseguido reducirlo, pero el puñal de Firuz se ha vuelto contra sí mismo —explicó Cinco Prohibiciones a Luna de Jade, que se había refugiado en los brazos de Punta de Luz.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados si nos atacan los agentes de la policía secreta china —añadió este último.

—Yo abriré la puerta que da al exterior y después me precipitaré hacia el heno gritando a los soldados que estáis escondidos y disimulados debajo. Vosotros dos, Cinco Prohibiciones y Puñal de la Ley, cerraréis la puerta del granero donde se guarda el heno cuando la haya atravesado el último soldado y seguidamente arrojaréis dentro un hachón encendido —murmuró el parsi a sus compañeros.

—¡Corres el riesgo de quemarte vivo! —protestó Punta de Luz.

—No temas, soy ágil como un cabrito y sabré librarme sin el menor problema —replicó Ulik.

En cuanto los demás se hicieron invisibles, se dirigió a la puerta que los soldados ya atacaban a golpe de hacha y la abrió bruscamente.

—Seguidme, ésos a los que buscáis están escondidos en el heno del granero —gritó mientras les indicaba la gran puerta abierta de par en par situada en el lado opuesto del patio.

—¿O sea, que fuiste tú quién los fue a denunciar al puesto de policía del Barrio Segundo? —inquirió entonces el soldado que tenía todas las trazas de ser el jefe.

—En efecto —masculló Ulik cazando al vuelo el cable que le había tendido el otro.

En posesión de aquella confidencia, los soldados, precedidos por el intérprete parsi, entraron en fila y como un solo hombre en el granero donde se guardaba el heno, cuya puerta se ocupó cuidadosamente de cerrar el que les hacía de guía.

Cinco Prohibiciones, con un hachón encendido en la mano que el novicio había traído de la cocina, titubeó un momento.

¿Debía arrojarlo dentro tal como Ulik le había ordenado que hiciera? Si llevaba a la práctica el plan, era muy posible que el joven parsi no saliera vivo del interior.

—¡No podré hacerlo! —exclamó con los ojos anegados en lágrimas.

—Como no incendies el granero, tal como te ha ordenado Ulik, los que estamos perdidos somos nosotros. Y nuestras respectivas mujeres lo mismo… —declaró Punta de Luz con voz que delataba su angustia.

Podían oír el rumor de los soldados en el interior del granero, donde el barullo había alcanzado su límite máximo. Los agentes del *Gran Censorado*, que seguramente estaban revolviendo la paja del granero, no tardarían en descubrir la superchería.

Entonces, con el corazón en un puño, Cinco Prohibiciones ahogó un sollozo y arrojó el hachón incandescente a través del ojo de buey que se abría en la pared, encima mismo de la puerta del granero.

El fuego prendió instantáneamente y la onda provocada por el incendio de la paja desmigajada y desparramada fue tan intensa que hizo retemblar las paredes del granero.

Pasados unos instantes, que se antojaron siglos a los que se habían quedado fuera, se oyeron unos gritos desgarradores al tiempo que en el aire se difundía un espantoso olor a carne quemada.

—¡Qué horror! —murmuró Umara, acurrucada junto al corazón de su amante.

—¡Pobre Ulik! ¡No saldrá vivo de ahí dentro! —gimió Luna de Jade, que también se había refugiado en los brazos del suyo.

—¡Ulik se ha sacrificado por vosotros! Una actitud noble y digna de un budista ferviente —dijo una voz suave, la voz del sabio que lo ha comprendido todo.

Se volvieron. Acompañado de Addai Aggai y de Cargamento de Quietud, el viejo Superior del monasterio había acudido a reunirse con ellos en el patio donde yacía el cadáver de Firuz. Ante todos ellos, el tejado del granero, a través del cual se escapaba una inmensa nube negra, estaba en llamas.

—¡El fuego lo purifica todo! —murmuró, horrorizado y fascinado a un tiempo, el Gran Perfecto maniqueo.

—¡Om! —gritó a su vez el ma-ni-pa, que salió de la celda colectiva donde dormía como un tronco cuando se despertó, sobresaltado, debido a todo aquel alboroto.

—Para nosotros, el fuego es el infierno —añadió, inquieto, el obispo nestoriano, cuyo rostro se deformaba en una mueca de horror.

—Ese parsi gracias al cual hemos salvado la vida ni siquiera era un devoto de *Siddharta Gautama* —exclamó Cinco Prohibiciones, que a duras penas podía contener las lágrimas.

—Habría podido serlo. Y además, tengo la seguridad de que el Bienaventurado Buda no lo abandonará en su próxima reencarnación. El comportamiento de ese hombre ha sido el de un *bodhisattva* —añadió el monje *mahayanista*, que pasaba la mayor parte del tiempo meditando sobre el inmenso dolor del mundo en su minúscula celda de la granja-pagoda.

—¡A lo mejor lo era! —murmuró, trastornado, Cinco Prohibiciones.

Pensándolo bien, el viejo monje tal vez no se equivocaba. ¿Acaso la actitud de Ulik, desde el primer encuentro con él en el país de Bod, no estaba fundada en la compasión a los demás?

En numerosas vidas anteriores, el Buda había vivido bajo la apariencia de *Avalokitesvara* que se cubrían con envolturas carnales sorprendentes y a veces muy alejadas de la imagen que uno suele hacerse de la santidad.

Así pues, que un Buda del Futuro hubiera optado por vivir en el cuerpo de un parsi como Ulik no lo sorprendía en absoluto. Tal vez dentro de miles de años un Buda contaría que, en una de sus existencias anteriores, había adoptado los rasgos de un joven intérprete persa que había permitido a unos Gemelos Celestiales escapar al funesto destino que les reservaba un salteador de caminos…

—Ahora tenéis que marcharos todos antes de que la policía venga a averiguar qué pasa. La columna de humo que se levanta sobre nuestras cabezas debe de verse desde Chang An. ¡Huid ahora que podéis!

—El Bienaventurado lo quiere. De lo contrario no os habría enviado el socorro de ese Ulik —añadió con voz dulce el viejo.

—Pero corréis el riesgo de que haya represalias —le dijo Cinco Prohibiciones.

—Nuestra vida está aquí. Cuando la policía compruebe que no hay nadie escondido en la granja-pagoda, nos dejarán tranquilos.

—*¡Om! ¡Mani padme hum!* ¡Om! —exclamó el ma-ni-pa, trastornado por lo que acababa de presenciar, antes de dar un salto atrás que dejó al público boquiabierto.

—Sin duda que *Avalokitesvara* oirá las oraciones de ese ma-ni-pa —concluyó el viejo Superior de la granja-pagoda mientras bendecía a sus huéspedes a medida que iban despidiéndose.

Después, entre apresurados y llorosos, abandonaron aquel lugar donde, de no haber contado con la ayuda de Ulik el parsi, habrían sido atrapados como ratas, y emprendieron la marcha a campo traviesa hasta un pueblo en el que se pararon para calmar la sed.

—¿Dónde pensáis instalaros para fundar una familia? —preguntó Umara a Punta de Luz y Luna de Jade.

—Antes que nada, me gustaría volver a ver a los Gemelos Celestiales. Sólo pude verlos unos instantes en las inmediaciones de la Puerta de Jade aquella famosa noche en que os conocimos porque lo había decidido así un feliz destino. Pero estoy convencida de que algo tienen que ver con nuestro reencuentro —exclamó la joven china para gran sorpresa de la hija de Addai Aggai.

—¡Y yo que me imaginaba que tú sólo creías en ti misma! —bromeó su esposo maniqueo ante la mirada levemente sorprendida del Gran Perfecto Cargamento de Quietud.

—En cualquier caso, será un inmenso placer para nosotros protegeros hasta Luoyang, puesto que Joya y Loto se encuentran alojados en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales —les anunció Cinco Prohibiciones.

Cinco Prohibiciones y Umara iban ahora cogidos de la mano mientras caminaban. Dentro de tres días como máximo, estarían en Luoyang.

—¿Y si tú fueras la reencarnación de un *bodhisattva*? Después de haber oído las palabras del viejo monje de la granja-pagoda, he acabado por plantearme la pregunta… —murmuró Umara a aquél con quien por fin se casaría, en la cubierta del barco que navegaba por el canal imperial.

Cinco Prohibiciones se volvió hacia Umara para ver si bromeaba. Su amante lo miró muy seria. Sus ojos bicolores brillaban como piedras preciosas. Él le sonrió.

Detrás de ellos, desplomados sobre las banquetas, el ma-ni-pa, Addai Aggai y Cargamento de Quietud, con los cuerpos muy juntos, estaban profundamente dormidos. En cuanto a Luna de Jade y Punta de Luz, sentados algo más lejos en una banqueta aislada, se besaban sin pudor, golosamente, ante la mirada sorprendida de una familia de comerciantes que se dirigían a Luoyang a vender anzuelos en el mercado.

Ella le devolvió la sonrisa y apoyó la cabeza en su hombro.

El ambiente estaba impregnado de extraños olores.

Eran los perfumes de la naturaleza en primavera.

Umara entonces, totalmente exhausta, cerró los ojos.

Todo iba bien.

LIV

CHANG AN, CAPITAL DE LOS TANG

En el despacho lleno de humo del viejo general Zhang, el ambiente estaba tan cargado que se habría podido cortar con cuchillo.

—Hay que explorar el lecho del río Lë en el sitio donde la Usurpadora pretende haber encontrado esas piedras que exhibió con ocasión de la *Fiesta de la Primavera*. Es imposible sacar del agua unas rocas tan enormes como aquéllas sin contar con una maquinaria que ella no tiene a su disposición.

—Estoy seguro de que las auténticas rocas adivinatorias están en su sitio —sentenció el antiguo Primer Ministro de Taizong el Grande.

—Pero ¿qué me decís de las palabras de la niña cara de mono, que corroboró la sinceridad de las afirmaciones de Wuzhao? —objetó Hanyuan, el obeso Canciller Imperial, que estaba fumando su larga pipa.

—Conociendo a la interesada, puede ser muy bien que le haya hecho aprender de memoria un discurso útil para sus fines… Hay que aclararlo —concluyó con rabia el viejo confuciano en tono agrio.

—Dejadme unos días de tiempo y os daré la respuesta —repuso el prefecto Li, a quien su episodio con Luna de Jade había dejado un regusto amargo en la boca.

Como las desgracias nunca vienen solas, el hecho de que Wuzhao hubiera presentado en el monte Taishan las famosas piedras del río Lë había colocado al Gran Censor Imperial, que se suponía que sabía todo lo que se tramaba en el imperio del Centro, en una situación especialmente delicada

delante de sus amigos, quienes le reprochaban que no hubiera previsto aquella jugada tan espectacular.

Y las palabras del general Zhang no hicieron más que confirmar los terribles estragos que había provocado aquel episodio en la reputación, ya bastante maltrecha, del prefecto Li.

—Tal vez habría que interrogar a la niña de la cara simiesca. Seguro que tiene cosas interesantes que contar —dijo Virtud de Fuera, el Ministro de la Seda, que había capeado como por milagro todas las borrascas que se habían abatido sobre su cargo sin perderlo.

—No es mala idea, puesto que es la misma que tengo en la cabeza. De hecho, pienso dirigirme personalmente a Luoyang.

—¿Pensáis hacer vos mismo las pesquisas? —inquirió, pasmado, el Ministro de la Seda.

—Hay misiones que no se pueden confiar a terceros. Ésta es demasiado delicada para hacerlo —precisó el Gran Censor Imperial.

Deseoso de demostrar a sus colegas que era capaz de realizar el restablecimiento necesario, sin el cual corría el riesgo de terminar su carrera sepultado en una mazmorra, estaba dispuesto a cualquier cosa…

—Está convencido de que esas inscripciones adivinatorias vienen al pelo a los intereses de la Usurpadora. Esas piedras que anuncian al pueblo de China que muy pronto una mujer se convertirá en emperador del Centro no podían ser más oportunas. No puedo creer que el *Gran Censorado* no estuviera al corriente de todo esto —farfulló el general Zhang.

El viejo confuciano, que no era de los que bajan la guardia, se había propuesto aquel día tomar el pelo al prefecto Li.

—A riesgo de pasar por un infeliz, y además por un inepto, confirmo que se trata de la estricta verdad. He descubierto las rocas del Lë al mismo tiempo que vosotros, en la zona del monte Taishan donde se celebran las ceremonias. Lo cual me ha inducido, dicho sea de paso, a arrestar a diez de mis subordinados —protestó este último en tono desabrido.

—Todo ha sido orquestado con mano maestra por la Usurpadora. La próxima vez no nos quedará más que irnos a prosternar delante del emperador Wuzhao confiando en que no hayan puesto precio a nuestras cabezas —concluyó con amargura Hanyuan.

—El Gran Censor debe ahora ponerlo todo en marcha para evitar las consecuencias nefastas de lo que tiene todas las trazas de ser una nueva maniobra de la Usurpadora. Tengo la esperanza de que, aunque sólo sea por una vez, su gestión llegue a término y no se pierda en las arenas del desierto de Gobi —añadió el viejo general en tono investido de solemnidad.

—Podéis tener la seguridad, queridos colegas, de que haré todo lo que esté en mi mano para resolver este enigma —gimió el interesado.

—¡Mejor para todos, empezando por vos, que sea así! —advirtió, a manera de amenaza, velada apenas, el antiguo Primer Ministro de Taizong.

Cuando, poco después, abandonó el cenáculo de los viejos confucianos, el prefecto Li no las tenía todas consigo.

Después de aquel último episodio de las rocas adivinatorias, al que se sumaba el colosal fracaso de la expedición de sus hombres a la granja donde se suponía que se habían refugiado los fugados del Fuerte del Perro, sus servicios estaban en trance de sufrir un descrédito total y, de paso, también su persona.

Era un momento grave para el *Gran Censorado*.

Era indudable que había que reaccionar con urgencia, si era preciso disponiendo cortafuegos, por lo menos para demostrar a aquellos mandarines ofendidos que los agentes de la policía especial todavía no habían pronunciado la última palabra.

Apenas llegado a Luoyang a la cabeza de una cuadrilla de unos veinte agentes especiales, portadores todos ellos del siniestro brazalete, el prefecto Li se apresuró a personarse en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

—El maestro Pureza del Vacío preside el oficio de la media jornada en la gran sala de oración. No puedo molestarlo bajo ningún pretexto —le respondió el portero, a quien el Gran Censor Imperial acababa de comunicar que deseaba ver al gran maestro de Dhyâna y hasta le precisó que tenía que tratar con él de un «asunto de la mayor importancia».

—Que venga inmediatamente o me veré obligado a sacarlo a la fuerza, aunque sea de la sala de oración —declaró el prefecto Li, decidido a jugárselo todo a una carta.

—Voy a avisarlo —dijo con voz plañidera el portero, a quien la presencia de los hombres del brazalete acabó de convencer.

El prefecto, pues, no se sorprendió al ver aparecer, poco después, por el fondo del pasillo que conducía a la portería del monasterio, la alta silueta de Pureza del Vacío, cuyo rostro traicionaba la sorpresa ocasionada por la inopinada visita de un personaje tan importante y temido como el jefe del *Gran Censorado* Imperial.

—Me interesa ver a la niña llamada Joya. Tengo que hacerle algunas preguntas relacionadas con las piedras del río Lë.

—En este momento la niña no está disponible porque es objeto de la devoción de los peregrinos.

—¿Cuándo será posible verla? Se trata de una cuestión muy urgente… un trámite oficial que está en manos del nivel más alto del Estado. No sé si comprendéis mis palabras… —dijo, muy nervioso, el prefecto.

—Pues será esta noche, cuando se cierren las puertas del convento y los devotos que vienen a venerarla vuelvan a sus casas —respondió con voz inquieta el gran maestro de Dhyâna.

Como la tarde ya estaba muy avanzada, el prefecto Li se avino a tener paciencia hasta la hora indicada. Cuando condujeron ante él a la Gemela Celestial que tenía media cara cubierta de pelo, el Gran Censor, que no había tenido nunca ocasión de verla de cerca, tuvo el mismo sobresalto que todos aquéllos a quienes repelía la apariencia de la niña porque, por el hecho de ver el mal en todas partes a causa de sus propias flaquezas, no se fiaban de ella…

—Joya, tienes que acompañarme al río Lë y llevarme al lugar exacto donde indicaste a la emperatriz Wuzhao la presencia de las rocas adivinatorias que, según dicen, estaban sumergidas debajo de una densa capa de limo —ordenó a la niña sin más preámbulo.

—¡Quiero ir con mi hermana! —gritó Loto.

—Muy bien, si quieres vendrás con nosotros. Eso tiene poca importancia —concedió el prefecto Li.

—No puedo autorizar a que esos niños vayan solos a la orilla del río. No saben nadar. Si dieran un mal paso, por leve que fuera, y cayeran en el agua, correrían el riesgo de que los remolinos se los tragasen. En ese sitio la

corriente es muy impetuosa y ha llovido mucho estos últimos días, lo que hace que el Lë esté crecido y se haya convertido en un verdadero torrente furioso. Si les ocurriera alguna desgracia, la emperatriz Wuzhao me mataría con sus propias manos —anunció Pureza del Vacío al Gran Censor Imperial, quien no pudo evitar una mueca de desagrado al oír que el Superior de Luoyang pronunciaba el nombre odiado.

Al día siguiente por la mañana se formó un verdadero cortejo, al que se sumaron Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros, que salió del monasterio para dirigirse al lugar fatídico.

Pureza del Vacío, cada día más cansado y fatigado, cerraba la marcha con la mano apoyada en el hombro del monje Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo, mientras que la abría la silla transportada por porteadores en la que se sentaban los Gemelos Celestiales, cobijados en la sombra de un inmenso parasol sostenido por dos novicios. A su alrededor, creyendo que se trataba de una procesión ritual, la multitud de devotos no cesaba de ir en aumento, hasta el punto de que tenían que abrirse paso a codazos para acceder hasta aquel punto del río donde las orillas se ensanchaban y formaban el pequeño lago de donde había extraído las piedras adivinatorias el elefante blanco.

—Alejaos de la orilla, el dragón que vamos a invocar ahora podría aparecer de pronto y devoraros los pies —exclamó el prefecto Li dirigiéndose a los más audaces, que, movidos tanto por la devoción como por la curiosidad y sobre todo por ésta, no vacilaban en invadir la orilla.

Como una bandada de gorriones temerosos, todos retrocedieron unos pasos. Empezaba la mañana y las aguas, que la noche había enfriado, eran abundantes, en tanto que la superficie del río se poblaba de innumerables remolinos que se disolvían tan pronto como se formaban.

—Mi predecesor, que había recogido esa información de boca de aquél a quien había sucedido, me comunicó que las rocas adivinatorias estaban sumergidas exactamente en este punto —confirmó Pureza del Vacío dirigiéndose al Gran Censor.

—¿Cómo puedo estar seguro de que ya no están? Y en caso de que ya no estuvieran, ¿qué fuerza milagrosa las ha sacado de esas aguas

tumultuosas, oh, Pureza del Vacío? —inquirió el prefecto Li en tono como mínimo solemne.

—El que sacó las grandes rocas del agua, atadas con unas cuerdas, y con la misma facilidad que si fueran piedras pequeñas, fue el elefante blanco —exclamó la vocecita de Joya.

—Sí, fue el elefante blanco. Es alto como una montaña de nieve. Puede arrancar un árbol agarrándolo por el tronco con la trompa —confirmó Loto.

—¡Un elefante blanco! ¡Qué cosa más rara! ¿Dónde está ese animal? —dijo Puñal de la Ley dirigiéndose a Santa Vía de los Ocho Miembros, ya que aquella descripción le hacía soñar evidentemente con el paquidermo sagrado del *Único Dharma*.

—Hace unos días todavía se le veía recreándose mientras comía las frutas y los brotes jóvenes de los árboles del Parque de las Peonías en el Palacio de Verano, un poco más arriba de donde estamos ahora. Si lo deseáis, os lo enseño —respondió Pureza del Vacío.

—¿De dónde ha venido? —prosiguió el monje indio, cuyo corazón ahora palpitaba descompasadamente.

—Nadie lo sabe con seguridad. Dicen que cuida al animal un cornaca que es un curioso personaje que pulula alrededor de la emperatriz, pero yo no lo he visto nunca —respondió sobriamente el gran maestro de Dhyâna, quien tenía por principio no pronunciar nunca ninguna palabra que pudiera correr el riesgo de atentar contra la reputación de Wuzhao.

Aquel diálogo como mínimo sorprendente se desarrollaba ante los ojos sorprendidos de los devotos, que no entendían nada de lo que allí se tramaba.

—Las palabras de estos niños parecen sinceras. Por otra parte, me cuesta creer que unos niños tan pequeños sean capaces de esas mentiras, pero no tengo ninguna prueba de lo que afirman… —prosiguió, algo dubitativo, el Gran Censor Imperial después de una rápida inspección de la orilla.

La desconfianza de este último, que acababa de dirigirse a Pureza del Vacío, permanecía intacta.

—¡Yo no soy una mentirosa! ¡He dicho la verdad! —gritó Joya estallando en sollozos.

—¡Malo! ¡Habéis hecho llorar a mi hermana! ¡Eso no está bien! —dijo Loto, fuera de sí, tamborileando con rabia con los puños apretados en el vientre prominente del prefecto Li.

—¡Se impone una verificación! Si las rocas no están bajo el agua, querrá decir que el paquidermo las ha sacado —se atrevió a decir Pureza del Vacío, deseoso de poner término a la disputa entre los Gemelos Celestiales y un personaje oficial tan importante como el Gran Censor del imperio del Centro.

—¿Quién de vosotros sabe nadar? —gritó entonces el prefecto Li dirigiéndose a sus hombres, cuyas miradas acobardadas hablaban elocuentemente de sus facultades natatorias.

—Parece que no son muchos los voluntarios que quieren echarse de cabeza al río Lë… —observó con mirada burlona el Superior de Luoyang.

—A veces me pregunto cómo recluían a mis agentes de élite. Es el colmo tener que venir hasta aquí para averiguar que no hay uno solo de mis hombres que sepa nadar. Al final tendré que ser yo quien se arroje al río para averiguarlo.

—Mi señor, puedo intentarlo yo… —farfulló, temblando, uno de sus agentes más jóvenes.

—¡Déjalo correr, imbécil! Vas a ver de qué es capaz el prefecto Li. Mira y que te sirva de ejemplo.

Cuando el Gran Canciller Imperial comenzó a desnudarse con rabia delante de la gran muchedumbre de espectadores, todo el mundo pudo darse cuenta de que no se estaba echando ningún farol.

Que uno de los dirigentes más encumbrados del Estado se viera reducido a arrojarse de cabeza al río para llevar a cabo sus averiguaciones era algo inaudito para aquel populacho que tenía del *Gran Censorado* la imagen de uno de los servicios policiales más eficaces y más temibles del imperio del Centro.

Y sin embargo, eso fue lo que ocurrió.

El prefecto Li, presintiendo que existía un embrollo por parte de Wuzhao, estaba tan deseoso de terminar sus pesquisas que, apenas se quedó con el torso desnudo, sin ni siquiera sumergir el dedo gordo del pie en el

agua para asegurarse de que su temperatura era tolerable, se arrojó de cabeza al río.

—¡Está más fría de lo que me figuraba! —exclamó antes de que el río lo sorbiera y lo condujera hasta el fondo.

Hasta la superficie del agua subieron, lentas, unas cuantas burbujas exactamente en el sitio por donde habían desaparecido los pies del prefecto tras el chapoteo formado al zambullirse. Unos instantes después reapareció su cabeza, coronada de algas.

—¡Ved lo que mis manos han encontrado ahí abajo! —exclamó casi al borde de la asfixia.

Llevaba a rastras tras él la masa informe de un cadáver humano identificable por su esqueleto, la carne medio devorada por los peces. Una de sus tetillas, conservada como por milagro, estaba atravesada por un aro de bronce. Una piedra grande atada al cuello con un revoltillo de cuerdas parecía indicar que alguien que no quería ver reaparecer el cuerpo lo había arrojado al agua.

Dos agentes especiales se apresuraron a izar el cuerpo a la orilla en medio de los gritos de la multitud, en los que se mezclaban la sorpresa, la admiración y el horror.

Eran los restos que quedaban de Nube Loca semanas después de que el Mudo lo echara al río lastrado con una piedra atada al cuello después de estrangularlo.

—¡Un cadáver! Es increíble.

—Apenas queda nada… —Fíjate en la tetilla perforada por un aro.

Llovían las observaciones de la gente.

—No me equivocaba al pensar que todo esto es terriblemente sospechoso —añadió el Gran Censor sin salir del agua, con aire ávido y volviendo a cobrar aliento.

—¿Queréis que llevemos ese cadáver al depósito, señor prefecto? —preguntó uno de sus hombres indicando aquel amasijo informe de huesos y cuerdas que depositaron en la hierba de la orilla.

Pero el Gran Censor Imperial, impaciente por explorar la capa de limo donde ya había encontrado un elemento tan interesante como aquel cadáver

de la tetilla perforada, convencido de que había levantado la liebre, se había vuelto a zambullir sin más demora en las turbulentas aguas del Lë.

Todos ahora contenían el aliento, a excepción de los Gemelos Celestiales, que estaban deshechos en llanto, aterrados ante la visión de aquel cadáver medio descompuesto, y apenas si atendían a las palabras de consuelo de los monjes hinayanistas Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros.

Los dos niños acababan de ver cómo sacaban de las aguas el cadáver de su propio padre. Pero eso no lo sabrían jamás.

Por otra parte, eso ahora ya no tenía ninguna importancia: su condición de dioses vivientes, en Luoyang, los libraba de toda indagación encaminada a conocer su filiación.

Pureza del Vacío, en cambio, estaba contrariado: ¿qué hacía aquel cadáver en las aguas del Lë?

Era un hecho que los misterios no paraban de acumularse y complicarse.

En cuanto al Gran Censor Imperial, nadie sospechaba que el hecho de haberse zambullido tan súbitamente en las frías aguas del río le había provocado un paro cardíaco.

Transcurrieron largos minutos sin que reapareciera el Gran Censor, por lo que fue creciendo la inquietud entre el público cada vez más numeroso, ya que la noticia del descubrimiento de un cadáver se había propalado como un reguero de pólvora y todo el mundo intentaba abrirse paso a codazos para contemplar aquel cadáver hecho jirones.

—Es curioso que el Gran Censor Imperial no suba a la superficie —dijo exhalando un suspiro Puñal de la Ley al cabo de un momento.

De las profundidades del río Lë no parecía subir nada a la superficie.

—Estoy inquieto. Hace mucho rato que habría debido sacar la cabeza fuera del agua para respirar. A menos que haya sido pez en una existencia anterior —añadió Pureza del Vacío en tono cansado y agobiado a la vez.

Poco a poco la multitud se fue dejando ganar por la consternación y cundió la idea de que el dragón del río Lë era el responsable de lo que había ocurrido al imprudente prefecto Li, pese a que éste era un hombre que no gozaba de la simpatía ni de la conmiseración de nadie.

Sólo sus agentes, persuadidos sin duda de que su jefe era insumergible, no parecían particularmente inquietos, hasta que el más joven les gritó:

—Hatajo de imbéciles, ¿acaso no veis que si nuestro jefe no sale es porque hay algún elemento imprevisto que se lo impide? —y después se sumergió a su vez en el río y desapareció en el agua tan rápidamente como el Gran Censor.

Transcurrido un tiempo, unos y otros tuvieron que rendirse a la evidencia: el joven agente especial, al igual que el Gran Censor Imperial, se había ahogado en las verdosas aguas del Lë. Ni uno ni otro volverían a asomar nunca más a la superficie, lo que haría imposible cualquier verificación destinada a averiguar si las piedras sagradas seguían en el lecho del río o si el elefante las había arrancado de él, tal como aseguraba la Gemela Celestial.

—¡Volved a vuestras casas! ¡Aquí ya no queda nada más que ver! ¡A esos dos hombres se los ha tragado el río! —exclamó la potente voz de Pureza del Vacío, lo que tuvo como efecto que la mayoría de los curiosos decidieran abandonar aquellos lugares.

—La observación es también válida para vosotros. Yo en vuestro lugar, iría a avisar a vuestros superiores antes de que esto se ponga feo —añadió el gran maestro de Dhyâna dirigiéndose a unos agentes especiales que acababan de descubrir el alcance del desastre que se les había venido encima como resultado de la desaparición de su jefe.

Se fueron, pues, sin pedir más explicaciones.

—En cuanto a ese cadáver medio devorado por los peces, ¿no habría que proceder a su incineración?

—Eso hacemos en mi país, la India, cuando encontramos en la jungla cuerpos humanos despedazados por los tigres —propuso el primer acólito del difunto *Buddhabhadra* inclinándose sobre el cuerpo de su asesino.

—¡Excelente idea! Voy a dar las órdenes oportunas —le respondió el gran maestro de Dhyâna.

—El señor se ha equivocado al no dar crédito a nuestras palabras. Las rocas estaban en el agua precisamente en ese mismo sitio cuando las sacó el elefante blanco. ¡Es la pura verdad! —exclamó Joya con los ojos inundados de lágrimas.

—Hijos míos —murmuró Pureza del Vacío—, contrariamente a la pérdida de su joven agente, a quien su generosidad e inconsciencia han llevado a cometer un acto irreparable, la desaparición del Gran Censor no tiene ninguna importancia. Ese hombre se dedicaba a sembrar el mal y a propagar el terror… Os aseguro que se reencarnará en una criatura que por fuerza tiene que ser mejor que él. En todo caso, es todo el mal que le deseo…

Cuando, de regreso al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, impresionados por las emociones vividas aquella jornada, entraron en el Parque de las Peonías Arborescentes, Puñal de la Ley se quedó de una pieza ante la visión del paquidermo albino, tal como lo habían descrito al prefecto Li los Gemelos Celestiales, tranquilo y atado a una estaca, y rodeado por un buen número de palafreneros que lo atendían.

Para protegerlo de la radiación solar, el elefante blanco, que llevaba una gruesa cadena de oro puro colgada del cuello, había sido alojado bajo una garita. Al lado del animal, un joven servidor de la casa imperial le ofrecía una bandeja llena de bananas y mangos.

—Se trata con toda seguridad del elefante blanco de mi monasterio. No hay otro igual a él. ¡Lo reconocería entre mil! Ha sido un verdadero milagro encontrarlo en la corte de China —exclamó el primer acólito de *Buddhabhadra*, que se había acercado al animal para examinarle detenidamente los colmillos y la trompa.

—¡Es evidente! Sé que no hay otro animal como éste. Sus ojitos rojos parecían reír cuando yo iba a llevarle plátanos a la elefantería del convento del *Único Dharma* —añadió Santa Vía de los Ocho Miembros, a quien el paquidermo hacía carantoñas con su colosal cabeza cubierta de protuberancias.

—A buen seguro que, si pudiese hablar, nos contaría un montón de cosas apasionantes. ¿Qué milagro hace que se encuentre aquí? ¡Sólo él lo sabe!

—Ese elefante blanco como la nieve sacó las piedras del agua. No sé por qué no lo ha creído el señor Li. ¡El señor Li era un antipático! —concluyó la encantadora niña.

—Joya ha dicho la verdad —añadió su hermano Loto ante la mirada enternecida de Puñal de la Ley y de Santa Vía de los Ocho Miembros.

También los Gemelos Celestiales se habían precipitado hacia aquel animal al que su increíble pelaje daba el aspecto de una divinidad. Había que ver con qué satisfacción el paquidermo sagrado de Peshawar acogía las caricias de los dos hijos de Manakunda y Nube Loca, extasiados delante del «elefante de tía Wu».

—Es hora de volver al monasterio, queridos niños. Pronto será hora de comer —les indicó Pureza del Vacío.

Regresaban, pues, al monasterio cuando ante ellos aparecieron las siluetas de dos hombres, uno con la mano apoyada en el hombro del otro.

—¡Ramahe sGampo y el lama sTod Gling! —exclamó Puñal de la Ley, quien los reconoció instantáneamente antes de echar a correr hacia ellos.

—¡No es posible! ¡Gracias sean dadas al Santo Buda! ¡El lama ha llegado a buen puerto! —murmuró con la voz teñida de emoción el gran maestro de Dhyâna.

—Acabamos de llegar. ¡Es largo el camino desde el país de Bod! También tú estás aquí para la hora de la verdad. Has hecho honor a tu palabra y eso está bien —respondió el viejo lama ciego dirigiéndose al monje de Peshawar, cuya voz había reconocido—. ¿Qué tal tu regreso a tu país, oh, Puñal de la Ley?

—Muy mal. Por poco me ajustician al llegar al *Único Dharma*. Uno de mis antiguos cofrades se ha instalado en el puesto de *Buddhabhadra*. Quiere dirigir el convento a su antojo. ¡Aquélla ya no es mi casa!… —murmuró el primer acólito.

—¡No me habías dicho nada de todo eso! —exclamó Pureza del Vacío, consternado ante sus palabras.

—Ya os advertí que, llegado el momento, me reservaba el derecho de contarlo todo.

—¡Tienes que hacer valer tus derechos! Un monje no puede usurpar el poder en detrimento del heredero espiritual del Superior cuando éste ha muerto —prosiguió el gran maestro de Dhyâna.

—Los monjes del convento del *Único Dharma* están desamparados y ya no saben a qué *bodhisattva* acogerse. *Buddhabhadra* partió un buen día sin

dar la menor explicación dejando la comunidad a merced del miedo y sumida en la aflicción. El monje usurpador, Joya de la Doctrina, no tardó en aprovecharse de esta inquietud —explicó Puñal de la Ley.

—Joya de la Doctrina sacó partido de la desgracia y del caos en los que se había sumido la *sangha* del *Único Dharma* como consecuencia de la desaparición del maestro *Buddhabhadra* —se lamentó Santa Vía de los Ocho Miembros.

Pureza del Vacío quedó anonadado ante aquellas confidencias. ¡Si lo hubiera sabido! Era indudable que, entonces, se hubiera comportado de manera más responsable y digna.

No paraba de decirse que la lamentable maniobra que había decidido llevar a buen término con *Buddhabhadra* sin avisar previamente a Ramahe sGampo no paraba de tener consecuencias nefastas sobre muchísimos inocentes…

Ya habían llegado al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, donde Pureza del Vacío los condujo de inmediato al refectorio. Un grupo de monjes y de novicios estaban terminando el cuenco de sopa que era toda su comida. El gran maestro de Dhyâna los hizo sentar y pidió al cocinero que trajera unos cuencos de arroz untuoso y perfumado, la única comida algo refinada que se permitía.

—¿Qué te haría falta para volver a tu casa y meter en cintura a ese monje tan poco honrado? Yo estaría dispuesto a encender diez mil cirios si hiciera falta para que te hicieran justicia, ¡oh, Puñal de la Ley! —le confió Pureza del Vacío, cuya indignación no era fingida.

—Bastaría con un nuevo concilio de Lhasa para que todo volviera a sus cauces. Tan sencillo como eso —murmuró el primer acólito del convento del *Único Dharma* clavando sus ojos en los del gran maestro de Dhyâna.

—Tardará tiempo en celebrarse —suspiró el Superior de Luoyang con voz cansada y casi desesperada.

—Tal vez no… —dijo en tono misterioso el monje hinayanista de Peshawar.

—Ojalá que el Bienaventurado te oiga… ¡Cómo añoro la época de aquellos concilios! Entonces, por lo menos, estábamos unidos. Querría

borrar las nubes que han oscurecido nuestras relaciones —añadió Pureza del Vacío.

Ramahe sGampo, pese a su ceguera, se secó una lágrima. Pureza del Vacío jamás se había expresado en esos términos acerca de los concilios de Lhasa. Aquel hombre no era ya aquel gran religioso cerebral, tan celoso de los intereses de su Iglesia que se le habría podido calificar de puntilloso. Ahora era un hombre de corazón. Ramahe sGampo acababa de descubrir que su colega del *Mahâyâna* se había convertido a su vez.

LV

MONASTERIO DEL RECONOCIMIENTO DE LOS BENEFICIOS IMPERIALES, LUOYANG

Era un milagro que se encontrasen todos reunidos en la hora de las aclaraciones y de la desaparición de las dudas, que había sonado por fin.

Algunos estaban allí por azar y otros porque lo deseaban.

Estaban presentes aquellos que, por razones que obedecían a la desconfianza y a la tentación de actuar en beneficio propio —o de predicar para la parroquia propia— se habían ocultado mutuamente la verdad.

Pero estaban también los otros, los que nada tenían que ver con lo que había ocurrido pero habían sufrido las consecuencias, a veces con gran perjuicio para ellos.

En la gran sala de oraciones del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales se habían reunido para la última confrontación, el desenlace tan esperado de la suma de los enigmas cuya clave sólo algunos poseían en parte y en la que había servido de hilo conductor la Ruta de la Seda.

Entre la China central, el País de las Nieves —o de Bod—, Peshawar y la India del Norte, los oasis de Dunhuang, Turfan, Hami, Kashgar y Hetian, sin olvidar Palmira y Bagdad, era poco decir que unos y otros habían recorrido en todos los sentidos aquella ruta de los caravaneros que permitía a Occidente y a Asia comerciar y sobre todo dialogar.

En el estrado de cedro que relucía como si fuera de laca a fuerza de haber sido encerado por los novicios, se enfrentaron Puñal de la Ley y

Santa Vía de los Ocho Miembros, Ramahe sGampo y el lama sTod Gling con Pureza del Vacío.

En un estrecho banco de teca, ocupado habitualmente por monjas y novicios y situado al pie del estrado, se sentaban Luna de Jade y Punta de Luz, así como Umara y Cinco Prohibiciones. Detrás de ellos, el ma-ni-pa estaba al cuidado de Lapika, la perra amarilla, agazapada junto a sus piernas como si tuviera conciencia de que aquel momento era particularmente solemne e importante.

Discretamente, en un banco más retirado, estaban sentados Addai Aggai y Cargamento de Quietud.

La voz gutural del gran lama ciego resonó como un tambor de lluvia en la inmensa sala de oración donde el chino y el tibetano, a cual más ascético, estaban sentados frente a frente en la postura del loto.

—Espero que hayas dormido bien, Ramahe sGampo —saludó Pureza del Vacío al viejo lama ciego a guisa de bienvenida.

—El cansancio del viaje hace necesario el reposo, especialmente a nuestra edad. La noche ha sido apacible y reparadora.

—Sólo puedo tener elogios ante tu coraje por haber realizado este periplo para llegar hasta aquí.

—Necesitaba hablar de viva voz contigo. Nos debemos algunas explicaciones. Ahora entre nosotros hay un muerto, nuestro colega *Buddhabhadra*. Estimo, por mi parte, que esa muerte está de más —murmuró con voz lenta el viejo lama de Samyé.

—Espero de corazón que el Bienaventurado le haya permitido emigrar a una envoltura carnal que lo acerque al nirvana, sean cuales fueren sus faltas.

—Pienso lo mismo que tú. Paz a sus cenizas y que tenga buen viento su alma. No es de la muerte de *Buddhabhadra* de lo que vamos a tratar hoy, sino de ti y de mí, de nuestras relaciones, que no brillan por su claridad, de lo que hemos dicho y de lo que hemos callado. A nosotros nos corresponde puntualizar las cosas y revelarnos mutuamente la verdad —dijo a Pureza del Vacío su viejo colega tibetano.

—Creo, en efecto, que este objetivo es el bueno. De lo contrario, la duda y la sospecha seguirían sembrando cizaña entre nosotros. Nunca te

agradeceré bastante que hayas tomado la delantera —respondió con dulzura el gran maestro de Dhyâna.

—Tan sólo de ti depende restablecer la confianza que unos actos indebidos consiguieron destruir.

—Sabes muy bien a qué me refiero —dijo Ramahe sGampo con aquella voz suya que parecía salir de ultratumba.

Que Pureza del Vacío no respondiera demostraba su turbación. Los reproches que se hacía a sí mismo el Superior de Luoyang eran muchos y su interlocutor tenía la habilidad de poner el dedo en la llaga.

—Si quieres que comprenda tus palabras, tienes que ser más explícito, Ramahe —acabó por mascullar el Superior de Luoyang.

—Desde el principio, cuando vine por vez primera aquí para hablar contigo, tardé mucho en convencerte de la utilidad de organizar los concilios de Lhasa. Sin duda temías que tu Iglesia, la más populosa y poderosa, cediera ventajas a sus compañeras. Y sin embargo, corresponde siempre a las entidades más fuertes hacer el primer gesto hacia las más débiles. La soberbia es mala consejera.

El que hoy es grande, mañana puede ser pequeño, y viceversa.

—Mentiría si negara tus palabras, Ramahe. El Gran Vehículo, en aquella época, ya estaba en plena expansión. Pero a pesar de mis reticencias, acepté el juego que me proponías —protestó el dirigente del *Mahâyâna* chino. Tus palabras y tu actitud me convencieron de lo bien fundado de aquellas reuniones decenales y de sus verificaciones quinquenales.

—Si quieres, entre las tres corrientes del budismo puede volver a asegurarse la paz y la concordia. Es mucho más fuerte lo que nos une que lo que nos separa —dijo el viejo lama, deseoso de pasar a los hechos.

—Tu análisis coincide con el mío. Pero sin las «prendas preciosas», nada es posible. Y no es porque no haya tratado de recuperarlas. Llegué incluso a hacer venir hasta aquí, sin pedirle parecer, aunque ahora lo lamento desde el fondo de mi corazón, a la hija de Addai Aggai. ¡Y no sirvió de nada! —dijo el gran maestro de Dhyâna.

Señaló a Umara, tan feliz de haber reencontrado a Cinco Prohibiciones que, pese a lo grave de las circunstancias, tenía su hermoso rostro y sus ojos

bicolores iluminados por una sonrisa encantadora.

—Os he perdonado, maestro Pureza del Vacío. Vos creíais obrar bien, a pesar del daño que esto nos causó a Cinco Prohibiciones y a mí —respondió la joven cristiana nestoriana.

—En lo que a mí concierne, no podría guardaros rencor. Quien violó la regla monástica fui yo.

—Aparte de que nunca podré agradeceros bastante que me hayáis relevado de mis votos —exclamó Cinco Prohibiciones, que sostenía con mano firme la de la joven cristiana nestoriana.

—Están todas aquí, en la bolsa de viaje del lama sTod Gling —anunció, indiferente, Ramahe sGampo.

Su asistente tendió al Superior de Luoyang la gran bolsa de piel de *yak* que llevaba colgada del hombro.

—¿Te refieres a las «prendas preciosas» de los concilios de Lhasa? —murmuró Pureza del Vacío con voz temblorosa.

—¡Eso digo! Son incluso la razón esencial que me ha permitido, a pesar de mi edad avanzada, venir a verte y pedir a Puñal de la Ley que estuviera presente en nombre del Pequeño Vehículo debido a la trágica muerte del representante de esa Iglesia…

—¡Es un verdadero milagro! —exclamó, atónito, Pureza del Vacío, que se había quedado extrañamente pálido.

—No soy yo quien lo dice, pero el Bienaventurado Buda vela por nosotros.

—¿De modo que has recuperado la prenda del lamaísmo tibetano que el pillo de Nube Loca tenía guardada? —exclamó el gran maestro de Dhyâna, que iba de sorpresa en sorpresa.

—… Y cuya ausencia hizo naufragar nuestra última reunión intermedia —terminó el anciano ciego.

—¿Cómo la has conseguido?

—¡Sin buscarla! Pero las tres «prendas preciosas» han acabado por volver a Samyé.

—¿También el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura?

—Las reliquias aparecieron al mismo tiempo, como si lo hubiera ordenado el propio Bienaventurado a quienes las retenían.

—¿A quién te refieres?

—A Cinco Prohibiciones para el sutra que tú le pediste que fuera a buscar y a un muchacho chino llamado Bruma de Polvo para los Ojos de Buda y el mandala del Vajrayana.

—¡Qué alegría! En cuanto a mí, es preciso que sepas, Ramahe, que mi manera de ver las cosas ha cambiado.

El más célebre maestro de Dhyâna de Luoyang y de toda la China lucía en su rostro una sonrisa de niño.

—¡Me permito dudarlo! A fuerza de reflexionar en el inexplicable comportamiento de *Buddhabhadra*, acabé por llegar a la conclusión de que tú y él habíais hecho un pacto a mis espaldas —concluyó con tristeza el viejo lama ciego.

—Yo tenía la extraña impresión de que *Buddhabhadra* nos escondía algo importante y llegué a pensar que trataba de engañarnos a ti y a mí —farfulló, turbado, Pureza del Vacío.

—Es preciso dejar de enconar la herida.

—Si mi conducta no fue ejemplar en todos los aspectos, fue sólo para preservar los intereses del Gran Vehículo, que yo creía amenazados —dijo el gran maestro de Dhyâna, abrumado por los remordimientos.

—La falta de confianza es un pecado, Pureza del Vacío, porque anula toda noción de compasión.

Pero la compasión del Bienaventurado Buda lleva a perdonar a todos aquéllos cuyo arrepentimiento es sincero.

—Si quieres decir con eso que no soy más que un vulgar pecador, no seré yo quien desmienta tus palabras —murmuró Pureza del Vacío, cuyos ojos se habían convertido en una fuente de lágrimas.

Entre la asistencia, atónita, no había nadie que hubiera visto nunca al Superior de Luoyang en aquel estado.

—Tu llanto es un primer paso hacia el camino de la salvación, Pureza del Vacío —admitió el tibetano ciego.

—¿No te parece que *Buddhabhadra* nos hizo una extraña jugada?

—Es evidente.

—No tienes más que pensar en los esfuerzos que tuvimos que hacer para obligarlo a que nos trajera los Ojos de Buda cuando hasta entonces se

contentaba con traernos tan sólo la Santa Pestaña del Bienaventurado…

—Verdad es que la suerte había dado por resultado que cada Iglesia tuviera su propia reliquia. De pronto, las prendas dejaron de serlo —respondió Ramahe sGampo.

La voz del viejo lama temblaba imperceptiblemente, como si la respuesta que acababa de dar a su compañero no fuera completa.

—Todo partió de ahí, en efecto, y de la ausencia inexplicada de Nube Loca… —murmuró, pensativo, Pureza del Vacío, después de lo cual continuó con sus explicaciones—: La noche misma de la reunión fallida a causa de la ausencia del vidente y del mandala sagrado, *Buddhabhadra* y yo estábamos sentados en uno de los bancos de piedra del patio principal de tu monasterio. Me obligó entonces a tomar una decisión: me daba los inefables Ojos de Buda, lo que me permitiría guardarlos aquí mismo en un relicario, en el altar principal de esta sala de oración. No sé si te das cuenta de que, con aquella reliquia única que ya habían venerado millones de adeptos indios, podía convertir mi monasterio en el centro de fe búdica más grande del mundo. ¿Qué habrías hecho tú de estar en mi lugar, Ramahe sGampo?

—En todo trato hay siempre una contrapartida. ¿Qué debías dar a cambio a *Buddhabhadra*? ¿El Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura? —preguntó el viejo lama ciego, aunque sin responder a la pregunta que el otro le planteaba.

—Me pidió que le facilitase moreras y huevos de gusanos de la seda. Tenía intención de instalar en Peshawar una hilandería y una fábrica de tejido de seda. Consideraba que aquél era el único medio a disposición del convento del *Único Dharma* para ganar mucho dinero. ¡El suficiente para comprar cantidad de reliquias santas!

—Recuerdo que en vuestro despacho, cuando me enviasteis a Samyé, tuve ocasión de ver, maestro Pureza del Vacío, una morera —exclamó entonces Cinco Prohibiciones.

—Tienes buena memoria y gran talento para la observación, joven amigo.

—Pero ¿por qué estaba dispuesto a intercambiar reliquias tan preciosas como los Ojos de Buda por un medio de procurarse otras que forzosamente

tenían que ser menos prestigiosas? —dejó escapar el ayudante de Pureza del Vacío, a cuyos ojos parecía contradictoria la conducta de *Buddhabhadra*.

—Lo comprenderás en seguida —le murmuró al oído Puñal de la Ley, que bajó con presteza del estrado.

—¡Y tú aceptaste esa increíble proposición! ¡Qué candidez la tuya! —dijo Ramahe sGampo.

—Ahora tengo, en efecto, ciertas dudas sobre la sinceridad de nuestro difunto compañero. Y tanto más porque, después de haber obtenido mi consentimiento, trató de retirar su promesa, ofreciéndome la Santa Pestaña del Bienaventurado.

—Decididamente, era una costumbre en él utilizar su divina Pestaña en lugar de sus divinos Ojos —intervino Cinco Prohibiciones.

—Supongo que tú rechazaste el cambio —prosiguió Ramahe sGampo.

—Por supuesto. ¿Acaso se pueden comparar los Ojos de Buda, que son únicos, con una de sus innumerables Pestañas, que enriquecen miles de relicarios de los monasterios búdicos a todo lo largo de la Ruta de la Seda? —exclamó el maestro de Dhyâna como si hubiera que dar por sentadas sus palabras.

En la gran sala de oración todos escuchaban devotamente las palabras que se intercambiaban los dos jefes de Iglesia.

—Ante mi negativa —prosiguió el gran maestro—, *Buddhabhadra* prometió que él en persona me traería a Luoyang los Ojos de Buda tres meses más tarde, tiempo necesario para que yo me procurase los huevos de la oruga *bómbice* y las moreras. Para cerrar el trato con más seguridad, me pidió que dejase en depósito en Samyé mi sutra precioso, a lo que me avine de buena gana pese a tratarse de una concesión importante.

—Era el precio que había que pagar para ganarse la confianza de *Buddhabhadra* —dijo Ramahe sGampo.

—No olvides que el mandala, «prenda preciosa» de tu Iglesia, no estaba en la Triple Cesta.

—¿Recuerdas que cada uno acabó por sospechar del otro que estaba en connivencia con Nube Loca? —se lamentó Pureza del Vacío, que trataba de justificarse.

—De hecho, existían razones para provocar todas las sospechas posibles —admitió tristemente Ramahe sGampo.

—En cuanto a mí, movido por mi deseo de proteger los intereses del Gran Vehículo, me faltó lealtad y transparencia contigo. Créeme si te digo que ahora lo lamento amargamente.

—Esos Ojos de Buda que le habíamos reclamado a voz en cuello al final han servido para sembrar la cizaña entre nosotros. Si lo hubiera sabido… —exclamó, no sin cierta amargura, Ramahe sGampo dejando entender con sus palabras que, en aquel asunto, tampoco él estaba libre de culpa.

—A decir verdad, esos dos diamantes inefables me subyugaron. La primera vez que *Buddhabhadra* me los puso en la mano brillaban como llamas, hasta el punto de que temí quemarme la mano —murmuró el gran maestro de Dhyâna.

Tenía tantos remordimientos que no se había dado cuenta del cable que acababa de tenderle su colega, deseoso como él de aligerar su conciencia.

—¡Y sin embargo no son más que bisutería! —concluyó Puñal de la Ley en el tono más tranquilo del mundo desde el pie del estrado donde se encontraba, al lado de Cinco Prohibiciones.

—Puñal de la Ley, ¿qué dices? —preguntó, contrariado, Pureza del Vacío.

—Eso sólo me sorprende a medias. Ya estaba sospechando algo —añadió con voz cavernosa el viejo lama ciego.

—Lo sé gracias a una conversación muy útil con el artesano joyero al que *Buddhabhadra* visitó, en la ciudad vieja de Peshawar, para hacer valorar las mencionadas piedras preciosas…

—¿Te refieres al hombre que fue a verte al convento del *Único Dharma*? —le espetó Santa Vía de los Ocho Miembros.

—¡El mismo! Ese hombre quería verme urgentemente. Me lo contó todo —explicó el monje de Peshawar.

—Por tanto, aunque fuimos recibidos como perros, nuestro periplo a Peshawar no habrá sido inútil —añadió su compañero de ruta turfanés.

En la inmensa sala de oración, los participantes en la gran sesión de explicación retenían el aliento, conscientes de que iban a enterarse del quid

de la cuestión.

—Yo ya había tratado de localizar a este hombre en el barrio de los joyeros cuando volví de mi primera expedición en busca de *Buddhabhadra*. Fui a ver al albañil que cada cuatro años se encarga de descubrir el escondrijo del gran relicario donde se guarda el cofrecillo de los Ojos de Buda para comprobar que últimamente no lo había tocado. Tras haberme jurado que, desde la última Gran Peregrinación, no había vuelto a subir a la torre de Kaniska, el albañil me dijo que había visto a *Buddhabhadra* entrar en la tienda de un artesano joyero situada al otro lado de la calle. Por desgracia, no me fue posible ponerme en contacto con él porque se había mudado.

—Y avisado de tu paso por la casa del mencionado albañil, fue a verte para vaciar su corazón —exclamó Ramahe sGampo como si supiese ya lo que iba a revelarle Puñal de la Ley.

—El hombre, a quien la finura de sus manos así como los instrumentos que le colgaban del cinto traicionaban sin lugar a dudas su condición de tallador de piedras preciosas, me habló de la visita del maestro *Buddhabhadra*. Añadió también que, desde aquel momento, tenía tanto miedo que vivía recluido en su pueblo natal y que, en efecto, sólo el albañil de Peshawar sabía dónde residía.

—Y quería aligerarse del pesado secreto que jamás se había atrevido a revelar a nadie, tal como *Buddhabhadra* le había intimado que hiciera.

—Exactamente. El joyero me dijo que una noche en que, a costa de mil precauciones, terminaba de tallar un enorme rubí «sangre de paloma», recibió la visita del maestro *Buddhabhadra*. El Superior de nuestro monasterio llevaba puesta una capucha, que sólo se retiró cuando el joyero tallador de piedras preciosas hubo cerrado la puerta. Le dijo a modo de explicación que no quería que lo reconocieran.

—Tu difunto Superior fue a ver a aquel artesano para pedirle opinión acerca de los dos diamantes llamados «Ojos de Buda» —suspiró Ramahe sGampo con voz cansada.

—Los sacó de una bolsita como si fuera un conspirador e hizo jurar por sus hijos al tallador dé piedras preciosas que no revelaría a nadie su visita.

Seguidamente le preguntó cuánto le parecía que podían valer aquellas dos piedras…

—El artesano me aseguró que le bastó una mirada para detectar que los Ojos de Buda no eran, en realidad, más que dos vulgares cristales de roca. Sin embargo, estaba tan cohibido que no se atrevió a revelar aquella superchería a *Buddhabhadra*, quien se dio cuenta de su turbación y le exigió que le explicara la causa de su actitud.

—Una revelación así debió de aniquilarlo —murmuró Pureza del Vacío, pasmado ante la explicación de Puñal de la Ley.

—Según dijo el artesano joyero, al principio se enfadó y objetó que era rigurosamente imposible tratándose de reliquias de tanta importancia. Entonces, para confirmar su diagnóstico, el joyero le demostró que bastaba la punta de su cuchillo para rayar las dos piedras.

—Es un hecho que el diamante puro no se puede rayar, lo mismo que el jade, a no ser utilizando el mismo material —exclamó Pureza del Vacío.

—Lo comprobaréis ahora mismo…

El lama sTod Gling sacó de su bolsa de viaje el corazón de sándalo y, de él, las gemas. Después las hizo circular de mano en mano. En ambas aparecía, en la misma faceta, la fina y casi imperceptible raya que había dejado la punta del cuchillo del tallador de gemas de Peshawar.

—Es indudable. Las dos piedras fueron rayadas en el mismo sitio —asintieron a coro Cinco Prohibiciones y Umara.

—¡Vaya estafador ese *Buddhabhadra*! —exclamó, furioso, el lama sTod Gling, que no se había expresado todavía.

—O mejor dicho, qué inventiva y qué valentía por su parte. De todos modos, él no tiene la culpa de que esas piedras sean falsas. Imagino sobre todo el profundo pesar que debió de sentir cuando descubrió el secreto, teniendo en cuenta que vos le habíais encargado que llevase a Samyé los Ojos de Buda. Lamento enormemente que tuviera que guardarse esa tragedia para él solo. Después de haber sospechado lo peor en relación con él, acabé por decirme que mi antiguo Superior, enfrentado a una situación tan nueva, quiso también preservar a su manera los intereses de su monasterio —exclamó su fiel primer acólito.

—¡Veo que te conviertes en abogado defensor de tu maestro! La lealtad es encomiable. Pero, dicho sea de paso, no estoy seguro de que la causa de este hombre sea defendible —le replicó, bastante nervioso, el tibetano.

—Hay una pregunta que sigue sin respuesta: ¿por qué razón tuvo necesidad *Buddhabhadra* de hacer valorar los Ojos de Buda? —preguntó Cinco Prohibiciones, cuya pregunta no tenía nada de inocente.

—Es un hecho que, de no haber procedido de ese modo, nadie habría sabido nunca que los Ojos de Buda no eran más que vulgar cristal de roca —dijo Umara en tono de aprobación.

La sala de oración se sumió ahora en un silencio de muerte.

—Yo soy la causa. Me corresponde, pues, revelaros lo que no sabéis todavía… ¡Hoy hay que decirlo todo! —acabó por murmurar el viejo ciego tibetano.

—Os escuchamos, maestro Ramahe sGampo —exclamó Cinco Prohibiciones.

—Para tener la seguridad de que me traería los Ojos de Buda, quise engolosinar a *Buddhabhadra* diciéndole que, en caso necesario, podría pagarle mucho dinero. Ésta es la verdad y no es brillante.

—Y creedme que lamento mi comportamiento tanto como Pureza del Vacío lamenta el suyo —dijo el Superior de Samyé, cuya voz se quebró a causa de los remordimientos tanto como la del Superior de Luoyang.

—¡Es el colmo, maestro Ramahe sGampo! ¡También vos habéis manipulado a *Buddhabhadra*! —gritó, indignado, Puñal de la Ley.

—Mi proposición no era más que pura táctica. Os lo puedo jurar en nombre del Bienaventurado.

—Pero debió de surtir efecto, como lo prueba su decisión de hacer valorar las piedras —concluyó Pureza del Vacío.

—Si no la hubiera hecho, seguro que no habría traído los Ojos de Buda a Samyé.

—La jugada fue buena, puesto que los trajo.

—Atormentado por los remordimientos, yo tenía intención de decirle que todo había sido pura táctica por mi parte, pero no acudió a la cita que yo le había fijado después del fracaso de la reunión intermedia. Se fue de

Samyé sin que pudiéramos tener una explicación —concluyó con tristeza el viejo lama ciego.

—Recuerdo muy bien que el maestro Ramahe sGampo descansaba cuando *Buddhabhadra* solicitó una entrevista personal y yo se la fijé para el día siguiente. ¡Pero ya se había ido de Samyé! —añadió el lama sTod Gling volando en socorro de su Superior.

—Es que entretanto él y yo habíamos pactado un acuerdo diferente —dijo Pureza del Vacío.

—No hago sino imaginar la angustia de ese hombre que cayó en su propia trampa —exclamó Cinco Prohibiciones—. Era evidente que *Buddhabhadra* distaba mucho de sospechar que los Ojos de Buda eran unas piedras sin valor alguno. Y cuando las tuvo en su poder y pensaba que sacaría un buen dinero de Ramahe sGampo, descubrió que no eran más que cristal de roca.

—¡Y a partir de ahí todo empezó a ir de mal en peor! —añadió Umara.

—Seguro que consideró que ya era demasiado tarde para rectificar —alegó Puñal de la Ley.

—¡Eso no le impedía decir la verdad! Cada cosa en su sitio… —le replicó la joven cristiana.

—Debía de tener miedo de confesar al maestro Pureza del Vacío que había aceptado la proposición del maestro Ramahe sGampo —replicó el primer acólito, que había optado por defender lealmente con uñas y dientes la memoria de su Superior.

—Entonces cometió el trágico error de intentar sacar el mejor partido posible de aquella calamidad que acababa de abatirse sobre su monasterio. De ahí que recurriera al elefante blanco, el único habilitado para el transporte de las santas reliquias, para hacer el viaje a Samyé. El pobre *Buddhabhadra* quería evitar que se despertara la más mínima sospecha, tanto en Samyé, con Ramahe sGampo, como en Peshawar, donde la comunidad del *Único Dharma* se encontraría completamente perdida al saber que los Ojos de Buda no eran más que unas vulgares piedras sin valor alguno —concluyó Cinco Prohibiciones.

—Mi Superior habrá sido víctima del exceso de celo de sus colegas, que hicieron pasar los intereses de sus capillas por delante del pacto del concilio

de Lhasa —exclamó Puñal de la Ley, a quien no disgustaba dar su opinión a los dos Superiores.

—¿No sería hora de recuperar el espíritu que presidía esos concilios? Entre los que creen en la Noble Verdad del Santo Buda es preciso que reine la confianza —concluyó Cinco Prohibiciones con voz firme.

—Estoy en condiciones de conocer los estragos de los cismas y de las luchas intestinas entre religiones que, al fin y al cabo, creen en el mismo Dios —murmuró Addai Aggai con voz lo bastante alta para que lo oyesen todos.

—En nombre de la memoria de mi maestro, que inmoló su vida… confirmo las palabras de mi amigo Cinco Prohibiciones. Debemos recuperar el espíritu de tolerancia y confianza que presidía los concilios de Lhasa —añadió el antiguo acólito del Inestimable Superior asesinado.

—Por mi parte, estoy dispuesto a ello. Precisamente por ese motivo he querido hacer este viaje desde Samyé —respondió Ramahe sGampo.

—¡También yo! —exclamó como un eco Pureza del Vacío.

—Pero ¿quién va a reemplazar a *Buddhabhadra*? —inquirió con toda ingenuidad, como era habitual en él, el monje Santa Vía de los Ocho Miembros.

Los dos superiores se acercaron mutuamente un momento como si se dispusieran a celebrar un breve conciliábulo.

—Esas pruebas han hecho de ti un interlocutor insoslayable, Puñal de la Ley. Ramahe sGampo y yo estimamos que te corresponde representar ahora al Pequeño Vehículo en el ritual del concilio de Lhasa —exclamó el Superior de Luoyang.

—Lo considero justo —dijo Cinco Prohibiciones.

—¡Om! Yo también —añadió el ma-ni-pa.

—Cuando vuelvas a Peshawar y les des la noticia, te acogerán como un héroe. Tu rival no tendrá más remedio que desaparecer… —añadió el lama sTod Gling.

—¿O sea, que me aceptaríais como vuestro igual? —murmuró Puñal de la Ley, a quien la emoción había puesto un nudo en la garganta, dirigiéndose a los dos compungidos Superiores.

—No será más que un acto de justicia —exclamó Ramahe sGampo.

—Pero es que yo no sé nada del ritual del concilio de Lhasa. *Buddhabhadra*, el aficionado a los tapujos, tuvo siempre mucho cuidado de no hablarme de esas reuniones secretas.

—¿Qué dirías si lo celebrásemos sin esperar más tiempo? —propuso entonces Pureza del Vacío.

El lama sTod Gling dejó sobre una mesa los Ojos de Buda del Pequeño Vehículo, el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura del Gran Vehículo y el mandala sagrado del Vajrayana del lamaísmo riberano. Después el lama extendió con todo cuidado el pañuelo de seda del Vajrayana y colocó en su mismo centro, de modo que lo separase en dos territorios de igual superficie, el rollo del Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura. Para terminar, puso a cada lado del mismo en posición equidistante las santas gemas de los Ojos de Buda.

El conjunto parecía ahora una máscara: el rollo la nariz y las piedras los ojos.

—Pero si sólo son cristal de roca, ¿conserva su valor esta reliquia? —preguntó Santa Vía de los Ocho Miembros.

—Lo único que cuenta de una reliquia es su valor simbólico.

—Parece que *Buddhabhadra* no opinaba lo mismo que vos, maestro Pureza del Vacío —objetó Cinco Prohibiciones.

—Tal vez. Pero en lo que a mí toca, estos Ojos de Buda de cristal de roca siguen siendo los Ojos de Buda.

—¿Queréis decir que habríais cerrado el trato con *Buddhabhadra* aunque éste os hubiera revelado que no eran puro diamante? —preguntó Umara.

—¡Sin la menor duda!

—Se trata verdaderamente de la confianza que, lamentablemente, os faltó a los tres —corroboró Puñal de la Ley.

—Gracias a tu presencia, volveremos a tenerla y más fuerte aún que en ocasión del primer concilio —añadió Pureza del Vacío.

Ante la mirada conmovida de Puñal de la Ley, a cuyo corazón habían llegado las palabras del gran maestro de Dhyâna, las «prendas preciosas» estaban dispuestas allí donde les correspondía estar y los Ojos de Buda despedían todos sus destellos sobre el tornasol del mandala sagrado. Lo más

anodino era el rollo del *Mahâyâna*, puesto que no dejaba entrever lo que contenía.

Pero era normal, puesto que el *Mahâyâna* había ensalzado siempre la primacía de lo espiritual y simbólico sobre lo ostentoso.

—De acuerdo con el ritual, hay que darse la mano —prosiguió el gran maestro de Dhyâna.

Los tres religiosos obedecieron.

—El círculo que formamos representa la unión de nuestras Iglesias, que es a lo que aspiramos. El ritual del concilio de Lhasa debe empezar siempre de ese modo, es decir, con la aportación de nuestras energías mutuas —puntualizó Pureza del Vacío dirigiéndose a aquél a quien las circunstancias llevaban a recoger la antorcha que sostuviera su Inestimable Superior.

—Creo sentir que vuestro influjo se une al mío —exclamó, maravillado, Puñal de la Ley.

—Precisamente es el objetivo que perseguimos… —dijo Ramahe sGampo, que había recuperado su serenidad habitual.

Puñal de la Ley, emocionado y sin osar moverse ni un solo milímetro, continuaba apretando entre las suyas, con los brazos abiertos, las manos de sus dos compañeros. Al cerrar los ojos, experimentó una sensación extraña: pertenecía a una inmensa cadena de amor y de compasión que unía entre sí a los millones de adeptos de las tres Iglesias búdicas, cuya indefectible referencia seguía siendo el *Bienaventurado Gautama*.

¡Y era, además, uno de sus grandes eslabones!

De pronto notó un suave calorcillo que provenía de las manos de sus dos viejos compañeros que apretaba entre las suyas y que ya le estaba subiendo por los brazos. Le hizo pensar en un animal que quisiera refugiarse en su corazón.

—¿Qué mano exenta de toda sospecha procederá al sorteo de las «prendas preciosas»? —preguntó entonces Ramahe sGampo.

—Propongo que se confíe esta misión a Cinco Prohibiciones. Tiene un alma pura y no favorecerá a nadie en particular —dijo sin titubeo alguno Pureza del Vacío.

—¿Querrás hacernos ese favor? —preguntó al interesado el tibetano ciego.

—Será para mí un gran honor del que no me considero digno.

—Basta con numerar las tres prendas sin que tú estés presente. Después pondremos un número a cada una de esas piedrecitas sacadas del lecho del Lë y te corresponderá a ti elegir una y atribuirla de oficio a una de las tres Iglesias. A continuación lo mismo con la segunda. En cuanto a la tercera Iglesia, no tendrá más remedio que heredar la tercera. ¡Un método fácil y a la vez eficaz! —explicó Pureza del Vacío después de dejar sobre la mesa tres guijarros pulimentados por el agua.

El sorteo se hizo sin problemas.

—¡Piedra número uno para el Pequeño Vehículo! —anunció Cinco Prohibiciones después de las manipulaciones previstas.

—Se trata del Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura. Te lo llevas tú a Peshawar. Esta vez la mano del Bienaventurado hace bien las cosas. ¡Habría sido el colmo que la suerte concediera de nuevo los Ojos de Buda al Pequeño Vehículo! —exclamó el gran maestro de Dhyâna.

—Pues habría hecho de tripas corazón. Comparto el punto de vista de Pureza del Vacío sobre el valor simbólico intacto de esas dos gemas —le replicó Puñal de la Ley.

—¡Piedra número dos para el lamaísmo del país de Bod!

—Heredará, pues, los Ojos de Buda, que volverán a Samyé. O sea, que me corresponderá a mí conservar el mandala sagrado del Vajrayana —precisó con aire de satisfacción Pureza del Vacío.

—El reparto se ha realizado de forma irreprochable. Gracias a la mano de Cinco Prohibiciones, las tres Iglesias del budismo podrán coexistir de nuevo en paz y, dentro de cinco años, cada uno tendrá el orgullo de aportar la prueba de que sigue conservando la «prenda preciosa» —murmuró sobriamente Ramahe sGampo.

—No he reflexionado. Me he contentado simplemente con dar los números tal como se me ocurrían —consideró oportuno precisar el antiguo ayudante de Pureza del Vacío.

—Lo has hecho muy bien… Para este ritual no son apropiados los cálculos ni las segundas intenciones —le respondió este último.

—Si queremos reproducir de manera idéntica el ritual del concilio de Lhasa, es preciso que ahora nos demos un abrazo los tres —añadió Ramahe

sGampo.

Cuando Puñal de la Ley acogió al anciano ciego en sus brazos y percibió el incomparable perfume del país de Bod, aquel olor ligeramente rancio de manteca de *yak* y de plantas aromáticas, reprimió un sollozo. Se dijo que *Buddhabhadra* a buen seguro había experimentado la misma emoción que él cuando tomó parte en su primer concilio.

Lo que para unos sería azar y para otros el destino, para Puñal de la Ley era simplemente Buda, que lo había convertido en heredero de su Superior asesinado por Nube Loca.

El monje de Peshawar estaba tan perdido en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que todos los participantes en la reunión de reconciliación se habían desplazado hacia la puerta de la sala de oración.

En realidad, un visitante, y no uno cualquiera, acababa de hacer su entrada. Era la emperatriz Wuzhao en persona, que llevaba cogidos de la mano a los Gemelos Celestiales.

—He venido a cerciorarme de que todo se desarrollaba bien y, como dice el proverbio, de que «cada planta ocupa su sitio bajo el sol» —anunció Wuzhao con toda sobriedad.

—Sin vos, Majestad, la mayoría de los presentes no estarían aquí —exclamó Umara, su indefectible pilar.

—Si el círculo se cierra es gracias a los Gemelos Celestiales. Si el lama sTod Gling no me hubiera confiado a esos niños, es indudable que toda esta historia habría discurrido por derroteros muy distintos.

—Resultará que los actos innobles de Nube Loca acabarán produciendo efectos positivos —murmuró Ramahe sGampo.

—Así se puede afirmar, en efecto —concluyó Cinco Prohibiciones.

—No os sigo. ¿Qué tiene que ver Nube Loca en todo este asunto? —preguntó Pureza del Vacío.

En voz baja, para evitar que lo oyeran los Gemelos Celestiales, Ramahe sGampo explicó en pocas palabras a su compañero *mahayanista*, cuya turbación obedecía sobre todo a la sorpresa, de qué iba el asunto.

En cuanto a la emperatriz de China, que había subido al estrado en compañía de los dos niños, estaba contemplando las tres «prendas preciosas», que seguían sobre la mesa.

—Son objetos muy hermosos —se contentó con confirmar, lejos de sospechar que Nube Blanca y Nube Loca eran una misma persona.

Pero la vida está hecha de tal manera que a menudo basta con no saber ciertas cosas para que todo ocurra como si no hubieran existido… Y de esa manera uno sigue durmiendo tranquilo.

—En efecto, Majestad. Podéis ver, a uno y otro lado del sutra, los Ojos de Buda acerca de los cuales he tenido ocasión de hablaros tan a menudo —le dijo Pureza del Vacío.

—¡No me causan ninguna impresión! —exclamó la emperatriz de China con voz potente.

En un rincón de la sala, Luna de Jade y Punta de Luz, muy alejados de todo cuanto ocurría a su alrededor, se besaban sin recato, a semejanza de todos los enamorados, que se figuran estar solos en el mundo.

En cuanto a Lapika, la perra amarilla, capaz de matar un oso y perseguir una manada de lobos, no paraba un momento de lamer a los Gemelos Celestiales, cuyas risas cantarinas estallaban como un haz de cohetes en la penumbra de la gran sala de oración del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales en la que acababa de celebrarse el primer concilio de Luoyang.

EPÍLOGO

Ese 24 de septiembre de 690, pese al espantoso dolor de cabeza que la aqueja desde la víspera, Wu Zetian experimenta una extraña sensación que no esperaba.

Es una mezcla de alegría, agotamiento y casi de tristeza, como si, alcanzado el objetivo propuesto, aquel objetivo con el que soñaba desde hacía decenios, se le hubieran acabado las fuerzas y la abandonaran de pronto por haber abusado de ellas.

¿Será por la edad, que, para desesperación suya, la ha convertido en una vieja cuya imagen reflejada en el espejo de bronce pulimentado que todas las mañanas le tiende su dama de compañía le da asco mirar? ¿O se trata, quizá, de fatiga y angustia, contra las cuales no cesa de luchar desde hace lustros y que se vengan de golpe en el momento en que menos lo esperaba?

Esta mañana, sin embargo, deseosa de causar buen efecto, ha consagrado horas enteras a su cuidado personal y ha exigido a la esteticista, que conoce la más mínima arruga de su cutis, que se las borrara una por una. Después se ha revestido con una túnica de seda amarilla, el color imperial, que lleva aves fénix bordadas con hilo de plata. Se la hizo cortar especialmente de una de las piezas tejidas clandestinamente, hace treinta años, por el nestoriano Addai Aggai, con el hilo de seda que producía el maniqueo Cargamento de Quietud.

Ésa es su manera de no renegar del pasado.

Ahora le están ciñendo la frente con una corona de oro en la que el mejor joyero de Chang An ha incrustado todo un bestiario de dragones y aves fénix que tienen minúsculas esmeraldas por ojos, regalo de una embajada omeya que de ese modo rindió homenaje a la corte del imperio del Centro.

Su camarera la obliga a mirarse en el espejo: quiere saber si es del gusto de Wuzhao la manera como le ha colocado en la cabeza la suntuosa diadema. No puede evitarlo.

Su rostro embadurnado de blanco, con los labios pintados de carmín y ridículamente perfilados, le causa horror. Por suerte están los ojos y los ojos siguen siendo la única parte del cuerpo humano que no envejece. Los de Wuzhao son tan bellos como siempre, límpidos y diáfanos como esos lagos de montaña que abundan en el país de Bod, cerca del Techo del Mundo, junto a aquel nirvana en el que ahora aspira a entrar.

Son los ojos de una mujer que en otro tiempo fue muy hermosa y cuya vida extraordinaria reúne todo lo que un ser humano puede alcanzar en el plano de lo mejor y en el plano de lo peor…

El Gran Maestro de Ceremonias está ahora delante de ella.

—Majestad, basta que aceptéis lo que yo os diré y que lo hagáis —dice el hombre, que va peinado con una trenza impecablemente untada que le llega a las nalgas.

Ella observa también sus uñas, más largas y curvadas que las garras de un ave rapaz y que incluso le impiden servirse de las manos.

—¡Trataré de hacer buen papel! —El humor de Wuzhao tiene la virtud de desencadenar un pánico inmediato en la mirada del chambelán porque siempre se figura que se ha equivocado. Pero Wuzhao no se lo tiene en cuenta. Tiene los pensamientos en otro sitio. Está soñadora.

De todos modos, tiene razones para ello. La coronación que va a tener lugar es única en los anales de la larga historia de la China.

En efecto, es la primera vez que una mujer se convierte en «emperador» con plenos derechos, es decir, en soberana ostentadora del poder supremo, ya que hasta entonces, como esposa o madre del Hijo del Cielo, la mujer debía contentarse con ser emperatriz consorte o viuda.

Ha tenido que esperar a ser vieja para subir al trono de China, una realidad que acentúa su desabrimiento. Pero hay que tener buen aspecto y ofrecer una deslumbrante sonrisa al mundo porque, en caso contrario, el pueblo congregado aquí desde el alba no lo entendería y además, el pueblo está encantado porque Wuzhao ha declarado una amnistía general de los prisioneros en conmemoración de su ascensión al trono. Esa medida ha

tenido una repercusión tan favorable que se promete renovarla todos los años el día del aniversario de su coronación.

Dentro de pocos instantes Wuzhao recibirá la inefable gracia celestial que la convertirá en emperador de China. No ha escatimado medios para conseguir sus fines. Deseosa de garantizar la máxima perennidad a ese improbable reinado, ha tenido buen cuidado, para la circunstancia, de adoptar el sobrenombre de «Santo y Divino Emperador» y de cambiar en Zhou el nombre de su padre y también el de una de las más ilustres dinastías del periodo arcaico, la de los Tang.

Pero ¿por qué se siente tan cansada, tan derrengada? Le ha costado mucho subir al palanquín recubierto de hojas de plata repujada que diez soldados engalanados levantan y transportan a hombros.

Hay que aguantar, no hay que dejar que nadie advierta que está perdiendo fuerzas. Ésta es su obsesión, ahora que el cortejo imperial se pone en movimiento y se dirige al sector sagrado, precedido por los músicos y los bailarines. No hay que dar pie a las críticas de aquellos que pueden ver en esa lasitud la debilidad que tantos pretenden propia de su sexo.

De pronto, ya con el triunfo tan cerca, piensa en la muerte. Tiene sesenta y ocho años y el final se acerca. Cuando sienta sobre ella el mandato del Cielo como si fuera una lluvia de estrellas, seguirá siendo la misma de siempre. Apenas si habrá dado un paso más hacia ese final último. Todos los seres vivos caminan, aun sin percatarse de ello, hacia el polvo al que deben volver.

Desde el concilio de Luoyang han pasado treinta años.

Ha tenido que esperar mucho más de lo que suponía al principio.

El declive de Gaozong no terminaba nunca, pese a que hacía más de diez años que los médicos lo habían dado por irrecuperable. Como si no se resignase a cederle el sitio. Sólo cuando murió a consecuencia de una diabetes extrema, hacía ya siete años, pudo empezar a pensar en la posibilidad de acceder al poder supremo.

Y como ocurre siempre en todos los recorridos sinuosos y difíciles, el tramo final es el que parece más largo y costoso.

Después de la muerte del padre, Wuzhao tuvo que pasar por encima de los hijos. Su descendencia legítima supuso un molesto obstáculo para ella. Los herederos del trono pretendían reinar, pero fueron demasiado estúpidos para comprender las ambiciones de su madre y la obligaron a comportarse brutalmente.

Eso hizo que prescindiera de tres hijos.

El mayor, Lihong, fue el más peligroso. Era el único verdaderamente capaz de administrar los asuntos del Estado y de oponerse, a veces con violencia, a su madre en la antecámara de los apartamentos privados de donde Gaozong, permanentemente en cama, ya no salía. Cuando no tenía más que veintidós años y su aureola no dejaba de ir en aumento, Lihong fue misteriosamente envenenado y su cuerpo, retorcido por espasmos, fue encontrado en el palacio de las Nueve Perfecciones el 25 de mayo de 675…

Wuzhao no ve entorpecidos sus pasos por los escrúpulos. Cuando lo necesita, se arma el espíritu de tal modo que evita todo remordimiento. Matar por una buena causa, matar por la gloria del Bienaventurado Buda.

Al morir su hermano mayor, fue de una manera natural que Lixian, el segundo príncipe heredero, fue llamado a sustituirlo a la edad de diecinueve años. Pero a los ojos de Wu, estaba demasiado cerca de Gaozong, que adoraba a aquel muchacho de memoria prodigiosa, capaz de trazar sin la menor vacilación cinco mil caracteres chinos.

Cuando se extinguió Gaozong, el príncipe heredero subió por breve tiempo al trono de China con el nombre de Zhongzong, pero fue depuesto casi de inmediato y reemplazado por su hermano Litan, que tenía veintidós años.

Litan, el último en el orden sucesorio dinástico, es el preferido de la emperatriz. Tras subir al trono con el nombre de Ruizong, acabó por doblegarse a abdicar en favor de su madre. Bien se lo pagó: a aquél a quien había concedido a regañadientes el título de heredero, Wuzhao no le dio siquiera derecho a ocupar los apartamentos imperiales… Litan tuvo el inteligente acierto de comprender que era mejor ceder que ser eliminado.

Wuzhao acaba de entrar en el Mingtang, ese edificio circular que al parecer representa el mundo, dentro del cual el que impetra debe recibir del Cielo el mandato que lo convierte en emperador del Centro.

Las puertas del Palacio de Luz se han cerrado y Wuzhao está sola en el interior. La entrega del mandato debe hacerse sin testigos.

Levanta los ojos para contemplar el techo de la sala. Tiene una abertura circular en el centro. La energía cósmica que irradia el mandato del Cielo penetra por ese agujero. Dentro de unos instantes, según le han explicado con pelos y señales los geománticos, sentirá caer toda esa fuerza sobre sus hombros desde el azul. Cierra los ojos y espera. Fuera, en el sector sagrado, los percusionistas golpean los tambores de lluvia con un redoble rítmico.

No hay duda, el mandato del Cielo va a manifestarse.

Pasan largos minutos, pero no ocurre nada.

Entonces se obliga a pensar en todo lo que ha vivido, en todo lo que ha tenido que soportar para llegar hasta aquí.

Lo primero las ocho rocas divinas, que ella llama sus «Ocho Aliados». Desde que las presentó al pueblo, durante la famosa *Fiesta de la Primavera* del monte Taishan, se ha acelerado todo. Son muchos, en efecto, los que esperaban a aquel emperador-mujer que anunciaban las piedras sagradas.

Pero en todo caso, no le bastó con eso. Wuzhao tuvo que torpedear a su propia descendencia y, sobre todo, atraerse los favores del pueblo. Fue el elemento clave. Y sin el apoyo discreto pero eficaz del Gran Vehículo, que ella supo manejar hábilmente, no habría sido posible nada. El clan búdico, en cuyo primer plano hay que citar a su jefe espiritual Pureza del Vacío, la ayudó en gran manera a alcanzar sus fines. Gracias a él, los pobres y desheredados de todo el país han aclamado sus hechos de armas para conquistar el poder supremo.

El gran maestro de Dhyâna y el conjunto del clero búdico popularizaron oportunamente el Sutra del Clásico de la Nube Importante cuya tesis central es que Wuzhao es una prefiguración encarnada del Buda del Futuro *Maitreyai*, enviada a la tierra por Yama para establecer un orden divino.

La garantía de ese texto sagrado, añadida a la de las rocas adivinatorias, fue preciosa para ella. Los devotos comenzaron a rezar por su glorioso advenimiento y ella se hizo llamar «Su Santidad la Emperatriz» al tiempo que decidía trasladar la corte de China de Chang An a Luoyang, aunque no sin castigar de paso a los altos funcionarios demasiado próximos al clan de

los aristócratas del noroeste, los mismos contra los cuales no dejó nunca de luchar.

Aquel día supo que tenía las manos libres.

Entonces, con aquella actitud maníaca que le era tan propia y que consistía en poner todos los triunfos de su parte, optó por cambiar de nombre adoptando un nuevo ideograma que se pronunciaba Zetian, lo que no significa nada en concreto, mientras que su nombre originario, Zhao, significa «brillante claridad». De este modo evita penalizar a su pueblo, ya que está formalmente prohibido pronunciar el nombre del emperador a partir del momento en que sube al trono…

Después, siguiendo sus directrices, el Mingtang donde Taizong el Grande y más tarde Gaozong recibieron el mandato del Cielo fue embellecido y agrandado, al mismo tiempo que ella mandaba ejecutar por mano de los mejores artesanos suntuosos cetros *gui* de jade y oro.

Previó el desarrollo de aquella ceremonia hasta en sus menores detalles, regulando de antemano con toda minuciosidad el protocolo imperial, planificando las recepciones de los representantes de los pueblos sometidos a protectorado cuya venida significa, a ojos de todos los escépticos, la fidelidad al nuevo emperador Wu Zetian.

Por desgracia, sigue sin experimentar nada de particular.

El ceremonial se desarrolla, sin embargo, tal como estaba previsto, inmutable desde hace milenios, con la precisión de un metrónomo. Los tambores gigantes marcan la cadencia para indicar que los astros y el sol se encuentran en la posición definida, tras minuciosos cálculos, por los astrólogos y geománticos de la corte imperial. Como escrupulosa budista que es, ella no cree en los astros ni en las adivinaciones, como no cree tampoco en la geomancia. Y sin embargo, está obligada a mantenerse en el lugar indicado con una marca roja en el pavimento. Ese punto es el centro donde las fuerzas negativas y positivas se entrecruzan y se anulan, justo en la cresta que corona al Gran Dragón que dormita en las entrañas del cerro donde se erigió el Palacio de Luz.

El Gran Maestro de Ceremonias, que asoma la cabeza de cuando en cuando en el edificio sagrado donde nadie tiene el derecho de penetrar salvo el Hijo del Cielo, vigila que ella no se mueva ni una pulgada. No se mueve.

Sabe muy bien que si los geománticos se dan cuenta de que se ha movido, por poquísimo que sea, mientras la energía del Cielo se derrama sobre ella, corre el riesgo de que, a causa del exceso de celo que suelen observar, la obliguen a recomenzar la ceremonia desde el principio. Serán entonces los astrónomos imperiales los que se presentarán en su ayuda con sus compases celestes y sus brújulas y pretenderán que el momento no es el adecuado porque entretanto las estrellas han cambiado de lugar en el cielo.

Entonces la sutil Wuzhao comienza también a comprender lo que antes sólo barruntaba vagamente: un emperador del Centro es cualquier cosa menos una persona libre. Pero son cosas de las que uno no se da cuenta más que cuando las vive.

Ése es el gran secreto de los soberanos y monarcas lúcidos: tienen perfecta conciencia de la inanidad de sus funciones y de su impotencia comparadas con la idea que el pueblo se hace de ellas, pero están condenados al silencio.

Lo mismo ocurre con el Hijo del Cielo que con los demás reyes y de forma más paradójica aún, ya que, una vez investido con el mandato supremo, el soberano de China no es sólo prisionero de la etiqueta sino también de procedimientos forjados a lo largo de miles de años de tradición y codificados en el texto intocable del Ritual de los Zhou que todos los soberanos de China tienen el deber de aplicar al pie de la letra.

Inevitablemente entonces, Wuzhao, encerrada en el Mingtang al abrigo de las miradas de su corte, se plantea la pregunta: ¿no será tal vez el poder supremo algo así como una especie de suntuosos grilletes celestiales de los que sería imposible librarse porque os sujetan las manos y el cuello?

La Usurpadora no tiene opción.

No le queda más remedio que esperar prudentemente que el Gran Maestro de Ceremonias vaya a abrir los dos batientes de la puerta del Templo del Cielo gritando: «¡Gloria al Hijo del Cielo!».

Puesto que ésta será la señal de que ha recibido el mandato celestial.

Entonces, la multitud compacta de los invitados a la fiesta, distribuida al pie del cerro del Mingtang según sus orígenes sociales, soldados, campesinos, funcionarios y comerciantes Han —ha tenido que luchar para que pudiera estar presente esta corporación, considerada abyecta—, pero

también delegaciones extranjeras cuyos territorios se benefician de un protectorado de los Tang, levantará el brazo derecho y repetirá tres veces el grito proferido por el Gran Maestro de Ceremonias.

Pero ese momento tarda en llegar y obliga a Wuzhao, a quien la edad provoca calambres, a sufrir en silencio. El dolor se hace tan agudo que le entran ganas de gritar, pero no le es posible.

De pronto se acuerda de los Gemelos Celestiales. Para muchos es a ellos a quien debe el hecho de estar donde está, en el Mingtang, mientras resuena el potente grito de la multitud congregada en la zona sagrada en el momento en que el Gran Chambelán encargado de la ceremonia de la coronación levanta con la mano derecha una larga bandera de seda constelada de atributos del emperador del Centro que se despliega al viento.

El mandato del Cielo le ha sido atribuido de forma oficial.

Ha pasado de emperatriz a emperador.

Ahora debe salir del Mingtang tal como ordena el ritual y mostrar su rostro ajado.

¡Gloria al Cielo!

—¡Viva el emperador del Centro! ¡Larga vida al emperador de China Wu Zetian! —grita ahora, delirante, el pueblo mientras el emperador-mujer sale del templo del poder supremo para saludar a su pueblo.

Ya fuera, nota en sus mejillas pintadas la quemazón de la brisa y los rayos de sol la deslumbran. No es más que una vieja planta de invernadero.

Es el momento en que unos soldados, ataviados con vistoso uniforme, distribuyen entre la asistencia pequeños panecillos rellenos de carne. Wuzhao lo ha querido así. Es su manera de agradecerles que estén presentes y de hacérselos suyos. Después darán testimonio de la generosidad del nuevo emperador Wu Zetian.

La gratificación provoca una cascada de hurras.

Pero advierte que aquellas aclamaciones de las que por lo general se sienten ávidos los poderosos porque les hacen olvidar su pequeñez o porque halagan su vanidad, a ella no le producen ni frío ni calor.

Es hora de pensar en aquellos que ama.

Figuran entre los primeros Umara y Cinco Prohibiciones. Para poder criar a sus ocho hijos, han ido a vivir a la orilla del mar, lejos del bullicio de

la corte, pese a que Wuzhao había acariciado el sueño de hacer de aquel joven su secretario particular haciéndolo pasar por encima de todos los demás.

Pero él prefirió la felicidad a los honores. ¿Es más difícil de conseguir la felicidad que el poder? No puede evitar plantearse la pregunta todos los días.

Sus dos protegidos deben de estar presentes, seguramente en primera fila. Por nada en el mundo habrían renunciado a ser testigos de su triunfo. Pese al distanciamiento, Wuzhao mantiene una activa correspondencia con ellos en la que osa confesarles todos sus sueños de poder e incluso desvelarles los resortes más íntimos de su estrategia. Tiene confianza en ellos, sabe que no la juzgarán de forma estúpida. Ellos, a cambio, le dan noticias de su progenitura. No tardarán en ser abuelos: su hija mayor espera un hijo.

Tras decenios de enconada porfía, acaba de conseguir lo que buscaba, en tanto que ellos han alcanzado el objetivo de vivir felices tal como esperaban.

Ahora piensa en los demás protagonistas de esta historia.

Las Iglesias búdicas vuelven a estar en paz.

Aureolado con su nuevo cargo, Puñal de la Ley, desde su regreso a Peshawar, ha sido elegido Inestimable Superior de la comunidad del *Único Dharma* en el puesto de Joya de la Doctrina, destituido por prevaricación.

El ma-ni-pa ya no es un monje errante. Ha partido hacia Samyé con Ramahe sGampo y el lama sTod Gling, quien ha sustituido a su maestro al morir éste.

Addai Aggai y Cargamento de Quietud han muerto. Sus sucesores han proseguido su labor misionera. En Luoyang y en Chang An, nestorianos y maniqueos tienen ahora sus lugares de culto donde los nuevos convertidos pueden practicar sus ritos. Son tolerados por las autoridades. El nuevo emperador Wu Zetian se promete velar por ellos.

Punta de Luz y Luna de Jade, que han tenido tres hijos —dos niños y una niña—, se han instalado en Luoyang, donde han abierto una tienda de sedas siempre muy bien surtida. Parecen tan felices como Cinco Prohibiciones y Umara.

Wu Zetian se dirige ahora hacia la multitud. Busca con la mirada a los Gemelos Celestiales. Aquí están, tan hermosos como siempre pese a que han rebasado ya los treinta años.

Sería quedarse corto afirmar que no pasan inadvertidos, montados en el elefante blanco sagrado de Peshawar, dentro del palanquín de madera dorada, decorado con hojas y flores esculpidas, que Wuzhao ordenó construir especialmente para ellos. A los ojos de ella, nada es nunca bastante bello para los dos hermanos.

Joya, la Gemela Celestial, se ha convertido en una mujer espléndida cuyo medio rostro de piel rojiza y cubierta de pelo recuperó milagrosamente una apariencia casi normal el día en que la niña tuvo su primera regla. Le cayó el vello del rostro y la piel rojiza fue aclarándose progresivamente hasta adquirir una tonalidad sólo ligeramente más oscura que la otra mitad de la cara. El efecto es soberbio y hace pensar que una parte del rostro está iluminada por la luna mientras la otra lo está por el sol.

Son muchos los adoradores de los Gemelos Celestiales que se enamoran de Joya.

Los devotos budistas ven ahora más que nunca a la pareja de gemelos como un dúo de divinidades compasivas y hacia ellos convergen las limosnas y votos de la gente humilde que acude a implorarles que les curen los males del cuerpo, del corazón e incluso del alma…

Cuando la mirada de Wu Zetian se cruza con la de Joya, el emperador siente que la energía celestial comienza por fin a descender sobre su cabeza y se extiende por todo su cuerpo hasta las extremidades de sus miembros.

Es en parte una sensación deliciosa, como si uno de sus innumerables amantes la acariciase, y en parte una impresión de muerte, como si su cuerpo se separase poco a poco de su espíritu.

¿Es el poder celestial el que desencadena en ella esa extraña ambivalencia de deseo y de muerte precisamente en el momento en que se convierte en emperador con todos los derechos?

El hormigueo de esas olas que la recorren de pies a cabeza, tan próximas a las que preceden al orgasmo, es tan intenso que le cuesta mucho trabajo soportarlo.

¡Por fin, gracias a Joya, experimenta una sensación que tiene algo de divino!

Verdad es que ha esperado mucho tiempo este instante. Tanto tiempo, tanto, que incluso se pregunta si no será demasiado tarde. Pero ¿acaso es momento de lamentaciones cuando el pueblo de China ya aclama a su nuevo soberano?

Wuzhao, sin casi creerlo, advierte de pronto que ya no tiene dolor de cabeza.

Ha sido gracias a Joya y a la energía que le transmiten los Gemelos Celestiales.

Está segura de ello.

Ellos lo saben, además, puesto que le sonríen.

Y es entonces cuando Wuzhao cierra los ojos mientras el canto familiar del grillo resuena en sus oídos.

Y el emperador de China, Wu Zetian, puede por fin sonreír al cielo.

Personajes principales

Addai Aggai: obispo dirigente de la Iglesia nestoriana de Dunhuang.

Aguja Verde: véase Torlak.

Bella Pura: primera concubina imperial, eliminada por Wuzhao.

Bruma de Polvo: huérfano chino, amigo de Umara.

Buddhabhadra: Superior del monasterio del *Único Dharma* en Peshawai (India), jefe de la Iglesia búdica del Pequeño Vehículo, emprende un misterioso viaje a Samyé (Tíbet) y desaparece después.

Cargamento de Quietud: llamado el Maestro Perfecto, jefe de la Iglesia maniquea de Turfan.

Centro de Gravedad: superior del convento de la Salvación y de la Compasión (Dunhuang).

Cinco Prohibiciones: monje del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales en Luoyang (China), responsable de los Gemelos Celestiales y amante de Umara.

Dama Wang: primera esposa oficial de Gaozong, destituida en beneficio de Wuzhao.

Diakonos: hombre de confianza de Addai Aggai, encargado de la hilandería clandestina.

El ma-ni-pa: monje errante, amigo de Cinco Prohibiciones.

El Mudo: esclavo turco-mongol de Wuzhao y brazo ejecutor de sus acciones nefandas.

Favor Atestiguado: Superior del convento del Gran Vehículo en Turfan.

Gaozong: llamado Lizhi mientras es príncipe heredero, hijo de Taizong, emperador de China.

Golea: llamada la Montaña, gobernanta de Umara.

Gran Medicina: médico chino que se hace monje *mahayanista* y es encontrado por Puñal de la Ley en las montañas indias.

Joya de la Doctrina: monje rival de Puñal de la Ley.

Lama sTod Gling: secretario del reverendo Ramahe sGampo.

Lihong: hijo de Wuzhao y de Gaozong, nombrado príncipe heredero en lugar de Lizhong.

Li Jingye: prefecto, Gran Censor Imperial.

Lizhong: hijo de Bella Pura y Gaozong.

Los Gemelos Celestiales: una niña y un niño hijos de Manakunda. La niña tiene la mitad del rostro cubierta de vello.

Luna de Jade: obrera china del Templo del Hilo Infinito, amada de Punta de Luz.

Majib: capitán de una cuadrilla de bandidos parsis.

Manakunda: joven monjita del convento de Samyé que muere en el parto de los Gemelos Celestiales.

Nube Loca: indio adepto del tantrismo, toxicómano y asesino.

Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo: monje en Luoyang.

Punta de Luz: Oyente de la Iglesia maniquea de Turfan, encargado de la cría clandestina de gusanos de seda, esposo de Luna de Jade.

Puñal de la Ley: primer acólito de *Buddhabhadra*, que sale de viaje para ir en su busca.

Pureza del Vacío: Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, jefe de la Iglesia búdica del Gran Vehículo.

Ramahe sGampo: Superior del convento budista de Samyé (Tíbet), ciego.

Rojo Vivo: propietario de la tienda La Mariposa de la Seda, encubridor de la fabricación clandestina de seda.

Santa Vía de los Ocho Miembros: monje budista del convento de Peshawar, nacido en Turfan.

Taizong: llamado el Grande, padre de Gaozong, emperador de China.

Torlak: apodado Aguja Verde, joven uïgur convertido al maniqueísmo y responsable de la red del Hilo Rojo.

Ulik: intérprete entre Cinco Prohibiciones y la banda de bandoleros parsis.

Umara: hija del obispo nestoriano Addai Aggai.

Virtud de Fuera: Ministro de la Seda.

Wuzhao: quinta concubina imperial y posteriormente esposa oficial del emperador Gaozong.

Yarpa: sacerdotisa *bonpo* del País de las Nieves.

Zhangsun Wuji: tío de Gaozong, general, comandante supremo en jefe de los ejércitos, antiguo Primer Ministro.

José Frèches (nacido el 25 de junio de 1950, en Dax, Landes) es un francés novelista de novelas históricas situadas en China.

Su primera trilogía *El Disco de Jade* es una historia ambientada durante el período de las guerras entre estados en una China desunida. Cuenta la historia del primer ministro del estado de Qin, el reino que unificó el territorio de China bajo el gobierno del primer emperador Qin Shi Huang Lü Buwei, y del que dicen fue el verdadero padre de éste último y de las luchas entre los otros reinos y el Reino de Qin, destinadas para unir China.

Su segunda trilogía *La Emperatriz de la Seda* está ambientada durante la dinastía de los Tang. La China del siglo VII guarda celosamente un secreto que todo el mundo ansía conocer: la fabricación de la seda. En ningún otro lugar se sabe cómo obtener esta tela tornasolada, más rara que el jade y más preciada que el oro. Por esta razón, a lo largo de toda la Ruta de la Seda, llegarán a China numerosas expediciones con hombres e ideas muy diferentes que intentarán arrancar al imperio su bien más querido: la seda.

Su última serie hasta ahora, *El Imperio de las Lágrimas*: Pekín, 1847. China, un Imperio sublime y misterioso, se muere. Para esclavizarla, franceses e ingleses vierten sobre ella un funesto veneno: el opio. Y matando de hambre a su pueblo roban, de paso, sus maravillas ancestrales. Sin embargo, un niño -el hijo secreto del emperador Daoguang- puede cambiar el destino del Imperio. Se llama La Piedra de Luna. Amenazado de muerte y perseguido por el clan de los eunucos más poderosos de China, da inicio una búsqueda despiadada y frenética en la que La Piedra de Luna, para salvar la vida, tendrá que sortear mil avatares y peligros. Una joven contorsionista, un príncipe Tang rebelde, una joven londinense… serán algunos de los fantásticos personajes que La Piedra de Luna se encontrará en su viaje.

Notas - 01

[1] *sutra*: «sermón», en sánscrito. <<

[2] *karma*: «acto», en sánscrito. Todo acto tiene un valor moral positivo, negativo o neutro y es «remunerado» en consecuencia con un renacimiento favorable o desfavorable en un ser más o menos alejado del estado de buda. <<

[3] *naga*: En el marco de la mitología hinduista, los nagas son un tipo de seres o semidioses inferiores con forma de serpiente. (*N. del Ed.*) <<

[4] *estupa*: monumento conmemorativo. <<

[5] *tael*: moneda china (*N. del Ed.*) <<

[6] *han*: es el nombre originario de los chinos. <<

[7] Kucha y Kashgar eran oasis situados en el tramo meridional de la Ruta de la Seda.. <<

[8] Los Qin Posteriores: son una de las dinastías que reinaron en China durante el periodo llamado de las Dinastías del Norte y del Sur (317-519). <<

[9] *Dharma*: en sánscrito, «verdad». <<

[10] Es decir, en la actualidad, el norte de la India, Pakistán, Afganistán, Uzbekistán y Tadjikistán, sin olvidar una parte de la región autónoma china de Xinjiang. <<

[11] *apsaras*: ninfas acuáticas de la mitología hindú. Se las representaba siempre en torno a elementos musicales, como danzarinas en la corte del semidiós Indra en su reino divino, Suargá, situado en el pico de la montaña sagrada Meru. (*N. del Ed.*) <<

[12] *Dhyâna*: en sánscrito, «meditación». <<

[12a] *chan*: Palabra china derivada del término sánscrito *Dhyâna*, meditación. El equivalente japonés es Zen. <<

[13] Don, práctica oral, abnegación, inteligencia, energía, paciencia, verdad, determinación, benevolencia e imperturbabilidad. (*N. del Ed.*) <<

[14] *Arhant*: término sánscrito que significa merecedor, venerable, con el cual se designa a un «santo» en el budismo. <<

[15] *atman*: En el marco de la religión hinduista, el término sánscrito *atman* o *atma* significa «alma espiritual». (*N. del Ed.*) <<

[16] *hinayanistas*: dentro del budismo, el hinayanista se contenta con lograr la iluminación mediante sus esfuerzos inagotables.Por supuesto está lleno de espíritu misionero, tratando de convertir a sus discípulos o a la gente en general hacia su modo de pensar y sentir. (*N. del Ed.*) <<

[17] bómbice: gusano de seda. (*N. del Ed.*) <<

[18] Un *li* equivale aproximadamente a 576 metros. <<

[19] *rlung-rta*: El caballo del viento es una alegoría del alma humana en el *chamanística* tradición de Asia Oriental y Asia Central. En el budismo tibetano, se incluye como elemento fundamental en el centro de los cuatro animales que simbolizan las direcciones cardinales y un símbolo de la idea de bienestar o buena fortuna. También se ha dado el nombre a un tipo de indicador del rezo que tiene los cinco animales impresas en ella. (*N. del Ed.*) <<

[19a] *darchok* banderas grandes con *mantras* y bendiciones estampados, parecidas a estandartes de 2 a 5 metros de largo que se colocan en los monasterios, templos o pagodas. (*N. del Ed.*) <<

[20] *hemíono*: caballo perteneciente a la raza *Equus jiang*. <<

[21] *liuli*: antiguo nombre chino de vidrio de color. Se fabricaban tazas, tazones, botellas, platos y cajas de tabaco con más de 10 colores para la transparencia, marfil, crema, nieve, rosa, rojo, azul , púrpura, amarillo, verde y oro. (*N. del Ed.*) <<

[21a] *karez*: sistema de agua de Turpan o sistema de agua de Turfan (localmente llamado sistema de agua karez en Turpan, situada en el Turpan Hollow, Xinjiang , China), es un sistema de túneles verticales que luego son unidos por una galería horizontal para llevar el agua subterránea a dpçositos o canales para el regadío. (*N. del Ed.*) <<

[22] *Bombyx mori*: La mariposa o gusano de seda (Bombyx mori) es una especie de insecto lepidóptero de la familia Bombycidae originaria del norte de Asia. Se cría hoy en muchas regiones del mundo para aprovechar el capullo que protege a su crisálida, constituido por un extenso filamento de seda, producido por la oruga al retraerse para la metamorfosis. (*N. del Ed.*) <<

[23] 206 a. C.- 220 d. C. <<

[24] *lac*: insecto de la laca, que segrega una sustancia resinosa como cubierta protectora, que se utiliza para hacer barniz, goma laca, cera de sellado, colorantes, etc. (*N. del Ed.*) <<

[25] Nombre antiguo de Camboya. <<

[26] Primer ministro del reino de Qin, anterior a la creación del Imperio chino, el 221 a. C, conocido principalmente por esta antología. <<

[27] A la salida de la meseta del Pamir. <<

[28] Nombre chino del *bodhisattva Avalokitesvara*, símbolo del budismo chino. <<

[29] *Avésa*: ritual del espíritu. <<

[30] *kundalini*: En el marco del hinduismo, la *kundalini o kuṇḍalinī* es una energía invisible e inmedible representada simbólica y alegóricamente por una serpiente, que duerme enroscada en el *mūlādhāra* (el primero de los *chakras* —los siete círculos energéticos—, que está ubicado en la zona del perineo). Se dice que al despertar esta serpiente, el yogui controla la vida y la muerte. En el hinduismo la *kuṇḍalinī* es considerada como la energía primordial o *shak-ti o śakti* que llega a desarrollarse en plenitud al reunirse en el *atma* (alma) con el Brahman. (*N. del Ed.*) <<

[31] *bsang*: purificar con incienso. La noción de ritual de pureza tiene una inmensa importancia entre los tibetanos. (*N. del Ed.*) <<

[32] *tchang*: treinta metros. <<

[33] Los *mazdeanos* distinguían el Adurân o fuego menor del Varhân o fuego mayor. <<

[34] *Rama*: uno de los avatares de Visnú, es el héroe de la gran epopeya sánscrita del Râmâyana, que se compone de más de veinticuatro mil estrofas. <<

[35] negligible: despreciable. (*N. del Ed.*) <<

[36] Divinidad taoísta. <<

[36a] *khol*: cosmético a base de galena molida y otros ingredientes, usado principalmente por las mujeres de Oriente Medio, Norte de África, África subsahariana y Sur de Asia, y en menor medida por los hombres, para oscurecer los párpados y como máscara de ojos. Puede ser negro o gris, dependiendo de las mezclas utilizadas. (*N. del Ed.*) <<

[37] La casta de los *ksatrya*, a la que pertenecía la familia de Gautama, era, en la India antigua, la de los guerreros. <<

[38] En sánscrito, dolor. <<

[39] El *Vinayapitaka*: en sánscrito «cesta de la disciplina», es uno de los tres textos fundamentales del budismo que forman el *Tripitaka*. <<

Notas - 02

[1] *Qi*: en la cultura tradicional china es un "flujo vital" que se encuentra en todo ser vivo. (*N. del Ed.*) <<

[2] bómbice: gusano de seda. (*N. del Ed.*) <<

[3] *tael*: moneda china (*N. del Ed.*) <<

[4] *tutie*: supongo se refiere al «polvo de cinc», usado en medicina por sus propiedades antibacteriales. (*N. del Ed.*) <<

[5] *angélica danggui*: *Angelica sinensis*, comúnmente conocida como «*dong quai*», «*dang gui*» o «*ginseng* hembra» es una planta de la familia de las Apiaceae, procedente de China. Es ampliamente usada en la medicina tradicional china para tratar males ginecológicos, fatiga, anemia leve y presión sanguínea alta. Tambiém tiene un efecto analgésico, antiinflamatorio, antiespasmódico y efectos sedativos. (*N. del Ed.*) <<

[6] *yak*: bóvido de tamaño mediano y pelaje lanoso, nativo de las montañas de Asia Central y el Himalaya, vive en las altiplanicies esteparias y fríos desiertos del Nepal, Tíbet, Pamir y Karakórum, entre los 4000 y 6000 metros de altitud, donde se encuentra tanto en estado salvaje como doméstico. (*N. del Ed.*) <<

[7] *Mahâyâna*: es una de las tres principales ramas del budismo. Aunque el Theravāda se atiene estrictamente a las enseñanzas que con más claridad podemos atribuir al Buda histórico, el Mahayana reconoce en la enseñanza del propio Buda más un método que una doctrina; un método similar al método científico, en el sentido que indaga para descubrir la verdad, sin prejuicios y con total libertad para criticar o poner en duda enseñanzas o teorías del pasado. [cita requerida] En otras palabras, lo que el Mahayana enseña puede verificarse de una forma esencialmente idéntica a cómo se confirma la validez de las teorías científicas. [cita requerida] Esto ha conducido recientemente a despertar un interés mutuo por parte de destacados maestros budistas y reconocidos científicos que se han reunido en una serie de encuentros que han explorado la relación entre budismo y ciencia. (*N. del Ed.*) <<

[8] El periodo de los Reinos Combatientes se extiende desde el siglo VII al III a. C. (*N. del Tr.*) <<

[9] *bodhisattva*: término compuesto: *bodhi* («supremo conocimiento, iluminación») y *sattva* («ser»). Así pues, hace referencia a un ser embarcado en búsqueda de la suprema iluminación, no sólo en beneficio propio, sino en el de todos; se busca no sólo la salvación individual, sino la colectiva. El principio del ideal del *Bodhisattva* es uno de los más importantes principios del budismo, de acuerdo a Sangharakshita. Este principio debe ser entendido en relación a la idea budista de *karma* y renacimiento; de que las personas experimentan una sucesión de vidas según la ley del *karma*, la ley de causa y efecto que actúa a nivel psicológico y ético. El renacimiento se refiere a la idea de que hay restos de nuestras pasiones que quedan en el flujo de la conciencia (también llamado “alma”) de las personas al morir. Si hay algo que aún se anhela o de lo cual se está aún apegado, se debe regresar a la Tierra. (*N. del Ed.*) <<

[10] *Santísimo Gautama*: se refiere al Buda Gautama, Sakiamuni, o simplemente el Buda. Fue un sabio en cuyas enseñanzas se fundó el budismo. Nació en la ya desaparecida república Sakia en las estribaciones del Himalaya y e enseñó principalmente en el noroeste de la India. Debido a ciertas interpretaciones erróneas muy comunes, debe enfatizarse que *Buda Gautama* no es un dios ni el único ni primer buda. Esto no solo fue asegurado por el mismo *Sidarta Gautama*, sino que también la cosmología budista hace esta distinción al afirmar que únicamente los humanos —pero no se limita a esta humanidad en particular— pueden lograr el estado de buda, pues en estos reside el mayor potencial para la iluminación. (*N. del Ed.*) <<

[11] *Zoroastro*: Zoroastro, castellanizado Zaratustra, es el nombre del profeta fundador del mazdeísmo (o zoroastrismo). Se sabe poco o nada de él de manera directa, y las pocas referencias que se conocen están rodeadas de misterio y leyenda. (*N. del Ed.*) <<

[12] *Zartust*: se refiere a Zoroastro, castellanizado Zaratustra, es el nombre del profeta fundador del mazdeísmo (o zoroastrismo). Se sabe poco o nada de él de manera directa, y las pocas referencias que se conocen están rodeadas de misterio y leyenda. (*N. del Ed.*) <<

[12a] *cornaca*: Hombre que entrena o cuida o conduce elefantes. (*N. del Ed.*)
<<

[13] *mahayanista*: seguidor del budismo *Mahâyâna*, que surgió al final del primer milenio a. C. como reacción contra las escuelas budistas más sobrias representadas por los *theravadianos*. El *mahayana* es la forma de budismo más practicada en China, Tíbet, Corea y Japón. Se dice que el budismo *mahayana* es una síntesis de las tendencias contemplativa y devocional de la religión india y, al igual que las formas popularizadas de hinduismo que se desarrollaron durante la misma época, coloca al amor y la compasión en términos de igualdad con el conocimiento como medio de iluminación. (*N. del Ed.*) <<

[14] *kama*: en sánscrito, «concupiscencia, placer, sensualidad, sexualidad». (*N. del Tr.*) <<

[15] *Vinayapitaka*: es uno de los tres textos del *Tripitaka*, relacionado con la regla de vida en la *samgha* o comunidad monástica. (*N. del Tr.*) <<

[16] *Bodhi* significa, en sánscrito, «iluminación». (*N. del Tr.*) <<

[17] *Buda Shakyamuni*: se refiere al Buda Gautama, Shakyamuni, o simplemente el Buda. Fue un sabio en cuyas enseñanzas se fundó el budismo. Nació en la ya desaparecida república Sakia en las estribaciones del Himalaya y e enseñó principalmente en el noroeste de la India. Debido a ciertas interpretaciones erróneas muy comunes, debe enfatizarse que *Buda Gautama* no es un dios ni el único ni primer buda. Esto no solo fue asegurado por el mismo *Sidarta Gautama*, sino que también la cosmología budista hace esta distinción al afirmar que únicamente los humanos —pero no se limita a esta humanidad en particular— pueden lograr el estado de buda, pues en estos reside el mayor potencial para la iluminación. (*N. del Ed.*) <<

[18] *kamamithyacara*: en sánscrito, «práctica sexual ilícita y prohibida». (*N. del Tr.*) <<

[19] *samgha*: en sánscrito, «asociación, asamblea o comunidad». Se usa comúnmente para referirse a grupos budistas o *jainas*. Tradicionalmente en el budismo el término puede hacer referencia a la *sangha monástica* formada por personas que han sido ordenadas como monjes o monjas, también puede usarse en un sentido más amplio para nombrar al conjunto de todos los seres (monjes o laicos) poseedores, o en búsqueda, de algún grado de realización, esta última definición es conocida también como *arya-sangha o sangha* noble. Los budistas consideran a la *sangha* como la responsable de mantener, traducir, hacer avanzar y difundir las enseñanzas del Buda. (*N. del Ed.*) <<

[20] Buddhabhadra: Hubo dos maestros budistas indios llamados Buddhabhadra en China, ambos vivieron durante el siglo 5 dC: Buddhabhadra (abad de Shaolin)y Buddhabhadra (traductor). (*N. del Ed.*) <<

[21] *Mazda*: se refiere a Ahura Mazda (Ahura Mazdā) u Ormuz, nombre de una divinidad exaltada por Zoroastro como el «Creador no creado», es decir, la deidad suprema del zoroastrismo. (*N. del Ed.*) <<

[22] *Ahrimán*: se refiere a Angra Mainyu, el hermano gemelo de Ahura Mazda y es considerado como el «Satán destructor», la fuente de todos los males en el mundo. Al igual que Ahura Mazda, existió desde la creación del mismo. (*N. del Ed.*) <<

[23] *Sosyans*: En la tradición *pahlevi*, que en algunos casos, como en el Bahman Yast y los demás textos apocalípticos, ha conservado antiguo material avéstico, que si no estaría perdido para nosotros, encontramos patente una serie de cuatro salvadores: Zarathustra, Husétar, Husétarmáh y *Sosyans*, correspondiendo a los personajes avésticos. La concordancia entre el cálculo apocalíptico indio e iranio hace probable que la concepción india sea la original. Es de suponer, por tanto, que hemos de contar con una especulación aria común, en la que cada uno de los cuatro períodos del mundo estaba dominado por su correspondiente figura de salvador. Se admitía también, en efecto, que en cada período la divinidad se revelaba en una figura individual, al estar sometido su gran cuerpo, el mundo, a una evolución que lleva el universo hacia su consumación. Cuando aparezca el tercero de los salvadores *Sosyans*) purificará de nuevo la creación, a lo que seguirá la resurrección y la vida futura (Bahman Yast III, 62). (*N. del Ed.*) <<

[24] *Zurvan*: en la mitología iranía, es un dios primigenio del tiempo y el destino que sería posteriormente la figura central de la religión *zurvanita*. Se trata de un dios arcaico iranio del que ya existen testimonios escritos en el siglo IV a. C. cuando Eudemo de Rodas afirmaba que los magos llamaban «al todo», uno e inteligible, a veces «Espacio» y a veces «Tiempo», del que habrían nacido *Ahura Mazda y Ahrimán*, respectivamente como la luz y las tinieblas, entendidas como los principios del bien y del mal, o un dios bueno y otro malo. Probablemente, *Zurvan* fuera un dios celeste en su origen, fuente del tiempo y dador de la buena o mala suerte, interviniente del destino. (*N. del Ed.*) <<

[25] *mazdeano*: seguidores del zoroastrismo, por el nombre de su fundador, o mazdeísmo, por el nombre de su deidad, es la denominación de la religión y filosofía basada en las enseñanzas del profeta y reformador iraní *Zoroastro (Zarathustra)*, que reconocen como divinidad a *Ahura Mazda*, considerado por *Zoroastro* como el único creador increado de todo. (*N. del Ed.*) <<

[26] *¡Om! ¡Mani padme hum*: es probablemente el *mantra* más famoso del budismo, el *mantra* de seis sílabas del *bodhisattva* de la compasión, *Avalokiteshvara* (en sánscrito) o *Chenrezig* (en tibetano). El *mantra* se asocia en particular con la representación de cuatro brazos *Shadakshari de Avalokiteshvara*. Se dice que el Dalái Lama es una reencarnación de *Avalokiteshvara*, razón por la cual el mantra es particularmente venerado por sus seguidores. (*N. del Ed.*) <<

[27] *Avalokiteśvara*: lit. «Señor que mira hacia abajo» es el *bodhisattva* de la compasión. Es uno de los más ampliamente venerados en la corriente principal del budismo mahāyāna, así como en forma no oficial en el *theravāda*. Es conocido en Tíbet con el nombre de *Chenrezig*, en China como *Guānshiyīn* y en Japón como *Kannon*. (*N. del Ed.*) <<

[28] *phurbu*: en primer lugar, significa una daga ritual de tres lados a construida de piedra, hierro o madera. Su mango por lo general representa ya sea la cabeza de una deidad triple, una pequeña calavera esculpida, y algunas veces también como *vajra*. También puede referirse a los rituales practicados por un número seleccionado de monjes dentro de las tradiciones *Nyingma y Chöd*. (*N. del Ed.*) <<

[29] *Dhyâna*: es un tipo de meditación y un concepto clave en budismo e hinduismo. En tiempos de *Buda Gautama* (siglo VI a. C. aproximadamente) se inició la llamada «escuela del *dhiana*», que proponía la meditación como medio único para llegar a la iluminación. Al introducirla en China, la escuela del *dhiana* (llamada escuela del *chan* en su transcripción al chino) sufrió cambios sustanciales por influencia del taoísmo; y bajo esta forma china se extendió por Corea (bajo el nombre de *seón*) y por Japón (donde se llamó *Zen*). (*N. del Ed.*) <<

[30] *Hīnayāna*: término sánscrito que significa el «vehículo inferior» o «deficiente, abandonado, defectuoso». El término surgió en el siglo I o II. *Hīnayāna* es el antagonista de *Mahāyāna*, que significa el «gran vehículo». Existe una variedad de interpretaciones en cuanto a quién o qué se refiere el término *Hīnayāna*. El monje chino, Yijing, quien visitó la India en el siglo VII, diferenció *Mahāyāna* de *Hīnayāna* de la siguiente manera: «Ambos adoptan el mismo *Vinaya* y tienen en común tanto la prohibición de las «Cinco Ofensas» (*Anantarika-karma*) como la práctica de las «Cuatro Nobles Verdades». (*N. del Tr.*) <<

[31] *hinayanistas*: dentro del budismo, el hinayanista se contenta con lograr la iluminación mediante sus esfuerzos inagotables.Por supuesto está lleno de espíritu misionero, tratando de convertir a sus discípulos o a la gente en general hacia su modo de pensar y sentir. (*N. del Ed.*) <<

[32] *tántrica*:una de las variadas tradiciones esotéricas orientales que enseñan a utilizar el deseo material con el propósito de espiritualidad. En el budismo tántrico, los tantras inferiores excluyen el acto sexual, mientras que los tantras superiores o internos pueden incluirla (y de hecho estas tradiciones afirman que sin el acto sexual es imposible alcanzar la realización). En el budismo, el tantrismo se conoce como «la vía rápida» o «el vehículo del resultado», dado que un practicante de tantra aprende a hablar, sentir y conducirse como si ya fuera un Buda que alcanzó la iluminación. Este enfoque es radicalmente diferente al resto de los caminos del yoga. (*N. del Ed.*) <<

[33] *arhant*: En el budismo, *arhat o arahant* es alguien que ha ganado el entendimiento profundo sobre la verdadera naturaleza de la existencia, que ha alcanzado el nirvana y en consecuencia, no volverá a nacer de nuevo. El budismo *Theravāda* considera el convertirse en *arhat* como la meta del progreso espiritual. El budismo *Mahāyāna* critica esta idea como egoísta y considera al *Bodhisattva* como alguien que se queda en el ciclo de renacimientos, para trabajar por el bien de otras personas. Esta divergencia de opinión es una de las diferencias fundamentales entre el *Theravāda* y el *Mahāyāna*. Contrariamente a las acusaciones del *Mahayana*, la doctrina del budismo *Theravāda* sostiene que los *arahants* también se preocupan por la iluminación de los demás y que surgen en el mundo para el bienestar de los otros seres. (*N. del Ed.*) <<

[33a] La *triaca o teriaca* era un preparado polifármaco compuesto por varios ingredientes distintos (en ocasiones más de 70) de origen vegetal, mineral o animal, incluyendo opio y en ocasiones carne de víbora. (*N. del Ed.*) <<

[34] *lingam*: En el *shaivismo* tántrico, un marcador simbólico, el lingam, fue usado para el culto fálico del diosa hindú *Shiva*. En el arte representativo, el *linga o lingam* es una representación de *Shiva* como falo o pilar cósmico, como, por ejemplo, el *mukhalinga*. Este pilar es el foco de veneración en el templo hindú, y frecuentemente se coloca dentro de un *ioni*, indicando el equilibrio entre las energías creativas masculina y femenina. Estas esculturas aluden no sólo a la fertilidad, sino también a principios abstractos de creación. (*N. del Ed.*) <<

[35] *ioni*: El término sánscrito *ioni* significa «útero, vagina, vulva o vientre» (en el sentido de «fuente de vida»). (*N. del Ed.*) <<

[36] *Párinirvana*: En el marco del budismo, el *páranirvana* es el nirvana final, que una persona alcanza tras la muerte del cuerpo, siempre que en vida esa persona haya alcanzado la iluminación. El *páranirvana* es el objetivo supremo del budismo, que rompe el ciclo de muerte y renacimiento, y que disuelve el *skandha* (los cinco agregados). Según la concepción budista, la liberación se puede obtener aquí en la tierra, en vida (nirvana) y se puede obtener más allá de la muerte física del cuerpo una vez alcanzado el primero (pára nirvana). Son dos fases de un mismo proceso, una provisional y otra definitiva, siendo necesario siempre el paso por la primera para alcanzar, tras la muerte, la segunda. (*N. del Ed.*) <<

[37] *Sunyata*: término para referirse a un estado de meditación o de experiencia. En el *Mahayana*, se refiere al precepto de que «todas las cosas carecen de existencia intrínseca y de naturaleza». En el budismo tibetano, se refiere a «la apertura y la comprensión de la no existencia». (*N. del Ed.*) <<

[38] *siddhas*: El adepto de los *siddhis* o realizaciones es un *siddha*, es decir, un *yogui*. El tantrismo indio deriva de los poderes *yóguicos*. (*N. del Ed.*) <<

[39] *kundalinî*: energía invisible e inmedible representada simbólica y alegóricamente por una serpiente, que duerme enroscada en el *mūlādhāra* (el primero de los *chakras* —los siete círculos energéticos—, que está ubicado en la zona del perineo). Se dice que al despertar esta serpiente, el yogui controla la vida y la muerte. En el hinduismo la *kuṇḍalinī* es considerada como la energía primordial o *shakti o śakti* que llega a desarrollarse en plenitud al reunirse en el *atma* (alma) con el *Brahman*. (*N. del Ed.*) <<

[40] *Sakra* significa «rueda». (*N. del Tr.*) <<

[41] *Padma* significa «loto». (*N. del Tr.*) <<

[42] *mantras*: se refiere a sonidos (sílabas, palabras, fonemas o grupos de palabras) que, según algunas creencias, tienen algún poder psicológico o espiritual. Se utiliza ante todo para designar las fórmulas en verso y en prosa que se pronuncian durante las ceremonias litúrgicas; esto no debe sorprender, si se considera que precisamente es en los rituales donde los gestos, palabras y pensamientos adquieren su máxima eficacia. En el budismo tibetano, se considera que cada mantra corresponde a un cierto aspecto de la iluminación. Se recita para identificarse con ese aspecto de la mente iluminada. (*N. del Ed.*) <<

[43] *Sumeru*: El texto *Suria siddhānta* menciona un monte *Meru* en medio del planeta Tierra, y otros dos montes —el *Sumeru* (buen *Meru*) y el *Kumeru* (mal *Meru*)— en ambos polos. Bajo el monte *Meru* se encuentra el continente *Yambu Duipa*, formado por cuatro países con siete cordilleras montañosas. Este continente está rodeado por siete continentes concéntricos, separados unos de otros por océanos (también concéntricos) de distintas sustancias: el océano más interno (el único que conocemos los seres humanos) es de agua salada, el siguiente de caña de azúcar, de vino, de *ghi* (mantequilla clarificada), de cuajada, de leche, y finalmente de agua dulce. Más allá de este último océano concéntrico hay cuatro puertas (una por cada punto cardinal: por ejemplo en el este se encuentra la puerta del dios *Indra* (rey de los dioses, dios del cielo, del rayo) con su elefante *Airavata* (según algunos, de tres cabezas). Más allá de estas cuatro entradas está el inmenso océano primordial. (*N. del Ed.*) <<

[44] *Lhasa*: es la capital de la Región Autónoma del Tíbet, en la República Popular China. Se encuentra situada en la Meseta Tibetana, rodeada por las montañas del Himalaya. La ciudad es la sede tradicional de los lamas y lugar donde se encuentran los palacios de Potala, Norbulingka y el Templo de Jokhang, incluidos en el Patrimonio de la Humanidad y es considerado por el budismo tibetano como el centro más sagrado en el Tíbet. (*N. del Ed.*) <<

[45] El monasterio de Samye es el templo budista más antiguo del Tíbet. Fue construido a finales del siglo VIII y fundado por Padmasambhava. El templo posee una empalizada circular en la que se encuentran numerosos templos menores. Es un lugar de especial importancia para los peregrinos tibetanos. Está situado a unos 120 kilómetros al sudeste de la capital, Lhasa, dentro de una zona turística restringida controlada por Pekín. (*N. del Ed.*) <<

[46] *Peshawar* es la capital de la provincia de la *Khyber Pakhtunkhwa* en Pakistán, y centro administrativo de las Áreas tribales de Administración Federal, aunque no sea la capital de dicho territorio. Fue fundada por Kaniska, rey del Imperio kushán, en el siglo II d. C. (poco antes del año 144). (*N. del Ed.*) <<

[47] *anatman*: es un término que puede traducirse como «insustancialidad, no-yo, ausencia de un alma, carencia de un ego (yo) perdurable o carencia de una existencia intrínseca. Se trata de uno de los elementos más importantes y característicos de las enseñanzas budistas y por el cual se diferencia respecto al resto de religiones mayoritarias. (*N. del Ed.*) <<

[48] *Único Dharma*: «El compasivo».Se lee en el *Compedio del perfecto Dharma*: «Oh, Buda, un bodhisattva no debería adiestrarse en numerosas prácticas. Si un bodhisattva se atiene correctamente a un único Dharma y lo asume a la perfección, reune todas las cualidades de un buda en la palma de la mano. Y si preguntaa cuál es este Dharma, la respuesta es: la gran compasión». (*N. del Ed.*) <<

[49] *fangshi*: supongo se refiere a los *fang shi*, tipo de hombres que practicaban artes ocultas, adivinación, recetas mágicas y en general profesaban el Daoísmo. En general se les consideraba eruditos, magos, médicos y conocedores de lo desconocido. (*N. del Ed.*) <<

[50] *durna*: es el mechón de pelos que Buda lleva en la frente y que constituye uno de los signos distintivos de su pertenencia a la categoría de los «grandes hombres» o *mahapurusa*. (*N. del Tr.*) <<

[51] Un *li* equivale aproximadamente a 576 metros. (*N. del Tr.*) <<

[52] *Sogdiana*: región irania que ocupaba parte de los actuales Tayikistán y Uzbekistán y que englobaba las ciudades de Samarcanda y Bujará. Los sogdianos ocuparon una posición clave en la Ruta de la Seda y desempeñaron un destacado papel facilitando las transacciones comerciales entre China y Asia Central. (*N. del Ed.*) <<

[53] *dakini*: Dentro del budismo, una *dakini* puede entenderse como una diosa o deidad femenina. En el idioma tibetano el término *dakini es Khandroma* que significa «aquella que atraviesa el cielo» o «la que se mueve en el espacio»; también se refiere como «bailarina del cielo» o «caminante del cielo». Es de notar que aunque las *dakinis* son representadas siempre como desnudas y hermosas, no son vistas principalmente como símbolos sexuales, sino como símbolos de la naturaleza desnuda de la mente, libre de todos los oscurecimientos. (*N. del Ed.*) <<

[54] *kapala*: es una copa hecha de un cráneo humano para uso ritual. Es usada en el budismo tántrico hindú y tibetano (*Vajrayāna*). En el Tíbet pueden encontrarse estos copones tallados y con piedras preciosas engarzadas. Es usual encontrarlas en las representaciones de muchos dioses generalmente en su mano izquierda. Pueden verse comúnmente acompañando a deidades como *Mahakala*, *Chakrasamvara* y a *Vajravarahi* y otras *Dakinis*. (*N. del Ed.*) <<

[55] Bardo es el nombre que, según los tibetanos, se da al periodo intermedio entre la muerte y el renacimiento <<

[56] *estupa-relicario*: relicario o contenedor de reliquias con la forma de una pagoda (edificio de varios niveles común en varios países asiáticos. La mayoría de las pagodas se construyeron con fines religiosos, principalmente como parte del budismo, por lo cual se localizan cerca o dentro de templos budistas) (*N. del Ed.*) <<

[57] *khol*: cosmético a base de galena molida y otros ingredientes, usado principalmente por las mujeres de Oriente Medio, Norte de África, África subsahariana y Sur de Asia, y en menor medida por los hombres, para oscurecer los párpados y como máscara de ojos. Puede ser negro o gris, dependiendo de las mezclas utilizadas. (*N. del Ed.*) <<

[58] *Ganesha*: *Ganesha o Ganesh* es una de las deidades más conocidas y adoradas del panteón hinduista. Tiene cuerpo humano y cabeza de elefante. Es ampliamente reverenciado como ahuyentador de obstáculos, patrono de las artes y las ciencias, y el dios destructor de obstáculos, y del conocimiento e inteligencia. (*N. del Ed.*) <<

[59] *Siva* es el dios de la destrucción y la creación; *Parvati* es una diosa hija de *Jimavat* (“que tiene nieve, los montes Himalaya”) y esposa del dios *Shiva*. Es madre de *Ganesh* (dios con cabeza de elefante) y de *Kartikeia* (el dios de la guerra), es una forma evolucionada de la diosa madre *Devi*. (*N. del Ed.*) <<

[60] *Krisna*: Según el hinduismo, *Krisna* es uno de los numerosos avatares (“encarnaciones”) del dios *Visnú*. En cambio según el *krisnaísmo*, *Krisna* es la forma principal de Dios, de quien emanan *Visnú* y los demás dioses (como *Shiva y Brahma*…). (*N. del Ed.*) <<

[61] *tael*: moneda china (*N. del Ed.*) <<

[62] *bodhisattva Guanyin*: nombre dado en China a *Avalokiteśvara bodhisattva* venerado en el budismo. (*N. del Ed.*) <<

[63] *liuli*: antiguo nombre chino de vidrio de color. Se fabricaban tazas, tazones, botellas, platos y cajas de tabaco con más de 10 colores para la transparencia, marfil, crema, nieve, rosa, rojo, azul , púrpura, amarillo, verde y oro. (*N. del Ed.*) <<

[64] Los chinos utilizan el *xiaoming* o nombrecito cuando se trata de caracterizar a más a los individuos, aparte del apellido. (*N. del Tr.*) <<

[65] El *yin* y el *yang* son dos conceptos del *taoísmo*, que son usados para representar o referirse la dualidad que esta filosofía atribuye a todo lo existente en el universo. Describe las dos fuerzas fundamentales opuestas y complementarias, que se encuentran en todas las cosas. El *yin* es el principio femenino, la tierra, la oscuridad, la pasividad y la absorción. El *yang* es el principio masculino, el cielo, la luz, la actividad y la penetración. (*N. del Ed.*) <<

[66] *dukkha*: dentro del budismo es un concepto importante, traducido comúnmente como «sufrimiento, dolor o insatisfactorio». Se refiere a la insatisfacción y lo doloroso de la vida mundana fundamental, e inspira a las doctrinas cuatro nobles verdades y el *nirvana* del budismo. (*N. del Ed.*) <<

[67] Este gran pensador y estratega, inventor del *legismo*, vivió al final de la época de los Reinos Combatientes, en el siglo III a. C. (*N. del Tr.*) <<

[68] *thangka*: tapiz o bandera budista, de seda pintada o bordada. (*N. del Ed.*) <<

[69] *usnisa*: moño ovalado en la parte superior de la cabeza del Buda que simboliza su logro de la confianza en la guía espiritual. (*N. del Ed.*) <<

[70] *Játakas*: Estas son relatos que hablan de las vidas anteriores de Buda, tanto en forma humana y animal. El futuro Buda puede aparecer en ellos como un rey, un marginado, un dios, un elefante, pero, en cualquier forma, expone alguna virtud que el cuento inculca ese modo. (*N. del Ed.*) <<

[71] *tripitaka*: Nunca el budismo tuvo un solo libro, como la Biblia o el Corán, que todos los creyentes aceptaran. Pero existe una inmensa colección de sermones y sentencias de Buda, así como enseñanzas que se le atribuyen, y todo esto se conoce como «Los Tres Cestos de la Sabiduría» (*Tripitaka*). El budismo Mahayana también los venera, pero, a diferencia del Theravadins, también venera diversas bibliografías y comentarios que se compusieron mucho más tarde. Los *Tripitakas* fueron compuestos entre 500 a. C. y el comienzo de la era común. (*N. del Ed.*) <<

[72] *Manjusri* se conoce en China como *Wenshu*, una de las cuatro montañas sagradas de China. Es considerado por los budistas chinos su *Bodhimanda*, posición del despertar, un lugar utilizado como asiento, donde está presente la esencia de la iluminación. (*N. del Ed.*) <<

[73] *bonpo*: antigua tradición *chamánica* y animista tibetana anterior a la llegada del budismo. En el universo *Bon*, que está constituido por 3 mundos: el de los dioses, el de los espíritus y el inferior o de los demonios, se requiere un mediador, el bonpo, que mantenga el equilibrio esencial. (*N. del Ed.*) <<

[74] *Mandala*: Diagrama simbólico que en el budismo representa la evolución del universo respecto a un punto central. Los *mandalas* están pintados sobre papel o tela y son un instrumento de culto y de contemplación mística a la que se llega precisamente partiendo de los círculos o cuadrados exteriores hasta fundirse con el centro. (*N. del Ed.*) <<

[75] *Játaka*: Nombre indio de los relatos que refieren vidas anteriores a Buda. (*N. del Tr.*) <<

[76] *Dharmacakra Mudra*:Uno de los mudras más conocidos y representado en las divinidades hindúes es el dharmachakra, que significa literalmente «el giro de la rueda». La rueda para la religión hindú y budista es un elemento sagrado que alude a la perfección universal y a los ciclos vitales de muerte y de vida. Ambas manos se encuentran a la altura del pecho, la derecha un poco más arriba que la izquierda. En las dos el pulgar y el índice aparecen unidos. La mano izquierda tiene la palma vuelta hacia el corazón y la derecha el dorso vuelto hacia el cuerpo. El dedo medio izquierdo toca el punto en donde el pulgar y el índice de la mano derecha se unen, cerrando el círculo. (*N. del Ed.*) <<

[77] *tujue*: Los köktürk, conocidos en las fuentes chinas como *tujue*, fueron una confederación de pueblos nómadas diseminados a lo largo de las estepas orientales y el noroeste del Asia Central, que constituyeron un poderoso estado denominado Kaganato Kökturk. Aunque su nombre ancestral es en su forma singular, «türk». (*N. del Ed.*) <<

[78] *janatos*: *Kanato o janato*, es una palabra de origen túrquico-mongólico utilizada para describir una entidad política gobernada por un *kan*. Esta entidad política es típica de los pueblos de la estepa de Eurasia y puede ser equivalente a otros términos tribales como cacicazgo, principado o reino. Los *kanatos* fueron reagrupados en *kaganatos*, una especie de imperio bajo la autoridad de un *kan* soberano, *kan de kanes*, conocido en español como *Gran Kan*. (*N. del Ed.*) <<

[79] La localidad búdica de Kizil está situada a unos quince kilómetros de Kuchá. (*N. del Tr.*) <<

[80] Dandan-Oilik está situado a unos veinte kilómetros de Hetian. (*N. del Tr.*) <<

[81] *sinoindia*: chino-india. (*N. del Ed.*) <<

[82] *osteomancia*: consiste en la adivinación mediante la manipulación u observación de los huesos. (*N. del Ed.*) <<

Notas - 03

[1] De hecho, la emperatriz Wu tendrá su última hija, Taiping, en 664. (*N. del Tr.*) <<

[2] *fangshi*: supongo se refiere a los *fang shi*, tipo de hombres que practicaban artes ocultas, adivinación, recetas mágicas y en general profesaban el Daoísmo. En general se les consideraba eruditos, magos, médicos y conocedores de lo desconocido. (*N. del Ed.*) <<

[3] *bodhisattva Avalokitesvara*: lit. «Señor que mira hacia abajo») es el *bodhisattva* de la compasión. Es uno los *bodhisattvas* más ampliamente venerado en la corriente principal el budismo *mahāyāna*, así como en forma no oficial en el *theravāda*. (*N. del Ed.*) <<

[4] *bodhisattva Guanyin*: nombre dado en China a *Avalokiteśvara bodhisattva* venerado en el budismo. (*N. del Ed.*) <<

[5] *Mil Brazos Compasivos*: La leyenda del origen de esta forma del *Bodhisattva* es muy bella. Hace muchísimo tiempo, el *Bodhisattva Avalokitesvara* hizo un voto de salvar del sufrimiento a toda la gente del mundo y conducirla a la Iluminación. Además, juró que si titubeaba por un instante, cortaría su cuerpo en mil pedacitos. Entró así en una meditación muy profunda de compasión, a través de la cual, aspiró a dirigir a todos los seres hacia la Iluminación por medios sutiles. Cuando salió de esta meditación, descubrió que sólo había ayudado a una parte muy pequeña de la gente y se sintió tan desalentado que pensó en dejar sus esfuerzos. En ese instante, su cabeza y su cuerpo comenzaron a desmoronarse en pedazos y, en su agonía, llamó al *Buda Amitâbha* para que le ayudara. *Amitâbha* lo reconstruyó con un nuevo cuerpo, con mil brazos y diez cabezas. Encima de aquellas cabezas le colocó su propia cabeza. (*N. del Ed.*) <<

[6] *mantras*: se refiere a sonidos (sílabas, palabras, fonemas o grupos de palabras) que, según algunas creencias, tienen algún poder psicológico o espiritual. Se utiliza ante todo para designar las fórmulas en verso y en prosa que se pronuncian durante las ceremonias litúrgicas; esto no debe sorprender, si se considera que precisamente es en los rituales donde los gestos, palabras y pensamientos adquieren su máxima eficacia. En el budismo tibetano, se considera que cada mantra corresponde a un cierto aspecto de la iluminación. Se recita para identificarse con ese aspecto de la mente iluminada. (*N. del Ed.*) <<

[7] *Mahâyâna*: es una de las tres principales ramas del budismo. Aunque el Theravāda se atiene estrictamente a las enseñanzas que con más claridad podemos atribuir al Buda histórico, el *Mahâyâna* reconoce en la enseñanza del propio Buda más un método que una doctrina; un método similar al método científico, en el sentido que indaga para descubrir la verdad, sin prejuicios y con total libertad para criticar o poner en duda enseñanzas o teorías del pasado. En otras palabras, lo que el *Mahâyâna* enseña puede verificarse de una forma esencialmente idéntica a cómo se confirma la validez de las teorías científicas. Esto ha conducido recientemente a despertar un interés mutuo por parte de destacados maestros budistas y reconocidos científicos que se han reunido en una serie de encuentros que han explorado la relación entre budismo y ciencia. (*N. del Ed.*) <<

[8] *Gran Censorado*: El Censorado fue una agencia supervisora de alto nivel en la antigua China, establecido por primera vez durante la dinastía Qin (221-207 a. C.). Durante la dinastía Ming (1368-1644), el Censorado era una rama de la burocracia centralizada, paralela a los Seis Ministerios y a las cinco comisiones militares supremas, y era responsabilidad directa del emperador. Los censores eran «los ojos y oídos» del emperador y vigilaban a los administradores de cada nivel para atajar la corrupción y la malversación de fondos, un hecho común en ese periodo. Las historias populares hablan de rigurosos censores sacando a la luz los casos de corrupción pero también de censores que aceptaban sobornos. En general, eran temidos y gustaban poco, y tenían que desplazarse continuamente para llevar a cabo sus tareas. (*N. del Ed.*) <<

[9] *Biyiniao*: criatura de la mitología china parecida a un pato salvaje, con las plumas rojas y verdes. Tenían una sola ala, un ojo y una pierna. Podían volar en el cielo, simplemente unidos de dos en dos, y en régimen de aislamiento sólo podrían entorpecer pequeños pasos. Por lo tanto, siempre vuelan en parejas y descanso. Debido a esta característica, los chinos adoraban *biinyao* como el patrón de un matrimonio feliz. (*N. del Ed.*) <<

[10] *tujüe*: Los *köktürk*, conocidos en las fuentes chinas como *tujüe*, fueron una confederación de pueblos nómadas diseminados a lo largo de las estepas orientales y el noroeste del Asia Central, que constituyeron un poderoso estado denominado Kaganato Kökturk. Aunque su nombre ancestral es en su forma singular, «türk». (*N. del Ed.*) <<

[11] *bonpo*: antigua tradición *chamánica* y animista tibetana anterior a la llegada del budismo. En el universo *Bon*, que está constituido por 3 mundos: el de los dioses, el de los espíritus y el inferior o de los demonios, se requiere un mediador, el *bonpo*, que mantenga el equilibrio esencial. (*N. del Ed.*) <<

[11a] *yak*: bóvido de tamaño mediano y pelaje lanoso, nativo de las montañas de Asia Central y el Himalaya, vive en las altiplanicies esteparias y fríos desiertos del Nepal, Tíbet, Pamir y Karakórum, entre los 4000 y 6000 metros de altitud, donde se encuentra tanto en estado salvaje como doméstico. (*N. del Ed.*) <<

[12] Buddhabhadra: Hubo dos maestros budistas indios llamados Buddhabhadra en China, ambos vivieron durante el siglo V d. c.: Buddhabhadra (abad de Shaolin)y Buddhabhadra (traductor). (*N. del Ed.*) <<

[13] *phurbu*: en primer lugar, significa una daga ritual de tres lados a construida de piedra, hierro o madera. Su mango por lo general representa ya sea la cabeza de una deidad triple, una pequeña calavera esculpida, y algunas veces también como *vajra*. También puede referirse a los rituales practicados por un número seleccionado de monjes dentro de las tradiciones *Nyingma y Chöd*. (*N. del Ed.*) <<

[14] *sangha*: en sánscrito, «asociación, asamblea o comunidad». Se usa comúnmente para referirse a grupos budistas o *jainas*. Tradicionalmente en el budismo el término puede hacer referencia a la *sangha monástica* formada por personas que han sido ordenadas como monjes o monjas, también puede usarse en un sentido más amplio para nombrar al conjunto de todos los seres (monjes o laicos) poseedores, o en búsqueda, de algún grado de realización, esta última definición es conocida también como *arya-sangha o sangha* noble. Los budistas consideran a la *sangha* como la responsable de mantener, traducir, hacer avanzar y difundir las enseñanzas del Buda. (*N. del Ed.*) <<

[15] *maestro Kong*: Se trata de Confucio. <<

[16] El peregrino chino más famoso, Xuanzang (602-664), abandonó China en 624 para ir a la India, donde permaneció doce años y de donde volvió no ya sólo con unas memorias de viaje, sino con varios centenares de textos búdicos de cuya traducción se encargó él mismo. (*N. del Tr.*) <<

[17] *tántrica*:una de las variadas tradiciones esotéricas orientales que enseñan a utilizar el deseo material con el propósito de espiritualidad. En el budismo tántrico, los tantras inferiores excluyen el acto sexual, mientras que los tantras superiores o internos pueden incluirla (y de hecho estas tradiciones afirman que sin el acto sexual es imposible alcanzar la realización). En el budismo, el tantrismo se conoce como «la vía rápida» o «el vehículo del resultado», dado que un practicante de tantra aprende a hablar, sentir y conducirse como si ya fuera un Buda que alcanzó la iluminación. Este enfoque es radicalmente diferente al resto de los caminos del yoga. (*N. del Ed.*) <<

[18] *lingam*: En el *shaivismo* tántrico, un marcador simbólico, el lingam, fue usado para el culto fálico del diosa hindú *Shiva*. En el arte representativo, el *linga o lingam* es una representación de *Shiva* como falo o pilar cósmico, como, por ejemplo, el *mukhalinga*. Este pilar es el foco de veneración en el templo hindú, y frecuentemente se coloca dentro de un *ioni*, indicando el equilibrio entre las energías creativas masculina y femenina. Estas esculturas aluden no sólo a la fertilidad, sino también a principios abstractos de creación. (*N. del Ed.*) <<

[19] *yoni o ioni*: significa «útero, vagina, vulva o vientre» (en el sentido de «fuente de vida»). (*N. del Ed.*) <<

[20] *yogui*: persona que practica los ejercicios mentales y físicos del yoga. Los *yoguis* consiguen una gran concentración y un profundo control de la respiración y de los sentidos. (*N. del Ed.*) <<

[21] Kama-sutra. (*N. del Tr.*) <<

[22] *Kundalinî*: es una energía invisible e inmedible representada simbólica y alegóricamente por una serpiente, que duerme enroscada en el *mūlādhāra* (el primero de los *chakras* —los siete círculos energéticos—, que está ubicado en la zona del perineo). Se dice que al despertar esta serpiente, el *yogui* controla la vida y la muerte.En el hinduismo la *Kundalinî* es considerada como la energía primordial o *shakti o śakti* que llega a desarrollarse en plenitud al reunirse en el *atma* (alma) con el Brahman. (*N. del Ed.*) <<

[23] *nagas*: son un tipo de seres o semidioses inferiores con forma de serpiente.. <<

[24] bómbice: gusano de seda. (*N. del Ed.*) <<

[25] Ese nombre designa el palacio de luz donde el emperador recibe, el día de su coronación, el «mandato del Cielo». <<

[26] Este libro a la gloria de Wuzhao existió realmente y desarrolla la hipótesis según la cual la emperatriz era una reencarnación del Buda del Futuro, *Maitreyai*. <<

[27] *Samantabhadra*: es un bodhisattva en el budismo *Mahâyâna* asociado con la práctica y la meditación. Junto con *Gautama Buda* y su compañero de *bodhisattva Manjusri*, forma la Trinidad *Shakyamuni* en el budismo. Es el patrón del *Sutra del Loto* y, de acuerdo con el *Sutra Avatamsaka*, hizo diez grandes votos que son la base de un *bodhisattva*. En China, *Samantabadra* se asocia con la acción, mientras que *Manjusri* se asocia con «la sabiduría, la comprensión, el discernimiento, la agudeza cognitiva o el saber hacer. (*N. del Ed.*) <<

[28] *loess*: material sedimentario formado principalmente por polvo muy fino de roca arcillosa o calcárea, que se origina en regiones áridas y es transportado por el viento; cubre grandes extensiones en Asia. (*N. del Ed.*) <<

[29] *caballos ferghaneses* («caballos Celestiales»): Hace milenios en China el caballo, con sus connotaciones de vitalidad *yang* y asociaciones con el sol y el caballo solar, se convirtió en un mítico animal funerario, una entidad que creían que tenía el poder de resurgir la vida tras la muerte. Los chinos, al llamarles *Caballos Celestiales* les imbuyeron con las cualidades de los cielos: consciencia, sentimientos y omnipotencia. La presencia del parásito Parafiaria multipapillosa debajo de la piel de los purasangres de las estepas hacía que transpirasen sangre, que se mezclaba con el sudor. (*N. del Ed.*) <<

[30] *baldaquines*: Tela de seda que se suspende a modo de dosel sobre un trono, catafalco o lecho. (*N. del Ed.*) <<

[31] *khol*: cosmético a base de galena molida y otros ingredientes, usado principalmente por las mujeres de Oriente Medio, Norte de África, África subsahariana y Sur de Asia, y en menor medida por los hombres, para oscurecer los párpados y como máscara de ojos. Puede ser negro o gris, dependiendo de las mezclas utilizadas. (*N. del Ed.*) <<

[32] Nombre chino de la ciudad de Samarcanda, en Transoxiana. (*N. del Tr.*)
<<

[33] *arhant*: En el budismo, *arhat o arahant* es alguien que ha ganado el entendimiento profundo sobre la verdadera naturaleza de la existencia, que ha alcanzado el nirvana y en consecuencia, no volverá a nacer de nuevo. El budismo *Theravāda* considera el convertirse en *arhat* como la meta del progreso espiritual. El budismo *Mahâyâna* critica esta idea como egoísta y considera al *Bodhisattva* como alguien que se queda en el ciclo de renacimientos, para trabajar por el bien de otras personas. Esta divergencia de opinión es una de las diferencias fundamentales entre el *Theravāda* y el *Mahâyâna*. Contrariamente a las acusaciones del *Mahâyâna*, la doctrina del budismo *Theravāda* sostiene que los *arahants* también se preocupan por la iluminación de los demás y que surgen en el mundo para el bienestar de los otros seres. (*N. del Ed.*) <<

[33a] El término *moloso* hace referencia a todos aquellos tipos raciales caninos que se caracterizan por una clara tendencia a la braquicefalia (cráneo redondeado) , orejas caídas de forma natural , mandíbulas cortas o muy cortas , y en general, una estructura músculo-esquelética muy poderosa. (*N. del Ed.*) <<

[34] Según la cosmología budista primitiva, el universo está formado por planos superpuestos, ya en forma de monte Sumeru, ya en la de torre. Esa estructura vertical se divide en varios «planos», el de las formas y el de las no formas, cada uno de los cuales se compone de varios pisos; y en varios «dominios», el de la infinidad del espacio, el de la infinidad de la conciencia, el de la nada, aquél donde no existe la percepción y aquél donde ni siquiera hay ausencia de percepción… (*N. del Tr.*) <<

[35] *estupa*: Edificio de forma circular y generalmente abovedado, destinado al culto budista hecha para contener reliquias, que deriva probablemente de los antiguos túmulos funerarios. Se encuentra extendida por todo el sudeste asiático. En algunos países asiáticos surorientales se conoce como chedi y en otros países (como Sri Lanka). <<

[36] *hinayanistas*: dentro del budismo, el hinayanista se contenta con lograr la iluminación mediante sus esfuerzos inagotables.Por supuesto está lleno de espíritu misionero, tratando de convertir a sus discípulos o a la gente en general hacia su modo de pensar y sentir. (*N. del Ed.*) <<

[37] *Sogdiana*: región irania que ocupaba parte de los actuales Tayikistán y Uzbekistán y que englobaba las ciudades de Samarcanda y Bujará. Los sogdianos ocuparon una posición clave en la Ruta de la Seda y desempeñaron un destacado papel facilitando las transacciones comerciales entre China y Asia Central. (*N. del Ed.*) <<

[38] El profeta Mahoma murió en 632, momento en que sus discípulos comenzaban a divulgar su palabra contenida en el Corán, lo que los llevó a cruzar el Eufrates en 635 y a barrer a los sasánidas de Irán en provecho del califato omeya. (*N. del Tr.*) <<

[39] *karaburan*: («tormenta negra»). Viento catabático de primavera y verano de Asia central. (*N. del Ed.*) <<

[40] *tael*: moneda china (*N. del Ed.*) <<

[41] *yapian*, nombre chino del opio. (*N. del Tr.*) <<

[42] trailla; cuerda larga. (*N. del Ed.*) <<

[43] Expresión india que hace referencia a los ascetas que recorren, totalmente desnudos, los caminos. (*N. del Tr.*) <<

[44] Se trata del más antiguo repertorio de medicina china, redactado según la tradición hacia el 2000 a. C. (*N. del Tr.*) <<

[45] El jambu es uno de los árboles cosmogónicos de la tradición india antigua. (*N. del Tr.*) <<

[46] *Buda Gautama*: *Sakiamuni*, o simplemente el Buda. Fue un sabio en cuyas enseñanzas se fundó el budismo. Nació en la ya desaparecida república Sakia en las estribaciones del Himalaya y e enseñó principalmente en el noroeste de la India. Debido a ciertas interpretaciones erróneas muy comunes, debe enfatizarse que *Buda Gautama* no es un dios ni el único ni primer buda. Esto no solo fue asegurado por el mismo *Sidarta Gautama*, sino que también la cosmología budista hace esta distinción al afirmar que únicamente los humanos —pero no se limita a esta humanidad en particular— pueden lograr el estado de buda, pues en estos reside el mayor potencial para la iluminación. (*N. del Ed.*) <<

[47] *Fiesta de Primavera*: El Año Nuevo chino —más conocido como la *Fiesta de la Primavera*— es la festividad tradicional más importante del año calendario chino, celebrada también en otros países del este de Asia. Basado en el calendario lunisolar tradicionalmente utilizado en China, las celebraciones comienzan el primer día del primer mes lunar y terminan el día quince, cuando se celebra el Festival de los faroles. El año 4714 según el calendario chino comienza el 8 de febrero de 2016. (*N. del Ed.*) <<

[48] Yinjian, «verificación de los sellos», era la expresión utilizada en la época de los Tang para designar una inspección administrativa. (*N. del Tr.*) <<

[49] Expresión china que sirve para indicar la inmortalidad. (*N. del Tr.*) <<

[50] La dinastía de los Zhou cubrió los años 1122 a 722 a. C., periodo durante el cual se elaboraron los grandes textos jurídicos y rituales de los chinos. (*N. del Tr.*) <<

[51] Las artes marciales externas se centran en el ataque; las internas, en la defensa. (*N. del Tr.*) <<

[52] *Taotie*: traducido a veces como «cara de un ogro glotón» es un motivo comúnmente encontrado en recipientes de bronce rituales chinos de la Shang y la dinastía Zhou. (*N. del Ed.*) <<

[53] Dentro del marco de la correspondencia entre los datos constitutivos del Universo, ese sistema de inspiración taoísta asocia igualmente, por ejemplo, el fuego al color rojo, al verano, a los pulmones, al olor a quemado, al sabor amargo así como al sur; la madera a la primavera, al azul verdoso, al bazo, al olor a rancio, al sabor ácido así como al este, etc. (*N. del Tr.*) <<

[54] *¡Om! ¡Mani padme hum*!: es probablemente el *mantra* más famoso del budismo, el *mantra* de seis sílabas del *bodhisattva* de la compasión, *Avalokiteshvara* (en sánscrito) o *Chenrezig* (en tibetano). El *mantra* se asocia en particular con la representación de cuatro brazos *Shadakshari de Avalokiteshvara*. Se dice que el Dalái Lama es una reencarnación de *Avalokiteshvara*, razón por la cual el mantra es particularmente venerado por sus seguidores. (*N. del Ed.*) <<

[55] *apsaras*: ninfas acuáticas de la mitología hindú. Se las representaba siempre en torno a elementos musicales, como danzarinas en la corte del semidiós *Indra* en su reino divino, *Suargá*, situado en el pico de la montaña sagrada *Meru*. (*N. del Ed.*) <<

[56] El Luristán es una región de Asia Central conocida por sus bronces. (*N. del Tr.*) <<

[57] *Qi*: en la cultura tradicional china es un "flujo vital" que se encuentra en todo ser vivo. (*N. del Ed.*) <<

[58] Los ocho *trigramas* son símbolos que representan las combinaciones posibles de forma directa del *Yin* (principio femenino, la tierra, la oscuridad, la pasividad y la absorción) y el *Yang* (principio masculino, el cielo, la luz, la actividad y la penetración); dónde la energía *Yin* es representada como una línea partida a la mitad mientras que la energía *Yang* es una línea continua. Al combinarse estas rayas se obtienen un total de ocho combinaciones posibles, cuatro para *Yin* y cuatro para *Yang*. <<

[59] *tripitaka*: Nunca el budismo tuvo un solo libro, como la Biblia o el Corán, que todos los creyentes aceptaran. Pero existe una inmensa colección de sermones y sentencias de Buda, así como enseñanzas que se le atribuyen, y todo esto se conoce como «Los Tres Cestos de la Sabiduría» (*Tripitaka*). El budismo *Mahâyâna* también los venera, pero, a diferencia del Theravadins, también venera diversas bibliografías y comentarios que se compusieron mucho más tarde. Los *Tripitakas* fueron compuestos entre 500 a. C. y el comienzo de la era común. (*N. del Ed.*) <<

[60] *Ahrimán*: se refiere a Angra Mainyu, el hermano gemelo de Ahura Mazda y es considerado como el «Satán destructor», la fuente de todos los males en el mundo. Al igual que Ahura Mazda, existió desde la creación del mismo. (*N. del Ed.*) <<